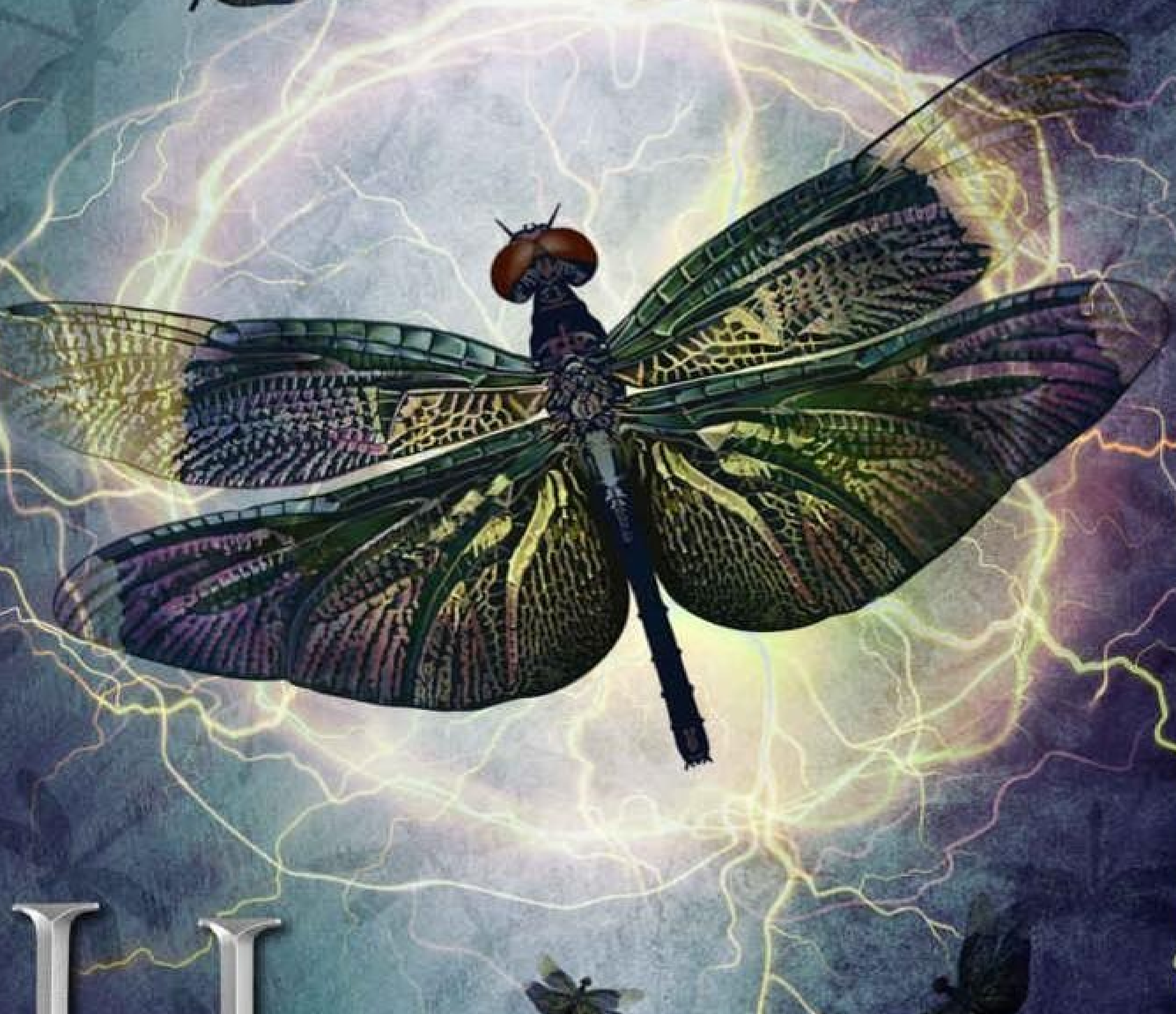
MILE BLUETT



HEREDEROS DEL MUNDO

Herederos del mundo, entregas 1, 2 y 3, en un solo libro. Una distopía trepidante. «Algo se rompió dentro de mí con la violencia de unas olas despiadadas. Después todo cambió». El mundo está dividido en dos grandes potencias unidas por un frágil Tratado de Tolerancia. Paz es la hija de uno de los generales de más rango, está amarrada al sobrino del líder de su nación por un contrato prematrimonial con fuertes ataduras. El día de su boda un atentado mueve los cimientos de su destino. La vida que conoció no volverá. Alguien de su familia la había metido en un conflicto de proporciones gigantescas. Si sale a la luz, perderá todo por lo que ha luchado. Descubrirá que la historia de su origen no es como la conoce, que tiene una misión que cumplir y que ello implica traicionar a los que más quiere, que no acepta ninguna de las salidas que le han ofrecido y que el amor le dará la fuerza para seguir adelante. Sebastián Casals proviene de un pasado tormentoso del que ni él mismo conoce todos los secretos. Ser un huérfano de guerra, arrojado en la Academia Militar desde su niñez no le impidió trazar en línea recta el camino hacia sus sueños y está dispuesto a traspasar los límites. Intrigas que involucran la evolución y la expansión de la especie humana, misterios que no deben develarse y un amor que trasciende más allá de los límites que intentan contenerlo.

Mile Bluett

Herederos del mundo

ePub r1.0
diegoan 29.08.2022

Título original: *Herederos del mundo. La saga*
Mile Bluett, 2019
Diseño de Portada: ©China Yanly’s Design

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1


Índice de contenido

Para mi familia y mis amigos
porque son seres especiales
a los que tengo la dicha de conocer,
abrazar y amar.





Atrévete a sentir

PREFACIO

Año en que para el 2000 se pensaba que la humanidad estaría en graves problemas para subsistir.

Algo se rompió dentro de mí con la violencia de unas olas despiadadas. Después, todo cambió. Fue una transformación fulminante y abrupta. El dolor dio paso al miedo. Sentí temor del propio miedo. ¿Es eso posible? La avalancha de conciencia era necesaria pero el precio a pagar me dejaba vacía y sin fuerzas, sin fuerzas para seguir el legado. Una herencia de la que no podía deshacerme, una que me abrumaba, que me perseguía, que me ponía a prueba. Una herencia a la que tenía que enfrentarme para que no me asfixiara ni me anulara por completo. Tenía que decidirme y dar el salto. Yo lo sabía. Siempre lo supe. Y estaba él, justo del otro lado, con la sonrisa más franca del mundo, la que me dolía traicionar. Me pedía que no lo abandonara, no de ese modo, no por esa causa. Y mi corazón, divido por un conflicto que existía mucho antes de mi nacimiento, me gritaba: *Antes de serle fiel a los principios de una falsa sociedad, que promete un mar de triunfos arrebatados por la hipocresía, tenemos que ser leales a nosotros mismos*.

1



Año XXV después de la firma del Tratado de Tolerancia. El planeta Tierra estaba dividido en dos. América Unida, Sociedad Autocontrolada.

Antes de despegar los ojos la mañana que cumplí veinticinco años de edad, el día elegido para casarme, lo primero que percibí fue el aroma de mi madre. Como cada cumpleaños, había pasado temprano a dejarme un regalo. A mi lado en la cama, encontré un sobre con una leyenda: *Guárdalo cerca de tu corazón hasta después de la ceremonia y ábrelo cuando estés sola*. Sonreí. Dejé de lado las ocurrencias de mi madre y me concentré en la boda. De haber sido bien visto, habría corrido a abrazar a todos para desahogar las cosquillas que me circulaban por el cuerpo. Me contenté con alistarme para el desayuno, donde con una mirada le agradecería a mamá por rescatarme de la ceguera emocional en la que estaban sumidos los habitantes de la Sociedad Autocontrolada. Me coloqué en la muñeca izquierda mi guía, presioné el ícono para activarla y éste se iluminó de verde. Las puertas del closet se abrieron al tenerme cerca. Solo tuve que estirar la mano para tomar el atuendo combinado a la perfección. Contemplé mi cuerpo desnudo delante del espejo antes de deslizar la ropa sobre mi piel y añoré lo que sucedería en la noche de mi luna de miel, lo había planeado con anticipación.

Al llegar al comedor, ya los escasos miembros de mi familia estaban ahí: mi madre, mi padre y la hermana de éste con su hija. Tía Patricia había venido a vivir con nosotros tras la muerte de su esposo, mi prima era un par de años más joven que yo. Éramos familias pequeñas de un solo hijo para evitar la sobrepoblación. Mi padre, el general Edgar Verena, gobernaba como Jefe de Defensa en América Unida, nuestra ciudad-estado y eso lo mantenía ocupado lejos de la familia. Mi madre, en cambio, siempre estaba presente. Poseía aquellos ojos que hablaban, los que yo había heredado y a través de los cuáles conocí el mundo. Desayunamos en silencio, mi padre me dirigió una sonrisa y mi madre me miró con complicidad, como siempre hacía cuando no estábamos solas.

Como la boda se realizaría en el jardín, decidí curiosear cómo marchaban los preparativos. Al acercarme a la puerta principal, una luz parpadeó para señalar que alguien iba a entrar. Era Sebastián Casals, un capitán del ejército que mi padre tutelaba, su casi hijo adoptivo, solo faltaba un documento legal que lo avalara. Como cada mañana, Casals se colocó en firme al lado de la puerta y esperó al general para seguirlo como su sombra. Frené en seco y todos mis deseos se congelaron en mi pecho. Nos saludamos con la vista, como siempre hacíamos y bajé la mirada para no seguir en contacto visual con aquel rostro al que no había terminado de acostumbrarme. Rocé con el dedo índice el ícono llave de mi guía y la puerta se volvió a abrir, ahora para que yo pasara. Al traspasar el umbral percibí el perfume del capitán, el que conocía bien.

En el jardín me quedé en un extremo y curioseé los acomodos para el casamiento. Los robots humanoides del servicio se ocupaban de los pormenores con su sincronía habitual. Cinco minutos después salió mi madre. Al pasar por mi lado me acarició la mano y me susurró que no tardaría. Diez minutos más tarde, mi padre y Casals se dispusieron a salir. Sentí celos de la lealtad que los unía. Le pedí a papá que regresara temprano para que me condujera a la ceremonia; él con una mirada me recordó que nunca había llegado tarde a ninguna cita. Mi padre iba orondo con su capitán. Sabía que el general me quería más, pero no disimulaba que le habría gustado tener un hijo varón. Casals no solo me provocaba irritación, también me hacía sentir remordimientos por mi incapacidad de sentir empatía hacia su infortunio. Nació durante el conflicto bélico a juzgar por sus veintinueve años y le ocurrió lo que, a muchos, la guerra lo había dejado huérfano y no le había quedado más remedio que enrolarse en el ejército para lograr subsistir. Era una rutina que se repetía en muchas

familias, les había pasado a mis padres; solo que a las mujeres no se les permitía unirse a la armada, pero mamá de todas formas se había casado con el ejército al haber elegido a mi padre como esposo.

El ícono azul, en la superficie lisa de mi guía, parpadeó tres veces antes de quedar encendido. Mi futuro esposo, capitán de la fuerza aérea y militar de carrera al igual que mi padre, estaba aterrizando en esos momentos, ya nada pararía la boda. El deber no se interpondría entre nosotros esta vez. Así que cuando me convencí que todo saldría según lo previsto, regresé a prepararme para la ceremonia.

Mi prima Diana me ayudó a ponerme el vestido. El traje era color perla matizado en rojo con encajes negros que resaltaban mi piel resplandeciente como la aurora. Mientras el maquillaje realzaba mi rostro, recordé. Yo había elegido a William. Cuando arribé a los dieciocho años de edad me lo propuse, para ese entonces no tenía novio y ya soñaba con el matrimonio. Mis padres quedaron complacidos cuando William les comunicó nuestro compromiso tres años después; no solo por las cualidades del piloto sino porque era el sobrino preferido del líder de la Sociedad Autocontrolada. Era uno de esos cuentos de hadas que se daban muy a menudo en nuestro círculo social.

—¿Estás feliz, Paz? —preguntó Diana.

—Estoy impaciente —revelé.

—No sé por qué, casi te tienen que obligar a fijar la fecha de tu boda. —La claridad de su voz se asemejaba a la mía.

—Sabes que quería terminar mi especialidad médica, fue un acuerdo entre William y yo. Él también necesitaba afianzarse en su carrera, ahora estamos listos —dije y aunque no lo manifesté en voz alta, me di cuenta que mi interés en el matrimonio decayó cuando el compromiso se hizo realidad.

—Ni me lo recuerdes. ¿Emergencia? ¿Qué mujer elige esa especialidad? No entiendo cómo mi tío pudo apoyarte —continuó Diana y preferí seguirle la corriente que ponerme a reflexionar, a escasos minutos de mi boda, sobre mi relación con William.

—Mi padre le debe la vida a un médico de urgencias.

Intercambié con mi prima una sonrisa antes de acudir a reunirme con mis padres. Encontré a papá y esperé hasta que mi madre se nos uniera. Cinco minutos más tarde, el general rozó un ícono en la guía que llevaba en su muñeca izquierda y pronunció el nombre de su esposa:

—Venus.

Ese mismo acto se repitió dos veces más hasta que papá empezó a inquietarse de veras. El capitán Casals con su uniforme de gala anunció a la guardia que recién había llegado. Cuando los soldados irrumpieron en la casa, sospeché que algo funesto sucedía. Observé a mi padre despotricar a sus subalternos, con los únicos que se permitía perder el control. Estaba convencida que lo obedecerían de inmediato, por lo que me sorprendió ver que mi padre se quedó caminando de un lado a otro en un escueto perímetro, mientras comenzaron los destrozos. Los muebles fueron vaciados, los cojines rasgados, los dispositivos electrónicos analizados, no quedó sitio sin escrutar. Casals, el «escolta», no se movió de nuestro lado. Yo petrificada, pero por el miedo, sin moverme dentro de aquel vestido asfixiante, aguardé en el salón. Las horas transcurrían y mi madre no daba señas de aparecer. Mi padre dio más signos de impaciencia ante los guardias que cada vez eran más e ignorándolos se dirigió a mí:

—Es hora, hija —dijo con la voz contenida.

—¿Mi madre? —inquirí.

—Los invitados y tu futuro esposo esperan, luego resolveremos el paradero de tu madre —insistió. Ambos sabíamos que ella jamás se había retrasado más de quince minutos en ninguna ocasión y que su comportamiento era para preocuparse.

—Sin mi madre no me caso —solté.

Yo nunca había desobedecido una orden de mi padre, por lo que volvió a repetirme su última frase, a lo que con firmeza no contesté. Sin explicarse la conducta de su hija, que jamás lo había contravenido, salió a calmar a los invitados. Me senté en la silla más cercana y aguardé unos instantes más, hasta que escuché un vehículo que se detuvo en la misma entrada de mi casa. Creí que era mi madre y me acerqué apresurada. Me encontré con un oficial, quien con solemnidad le entregó un sobre al general. Temí lo peor. Sin importar los cánones impuestos, corrí hasta donde se encontraba mi padre y leí de sus labios la devastadora noticia: mi madre había muerto en un atentado del MAM. No me interesaron los detalles.

Sin que me pudieran detener y sin importarme las miradas displicentes corrí por todas las veces que lo había deseado y lo había reprimido. Aquel terreno que rodeaba nuestro hogar se hacía infinito con cada uno de mis pasos. Mis piernas no se detuvieron hasta que se abatieron destrozadas contra el suelo. Sentí mi rostro empapado por una mezcla de mis lágrimas y la tierra sobre la que me había derrumbado. Sabía que estaba sola porque no había escuchado a nadie seguirme. Tomé el sobre que había guardado

cerca de mi corazón y lo rasgué con mis manos temblorosas. Encontré un dije. Mi soledad no duró. Escuché una moto que se acercaba, era el «pupilo del general» que sin apagar el motor me informó:

—Su padre me envió por usted.

No me moví, apreté en una mano el sobre y en la otra el dije hasta que me dolieron las palmas. El capitán tampoco se movió, aguardó en la moto hasta que reaccioné y me levanté. Él me miró e indicó:

—Paz, algo se le acaba de caer.

Reparé en los dos objetos a mis pies. Como un reflejo tomé los trozos de papel y el dije en una sola mano. Pensé que aquel secreto ya no merecía ser guardado. ¿Un dije? No era raro en mi madre que acostumbraba a ese tipo de regalos, pero no era lo que yo hubiese deseado: unas últimas palabras suyas antes de vislumbrar su accidentado deceso. Sin interés ya en el obsequio, coloqué primero un pie en la moto y luego crucé la pierna contraria. Me senté detrás del «escolta» sin tocarlo siquiera, con la montaña de tela proveniente de mi vestido entre los dos.

—Paz, puede sostenerse de mí, para que no pierda el equilibrio —sugirió y no quise responder ni con palabras ni con acciones.

El «escolta» deslizó una de sus manos hacia atrás y me sujetó por el brazo, aunque era evidente que esa postura era incómoda para él. Programó el piloto automático para el viaje de regreso a baja velocidad. En el corto trayecto de retorno aún pensaba en mi madre y en mi propia vida de hoy en adelante sin ella. Me preguntaba si sería capaz de mantener su esencia viva en mí. Había sido una mujer única en este mundo donde nos había tocado vivir.

Recordaba la versión de la historia que me había contado mi madre, consciente de que sus palabras no saldrían más allá de mi memoria: «Las mujeres visionarias y valientes se cansaron de siglos de ignominia. Mujeres de todo el mundo se unieron al Movimiento Ambientalista de Mujeres, luego del fracaso en la Cumbre Mundial en la que sus reclamos quedaron guardados en una lista de espera eterna. El MAM había propuesto soluciones a muchas de las problemáticas que enfrentaba el mundo, pero no tuvieron el respaldo que necesitaban de los gobiernos que en su mayoría eran dirigidos por hombres. Como resultado, el MAM comenzó una guerra para derrocar a los gobiernos. La guerra duró años, comenzó con células clandestinas que se infiltraron en los centros de poder en algunos países. La muerte y la destrucción dominaron al mundo. La forma en que estaban delimitadas las naciones sufrió un cambio trascendental:

hubo países arrasados por los efectos de la guerra, muchos se fraccionaron por el conflicto bélico y otros, ante la devastación, pero con suficientes sobrevivientes, se fusionaron. Casi nos extinguimos a nosotros mismos como especie, hasta que los líderes más poderosos tuvieron que ceder para sobrevivir. Dos potencias se erigieron el día que se firmó el Tratado de Tolerancia. El planeta quedó dividido en una nueva división geográfica, económica y política. La ofensiva cesó, aunque no las hostilidades: de un lado nuestra Sociedad Autocontrolada, del otro la gobernada por el MAM. Ese día naciste, Paz».

Siempre la historia de mi madre sonaba con un tinte de imparcialidad, diferente a la dicotómica postura de las dos naciones que me enseñaron en la escuela. Se podía decir que nosotros vivíamos en la potencia dominada por los hombres, aunque era algo a reevaluar, la que tenía más terreno y recursos. En nuestra Sociedad Autocontrolada se constituyeron las ciudades-estados con un gobernante que lideraba cada una de éstas, las que respondían a un gobierno central. El MAM estaba más disperso por el globo terráqueo, pero no podía negarse que hacía temblar a nuestros gobernantes y por esto último, los nuestros respetaban el tratado.

No percibí cuándo arribamos a la entrada posterior. El capitán me sostuvo para ayudarme a bajar y me condujo sin soltarme del brazo hacia mi habitación, donde ya mi tía y mi prima me esperaban. Antes que el capitán se diera la vuelta lo vi sacudir el hombro acalambrado por la postura que había sostenido en la moto. Mi tía y Diana me quitaron el vestido, me limpiaron la cara y me extendieron una nueva muda de ropa. Hasta ese momento percibí que tenía una llamada perdida. El ícono azul, de la guía sobre mi muñeca, titilaba.

—William ha estado preocupado por ti, aún no se ha marchado —me reveló Diana.

—¿Y mi padre? —pregunté.

—Salió con los guardias y no ha regresado. Hay que estar preparados, en cuanto terminen las investigaciones habrá que realizar el funeral.

William me esperaba en la sala, aún vestido con su uniforme de gala de la aeronáutica, con el que su cabello rubio como el oro pulido resaltaba aún más. Me recibió con un trémulo abrazo y me hizo un espacio para que me sentara a su lado, con una sonrisa que no se atrevió a salir de sus jóvenes labios.

—Te agradezco tanto que te hayas quedado —le susurré.

—¿Cómo te sientes? —indagó.

Solo suspiré y me acurruqué en su costado.

—Es una situación muy triste, ni sé que decirte. Entiendo tu angustia, pero tienes que controlarte. No eres débil —apuntó y ya no supe si me hablaba a mí o se lo decía a sí mismo. Le dolía mi aflicción y le atormentaba no saber qué hacer para calmarme.

—Solo abrázame —le pedí.

—Saldremos adelante. En un tiempo prudencial nos casaremos como habíamos previsto y continuaremos con todos nuestros planes. Seca esas lágrimas, vamos —me instó.

¿Qué más podía esperar que me dijera? En cuanto apareciera mi padre me diría las mismas palabras: cordura, fuerza, dominio o lo que es lo mismo «emociones aniquiladas»; ya me lo sabía de memoria. Fueron idénticas las palabras que le dijeron a mi tía cuando su esposo falleció. Así funcionaba nuestro mundo pragmático, por eso éramos poderosos y magníficos. Un ser humano superior que tenía la suficiente fuerza mental para autocontrolarse, donde la eficiencia tenía que empezar con cada vida humana desde la concepción. Aunque mi cara lucía impávida, yo estaba muy confundida; rocé la mano de William para cerciorarme que tenía un hombre de carne y hueso a mi lado y no me quedó duda. Tal vez él notó algo en mi semblante porque decidió tragarse sus consejos. Se quedó conmigo algunas horas mientras las palabras escasearon y no evitamos el contacto físico, al contrario de nuestra costumbre. No se limitó a sumirse en su guía para navegar por horas en Internet, en sus juegos de vídeo o en asuntos de trabajo. Tuve toda su atención, sus caricias y el silencio que necesitaba para sufrir, hasta que se fue y salí a la terraza a cerciorarme de mi soledad.

Observé el regalo de mi madre, era un colgante antiguo de oro blanco de tres centímetros de largo por dos de ancho. Lo inspeccioné y pude percatarme de un diminuto botón. Lo presioné. El dije se abrió a la par, entonces me di cuenta de lo que era: un relicario. En su interior no había fotografías. En una de sus caras internas había a relieve una paloma con todos los detalles. En la otra, había un objeto pequeño ensartado en un espacio diseñado a la medida. Lo retiré con cuidado, era una especie de dispositivo electrónico plano. Lo tomé entre las yemas de los dedos,

parecía ser una unidad de almacenamiento de información. Me obsesioné con ésta. ¿Por qué no lo haría? Era lo último que me había dejado mi madre y ni siquiera sabía qué era ese artefacto, ni para qué servía. Lo más lógico era que pudiese ensartarse en mi guía. Caminé hasta el garaje para refugiarme en su oscuridad. Intenté colocarlo en mi guía sin éxito. Convencida de estar sola quise gritar. Me lo imploraba mi cuerpo entero, pero temía que alguien me escuchara y mi conducta poco apropiada se extendiera de boca en boca. Ni qué decir de las cámaras que había por doquier, que sería la evidencia de mi patética debilidad. Hirviendo por la ira, me dirigí a la salida del garaje y me quedé petrificada al ver que el «escolta» me observaba. Habría sido humillante si yo hubiera dado rienda suelta a mis emociones delante del «pupilo del general».

—¿Llegó mi padre? —averigüé con lentitud. Casi nunca intercambiaba palabras con Casals y me resultó incómodo hacerlo, pero me urgía escuchar las noticias que papá traía.

—Aún no —emitió con un aire de suficiencia.

—¿Y qué hace usted aquí? —le interrogué. Me sorprendió su presencia porque sabía que él era la sombra del general.

—Su padre me pidió que me quedara para apoyarla. Imaginó que no se sentiría muy bien.

—Gracias —dije. Me fijé que ya se había cambiado el uniforme que pretendía usar para la ceremonia y que ahora tenía puesto el de diario.

—No le pregunto si se siente mejor porque es evidente que no. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? —indagó y me sorprendió su asertividad, aunque ya sabía que era un joven maduro.

—Quisiera ir al lugar…

—No me parece una buena idea. Paz, la acompaño a la casa, creo que necesita descansar.

Me contrariaba que cuando se dirigía a mí mencionaba una y otra vez mi nombre. Fingí que miraba al suelo, pero lo examiné con el rabillo del ojo. Su expresión era lo que más me irritaba, esa mirada que no podría definir porque no revelaba nada. Lo seguí evaluando mientras él creía que yo estaba absorta en mis pensamientos. ¿Qué había dentro de esa coraza irrompible que me flanqueaba la puerta? Nunca había dejado entrever ninguno de sus sentimientos, ni sus debilidades. Era como todos los demás, como William, como mi padre, o peor, más inexpresivo. Al menos William vivía con su familia cuando el deber se lo permitía y eso le daba un poco de sensibilidad. Mi padre había quedado huérfano muy joven pero su

hermana había sustituido el papel de la madre en su vida y eso había sido sano para él. Hice un alto en mis reflexiones aún medio aturdida por la muerte de mi madre. Sin dominar las frases que colmaban mi garganta, le solté:

—¿Sabe lo que es el dolor de perder una madre? —lo proferí porque pensé que tal vez me comprendía y a eso se debía su actitud solidaria.

La pregunta lo tomó desprevenido, de todas formas, guardó la postura de acero. Ni siquiera lo escuché titubear, ni lo vi inmutarse por ese brote de intimidad. Me sentí ridícula por haber intentado sostener una conversación con el ahora «escolta de acero», nunca habíamos sido amigos a pesar de que nos conocíamos desde que mi padre lo había amparado bajo su tutela. Arrepentida le susurré:

—Creo que fue una pregunta algo incómoda. Perdóneme.

—No tiene que disculparse. Es que casi no tengo recuerdos de mis padres —reveló. Tragó en seco y eso me hizo ponerme en alerta—. ¿Sabe?, —carraspeó— a veces es bueno desahogarse.

Esa respuesta no me la esperaba. Ésas no eran las palabras que se aprendían en la escuela militar. Desahogarse no era bueno, era signo de flaqueza y él tenía que saberlo. «¿Será que me consideraba frágil?», pensé. Eso sería una ofensa. Una de dos: quería hacerme un favor o me ofendió sin proponérselo. No supe qué pensar al respecto y me sentí cada vez más incómoda. Su respuesta se parecía a las de mi madre, pero a aquéllas que eran nuestro secreto. Nunca imaginé que el capitán Casals y mi madre tendrían algo en común. Eso aumentó mi faceta de remordimiento hacia él, por todos los sobrenombres que yo utilizaba en mi pensamiento para referirme a su persona: escolta, pupilo, sombra y la lista de los muchos insultos que se me ocurrían para desahogar los celos que me provocaba.

—No fue un sabio consejo, lo retiro —se retractó, pero ya era tarde—. ¿La acompaño a la casa?

Accedí.

2



Un latido acompasado me abarcó desde la garganta hasta el inicio del estómago. Sentí náuseas y ganas de vomitar. Estaba en el garaje y buscaba algo que ya había olvidado cuando vi al capitán Casals. Me esperaba en la entrada, tenía un brazo en alto recostado al marco y su rostro estaba inquieto. Yo quería huir y él no tenía intenciones de dejarme. Cerró la puerta tras de sí y me estremecí. Un sudor helado me recorrió la espalda, se me acercó y comprendí que no tenía escapatoria. Me intimidó ver su rostro lleno de expresión por primera vez, era una mezcla de odio y de deseo. Se aproximó más y su cuerpo quedó cerca del mío. Trepidé.

—Tengo lo que necesitas —dijo y su aliento me rozó.

Intenté alejarme, él se arrimó y vulneró mi rechazo. Lo empujé y me aprisionó mientras yo seguía forcejeando para librarme de su ataque. Me desperté gritando. Respiré con alivio al descubrir que había sido un sueño, pero no pude deshacerme de la misma sensación de agonía que sentí en la pesadilla, ni de aquel rostro en mi memoria.

Tía Patricia llegó ante mis gritos y al ver mi expresión de pavor corrió a buscar unas pastillas de mi propio botiquín de primeros auxilios. Me consoló por la muerte de mi madre, me afirmó que el dolor pasaría, que solo tenía que dejar hacer su parte al tiempo. No intenté corregirla y explicarle que había soñado algo sin precedentes. Al escucharla me acordé

de mi madre y constaté que ese pesar no desaparecería nunca. Le pedí a mi tía que me dejara sola. Tomé el relicario que había guardado debajo de mi almohada, lo abrí y observé la paloma. Me aferré a la fe que mi madre me hizo llegar a través de la que yo nombré su última voluntad, tan contraria al ateísmo de mi padre que solo creía en la ciencia. Me vinieron de golpe algunos recuerdos que creía desterrados: las veces que disgusté a mi madre cuando era niña o adolescente, cuando estaba tan enceguecida por el dogma que enseñaban en la escuela que llegué a considerarla débil e inmadura por su comportamiento jovial y los secretos que me hacía guardarle a papá. Con el cursar de mis años había descubierto que su conducta tenía el motivo de hacerla feliz no solo a ella, sino también a mí. Eran diferencias que ya habíamos resuelto, pero en el momento de su muerte me consumía la culpa. Presioné el ícono de mi guía que desplegaba mi diario, una pantalla holográfica táctil y escribí.

> *Madre:*
>
> *No recuerdo haberte escrito del alma unas palabras.*
>
> *Tantas cosas nos han alejado y nos han acercado. Hoy no quiero pensar en nuestras diferencias sino en lo que amo de ti: tu sonrisa pura y tu risa, la que aún resuena dentro de mí. Tu mirada clara que me acompaña en cada paso. Tus sabios consejos, que no siempre seguí pero que hoy aprecio. Tu juventud infinita que me contagia y tus besos sobre mi frente, que son la huella de tu amor, el que cada día te agradezco.*

Así descubrí que aún no aceptaba su muerte, le había escrito como si todavía estuviera viva. Coloqué mi huella en la cerradura del diario para bloquearlo y fui a mi botiquín por más pastillas. Me metí al baño a toda prisa, me vestí y salí al comedor en busca de mi padre. Necesitaba hablar con él antes que desapareciera esa mañana. Al llegar solo estaban mi tía y Diana; pregunté por el general y me dijeron que acababa de salir. Caminé rápido hacia la puerta y me tropecé con el «escolta». Al tenerlo frente a mí, sentí un escalofrío al recordar la pesadilla en la que me atacaba; traté de recobrarme sin que se percatara de nada, ya que mi temor procedía de un sueño y no de la realidad. Verlo parado en firme junto a la puerta como todos los días, al menos era una buena noticia, mi padre no se había ido aún. Saludé al «escolta» con la mirada como siempre lo hacía y volví para buscar a papá dentro de la casa. No lo encontré en ninguna habitación. Me apresuré hacia la puerta de nuevo y mi sorpresa fue que el «escolta» todavía

permanecía como una estatua. Resolví preguntarle, aunque dirigirle la palabra después de lo soñado me resultó irritante:

—¿Mi padre tardará mucho en salir?

—El general hace rato que partió. Discúlpeme, cuando la vi no pensé que lo buscaba —contestó.

No entendí nada. «Si mi padre partió, ¿qué hace Casals como un obstáculo ante la puerta?», pensé. Mi mirada debió resultarle inquisitiva porque sin hacerle la pregunta me contestó:

—El general me pidió que me quedara para apoyarla —confesó y apretó tanto la mandíbula que me hizo desconfiar.

«¿Qué ocurre?», pensé. Para empezar mi padre no pedía las cosas, las ordenaba; el «escolta» no se dedicaba a esas funciones, era un militar joven, pero tenía una carrera bien establecida; teníamos un equipo de vigilancia de primera: los robots humanoides centinelas y los de servicio, los guardias que coordinaban la seguridad de la propiedad y además estaba mi familia; yo no estaba sola. La presencia del «pupilo» en la casa solo podía significar que mi padre me omitía información relevante. Me pasaron tantas cosas por la cabeza mientras tomaba lo necesario para salir, como que mi madre no había muerto en un atentado por estar en el lugar y la hora equivocados, sino que mi padre era el objetivo; y si así lo fuera, «¿por qué el hombre de toda su confianza no estaba con él? ¿O es que en la casa estábamos nosotras expuestas a algún peligro?» —me pregunté. Con miles de ideas dándome vueltas atravesé la puerta de salida hasta que el sol de la mañana me enceguecíó. Iría en persona a averiguar qué había ocurrido con mi madre. La voz del «escolta» me detuvo:

—¿La acompaño a algún lugar?

—No es necesario, capitán —le dije con una brusquedad bien disimulada.

—Puedo hacerlo, nada me daría más placer.

Esa última frase me puso los pelos de punta y más al recordar mi pesadilla. Insistió con educación varias veces y del mismo modo yo me rehusé. No le quedó más remedio que admitir:

—Tengo órdenes de permanecer a su lado.

—Si me acompaña dejará desprotegidas a mi tía y a mi prima —afirmé.

—Entonces mejor no salga, quédese en casa y será más fácil para todos. —Volvió a apretar la mandíbula y ahogó su emoción en un gesto casi imperceptible.

Percibí su enojo. La tarea impuesta por mi padre le fastidiaba más que a mí. Podría ser porque le encomendaron una actividad que consideraba inferior a su rango, porque yo le desagradaba de veras o por las dos. Me incliné por la última.

—De acuerdo, no saldré —resolví.

Entramos. El capitán, que se había transmutado en mi «escolta», se quedó en la recepción de la residencia, por ratos petrificado como una efigie y por otros estuvo enfrascado en controlar a través de su guía al resto del personal de la propiedad. Ni me molesté en decirle que se sentara porque de seguro no lo haría. Las horas siguieron transcurriendo y yo no encontraba la forma de librarme de él. Regresé a mi habitación y apagué mi cámara de seguridad, intenté golpear la pared, pero no me arriesgué a lastimarme, quise gritar, pero solo me salió un quejido ahogado. Me acerqué al closet y su función en automático me ofreció un vestuario acorde a mis necesidades habituales. Aquello no servía a mis propósitos así que lo utilicé en el modo manual. Toqué los botones del closet correspondientes a las categorías deportes, entrenamiento, noche, exterior. Apareció una muda de ropa que se sincronizaba a la perfección en colores y texturas, pero tampoco era lo que quería. Me exasperé. Traté de desactivar la tecnología mientras me peleaba con el control instalado en la pared. Cuando al fin lo logré, me introduje en el closet, busqué entre la ropa un suéter negro y holgado con capucha, un pantalón del mismo color y unas botas.

Salí por la puerta de atrás con mi disfraz improvisado, resuelta a escapar de aquella casa que me asfixiaba. Caminé hasta el garaje con cautela, presioné el ícono de mi guía que tenía la función de llave y que abría todas las puertas de la casa. Lamenté no saber dónde desconectar las cámaras de seguridad. Apagué mi guía, segura de que así nadie me podría encontrar. Procedí a programar mi vehículo para acudir al lugar donde le practicaban la necropsia al cuerpo inerte de mi madre. Me sorprendió ver que la computadora tenía un viaje programado, algo que yo no había hecho. Mi curiosidad se incrementó al comprobar que era un sitio desconocido para mí. Puse el motor en marcha para seguir la ruta marcada en el GPS cuando se abrió de golpe la puerta del pasajero y el «pupilo» del general se sentó a mi lado. Sin que él se percatara extendí el dedo índice, guardé la dirección en la memoria de la computadora y dejé el GPS sin ninguna dirección a la vista.

—¡Esto es demasiado! —expresé ya sin disimular mi cólera, aunque rompiera con todos los cánones morales.

—Creí que se lo había dejado muy claro —advirtió y su calma me exasperó más.

—Toma —dije ya sin tratarlo de usted. Me quité el estúpido suéter, se lo tiré encima y él se limitó a cerrar los ojos cuando recibió el golpe—. Si vas a salir conmigo que no sea con uniforme.

—¿Desde cuándo aborrece a los militares? —inquirió y supe por su tono pastoso que se refería a William—. ¿Además, cómo pretende que me ponga este artículo de mujer?

—Es eso o pasarse toda la mañana frustrando mis intentos de salir.

—Si al menos me dejara pasar a mi vehículo por una chaqueta —indicó.

—Hecho.

Titubeó, sabía que eran los minutos necesarios para que yo desapareciera. Se quedó sentado mientras se desabotonó la camisa, la que tiró en el asiento trasero. Permaneció con la camiseta con mangas que llevaba debajo. De todas formas, se veía uniformado. Con una mirada le di a entender que se colocara mi suéter, como un sádico castigo que ya comenzaba a poner en marcha. Lo hizo y casi sentí la tela rasgarse cuando lo introdujo en su espalda. Desactivé la función de piloto automático y conduje yo misma. Casals se afianzó con fuerza al asiento.

—No creo que sea buena idea que conduzca. Si quiere yo puedo hacerlo —habló y no pude evitarlo, cada palabra que decía con su inusitada calma avivaba el volcán dentro de mí. Algo vio en mis ojos que le hizo retractarse de su ofrecimiento—. Está bien, está bien —terminó por decir. Sabía que, si daba la vuelta para subirse al lado del conductor, yo me aprovecharía para dejarlo.

Me tomó el brazo izquierdo y el dedo índice de la otra mano. Yo disimulaba mi terremoto interior, ante el roce de su piel, debido a la pesadilla que aún me daba vueltas en el pensamiento. Encendió mi guía y vi como un ícono negro en la suya se iluminaba. Me tenía vigilada. Además, tenía que soportar que su perfume minara mi auto. Puse mi música vieja a todo volumen para fastidiarlo y lo vi balancearse sincronizado. Antes de que su calma me hiciera perder los estribos, tomé los audífonos de la guantera, me los coloqué y lo dejé sumido en el silencio, salvo por el susurro del motor. Realizó un gesto de pesar con sus labios, lo que percibí en cámara lenta. No era la primera vez que lo veía hacerlo, pero no lo olvidaría de nuevo. El capitán Casals extendió una mano y estableció un

límite de velocidad. Salimos a la calle atestada de vehículos en todas las direcciones, hasta atajar una desviación hacia la carretera. No nos miramos en todo el trayecto. No me preguntó a dónde nos dirigíamos y yo tampoco lo sabía, solo conduje para mitigar mi abismo interno hasta que la ciudad quedó atrás. Me dejé guiar por la música y el recuerdo de mi madre me volvió a inundar.

Conduje a cientos de kilómetros de casa y él seguía imperturbable. Lo vi con el rabillo del ojo y puse en ilimitado el punto que guiaba la velocidad. Él continuó en silencio como si yo estuviera sola. Me volví a olvidar de su rostro otros kilómetros más, sentí la velocidad correr por mis venas mientras unas lágrimas silentes se escurrieron por mis mejillas. Cuando hacía rato que de mis lágrimas únicamente quedaba el ardor sobre el surco trazado en la piel de mi rostro, Casals volvió a hacer aquel gesto con los labios, para luego indicar tajante:

—¡Detente!

Frené alrededor de cincuenta metros antes de estamparme contra la barrera que separaba mi ciudad-estado de las tierras inhóspitas. Miré un ícono parpadear en el tablero del auto, el que advertía de la barrera inminente. En mi obcecación lo pasé por alto. Recordé que la frontera era muy irregular y que había puntos de demarcación tanto lejanos como cercanos, ya sea con las tierras del MAM o con las de nadie, a estas últimas les llamábamos inhóspitas porque no eran habitables. Me sorprendió que Casals ya no me hablara de usted, pero no me incomodó, recordé que se lo había sugerido en otras ocasiones. Ni siquiera me había percatado de adónde habíamos llegado. Creo que jamás había conducido tanto.

—Si quieres te dejo manejar —le propuse.

—¿Me dejarías tirado en la carretera? —dudó cambiar conmigo de asientos porque sabía que deshacerme de él había sido en un inicio mi prioridad.

—No soy tan cruel.

Lo vi trasladarse y dar la vuelta hacia mi lado lleno de dudas. Sí me picó el gusanillo de abandonarlo, se lo merecía por introducirse en mis sueños y en mi vida, pero quería sacármelo de encima, no que le ocurriera una desgracia. Me pasé a su asiento sin abandonar el auto, hacía un poco de frío, pero él seguía con mi suéter puesto. Casals percibió baja la luz del tablero. Los niveles de energía del auto estaban casi en ceros. En ese momento me acordé que no recargué la energía cuando debí. Él se percató de ello y casi rugió, pero como un cachorro de león herido:

—¡Perfecto! Esto es mejor que dejarme en la carretera. ¿Quieres acabar con mi carrera? Voy a fracasar en la misión más sencilla que me han impuesto.

Casals miró su guía y se fijó en la hora, eran las cinco y fracción de la tarde. No nos daría tiempo llegar a la casa antes que mi padre, ni siquiera con el auto en perfectas condiciones. Salió del vehículo y casi lo escuché maldecir con sus movimientos corporales. Apoyó las manos en el techo del coche mientras pensaba qué decir durante unos segundos, hasta que volvió a hacer ese gesto con los labios y masculló:

—Vamos, hay que caminar.

Nunca creí que mi negligencia llegara a tanto. Grabé en la memoria de mi guía la dirección descubierta en el vehículo y luego la borré de la computadora del auto sin que él se diera cuenta. El «escolta» ahora de fuego, se quitó mi suéter al fin y me lo lanzó con algo de violencia; se lo agradecí porque hacía frío y la noche amenazaba con caer. Sacó su camisa del asiento trasero y se la amarró a la cintura; antes de cerrar el auto sacó el dispositivo de la música con los audífonos y me los arrojó:

—Para que te entretengas, caminaremos bastante. ¿Algo más que quieras llevar?

Rocé el ícono de mi guía que me conectaba con William y enseguida escuché su voz. El «escolta» se turbó y yo más que reclamarle me limité a imaginar qué habría sido de mí, si me hubiera aventurado sola en esta expedición. Por otro lado, aún no me sentía a salvo, la pesadilla seguía en mi cabeza. Si él no se hubiese empeñado en hostigarme, yo no hubiese hecho el berrinche de mi vida. Al fin William me contestó y le dije con una falsa serenidad:

—Willy, es mejor que no vayas a visitarme.

—Ya sé que no estás. Me encuentro en tu casa. Deseo verte. Me voy mañana temprano —escuché la voz de mi novio.

—¿Regresas a la capital tan pronto? —pregunté.

—Casi toda mi familia retornó. Nadie previó lo sucedido con tu madre y temen que haya un próximo en la lista. Aquí en América Unida solo quedamos mis padres y yo. Lo que todos comentan es, ¿por qué tu madre, si había otras personas que tanto militar y políticamente eran objetivos más contundentes? ¿Será que el ataque iba dirigido a tu padre?

—Eso me pregunto yo también —confesé y esta vez las lágrimas se quedaron dentro de mis ojos empujándose unas a otras, pero sin la resolución de brotar.

—Mis padres partirán esta noche y querían despedirse de ti. ¿Todo está bien, Paz? ¿Qué haces tan lejos? —sondeó y recordé que nos podíamos rastrear el uno al otro a través de las guías.

—Te dije que tuve que salir. Es una lástima que no nos podamos ver —mencioné mientras me aseguraba de poner un recordatorio en mi guía para desactivar el permiso de William para localizarme.

El «escolta» empezó a desesperarse con aquella conversación que parecía no tener fin. Se retiró algo para dejarme hablar a solas. Sin embargo, supe que aún me escuchaba por la forma en que se movía.

—Willy, te tengo que dejar. Estoy ocupada.

—¿Estás sola? Si quieres voy y me reúno contigo. No es seguro, no sabemos quiénes atentaron contra tu madre, qué perseguían, ni cuál es su paradero —continuó William.

—De eso se encargará mi padre y no, no puedes alcanzarme. No es posible, estoy… con papá y ya te dije que estoy ocupada. Lo siento. Te amo.

—Yo más —expresó.

La máscara de enfado del «escolta de acero» se quebró en una posible sonrisa que no llegó a aflorar de sus labios. En ese momento recordé que nunca lo había visto sonreír. Una cosa era su sonrisa irónica de costumbre, pero una sonrisa de júbilo, la verdad no la recordaba. Sin reparar más en mí, Casals activó la brújula en su gruesa guía estilo militar, que permanecía ceñida a su muñeca y definió la ruta a seguir. Desplegó una luz tenue de la misma para que nos iluminara el trayecto. Su guía era muy diferente a la de mi padre y a la de otros militares, estaba en continúa metamorfosis. Yo me fijaba en ella cuando pasaba por el lado del capitán porque mi padre siempre hacía referencia a los inventos de éste. Era el proyecto personal que nunca finalizaba. Casals notó que mientras él la operaba yo no le quitaba la vista de encima y me la mostró:

—¿Te llama la atención?

—Es rara —mencioné con desgano.

La conversación con William volvió a provocar que las partículas de dolor, desahogadas contra el acelerador del auto y mantenidas a raya más abajo de mis rodillas, volvieran a levantarse en una polvareda que arrasó con el interior de mi estómago, de mi pecho y que se atoró en mi garganta. Lo que me causó dificultades para respirar. Me distraje de mi dolor al percatarme que la guía de Sebastián Casals desapareció de su muñeca. Él tomó mi mano ante mi perplejidad y la colocó sobre su guía. Pude tocarla

y me di cuenta que la había vuelto invisible. Lo vi reír ante su ingenio y sospeché que el capitán quería hacerme mitigar mi agonía.

—¿Tú lo hiciste? —pregunté.

—Es mi pasatiempo —admitió.

—Pero no deja de ser útil.

—Así es.

Sin demorarlo más, el capitán le dejó un mensaje de voz a mi padre. Noté que Casals no deseaba hablar con el general porque hubo muchas omisiones en lo que informó. Casals me invitó a abandonar la carretera e introducirnos en el agreste terreno que bordeaba una de las orillas. Esa idea no me pareció acertada, si seguíamos por la vía podríamos toparnos con otro automóvil, así que le dije mi parecer de inmediato. Respondió con un par de carcajadas con un toque de sarcasmo matizado en furia. Me dio algo de temor, pero yo confiaba en mi padre y él había elegido a ese hombre para protegerme.

—Anda, vamos. Por aquí llegaremos antes. Esta carretera ya nadie la transita, no es la mejor opción —me aseguró.

—Podríamos quedarnos en el auto hasta que vengan a buscarnos —se me hizo lógico apuntarlo.

—Yo no tengo paciencia para eso.

—Si le dices a mi padre que estamos varados en este lugar, mandará de inmediato un helicóptero u otro medio más veloz —dije y esperé su respuesta en vano—. Muy bien, no doy un paso más. No lo voy a ocultar, ya casi es de noche y me atemoriza el sitio. Me tranquiliza algo saber que estás armado, pero…

—Conmigo no te pasará nada. Estoy entrenado para sobrevivir.

Esa sobrada confianza en sí mismo no era real. Ahora él me castigaba a mí. «¿Pero por qué? ¿También me aborrece?», pensé. Creo que me equivoqué cuando creí que empatizaba conmigo. ¿Para qué quería caminar toda la noche si podíamos esperar unas cuantas horas? Unas a que vinieran por nosotros y otras de regreso sumaban… bastantes menos que el plan de Casals. Me empezó a dar hambre y sed, sin qué decir del frío.

—Lo más sensato es hablar con mi padre —insistí—, que envíe por nosotros y hacerme responsable de mis actos. Yo conduje, yo dejé el vehículo sin la carga suficiente.

—Y yo estaba a cargo…

—Nos condenas a seguir un plan disparatado por no enfrentar a mi padre. Temes caer de la posición en la que te tiene. ¿Acaso te estás

escuchando? ¿Sobrevivir? ¿Cuál es la contingencia? La contingencia es que hay por ahí una o varias personas capaces de matar a la esposa del Jefe de Defensa, o a otros objetivos que desconocemos; y tú en vez de pedir apoyo a mi padre para que nos saque de este lío, estás más preocupado por quedar bien ante él.

Casals se quedó sin respuestas y dejó de replicar. Gané la discusión y aceptó seguir mis sugerencias. Ahí fue cuando entré en mi fase de remordimientos. El «pupilo» del general, que ya no era un niño, a quien yo detestaba con unos celos menores, se postró ante mí en sentido figurado y aceptó que su único vínculo de afecto le perdiera la confianza. Odié el pensamiento sibilante que pasó por mi mente. Yo había propiciado la situación y se podría interpretar, al menos para mi inconsciente, como una trampa tendida por mí para hacer que Casals fracasase. Mi padre era el único progenitor que me quedaba y no deseaba compartirlo. Mi culpa hizo que Casals ganara la discusión sin siquiera decir una palabra. Al menos gritarle un poco me sirvió para sacar parte de mi ira contra él. Me permitió despejar la garganta al expulsar algunas partículas de dolor, pero no fue suficiente porque otras quedaron confinadas dentro de mi pecho hasta mis pies.

—Tal vez pueda convencer a mi tía de no prevenir al general de mi tardanza. Aún no da la hora en que mi padre suele llegar a la casa. Ella podría asegurarle que estoy dormida y nosotros llegaríamos antes del amanecer —hablé sin pensar y me arrepentí de inmediato.

—¿Y qué te asegura que tu tía lo haga? —preguntó sin perder un minuto. Eso me confirmó su necesidad desesperada de no perder la posición que tenía ante mi padre.

—Te tiene afecto, lo hará para proteger tu carrera.

—En las historias que conozco las personas aplican consecuencias severas para que aprendamos la lección, no son indulgentes —admitió.

—Tú asegúrale a mi tía que estaremos bien, que solo es un desperfecto con el auto. Yo le pediré por tu carrera —terminé de decir y así lo hicimos.

Resultó, mi tía tenía un corazón benevolente en busca de huérfanos de guerra a quienes amar. Comenzamos a caminar. Una hora, dos, tres. Aquello fue más frustrante de lo prometido por Casals: las nubes no dejaban pasar la luz de ningún astro nocturno, la explanada se hacía más cerril con cada pisada, sin contar con que tuviéramos la fatalidad de encontrarnos con algún animal peligroso de la exigua fauna de aquellos parajes. Observé el arma que tenía el «escolta» en la cintura y si no me

equivocaba debía tener otra en su tobillo, o en los dos. Me calmaba saber que tendría más de una y que yo también sabía utilizarlas. Aunque me dolería acabar con algún espécimen único ya en la tierra, también amaba mi vida. Ni que decir de bandidos o los del frente vecino, que al parecer por la muerte de mi madre se habían arrepentido del Tratado de Tolerancia.

Algunas horas más de caminata y ya el cansancio era fulminante; no podía más pero no quería dar muestras de debilidad. Creo que él se percataba de ello, pero deseaba torturarme, debido a que esto podía costarle una fuerte amonestación por parte de mi padre si mi plan no resultaba. Para él la marcha no era tanto, sus piernas habrían resistido en expediciones más cruentas. Todo su cuerpo se movía como una maquinaria sincronizada. Yo por mi parte estaba vencida por el agotamiento, ni, aunque me ofrecieran agua podría haberla bebido, estaba fuera. Tenía los músculos casi engarrotados y el pecho adolorido. Me arrepentí de haber dejado con las prisas mi botiquín de primeros auxilios. Dentro de éste tenía sueros orales y pastillas para combatir la deshidratación. Mi entrenamiento físico durante toda la vida hasta ese minuto me sirvió; me dejé caer al suelo exhausta y me sacudió un espasmo que no pude controlar. Él se asustó, me levantó por los brazos y me preguntó sin perder su tono enojado:

—¿Estás mal? Discúlpame, se me olvidó que…

—… que soy mujer —espeté casi ahogada.

—Se me olvidó que no has recibido adiestramiento para esto.

—Necesito descansar diez minutos y podré continuar. Desde anoche no pruebo bocado y hoy en la mañana tomé muchos sedantes.

—Pues parece que no te hicieron efecto, condujiste durante horas.

—Me sentaré un instante. —Mi voz sonó como a punto de desaparecer.

—Hay que moverse, aquí hay serpientes venenosas.

—¿Y hasta ahora lo dices? —Aún jadeaba.

—Proliferan cada año. Elegí el camino porque es el más corto. Además, tus botas parecen seguras. Vamos —dijo resignado—, súbete a mi espalda y en una hora estaremos en el pueblo más cercano.

—Ni lo sueñes —solté erizándome de pavor al imaginarme un contacto más cercano con él.

—Anda, no se me ocurre otra cosa. Seré cuidadoso y te trataré con respeto. —Se percató que aún dudaba y continuó—: Si te tranquiliza te revelaré algo, no me resultas atractiva. Será una maniobra de supervivencia.

—Gracias —balbuceé sin saber si sus palabras me calmaban o me horrorizaban—. Esta experiencia nunca la olvidaré, me servirá de escarmiento para la próxima vez que siquiera me pase por la cabeza perder el control y tener un arranque de adolescencia tardía.

—Es normal lo que te sucede. Son varios cambios en tu vida. —Su respuesta me hizo verlo más humano, pero no lograba encajarlo en ese perfil.

—¿No estás cansado? —Temía que cargar con mi peso no sería justo para él.

—Sí, pero aguanto hasta llegar a la población más cercana. Te lo garantizo.

—Al menos si voy a tu espalda ya no me preocuparé por las serpientes.

—Igual tengo buenas botas. Ten cuidado con el arma que llevo sujeta a mi espalda, pásamela para colocármela en otro lugar.

Di un salto con las pocas fuerzas que me quedaban y me subí a su espalda. Deslicé la mano por dentro de su camiseta y sentí sin proponérmelo su piel tersa y sus huesos. Desenfundé el arma y se la pasé. Él la colocó en el cinturón y luego pasó sus brazos por debajo de mis piernas para afianzarme a su espalda. Me susurró que si estaba muy agotada podía dormir, que no me soltaría. Le creí y poco a poco me quedé dormida.

No recuerdo si soñé, pero cuando desperté estaba en la banca de una cafetería y mi comida me esperaba sobre la mesa. Él estaba terminando de comer. Me despabilé de un sobresalto con los músculos entumecidos y las entrañas carcomidas por la fatiga.

—Pensé que tardaríamos más en llegar, pero eres bastante rápida —reconoció—. Creo que estaremos en tu casa antes de lo planeado.

—No fue difícil para mí, me traías cargada —referí.

—La menor parte del trayecto, menos de media hora. Hiciste un buen trabajo. Voy a alquilar un auto y enseguida regreso. Hay un baño al final del pasillo.

Me dejó mientras yo me esforzaba para comer porque mi garganta se había cerrado. Casals ni siquiera se volvió para asegurarse que no escaparía. Podría ser que ya confiaba en mi cordura o creía que ahora éramos amigos. Me inclinaba por cualquiera de las dos. Llegó en una media hora, insistí en pagar la cuenta y se resistió. La culpa seguía remordiéndome. El «escolta»

había gastado dinero en el alquiler del auto y el cansancio en su rostro ya se notaba. Igual estaba agotada, pero al menos había cerrado los ojos un instante. Cuando estuvo todo listo, el capitán definió la dirección en la computadora del auto para que nos condujera hasta la puerta de la casa. Me ofrecí para ir en el asiento del conductor; el vehículo iría en piloto automático por si me atajaba el sueño y él podría dormir en el otro lado durante el trayecto. Sabía que se negaría, pero me sentí bien al ofrecérselo.

—Como gustes, pero no creo que me pueda dormir —me respondió.

—Haz el intento te ves… fatal.

—Gracias, eso ayuda a mi autoestima.

Puse la música vieja que traía y esta vez dejé que se escuchara para los dos. Él le subió el volumen y se acomodó en el asiento. Su cuerpo casi inmóvil se sincronizó con la música, comenzó a moverse muy lento y me di cuenta que era algo que él no podía resistir, incluso medio dormido. Me acurruqué en mi asiento y lo observé dormitar, sus cejas y pestañas negras estaban muy relajadas. Yo también tenía sueño, bostecé. Su rostro casi se veía jovial, hacía rato la tensión había abandonado los músculos de su cara. Tal vez tendría que aprender a convivir con Sebastián debido a que mi padre lo apreciaba como a un hijo. De seguro papá se veía reflejado en él. Bueno, ¿quién sabe después de esto? Imaginé la vida del «pupilo», bastante dura debía ser sin más familia que mi padre y sus camaradas del ejército. Sebastián se estremeció como si quisiera despertarse, pero no lo hizo. Me sorprendí. Le llamé por su nombre para mis adentros y me sentí rara, tal vez terminaba de asimilarlo como un ser humano. Al menos se había dejado vencer por algo: por el sueño.

Cuando nos acercamos a la propiedad, él se incorporó. Parecía que tenía programado un reloj interno, ni siquiera necesité despertarlo. Fue un alivio para mí porque no sabría cómo hacerlo. Ni siquiera se había despertado cuando me detuve en un sitio de servicio para ir al baño y estirar las piernas. El cielo estaba muy nublado y el frío había arreciado cuando arribamos a la residencia. Dejamos el vehículo en el garaje y caminamos hasta la casa. Sebastián se desató la camisa de la cintura y me la colocó encima de los hombros. Imaginé que todos dormían y me sorprendió encontrarme el vehículo de William enfrente de la casa. Mi padre y él nos esperaban. El capitán y yo nos petrificamos, más cuando vimos a William. La situación se volvió incómoda porque mi padre le recriminó a Casals sin importar que había otras personas delante. Sebastián se limitó a mirar al frente, en firme y a escuchar el estruendo que brotó de

la garganta del dragón en que se había transformado el general. Sebastián escuchó entero y sin expresión; vi como la ternura de su juventud desaparecía para transformarse una vez más en el «escolta de acero», con el rostro en blanco como un lienzo vacío. Quise abogar en su defensa, pero sería inútil, yo era la hija del general y el capitán, su subalterno. Mi padre dijo muchas cosas de las que probablemente no se arrepentiría como era su costumbre, decidí retirarme para no escucharlo.

La preocupación de William por mi ausencia desapareció en cuanto me vio llegar junto a Sebastián. Mi novio me quitó la camisa de Sebastián y se la lanzó con una mirada desaprobatoria. Casals no aceptó el trato de William y le devolvió la mirada, lo que no pasé por alto, al compararlo con la actitud previa del capitán frente a mi padre. Salí a despedir a William hasta su vehículo. Mientras discutíamos, observé a Sebastián marcharse sin voltear a vernos ni una sola vez. William seguía recriminándome por mis mentiras y mis omisiones:

—¿Qué pasa, Paz? Entiendo lo de tu madre, pero tu comportamiento es excesivo. Espero que a mi regreso hayas superado su muerte. Sé que es duro para ti, pero son tiempos difíciles y hay que seguir adelante o sufrir con aplomo. No te pido que no sientas, pero hazlo con mesura.

3



Otras horas de sueño, sonrisas, lágrimas y un contenido difícil de entender. No abandoné mi habitación durante todo el día, nadie más que Diana pasó a visitarme y me acompañó a comer ahí mismo. Me volví a acostar hacia las ocho de la noche. Soñé, algo incomprensible: una luz, un sonido, un olor, algo raro: contorno y sin forma, risa y llanto, sí y no. Una ráfaga agonizante me subió desde el estómago hasta la garganta, me desperté de un brinco; me quedé sentada en la cama con las pupilas muy dilatadas… Aquella sensación no me abandonaba. «¿Qué soñé?», me pregunté mil veces. No lo podía recordar por más que estrujara mis neuronas; la impresión de asfixia y contradicción seguía sacudiéndome por dentro.

Tomé mi guía. Reparé un instante en su color acero pulido, su forma de pulsera y sus distintos íconos apagados. Me cercioré que la dirección que había guardado en ella seguía ahí y la encontré junto con otra información que yo no había almacenado. Era un documento que podía pasar desapercibido en la memoria de la guía. Lo abrí con dudas, sin entender su procedencia y descubrí varias anotaciones precedidas de números romanos:

I. «El camino»

Nunca pierdas el camino original, el que trazaste en la adolescencia o la primera vez que empezaste a pensar como adulto.

En el sendero de la vida renunciamos a ciertos sueños, los intercambiamos por otros más modernos, más científicos, aquellos que nos aseguran son la base de la transformación o el desarrollo.

Hay que tener la capacidad de discernir, de mantener la opinión propia, de darle el espacio a las ideas que nos hacen crecer como humanos; pero sin perder la fe y la esperanza en los principios de nuestra familia.

II. *«Lo real»*

El ser humano se olvida de Dios cuando comienza a ser exitoso y todo se lo atribuye a sí mismo. Deja de valorar a la familia cuando se cree demasiado importante u ocupado para darle el tiempo que merece; deja atrás a los primeros amigos porque no concuerdan con la nueva realidad profesional, social o económica; deja atrás el amor de la niñez por ser intrascendente. Sigue su camino en busca de un amor y unos amigos a su «altura»; retribuye con objetos que no pueden comprar la compañía familiar y persigue la paz interior en sus triunfos más que en la fe.

Solo cuando ese espejismo deja de cegar su humanidad, descubre lo siguiente: nada se compara con una charla sincera sin adornos innecesarios con amigos reales, no hay nada más reconfortante que llegar a casa y recibir el calor de un verdadero hogar, no importa en qué parte del mundo estemos cuando confiamos en un amor comprometido, no hay mayor triunfo que aquél que compartimos porque tenemos con quien hacerlo y no hay mayor seguro de vida que la eternidad que nos ofrece Dios.

III. *«La fe»*

La fe nace en los seres humanos desde que venimos al mundo y confiamos en un ser llamado madre o en la providencia que nos alimentará y cuidará. Es único saber que hay personas que nos aman y que Dios nos acompaña en todo momento.

IV. *«Mi Paz»*

No importa si al abrir la puerta los problemas ocupan mi actividad consciente e inconsciente, si estoy sedienta y el sol o la fatiga han

debilitado mi cuerpo: tú siempre esperas con una sonrisa en la mirada, eres el mayor regalo que me ha dado la vida, eres la compañía que más deseo. Si esa razón es demasiado obvia para quererte y está muy apegada al dar por recibir, no me culpes, me has enseñado a quererte.

Tuve que parar de leer en aquel instante en que todo fue muy evidente. Lloré. Esas palabras salieron de la boca de mi madre. No sé cómo llegaron a mi guía y en ese momento no tenía cabeza para descubrirlo. Mi madre casi nunca me hablaba de Dios, como tampoco lo había hecho mi padre. Ambos respetaban la religión. Cuando eran invitados acudían por política a las celebraciones de distintos credos de las personas más ricas de la ciudad-estado. Por los comentarios de mi padre estaba segura que era ateo, nunca mencionó a Dios, aunque no sé si en lo profundo de su alma tenía fe. Crecí sin que pudiese aseverar cuáles eran las creencias de mi madre, pero la paloma dentro del relicario que me regaló me sacó de dudas. Seguí llorando y me dirigí al baño. Era la una de la tarde, me di un baño largo y ya no sabía si el líquido que corría por mi cuerpo era agua, lágrimas o una mezcla de ambas. Mi closet seguía desactivado así que me puse lo primero que tuve a la mano.

Salí justo a la hora del almuerzo. Mi tía estaba feliz de verme. Vi que los robots humanoides preparaban la mesa y sentí desperdiciada su inteligencia y el costo de su fabricación. Sin embargo, era uno de los triunfos de los que se jactaba nuestro líder, Ademar King, de erradicar la pobreza; en su mandato ningún habitante de la Sociedad Autocontrolada realizaba trabajos mal remunerados o de servidumbre.

—¡Vaya que has dormido! ¿Te sientes mejor? —averiguó mi tía y continuó hablando cuando se percató que yo asentía con la cabeza—. Hazme el favor y dile al joven que está de guardia que venga a almorzar —me indicó casi sin mirarme y yo obedecí.

Mi tía siempre empatizaba con los muchachos del general, como ella les decía. Eran jóvenes soldados u oficiales que crecieron en la escuela militar y a quienes preparaban para ocupar cargos superiores. Siempre venían uno o dos con mi padre y permanecían mientras papá estuviera en la casa. Lo raro era que ahora el general estaba fuera y no le era suficiente toda la guardia que teníamos en la propiedad, tenía que dejar a alguno de sus hombres de confianza. Me encaminé a la puerta. Esperaba encontrar a cualquiera menos a Casals. Los signos de debilidad comenzaban a verse en su semblante. Las ojeras se veían como dos surcos profundos debajo de sus

ojos, los que estaban muy abiertos y salvo por ese detalle, juraría que estaba dormido de pie.

—Pensé que mi padre te querría lejos —hablé y aguardé un comentario del otro lado que nunca llegó—. ¿Desde qué hora llegaste?

—Las nueve de la noche de ayer —contestó y su voz sonó diferente.

Ni siquiera le dio el día anterior completo. Sí que mi padre se había ensañado con ese castigo. Típico de él. Tenía que estar prevenida porque mi castigo llegaría sin falta. Examiné al capitán ahora como médico y comprobé que se recuperaría solo hasta que descansara. Le pedí que pasara al comedor y me dirigí a mi botiquín a buscarle un estimulante que le mantuviera despierto, convencida de que a largo plazo lo fatigaría más. Cuando llegué a la mesa ya todos estaban sentados y me esperaban; le deslicé dos pastillas a Sebastián y se las dejé al lado de su vaso con agua. Tenía dos reservadas para mí, así que nos las tomamos a la vez. Mi tía negó con la cabeza.

—Paz, no abuses de los fármacos. Tú como médico sabes a qué me refiero —me regañó.

—Tienes razón, es que… —intenté justificarme, pero no encontré un motivo, así que no concluí la frase.

—¿Ya estás más tranquila? —preguntó tía Patricia y reparó en mis ojos hinchados.

—Eso creo —respondí.

—Es difícil, hija, pero ya fue suficiente. Tu padre no debió dejar que tu madre estuviera tan apegada a ti. Ella siempre se encargó en persona de tu cuidado. Te quitó la mayoría de los cursos extras para tenerte el mayor tiempo en la casa. Eso fomentó la dependencia. Ese apego es tu punto débil.

Me sentí incómoda por volver a escucharlo por enésima vez, hasta hacerme sentir que mi sufrimiento por la pérdida de mi madre rayaba en obsesión a escasos días de su deceso. Comí rápido, tragué cada bocado sin degustarlo, solo quería terminar y que la comida estuviera dentro de mí para recobrar las fuerzas. En cuanto terminé me dispuse a retirarme. Mi tía casi me da otro sermón y le dije para que no me molestara más:

—Voy a dejar mis papeles en el hospital militar, quiero empezar a trabajar cuanto antes. Necesito estar ocupada, solo así mi mente se encauzará de nuevo.

Mi tía reconsideró mis palabras unos segundos y dijo:

—No entiendo nada. Renunciaste a tu último empleo porque tras casarte con William te marcharías a vivir con él a la capital.

—Mamá —la intentó detener Diana—, la boda se pospuso y mientras retoma sus planes necesita ocuparse en algo. Déjala tranquila, la atosigas —le susurró a su madre en voz baja y con dulzura.

—Me parece buena idea, Paz —rectificó mi tía en voz alta—. Siempre quisiste trabajar en el hospital militar, pero ¿qué tanto tiempo retrasarás la boda?

—Madre, ¡qué pregunta! —insistió Diana como siempre en mi defensa.

—Paz, ya tienes veinticinco años. No creo que te puedas dar el lujo de esperar demasiado —insistió mi tía—. El tiempo corre y tu novio se la pasa solo, lejos. Dejas el camino libre para que alguien le dé el afecto que tú no le das.

—Si eso ocurre es mejor que sea ahora y no después que estemos casados —resolví.

—Pero el compromiso prematrimonial exige que…

—Tía, ¿qué te parece si discutimos eso después? —musité. Le acaricié con afecto la mejilla sin dejarla terminar de hablar—. Sabes que aprecio tus consejos, pero tengo prisa.

—Al menos espera que el capitán termine de comer para que te acompañe —manifestó Patricia.

—No es necesario, iré sola.

Me levanté. Sebastián hizo lo mismo mientras tomaba dos frutas y las introducía en los bolsillos de su pantalón. En ese momento debía hacer ese gesto de pesar con los labios, usual en él cuando algo no le gustaba, pero no lo hizo. Caminé con cautela, con la prisa contenida por prudencia. Él me siguió detrás. Le pedí ir en su auto porque el mío aún estaba en mantenimiento y asintió. Noté su satisfacción poco manifiesta por su turno de conducir. Programó la ruta hasta el hospital militar y puso la música que a él le gustaba. Lo que siguió fue su bailecito patético y salimos a una velocidad prudencial. Llegamos al hospital y aún veía sus ojos adormecidos. Yo igual me veía muy cansada, así que no necesité fingir. Inicié mi plan premeditado desde que salimos de la casa y le dije:

—Estoy que ya no puedo dar un paso.

—Sí, te ves… fatal —sonrió.

—Lo que más deseo es regresar a la casa y caer rendida. Mientras más rápido deje estos documentos, más pronto empezaré a trabajar y eso me despejará la mente.

—Si quieres yo puedo dejar por ti la información en el buzón de recursos humanos.

—No quiero abusar, tú estás más cansado que yo.

—Insisto.

—Deja la información en el buzón electrónico —articulé algo desganada y le extendí el dispositivo de almacenamiento con mi *curriculum vitae*.

—Habría sido más rápido enviarlo por vía electrónica.

—Tienes razón. Vine para librarme de la perorata de mi tía.

Se dispuso a apagar el vehículo, pero como no iba con mis planes, le pedí mientras extendía el asiento hacia atrás y simulaba quedarme dormida:

—Déjalo encendido, me gusta tu música. —Sonreí mirándolo a los ojos.

Ante mis palabras, él curvó los labios con complicidad. En cuanto desapareció de mi vista, subí el volumen de la música y me coloqué los audífonos para que no me multaran por contaminación ambiental. Me cambié al asiento del conductor. Repasé la dirección que había resguardado en mi guía y luego desactivé esta última para que él no pudiera localizarme. Salí al máximo de velocidad permitido. Su música no estaba nada mal y su auto me gustaba más que el mío. Tenía un montón de aditamentos diseñados por él que mejoraban todas las funciones. Parecía una especie de nave espacial y fue muy agradable aprender a conducirlo. Me dio pena con el capitán, quien tan entusiasmado me había presumido como maniobrar el vehículo. No era algo personal, pero yo necesitaba deshacerme de él. Esa dirección ya había tardado mucho en ser encontrada.

Conduje con los audífonos puestos. La música a todo volumen me taladraba los oídos y se clavaba, más abajo, hasta mi corazón. Reflexioné acerca del cambio en mi vida. Desde la muerte de mi madre había desafiado a mi padre en varias ocasiones. El general tendría que hacer más que ponerme bajo la vigilancia de su hombre de confianza para detenerme. Yo haría lo que fuera por no decepcionar a mi madre, aunque para eso lo defraudara a él. Para nuestra sociedad las emociones eran algo peligroso. Por eso las manteníamos siempre bajo control y recibíamos desde niños entrenamiento en la escuela. El ser humano que se dejaba guiar por las emociones era débil según nuestra concepción. A esa sociedad se refería mi madre en aquellos escritos que me había proporcionado. No supe cómo rayos sus textos llegaron a mi guía, a lo mejor se pasaron con la

información que copié de la computadora del auto sobre la dirección a la que me dirigía.

Detuve el vehículo ante un edificio mediano y blanco. Tenía una arquitectura antigua, como de principio del 2000 y daba la impresión de tener oficinas que ofrecían algún tipo de servicio. Cuando estuve más cerca me percaté que era una notaría. Me acerqué algo incrédula a la recepción. Pedí una cita lo antes posible, la secretaria electrónica comenzó a registrar mis datos y se tardó más de lo usual. Por fin me la dio para cinco minutos después. «¿Cinco minutos?», pensé que era demasiada suerte para un día y eso acrecentó mi curiosidad. El notario no me hizo esperar. Eran muchas las preguntas que deseaba realizarle. Al estar ante su presencia me invitó a tomar asiento y me reveló para avivar más mi inquietud.

—No pensé que vendría usted tan rápido. Es algo insólito, pero más extraordinaria es la mente del ser humano. Venus Verena supuso de algún modo extrasensorial que pronto partiría. Tenga mi pésame. Aquí tiene… una copia del testamento de su madre. —Me extendió una unidad de almacenamiento—. Le dejó una suma de dinero, de ésas que no se tienen en una cuenta corriente. Usted es la única heredera de la misma. —Luego me entregó una pequeña caja negra con una ranura al frente—. Su madre me aseguró que usted tendría la llave para este dispositivo portátil y me pidió que antes de acudir al banco cuya dirección aparece en el testamento, atendiera a su contenido.

No dije nada. Estaba petrificada ante la nueva información obtenida. El notario terminó de hacer su trabajo y me explicó todo el trámite que necesitaba realizar. El hecho de obviar a mi padre en todo el asunto me encogía dentro de la silla a cada minuto. Mamá siempre había sido diferente, aunque eso solo lo sabía yo. Era nuestro secreto y me aportaba felicidad, pero la avalancha de conciencia, que me llegaba tras los hechos posteriores a su deceso, me hacía dudar. Mi inminente rebeldía se transfiguró en miedo cuando las cosas apuntaban a una dirección de la que desconocía el final. Algo me lo indicaba y, de una manera extrasensorial —utilicé el término que minutos atrás había usado el notario—, tendría que prepararme para ello. La prueba era que había dejado al capitán en graves problemas que alcanzarían su punto máximo cuando mi padre supiera que ahora no nos habíamos perdido juntos, sino que yo me había escapado sola. ¿Por eso papá había puesto a su «sombra» a seguirme tan de cerca? Era lógico, yo era el objetivo del «escolta» y no protegernos a todas

en la casa. A lo mejor la familia estaba segura y yo era la que peligraba. ¿Qué tenía que ver todo esto con la muerte de mi madre?

Encendí el motor mientras me escondía en los bolsillos del pantalón y del suéter todo lo que pudiera delatarme. Conduje hasta una zona lo suficiente alejada de la notaría y encendí mi guía. No tardaría en encontrarme. Diez minutos… Sebastián llegó en una moto con Owen Carter, un colega que se despidió con un movimiento de mano. Caminó hasta el asiento del conductor que permanecía vacío y se sentó. Ya me había encargado de borrar toda información de la computadora del auto. Dejé que se escuchara su música, a la espera de que eso suavizara la situación, aunque me daba igual si se enfurecía o no. Lo vi apagar la música y hacer ese gesto con los labios, la muestra de enojo que se permitía hacer delante de mí, pero no llegamos a la casa. Nos detuvimos en el estacionamiento del cementerio. No entendía nada, pero albergaba un mal presentimiento.

Como insistía en no dirigirme la palabra no me quedó más remedio que seguirle detrás, mis pasos se debilitaron a medida que avanzamos. La tarde se nubló a mi paso como espejo de mi alma. Estábamos solos en ese lugar y aquel aislamiento me consumió aún más. El rostro de Casals no podía leerse, permanecía más vacío que el cielo negro de la noche que habíamos deambulado en nuestro azaroso viaje. Se detuvo delante de una tumba. Leí el nombre de mi madre y el compás del latido de mi corazón se perdió en una arritmia. Me dejé derrumbar en el suelo, lloré sin importarme la lluvia que comenzaba a arreciar y se me colaba por donde podía. El «escolta» no se movió mientras el agua lo empapaba y yo me retorcía de dolor. Lloré… Sufrí… Fui un manojo de emociones humanas y nadie impidió que las viviera. Cuando recobré el aliento y me incorporé, él abrió los labios para murmurar:

—Ahora nos podemos ir.

—¿Por qué mi padre me dejó fuera? Yo tenía que estar presente en el entierro —susurré.

—Porque temía que reaccionaras como…

—¿… lo débil que soy? —completé la frase.

—Iba a decir como lo hiciste. Vas a estar mejor, necesitabas desahogarte.

—¿Tú también te habrías desahogado? —indagué con sarcasmo.

—Sí —respondió sin pensarlo dos veces y reconocí en sus palabras a Sebastián.

Me sentí mal por haberlo dejado aquella mañana. Nadie alrededor mío había reaccionado como Casals. Yo infería que delante de los demás se esforzaba para encajar. Todos hacíamos lo mismo para adaptarnos a la sociedad en la que vivíamos. Él más aún, su carrera y la influencia del general no le permitirían flaquear ni tener una beta de debilidad. Comprendí que no le intimidaban las emociones humanas, no las controlaba, sino que sabía convivir con ellas para descargarlas en pequeñas dosis en las situaciones adecuadas, como ahora. Después de cerciorarse que estábamos solos, se me acercó con el rostro serio y me envolvió en sus brazos. No me opuse. Me tomó la cabeza y la recostó sobre su pecho mientras me acariciaba el cabello que no cesaba de escurrir. Me sentí reconfortada, era el apoyo que nadie me había brindado hasta ese momento.

—Nos vamos cuando estés lista —me susurró al oído.

—Me gustaría tener una segunda oportunidad de conocerte, creo que la primera fue desafortunada —le revelé todavía abrazados—. Me irritaba la forma en que mi padre te trataba. Tengo que reconocer que me dio celos. Me gustaría cambiar la imagen que tienes de mí. Perdona la actitud que he tenido contigo.

—No necesitas disculparte.

—Sé que hay cánones morales sin los que no se puede vivir en esta sociedad y sé que cuando regresemos te transformarás en el «escolta de acero» pero ya sé lo que está debajo de tu armadura.

—¿Cómo me llamaste? —inquirió, sonrió y me gustó como se escuchaba su voz cuando estaba de buen humor.

—Así me refería a ti cuando no te conocía como ahora.

—Tampoco tienes que ser tan sincera —admitió.

Y no lo era. Me simpatizaba Sebastián y trataría de no perjudicar su carrera en esta misión que le había impuesto mi padre, pero eso no significaba que le diría lo que había acontecido tras la muerte de mi madre: la llave, la cuenta, el diario y los escritos que había compartido conmigo; aquellas ideas que me hacían renacer como una persona más parecida a ella o a la parte de ella que solo conocíamos las dos. Mi madre quería transmitirme algo que no había podido decirme en vida y yo iba a escuchar muy atenta cada una de esas palabras que me llegaban por diferentes vías. Cuando terminara de entender el mensaje no iba a dar marcha a atrás. Me fiaba de ella, era la persona más consciente que había conocido y si su

encomienda me conducía a un callejón sin salida lo enfrentaría. Lo que sus textos despertaron en mí, nada lo podía parar.

—¿En qué piensas? —me preguntó Sebastián y su aliento sobre la oreja me recordó que aún me abrazaba.

—¿Qué hiciste el tiempo que desaparecí? —pregunté. Cada minuto me acomodaba mejor en el hueco de su pecho.

—Además de dejar tu currículo, buscarte por todos lados y atormentarme con lo que tu padre tendría reservado para mí, no mucho más. —Se rio todavía sin soltarme—. Ahora me toca a mí torturarte —afirmó y me estrechó más. Ya no parecía con intenciones de consolarme por la pérdida de mi madre. Deslizó la mano por mi espalda y yo sentí el mar desbocado dentro de mí. Las olas de ese mar eran manadas de caballos que corrían a todo galope hacia la orilla, desenfrenados. Algo que superaba con creces lo que yo había sentido con los tímidos besos de William, y Sebastián ni siquiera me había besado. Sus labios trémulos titubearon hasta que se cerraron en una frase entrecortada—: Voy a castigarte, pero aquí no. No es el lugar apropiado.

Me despedí con una mirada abarrotada de sueños del sepulcro de mi madre y dejé que la vida que me llenaba por dentro se manifestara. Muchos años me había perdido de esto, de Sebastián. Lo peor era que había aborrecido su presencia cada veinticuatro horas de esos años: en los saludos escasos, en el comedor cuando nos acompañaba, en las recepciones, en los momentos felices y también en los tristes. Tal vez era bueno ser débil, así él me había conocido a profundidad y se había percatado que no éramos tan diferentes. Antes de subir al vehículo se quitó la camisa mojada del uniforme y la tiró en el piso del auto. Se quedó en una camiseta negra con mangas y fue una delicadeza de su parte, sabía que no me gustaban los uniformes.

Me dejó conducir. En cuanto salimos a la carretera, dejó libre el límite de velocidad y subió la música a todo volumen. No nos importó estar empapados y que la tela de nuestras ropas se nos adhiriera a la piel por el peso del agua. Sebastián me indicó que me saliera de la carretera y conduje por un terreno solitario, lo suficiente para quedar bien lejos de la ciudad. Apagamos nuestras guías y nos desconectamos del mundo. Detuve el auto cerca de un acantilado, nos bajamos y abrimos las puertas del auto para escuchar la música. Me invitó a sentarme en una piedra desde donde se podía observar la inmensidad de la naturaleza.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Ya abriste la boca, dudo que un no pueda frenarte —contestó.

—Recuerdo que desde niño desaparecías varias semanas una vez al año y siempre tuve curiosidad al respecto. Ahora que somos más cercanos no puedo evitar preguntarte, ¿a dónde ibas?

—Me reencontraba con unos familiares, como todos los chicos tenía vacaciones y eso hacía —confesó.

—Pensé que no tenías a nadie. ¿Y por qué te dejaron en la academia? ¿Por qué no te cuidaron?

—No podían —admitió con seriedad.

—¿Sigues en contacto con ellos? —insistí porque nunca había escuchado sobre el tema, siempre pensé que Sebastián estaba solo.

—Al final nos distanciamos y fin de la historia —dijo cortante.

—Lo siento —intenté compadecerme.

—Quiero mostrarte algo, pero es un secreto.

—Me gustan los secretos —añadí convencida de que me desvelaría algo importante sobre su pasado, gracias a que nos teníamos más confianza.

—Es mi mascota, aún no está terminada. No te rías por favor —dijo y me quedé seria tras la decepcionante revelación.

Me desarmó la inocencia que no pudo disimular, el cambio abrupto del tema y su intención de alejarme del terreno en el que me quería introducir. Demasiadas preguntas sobre su infortunio, que de seguro le traían al presente las angustias de su niño interior. Me tragué cualquier gesto compasivo que le hiciera sentirse peor, mientras me daba vueltas en la memoria su rostro de pequeño, con aquella imagen de desaliento que en mi infancia no alcancé a comprender.

Sebastián sacó del bolsillo del pantalón una especie de bolita que colocó en el centro de la palma de su mano. Silbó de una manera peculiar y la esfera se agitó hasta convertirse en una avecilla de color amarillo; a simple vista se podría confundir con un ave de verdad. Le susurró la palabra «vuela» y ésta se alejó por encima de nosotros rumbo al abismo. Me quedé con un suspiro congelado, creí que no lo lograría, pero el diminuto pájaro remontó el aire y se elevó. Sebastián suspiró aliviado. Nos quedamos embobados viendo el ave hasta que aterrizó en su mano y me lo mostró de cerca. Lo examiné mientras le comentaba:

—¿Un ave robot? ¿No es más sencillo tener un perro? —Aquella simple frase le iluminó el rostro al comprobar que había logrado que yo dejara de escarbar en su pasado.

—No podría, en qué tiempo me ocuparía de cuidarlo —reconoció.

—Tienes razón. ¿Tú lo hiciste?

—Estoy en el área de ingeniería de la Academia Militar hace algunos años, aunque me he tardado más de la cuenta en concluir porque mi trabajo es demasiado demandante, pero me falta solo un semestre.

—¿Y por qué no te dedicas nada más a la ingeniería? Eres bueno —le reconocí.

—Comencé en lo militar por necesidad. Me interesé en la ingeniería cuando descubrí mi vocación. Empecé a aprender de manera autodidacta hasta que tu padre me recomendó estudiarlo como carrera alterna, pero ya mi camino estaba fijado desde tiempo atrás —admitió y su mirada reflejó desazón.

—Es una tontería, uno escoge su futuro. —Él se puso de pie y se negó a profundizar en ese asunto, así que no insistí—. Bueno —añadí para cambiar el tema—, ¿y por qué amarillo?

—Es un color hermoso, es el color del sol.

—Podrías hacer que cambie de colores, así como tu guía que se vuelve transparente —le sugerí.

—Tienes buenas ideas. Me podría servir —volvió a sentarse y pude notar que se veía muy extenuado—. Creo que me hicieron mal esas pastillas que me diste. Por eso todavía estoy despierto. Ya ni sé lo que hago —me reveló para justificar su comportamiento del día, tan distinto a la idea que yo tenía de él.

—No olvides que ya sé que mientes muy bien. Hay muchas marcas en el suelo. ¿Habías venido con alguien más?

—He venido —reconoció y me sacudió su sinceridad, así que no pregunté más al respecto—. El espacio es ideal para probar el ave.

—Me hubieses invitado anteayer. Habría sido mejor que todo lo que deambulamos en medio de la noche.

—Jamás imaginé que estaríamos aquí los dos —comenzó a ponerse serio.

—¿Recargaste bien tu vehículo?

Intenté distraerlo, pero fue inútil, me miró con una sonrisa que me encantaba aún más que el gesto de enojo que hacía a veces con sus labios. Se me acercó y sentí que iba a besarme, me quedé relajada. Me sostuvo el rostro y se aproximó más. Sentí la suave presión que hicieron las yemas de sus dedos sobre mi cara y el presente se me hizo consciente de golpe. Aquel beso no sucedió. Me abrazó con fuerzas, suspiró y dijo:

—Paz, tú vas a casarte.

—Pensé que esas cosas no te importaban —apelé.
—Ya ves que sí.
—Bésame —le imploré.
—¿Y qué pasará después?
—Lo pensaremos por el camino.
—No te besaré. Sería traspasar todos los límites.
—Lo hiciste desde que decidiste traerme —lo desafié y me costó trabajo entenderlo.
—Si tú lo hubieses querido yo estaría en el lugar de William —reflexionó en voz alta y aquel reclamo me sonó a pasado.
—Nunca intentaste acercarte a mí. —Me sacudí sus manos de mi cuerpo. Estaba más interesada en saber cuándo había descubierto su atracción por mí, que en aquel beso.
—Para tu padre y el tío de William el matrimonio de ustedes es una alianza poderosa —sentenció.
—Lo dices como si fuese un pacto entre ambos líderes. A mi padre le agradó la idea de mi boda con William, pero no tuvo nada que ver. Yo elegí a William. Desde que nos conocimos sentimos simpatía el uno por el otro.
—Si eres feliz con tu decisión, no debería entrometerme en algo que ya está consolidado. Sobra todo lo que estamos discutiendo ahora.
—Te equivocas. Aprecio cada palabra que hemos compartido desde que dejamos de tratarnos con monosílabos. Hoy te has portado como un amigo. Me has reconfortado mejor que mi padre, que mi tía e incluso que William. Me ha gustado conocerte más a fondo —le aseguré.
—Ya hemos hablado demasiado para un día —titubeó mientras decidía si besarme o no—. Larguémonos. No puedo besarte. Estás susceptible por la pérdida de tu madre y no quiero aprovecharme de la situación. No soportaría que te arrepintieras.

4



Arribamos a la casa, dejamos su vehículo en el garaje y con la ropa casi seca entramos por la puerta principal. Por suerte el general no había llegado, pero mi tía estaba para personificarlo. Sebastián salió mejor parado que yo, a mí me tocó recibir el sermón y él quedó como el joven sacrificado que tenía que soportarme. Mi tía se alarmó más cuando intuyó que nos había caído un aguacero encima. Sebastián trató de defenderme y le comentó a mi tía que me había llevado al cementerio, como le había pedido mi padre. Ella entonces hizo silencio. Aquello me enojó demasiado. Aprovecharon que me había pasado encerrada en mi habitación todo el día anterior, para excluirme de un evento donde yo más que nadie tenía derecho a estar. Iba a reclamar, pero me detuve al ver la mirada de Sebastián, me dio a entender que guardara las apariencias para encajar.

Él se quedó en firme al lado de la puerta como una estatua de acero y yo me fui a mi habitación a saldar la deuda que tenía pendiente con el cometido de mi madre. Volví a desconectar las cámaras de seguridad de mi habitación, las que al parecer alguien se había tomado el trabajo de reconectar. Reflexioné: «¿Alguien a quién le preocupa mi seguridad o que busca espiarme?», dudé. Decidí darme un baño para pensar en el asunto de la vigilancia. Mientras me preparaba para dormir, resolví que me arriesgaba a ser descubierta. Tendría que hacerlo en un momento en el que estuviera

sola. Sería difícil, pero podría intentarlo, lo había conseguido con anterioridad. Me dormí y todo lo que soñé me regocijó. Al levantarme corrí al baño y no me peleé con el closet por elegir y combinar el atuendo del día por mí. Estaba apurada.

Desayuné con la familia y no interpelé a mi padre por lo del cementerio. Él, de todos modos, insistió en explicarme sus motivos e intenté parecer convincente como alguien que se esforzaba en comprender. Le di un apretón en la mano antes de comunicarle que iba de salida para que borrara la máscara de pesar que se había apoderado de su semblante. Se mostró preocupado por mis salidas constantes y argüí la mejor excusa que pude. Antes de irme tomé dos frutas de la mesa. Salí por la puerta principal y no necesité decirle al capitán que me siguiera, por ahora era su trabajo. Al llegar al garaje le lancé ambas frutas y él las atrapó con asombro:

—Ya desayuné —me dijo.

—Es para resarcirte. Hoy te pediré un favor, pero te lo comentaré cuando estemos lejos. Nos vamos en mi auto, está recargado a tope, pero si quieres puedes conducir.

Manejé hasta llegar a un Centro de Bienestar Integral que me encantaba y que quedaba bastante retirado. El lugar de atención al cuerpo y a la mente era muy exclusivo, procuraban que los clientes no se encontraran entre sí. Sebastián se sorprendió al ver que me detuve en la entrada principal y no en el estacionamiento. Antes que me preguntara, le susurré:

—Es un regalo para ti. No has hecho las cosas que te gustan por cumplir con esta tarea que detestas.

—No tanto —me confesó con una sonrisa apagada.

—Aquí tienes tu rutina. —Se la extendí—. Espero que la disfrutes. Elegí lo mejor que pude. Ejercicios interesantes y un masaje para el final. Si algo te desagrada puedes cambiarlo.

—Está perfecto, si vas a estar conmigo. —Hizo ese gesto con los labios, pero más que enojo expresó aflicción, parecía que me leía el pensamiento.

—De eso se trata el favor. Necesito hacer unas diligencias y quiero ir sola. Ya confías en mí, ¿no?

—Paz… —intentó armar una frase, ni siquiera la pudo empezar.

—No te voy a engañar, desactivaré mi guía en cuanto doble en la siguiente esquina. Cuando esté lista la encenderé y vendré a buscarte.

¿Ahora somos amigos?

—Vale, pero no me quedo tranquilo. —Tomó mi brazo y mi dedo índice de la otra mano y él mismo apagó mi guía. Su confianza en mí me dejó helada.

—Observa tu guía, se activará mi ícono antes de lo que imaginas. Adentro encontrarás todo lo que necesitas. Hay ropa de deportes también. Ya estoy harta de verte con ese uniforme.

—Esto es lo que soy, Paz. —Sostuvo mi mirada y nuestro silencio un instante—. Ten mucho cuidado, me dejas con el alma en un hilo. Toma esto. —Me entregó su arma.

—No. Podría perderla y tendrías problemas.

—Mi peor problema es que te suceda algo. ¿No te has puesto a pensar que hay un motivo para que tu padre me haya puesto detrás de ti? Los tiempos están cambiando muy rápido. Si no te llevas la maldita arma no te voy a dejar ir.

—De acuerdo, ya me estás asustando. No haré nada que nos ponga en riesgo.

De eso ni yo misma estaba segura. Lo dejé con una expresión difícil de descifrar. La zona que había visitado el día anterior con Sebastián estaba tan despoblada como yo la necesitaba, pero el miedo se había colado dentro de mi coraza de rebeldía después de las palabras de Sebastián. Estaría demasiado lejos para solicitar ayuda si la requería. Podría distanciarme, abrir la caja dentro de mi auto y así corría el mínimo de peligro. Era una buena idea, salvo porque no confiaba en que el vehículo estuviera limpio: micrófonos, cámaras, transmisores, algo debía tener. Elegí el cementerio porque era un sitio solitario, pero no demasiado, y podría visitar la tumba de mi madre.

Me arrodillé cerca de la sepultura. Al saberme sola saqué de un bolsillo el relicario, lo abrí, besé la paloma y saqué el dispositivo. Coloqué encima del sepulcro la cajita e introduje la llave en la ranura. Escuché su voz y se proyectó una imagen holográfica, era mi madre. Contuve el aliento. El sonido era bajo, pero pude percibirlo sin dificultad:

> *«Hija mía. Tu destino no es lo que te has trazado hasta hoy. Te convoco a hacer que tu vida cuente y que tus actos traigan un beneficio para nuestro mundo. Sé que tendrás dudas, pero confía en tu intuición. Plagué de omisiones nuestra relación para protegerte, pero la esencia de la verdad está en ti, en tu carácter. Tu primera misión será sencilla. En la cuenta que te*

dejo hay una suma de dinero que tendrás en custodia hasta que vengan por ella. Una mujer te dirá a dónde transferirla y la reconocerás porque dirá cosas que solo tú y yo sabemos. Esa misma mujer te dará la segunda misión. Abre bien los ojos y guarda este secreto. Cuando la persona llegue, tú lo sabrás».

Destruí la caja cuando finalizó el mensaje. Me senté con los brazos enrollados sobre las piernas. Miles de ideas me pasaron por la cabeza. No entendía nada o no quería entender. El mensaje de mi madre me asustaba al punto de ponerme a temblar. Mi vida había dado un giro inesperado. La rebeldía de los últimos días se desprendió de mi piel como si la estuviera mudando. Hice resistencia a la petición de mi madre, podría decirse que me acobardé tanto que me avergonzaba de mí misma. Era como si su legado fuera una imposición de la que no tenía escapatoria. Si era correcta su misión, ¿por qué tenía que guardarse en secreto? Imaginé la razón. ¿Sobreviviría a esto o a mí también me costaría la vida? En ese momento creí que estaba paranoica; me levanté y escudriñé con la mirada el lugar para ver si nadie me seguía.

Me puse de pie tambaleante e intenté llegar al auto. Por suerte esta vez sí había traído aquellas pastillas que me calmaban. Tomé dos y conduje a toda prisa; ansiaba llegar hasta Sebastián. Él me había asegurado que me protegería y me di cuenta que era una irresponsabilidad haberlo dejado. Activé mi guía.

Arribé al centro. Sebastián aún se ejercitaba. Supe que había cambiado la rutina que yo había planeado para él porque estaba practicando una especie de artes marciales. Me senté en una esquina y lo vi sin que notara mi presencia. Descubrí sus tres fortalezas en el combate: concentración, agilidad y efectividad. Ése era el hombre que me resguardaría de cualquier locura en la que me había metido mi madre. Yo aún tenía un nudo en la garganta. Si al menos mi madre me hubiese explicado en qué estaba metida, pero la muerte la había sorprendido antes de lo que esperaba. Huía de un monstruo del que no conocía la faz, ni el tamaño del daño que podía ocasionar. Tampoco sabía la causa de la que me hicieron aliada sin mi consentimiento. Cuando Sebastián se percató de mi regreso, trotó hasta mí envuelto en sudor.

—Vámonos cuanto antes —le pedí.

—Ahora no —dijo.

—¿De qué hablas? Sebastián, necesito irme…

—Es tu culpa, me dejaste solo y me puse a explorar. Como tu nuevo amigo estoy preocupado por ti. Necesitas liberar toda la tensión que has acumulado en tu cuerpo esta semana. Es hora de relajarse.

—Te lo agradezco, pero no estoy de ánimos… —admití.

—Date un baño, te esperaré en la otra sala —susurró luego de guiarme al vestidor de mujeres.

Me quité la ropa, me coloqué una bata y me encaminé a darme un baño que borrara los vestigios del agotamiento mental que me produjeron los últimos sucesos. Ni siquiera había reparado en William ni en su honor, era otro asunto que no quería debatir con mi consciencia. William no merecía ser traicionado, pero no quería alejarme de Sebastián. El general condenó a su protegido a convertirse en mi sombra, al inicio contra mi voluntad y no deseaba separarme de él. ¿Cómo es posible que nunca sospeché la atracción que sentía Sebastián por mí?

Entré en una sala iluminada por cuatro velitas dispuestas alrededor de una fuente. El aroma de frutas exóticas y el sonido del burbujear del agua fue lo único que captaron mis sentidos. La oscuridad no me permitía ubicar a Sebastián dentro de la habitación, así que me lo imaginé sumergido hasta los hombros en un *jacuzzi*. El sonido del agua en un tono relajante logró escarbar en mi inconsciente hasta colarse en lo más profundo. Imaginé deslizar la bata por mi cuerpo e introducirme a su lado mientras la luz dibujaba mi silueta. Me sobrecogí al vislumbrar que su piel quedaría muy cerca de la mía. Quedé petrificada ante lo abrupto de su decisión. Ayer había sido precavido ante la idea de un beso y hoy iba más lejos. Le escuché susurrar:

—Después de esto tengo otra sorpresa para ti.

Me guie por su voz y me quedé de pie cerca de él, quien no estaba en el agua sino sentado en medio de la sala, en un confortable banco. Mi fantasía se esfumó de mi mente y tomé mi lugar frente a él, en otro asiento.

—Sebastián, he tenido un mal día y lo empeoras. No me gusta la oscuridad.

Desde donde quedamos solo las puntas de nuestros pies podrían rozarse, si lo hubiésemos querido intentar. Encendió una pequeña luz azul en su guía, que como un faro osciló, y gracias a ello pudimos distinguir nuestros rostros. Me miró a los ojos y le sostuve la mirada mientras pude, hasta que necesité cambiarla a otra dirección.

—¿Qué prefieres costa, bosque, desierto, tundra, selva? —demandó y apagó por completo la luz.

—Costa —respondí con una sonrisa porque ya había entendido a lo que se refería.

Las flamas de las velas se extinguieron una a una y todo fue invadido por olor a mar. Me sobresaltó el sonido de unas olas al romperse contra unas rocas. Sentí el fresco de la madrugada. La oscuridad se tiñó de gris hasta que comenzó a amanecer en la habitación. Las paredes se disiparon. La arena y las rocas de una playa virgen se extendieron ante mis ojos. El sol emergió con lentitud en el horizonte. El cielo, sobre nuestras cabezas, mostró diferentes tonalidades. Empezamos a vivir las veinticuatro horas del día resumidas en una hora. Hacia el mediodía se sentía un delicioso calor y el atardecer fue igual de hermoso que el inicio de la mañana. Imaginé qué habría ocurrido si hubiese escogido cualquiera de las otras opciones. Nos quedamos mudos hasta que la estancia volvió a ponerse gris.

—Daría todo lo que tengo por tus pensamientos, me ponen nervioso. ¿Qué ideas te has hecho sobre nosotros? —comenzó de nuevo a presionarme.

—Ya hemos usado dos veces el adjetivo nervioso en muy poco tiempo. Creo que esto es muy apresurado —respondí.

—Sabía que llegarías a esa conclusión —se lamentó—. Siempre me agradaste. Me gustaba ir a tu casa, mirarte cuando estabas distraída o escucharte hablar, aunque no fuera conmigo. No recuerdo cuando empezó, creo que por ahí de nuestra adolescencia. Era una rutina sin precedentes a la que no di mucha importancia, pero cuando te comprometiste con William sentí una especie de incomodidad que capturó toda mi atención y creció cada día. Traté de hacer un alto y sacarte de mis pensamientos. Casi lo había logrado pero ese día que nos fuimos en el auto y comenzamos a hablar de verdad, no lo sé, dejé de luchar contra mis sentimientos.

—William no se merece una traición de mi parte. Me agradas, pero no quiero arrepentirme.

—Ni yo quiero que lo hagas —apuntó.

Su voz albergó una gota de dolor y percibí que su corazón sí tenía urgencia, aunque no quisiera forzarme a tomar una decisión. La noche había llegado, la luna era inmensa y las estrellas también estaban presentes. A través de la escasa luz que cruzó por su rostro le vi sonreír con pesar.

Imaginé cómo sería estar a su lado un día entero, sentirlo mío y creerme suya, pero no lo era. Ya había firmado un compromiso prematrimonial que fijaba los términos de los derechos de William sobre mí y mis deberes para con él, y viceversa. Dudé. ¿Qué quería? ¿Era William? ¿Era Sebastián? Con más miedo que deseo me acerqué a sus labios, cerré los ojos, pero él me detuvo:

—No lo hagas si no estás segura. Soy muy posesivo y te molestaré con mis celos.

—Es muy primitivo, pero puedo vivir con eso —pensé que bromeaba y sonreí.

—Pero yo no —dijo con seriedad.

Rocé mis labios contra los suyos. Vaciló, se llenó los pulmones de aire y exhaló. Nos miramos unos segundos, hasta que nos dejamos vencer. Cerramos los ojos y nos besamos por primera vez. Mi pecho experimentó todo: temblores, confusión, agonía, muerte, vida, sobre todo vida. Sebastián me detuvo por segunda vez y estudió mi rostro. Nos habíamos acostumbrado a las penumbras y ya no eran un obstáculo. La luna artificial ya se había desvanecido y las velas volvieron a servirnos de guía. Sebastián me observó un rato más, quería desentrañar mis secretos. Hizo ese gesto con los labios. Ahora yo sabía que también lo hacía cuando estaba concentrado. No se movía. Apenas si lo pude notar, pero él estaba sumido en una danza interna que se escapaba por sus poros, la celebración de la victoria. Su sonrisa se abrió y vi la felicidad delante de mis ojos. Me besó una vez más y sin poder disimular el júbilo que experimentaba, me susurró que tenía otra sorpresa para mí.

Supe que era un masaje en pareja cuando las masajistas entraron a la sala, el que yo había reservado para él y uno más que añadió a última hora. Nos acostamos bocabajo sobre nuestros bancos. Me tomó la mano y nos quedamos quietos mirándonos el uno al otro. Los ojos de Sebastián sonreían. Mientras disfrutábamos me preguntó, a la par que me acariciaba los dedos de la mano:

—¿Cuándo comenzaste a sentir esto por mí?

—No lo sé. —Retuve la palabra que había usado para referirse a lo nuestro «esto»—. A veces te veía en mis sueños, aunque eran cosas muy raras, pero hay un momento especial que me impactó. Creo que fue cuando hiciste ese gesto, que acostumbras a hacer con los labios cuando algo te preocupa, cuando estás concentrado, cuando te enojas o cuando sientes pesar. Aunque nos conocemos hace tanto tiempo siempre evité

mirarte al rostro, a los ojos. Vivía inmersa en mis prioridades, pero cuando descubrí que hacías ese gesto pusiste en pausa mi vida.

—No me había percatado de eso —dijo e hizo ese gesto involuntario.

Reí a carcajadas al comprobar que era más fuerte que él. Sebastián sin darse cuenta aún me preguntó:

—¿De qué te ríes? —Entonces se dio cuenta, sonrió—: ¡Ah! ¡Eso! ¡Qué bueno saber que te gusta!

—Eres un arma biológica. —Reí.

Yo no mentía, Sebastián había sincronizado sus sentidos con su inteligencia como nunca lo había visto en nadie, similar a la inteligencia emocional pero más potente. Sabía moldear sus emociones sin llegar a reprimirlas, entendía muy bien a las demás personas. Daba gusto a los cánones morales, cumplía con sus exigencias, pero no permitía que le arrebatasen su esencia. Por eso no me había percatado de sus sentimientos hacia mí. Yo, en cambio, tenía un defecto: mi extrema sensibilidad, la que mi padre apodaba debilidad; trataba de doblegar las emociones reprimiéndolas en las profundidades de mi ser, pero eran como una planta venenosa que crecía en el fondo de mi alma astillándome por dentro. Pensé en mi padre y en esa cuota de fragilidad que hubiese querido desterrar de mí para que fuera una mujer digna de su linaje. Su única hija, la oportunidad de dejar su huella en la tierra. Me insistía en que me esforzara, en que me autocontrolara. Sebastián no me exigía nada, hasta podría jurar que mi inestabilidad era lo que más le gustaba. Fijé la vista en él mientras se deleitaba en el masaje. Era nuestro instante apacible y deseé que fuera eterno. Reflejarme en sus ojos me calmaba, pero no podía engañarme, ¿cuánto tardaría mi padre en descubrirnos a su capitán y a mí? Me inquieté:

—¿No crees que se preocupen si ven que estamos tanto tiempo en el mismo lugar? —le susurré.

—Es posible.

—Apaguemos las guías —sugirió, pero antes de decirlo yo ya había desactivado la mía.

Su brazo quedaba muy cercano a mi rostro, lo desarmonizado de nuestros movimientos, propició una señal que me hizo detenerle la mano antes de que apagara la suya. El icono negro de su guía seguía encendido, el que me representaba a mí, aunque la mía permanecía apagada. Él intentó reaccionar, pero yo ya había resquebrajado sus defensas. Había estado tan concentrado en mi rostro que actuó tarde. Algo fortuito, una fracción de

segundo… y todo se desplomó. Me caló un frío inmenso, toda la mañana supo donde estaba. El aire se frisó en mis pulmones y comencé a asfixiarme. ¿Y aquella vez? ¿Lo engañé cuando lo dejé en el hospital militar o fingió dejarse engañar? —pensé.

—¡Déjennos solos! —les pidió a las robots humanoides que fungían de masajistas.

Me senté sobre el banco y me acomodé la bata. Sebastián cesó en sus esfuerzos de sostener la mentira, se limitó a pedir que le permitiera explicarse. No quería escucharlo porque no sabía si podría creerle. Conocía la facilidad con que mentía. ¿Y si su sofoco y desesperación eran otra treta más? La confianza que fingió depositar en mí mientras él mismo apagaba mi guía en la mañana, aún me pegaba de bofeteadas. En ese momento las mangas de su ropa taparon lo suficiente para que yo no me percatara del ícono negro. Tuve que toser, una flema se apelmazó en mi garganta y amenazó con ahogarme. Me pasé las manos por los brazos, las piernas, el cabello…

—No lo vas a encontrar —su voz se extinguía por segundos.

La alegría de sus ojos se derritió en su rostro; sus labios no dejaban de repetir nerviosos ese maldito gesto. Me tomó la muñeca y la viró hacia sí; levantó un círculo que había permanecido adherido a mi guía y lo destrozó con los dedos. Un transmisor que se conectaba a su guía, donde solo bastaba desplegar una imagen para obtener las coordenadas exactas de mi ubicación. Me recriminé por no haber notado el transmisor, era tan delgado que parecía transparente. Decepcionada, me arropé con mis brazos y me fui. Me cambié de ropa, tomé mis pertenencias y me escabullí hacia el auto. Sebastián me atajó en el estacionamiento.

—¡No te acerques! ¡Necesito estar sola! —le grité.

—Corres peligro, Paz. No puedo dejarte ir —suplicó intentando mostrarse sereno, pero sin conseguirlo.

5



Me subí a mi vehículo y salí a toda velocidad. Lo vi por el retrovisor discutir con Owen Carter que apareció de la nada en una moto. Carter se quedó y Casals en la moto comenzó a marcarme el paso. Aceleré al tope para perderlo y el motor rugió como una pantera. Sebastián me pisaba los talones. Los autos se agolpaban en todas direcciones y era difícil esquivarlos. Me afiancé al volante con la mirada clavada en la avenida y en el espejo retrovisor a intervalos. La policía obvió aquella persecución más de lo habitual hasta que fueron tras nosotros. Nos seguían varias patrullas, no sabía cuántas, pero podía escuchar sus sirenas. Nada me detuvo, necesitaba descargar toda la furia que llevaba por dentro. Como ráfagas de balas pasaron por mi mente varias imágenes: sus ojos, su sonrisa cuando sintió que me había ganado, mi William traicionado y mi vergüenza. Frené antes de estamparme contra el portón que cerraba el paso a nuestra propiedad, él paró detrás de mi auto y las patrullas terminaron por acorralarnos.

Había olvidado encender la guía. Accionar su función de llave me retrasó otro segundo antes de entrar. Lo último que vi fue a Sebastián entendiéndose con los policías, los que le escaneaban su guía y verificaban que estaba en cumplimiento de una misión. Apagué el motor cuando llegué al garaje y saqué mis cosas del auto. Él me interceptó. Cerró las puertas tras de sí. Desactivó las luces, las cámaras de seguridad, los accesos

y demás servicios del garaje. El control estaba oculto en aquel sitio justo donde no habría buscado. Fue inútil utilizar mi guía para abrir el portón, me había dejado encerrada. Me recosté de espaldas hacia mi auto, pero sin una gota de miedo. Apreté mis mandíbulas para no gritarle.

Escuché sus pasos hasta que estuvo cerca de mí. Me agarré con fuerzas a las puertas cerradas de mi vehículo para autocontrolarme y para evitar descargar la furia de mis puños sobre su cuerpo. Sebastián apoyó sus manos contra los vidrios, dejándome en el hueco que quedaba entre su cuerpo y las ventanas. Vi sus ojos en medio de aquella oscuridad fijos en mi rostro; su mirada era una mezcla de desesperación, inquietud, pérdida; mientras la mía albergaba ira. Sentí su respiración fuerte y cortante sobre mi cabello. No dijimos nada durante unos segundos. Intentó abrazarme y lo empujé lejos de mi cuerpo.

—Paz, estás loca. Pudimos matarnos —murmuró al fin.

En ese momento recordé que no le había dado tiempo de ponerse el casco protector y a esa velocidad si hubiera fallado no habría tenido oportunidad de sobrevivir. Lo pensé solo una vez y me quedé firme. Él siguió suplicándome:

—No tomes una decisión a la ligera.

—Ya serían dos en un solo día —hice una pausa—. ¿Me seguiste?

—Hay cosas que no puedo explicarte, así que no me obligues a mentirte.

—¿Me seguiste o mandaste a ese hombre a espiarme?

—Te seguí, solo yo. Owen solo me llevó la moto. —Su tono derrotado aún no enfriaba mi cerebro.

—¿Ayer también?

—Sí.

Le solté una bofetada y cerró los ojos. Hizo ese gesto con los labios que me volvía loca y sentí como punzaba la herida en mi pecho. Escuché algo de sus labios que no procesaría hasta días después:

—Yo te amo. Todo lo que he hecho ha sido para protegerte.

—¿De qué? —grité sin poder contener ya mis lágrimas y esperé en vano su respuesta. Comprendí que él iba llenar con silencios los fragmentos de la información que no podía revelarme.

—Esperé años para tener tu atención y no me parece justo que por… —se tragó el final de la frase y aguardé en vano las palabras que él estaba sentenciado a no pronunciar—. Te amo —repitió para que reparara en la

seriedad de lo que me decía, pero estaba tan enceguecida por mi propia existencia que seguí sin escucharlo.

—Dile a mi padre que te asigne otra tarea, que ponga a otro en tu lugar.

—No puedo hacerlo, sobre todo por ti —dijo.

—¿Y bien? ¿Qué descubriste?

—Te estás metiendo en algo peligroso. No tienes idea.

—¿Y tú sí? ¿Vas a delatarme con mi padre? —lo desafié.

Miró hacia el suelo.

—Paz, todo puede ser sencillo; puedo hablar ahora mismo con tu padre y decirle lo único que importa, que nos queremos. Se enojará, pero terminará aceptándolo porque desea el bien para los dos. Concéntrate en ti, en tu trabajo y olvida todo lo demás.

—¿Qué pasa si no quiero renunciar? No me ofreces nada que William no me haya brindado ya —arremetí en voz muy baja.

—¿Así lo ves?

Buscó en sus bolsillos y sacó la cajita negra que yo había destruido con el mensaje de mi madre. La colocó dentro de mis manos. Eso quebró mis defensas y me dejé abrazar. No supe cómo llegué hasta este punto, ni cómo él me entregaba su fidelidad a mí y no a mi padre, quien lo había tutelado por años. Aunque la palabra «amor» no me aclaraba mis dudas, me dejé besar en la frente. Yo amaba a William, a mi familia y más, pero ese amor no se parecía a lo que Sebastián provocaba en mí. ¿Acaso estábamos perdiendo el control? Su renuncia me conmovía y mi corazón seguía impaciente. Las palabras de Sebastián se repetían en mi mente, aquella propuesta de olvidarme de William y de iniciar una relación con él. Sebastián no se conformaba con un romance pasajero, quería todo. Y yo dudaba del sentimiento que se escondía detrás de mi deseo; temía que un día me hartara de su cuerpo y que fuera tortuoso para mí discutir sobre los mismos temas, tal como ocurrió con William. Me dejé envolver en los brazos de Sebastián y lo apreté con fuerzas. Empezábamos —¿o terminábamos?— muy mal.

—Estoy confundida y necesito asimilar las cosas. No te pido que me olvides, solo que me des tiempo —demandé y me sentí absurda. Reconocí que yo había apresurado las cosas también.

Al entrar a la casa, vimos a uno de los guardias de la propiedad salir de la oficina de mi padre. El general me miró con severidad y con una orden tajante me mandó a mi habitación. No me moví del lugar. Mi padre comenzó a reclamarle a Sebastián e intercedí por él:

—Padre, el capitán no tiene la culpa. Yo… no acabo de recuperar el control y se la he puesto difícil.

—Paz, retírate. El capitán y yo tenemos una conversación pendiente —ordenó mi padre.

—¿Y qué es eso de que lo pongas a vigilarme? —reclamé.

—Es por tu seguridad —admitió el general.

—¿Cómo pudiste enterrar a mi madre sin siquiera avisarme? —exploté.

—Hija mía, tienes razón, pero lo hice para que mantuvieras intacta tu dignidad. Estás muy vulnerable y la debilidad no es bien vista en la sociedad. ¿Qué pasa contigo? ¿Hasta cuándo durará esto?

Sentí unas ganas inmensas de llorar y para tragármelas respiré hondo. Fingí, miré hacia otro lado para intentar autocontrolarme. Estaba harta de que me tachara de frágil y logré dominar mis lágrimas antes que se escaparan de mis ojos. Me fui a encerrar en mi habitación, lo lamenté por Sebastián que se quedó con mi padre y su cara de pocos amigos. Como parte de mi ritual desconecté las cámaras y me di un largo baño. Hasta que estuve relajada recordé que en mi mochila todavía estaba el arma de Sebastián. ¿Ya qué podía hacer? Resolví entregársela hasta el día siguiente. Cuando estuve en la cama busqué en la memoria de mi guía los escritos de mi madre y leí para consolarme.

V. *«La duración del amor».*

Muchos de los venenos se esparcen en los textos escolares, si los lees cada año con un grado de complejidad mayor cada vez, termina por parecerte una idea inteligente. Más si está respaldada por nombres rimbombantes y por teóricos de prestigio. Me viene a la mente la teoría que explica que todo tiene un final. Lo que nace algún día desaparece, incluso el amor romántico. Si crecemos convencidos de que el amor tarde o temprano va a morir, tal vez se termina por rehuirle o se pierde la confianza en él. Hay varias teorías sobre la permanencia del amor. Algunas difieren entre sí, pero la mayoría reafirma que sus síntomas y su pérdida es el precio que pagamos por él. También hay teorías sobre el enamoramiento y sus beneficios y perjuicios para el amor y el matrimonio. Algunos le pronostican al enamoramiento una cantidad

de años determinada. Para afirmarlo se basan en las fases de su duración y en el periodo en que ciertos neurotransmisores lo mantienen activo, como una droga que se apodera del organismo.

Cuando la sociedad pragmática comenzó a crear un hombre más poderoso, fue consciente que el enamoramiento volvía al humano vulnerable, obsesivo, irracional, según las circunstancias. Se estableció el compromiso prematrimonial, de obligación para todos, con el mismo peso ante la ley que el matrimonio. Firmar este contrato ofrecía varios beneficios además del reconocimiento de tus allegados, entre ellos estaba un crédito cuantioso destinado a impulsar el desarrollo económico de la familia. Los adolescentes llenaban sus ansias de amar, con sueños y expectativas sobre las cercanas nupcias. La meta con la que llenaban esos años que los separaban de la adultez, era la búsqueda de la persona idónea con quien compartirían sus vidas y con quienes trabajarían a la par con la finalidad de construir el amor sano y maduro, que los ubicara como dos seres racionales que podían tener una meta juntos: trabajar para la sociedad. El hombre y la mujer joven se casaban en el momento justo en que más necesitaban compartir sus experiencias románticas y eróticas con otra persona. Así se controlaban los efectos de la pasión desmedida, la que quedaba resguardada dentro de un hogar recién formado.

A pesar del matrimonio «impuesto», la pasión pululaba y quebrantaba la fidelidad conyugal de algunos. El enamoramiento era la base de las infidelidades porque tendía a idealizar al ser amado en las primeras fases del amor, lo que conllevaba a que cuando la fiebre comenzaba a bajar se descubrieran los defectos del amado y que las expectativas iniciales de la pareja no se cumplieran: las personas se deprimían al creer que no habían hecho una buena elección y al sentirse enclaustrados en un matrimonio para toda su existencia. Les quedaba el divorcio, el trauma, la vergüenza, las segundas nupcias, las terceras, pero había un crédito económico y cuantioso que saldar con el estado, para divorciarse había que pagarlo primero. Los que no tenían cómo hacerlo, seguirían amarrados inexorablemente.

VI. «A la memoria del amor»

Ninguna regulación podía asegurar la felicidad conyugal más que el amor mismo, la madurez y el compromiso de la pareja. Cuando el amor nos llega estamos seguros de su presencia ya sea al principio o al

final de nuestras vidas. Su huella es imborrable aun para el tiempo. Deja tantas evidencias que es imposible desconocerlo. Para el ser humano que lo ha vivido, sufrido y conservado en un lazo duradero, las tribulaciones han valido la pena.

En mi adolescencia jugué a enamorarme en dos o tres ocasiones, pero nada prosperó. Cuando me acerqué a los dieciocho y me sentí presionada por mis padres para encontrar un esposo, recuerdo repasar con mi madre mi lista imaginaria de candidatos. Ambas habíamos concordado en que William era la opción adecuada, era el joven de más rango que aún quedaba soltero. Todo lo que me atrajo de él al principio se desvaneció con el paso de los años, mucho antes de aceptar mis sentimientos por Sebastián. Solo que al vivir tan deprisa no había tenido tiempo de percatarme. La familia de William y la mía, nos habían insistido para que nos casásemos luego de comprometernos, pero yo había querido estudiar la carrera, luego la especialidad. William había estado de acuerdo porque también tenía sus propios intereses profesionales.

La duda se apoderó de mí. ¿Tras pocos años, de forma natural, mi amor por Sebastián abandonaría mi cuerpo? ¿De ser así, la vida me dejaría con él en el mismo punto que ahora me encontraba con William? No quería desarraigarme del sentimiento que provocaba en mí Sebastián. Sus palabras en el garaje me vinieron a la mente y sentí un golpe en el estómago: «Yo te amo». Volví a pensar en la cajita negra que Sebastián me había entregado y en la conversación que él había sostenido con mi padre. La idea que me pasó por la cabeza era genial y debió ocurrírseme mucho antes.

Salí de mi cuarto a hurtadillas, todos dormían. Los guardias pasaban la madrugada en la sala de seguridad, en la garita o en sus recorridos en el exterior de la casa. La mayoría de los robots humanoides centinelas recorrían el perímetro de la propiedad y los de servicio estaban en reposo. Me encaminé a la oficina de mi padre y antes de entrar desconecté las cámaras. Se enteraría, bastaba que revisara las grabaciones de la antesala de su oficina o que los guardias le reportaran mi proceder, pero de papá me ocuparía después. Desde su computadora se podía acceder a las grabaciones de las cámaras que estaban dispuestas por toda la casa e indagué hasta que llegué a la conversación del general con Sebastián. Necesitaba una evidencia de su fidelidad hacia mí. Pasé apresurada la parte de la conversación donde me encontraba presente y me detuve en la escena en que yo salía. Observé y escuché. Sebastián, con la calma aparente que le caracterizaba, adoptó su mejor papel. Mi padre parecía derrotado.

—Soy todo oídos —había dicho papá.
—Nada importante. —Sebastián seguía sereno en su exterior.
—¿Qué significaron las patrullas que azuzaron mi puerta?
—Nos excedimos en el límite de velocidad.
—Hay muchos cabos sueltos, capitán. Explícate si no quieres que te releve de esta misión. Sabes que es primordial para mí, más allá de lo profesional. Se trata de mi hija. ¿Paz ha sido contactada?
—No. Su hija está muy afectada por la muerte de su madre y los espacios en blanco entorno a esto.
—¿Y tú? Te noto raro, muchacho. ¿Estás bien? —averiguó mi padre y lo examinó—. A lo mejor no fue buena idea darte esta responsabilidad. ¿Quieres que hable con Carter? Él es de toda mi confianza.
—Estoy en perfectas condiciones, general.
—¿Entonces, no hay nada? —indagó papá. Su mirada pasó como un escáner sobre Sebastián que permaneció impávido—. Puedes retirarte.
Algo se sobrecogió dentro de mí en un minuto y en otro detonó. Sebastián me guardaba lealtad y eso me dolía. La fidelidad hacia mí lo hizo volverse contra sus principios. Como era casi seguro que otro día sería más difícil para mí acceder a las grabaciones, seguí revisando. Quería saber lo que había hecho mi madre ese último y fatídico día. La vi realizar sus actividades de costumbre, nada que reflejara alguna actividad fuera de lo esperado. Solo algo estaba alterado, su mirada estaba triste como si presintiera que corría peligro. ¿Cómo no me di cuenta en aquel momento? La habría ayudado de haber podido. De ser así ahora estaría viva y me ayudaría a entender su mensaje tan confuso.
Salí de la habitación con el corazón en un puño. «¿Qué esperaban encontrar en mi casa los guardias que indagaron hasta el rincón más pequeño de nuestra residencia el día de mi boda?», me pregunté. Era la duda que me rondaba desde entonces. Escuché a alguien susurrar mi nombre y me sobresalté. Al ver a Diana acercarse a mí, respiré hondo:
—¿Qué haces despierta? —murmuré.
—Eso te pregunto yo a ti —me dijo mirándome a los ojos.
No pude evitar volver a llorar la pérdida irreversible de mi madre. Ella sin seguir cuestionándome me abrazó. Intenté calmarme y le contesté a la pregunta que había quedado en el aire:
—Es difícil de explicar, no me hagas mentirte. Mejor vamos a mi cuarto antes que alguien más se despierte.

Caminamos hasta mi habitación. Diana también dejó escapar unas lagrimillas por mi madre y expresó:

—También la extraño, pero te conozco, hay más. ¿Ya no confías en mí? Estás muy nerviosa de un tiempo para acá. ¿Qué sucede?

—Prima, me pasan muchas cosas.

—Explícame, quiero ayudarte —insistió.

—Es mejor que no sepas.

—Me asustas, Paz. Si temes decirlo es porque no es bueno.

—Te diré una de tantas, creo que me estoy enamorando de otro hombre —le revelé dejándola con la palabra en la boca.

Se quedó muda unos instantes para intentar rescatar la pista que le había pasado desapercibida. Preferí ocultarle todo lo relacionado con mi madre porque era un asunto oscuro que podría traer peligros implícitos. No tenía Diana que heredar junto conmigo ese manojo de confusiones, pero lo de Sebastián era mi propio secreto y no quería ocultárselo.

—Pero ¿de quién? —preguntó. Movió las pupilas e intentó adivinar al aludido.

—Casals —articulé y la vi dejarse caer sentada sobre la cama.

—¿Qué? Pero nunca te interesaste por él, lo conocemos desde niñas. Ustedes casi ni hablaban. Siempre le pasabas por el lado como si no existiera. Creo que estás confundida por la pérdida de tu madre y que él ha estado contigo más tiempo de lo habitual —concluyó.

—¿Qué sabes de Sebastián? —la confronté.

—Es un buen hombre, respetuoso, leal, noble, muy serio. Tu padre le tiene mucho afecto. Ese tipo de cosas, pero recuerdo que desde niña te quejabas de la cercanía de tu padre con él.

—En estos días he podido conocerlo y es más que eso. Su corazón es tierno, amoroso, apasionado. Sus palabras me llegan a lo más profundo. Es inteligente pero no me refiero solo a lo cognitivo, sino a tener la sensibilidad de ver más allá de lo que se observa a simple vista.

—Por lo que me dices tengo que deducir que eres correspondida —afirmó.

—Dice que siempre me ha amado.

—Será un desastre —señaló Diana—. ¿Y el contrato prematrimonial? Cuando tu padre lo sepa no le gustará nada. William Allen es el sobrino de Ademar King. ¿Estás considerando anular tu compromiso, aunque eso perjudique la relación de tu padre con el líder de la nación?

—Yo que sé, estoy en una especie de limbo.

6



Esa noche me costó dormir, pero me rehusé a tomar un calmante. Quería tener la mirada limpia para poder escrutar mi camino y no dar ningún paso en falso. Diana y yo habíamos hablado hasta que nos quedamos dormidas en mi habitación. Cerca de las cuatro de la madrugada, un tintineo me despertó. Había un mensaje de imagen en mi guía. Era la foto de la fachada de una casa que tenían mis padres. No hallé remitente. Vi que Diana seguía rendida. Con mucho cuidado sin hacer ruido me levanté, me vestí a toda prisa, tomé el arma de Sebastián y la oculté bajo mis ropas. Dejé un clon de mi guía encendida sobre la cama y apagué la verdadera.

Me encaminé a la salida de emergencia que mi padre había hecho instalar para los tiempos de guerra vaticinados por él. Sabía que me descubrirían, pero sería tarde, ya estaría lejos. Sebastián no llegaría hasta las siete de la mañana, solo tenía que esquivar lo suficiente a los guardias para no tropezarme con ellos. Mi plan casi falla cuando me cercioré que necesitaba de la opción llave de mi guía para abrir todas las puertas de la casa. La encendí los minutos necesarios. Me alejé a pie de la propiedad; el auto y el garaje llamarían demasiado la atención y era más riesgoso. Apagué mi guía.

Caminé una hora hasta que llegué a la vivienda. Me acerqué sigilosa, la propiedad parecía estar vacía. La puerta no estaba asegurada. Entré, todo

me recordó a mi madre; habíamos vivido ahí hacía muchos años, antes que mi padre fuera el Jefe de Defensa de la ciudad-estado. Los muebles permanecían intactos tras el pasar de los años. Aunque la casa llevaba bastante tiempo deshabitada estaba bien conservada porque a menudo se le daba mantenimiento. Al llegar al comedor vi que había una mujer sentada de espaldas a mí; palidecí por un momento al creer que alucinaba a mi madre. La mujer se volteó y me quedé sin habla:

—Soy Mabel —reveló.

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo entró a la casa? —demandé.

—Acompáñeme, nos esperan —dijo y comenzó a caminar.

Aunque algo dentro de mí me prevenía del riesgo, preferí guiarme por mis instintos y la seguí. Mabel Acuña aparentaba unos cincuenta años, alta, de ojos y cabellos castaños y aspecto atlético. Cuando salimos a la calle apareció un auto de la nada con dos ocupantes, un hombre y una mujer, ambos jóvenes. Mabel me dijo los nombres de los otros mientras nos subíamos al auto y desaparecíamos al máximo de la velocidad permitida.

—Estos son Dafne y Apolo. Ya tendrán tiempo de conocerse mejor. —Ambos me sonrieron. Mabel continuó—: Vamos a dar una vuelta, quiero que observes.

Era obvio que yo necesitaba llenar los huecos de información que me omitieron y esas personas parecían tener muchas respuestas. La clave era si yo confiaba en ellos o ellos en mí. Esto aún no me quedaba claro. Presté atención a los jóvenes por el espejo retrovisor. Conducía Dafne Rossi, era una joven esbelta y pelirroja, de aspecto desenfadado; a su lado iba Apolo Salvat con unos ojos azules que sonreían a pesar de la seriedad de su rostro. Mabel iba a mi lado con una expresión que aumentaba más mi intriga. Recorrimos durante muchas horas una carretera desconocida para mí. Salimos por uno de los lindes que demarcaban nuestra ciudad-estado y cruzamos a otra carretera, que, aunque no me lo dijeron, estaba segura que pertenecía a las tierras inhóspitas. Me sorprendió la facilidad con que se escabulleron y su falta de temor a lo que nos deparaba en esos terrenos deshabitados.

Dafne condujo hasta que llegamos a una ciudad que yacía en ruinas. Me confirmaron mis sospechas. Me explicaron que el lugar aún no había sido depurado y que permanecía en ruinas. Los edificios antiguos, negros y polvorientos se levantaban como castillos de arena abandonados tras el azote del mar. Bajamos y constatamos el desastre.

—¿Fue la guerra? —inquirí.

—Sí —contestó Mabel—. Esta ciudad era muy próspera antes de la guerra, aunque ahora solo puedas ver su destrucción. Queda muy cerca de tu ciudad-estado y estoy segura que ni en los libros de historia podrás leer acerca de su existencia. Por eso decidimos traerte. Es un lugar digno para empezar a develarte el pasado de tu tierra, desconocido para ti.

De regreso al auto Apolo me mostró un video. Era la misma ciudad, pero sin la sombra de pobreza y destrucción. Las imágenes mostraban la vida por doquier; había una gran cantidad de personas en movimiento, voces, colores, luces, autos, prosperidad. A mitad de la grabación las imágenes se volvieron mustias, casas descoloridas y personas con rostros infelices aparecieron. Como si conflictos bélicos o algún desastre meteorológico hubiese condenado a aquella bella ciudad a una gran depresión.

—Sé que esto es nuevo para ti —me abordó Apolo con ímpetu—. La pobreza es algo que no has visto más allá de algunas fotos manipuladas. Quiero que aprendas que la tolerancia contribuye a la paz, pero no la define. Esta ciudad que ahora yace consumida y olvidada fue una gran metrópoli. Solo alcanzamos a ver una porción, la vegetación ha cubierto la mayoría del territorio y así seguirá ocultándola hasta desaparecerla a los ojos del hombre. La grabación fue tomada el mismo día y la parte pobre de la ciudad no necesitó la guerra para estar plagada de calamidades. Digamos que la guerra terminó por dejar la porción norte tan desolada como la sur. La fracción norte era hermosa, pero era una ficción. Ahí vivían los que podían pagarse una mejor vida sea como fuere que lo consiguieran, con el trabajo honrado o mediante formas diferentes no tan honestas. Esa zona de la ciudad sí sufrió los estragos de la guerra. Del otro lado, donde había vivido para ese entonces la población marginada y donde la ciudad no era tan acogedora, no había necesitado mucha destrucción para tener su apariencia actual. Al sur estaban los desechos tóxicos, la masa trabajadora, la sobrepoblación a punto de explotar, el hambre, la miseria. Al norte una élite encumbrada vivía sin empatía por su propia especie.

—¿Y cómo podían vivir en ese lugar sus habitantes? —pregunté.

—No vivían, subsistían —atajó Dafne con enfado.

—¿Por qué nadie hizo algo para cambiarlo? —indagué.

—Se hizo y ahí quiero llegar. Necesitamos que aprendas a leer entre líneas. Así podrás descubrir toda la información que los líderes de tu nación disfrazan para mantenerla lejos del conocimiento de sus ciudadanos —reflexionó Apolo en voz alta.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Vienen del MAM? —pregunté.

—¿El MAM? Así nos conocen ustedes, así nos apodaron ustedes. Nos consideramos mucho más. Se dicen cosas de nosotros, por ejemplo, que matamos a tu madre en una explosión. Eso nos hubiera costado una guerra —arremetió Mabel.

—¿Quién tendría motivos para matarla, entonces? —inquirí desesperada.

—En tu mundo nada es lo que parece —murmuró Dafne entre dientes.

Dafne hastiada encendió el auto y nos pusimos en movimiento. Dejamos atrás la ciudad. Apolo intentó explicarme lo ocurrido y yo me dejé sumir en su historia, casi convencida de la verdad en sus palabras, por la fuerza con que las pronunciaba.

—Todo comenzó cuando las líderes de diversas organizaciones de la Tierra hicieron una Cumbre por la Paz, una de tantas. La diferencia era que solo se convocaba a mujeres que encabezaran organismos públicos o privados. Se reunieron a intercambiar visiones y sueños. Encontraron la solución que siempre había estado a los ojos de quienes lo habrían querido ver: había que promover el verdadero desarrollo sustentable porque hasta entonces era el trabajo de muchos, pero todavía pocos en relación con la población mundial. En esa cumbre se propuso modificar los patrones de consumo que cada vez iban acabando con el medio ambiente. También se sugirió buscar opciones para sopesar las consecuencias de la pobreza global, así como educar a la gente sin plagar los planes escolares de la basura que envenenaba la mente de los estudiantes y los sumía en la ignorancia, más que en la consciencia de la realidad mundial. Se expuso esto entre tanto que ya se sabía: bla, bla, bla. El ser humano lo conocía, lo había escuchado una y mil veces. Algunas desistieron al pasar unos meses. Una minoría de ellas hicieron algo diferente, se entregaron a su causa y trabajaron codo a codo en una pequeña comunidad, una especie de prueba piloto. La sociedad no era perfecta porque el ser humano era imperfecto. Las líderes lograron un éxito del setenta por ciento, ya que no todos los habitantes de la población de estudio estaban dispuestos a los sacrificios intrínsecos a la misión. Las dignatarias estaban felices con los logros obtenidos. Seguían intentando ser escuchadas y apoyadas, lo que no siempre les funcionaba. Ellas trabajaron con pequeños sectores de la población, hasta donde llegaba el subsidio de los gobiernos o el apoyo que lograban conseguir. ¡Y aquel setenta por ciento reflejó mucho! Fueron

niños, mujeres y hombres que tuvieron una oportunidad distinta de salir adelante.

—¿Por qué el gobierno no hizo lo mismo con los habitantes de la zona sur de la ciudad visitada? —indagué.

—El gobierno manipulaba los apoyos a su conveniencia. Los subsidios que entregaba solo cumplían con la función de satisfacer las necesidades inmediatas, pero a largo plazo dejaban a los ciudadanos en la misma situación de pobreza original —me explicó Apolo y no pude evitar reafirmar que sus ojos sonreían a pesar de la gravedad de su semblante—. Los años transcurrían y la población creció. Siguieron las guerras que nada tenían que ver con el MAM sino con conflictos entre países. Se aunaron los desastres naturales. Emergieron nuevos líderes, también nuevos movimientos políticos y el mundo comenzó a perecer. Como era de esperarse, la gente descontenta buscaba aliarse para luchar. El MAM funcionó igual hasta que en un momento histórico decisivo comenzó a ganar adeptos, miles y miles se unieron a su causa hasta que fueron millones. Los nuevos partidarios traían cosas buenas como los recursos económicos y humanos tan necesarios, pero algunos tenían ideas de independizarse de la sociedad. Las fundadoras no lo permitieron porque el principio del MAM era para toda la humanidad. Sin embargo, un día ellas dejaron de existir y sus seguidores cambiaron la historia. Entonces llegó la guerra que trajo más daño y pobreza. El mundo se convirtió en lo que es hoy, dos potencias que viven bajo un Tratado de Tolerancia, pero no de paz. Ustedes nos conocen como MAM que fue tan solo una parte de nuestra historia. Nosotros nos llamamos: Unión de Naciones Autónomas, UNA, y a diferencia de tu sociedad no tenemos un gobierno único centralizado. Somos cinco naciones distribuidas en el globo terráqueo y cada una es gobernada por un representante de la voz del pueblo.

Después del largo parlamento, mis preguntas eran muchas y la mayoría de índole personal. Así que aproveché el primer momento de silencio para hablar:

—Es una historia que necesitaba conocer a fondo, ¿pero sigo sin entender qué quieren de mí?

—Lo que queremos de ti te lo diremos más adelante, cuando estemos seguros de que eres confiable. Por ahora, tienes que hacer dos cosas; la primera: guarda el encargo que tu madre te dejó para nosotros, vendremos por él; la segunda: cásate con el capitán de la aeronáutica y hazte confiable para su familia —dijo Mabel.

Iba a reclamarles que tal vez les ayudaría con la primera pero que no se inmiscuyeran en mi vida privada, cuando detuvieron el auto y me pidieron que me bajara. Me dejaron en la puerta de la primera casa de mis padres. Encendí la guía para que me encontraran de una vez. Entré a la vivienda y me senté como autómata en una silla en la cocina. «¿Qué puedo perder yo? ¿Lo mismo que perdió mi madre?», grité para mis adentros. Era evidente que mamá se había metido en esto hasta el cuello y ahora me lo había heredado. Necesitaba buscar algo más en sus escritos que me ayudara a encontrar el norte de mi brújula interior:

VII. Los titiriteros.

Hay que expandir la mente humana. En esta ciudad-estado donde vivimos, unos pocos han conseguido domar a su especie. Érase un pueblito de muñecos a donde llegaron los titiriteros. Estos últimos se repartieron al inicio del juego el escenario y los parlamentos, pero aún necesitaban a los títeres; así que se lanzaron a su conquista. Encontraron a unos muñecos sumidos en sus propios sueños y les ofrecieron cumplirlos a cambio de que quedaran huecos por dentro, para que el titiritero introdujera la mano. Les prometieron a los muñecos que con su movimiento mágico sus deseos se cumplirían. Algunos muñecos aceptaron y así se convirtieron en títeres. A otros muñecos eso de quedarse huecos por dentro no les hizo mucha gracia y para ellos el titiritero tuvo una segunda opción. Les ofrecieron ayuda a través de unos hilos mágicos que atarían a sus extremidades para que con movimientos más grandes alcanzaran sus anhelos. Algunos aceptaron y se convirtieron en marionetas. Los restantes muñecos, que la primera idea no les había gustado y la segunda menos, se rehusaron y consideraron seguir viviendo como lo hicieron siempre. Pero los titiriteros les dieron la última opción. Nada de huecos ni de hilos, podrían seguir disfrutando de sus cuerpos intactos, en cambio les ofrecían unas varillas pequeñas que les introducirían en los cuerpos para darles más felicidad ya que así tendrían un movimiento facial casi

humano, el titiritero hablaría por ellos y sus sabias palabras les permitirían a alcanzar sus anhelos. A los muñecos les pareció una buena opción, serían felices y hablarían como los sabios; se convirtieron en ventrílocuos. Hubo muñecos que se resistieron, pero a los titiriteros ya no les importó porque eran la minoría.

Los muñecos ingenuos creyeron de buena fe todo lo que los titiriteros les prometieron al comenzar la puesta en escena. Los títeres se quedaron vacíos por dentro, las marionetas vendieron su pequeña libertad a cambio de la seguridad que les brindaban los hilos de colores y los ventrílocuos fueron felices, pero dejaron de tener opinión propia.

No había más que leer y decidí eliminar los textos para que no los encontrasen en mi poder. Mi madre y sus ideas me confirmaban cada vez más mi hipótesis de que ella no había sido asesinada por la UNA sino por colaborar con ésta. Sentí un frío inmenso al pensar en el general y temer hasta dónde estaría involucrado. «¡Mi padre no, no, no…!», me repetía cuando se abrió la puerta de la casa. Era Sebastián. Corrió hasta mí y me envolvió en sus brazos, mientras yo seguía sin poder levantarme de aquella silla, con las piernas temblorosas ante una idea: mi padre involucrado en la muerte de su esposa.

Sebastián me cargó y me llevó hasta la cama, yo aún temblaba; me cubrió con una manta y lo escuché comunicarse con el general:

—Ya la tengo, está bien. Me ocuparé.

Se acercó de nuevo a mí y me acarició la mejilla helada. Tuve que hacerme a un lado para vomitar y comencé a sentir espasmos por todo el cuerpo. Me sentía frustrada y los temblores ni siquiera me dejaban hablar. Sebastián me palpó la frente y constató que no tenía fiebre, más bien sudaba frío.

—¿Qué te sucedió, Paz?

—Nada —emití a la defensiva.

Tanteé hasta que encontré su arma en mi bolsillo y se la devolví.

—¿Tanto temías que necesitaste ir armada? —preguntó.

Volví a vomitar y él dejó de indagar sobre mi ausencia, preocupado por mi salud.

—Es necesario que te vea un médico.

—Soy médico. —Volví a vomitar.

—Me estás asustando. ¿Dónde estuviste este tiempo? Te buscamos por todas partes. ¿Por qué nos hiciste esto? Tu padre está muy preocupado.

—No te voy a mentir, así que no me preguntes más. Vete si no estás de acuerdo con las cosas que hago y déjame sola.

Sebastián buscó otra manta en la habitación y me la puso por encima. Después se sentó en la esquina de la cama y se sostuvo la cabeza con ambas manos mientras en silencio reflexionaba, como si estuviera tomando una decisión. No tardó mucho y se me acercó, me cargó y me llevó al baño. Comenzó a abrir la llave del agua caliente. Me quitó el pantalón y la blusa, me metió debajo de la ducha sin dejar de sostenerme y me dijo:

—El agua caliente te va a ayudar. Una vez vi como atendían a un soldado con una crisis parecida a la tuya. Te pondrás bien y luego me explicarás lo que puedas.

Cuando mi piel recobró la temperatura y el color, él cerró la llave, me envolvió en las toallas, me besó en la mejilla y me confesó:

—Tu padre me ordenó llevarte al hospital al salir de aquí. Aunque no le diga la verdad, no lo engañamos. Él sabe lo que ocurre contigo. Es la única opción que encontró para protegerte. Por favor, haz lo que te digan y pasará rápido.

—No necesito ir al hospital.

—Él quiere justificar ciertos hoyos negros en tu comportamiento y alejarte de malas compañías. Conoces al tipo de ingreso al que me refiero, Paz. Tú como médico sabes de lo que hablo. Tu padre dirá que has perdido el juicio tras la muerte de tu madre y que ha resuelto internarte para que termines de aceptar su pérdida.

—¡Sácame de aquí! No permitas que mi padre me haga eso —le imploré.

—Cree que lo hace por tu bien. No encontró otra forma de apartarte de lo que sea que haces.

—Te equivocas, mi padre no es una buena persona. Si hubiera confiado en mí, no me tendría vigilada por ti como si yo fuera una criminal.

—¿Eso crees? El general me puso a vigilarte porque temía que te ocurriera algo. Quería evitar que nuestra guardia te hiciera daño si llegabas a involucrarte en actividades del MAM. Tu padre ha arriesgado demasiado para protegerte y para eso solo ha podido confiar en mí —intentó convencerme.

—Mi padre tuvo que ver con la muerte de mamá.

—Venus nos traicionó y el general no pudo hacer nada para salvarla. Apártate de esa gente con la que ella te ha involucrado. Nosotros somos tu mundo, tu familia, es aquí a donde perteneces.

—Por eso mi padre no se inmutó cuando mi madre no arribó el día de mi boda, él sabía que no llegaría. ¿Qué buscaban los soldados que invadieron mi casa y revisaron hasta el último sitio? —inquirí, pero más que a él era una pregunta que me hacía a mí misma.

—Algo muy obvio. Garantizar que la residencia estuviese libre de amenazas para tu padre y para las demás autoridades —contestó—. Después del sonado atentado, la seguridad de los presentes el día de la ceremonia se volvió el foco principal.

—Necesito irme. No puedo estar aquí para cuando mi padre vuelva —balbuceé desesperada por escapar.

—Creo que no eres consciente del peligro al que te expones. Accede a la idea de tu padre y finge que no te has sentido bien, lo que sea para calmar la desesperación del general. Será un mal rato, pero pasará y nos dará tiempo para pensar qué hacer.

—Si me llevas a ese hospital, tal vez cuando salga ni siquiera me acuerde del vínculo que nos une y trastoque mi propia esencia. No permitiré que hagan eso conmigo —decidí.

—Tienes razón —suspiró—. No te llevaré al hospital y no permitiré que nadie lo haga. Intentaré dialogar con tu padre.

Mi corazón era un cañón que disparaba latidos y borbotones de sangre a todo mi cuerpo. En el justo momento en que atravesábamos por la puerta, llegó mi padre con cinco guardias. El general pronunció unas palabras y los soldados trataron de introducirme en el auto para llevarme en contra de mi voluntad. Casals intentó oponerse y papá le ordenó que los dejara hacer su trabajo. Sebastián se dirigió a mi padre con serenidad:

—Disculpe, general. Permítame hablar con usted a solas. Necesito decirle algo que tal vez le haga revalorar la decisión de internar a su hija.

—¡No revaloro decisiones y te di demasiado tiempo para que hicieras bien tu labor! Estás suspendido de esta misión, has fracasado y ya te hablaré para saldar cuentas —gruñó el general.

—Pero es importante lo que tengo que decirle —persistió Sebastián.

Mi padre ignoró las restantes palabras de Sebastián y éste intentó impedir que me llevaran. Vislumbré lo que venía, el capitán perdería el control de un momento a otro, su mirada estaba tensa y sus labios temblorosos. El general estaba empecinado en que su voluntad se siguiera sin chistar y los guardias lo obedecerían. Mi amado escolta quedaría en evidencia y recibiría más que una suspensión. Para intentar apaciguar la

situación que amenazaba con salirse de su eje en un abrir y cerrar de ojos, simulé resignación.

—Creo que es buena idea que me internen. Lo necesito y me hará bien —dije, pero por dentro estaba segura de lo contrario.

—No sabes lo que dices, Paz —susurró Sebastián con los labios apretados y la mirada asustada.

—¡Es suficiente! —arguyó mi padre tajante y les ordenó a los guardias que nos dejaran solos a los tres, después se dirigió a Sebastián—: No sé qué está pasando, pero no me gusta nada.

—Me apena contrariarlo, general —Sebastián mantuvo la mirada erguida—, pero tengo que ser honesto con usted, su hija no está enferma y considero que el hospital…

—Fue un error dejarlos pasar tanto tiempo juntos —le interrumpió mi padre—. Capitán, no tiene nada que decir, ha perdido objetividad.

—Solo quiero explicarle el porqué de mi conducta —insistió Sebastián.

—No quiero escuchar otra palabra más de ninguno de los dos. En este momento no son responsables de lo que dicen. Retírese, capitán y espere órdenes mías. Vamos, hija, te acompañaré a la clínica.

Mi padre creía dominar la situación, pero se equivocaba. Mientras escuchaba aquellas palabras, Sebastián recobró su talento innato y lo utilizó para encontrar una solución, aunque no fuera inmediata. Se volvió a mi padre con una mirada obediente que me dolió en lo profundo.

—Le debo una disculpa, general. Tiene usted razón, me ofrezco para escoltarlo hacia la clínica.

El Jefe de Defensa hizo una señal con la mano que nos invitó a caminar hacia delante. Al llegar el auto, Sebastián abrió la puerta de atrás y me ayudó a subir. Nuestros ojos se tropezaron mientras me sujetó por la muñeca. Intenté convencerlo con un gesto para que no desafiara a mi padre. Cerró la puerta y siguió hasta el asiento del copiloto. Mi padre iba a mi lado, con la vista en aquel corto trayecto. Dos autos nos siguieron detrás. Intenté perderme en lo que sucedía del otro lado de la ventanilla, pero mis ojos se tropezaron en varias ocasiones con los de Sebastián por el retrovisor, los que me infundían seguridad. Sus negras pestañas estaban fijas, al igual que sus pupilas, las que intentaban decirme cosas que no podía descifrar.

Al llegar a la clínica, nos bajamos los tres, pero solo mi padre y yo entramos. Caminé con paso firme, como autómata con la mente lejos de

aquel lugar. Los doctores nos esperaban. Mi padre intentó despedirse, pero yo le ahorré el esfuerzo.

7



Una dosis por mis venas intentó menguar mis sentimientos más allá de lo normal, pero solo consiguió que en aquel cuarto por los privilegios que podía contar por ser la hija del Jefe de Defensa de la ciudad-estado y con las pocas fuerzas que me quedaban, me sentara a meditar. William se apoderó de mi pensamiento, él, quien estaba tan ajeno a lo que ocurría en mi vida. De seguro mi padre le relataría que me había descompensado por el duelo de mi madre, pero nada más. Recordé las palabras de Mabel cuando me pidió que continuara mis planes de boda. No entendía nada. «¿Qué interés puede tener ella en mis relaciones?» pensé. Era definitivo, no me casaría con William. Aún había una sonrisa en mis labios cuando pensaba en él, pero sin ese arrebato de pasión, con los que estaban tintadas las escasas ocasiones en que Sebastián había sido para mí más alguien más cercano. Esperaría a salir de la clínica, buscaría a William y cancelaría nuestro compromiso.

La puerta de mi habitación se abrió y entró una joven doctora, enredada en mis pensamientos tardé en fijarme en su rostro. Se acercó a mí y procedió a un reconocimiento de rutina. Abrió una de las palmas de mi mano, depositó dentro un objeto y volvió a cerrarla. Una pregunta intentó brotar de mis labios, pero no fue necesario que la cuestionara, con un gesto la doctora me hizo entender que lo que tenía en la punta de la lengua no sería prudente pronunciarlo. La dejé hacer su trabajo. Me dejó acostada en

la cama, con los párpados pesados a punto de cerrarse. Luché contra el sueño y abrí una pequeña rendija entre mis dedos, así fue como divisé la esfera de Sebastián, la que se convertía en ave. Aquello solo podía indicar que Sebastián intentaba ayudarme.

Después de eso, todo transcurrió muy lento y la mayor parte del tiempo me la pasé dormida, con la esfera debajo de mi almohada como guardiana de mis sueños, hasta que un día metí la mano debajo y comprobé que el objeto había desaparecido. Alguien lo había tomado, pero ni siquiera me esforcé en preguntar. Ya no supe las últimas veces si era la doctora o una enfermera la que me administraba aquellas dosis de veneno. Cuando me dijeron que ya podía irme, sin previo aviso, no imaginaba que ya había pasado de largo un mes. Era lógico, la mayor parte, había zigzagueado del estado de duermevela al sueño profundo. Me senté sobre la cama a escuchar las palabras que me dejaban en libertad sin poder reaccionar.

Su rostro fue el primero que vi cuando salí de la clínica. Mi padre había considerado que sería conveniente que William me fuera a recoger el día de mi alta. Él intentó besarme en el rostro, pero terminó por no decidirse, me condujo por el brazo al auto y luego de ayudarme a subir me ajustó el cinturón de seguridad. Había unas frases en mi garganta a punto de salir y aunque tenía la sensación de certeza y de premura, no recordaba el contenido de mi discurso. Continué en silencio y William terminó por imitarme. Aún me sentía sedada. Mis recuerdos continuaban almacenados en mi memoria, pero no tenía voluntad para acceder a la mayoría. William reprodujo una canción en el vehículo y estiré los dedos para detenerla, la música me sacaba de aquella quietud que precisaba mantener. Así, sin ruidos, continuamos hasta que el auto entró por el portón de mi casa. Mientras William me ayudaba a bajarme, me preguntó sin desperdiciar los últimos minutos que estábamos solos:

—¿Cómo te sientes? —Su expresión era dubitativa.

—Bien —dije, aunque quería responder que me sentía vacía por dentro y sin ánimos siquiera para contestarle.

—Te dejaré para que descanses y estés un rato con tu familia, pero regresaré en la tarde. ¿Te parece? Solo me quedaré una semana en la ciudad y deseo estar a tu lado.

Le sonreí. Me dejó con un beso en la mejilla y por la expresión de su rostro pude inferir que no me veía nada bien. La segunda persona que me recibió fue mi tía y después mi prima. Ambas me acompañaron a la habitación y me brindaron miles de cuidados, los que yo requería con

urgencia. Aquel afecto vehemente y sincero me reconfortó. Me recosté sobre la cama mientras ambas se sentaron a mi lado y no cesaban de hablar. Acepté renunciar a mi demanda de silencio. Oírlas era más sano que sumergirme en el estupor de mis pensamientos.

Mi tía se me acercó con algo en la palma de la mano, una pequeña esfera. La reconocí de inmediato y le pedí que la dejara en lo profundo de una gaveta de alguno de los muebles. Insistió en saber qué era y le resté importancia. Me enterré en la almohada e intenté descansar. Cuando me dejaron, me sentí sobrecogida por unas fuertes ganas de llorar, pero mis ojos carecían de fuerzas para producir lágrimas y aquella sensación era peor que la de llorar misma, porque me dejaba con un ahogo en el pecho y un dolor asfixiante en la garganta. Sabía que había perdido algo muy grande, pero lo que más me abrumaba era mi extinto deseo de recobrarlo.

Aquel día no me reencontré con mi padre. Hasta la mañana siguiente me lo tropecé en el comedor a la hora del desayuno. Las palabras que cruzamos fueron las acostumbradas, como si el mes y los días que le precedieron no hubieran causado estragos en nuestras vidas. Intenté sentir un poco de rencor hacia el general, pero mi exigua voluntad no me lo permitió. Alguien compartió la mesa con nosotros. Escuché mi nombre seguido de un saludo escueto y relativo a mi recuperación. Levanté mis párpados adormilados para contemplar a un Sebastián más delgado.

—Capitán —fue todo lo que dije con un movimiento de cabeza.

Lo observé con el rabillo del ojo, su apetito había sido saboteado por mi presencia. Estaba absorto en su papel, al menos resquebrajado en mi memoria. Me disculpé e intenté abandonar la mesa, pero algo en la mirada del capitán me aconsejó que no lo hiciera. Así que me volví a sentar y simulé terminar de desayunar. Diez minutos después mi padre se levantó dispuesto a reanudar sus labores y el capitán le siguió detrás. Cuando Sebastián pasó por mi lado y respiré, su aroma me hizo sentir un latigazo a la altura del estómago, como si hubiera estado programada y aquel olor fuera mi catalizador. Varias imágenes confusas se agolparon en mi pensamiento; me quedé asimilándolas mientras ellos se alejaban en dirección a la puerta de salida. Con cinco minutos de diferencia intenté seguirlos y me encontré en la puerta con Owen Carter, que no necesitó impedirme el paso, su sola presencia fue suficiente.

Retrocedí y me encaminé hacia la puerta trasera, por la que salí a paso lento. Caminé por entre el pasto verde que crecía en el mismo camino que yo había recorrido el día de mi boda frustrada, cuando Sebastián me

encontró con el dije de mi madre, aquel día que habíamos intercambiado más de las tres palabras a las que estábamos acostumbrados. Me quedé en pie con la mirada perdida en el horizonte, cuando sentí llegar a alguien por detrás. Me volteé y cegada por el sol alcancé a divisar un uniforme militar que puso a latir mi corazón. Al tenerlo más cerca se completó la figura de Carter, que se me aproximó hasta quedar a pocos pasos de mí.

—¿Necesita algo? —inquirió.

Respondí con un gesto y dejé claro que todo estaba bien. Owen Carter tenía una expresión fácil de interpretar, no le agradaba la misión que le había impuesto mi padre, pero por respeto la seguía. Estaba preparado para que yo le diera muchos problemas y ni siquiera se imaginaba que aquello no ocurriría. Me dispuse a dirigirme a la casa con la finalidad de encerrarme en mi habitación una eternidad mientras Carter cumplía con su obligación. Recordé de qué quería protegerme mi padre, para lo cual solo disponía de sus hombres de toda confianza. Pude acordarme de los temores del general, aquéllos que me había revelado Sebastián, los que no rondaron mucho tiempo mis ideas. Owen Carter no me dejó avanzar, me sujetó por el brazo e inició una llamada en su guía. No disimulé el odio en mi mirada, imaginé que me delataría con mi padre. Carter me miró con asombro por mi desconfianza y remató con un tinte de ironía su sonrisa. Pensé que los hombres de mi padre escondían mucho más de lo que podía verse a simple vista. Del otro lado contestaron y escuché la voz de Sebastián.

—Paz, es necesario que simules que te sometes a las reglas de tu padre. Esto es una prueba —dijo y me demoré en articular palabra, con temor a que Carter me estuviera tendiendo una trampa.

—¿Capitán Casals? —pregunté e intenté sonar impersonal.

—Carter y yo somos como hermanos. Confía en él —me ratificó Sebastián.

—Necesito conversar contigo —le pedí.

—No encontré otra forma de hablarte. Tu padre está más estricto de lo normal, cree que no fui objetivo contigo. ¿Cómo te sientes? —indagó Sebastián.

—Estoy bien. No sé lo que hiciste por mí en ese hospital, pero te lo agradezco.

—Buscaré la forma de vernos a solas, mientras haz un esfuerzo por no meterte en problemas —suplicó Sebastián y con esas palabras acabó la llamada. Carter, aún con la misma sonrisa, me indicó que tomara el camino de regreso.

Las visitas de William fueron idénticas a nuestro reencuentro y él terminó por partir. Estábamos acostumbrados a vivir con el océano de por medio y a tener huecos de silencio, cada vez que él estaba en una misión. Junto a la quietud se me fue otro mes de largo y llegó una solicitud contestada, me habían aceptado para trabajar en el hospital militar. Estaba cansada del encierro en la prisión de máxima seguridad en que se había convertido mi casa. Antes que mi vida diera el vuelco acontecido, había deseado aquel empleo. Intenté encontrarle el placer a ese sueño olvidado. Mi padre se negó. Odié que utilizara su influencia y su poder para interferir en mis decisiones. Le expliqué lo importante que era para mí y siguió invariable sin salir de su decisión. No le exigí que me dejara hacer mi vida, aunque me sentía invadida en mi autonomía, sino que le supliqué por un voto de confianza. Terminó por negarme la palabra para no tener que discutir más el asunto. Me las arreglé para hacerle llegar una nota a su guía que rompiera su silencio y abriera una brecha entre nosotros dos:

Padre:

Sé que tu intransigencia de hoy es el cúmulo de las diferencias que vienen desde mi niñez. Ahora que ha llegado la calma y tu abrazo me protege, quiero borrar de mi recuerdo los momentos en que no nos entendimos. Tú eras el adulto y yo tu hija. Te he perdonado sin decírtelo y espero que hagas lo mismo conmigo. Hay algo que aún no te he dicho entre tantos reclamos: me has hecho mucha falta y no solo me refiero a tu presencia, sino al hecho de saber que puedo contar contigo. Tras esa Paz de actitudes tajantes siempre hubo un corazón que te necesitaba. ¿De qué sirve que te impongas si yo sigo a tu lado? ¿De qué sirve que me retengas a la fuerza si perdemos el vínculo que nos une? Acepta por doloroso que sea para ti que mis decisiones me pertenecen y que el amor que nos tenemos no nos da derechos sobre el otro. Esta vez tendrás que confiar en mí, en la mujer adulta que soy o nuestra relación acabará debilitándose más…

Al siguiente día, Owen Carter desapareció de su puesto y nadie me detuvo cuando salí en el auto a mi primer día de trabajo. Llegué al estacionamiento y me dispuse a caminar hacia los elevadores. Regresar a un hospital luego de mi estancia en uno no fue agradable, esperé que esa sensación desapareciera cuando me habituara. Intenté sonreír, de alguna forma había

recuperado mi independencia. Mi estallido de júbilo no pudo ser completado, las luces intermitentes de un auto a mis espaldas me sobresaltaron. Mi reacción fue voltearme y quitarme del medio, pero el conductor apagó las luces y me hizo señas. Pestañeé para recobrar la visibilidad y pude distinguir a Sebastián, me subí a su auto. Me lancé a abrazarlo, después de todo lo que había reprimido las ganas de hacerlo en la residencia. Él me sujetó con fuerzas también. La sonrisa de mi rostro se desdibujó al contemplar su rostro. Ni siquiera hizo un esfuerzo para disimular su enojo y soltó lo que traía atorado en la garganta.

—¿Qué le dijiste a tu padre? —reclamó. Su voz era apurada y seca.

—No te entiendo —articulé desencajada.

—Algo hiciste para que tu padre de manera irresponsable quitara toda la vigilancia a tu alrededor. Te di recomendaciones simples, pero no creo que las hayas seguido.

—Solo le pedí que confiara en mí, que me dejara tomar mis decisiones y que las aceptara, aunque fueran contrarias a las expectativas que tenía para mí.

—No es posible que hayas hecho todo lo contrario de lo que te pedí. —Alzó aún más la voz.

—Ni tú ni mi padre me dirán qué camino seguir —me esforcé para sonar calmada.

—Pues lo conseguiste, ahora estás por tu cuenta —se lamentó—. Esa gente no te dejará tranquila.

—Por favor, no me presiones tú también —le requerí.

Bajé del auto y su rostro continuó idéntico a su arribo, la misma imagen de palabras atragantadas, igual tono de piel más subido en las mejillas, las que parecían hervir como sus emociones. Caminé unos pasos, intenté mirar hacia atrás y vi que se alejaba de mí. Respiré hondo y presioné el botón del elevador.

Empecé a reconocer mi lugar de trabajo y me dieron mis horarios. Mi sitio era en emergencias. A diferencia de lo que había previsto mi padre no hubo muchos pacientes, salvo uno u otro soldado que había salido lesionado de las prácticas militares por heridas menores. Me sentí bien en mi espacio de trabajo; no quería que se acabara la jornada y cuando se terminó añoré de inmediato el siguiente día para regresar.

Tomé mi auto y miré a todos lados para cerciorarme de que mi libertad era auténtica. Conduje tan lento como mis latidos de vida hacia las afueras de la ciudad. Bajé los vidrios de la ventanilla para sentir el aire sobre mi

rostro, mientras reflexionaba acerca de mi vida y de la educación que había recibido. Me alejé lo suficiente para llegar a la metrópoli en ruinas que me mostró Mabel el día de mi ingreso a la clínica. Me costó encontrarla, pero me sorprendió la facilidad para acceder a las tierras inhóspitas, sin vigilancia de ningún tipo. Llegué y me estacioné justo en el centro. De nuevo el mismo panorama de catástrofe. Aquella ciudad abandonada traía un mensaje que aún no terminaba de descifrar. Me bajé del auto, caminé y me adentré en unas callejuelas hasta llegar al despojo de un parque infantil. Agarré un puñado de la arena que alguna vez fue blanca y que ahora estaba mezclada con el polvo de la destrucción. Me senté en un columpio sin atreverme a mecerme y que aquellas cadenas corroídas terminaran de quebrarse.

A pesar de las palabras de Sebastián, recordé a Owen Carter. Era muy posible que no estuviera sola y aquello me irritaba, pero ya Sebastián me había demostrado que había miles de maneras de espiarme. Incluso la UNA también podía estar vigilándome. Me entró un escozor en la piel que me hizo hurgar por todo mi cuerpo en busca de algún dispositivo extraño que pudiese ser un transmisor. No lo podía creer. En mi guía, casi imperceptible, descubrí uno idéntico al que Sebastián me había colocado en el gimnasio. Además del día que Carter me retuvo por el brazo contrario a la guía, no recordaba que hubiese tenido un contacto tan cercano conmigo como para ponérmelo. Ni siquiera mi padre. Como un *flash* recordé el viaje hacia el hospital, cuando Sebastián me había sostenido por la muñeca unos instantes para ayudarme a sentarme, justo la de la pulsera guía.

Con el recuerdo de Sebastián instalado en la memoria, corrí al auto y encendí el motor. Él me había interceptado en el estacionamiento del hospital y aunque habíamos tenido cierto desacuerdo tal vez me observaba de cerca. Conduje a toda velocidad por la carretera, con la vista en ocasiones en el espejo retrovisor para convencerme que nadie me seguía, al menos a una distancia que me permitiera verlo. Dejé atrás las tierras inhóspitas y proseguí. Me detuve al llegar al acantilado, aquel lugar desierto, el preferido de Sebastián. Había varias marcas de ruedas en el suelo que evidenciaban que alguien había estado ahí.

Esperé.

Si él me estaba siguiendo, no podría desaprovechar aquella oportunidad, aunque fuera para discutir conmigo. Era nuestro sitio y estaríamos solos. Las marcas de llantas en el suelo se explicaban por sí

solas. No podía ser otro que Sebastián. El corazón me latía deprisa ante la idea de verlo e intentar reconciliarnos. Una hora después seguía sola, a excepción de la presencia de un águila que remontaba el vuelo por encima de las colinas.

Seguí esperando…

Se me hizo tan raro que ni siquiera Carter apareciera para llevarme de vuelta a la casa. ¿En verdad estaba sola? ¿Aquellas palabras escritas en un momento de desesperación surtieron efecto en mi padre? Podía ser, ya se había cerciorado de envenenarme la voluntad con la medicación que me habían suministrado en mi ingreso. La tarde caía y la luna como un espejismo se revelaba en el cielo, como esos fenómenos mediante los que la naturaleza nos decía que los seres humanos nunca podríamos dominarla. Me subí en el auto y me coloqué los audífonos con la música tan alta hasta que se me metiera en el alma. Aquella distancia entre Sebastián y yo me laceraba por dentro, al igual que el universo de consecuencias que eran resultado de mis actos: Sebastián se había rendido, mi mundo estaba dividido en dos, yo continuaba sin saber qué partido tomar, mis dudas se acrecentaban y la libertad que me entregaba mi padre a cambio de que eligiera sus ideas por encima de mi propia elección, terminaban por anularme.

Llegué a la casa y noté que mi padre ya había llegado porque su séquito habitual de acompañantes estaba disperso por el salón. Me dirigí a su despacho, donde pasaba la mayor parte del tiempo en casa. Al entrar y tenerlo en frente me sorprendieron dos cosas: la primera que papá no se hubiera exaltado por mi desaparición durante algunas horas y la siguiente, que encima me recibiera con una sonrisa y estas palabras:

—¿Cómo te fue en tu primer día?

—Bien —contesté sin asimilar la simpleza de nuestra conversación.

—Mañana hay una cena importante, nos visita el gobernante de la nación. Quiero que me acompañes para que todos vean que estás en perfectas condiciones. Necesito disipar los rumores sobre tu salud. ¿Puedes complacer a tu padre?

—Claro —contesté.

—Perfecto, anda a descansar. —Me dejó un beso en la frente y miles interrogantes sin resolver.

«¿Qué se traía mi padre? ¿En verdad se había creído esto de la recuperación? ¿Me había recobrado de algo?». Cada pensamiento seguía bien cimentado en mi mente. Yo seguía sospechando que él estaba

involucrado en el deceso de mi madre, o que por lo menos, se había mantenido al margen para no salir perjudicado. Los motivos de mi madre para dirimir con papá no me pasaban desapercibidos. Sebastián seguía intacto en mi pensamiento. Estaba segura, le amaba. Quería tener la suficiente calma para analizar aquel sentimiento que desde el día que había salido de la clínica comenzaba a multiplicarse en mi pecho. El sopor de los primeros días al regresar a casa, comenzó a disiparse y con ello me recobré tal y como era antes de mi partida.

8



Mi segundo día en el hospital no fue como yo lo había imaginado. Llegó un destacamento de soldados heridos y pude percatarme que esta vez no provenían de unas prácticas. El motivo de su estado tampoco estaba permitido averiguarlo, solo esperé que a mi padre y a Sebastián no les tocaran misiones similares. Puse todo mi empeño en curar y minimizar la angustia que sentían los pacientes. Al final los dejé al cuidado de los médicos de la siguiente guardia.

Salí tarde del hospital y me fui a la casa a prepararme para la ocasión. Lo que no esperaba era la sorpresa que me había reservado mi padre. William me recibió emocionado y de eso pude percatarme porque me besó en los labios sin titubear. Me hizo algunas preguntas relativas a mi trabajo y yo me sentí algo miserable por conspirar contra su felicidad. Para no alargar el momento añadí:

—Creo que será mejor que te deje unos instantes para irme a cambiar.

—Tómate tu tiempo para que lo disfrutes. Estoy contento. Puedo ver en tus ojos que vamos a salir de esta mala racha y todo volverá a la normalidad. Me alegró mucho la noticia de tu puesto en el hospital, aunque imagino que será hasta que nos casemos. Ahora falta que reconsideremos los planes de la boda —dijo.

—Hablaremos sobre eso cuando no estemos tan apurados —le susurré acariciando su cabello.

Abandoné el tema con el pretexto de irme a preparar y me juré a mí misma que de esa noche no pasaría. Resolvería mi situación con William, aunque fuera un duro paso, era lo mejor para los dos. Me encerré en el baño y me envolví en el agua caliente aún indecisa de las palabras que utilizaría para terminar aquella relación. Dejé que el closet escogiera el atuendo para la ocasión. Me presentó un vestido azul turquesa satinado, envuelto en un encaje gris que me dio igual. El closet tenía suficiente crédito de mi parte, casi siempre que elegía lo hacía mejor que yo. Mi tía me ayudó con el cabello y me colocó unos pendientes de oro blanco, cada uno era una flor que engarzaba un ónix.

—Es un regalo de tu padre —murmuró y me acarició el rostro.

Me encaminé junto con mi tía y Diana hacia el lugar donde se recibirían a los invitados. Se podían escuchar los vehículos que comenzaron a detenerse en la entrada de nuestra mansión. Mi padre me esperaba en los bajos de la amplia escalinata que conducía al salón de la recepción y a su lado con su uniforme de gala: Sebastián. El corazón comenzó a latirme. Era previsible, mi padre siempre estaba acompañado por él y no sería una excepción. Intenté buscar a William con la vista y lo divisé junto a su familia. Sebastián acudió a ayudarme a bajar. Nuestros ojos se cruzaron unos segundos, temblé al contacto de su piel y le sostuve la mirada hasta que él la esquivó luego de articular con un movimiento de cabeza:

—Doctora.

Su sequedad me confundió, pero se lo atribuí al momento y no a las palabras que cruzamos en el estacionamiento. Sebastián me entregó a mi padre y condujo del brazo a Diana y a mi tía. Saludamos a varias personas hasta llegar a instalarnos en una sala donde todos conversaban y servían unos canapés, a la vez que éramos agasajados por una hermosa ópera en vivo que podíamos percibir desde nuestros asientos. Al concluir el tema musical, escuchamos las palabras de bienvenida de mi padre. Seguido a su conclusión presentaron al invitado de honor:

—Recibamos con veneración al Líder de la Nación, Protector de los Estatutos de la Sociedad Autocontrolada, Jefe de Estado y de Gobierno, Jefe de los tres poderes, Ademar King.

Todos se pusieron de pie, esbozaron sonrisas de júbilo y acto seguido guardaron el más estricto silencio mientras el aludido abría la boca para comenzar a embriagar a los presentes con su verbo. Reconocía que cada promesa realizada por King había sido cumplida durante su mandato. Por eso la gente se emocionaba ante éstas y le seguían con vehemencia. El

público era uno solo, reían ante los chistes que siempre sonaban igual, aplaudían cuando parecía ser el momento indicado para hacerlo, o surgía un portavoz, que no podía aguantarse la efervescencia grupal que le emergía desde adentro, y se dirigía al interlocutor para seguirle el paso a la broma simplona en reafirmación de su devoción. Todos reían entonces. Las intervenciones de los adeptos se me hacían un comportamiento poco autocontrolado, pero nadie le daba importancia. Siempre los comentarios de respuesta eran a favor. Nadie se atrevía a cuestionar, tal vez los presentes no sentían la necesidad. Pude percatarme, que King no aceptaba más que su punto de vista en una contienda. Cerró su intervención con una sentencia para quienes vivían del otro lado de la frontera:

—Mientras otros buscan alternativas para subsistir, nosotros ya lo logramos y vamos un paso adelante. Ahora dirigimos nuestros esfuerzos a conservar, desarrollar y avanzar. Ellos no lo conseguirán si continúan aferrados a ideas arcaicas. La solución la encontramos primero y se niegan a admitirlo. El hombre nuevo es la clave para preservar el planeta y para lograr que los seres humanos alcancemos nuestro máximo potencial.

Cuando King terminó de agradecer a quienes lo escucharon, todos aplaudieron y se dirigieron a sus lugares asignados. No sé si fue azar o castigo, pero quedé en medio de William y Sebastián, a cuyo lado estaba mi tía y ésta de Diana, entre otros allegados a nuestra familia. Mi aún prometido sostenía mi mano izquierda por encima de la mesa mientras algunos conversaban y otros saboreaban las entradas. Miré de soslayo a Sebastián e intenté adivinar sus pensamientos, pero su mirada no reparó en nosotros el resto de la cena.

Observé a los padres de William y a mi padre en la mesa principal, con los demás mandatarios acompañados por sus bellas esposas. Los platillos desfilaron por la mesa y al terminar la comida, los señores se encaminaron al bar a hablar de política. La única mesa que permaneció intacta fue la mesa principal, donde mi padre hablaba con sus invitados de honor. King y su esposa me miraron en varias ocasiones, en que mi padre sonreía algo forzado. Me debatía en si la traición de mi madre era el rumor de temporada o si todos permanecían ajenos a lo sucedido. Había mucho en juego para mi padre. Sería una burla que el Jefe de Defensa de una de las ciudades-estado más importantes, hubiese albergado en el seno de su familia a una traidora: su legítima esposa. Ademar King no podía saber. En el instante en que lo sucedido llegara a los oídos de Ademar King, mi padre

se podría despedir de su cargo y de paso el mandatario exigiría que su sobrino cancelara el compromiso conmigo.

William me dejó con un beso en la mejilla antes de retirarse con los demás hombres. Las mujeres se sentaron en distintas mesas en pequeños círculos a conversar entre ellas. Desde donde yo estaba, veía todo el bar; Sebastián que estaba en el centro del mismo se incorporó y abandonó al grupo de caballeros. Diana también se percató y me señaló en dirección de mi tía que conversaba distraída. Me escabullí para intentar alcanzarlo. Lo encontré en una esquina de la terraza, que también estaba aglomerada de gente. Me le acerqué con discreción hasta quedar como por casualidad a su lado. Apoyé mis manos paralelas a las suyas sobre la baranda. Él me vio con el rabillo del ojo, pero con el rostro hacia la oscuridad del jardín. Le susurré en voz baja:

—Escolta de acero —intenté hacer una broma.

Giró el rostro hacia mí y de inmediato lo volvió hacia el frente.

—¿Recuerdas a la doctora que estuvo a cargo de tu caso en el hospital? Me ayudó a cuidarte en la clínica para que no te dieran medicamentos muy fuertes, solo te administraron sedantes de los más inocuos —articuló en voz baja—. Tu padre estaba destruido por la decisión que había tomado. No tuvo fuerzas para enfrentarse a la doctora y aceptar que deseaba estropear el cerebro de su hija con tal de que le obedeciera. Dejó el asunto en manos de Owen y mi amigo no supo manejarlo, me pidió que interviniera.

—De todos modos, el efecto de los medicamentos fue devastador en mí. No deberían hacer eso con nadie, no imagino las consecuencias del tratamiento real. ¿Cómo puedes servir en nuestro sistema? —indagué y él no supo qué responder. Noté que comenzaba a ponerme a la defensiva y que de esa forma iba a alejarlo más de mí, así que traté de suavizar el ambiente e hice de inmediato otra pregunta—: ¿Cómo la convenciste?

—Negociamos, prometí resolver sus problemas. Da igual, me he buscado problemas más graves por ti. No dije nada que te pueda comprometer a futuro, si es lo que deseas saber.

—Te debo mucho, Sebastián —admití.

—Creo que tu padre está tan indulgente contigo porque ha de pensar que después del tratamiento no tendrás fuerzas para contrariarle.

—Lo dudo. A lo mejor es una gota de su exigua humanidad que le hace sentirse culpable por todo el daño que le hizo a mi madre y el que ahora me hace a mí.

—Tu padre es una persona de honor —me reclamó.

—Para los que estén de su mismo lado de la frontera —dije. No sé cómo pudo defenderlo después de haber presenciado lo que quería hacer conmigo.

—Este tiempo me ha servido para reflexionar y para darme cuenta que nada va a cambiar entre nosotros. William sigue en el mismo sitio. —Cada vez bajaba más el volumen de su voz, no podía disimular su enojo. Buscaba reconciliarme con él y había un abismo entre nosotros, uno que se interpondría cuando William ya no fuera un pretexto para estar juntos.

—Eso lo resolveré hoy —le aseguré.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Me ha costado ganarme de nuevo la confianza de mi padre y quería hacerlo con mucho tacto para no empeorar la situación.

—¿Estás segura? —soltó una risilla irónica y yo me volteé hacia las personas que estaban cerca de nosotros. Temí que en algún punto de la conversación hubiésemos dejado de ser discretos.

Su rostro estaba tenso e hizo ese gesto que yo amaba. Hubo unos minutos de silencio. Pensé por unos instantes que se marcharía y me dejaría sola. Intentó proferir alguna frase precedida por la ira, pero se tragó sus palabras. Su mirada dura comenzó a suavizarse, acercó su mano hasta rozar la mía, como si fuera accidental.

—Toma el tiempo que necesites, no te voy a presionar —murmuró casi sin despegar los labios.

Respiré hondo, era el Sebastián que yo conocía. Sofoqué con un suspiro la hoguera que me quemaba por dentro, la misma que podía percibir a través del calor de su piel. Con angustia y víctima de la sed que me torturaba, me alejé para intentar resolver mi destino. Alcé la vista para buscar a William entre el gentío, dispuesta a ponerle punto final a nuestra historia. No quería lastimarlo, pero iniciar un matrimonio fundado en la mentira sería un daño mayor. Atravesé la amplia terraza en diagonal sin percatarme de las personas que se me cruzaban al paso hasta que la sonrisa de una mujer me detuvo. Reconocí a Mabel de inmediato, no supe si saludarla o seguir de largo, cuando en medio de la confusión vi que desviaba la mirada hacia una mesa donde conversaban jóvenes señoras recién casadas. Entendí que hacia allá tendría que dirigirme.

Al acercarme divisé a Dafne Rossi en medio de ellas, que conversaban de temas triviales. Dafne se levantó con discreción, se dirigió hacia mí y me invitó a caminar. Las manos comenzaron a temblarme. Ellas en medio de

esa reunión tan importante. La pregunta que me hacía era: «¿cómo lograron entrar y codearse con aquellas personas?».

—Imagino que tienes miles de dudas, te las responderé en su momento. Ahora acompáñame, demos una vuelta por la sala, escucha lo que tengo que decirte. Ves a aquél, es Ademar King, pero a él ya lo conoces; ¿quién no?, con el lavado de cerebro que nos hacen a diario. Es un fanático al servicio de sus emociones, peligroso sobre todo por su volubilidad e incongruente porque predica todo lo contrario. Sigue sus caprichos, aunque para ello lesione la integridad de quien se interponga. ¿Y luego predican el autocontrol? A su lado está su esposa, ¿y dicen que esta nación está dirigida por hombres? Ella es la verdadera líder, está centrada en lo que quiere imponer. Karena es tan sagaz que en ocasiones logra manejar a su esposo para que no sea tan letal para los autocontrolados y no terminen odiándolo; para satisfacer sus propios intereses lo maneja a su conveniencia, aunque como resultado King dañe a los infelices que se tropiecen con él. Al lado de King está tu padre y a su lado el Secretario de Defensa de toda la nación, el general Edwin Duarte. Éste es un personaje fácil de manejar si tienes el suficiente temple para controlarte ante sus necedades. El general Duarte es amable siempre que tenga la posibilidad de pensar por sí solo, no es muy inteligente pero sí muy manipulable por quienes se dan cuenta de su debilidad. Su esposa no nos interesa; le llamamos la anónima porque no opina en las cuestiones del estado. Al otro lado de King está su segundo al mando, Darcio Hébert, a éste solo le interesa el dinero. Te lo describiré brevemente: dinero, lujos, corrupción. Su esposa Earta, la adicta al trabajo, nos importa. Dirige el Instituto de Planificación Familiar. Aún no sabemos a ciencia cierta su alcance, lo poco que hemos averiguado es que vive para el instituto y que ella y Karena están obsesionadas con la idea del hombre nuevo.

—¿También me darás una descripción del Jefe de Defensa de esta ciudad-estado? —insinué para referirme a mi padre.

—No la necesitas. Creo que eres especialista en el Jefe de Defensa de América Unida. ¿Mabel quiere saber cuándo te casarás con el capitán de la fuerza aérea?

—¿Por qué no me lo preguntó ella?

—No nos conviene que nos vean juntas. Mabel se ha arriesgado demasiado, está a un paso de estar en la lista de sospechosos, solo que no le han podido comprobar nada. Su esposo es un general de esta ciudad-

estado. Lo puedes ver taciturno al extremo de la barra, ha perdido sus privilegios por la misma investigación, aunque él no sabe de qué se trata.

—¿Y tú? —le pregunté.

—Yo estoy casada con un alto oficial de la marina, hijo de un prestigiado contralmirante. A dónde no hemos podido acceder es al área protegida de la capital donde se desenvuelven todos los peces gordos. Se nos ha dificultado, por eso tu madre arregló tu matrimonio con William, lo que no ha podido concretarse. Ademar King quiere a su sobrino como a un hijo, así que si te casas con él tendremos acceso directo a la familia más poderosa de la Sociedad Controlada.

—¿Sociedad Autocontrolada querrás decir? —le corregí.

—Para ustedes somos el MAM, para nosotros son la Sociedad Controlada, ¿hace cuántos años les gobierna la misma persona? ¿Qué tan independiente son las ciudades-estados? Me regreso a lo que te decía. Casarte con William Allen es tu siguiente paso y esperemos que sea pronto. El segundo es que te ganes su confianza y el tercero es que lo incites a ascender, lo que con la ayuda de su tío no creo que sea muy difícil. William se convertirá en un alto oficial y contigo lo tenemos en nuestras manos.

—¿Ese es su servicio de espionaje? ¿Se casan para obtener información? Mi madre jamás se hubiese casado si no hubiera amor de por medio, estoy segura. Ustedes la contactaron y la convencieron, ¿es cierto? —Noté el calor sobre mis mejillas y traté de serenarme para no llamar la atención.

—Casarse no es la solución, ha sido una estrategia más. Lo importante es estar dentro, en el lugar indicado.

—No entiendo por qué están tan convencidos que les seguiré en este plan absurdo. No tengo pruebas de nada de lo que me dices —le objeté.

—¿Qué más pruebas necesitas? ¿Dónde está tu madre?

—¿Quién me asegura que sus acusaciones son verdaderas? ¿Y si ustedes la mataron en la explosión y ahora intentan manipularme para volverme en contra de los míos?

Intenté preguntar más y en ese momento Dafne ya se había marchado de mi lado. La vi acercarse y abrazar a su esposo. Pensé en mi madre y negué con la cabeza. Todo tenía que ser una confusión, que otras lo hicieran podría entenderlo, aunque rallara en fanatismo. Me sorprendí por utilizar esa palabra hacia la UNA. Me vino a la memoria la mirada de mi

madre cuando veía a papá; recordé la forma en que mi padre le sonreía. Podría jurar que ellos se adoraban.

Cada día me convencía más que el mundo como lo conocía era una construcción manipulada, reparé en Ademar King y sus ademanes ensayados. Cambié la dirección de mi vista y me tropecé con Karena rodeada de la esposa «anónima» y la esposa «adicta al trabajo», que se acercaban a mi familia. Ya sin poder cambiar de rumbo seguí caminando hasta acercarme a la mesa; mi futura suegra, mi tía y mi prima recién conversaban con Karena y las otras dos esposas.

Inhalé con fuerza y degusté un instante aquel aire que se introducía en mis pulmones. Alguien dijo mi nombre y aquél retumbó en mi cabeza: «paz», pero por su significado. Anhelaba un mundo pacífico. Las palabras que siempre me había repetido mi padre regresaban: «La guerra está próxima». No deseaba entrometerme en aquel conflicto entre naciones que había destrozado lo más íntimo de mi hogar: el cariño entre mis padres. Aquella hostilidad los había llevado a atentar el uno contra el otro y mi madre fue la que perdió más. Decidí no influir y evitar entrometerme en la posible ruptura del Tratado de Tolerancia. Mis ideas preliminares sobre la política se disiparon. Lo único que deseaba era amar a Sebastián, perderme en sus caricias, tener una vida normal y que la guerra no llegara ni en un millón de años.

—¿Paz, estás bien? —repitió con dulzura mi tía—. Estás helada —dijo acariciándome una mejilla.

Todas sonrieron. Iban a comenzar a hablar sobre mi actual estado de salud, así que hice lo posible por convencerlas de que me encontraba en perfectas condiciones. Era el motivo por el que mi padre me había pedido estar en esa reunión y no le haría quedar mal. Era el único progenitor que me quedaba y aunque me costara perdonarlo quería darle el beneficio de la duda. Tal vez sus privilegios disminuyeron por el percance del matrimonio con mi madre, «la espía». La etiqueté como Dafne había hecho con las otras esposas. Temí que, en secreto, otros se refirieran a mi madre por ese apelativo. Lo que sea que hubiese hecho mamá en contra de papá sería producto de la desesperación o la manipulación de agentes externos, como intentaban hacer conmigo.

En ese momento se me acercó William, quien también había notado algo raro en mí. Me tomó de ambas manos y me pidió bailar. Me negué, pero todos insistieron y me dejé llevar. Mi cabeza reposó sobre su hombro aún con miles de ideas edificándose unas encima de otras. Fue una especie

de sueño en medio de aquella música lenta. Imaginé un castillo de arena gobernado por un rey Ademar King y por su reina Karena. Yo iba en un helicóptero que sobrevolaba la escena. Donde terminaba el perímetro del paisaje del castillo había una alta barda que separaba una realidad de la siguiente. Al otro lado del margen había una ciudad en ruinas con personas sumidas en la pobreza; podía ver desde el aire el contraste de la opulencia y la desgracia.

Una silueta que marchaba hacia nosotros me devolvió a la escena real, era Sebastián quien se agachó para recoger uno de los pendientes de ónix que se me había caído y reposaba en el suelo. Su rostro me devolvió el aliento en medio de la bruma. Yo sabía que detrás de su fría mirada había una sonrisa para mí. Extendí la mano para tomar el arete, pero no alcancé a rozar la suya, William logró adelantárseme. Sebastián cerró su puño ante la intención de mi prometido de recuperar la joya y me la entregó en la palma de la mano. Antes de dirigirse al bar donde los demás hombres seguían enfrascados en sus asuntos, Sebastián nos saludó con la mirada mientras William se tragaba su enojo. Sentí un dolor profundo en el estómago cuando mi cuerpo quedó separado de Sebastián por el cuerpo de mi novio. Aquel pequeño pero significativo acto de fricción entre esos dos hombres me puso sobre alerta. Tendría que decidirme y actuar, la actitud de Sebastián lo delataría y le podría traer consecuencias. Desconocía hasta cuándo el sobrino preferido de Ademar King pasaría por alto la insolencia de Sebastián. Por un instante, deseé no haberme enamorado del «escolta», todo hubiese sido más simple, si es que la simpleza cabía en mi nuevo concepto de vida. Pero no, no podía desear no amarlo, él era la luz en medio de mi tormentosa oscuridad.

9



Estaba decidida, ningún conflicto político me convertiría en la espía de mi esposo y menos me casaría con otro hombre que no fuera Sebastián. Mis planes de revelárselo a William se vieron frustrados. Le pedí que pasara por mí al hospital al siguiente día, para conversar sobre nosotros. Se le hizo buena idea porque deseaba que nos casáramos cuanto antes. Tampoco vi a Sebastián después de concluida la recepción. Así que traté de dormir el resto de la noche, aunque me costó conciliar el sueño y no hacía más que pensar en las palabras de Dafne.

Me desperté con un pensamiento aprisionado bajo llave para que nada me hiciera cambiar de opinión. El día de trabajo pasó a un ritmo que comenzaba a hacérseme habitual y casi corrí a la salida para encontrarme con William. Él me esperaba con una sonrisa que yo lamentaba porque terminar la relación era algo espinoso para mí. Por un lado, me dolía causarle una pena, habíamos sido felices; por otro persistía el temor a equivocarme y que aquella decisión más adelante me pesara. Sin embargo, era mi vida la que iba a recuperar y tenía que arriesgarme. Me concentré en los momentos que había compartido con Sebastián para llenarme de fuerzas, pero no me sirvió. Era un instante donde Sebastián no cabía, era mi despedida de William.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó en voz baja.

—Elige, cualquier sitio está bien. Vamos a donde desees, te seguiré en mi auto.

Asintió. Creo que comenzó a intuir algo y no insistió más. Condujo su vehículo y yo le seguí detrás. Me llevó a la reserva ecológica que era una de mis preferidas, más al atardecer, donde podías sentarte a ver volar a las aves que buscaban un árbol para pasar la noche. Nos sentamos en un banco con el sol ocultándose.

—Creo que no pudiste escoger un lugar mejor —dije.

—Lo sé. —Me miró directo a los ojos.

Sentí que dentro de su cuerpo había un hombre, quien podía albergar la misma pasión que había despertado en mí Sebastián, pero era muy tarde para intentar salvar nuestra relación. William me rodeó con sus brazos y aquello me desconcertó. Nos quedamos abrazados en silencio y mis palabras se quedaron atascadas a medio camino. Dudé.

—¿Cómo te hago feliz? —preguntó.

—Desiste de la idea de casarte conmigo —le supliqué.

—No me pidas eso. ¿Qué tengo que hacer para que me ames? —Me apretó más fuerte.

—Déjame ir. Solo podré seguir adelante con mi vida si tú me permites marchar.

—Si lo que necesitas es tiempo te doy todo el que quieras.

—Esta decisión no la tomé a la ligera. No hay vuelta atrás.

—¿Sabes que haría lo que me pidas si eso me garantiza que te quedas conmigo? —esperó en vano una respuesta—. Puedes irte —aceptó. Mientras yo me ponía de pie para dejarlo me retuvo por el brazo—. Esperaré a que cambies de opinión, no toda la vida, pero sí el tiempo prudente.

—No lo hagas —pedí.

—Déjame al menos eso.

Me alejé y me invadió la sensación de libertad. Solo necesitaría comunicárselo a mi padre para que la separación fuera reconocida por quienes me importaban. Claro que también teníamos que cancelar nuestro contrato prematrimonial y asumir las consecuencias que eso traía, dónde la más perjudicada sería yo por haber tomado la iniciativa. Caminé hasta el auto por el sendero que tantas veces William y yo habíamos recorrido, cuando jugábamos a ser felices sin profundizar en el alma de nuestro amor. Encendí el vehículo y ya caía la noche. Pensé ir a tantos lugares para recapacitar sobre cómo volver a plantar los cimientos de mi destino, pero

no lo hice. Fui directo para la casa, tomé un baño caliente y me dormí temprano.

No sé por qué tardé más de una semana sin comunicárselo a Sebastián, quien debía estar ansioso por saberlo. Me dediqué a trabajar. Para poner orden a mis ideas, pensaba mientras conducía, a la par que caminaba o al realizar cualquiera de mis actividades cotidianas.

Salí del hospital con la mente en la búsqueda de la solución que deseaba encontrar para mis problemas, cuando me volvió a contactar Dafne Rossi y ante su discurso atropellado logré sentirme acosada. Sus palabras fueron similares a la de la noche de la cena. Intentó convencerme con los mismos argumentos. Con independencia de su terquedad, seguí adelante con mis planes, con más ímpetu aún. Una semana más tarde, me encargué de cancelar el contrato prematrimonial. William aceptó sin reparos. Le pedí extrema confidencialidad al abogado que contraté para este fin. No obstante, Dafne lo supo y volvió a visitarme. Me interceptó en el estacionamiento del hospital. Su auto estaba estacionado al lado del mío. Intercambiamos pocas palabras y esta vez la charla no fue brusca como la anterior. Intentó ser amena, pero temí que fuera un ardid para convencerme.

—¿No quieres involucrarte con lo que ocurre en el mundo? —susurró—. Dime, Paz. ¿Vas a permanecer ajena? ¿No contribuirás a lograr el sueño de tu madre? ¿No vale todo lo que se sacrificó? Si llegamos a ti es porque ella nos aseguró que tú combatirías la injusticia y que querías la equidad para todos los seres humanos. Creo que tu madre no terminó de conocerte. Supimos que cancelaste tu compromiso. ¿Piensas que de esa forma nos alejarás de tu vida?

—No tengo nada que decirte sobre mis elecciones personales —sostuve.

—No puedes dar la vuelta a la hoja y creer que esto nunca pasó, ya estás involucrada. No voy a insistirte, solo quiero apelar a tu conciencia. No tomes decisiones apresuradas. Veamos el asunto del dinero y cuando esto quede listo nos volveremos a ver. Hay tantas cosas que si supieras no dudarías en entregarte a nuestra lucha. Por eso no te culpo, nadie puede pelear por algo que ignora. Si conocieras nuestra causa la amarías con más fuerza que a todo lo demás.

Concretamos el asunto de las transferencias bancarias que tenía que hacer como parte del encargo de mi madre. Lo que más deseaba era deshacerme de ese dinero, así como de todo lo que me unía a la UNA y

liberarme de cualquier lazo que me involucrase a ellos. Una vez hechas las transferencias comenzaron a acorralarme, a aparecer detrás de cada esquina y a presionarme. La portavoz siempre era Dafne.

—¿Por qué crees que tu madre nos guardaba ese dinero? ¿De dónde salía? —me hostigó Dafne.

—Ya no es mi asunto, no quiero saber —dije con firmeza con más temor que curiosidad. No quería más información que me conectara con ellos y que por eso se sintieran con el derecho a darme órdenes.

—Cásate con el capitán Allen y cambia tu residencia a la capital. Es allí donde está tu siguiente misión. Te necesitamos muy cercana a los King.

Le di la espalda con la intención de alejarme de ella y me sujetó con fuerza por el brazo:

—Tu madre no solo contribuía a financiar nuestro espionaje, sino que resguardaba el dinero de otros simpatizantes —explicó—. En América Unida era ella quien estaba a cargo del uso que se le daba. Tú autorizaste las transferencias del dinero a tu nombre y no fuiste cuidadosa al hacerlo. Nuestros aliados pueden corregir tus errores, pero si estás por tu cuenta no te ayudaremos.

Seguí mi camino. Sabía que Dafne diría lo que fuera para convencerme y no dejé que me intimidara, si yo había dejado algún rastro por mi inexperiencia, ellos tendrían que cubrirlo porque si daban conmigo también darían con ellos.

Días después ese asunto aún me atormentaba. Por eso no lo pensé dos veces. Sentada a la orilla de mi cama, a la par que acariciaba el relicario que mi madre me regaló, tuve una idea y quise interpretarlo como una señal, aunque no creía en esas cosas. Desde mi último encuentro con Dafne no tenía el sueño tranquilo y en lo único que pensaba era en sacarme a la UNA de arriba y seguir con mi plan de vida sin que nadie me impusiera el camino a tomar. Diana me vio subirme al auto y se introdujo en el asiento del pasajero. Sabía que me apoyaría en mis decisiones, aunque creyera que elegía el sendero equivocado. Me confesó:

—A pesar de tu esfuerzo, nunca volverás a ser la misma. La pérdida de tu madre te marcó para toda la vida. Tu padre no lo acepta, nadie a tu alrededor lo reconoce y tú te debates entre la Paz que fuiste y la Paz que eres.

—Ni tú lo quieres aceptar, ¿verdad? —admití lo que pensaba con una risilla nerviosa.

—Me cuesta, pero lo haré. Veo en tus ojos que no hay vuelta a atrás. Tú y yo somos como hermanas y nunca tuvimos secretos. Ahora hay un mundo de distancia entre las dos.

—Perdóname, hermana —supliqué. Para mis adentros me revelé: «¿Cómo podría arrastrarte al abismo del que yo quiero escapar?».

—Por ejemplo, hoy no es día laborable, ¿a dónde vas tan temprano?

—Cancelé mi compromiso con William, igual el contrato prematrimonial. —Fue la primera persona a quien se lo revelé.

—¿Por qué nadie lo sabe aún? —preguntó. No estaba tan asombrada como me lo habría esperado.

—Acompáñame. Te lo explico en el trayecto.

Salimos sin desayunar y nos dirigimos a las afueras de la ciudad. Solo le expliqué que para la opinión pública dejaría transcurrir un tiempo entre mi separación de William y mi unión con Sebastián, para evitar comentarios malintencionados. Ella me ofreció sus puntos de vistas de cómo manejar la situación, pero al percatarse que mi plan ya estaba trazado, no insistió. De las frases que me dijo, una me daba vueltas en el pensamiento: «Te estás apresurando demasiado y este tipo de decisiones no se toman a la ligera». Lo sabía, pero ahuyenté sus palabras de mi mente consciente. Tras un largo camino llegamos al lugar que me había propuesto encontrar. Aunque era difusa para mí su localización, entre lo que pude rescatar de mis recuerdos y de la tecnología GPS, pude llegar a una pequeña iglesia que había visitado en mi niñez. Recordé una ceremonia a la que había acompañado a mi padre, debido a los compromisos sociales que adquirió como líder de la ciudad-estado. Me quedé frente a la entrada principal, indecisa de poner un pie dentro y cautivada por la arquitectura antigua que había sido redimida por las manos expertas de los restauradores. Era un pedazo de pasado congelado en medio de otras edificaciones modernas de estética impoluta.

Dentro, la arquitectura era más delicada y cada adorno estaba engranado con el siguiente con armonía exquisita e irregular. Distaba mucho de las líneas rectas y del efecto fotografía a los que estaba acostumbrada. En el recinto habían intentado copiar el aspecto ordenado y antiséptico de nuestra infraestructura, pero el diseño de las esculturas, lienzos, escaleras y altares distaba mucho de nuestra sincronía. El vitral que recordaba de mi infancia con la imagen de la paloma blanca permanecía ahí, aunque no era justo como se había perpetuado en mi memoria. Vi a un hombre conversar hacia el fondo con otros dos. Por la forma en que se conducían, sus ademanes y sus vestimentas pude darme cuenta que uno era

la autoridad a quien debía dirigirme. Diana me reclamó por no ir a la oficina correspondiente a solicitar una cita. No necesité acercarme a él, notó que Diana y yo no formábamos parte de los que visitaban la iglesia con regularidad. Se dirigió a nosotros y le sostuve la mirada hasta que lo tuve frente a frente.

—¿Les puedo ayudar en algo? —Fueron las palabras con las que nos recibió.

—Muere una persona muy querida por mí y me deja un relicario con un símbolo de esta iglesia, una paloma. Nunca había dado muestras de su inclinación por ninguna religión. Intento recordar y no hay nada que pueda explicármelo. ¿Podría usted decirme qué significa?

—Podría, pero mentiría. ¿Cómo saberlo? —mencionó y se alzó de hombros.

—Tiene razón. No sé qué signifique, pero me ha inspirado. Me ha ayudado a tomar una decisión importante para mi vida. He venido a pedir su orientación al respecto. ¿Podría indicarme el mejor momento para acudir a hablar con usted?

—No suelen visitar esta iglesia, ¿verdad? —Diana y yo negamos a la par—. Sin embargo, su rostro me parece conocido —me señaló.

—Ha de ser por mi padre, el general Edgar Verena —aclaré mientras me lamentaba en lo más profundo por mencionarlo. Cuando decidí arrastrar a Diana a esta travesía, pasé por alto ese detalle. En América Unida una persona que estuviera bien informada conocería en cierto grado el rostro de la hija del Jefe de Defensa. Podría haberle mentido, pero cuando le diera mi nombre y mi apellido mi identidad sería evidente.

—¿Es ésta la paloma? —preguntó.

—Sí —dije y se la extendí.

La tomó entre sus dedos y al verla, me pidió acercarme con él a la luz. Diana nos siguió.

—Lamento comunicarle que se equivocó de iglesia, este símbolo no pertenece a nuestra religión. Me atrevería incluso a decirle que no pertenece a ninguna de las religiones que hay en nuestra ciudad —indicó y palidecí ante el temor de revelar más de lo que debía.

—Disculpe, ni siquiera sé qué es esta figura. Pensé que era la paloma que vi en uno de sus vitrales.

—Pues pensó bien —afirmó y me confundió en extremo—. Este objeto está diseñado para que la persona que lo tenga perciba lo que su mente pueda ver con mayor facilidad.

—¿Sabe usted qué es? —titubeé.

—Preferiría no involucrarme. ¿Cómo llegó a sus manos? —inquirió esquivo.

—Lo encontré por casualidad, en circunstancias comprometedoras que preferiría no revelar para no tener que mentirle. —Mi mente era un huracán de pensamientos y buscaba la palabra o la frase adecuada para salir del embrollo al que mi ingenuidad me condujo—. ¿Es demasiado tarde para pedirle discreción acerca de mi visita?

Sonrió ante nuestro fracaso de encontrar una solución ágil y rápida. Prefirió conducirnos a sus oficinas para hablar a solas. Lo seguí, luego de pedirle a Diana que aguardara por mí para no involucrarla más de lo que ya lo había hecho. Iba dispuesta a buscar la forma de desviar la atención sobre el dije de mi madre. En realidad, lo que me había traído a la iglesia no tenía necesidad de cambiar, aunque la paloma había resultado ser algo distinto a mi impresión original. Llena de valor para luchar por mi futuro, caminé hacia el interior de la iglesia, antes que alguien se atravesara en mi vida e intentara arrebatármelo.

Un par de semanas después de la cancelación de mi compromiso con William, no tenía más noticias de Sebastián, que habérmelo tropezado algunas veces durante el desayuno, donde nuestras palabras no podían cruzarse sobre los temas de los que nos interesaba hablar. Era el tiempo preciso para contactarlo, le mandé un mensaje para citarlo en la iglesia que yo había visitado días atrás. Al principio se negó a asistir, pero le insté y lo convencí de la relevancia de lo que le diría; con una vez que persistí fue suficiente. Le pedí que llevara a su mejor amigo, aquél con el que no tuviera secretos. Hice lo mismo e invité a Diana. Ella hizo muchas preguntas como de costumbre, pero me negué a contestarlas.

—Tú pediste saber de mis cosas, ahora solo te pido un voto de confianza. ¿Cuento contigo? —pregunté.

—Por supuesto —contestó Diana y los ojos se le iluminaron porque sabía que pronto un secreto de peso le sería revelado.

Nunca había sentido esa sensación que viví cuando conduje al encuentro de Sebastián. Mientras más me acercaba parecía que la autopista se empeñaba en extenderse más. Así pude constatar la volubilidad del tiempo y las distancias. Aceleré con todas mis fuerzas para devorar aquella carretera que me separaba de él. Iba con temor por su reacción primera,

¿qué le había llevado a negarse a verme cuando se lo pedí, cuando en otras ocasiones mientras más le huía, él se aparecía al final de mi camino?

Todo lo demás eran sueños e ilusiones, esto era la realidad y tenía un sabor indescriptible. Podría besarle sin remordimientos y podía quedarme a su lado para toda mi vida. Tenía tantas ganas de ver su reacción cuando supiera que ya nada me ataba a William Allen que no entendí cómo pude guardármelo. Me preguntaba si él ya habría llegado o tendría que esperarlo. Si las horas de verlo se alargaban un poco más no lo aguantaría. El tiempo de desear tiene su propio reloj interno; primero necesité días para asimilar mi soledad y apenas unos minutos me castigaban si seguía separada de él.

Llegué. Frené de golpe y no pude esperar un segundo más para bajarme cuando observé su auto en las afueras de la entrada principal. Atravesé la puerta y lo vi de pie recostado a la primera fila de bancos, muy cercano al altar. A su lado permanecía Owen Carter. Corrí con Diana siguiéndome los pasos. Me detuve delante de Sebastián sin saber cómo me recibiría. Cuando abrió los brazos también se me abrieron las puertas del paraíso. Me refugié en su pecho. Lloré mientras él permanecía mudo y su silencio me dio el lapso necesario para descansar de la avalancha de emociones que me sacudían. Cuando fue suficiente me interrogó:

—¿Qué era eso tan importante que tenías que decirme?

Por el tono de su voz pude comprender que no tenía idea de la noticia que le iba a dar. Quizás no me creía capaz de terminar con William, como si pensara que la valentía que me había sobrado para otras peripecias para este tipo de decisiones me fallaría.

—Cancelé mi compromiso con William —murmuré. Pude ver en su rostro la sorpresa. Me abrazó con más fuerza y así nos quedamos unos segundos. No podría olvidar la sonrisa de su rostro aquella tarde—. ¿Quieres casarte conmigo? —le propuse.

—¿Estás hablando en serio? —inquirió.

—Ya todo está acordado con el encargado de oficiar las bodas en esta iglesia y si lo deseas ahora mismo podríamos casarnos. —No supe si esta revelación le había sorprendido más que mi petición de matrimonio o la cancelación del compromiso con William.

—¿Es eso posible? ¿Cómo le hiciste para convencerlo de secundarnos en esta locura? —Sebastián no podía creer cada una de mis palabras.

—Le conté lo nuestro y no sé cómo, pero quiere ayudarnos. —Simplifiqué toda la historia de cómo le había persuadido, sin revelarle más de la cuenta.

—Tal vez saber que usted es la hija del general Verena ayudó con las prisas. —Nos interrumpió Carter con un toque de ironía y escondió tras un par de carcajadas lo que pensaba de mi propuesta hacia Sebastián.

—A usted nadie le pidió su opinión, soldado —salió Diana en mi defensa, pero aquello solo me hizo sentirme más ridícula.

—Capitán —le rectificó Carter.

—Eso no le da derecho a entrometerse. Ni siquiera yo que soy de su familia me atrevo a decir lo que pienso —Diana tuvo que carraspear para terminar la frase— acerca de la decisión.

—Es muy rápido, pero… —comencé a decir, pero tanto Carter como Diana me interrumpieron para continuar agrediéndose.

—¡Buen amigo ha traído el capitán Casals! Capitán Carter, creo que no ha aprendido lo básico del autocontrol después de tantos años de entrenamiento —le rebatió Diana.

—Podría decir lo mismo de usted, se ha tomado demasiadas molestias por mi comentario. Por respeto no seguiré ahondando en el tema. Claro que apoyaré al capitán Casals en lo que decida, pero como amigo también me siento comprometido a ser honesto —admitió Carter.

—¿No se cansa de dar su opinión? —volvió a arremeter Diana y empecé a preguntarme si su interés en discutir con Carter no respondía a su deseo inconsciente de sabotear mi matrimonio, porque en el fondo estaba de acuerdo con Carter y consideraba que yo estaba a punto de cometer una estupidez. El silencio y el embotamiento de Sebastián, mientras los otros dos no podían callarse, amenazaba con ratificar mi sospecha.

—Sí, me caso contigo. Yo tampoco quiero esperar —terminó por decidirse Sebastián y los otros dos hicieron silencio—. Vamos a decírselo a tu padre —dijo con fortaleza.

—En el tema de mi padre prefiero ir con calma —dudé—. Quiero conversar con él a solas y en otro momento. Hasta ahora todo ha salido bien. No deseo más disturbios en la familia. No quiero que mi padre deje de tenerte el afecto que te tiene y…

—Aceptará lo nuestro —me aseguró convencido del aprecio que mi padre le tenía.

—Déjame enfrentarlo y demostrarme que puedo hacerlo escucharme —le demandé.

—Hazlo, si te hace feliz. Respeto tus decisiones —aseveró.

—Mantengamos nuestra relación solo para nosotros por un tiempo. Será bueno poner distancia con mi rompimiento con William al menos para la familia y los allegados —insistí.

—Te entiendo, no me des más explicaciones que eso no me afecta en nada. —El tono de Sebastián era muy sereno.

—¿Estás dispuesto a casarte conmigo por las leyes de Dios? Nadie podrá deshacer ese compromiso jamás. Si estás de acuerdo nos enlazaremos por las leyes civiles en un tiempo prudente —le propuse.

—Tendré que empezar por bautizarme porque…

—Yo igual y para eso estamos aquí —interrumpí a Sebastián mientras una risilla nerviosa intentaba escaparse de mi garganta—. Naceremos como dos personas nuevas y estaremos unidos para siempre.

—Nadie podrá separarnos mientras nos amemos —me hizo ver Sebastián—. No necesitamos que un certificado nos lo reafirme, pero te llenaste de valor para dar este paso y me hace feliz —suspiró—. Por momentos creí que nunca lo dejarías. Nos lo merecemos, vamos a casarnos y lo compartiremos con los demás cuando sea el momento. Casarnos solo nos concierne a los dos.

Diana y Owen Carter permanecían atónitos a unos pasos de nosotros, ninguno abrió más la boca para opinar. Sebastián volvió a abrazarme y me dejé besar convencida que hacía lo mejor que podía. Sentí la felicidad a través de su piel. Aunque era mi deseo que los demás se acostumbraran a mi soledad, no quería privarme un segundo más de su compañía. La puerta principal de la iglesia fue cerrada hoja a hoja. La oscuridad se apoderó de nosotros mientras muchas velas se encendieron a la par. Carter y Diana se nos unieron como testigos de nuestro enlace. Sebastián y yo nos tomamos de las manos y aceptamos que el agua bendita nos diera un lugar dentro de los hijos de Dios. Nos convencimos que no hay nada más cerca de Dios que el amor y nosotros lo sentíamos con verdadera devoción. Escuchamos un preludio sobre el matrimonio mientras un lazo de amor profundo nos unía para siempre. Me sumergí en la mirada de Sebastián mientras cada palabra pronunciada por nosotros se instauraba en mi memoria para toda la vida.

Cuando la ceremonia llegó a su final, sentí alivio. Las palabras de Sebastián rebotaban en mi cabeza: «nadie podrá separarnos mientras nos amemos». Salimos juntos de la mano. Diana y Carter nos abrazaron y nos desearon felicidad, aunque no podían disimular su desconcierto.

Llegamos a mi vehículo, Sebastián se subió a mi lado y dijo:

—Me iré contigo. Owen puede llevar a tu prima en mi auto.

—¿Confías en él? Es incondicional de mi padre —mencioné.

—Owen es mi amigo —me recordó Sebastián.

Nos quedamos sentados en mi automóvil mientras ellos se marchaban. Diana ni siquiera se quejó por tener que regresar con Carter, contrario a mis expectativas.

—Ahora viene la mejor parte, vamos a celebrar. —Sebastián habló con la seriedad que le caracterizaba, pero no pudo evitar sonreír.

Busqué una explicación a sus ganas de reír de improviso y rápido entendí el motivo, porque la misma alegría se apoderó de mí. Nos reíamos de nosotros mismos, de nuestra locura y de nuestra dicha. Casi dos semanas atrás nada había estado seguro, yo ni sabía si iba a tener el valor de romper con William y un pasado de tradición que me quería obligar a ser infeliz por el resto de la vida. Sebastián me volvió a abrazar y me besó con efusión mientras encendía mi auto y programaba la ruta hasta nuestro lugar secreto. Nos sorprendió el mediodía en la carretera y paramos a la orilla de ésta al encontrar una tienda. Nos abastecimos con comida y bebida para nuestra celebración.

Cuando el auto frenó sobre una explanada en el acantilado, el atardecer saturó el cielo. Nos quedamos admirándolo desde nuestros asientos. Recosté la cabeza sobre el hombro de mi nuevo esposo mientras le escuché realizar muchas promesas de amor, aquéllas que no le había exigido, pero su intención hizo esbozar una sonrisa en mi rostro. Solo le hice un juramento, amarlo toda mi vida y más allá de ésta, si aquello era posible. Tal vez nuestra inocencia nos hizo adentrarnos en las profundidades del corazón de forma impulsiva. Esperaba no tener que pagar un precio muy alto. Él era todo lo que quería y al recordar la intimidad de los matrimonios de mi familia, los problemas y los desacuerdos cotidianos por asuntos intrascendentes, supliqué a Dios que cuando tuviésemos que enfrentarnos a la desgarradora rutina, ésta no terminara por engullirnos. El sol bajó hasta desaparecer en el horizonte y nos miramos a los ojos sin temor a las explicaciones que tendríamos que dar al día siguiente. En sus labios yo me podía perder con los ojos cerrados, con la valentía que nos confiere el amor. No reparé en nada más. Me dejé abrigar por el calor de su piel, convencida de cada paso dado. La sensación de permanecer a su lado, de permitirle apoderarse de cada rincón de mi cuerpo y recorrer el suyo devorada por el deseo, valía todo lo que tendría que dejar atrás. Sebastián me marcó para siempre, ningún otro hombre podría despertar en mí la

hoguera que desataron sus besos, sus caricias y esa forma irracional de hacerme sentir en la cima del mundo.

Los tenues rayos del sol me despertaron y aún permanecíamos abrazados. Sebastián llevaba despierto más de media hora; aún no había terminado de disfrutar aquel momento. Se aferró a mí sin ganas de seguir lo acordado. Él quería correr y decirles a todos, pero le recordé nuestro acuerdo. Nos abrazamos por las pocas veces que tendríamos que disimular el afecto que nos unía. Teníamos que ser discretos, un arrebato como aquél que sentíamos no era bien visto en nuestra sociedad y menos en un capitán del ejército. Teníamos que guardar la compostura y que cuando nos casáramos por las leyes del hombre fuera por las normas de nuestra cultura, con sus tiempos y sus espacios, con sus contratos y sus requerimientos. Casarnos por la ley de Dios era nuestro; era algo en lo que la Sociedad Autocontrolada no podría interferir y en lo que no tenía ni voz, ni voto, ni cabida.

Le dije que no era necesario que me acompañara a mi casa. Él temía la reacción de mi familia tras la noche que había permanecido fuera, pero aceptó. Nos subimos al auto y conduje a la ciudad. Encendimos nuestras guías con varios mensajes y llamadas perdidas. Lo dejé en la entrada de su morada y me dirigí a la mía. Al entrar por la puerta, vi la hora, tendría que correr para llegar a tiempo al hospital. Mi padre se disponía a salir, lo vi suspirar cuando me vio entrar. Esperé en vano una palabra de su parte, solo negó con la cabeza en señal de enfado. Mi tía que nos observó iba a comenzar a preguntar si me encontraba bien, pero la frialdad que se apoderó del salón la dejó sin palabras. Seguí hacia mi habitación a terminar de prepararme para salir. Cuando estuve sola respiré hondo. Nada me haría cambiar de opinión, viviría bajo mis reglas.

10



Otro día más de trabajo y yo aún sin escoger el momento propicio para comunicarle a mi padre que mi boda con William no se efectuaría. El número de pacientes era reducido. Recibí a la siguiente persona que llamó a la puerta del consultorio. Al ver a Dafne supe que la visita no era profesional y más cuando vi que se cercioró de cerrar la puerta tras de sí. Mi primera reacción fue titubear al pensar en las cámaras de seguridad que estarían grabándonos. Dafne con total serenidad demostró que tenía experiencia en ese tipo de asuntos.

—Es mi brazo, sufrí una quemadura —dijo y luego me susurró en voz baja que nos veríamos después de terminado mi turno laboral.

Simulé que le examinaba, aunque a simple vista se podía percibir que no tenía nada. No imaginé dónde pretendía que nos viéramos sin levantar sospechas. No deseaba que me relacionaran con ella, ahora que había considerado alejarme de la UNA. Me susurró que sería una ocasión perfecta para que le mostrara la antigua casa de mis padres.

—Le recetaré estos medicamentos y verá que se calmará enseguida —mencioné y acepté su petición con un movimiento de cabeza. Me pareció que aquello era algo que también tenía que enfrentar antes de iniciar una vida con Sebastián.

Mi intención era dejarle en claro a Dafne que, aunque entendía su posición prefería alejarme por motivos que no estaba dispuesta a revelarle.

De este modo, rechazaba la herencia de mi madre y el destino que ella había trazado para mí. Me pesaba no defender la causa que mamá consideró justa y a la que le entregó su vida. Lo admito, pero no renunciaría a mis sueños por los suyos. Le propondría a Dafne hacer los arreglos necesarios para de una vez, como había hecho con William, siguiéramos por separado.

Llegué antes y desconecté la seguridad. Cuando nos encontramos al fin, busqué como iniciar el diálogo. Dafne se me adelantó y comenzó a hablar.

—¿Qué está pasando? ¿Quién era ese hombre con quien te vieron en lo alto del acantilado?

—¿Me están espiando? —Me anduve con cuidado.

—No jugamos. Hay muchas vidas en riesgo. ¿Qué sabe él de nosotros?

—Nada. Mi vida privada no la voy a discutir contigo.

—Confío en ti, tu madre nos garantizó que eres de fiar y por eso lo hago, pero tienes que explicarte para que pueda entenderte —me presionó.

—Dafne, no soy mi madre. Hagamos lo necesario para terminar el nexo que nos une. Ya les devolví el dinero. Les exijo que me dejen tranquila. No puedo ayudarles más. No sé qué esperaban de mí o qué les prometió mi madre, pero no me casaré con el capitán de la fuerza aérea. Cancelé la boda y me temo que en esas condiciones ya no les puedo ayudar. —Me mantuve firme.

—Tienes que retractarte, ve con él y dile que te arrepientes —ordenó.

—¿Hablas en serio? —reaccioné indignada.

—¿Por qué lo haces? ¿Por ese hombre?

—No voy a darte cuenta de mis actos.

—Eliges el camino fácil. Me río porque conozco lo que sientes y te puedo asegurar que se acaba.

—Te agradezco tu interés en aconsejarme, pero prefiero descubrirlo por mí misma.

—Tu madre estaría decepcionada de ti —soltó defraudada.

—Mi madre está muerta y jamás sabremos lo que pensaría.

—¿Es tu última palabra? —Ante mi silencio prosiguió—. No me iré hasta que recapacites y te des cuenta de lo que haces. ¿Vas a abandonar la oportunidad de hacer un bien a la humanidad por tu propio egoísmo?

—¡Márchate, Dafne, ya no eres bienvenida!

—Lo siento. No me dejas otra salida, sabes demasiado —indicó.

Desenfundó un arma y me encañonó con ella. Me sobresalté ante esa reacción que no me esperaba. Me obligó a caminar. Abrió la puerta de la casa y su rostro se transformó al salir a la calle. Simuló que no me tenía coaccionada, lo que no cambió fue la presión del arma sobre mi piel. Me forzó a subirme a su auto, en el asiento del copiloto. Con unas esposas sintéticas y transparentes, aseguró mis manos y pies. Con otro par de esposas me sujetó al vehículo. Se subió al asiento del conductor y profirió otras amenazas para garantizar que me quedara quieta durante el viaje. Puso el vehículo en automático. Pensé moverme y gritar cuando pasáramos por alguna caseta de tránsito, o por algún sitio muy concurrido, pero ella los esquivó todos. Intenté llamar la atención de otros conductores y Dafne me amenazó con amordazarme con una cinta indetectable, sedarme, entre otras. Me vigiló durante todo el camino sin dejar de amagarme cada que yo intentaba hacer algo para liberarme. Sus palabras iban de la intimidación a la manipulación, como lo había intentado en un inicio. Me quedé en silencio durante el viaje sentí miedo, en ocasiones, rabia y en otras la seguridad de que Sebastián aparecería para rescatarme. Dafne se había cerciorado de apagar mi guía, pero ella no tenía idea del transmisor que Sebastián había colocado en ésta. No condujo por el mismo camino que había tomado Apolo la otra vez. Al parecer, los de la UNA conocían diferentes atajos hacer y deshacer en nuestro territorio. Salió con toda tranquilidad hacia tierras inhóspitas.

Nuestra seguridad era vulnerable y ellos habían descubierto nuestros puntos débiles. Hasta donde yo sabía, había garitas con guardias en puntos estratégicos de acceso a la UNA y había vallas que delimitaban nuestras fronteras terrestres de las inhóspitas o las de la UNA, según la ubicación. Las vallas eran invisibles e inofensivas, pero negaban el acceso, y los vehículos tenían sensores para detectarlas a varios metros de distancia, para que el conductor no se estampase en éstas. «¿Cómo se las habían arreglado Dafne y los suyos para descubrir los pasajes a las tierras inhóspitas?», no podía dejar de pensarlo y de buscar opciones. Luego de viajar unas cuantas horas por aquellas carreteras cubiertas de polvo, donde el asfalto se confundía con la tierra y la vegetación descontrolada solo dejaba un escaso sendero para transitar, llegamos a un sitio desolado. Allí una avioneta nos aguardaba. Dafne me entregó a esas personas y desapareció.

Otras horas más de vuelo, ahora con los ojos vendados. No podía describir la escena, solo los olores, los ruidos, la sensación de abandono, de peligro. Cuando la avioneta se detuvo me hicieron bajar. En medio de mi

desesperación quedó un espacio para percibir el clima, hacía más calor. Menos de una hora de viaje terrestre. Siguió una pequeña caminata y más calor. Perdí la noción del tiempo. Entramos a una habitación, me sentaron en una silla.

Es imposible reproducir todas las imágenes y los pensamientos que pasaron por mi cabeza, solo tenía en mis adentros una petición: sobrevivir. Dejé caer la cabeza sobre mi pecho… Escuché unos pasos y volví a ponerme alerta. Desamarraron mis manos y me abrazaron. Unos labios sellaron un beso sobre mi frente, percibí un aroma que hasta entonces había pasado desapercibido por el terror que sentía. La venda sobre mis ojos fue retirada y unas manos suaves sostuvieron mi rostro. Casi me desmayo. Si el desconcierto no hubiese ahogado mis gritos se hubiesen escuchado del otro lado del universo. Lloré, mientras mis gemidos apenas audibles fueron desgarrándome por dentro hasta salir por mi garganta.

—Hija mía —murmuró mi madre y me besó en el rostro.

Sentí náuseas y espasmos en todos los músculos. No podía definir si yo estaba muerta y me reencontraba con mi madre en el más allá o si era una aparición en medio de mi agonía. Me imaginé muerta y me quedé paralizada, sin rumbo fijo y hasta sentí mi reloj de arena interno quebrarse en mil pedazos.

—¡Soy tu madre, estoy viva! —gritó.

Mamá me sacudió y me convencí, no era una alucinación y terminé por salir de aquel estupor. No sé cuál de las dos lloró más, pero era seguro que yo era la más confundida. La felicidad de verla con vida estaba enturbiada por el engaño y el sufrimiento que me había hecho padecer durante todo el tiempo que simuló su muerte. El panorama se volvió gris. Tardé minutos en asimilar la realidad. Venus estaba viva y la tenía delante de mis ojos.

—¡Hija mía, perdóname! ¡Te lo suplico!

—¿Fingiste tu propia muerte? ¿Sabes cuánto daño nos has hecho? Dudé de mi padre, creí que te había asesinado —le reclamé.

—¡Déjennos solas! —gritó y los presentes la obedecieron—. Hija, tuve que huir porque no me quedó otra salida. Ya me habían descubierto e iban a detenerme el mismo día de tu boda, recibí una llamada y escapé.

—¡Visité tu tumba vacía y lloré como jamás lo había hecho! Mi padre lo sabe, ¿verdad? ¿También lo sabe Sebastián?

—Creo que tu padre comenzó a sospechar de mis actividades para la UNA. No sé todo lo que saben tu padre o Casals. Yo desaparecí y

desconozco lo demás. Luego me llegó la noticia de mi propia muerte, de esa explosión —dijo con tanta sinceridad que le creí.

—¿Nunca amaste a mi padre? ¿Eras una espía? ¿Y yo qué soy para ti?

—Son tantas tus preguntas que necesitaré tiempo para responderlas. Hija, yo te amo, eres muy importante para mí.

—La UNA es lo primordial para ti —espeté y el sonido de mi voz no pudo escucharse más desgarrado.

—Si conocieras lo que he visto me darías la razón. Nunca te dije nada para protegerte y para que fueras feliz mientras se pudiera, pero ya es necesario que abras los ojos a la realidad y comprendas la amenaza que representa el mundo donde creciste. La UNA es la única solución viable para la humanidad y no podía quedarme sin hacer nada —manifestó.

—¿Y por eso me tenían que traer esposada y encañonada con un arma? —esgrimí en voz alta.

—No te iban a hacer daño. Te trajeron para que yo hablase contigo. Pensé que las notas en tu guía serían suficiente y que como hija de mi sangre defenderías mi causa por encima de todo. Era tan simple, solo tenías que seguir instrucciones —admitió y desconocí a mi Venus en aquella mujer.

—¿Tenía que casarme con quien ustedes dispusieran y convertirme en tu informante? ¡Por favor, mamá! ¿Cuántos años de mi vida se llevaría tu causa? No me voy a casar con William y aunque lo hiciera jamás lo traicionaría, él ha sido bueno conmigo.

—Él no es bueno. Nadie de esa familia puede serlo si permiten las atroces decisiones de Ademar King —debatió y también alzó la voz.

—Ahora me hago consciente de cómo me has manipulado —admití—. Crecí rodeada de tantos matrimonios arreglados entre los personajes de la cúpula de nuestra sociedad, que me sentí orgullosa de creer que fue mi decisión comprometerme con William. Ahora veo que tú me llevaste a elegirlo. Estuviste siempre detrás de mi oreja, lo alababas, me sugerías, dirigías mi atención hacia él.

—Lo hice para que cumplir tu misión fuera más fácil —insistió.

—Por eso mi compromiso parecía eterno. Algo siempre me frenaba para no concretar el matrimonio, no era mi decisión. Cuando dejaste de estar a mi lado, cuando no me manipulaste más, pude decidir mi camino sin intromisiones —descubrí.

—Tu futuro es con nosotros, con la UNA.

—Creo que tú elegiste tu camino; yo ya elegí el mío y me quiero ir cuanto antes.

—Me dijeron que te ves con un joven, ¿es eso cierto? —alzó la voz aún más.

—Amo a Sebastián y él me ama.

—¿Sebastián Casals? —hizo silencio unos segundos—. Si me dices que lo amas te creo. ¿Él también te ama? Yo sospecharía del capitán. ¿Estás segura que no lo hace para vigilarte? Puede ser una nueva forma de espionaje orquestado por tu padre.

—¡Madre, por favor! Es ridículo lo que insinúas. Te juro que nos amamos y detente que no me harás dudar. Jamás voy a renunciar a él, ya hablé con William y nuestro compromiso fue cancelado. Me casaré con Sebastián en cuanto pase un tiempo prudente. ¿O acaso también me vas a pedir eso, que me trague el amor que siento por él? Tú me enseñaste todo lo que sé, a amar, a vivir con intensidad. Siempre me aseguraste que valía la pena el amor.

—No quería que te arrebataran el sentir, pero nunca creí que te enamorarías del capitán.

—Me voy, madre. Ésta es tu aventura no la mía. Te diré lo que pienso, aunque me arrepienta algún día: no sé si pueda perdonarte. Tendrán que dispararme si quieren retenerme.

—Paz, jamás te sacrificaría —clamó y su voz se volvió aterciopelada como la que yo recordaba—. Hija de mi corazón, júzgame y cúlpame, pero no antes de escuchar mis razones. Al menos dame eso, una oportunidad para que veas la realidad a través de mis ojos, de que juzgues con tu corazón y si luego te quieres marchar, seré la primera que me impondré para que te dejen ir.

—¿Y lo crees tan fácil, me dejarán irme con toda la información que tengo, los nombres, los planes…?

—Si esa posibilidad no existe entonces mi esfuerzo y mi lucha durante casi toda mi vida no tiene sentido; a ti no te harán daño, tú eres mi hija. Además, la UNA no lastima a nadie, nuestro movimiento es pacifista —dijo.

—Madre, yo he curado a soldados a punto de morir con heridas profundas. Esto es una guerra, y el uso de armas va en contra de todo lo que me has enseñado. El Tratado de Tolerancia sigue en pie, pero ¿hasta cuándo? Hay fricciones entre las potencias, no tengo los datos, pero hay

lesionados que me dejan claro lo que siempre ha dicho mi padre, que la guerra está próxima.

—Es eso, ahora estás de lado de tu padre —hizo un gesto de pesar—. Solo déjame explicarte mis razones.

—Te daré la oportunidad porque no me queda otro camino, te quiero y necesito creer en ti —la abracé y seguí llorando—. Agradezco que estés viva, aunque no comprenda los motivos de lo que hiciste.

—Salvar vidas, salvar a los míos, no permitir que nos arrebaten nuestra libertad, no permitir que nos esclavicen. Ademar King está orquestando algo contra la UNA. No sabemos qué es. Estuve a punto de averiguarlo, pero tu padre ya sospechaba de mí y extremó precauciones. Luego tuve que irme y ya no pudimos saber qué ocurrirá. Sospechamos que está buscando la forma de invadirnos sin voltear la opinión pública de los autocontrolados en su contra. Si contribuyes a nuestra causa no solo salvarás la vida de los autónomos, podrías evitar una guerra que nos afectaría a todos.

—Mamá, no me hables así, como si no sintiera empatía por los seres humanos sin importar de qué lado de la frontera se encuentren.

—Hemos intentado entrar a la capital de la Sociedad Autocontrolada pero no ha sido posible posicionar allí un agente. William es el camino más sólido que tenemos hasta el momento para lograrlo. Solo un autocontrolado, muy cercano a la cúpula de los King, puede entrar a la zona protegida. Si te conviertes en la esposa de William Allen, tú podrías tener la oportunidad. —Mi madre hizo una pausa—. Parece que nada de lo que digo podrá convencerte de casarte con él, ni siquiera las muertes que podrías evitar.

—No es eso, mamá. Lo siento, pero ya no es tan fácil confiar en ti.

—Entonces por ahí tendré que comenzar.

Tres días necesitó mi madre para mostrarme la esencia de aquel mundo construido del otro lado de la frontera. Por primera vez vi a Venus en su total plenitud, sin las máscaras que acostumbraba a utilizar en la Sociedad Autocontrolada. Era tal cual siempre se había mostrado para mí. Ésa era mi madre y disfruté verla auténtica, aceptada y respetada por los demás, aquéllos que aún me veían con recelo y a quienes ella les aseguraba que yo era la promesa del futuro. Eso que quizás ella creía en lo más profundo por su cariño de madre, a lo que yo no le daba crédito, pero tampoco me

atrevía a desmentirla ni siquiera cuando estábamos solas. Ahora la entendía, la UNA era diferente al concepto de nación que estaba implícito en el nombre de la Sociedad Autocontrolada. Las clases sociales no estaban marcadas y todos contribuían de igual modo a la economía. Los niños eran felices y libres de expresar sus sentimientos, no se les imponían reglas de autocontrol que limitaran el desarrollo de su personalidad. Las familias se sentían vivas y el amor de las parejas era como el que yo sentía por Sebastián.

Al recordarlo a él, junto con el nuevo lazo que nos unía, la imagen del dije volvió a hacerse presente en mi memoria. Saber qué era me había torturado desde que abandoné la iglesia, la vez que había acudido con Diana. Mantuve a raya la curiosidad por temor a dejar alguna pista que me fuera difícil borrar. Al tener a la causante de dicha situación frente a mí, necesité saber. Abrí el relicario que en su interior tenía el dispositivo electrónico donde estaba guardado el certificado de matrimonio. Hice todas las maniobras requeridas para mantenerlo lejos del alcance visual de Venus hasta que logré introducirlo en mi bolsillo del pantalón. Me le acerqué a mi madre con el relicario abierto y le pregunté:

—¿Qué es esto?

—¿Qué ves en él? —me preguntó a su vez.

—Una paloma.

—¡Qué interesante! Hace tiempo atrás cuando ni siquiera nos llamábamos la UNA, los líderes se dieron cuenta que uno de los grandes obstáculos a vencer para unificar a la población que estaba de nuestro lado de la frontera, era la diversidad de religiones y los roces constantes entre éstas. ¿Cómo podíamos ser un pueblo si estábamos tan divididos? Se quiso unificar la religión y buscar un símbolo donde cada uno se sintiera identificado. Se creó ese signo con varios fondos, la persona siempre veía en primer plano la figura que quisiera elegir. Fue un fracaso, al final no nos servía para erradicar el fanatismo. No te daré una clase de religión ahora, necesitarás tiempo para comprender nuestra historia —concluyó.

—¿Por qué me la dejaste ese día? —pregunté dolida y en cierto punto humillada al notar su desdén por el tema.

—Dejarte fue duro y lo que más me consumía por dentro era el sufrimiento que te iba a causar. Había visto lo que la fe había ayudado a otras personas y pensé que sería bueno para ti.

—¿Y decidiste dejarme acompañada por algo en lo que ni siquiera tú creías? —le reproché.

—Tal vez si veías más allá del símbolo de una de las religiones descubrirías mi relación con la UNA y lucharías por ella. Fueron cosas que pensé en un momento de desesperación. Me has sometido a un interrogatorio. —Sonrió ante su última frase.

—No es lo último que necesito saber —dije con el enojo hirviéndome por dentro. Fue una mentira la relación de mi madre con Dios y todas las conjeturas que hice al respecto.

—Te escucho —afirmó con calma.

Mi madre me respondió una de las tantas preguntas que yo tenía: ¿cómo se involucró con la UNA? Me contó que su hermana era una de las cinco líderes actuales de la UNA: Leila Salvat. Ambas quedaron huérfanas durante la guerra y fueron adoptadas por Era, una de las más grandes líderes de la UNA, quién murió de vejez años atrás. Me contó cómo Era Salvat formó parte de la resistencia y sus inclinaciones pacifistas hacia la conservación de las especies, la motivaron para mantener los ideales durante la cruenta lucha. Leila y Venus crecieron admirando a Era, quien les había brindado el abrigo de una madre desde que eran niñas. Les dio nombre a las dos y les inculcó sus mismos ideales. De Era aprendieron todo, incluso como convivir con la naturaleza sin aniquilarla. Venus era unos cinco años menor que su hermana adoptiva por lo que de pequeña la secundaba en todo y eso se mantuvo durante su adultez.

Cuando Leila fue adulta, fue electa por el pueblo y reemplazó a su madre como representante de su nación, quien ya no podía continuar en el cargo. A Leila se le ocurrió que había que intensificar el servicio encubierto en la Sociedad Autocontrolada. Venus fue la primera en proponerse como voluntaria y cruzarse al bando enemigo, debido a que no tenía un papel visible en la UNA y podría pasar desapercibida. En su nueva misión traería toda la información posible y desde una posición de estatus ayudaría al movimiento con estructura y conexiones. Su sacrificio propició que otras mujeres y hombres también se llenaran de valor para hacerlo.

Me quedaba una duda, ¿por qué el espionaje si se había firmado el Tratado de Tolerancia? Mi madre me explicó que era una forma de sobrevivir día a día y que de lo contrario la Sociedad Autocontrolada terminaría por devastar a la UNA. Me recordó que el tratado era de tolerancia y no de paz. No obstante, cuando conocí a Leila mis dudas fueron grandes al respecto. Leila Salvat era una mujer de tez oscura y ojos azules muy claros que hacían un contraste que llamaba la atención de todos. También captó la mía y más con sus ideales tan similares a los de mi

madre. Por sus palabras me di cuenta que su misión era reunificar al mundo, adherir la otra mitad a la UNA. Aunque su discurso me endulzaba los oídos y era algo de provecho para la humanidad, yo no podía dejar de pensar en las personas que conocía de la Sociedad Autocontrolada, que habían crecido convencidos de una realidad alterna.

—En la Sociedad Autocontrolada se tienen escasos datos sobre la forma en que funciona de la UNA y lo poco que se sabe está muy tergiversado —le mencioné a Leila sin poder dejar de sentir empatía por las personas con las que yo compartía la nacionalidad.

—Los líderes de la Sociedad Autocontrolada han ocultado mucha información para poder mantener el poder —afirmó Leila muy convencida.

—¿Qué pasará con todos los habitantes de mi nación? —le pregunté a Leila y ella me respondió:

—Será un cambio pacífico y lento. Nosotros estamos en contra de las armas. Nuestro secreto para vencer será la palabra, el convencer a las masas de la fortuna de vivir como nosotros lo hacemos. Te invito a recorrer esta tierra y a conocer la forma en que vivimos, te enamorarás de nuestra causa. Me da tanto gusto conocerte. Eres mi sobrina y la guerra nos había mantenido distanciadas. Ahora me ves como una extraña, pero por nuestras venas corre más que la misma sangre. Corren ideas, sueños trasmitidos a nosotras por Era, que nos han dado la fuerza para mantenernos.

—Nunca supe de tu existencia hasta ahora —dije.

—De eso se trataba. Tu madre con mucho dolor tuvo que ocultar nuestro vínculo. Nos distanciamos más de treinta años en los que casi no nos comunicamos y solo a través de terceros. Paz, tienes que escuchar a Venus, tienes que seguirla, sino este sacrificio de casi una vida habrá sido en vano —sentenció con aquello mi conciencia de hija—. Cuando los seres humanos pusieron un alto a la guerra y comenzaron a organizarse, la división de las fronteras se dio de manera paulatina. Los sobrevivientes fueron la décima parte del punto máximo de la población mundial antes del conflicto y estaban reunidos alrededor de dos fuertes alianzas. Los que hoy conformamos la UNA decidimos erigirnos en cinco naciones, cada cual autónoma, pero que convergían en intereses e ideología. El resto de las personas se agruparon en diversas ciudades-estados, eligieron esta denominación porque eran independientes, no tenían muchos habitantes y aún los territorios no se extendían hasta los límites actuales. Crecieron después al rescatar extensiones de tierras inhóspitas. Nosotros estábamos

en una situación similar, pero éramos más organizados y eso nos hacía más poderosos. Los King convencieron al resto de sus aliados que su coalición se vería fortalecida si obedecían a un orden común y por supuesto fueron los King los elegidos para gobernar al resto. Así la ciudad-estado que dirigían los King nació como la capital. Poco a poco la nueva autoridad recrudeció su mandato y lo extendió a todos sus aliados. Se proclamaron Sociedad Autocontrolada cuando nosotros adoptamos el nombre de Unión de Naciones Autónomas. Las ciudades-estados creyeron que solo así podrían contener nuestra expansión, pero lo único que hicieron fue renunciar a su autonomía.

—¿Por qué las ciudades-estados no cambiaron su denominación después de todos los cambios que experimentaron?

—Imagino que obedece a los intereses de los que están en el poder, es alguna forma que encontraron para manipularlos.

Leila me recibió como a una hija extraviada y me amplió la historia de la UNA iniciada por Mabel, Apolo, Dafne y continuada por mi madre. Me habló de Era, de su cruenta lucha y de su sacrificio. Leila también me explicó como ella misma, junto con los cuatro líderes de la UNA, había firmado el Tratado de Tolerancia sin saber que ese día su hermana daba a luz en el cumplimiento de su misión. El tratado fue firmado en el último año de gobierno del padre del actual mandatario de la Sociedad Autocontrolada. Desde que Ademar King le arrebató el poder a su progenitor intentó romper lo pactado, pero los ciudadanos de la Sociedad Autocontrolada estaban cansados de luchar. Leila enalteció la persona de mi madre y el vínculo que nos unía, así como el nexo que nos ligaba a la tierra y nuestra deuda con ésta. Constaté como los seguidores de Leila la amaban, tanto como comenzaba a hacerlo yo misma.

Tres días necesitó mi madre para convencerme y ella lo sabía desde que me pidió esa oportunidad, volvíamos a ser las mismas. Ese momento que vivimos fue extraordinario, deseé poder extenderlo y atrapar a Sebastián dentro de éste. Me sentí libre y dueña en verdad del aire que se colaba dentro de mis pulmones. Nunca había visto tanta vegetación por doquier, tanto oxígeno para ser respirado, las aves y los animales en libertad, no como en mi mundo donde la mayoría de las especies sobrevivían en las reservas naturales. Las personas se movían a su propio ritmo y se veían más humanas. Me dolió comprender que los hombres de mi nación se habían convertido en autómatas sin aliento, guiados por un líder dictatorial que se nos había instaurado en el cerebro y que nos había esclavizado, Leila tenía

razón. En ese momento quería respuestas, pero ya no de mi madre sino de mi mundo. Mamá me dejó en las manos de Apolo, el joven que había conocido con Mabel y a él le pidió que terminara de mostrarme todo, para que la imagen de la UNA me acompañara en mi viaje de regreso.

11



Apolo me subió a un auto y me dijo que me sacaría a las afueras de la ciudad. Quería ver mi reacción cuando conociera como vivían los campesinos, el desarrollo que tenían en sus fincas y como la naturaleza era respetada. Cuando lo constaté, sustituí su palabra, más que respetada la naturaleza había sido hermanada al hombre. Mi planteamiento era presuntuoso y más porque el ser humano forma parte de la naturaleza, pero el hombre antiguo no la había visto así. El hombre siempre había considerado a la naturaleza una esclava, la había exprimido y se había servido de ella hasta dejarla seca, sin darse cuenta que al aniquilarla se destruía a sí mismo. Comencé a sentir un amor creciente por la UNA, por aquellas mujeres ambientalistas que dieron el grito de «basta» y sentaron las bases para el mundo de hoy, que, aunque dividido entendió la importancia de proteger a la naturaleza para salvarse. Incluso la Sociedad Autocontrolada lo tenía que hacer; teníamos reservas de la biosfera y tratábamos de no devastar más el planeta. Sin embargo, nuestros métodos no eran tan eficientes. En nuestra sociedad controlábamos el crecimiento de la población reglamentando los nacimientos, reciclábamos los desechos, pero contaminábamos de transgénicos la agricultura y reemplazábamos con robots humanoides las manos trabajadoras que se necesitaban.

Apolo me paseó por aquel territorio de la UNA, a la vez que me explicaba el funcionamiento político. Ya lo había escuchado, pero no me

quedaba claro, así que volví a oírlo y presté toda mi atención.

La UNA estaba conformada por cinco naciones, cada una regida por un líder denominado representante. A su vez, en cada nación había un Consejo Nacional que ayudaba a gobernar, quien se debía a la voz de su pueblo. El Consejo Nacional estaba conformado por los líderes regionales y su número dependía de la cantidad de pueblos existentes en cada territorio. Para las grandes decisiones los representantes tenían que remitirse a los votos del Doble Consejo, que se supeditaba en primer lugar al voto de cada Consejo Nacional y en segundo al Consejo de la Unión formado por los cinco representantes. Ahí radicaba la mayor diferencia con mi lugar de origen.

Apolo me expuso que eran cinco representantes, uno por cada nación de la UNA. Uno en el territorio del continente americano hacia el sur, otro posicionado en el Caribe, que además dirigía la Península de Yucatán y la Florida. Los otros tres estaban atravesando el mar Atlántico. Leila Salvat lideraba la región que estaba enclavada en el continente americano, conocida como América Libre y que abarcaba las antiguas América del sur y central. Era curioso resaltar que la mayoría de las líderes eran mujeres, así como que los nombres de las naciones se referían a la denominación antigua de la región, donde se encontraba la sede, seguida de la palabra «libre». Esto en la mayoría de los casos, salvo en donde la extensión del territorio abarcaba más de un área geográfica. También en la Sociedad Autocontrolada cada ciudad-estado hacía mención a la región más la palabra «unida», de igual modo en la mayoría, con varias excepciones entre las que destacaba la capital. Mi padre dirigía la ciudad-estado América Unida y Leila la nación América Libre; pero América no estaba ni unida ni libre a totalidad, estaba dividida.

Luego del recorrido me sentía cansada: las explicaciones, las imágenes que colapsaban unas tras otras en mi cerebro para dar paso a otras nuevas… Apolo quería mostrarme más de lo que yo podía procesar; preferí dejar los detalles de la economía, la ciencia, la geografía para asimilarla con la lentitud necesaria para comprenderlas bien. Ahora me era suficiente con la visión que tenía delante de mis ojos: la vida emergiendo a borbotones llena de calidez, amor, paz, fecundidad, esperanza. Apolo era incansable, me insistió:

—Estás muy callada, di algo, ¿qué te parece lo que ves?

—Estoy muy sorprendida. No me lo imaginaba así. Creí que eran menos desarrollados. Sin embargo, veo que no usan robots —dije.

—Tenemos en menor número que ustedes, pero solo para algunas tareas muy específicas que lo requieren por seguridad para los humanos. Los podemos producir con mucha eficacia también, aunque no lo preferimos, nuestra tecnología se encamina más a otras áreas. Ya tendrás tiempo de entenderla. Para nosotros lo más importante es el ser, la esencia de las cosas, la naturaleza y mantener su equilibrio.

—Te garantizo que no los necesitan. Todo lo que he visto es increíble.

—¡Y eso no es lo mejor de todo! ¡Deja que conozcas como laboran nuestros médicos! Sentirás que no sabes nada de Medicina. No es que demerite a los médicos de tu nación, es muy diferente. Los resultados de nuestras investigaciones serán increíbles para ti.

—La Medicina en mi nación está muy avanzada —recordé en voz alta.

—No lo niego, siempre se lo digo a Leila. Ella diría que nuestros médicos son mejores, pero no me refiero a eso. Creo que los doctores de allá y de aquí van en paralelo, pero no se cruzan. Por eso considero que serás un elemento muy útil entre nosotros, si nos trasmites tus conocimientos y los combinamos con los nuestros.

—¿Y el servicio de agentes encubiertos no se da en este ámbito también?

—Se da en todos los ámbitos, más ahora. Por eso tenemos que estar en constante cambio —admitió.

—¡Qué triste que los seres humanos tengamos que vivir así! —exclamé y de inmediato reparé en algo que él había expresado, así que indagué más al respecto—: ¿Crees que yo estaría mejor aquí?

—Sí, pero Leila tiene sus ideas y se las ha metido en la cabeza a Venus, o Venus a Leila. —Hizo un gesto de desagrado.

—¿No estás de acuerdo con ellas? —me resultó extraña su reacción frente a mí—. Disculpa, me resulta raro, de donde vengo no manifestamos de forma pública cuando no estamos de acuerdo con la autoridad.

—De eso se trata esto, de poder no estar de acuerdo. Somos libres, ¿no?

—Eres muy cercano a Leila, ¿verdad? ¿Son familia? —hablaba con tanta familiaridad de ella que me hacía sospecharlo, pero en el físico eran muy diferentes.

—Ella me crio —dijo.

—¿Es tu madre adoptiva?

—No. Me cuidó desde que era niño.

—¿Pero tienes su apellido? —pregunté.

—Así es. Es una situación complicada.

Noté su rechazo a profundizar en el tema así que dejé de escarbar en sus recuerdos. Dejamos el auto al borde de la carretera y caminamos un rato sin decir nada. Me condujo a un campo lleno flores altas que se mecían por el viento y mientras me invitaba a tomar asiento en el suave pasto, le señalé que pronto iba a llover. Él por toda respuesta emitió:

—¿Y?

Crucé mis brazos sobre el pecho para protegerme de la brisa fría que soplaba. Las aves y los insectos se resguardaron de la lluvia que comenzó a caer a borbotones. Con seguridad yo lo recordaba, era uno de los pasajeros del auto, de la primera vez que tuve contacto con gente de la UNA. Reparé en él, que no tenía intenciones de moverse, aun cuando los mechones de su cabello eran sacudidos por el viento. Sus ojos tenían el color del mar y hacían que su rostro se viera sonriente, aunque sus labios permanecieran sellados en una línea. Me sentía cómoda en su presencia. Su mirada estaba repleta de ideas y de sueños que amenazaban con escaparse; en su voz podía escucharse la resolución de que algún día cumpliría sus anhelos. Comenzó por intentar convencerme de ellos. Su visión del mundo era utópica pero hermosa a la vez. Yo también hubiese deseado algo así de ser posible conseguirlo.

El agua nos cayó encima y se nos coló por cada orificio hasta empaparnos, por unos segundos la lluvia me recordó a Sebastián y escuché a Apolo muy a lo lejos, hasta que un trueno me hizo volver a escuchar a quien tenía enfrente. Apolo hizo un gesto y pensé que por fin se pondría de pie para correr a guarecernos, pero por el contrario se acostó de cara al cielo con los brazos extendidos a los lados y me insistió para que yo hiciera lo mismo.

—No estoy segura de querer seguir debajo de la tormenta —le dije.

—Déjate seducir por la naturaleza. Esto es lo que queremos salvar.

El temor a los relámpagos me condujo a asirme con una mano a la suya, en busca de seguridad. Intenté seguirle la corriente, pero no pude. Pensé en volver a negarme y él también sujeto mi mano, lo que me dio la confianza que me faltaba. La sensación del agua sobre la piel dejó de molestarme y me concentré en sentir. Escuché las gotas repicar sobre los charcos que acababan de nutrir. Observé los insectos refugiarse bajo las hojas que tenía cerca de mí y cerré los ojos para concentrarme en el aroma a tierra mojada. Cayó mucha agua, pero el calor propio de la tierra no me permitió sentir frío. Mi temor a los rayos se dispersó cuando me percaté

que solo escuché dos o tres truenos aislados y nada más. Cuando sentí que comenzaba a escampar volví a incorporarme para ver el espectáculo de la naturaleza desde mi sitio. Era como un despertar al unísono de varios entes. Apolo se paró y me extendió la mano para ayudarme a ponerme de pie.

—Yo no veo el mundo como lo has soñado, pero no dejo de reconocer que sería maravilloso —le revelé.

—Todo es posible si se traza un plan para conseguirlo —acertó con un toque de realismo en su idealismo.

—Aun así, me cuesta visualizarlo. Todo lo que Leila plantea sería maravilloso, pero lo veo difícil de alcanzar.

—¿Sabes lo que te falta, Paz? Creer en los milagros.

Me indicó echar un vistazo hacia adelante; dos arcoíris fastuosos, uno superpuesto sobre el otro, se extendían tan cerca de nosotros, que parecía que si corríamos hasta ellos los alcanzaríamos. Sus colores eran intensos y terminaban con los extremos bien plantados en la tierra, como si surgieran de ésta. Sonreí ante la magnificencia de los arcoíris y comencé a desplomar la teoría del milagro de Apolo con mis explicaciones científicas al respecto.

—Todo lo que me dices es cierto, pero no deja de ser un milagro —resolvió él con una sonrisa—. Observa ahora detrás de ti, hay otro arcoíris más pequeño, pero igual de hermoso. Ya no discutas más. Solo disfrútalos. Sé que nos hemos conocido en circunstancias poco agradables para ti, pero me gustaría ofrecerte mi amistad, ¿aceptas?

—Claro —dije convencida de su sinceridad. No me consideraba experta, pero lo sentía.

Me acarició una mejilla y volvió a sonreír, luego añadió:

—Ahora vamos, tienes que despedirte de tu madre.

—¿Despedirme?

—Me encomendaron llevarte mañana hasta la frontera. Regresas a casa.

—¿Es todo? ¿Me van a dejar ir? —Hice dos preguntas ante mi incredulidad.

—Es lo que estoy diciendo. —Sonrió.

Fue duro despedirme de mi madre y más porque no tenía la certeza de que la volvería a ver. No dormimos la noche anterior a mi partida, me dio otros mil argumentos para explicarme su proceder, hasta que yo le dije «basta». Estaba decidida a no juzgarla más, ni a ella ni a mi padre. Venus había sacrificado su vida por su causa y había encomendado la mía a esa misión. No solo ella había sido una herramienta de espionaje decisiva, sino

que me había consagrado para ello. Cuando me decía que yo era la promesa del futuro de la nación creía que era una expresión cargada de la emotividad de una madre ante su hija, mas al entrever por medio de los hechos que formaban parte de mi historia comprendí que ella tenía un proyecto para mí, un plan, como había mencionado Apolo en su discurso. Mi madre se había casado con una pieza importante y había preparado el terreno para que yo escalara aún más alto. Estaría en el núcleo de la Sociedad Autocontrolada si me casaba con William. Él era el sobrino preferido de Ademar King y su carrera iba en ascenso por lo que estaría cerca del dirigente y de sus seguidores más allegados.

El regreso fue muy similar a la llegada, solo que sin la pistola apuntándome, pero el miedo a lo que me deparaba al final del camino era el mismo.

12



Abrí los ojos, me hallé en mi habitación… Lo primero que vi fue a mi padre, sentado en una silla, con el rostro entre las manos. Volví a cerrar los ojos para darme tiempo a reconstruir mis ideas. Estaba algo mareada y confusa. Escuché crujir el picaporte y entrar a dos personas. Por las voces supe que eran mi tía y Sebastián:

—¿Sigue igual? —inquirió mi tía con la voz temblorosa.

—Creo que no aguardaré más, tendré que arriesgarme —dijo el general, se volvió a Sebastián y añadió—: Capitán, lo mandé a llamar para que vaya por el médico; dígale que traiga su equipo, pero no le dé detalles.

—¿Cómo llegó a aquí? —preguntó Sebastián.

—A pie, pero cuando estuvo dentro de la propiedad se desplomó y hasta ahora no da en sí —le contestó mi tía.

Intenté incorporarme y mi padre se sobresaltó de inmediato. Corrió a mi lado y me abrazó. Me dejé rodear por sus brazos, con mis años pesándome sobre los hombros. Terminé de madurar los tres días que pasé en la UNA y la madurez me llegó en exceso, me sentía más vieja de lo que era. Los ojos de mi padre se veían cansados, de seguro no lloró por mi desaparición, pero la tristeza se le acumulaba en los párpados. Su cabello, que se matizaba de gris en los costados, y su piel, que se resistía a envejecer a sus más de cincuenta años, le daban la apariencia de un titán. Al menos lo era para mí. Él solo quiso cuidarme y yo en vez de agradecerle, dudé de su

integridad y lo culpé de atentar contra mi madre. Las palabras escasas de papá, pero siempre asertivas, quedaron aprisionadas en mi memoria. Su fortaleza interna habría sostenido a cualquier batallón que quisiera rendirse. ¿Cómo mi madre no iba a amarlo? Más, si se casaron tan jóvenes. Antes de marcharme de la UNA, mi madre me reveló que se había enamorado de las atenciones del general a los pocos meses de casados. Aquel amor repentino hacia su enemigo la sorprendió y la hizo titubear al principio de su misión. Lo soportó mientras pudo, pero nunca olvidó su propósito en la Sociedad Autocontrolada.

Mi padre se sentó a mi lado y simuló no haber necesitado unos segundos para recobrarse de la emoción de haberme recuperado. Me dijo en voz pausada:

—Hija mía, ¿estás bien?

—Eso creo —contesté.

—Llamaré al doctor para que te revise —insistió.

—Ahora no. Quiero dormir, me siento exhausta —me negué.

—¿Qué te sucedió, hija? ¿Dónde estuviste estos tres días? —El general hizo la pregunta que yo esperaba.

—No lo sé, todo es muy confuso. —Intenté ganar tiempo.

—Descansa, ya tendremos tiempo de hablar. Lo importante es que regresaste. Te dejaremos a solas con tu tía —concluyó el general.

Mi padre no quiso más respuestas, le bastó saber que yo había vuelto. No pudo disimular el alivio que sintió por tenerme en casa. Reparé en Sebastián con su expresión inmutable, escuché sus pasos hacia la puerta y me tragué las ganas de soltar una palabra para retenerlo. Deseaba lanzarme a sus brazos y refugiarme en ellos, pero la puerta se cerró tras su paso. Me tumbé en las sábanas y cubrí mi cuerpo a totalidad.

Claro que yo recordaba todo. Apolo me había acompañado en helicóptero hasta la frontera y me había despedido con una sonrisa franca que reflejaba la libertad en toda su plenitud. Sus palabras aún las tenía clavadas en la memoria; me había dado mil razones para que confiara en la legitimidad de su causa. En la frontera me esperaba un auto con la puerta abierta con una persona al volante: Dafne. Ella cruzó desde la distancia una mirada con Apolo y yo me subí al auto. Cuando estuve en el asiento del copiloto, miré con ira a la joven mujer debido a las condiciones en que me había trasladado a la UNA. Ella desenfadada, pendiente del helicóptero que se disponía a despegar, me extendió la mano y me preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí, pero no contigo —solté.

Ella rio a carcajadas, me invitó a ponerme el cinturón y me dijo:

—Eso me agrada, me convence que tienes sangre en las venas y que puedo confiar en ti. Si eres humana servirás a nuestra causa, de lo contrario serías una máquina como los de la Sociedad Controlada. Más adelante haremos una parada para comer e ir al baño. Sé que es un viaje largo, pero te prometo que será más cómodo que el anterior.

—No necesitas hablar para amenizar. Me gusta el silencio —dije. Dafne entendió y me dejó sola con mis pensamientos.

Hice una lista mental de mis familiares y mis conocidos. Me preguntaba si Dafne tenía razón en aquel comentario donde acusaba a los autocontrolados de parecer máquinas. Reparé en quiénes tenían más rasgos autocontrolados que los otros. Ser autocontrolados era lo ideal para nuestra nación, pero no conocía entre mis allegados quien lo hubiese logrado en un cien por ciento, como se disponía en nuestros estatutos. El rasgo a desarrollar era muy complejo, si lo sabría yo que lo había intentado hasta que esa meta inalcanzable había terminado por hacer mella en mi confianza. Mi padre, máximo exponente de autocontrol en América Unida, se permitía perderlo con sus subalternos y nadie lo señalaba porque era la autoridad. Continué la lista con aquéllos que se acercaban más al modelo hasta que llegué a Sebastián. Él me había asegurado que su comportamiento se debía a su necesidad de encajar y tal vez tenía razón, mas no pude desterrar mi duda: ¿hasta qué punto sus conductas se convirtieron en hábitos?

Después de un rato, Dafne decidió volver a hablar. Dejó de ser una molestia y de estar a la ofensiva, así que bajé mis defensas y me permití escucharla. Traté de entenderla, no toda la responsabilidad era suya. Mi madre había presionado hasta que a Dafne no le quedó más remedio que llevarme a la fuerza hacia la UNA.

—Entiendo tu hostilidad —dijo—. Yo también he amado y sé lo difícil que resulta para ti. Cuando me dieron esta misión no lo pensé dos veces. Habría sido egoísta si hubiese pensado solo en mi felicidad.

—¿Y él lo aceptó? —inquirí.

—No lo sé, cuando tomé mi decisión no volví la vista ni un segundo. Terminamos y no le dije los motivos. Si es inteligente debe haberse dado cuenta.

—Yo no puedo hacerlo. No puedo renunciar a Sebastián y menos podría traicionar a mi padre.

—Lo harías si entendieras la importancia de tu sacrificio. Lo harías si respetaras el sacrificio de tu abuela, de tu tía, de tu madre. Lo harías si entendieras que Sebastián y tu padre son hombres de guerra y que la guerra no trae nada bueno para los seres humanos.

—No puedes suponer que ellos son así, no los conoces.

—No te insistiré. De un momento a otro podrían invadirnos y estamos ciegos ante el peligro. No serás la única autocontrolada que esté a favor de nuestra causa. Hay ciudades autocontroladas que se han convertido en hervidero de ideas que se oponen al régimen de los King, es cuestión de meses para que Ademar tome cartas en el asunto y él ha demostrado que es letal en sus decisiones. Mientras King esté al frente, todos estamos expuestos —dijo e hizo silencio al respecto.

En determinada parte del trayecto nos detuvimos, descansamos un rato y luego seguimos. Me dediqué más que nada a escuchar sus consejos, sus recomendaciones sobre cómo comportarme a mi regreso. Me ofrecí a ayudarla a manejar, pero no fue necesario, la mayor parte del tiempo fuimos en piloto automático. Al terminar el recorrido, Dafne detuvo el auto a varios kilómetros de mi casa. Antes de desaparecer por la autopista me entregó una píldora negra y amarilla:

—Cuando llegues mastícala y trágala. Te hará permanecer inconsciente unas horas, básate en eso para inventar algo y que no te investiguen. Tu padre se las arreglará para que no te suceda nada —dijo.

—¿Cómo estás tan segura? —pregunté.

—Lo hemos vigilado y no ha reportado tu desaparición. Si quisiera denunciarte ya lo habría hecho.

Al siguiente día, mi familia y yo desayunamos con normalidad. Sebastián, como de costumbre, ocupaba un lugar a la mesa. El tema principal fue el noviazgo de Diana que se había efectuado hacía un par de días. Cuando

supe que era con Owen Carter no dejé de asombrarme. Las palabras de mi prima cuando me había aconsejado que lo mío y lo de Sebastián iba muy aprisa me daban vueltas en la cabeza. Lo que no me sorprendió fue el silencio en torno a la necesidad de reanudar mis planes de matrimonio con William y a mi desaparición. A estas alturas tanto mi padre como mi tía preferían tenerme en casa, protegida de mí misma. La boda con el sobrino de Ademar King no sería lo más seguro para mi persona. Mi padre creía que, si no pudo convencerme de evitarme problemas por seguir las ideas de mi madre, William tampoco podría. No me lo dijo de frente, pero lo escuché cuchichear con su hermana. Antes que abandonara la mesa, el general me dijo para que no me sorprendiera:

—El capitán te llevará al trabajo.

—¿De nuevo estaré vigilada? —pregunté.

—¿Tengo motivos para hacerlo? —Mi padre subió el tono de voz.

—No, papá. Es solo que…

—Es por tu seguridad. Será hasta que hablemos —me interrumpió.

Me levanté y no me detuve ante la puerta porque lo habitual era que ésta se abriera a mi paso. Me asombró que no me reconociera y tuve que detenerme. Sebastián pasó delante de mí y la puerta se abrió. Comprendí que habían desactivado la opción de mi salida y fue lo mismo con el resto de las puertas de la propiedad. No me estaba vedado entrar, pero sí salir. Una orden apropiada de mi padre, quien no había indagado más de mi ausencia, pero por las medidas que había tomado sospechaba lo suficiente como para no darme crédito. Insistí en salir en mi auto. Sebastián, quien hasta ese momento había permanecido en silencio, no dijo nada. Al subirme al vehículo seleccioné la ruta que ya estaba programada para el hospital. Sebastián lo canceló y lo programó para el acantilado.

—En el hospital no te esperan hasta mañana, podemos tomarnos el día —susurró.

—¿No te preocupa que mi padre comience a sospechar de nosotros? —sondeé.

—Él me ordenó que te siga por si llegaras a necesitar que alguien te proteja.

—O por si intentara escapar. ¿No me preguntas dónde estuve todo este tiempo?

—No es necesario, siempre lo supe —dijo.

Recordé el dispositivo que traía adherido a mi guía y lo acaricié con los dedos.

—¿Por qué no hiciste nada? —reclamé.

—¿Acaso no fuiste por tu propia voluntad?

No respondí, incluso Sebastián me había dejado desprotegida al creer que me había ido por mi propio deseo. Quise indagar si lo sabía mi padre, pero lo consideré innecesario. Mi padre no precisaba que le dijeran nada, él me conocía o creía hacerlo. Tampoco le pregunté a Sebastián si sabía que el atentado y la muerte de mi madre no eran como me lo habían contado. Me dolería verlo a los ojos mientras otras verdades eran develadas. Tal vez mis emociones se reflejaban en mi mirada porque justo cuando más lo necesité me abrazó con fuerzas, fue antes de llegar a nuestro lugar, en medio de la autopista. Yo me ceñí a su cuerpo mientras escuchaba sus palabras cercanas a mi oído:

—No aguantaba un minuto más. Desde que te vi en la casa de tu padre no deseaba hacer otra cosa. Casi me vuelvo loco, un día te casas conmigo y al otro me abandonas. ¿Qué pasa contigo?

—Tengo algo que decirte. —Temblé—. Es mejor que detengamos el auto, no es necesario que lleguemos al acantilado.

—Pensé que era definitivo, que no te iba a recuperar. Tu padre me mandó a interrogarte con discreción, pero no me interesa, ni tus motivos, ni tus razones, no quiero oír ni una verdad ni una mentira. Solo déjame sentirte respirar junto a mí.

—¿Por qué no lo hizo él? —pregunté.

—No quiere oír de frente algo que te comprometa. La situación es delicada. Nadie sabe sobre tu desaparición más que la familia. Para todos has estado enferma y por eso te habías ausentado del hospital.

—Mi padre teme perder la confianza de Ademar King —lo acusé.

—Tu padre teme que te suceda alguna desgracia.

El auto se detuvo al llegar a nuestro destino. Me bajé y caminé hasta donde podía asomarme a ver la inmensidad del mundo desde lo alto del acantilado. Busqué en el cielo desierto algún águila que compartiera con nosotros su vuelo. Me acomodé sobre una piedra, Sebastián se acercó hasta mí y se sentó a mi lado. Me besó las manos y las guardó dentro de las suyas. Lo observé, había recuperado la calma junto con mi retorno. Sus ojos oscuros me recordaron nuestra aventura al quedarnos varados en la carretera y nuestra caminata, cuando me cargó a la espalda y me adormilé pegada a su cuerpo. Deslicé un dedo por su frente despejada de inquietudes y lo oí suspirar; recorrí su rostro, repasé su nariz, sus mejillas y su boca que se relajaba en una sonrisa. Volvió a atrapar mi mano y la besó

por segunda vez e hizo el mismo recorrido que yo había hecho, pero con miles de besos sobre mi cara. Lo amaba, pero algo dentro de mí necesitaba correr. Trepidé. Pensé dar marcha a atrás, mas ya había tomado mi decisión y había realizado aquella llamada que nos sentenciaba una vez más.

—He pensado mucho en nosotros y sobre todo en mí. Me cansé de esta forma de llevar la vida y de perjudicar a mi padre. Hoy realicé una llamada importante, hablé con William y me aceptó de regreso —le solté.

—¿Estás hablando en serio? —Se quedó quieto, con los músculos rígidos.

—Espero que no me guardes rencor; necesito recuperar mi vida como era antes de la pérdida de mi madre.

—No te creo. —Hizo ese gesto con los labios que me había enamorado.

—No es una decisión que haya tomado a la ligera. Quiero volver a ser la Paz que era. Desde que mi madre… nos dejó me descontrolé, mis emociones se apoderaron de mí y mis actos fueron impulsivos. Ninguna de las decisiones que tomé para esas fechas fueron acertadas —dije.

—¿Y la de estar a mi lado tampoco? ¡Esto no puede ser verdad! ¡Te casaste conmigo por las leyes del Dios que tú elegiste! —Alzó la voz—. Yo te seguí, confié en ti.

—Lo único que me queda es mi padre y se ha sacrificado por mí. No me obligues a contribuir a que pierda su posición y su estabilidad. Será una descortesía para Ademar King si yo rechazo a su sobrino, si conocen que me casaré con otro.

—¡Te casaste con otro! ¡Eres una mujer casada! —sostuvo con firmeza.

—Olvida ese matrimonio, nadie lo sabe y nadie lo sabrá. Lo único que les importa son las leyes de los hombres.

—Me bauticé por la religión que tú elegiste. Eres mi esposa para toda la vida —reclamó.

Saqué de un bolsillo el dije que mi madre me había regalado y se lo entregué con estas palabras:

—Quédate con Dios entonces, espero que te ayude, que nos ayude a los dos. Este matrimonio ya no tiene valor para mí. Entiende que no he dejado de amarte, pero para estar contigo tengo que renunciar a demasiadas cosas y no estoy dispuesta a hacerlo. Lo siento, no quería lastimarte ni enredarte. Perdóname.

—No quiero oírte o dejaré de amarte. Ésta no es la Paz que conozco. Tu padre aceptará que estás a mi lado. Él me aprecia y quiere tu felicidad —continuó.

Saqué de mi bolsillo un pequeño dispositivo portátil con un documento que él reconoció al instante, el certificado de matrimonio. Quise tirarlo al suelo y romperlo. Su mirada negra se llenó de pánico e intentó arrebatármelo. Desgastada, le tiré el certificado de matrimonio y le dije:

—Haz lo que desees, rómpelo, quémalo, pero no intentes acercarte a mí. Mejor aún anúlalo, seguro encontrarás varias razones para invalidar nuestra unión. Fue un acto inmaduro e impulsivo. Nunca vivimos juntos, nunca fuimos un matrimonio.

—¡Olvídame si quieres, pero no me obligarás a ser tan cobarde y hacer lo mismo! —Dejó el tono calmado que lo caracterizaba y comenzó a gritarme. Yo en mi desespero hice lo mismo.

—Tengo que seguir el plan destinado para mí, no te veo más en mi futuro. ¿Cuánto tiempo más nos amaremos? Ni siquiera estamos seguros de que no nos arrepentiremos de esta decisión. Esto ha sido un sueño, Sebastián, es hora de despertar a nuestra realidad. Yo me casaré con William como siempre debió ser y tú búscate una esposa e intenta ser feliz.

—¡Si me quieres lejos desaparezco ahora mismo por completo de tu vida! ¡Puedo pedir un cambio! —gritó aún más fuerte y me asustó verlo perder el control.

—Lo único que yo tengo es a mi padre y lo único que tienes tú, también. No te voy a pedir eso. Solo olvídate de mí —dije en un tono bajo de voz.

Por primera vez lo vi llorar. Su inocencia me conmovió y me odié por herirlo. Se quedó sentado sin mirarme a los ojos mientras intentaba secarse las lágrimas. Yo agonicé por dentro debido a las mentiras que proferí para convencerlo de apartarse. El impulso que me lanzaba en dirección opuesta a la suya, me hizo quedarme callada ante su dolor. Permanecimos en silencio. Él se enfrentó sin temor a sus emociones y yo me las tragué. Ensayé lo que haría de ese momento en adelante. Intenté convencerme de que mi causa era necesaria para la humanidad. Sebastián me clavó la mirada, su expresión era un reclamo matizado en odio y en súplica. Trató de calmarse… Pronto comprendí que no lucharía por mí y su derrota me bañó con una ola de realidad. Yo no podría correr hacia atrás ni, aunque lo pretendiera. Él reflexionó unos segundos antes de decir una frase:

—Puedes irte.
—¿Te quedarás aquí solo? Puedo llevarte a la ciudad —insistí.
—No es necesario.
—Mi padre te sancionará si sabe que no estás vigilándome.
—¿Eso cuándo me ha importado?

Sus palabras y la sequía que percibí a través de ellas me golpearon. Un nudo atoró mis palabras que se quedaron estancadas a su paso a través de mi garganta. Me puse de pie. Sebastián merecía que corriera en dirección opuesta a su destino. Jamás podría desvincularme de la UNA y de todo lo que tuviera que ver con ellos. Era algo que se había apoderado de mi corazón. Sebastián era mi enemigo, o más bien, yo era su enemiga. Preferí pintar una línea divisoria entre los dos para que mis engaños no ensuciaran más el sentimiento que aún vibraba en mi pecho por él. Caminé en dirección a mi auto, no sin antes verlo en su resolución a dejarme ser, tal cual lo hice desde el momento en que decidí que no lo arrastraría con mis elecciones. Cuando estuve en mi auto, apreté los dientes para tragarme las ganas de llorar. Intenté ver el camino que se abría enfrente de mis ojos y solo conseguí verlo empañado por una nube con la forma de un hombre, que me miraba lleno de rencor. Rogué porque Dios condonara mis culpas al constatar la desolación de mi alma.

Aceleré y ya nada me detuvo. Me dirigí a las oficinas de mi padre. Sin tiempo para arrepentirme le dije que la boda con William ya estaba fijada. Imaginé que se sorprendería, pero no tanto como lo hizo. Él, que no desconocía que la boda estuvo a punto de no realizarse, tomó asiento de golpe:

—¿Estás segura? —preguntó.
—Sí —contesté.
—Preferiría que te tomaras el tiempo necesario para pensarlo —insistió.
—¿Qué tengo que pensar? Ni William ni yo queremos esperar.

El general se quedó con la mirada fija en un punto a través de la ventana, como hacía cuando tenía que tomar grandes decisiones. Por último, me dijo muy serio:

—Si ya lo decidieron…

Con seguridad mi padre sospechaba que algo le ocultaba, me convencí que tendría que esforzarme mucho para que confiara en mí como antes. Aunque nos unía un lazo sanguíneo, no sabía hasta dónde su fidelidad a su nación y su responsabilidad como padre, podrían enfrentarse. Tampoco

quise ponerlo a prueba, si hubiese podido romper con él como lo hice con Sebastián para no arrastrarlo conmigo lo habría hecho.

13



Un mes pasó, en el que intenté convencer a mi padre de lo siguiente, que era la misma Paz de antes de la desaparición de mi madre. Decidí tomarme un tiempo prudente sin hacer nada que lo importunara o lo pusiera sobre aviso. A partir de ese día me levanté cada mañana a desayunar con la ausencia de Sebastián a nuestra mesa; aunque sin él todo era diferente intenté soportarlo. Acudí a mi trabajo cada día. De regreso llegaba directo a mi casa, sin tener más contacto con nadie de la UNA, ni salidas misteriosas. Dejé que mi privacidad fuera invadida sin desconectar ninguna cámara de seguridad a mi paso. Colaboré con los preparativos de la cena de compromiso de mi prima Diana y fui solícita con mi tía en todos sus requerimientos, porque sabía que ella siempre intercedería por mí ante el general.

No solo con mi padre tuve que esforzarme. Ademar King también tuvo sus dudas de si yo era aún una opción válida para su promisorio sobrino, quien ya ostentaba el grado de mayor. El líder de nuestra nación desconocía mi aventura en la UNA, pero de lo que sí tenía conocimiento era que yo había cancelado el compromiso con William y lo había vuelto a retomar, eso era un foco latente que incidía en mi reputación.

Los días que transcurrieron eran los suficientes para que comenzara el cuento de hadas de Diana. Fue demasiado repentino su noviazgo y más el compromiso, pero nadie puso reparos. En la casa desde temprano

comenzaron los preparativos. Aún estaba en la clínica. Preparaba mis cosas antes de salir cuando llegó un mensaje sin remitente a mi guía. Lo leí y desapareció con el mismo sigilo que había aparecido. En el texto se me indicaba acudir a una cita médica en el mismo hospital donde me encontraba. Cerré mi consultorio y me dirigí hacia el lugar.

Al llegar verifiqué con la recepcionista electrónica que tenía reservado un turno. No se me hizo raro que los de la UNA me contactaran luego de un mes. En eso había quedado con Dafne cuando me había dejado cerca de mi casa tras mi breve estancia en la UNA. Ella había insistido bastante durante el trayecto de regreso, como igual lo habían hecho Leila y mi madre. De todos modos, cuando antes de bajarme del auto le dije que podía contar conmigo se quedó sorprendida. Aún recuerdo la calidez de su abrazo y sus palabras: «No serás una "controlada" nunca más».

Entré a un consultorio y me recibió una joven doctora, a quien en ocasiones había visto de lejos en los pasillos. Dudé al ver que me colocó varios instrumentos de medición de diferentes signos. La doctora me administró un sedante que me permitió relajarme. Cuando me pasó el algodón impregnado en solución yodada comencé a desconcertarme, pero mis párpados ya estaban pesados. La doctora realizó su labor sin mencionar una palabra y después de la anestesia tópica prosiguió. A pesar de la anestesia local sentí un pinchazo profundo, pero ni siquiera terminé de ver cuando vació la jeringa, el sedante ya había hecho su función. Al despertar sentí un hormigueo que continuó extendiéndose hasta sacudir mi cerebro. Intenté retirar los instrumentos que colgaban a través de mis brazos e indagar aquel proceder cuando la doctora me retuvo por el hombro.

—Tranquila, no te muevas —fue todo lo que dijo y yo intenté confiar—. No tardaré demasiado. No tendrás quejas del tratamiento y créeme que te será muy útil.

Esa última palabra fue la clave de todo, me despedí de ella y me sonrió como Apolo lo había hecho al despedirse de mí. Conduje hasta mi casa. Al estacionar el auto, sentí algo extraño en mi cuerpo. «*Paz*» —escuché la voz de mi madre y me volteé para buscarla. Ella no estaba ni al frente, ni atrás, ni al costado de mí—. «**No te alarmes y continúa como si no escucharas mi voz. Esto funciona como una guía, pero con ciertas diferencias. Es una guía accionada por tus pensamientos. Tu guía pulsera ya no era una vía segura para comunicarnos. Solo trata de descansar los primeros días lo más que puedas para que te acostumbres. No desesperes por aprender**

a utilizarla, usa tu intuición». Luego el silencio acompañado de un ligero dolor de cabeza, quise retroceder para volver escuchar su mensaje, pero no pude, tampoco logré introducirme en la nueva guía, era como si no fuera real. Decidí esperar.

Corrí a darme un baño y ponerme el vestido verde que el closet tenía destinado para mí. Salí al jardín donde el cuento de hadas de Diana estaba por comenzar. Mi prima se veía resplandeciente, de seguro con pensamientos similares a los míos cuando me comprometí con William. Su futuro esposo, un capitán del ejército que conocíamos bien, era Owen Carter. Como era la tradición ambos entraron cuando los invitados estaban presentes. Diana arribó como una princesa del brazo de Carter. Su felicidad era aún más radiante que la sonrisa que esbozaba esa noche. Ambos firmaron el acuerdo guiados por una autoridad legal, las especificaciones de su compromiso y futuro matrimonio estaban fijadas de antemano. Seguido comenzó la parte social del evento, que inició por una cena.

Los familiares ocupábamos la mesa principal, a mi lado estaba sentado William y al otro mi padre. En cada una de las fiestas anteriores, Sebastián había ocupado un puesto junto a nosotros como un miembro más de la familia. Esa noche su lugar había permanecido vacío. Desde la mañana que lo dejé en el acantilado no lo había vuelto a ver. Tenía la certeza de que seguía bajo la orden de mi padre porque se lo había escuchado nombrar en varias ocasiones. En un desayuno mi tía había preguntado por qué el joven no acudía con nosotros como había sido su costumbre. Mi padre lo disculpó, dijo que estaba en una misión. La posibilidad quedó abierta, como si fuese tan sencillo que Sebastián volviera a sentarse a nuestra mesa en cualquier momento después de lo sucedido entre nosotros. Una voz en mi cabeza retumbó, era la voz de Venus que me pedía que acudiera a la oficina del general a revisar unas grabaciones. Tenía justo diez minutos para hacerlo.

Me levanté con el pretexto de ir al baño. Mientras caminaba y me cercioraba que nadie me seguía, mi madre me explicó más del funcionamiento de las cámaras de seguridad. Cada tanto las cámaras estaban programadas para borrar todo el contenido grabado, a modo de protección. En el justo momento en que yo me introduje a la oficina de mi padre, las grabaciones terminaban de ser analizadas por el personal autorizado desde el cuarto de seguridad. Accedí a las grabaciones desde la computadora de mi padre. Observé el cronómetro en la pantalla descender

a partir de diez minutos, lo que me dio el margen de tiempo necesario. Por inercia las cámaras seguían grabando, pero al final de los diez minutos borrarían todo su contenido. De esa forma cumplía con la misión de mi madre y no dejaba evidencias. El material que buscaba era de la cena que dio mi padre para King, con el fin de obtener información de una conversación de mi padre con su invitado de honor. Localicé el momento en que ambos se retiraron a la oficina del general para tratar sus asuntos. Memoricé las palabras de King para trasmitirlas a mi madre cuando aprendiera cómo hacerlo:

> *—El Tratado de Tolerancia solo subsistirá diez meses más —había rugido King a mi padre lleno de cólera y no me sorprendió su escaso autocontrol—. Hemos sido muy condescendientes. Si la ciudad-estado del este decide anexarse a esos pendencieros del MAM la aniquilaremos completa.*
>
> *Vi a mi padre cambiar la expresión del rostro ante aquellas palabras e intentar calmar a Ademar King:*
>
> *—Eso no será necesario si usted cambia al líder de la ciudad. Necesitamos a esas personas y a ese territorio para ganar si la guerra es inevitable —murmuró el general Verena.*
>
> *Según lo relatado, una de las ciudades-estado de la Sociedad Autocontrolada estaba a punto de entrar en caos. Sus líderes se corrompieron con el poder y los ciudadanos se decepcionaron a tal grado, que muchos simpatizaban en secreto con la UNA. King aporreó el escritorio de mi padre, su impotencia se debía, según sus palabras, a que si no accedían a dejar que la ciudad-estado pasara a engrosar el territorio de la UNA tendrían que enfrentarse a problemas mayores. Las demandas de algunos ciudadanos audaces, que expresaban el sentir de la mayoría de la población, no se hicieron esperar. Tomaron las armas para independizarse de la Sociedad Autocontrolada. Exigían que cesara el fuego y les dejaran anexarse de forma tolerante a la UNA. De lo contrario, la resistencia de dicha región intentaría apropiarse de la ciudad-estado con la que lindaba. Recordé los heridos que desde hacía un mes llegaban a las instalaciones de Emergencia del hospital, no provenían de este conflicto, pero evidenciaban que en nuestro territorio también había hostiles y yo lo sabía de sobra. Recordé las palabras de Dafne y tomé*

fuerzas para afianzarme a mi decisión de colaborar con la UNA.

Tres minutos pasaron y me dispuse a marcharme cuando vi que King abandonó la oficina y dejó a mi padre con la expresión dubitativa. Justo cuando iba a cerrar las grabaciones vi a Sebastián colocarse ante mi padre, quien con un gesto grave lo había recibido. Me quedaban cuatro minutos, pero al verlo en aquella grabación con su uniforme de gala me quedé inmóvil. Sebastián tomó asiento frente a mi padre y lo miró a los ojos:

—¿General, tiene cinco minutos? —le dijo.

—Ahora no. Busca otro momento. Tengo providencias que tomar para los tiempos que se avecinan —le contestó mi padre.

—Si en este instante no le digo, más tarde me reclamará por no haberlo hecho. Usted es un gran tutor para mí, por eso no puedo engañarlo. —Trastabilló al levantarse, dio vueltas por la habitación, lo miró de nuevo a los ojos y declaró—: Amo a Paz.

—Eso no es nuevo para mí —admitió mi padre y le sostuvo la mirada—. ¿Qué puedo hacer? Está comprometida. ¿Vienes a pedirme unos días para alejarte de ella? Si es eso, tómate el tiempo que consideres, pero te aseguro que pronto tendrás preocupaciones mayores que tus sentimientos por mi hija. Antes de lo imaginado estaremos en guerra.

—Paz me ama también —afirmó Sebastián.

—Eso es imposible, mi hija se va a casar —defendió mi padre y obvió por unos minutos el conflicto bélico que se gestaba—. Ella ha estado muy incontrolable desde la muerte de su madre y ustedes han pasado juntos demasiado tiempo. —Mi padre tiró la silla hacia atrás, se puso de pie y reflexionó en voz alta—. Tú tenías esa predisposición por ella y Paz tenía esa debilidad de carácter provocada por la pérdida de su madre que no pudo asimilar de una forma madura. Es mi culpa, debí preverlo.

—Le pido su permiso para convertirla en mi prometida a matrimonio bajo los términos que usted imponga, si ella accede a aceptarme.

—Me pones en una posición difícil, muchacho. Sabes que te aprecio, pero el matrimonio de Paz con William ya está

pactado. Si eso hubiese ocurrido antes del compromiso con William no me hubiese opuesto. Por otra parte, sería un alivio para mí —reflexionó el general—. No te extrañes, es verdad. Paz se me ha salido en ocasiones de las manos y tengo miedo que casada con William Allen ya no pueda hacer nada para protegerla. Tendré que arreglármelas con King. Te doy mi permiso, pero con una condición, deja que Paz decida sola y dale el tiempo para ello. No la presiones, no insistas. Si mi hija por propia voluntad cancela su compromiso con William, entonces pueden acudir a mí y yo les presentaré mis términos para que su unión se realice conforme a los estatutos de nuestra nación. Su relación con William es de muchos años y si decide dejarlo que no sea por un arrebato sino por una elección bien meditada.

Me sostuve con fuerzas del escritorio de mi padre. Me desgarró la idea que me pasó por la mente, si yo lo hubiese querido ahora estaría con Sebastián; él había enfrentado a mi padre y había cumplido su palabra. Una voz en mi cabeza me ordenó:

—*¡Paz, sal!* —gritó mi madre.

Tuve un sobresalto aún sin acostumbrarme aquel sonido. Miré el reloj y quedaban menos de treinta segundos. Me cercioré con una última ojeada que estuvieran en orden los archivos de mi padre y salí sin ser vista, mientras la voz de mi madre me decía:

—*Gracias, ha sido un gran trabajo para ser el primero. Apresura tu matrimonio. Necesitamos que marches a la capital cuanto antes. ¿Quién sabe que más esté tramando el maldito?, necesitamos información tan valiosa como la que acabas de obtener para salvar vidas. Olvida de una vez al capitán, una distracción como ésa puede entorpecer tu misión.*

Me quedé en *shock*, ¿cómo mi madre sabía de la conversación de mi padre con Ademar King y cómo sabía lo relativo a Sebastián si todavía yo no le había trasmitido el mensaje? «Mis pensamientos», pensé e intenté entender el mecanismo de la nueva guía, «tiene acceso a mis pensamientos».

—*Ya aprenderás a controlar la guía, tendrás más privacidad y dejarás de ser novata en esto* —dijo mi madre a través del dispositivo en mi mente y luego se despidió.

Aún podía ver la expresión de Sebastián mientras me encaminaba a la salida. Aguanté el dolor que me causaron sus palabras. Si me resistía estaba

lista para cumplir con la misión de la UNA. La prueba de la condición humana de Sebastián y su entereza me debilitaban. No sé cómo pude contener mis ganas de correr a buscarlo a su refugio, donde se había resguardado para que yo no pudiera lastimarlo más, pero el odio en las palabras de Ademar King todavía me retumbaba en los oídos. Ese hombre masacraría una región completa de su propia nación si sus habitantes decidían defender sus ideas. Aquello tenía que hacerme poner en pausa cualquier sentimiento particular y ocuparme de buscar una forma de salvar aquellas vidas.

Llegué a la mesa donde William aún me esperaba, los demás comensales ya la habían abandonado y permanecían dispersos por el jardín. William tal vez había comprendido con nuestra primera separación que yo necesitaba más de su afecto, porque ahora era más afable en su trato conmigo. Tanto con sus palabras como con sus actos intentaba complacerme, por lo que cuando le comuniqué mi intención de adelantar la boda, estuvo de acuerdo.

14



Parecía que el final con Sebastián había quedado atrás, al menos para mi «escolta» que había desaparecido por completo hacía un par de meses. Su lejanía me facilitaba en parte mantener mi decisión; me había concentrado esos días en los pormenores de mi próxima boda, lo que aún tenía a mi padre dubitativo. En las noches, cuando Sebastián se me colaba en el pensamiento y me vaticinaba otra batalla contra el insomnio, aprovechaba para repasar el instructivo que venía con mi nueva guía. La guía, si podía llamársele así, estaba constituida por las nanopartículas que la doctora introdujo en mi cuerpo a través de la inyección. Cada nanopartícula vino con una función determinada y se dirigieron a diferentes regiones neuronales. La información que yo percibía con mis sentidos era procesada como datos en tiempo real. Aprendí a guardar información, a trasmitirla y a elegir a quien enviarla. Aunque todavía no era experta en el manejo de la guía y a cada instante me sorprendía su tecnología, la manejaba bastante bien. Incluso le puse una contraseña de seguridad para que otros usuarios del sistema no accedieran a mi información sin mi autorización. La guía era biodegradable, tenía una fecha de caducidad inamovible, por eso era la prisa de mi madre también. En determinado tiempo tenía que lograr resultados.

El uso de mi energía se había duplicado al doble, las horas que dormía apenas si me alcanzaban para reponerme. Cuando despegué los ojos, la

mañana en que se efectuaría mi matrimonio con William, mi tía y mi prima me sacudieron para desertarme. Tía Patricia me condujo al baño de inmediato mientras negaba con la cabeza.

—Ya son las once de la mañana. Te dejamos dormir para que amanecieras reposada y mira esas ojeras, ¿qué haces para mantenerte así? ¿Has tenido mucho trabajo en el hospital? —indagó mi tía y sin darme tiempo a responder volvió a preguntar—. ¿Y ahora cómo le vamos a hacer?

—No te preocupes, mamá —añadió Diana con una sonrisa—. Eso se arregla con maquillaje. Paz va estar hermosa porque lo es.

—Gracias, Diana. Eres amable —le dije.

Hice lo posible para evitar las similitudes entre esta boda y nuestro intento frustrado de matrimonio. La vez anterior me había sentido como una mariposa con ganas de revolotear de felicidad y había disimulado aquellos deseos para armonizar con las costumbres de la sociedad. Había aguantado las cosquillas que me recorrieron el cuerpo y las que hacía algún tiempo había dejado de sentir. Sabía que me casaba con William para traicionarlo, para introducirme en los más oscuros secretos de su familia, que eran a la vez los de nuestra nación y sacar ventajas para la UNA. Lo peor de todo era que William no se lo merecía y que yo estaba dispuesta a sacrificar su confianza por mis ideales. Al salir del baño contemplé mi vestido de novia y comencé a vestirme a la vez que iniciaba mi comedia. A Sebastián no lo había vuelto a ver desde aquella vez en el acantilado. Mi intención jamás había sido olvidarlo, me rehusaba a hacerlo, solo quería alejarlo para no enredarlo en mis asuntos. Era una especie de masoquismo del que no me podía librar; dejaría agonizar mi amor por él hasta que mi naturaleza decidiera extinguirlo.

Me coloqué aquel vestido negro azabache que hacía ver mi piel aún más pálida; era una falda muy amplia llena encajes que terminaban en un destello plateado; me cubrí el cuello con tres vueltas de una banda de seda que se deslizaba por mi cuerpo hasta el borde del vestido.

—Este vestido es más hermoso que el de la otra vez —se atrevió a decir Diana, a lo que su madre le hizo una señal para que no insistiera en recordar la ceremonia frustrada.

—Te lo agradezco, prima.

—¿Por qué no te quitas la guía? No la necesitarás —mencionó mi prima señalando a mi brazo.

—No. —En la guía aún conservaba aquel dispositivo que me había colocado Sebastián, el que era un símbolo de su amor por mí y era lo

último de su presencia que me quedaba.

—Como desees —dijo Diana.

—Temí que con los colores que elegimos se te enfatizaran las ojeras, pero me equivoqué, estos colores te dan un aire especial. Es un vestido muy lindo —expresó mi tía.

—No era necesario tanto, algo sencillo hubiese estado bien —añadí.

—Por supuesto que no, el rango de tu padre y de tu futuro esposo es lo mínimo que demandan. Tu padre se va a sentir orgulloso cuando te vea —afirmó mi tía.

Patricia abandonó la habitación y me quedé a la espera de mi llamado. Diana permaneció a mi lado unos minutos en silencio y luego soltó lo que ya no podía callar:

—No tienes que hacerlo. No creo que lo hagas por el qué dirán, ni siquiera por tu padre. ¿Por qué se separaron? —aludió y aunque no indicó su nombre sabía a quién se refería. Diana me lo había repetido en diversas ocasiones desde que le comuniqué de mi regreso con William, hice lo mismo que en otras ocasiones, evitar el tema.

—No es el momento de hablarlo, ya llegó la hora —evadí a toda costa ser confrontada.

Marché hacia la cita que tenía con el mayor William Allen. Fue un recorrido enorme por el jardín a la luz del sol. Caminé el amplio sendero lleno de invitados con mi padre del brazo. El general iba orondo, pero serio, aún más que cada día. No sabía qué pensaba, pero casi podría jurar que se debatía para sus adentros, sin saber si me iba a entregar a mi fortuna o a mi desgracia. Intuí que la traición de mi madre todavía lo dominaba y su desconfianza hacia ella, lo había vuelto receloso hacia mí. Sonreía en el exterior, aquel teatro podía desmoronarse si Sebastián se hacía presente. Pasé los ojos sobre los invitados y aunque en varios momentos creí verlo, me engañaba. La fiesta terminaría tarde o temprano y yo tendría que seguir adelante con mi farsa y las ideas que la sostenían. La familia de William me observó entrar, Ademar King ocupaba un puesto de honor junto a su esposa entre ellos. Cuando tuve a William frente de mí, con aquella sonrisa que dolía traicionar me propuse seguir adelante de una vez. Aceptamos unir nuestras vidas y sellamos nuestro contrato matrimonial por la ley de nuestra sociedad.

Nos quedamos en la fiesta hasta que llegó la hora de retirarnos. Aún no se ponía el sol cuando me despedí de mi padre. Lo abracé apurada antes que dijera alguna palabra que se repitiera en mi conciencia por muchos

años. Sus consejos siempre eran certeros y yo quería huir de su claridad. Mi tía y mi prima también quedaron atrás. Lo más seguro era que no las volvería a ver por algún tiempo. Mi equipaje ya estaba listo. Me puse una ropa ligera y partimos a la capital de nuestra nación junto con el séquito de la familia de William. Temí que pasarían meses para volver a ver a mi familia. Los tiempos que mi padre auguraba estaban por llegar. Ademar King tomó sus providencias y concentró a su familia muy cerca de él.

Nuestro vuelo duró muchas horas porque la capital quedaba del otro lado del Atlántico. Arribamos. Nos alojamos en un ala privada de la residencia oficial de los King, donde hacía años William vivía con sus padres. Era un espacio muy amplio con varias habitaciones, salones y jardines; no lo exploré a fondo hasta un día después. La que sería mi habitación estaba preparada para nuestra primera noche en dicha morada, pero estábamos tan extenuados que dejamos el equipaje en el suelo y nos acostamos vencidos por el sueño.

Tras dormir varias horas William me despertó con besos que me recorrían las mejillas y los labios. Abrí los párpados y él me ofreció una copa de *champagne* mientras siguió besándome. Di un sorbo a la bebida y me acomodé para seguir durmiendo. William insistió y capté que no me escaparía.

—¿Aún cansada? —averiguó.

—Lo siento, no es por el viaje, son los días anteriores a la boda y los preparativos que me dejaron exhausta.

—¿Y si tomamos un baño juntos? Alguien dejó la tina lista para los dos. Nos serviría para relajarnos —insistió.

—Si es lo que deseas… —dije.

Entré al baño decorado con flores y verifiqué la temperatura del agua. Me tomé toda la copa hasta el final y luego me serví otra; dejé deslizar mi bata hasta el suelo y me introduje en la bañera. William me siguió de inmediato. Cerré los ojos y lo dejé apoderarse de todos los rincones de mi cuerpo, aunque mi piel era un témpano de hielo que se estremecía ante el calor de sus dedos. Fue muy amable conmigo, mi sentimiento de culpa me hizo ser complaciente con él y ceder ante todas sus peticiones. Cuando se sintió satisfecho me llevó en sus brazos hasta la cama y me pidió que descansara mientras fue a prepararme el desayuno.

Al tiempo que comíamos me reveló:

—No nos marcharemos, nos quedaremos a vivir aquí.

—¿En esta ciudad o en la residencia? —pregunté.

—Sé que en nuestro contrato prematrimonial fijamos que viviríamos solos, pero la situación actual es complicada y mi familia necesita permanecer unida. Estaremos bajo la hospitalidad de mi tío hasta que sea prudente irnos a vivir a otra vivienda en esta misma ciudad.

—Eso no me afecta —admití con sinceridad porque era perfecto para mis planes—. Solo quiero estar a tu lado y desempeñarme en lo profesional.

—Eso último habrá que posponerlo por un período indefinido. Tu vida no será igual que antes. Hay cuestiones que no puedo revelarte por nuestra seguridad.

—Entiendo.

—Te agradezco tanto tu comprensión —dijo.

—Tampoco te prometo cumplirlo al pie de la letra. Es difícil para mí, amo mi carrera —le hice entender.

—Si te parece hablaré con mi tío para que te acepte en su equipo de médicos. Así pasarás la mayor parte del tiempo cerca y tendrás vigilancia de calidad. Tampoco quiero que te quedes encerrada en los largos períodos que estaré fuera.

—Es una buena propuesta —acepté.

Estuvimos juntos siete días, antes que partiera a una misión. Esa semana fue intensa, conocí al resto de la familia de William y a otros de sus allegados. Nos terminamos de instalar en aquel lugar. William me explicó que el procedimiento para acceder al equipo médico de Ademar King era muy reservado y no me había podido conseguir un puesto por el momento. En cambio, su tío me ofreció unirme al equipo de médicos de los líderes más prominentes de la ciudad. Acepté de inmediato, la clínica estaba muy desarrollada en cuanto a tecnología biomédica. Así que cuando William me dejó en compañía de los suyos, me consagré a mi nuevo trabajo.

La clínica estaba dentro de la circunferencia de la amplia zona protegida. En ésta laborábamos unas ciento cincuenta personas entre médicos, enfermeros y otros. Había doctores de distintas especialidades. El equipo médico y la seguridad de aquel lugar era de lo más innovador. El día que llegué me asignaron un consultorio y me presentaron al personal que iba a laborar conmigo. Al principio no noté el peso de las miradas de mis colegas más próximos, sabía que para cada uno ocupar el puesto que desempeñaban había sido resultado de un arduo proceso para ser

seleccionados. Yo había venido tras una palabra emitida por Ademar King y por eso se esforzaban en disimular el descontento.

De inicio iba a atender a ciertos miembros de la familia King, a los oficiales más cercanos a él y a otras personas poderosas. Me explicaron que el proceso para ascender era escalonado y supervisado con rigidez. Para mi misión aquello era un paso gigante y venía aparejado de un compromiso de mi parte para ponerme a la par de mis colegas en cuanto al entrenamiento físico, médico y psicológico. Cada uno de los médicos que atendían a la familia King y a los altos mandos, había pasado por exámenes rigurosos que yo había brincado gracias a mi cercanía con el mandatario, cuya palabra valía más que cualquier principio o reglamento. Para emparejarme a los otros médicos, el jefe de mi equipo me envió una amplia guía confeccionada por él mismo con todos los puntos en que me debía superar, así como el nombre y datos del elemento del personal que me tutelaría según la necesidad a cubrir.

Los días transcurrieron, dos meses pasaron y mi esposo continuaba lejos. Me concentré en el trabajo del hospital y en la transmisión de información a la UNA. Me despertaba antes del amanecer y me dejaba guiar por un robot humanoide que me asignaron como entrenador en defensa personal. Me ayudaba a mantenerme en forma y a retomar mi entrenamiento en técnicas defensivas, el cual había dejado hacía un par de años. Constantemente me quejaba con él por su falta de humanidad, la que le impedía empatizar conmigo y darse cuenta que se excedía. Él me recitaba el parlamento resguardado en su memoria, me hacía resignarme y aplicarme, si quería conservar mi puesto en el hospital.

Hacia las ocho de la mañana me iba a la clínica. Después de mis horas de trabajo, leía acerca de los avances en Medicina y estudiaba nuevos procedimientos médicos. Como William estaba lejos y no conocía a muchos en la ciudad, podía concentrarme en mejorar mis capacidades. Comenzó a agradarme estirar al máximo mis limitaciones, sabía que una vez que estuviera a la par que mis colegas, podría reestructurar mis programas de entrenamiento, alternarlos según los días y bajarle a la intensidad.

15



La primera semana que pasé sin William, recibí la invitación de Karena King para una recepción para mujeres, las que realizaba con frecuencia. Me presentó ante las demás como la esposa de su sobrino.

—¿Cómo te sientes desde que estás aquí? ¿Te atendemos bien? —indagó Karena, quien se me acercó con mi suegra.

—No puede ser mejor, gracias —respondí.

—Me alegro, es un placer darte la bienvenida a nuestro grupo —afirmó la esposa del dignatario—. Nos reunimos para dialogar acerca de temas relacionados con la familia. Es importante unificar las reglas del cuidado de los hijos, son el futuro de nuestra nación.

—Estoy de acuerdo con ello —dije lo que ella quería escuchar.

—¿William y tú han hablado acerca de la concepción? ¿Qué planes tienen? —me lanzó Karena sin ningún respeto a mi privacidad.

—La verdad no hemos tenido tiempo para hablar —me libré como pude.

—Con sus continuos viajes es algo que no pueden dejar al azar, tienen que planificarlo y tomar las medidas pertinentes. Imagino lo que pensarás de mis palabras, que eres médico y sabes más que yo de ese tema, pero tenemos años de experiencia con la maternidad. Hay quienes se lo dejan a la naturaleza, cuando se arrepienten es demasiado tarde. Te recomiendo

que sea un evento supervisado para que seleccionen las características genéticas más aptas y si me permiten opinar en el sexo tiene que ser un varón. William necesita un heredero como ya lo tiene mi hijo. Acompáñame, quiero que converses sobre el tema con Earta —dijo Karena para referirse a la esposa de Darcio Hébert, la persona más poderosa después Ademar King y Ademar King II—. Ella es experta en maternidad, dirige el Instituto de Planificación Familiar y es quien se ocupó de la concepción de la esposa de mi hijo. Le pediré que haga lo mismo contigo.

Me dirigí con Karena King y mi suegra, quien no había abierto la boca en toda la conversación, hasta el grupo de mujeres donde se encontraba la doctora Earta Hébert. Mi sorpresa fue enorme al ver a Dafne Rossi a su lado, con un vaso de cristal en la mano, dispuesta a beber una infusión de flores con toda tranquilidad. Saludé con mesura a aquéllas que conocía. Terminé de conocer a las otras, mientras Karena le daba la tarea a la doctora de guiarme en mi proceso de concepción y la aludida se apropiaba de aquella misión de inmediato. Cuando me fue posible escabullirme, me dirigí a una mesa con bocadillos acomodados en perfecta simetría. Dafne, quien al parecer esperaba lo mismo, se me aproximó con discreción.

—¿Aún me guardas resentimiento? —inquirió y simuló que intercambiábamos palabras triviales.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—¿Pensaste que ibas a estar sola? Me asignaron para trabajar contigo —contestó y pude escucharla a pesar de que sus labios permanecían cerrados en una mediana sonrisa. Se comunicaba a través de la nueva guía.

—¿Estas cosas son seguras? —le trasmití con el pensamiento a través de mi guía.

—Por ahora no tienen idea, para cuando lo descubran utilizaremos otra vía. No has tenido problemas para ganarte la confianza de Karena King, pero no te descuides, te sorprenderán sus habilidades —dijo.

Dafne se retiró y me dejó con dudas acerca del interés de Karena hacia mí. Desde ese día observé con cuidado las atenciones que tenía conmigo para descubrir sus motivaciones. Así advertí que me cuidaba cuando William estaba fuera y ponía gran esfuerzo en indagar acerca de la procreación de nuestro hijo, incluso con más ímpetu que mi suegra.

El primer día de descanso que tuve durante el tiempo que estaba sin William, planifiqué recorrer la zona protegida y terminar de familiarizarme. Me vestí con una ropa ligera y me dispuse a salir. En el salón contiguo a mis habitaciones me encontré a Sara, la nuera de los King.

Al inicio creí que era azar o una coincidencia, hasta que me di cuenta que había venido por mí.

—¡Al fin te despertaste! Karena me pidió que te acompañe a una cita con Earta, al Instituto de Planificación Familiar —dijo emocionada.

—¿Estás segura? Yo no le comenté nada al respecto —mencioné y hasta dudé si por error le había insinuado algo a la tía de William.

—No te apures, así es Karena. Más te sorprenderás cuando veas cuántas cosas planeará por ti. Es lo que viene aparejado con la responsabilidad de estar casada con alguien tan cercano a Ademar King —explicó Sara.

—Lo siento, pero hoy no estoy preparada, ni siquiera lo he hablado con William.

—No te preocupes, William estará de acuerdo. Igual mi esposo lo estuvo. Vamos antes que lleguemos tarde —insistió.

—No la hagamos esperar —quise rehusarme una vez más, pero me dejé llevar.

Al llegar al Instituto de Planificación Familiar, el que pisaba por vez primera comprendí que era más que una clínica destinada a la concepción asistida. Era un sitio saturado de robots humanoides con batas blancas que se movían por doquier. El personal médico humano era escaso, alrededor de unos cincuenta o menos, poco acorde al tamaño de la construcción. Era lógico concebirlo así, ya que era solo para la élite de la zona protegida de la capital. En el resto de la nación había los institutos necesarios según la cantidad de población a tratar. Éste era el más importante de todos, donde se realizaban las investigaciones y se tomaban las decisiones. Constaba de diez pisos y bastante área verde con un excelente paisajismo. Todo era blanco con mucha luz y exceso de cristales. Sara notó que yo estaba interesada en el edificio así que me susurró:

—Si te entusiasma conocer el lugar, Earta se ocupará de mostrártelo. Lo hizo conmigo en mi primera visita. Es un lugar hermoso, incluso podría ser una mejor opción laboral para ti. Es mucho más acogedor, ¿o no? Si yo fuera médico lo preferiría. ¿A William le gusta que te dediques a tu especialidad médica?

—Claro que sí, él fue quien buscó el trabajo para mí —le contesté mientras no sabía si se daba cuenta que sus comentarios me incomodaban.

—Pero una vez que tengas a tu hijo ya no será prudente que trabajes en Emergencias, Karena estaría encantada si de ti naciera la idea de trasladarte.

Escuché cuando le sugirió a William antes de la boda que podrías trabajar aquí. No sé por qué William prefirió acomodarte en la clínica.

—Ha de ser por mi perfil —comenté convencida de lo que quería conseguir Sara con su comentario.

No profundicé en el tema, pero entendí la insistencia de Karena King para que conociera el Instituto. La doctora Earta Hébert ya nos esperaba y luego de indagar acerca de la información usual para planificar la concepción, me dio unas píldoras para estimular mi ovulación. Me colocó un chip en el abdomen y me dijo que cuando la lucecilla roja cambiara a color verde, acudiera de inmediato para unos exámenes. También enfatizó que, de ser viable, procedería a la extracción de mis óvulos. Luego me ofreció el paseo por las instalaciones y comenzamos a caminar.

—Será un recorrido breve, ya luego con calma si te interesa podría mostrarte más. Empecemos por las oficinas del Comité de Familia. Es donde se elaboran los principios que rigen la educación de nuestros hijos. Sara es miembro del comité —recalcó la doctora.

—Ya tengo experiencia como madre. A lo mejor no tanta como la doctora Earta o Karena, pero mi pequeño de tres años me ha hecho aprender mucho —dijo la aludida.

El paseo fue interesante, aunque se limitó a las áreas no restringidas. Mi curiosidad se acrecentaba ante cada puerta que se cerraba a nuestro paso con señas de su alta seguridad. Ante mi sutil insistencia por saber qué había dentro de aquellos salones, la doctora se esforzaba en hacerme perder el interés, y se centraba en mostrarme otras oficinas, los consultorios de algunos doctores, los salones donde las mujeres daban a luz, entre otros similares. Entendí que aquella conversación trivial sería interminable y que lo que me interesaba averiguar no me sería revelado aquel día, no pregunté nada más y agilicé el fin del recorrido. Cuando arribamos al auto, aguardé a que Sara desapareciera para retomar mi plan inicial que era recorrer la ciudad.

—Tenemos un par de horas para estar listas para una recepción con madres jóvenes y nuestros hijos. No te demores, paso por ti en dos horas. Serás nuestra invitada de honor y compartiremos nuestras experiencias contigo —dijo y comprendí que Sara no tenía intenciones de dejarme sola.

Pospuse mis planes iniciales e hice lo que Sara me pedía. Me alisté lo más rápido que pude, no sin antes tirar al excusado las pastillas que me había dado la doctora. Antes del tiempo estipulado, Sara ya había acudido por mí con su pequeño de tres años en brazos. No fue necesario que

Karena King estuviera presente para ejercer presión sobre mí, estaba de manera permanente en el discurso de Sara. Era como si los pensamientos de Sara hubieran sido transportados a otro planeta y en su lugar hubiesen colocado otros, entretejidos con especial cuidado por Karena. Antes de entrar a la recepción me dijo:

—Estoy feliz de que estés ahora con nosotras, te consideraré como una hermana. Te resultará extraño que te diga esto cuando llevamos poco tiempo de conocernos, pero desde que supe que tras la boda vendrían a vivir a la residencia me dio mucha alegría. Deseaba mucho la compañía de alguien joven como yo.

Sara, quien había comenzado a ponerse sentimental con lo que me decía, respiró hondo. Así supe que, en el trasfondo de sus palabras y sus actos, ella conservaba su esencia, más allá de su rol de la esposa del heredero. Por más que se empeñase en ser un fastidio terminaba por simpatizarme. Al adentrarse al lugar, Sara se apoderó de éste con una sonrisa. La recibieron como a la misma Karena King.

Volví a toparme con Dafne en aquel sitio. Ya no me sorprendí. Sin que nadie se percatara que teníamos una relación cercana le pregunté a través de la guía:

—*Te la has arreglado para estar en los mismos lugares que yo* —le dije con los labios sellados.

—*No en los mismos, habrá puertas que no se abrirán delante de mí* —aclaró.

—*¿Y qué se supone que haces aquí? ¿No es esto solo para madres?*

—*Aquélla de azul, es mi hija* —contestó Dafne.

Reparé en la adolescente que se divertía con los demás chicos de su edad.

—*Esto es demasiado e innecesario* —le manifesté y no pude evitar verme reflejada en su hija. La chica, como yo, descubriría tarde o temprano que su historia, como la conocía hasta la fecha, era una farsa.

—*No te diré que te equivocas, pero desde que tomaste la decisión de estar con nosotros compartes muchas de nuestras ideas* —concluyó Dafne.

—*¿Qué edad tiene tu hija?*

—*Trece años recién cumplidos.*

—*La tuviste demasiado joven* —afirmé al cerciorarme que Dafne cuando mucho tendría veintinueve años y ni siquiera los aparentaba—. *Nunca podré entender los motivos que te llevaron a ti o a mi madre para hacer esto. Juegan con la identidad de la persona más importante en sus vidas*

y luego quieren exigirles una ideología. Se lleva muy bien con los demás chicos, se siente parte de ellos. Cuando quieras que piense como tú tal vez sea muy tarde.

—Suficiente, no aceptaré tus sermones.

—Yo he tenido que aguantar los tuyos desde que te conozco. Es solo lo que pienso.

16



La mañana siguiente desperté cuando la alarma de la guía del brazo comenzó a sonar. Estuve a punto de llegar tarde a mi entrenamiento, pero no fue así. Al terminar, me di una ducha, me acerqué al closet que me extendió mi uniforme y salí hasta mi auto. Ser la esposa de William me hacía gozar de ciertas ventajas muy útiles para mi misión. A diferencia de Sara, podía andar libre y sin escolta, al menos dentro de los muros de la zona protegida. El día en la clínica transcurrió como había sucedido la semana anterior, con algunos casos graves que venían de la zona de guerra. Las preguntas sobre dichos pacientes, que ostentaban cargos importantes, no estaban permitidas.

Salí de la clínica lo más rápido que pude y me di a la tarea de recorrer el territorio protegido de la ciudad-estado más fortificada y con la mayor vigilancia del mundo. Solo Dafne y yo, según lo que me había revelado ésta, habíamos quebrantado sus muros. Mi madre la había pisado unas tres escasas veces. Salí a la calle y comencé mi recorrido. La capital tenía una superficie superior a los mil quinientos kilómetros cuadrados, de los que alcanzaron a regenerar solo dos tercios. El área de la zona protegida estaba por debajo de los cien kilómetros cuadrados. Dentro de ésta se ubicaban, además de la residencia de los King y las casas de las personas más ricas y poderosas, el Instituto de Planificación Familiar, la sede principal del

Departamento de Defensa, la Academia Militar, el Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial, entre otros sitios de ese estilo.

Mi nueva guía desplegaba una especie de mapa virtual que yo construía a la vez que lo recorría. Solo yo podía verlo y simulaba ante otros transeúntes que hacía un simple recorrido. Los espacios que Dafne ya había trazado aparecían señalados, aún era un mapa incompleto y en construcción. Esta tarea era de importancia para la UNA porque la disposición de la zona protegida era desconocida para ellos. El diseño del área había partido de cero para que los de la UNA no tuvieran en sus archivos información sobre la misma. Apolo coordinaba la misión junto conmigo y me daba sugerencias sobre las coordenadas más probables que yo debía seguir para llegar a los lugares que le interesaban. Al llegar ante el Centro de Desarrollo de la Inteligencia Artificial tuve que dejar el auto y seguir caminando a pie. Desconocía el alcance de lo que se gestaba en su interior, pero estaba segura que ahora mismo el desarrollo de la tecnología tenía en miras la inminente guerra. Como era difícil mantenerme en dos actividades a la vez sin que alguien sospechara, me esforcé en sincronizar mis pasos, cruzar la vista con los transeúntes, parecer que conocía los sitios a los que me dirigía y mantener aquella conversación con Apolo, sin ser descubiertos. Trataba de parecer enfocada. Observé el centro de lejos desde una amplia plaza transitada por personas que caminaban en todas direcciones.

Me acerqué lo más posible sin parecer sospechosa e intenté enfocar el edificio principal que estaba en línea recta frente a mí a más de veinte pasos. Fueron dos minutos en que me pareció ver a alguien conocido y rectifiqué en él. Desactivé el sitio mental en construcción y casi escuché a Apolo lamentarse cuando se perdía la comunicación. Vi a Sebastián Casals en medio de la gente que caminaba por doquier. Me quedé petrificada al distinguirlo escurriéndose entre los distintos pasajes que conducían al interior. Intenté dar media vuelta y negar haberlo encontrado. Mas, el azar o una premonición le hicieron girarse y tropezarse con mis ojos que lo miraban con inusitada premura. También se detuvo y mientras las personas continuaban en su andar, nos perdimos unos minutos el uno en el otro. Quise cambiar de trayectoria, pero mis pies estaban sembrados en el suelo. Me quedé quieta mientras él aún decidía si vendría hacia mí. Dio un paso en mi dirección y acto seguido se detuvo. Me saludó con un gesto, como lo había hecho tantas veces en los años precedentes a nuestra relación, bajó la mirada y se alejó. Exhalé el suspiro que se me había quedado atravesado en

la garganta y proseguí mi camino, mientras miles de ideas desfilaban por mi pensamiento: «¿Qué esperaba? ¿Qué corriera a mis brazos? ¿Acaso se me olvidaba que yo había tomado la decisión que nos alejaba de por vida?». Tenía que averiguar qué hacía Sebastián en la capital.

Caminé hacia mi auto, lo abordé y me dirigí hacia la casa. William me esperaba. Recibí su abrazo sin sacarme de la memoria el encuentro con Sebastián y su frialdad hacia mí. William me hablaba y yo fingía escucharlo. Llegó con tantos planes sobre nuestro futuro heredero que comencé a sentirme invadida por sus necesidades, las que me resultaban difíciles de atender. Cerré los ojos y lo dejé amar cada palmo de mi cuerpo. Sonreí cuando tuve que hacerlo, suspiré cuando él esperaba que lo hiciera y me mostré complacida. En mi corazón, los latidos por Sebastián me desbordaban con un dolor absoluto. Cuando William abandonó mi cuerpo agasajado por un deseo inmerecido, caminé al baño intentando parecer calmada y bajo el chorro de agua caliente me derrumbé.

Reflexioné mil veces acerca de la veracidad del sacrificio de renunciar a mis sueños por algo que me aseguraron lo ameritaba. Pensé en todas las vidas que me aseveraron que yo estaba salvando. En mi desesperación, traté de sintonizarme con Dafne para que me repitiera aquel dogma que siempre me recitaba para ahuyentar mis dudas. Nos comunicamos a través del pensamiento con la guía:

—*¿Cómo puedes renunciar a tu vida?* —pregunté.

—*Esto es lo que yo elegí* —aseguró.

—*¿Olvidaste al hombre que amabas?*

—*No sé si lo olvidé, pero trato de no pensar en eso. ¿A qué viene esto ahora? ¿Él te dijo algo?* —Creyó que el tema de la conversación giraba sobre su historia.

—*¿Acaso tendría que hacerlo? ¿Conozco al hombre que amabas?* —reflexioné.

—*Olvídalo, finge que no lo mencioné.*

—*Veo tu familia y no puedo creerlo. ¿Cómo te has sumergido tanto en tu papel incluso para tener un hijo con tu propio enemigo?* —volví sobre un tema anterior.

—*Sería egoísta pensar solo en mi felicidad. Incluso el hombre al que renuncié coincidiría conmigo* —intentó justificar su proceder.

—*¿Cómo puedes estar tan segura?* —recordé la tristeza en los ojos de Sebastián cuando lo abandoné.

—*Es Apolo* —admitió.

Con ese nombre bastaba para entenderla. Apolo encajaba en el perfil del hombre que me describía. Para él no habría nada más importante que la causa de la UNA. Era tan perfecto y sus ideas tan justificadas, que la mejor forma de amarlo era como Dafne lo hacía. Seguí pensando en el dolor que me produjo encontrarme a Sebastián, aún sin desconectarme de Dafne y ella tuvo acceso a mis imágenes mentales. Sus palabras me arrebataron la angustia en la que me sumergí:

—*Eso que sientes no será eterno* —afirmó como si fuera dueña de la verdad.

—*¿Ahora comulgas con las ideas de la Sociedad Autocontrolada?* —le recriminé.

—*La intensidad de la pasión se desvanece con el tiempo. Tienes que aprender a distinguir el verdadero amor del deseo. ¿Cómo puedes amar tanto a ese capitán si ni siquiera comparten ideas?* —insistió.

—*¿Por qué crees que no tenemos cosas en común?*

—*Están en transmisiones opuestas* —supuso.

—*Nos ha tocado vivir en un mundo dividido por un límite que no pusimos ni Sebastián ni yo*.

—*En eso tienes razón*.

Me sobresalté al escuchar la puerta abrirse. William se me acercó. Dejé a Dafne. Aparenté que había terminado de bañarme para dejarlo solo y él me abrazó con ternura indicándome que quería disfrutar del agua conmigo. Le sonreí con un soplo de sinceridad y nos quedamos abrazados mientras el agua corría. Me repetí que yo había decidido dejar a Sebastián, aunque no lo había soltado por completo. Intenté concentrarme en William, hacerlo feliz el tiempo que tendríamos que estar juntos y respetarlo, tal como él lo hacía conmigo. William no tenía defectos a mis ojos, solo que no era Sebastián. Lo escuché hablar sobre las ideas de Karena King con respecto a la concepción de nuestro heredero:

—Me alegra tanto que hayas ido al Instituto de Planificación Familiar, pensé que querrías esperar. Mi tía me ha insistido mucho con ese asunto del hijo y le dije que no te presionaría, pero ya veo que no se pudo aguantar.

—¿Tú también lo deseas? Digo, es nuestra vida y quiero que la decisión sea tomada por ambos.

—Me encantaría que tengamos un hijo ya, solo esperaría por la situación política. No comentes esto con nadie, pero pudiera haber una guerra en puerta y no quisiera tener un hijo ahora si eso ocurriera.

—Mi padre siempre me preparó para esta batalla. Sabía que llegaría tarde o temprano —no mentí.

—Por otro lado, conversé con mi tío y me aseguró que estamos preparados para cualquier enfrentamiento, que nuestra calma no será empañada por nada. Me dijo que podemos seguir con los planes que trazamos, que si hay conflicto no llegará siquiera a la zona protegida. —Con aquello reafirmó que estaba de acuerdo con los planes de concepción que su familia tenía para nosotros.

—¿Estás convencido?

—Si mi tío me lo aseguró es porque tiene pruebas sólidas de nuestra seguridad. Entonces, ¿vamos a tener ese hijo?

—Mi familia no está dentro de la zona protegida y mi padre nunca abandonará su ciudad-estado —le recordé—. Lo pensaré un poco más.

—Tal vez deje de ser una decisión nuestra —me insinuó—. Es una cuestión política que no podremos controlar. Nuestro hijo será el cuarto sucesor del gobierno. Mi primo, su hijo, yo y sigue nuestro hijo.

—¿Hablas como si se tratara de una antigua monarquía? ¿Si hay otra persona más apta para ocupar ese lugar no votarán para elegirlo? —se me escapó y de inmediato me arrepentí.

—Tienes mucho que aprender, mi tío no lo permitiría —esgrimió y los ojos le brillaron al hablar de King. Yo recordé que su bisabuelo y su abuelo habían estado en el poder previos al actual mandatario.

—Ademar King no vivirá toda la vida —volví a la carga ya sin poderlo evitar.

—Él tomará las providencias —aseguró.

—Hablas como si Ademar King fuera omnipotente.

—Es un hombre excepcional, sin él nuestra sociedad no sería ni la milésima parte de lo que es. Todo se le debe a su sabiduría, a su firmeza.

—Lo dices como si nadie más hubiese aportado —manifesté.

—Cuida tus comentarios, no parecen los de mi esposa. Vístete vamos a cenar con mis tíos. Espero que delante de ellos no hagas esas declaraciones tan sórdidas —terminó enojado conmigo y hasta que me reclamó, caí en cuenta del peso de mis palabras.

William salió del baño con los labios apretados y la respiración acelerada, como si yo hubiese sido ofensiva hacia su propia persona con mis revelaciones. Lamenté para mis adentros haber abierto la boca para proferirlas, debido a mi verdadero papel en esta historia. Aquel enojo le duró toda la noche, aunque lo disimuló muy bien delante de sus familiares.

Karena King, sin embargo, no tuvo dificultad para percibirlo. Nos miraba desde su sitio en la mesa, al lado de su esposo.

Aquella cena fue la primera que pasé solo con la familia más cercana de Ademar King. La tensión entre los familiares podía sentirse en el ambiente. La amplia mesa con sus espacios vacíos entre comensales hacía difícil la conversación entre todos. Encendí la comunicación con Apolo y escuché su risa de triunfo ante los múltiples datos que estaba obteniendo. Entendí a Dafne cuando me dijo que había puertas que se abrirían para mí y que para ella estarían cerradas. Al lado de su padre estaba Ademar King II con su esposa Sara y el pequeño Ademar King III. Ademar King II no tenía un cargo con un nombre específico, venía implícito en su propio apellido y se ubicaba justo debajo de su padre y encima del Segundo Jefe y del Secretario de Defensa de toda la nación.

El segundo jefe, era el Secretario de la Nación Darcio Hébert, estaba más enfocado a la economía y al desarrollo. El Secretario de Defensa, el general Edwin Duarte dirigía a todos los cuerpos encargados de la seguridad interna y externa de los habitantes de la Sociedad Autocontrolada. A diferencia de los dos anteriores que tenían bien especificadas sus funciones en aspectos delimitados del gobierno, la labor de Ademar King II estaba vinculada con las decisiones centrales del poder. Para toda la nación se visualizaba como la persona capacitada para tomar decisiones trascendentales cuando Ademar King no pudiera hacerlo. Incluso tenía la ordenanza de no abandonar la ciudad jamás, ya que su seguridad era una cuestión imprescindible de estado. A su lado, Sara se deleitaba con las palabras de su esposo que parecían no tener fin:

—¿Cuánto tiempo estarás fuera esta vez, padre? —inquirió Ademar hijo.

—Serán tres días, tengo que ir a resolver lo que el Jefe de Defensa de la ciudad-estado del este no ha podido —dijo el gobernante.

—No considero prudente que vayas en persona —arguyó el hijo.

—Si no lo hago yo, el inepto podría perder la ciudad-estado y dejarla en manos de nuestros enemigos. No he luchado tanto para eso —protestó King padre.

—Déjale esa tarea al general Duarte, a él le corresponde —sugirió el hijo.

—Duarte me acompañará, pero no tiene agallas para hacer lo que me compete. Voy a destituir al líder de la ciudad-estado del este. La intriga nunca hubiese ocurrido de haber otro en su lugar. Por cómo están las cosas

en la ciudad, tengo que presentarme para que los habitantes no se insubordinen y asuman al nuevo Jefe de Defensa. Una vez que lo deje posesionado podré regresar tranquilo. Confío en que se ocupará de deshacer las intrigas y apaciguar a la población —admitió King con soberbia.

Entre Ademar King I y II la conversación fluía y dejaban de lado a los demás miembros de la familia. Noté que aquello hacía mella en William, quien intentaba de vez en cuando hacer gala también de sus últimos logros. Los triunfos de William eran admirados por Ademar King, pero no con la vehemencia que lo hacía con su propio hijo.

—Déjame acompañarte, padre —insistió Ademar hijo.

—Sabes que es imposible, no podemos arriesgarnos los dos —insistió el padre.

—Yo puedo ir —aprovechó William para añadir algo que consideraba valioso.

—No arriesgaré a ninguno —resolvió Ademar King con un gesto de afecto en la mirada hacia William—. Ustedes son mi legado en este mundo y el día que yo falte parecerá que aún estoy vivo.

William sonrió complacido por la importancia que recibió de las palabras de su tío. Lo compadecí por el vaivén que tenía que sufrir de los desmanes de Ademar King. Tan pronto lo halagaba, también lo hacía sentir miserable. Esa forma que solo en la intimidad de la familia había podido descubrir del mandatario y que se repetía como un patrón en Ademar hijo. Mi padre, quien en incontables ocasiones había estado muy cercano al dirigente, seguro sabía de aquella característica de personalidad del líder supremo. No quería imaginar el momento en que Ademar King considerara que mi padre no era apto para dirigir nuestra ciudad-estado y se le ocurriera «destruirlo para poner a otro en su lugar». King debía confiar mucho en mi padre para que tras todo lo ocurrido con mamá siguiera teniéndolo como líder de la ciudad, pensé. Acto seguido me convencí que no sabía sobre los deslices de mi madre, el que mi padre siguiera en el poder en América Unida lo ratificaba. ¿Cómo era posible que me hubiese permitido casarme con su sobrino y llevarme a vivir bajo su techo de saber de la situación política de Venus? Era un cabo suelto que aún no terminaba de anudar, pero estaba casi segura.

Intenté despejarme de mis reflexiones y concentrarme en cada palabra que decían para no confundir a Apolo. Del lado de Karena, estaban los padres de William, Edith y Edmond Allen. Edith era la hermana solícita de

Ademar King que lo admiraba en demasía, debido a la escasa diferencia de edad entre ambos y a que después de la guerra la había protegido y le había procurado una vida dentro de su círculo de poder. Todos los demás hermanos King habían desaparecido durante la guerra. Allen era el amigo ferviente de su cuñado desde su adolescencia, aunque sus aspiraciones eran más militares que políticas estaban sincronizadas con las de su amigo. William y yo estábamos justo frente a King y su esposa, la que después de un largo silencio intervino:

—No se alarmen más. No pasará nada, nuestro ejército no puede compararse con la pandilla de revoltosos del MAM. Si firmamos el Tratado de Tolerancia fue para darles la oportunidad de vivir, aunque sea en la miseria y el rezago que eligieron. Son personas que quieren frenar el desarrollo de la raza humana, nostálgicas de un mundo que ya no existe. No nos sintamos vulnerables frente al MAM, por favor, es ridículo. Ademar llegará y pondrá las cosas en el lugar que corresponden. Insistir en el tema es darle una importancia que no tiene. Creo, queridos esposo e hijo, que sus palabras son justo lo que necesito oír esta noche, pero igual me gustaría escuchar qué tiene que decir Paz sobre su corta estancia con nosotros. ¿Cómo te va en la clínica?

—Ya me han dicho los médicos que aprendes rápido y que eres muy disciplinada —se aventuró a mencionar Ademar King.

—Estoy contenta con la clínica, el personal médico y mi desempeño —contesté.

—Paz te sorprenderá, tío; tiene una muy buena preparación y es muy dedicada en su profesión. Su meta es llegar a formar parte de tu equipo personal de médicos —William aprovechó para presumir a su recién adquirida esposa frente a la de Ademar King II, cuya cónyuge estaba más enfocada a la legislación de leyes familiares al igual que Karena—. Imagino que no has considerado la idea de tener en tu personal médico a Paz. ¿En quién podrías confiar más que en un médico de tu propia familia?

—Suena excelente lo que planteas, pero Paz tendrá que demostrar que merece estar ahí. No pongo en tela de juicio que tenga la capacidad para ello. Ahora, que adquiera más experiencia —arremetió el tío con júbilo.

—Paz es maravillosa en lo que hace, pero cuando llegue el hijo de ambos será difícil llevar una carrera con tantos riesgos —alegó Karena—. Igual podrías considerar unirte a Earta en el Instituto de Planificación Familiar y a nuestro Comité de Familia —se dirigió a mí—. La labor que Sara desempeña en el comité es asombrosa y más acorde con lo que se

espera de las esposas de nuestra casa. Todas nos hemos dedicado siempre a lo mismo: Edith, Sara, incluso yo misma. Earta ha presidido el instituto porque es la única de nosotras que es médico, pero ahora Paz es la persona propicia para que a futuro asuma esa responsabilidad.

—Eso sería grandioso —dijo Sara con una sonrisa—. Podríamos coordinarnos para muchas ideas que tengo.

—Cuando me retire de mi puesto como presidenta del Comité de Familia, para lo que falta mucho —indicó Karena e hizo hincapié en esto último con unas altisonantes carcajadas—, Sara ocupará mi lugar. Ya se prepara para eso. Tú podrías comenzar a capacitarte con Earta.

No comenté nada. Karena presionó un rato más la opinión familiar para que Sara la supliera a ella llegado el momento como la presidenta del Comité de Familia y para que yo reemplazara a su vez a la doctora Hébert como la dirigente del Instituto de Planificación Familiar. Los dos puestos para mujeres de más alto rango. La tía de William ya tenía planeado mi porvenir, lejos de mis planes y en un lugar donde mi labor, aunque importante no serviría tanto a mis propósitos como en el equipo médico de Ademar King. Algo que Apolo me había asignado como próximo paso. Ademar King no se pronunció a favor de William, estuvo de acuerdo con su pareja. En ese momento comprendí que Karena tenía el mando de la nación bien asegurado y que, si quería influir en su esposo, primero tendría que hacerlo con ella.

Finalizada la cena e iniciada nuestra caminata hacia el ala donde residíamos me percaté de William y los efectos de la cena en él. Para no reparar en su enojo, me dediqué a admirar los mármoles blancos del suelo y las paredes, así como los amplios espacios decorados con pulcritud. Los robots humanoides terminaron sus labores y estaban listos para guardarse. Mientras William y yo caminábamos, atravesamos algunos jardines internos, resguardados por cristales que dejaban entrever la noche estrellada. Quise hacerle mención de la hermosa vista a William y me ignoró. Mis suegros que avanzaban con nosotros elogiaron el magnífico cielo para menguar el ambiente familiar. Los dejamos en sus habitaciones y continuamos. Retomé el tema de las palabras de Karena o Ademar King que durante la cena alegraron de cierta forma a William y dio resultado. Su humor mejoró. Recordar el interés de sus tíos hacia mi persona le devolvió el semblante afable. Se disculpó conmigo por sus palabras en el baño y me habló de la grandeza de su tío hasta que se quedó dormido.

17



Dos días después salió de viaje durante la madrugada, justo para no ver la lucecita roja del chip que tenía en el abdomen cambiar de color. Esa mañana la doctora Hébert me mandó un mensaje a mi guía, me había reservado una cita en el Instituto de Planificación Familiar. Al parecer ella también estaba pendiente de mi ovulación. Tuve que ocuparme de eso antes de dirigirme a la clínica.

Me acosté en la camilla mientras la doctora me hablaba y yo palidecía al escucharla:

—Me comentó Karena sobre tu decisión de trasladarte de la clínica a nuestro instituto. Me pidió que te acoja y te prepare para ser mi sucesora. Eso nos hará dos personas más unidas.

—Será un honor para mí, pero no será de inmediato. Tengo algunos pacientes a los que me es imposible abandonar hasta que no terminen su tratamiento —mencioné.

—Karena me dijo que será al final de esta semana. De hecho, prepararemos una recepción para presentarte ante el personal y que conozcan el rango que se te dará. Por tu trabajo en la clínica no te preocupes, habrá quien se ocupe de ello. Amarás esta labor —sentenció.

—Me encantaría, pero temo no estar lo suficiente capacitada debido a mi especialidad médica.

—¡No pienso retirarme de inmediato! Eres joven, tendrás el tiempo para capacitarte. Seré tu entrenadora personal y podrás cursar los estudios complementarios. ¿No estás emocionada? —sin tiempo a dejarme responder agregó—: Ahora sí, vamos a proseguir a la realización de un ultrasonido para ver esos maravillosos óvulos que ya has de tener y con suerte podemos planificar para hoy o mañana la extracción.

Durante el ultrasonido, el rostro de la doctora reflejó negación y desconcierto. En varias ocasiones me preguntó si tomé las pastillas de la forma en que me lo recomendó y evité responder:

—Parece una ovulación natural, sin fármacos de por medio. No te extraeré nada. Vámonos con calma, tomémonos un descanso de las pastillas y otra vez a la carga. Necesito más óvulos y no voy a intervenir en tu cuerpo por una muestra tan reducida —sonrió—. Todo estará bien —agregó y aunque tratara de disimularlo se veía en su rostro su preocupación.

Earta Hébert aprovechó para indicarme algunos exámenes y ella misma me dio las citas en las que me presentaría a los laboratorios. Perdí toda la mañana en el instituto, entre algunos exámenes que me indicó y el listado de laboratorios que me entregó para traer en la siguiente consulta.

Abandoné el lugar decidida a no desaprovechar la tarde, así que me dirigí al hospital. Iba organizándome mentalmente para el trabajo vespertino, pero al poner el pie dentro del hospital noté la agitación del personal. Me sintonicé con Apolo y me puso al tanto de lo ocurrido durante la madrugada. Los planes de Ademar King no salieron como él lo esperaba. Los habitantes de la ciudad-estado del este se sublevaron y obligaron al jefe de dicha ciudad a huir, junto con su sustituto, con Ademar King y con los oficiales que los acompañaron en su misión de restablecer el orden. Me desconecté de Apolo, reflexioné hasta dónde la UNA estaba involucrada y hasta qué punto la información que la UNA había obtenido a través de mí contribuyó al fracaso de la empresa de Ademar King.

Los heridos continuaron llegando. Los médicos más jóvenes junto con los enfermeros y los robots humanoides brindamos los primeros auxilios. La sala estaba plagada de personas, robots, camillas y equipo médico por doquier. Entre aquel enjambre de movimientos sincronizados y hombres uniformados que eran socorridos, descubrí la efigie de un cuerpo que yacía sobre una camilla, con el rostro hacia la multitud y los ojos cerrados: Sebastián. Corrí hasta él y revisé sus signos vitales. Tenía el torso mal

vendado y ensangrentado. El doctor que lo atendía me repitió que lo llevaría hacia una sala de cuidados intensivos, que tenía tres heridas importantes. Antes de reaccionar, recibí la orden de dirigirme a uno de los pabellones a colaborar con un equipo de médicos que atendía a un oficial herido a quien ya le brindaban los primeros auxilios. Mi corazón se había quedado con Sebastián, pero confié en el médico que lo estaba atendiendo. Reconocí a mi paciente, era el general Edwin Duarte. Me ajusté a seguir las instrucciones del médico jefe del equipo; trabajamos diez horas seguidas hasta que el paciente estuvo estable.

Terminamos exhaustos. El jefe del equipo médico nos felicitó por el apoyo durante la intervención y nos permitió a algunos retirarnos a la casa a descansar. Me negué a marcharme y pedí quedarme la madrugada de guardia. Busqué la sala en la que se encontraba Sebastián para cerciorarme de su estado y su diagnóstico. Lo observé a través de la ventana de cristal aún dormido, entré al cubículo y toqué su brazo. Una ráfaga de recuerdos surcó mi memoria. Sentí su pulso, acaricié su mejilla y estreché su mano izquierda un instante, lo suficiente breve para no levantar las sospechas de la enfermera que estaba de guardia. Muchos meses transcurrieron desde que lo dejé en el acantilado. Recordé sus ojos entre la multitud, aquella vez que elegimos no saludarnos por alguna emoción difícil de definir.

Un mensaje de William llegó a la guía que tenía colocada sobre mi muñeca, me pedía que regresara a la casa. Le respondí que no volvería hasta la tarde del día siguiente con el pretexto mi trabajo. William insistió. Fue entonces que me llegó un mensaje del Jefe de mi equipo de médicos, me comunicó que no me requerían en la guardia. Deduje que William presionaba para protegerme en nuestra morada por lo que pudiese acontecer. Observé una vez más a Sebastián para asegurarme que estaría bien y me dirigí al estacionamiento. Dentro del coche me permití descomponerme y sollozar por el dolor que me causaba verlo herido. No me pasó por la mente cuando permití la conexión entre Apolo y los planes de Ademar King, que aquello terminara así.

Me conecté con Apolo y comencé a reclamarle por las consecuencias de los hechos. Me juró que la UNA no había dado la orden de un ataque a la ciudad-estado del este, que los habitantes de la misma se cansaron de la opresión y reaccionaron en proporción desmedida por un impulso súbito, sin un plan previo. Por más palabras que emitiera Apolo, nada me quitaba de la cabeza que la UNA apoyaba a los sublevados a pesar de no aprobar sus métodos y que la información recibida a través de mí, les había alertado

de los planes de King. Me desconecté de Apolo y manejé hasta la casa. William me esperaba, me recibió con un abrazo y nos introdujimos en la mansión.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí. ¿Y tú? —indagué por inercia.

—Igual. Mi tío me ordenó regresar de mi misión y que permanezcamos en la casa. Hay que estar preparados, te aconsejo que te comuniques con tu padre por si después no lo podemos hacer. Tal vez de un momento a otro tengamos que movernos a un sitio más seguro —recalcó.

—¿No estamos a salvo en la ciudad?

—Mi tío asegura que sí, pero sus planes no salieron como esperábamos en un inicio.

Me volvió a abrazar y aunque intenté parecer cercana me sentía remota. Sebastián latía dentro de mí con mucha intensidad. Comentamos unos minutos la salud del general Duarte y luego le pregunté cómo estaba su tío:

—Bien, él salió ileso. Gracias a un capitán que le salvó la vida, quien fue recomendado por tu padre para servir en la capital, Sebastián —le llamó por su nombre de pila y no me sorprendió porque sabía que era muy cercano a mi familia.

—¿Eso ocurrió?

—Tengo entendido que él en cambio está muy herido —comentó.

—Así es. Lo vi en el hospital. Me comunicaré con mi padre, él aprecia mucho al capitán. Luego tomaré un baño y me acostaré a dormir. Mañana tengo que ir a trabajar temprano.

—No tienes que madrugar, no regresarás a la clínica hasta que sea seguro.

—Me necesitan, hay muchos heridos —insistí para ver a Sebastián.

—Son órdenes, la familia tiene que estar protegida. En el hospital lo comprenderán.

Entendí que era en vano insistir. Deseé con mucha fuerza que Sebastián se recuperara. Estaba distraída con ese pensamiento cuando William intentó apoderarse una vez más de mis labios y di dos pasos hacia atrás. Me miró sorprendido y lo besé con ímpetu para que borrara la imagen que pasó por su cabeza.

—¿Sabes, Paz? —dijo—. Esta boda me costó más de lo que imaginas. Al inicio mis padres y tíos estaban felices con nuestro compromiso, pero cuando murió tu madre y tu comportamiento comenzó a desvariar,

titubearon. No es algo personal contra tu persona, pero tienes que entender que hay un perfil de esposa que se exige para ti y para Sara. Me aferré a nuestro matrimonio, estaba seguro que reunías todos los requisitos necesarios para mí.

Escuché en silencio mientras dudaba si a través de sus palabras se escondía lo que no se atrevió a decirme. ¿William estaba al tanto de la relación de mi madre con el MAM o la UNA como le decíamos los aliados? De ser así no entendía por qué sus padres no frenaron nuestra boda, puestos sobre aviso. Tal vez porque nunca tuvieron evidencias contra mi madre o porque confiaron en mi padre, no lo sé; aunque la mirada perseverante de William me revelaba que él insistió lo suficiente como para no dejarles otra opción.

—Solo te digo esto para que lo tengas presente —continuó—. Es necesario que estemos a la altura de la familia. Mis tíos te pedirán algo tarde o temprano: que trabajes aquí o allá, la planificación del nacimiento de nuestro hijo, complácelos. Sara siempre lo ha hecho y ellos se sienten satisfechos.

—Pierde cuidado.

—Es importante para mí.

—Lo sé —murmuré.

Vi sus ojos asustados como los de un niño y lo abracé. En algún punto de nuestra historia le destrozaría el corazón, como lo hice con Sebastián y como lo haría con mi padre cuando terminara de confirmar mi traición. William le habló a mi padre a través de su guía y conversamos los tres. En las palabras del general escuché muchas advertencias disfrazadas, casi me suplicaba que me cuidara y yo le había pedido lo mismo.

—Hija mía, vienen tiempos duros y temo que no podré protegerte siempre. Tienes que andar con mucho cuidado —me dijo mi padre.

—Ha sido un poco difícil para Paz adaptarse a las exigencias de mis tíos. Ya conoce usted el protocolo familiar —le dijo William y emitió una carcajada restándole importancia a las intromisiones de los King en nuestras vidas—. Pero estamos ajustándonos.

—Hija, deja que William te cuide. Él te protegerá siempre que te mantengas a la altura de su familia. Apóyalo tú también. Sé que extrañas, pero tu lugar es a su lado —ratificó el general.

—Padre, estaré bien. William y yo ya nos hemos puesto de acuerdo —lo tranquilicé—. Hay otro asunto que quiero comentarte. Es Casals, fue

herido. Sé de tu profundo cariño hacia él por eso quise ser yo quien te diera la noticia. Está fuera de peligro.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó mi padre.

—Le salvó la vida a Ademar King en el enfrentamiento en que se perdió la ciudad-estado del este —le contesté.

—Pobre muchacho, cada día me siento más orgulloso de él. Sabes que le quiero como a otro hijo. Haz todo lo que esté a tu alcance para que esté bien. Iría, pero ahora no puedo salir de la ciudad —me pidió mi padre.

—No se preocupe, suegro —manifestó William con sinceridad mientras yo recordaba que en alguna ocasión él y Sebastián no habían sido muy tolerantes el uno con el otro—. Mi tío tomó todas las providencias para que el capitán reciba los cuidados necesarios. Se siente agradecido por su acto de valentía y sacrificio. Lo recompensará muy bien por su devoción.

—Paz y William, les pido se ocupen en persona de velar por Casals —insistió papá.

No se dijo más, al siguiente día William hizo unas llamadas para cerciorarse que Sebastián fuera bien atendido y acudimos juntos a verlo. Cuando arribamos a su habitación nos encontramos con Karena King. Por una rara coincidencia perseguíamos el mismo fin. William le explicó la cercanía de mi padre con Casals y ella nos reveló sus motivos, que era una breve visita para agradecerle al capitán por la protección brindada a su esposo. La observé mientras estuvo de pie junto a la cama del paciente. La algidez de su rostro vislumbraba turbación. Le sobraban motivos, como por ejemplo que el golpe en la ciudad del este hacía tambalear la supremacía King. A pesar de todo se esforzó y fue amable. Jamás creí que ella tuviese esas atenciones con las personas cercanas a Ademar King. Imaginé que era una estrategia para seducir a su ejército. Tal como había escuchado alguna vez, quien controla al ejército controla al país. La señora King no permaneció más de cinco minutos junto a nosotros.

Sebastián no estaba tan sorprendido por la presencia de Karena King como por la nuestra. No sé lo que pasó por su mente al verme de pie al lado de su cama con mi esposo de la mano. William lo saludó con respeto, le agradeció en nombre de la familia King su heroísmo, tal cual había hecho su tía y no vi ni una pizca de recelo entre ambos. William cumplía con un protocolo y Sebastián estaba un poco ausente. Descubrí que el capitán no prestaba atención a las palabras de mi esposo debido al dolor físico. Decidí examinarlo. William fastidiado salió de la habitación a contestar una

llamada. Para mí tocar la piel de Sebastián revivía la agonía de mi herida, tan profunda como la suya.

Cuando William entró de nuevo vi su semblante ensombrecido por la preocupación. Me comunicó que tenía que marcharse con urgencia a una misión. Escuché atenta cada una de sus indicaciones mientras me convencía que el mando en la Sociedad Autocontrolada estaba bastante desorientado. Tan pronto King le ordenaba a su sobrino resguardarse como lo destinaba a una nueva misión. Me pregunté a donde corría con tanta celeridad. Me comentó que en su ausencia quedaba bajo la protección de sus padres y de sus tíos. Me exigió que yo tendría que hacer lo que éstos me pidieran sin chistar, reafirmó sus palabras con un gesto que daba a entender que se trataba de la seguridad de la familia y de la mía. No me quedó más remedio que asentir. Dio una última mirada a Sebastián y se convenció que sus palabras no reestablecerían su salud. Noté que se sintió deudor con quien salvó la vida de su tío y se esforzó para cumplir la promesa que le hizo a mi padre. Me pidió que regresara a trabajar.

—Así podrás estar pendiente de Casals y tus pacientes. Quería que te quedaras en casa hasta que las aguas volvieran a la normalidad, pero hazlo si quieres —dijo y agradecí que su actitud hacia Sebastián no fuera como en el pasado.

—Tus tíos han dicho que no hay lugar más seguro que esta ciudad —le recordé.

—Ya no sé qué creer, Paz —William me susurró aparte para que Sebastián no lo oyera—. Lo ocurrido con la ciudad-estado del este no lo hubiese previsto ni en miles de años. Si mi familia te pide lo más mínimo, como por ejemplo que te muevas a otro lugar, lo haces. Mis padres te avisarán si hay que salir de emergencia. Cada orden en este momento debes seguirla sin preguntar, el tiempo de reacción es muy valioso.

—Ya te dije que sí. Puedes irte tranquilo —le aseguré—. Una palabra de tus tíos o de tus padres será una orden que seguiré a ciegas. No te pregunto a dónde vas ni qué harás, pero por favor cuídate.

Me dejó con un beso en la frente, con el herido delante de mí. Sebastián continuaba en silencio, era eso o murmurar que me fuera de su lado. No aceptó que le agradaba mi presencia, pero sabía que en su convalecencia le convenía tenerme a su lado. Pedí a la enfermera que trajera los implementos necesarios para revisar a profundidad su herida, mientras él continuaba mirándome sin decir nada. Lavé sus lesiones, revisé sus suturas y estudié su expediente hasta que me aseguré que el tratamiento

indicado por su médico era correcto. Me senté a su lado y me perdí en mil reflexiones. Se quedó rendido por el efecto de los sedantes y lo contemplé dormir. Lo dejé descansado y me fui a mi consultorio a ver otros asuntos pendientes. Trabajé toda la mañana y hacia el mediodía regresé a la habitación de Sebastián.

Sus ojos casi negros volvieron a mirarme y me revelaron que, si no hubiese sido por nuestra posición, mi estado civil y su debilidad, habría corrido a abrazarse a mi cuerpo. Me acerqué a su lado al darme cuenta que quería decirme algo.

—Cuando desperté y no te hallé pensé que no te vería más —susurró—. Quédate un rato a mi lado, solo un rato. Ahora que estuve a punto de dejar de existir me doy cuenta de tantas cosas. Repasé todo lo que he hecho en mi vida y me quedo con los momentos que hemos compartido, es lo que más ha valido la pena.

—Sebastián…

—No digas nada —me interrumpió—. Mil veces me pregunto: ¿por qué te arrepentiste de estar conmigo?

—Yo… —intenté contestar, pero él no tenía intenciones de dejarme hablar, así que me limité a escuchar.

—Ahora tienes esa magnífica vida y hasta me da alegría por ti. Deseo que la felicidad que representas sea cierta… tu vida junto a él. Me tranquiliza saber que estás bien, no importa con quien. Esto de ignorarte ha sido una tontería, me gustaría que seamos amigos. Te agradezco que hayas venido a cuidarme. No quiero volver a estar en las puertas de la muerte y que quede este vacío entre los dos —reveló.

—Ya no sigas desgastándote, hablaremos cuando estés más fuerte. Mejor escúchame. Mi padre te manda un abrazo, ha estado muy preocupado por ti. No debiste marcharte de su lado. Pensé que te enorgullecía trabajar con él.

—Hui de ti —aceptó.

—¿Y viniste justo a la ciudad de William? —inquirí con una sonrisa y él por toda respuesta me miró a los ojos—. Me alegra saber que cuando nos veamos en algún lugar al menos podremos saludarnos con un poco de familiaridad. Siempre tendrás un lugar en mi corazón, como un amigo. Me hace feliz que hayas dejado atrás el rencor, aunque no te reclamo, sé que me lo merecía. Quiero que estés bien Sebastián y que tengas una buena vida. No vuelvas a exponerte al peligro.

—Eso no puedo prometerlo, no depende de mí.

—Inténtalo. Me tengo que ir, pero nos veremos, ahora que sabemos que estamos muy cerca. Estaré pendiente de tu recuperación —prometí antes de salir de su habitación.

18



Sebastián abandonó el hospital dos semanas después. «¿Quién iba a decir que mi escolta se iba a convertir en el escolta del líder de la nación?», pensé. El mayor Sebastián Casals con su arrojo y heroicidad había sido honrado por Ademar King como el Jefe de su Seguridad Personal. Ahí estaba yo, en una de las plazoletas de la sede del Departamento de Defensa, en la ceremonia donde a Sebastián le ascendían su grado militar, incluso mi padre había viajado para estar presente. La camaradería con que Ademar King le pasaba el brazo por el hombro a mi padre y la sonrisa de papá por ese gesto, tras el nombramiento de su protegido, me convencían de que King había dejado atrás la desconfianza sentida por el comportamiento de mi madre o desconocía del hecho, lo más probable.

—General, tengo dos motivos para felicitarlo. Nunca me arrepentiré de haber aceptado aquella vez que me recomendó que el lugar de Casals era en la capital. Lo que usted ha hecho con ese oficial es digno de admirarse, claro que el joven nació con aplomo —le dijo Ademar King a mi padre.

—Gracias. Espero que algún día me devuelva al muchacho —reveló con sinceridad mi padre.

—¿Entonces no era para siempre? —King reía con esas carcajadas que me sofocaban. Parecía que había olvidado las vidas sacrificadas en el intento frustrado de conservar la ciudad-estado del este.

—Ahora me encantaría que me lo enviara de regreso, aunque no creo que quiera soltarlo. ¿Y cuál es la otra razón por la que me felicitará? —insistió mi padre.

—¿Cómo que cuál es? Su hija —manifestó King. Mi padre se sobresaltó y se quedó observándome. Yo le sostuve la mirada unos segundos y me limité a escuchar. Ademar King eufórico continuó—: Paz es estupenda en su profesión. El jefe del equipo médico que trabajó en la recuperación del general Duarte, me ha dado buenas referencias de ella. Estoy pensando en serio la petición de mi sobrino, de permitirle trabajar en mi equipo personal de médicos.

—Confío en las habilidades de mi hija, pero aún es temprano para que dé ese paso —consideró mi padre.

—General Verena no sea tan exigente con ella. Lo pensaré. Además, no estará sola, estará asesorada por los mejores médicos de la nación —resolvió Ademar.

Karena que no estaba lejos se acercó de inmediato cuando oyó que hablaban sobre mí. A propósito, y antes de que mi padre se alejara le comentó:

—¿No cree, general Verena, que Paz estaría mejor junto a la doctora Earta Hébert en el Instituto de Planificación Familiar?

—Esa también sería una buena opción, aunque Paz no estudió para ello —salió mi padre por la tangente.

—Es más propio para la mujer y Earta estará dispuesta a prepararla —continuó Karena.

—También son tiempos de guerra y un médico de la especialidad de Paz es de mucha utilidad —reflexionó mi padre en voz alta.

Ademar King que los escuchaba, rio a carcajadas y añadió:

—Mujer, le estás pidiendo opinión a un militar de carrera.

Karena sonrió forzada. Yo ni siquiera opiné, aunque discutían acerca de mi persona, pero cuando hablaron sobre la edad de Sebastián y relacionaron el tema con el matrimonio sentí mi herida más profunda. Karena King consideró aportar algunas palabras acerca de ese tema, ya que el matrimonio y los hijos eran su especialidad:

—Me pregunto cómo es que el mayor Casals no está siquiera comprometido. Es un joven con buena posición que cuenta con el respaldo de usted general y ahora con el apoyo de mi esposo.

—Seguro quería mejorar su situación para aumentar su posibilidad de elegir —agregó Ademar King.

—Casals está tan comprometido en servir a su nación que no ha tenido tiempo de pensar en eso —acertó mi padre al omitir la inclinación de Sebastián hacia mí.

—Nada, hay que recordarle al mayor Casals el tic tac del reloj y usted que es como un padre para él tendrá que hacerlo, general —resolvió Karena y Ademar King asintió sin darle más importancia al asunto.

Me alejé de ellos. No quería escuchar más, sus palabras me enfermaban. Antes de refugiarme en un rincón a solas observé a Casals conversar con Ademar King II, este último le sonreía a Sebastián y a menos que el mayor le hubiese contado un chiste no entendía el buen humor del heredero. Ademar King II no acostumbraba a ser tan amable con la mayoría de las personas y menos con los que no pertenecían a su escalón social. Negué con la cabeza, no entendí el afán de Sebastián de propiciar las oportunidades para codearse con los King. Esa familia era como un veneno que una vez que se colaba en el alma de un ser humano, terminaba corrompiéndolo por dentro. Algo así debió ocurrirle a mi padre cuando decidió servir a Ademar King.

En mi refugio, dejé que mis pensamientos me torturaran un poco más. Sabía que Sebastián algún día se uniría a una mujer, era una posibilidad que tendría que ocurrir en algún momento, pero cuando lo dejé en el acantilado, aunque lo sugerí, ni me pasó por la mente. Pensé en mi renuncia, en mi resignación y lo imaginé a él tal cual había existido siempre: no con una pareja, no con una esposa. Ni siquiera quería pensar en la posibilidad de que se enamoraría de otra. Estaba segura que Sebastián no se conformaría con una vida vacía, tenía mucha pasión en su corazón y tarde o temprano volvería a amar. También estaba segura que él no iba a elegir al azar y tal vez en esa búsqueda voluntaria o impuesta, yo pasaría a formar parte de su pasado. Sus palabras aquel día en que me había pedido ser su amiga, a eso me sonaban. Aceptaba nuestra realidad, quería perdonar y dejar atrás nuestra historia para poder reconciliarse con su presente.

—¿Por qué tan pensativa, Paz? —me sorprendió Sebastián y temblé.

—No había podido felicitarte con tanta gente a tu alrededor —mencioné y desvié la vista hacia la distancia que él había recorrido desde el sitio donde conversó con Ademar King II hasta mi lugar.

—No necesito que lo hagas, tu presencia es más que suficiente. ¿Y el mayor Allen? —preguntó.

—Está de misión. Imagino que estás contento con tu nombramiento.

—Es solo trabajo, no es lo mejor que puedo hacer con mi vida, pero es lo que me ha tocado hoy. Ya veré el futuro qué me depara.

—Algo bueno estoy segura —le dije—. ¿Cómo están tus heridas?

—Mejor.

Sebastián hubiese sido un gran combatiente si sirviera a otra causa, a la mía, pero nada lo convencería de cambiarse de bando. Había sido formado por mi padre. Le sonreí y lo vi devolverme la sonrisa. Se abrió el cielo delante de mis ojos y al recordar los planes de matrimonio que tenían para él, me tragué los segundos de alegría. Si no le hubiese pedido retirarme nuestra plática no hubiese tenido fin. Vi extinguirse su sonrisa a la vez que yo me alejaba.

Karena King me cortó el paso y salió con lo siguiente:

—Te espero esta noche a cenar. Igual está invitado tu padre.

Me sorprendió la última frase y comenté:

—Gracias, ahí estaré. Con respecto a mi padre no creo que pueda asistir, se marcha después del evento.

—Tienes razón, lo olvidé por un minuto. Lástima que William no pueda estar aquí para acompañarnos, pero ya falta poco para que regrese —dijo.

«¿Qué se trae esta mujer?», pensé. Pasé una vez más la vista sobre los invitados para mirar a Sebastián antes de irme acompañada por el general. En el trayecto hasta la casa, mi padre decidió irse conmigo en mi auto conduciendo él mismo. Solo los dos. Su escolta nos seguía detrás en otro vehículo. A mitad de camino, me dijo con una seriedad que develaba sus intenciones:

—¿Cómo está todo?

—Bien —susurré.

—No aceptes la propuesta de trabajar en el equipo médico de Ademar King, las pruebas a pasar son complicadas, no dudo de tu capacidad, pero no te conviene. Tampoco aceptes la proposición de integrarte al Instituto de Planificación Familiar. Quédate donde estás, en tu puesto en el hospital y te mantendrás alejada de los problemas.

—Padre, ya hemos hablado de esto. Soy responsable de mis elecciones.

—Hija, piensa bien antes de decir cada palabra, antes de actuar. Ahora Ademar King está contento contigo, pero lo más mínimo puede hacerle cambiar de parecer. Su entusiasmo con tus virtudes se puede transformar en agresión contra cualquier paso en falso que des.

Grabé sus palabras para garantizar no olvidarlas. Mi padre fue más directo que nunca conmigo y aquello podría significar varias cosas. La primera que me venía a la mente y la más alarmante era que el general desconfiaba de mí, que no creía mi teatro. ¿Quién mejor que él para notarlo? Había vivido más de veinticinco años con una agente de la que nunca había sospechado y quien casi le hace perder todo por lo que había luchado. El general esperó un comentario de mi parte. Me quedé sin palabras y él añadió:

—Nada me dolería más que saberte en peligro. En la capital no puedo protegerte.

—¿De qué hablas, padre? —intenté zafarme.

—Mírame a los ojos —dijo y frenó el auto con violencia—. Aquí no correrás con la suerte de tu madre.

Los soldados del auto que nos seguía se aproximaron de inmediato y mi padre los alejó con un movimiento de una mano. El general respiró hondo y puso en marcha de nuevo el automóvil. El silenció comenzó a latir entre los dos. Mi padre sabía que mamá estaba viva y aquellas palabras me lo confirmaron. Tendría que mostrarme confundida ante aquella expresión si quería mantener el teatro con él, pero ni siquiera lo intenté. Mi sigilo confirmaba que yo también sabía que mi madre no había muerto. El silencio se tensó más entre los dos hasta casi romperse por un alarido o un reclamo. Mi padre me miró con la impotencia de no poder corregirme como me hacía cuando era niña. Mi libre albedrío y su confianza en mí, tiraban hacía lados opuestos. Él esperaba que eligiera sus enseñanzas, sus valores. La presión era demasiado insoportable en esta situación donde él sabía más que yo de los riesgos que podrían aguardarme si me descubrían. Bajé la cabeza, casi me sentí sometida por sus exigencias, pero mi edad ya no me permitió seguir su mandato sin hacer valer mi voluntad.

—Te amo, papá. Te pido perdón en mi nombre y en el de mi madre por lo que te haya contrariado de nuestro comportamiento. Igual te imploro que me permitas ser, así como te dejo ser. No quiero que te inquietes, ni que te angusties más por mí.

—¿Tengo que temer con estas palabras? Porque me dejas peor —sonó desalentado.

—Ya suéltame y déjame seguir mi camino —revelé en un tono suplicante, pero él solo se concentró en el contenido de mi discurso.

—¿Estás segura que quieres que me desentienda de ti? También pude haberlo hecho con tu madre. Me ha costado mucho decidirme a tocar este

tema contigo y si lo hago es porque estoy desesperado. No sé qué haces ni cómo, pero siento que hay algo raro contigo y eso me pone sobre alerta.

Varias lágrimas se escurrieron de mis ojos. Observé a mi padre amado y comprendí que, si yo me hundía, lo arrastraría conmigo. Lo que ocurrió con mi madre no se daría dos veces y los méritos del general no lo salvarían esta vez. No intercambiamos una palabra más durante toda la tarde, hasta que llegó la hora en que él se marchó a su ciudad-estado. Me dejó con un abrazo y la palabra «cuídate» que encerraba tantas otras como: te quiero, no hagas algo que te ponga en peligro, mide tus pasos y tantas otras más.

Faltaban varias horas para la cena de la noche con la familia de Ademar King, así que me tiré en la cama para descansar y meditar acerca de la charla con mi padre. Quise por un instante comunicarme con mamá y comentarle, pero no lo hice, recordé que la guía no tenía un alcance tan amplio. Intenté dormir un rato y al ver que no podía, me comuniqué con Apolo, quien estaba en nuestro continente, para ponernos de acuerdo para la cena de la noche:

—*Hoy es buen momento para que le pidas a Ademar King que te acepte en su equipo médico. Me habías comentado que estaba emocionado por ello* —insistió Apolo.

—*No será tan fácil, Karena quiere que trabaje con Earta Hébert en el Instituto de Planificación Familiar* —le aseguré.

—*¿Y qué interés tiene ella?*

—*Es un capricho*.

—*Karena King no es caprichosa en vano. No será que sospecha de ti y quiere tenerte lejos de Ademar King* —dijo.

—*Si fuera eso yo no estaría aquí*.

—*Tienes que estar atenta* —me aconsejó.

—*Hay algo raro en ese instituto que no acabo de averiguar*.

—*Explícate mejor* —pidió.

—*No lo sé, hay un hermetismo que abruma y alienta mi curiosidad*.

—*Concéntrate en tu misión, que es estar en el equipo médico de King, lo otro tendrá que esperar. Son órdenes, Paz*.

Me desconecté y comencé a prepararme para la cena. Esta vez éramos pocos, mis suegros no estaban ni tampoco William. Los presentes eran: Ademar King y Ademar King II con sus respectivas esposas, ni siquiera estaba el pequeño. Descubrí que el motivo de mi invitación era que Karena deseaba presionarme para que aceptara trabajar en el Instituto de Planificación Familiar y convencer a su esposo de ello. Ni siquiera le dio la

oportunidad a su hijo y a su esposo de enfrascarse en las continuas discusiones de siempre, las que yo esperaba para saber qué planes tenían para recuperar la ciudad perdida, fue directo al grano:

—Paz, ¿qué opinas de mi oferta para que trabajes en el instituto con Earta?

—¿Qué dices, mujer? —añadió King que no estaba tan distraído como para no escuchar el comentario—. Habíamos quedado en que Paz trabajaría en mi equipo médico y solo esperábamos por William para comunicárselo a Paz. ¿A qué se debe el cambio de opinión?

—No he cambiado de opinión, es lo que creo más conveniente, pero tú sigues aferrado a esa idea —expuso Karena.

—¿Por qué no le preguntan a Paz qué prefiere? —manifestó Ademar King II con una sonrisa astuta, mis logros comenzaban a colocar a William en un escalón cada vez más cercano al suyo. El pícaro heredero sabía que mi decisión terminaría por enemistarme con Ademar King o con Karena, no había punto medio.

—Ni hay que preguntarle —argumentó Sara con una sonrisa—. El trabajo del instituto es más atractivo, deja tiempo para el cuidado de la familia.

Ademar King II me clavó la mirada al igual que Karena para ver qué se me ocurría responder. Ademar padre sonrió y esperó. Apolo que estaba en sintonía me trasmitía:

—Esta es tu oportunidad, di que estás honrada por ambas propuestas, pero por ser más acorde a tu perfil y todo lo que quieras añadir para alimentarle el narcisismo a esos ególatras, eliges formar parte del equipo médico de Ademar King.

En ese momento sentí una mano sobre mi hombro y me volteé para ver a William. Me levanté y lo abracé, luego de semanas sin verlo. Entonces terminé de comprender las palabras de Ademar cuando se refería a que «solo esperaban a William para decirme». Mientras todos se ponían de pie para recibirlo y saludarlo, Sara se me acercó con discreción y me susurró sin que nadie nos oyera:

—Acepta la propuesta de Karena, dile a Ademar padre que le agradeces la confianza, pero que quieres tener una familia y esto te permitirá tener más tiempo para atenderla. Ademar lo olvidará rápido y su esposa terminará de convencerlo. Karena en cambio tardará años en olvidarlo si la desprecias.

Cuando William se sentó a mi lado y todos regresaron a sus asientos, comentó él:

—¿Y bien? ¿Ya sabe mi esposa por qué estamos reunidos?

Con aquello intuí que lo que había mencionado Ademar King sobre la decisión de mi trabajo en su equipo médico era cierto. Por ello, habían esperado al regreso de William. No obstante, Karena seguía enfrascada con terquedad en su idea preliminar y no cejaría. Pensé en las palabras recientes de Sara. Ademar padre se adelantó a contestarle a William:

—Hay cambio de planes. Tu tía insiste con el trabajo para Paz en el instituto. ¿Qué va a entender esta esposa mía? Nunca va a percibir que todas las mujeres no son iguales y que Paz ve el crecimiento en la carrera que escogió más atractivo que el trabajo en el Instituto de Planificación Familiar.

—¡Elige de una vez, nos tiene en ascuas! ¡Qué William le ayude a elegir, las decisiones se toman mejor entre dos! —replicó Ademar King II.

William prefería el trabajo en el hospital, pero tampoco quería contrariar a Karena, para no situarlo entre la espada y la pared en la que me encontraba yo, dije con firmeza:

—Ambas propuestas me honran. Es mi deseo trabajar en el equipo de médicos del líder de nuestra nación, es algo con lo que siempre soñé. En cuanto al puesto en el Instituto de Planificación Familiar tengo que rechazarlo como algo formal, pero en mi tiempo libre trabajaré de voluntaria si están de acuerdo.

—¿Y no puede ser al revés? —emitió Karena muy contrariada.

Ademar King II sonrió porque sabía que aquella contienda estaba ganada de antemano. William trató de calmar a Karena con la mención de mis últimas palabras del tiempo extra. Esa puerta la dejé abierta para investigar qué ocurría en aquel instituto, aunque aquello no había despertado la curiosidad de Apolo y no era la prioridad para él. Ademar King se sintió complacido y me felicitó por mi decisión, tras la perplejidad de Sara que nunca se había atrevido a contradecir a su suegra. Karena se disculpó por retirarse temprano y Sara le siguió detrás. William y yo, también incómodos, hicimos lo mismo.

Lo menos que me imaginaba era que la frustración por aquel momento me traería una pelea al llegar a la habitación con William. El motivo de la discusión era aquel trabajo que él había anhelado para mí. Intenté restarle importancia porque lo que menos me interesaba en ese momento era una disputa, pero él continuó:

—Te dejé instrucciones muy sencillas al irme y me prometiste que lo harías. ¿Era muy difícil mantenerlos contentos?

—Fue una decisión dicotómica, solo podía complacer a uno de los dos —me defendí.

—Tal vez si no hubieses dejado que las cosas llegaran a tanto. Podías haberles dicho que ellos se pusieran de acuerdo y que accederías a lo que eligieran.

—¿Por qué no lo sugeriste? No lo pensé. ¿Qué es lo que te inquieta?

—No entiendes o no quieres entender nada —se lamentó.

—¿Por qué estás tan alterado?

Se salió del cuarto. Nunca lo había visto con tanta ira. Intenté comprenderlo y sosegarlo, pero mientras más me acercaba más me repelía con sus palabras y su comportamiento. Me fui a dormir y lo dejé solo. Me sentí muy agobiada por su reacción.

19



Si mi madre me hubiese conocido mejor se habría dado cuenta que yo no tenía madera de agente, que mi esencia no me lo iba a permitir. No soportaba que mi padre saliera perjudicado y no me gustaba el giro que tomaba mi relación con William. Sentí que merecía cada una de las palabras que William me dijo la noche anterior. Por eso aproveché que era mi día de descanso, me levanté temprano, hice una llamada y salí hacia el Instituto de Planificación Familiar.

—¡Qué lástima que no trabajarás aquí de tiempo completo! —manifestó la doctora Earta Hébert—. Pero me dices que colaborarás en tu tiempo libre. ¿Eso no es demasiado para ti?

—Lo haré mientras pueda —dije.

—Tú y William, siempre tan ocupados, terminaron por aplazar la concepción —lamentó la doctora.

—No será mucho tiempo. No pude comenzar el tratamiento hormonal, solo podía concentrarme en la situación de la nación y se me pasó la fecha. El siguiente mes estaré más pendiente del momento exacto en que debo comenzar a tomar las pastillas —aclaré convencida de que el mes entrante buscaría la forma de darle largas a esta situación. Lo que hicieron mi madre y Dafne no lo haría, bajo ningún concepto o imposición.

—Te advierto que tendrás que hacer el tratamiento al pie de la letra porque necesitamos bastantes óvulos.

—¿Y por qué tantos? —pregunté.

—Para elegir los más aptos. Voy a ponerte al corriente de cuál sería tu función aquí. Para empezar, creo que tendrás que empaparte de lo que hacemos. Sara te dará la primera capacitación. La segunda correrá por mi cuenta. Las dejo en su casa.

Earta Hébert se fue y nos dejó solas. Sara, aún con aquel gesto de desconcierto ante mi decisión, comenzó a contarme la historia del instituto, los principios en los que se fundamentaba entre otros aspectos similares. Me comentó que a su suegra la reconfortaría saber de mi esfuerzo en colaborar en mis ratos libres. Esperé que aquello también reanimara a William. La misión del instituto era la creación del hombre nuevo y en parte se había logrado, era un viaje hacia la perfección genética auspiciado por la Academia de Ciencias. Las personas nacidas a consecuencias de las prácticas ejercidas en el instituto serían más longevas, gracias a suprimir del genoma humano las enfermedades que encabezaron en el pasado los índices de mortalidad. Lo primero que Sara me explicó aún me daba vueltas en la cabeza, trataba de entenderlo: «La familia es la piedra angular de la sociedad, pero no se puede dejar al azar». Por lo que comprendí, la prioridad del estado era brindarles a los jóvenes matrimonios la posibilidad de tener la descendencia con el mayor potencial de contribuir al concepto del hombre nuevo.

—Esto comenzó como un sueño vislumbrado por nuestros antecesores y tomó forma con el tiempo. Karena al casarse con Ademar King lo priorizó y fundó el Comité de Familia para preservar la misión del instituto y extenderla a toda nuestra nación. Earta que tenía la preparación en el área de fertilidad la ayudó a impulsarlo con bases a las necesidades reales. Lo que buscaban en un inicio era apoyar a la esposa en su papel de madre de familia: la concepción, el embarazo, cómo educar al hijo, entre otras, pero con el tiempo surgieron nuevas ideas y evolucionó hasta convertirse en lo que es hoy. Como sabes, la sobrepoblación fue una de las problemáticas que influyeron en la crisis del mundo, de ahí nuestro segundo principio: «Los matrimonios tendrán los hijos que contribuyan a mantener el equilibrio de la población». Desde hace mucho tiempo el número no excede de uno.

—¿Cuántos años llevas casada? —le pregunté de improviso a Sara, quien tuvo que detener la plática acerca de la institución.

—Cuatro —respondió de inmediato.
—Tuvieron al bebé pronto.
—Era nuestra prioridad.
—¿Cómo te comprometiste con Ademar?
—Esa es una de mis historias preferidas. Nos conocíamos desde niños. Mi padre era el director de la Academia de Ciencias, amigo de toda la vida de mi suegro. Aún éramos adolescentes cuando Ademar me dijo que yo iba a ser su esposa y yo le respondí que nada me haría más feliz. Nuestros padres estuvieron complacidos. Incluso al inicio mis padres colaboraban mucho con Earta y Karena en el instituto. Luego mi padre murió y mi madre se quedó sola. Un día de éstos te llevaré a conocerla.
—Nada me complacería más. ¿Ella no acude a nuestras reuniones? —indagué.
—Lo hacía antes de fallecer mi padre. Después de eso ha pasado por una etapa difícil y se ha aislado un poco de nuestro círculo. Está bien, solo que prefiere una vida un poco más alejada de la sociedad.
No comenté nada, pero sabía que aquello no se veía con buenos ojos, más por tratarse de la consuegra de Ademar King. De seguro nadie murmuraba nada, al menos delante de los implicados. Saberlo me hizo entender un poco a Sara y le reiteré que me encantaría conocer a su madre.
—Si quieres conocerla podemos pasar un momento a su casa, nos hace camino de regreso —mencionó.
—Hecho.
Continuamos con el recorrido y la explicación sobre los principios, pero lo que Sara planteó no era desconocido para mí. Lo que llamaba mi atención me era todavía vedado. No insistí más y cuando terminó el recorrido acompañé a Sara a visitar a su madre.
Cuando conocí a Rita Roger me di cuenta que su estado no era resultado del duelo. Había cierto resentimiento en su mirada que ocultaba de su hija, a quien no quería alarmar o a quien temía perjudicar con sus propios rencores. Era una mujer bastante mayor para tener una hija de la edad de Sara e imaginé que la había tenido después de los cuarenta y cinco años. Aquella visita también me permitió conocer la identidad del padre de Sara. La casa estaba decorada con varios cuadros que ostentaban fotografías o títulos de él. El investigador Marcus Roger, quien había sido por muchos años director de la Academia de Ciencias, era un baluarte de la Sociedad Autocontrolada sin dudas. Recordé haber leído algunos de sus textos durante mis estudios.

—¡Sara qué honor para ti haber tenido un padre como él! No sabía que el doctor era tu padre. Haz de estar muy orgullosa —mencioné.

—La verdad sí, igual lo estoy de mi madre. Ella también fue una gran investigadora, pero decidió retirarse cuando mi padre falleció —me reafirmó.

Sara me enseñó los libros electrónicos escritos por la madre de ésta, algunos en colaboración con el doctor Marcus Roger. También me mostró fotografías. En una de las fotos me di cuenta que sus padres fueron fundadores junto con Karena del edificio actual del Instituto de Planificación Familiar. Sara incluso le pasó una idea por la cabeza, la que no dudó en expresar:

—De seguro mamá cuando se sienta mejor regresará a colaborar con nosotras en el instituto.

—No te esperances, hija. Ya me he retirado, ya no tengo edad para eso —dijo la señora.

Me deleité con las obras de ambos autores de las que pedí copias y con gusto me regalaron un dispositivo electrónico con las mismas. Recorrí en el índice los títulos y recordé que faltaba uno que citaba mucho un viejo profesor de mi facultad: Antítesis de mis primeras teorías. Cuando pregunté por él, Sara se puso nerviosa y la madre me respondió lo que sucedía:

—Está vetado.

—¿Vetado? —repetí sin entender nada.

—Era una obra muy ambiciosa. Mi padre quería corregir supuestas imprecisiones que tuvo en el planteamiento de sus primeras teorías. Las volvió a construir basándose en sus nuevas investigaciones, pero según ciertos teóricos tuvo errores en esta última empresa. Los otros integrantes de su cátedra no estuvieron de acuerdo con sus refutaciones, así que decidieron vetar la última publicación de mi padre después de su muerte.

Aquella explicación no me la pude tragar. «¿Errores? ¿Y eso que significa? ¿Acaso todas las creaciones humanas no son susceptibles de tener errores, qué tan graves tienen que ser para vetarse en un libro donde el mismo autor refuta sus planteamientos originales?», pensé.

—¿Y ni siquiera guardaron copias? —inquirí perpleja.

—No lo podríamos hacer con un escrito vetado. Sería ilegal, pero no pensemos en eso ahora, Paz —me dijo Sara.

—Doctora Roger, creo que usted y yo nos vamos a llevar bien. Conozco a pocas mujeres de ciencias y usted me puede enseñar muchas

cosas. ¿La podría visitar en otra ocasión? —insistí.

La señora asintió y terminamos por irnos. Sara salió de aquella casa con el semblante entristecido, el que se iluminó al acercarnos a la residencia King. Nos despedimos y yo me quedé con miles de ideas dándome vueltas en la cabeza con respecto a sus padres. Me conecté con Apolo y le pedí que me enviara a mi guía toda la información que consiguiera sobre los Roger a la brevedad. Lo que recibí coincidió con la historia de Sara y su madre, y con lo que pude investigar por mi cuenta.

En la casa me encontré con que William no estaba, así que preferí acostarme a dormir antes de que llegara. No quería tener otra discusión con él. Estaba en la cama cuando mi padre se comunicó conmigo para pedirme que rechazara el trabajo en el equipo personal de Ademar King, me aseguró que las pruebas a pasar serían muy difíciles, incluso para una persona apta para el puesto tanto física como psíquicamente. Intenté tranquilizarlo comentándole que estaba preparada para ello, pero fue imposible.

20



Comenzó un nuevo ciclo para mí. Tenía que adaptarme a nuevas presiones profesionales debido al cargo al que aspiraba y además sincronizarlo al menos tres veces por semana con las visitas al Instituto de Planificación Familiar. Mi trabajo ahora se había convertido en una fase más de la evaluación para acceder al equipo médico más distinguido. La fase uno de la evaluación constaba de examinar mis habilidades en la práctica y mis conocimientos en lo teórico sobre la Medicina. Uno de los médicos del equipo del dirigente era mi supervisor y no pasaría por alto ninguna falla. Tenía que soportar que me interrogara sobre diagnósticos, procedimientos y medicamentos, que avalarían mi nivel en la teoría. Me sumergí cada noche en la lectura de libros de textos y pasé largas horas de estudio.

William reparaba en mí cuando me veía enfrascada en superarme y aunque continuaba enojado por la reacción de su tía, yo sabía que en el fondo estaba complacido porque su tío le retroalimentaba acerca de mis logros. Unas semanas después cuando superé la fase uno denominada «Aptitud médica», vi a William sonreír. Entonces comenzó a darme recomendaciones para ayudarme a aprobar la fase dos. Lo primero que hizo fue dirigirse al robot humanoide que me habían asignado como entrenador personal, Max, y afinar los detalles de mis rutinas de ejercicio. A partir de ese momento el clima entre William y yo se suavizó.

La fase dos «Aptitud física» iniciaría en quince días, los que aproveché para, con las sugerencias de William, seguir con mi entrenamiento. Él mismo programó a Max para volverse más exigente de lo que ya lo había sido conmigo. Había añadido a mi programa el uso de armas y fundamentos de supervivencia. No negaré que, aunque había crecido rodeada de robots humanoides no me sentía entre ellos como pez en el agua como otras personas, y tener a uno armado delante de mí y diciéndome como disparar para mejorar mis puntos débiles, no era la actividad que mejor me hacía sentir. Puse todo mi empeño y aunque William me había asegurado que me relajara, que no me examinaban para ser un militar de carrera sino para cumplir con los requisitos básicos de defensa, no me confié y entrené todo lo que mi cuerpo pudo soportar.

La cara reprobatoria de Max tras mi último disparo al blanco logró exasperarme. Tal vez si me diera mi espacio y no lo tuviera detrás de mi oreja todo el día descargando palabras podría concentrarme mejor. Justo cuando estiré la mano para apuntarle a la cabeza con el arma y Max reaccionó con desconcierto ante mi escaso autocontrol, apareció William. Mi esposo negó con la cabeza y me recriminó:

—¿Sabes que Max te acompañará en tu fase dos?

—No tenía idea —dije sorprendida.

—Él registrará tus aciertos y tus fallas. Te conviene tenerlo de tu lado.

Bajé el arma y le extendí la mano a Max. El robot no dijo nada sobre mi conducta, solo añadió:

—Paz, a posición. Tienes que mejorar en concentración, solo así dominarás tu puntería.

William me colocó las manos sobre los hombros y me dio un suave masaje. Me besó la nuca y me dio varias recomendaciones para mejorar mi estilo al disparar. Finalizó diciendo:

—Todo está en tu mente. Tu mayor barrera es dominar el control sobre ti misma. Es algo que no entiendo que te siga afectando.

Lo mencionaba porque desde nuestros estudios iniciales era el objetivo principal de nuestra educación, que se repetía en los estudios medios y superiores. Sus palabras encendieron una llama en mí y me motivaron para demostrarle lo contrario. Intenté dejar de lado el escozor que me producía Max y aceptar que permanecería conmigo a pesar de mi reticencia. Me esforcé en hacerlo, incluso si cada vez que llegaba a una meta, Max le aumentaba el rigor a la siguiente. Los quince días pasaron más rápido de lo que hubiese deseado y de nuevo comprobé la volubilidad del tiempo según

nuestras necesidades. La fase a la que me iba a enfrentar era la más extensa y era la única en la que me ofrecerían una segunda oportunidad, si la reprobaba. La fase uno y la tres, eran inapelables.

William se despidió de mí cuando partí con el médico a cargo de mi evaluación. En el hospital me recibió el jefe del equipo de médicos de Ademar King, con una seriedad inquebrantable que aseguraba que su puesto no lo había adquirido por amistad o parentesco. Me condujo al área de rayos X donde me pidió que me quitara toda la ropa y pasara a través de un escáner. Lo vi innecesario porque la mayoría de los equipos podían ver a través de una bata, pero lo obedecí sin dejarme intimidar. Observó mi cuerpo, como suelen hacerlo los médicos, sin inmutarse por mi desnudez. De ahí me tendió una bata y me pidió acompañarla a los laboratorios donde me realizaron diversos exámenes médicos que me hicieron sospechar que sabía muy bien lo que buscaba.

Tres días después me comunicaron que todo había salido bien y que podía proseguir con la fase. Me extendieron un equipaje escueto y me indicaron subirme a un auto que me llevaría al sitio donde permanecería por el resto de la evaluación. Las personas que me acompañaron me explicaron que iríamos a una base militar cercana que se utilizaba para el entrenamiento del ejército. Me dijeron que pondrían a prueba mis habilidades de supervivencia y de defensa, porque Ademar King viajaba acompañado por personal médico cualificado para preservar la vida de su mandatario, incluso a través de técnicas de defensa si los elementos de su escolta hubiesen causado baja durante un ataque. El trayecto lo hice a ciegas porque las ventanas del vehículo no eran transparentes y había un panel que no me permitía ver hacia el área donde se encontraba el conductor. Como no podía ver hacia afuera y solo iba concentrada en lo que me esperaba al final del camino, hice una extraña similitud con un evento del pasado. No sé por qué aquello me trajo a la memoria cuando Sebastián y yo quedamos varados en medio de la carretera.

Me recibió el médico a cargo de la evaluación con un oficial del ejército y ambos me explicaron que estaría mes y medio en entrenamiento. Al concluir, me evaluarían las habilidades aprendidas. Si no pasaba la prueba tendría un período de tiempo para volver a aplicar. Ni siquiera escuché acerca de la segunda oportunidad y me concentré en la primera.

El primer día me condujeron a una cancha de entrenamiento. Max aguardaba por mí y ambos nos presentamos ante el personal a cargo. Eran dos sujetos que a pesar de su condición humana me daban más

desconfianza que Max. Así que terminé por preferir la compañía del robot, aunque me quedaba claro que no era una persona y que no era mi amigo. La sala estaba organizada con la sincronía habitual de los espacios autocontrolados. En una fila interminable, que ascendía a más de veinte, estaban situados en el suelo los materiales con los que comenzaríamos a entrenar. Los maestros comenzaron por explicarme cómo tenía que utilizar cada uno y los ejercicios que haría en cada pequeña estación. Max sería mi compañero y registrador a la vez, tal como había sugerido William. Juntos nos enfrentaríamos a cada reto y no solo anotaría mi cualidad física, sino también mi concentración y mi solidaridad. Max y yo tendríamos que trabajar en equipo, y si no lo lograba podía ir despidiéndome del puesto al que aspiraba.

Mis entrenadores de carne y hueso eran más exigentes que el robot humanoide que desde hacía unos meses me acompañaba como mi entrenador personal, a pesar de que los primeros sí podían empatizar con la condición humana. Me hacían sentirme mal, gritaban y daban rienda suelta a su prepotencia. El consejo de William sobre tomar las pruebas con calma aún me rebotaba en el pensamiento. «¿Si esto no era nada en comparación con el entrenamiento del ejército, entonces qué son los soldados? ¿Máquinas?», reflexioné. Luego me tranquilicé al recordar que entraban desde muy pequeños a la Academia Militar y que el entrenamiento exhaustivo se hacía parte habitual de sus vidas.

Todos los días antes que amaneciera, me enfrentaba a las estaciones y tenía que cubrirlas en el menor tiempo posible y con la mejor calidad de ejecución. Eran veinte estaciones y teníamos que hacer repeticiones en cada una, solo era el calentamiento. Max lo hacía parecer fácil, levantaba y arrastraba camillas llenas de pesas como si estuvieran vacías, se enfrentaba a los diferentes tipos de flexiones o abdominales con peso o sin él en escasos minutos, y a mí me tocaba superarlo.

—¡Vamos! ¡Enfócate en la respiración! —dijo Max. Yo alternaba saltos con un pie y el otro, desde un banco a la altura de mi rodilla y con un chaleco que pesaba unos cinco kilos.

Terminé y me dirigí a la siguiente estación donde Max comenzaría a ascender por una gruesa soga suspendida de una barra de metal de tres veces su altura, sin quitarse el chaleco con peso. Los entrenadores esperaban que también le gritara y lo animara a alcanzar el reto, pero me costaba hacerlo sabiendo que era un robot. De todos modos, lo hice:

—¡Arriba, Max! —grité y me miró sin perder el equilibrio.

Reaccionó con más ahínco, como lo hubiese hecho un humano. Sabía que era un truco y que estaban programados para eso, pero decidí dejarme llevar si quería aprobar el examen.

Cuando el sol estaba por despuntar salíamos al exterior y comenzaba en serio el entrenamiento. Nos subíamos a un camión que luego de una o dos horas nos soltaba en medio de la nada y se iba dejándonos a nuestra suerte. El escenario nunca era el mismo. A veces encontrábamos el camino de regreso y otras luego de sortear todos los peligros el vehículo pasaba por nosotros. El día número quince, ya me sabía de memoria la rutina. Así que no me sorprendí de encontrarme a las orillas de un lago, con una canoa con otro robot humanoide herido y una mochila con los suministros médicos básicos para atender al supuesto paciente.

—¿Qué sugieres? —me preguntó Max que siempre asumía que yo tenía el liderazgo de la misión.

—Lo que ya sabes, hay que cruzarlo al otro lado y salvarle la vida. Te tocará remar.

Max, con su usual obediencia, dispuso todo para continuar. Abrí la mochila y comencé a estabilizar al paciente antes que sus síntomas vitales comenzaran a decaer. La orilla estaba lejana, no se podía ver qué había del otro lado. Estaba segura que Max sabía lo que nos esperaba a nuestro arribo, aunque él me aseguraba que no. Llegamos y decidimos qué hacer con rapidez. Seguido del agua, se extendía una planicie y de ahí comenzaba una tupida arboleda. Desembarcamos por la zona más cercana a los árboles, unos escasos tres metros, para poder refugiarnos entre ellos. Bajamos de la canoa cuando el nivel del agua nos daba por la cintura. La empujamos hasta la orilla, a partir de ahí Max se hizo cargo de arrastrarla mientras yo lo cubría por si aparecían francotiradores. Corrimos hasta los árboles mientras mi corazón iba a mil por horas. Ahí volví a revisar los signos del paciente y comprobé que su presión arterial se estaba desplomando a un ritmo apresurado.

—¡Maldición! ¿Qué es lo que quieren? Pretenden que me comporte como médico o que haga magia con esta basura inservible —dije pateando la mochila, con lo que tenía dentro, a unos pasos lejos mí.

—Silencio —me susurró Max con tono enérgico—. Enfócate. No es nuestro único problema —insinuó Max para dar a entender que no podíamos descartar una emboscada.

—Me estoy hartando de todo esto. ¿Quiénes son esos tipos para juzgar mis habilidades como médico? Tan solo son militares —espeté para

referirme a los evaluadores de esta fase—. Se supone que esta evaluación concierne a mis aptitudes físicas y de defensa, no a esta bazofia de medicina con supervivencia.

—El examen atañe a tus habilidades para salvar la vida del paciente asignado, no importa en qué circunstancias te encuentres.

—Pero esto no es una persona y sus signos vitales están manipulados para hacerme perder la paciencia. ¡Una persona real no reaccionaría como esta cosa lo está haciendo!

—¿Sabes cuál es tu problema? Pierdes el foco en el momento menos propicio y no creas equipo con quienes te toca sacar una misión. ¿Conoces cuántos escoltas de Ademar King no son humanos? Ahora mismo debes haber alertado a unos cuantos a seguirnos.

Entendí que debía hacer silencio. No podía lamentarme por haber ofendido a Max. Aunque en la Sociedad Autocontrolada nos enseñaban a respetar la inteligencia artificial, me negaba a darle una condición similar a la de la vida natural. Pero Max tenía razón, debía concentrarme y callarme de una vez para no perder ni un minuto más. ¿Estábamos solos? ¿Quién sabe? Max bastaba para registrar mi comportamiento. William me había advertido. Recogí la mochila y volví a abrirla, cerré los ojos y repetí para mis adentros los signos del paciente para ver si algo se me estaba pasando por alto. En ese momento una ráfaga de disparos cayó sobre nosotros y nos hizo tirarnos al suelo. Max volteó la canoa para que nos sirviera de protección y acomodé al paciente mientras continué auxiliándolo. ¿Hasta qué punto estaban dispuestos nuestros contrincantes, robots como Max, a llegar?

Los signos del paciente volvieron a estabilizarse tras la última inyección que le suministré. Así que le pedí a Max que me ayudara a colocar la canoa abierta de forma perpendicular a un árbol a modo de refugio para el herido. Lo introdujimos lo más posible dentro. Me quedé disparando a los atacantes mientras me cubría con la canoa. Max se escabulló entre los árboles para sitiar por la espalda a nuestros atacantes. Tuvimos éxito disparándoles por ambos flancos. Cuando todos quedaron abatidos continuamos nuestro recorrido. Dejamos la canoa. Colocamos al paciente sobre una camilla que improvisamos con los recursos naturales de la zona, lo aseguramos con una soga que traíamos y Max lo arrastró la mayor parte del trayecto. Hicimos las paradas necesarias para revisar sus signos y procurar mantenerlo con vida, con los materiales que yo contaba. Al anochecer llegamos a la unidad de entrenamiento.

De ahí no se volvió a repetir mi conducta. Realicé todas las flexiones y abdominales que me pidieron. Corrí y caminé todos los kilómetros que me ordenaron, mejoré mi tiempo día tras día. Demostré lo que sabía sobre defensa y manejo de armas, aprendí las técnicas que me enseñaron al respecto y me dejé moldear sin reparos. Me llené del mismo ímpetu con que defendí mi condición de mujer cuando caminé con Sebastián a campo traviesa por el terreno agreste hacía algún tiempo atrás, e hice lo que me hubiese gustado en aquel momento: combatí el hambre, la sed, la fatiga, las condiciones climáticas, el abrupto terreno. Me repetí cien veces por qué hacía esto y traté de convencerme una vez más de la importancia de mi sacrificio. En todo momento Max estuvo a mi lado, aprendí a trabajar en equipo con él y llegó a reconocer que mi concentración había mejorado.

21



Al mes, cuando acudí al sitio de entrenamiento no encontré a Max. Me dijeron que tenía que continuar sola. Eché de menos a Max después que terminé de calentar en las estaciones. Reconocía la valía de su inteligencia para ayudarme a salir de los retos a la intemperie. Todo había sido más fácil con él. Fue un buen maestro y me había enseñado bastante. «Llegó la hora», pensé cuando los evaluadores me ordenaron subirme al camión. Uno de ellos me dijo:

—No te sorprendas si en esta ocasión necesitas más de un par de días para regresar. El éxito de esta misión depende de enfrentarte a lo inesperado.

Lo descubrí pronto. El camión no me dejó en medio de la nada como otras veces. Me condujo hasta un escenario diferente. Me llevó a un refugio con algunos suministros para sobrevivir y otro paciente herido. Las personas que me trajeron me dieron una orden de mis superiores. Debía permanecer en el refugio una semana hasta que el apoyo viniera por nosotros. Debía enfocarme en que tanto mi paciente como yo sobreviviéramos hasta que nos enviaran ayuda. El refugio estaba blindado y dentro de nada nos podría ocurrir. Admito que extrañé a Max por las razones menos apropiadas, había comenzado a apegarme a ese robot, quien había sido mi única compañía válida los últimos treinta días. Más que mi desconfianza en mí misma, lo que me turbaba era su ausencia en aquel

episodio. Mientras revisaba lo que me podía servir de los materiales que encontré, extrañaba la frase con que Max siempre comenzaba: «¿Qué vamos a hacer?». Me acerqué a mi paciente para olvidar aquel pensamiento y reconocí que era el mismo robot de las otras veces, aunque con un padecimiento diferente. Además de sus heridas que podía estabilizar en un par de días, salvo que manipularan de nuevo la situación, recién había perdido la vista como consecuencia del supuesto ataque al que habíamos sobrevivido.

No perdí el tiempo, comencé brindarle los cuidados necesarios. Esta vez lo que no escaseaban eran medicamentos e implementos médicos, lo que no nos alcanzaría para toda la semana era el agua y la comida, las que por más que racioné se acabaron en tres días. El paciente tuvo buena evolución, incluso podía sentarse y entablar alguna conversación, pero no me engañaba, sus niveles de deshidratación comenzaron a aumentar a la par que sus niveles de azúcar disminuían. Esa era la trampa y la manipulación que venía aparejada con cada incursión. De cierta forma, Max siempre decía algo que me ayudaba a pensar y a tomar la decisión adecuada. Era mi entrenador personal y su ausencia indicaba que querían medir mis habilidades sin su intervención. A los cinco días ya no aguantaba la sed y la debilidad. Miré nuestras reservas vacías y observé los niveles de mi paciente en detrimento. Como otras veces, la sed y el hambre de mi paciente se medían por los míos propios. Si lograba tomar agua o comer, él tendría mejor semblante.

Ya me había acostumbrado a trabajar en equipo. Así que recurrí a mis compañeros de verdad. Inicié la conversación con Apolo a través de la guía, pero no tuve éxito. La primera orden que transgredí fue abandonar el refugio. Me cercioré que el paciente quedaba estable y dejé la puerta del refugio bien cerrada con la contraseña que me habían entregado. Salí sigilosa, cubriéndome con mi arma por si aparecían francotiradores de la nada. Me alejé lo suficiente en busca de agua. No contaba con un mapa del terreno y eso me ponía en una posición peor. Como último recurso volví a iniciar la comunicación con Apolo y comprobé que fuera del refugio sí tenía recepción.

—*¿Dónde estás?* —preguntó.

—*Sigo en la fase dos. Estoy en una especie de refugio con órdenes de no abandonarlo. No tengo comida, ni agua y me dejaron escasas armas y municiones*.

—No puedes quedarte ahí, será como una ratonera. ¿Cuánto tiempo podrás resistir si te hacen una emboscada?

—Tengo a un paciente herido conmigo y no puedo abandonarlo. No hay ningún vehículo y no podré arrastrarlo hasta el campamento. El trayecto en camión es de una hora. Por favor, puedes darme mi ubicación.

—No tengo el nombre del sitio, pero estás como a tres horas de la zona protegida. El lugar me aparece borrado en el mapa porque aún no lo hemos añadido. Iré construyendo a la par que te mueves para que vayas teniendo algo de referencia. Busca el punto más alto e intenta subirlo y enfoca a tus trescientos sesenta grados.

—Eso no será problema para mí después de un mes en este lugar.

Divisé el árbol más alto y me dispuse a treparlo. No dejé de mirar hacia todos los lados por si aparecía algún atacante. A la par que estábamos ocupados en construir el mapa desde mi punto de origen, Apolo me comunicó:

—Dafne me está pidiendo comunicarse conmigo, le daré acceso a nuestra conversación para que no se desespere y para no perder la conexión contigo.

—De acuerdo —dije y seguí subiendo mientras las ramas más gruesas me servían de escalones para seguir ascendiendo.

Cuando Dafne se percató en lo que estábamos comenzó a reclamarnos:

—¡Perdieron la cordura! Es un mal momento para que estén conectados, no sabemos la tecnología que manejen en ese sitio. Si algo ocurriera no podríamos ayudarte, no podemos llegar hasta ti —me recriminó.

Tras su última frase llegué lo suficiente arriba como para ver dónde me encontraba. Hacia el norte no estaba muy lejos del lago por el que había transportado al herido la otra vez y hacia el sur había una carretera. Recordé la canoa que Max y yo habíamos dejado a atrás. Si la encontraba me podría indicar el punto exacto desde el que Max y yo habíamos andado hasta el campamento. Recordaba el recorrido. Max y yo lo habíamos hecho en dieciocho horas, tomando en cuenta que paramos en varias ocasiones a descansar, que arrastrábamos al paciente y que desconocíamos el camino de vuelta. La diferencia era que esta vez no tenía a Max para llevar al herido y mi recorrido sería más lento.

—¿Bebiste esa agua la vez pasada? —me preguntó Apolo.

—Sí —respondí.

—Lo primero que tienes que hacer es aprovisionarte de agua —dijo Dafne con pereza—. *No olviden que es una prueba, solo tienes que superarla. Ahora desconéctense y evitemos que las cosas se pongan serias de verdad.*

—Ella no recibió el mismo adiestramiento de supervivencia que tú y yo recibimos. Nuestro apoyo puede ayudarle a conseguir su objetivo que a su vez es el nuestro —medió Apolo.

—Iré por el agua mientras ustedes siguen poniéndose de acuerdo, ¿les parece? —añadí.

—Alto. Primero intenta divisar alguna fuente de comida. No me desconectaré, hazme un primer plano de cualquier fruto, raíz o planta que divises que creas que pueda servirte como alimento y te diré si puedes comerla —me comentó Apolo.

Lo hice y regresé al refugio con alimento y agua. En los lindes del lago no encontré la canoa que habíamos dejado, pero estaba casi segura que era donde Max y yo desembarcamos la vez anterior. Aunque Apolo me sugirió abandonar de inmediato el refugio, decidí esperar dos días más, hasta que se completara la orden que había recibido. Al octavo día el paciente ya podía ponerse en pie y caminar con cierto trabajo. Él aún no podía ver. No pasé por alto el que pudiera andar, coincidía de cierta forma con el plazo que me habían pedido aguardar. La idea de Apolo comenzó a rondarme la cabeza. No sé qué tramaban mis evaluadores, pero nadie había venido ni a rescatarnos ni a atacarnos, así que decidí que ya no esperaría ni un día más. El paciente estuvo de acuerdo con mi idea y salimos de allí. Le puse un arma en una de sus manos y le dije que de ser necesario le recomendaría hacia la dirección que debía disparar.

Así transcurrieron un par de días más. Cuando parecía que ya iba a tirar la toalla dejaba abierta mi guía y Apolo que estaba a la espera, me reconfortaba con sus palabras de aliento. Su confianza me impulsaba a proseguir. Sus consejos y su experiencia para sobrevivir en condiciones difíciles me ayudaron en los momentos más críticos para encontrar la solución a mis retos. Gracias a él encontré agua, refugio y comida en más de una ocasión. Dafne también se colaba en nuestra conversación, lejos de darme apoyo terminaba por atormentarme hasta que parecía que mi cabeza iba a explotar. Comenzaba a reclamarnos por la imprudencia de comunicarnos a través de la guía en el lugar en el que yo me encontraba. Ella tenía razón y terminaba por desconectarme dejándolos a ambos enfrascados en una discusión.

No estaba cien por ciento segura de ir por el camino exacto que había recorrido con Max, pero tampoco podía estar tan alejada. El paciente no podía seguirme el paso, iba sostenido de mi mano y teníamos que

detenernos más de lo que deseaba para que repusiera sus fuerzas. Cuando descansábamos, aprovechaba para cerciorarme del estado de sus lesiones.

Era de noche. Habían pasado tres días desde que abandonamos el refugio cuando divisamos la unidad de entrenamiento. Una sonrisa se esbozó en mi cara ante el triunfo inminente. Aunque estaba desgastada por los días anteriores y sabía que lo peor estaba por llegar, no me agobié con lo que vendría después. Retomamos nuestras fuerzas y sujeté a mi paciente de la mano para dirigirnos a la unidad.

Cuando nos aproximamos a la garita de entrada me sorprendió ver a Max y albergué la extraña idea de que me estaba aguardando. No negaré que me dio alegría verlo, después de su desaparición abrupta sin previo aviso. Decidí hacerle una broma sobre lo que me había extrañado, sabía que su risa era programada, pero comenzaba a gustarme:

—Max… —Mi sonrisa se desdibujó de mi rostro y la frase que iba a emitir por el reencuentro se atoró a medio camino.

Cuando le vi llevar la mano en dirección de su arma, ni siquiera pudo terminar de encañonar con ella a mi paciente. Disparé. Un par de segundos había sido la diferencia entre salvar una vida o la otra. Ninguna era humana y con ambos había compartido momentos significativos. Mi paciente era mi objetivo, pero Max me dolía de un modo extraño. Jamás pensé que nuestro vínculo terminaría así. Pero no había llegado tan lejos como para comprometer mi misión por estos sentimientos sin sentido hacia una máquina. No pude darme el lujo de decir algo, de advertirle o de darle una oportunidad. Simplemente me había tragado mi dolor y había hecho lo que tenía que hacer. Quien diseñaba los exámenes debía ser muy perverso para idear algo así.

—Todo está bien —le dije a mi paciente y le sujeté la mano para seguir adelante.

Mis evaluadores me recibieron y no pregunté nada. No indagué a quién se le había ocurrido la idea de que Max me emboscara o me traicionara. Tampoco hice lo que me habría gustado hacer: llorar. No sabía si por Max o por mi frustración, pero mi pecho se estaba congestionando de sufrimiento. Sabía que tampoco lo haría cuando me quedara sola porque en aquel lugar mi privacidad no me constaba. Ellos me felicitaron. Entendí que a eso se referían cuando dijeron que este reto sería diferente. A eso tenía que estar dispuesta, a poner a mi paciente por encima de cualquier otro vínculo. Me dijeron que el reto había finalizado y que podía descansar unas cuantas horas, hasta que amaneciera. Corrí a comer todo lo que me

pusieron en frente y ni siquiera pude ducharme, lo dejé para el siguiente día y caí exhausta, con el rostro de Max rondándome.

El primer día de prueba llegó y mis examinadores me estaban mirando a los ojos, haciéndome diversas preguntas para obligarme a desertar y cambiar de opinión cuando se les unió una persona más. Alguien que tenía órdenes estrictas de Ademar King de supervisar cada una de mis fases para ayudarme a pasar. Ademar King conocía que sus hombres de confianza para la fase dos, se empeñaban más en reprobar que aprobar a los solicitantes, de enviarlos directo a la segunda oportunidad si creían que tenían chance, pero que aún les faltaba dar más de sí. No sé por qué yo le agradaba a King, tal vez por ser la hija de uno de sus generales o por un favor personal a su amado sobrino. El caso es que mandó a su nuevo hombre de confianza, al Jefe de su Seguridad, el que se había ganado el puesto por haberle salvado la vida al tirano a costa de arriesgar la suya propia.

Lo vi entrar, con aquella mirada oscura reprobatoria y el uniforme negro que lo hacían parecer enviado por el ejército de la muerte. Aunque el amor nos había dominado tiempo atrás, temí más a su expresión que al del resto de los examinadores.

—Conversaré a solas con la aspirante —dijo y el resto de los evaluadores nos dieron espacio.

Ese mes y medio de entrenamiento brutal fue transformador para mí. Él se dio cuenta. Lo percibió con la misma intensidad que el cambio se apoderaba de mi cuerpo y de mi mente. Ya no quedaban rastros de la mujer que había decidido amarlo. La piel de la mujer que decidió renunciar a él para luchar por la unificación del mundo y por la libertad de los seres humanos de ambos lados de la frontera, me cubría por completo.

—He revisado las observaciones de tu expediente, vas bien, pero hay algo que no entiendo aún, ¿qué te motiva a ocupar un lugar en el equipo médico de nuestro dirigente? ¿Por qué a pesar de la crudeza de las pruebas sigues enfrascada en seguir adelante con el entrenamiento? —preguntó Sebastián Casals.

—¿Cuestionas mis aspiraciones profesionales? Este tipo de preguntas se contestan en la tercera fase. Para darte mi respuesta debo primero aprobar ésta.

—No llegarás a la siguiente fase. Es mejor que renuncies ahora y no te expongas a lo que sigue. Puedes dar cualquier pretexto —sugirió en voz muy baja y apretó los labios. Ya no era el hombre que me había brindado su amistad, era aquél que el general Verena había convencido para protegerme.

—¿Te envió mi padre? —averigüé cortante.

—Ademar King me ordenó supervisar que no se pasen de estrictos contigo, quiere que apruebes, le simpatizas, pero… no puedo ayudarte si decides desistir. Te exijo que renuncies ahora. Retírate de la evaluación, se tomará como una deserción. No te sientas mal, muchos no logran pasar —bajó aún más la voz.

—No me voy a rendir —le dije convencida que, aunque él y mi padre habían urdido algún plan para frenarme seguiría adelante.

—Lo siento, Paz.

—Según los estatutos de nuestra nación lo más lejos que una mujer puede llegar en cuanto a preparación para combate, es el entrenamiento básico para acceder a algún cargo que requiera ciertas aptitudes físicas y de defensa. A las mujeres no nos reclutan para el ejército porque nuestros principios constitucionales nos lo prohíben. Mi entrenamiento solo era un requisito de admisión para un puesto cercano al mandatario. William ya me había asegurado que esta prueba no sería tan difícil y menos para una mujer, somos el sexo débil, ¿o no? ¿Acaso te has interpuesto en mi camino para ayudarme a fracasar? ¿Ahora te vales de las influencias de tu cargo? —indagué con dolor sin olvidar cada sufrimiento vivido en el último mes.

—No entiendo cómo has llegado hasta aquí. ¿Eres la misma que llevé cargada a mi espalda porque no pudo terminar la caminata la noche que el auto quedó sin energía? —reprochó con un lamento ahogado apenas audible que me confirmó mis sospechas.

Tomé la mochila que tenía a mis pies, la que me había acompañado desde que había llegado a aquel lugar y caminé hacia el punto donde los evaluadores ya esperaban. De lejos observé al médico encargado de mi evaluación retirarse. Así que me quedé sola con los verdugos a los que el Jefe de Seguridad de Ademar King les había dado rienda suelta para hacerme fracasar, en contra de la orden de su mandatario y apegado a las órdenes de su jefe anterior. Me les acerqué y uno de ellos, al que más le gustaban los juegos de palabras, me dijo:

—¿Cómo le fue con el mayor Casals?

Hice un gesto confuso para evitar responder. Él otro oficial, él más serio, añadió con gesto de aburrimiento:

—Espero que le haya ido bien porque el mayor Casals se ocupará de la siguiente fase. Felicidades, doctora, ha concluido la fase dos.

—¿Y la prueba? —articulé a punto de colapsar por la confusión.

—Es lo que usted soportó durante mes y medio. Así es esto. La hacemos de expectativas con el examen final para ver cómo sobrellevan el estrés. Sígame, debe firmar un acuerdo de confidencialidad acerca de nuestros procedimientos para que pueda seguir adelante —respondió.

Al terminar de oír aquellas palabras que me devolvían el aliento, escuché unos pasos acercarse a mí. Sabía que la única persona que había dejado a atrás era a Sebastián, pero ni siquiera me volteé para comprobarlo. Él tampoco giró su vista en dirección hacia mí. Solo reparé en su figura alejándose cuando nuestros ojos ya no podían hacer contacto. Me dirigí hacia el auto que me esperaba para llevarme lo más lejos de aquel lugar que se había convertido en una pesadilla, la que me atormentaría en las noches de insomnio.

22



Desde que solicité aplicar para ese puesto, me preparé para las indagaciones que realizarían sobre mí como parte del procedimiento. La siguiente semana, inició la fase tres «Idoneidad personal». Evaluarían mi estado de salud mental, mi fidelidad a nuestra sociedad y si no representaba un peligro para la seguridad de King. De la nación de la UNA más cercana a nuestra posición me mandaron unas sustancias con Dafne. Ella me las hizo llegar el día anterior a la investigación. Apolo se conectó conmigo. Me guio con instrucciones precisas en tiempo real. La sustancia uno y la dos me las inyecté en el horario exacto que me sugirió. Mientras me deshacía de los frascos y las jeringas sin dejar evidencias, Apolo me explicó para qué servían a grandes rasgos:

—*La primera te permitirá ocultar información sin evidenciarlo, tanto en tus signos vitales como en tus respuestas verbales o escritas. La segunda sirve para neutralizar la guía el tiempo necesario. La tercera la usarás para reactivarla cuando estés libre y tu evaluación termine* —dijo. No obstante, en el tono empleado por Apolo pude percibir cierto temor.

—*¿Si todo es tan maravilloso por qué vacilas?* —le confronté.

—*La tecnología avanza tan rápido en cuestiones de defensa y contraespionaje, que temo que tengas que enfrentarte a algo para lo que no tomamos precauciones.*

—*Es eso* —articulé y recapacité si debía seguir adelante.

—*No tienes que hacerlo… Estás a tiempo de retractarte* —titubeó y me sorprendió porque sabía que él seguía órdenes. En ese momento la guía se desactivó por el químico que comenzó a hacer efecto en mi cuerpo y perdimos la comunicación.

Decidí confiar. Me condujeron a un salón donde me harían pruebas psicométricas y algunas entrevistas con personal preparado para ello y con equipo especializado diseñado para detectar imprecisiones en mis declaraciones. Fue intimidante al principio, pero logré sentirme en confianza, utilicé mi potencial de autocontrolada y todo lo que había aprendido durante mi formación escolar para calmarme y enfocarme. La última sala a la que pasé, amenazó con quebrantar mi autoconfianza al comprobar un equipo biomédico que nunca había siquiera oído mencionar en todos mis años de estudio. Apolo me había asegurado que la guía era indetectable por el momento, pero también titubeó. Respiré profundo e intenté confiar en las sustancias que me había inyectado, lo que se me hacía difícil porque desconocía a detalles el funcionamiento de cada una y me quedaba en aquel pozo inmenso de dudas. Por la expresión de los presentes, a ese equipo era al que más yo tenía que temer. Justo antes de comenzar el procedimiento apareció Sebastián con dos soldados y se colocó a un lado mío. Les pidió a los examinadores salir de la habitación y señaló que se ocuparía en persona. Le comuniqué que no era necesario, que no tenía que intervenir, pero él indicó algo que fue suficiente:

—Por favor, déjeme hacer mi trabajo. No le he pedido su opinión. Hable solo cuando se le solicite.

Con aquella frase cortante me dejó con el silencio hirviendo por dentro. Justo lo tenía enfrenté en el último peldaño a subir. Él, que seguía las órdenes del general Verena de alejarme de mi objetivo. Si de Sebastián dependía, todo mi esfuerzo en las fases precedentes no habría valido la pena. Lo observé sin decir nada. Comenzó a colocarme diversos sensores como pequeñas esferas de gel translúcido. Me los puso en los dedos índices, las palmas de las manos, las rodillas, el pecho, el abdomen, la cabeza y sobre los párpados. Me inyectó una sustancia indolora y comenzó a hacerme preguntas intrascendentes en voz muy baja. Eran preguntas que me inducían a un estado de calma o tal vez me había inyectado un sedante. Pude responder sin dificultad o turbación alguna. Supe que aquel procedimiento en apariencia inocuo encubría algo más.

Antes de cerrar mis ojos para la colocación de los sensores pude ver a los espectadores: el jefe del equipo médico al que quería integrarme, los evaluadores que Sebastián había desterrado de la sala, así como otros oficiales que me escrutaron con la mirada desde la distancia, a través de unos cristales de donde tenían visibilidad de mi persona y de los monitores. Sufrí un calor bastante fuerte en toda la extensión de mi piel, excepto en las zonas de mi cuerpo en las que reposaban los sensores, los que comencé a percibir como trocitos de hielo y como tales los sentí derretirse hasta convertirse en un líquido que mis poros absorbieron. Me sobresalté e intenté incorporarme. La voz de Sebastián Casals me guio para mantener la calma. Quise ponerme de pie y echarme a correr, sin tener idea de lo que aquel líquido pretendía vulnerar en mi anatomía. Hubo ciertas claves en la voz de Sebastián, en sus palabras, que me hicieron olvidar su actitud hacia mí en los últimos días y confiar. Media hora después me dijo que podía abrir los ojos y levantarme. Lo hice y mi primera reacción fue pasar la mano sobre los lugares donde estuvieron los supuestos sensores.

Después de aquello, Casals se retiró dejándome con un escueto saludo. El jefe del equipo médico de Ademar King se disculpó por los procedimientos a los que denominó de rutina y me pidió que me presentara al siguiente día a trabajar.

—Pensé que el fallo tardaría algunos días —mencioné con firmeza para no dejar al descubierto mi perplejidad.

—No es necesario, tenemos un sistema de calificación inmediato. Usted ha aprobado la evaluación.

Cuando aquella noche coloqué la cabeza en la almohada pude descansar y agradecer la presencia de Sebastián. Aún no entendía cómo ni por qué había reaccionado así tanto en la fase dos como en la tres. Con la afirmación de que «solo hacía su trabajo», intentó alejar de mi mente la idea que me daba vueltas sin dejarme dormir, que me protegió una vez más. Acaricié la fina película que aún permanecía adherida a mi guía después de tanto tiempo.

Un día después, los demás doctores me esperaban para darme la bienvenida. Me presentaron a cada uno y me guiaron a mi nuevo consultorio, dentro de la misma clínica donde ya trabajaba, pero hacia el extremo contrario. El paso a esa área era restringido y militarizado. Los doctores me recibieron esta vez con respeto y sin las miradas perniciosas

que los médicos del equipo anterior usaron para reiterarme que estaba allí por algún vínculo especial con Ademar King. Cada uno de los médicos que conformábamos el equipo actual, sabíamos y guardábamos en estricta confidencialidad lo que había que superar para obtener aquel puesto tan codiciado por algunos, cada quien por sus propios motivos. La segunda fase era más llevable para los que se formaron en un entorno militar desde la adolescencia, pero no fácil. King quería reunir a los médicos más aptos sin importar el origen de su formación, por eso la brecha también quedaba abierta para los médicos civiles que se arriesgaran a recibir el entrenamiento requerido y a vencer cada fase. Yo no había llegado por aspiraciones profesionales, azar o cualquier otra razón propia de un médico para unirse a aquel grupo selecto, pero había luchado tanto como los demás para permanecer. Acomodé mis pertenencias y comencé a acoplarme al área laboral. Ahora estaba en el lugar donde me había predestinado Leila Salvat, en el cual no estaría si no fuera por la ayuda de Sebastián.

Necesité diez días para familiarizarme con el puesto, los salones y su disposición, así como con los materiales, la vigilancia y la seguridad de esa ala del hospital. Ya le había trasmitido a Apolo el mapa del sitio. La información que obteníamos nos dio evidencias sobre la última tecnología que utilizaban en cuanto a medicina, datos específicos sobre la salud de Ademar King y sus más allegados. Le había trasmitido a Apolo detalles como alergias, medicamentos usados, frecuencia con la que enfermaban y padecimientos más frecuentes. Estaba en medio de una transmisión similar con Apolo cuando tocaron la alarma del hospital. Llegaron pacientes heridos. Nos pidieron a los médicos del equipo de Ademar King que acudiéramos a ayudar tomando en cuenta la emergencia.

—Apolo, ¿qué sucedió? —Me conecté de inmediato con él—. *¿No me dirás de nuevo que los habitantes de una ciudad se revelaron? Deben estar llegando cientos de heridos para que hayan tocado la alarma y nos hayan pedido ayuda a nosotros. ¿Dónde está el cambio pacífico por el que tanto hemos luchado?* —le reclamé a través de la guía.

—Estoy tan desorientado como tú. Dame tiempo para darte una respuesta —dijo.

Tuve que cortar la comunicación, quedé irascible por las víctimas que adolecían. No entendía nada. El discurso sobre la paz de Leila Salvat se repetía una y otra vez en mi cabeza, y yo solo podía rescatar la incongruencia entre sus palabras y la realidad. Salí a toda prisa a atender a

los heridos que llegaban por doquier. Entre los comentarios de los mismos pacientes y los otros médicos escuché que la UNA había tomado otra ciudad-estado. Después de tres horas de trabajo, me entró un mensaje a la guía en forma de pulsera. El jefe del equipo médico nos pedía reunirnos en nuestra ala con urgencia. Intenté rehusarme a abandonar a mi paciente, pero la orden se repitió de manera tajante y tuve que dejar a un enfermero en mi lugar. Me abrí paso a través del caos hasta donde me requerían y cuál fue mi sorpresa al ver que traían en una camilla a Ademar King. Nos dispusimos a tratarlo mientras el jefe del equipo nos ponía al tanto de lo ocurrido. Había sufrido un ataque cardíaco ante la noticia de la pérdida de la otra ciudad-estado. Por suerte para él, había llegado la ayuda a tiempo y lo había rebasado. Sebastián llegó con las personas que traían a King, pero solo pudimos intercambiar una mirada.

Después de darle a Ademar King los cuidados requeridos me asignaron para quedarme de guardia aquella noche. Me pidieron vigilarlo y controlarlo, así como suministrarle sus medicamentos. Como la situación era alarmante el jefe del equipo médico también permanecería en el hospital y daría algunas rondas cada tres horas. Me asistía un enfermero y dos robots humanoides. El mayor Casals tampoco abandonó el lugar. Dispuso la guardia en puntos estratégicos del interior y exterior del área. Fuera de la habitación donde se encontraba Ademar padre, se quedó el mayor Casals con varios soldados. Así que no pude evitar tropezármelo.

—Buenas noches, Paz —me dijo al fin cuando pudimos cruzar palabras.

—Ademar King estará bien —fue lo único que atiné a decir delante de los demás.

—Necesito pasar a inspeccionar la habitación —comentó con voz firme.

—Adelante —le abrí la puerta. Pasó y revisó la habitación en persona sin reparar en mí. Luego se sentó en una silla—. Me quedaré por si necesitas algo —murmuró con una voz suplicante, diferente a la que había utilizado delante de sus hombres.

—Si tienes que hacerlo —intenté parecer indiferente y me tragué la pregunta que tanto necesitaba hacerle, ¿qué le había hecho cambiar de opinión para ayudarme a pasar la última fase?

Sebastián tenía los ojos fijos sobre mí, con ese aire de cercanía que adoptaba cuando estábamos solos. Para que el enfermero no sacara sus propias conclusiones sobre la mirada del mayor Casals, preferí darle

permiso para que bajase a la cafetería a cenar. Sebastián me observaba con aquel gesto afable y soltaba una sonrisilla con amabilidad cuando nuestros ojos se tropezaban. No sé si los robots humanoides captaban la intención de su mirada, pero como parecían humanos y estaban entrenados para detectar nuestras emociones decidí tomar precauciones. Envié a uno por una larga lista de artículos y medicamentos, mientras que al otro le di la absurda indicación de observar a Ademar King a menos de un metro por si éste manifestaba algún cambio en su estado de salud.

Ahora sí le eché un vistazo a Sebastián. Me puse de pie y me encaminé al recibidor, donde había más privacidad y él me siguió. Me senté y él tomó asiento frente a mí:

—¿Quieres decir algo? —le pregunté al fin. Él profirió una carcajada apenas audible y con disimulo alzó los ojos en dirección a las cámaras de seguridad—. ¿Cómo sigue tu herida? ¿Te informaron si dejará alguna secuela? —intenté ser atenta luego de nuestros desacuerdos previos durante mi examen de admisión.

—Me he recuperado muy rápido, gracias —contestó.

En ésas estábamos cuando escuché a Dafne tratar de comunicarse conmigo. Le di acceso y la escuché. Disimulé ante Sebastián que me observaba y me comuniqué con ella a través del pensamiento:

—*Tengo tu posición. Estás en el hospital y eso es conveniente. ¿Estás cerca de Ademar King?* —me interrogó Dafne. No quise responderle, pero no le importó. Le bastaba con saber que yo estaba en el perímetro del hospital. Siguió hablando—: *Supe que King sufrió un ataque cardíaco y que sus hombres, aunque están bien organizados, se sienten temerosos sin su guía. Hay recientes órdenes para ti. Tienes que ejecutarlo* —profirió y sin dejarme salir del impacto disparó otras palabras—. *Ahora mismo estoy abajo. Trata de contactarme para darte un fármaco que simulará un infarto fulminante. Nadie sospechará de ti porque es una sustancia que pasa desapercibida, así que podrás seguir en tu posición*.

Me puse de pie, me disculpé con Sebastián y me dirigí al baño para poder concluir aquella conversación con Dafne. Por más que intentara esconderlo, Sebastián podría notar el cambio en mis expresiones.

—*No, no lo haré* —le trasmití a Dafne a través de la guía—. *Apolo me aseguró que la UNA no se involucraría en actos violentos y ¿qué significa todo esto?*

—*Son órdenes de Leila* —dijo ella—. *Apolo tampoco entiende lo que esta oportunidad representa. Si deseas pasar a la historia como héroe, éste es tu*

momento y si no quieres hacerlo me ocuparé en persona.

—¿Has enloquecido? Esto está minado de guardias. No podría contactarte ni, aunque quisiera. Hay cámaras por todos lados, ¿cómo explicarías tu presencia en el hospital y mi encuentro contigo? Además, tengo órdenes de no abandonar mi puesto, no puedo dejar al paciente sin supervisión hasta que venga el relevo.

—¿Estás con él? Inyéctale algo que se lo lleve de este mundo —ordenó Dafne y sus palabras me martillaron el cerebro—. *No puede pasar de estas veinticuatro horas. No sospecharán de ti de inmediato, eres su médico, pensarán que le regresó el infarto. Nada más lo hagas trata de alejarte del hospital. Te esperaré en un auto y te sacaré de la ciudad. Alguien te llevará a territorio de la UNA. Leila me dijo que lamentará perderte como fuente de información sino queda otro remedio, pero asegura que es necesario este sacrificio por la misión.*

—No lo haré, mi misión es informar. No tomaré en cuenta ninguna orden que no venga de Apolo o de mi madre —reafirmé para que no le quedaran dudas, aunque yo estaba convencida que no lo haría ni, aunque viniera la orden de las personas que yo había mencionado.

—¿Para qué crees que Leila te quería en el equipo médico de Ademar King? Tienes hasta la mañana para finiquitar este asunto. Aguardaré tu llamada para llevarte a un lugar seguro —dijo Dafne.

—No lo haré, esto no va con la UNA en la que yo creo —resolví con firmeza. Dafne se desconectó y aquello me inquietó.

A las cinco de la mañana regresó el jefe de mi equipo médico y me encomendó preparar junto con el otro médico de guardia, que venía para ser mi relevo, al paciente para ser trasladado. Eran órdenes de Ademar King II. No confiaba en la seguridad de su padre en aquel hospital. A las seis de la mañana bajamos con la camilla de Ademar padre por una puerta trasera. El ajetreo del día anterior se había calmado, pero podían observarse aún los estragos por todas partes. Justo antes de acceder a la ambulancia que transportaría al paciente, apareció Dafne detrás de una columna y comenzó a disparar en dirección a la camilla. Casals actuó sincronizado con sus hombres. Tres de ellos corrieron a proteger el cuerpo de Ademar King, lo tiraron al suelo y lo cubrieron con agilidad. Cinco desarmaron a Dafne, la sometieron y la esposaron. Uno protegió al médico jefe de equipo y otro al médico que llegó para suplirme. Cuando parecía que todo estaba controlado, los gritos del médico relevo nos volvieron a poner sobre alarma. La sangre roja comenzó a brotar a borbotones sobre el pecho de

Ademar King. Lo subieron a la camilla mientras los médicos comenzaron a dar los primeros auxilios.

—Súbanlo rápido a la ambulancia —ordenó Casals con el rostro contraído y lleno de furia por los vergonzosos sucesos para su cargo.

—Tiene más oportunidades si se queda en el hospital —gritó el médico relevo.

En lo que para mí parecieron segundos, el médico jefe examinó a Ademar King y se reunió en susurros con Casals mientras el médico relevo presionaba la herida del paciente. El mayor Casals reiteró la orden de subir a King a la ambulancia, luego de una rápida comunicación con Ademar King II. Mientras unos soldados subían a Dafne a una camioneta, otros terminaban de introducir la camilla con el mandatario a la ambulancia. Intenté hacer algo por Dafne, pero Sebastián me tomó por el brazo con fuerzas y me dejó sembrada al suelo. El médico jefe de equipo y el otro se subieron a la ambulancia con el paciente y dos guardias más, mientras que Sebastián me obligó a subir a la parte trasera de su auto.

Se quedó de pie fuera del vehículo, aún sin soltarme el brazo. Lo vi hacer ese gesto de pesar con los labios que me había enamorado.

—¿Qué rayos pasó? —inquirió y se quedó pensativo, supongo que repasó en qué había fallado, dónde un cabo suelto se le había escapado.

Hice lo mismo, reparé en la sucesión de las escenas y lo vi con claridad. Solo bastó un segundo en que Sebastián se distrajo poniéndome a salvo y sus hombres se quedaron sin su guía, para que el paciente recibiera el disparo.

—Tengo que ir en la ambulancia —afirmé.

—Te dejarán en la puerta de tu casa y yo me cercioraré que la camilla aborde el avión indicado, con el apoyo correspondiente —me soltó apresurado mientras le daba la orden a los de la ambulancia de partir.

—¿Qué pasará con la mujer? —pregunté.

—Lo que pasa con los traidores —dijo Sebastián.

—Hablas tan convencido de estar en el lado correcto —susurré para que nadie nos escuchara.

—¿Y tú estás convencida de lo mismo? —gruñó en voz tan baja que solo yo pude oírlo.

—Estoy harta de que te entrometas en mi vida —mascullé.

—¿Estás segura? Porque desde que estoy aquí no he hecho otra cosa que cuidarte y no porque tu padre me lo pidió, sino porque me importa lo que te suceda —arremetió Casals.

—Tenemos que ayudarla a escapar —supliqué—. Tú puedes hacerlo. Ella solo cumplía órdenes.

—¿Órdenes de quién? —presionó.

—Tiene que huir.

—No puedo, Paz. No me creas tan poderoso. Si tú estuvieras en el lugar de ella tampoco podría hacer nada por ti. William te espera, ve con él —terminó.

23



William me esperaba con unas maletas. Me abrazó y pude percibir su temor a perderme. Nos subimos a su auto y abandonamos todo lo que quedó atrás. No le hice preguntas y él tampoco indagó mi versión sobre el atentado. Supuse que ya tenía la información necesaria. Llegamos a una pista de aterrizaje, donde un soldado que nos aguardaba se llevó el auto. Me ayudó a subir a una avioneta del ejército, me ajustó el cinturón de seguridad y se sentó en el asiento del piloto. Despegamos. Atravesamos el cielo y nos perdimos hacia el horizonte. No tenía idea de nuestro destino ni tenía confianza absoluta en Dafne Rossi. «¿Me implicará en sus revelaciones?», era el pensamiento que me torturaba. De ser así estaba en el lugar menos indicado. Tal vez debí huir en vez de regresar a la residencia King. Después de una hora de vuelo aterrizamos en una pista en medio de un bosque insondable. Parpadeé cuando las llantas tocaron el suelo. La avioneta rodó un rato más hasta descender por una enorme puerta que se abrió en el asfalto. Avanzamos por unos largos pasillos hasta que William aplicó los frenos.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—A salvo, al menos por ahora —me contestó.

¿A salvo? Recordé a Dafne y la investigación en torno a ella. Intenté comunicarme con Apolo sin resultado. Sara nos esperaba en el interior del refugio con el pequeño Ademar King III y algunos militares. Ellos llegaron

antes. William indagó por Karena con un oficial y le contestaron que se encontraba con Ademar King aún en la capital. Escuché que a este último no lo pudieron mover por la gravedad de la herida, pero en cuanto lo estabilizaran viajaría con su esposa a resguardarse a otro refugio. Por William también supe que Ademar King II estaba al frente de la nación y que ocupaba el lugar que había dejado su padre tras la convalecencia. Averigüé por qué William no estaba junto a su primo y supe que eran órdenes de Ademar King II. Entendí que a mi esposo lo estaban protegiendo, por ese afán del dirigente de mantener el poder, aunque fuera en manos de sus sucesores.

Sara me abordó a preguntas acerca del estado de salud de Ademar padre en cuanto nos encontramos; insistió en los pormenores del ataque a su suegro. Obvié los detalles del episodio del atentado para no alarmarla más y solo le referí los hechos de manera general. Sara estaba muy asustada y no se despegaba de su hijo. Murmuró:

—Mi esposo me indicó que permanezca con ustedes hasta nuevo aviso. Aún no sabe si nos quedaremos o evacuaremos.

—Tranquila —dijo William quien intentó calmarla con una palabra. Estaba ofuscado en sus cavilaciones y no quería ser interrumpido.

—Temo igual por mi madre —mencionó ella—. Le previne antes de partir que no salga de su casa, pero no pudimos traerla. Todo fue tan apresurado.

—Recuerda que nuestra ciudad es la más resguardada —afirmé, aunque no me constaba del todo.

—Mi esposo teme que otras ciudades-estado estén por colapsar. Aún no sabemos la situación real, fue algo sorpresivo —continuó Sara.

—¿Y tus padres? —le pregunté a William.

—Están con mi tía —me aclaró William.

Me abatí en una silla mientras organizaba en mi mente los sucesos ocurridos en las últimas horas. Tenía miles de pensamientos sobre Sebastián, mi padre y Dafne. ¿Qué sería de esta última? ¿Cómo estaría la situación en la ciudad-estado que dirigía mi padre? Entre una imagen y otra, Sebastián volvió a apoderarse de mis recuerdos. Me llevé las manos al pecho, intenté disipar la idea que me vino de golpe, que mi lugar era junto a él, así como él había elegido el suyo cerca de mí. Sebastián nunca me había abandonado y mi amor por él no cejó durante la distancia. Él simulaba aceptar nuestra separación, pero continuaba demostrándome su devoción. La incertidumbre que me sobrecogía venía precedida por la

siguiente interrogante: ¿hasta cuándo sobrevivirá su voluntad de amarme? Mis actos lo alejaban en una dirección opuesta a la mía y aunque navegara hacia mí en contra de la corriente, pararía tarde o temprano. Tal vez dejaría de procurarme cuando sopesara nuestros afectos en una balanza y constatara el desequilibrio entre ambos.

Quise comunicarme con Apolo por segunda vez, pero no logré la conexión. Quería reclamarle y que hiciera llegar mi inconformidad a mi madre. A ella, quien me metió en esto hasta el cuello. Confié en Venus y en su esperanza hacia la ideología de Leila y los principios de la UNA. Me dolía saberme engañada y utilizada para sus planes; no creía que a mitad de camino hubiese cambiado la misión pacífica de la UNA, por la convicción de que la violencia era válida si con ella se podía llegar a la felicidad añorada para la humanidad. Comprendí con mucha ira que Leila y Ademar King tenían en común más de lo que ambos se imaginaban. Leila «era perfecta, la de los valores más puros, la de la actitud más sacrificada, la que vivía para ser un ejemplo de lo que predicaba». Reflexioné hasta que Sara volvió a hablarme y le presté atención. Noté que la preocupación por su madre era mayor que la adecuada a la situación. Comprendí que había información que no me revelaría, pero que añoraba desahogar sus temores con alguien que quisiese escucharla. Recordé el documento vetado y le pregunté tomándole las manos:

—¿Cómo murió tu padre?

—Problemas de salud —explicó luego de mirar en la dirección de William.

—¿Cuáles? —insistí.

Me dejó con la palabra en la boca y se levantó con el niño en brazos que comenzaba a llorar. Obvió mi pregunta y se concentró en atender a su hijo. Aquello alimentó más mi curiosidad e intenté preguntarle pasado un rato, un día, dos, tres. Hasta que me di cuenta que, aunque Sara necesitara gritar aquello que la atormentaba, no me lo diría. Días después, los tres estábamos abatidos por estar encerrados. Intenté dialogar con William para preguntarle si él tenía noticias de fuera y de la duración de nuestra estancia en el refugio, pero no dijo mucho, aunque yo estaba segura que sabía más de lo que nos compartía. Sara y yo nos la pasábamos en una especie de habitación, William permanecía con un capitán y algunos soldados en una especie de cabina donde operaban un equipo de comunicación. William intentó librarse de mis demandas y Sara también se apresuró a pedirle explicaciones de lo que sucedía tras de aquellos muros:

—Todo está bien, nos quedaremos pocos días —señaló él para tratar de serenarnos.

—¿Sabes si mi esposo está bien? —suplicó Sara.

—Ha de estarlo —dijo William y le acarició el rostro de forma protectora.

—¿No puedes confirmarlo? ¿Nos limitas la información por qué somos mujeres? Estoy harta de estar aquí sin tener noticias de lo que ocurre en la ciudad, sin saber de mi madre, con la tribulación de pensar hasta dónde peligramos mi hijo y yo —expresó Sara.

—Tu esposo se ocupará de todo y se restablecerá el orden —le reiteró William.

—Solo porque soy mujer me excluyen de lo que ocurre. Tengo derecho a elegir lo que crea conveniente para mi hijo —insistió Sara.

—Harás lo que tu esposo ordenó, por tu seguridad y la del niño —dijo William sorprendido del brusco cambio de Sara e intentó evadirla con esas palabras.

—Yo tampoco entiendo qué hacemos aquí. Mi lugar es con el equipo médico —añadí—, nos escondemos mientras otros están en riesgo. ¿Tengo privilegios por ser tu esposa?

—Tu lugar es donde yo diga que tienes que estar. ¡Tampoco quiero estar en esta ratonera mientras los otros arriesgan su vida, solo obedezco órdenes! —vociferó más mortificado que nosotras.

Perdimos el control los tres, nos gritamos hasta que nos dejamos vencer. Sara y yo formamos un equipo, nos replegamos hacia las habitaciones del fondo. William continuó con los militares mientras los días transcurrieron.

Llevaba una semana en aquel sitio, estaba desesperada tras el encierro, la falta de noticias de los míos y del exterior, cuando William sin avisarnos comenzó a preparar nuestro viaje. Sara y yo le hicimos miles de preguntas y él con monosílabos evitó responder lo que queríamos saber. En una avioneta se fue Sara con un capitán que había permanecido con nosotros, en otra partimos William y yo, todos hacia un rumbo desconocido para mí. Hicimos una escala en el aeropuerto de la capital y continuamos en otra aeronave mejor equipada para un traslado más extenso. Lo que más hice en el transcurso de las horas fue dormitar, lo que me llevó a despertar en varias ocasiones de golpe, hasta que decidí no volver a cerrar los ojos para que William no sospechara de mi zozobra.

Arribamos a una pista de aterrizaje que conocía bien, era un aeropuerto del ejército donde se realizaban las operaciones aeronáuticas militares de América Unida. Me desajusté el cinturón de seguridad a toda prisa con el motor aún en movimiento. El corazón se me aceleró al ver que el auto del general nos esperaba y al contemplar a este último de pie fuera del vehículo. Antes de salir disparada, William me retuvo por el hombro y me abrazó.

—Estarás bien —dijo y sus palabras sonaron a despedida.

—¿No vendrás conmigo? —pregunté porque no entendía nada, era un viaje muy largo y mínimo tendría que pernoctar una noche para descansar.

—Tengo una misión, no regresaré a nuestra casa por un tiempo y prefiero que permanezcas junto a la única persona que te puede proteger mejor que yo mismo. Mi familia mandará a buscarte en cuanto vuelvan a instalarse en la capital, por ahora nuestra residencia está deshabitada —informó. La culpa se me coló de nuevo y arrasó con los restos de mi voluntad, al comprobar que William aún me amaba.

—¿Tardarás? —pregunté por inercia.

—No lo sé —admitió y me dejó un beso en los labios que revolvió todavía más la culpa en mi interior.

Una cuadrilla de soldados armados abordó la nave mientras unos hombres revisaban el avión y lo preparaban para volar. Me quedé al lado de mi padre mientras William despegaba y me sentí como una criminal por experimentar alivio tras su partida.

Intenté ponerme al tanto de todo lo ocurrido en mi ausencia. Por mi padre supe que Ademar King II permanecía en la capital, que ninguna otra ciudad-estado había sido tomada y que, aunque estábamos amenazados por el caos, el orden se estaba restableciendo. Ademar hijo, quien tenía un procedimiento más enérgico que su padre, había encarcelado o ejecutado a los sospechosos que estaban bajo investigación sin importarle la veracidad de la traición que sopesaba sobre éstos. Se incrementó la vigilancia en las ciudades-estados y se decretó un ultimátum para la UNA en la que le informaron que un acto más sería suficiente para romper el Tratado de Tolerancia. La UNA se resguardó, emitió un comunicado y aseguró que no había atacado, que no era responsable de ninguna ofensiva, que estaban ajenos a lo que ocurría en la Sociedad Autocontrolada. Eso solo dejaba una posible explicación, que la ciudad-estado había colapsado por sí sola, aunque todos sabíamos que el apoyo de la UNA a la ciudad-estado había sido el factor clave en su independencia. Era la jugada perfecta, los

seguidores de la UNA seguían motivados por el movimiento pacifista; los habitantes inconformes de la Sociedad Autocontrolada veían que muchos demostraban su descontento y se llenaban de valor para hacer lo mismo.

Cuando estuvimos a solas en la casa y le pregunté a mi padre qué había ocurrido con la mujer que había atentado contra Ademar King, se sobresaltó:

—No creo que me preguntes eso. ¡Ya es suficiente! —manifestó indignado.

—Solo quiero saber qué pasó con ella —indagué.

—No abuses de mi confianza. Es demasiado. Yo tendría que exigirte tantas cosas y tú deberías prometerme muchas otras para mi tranquilidad.

—No puedo hacerte promesas que no voy a cumplir —le dije con seriedad y lo besé en la frente.

—Entonces aprovecha estos días para compartir con tu familia porque no sabemos si serán los últimos. Tu tía y tu prima te han extrañado. Desconocemos cuanto tiempo permaneceremos juntos. Hazlo, antes de que elijas por tus ideales por delante de tu familia.

—¿No has hecho tú lo mismo? —lo desafié.

—¡Paz! —gruñó con un tono de reproche—. No voy a contestar a tu pregunta porque me ofende. Pocas veces me doy por vencido, una vez lo hice con tu madre y ahora con mucho dolor lo haré contigo. Ya no podré mover las piezas de ajedrez a tu favor, comienza a irse de mis manos.

Aquellas palabras las había oído tantas veces que comencé a sentir que en el saco donde se almacenaban no cabían más, muchas de mi padre y algunas menos, pero con la misma fuerza de Sebastián. Las costuras del saco amenazaban con romperse y yo insistía en estirarlas, pero con crecientes dudas sobre si el motivo que me impulsaba a luchar era defendible.

Pensé que pasaría unas semanas con mi padre, pero tampoco fue así, él se la pasaba al frente de sus unidades. Tía Patricia y Diana me recibieron. Mi prima me comentó que sus planes de boda se pospusieron por la situación de la nación y me compartió cuánto había prosperado su relación con Owen Carter. Me pasé aquella semana en casa de mi padre y disfruté de la compañía de ellas. Aunque tenía inmensas ganas de salir a la calle y recorrer la ciudad-estado, me contuve y me conformé con recordar el viaje desde el aeropuerto a la casa. La naturalidad de las personas, quienes no parecían temer lo que podría ocurrir, no dejaba de sorprenderme. Eso me

demostraba una vez más que Ademar padre seguía fuerte y que lo ocurrido era solo un obstáculo más en su camino.

Intenté contactar con mi madre a través de la segunda guía y no pude, con Apolo ni lo intenté, nos separaba el Atlántico. La falta de comunicación me hizo sentirme sola. Desconocía si la UNA, mi madre y Apolo me habían dado la espalda por no seguir las órdenes de Leila, si me culpaban de la suerte de Dafne o si por otro motivo no accedían a comunicarse conmigo. Desde que había partido a la capital no había estado tan cerca de América Libre. Si Dafne hablaba, si decía algo sobre mí yo estaría perdida y tal vez ésta era mi oportunidad para salvarme. Caminé por el perímetro de la propiedad hasta llegar al garaje, me introduje y observé mi antiguo auto. Le deslicé los dedos por la carrocería y me senté en el asiento del conductor. Las imágenes de los momentos compartidos con Sebastián me llegaron como ráfagas de luz, respiré hondo antes que el vacío se apoderara de mí. «¿Qué sentirá ahora Sebastián por mí? ¿Qué sentirá en unos años?», pensé y la palabra que apareció en mi pensamiento me asustó. No me faltaron deseos de encender el vehículo y dirigirme a donde sea en busca de respuestas, pero no lo hice. A punto de quedarme dormida fui sacudida por Diana, quien se sentó en el asiento del copiloto y me interrogó:

—¿Qué pasa contigo, Paz? Hace tanto tiempo que veo esa expresión en tu rostro. Pensé que con tu matrimonio encontrarías el balance en tu vida, pero me convencí de lo contrario el día de la ceremonia.

—En cambio tú sí estás contenta, eso me reconforta —mencioné.

—Owen es una gran persona.

—Me alegro.

—¿Qué puedo hacer para que seas feliz? —insistió.

—No te preocupes, estaré bien.

—Eso dices desde hace tiempo —me recordó.

—Querida Diana, no creas que todo es tristeza. Me da mucha dicha compartir estas semanas con ustedes.

—Mira —señaló la guía de mi muñeca—, está parpadeando.

Noté que había llegado un mensaje y Diana se retiró para dejarme leerlo en privacidad. No tenía remitente, pero imaginé que sería de mi madre, me decía en clave que la guía de la UNA ya no era segura. No lo pensé dos veces, debía deshacerme de ella cuanto antes. Corrí a mi habitación, me encerré y me observé en el espejo mientras ideaba un plan. La fórmula que una vez me dio Apolo la neutralizaba, pero solo me había

entregado una dosis. No era algo tan sencillo como tomar un bisturí y un desinfectante de mi antiguo botiquín, hacerme un corte superficial en alguna parte y extraer un dispositivo. Accedí al instructivo de la guía en mi mente y repasé a toda prisa lo que pudiese servir a mi fin. El periodo para biodegradarse aún no había concluido. Antes de ser blanco de la impotencia, una idea me pasó como una flecha por el pensamiento. No podía estar en mejor lugar.

Regresé a la clínica donde había trabajado cuando vivía en América Unida y busqué a la doctora que me colocó la guía, con la esperanza de que siguiera ahí. Cuando la encontré se rehusó a atenderme, temía que descubrieran su complicidad con la UNA. Sabía de los encarcelamientos despiadados de Ademar King II, de los que ella se había escapado porque siempre había extremado precauciones. Intenté convencerla de que si quería protegerse debía borrar las evidencias de su trabajo, pero no tuve éxito, me marché sin lograr mi cometido y le recriminé por la ayuda que me negó. Dos días después me tragué mis palabras. La doctora me contactó, me pidió vernos en la misma clínica y me hizo pasar al consultorio mientras susurrábamos para que no se grabara en las cámaras de seguridad:

—Salgamos de esto rápido, sin que aparezca tu nombre entre mis citas. Te atenderé como si fuera una emergencia —resolvió.

—Te lo agradezco —dije con alivio.

—No tienes que hacerlo. No fue fácil conseguir la sustancia que anula la guía. Serán dos inyecciones. La primera te sedará para que la segunda pueda trabajar con mayor rapidez. La segunda acelera el proceso de degradación de las nanopartículas y elimina por completo de tu cuerpo los restos de las sustancias que han intervenido en el funcionamiento de la guía. Más que una protección estratégica, la finalidad de esto último es limpiar tu organismo de la toxicidad que se genera como efecto secundario —escuché sus palabras y aquello último no me gustó.

Me entregó las dos inyecciones, me dio varias indicaciones y le di las gracias. En cuanto estuve sola dentro de mi vehículo me inyecté primero el sedante común y luego lo que me libraría de la guía como la doctora me había explicado. Al salir del estacionamiento iba medio adormecida por los efectos de los químicos. Fui en piloto automático hasta la casa de mi padre y me recosté sin quedarme dormida en el asiento del conductor. Mientras la guía abandonaba mi cuerpo, medité. La actitud de la doctora me hizo volver a tener fe en la UNA, en que no todos eran movidos por las mismas

ideas. Tenía que confiar en Apolo y en mi madre, ellos no podrían estar a favor de la violencia como el camino para unificar el mundo.

Al llegar a la casa de mi padre me encontré con mi suegro. William lo había mandado a buscarme. Papá me aguardaba también, con temor en su mirada y sin poder tragarse sus palabras dijo:

—Hija, es mejor que te quedes un tiempo más. William permanece de misión y no sabemos hasta cuándo volverá.

—¿General Verena, ya se acostumbró a tener a su hija en casa? —insinuó mi suegro con una mediana sonrisa.

—No es eso, general Allen. Lo digo por la situación. Primero William me pide refugio para ella y ahora manda a buscarla sin siquiera avisarme. Me preocupa su seguridad ahora que su esposo no se encuentra en la ciudad —vaciló mi padre.

—No tiene usted que temer. La cuidaré como a una hija. Además, la capital ya es sitio seguro de nuevo. Quien tiene que temer es el enemigo —sentenció el general Allen.

—Ya no se diga más, padre. Mi estimado suegro ha hecho un viaje muy largo y no será en vano —accedí porque no me gustó el rumbo que tomó la conversación.

Mi suegro pernoctó una noche en nuestra morada y al día siguiente me despedí de mi familia. Antes de partir, abracé con fuerzas a mi padre, le susurré que lo quería y le agradecía todo lo que hacía por mí. Mi tía y mi prima me abrazaron con fuerzas. Lamenté la oportunidad que estaba perdiendo. No sabía si volvería a estar tan cerca de América Unida. Papá había tenido razón en sus comentarios. Ojalá hubiese podido permanecer a su lado, porque no sabía lo que me deparaba el destino dentro del territorio comandado por los King, si Dafne hubiese mencionado mi nombre.

24



De nuevo en la capital, me recibió mi suegra. Me encontré con que Sara, Karena y Ademar King aún no habían llegado a la residencia. William continuaba de misión y su primo aún era quien estaba al frente de la ciudad, para lo cual se alojaba en la sede principal del Departamento de Defensa. La residencia King, una edificación de cincuenta mil metros cuadrados, que parecía una pequeña ciudad llena de alas y pabellones, se sentía desierta. Salí a recorrerla como nunca lo había hecho antes. Pensaba que si hubiese conservado la guía de la UNA habría perfeccionado el mapa del inmueble. Cavilaba en Dafne y su suerte, pero no tenía cómo saber de su paradero. No me había atrevido a preguntarles a mis suegros. Me detuve en una amplia terraza a mirar hacia el horizonte cuando divisé una caravana militar que llegaba y se detenía en la entrada principal. La figura de un hombre uniformado de negro bajó del primer vehículo. Era el mayor Casals. Intenté retirarme, di unos pasos hacia atrás, pero él ya había reparado en mí. Alzó la mirada en mi dirección para saludarme y la nostalgia se apoderó de mi cuerpo una vez más, como un escalofrío.

Caminé muy rápido para huir de su presencia hacia la primera dirección que encontré y él, que ese día decidió saludarme, me interceptó después de unos minutos. A varios pasos de distancia me llamó por mi nombre:

—¡Paz! —Se acercó jubiloso a mi lado con una sonrisa en los labios, la que no pudo disimular—. ¿Cómo has estado?

—Bien —dije con temor de alargar aquel momento. Acaricié el transmisor que aún seguía adherido a mi guía en forma de pulsera, gracias al que Sebastián me alcanzó en medio de aquellos interminables corredores.

—He venido para verificar si la propiedad es segura para el retorno del resto de la familia. Pretenden regresar cuanto antes.

—¿Y eso te emociona? —inquirí.

—¿Tú qué opinas? —preguntó muy serio.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? ¿Cuidabas a tu protegido?

—No te contestaré esa pregunta. Estuve tranquilo cuando fuiste con tu padre, solo en ese tiempo pude dejar de preocuparme por ti. Sabía que el mayor Allen te protegería, pero no estaba seguro si tú cooperarías con él —reconoció.

—¿Cómo le hiciste para vigilarme? —indagué.

Tomó mi mano y la volteó hacia mí. Iba a despegar el dispositivo que permanecía adherido a mi guía en forma de pulsera. Lo detuve y le pedí que no lo hiciera. Nos quedamos en silencio unos segundos. Me miró a los ojos con tanta profundidad que tuve que voltearme de espaldas para que ni las cámaras, ni los soldados que nos observaban muy a lo lejos, sospecharan de nuestra intimidad. El dio media vuelta y siguió con su trabajo. Yo iba a suspirar de alivio cuando llegó un mensaje de Sebastián a mi guía. Decía: «Nos vemos en esta dirección dentro de cinco horas» y a continuación salía escrita. Memoricé el dato y borré aquel mensaje con rapidez. Sabía de antemano que no iría, pero la posibilidad de hacerlo no se me quitaba del pensamiento. En un acto más que desesperado, irracional y pasional le envié otro mensaje a su guía: «¿Estás seguro? ¿No será peligroso para los dos?». Y sin siquiera pestañear ya me había respondido: «¿Alguna vez te he expuesto a algún peligro? No hay mejor oportunidad que ésta». Borré los mensajes y corrí a encerrarme en mi habitación.

Sentía cada célula de mi cuerpo vibrar como una adolescente. Me construí la idea de que iría solo para sacarle información. Me metí a tomar un baño de agua caliente que calmara la tensión que sentía en los músculos, pero concluí que era imposible relajarme. Cada gota que se deslizó por mi cuerpo me dio el toque de hidratación que necesitaba y nada más, la tranquilidad no llegó.

Me senté en la cama, con un frasco de sedantes mientras reflexionaba sobre tomarlos o no. Con una píldora en la palma de la mano medité. No, Sebastián Casals no era una decisión para tomar a la ligera, al menos no esta vez. Reparé en la ausencia de William en la ciudad y en mi oportunidad de encontrarme con Sebastián sin tener que inventarle una excusa al primero. Cavilé sobre el amor que William aseguraba sentir por mí y su devoción justificada a Ademar King, la que tarde o temprano le haría odiarme, si descubría todos mis secretos. Sé que intenté justificar mi conducta para desterrar los remordimientos y no dudar al responder a la petición de Sebastián. ¿Y los otros? Mi madre, Apolo y Leila me abandonaron cuando decidí ponerle un alto a la violencia. Sus procedimientos me aseguraron que su forma de luchar por la UNA, no eran los principios por los que yo sacrificaría mi amor por Sebastián.

Tiré la pastilla al suelo, pasé por delante de mi closet, presioné el ícono que me preparaba la ropa para salir y tuve que repetir esa operación más de cinco veces hasta que quedé conforme. Me convencí que lo que me hacía vibrar era aquello de lo que Diana aseguraba yo adolecía: la felicidad. Los días sin William me limpiaron de él, o más que eso, de mi propia iniquidad para seducirlo y entregarme a sus brazos con la finalidad de traicionarlo. Volvía a sentirme libre, aunque era una libertad ficticia, a la que me aferraba todavía más. Sebastián lo propició cuando tomó mi brazo para ponerle fin a nuestro nexo mediante el dispositivo que había adherido a mi guía. Aquel transmisor era el símbolo de los lazos que nos unían, el que me entregó cuando decidió amarme por encima de los otros y de mí misma.

Salí en un auto con suma discreción, con una imagen fija en mis ojos: Sebastián. Tardé cerca de una hora para llegar a la dirección. Esto no quería decir que ahora me cambiaría de bando, solo proclamé mi autonomía y en mi nueva independencia Sebastián estaría, si decidía acompañarme. Seguí sus recomendaciones y entré por la puerta trasera. A la entrada posterior se arribaba por una calle de terracería a la que se accedía por una vieja y solitaria carretera. Aquella casa no podría estar en mejor sitio. Era una zona medio boscosa, donde se erguían varias casas distantes las unas de las otras, enclavadas a las orillas de un camino que zigzagueaba de forma tal que permitía la privacidad de las distintas residencias. Dentro de la vivienda, él me esperaba en un pequeño saloncito y corrió hacia mí cuando me vio:

—Pensé que no vendrías —mencionó a media voz.

—¿Entonces qué haces aquí? —inquirí.

—Necesitaba asegurarme que estarías bien y creí que era una buena oportunidad para conversar. Quería saber si te habías deshecho de las nanopartículas que usabas para comunicarte con ellos. Nunca estuve seguro de si habías recibido mi mensaje desde una fuente anónima. Lo más que pude hacer fue construir un dispositivo que bloqueara la señal de tu guía.

Me senté de golpe ante su revelación. Él fue quien me alertó del peligro de la guía. No podía comunicarme con la UNA debido a la intromisión de Sebastián, intervención que me había mantenido a salvo. Algo que no sé cómo no me pasó por la cabeza. Parecía lógico. Me sentí superficial al recordar el motivo que me había arrastrado ante su presencia. Tanto la ilusión de verlo a solas como la decisión de revelarle mis sentimientos se congelaron ante sus palabras. Me citó para hablar de ese asunto, como buen pupilo del general Verena había velado por los asuntos de mi padre. Respiré hondo y traté de adaptarme a lo que nos atañía. Como igual estaba muy interesada en lo sucedido con Dafne, le pregunté:

—¿Qué ha pasado con la mujer que atentó contra King?

—Está sentenciada a muerte, su fortaleza la mantiene con vida —contestó—. Esperan sacarle más información. Fue muy difícil dar con su guía y más aún que me dejaran hacerme cargo de esa investigación, di con sus últimas conversaciones. No te asustes, eliminé todo lo que te comprometiera, pero quería que te sinceraras conmigo. Es muy difícil tratar de protegerte a ciegas, Paz. No te pido que me des la información que sé que no me darás, solo dime de qué otra forma estás comprometida para cerciorarme que no sospechen de ti.

—Son varias cosas y no tengo control de todas —admití con desconcierto.

—Dafne me aseguró que no diría tu nombre, ni el de ninguno de sus compañeros, pero no sé hasta qué punto pueda mantener su promesa. Si no lo hace, nadie podrá culparla. Nunca había visto a una mujer tan fuerte.

—¿Aún dudas de la capacidad de nosotras las mujeres?

—Sabes que no quise exponerte en la fase dos…

—… al absurdo plan de entrenamiento de aquellos dos sádicos que querían verme caer. No debiste y aún trato de entender por qué me expusiste al sufrimiento para protegerme, algo contradictorio.

—Pensé que te darías por vencida antes de llegar tan lejos. Quería evitar que llegaras a la fase tres o que estuvieras en la situación que te encuentras ahora —admitió y casi le doy la razón.

—Soporté mucho, lo que más me dolió fue lo que tuve que hacer con Max. Sé que era una máquina, pero sus rasgos humanos lograron confundirme y estaba en una etapa muy susceptible.

—Lo lamento. Siempre usan ese tipo de estrategias en la evaluación. No tuve nada que ver con eso.

—¿Cómo me ayudaste en la fase tres? Porque sé que lo hiciste. Aquellos sensores que se derritieron, ¿qué eran?

—Eran rastreadores dentro de tu cuerpo, buscaban cualquier dispositivo oculto. Con unos como ésos di con la guía de Dafne. He tenido que ocultar mucha información a mis superiores sobre este caso —se confesó con agobio.

—¿Cómo le hiciste para que no dieran con mi guía?

—La sustancia que debí inyectarte, era un coctel con sedantes, un acelerador para ayudarte a eliminar por la orina los rastreadores luego de veinticuatro horas y un químico que reaccionaría con cualquier elemento ajeno a tu cuerpo y lo tintaría de iridiscente para poder visualizarlo en nuestros monitores. Me las arreglé para alterar el coctel y cambié el químico para dar color.

—Ni siquiera sabías que yo usaba las nanopartículas —me impresioné.

—Estábamos tras la pista. Sabíamos que la UNA utilizaba una nueva tecnología, aunque desconocíamos los detalles.

—Tampoco me realizaste las preguntas del protocolo, de eso me di cuenta, que preguntaste cosas ingenuas que no alteraran mi pulso. Yo estaba preparada para eso, pero no para los rastreadores, te debo mucho.

—No me debes nada.

—Tengo que hacer algo para liberar a Dafne. Aunque no estoy de acuerdo con lo que hizo, no deja de abrumarme su situación.

—No puedes. Ni yo podría ayudarla, aunque quisiera hacerlo para tener la seguridad de que en un momento de flaqueza no te delate. Me prometió que se guardaría tu nombre, si yo le prometía que buscaría la forma de llevar a su hija hasta la UNA.

—¿Y se lo prometiste? —indagué.

—Sí. Tomé mis medidas para que no grabaran nuestras conversaciones.

Me acarició el rostro con un gesto lleno de afecto. Después de tanto tiempo, sentir aquella caricia tuvo el efecto de relajar la tensión de mis músculos. Le dije mirándole a los ojos:

—Ya estoy harta de pelear por algo que no termino de comprender. He decidido renunciar.

—¿Hasta el día de hoy te das cuenta? ¡Esa mujer perpetró un acto terrorista inexcusable! ¡No concibo que tus ideales te lleven a justificar ese tipo de acciones! —reclamó exasperado y el contenido de sus palabras me acercó más a la realidad del acto cometido por Dafne.

—Me enerva el uso de la fuerza y jamás justificaré el camino que Dafne decidió tomar. Me prometieron que no usarían la violencia. No quiero sacrificar toda mi vida por la UNA y más si me siento traicionada por ellos.

—¿Y ahora qué hacemos, Paz? Me dejaste de lado, estás casada con William, ¿cómo lidiaremos con eso? —titubeó.

—Tampoco lucharé por la sociedad asfixiante en la que vivimos —dejé en claro—. Ya estoy cansada de aferrarme a los intereses de otros, estoy decidida a marcharme. ¿Quiero saber si deseas venir conmigo, si aún me amas y si has podido perdonarme? Nunca te he dejado de amar.

Él retuvo el aliento un minuto y se quedó muy concentrado. Analizó con detalle cada una de mis palabras. Negó con la cabeza y temí su respuesta:

—¿A dónde iríamos? Para nosotros ya no hay solución, al menos en este momento.

—Si no quieres, lo entiendo. Lo merezco —admití y me puse de pie para marcharme.

—No he dicho que voy a renunciar a ti, pero no podemos huir ahora. No podemos perder la cabeza, Paz —dijo reteniéndome por el brazo.

—¿No había otro sitio donde conversar de este asunto? ¿Para qué me pediste que viniera a tu casa?

—Ni yo mismo lo sé. Solo vi que teníamos la oportunidad de estar a solas. Nunca creí que accederías a venir, pero ahora que estás aquí sin tus excusas habituales… —cortó la frase y se quedó pensativo. Me miró a los ojos mientras con sagacidad conectaba una a una las ideas de cómo saldríamos de este embrollo bien librados.

Se me acercó demasiado, sentí su respiración casi en mi rostro. Se desabotonó la camisa a toda prisa y pude percatarme que de su cuello pendía el dije con el que le había desdeñado sobre el acantilado tiempo atrás. Quise suponer que ahí lo había resguardado todo este tiempo como símbolo de nuestro amor. Hacía tanto tiempo que mi alma no se decidía a sentir, que me entregué a su mirada como al más incipiente de sus abrazos. Su cuerpo me recibió con una calurosa bienvenida. Mi corazón parecía una manada de corceles desbocados lleno de júbilo. Me olvidé del mundo y me

concentré en aquellos brazos que me envolvieron. Me quedé hipnotizada por sus labios entreabiertos. Me estrechó con fuerzas y quedé a escasos milímetros de su boca, hasta que no pude resistir un minuto más sin besarlo. Era la segunda vez que me sentía así, poseída por su espíritu. Lo deseaba más que cualquier otra cosa que hubiese anhelado y percibía que la misma pasión emanaba de sus poros. Intenté separarme con brusquedad, no por falta de deseo, ni por fidelidad a William, ni por sentimientos moralistas, era por mi propio temor y la gota de timidez que aún quedaba en mí, que me obligaban a reaccionar opuesto a mi necesidad. Sebastián no me permitió evadir sus besos sobre cada rincón de mi piel. Me resistí como reflejo de mi propia lucha interna hasta que cedí vencida. Sus ojos recorrieron cada palmo de mi cuerpo desnudo y la locura del amor nos hizo despertar a la vida. Cuando mis labios se sellaron sobre su pecho, del lado del corazón y constaté sus latidos impacientes ante la emoción, comprendí que el alma, la mente y la materia del hombre que tenía frente a mí se encendía ante el momento de poseerme. Permití que su anhelo se hiciera realidad. Me aseguró cuanto me amaba, como lo había hecho algún tiempo atrás. Yo solo quería ser suya y que aquel instante fuera eterno.

¿Cómo podría vivir después de este día sin tener un poco de Sebastián a cada minuto, sin poder abrazarlo, sin besarlo? Ahora entendía el porqué de las enseñanzas sobre el autocontrol en las que se basaba nuestra sociedad. Cuando las emociones sentidas eran tan enérgicas, terminaban por consumir al ser humano si el deseo inmediato quedaba frustrado. Me recosté encima de su cuerpo con la barbilla sobre su pecho. Me deleitó escucharlo respirar y contemplar su rostro. Mientras él me acariciaba el cabello, ambos pensábamos en el reloj y lo rápido que transcurrían los minutos. Supimos que había llegado la hora de despedirnos.

—¿Guardaste el dije todo este tiempo? —pregunté.

—Aquí ha estado desde entonces —asintió con seriedad.

—Me comporté como una adolescente cuando… te lo di —dije para suavizar el recuerdo.

—En realidad no me lo diste. Quiero pensar que intentaste dejarme algo valioso que me acompañara para acordarme de ti. Sé que fue un regalo de tu madre.

—Quiero ver la figura de su interior —solicité. Me acerqué para abrir el dije y averiguar si aún seguía viendo la paloma, pero Sebastián me detuvo.

—No, ahora es mío y creo que el privilegio de abrir esta pequeña puertecita tendrás que ganártelo. Estamos muy susceptibles el dije y yo.

¿Cómo podré vivir sin ti? —me susurró leyéndome los pensamientos en una sincronía total—. ¿Cómo he vivido sin esto?

No quise responder. Sabíamos que cada vez se acercaba más el segundo de ponernos de pie, vestirnos, desaparecer cada uno en su auto con la huella del otro más profunda en nuestra existencia, con el dolor más agudo y el amor más comprometido. Sebastián me apretó con fuerzas y lo prolongó lo más que pudo, como si con aquel abrazo pudiera borrar la realidad que estábamos a punto de vivir. Así fue nuestra despedida, tal como acababa de imaginar. La calidez se transformó en una brisa gélida que nos acompañó todo el camino de regreso.

Siguió la parte más difícil, ¿cómo resolveríamos nuestro destino? Sebastián intentó pensar, planear, pero me aseguró que, aunque deseara seguirme en mi propósito descabellado de huir lejos de todo, era un paso seguro hacia nuestra desgracia. William no nos dejaría irnos tranquilos a ninguno de los dos y también estaba mi padre. Por primera vez vi a Sebastián darse por vencido. Sus últimas palabras aún me amparaban en mi recorrido: «Encontraremos un modo».

Un mensaje llegó a mi guía, al ver parpadear un ícono sonreí, pensé que sería de Sebastián. Me sorprendió ver que era un texto de Apolo, me decía que acababa de llegar a la zona protegida. Me pregunté cómo le habría hecho para poder entrar y burlar la vigilancia, pero preferí estar frente a frente para resolver aquella duda. Aceleré un poco más y me dirigí hacia el punto de encuentro.

25



En un pequeño apartamento de un área céntrica, pero de poco auge me aguardaba, nos abrazamos con fraternidad y tomé asiento a su lado. Apolo me recibió solo, tembloroso, sin su tranquilidad habitual ni la sonrisa de sus ojos. Esperé su reclamo de un momento a otro por haber dejado a Dafne en el hospital justo cuando fue aprendida, pero su protesta nunca llegó, así que hablé del tema:

—Cuando Dafne me pidió que acabara con la vida de King, no pude hacerlo. Eso no va con mi visión de la UNA. Ya te lo había dicho cuando fueron tomadas las dos ciudades.

—No vengo a pedirte explicaciones, solo vine a intentar salvarla si es que aún está con vida. Sé que actuó mal y que ella se deja envolver por fuerzas extrañas, pero no puedo abandonarla —admitió.

—Está viva —le dije acercándome para sostenerle las manos.

Apolo exhaló aliviado al escucharme, se derrumbó en la silla con esperanzas e inquirió:

—¿Cómo está?

—Sentenciada a muerte —revelé—. No la está pasando bien, pero se ha mantenido firme y no ha revelado nada. Está resignada a morir. Lo único que le interesa es que su hija pueda escapar a la UNA.

—Dafne no puede morir, ella no. —En segundos las lágrimas le bañaron el rostro.

—Te voy a ayudar, no por la UNA sino por ti y será lo último que haga por ustedes. Quiero poner punto final. Eso no quiere decir que voy a cambiar de bando. Me cansé de esta lucha que no es mía.

Apolo no tenía cabeza para reparar en todas mis palabras, estaba concentrado en salvar a Dafne y eso fue lo único que le interesó. Por él supe que la UNA no lo apoyaría en su empresa de rescate, que renunciaron a Dafne y dieron esa batalla por perdida.

—La guía de la UNA ya no es segura, descubrieron la de Dafne —añadí.

—Estoy limpio, era la única forma de entrar. Durante estos meses estuve en la ciudad de la UNA más cercana a tu posición.

—Lo supe, aunque no me especificaron donde.

—Para la operación y para ti misma era lo mejor. Evita que se tenga mucho que decir en una situación como la de Dafne. Ahora unos amigos me ayudaron a llegar hasta aquí. Fue más fácil por el flujo de inmigrantes, fieles a la Sociedad Autocontrolada, desde las ciudades caídas que reciben asilo en la capital y otros sitios. Me hago pasar por un amigo que proviene de una de éstas y utilizo su identificación algo alterada para permanecer al menos unas semanas. Hice un clon de su guía y él mientras tanto tiene desactivada la real. Está recluido para evitar sospechas.

—¿Y qué has planeado? —pregunté.

—Mis planes solo incluían venir.

—¿Has sabido de mi madre? —articulé muy expectante.

—Venus está afligida por todo lo que ocurre. Está preocupada por no tener noticias tuyas, pero con fe en que encontraste la forma de salvarte —dijo y yo suspiré de alivio al escuchar sobre mamá.

—Ella con fe, algo curioso —dije con unas trémulas carcajadas—. ¿Tienes cómo comunicarte con Venus?

—¿Con tu madre? —me rectificó y yo ignoré su comentario—. Estoy incomunicado. Enviar cualquier tipo de señal puede revelar mi paradero.

—Lo sé. También estoy incomunicada, aunque tengo muchos deseos de hablarle y explicarle mi posición. La cual espero que acepte.

—Paz… —sostuvo un instante la pausa que precedía a mi nombre.

—No digas más, estás muy agotado. Descansa esta noche, lo necesitas. Mañana buscaremos la forma. —Le apreté todavía más la mano en señal de apoyo.

—Miras tu guía una y otra vez, ¿te preocupa la hora? —terminó la frase que interrumpí previamente.

—Sí. He estado fuera todo el día y no saben de mi paradero. Aproveché el descontrol de la ciudad, pero cuando vuelva King todo será más difícil. Tenemos dos o tres días para hacer algo. Él recobrará fuerzas y volverá a hacerse poderoso.

Me puse de pie para marcharme y Apolo me susurró, con los párpados negados a conciliar el sueño aquella madrugada:

—¿De qué ha servido aguantarme tanto amor? Solo ahora me doy cuenta que nuestras vidas por caminos separados no cumplieron con la misión inicial. ¿Qué logramos…? Quiero ver la ganancia que demuestre que valió la pena nuestro sacrificio. Pudiera enumerarte miles de circunstancias que aportaron un grano de arena a nuestra causa; sin embargo, todo parece mínimo ante el valor de la vida de un ser humano y más si ese ser humano es el que amo.

—Ánimo —dije antes de desaparecer.

Antes de entrar a mi residencia respiré hondo, deseé no encontrarme con nadie que preguntara acerca de mi desaparición durante el día. Más que los guardias habituales y los robots humanoides, no me encontré con nadie de la familia de William. Me recosté un rato en un sofá. Le había prometido a Apolo que le ayudaría a liberar a Dafne, aunque de antemano yo estaba convencida que sería inútil cada uno de nuestros esfuerzos. No estaba en sus manos, ni en las mías. Solo si la UNA atacaba nuestra ciudad cabría la posibilidad de que Dafne pudiese salir con vida. No obstante, por la diferencia estructural de los ejércitos, en una situación semejante la Sociedad Autocontrolada vencería. ¿Qué podríamos hacer? ¿Qué tipo de ayuda podría brindarle a Apolo? Se me ocurrían planes absurdos, en el lugar donde Dafne se encontraba sería imposible rescatarla. Tendríamos que rogar por un milagro que la sacara de la prisión, para de esa forma intentarlo. No me di cuenta cuál fue la última idea que me pasó por la cabeza antes de quedarme dormida. Amanecí en aquel sofá, acostada en una posición incómoda. Mi suegra me sacudió para que yo abriera los ojos.

—¿Edith? —murmuré.

—¿Te quedaste dormida en el sofá? Te va a doler cada hueso el resto del día. Bueno a lo mejor por tu juventud no lo sientes. Si yo duermo en esa posición no podría ni levantarme. Venía a buscarte para ir a desayunar con Sara, llegó anoche con su hijo e iremos a darle la bienvenida. Mi sobrino me encargó que le hagamos compañía —me explicó.

—¿Y Ademar padre y Karena cuando arribarán?

—Aún no lo sabemos, espero que en pocos días.

Me metí al baño a toda prisa y me dispuse a prepararme. Quedé sorprendida porque Edith no me preguntó qué había hecho el día anterior. Llegamos al ala donde residía Sara, donde escasas veces había acudido a una convivencia familiar debido a que por lo general se realizaban las actividades en el comedor de Karena. Sentadas a la mesa estaban Sara y su madre, quienes se pusieron de pie para recibirnos. Me sorprendió mucho ver a Rita Roger por primera vez en la casa de su hija; nunca antes había compartido con nosotros en ninguna cena, celebración o actividad. Sara estaba muy contenta de que su madre hubiese acudido a recibirla. Aún no entendía si la lejanía de Rita era un acto de voluntad propia o un requerimiento de la familia King. Tomamos asiento y comenzamos a desayunar, pero a diferencia de otros desayunos donde se conversaba de temas triviales a más no poder, éste fluyó del silencio repetitivo a pláticas que tenían que ver con los progresos en el desarrollo del pequeño Ademar King III y la seguridad de la ciudad-estado. Edith era una persona de pocas palabras y Rita parecía que compartía aquella característica. Sara era la que más tenía que decir entre nosotras.

—¡Qué bueno que todo vuelve a la normalidad! —murmuró Sara—. La traidora está encarcelada, pero ya sentenciada a muerte y la nación no afronta ningún peligro inmediato. No hay pruebas para indicar que la mujer cumplía órdenes de la UNA. Todo similar a la toma de las dos ciudades, aunque mi esposo sospecha que sí están involucrados. Temí tanto por ti mamá mientras estaba lejos. Me arrepiento de no haberte llevado con nosotros, fue tan repentino que no hubo tiempo. No sabíamos hasta dónde se había infiltrado el enemigo.

—Hija, no te preocupes por eso ahora. Estuve bien. Tú corrías más peligro. Soy una mujer sola que intenta no inmiscuirse en política, en cambio tú y mi nieto necesitaban estar protegidos —reparó Rita.

—Igual tengo muchos deseos de ver a mi hijo —murmuró Edith—. ¿No lo extrañas tú, Paz? No soportaría tantos días sin ver a mi esposo.

—Sé que William está en el lugar indicado, que cumple con su deber y que regresará cuando pueda hacerlo —respondí—. Igual tengo que hacer lo mismo. Cuando termine de desayunar con ustedes tendré que salir, tengo que ver asuntos del hospital.

—William prefiere que aguardes en la propiedad. Nos pidió que veláramos por ti. ¿Por qué no dejas ese asunto hasta su regreso? —inquirió Edith.

—Temo perder mi puesto, ya estuve mucho tiempo fuera —revelé.

—Eso no sucederá, Paz. Tu lugar en el equipo médico te fue concedido por Ademar y eso nadie lo puede tocar. Ellos comprenden que tu situación es diferente y que tienes que tomar ciertas medidas de protección —continuó Edith.

—No me agrada tener privilegios por mi relación con su hermano, deseo que mis colegas me vean a su par —admití.

—No son privilegios —Edith me corrigió con un furor bien disimulado—, son medidas de seguridad que hay que seguir para evitar consecuencias lamentables. ¿No te basta con todo lo ocurrido?

—Disculpe si mis palabras no fueron apropiadas, Edith —intenté que se calmara—. Es que he descuidado todo, mi trabajo en el hospital y en el Instituto de Planificación Familiar… Ni siquiera me comuniqué con la doctora Earta para explicarle mis motivos.

—No fue necesario, todos pasamos por lo mismo. Ya puedes ir comunicándote con ella y reiterándole tu deseo de apoyarla en el instituto cuando William esté de regreso. No me gusta opinar en los asuntos tuyos y de mi hijo, pero tu trabajo en el hospital se volvió muy peligroso. Pudiste resultar herida también. Nadie se disgustaría contigo si renuncias a tu puesto, ya hiciste un buen papel en el equipo médico. ¿Por qué no te enfocas en el trabajo del Instituto de Planificación Familiar? —insistió Edith y Sara la secundó con una expresión de total acuerdo.

—Podría ser. Lo discutiré con William a su regreso —dije para ponerle fin al tema de conversación.

—Por cierto, Paz, ¿dónde estuviste el día de ayer? Pensé que descansarías por el viaje y cuando acudí por ti no te hallé. Volví tarde y tampoco habías llegado. Me quedé más tranquila cuando el guardia de la entrada me avisó de tu arribo. ¿Estuviste en la clínica? —Edith seguía sobre el renglón.

Escuché cada una de sus palabras, su pregunta fue demasiado directa para responderla a la ligera. Podría decir que sí, pero… y si ella ya sabía de antemano la respuesta y me ponía una prueba. Preferí no arriesgarme. Abrí la boca para que mis ideas y mis órganos articulatorios se sincronizaran al relatar una mentira que levantara el mínimo de la sospecha habitual. Rita habló al unísono que yo y me robó el turno de la palabra:

—Estuvo en mi casa. Me hizo compañía y se lo agradezco mucho.

—¿De veras, Paz? —preguntó Edith sin esperar una respuesta semejante.

—Sí. Cuando estuvimos en el refugio Sara me comentó en reiteradas ocasiones que estaba muy preocupada por su madre. Quise cerciorarme que estaba bien —argüí.

Aquello no me lo esperaba, miré a los ojos a Rita Roger y me devolvió una mirada llena de naturalidad. Al finalizar el desayuno mencioné que acudiría al hospital a explicar en persona mi situación y lo relativo a las medidas de seguridad, así como la importancia de cumplirlas. Lo dije con firmeza para evitar una negativa llena de reproche de Edith, quien, aunque intentaba cumplir con la misión que le había encomendado William no tenía el suficiente poder de convencimiento para retenerme. Para intentar convencerla agregué que me presentaría con la doctora Earta Hébert para retomar mis visitas al Instituto de Planificación Familiar. Al ver que Rita se ponía de pie y Sara indicaba al chofer que llevara a su madre hacia su casa, aproveché para brindarme:

—Yo podría llevar a tu madre. Me hace camino rumbo al hospital.

—Si mi madre está de acuerdo, me parece excelente. Las acompañaría si no tuviera que ponerme al tanto de los asuntos que dejé inconclusos —mencionó Sara.

—Listo, me parece bien que me lleves a la casa —aceptó la madre de Sara—. Te lo agradezco, Paz.

Edith al ver que no podía hacer nada para evitar que yo saliera mencionó:

—Me parece prudente que le digas a uno de los guardias que te acompañe.

—No es necesario, no tardaré —agregué y me despedí de todos mientras la doctora Roger seguía a mi lado.

Ya en el auto, dispuse la ruta para llegar a su dirección, la que le volví a preguntar debido a que no la recordaba con exactitud. Seguido de explicarme hacia donde tendría que dirigirme, la doctora intuyó lo que le diría y sin dejarme hablar dijo:

—No tienes que agradecerme. Comprendí que la situación era engorrosa para ti y quise ayudarte.

Tal vez hubiese sido prudente negar que había necesitado ese favor y reiterarle algo así como: «No, en realidad no tenía nada que ocultar. Edith en ocasiones no me deja tener cierta privacidad, pero como usted mencionó que la había visitado no quise contradecirle». Desconocía a profundidad quien era Rita Roger; solo sabía que era la madre de Sara, que

se había alejado de la sociedad, con un secreto y con mucha información que esclarecería mis interrogantes.

—Gracias —le dije. Con aquella palabra daba por sentado que yo también ocultaba algo y eso me inquietaba. ¿Hasta qué punto mi percepción sobre Rita era afín a la realidad? Dudé—. Una pregunta más, ¿por qué lo hizo? Nos conocemos tan poco.

—En un mundo lleno de hipocresía como en el que vivimos, sé que aún existen personas con valores y ha sido grato para mí encontrarme contigo.

Rita Roger me invitó a pasar a su casa y lo hubiese hecho de no ser porque Apolo me aguardaba. Con una frase amable dejé la puerta abierta para otra ocasión. Seguí rumbo hacia el hospital, donde permanecí menos de media hora, solo para que me vieran y yo lo pudiera citar como pretexto si Edith insistía. Comprobé que mi consultorio permanecía como lo había dejado y me entrevisté con el jefe de equipo, el que me aseguró que no era necesario que me quedara. Hice lo mismo con la doctora Earta Hébert y ella me aseguró que me recibiría en cuanto la situación me permitiera volver. No preguntó nada sobre la concepción, la recolección de óvulos y ese tipo de temas de su total interés; lo agradecí, pero imagino que fue una pregunta que se le quedó atorada y que a mi regreso la soltaría sin más.

Volví a subirme al auto y proseguí rumbo a la zona en que estaba refugiándose Apolo. Mientras conducía pensaba en mi guía y en el dispositivo que permanecía adherido a ésta. No dudaba de la fidelidad de Sebastián hacia mí, pero no estaba segura de hasta qué punto me apoyaría para proteger a Apolo y sus ideas de rescatar a Dafne. No lo pensé un minuto más, trituré el transmisor entre los dedos y lo dejé caer por fuera de la ventanilla, con nostalgia del tiempo que había permanecido tan cerca de mí.

Apolo me esperaba en el apartamento; había salido muy temprano a conseguir un vehículo valiéndose de la identificación de su colega. Era un auto que alcanzaba una gran velocidad, pero discreto. Era el primer paso, lo segundo que hizo fue estudiar las vías de escape para abandonar la ciudad. Me comentó sus opciones y ambos concordamos que la salida hacia el norte era la que permanecía con menor vigilancia. La desventaja radicaba en que era el camino más largo para llegar a territorio de la UNA. Apolo me mostró que había traído consigo una identificación de la esposa de su colega, la que utilizaría para sacar a Dafne. Tal vez usar esas dos identificaciones diera como resultado que sus amigos fueran descubiertos y tuviesen que abandonar la Sociedad Autocontrolada. Apolo asumió el

riesgo. Comenzó a preparar una guía virgen que acababa de adquirir con los datos de la esposa de su amigo, la desbloqueó y le insertó los nuevos códigos para que Dafne se hiciera pasar por esa persona a la hora de atravesar el punto de seguridad, si les requerían identificarse.

—Veo que te has activado y ya piensas en un plan. Solo algo no me gusta. Si investigan a fondo notarán que la esposa de tu amigo entró a la zona protegida —dudé.

—No creo que eso lo hagan tan rápido —juzgó Apolo.

—Tienes razón. Igual puedes llevarte mi guía y que Dafne se haga pasar por mí si algo sale mal. Luego puedes destruirla cuando estén fuera de peligro y yo puedo inventar cualquier pretexto en relación a su pérdida —lo animé.

—Gracias, Paz, pero no es posible. Leila no me perdonaría ponerte al descubierto. Nunca nadie ha llegado a infiltrarse hasta donde tú te encuentras.

—No lo considero mi mérito. En todo caso lo es de mi madre, ella me dejó en una posición favorable, solo tuve que dejarme llevar hasta el terreno más sagrado de los King. Me resulta extraño que Leila no quiera verme fuera de la UNA. Lo digo por mi negativa a cumplir su orden de terminar con Ademar King.

—Leila sabía que podrías negarte y créeme que se enfureció mucho. Tu madre intercedió por ti y Leila por el cariño que le tiene a su hermana accedió a pasar por alto tu desobediencia. En el fondo ella sabía que te negarías y tu madre le advirtió que lo harías. Le aseguró que no era el tipo de apoyo que podría esperar de ti.

—¿Eso le dijo? —me reconfortó escucharlo—. De todos modos, he decidido romper con la UNA, esto es lo último que hago y espero que quede bien claro.

—Preferiría que lo pienses. Leila no es la UNA —mencionó y a veces sus palabras me hacían olvidar que él hablaba de la persona que lo cobijó desde niño—. Ella tiene esas ideas que a veces interfieren con nuestra filosofía y nadie se atreve a frenarla. Lo que sucede es que hay tantas personas endulzándole los oídos que el suelo bajo sus pies pierde solidez. Dejemos de pensar en Leila en este momento. Lamentaría mucho que abandones nuestra causa. Tiene que reconocer que tu valor radica en no seguir órdenes. Tampoco las sigo cuando no las considero prudentes, si lo hiciera no estaría arriesgándolo todo por salvar a Dafne. Ahora Dafne es

mi objetivo y sé que la UNA puede seguir sin mí. ¿Cómo le haré para sacarla? —pensó en voz alta y admiré su aplomo.

—El procedimiento de la pena de muerte es mediante un suero letal, se me ha ocurrido que yo podría estar presente y arreglármelas para cambiar el químico —recordé lo que Sebastián había hecho durante mi evaluación.

—Es una excelente idea —dijo.

Me llevé las manos a la cabeza y murmuré:

—Te agradó —murmuré y casi me arrepentí de mi sugerencia, pero al verlo lleno de esperanzas decidí escucharlo.

—Estoy desesperado, aunque intento mantenerme sereno para no planear una estupidez creo que la emoción me domina. Por eso quiero que me digas si es un plan disparatado para buscar una segunda alternativa —admitió.

—¿Cómo se te ocurre que podríamos hacerlo?

—Si cambias el fármaco y le suministras algo que le haga disminuir los signos vitales podremos huir sin que nos persigan porque la considerarán muerta. Ojalá corriéramos con la suerte de que tú seas la doctora que revises sus signos y firmes su acta de defunción.

—Lo que me preocupa es que en determinado momento corra riesgo su vida porque no estoy familiarizada con ese procedimiento. Jamás he estado en una sentencia de muerte, ni sé qué tanto se realiza en una. Me voy ahora. Dame tres días para convencer a alguien que estoy interesada en la muerte de Dafne por haber puesto en riesgo la seguridad de Ademar King o algo similar, y así suplantar el lugar de su verdugo. De lo contrario al menos intentaré que me permitan estar presente y buscaré la forma de cambiar el fármaco. Te volveré a contactar.

—Solo te pido que no te pongas en riesgo —me suplicó.

—Eso es casi imposible. No te preocupes por los planes que Leila tiene para mí porque no los realizaré. Te soy sincera, dije que te ayudaría sin creer que tuviéramos éxito, pero ahora creo que tenemos una posibilidad. Sé que el riesgo está implícito y lo asumo.

—No me lo perdonaría, Paz —su sinceridad me impactó.

—Si no hago nada para ayudarte, amigo mío, tampoco me lo podría perdonar. Dejarte solo en esto es como firmar tu sentencia de muerte.

26



Me fui con un torbellino de pensamientos en la cabeza. Recordaba cuando decidí que viviría mi amor con Sebastián y mi vida, cuando asumí que no me involucraría más con la UNA ni nada que me alejara de la felicidad que merecía y anhelaba. Ver el dolor de Apolo me alejaba de mi idea original porque él también estaba solo. La UNA le dio la espalda en esta empresa y yo no quería hacerlo también. Resolví que esto era más válido que tantas otras cosas por las que me había arriesgado, apreciaba su amistad. Conduje a baja velocidad y todavía era temprano cuando tomé la ruta para acceder a mi casa. Un vehículo del ejército me salió al paso en medio de la carretera solitaria, ante las señas que me hizo el conductor bajé la velocidad con precaución. Mientras cambiaba la modalidad del auto a manual ante aquella situación extraña, el otro vehículo se acercó y vi a Sebastián bajarse de él. Dejé mi auto a la orilla de la carretera.

Se me acercó con el rostro muy serio, sin ninguna manifestación en su semblante del amor que nos unía y de todo lo que habíamos compartido juntos el día anterior.

—¿Dónde has estado, Paz? —arremetió con una pregunta.

No le respondí y abrió su mano para mostrarme el dispositivo que yo había destruido horas atrás. Él siguió reclamándome:

—¿Qué esperabas al deshacerte de esto? ¿Acaso no sabes que es lo que me ha permitido protegerte cada vez que lo has necesitado? No entiendo nada, ayer corriste a mí y ahora desapareces todo el día. ¿Qué significa? ¿Qué tengo que pensar?

—Cálmate. Mejor hablemos en otro momento —intenté hacer tiempo para definir mis ideas.

—Solo han pasado unas horas desde que habíamos quedado en algo…

—Tranquilo. No he cambiado de parecer con respecto a nuestros planes, pero amarte no significa que te daré cuenta de cada paso que doy —mencioné.

—Creo que no ves lo complicada que es nuestra situación. ¡No pretendo ser tu amante! —gritó y su voz al final se quebró.

—Te aseguro que no ha cambiado nada de ayer a hoy.

—Me dijiste que estarías fuera de la UNA.

—Y estoy fuera —le aseveré.

—Dame una explicación razonable o me obligarás ahora sí a dejarte por tu cuenta.

Noté que estaba muy enojado, casi nunca lo había visto así. Antes de regresar a su vehículo me dijo:

—Te espero en el mismo lugar de ayer, si es que deseas continuar. Necesitamos hablar y éste es un lugar inapropiado.

Accedí mientras me debatía hasta qué punto Sebastián estaba comprometido con los ideales de la Sociedad Autocontrolada. Cada vez que había corrompido esos ideales lo había hecho por mí. Su protección y la de mi padre hicieron más fácil mi misión. La diferencia de nuestras convicciones siempre sería un obstáculo entre nosotros, pero mis sentimientos hacia él no se desvanecían. Llegué antes, no se me hacía prudente permanecer estacionada afuera de la propiedad que, aunque estuviera bastante escondida no evitaba que algún auto pasase por la calle y divisara el mío. Pensé si sería mejor marcharme, pero de igual forma me preocupó su retraso. Me acerqué más a la vivienda, por curiosidad accioné la opción llave de mi guía y no me sorprendió que estuviera habilitada. Dejé mi auto en el garaje y aguardé en el interior de la casa.

Sebastián tardó un rato más hasta que arribó. Se sentó en la silla que encontró frente a la mía. En su rostro no había enfado, pero tampoco armonía, mostraba un poco de sensatez y otro tanto de preocupación mezclado con seriedad. Cada expresión de su semblante yo la amaba. No aprovechó nuestra soledad para besarme, abrazarme o demostrar un poco

de cercanía. Aguardó un rato más en silencio. Él esperó a que yo hablara y dudosa hice lo mismo.

—Te escucho —insistió en voz baja.

—¿Qué esperas oír? —inquirí.

—No quiero más secretos entre nosotros. Si mi prioridad es buscar el modo de estar juntos, aquí o muy lejos, necesito que también sea tu objetivo.

—¿Hasta qué punto le eres fiel a Ademar King y sus ideas? —tanteé.

—¿Paz, quieres conseguir mi ruina? Cuando llegué a la Academia Militar no lo hice por voluntad, ahí fui depositado por alguien que creyó que era la única opción que tenía. Conocer a tu padre me dio la oportunidad de tener algún lazo de familia en mi convivencia diaria, los que además de Owen no compartía con nadie más. Te conocí a ti y comencé a sentir esto contra lo que luché mientras no me diste una esperanza. Desde aquel día que caminamos en medio de la noche y pudimos compartir algunas palabras sinceras, he vivido en función de tus decisiones por irrazonables que me parecieran. He ascendido para estar en el lugar necesario para protegerte, más que por mi propio deseo. También me ha influido la desesperación de tu padre y su súplica indirecta hacia mí, al no tener a nadie más para ayudarle en este cometido. ¿Hasta qué punto crees tú que le soy fiel a Ademar King? —preguntó con una risa irónica—. ¿Acaso no te lo he demostrado ya? Admito que no me molesta vivir en nuestra sociedad, que puedo adaptarme a algunas ideas políticas no tan afines a mi ideología, así como te aseguro que no podría cambiarme de bando y pasarme a la UNA porque llevo años viéndolos como el enemigo, muchos de los principios que sostienen tampoco me parecen correctos. Lo que quisiera para mi vida es estar con la mujer que amo, tener un trabajo honrado que me dé satisfacción, tener un hijo. Por eso, si me preguntas a dónde pertenezco te puedo responder mirándote a los ojos: soy de aquí, de esta sociedad medio loca no menos que la otra; me aferro a esta extraña porción del mundo con la que tampoco estoy de acuerdo por completo y en la que reconozco que tenemos mucho que mejorar —se desahogó, intenté decir algo y me pidió dejarlo terminar de hablar—. Pero por encima de todo te amo, Paz. Quiero encontrar el modo de estar juntos. ¿Hasta dónde mantendrás tu palabra de alejarte de la UNA?

—Es mi intención mantenerla —aseguré.

—¿Entonces a quién ocultas en el apartamento donde permaneciste varias horas esta mañana? —Aunque su voz no alcanzó decibeles muy

altos, sentí sus palabras como un grito.

—¿Le dijiste a alguien? ¿Quién sabe de esto? —Temí por la seguridad de Apolo. Ahora se me hacía más clara la pregunta inicial de Sebastián: «¿Paz, quieres conseguir mi ruina?». Añadí—: Si le pasa algo a la persona que está en el apartamento no te lo perdonaría.

—¿Cómo puedo protegerte si no te dejas?

—Te libero de hacerlo.

Se rio. Ahora no era una risa mordaz sino temblorosa, con la que demostraba que le era difícil dejarme por mi cuenta.

—Te amo, Sebastián. Te aseguro que no he cambiado de parecer con respecto a mi rechazo a la UNA ni con respecto a nosotros dos, pero esto es una deuda personal. Se lo debo a un amigo y la UNA no tiene nada que ver en esto. Es algo de él y mío. Vamos a salvar a Dafne. —Volqué toda mi confianza de golpe en el hombre encargado de la seguridad de los King.

—¡A esa mujer! Ella cometió un delito muy grave. Algo que no tiene justificación en ninguna sociedad —me reclamó Sebastián.

—A nosotros no nos concierne juzgarla. ¿Quién nos ha dado ese derecho? Actuó desesperada, harta de la tiranía de Ademar King y sus consecuencias. Estoy consciente que no tiene excusa, recrimino lo que hizo tanto o más que tú, pero tampoco le han dado un juicio justo. Entiende que lo hago por mi amigo, él intentará rescatarla y no puedo abandonarlo.

—¿Sea una causa justa o no? Es imposible liberarla, ¿acaso has reparado bien en sus cargos?

—Tenemos un plan —dije.

—El único que podría funcionarles es tenerme de su lado —articuló arrepintiéndose de inmediato de sus palabras—. Pero no, no podría hacerlo ni, aunque quisiera. Creo que el general Duarte sospecha de mí o al menos se ha dado cuenta de ciertas imprecisiones que no he podido cubrir en el interrogatorio de Dafne, entre otras. No me hagas apoyarte en esto.

—No lo haré, solo te pido que no interfieras en mis planes.

La distancia que hasta ese momento había permanecido entre los dos desapareció. Sebastián me estrechó entre sus brazos, con la cabeza sobre mi hombro. Sentí la temperatura de su piel y los latidos de su corazón. Él me conmovió con su fidelidad, mientras yo me alejaba a pasos gigantes él me pisaba los talones y me tendía la mano por encima del mandato de cualquier fuerza a la que perteneciese. Se lo atribuía a la pasión. Estábamos en esa fase del amor que es como una adicción. Dicha fase la

experimentábamos con más intensidad porque habíamos retrasado nuestra cercanía de un modo masoquista, que solo consiguió acrecentar las ganas que amenazaban con quemarnos por dentro. Nos besamos para intentar apaciguar la hoguera que nos devoraba y solo logramos avivarla. Nos rendimos a la emoción. Pretendimos quedar vacíos de tanto deseo. Bastaba una mirada, el sonido de nuestras respiraciones, una palabra de nuestros labios o cualquier otra expresión de sentimiento, para retornarnos a la locura original. En ese momento comprendimos que, aunque el raciocinio nos indicaba que nuestros caminos ideológicos iban por caminos opuestos, tendríamos que apoyarnos en nuestras empresas dispares para protegernos el uno al otro. Me sostuvo el rostro entre sus manos y me susurró:

—¿Qué tengo que hacer para que consigas la libertad de esa mujer sin que te involucres? Dime y déjalo en mis manos.

—No puedo aceptar tu ayuda. No podría tolerar que algo te ocurriera o terminar de echar por tierra tu carrera —le revelé.

En medio de aquel amor que nos consumía hasta lo más profundo, llegamos a un punto de acuerdo: ambos aceptábamos el riesgo que el otro quería tomar. Él respetaba mi decisión de ayudar a Apolo, yo tenía que aceptar la suya de apoyarme a mí y cada uno viviría con la responsabilidad de lo que resultare. Por la seguridad de Sebastián, yo no le revelaría a Apolo que recibía la ayuda de él, ni le diría del lazo que nos unía en la actualidad.

Acepté que Sebastián quisiese facilitarme las cosas y más porque podría ser de gran apoyo. Como yo misma no me acababa de convencer de perjudicarlo con mis acciones, comencé a ejecutar el plan sin hacerlo partícipe.

William aún no había arribado. Su primo había abandonado el Departamento de Defensa y ocupaba la oficina de su padre en la residencia King, en el área destinada para los asuntos de estado. Aproveché para acudir a la oficina de Ademar King II, quien se sorprendió con mi visita. Lo encontré taciturno, con una gran sombra de zozobra en la mirada. Estaba rodeado de varios de sus generales, a los que mandó a salir cuando me ofreció sentarme frente a su escritorio. No quise proferir de inmediato nada acerca de su estado de salud y continué con lo que tenía ensayado:

—Querido primo —fueron las palabras que utilicé para abordarlo—, ¿cuánto tiempo más tendré que esperar por la llegada de mi esposo?

—Paz, no te lo puedo contestar, pero me dará satisfacción hacerle llegar el mensaje de que lo esperas con ansias y que has venido a reclamarme que lo regrese a tu lado. —Su sonrisa pícara intentaba aflorar por encima del desgano que sentía.

—Sé que no puedes revelarme su ubicación, pero ha pasado tanto tiempo que comienzo a desesperarme. Nuestra vida ha dado un cambio radical. Añoro que todo termine y volvamos a la normalidad. No me gusta la sensación de vivir en constante riesgo —dije.

—Sé que estuviste presente en el atentado que sufrió mi padre y te agradezco que corriste a socorrerlo.

—No termino de superarlo. Ayer en el desayuno, se tocó el tema de esa mujer y me sorprendió tanto que aún se encontrara con vida —enfaticé.

—Esa mujer burló un sistema de vigilancia que nunca había fallado y la hemos mantenido con vida durante la investigación. Pronto será ejecutada y yo estaré presente mirándole a los ojos —manifestó sin remordimiento.

—Me gustaría hacer lo mismo. Siento que no soy de utilidad a mi nación sobre todo en estos momentos. De cierta forma se me brindan muchas consideraciones por pertenecer a tu familia.

—Eres muy útil, Paz —recalcó—. Has apoyado con esmero al equipo médico de mi padre, ya me han informado de ello. Mi madre se ha empeñado en convertirte en una esposa similar a Sara y yo en un inicio creí que era adecuado; sin embargo, me he dado cuenta que eres diferente y creo que eso vio William en ti cuando te eligió. De cierta forma complementas nuestra familia y me da gusto que estés cerca de mi esposa y de mi hijo. Sara te aprecia y mi madre tendrá que aceptar que cada día tengas más responsabilidades. Tengo muchos planes para ti.

—Ahora estoy sin hacer realidad ninguno de ellos.

—William me ha insistido para que te quedes en la casa resguardada de las contingencias que aún pueden acechar, a eso se debe que no te requieran en el hospital. Quiere protegerte —admitió.

—Me siento complacida por tus palabras y el cariño de William, pero vengo a ofrecerme para servir a mi nación de la forma que sea.

—Lo tomaré en cuenta —refirió él.

—¿Me permites preguntarte algo más personal? —Ya no pude pasar por alto la debilidad que reflejaba el cuerpo de Ademar King II—. ¿Te han revisado los doctores en estas últimas semanas?

—Han insistido, pero no he tenido tiempo para ello, me siento bien.

—No lo creo. ¿Me dejas examinarte? No olvides que es parte de mi trabajo.

—No es mi intención interferir en ello, tampoco quiero tener al equipo médico atormentándome. Te dejaré hacerlo si no les das parte de mi salud y lo manejamos entre los dos.

—Voy a la enfermería a buscar los implementos que hay de reserva en estas instalaciones, en seguida regreso —comenté antes de salir.

Seguido de revisarlo, Ademar King II estuvo de acuerdo con el resultado del examen preliminar, había perdido algunos kilogramos y no tenía buenos signos. Le tomé algunas muestras que mandaría de inmediato al laboratorio con la discreción que me había pedido. Había algo más en su semblante que era difícil de disimular, que podía percibirse en la forma en que exhalaba y en los latidos de su corazón. Intuí que era la carga que recaía sobre sus hombros, así como el compromiso de mantener la nación unida y resguardada del enemigo. Le receté unas pastillas para que se sintiese con más energías e hice algunas modificaciones en su régimen alimenticio. Lo que al irme pasaría a ver con los encargados de su nutrición. Antes de salir, Ademar King II me dijo:

—Si lo deseas puedes estar presente en la ejecución de la traidora y considerarte parte del grupo selecto que presenciará ese acto de justicia.

—Agradezco tu confianza, incluso lo haría con mi propia mano si no interfiriese con el estado de derecho. Perdón, sentirías lo mismo si hubieses presenciado el atentado —enfaticé.

—¿Tendrías el valor de hacerlo? Digo, los médicos siempre están tan reacios a participar en la pena de muerte por las implicaciones éticas.

—Lo haría en el cumplimiento de mi deber, si fuera mi responsabilidad.

—Te doy la comisión de estar presente y de supervisar todo el proceso de ejecución.

Salí con la parte más sencilla del plan medio resuelta. Apolo y yo nos encontramos una vez más para ajustar los detalles del rescate. Ya me había reunido con el médico que se encargaría de certificar la muerte de Dafne y con el técnico de la ejecución. Éste me había explicado las partes que constituían el acto en sí, desde la preparación de los fármacos, los utensilios y el equipo. Para la tranquilidad de Apolo y la mía, una vez que el cuerpo de Dafne reposara supuestamente sin vida sobre una camilla, los testigos del acto de justicia se retirarían. Correspondería entonces, introducir el cuerpo en una bolsa y llevarlo al sitio donde sería incinerado, lugar donde podrían ir otros testigos o no, para dar fe de que la cremación

se había efectuado. Antes de ser trasladada, yo cambiaría a Dafne al auto de Apolo, a quien le correspondería sacarla de la capital.

—Es increíble que permitan que médicos se involucren en la pena de muerte, va contra la razón de ser de la Medicina —manifestó Apolo en voz alta.

—Aquí impera la ley de los King, y es la norma ética que se sigue en todas las esferas. ¿Y ustedes en la UNA tienen pena de muerte? —La duda me asaltó y no pude reservármela ni un segundo.

—De manera legal no. En tiempos de guerra o próximos a ésta, todo se vuelve confuso, más cuando se habla de traición a la patria —reflexionó la segunda oración en voz alta.

—No sé por qué pensé que algo así ibas a responder. ¿Te das cuenta que al final es lo mismo? —puse en evidencia mi descontento con ciertas acciones de la UNA. Me sentí victoriosa en esa absurda discusión por algo que no debí sentir júbilo; era un tema que, en sociedades tan desarrolladas como las nuestras, daba vergüenza.

—No estoy de acuerdo. Hay muchos grupos que velan por los derechos humanos. Nuestros líderes a veces tienen que tomar decisiones vitales y de último minuto para defender nuestra soberanía y estatutos.

—Al final tus dirigentes también utilizan su poder para romper sus propios principios.

—No tengo cabeza para discutir de esos temas —dijo abatido—. Hay algo de lo que no hemos hablado —mencionó Apolo—. ¿Cómo sacaremos a Iris, la hija de Dafne?

—Considero que sería mejor llevarla en otra ocasión —dije porque pensé que la exponíamos más si la sacábamos al unísono que su madre.

—¿Y dejarla aquí? —se impacientó Apolo.

—Quedará bajo el resguardo de su padre.

—Temo que Iris no sea bien cuidada.

—Este es un plan peligroso para llevarla —le recordé.

—Tienes razón —admitió, pero seguía inconforme.

—Además, no estoy convencida de hacer lo correcto. Digo, es su padre, es menor de edad. Sería secuestro —dejé ver mi punto de vista—. Iris debe amar a su progenitor también.

—Ese es el problema. Su padre soy yo —reveló y su abatimiento se transformó en desesperación.

Nos quedamos en silencio unos minutos, él me transmitió su sentir con la fuerza de su expresión, yo espantada de hasta dónde había llegado la

obsesión de Dafne por su causa. Al menos el general era mi padre y quedarme a su lado se justificaba por los lazos de sangre y de amor que compartíamos.

—Lo siento, no sé cómo lo permitiste —dije y dudé de mis deseos de apoyar a Apolo para rescatar a Dafne. Percibí mi renuencia para entender o justificar el comportamiento de ella.

—Se las arregló para dejarme fuera y me comporté como un cobarde —se lamentó.

—Conozco a Dafne, a veces no te deja otra opción —apunté para no restregarle su irresponsabilidad en el rostro—. Considero que es demasiado arriesgado sacar a Iris junto con Dafne. Más adelante, cuando se calmen las aguas, cuenta con mi apoyo.

Y así lo dejamos. Decidimos que no nos veríamos hasta el día indicado. Nos abrazamos una vez más y me fui. La parte que no le desvelé a Apolo era que el mayor Casals me apoyaría con la influencia que le daba su cargo, para que mi camino estuviera despejado y lo mismo haría con el camino de Apolo. Tampoco le dije de mis dudas acerca de querer involucrarme en el rescate de Dafne.

27



Cuando Edith supo que yo acudiría a la ejecución de la persona que había atentado contra su hermano, no estuvo de acuerdo. A su esposo, quien conformaba el grupo selecto que atestiguaría la ejecución, en las palabras de Ademar King II, le pareció acertado que yo me ocupara de aquel asunto tan intrínseco a la familia. Al arribar a la escena del ajusticiamiento, lo primero que noté fue el operativo de seguridad desplegado por el general Duarte, del que ya Sebastián me había advertido. Solo a los guardias se les hizo raro que yo entrara sin completar la revisión de rutina, Sebastián estuvo lo suficiente cerca para ordenar que me dejaran pasar y debido a su cargo los otros obedecieron. Esperé dentro a que se reuniera conmigo la persona que estaría a cargo, un técnico con una larga trayectoria profesional.

El ejecutor y sus ayudantes comenzaron a preparar el equipo y los utensilios necesarios. Me di cuenta que mi presencia le resultaba incómoda al técnico y que hubiese preferido a alguien que no fuera familiar del mandatario y que no fuera profesional de la Medicina. La evolución de la pena de muerte había sufrido muchos altibajos a través de la historia. Hubo momentos en que los fármacos eran los protagonistas. En la época más represiva, mientras se constituía la Sociedad Autocontrolada, se volvió incluso al fusilamiento. Durante los más de treinta años del gobierno de Ademar King se regresó a los químicos letales, cada vez más invasivos y sin

el objetivo de minimizar el sufrimiento del condenado. El último método en uso, era con una fórmula de acción inmediata, que se administraba a través de una pequeña bomba inteligente.

Colocaron el fármaco cerrado sobre una bandejilla con la cánula que se utilizaría, porque antes de la ejecución uno de los testigos se cercioraría de que se utilizaba el medicamento correcto y en las condiciones requeridas. Me introduje con seriedad en mi papel de supervisora designada por Ademar King II y revisé cada paso que daban las partes involucradas. Lo que no sabían, era que en el bolsillo de mi bata yo ya tenía la muestra por la que reemplazaría el compuesto, era un frasco casi idéntico al original, pero con un químico diferente en el interior. Solo tenía que introducir en mi bolsillo el genuino y plantar el que lo suplantaría en el la bandejilla cuando me tocara supervisarla, previo a la llegada de los testigos. Si cumplía con esa parte todo lo demás podría continuar. Con lo que no había contado era con la insistencia del técnico que no me quitaba la vista de encima y que todas mis tácticas para alejar su mirada de mi procedimiento, al menos unos segundos, eran inútiles. Mi intención era depositar el frasco real en mi maletín y colocarle una etiqueta diferente por lo que pudiese suscitarse, para correr el riesgo mínimo.

Sin lograr mi cometido, todos fuimos llamados a la sala. Ahí pude ver a los presentes y aunque iba dispuesta a no sorprenderme lo hice. El primero en que posé la mirada fue en William, quien ni siquiera había pasado con anticipación por nuestra morada; a diferencia de los demás militares, vestía el uniforme de campaña. A un lado de él estaba el general Allen, quien de seguro sabía que su hijo estaría y no me había revelado la noticia. Del otro lado de William estaba una Karena King con un rostro más que lleno de odio, desencajado. Al igual que ya lo había notado en su hijo, Karena había rebajado bastantes kilogramos y se notaba enferma, sin el halo cotidiano de superioridad que solía envolverla. Seguían de su lado el general Duarte con su formalidad habitual, del otro lado Darcio Hébert, junto a otros de su círculo que ocupaban asientos.

William me extendió una mirada y yo hice lo mismo con él, mientras su padre se ponía de pie para atestiguar que el fármaco y la cánula procedieran conforme a las normas y a lo estipulado. Aún Dafne no había arribado a la sala y las miradas de varios de los presentes estaban enclavadas en la bandejilla y en el personal dentro de la cámara de ejecución. Comencé a ponerme impaciente al comprobar que el medicamento que le permitiría a Dafne seguir con vida descansaba en mi bata y el que acabaría con su

existencia estaba a la vista de todos. Cuando las puertas se abrieron para dejar entrar a Dafne encadenada y escoltada por dos guardias, los presentes voltearon al unísono. Con todos distraídos, cual mago en su acto mayor, introduje mi mano en el bolsillo y tomé el frasco, elevé la elevé por encima de la bandeja e hice el intercambio. Me tragué un suspiro para que no notaran mi fuerza al exhalar.

En ese instante no tuve que hacer nada más. El técnico prosiguió delante de los espectadores a colocarle la aguja y la cánula a una Dafne que mostraba una fortaleza de espíritu superior a la debilidad de su materia, por los días de infortunio que había padecido tras su captura. Solo una vez Dafne cruzó la vista conmigo. Temí su reacción, que movida por el rencor me delatara. Ni yo ni Apolo tomamos en cuenta ese detalle. Preferí alejar esa tribulación de mi mente, solo me quedaba confiar en que el buen juicio de Dafne no se hubiera empañado con la tortura. La mirada fija de William me sacó de mis reflexiones, reparé un instante en él que no me quitaba los ojos de encima y volví a concentrarme en mi papel. Observé al técnico poner el fármaco en la bomba de infusión inteligente y esperé el breve desenlace. Una vez que el medicamento hizo su parte y los testigos vivieron la fantasía de ver morir a la traidora, me comencé a preparar para lo que seguía. Ayudé al médico presente a comprobar que los signos vitales de Dafne habían desaparecido y él como encargado firmó el acta de defunción. William se me acercó con discreción para comentarme que me esperaría afuera cuando terminara mi trabajo. Karena se retiró de inmediato. En los corredores se quedaron Ademar King II y el general Duarte enfrascados en una ardua conversación. Los demás abandonaron el lugar.

Observé que colocaron el cuerpo de Dafne en la bolsa para llevarlo al crematorio. El encargado de la prisión me agradeció por mi labor como parte de las formalidades acostumbradas y me comentó que podía retirarme, mientras él se disponía a llenar unos informes. Me apresuré a acercarme a la habitación donde Dafne yacía, para cerciorarme de dejar una pequeña abertura por la que se colara el aire. Los guardias que la conducirían al crematorio cargaron la bolsa y la depositaron en un vehículo estacionado en la parte trasera de la penitenciaría. Como parte del plan, la camioneta militar de Sebastián permanecía estacionada cerca. Distraje a los asistentes y les hice volver adentro por unos requisitos. Sebastián cambió las bolsas, introdujo a Dafne en su camioneta y acudió en mi búsqueda. Lo que continuaba era verme con Sebastián en el sitio donde dejamos

resguardado un auto de alquiler, sacar a Dafne de la bolsa, cambiarla de vehículo, suministrarle otro fármaco para despertarla. De ahí, yo la conduciría hasta encontrarnos con Apolo y Sebastián no sería reconocido por ninguno de los dos.

El auto con la bolsa adulterada marchó rumbo al crematorio. Sebastián, quien se había encargado de borrar las evidencias de las cámaras de seguridad, se me acercó impaciente al ver que me demoraba. Me encontró junto a William y a Ademar King II que hablaban de lo sucedido. William me pasaba el brazo por encima de los hombros. Al ver a Sebastián a unos metros, traté de librarme de los primos:

—William, será mejor que nos encontremos en la casa. Tengo urgencia de irme —le susurré en voz muy baja.

—Nos iremos juntos, solo permaneceré esta noche y no quiero que nos separemos ni un instante —mencionó.

—Tengo que pasar por la clínica a buscar unos medicamentos que necesito para mí —insistí.

—¿Estás enferma? —me preguntó.

—No me he sentido bien —dije.

—Te acompañaré entonces —resolvió el mayor Allen.

Ademar King II, quien continuaba con la misma expresión que le había visto días atrás en su oficina, nos interrumpió:

—Ya tendrán tiempo para irse a la casa. Ahora nos dirigiremos al crematorio. Quiero cerciorarme en persona que todo termine de una vez.

El corazón me dio un vuelco y sin reparar en lo que decía murmuré:

—William y yo podemos encargarnos de eso —dije para ganar un tiempo. Por el camino podía hacer que William dejara ese asunto en mis manos o…, fue inútil improvisar.

—Iré —concluyó Ademar King II.

El heredero le hizo una seña al mayor Casals para que supiera que iba de salida y que quería su vehículo con la protección correspondiente. William que consideró aquello relevante me preguntó de improviso:

—¿Trajiste tu auto?

—No. Me trajo tu padre y hace rato que no lo veo —contesté.

—Tuvo que asistir a mi tía que se sintió mal. Vamos, iremos con mi primo. Lo acompañaremos —decidió William.

—De acuerdo, antes pasaré un minuto al baño —le dije.

Sebastián que ya había dado las indicaciones para que prepararan el vehículo que nos conduciría y había escuchado del propio Ademar King II

que nos dirigíamos al crematorio, me interceptó en mi camino al baño, se me acercó lo suficiente para susurrarme con temple:

—Tranquila, solo sigue el juego.

—¿Qué vas a hacer? —Mi estrés se acrecentaba.

—Buscaré a ese hombre y le entregaré a Dafne —acordó.

—Es demasiado arriesgado, hasta ahora no le he revelado a Apolo tu nombre. Si algo se descubre no podrás zafarte.

—Trata de mantener la calma, me ocuparé de todo —dijo.

—Toma, tienes que ponerle esta inyección de inmediato para que se recupere. ¿Algo más? —pregunté nerviosa.

—Sí. También tengo algo para ti. Hubiese deseado que fuese en un momento especial. —Desprendió con un jalón seco una cadena delgada y larga, que tenía alrededor del cuello, que permanecía junto a la otra, la del dije de mi madre—. Nunca lo apartes de tu corazón.

La cadena estaba hecha de bolitas de un metal grisáceo insertadas en un hilo metálico. De ella colgaba una medalla de metal blanco con una imagen a relieve algo desgastada, cuyo marco ovalado tenía incrustaciones de ópalo y turquesa. Era la primera vez que me obsequiaba algo y era un objeto muy propio de Sebastián. Una mezcla perfecta entre lo rústico, lo sublime y lo antiguo. Los contrastes de azul, verde mar y blanco refulgían con destellos rosas y translúcidos. La delicadeza de las piedras semipreciosas con la rudeza del metal compaginaba, pero lo más bello era la mirada de Sebastián. Al tomar el collar le acaricié la mano con discreción, para demostrarle cuanto me había agradado su regalo. Pensé ponérmelo en otra ocasión debido a que él había roto la cadena. Vi que Sebastián no se movía de mi lado y aún temerosa de que alguien percibiera nuestra conducta le imploré:

—Márchate ya, ¿qué esperas?

—Ver cómo te queda —sostuvo.

Miré a los lados y me cercioré que nadie estaba pendiente de nosotros. Superpuse los extremos de la cadena uno sobre otro, para que él pudiese apreciar el dije sobre mi pecho. Cuando las puntas del metal se rozaron, se fundieron de forma intempestiva y me di cuenta que así funcionaba. Él sonrió. Me retiré con el retrato de su semblante en la memoria.

Sebastián se alejó de nosotros en la camioneta. William y yo partimos con su primo en su vehículo, seguidos por varios escoltas.

28



William y yo, arribamos al edificio del crematorio detrás de Ademar King II, quien llegó hasta la sala donde se preparaban para la incineración. El que operaba el lugar nos aseguró que el proceso tardaría algo de tiempo y el heredero aseveró que esperaría. No había transcurrido una hora, cuando se acercó dispuesto a descubrir la bolsa donde se suponía descansaba el cadáver. No intenté frenarlo porque sería inclinar toda la evidencia sobre mí; traté de hacer lo que me había sugerido Sebastián y mostrarme sorprendida como los demás. Lo que más me alarmaba era que aún tenía el fármaco que había cambiado en el bolsillo de mi bata. Pensé retirarme y ocultarlo en algún rincón, pero de seguro lo descubrirían y estaba cubierto con mis huellas, así que lo dejé donde estaba.

Cuando la ira de Ademar King II se manifestó tras descubrir que la bolsa no contenía un cadáver, toda la debilidad de su cuerpo no fue un obstáculo para exteriorizar su arrebato: gritos, golpes a los objetos que se interponían a su paso hacia la salida de aquel lugar. Lo primero que hizo, mientras William y yo le seguíamos, fue comunicarse con el mayor Casals y descargarle toda su rabia. Pude escuchar cada una de las palabras que le profirió a Sebastián, quien se suponía estaba a cargo de la seguridad personal de Ademar King II. Le reclamó a Casals sobre la eficiencia de su trabajo y sobre el riesgo al que él mismo estuvo expuesto. Le recalcó que

una falla de tal magnitud ponía sobre terreno movedizo la estabilidad de su carrera militar e insistió en removerlo de su cargo echándole en cara su fracaso anterior en el atentado sufrido por King padre. Al colgarle a Sebastián, Ademar King II, realizó otra llamada. Le habló al general Duarte para ponerle sobre aviso y reclamarle por la ineficacia del trabajo del oficial designado por Duarte para la seguridad de la operación fallida.

—Estoy de acuerdo contigo —agregó William—, remueve a Casals de su cargo, otra de sus fallas te costará la vida.

—Admito que no solo dependía de él la seguridad del lugar, pero como responsable de mi protección personal tiene que ir más allá de los errores de otros —vociferó Ademar.

William me dejó en un auto con unos soldados, me mandó para la casa con la recomendación de que me encerrara y no me moviera de allá. También me suplicó que estuviera alerta y preparara un equipaje ligero por si teníamos que refugiarnos de un momento a otro.

Los guardias me dejaron en la residencia. Corrí a deshacerme del frasco sin que quedaran evidencias. Eché el contenido en el excusado, deshice en el agua la etiqueta, enjuagué con vigor el frasco y trituré el vidrio. Todo con el mayor cuidado y disimulo por las cámaras. Me cercioré que nadie había reparado en mi regreso y salí a toda prisa mientras intentaba comunicarme con Sebastián. Cuando pudo me contestó a la guía y todo lo que dijo fue:

—Ya está con él. Ahora tengo que estar a disposición de Ademar King II.

—¿Crees que lo logren? —dudé.

—No lo sé, Paz. No sé qué es más peligroso para ellos, si permanecer en la capital o intentar irse deprisa. Todo el ejército los busca. Hubiese querido hacer más, pero hasta para mí es imposible.

—Perdóname —admití—. Temo que ni nosotros estemos a salvo.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Voy en mi auto, intentaré ayudarlos.

—No hagas una locura, ya nadie puede socorrerlos. Regrésate a la residencia, es muy arriesgado.

—Eso haré —mentí para que dejara de inquietarse por mí.

Apreté más el acelerador y conduje en dirección a la salida por la que Apolo tenía pensado escapar de la capital. A la vez intenté comunicarme con él a través de la guía. Me contestó con la voz agitada y el sonido estaba

entremezclado con el ruido de su auto. Intenté convencerlo de retornar y ocultarse en algún sitio:

—La vigilancia será más fuerte en las casetas de salida —señalé.

—No tenemos otra opción, es ahora o nunca —concluyó.

—No conseguirán pasar por los puntos de vigilancia, todos los autos serán inspeccionados. La única forma que encuentro para que salgan con vida es que yo los cruce.

—No puedo aceptar ese tipo de ayuda, ya bastante has hecho —dijo.

—Entiende que no tienen escapatoria.

—Ya nosotros estamos embarrados hasta los codos, si te sigues involucrando estarás en nuestra misma posición, no insistas.

—Hay un hotel a las afueras de la ciudad a unos kilómetros de la caseta de cruce. Llegaré ahí para buscarlos a los dos y pasarlos del otro lado —resolví.

—Da media vuelta y regrésate. Sálvate tú que aún puedes y no me pidas que acepte tu ayuda, ya has hecho demasiado y no quiero perjudicarte más. Borra esta conversación de la memoria de la guía, yo haré lo mismo. No te involucres más. Piensa que hiciste lo correcto y confórmate con que no siempre se gana. Aunque ella y yo no salgamos bien librados no me lamentaré por haberlo intentado. Si tuviera que volver a tomar esta decisión lo haría sin dudarlo —resolvió y cortó la comunicación.

No me conformé con sus palabras de despedida y conduje lo más rápido que pude hasta llegar al lugar donde le había asegurado a Apolo que lo iría a buscar. No encontré rastros de ninguno de los dos, ni de su auto y me imaginé que había seguido adelante decidido a lograr sus propósitos sin comprometerme. La angustia de no saber del paradero de ambos comenzó a apoderarse de mí. Intenté comunicarme con ellos durante unos cuantos minutos sin tener resultados. Conduje en dirección a la línea de salida para ver si alguna pista podía revelarme si habían tenido éxito en su huida. Había un gran alboroto en los alrededores de la caseta, pero no podría aseverar si se debía a que los habían capturado o estaban en vigilancia. De súbito arribó un equipo médico que venía a brindarles auxilio a unos soldados heridos y varias unidades comenzaron a acudir a la zona. Temí lo peor y di media vuelta sí convencida de que no podía hacer nada por ellos.

Conducía de regreso, ya me había alejado bastante cuando creí que un mensaje de Apolo llegaba a mi guía. Reparé en ésta y pude darme cuenta que ningún ícono parpadeaba. Sacudí la cabeza y continué mi camino.

Recordé el momento que los conocí a ambos, me habían parecido dos jóvenes muy similares: rebeldes, impulsivos, inmaduros. Creo que me había equivocado con Apolo. Apolo era más maduro que Dafne, era sensato y vivía centrado en buscar el bien para la humanidad sin transitar por el camino del odio. Dafne en cambio, también era valerosa, pero estaba demasiado convencida de la misión encomendada por sus líderes, dispuesta a llegar al camino final por donde quiera que fuese necesario andar. Esto último lo había demostrado cuando renunció a vivir al lado del hombre que amaba por poner delante de ese amor sus convicciones, de igual modo lo manifestó cuando no le importó apuntar el arma en contra del tirano, aunque eso significara arrebatar la paz con la agresión y la muerte. Apolo en cambio, se apartó cuando ella decidió abandonarlo, se reveló contra sus líderes con tal de salvar la vida a la mujer que amaba, incluso si eso incluía el precio de renunciar a su lucha o de arriesgar su vida.

Sebastián intentó comunicarse conmigo y creí que también lo imaginaba, no solo por la angustia sino por el cansancio que se había apoderado de mi cuerpo. Reaccioné al ver que sí me entraba una llamada de él, escuché su voz sin apagar el vehículo:

—Los capturaron, los están trasladando a la residencia de los King. Ademar King II ordenó que los lleven de inmediato ante su presencia. Eso solo quiere decir una cosa, no saldrán vivos de allá, de lo contrario no se arriesgaría a llevarlos a donde tiene su morada.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—Me acaban de dar la noticia y tengo que reportarme ante Ademar King II. Mantente alerta, si te aviso que corres peligro, busca refugio con tu padre. Es lo único que se me ocurre.

Tener opciones sobre lo que podría hacer en ese momento era lo más difícil. Quedarme cruzada de brazos era lo más fácil. Hice algo que me guardé por mucho tiempo. Inicié la comunicación con mi madre a través de mi guía. Sabía que podían rastrear esa llamada, que la comunicación entre la capital y cualquier punto de la UNA era una de las tareas primordiales de la contrainteligencia, pero me sentía demasiado intranquila como para aguantarme y dejarlo pasar. No hubo tiempo para saludos ni para las típicas palabras que se intercambian con un familiar cercano cuando hay tanta distancia de por medio.

—Están a punto de perderlo a él. Intentó salvar a la mujer que ama, pero ha sido una misión suicida —solté seguido de escuchar la voz de mi madre.

—No teníamos conocimiento de que se encontraba en la capital de la Sociedad Autocontrolada. Aquí se le negó el apoyo y se le ordenó desistir. Incluso lo mandaron hacia el lugar opuesto para que intentara calmarse —dijo nerviosa.

—Estoy yendo hacia donde se encuentra, no sé si pueda hacer algo. Comunícate con tu hermana, dime que tienen un arma secreta, dime que no permitirán que ocurra una desgracia.

—No la hay —mencionó y escuché como el aire se agolpaba en su garganta—, pero yo misma daría mi vida por él si pudiera. Nunca pensé que llegaría tan lejos. Creí que entendería que era imposible rescatarla.

—Nunca estuve más convencida de decirte estas palabras. Corto con todos los lazos que me comprometen con tu causa, a la que nunca me preguntaste si quería pertenecer. Aborrezco lo que ustedes hacen tanto como al régimen de Ademar King —dije y sentí que iba a vomitar la bilis en aquel mismo momento y poseída por el coraje dejé de ser cuidadosa con mis palabras—. ¡Si ustedes desamparan a un hijo de su tierra como él, todos sus principios están podridos!

—Tú no lo puedes abandonar… —Las palabras de angustia de mi madre terminaron por desesperarme más. La había llamado en busca de un soplo de claridad que me guiara en aquella misión desesperada y solo conseguí que la sangre me hirviera más en las venas y que la voz de mi madre se me clavara con fuerzas desgarradoras cuando me suplicaba—: ¡No lo puedes abandonar, es tu hermano! —Aquellas palabras me hirieron una vez más.

—¿Qué locuras estás diciendo? —solté desprovista de defensas.

—Es mi hijo.

La llamada se cortó. Me comuniqué de una vez con Sebastián y en medio del maremoto que me revolvía los pensamientos, le informé que me dirigía a la casa y se sorprendió de que no estuviese donde él me creía. Le confesé que iba a entrar a donde quiera que tuvieran a Apolo, pese a las prohibiciones de quien fuera y que iba dispuesta a hacer la locura más grande de mi vida. Entre mis palabras huidizas dejé escapar que aquel joven era mi hermano. Había sido criada como hija única y no conocía a profundidad el significado de esa palabra. La fraternidad para mí era lo que pude apreciar de mis mayores, que compartían esos vínculos. Mi cariño por Diana era lo único similar que conocía. Sebastián no dijo nada para retenerme, solo me aseguró que me iba a proteger y con nuestras

declaraciones sentenciamos el final de la vida como la conocíamos. Si salíamos vivos de ésta, tendríamos que huir muy lejos.

Dejé mi carro en las afueras del área de los King y no fue difícil darme cuenta que estaban en los bajos de las oficinas de Ademar padre, porque todo estaba lleno de guardias. Fui detenida en la entrada, pero Sebastián me esperaba cerca y dio la orden para que me permitieran pasar. Mientras avanzábamos, me insistió para que me diera la espalda. Ni siquiera le contesté. Caminamos uno al lado del otro hasta llegar al fondo de una amplia explanada donde observé a otros soldados. Pude distinguir a William, a un Ademar King II enardecido y armado. Sebastián se alejó solo unos pasos de mí. Los segundos sucesivos transcurrieron veloces: William se percató de mi presencia y se me acercó impresionado; me cubrió con su cuerpo justo para impedirme ver a Ademar King II descargar su arma sobre el cuerpo de Dafne, que cayó sin vida sobre el pavimento ante Apolo, cuya mirada se fragmentó sobre su amada en trozos de cristal. William me sacó de ahí, antes que Ademar King II reparara en mi presencia. Lo último que observé fue como Ademar King II le palmeaba el hombro al mayor Casals y acompañaba aquel gesto con una expresión de confianza y de camaradería; seguido a esto le entregó su arma y le ordenó algo que no pude terminar de comprender. Quedé impávida cuando Sebastián golpeó a Apolo con el arma, quien se precipitó sobre el césped. Antes que me alejaran, pude percibir que mi hermano se movía, aunque fuera quejándose de dolor.

Fui arrastrada por William fuera de aquel sector de la propiedad, con mi alma devastada por la aflicción. No tenía idea de lo que Ademar King II le habría exigido a Sebastián que hiciese con mi hermano. Me helé ante la imagen de Sebastián poniéndole fin a su vida. Creía que mi corazón dejaría de latir, intenté soltarme de William y correr hasta donde Apolo permanecía. William que no entendía mi reacción me sacudió, repitiéndome que me quedara tranquila para calmarme según él por la impresión de la escena que habíamos presenciado.

—¿Qué haces aquí? Te dije que permanecieras en la casa —no cesaba de reclamarme.

—¡Quise ver si todo estaba bien! —grité para sacármelo de encima sin poder concentrarme en sus palabras.

—¿Qué pasa contigo, Paz? No sabemos si otros de esos rebeldes merodeen por aquí. Si te ordeno algo es porque quiero protegerte. Nunca has respetado mi palabra como marido y en estos tiempos ya no puedo

tolerar tus arrebatos. ¡Acaba de entender tu posición, tu lugar! ¡Ve a la casa ahora mismo o me verás obligado a encerrarte! ¿Cómo puedo concentrarme en una misión si te comportas como una adolescente? Acudiré a intentar calmar a mi primo, cuando regrese quiero encontrarte en la habitación y mañana que salga de viaje te quedarás bajo las órdenes de mi padre —vociferó.

No lo quería escuchar, ni contestar con un simple sonido. Caminé hacia la dirección de la casa mientras trataba de encontrar un consuelo en el recuerdo de la nobleza de la mirada de Sebastián. A la vez cavilaba en mi cobardía por quedarme petrificada en las horas de tormento que enfrentaba mi valiente hermano. Quise andar en dirección a donde había dejado a Apolo. William sin entender mis verdaderos motivos, me terminó de llevar hacia mi habitación y ahí me dejó encerrada toda la noche.

Cuando pude pasar por alto todas las imposiciones de William, quien hacía un día había partido y pude burlar la continua vigilancia de mis suegros, intenté comunicarme con Sebastián por todas las vías. No me contestó los mensajes. No lo encontré en su casa, ni en ninguno de los sitios que recorrí con la finalidad de tropezármelo. No se me ocurrió otra idea más que acudir con Sara a escuchar lo que ella pudiese comunicarme.

Oí toda la charla acerca del regreso de Karena y lo desmejorada que se encontraba. Ratifiqué con Sara que Ademar padre aún no había regresado y solo hasta el final pude enterarme de algo: Sebastián estaba herido, lo atendían en la clínica donde yo trabajaba. Utilicé los pretextos que pude para llegarme al hospital.

Lo encontré dormido, en una cama de hospital con una venda blanca que cubría la mitad de su pecho y de su hombro izquierdo. Nada más hice poner un pie dentro de la habitación y sus ojos se despegaron a la par. Sus párpados aún pesados por el efecto de los sedantes se cerraban. Hizo el esfuerzo por incorporarse y le pedí que no se moviera, aunque la imagen suya al golpear a mi hermano no se me borraba de la memoria. Antes de inquirirle algo, me pidió con una seña que acercara mi oído a sus labios y murmuró muy bajo:

—Está vivo y muy lejos. —Eso fue todo, luego cerró los ojos para volver a dormirse.

Pude inspirar una fuerte bocanada de aire, lo retuve unos instantes en mis pulmones y lo expulsé con toda mi fuerza. Me senté unos minutos en una silla que había en la habitación, la cabeza baja, los brazos distendidos y la mente sin cesar de trabajar: las ideas se sucedían unas a otras. Me volví a

poner de pie para llegar a mi antigua oficina y comprobar que no había sido ocupada por nadie hasta el momento. No era mi intención saludar a mis colegas ni hacer evidente mi presencia. No me interesaba en lo absoluto. No fue difícil informarme en los corredores en voz de los médicos del equipo de Ademar King, que el mayor Casals estaba en graves dificultades. Se le había escapado un prisionero de alta seguridad cuando lo trasladaba al cuartel militar. No me fui de su lado, le velé el sueño a Sebastián después de leer su reporte médico y cerciorarme con el clínico de cabecera que estaba fuera de peligro. Cuando Sebastián volvió a despertar hizo un gesto de desagrado al verme todavía en la habitación. Me volví a acercar lo suficiente a él para que me susurrara:

—Ve con tu padre, aquí ya no es seguro para ti.

No continuó con la siguiente frase que había pensado emitir. Pasó la mano del brazo que no estaba vendado por la escasa parte descubierta de mi cuello. Se percató que no llevaba colgado el medallón que me había dado días e hizo aquel gesto con los labios que me había enamorado de él. Sebastián estaba muy cerca de mí, tanto que me provocaba besarlo e imagino que él sentía lo mismo.

—Te llevaré conmigo —espeté sin querer profundizar en el hecho del collar.

—Tanto me amas, pero no puedes llevar contigo un símbolo de mi amor —susurró.

—Pensé… Estaba tan agobiada que…

—Solo una vez parece que no soy digno de amarte y lo crees. No te he demostrado con creces que estoy contigo —dijo y tenía razón. Lo primero que hice cuando temí por la seguridad de mi hermano a cargo de Sebastián fue quitarme el collar y tirarlo en el fondo de un cajón.

—Nos iremos cuando puedas ponerte en pie —referí en voz muy baja.

—Escúchame, vete con tu padre. No hay tiempo que perder. Prefiero que estés bien por encima del deseo egoísta de tenerte conmigo. Es imposible estar juntos por ahora, no soy dueño de mi vida. Aquí corres peligro. Es cuestión de días para que descubran alguna pista que te involucre. Quedaron demasiados cabos sueltos —me dijo.

—Sin ti no pienso ir a ningún lugar.

—Paz… agotas mi paciencia —bramó y esperó en vano una palabra mía que le confirmara que cumpliría sus deseos. Imaginé que emitió la frase siguiente para sacarme de una vez del hospital—: Ve a tu casa, busca una

excusa y márchate con tu padre. No tendrás problemas en inventar algo. Te enviaré un mensaje cuando logre salir y veremos entonces lo que sigue.

Antes de irme le di las gracias por lo que fuera que hizo que le dio la libertad a mi hermano, quien de seguro pronto se reencontraría con mi madre.

29



¿Qué se suponía que debía hacer con mi impaciencia en un día en apariencias normal? Uno en el que no se me permitía trabajar ni siquiera en el Instituto de Planificación Familiar y en el que por mi seguridad tenía que permanecer en la casa, como la esposa fiel del sobrino predilecto de Ademar King. Uno en el que permanecía con el corazón latiendo en mi garganta, temiendo que de un segundo a otro los guardias irrumpieran en mi habitación y me apresaran, o que me llegara la noticia de que el mayor Casals iba ser enjuiciado por el crimen de alta traición. ¿Tenía sentido perseverar? Tal vez debía hacer lo que me recomendó Sebastián, refugiarme con mi padre. No tenía comunicación con mi madre y tampoco con mi hermano. Había cortado mis lazos con la UNA, aunque no estaba segura si a ellos les quedaba claro. Aquí solo me retenía Sebastián, aunque cada día estábamos más distanciados y sin posibilidades de acercarnos.

A pesar de permanecer encerrada entre las paredes de mi lugar de residencia en la capital, me llegaban los rumores de lo que ocurría tras los muros que nos aislaban del exterior. Sebastián tenía un proceso de investigación pendiente por la pérdida del prisionero. Otro peso más sobre mis hombros, lo había despojado de lo único que Sebastián tenía: su carrera. Ni qué pensar si descubrían nuestros vínculos con el rescate de Dafne primero y de Apolo después. Sebastián me aseguró que no pudo

cubrir todas las huellas, que tarde o temprano alguna pista saltaría a la luz o sería encontrada.

William continuaba de misión lejos de la ciudad. Me dejé caer en el suelo y quise gritar, pero me contuve, mientras el dolor se me apelmazaba en mis sienes y mis ojos. No podía llorar ni soltar la desesperación que tenía dentro, me sentía como un globo tan lleno de aire que estallaría en cualquier instante, pero que nunca explotaba. Sola, aislada en aquel mausoleo, donde estábamos enterrados en vida desde la ausencia de Ademar King, donde todos habían terminado por contagiarse de la rara enfermedad que consumía a Karena y a Ademar King II, aquélla que les había dejado los rostros taciturnos y les había costado bastantes kilogramos de menos, aquélla que los había distraído lo suficiente para no descubrir lo que el mayor Casals y yo había orquestado bajo sus propias narices. Ademar padre seguía recluido y sin recuperarse. El silencio en torno a él abrumaba y aletargaba a la nación, que continuaba bajo el mandato de su hijo.

No continué compadeciéndome de mí misma, me levanté y caminé con paso firme hasta el ala donde se alojaba Sara, tenía que hablar con quien fuera, de lo que sea. Llegué tan intempestiva ante su puerta que ni siquiera les di tiempo a los robots sirvientes para que me anunciaran. Me sorprendí al verla en un estado similar al mío, sin su habitual sonrisa y control de sí misma. Estaba acurrucada en un sofá mullido, con los brazos alrededor de las piernas y la mirada perdida. Intentó ponerse de pie de improviso y le hice una seña para que no se molestase. Me senté a su lado y le extendí una mano para saludarla. Apenada intentó disculparse:

—Paz, ¿cómo no avisaste que vendrías? Estoy hecha un desastre.

—¿No te sientes bien? —emití una de esas preguntas que suelen sobrar.

—Para qué voy a mentirte, pero parece que hoy tampoco es tu día. ¿Quién lo diría? Nosotras dándonos el lujo de desperdiciar una tarde, sin siquiera reparar en cuántas mujeres querrían estar en nuestros lugares.

—Menos de las que imaginamos —dije—. Pasé a verte como médico, quiero sentirme útil de alguna forma. Ya que en esta situación no se me permite hacer nada.

—Estamos mejor que nunca —Sara emitió una frase para continuar engañándose e intentó forzar una sonrisa.

Justo cuando solía hacer eso se dirigía hacia su hijo, lo alzaba con una facilidad impresionante, como si fuera tan ligero como una pluma y giraba

la conversación hacia el pequeño, era su mecanismo de distracción. Solo que el niño no estaba en ese instante y no supo qué hacer para suplir lo que en ella era tan cotidiano. Se puso de pie y miró por la ventana. Me acerqué y le susurré para no seguir importunándola:

—¿Cómo sigue Karena?

—Recuperándose —respondió.

—¿Y Ademar padre cuándo regresa?

—En unos pocos días —respondió y tragó en seco.

—Lo he escuchado hace tanto tiempo que ya perdí la cuenta. —Mi tono era de desgano.

—Lo mismo me pregunto, quizás es por cuestiones de seguridad. Cuando ya pensaba venir sucede lo otro, lo de ese terrorista y me imagino que como escapó tomaron medidas.

—¿Eso te dijo tu esposo? —pregunté.

—Es mi hipótesis.

—Lo que más detesto no es lo lento que pasan los días y la incertidumbre, es el hermetismo —admití.

—Es lo mejor, es para nuestra protección —comenzó a impacientarse por mis palabras.

—Dirías lo que sea, pero nunca aceptarías que tengo razón. He pensado regresarme a la casa de mi padre, al menos hasta que todo vuelva a la normalidad, que según tú no tardará mucho. Eso haré —concluí.

Al salir del salón Sara me intentó detener.

—¿A dónde vas? No creo que sea la mejor decisión.

—Iré a despedirme de Karena. Tengo que agradecerle por su hospitalidad.

—No le gustará que te vayas —me advirtió.

—No me voy para siempre, es solo hasta que William regrese.

—Tu lugar es aquí con nosotros. Tienes que apoyar a la familia de tu esposo —intentó retenerme.

—Pero no hago nada, casi no los veo. Da igual donde espere a William.

—No lo creo, el pueblo necesita saber que estamos aquí, que aún somos fuertes. Tenemos que soportar un poco más o mucho más. Si nosotros nos rendimos ellos lo harán también. Si nos piden que aguantemos no podemos negarnos. Al menos tú has podido ayudar salvando vidas durante los ataques y si ahora William te pide que tengas paciencia es por algún motivo. ¿Crees que mi suegra no preferiría estar en

compañía de su esposo? Pero su lugar es éste y ella lo acata —explicó. Aquello era lo que yo deseaba escuchar.

—¿Eso te dijo ella o también es una de tus hipótesis? —inquirí.

—Casi no la he visto desde su regreso. No quiere estar en compañía de nadie. —Esto que Sara me respondió no me lo esperaba, que ella estuviera en una situación casi idéntica a la mía y me resultó raro.

—¿Y eso no se te hace extraño? Antes cenábamos casi todas las noches en familia en su comedor. Siempre estaba pendiente de ti, de mí. Ya no le importa ni siquiera el Comité de Familia.

—Es la situación, no es para menos. Si tan solo dejase que la veas, como médico podrías intentar ayudarla. Vamos a ofrecérselo a ver si acepta —sugirió.

Me alcé de hombros. Salimos por la amplia puerta que se cerró tras nosotras y caminamos; atravesamos alrededor de cinco pasillos mientras nuestros zapatos hacían un sonido peculiar paso tras paso, que retumbaba como eco. No nos detuvimos hasta llegar a donde se encontraba Karena y pedimos hablar con ella. Mientras esperábamos su respuesta, Sara me reveló:

—Creo que hemos sido muy osadas por no haberle avisado antes. Así al menos habría tenido la oportunidad de darnos una excusa si se encontraba imposibilitada de recibirnos, ya me las ha dado en varias ocasiones. Ahora no podrá hacer otra cosa más que hacernos pasar, no nos dejaría en la puerta.

No dije nada, solo la miré. En ese instante salió su robot sirviente y nos mencionó que podíamos pasar. Encontramos a Karena envuelta en una amplia bata azul oscuro cuya cola se arrastraba casi un metro de largo. Su delgadez era más extrema que la última vez que la había visto, su piel había perdido su tonalidad habitual y se veía amarillenta sobre todo cerca de la luz. Los huesos de sus pómulos resaltaban más que de costumbre y sus ojos continuaban apagados.

—¿Y bien? —fue su bienvenida.

—Deseábamos saludarte y aquí nos tienes, espero que no importunemos —se adelantó a decir Sara.

—Ustedes no podrían hacerlo. Siéntense conversemos un rato.

Sara sonrió complacida y se volvió hacia mí agradecida por la idea de ir a visitar a su suegra. Yo le devolví el gesto recordándole «fue tu idea». Karena nos invitó a acomodarnos en una salita que daba a un amplio balcón. Estudié su rostro con disimulo. Se podía leer en éste mucho

tormento. Para su familia era muy importante el poder y por el terreno movedizo en que se había trastocado su suelo de un día para otro, no era para menos su reacción: su esposo herido y no solo físicamente sino en su mandato, las ciudades-estado perdidas, pero había algo más.

—No entiendo como no estamos en guerra total —murmuró Karena.

Sara palideció, como si el telón de una obra teatral se hubiese levantado antes que los actores estuvieran listos para representar su papel. Me incorporé y me concentré en sus palabras. Sara tuvo la intensión de desviar la plática hacia la nimiedad, pero su suegra casi la fusiló con la mirada, por lo que Sara se quedó en silencio como yo. Karena continuó:

—¿Qué más tienen que hacer nuestros enemigos para que mi hijo reaccione? Han roto el tratado y nos atacan con sutileza por todos los flancos. No han arremetido contra nosotros porque saben que somos más poderosos, pero nos roen poco a poco, incluso en el mismo corazón de nuestra hegemonía y eso puede ser fatal.

Sara no aguantó más e intentó calmarla:

—Karena, tu hijo no es débil. Tenemos que confiar en sus decisiones.

—Mi esposo no habría permitido tanta impunidad —continuó Karena—. Todo empezó a tambalearse cuando Ademar decidió que su hijo sería su segundo al mando, yo le había dicho que el muchacho no estaba listo.

—Ademar hijo es muy joven —dijo Sara. El acaloramiento en su rostro ya no podía ocultarse por lo que no continuó resistiéndose.

—Eso sucede cuando se deja de valorar la experiencia y nos deslumbramos con el ímpetu de la juventud. Mi hijo tiene un líder dentro pero no era el momento, debía madurar un poco más. Lo mismo ocurrió con el mayor Casals, un joven con mucho talento, pero fue promovido demasiado pronto a un cargo de tanta responsabilidad. Esa manía de Ademar de encandilarse, de mover y de hacer cambios en todas las direcciones, incluso tú Paz —dijo Karena y yo que creí que me salvaría de sus comentarios—. Cuando te dije que tu lugar era en el Instituto de Planificación Familiar, no quisiste escucharme. Preferiste el equipo médico de Ademar y él te apoyó, claro, sin importar los riesgos a lo que eso conllevó. Ahora ni lo uno ni lo otro. Hay que aguardar, solo nos queda esperar que mi hijo cumpla con el rol que le fue asignado de nacimiento y que William no cometa errores tampoco. El general Duarte ha hecho un buen papel, pero ya no es apto para tanta responsabilidad, su edad no le

permite llegar más lejos. Él mismo aceptó que ya no puede con la carga y está de acuerdo en quedar de mentor del oficial que recibirá su puesto.

—¿Y quién tomará su lugar? —inquirió Sara.

—El general Verena —confirmó la señora King. Palidecí al escuchar a Karena referirse a mi padre. Ante mi asombro intenté expresar algo, pero Karena indicó sin darme tiempo a reaccionar—: No hay nadie más apto que él, su ciudad-estado es la más segura de todas y ha demostrado que tiene suficientes cualidades. No es algo nuevo, mi esposo lo había considerado desde tiempo atrás. Tu padre llegará de un momento a otro para el nombramiento. Espero que pueda enseñarles a los jóvenes a controlar un país.

—¿Mi padre? Ni siquiera lo imaginé, pero si hay otros candidatos. Además, su esposo llegará en cuanto se mejore y eso ya no será necesario, él mismo les enseñará a los jóvenes a vencer sus dificultades —indiqué.

Sara no aguantó más, mencionó que tenía que irse. Caminó sin mirar atrás. Miré a Karena y reiteré:

—En cuanto nuestro líder Ademar King regrese podrá orientar a los más jóvenes.

—Acompaña a Sara, creo que no estaba preparada para mis palabras —resolvió Karena.

—¿Puedo traer mi maletín de médico para revisarla a usted? —comenté convencida de que Karena deseaba que me retirara y no por el estado de ánimo de Sara.

—No es necesario, vete con ella. Si llegase a sentirme mal te aviso. Solo intento asimilar una gran dosis de realidad.

Seguí los pasos de Sara, los podía escuchar, aunque se había alejado de mí. Me imaginé que habría echado a correr por lo fuerte que se oían. No tardé en encontrarla hecha un manojo de lágrimas, moví la cabeza en señal de desaprobación. La abracé y le pregunté si deseaba que le hablara a su madre, o si deseaba que la llevara a verla. Sara negó con la cabeza, no tenía el valor para desobedecer la orden de no salir de la residencia. La consolé mientras pude, hasta que me fui a encerrar en mi habitación.

Sebastián me había dicho que aguardara a que se contactara conmigo, pero eso parecía que no ocurriría nunca. Quise hablarle, pero no sabía hasta qué punto aquello nos perjudicaría. Ya no podía refugiarme en América Unida, no sin mi padre allí. ¿Dónde nos ocultaríamos Sebastián y yo cuando las pistas que olvidamos fueran encontradas? Tenía que hablarle a Sebastián, necesitaba saber qué rastros cubrir. Revisé mi guía y me

cercioré que todos los mensajes y llamadas se habían borrado, aunque sabía que eso no era suficiente. Intenté comunicarme con Sebastián sin éxito, una vez más. Me dirigí a mi guía y le hablé a mi padre. Oír su voz después de tanto tiempo fue un alivio, le aseveré:

—No pensé tener tanta suerte, no sabía si ibas a poder contestar. ¿Estás bien, padre? Han pasado tantas cosas que temo por ustedes en la casa.

—Yo igual por ti —expresó.

—¿Cómo están mi tía y mi prima?

—Bien. No muy felices porque han tenido que retrasar la boda de Diana. El capitán Carter está en una misión que le asigné lejos. Tu prima me culpa, pero a la vez me entiende. Son tiempos difíciles —aseveró.

—Supe de tu asenso. No aceptes, padre.

—Tranquila, estaré bien.

—¿Mi tía y mi prima viajarán contigo?

—Todavía no lo sé. Puede que se queden, es lo mejor para ellas. Diana se casará y su futuro esposo tiene aquí muy buenas opciones de crecimiento profesional. ¿Y tú cómo estás, hija mía?

—Bien pero no así Sebastián, ha tenido problemas serios y temo que le afecten. ¿Has sabido de él? —pregunté.

—Sí. Todavía no entiendo cómo se le escapó ese prisionero. Ya le dije que tiene que seguir adelante —dijo con pesar.

—¿Hablaste con él? —indagué algo que parecía obvio.

—Me ha hablado más que en otras ocasiones.

—¿Cómo está?

—Mal. El general Duarte abrió una investigación en su contra antes de retirarse. Por fortuna Ademar King II confía en Sebastián y ha decidido no removerlo de su cargo.

—No entiendo cómo sigue confiando en él si no pudo prever el atentado contra Ademar padre —mencioné para que papá se adentrara en la conversación. Me confundía recordar las palabras de Ademar King II cuando aseveró que removería a Casals.

—No le quieras cargar toda la responsabilidad a Sebastián. Hubo otros departamentos que fallaron también. Primero el atentado, luego la fuga de los prisioneros. No es el Sebastián que conozco. Algo lo está distrayendo, pero se recuperará. ¿Y a qué viene todo esto?

—Solo quería saber de ti y ponerte al tanto sobre Sebastián. Sé que le tienes afecto. ¿Él sabe que vienes?

—Lo supo y como tú, no está feliz con la noticia.

Sabía qué había distraído a Sebastián. También sospeché la razón de sus constantes llamadas. Quería saber si yo estaba allá. Me vinieron de golpe todas las reminiscencias de nuestra vida juntos, los soplos de tiempo que habíamos compartido y los que habíamos sufrido separados. Hubiese deseado regresar el tiempo a cuando era una adolescente y vivía en la casa de mi padre, volver a nuestras comidas familiares donde Sebastián ocupaba un lugar en nuestra mesa y mis padres estaban felices. ¿Tendría la capacidad de olvidar todo, lo que me había extasiado y lo que me había lastimado, si existiese la posibilidad de reiniciar? Me imaginé atravesar por la puerta principal de la casa del general y ver al capitán Casals a la entrada, y en vez de aquel gesto impertérrito con que acostumbramos saludarnos, habernos dirigido una sonrisa. Comprendí lo que hacía, intentaba buscar a Sebastián en el pasado porque no me figuraba cómo podríamos construir un futuro donde estuviéramos juntos. Todo era mi responsabilidad y eso era lo peor. ¿Contra quién me revelaría si yo había tomado cada una de las decisiones que me colocaron en mi presente? Palidecí desesperada por el vestigio de pasado. Traté de hilvanar los trozos dispersos de nuestro amor para componerlo, para darle un lugar en el mundo.

A los pocos días arribó mi padre. Acudí a recibirlo al aeropuerto y nos fundimos en un largo abrazo. Las primeras setenta y dos horas estuvo tan ocupado recibiendo su nuevo puesto que apenas pudimos conversar. Me quedé en su nueva residencia para poner en orden el equipaje que había traído. Mi tía ya se había encargado de llamarme y aconsejarme como disponer sus pertenencias para que él estuviera cómodo. Al cabo de una semana, mi padre tuvo algo de tiempo libre y pudimos comer juntos. Lo sorprendí con un almuerzo en el exterior en una de los jardines de su casa. Manifestó su gratitud hacia mis atenciones:

—Te agradezco mucho, hija, que hayas procurado mi comodidad.

—Es lo mínimo que podía hacer. No me hace feliz que vivas en este lugar tan inmenso sin nadie de la familia —le aseguré.

—Al menos estamos más cerca, podremos vernos más a menudo —rescató.

—No sé cuánto tiempo duré aquí —le informé.

—¿Qué dices? —preguntó exaltado.

—Espero que mis actos no te perjudiquen, de veras no quería que vinieras. He tomado decisiones que ahora me pesan y ya no puedo soportar las consecuencias, por eso me voy. Quería decírtelo y que tomaras las medidas necesarias para protegerte.

—Por favor, no eches a perder tu vida —me suplicó.

—Padre, ya no puedo revertir lo hecho.

Una llamada entrante en mi guía nos interrumpió. Deseé que fuera Sebastián y mi corazón casi se detiene al constatar que era William. Dejé a mi padre lleno de pesar tras comprender el peso de mis palabras y me dispuse a regresar a mi morada. El mayor Allen y yo arribamos al unísono a la residencia. Sacudí la cabeza y traté de despejarme. ¿William? Caminé a su encuentro e intenté desatascar mis ideas. Lo vi con su uniforme verde de campaña, en su mano traía un gorro que tiró sobre una silla en cuanto me divisó y corrió hasta mí. Me envolvió en sus brazos y pude percibir una gota de pasión en sus ojos que logró perturbarme. «¿Y ahora qué?», pensé. Aún estábamos en la antesala de nuestro hogar, mientras comenzó a besarme con muchas ansias. Sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo como jamás lo había hecho. Los hombres que estaban de guardia nos dejaron solos a la vez que William les gritaba a todos que se fueran. Me cargó y no se detuvo hasta llevarme a mi habitación. Me quitó la ropa y me depositó sobre nuestra cama. Intenté resistirme, argüí varias excusas, pero no me dejó hablar. Me puso una mano en la boca para no escucharme mientras la ausencia de Sebastián permanecía clavada en lo profundo de mi alma. Intenté zafarme, levantarme y me sujetó con fuerzas hasta hacerme suya con más deseo que otras veces. Cuando terminó y cayó extenuado a mi lado, me puse de pie de inmediato:

—¿Qué significa esto? —le grité con desconcierto al sentirme ultrajada.

—Te extrañaba demasiado —dijo con naturalidad.

—Pero…

—¿Eres mía, Paz? ¿Solo mía? —preguntó.

—Sí —disimulé cada uno de los temblores que se apoderaron de mí.

—Eso es lo que significa, eres mi mujer. ¿Acaso tú no me deseabas también? Claro, siempre eres tan fría, pero no importa. Imagino que así te educaron, por eso no me molesta.

No dije nada y me dejé caer a su lado. Me abrazó. Esperaría a que se fuera de nuevo y ahora sí haría algo con mi vida. Con Sebastián o sin él, había decidido alejarme de William quien cada día se había vuelto más

posesivo. Al principio lo soportaba, pero su nueva actitud había comenzado a impacientarme.

—¿Concluiste tu misión? —inquirí.

—Vine porque tengo una reunión con mi primo.

Suspiré.

—Ya sé que te has quejado porque extrañas tu trabajo en el hospital. También me dijeron del sorprendente y repentino interés que tienes por el Instituto de Planificación Familiar. No sigas molestando a mi familia con ese tema. Imagino que es el aburrimiento —dijo.

—No es aburrimiento, es desesperación de vivir encerrada y sin un propósito. Solo me permiten visitar a mi padre. Ni siquiera convivo con tu familia, todos continúan afectados. Estoy muy sola —alcé un poco la voz.

—No te preocupes, te llevaré conmigo —afirmó.

—¿A tu misión? ¿Eso no es muy peligroso? —pregunté asustada.

—No te pondría en riesgo. Te llevaré a la ciudad-estado donde me quedo: Limes.

—Eso queda en la frontera —reflexioné en voz alta y recordé de las clases de Geografía que Limes bordeaba el territorio de la UNA y estaba compuesto por restos de territorios de antiguos países como Portugal, España, Francia, Italia, Austria, Eslovenia, Croacia, que estaban ubicados en la franja del mar Mediterráneo.

—Sí, aledaño con el MAM, pero no tienes que temer, esa ciudad está bien protegida. De un lado nos separa el agua y del otro tenemos un fuerte operativo de vigilancia, más ahora con todo lo que sucede. No te llevé antes porque no me constaba que era seguro —me explicó.

—Justo ahora que llegó mi padre —me lamenté.

—Para tu mala suerte, así será —mencionó con un dejo de enfado encubierto en la voz. Me miró fijo como si disfrutara mi desconcierto y temí que escondiera intenciones secundarias para alejarme de la capital. Recordé las palabras de Sebastián pidiéndome que huyera mientras aún hubiese tiempo.

—¿Y no te preocupan todos los hechos que han ocurrido en los últimos meses? —busqué la forma de escabullirme de aquel viaje.

—Prepara tu equipaje, nos vamos el siguiente domingo —manifestó con firmeza.

30



Me desperté de madrugada. William dormía a mi lado, no lo había soñado. Fijé la vista en mi guía, me percaté que eran las tres de la madrugada y me levanté sin hacer ruido. En silencio salí de nuestra habitación y atravesé la sala. Me dirigí al jardín interior. Clavé la vista hacia la amplia ventana de cristal por donde se colaba la luz tenue de la luna. Me senté en un banquillo y observé las flores dormidas. Una idea me daba vueltas en la cabeza y no lo dudé más, intenté comunicarme con Sebastián. No albergué muchas esperanzas de escuchar su voz, luego del silencio tras las veces que procuré encontrarlo desde que había salido del hospital. Me contestó y comencé a temblar.

—¿Quién habla? —inquirió.

—Paz —dije.

—¿Te ocurre algo? ¿Qué pasa?

—Estoy bien.

—Paz… sé que eres tú, fue lo primero que se me ocurrió contestar con temor de que fuera una trampa. Me asustaste. ¿Por qué llamas a esta hora? No sabes cuantas cosas horrendas imaginé en un minuto —dijo exaltado.

—Habla bajo. ¿Entonces tenía que llamarte a deshoras para que atendieras? ¿Por qué no he sabido de ti?

—Tengo una investigación en mi contra, ya sabes. No quiero que descubran… nuestro vínculo —indicó y comprendí que no solo se refería a

nuestra relación sentimental, sino a nuestra participación en los sucesos que involucraban a Dafne y Apolo.

—William quiere llevarme pasado mañana con él a Limes —le comuniqué.

—Es algo absurdo y peligroso para ti. ¿Dónde te quedarás cuando él realice alguna operación? Solo si quisiera que te hospedes en el cuartel militar. ¿Crees que sospeche?

—Tenemos que huir —pedí desesperada.

—Cálmate, eso no será tan sencillo. No puedo dar un paso sin que me cuestionen. ¿Dónde estás? —Él cada vez bajaba más el volumen de su voz.

—En mi casa.

—¿Y William? —indagó desesperado.

—Duerme en nuestra habitación.

—Cuelga de una vez y borra la llamada, podría sorprenderte y todo sería más complicado. Te contactaré pronto —se puso nervioso y me recriminó que llamarlo había sido negligente.

—Háblame claro. No aguanto más esta farsa.

—Dame tiempo —suplicó con el tono tierno que usaba cuando quería convencerme de algo.

—Cada minuto que permanezco aquí estoy más lejos de conseguir mi libertad. William ha cambiado, ya no es como antes.

—¿Te ha lastimado?

—Me iré contigo o sin ti. Si me lleva a Limes, lo haré —repetí tajante.

Escuché el inicio de una palabra de Sebastián antes de colgar. Convencida, por primera vez, que era un cobarde. No lo entendía, él insistió para que nuestra historia tuviese continuación. Fue Sebastián quien vino tras de mí a la Sociedad Autocontrolada, quien procuró nuestro reencuentro y todo fue suscitándose hasta la fase en que en la actualidad nos encontrábamos. Caminé temerosa hacia la habitación. Reparé en que la obstinación y el coraje me hicieron olvidarme por un instante de la presencia de William en la casa. «¿Habrá escuchado algo? ¿Sospechará? ¿Su desconfianza hacia mí estará relacionada con su repentina toma de decisiones? Este viaje no puede traer nada bueno», pensé. Puse un pie dentro de la habitación en penumbras y me encaminé a la cama. Fue entonces cuando vi a William sentado, recostado a la cabecera y con la mirada fija hacia delante.

—Me asustaste —murmuré sin pensar.

—Demoraste, ¿qué hacías levantada? —me cuestionó mientras se volvía a acostar.

—No me siento bien —intenté ganar tiempo para pensar.

—Duérmete, necesito descansar. —Su tono era autoritario.

—¿No sería mejor que me quede en casa de mi padre hasta que regreses de Limes? —insistí.

—¿Eso es lo que te ha provocado el insomnio? Tu lugar es a mi lado.

—No estoy tan segura —revelé en voz muy baja.

William se volvió a sentar en la cama, descubrí por su semblante que el sueño se le había escapado también.

—¿No estás segura de acompañarme a Limes? —indagó con un ademán acusatorio.

—No me refiero a este viaje —solté con una mezcla de temor y alivio.

—Explícate —ordenó.

—Casi no nos vemos, ya no me siento cercana a ti, no estoy segura de querer continuar con este matrimonio. Quiero el divorcio —solté y aquellas palabras me liberaron de la carga que sostenía sobre mis hombros. Después de pronunciarlas el aire limpio se coló a plenitud en mis pulmones.

William se puso de pie, dio vueltas por el cuarto y quedó parado frente a una ventana. Miró hacia fuera sin decir nada. Me le acerqué, intenté ponerme en contacto visual con él, pero no se volvió frente a mí. Le hablé, aunque me daba la espalda:

—No lo decidí a la ligera y no cambiaré de opinión. Quiero el divorcio.

—¡Eso no va a ocurrir nunca, aunque no me ames, aunque no compartas mi habitación, aunque me refugie en los brazos de otra mujer; seguiremos casados ante la ley y para todos los efectos! —gritó gobernado por la ira—. Si quieres todo puede seguir como hasta ahora y olvido tus necedades, tus arrebatos y tu locura, pero solo si quieres. Si no estás dispuesta a tolerarme como marido no te obligaré, me buscaré una amante, pero no dejarás tu lugar junto a mí.

—No puedes obligarme —traté de hablar bajo para no empeorar la situación.

—¡Sí puedo! Nadie hará nada por ti, ni siquiera tu padre —dijo en tono amenazante.

Salió de la habitación y me dejó sola. Quizá tenía razón, ahora que Ademar King II estaba en el poder, William era aún más poderoso y se creía impune. Su primo y él habían afianzado más su alianza. Ademar lo

apoyaría incluso por encima de mi padre. William no soportaría la vergüenza que venía aparejada con el rechazo. Solo se divorciaría de mí si él lo decidía. Si yo me imponía se aferraría aún más a no dejarme ir. Me acosté e intenté conciliar el sueño en lo que quedaba de la noche.

Mi padre fue el primero en negarse a las ideas de William de llevarme con él, pero, aunque dio su opinión mi esposo dio la última palabra. Mis suegros y otros de sus familiares manifestaron estar a favor de la decisión tomada por William. El día de nuestra partida sentí un escalofrío recorrerme la espalda. El cinismo se había apoderado de la situación o todos habían perdido la cordura. Las ciudades fronterizas eran las que corrían más riesgo. Dos ya habían sido tomadas. ¿En qué situación estarían las demás? ¿Por qué Limes sería segura para la esposa de un oficial emparentado con Ademar King? Tiempo atrás me encerraron con Sara y el heredero Ademar King III en un refugio de alta seguridad, en un lugar del cual nunca pude descifrar la exactitud de su ubicación y ahora, todos salían a despedirme con abrazos y buenos deseos por mi viaje hacia Limes. De Sara no era raro verlo, ella estaba acostumbrada a sonreírle al mal tiempo con tal de construir una falsa seguridad familiar. El abrazo al cuerpo enfermo y raquítico de Karena era una burla. Solo reparar en ella y en el rostro apesadumbrado de Ademar King II, eran suficiente prueba de que la normalidad nos había abandonado desde que Ademar padre había sido herido por Dafne y se había recluido. De mis suegros era mejor no decir nada, ellos solo se dejaban llevar por la corriente.

Viajamos en un avión del ejército junto con otros oficiales y soldados. Ninguno llevaba familia y algunos vieron inconcebible mi presencia. Lo noté en aquellas miradas que trataron de disimular ante William. Ahí fue que escuché un comentario que terminó de desconcertarme y a la vez me permitió darle forma al desbarajuste de incongruencias que había vivido en los últimos días. Cuando William pasó por la cabina del piloto a dar las últimas instrucciones del viaje, escuché a dos soldados hablar sobre el asombro que les había causado la noticia que se había hecho pública esa mañana: Ademar King tardaría en regresar, estaba en período de hibernación. Un nudo de dudas se me atravesó en la garganta. Sabía lo que aquello significaba. Hibernación no tenía nada que ver con el proceso natural que vivían algunos animales en determinado momento. Era un término que la Medicina había tomado prestado para hacer referencia a un estado de coma inducido al paciente, donde su energía y sus procesos vitales se reducían y se aprovechaba esto para reconstruir un organismo

con daños severos, causados por enfermedades o por traumatologías, sin dichas reconstrucciones el paciente no podría sobrevivir. Era una de las estrategias de nuestra sociedad para alargar la vida, cuando ésta nos confrontaba con sus vicisitudes y nos demostraba que todos nuestros esfuerzos por modificar la genética no eran suficientes para alargar la longevidad del ser humano más allá de lo normal. Yo sabía que los órganos vitales de Ademar King estaban clonados y listos para ser reemplazados en el momento que él lo necesitase. Traté de recordar el impacto de bala y qué tan letal había sido para calcular cuánto tiempo se tomaría para su regreso. Mientras esto no ocurriera, yo estaría en manos de William porque su primo no le negaría nada.

Fue un viaje largo y tedioso, era la única mujer a bordo. Decidí enterrar mi mirada en las nubes que se podían observar a través de la ventana, mientras William que quería torturarme y comenzaba a agobiarme por su agresión encubierta hacia mí, no dejaba de hablar. Su conversación giraba en torno a la aeronáutica: los recientes avances de los modernos aviones del ejército, su rapidez, su ligereza, su seguridad, su eficiencia. Cerré los ojos y simulé quedarme dormida, así que no le quedó más remedio que hacer silencio. Era imposible dormirme. ¿A qué le había apostado? Me sentía como el adolescente que huye de casa y que al darse cuenta que la vida fuera no es fácil, regresa, aunque no convencido del todo. Así me sentía. Era tan hermosa mi vida en la casa de mi padre. Me daba cuenta de la frecuencia con que echaba de menos esa tranquilidad, con un padre como el general Verena que me hacía sentirme segura y una madre como Venus que me hacía sentirme amada. Mi hogar siempre me pareció auténtico. Solo entonces percibía la verdad, Venus y el general tenían un abismo inmenso que los separaba, el que yo nunca me había percatado porque cada uno fue lo suficiente maduro para no interponer sus intereses a mi crianza. Hasta que cumplí un cuarto de siglo, mi castillo se desplomó y cada progenitor corrió en direcciones opuestas, pero mis padres ya habían cumplido conmigo.

Mi tiempo en la Sociedad Autocontrolada había caducado, no lo podía exprimir más y aunque me doliera dejar de ver a mi padre, no tenía otra salida. En este mundo nuestro dónde la división política erigía solo una frontera, estabas con una potencia o con la otra. Yo estaba en medio en todos los aspectos. De cada lado de la línea divisoria tenía una parte de mi vida: personas queridas. Quizá Sebastián tenía razón, aunque quisiéramos buscar un lugar y estar juntos, era difícil. Sebastián nunca sería recibido en

la UNA y nuestra relación no sería bien vista en la Sociedad Autocontrolada. Destruí la oportunidad cuando acepté casarme con el hombre que ahora tenía al lado, sosteniéndome la mano, mientras yo fingía dormir. Sin proponérmelo, me sentí cada vez más anestesiada. Escuché en mi mente durante el estado de duermevela una canción antigua, sobre una flor, un deseo, un amor y sin proponérmelo me dormí.

Fui sacudida por William tras pocas horas, habíamos arribado al aeropuerto. Tomamos nuestras pertenencias, salimos del avión y nos subimos a un vehículo que nos llevó a un hangar. No entendía la necesidad de tomar una avioneta si el aeropuerto de Limes estaba en el mismo centro de la ciudad. William me dijo que solo llevara el equipaje de mano, que el resto nos lo harían llegar. Seguí sus instrucciones de inmediato y me senté a su lado en la avioneta. Abroché mi cinturón de seguridad y observé el recorrido por encima de los rascacielos. Seguido, sobrevolamos un amplio bosque y tuve que inclinarme para apreciarlo. Se encontraba en el nivel de estado crítico declarado por las autoridades ambientales, así y todo, era magnífico.

—Disfrútalo, es un lujo observar a uno de los pulmones de nuestro planeta —argumentó William y lo sobrevoló durante unos minutos.

—Medio moribundo, pero aún en pie —mencioné.

—Como otros, lo intentamos recuperar. Ves que no ha sido tan terrible acompañarme. Me dolió tu reacción ante mi insistencia en traerte, creo que esa idea del divorcio se te ocurrió por tu temor a Limes. Una mujer enamorada iría hasta el fin del mundo con el hombre que ama. Tal vez hemos pasado demasiado tiempo separados. Intentaré componerlo.

Quise armar una frase, pero no pude. Solo lo dejé hablar. Aterrizamos sobre una pista rodeada de vegetación que terminaba donde me lo había imaginado: una unidad militar ubicada con mucha estrategia debido a la cercanía al territorio de la UNA. Por el tipo de vegetación y de suelo supuse que el mar estaría cerca.

Noté las miradas sorprendidas de los soldados que nos ayudaron a descender de la avioneta, cuando constataron mi presencia. Caminamos entre los muchos hombres uniformados y los vehículos militares que se desplegaban a cada lado. Nos detuvimos al llegar a lo que sería nuestra residencia mientras durara esa idea loca de William de tenerme a su lado. No dije ni una palabra desde que pisé aquel territorio, mi mente trataba de descifrar lo que aquello significaba. William no acostumbraba a tomar decisiones a la ligera, todo tendría una explicación. Me fijé también en su

actitud desde que el viaje inició. Me preguntaba: «¿será que sospecha de mi relación con Sebastián y por eso me ha traído consigo? —palidecí—, ¿me habría escuchado hablar la otra noche con Sebastián?». Me sorprendía, que de ser cierta mi suposición hubiese decidido mantener silencio al respecto, de ser así ¿cuándo estallaría? Me detuve al entrar en lo que sería nuestro dormitorio. Era amplio, de líneas muy rectas, sobrio, tenía lo indispensable y era cómodo. La pequeña casa también era similar a la habitación.

Tras mi largo silencio en la avioneta, William se había quedado mudo. Al darme cuenta que no tenía intenciones de hablar conmigo le pregunté:

—¿Aquí has vivido?

—Algunas veces —sopesó las palabras y se tomó un lapso para responder.

—¿Y cuánto permaneceremos en este sitio?

—No residiremos aquí toda la vida, si es lo que te preocupa. Estaremos lo necesario. ¿No te alegra estar a mi lado? Hemos sido un matrimonio muy distante, son más los días que hemos pasado separados. ¿Prefieres la calidez de una buena casa que la de mis brazos, aunque no sea en la opulencia?

—Prefiero no escucharte. Sabes que ésa no es la pregunta. Es la situación de guerra, el estar tan cerca del conflicto —evadí su interrogación.

—Corres más riesgo allá en la casa de mi familia.

—Pondré mis cosas en orden.

—Podrás apoyar en nuestra pequeña clínica —intentó convencerme.

—Claro, puedo hacerlo.

—¿No has desistido de la idea del divorcio? —indagó.

—No. Espero que recapacites y lleguemos a un acuerdo. Después de todo nos hemos llevado bien, podemos terminar en buenos términos.

—Eso no va a ocurrir. Si no tocas el tema para hablar de una reconciliación prefiero que te abstengas de hacerlo.

—Quiero el divorcio, pero no haré más grande el conflicto. Puedes buscar a tu amante, ya no me considero tu esposa. Te daré un tiempo para que lo asimiles y si no lo aceptas buscaré la forma de hacértelo entender —dije con firmeza.

—Duérmete un rato para que te tranquilices. Cuando despiertes ve a reconocer la propiedad y las cercanías para que te sientas en contexto. Tengo asuntos que atender y regresaré al anochecer. Ordenaré que te traigan comida —me dejó un beso en la frente.

«¿Y ahora? ¿Por qué nunca se me ocurrió aprender a pilotear una nave?», pensé. Juzgué que era la forma más rápida de huir, por tierra sería muy lento y peligroso. Al despertar y comer algo, salí a caminar mientras en mis manos sostenía aquel extraño medallón que Sebastián me había regalado y que colgaba de mi cuello. Me detuve un instante a la luz del atardecer e intenté adivinar qué animal, planta u objeto estaba representado en el mismo. Simulaba que el paso del tiempo lo había desgastado tanto que no se distinguía. Ya no insistí, no me importó descifrarlo, lo acaricié, lo llevé a mis labios y lo besé. Suspiré. En nuestra sociedad la infidelidad era una deshonra muy grande a nivel familiar. Sebastián y yo no podríamos mantener nuestra vida como la habíamos conocido. Terminaba de entenderlo, en este mundo no había cabida para lo nuestro a no ser que continuara oculto.

Tuve bastante tiempo para reflexionar. Seguir en la Sociedad Autocontrolada era anularme y exponerme a la tentación de Sebastián. Vivir en la UNA era ver el sueño de muchos destruido por Leila, pero al menos me quedaba de consuelo que un corazón tan grande y joven como el de Apolo, tenía mucho camino por recorrer. Había repudiado a la UNA, pero me encontraba sin salida. Nuestro amor tendría que esperar a encontrarse en otra vida, en otro mundo. Sebastián lo sabía, por eso no acababa de correr a mi lado y de huir a algún pedazo de cielo que pudiera guarecernos. Seguía aferrándose a mí como yo a él, pero sin buscar una solución. Me cansé de esperar a que su mente produjera un resultado sobrenatural. Solo tres veces mi cuerpo había sido recorrido por el verdadero amor y guardaría aquel recuerdo cada vez que la nostalgia de su piel se apoderara de mí. Estaría muy alerta, buscaría la oportunidad de escapar y Limes representaba la oportunidad más real que tenía desde que regresé de América Unida.

Me detuve y reparé en el cielo, era de un gris tan raro que me dio escalofríos. Un silencio inmenso se había apoderado del lugar. No había viento, pero se podían observar unas descargas eléctricas a lo lejos. Aún no había escuchado ningún trueno, pero no tardaría en ocurrir. Se avecinaba una tormenta. Regresé sobre mis pasos a toda prisa y antes de entrar a la casa unas gotas esporádicas me golpearon la piel. La puerta se cerró tras de mí. Percibí que William ya había llegado porque las cosas no estaban como yo las dejé. Me dirigí a la habitación y escuché la ducha del cuarto de baño. Encima de la cama había una caja rectangular grande con un lazo.

—Es para ti —me sobresaltó la voz de William a mis espaldas, ya había salido del baño.

—No debiste molestarte —desaté el lazo y levanté la tapa—. Es demasiado, ¿dónde lo usaría en este lugar?

—Te tengo una sorpresa que te va encantar. Tienes poco tiempo para estar lista.

Era un vestido largo, más allá de mi estatura, unos veinte centímetros. Me lo puse con los zapatos más altos que tenía luego de tomar un baño caliente. Al sentirlo sobre mi cuerpo puede comprobar lo que se sospechaba al verlo, era muy pesado. Era de un gris oscuro y estaba totalmente bordado en oro amarillo de un modo que no permitía quitarle los ojos de encima. William me ayudó a ponérmelo, era como una camisola que se ajustaba en el torso y caía tanto en las mangas como en la falda con una cola detrás. William intentó quitarme el collar que traía puesto, el que me había obsequiado Sebastián, argumentó:

—Este vestido no necesita joyas.

—No —insistí—. Lo ocultaré debajo de la tela. Es uno de los últimos regalos de mi madre y quiero tenerlo conmigo.

—Pensé que lo habías adquirido hacía poco tiempo —dudó.

—Lo encontré durante la temporada que estuve en casa de mi padre.

Cuando William me reveló que la sorpresa era viajar a Limes para acudir a la ópera, vi una buena oportunidad de huir desperdiciada. Aún no había tenido la oportunidad de fraguar un plan. Intenté convencerlo de ir otro día para tener más tiempo.

—¿Cómo iremos a la ciudad, por aire o tierra? —pregunté, aunque yo sabía de antemano la respuesta.

—En avioneta y del aeropuerto al teatro en auto —contestó.

—¿Has reparado en el cielo?

—¿Lo dices porque parece que va a llover? Eso no me preocupa, tenemos tiempo de llegar muy bien. Si al salir del teatro la tormenta ha arreciado, como imagino que será, nos quedamos en un apartamento que tenemos en la ciudad.

—Has pensado en todo. Prepararé nuestro equipaje para tener otra ropa para mañana —dije convencida de que ésta era mi oportunidad de huir.

—No hace falta, mandé a equipar el apartamento con lo necesario.

—De acuerdo, no se hable más, estaré lista en breve.

William no se movió de mi lado hasta que salí de su brazo. La travesía no fue tan agradable como me había prometido, aquel vestido lo hacía todo más difícil. No solo por lo pesado que era sino por el exceso de tela que se enredaba con todo a su paso, así como la dificultad para acomodarlo primero en el asiento de la avioneta y luego dentro del automóvil. Lo mismo sucedió con los asientos que tomamos en el palco que había reservado para nosotros.

Me dejé embriagar por la hermosa presentación del dúo de cantantes. Reconocí la canción antigua que tantas veces ya había escuchado. Cuando la mujer inició su parte, me dejé acariciar por la brisa de su voz que comenzó a revivir sentimientos lejanos de mi niñez. Pero cuando el tenor irrumpió con su interpretación algo se sacudió en mis entrañas, como un golpe seco. Ella era como el susurro de un viento manso; con él escuché las olas del mar romperse una y otra vez contra la roca. Me estremecí y una lágrima corrió por mi mejilla. Sebastián gritaba desde los rincones de mi alma. No pude más. Me levanté, William intentó retenerme:

—¿Te sientes bien? Déjame ayudarte —interpeló.

—Necesito acudir al baño. Me he emocionado hasta las lágrimas y deseo retocarme el maquillaje.

—¿Te acompaño?

—No, por favor. No quiero robarte un minuto del espectáculo.

Salí sin hacer ruido, me encaminé hacia uno de los amplios balcones que permanecían abiertos en uno de los pasillos. Necesitaba aire frío para salir de mi sofocación. Me recosté en el muro del balcón y parecía una escultura más de las que pendían a lo alto de las paredes externas del teatro. Dejé que una ráfaga del viento que soplaba por la tormenta, me pegara en el rostro para recobrar el aliento. Mi sufrimiento era más profundo porque luchaba contra mi decisión de irme lejos, aunque eso significara alejarme de Sebastián también. Escuché un trueno algo más cercano. El cielo se iluminaba por momentos, así que di unos pasos hacia atrás para huir de los relámpagos. Sentí una presencia detrás de mí y me volví con rapidez. Sus ojos, más intensos que la noche misma, me miraron sin perder la seriedad. Quise arrojarme a sus brazos, pero obedecí sus palabras:

—¡Corre! ¡Abandona el teatro y aléjate a toda prisa! Te alcanzaré con el auto —murmuró Sebastián.

31



Con una sonrisa me lancé a los escalones. Ni siquiera me dio tiempo a hilvanar las conjeturas que se apoderaron de mis pensamientos. Mi corazón comenzó a emanar borbotones de sangre frenética a todas mis venas, lo que despertó hasta la fibra más inmóvil de mi cuerpo. Caminé a toda prisa, terminé por quitarme los zapatos y tomarlos en una mano mientras me saltaba los peldaños de la gigantesca escalinata. Mi peinado terminó por deshacerse y mi cabello se batía al viento como la crin de un caballo salvaje. No podía borrar la sonrisa de mis labios. Los porteros, unos robots humanoides, me miraron fijamente mientras procesaban la información, al verme atravesar la puerta del teatro, con mis pies desnudos y el vestido subido hasta la rodilla en la parte delantera. Me liberé con cada paso de los impedimentos que me mantuvieron lejos de la vida que yo quería. Corrí por la calle, bajo el cielo nublado, sin mirar a atrás hasta que escuché un auto detenerse a mi costado. Cuando estuve dentro, Sebastián suspiró y aceleró.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté mientras recuperaba el aliento.

Señaló mi medallón y entendí que tendría un dispositivo que le había permitido localizarme.

—¿Tienes un plan? —inquirí.

—Ni siquiera lo pensé.

—Tenemos que alejarnos lo más posible de aquí.

—William tiene control de los aeropuertos. Montará vigilancia en los vuelos que salen de Limes y lugares cercanos. Iremos por mar, en una embarcación rápida.

—¿Has visto la tormenta que se avecina?

—Tienes razón. Por ahora, avancemos por tierra —resolvió Sebastián.

—¿Qué pensará William, sabrá que estamos juntos?

—No te atormentes con eso.

—Él ha estado muy extraño, creo que sospecha. La otra noche que hablamos…

—Concentrémonos en alejarnos de la capital de Limes lo más que podamos. Estamos juntos, eso tiene que solucionar todo. Empezaremos una nueva vida lejos, en algún sitio donde sea posible pasar desapercibidos y donde no tengamos que dar tantas explicaciones.

—Mi hogar eres tú, mi vida será donde estemos ambos —concluí.

—El mundo es inmenso. Verás que no podrán encontrarnos y habrá quien esté dispuesto a ayudarnos.

—Todavía no puedo creer que estemos haciendo esto.

—Ni yo tampoco. Apaga tu guía, yo ya hice lo mismo con la mía, pero antes háblale a tu padre. Dile que estás conmigo y que, aunque pase mucho tiempo sin que nos comuniquemos con él, estarás bien.

Mi padre gritó del otro lado mientras Sebastián y yo oímos aquellos alaridos a los que estábamos acostumbrados. Despotricó hasta que se quedó seco mientras yo le pedía sin éxito que prestara atención.

—Padre, la llamada se cortará rápido. Escucha —insistí.

—¡Han perdido la cordura! —continuó sus rugidos.

—Nos queremos, padre y… —comencé a decir y me interrumpió.

—Sabía que esto terminaría así, ¿pero, por qué no acudieron a mí? Debiste primero divorciarte de él y hacer las cosas como corresponde. Ahora eres una esposa que huye de su hogar —debatió el general.

—Lo intenté, pero no aceptó dejarme ir —admití y Sebastián que recién se enteraba de esta eventualidad se quedó concentrado mientras oía la conversación.

—William tendrá que aceptarlo —dijo mi padre—. Vengan para acá, les espero en mi casa. Me ocuparé de que esta vergonzosa situación quede resuelta.

—Padre, esto es asunto nuestro. Solo quiero que continúes con tu vida y que los trozos de esta historia no acaben robándote la felicidad.

—Habría buscado la manera de ayudarlos. ¿Dónde están? —preguntó papá.

—General, todo está bajo control. Perdóneme —intervino Sebastián.

—Muchacho —arguyó mi padre con la voz entrecortada—, cuídense.

Apagué mi guía y miré con seriedad a Sebastián. Nos sumimos en un instante de silencio, hasta que él puso un poco de música de aquélla que acostumbrábamos a oír cuando nos enamoramos.

—¿Te gusta aún? —inquirió con una sonrisa.

—Sí. —Le sonreí.

—¿Así que le pediste el divorcio a William? ¿Qué te respondió?

—Que no me dejaría ir. Creo que sospecha de nuestra relación.

—Vamos a tener que parar en algún sitio para hacer algunas compras —dijo y evadió mi respuesta—. Con ese vestido no pasaremos desapercibidos.

—Son cosas de William. Puedo decir lo mismo de tu uniforme. Creí que vendrías preparado con todo lo necesario. ¿Cuánto tiempo tardaste en planear esto?

—No lo vas a creer, pero fue un impulso que seguí, abandoné lo que estaba haciendo y aquí me tienes.

—Tendrás consecuencias por haber desertado y más sin avisar.

—Ya no importa. Mi carrera se estaba desplomando, el general Duarte dejó abierta una investigación en mi contra y tu padre no podía hacer nada. Quiero que no olvides el verdadero motivo por el que nos fuimos. No es porque William no quiera darte el divorcio. Tarde o temprano iban a descubrir que estuvimos involucrados con tu hermano. Hay evidencias que no pude cubrir.

—Entonces, ¿por qué Ademar King II no tomó represalias contra ti? —dije devorada por la intriga.

—No han encontrado algo sólido aún, supongo —se alzó de hombros.

—He dejado a mi padre en las fauces del lobo. Si hallan evidencia y no estamos tú y yo para responder desviarán su frustración hacia mi padre. —Sebastián no comentó nada, de seguro porque ya todo estaba dicho y yo tendría que vivir con las consecuencias de mis actos.

Antes de salir de la zona urbana y dirigirnos a la carretera, detuvo el auto ante una tienda. Se quitó la camisa del uniforme, donde se ostentaban cada uno de sus grados, antes de bajar del vehículo. Se quedó con una camiseta de mangas cortas de color verde deslavado, entró al establecimiento y no tardó mucho tiempo ahí. Adquirió algunas bebidas,

alimento empaquetado, frutas y un cambio de ropa para cada uno. Todo lo colocó dentro de la mochila que había traído consigo, excepto las ropas que me extendió para que me cambiara, así como unas botas. Antes de poner el automóvil en marcha me abrazó con fuerzas y en el calor de sus brazos sentí que todo estaría bien. Recosté unos segundos la cabeza sobre su hombro, con el rostro vuelto hacia su cuello, inspiré el aroma de su piel y me permití disfrutar aquel instante. Amé cada uno de sus caricias sobre mis cabellos enredados. Le tomé su mano y la besé.

Anduvimos dos horas más en la carretera y a la vez que avanzábamos nos introducíamos más en el temporal. La intención de Sebastián era aprovechar la zona costera para embarcarnos hacia el estrecho de Gibraltar y de ahí hacia el continente americano. Aunque le advertí sobre la tormenta, siguió afianzado a su plan, hasta que se cercioró que el estado del tiempo prohibía la navegación. Ante esto, decidió seguir en auto la ruta cercana al mar que fungía como división natural entre Limes y el territorio de la UNA, para así evitar las fronteras terrestres con otras ciudades de la Sociedad Autocontrolada. Bordearíamos parte de la costa del mar Mediterráneo hasta llegar al mar Atlántico, de ahí tomaríamos una embarcación para navegar hasta nuestro destino. Una vez en tierra viajaríamos al norte con la misma estrategia, bordear la frontera con la UNA hasta llegar al lugar que él consideraba el más idóneo para refugiarnos, una pequeña población perteneciente a América Unida, la ciudad-estado que tantos años había dirigido mi padre. Después que Sebastián puso de manifiesto el plan que recién acababa de trazar, le dije:

—Es un recorrido demasiado largo.

—Es la mejor forma de hacerlo sin pisar territorio de la UNA o atravesar tierras inhóspitas mientras el clima no mejore. En cuanto quiten las restricciones de navegación abandonamos la ruta y nos embarcamos de una vez —reafirmó sus planes A y B, recién decididos—. El mar es la vía más segura.

—Me encanta que digas la UNA y no el MAM como la mayoría de los habitantes de nuestra sociedad.

—Los que están en el poder conocen la denominación, pero se niegan a nombrarla, a darle estatus y a reconocer que están bien organizados.

—Y se empeñan en mantener a los habitantes de la Sociedad Autocontrolada sin información acerca de las naciones vecinas —añadí—. Con respecto a nuestro trayecto considero que podríamos viajar en auto en sentido opuesto al Atlántico, hacia la frontera terrestre con la UNA,

estamos más cerca. Se me hace más viable pedirles el permiso de paso por su suelo y trasladarnos por una de sus aerolíneas. Es permitido dentro del Tratado de Tolerancia —acerté, pero él no estuvo de acuerdo.

—No. Abandono mis deberes por ti, no por traición a mi nación. Si en la UNA descubren quien soy tendré problemas con ellos y para librarme me veré obligado a aceptar que he desertado del ejército si quiero salir vivo de allí. El Tratado de Tolerancia está vulnerable y nuestras relaciones con ellos no son muy pacíficas en este momento.

Un fuerte trueno se escuchó, la lluvia que había caído por escasos momentos se soltó con una repentina granizada sobre el techo del vehículo. Temí que un granizo enorme cayera tan fuerte que terminara con romper el parabrisas. Sebastián debió pensar lo mismo, por la mueca de enfado que hizo, pero no cambió la velocidad. Me abrigué con mis propios brazos y él extendió una mano para acariciarme el rostro. La tormenta arreció y nos detuvimos más adelante cuando encontramos la siguiente población. Buscó un lugar donde refugiarnos por un rato, dejó el auto protegido en el estacionamiento medio techado y nos introdujimos en la cafetería de veinticuatro horas.

Había pocos comensales y la mayoría se veía que al igual que nosotros se refugiaban de la tormenta. Como era de autoservicio elegimos lo que íbamos a comer y dejé a Sebastián pagando la cuenta mientras me dirigí al baño. Al salir, me acerqué a la mesa elegida por Sebastián. Mi bebida caliente me aguardaba. Me pidió que comiera algo. Aproveché que compartíamos un banco, me le acerqué y lo abracé con cariño.

—Tendrás que acostumbrarte a otro tipo de vida. Tengo algo de dinero en un chip sin registro, lo estiraremos lo más posible. Mantendremos un bajo perfil, nos conviene —me susurró.

—También tengo dinero, casi nunca gastaba mis ingresos, pero para usarlo tendría que encender mi guía. Sería estupendo si pudiéramos transferirlo a tu chip —dije.

—Eso no sería prudente.

—¿Crees que nos siguen?

—No lo dudo, pero al menos hoy puedes estar tranquila, el clima los detendrá.

—Al igual que a nosotros —le recordé.

Me silenció con un beso y luego me susurró:

—No te he visto tomar tu bebida, se enfriará.

Tomé la taza de té que él me volvía a acercar y accedí a beber de ella. Era muy tarde, los párpados se me cerraban aun con la taza en la mano. Sebastián me la quitó y la dejó sobre la mesa. Con suavidad recostó mi cabeza sobre su hombro y me pidió que me durmiera un rato. Pensé decirle que no podría dormir allí, pero me sentía tan cómoda cobijada por su cuerpo que me dejé vencer por el sueño.

Reaccioné medio desconcertada cuando Sebastián insistió en despertarme. No recordaba el instante en que me había quedado dormida. Tenía una mano de Sebastián sobre la boca y otra sobre mi cuerpo. Me hizo una seña para que comprendiera que debía hacer silencio. Me indicó que me levantara con disimulo. Vi que eran las cuatro de la mañana en un reloj del lugar. Sebastián ya estaba listo, incluso ya se había colocado el abrigo. Me indicó que observara por la ventana más próxima a nosotros hacia la calle. Por la misma que él había mirado insistentemente desde que habíamos llegado a la cafetería. Tres vehículos del ejército se acercaban a buen paso y pude verlos a pesar del fuerte torrencial que caía:

—Tenemos que irnos. ¿Estás lista? —susurró.

—¿Crees que es por nosotros? —No entendía nada. «¿Cómo nos encontraron tan rápido?», pensé—. A lo mejor es casualidad.

—Lo dudo —negó con la cabeza.

—Es que tantos vehículos persiguiéndonos es ridículo. Abandoné a mi esposo, pero no he cometido ningún delito. A no ser que hayan descubierto…

—Es hora de irnos —dijo cortante.

Salimos muy sigilosos por una puerta trasera y nos dirigimos al estacionamiento. Llegamos hasta el auto y lo encendimos. Mi temor inmediato era que nos vieran y nos persiguieran, pero Sebastián estaba muy calmado. Salimos a la planicie que estaba fuera de la cafetería, seguido se extendía la calle y hacia la izquierda la vía por la que se acercaban a toda prisa los vehículos. Sebastián condujo a baja velocidad, dobló a la derecha justo al salir del estacionamiento, continuó por la callecilla de atrás y con toda paciencia circundó el sitio que estábamos abandonando. Volvió a pasar por el frente de la entrada frontal de la cafetería solo para cerciorarse que no estaba equivocado y que sus sospechas no eran infundadas. Los soldados continuaban ahí, unos afuera y otros adentro. Después de avanzar unos cincuenta metros a la misma velocidad, Sebastián aceleró y salimos disparados hasta la carretera que nos sacaba de la zona urbana. Sus ojos estaban clavados en el espejo retrovisor.

—Tendremos que hacer un cambio de planes —avisó.
—¿Ya no iremos hacia el Atlántico?
—Sí, lo haremos. Ir por carretera es la mejor opción con este temporal, pero antes daremos unas vueltas con la intención de sembrar unas pistas falsas, para que nos busquen en otra dirección y alejarlos de nuestra ruta. Iremos en sentido contrario al Atlántico, como si nos dirigiésemos a la UNA y retomaremos nuestro plan original cuando les hayamos despistado.
—¿No prefieres nada más huir? —Trepidé.
—No es tan sencillo, amor. Cuando lleguemos a América Unida no quiero a nadie siguiéndonos el rastro.
—No entiendo cómo nos encontraron. ¿Cabe la posibilidad de que estemos medio paranoicos y los soldados estuviesen ahí por otra causa? ¿Se justifica que nos persigan así? —le pregunté.
—William es poderoso, utiliza su influencia para localizarnos —me alertó.
—Aseveras que él sabe que hui contigo. ¿Crees que sospechaba de nuestra relación?
—Te aseguro que nos buscaban a nosotros. Las compras que hice en la tienda y el consumo de la cafetería lo pagué con mi guía. Tenía que saber si él sospechaba que estabas conmigo.
—¿Y si solo te buscan a ti? Desertaste, eso te traerá implicaciones —esperé en vano algún comentario de su parte—. Fue una tontería que compraras en ese lugar, nos pusiste en peligro —le reclamé.
—Solo estamos abriendo el juego. Acostúmbrate a huir, a esconderte, a ser invisible. Así será nuestra vida de hoy en adelante y será nuestro medio de supervivencia. Haremos lo mismo unas tres o cuatro veces más en dirección opuesta a nuestro plan original.
—Suena divertido. —El tono irónico de mi voz y la falsa sonrisa que esbocé dejó entrever mi preocupación.
—No se me ocurre otra estrategia. Tal vez no debimos marcharnos, al menos no así. Si lo hubiésemos premeditado, habríamos fijado un refugio seguro y habríamos trasladado nuestro dinero a otras cuentas. Me demoré tanto en decidirme porque por más que me rompía la cabeza, no veía el camino a seguir sin sacrificar nuestra libertad.
—Mi padre sugirió que debí divorciarme primero.
—William nunca te hubiese dejado ir y menos para que te unieras a otro hombre quienquiera que fuese. Es cuestión de orgullo, de poder y

también de amor —dijo a su pesar.

—No creo que William sea nuestra mayor preocupación. Desertaste, tenías una investigación en tu contra y yo tengo toda una colección de motivos a mis espaldas —expresé.

—Y William se encargará de recordárselo a todos si logra atar los cabos sueltos.

—Somos libres, aunque tengamos que huir —le aseguré para que no se lamentara por lo perdido—. Siempre que podamos elegir por encima de las imposiciones de quien sea, siempre que podamos revelarnos, aunque sea escondiéndonos, seremos libres y eso nadie nos lo podrá quitar nunca.

Cuando la lluvia parecía ceder, Sebastián se esperanzaba y volvía a exasperarse al comprobar que aún no permitían la navegación. Cada tanto nos deteníamos en algún establecimiento y comprábamos algo, siempre con la guía de Sebastián. No andábamos en línea recta por temor a que nos emboscaran o para que no fuera demasiado obvio nuestro comportamiento y descubrieran nuestras intenciones. Ya casi caía la noche y temí pernoctar en la siguiente ciudad. No habría podido pegar la cabeza en la almohada sin temer que en la madrugada Sebastián me despertara para huir a toda prisa. No le compartí mi aprensión porque no ganaríamos nada con eso. Hicimos la última parada a las siete de la noche en una localidad cercana al mar. Nos protegimos de la lluvia con unos impermeables que habíamos comprado por el camino. La última pista que habíamos dejado estaba a tres horas de distancia. Sebastián estacionó el auto en una zona desde la que podíamos ver la enormidad de las olas del mar. Se le notaba fatigado después de tanto manejar. La noche anterior habíamos dormido poco, y él menos que yo porque había estado de vigilancia. Le pasé una mano por la frente cansada y sus párpados amenazaron con cerrarse.

—Busquemos donde pasar la noche y quedémonos a dormir. No puedo más —le dije por encima de mis miedos para tratar de convencerlo.

—No sería prudente —arguyó.

—¿En tu plan de última hora no fijaste los momentos en que reestableceríamos nuestras energías?

—En unas horas más. Sería maravilloso que tuvieras aquellas pastillas que una vez me diste, que no me dejaban dormirme.

—Deberíamos pasar a una farmacia para abastecernos, pero para eso tendría que encender mi guía para poder identificarme y acceder a ciertos medicamentos que no nos vendrían mal. Tal vez sería la última vez que la use, de todos modos, estás dejando las pistas.

—Podría ser… —El sueño ya no lo dejaba reaccionar.

Le pedí que se pasara al asiento del pasajero para que yo manejara un rato y accedió. Me lo había negado todo el recorrido, también necesitaba dormirme, pero sabía que era mejor que él estuviera descansado. Puse en marcha el vehículo y me fui. Manejé otras tres horas hasta que ya no pude más. Sebastián me había dejado claro que el piloto automático no convenía a nuestros planes, podríamos confiarnos y quedarnos dormidos y ser sorprendidos en plena autopista. Me salí de la carretera y oculté el auto detrás de unos inmuebles abandonados que en algún momento debieron fungir como bodegas. Intentó despertarse y le expliqué rápido donde estábamos para que se volviera a dormir. Me recosté en su hombro y me dormí también.

Reaccioné hacia las cinco de la madrugada, me pasé las manos por el rostro para espabilarme e intenté acomodar mi cabello en la trenza que había hecho el día anterior. No llovía ni se escuchaba el viento azotar sobre las ventanas del auto. Él había salido del automóvil, lo observé caminar de un lado a otro revisando el área. Quise incorporarme y me dolieron todos los músculos. Me puse de pie y me acerqué hasta él.

—Aquí podríamos vivir —dijo y sonrió.

—¿Descansaste? —pregunté.

—Sí. ¿Cómo descubriste este lugar?

—Lo vi desde la carretera.

—Ummm… —murmuró—. Entonces es hora de irnos. Cualquier otro puede tener la misma idea.

Hasta ese punto nuestro viaje parecía interminable, pero cada vez que lo veía conducir a mi lado me convencía que valía la pena: algunas veces risueño, otras pensativo, en su faceta de cantante, conversador, atrapado al pestañear al volante; en esas últimas era donde me correspondía convencerlo para que me dejara conducir y entonces tenía que poner todo mi esfuerzo para no desviarme de la carretera mientras le velaba el sueño. Aprovechaba cuando era un tramo solitario de la carretera, y él no lo notaba porque estaba dormido, para poner el piloto automático y recostarme un rato a su lado.

La comida ya se nos había agotado y necesitábamos reabastecernos. Tenía unas ganas inmensas de darme una ducha, pero solo nos conformábamos con pararnos en alguna cafetería solitaria, bajar al baño a orinar, tirarnos un poco de agua en la cara para refrescarnos, asearnos

como fuera que pudiéramos, recargar el auto, comprar alimentos y sembrar pistas.

Ya no aguantaba mi cabello pegajoso y el escozor que me recorría el cuero cabelludo. Mi cuerpo estaba engarrotado en varias secciones debido a la posición dentro del auto, las venas de las piernas comenzaban a dolerme, mis uñas eran un desastre y mis pies dentro de aquellas botas ya eran una calamidad. Había consumido varios paquetitos de toallitas húmedas para tratar de mantener mi cuerpo fresco y me había cepillado algunas veces los dientes a través de la ventana del auto, ya que Sebastián se negaba a detener aquel viaje en zigzag salvo que fuera una necesidad. Su formación en el ejército lo había preparado para esto, pero de seguro también estaba agotado, sobre todo por el constante estado de alerta que mantenía. Su barba recién salida le daba un aspecto diferente, como si se quisiese liberar de su coraza de acero. Saberlo a mi lado me hacía respirar y aguantar. A pesar de mi incomodidad no le expresé mi agotamiento, pero él lo sabía e intentaba estirar mi tolerancia al máximo para apegarse a su plan. Cuando mi cuerpo ya estaba fatal y me había cambiado mil veces de posición para que se desentumieran mis músculos, Sebastián abrió la boca para decir algo y yo me adelante:

—¿Dejaremos otras pistas? —indagué desesperada.

—No me mires así —me pidió y me abrazó para desviar mi mirada—. ¿Qué quieres hacer? Dímelo de una vez. No puedo resistir esa expresión tuya demandándome algo.

—Regresemos a nuestro plan original, el tiempo mejoró y ya podríamos navegar. Deseo llegar al puerto y embarcarnos a nuestro destino. ¿No es suficiente todo lo que hemos hecho?

—Nunca es suficiente, pero ya es muy peligroso. En cualquier ciudad que arribemos en la dirección que llevamos nos pueden emboscar.

—Disculpa, ¿qué ibas a decir cuando te interrumpí?

—Que nos estamos acercando a una frontera por tierra con la UNA. Es hora de cómo dices volver a nuestro plan original. Tendremos que dar muchas vueltas para llegar a un puerto seguro sin pasar por alguno de los lugares que ya hemos recorrido. Ahora el dinero que utilizaremos será el que traigo en un chip sin registro, pero lo ahorraremos con eficiencia porque es todo lo que tendremos por un tiempo. Solo lo usaremos para necesidades del auto, comprar agua y algún alimento. Nos turnaremos para conducir y descansar, sin el piloto automático. —Hizo hincapié en esto último y me di cuenta que no lo había engañado.

Él estaba seguro que mientras más avanzáramos y nos escurriéramos entre las múltiples zonas urbanas en que estaba dividida Limes, más lejos estarían de nosotros. Sin avisarme, se detuvo ante un pequeño hotel a las afueras de una población colindante con la UNA. Eran las siete de la mañana.

—¿Estás seguro? —rogué para mis adentros que no se arrepintiera.

—Ya no puedes más. Nos quedaremos unas horas, lo suficiente para que tomemos un baño, comamos y durmamos un poco. Nos iremos al anochecer.

No dije nada, pero mi semblante reflejaba el alivio que representaba poder dormir en una cama, usar toallas recién lavadas y agua caliente. Corrí hacia el baño y Sebastián supo que tendría que esperar buen rato hasta que yo saliera. Sentí el chorro tibio como una bendición sobre mi piel maltratada y casi me quedo dormida de pie. Cuando salí le escuché mencionar:

—Sí que te hacía falta un baño, ya te vuelvo a reconocer. —Se reía de mí.

—Tú no te quedas atrás. —Me percaté que ya estaba listo para meterse a bañar, así que le sugerí—: No te rasures, me gusta como te ves.

Tiró la máquina de afeitar sobre la cama con una sonrisa, quiso acercase para besarme y con el dedo índice le señalé en dirección del cuarto de baño sin dejar de sonreír. Antes de ir a ducharse me pidió:

—No tienes que esperarme, come.

—Aguardaré por ti.

—Come y métete a la cama, no pierdas un minuto. Tenemos que descansar lo más posible. No estaremos mucho tiempo.

Agradecí la comida casera y el olor a limpio de las sábanas, aunque con el cansancio que tenía, habría agradecido acostarme en lo que fuera que me permitiera yacer horizontal con los brazos y las piernas estirados. Me sentía tan feliz por tenerlo a mi lado, que imaginé que no podría dormir aquella noche. Ni todo el cansancio del mundo me obligaría a cerrar los ojos. Le velaría el sueño hasta convencerme que lo que vivía era real. Lo esperé debajo de la sedosidad de las sábanas, embriagada por el olor a algodón. Lo vi salir del baño, medio envuelto en la toalla, con el torso desnudo. Él terminó de comer mientras acechaba por la ventana cada movimiento en el exterior del edificio. Era lo que más me seducía de él, que mientras lo desvestía con el pensamiento, él seguía ajeno a mi descaro, con un toque de inocencia en la mirada, inmerso en su papel. Le pedí que

se acercara. Le recorrí la mejilla con la yema del dedo índice hasta llegar a sus labios, cerró los ojos cuando le acaricié el cuello y deslicé la mano hasta su cintura. Lo atraje con suavidad hacia mí.

Cuando se deslizó debajo de la sábana y sentí el calor de su piel, terminé de perder el sueño que me quedaba. Nos miramos y pude comprobar en sus ojos que jamás volvería a amar así. Tuve ganas de hacerle mil juramentos, pero me abstuve. Si en el pasado yo hubiese tomado otras decisiones, no tendríamos que huir y escondernos. No dejé que aquel recuerdo me nublara la visión de su rostro aún salpicado por unas gotitas. La agonía por nuestra pérdida me hizo desearlo con más fuerza. Me concentré en sentir su cuerpo, más delicioso aún porque estaba fresco y húmedo. Acallé el murmullo de mi conciencia para permitir que su imagen, su olor, su voz y su piel ocuparan todos mis sentidos y me robaran la razón una vez más. Cuando nuestros cuerpos hicieron fricción y fuimos puro instinto, me sentí flotar. Se estimuló hasta mi célula más perezosa. Con él era capaz de atreverme a traspasar mis límites como amante. Nos desinhibimos por completo, como si con cada intento nos hiciéramos expertos en las zonas más sensibles de cada uno. Reímos de placer y sentimos tanto, que olvidamos todo lo que quedó fuera de la habitación.

Ni siquiera recuerdo cuando me quedé dormida, ni lo que soñé aquellas horas. Cuando abrí los ojos había anochecido, Sebastián también había dormido porque vi a mi lado la huella del peso su cuerpo sobre el colchón. Había abandonado la cama y estaba colocándose la ropa más limpia que tenía.

—No me despertaste —reproché.

—Habría sido un crimen —aseguró.

—¿Qué hora es?

—Diez de la noche, no sé cómo puedes dormir tanto.

—Ni yo, ¿crees que sería prudente buscar un sitio donde lavar la ropa?

—Sería más «prudente» comprar nueva —rio a carcajadas burlándose de mi utilización de la prudencia en el diálogo—. Paz, hemos perdido tres horas, debimos salir a las siete. Vamos de una vez, no se te va a caer la piel por aguantar la ropa sucia un día más.

—¿Y lo de comprar nueva? —insistí.

—Será en la siguiente parada. Estamos retrasados.

—¿Crees que siguen detrás de nuestro rastro?

—Siguen la orden de un marido celoso, ¿por qué no lo harían?

Comencé a vestirme a toda prisa, él tenía listo el equipaje. Encima de la mesa había un plato de sopa. Ya había cenado. Toqué el borde del plato y vi que aún estaba tibio. Tomé la cuchara y la llevé a mis labios. Tres cucharadas, cuatro, cinco y la impaciencia de Sebastián me hacía apresurarme. Intenté dejarla y ponerme de pie, pero insistió en que me la terminara y se disculpó por apurarme. Me introduje una y otra vez la cuchara en la boca para finalizar. Sonrió e insistió en ayudarme a comer. Cerré los labios, mientras luchaba contra una carcajada que quería escapárseme. Terminé al fin. Él se levantó y me alzó en sus brazos hasta llegar a la salida. Me besó acercándome a la puerta y se volvió para regresar por su mochila. Me tomó de la mano para salir y cuando la puerta iba a acceder a abrirse, la cerró con brusquedad. Lo miré asustada y murmuré:

—¿Qué ocurre?

Puso un dedo sobre sus labios para indicarme que no hablara. Se acercó con sutileza a la ventana y su alegría se desdibujó del rostro mientras mi corazón se aceleraba. Sin pensarlo dos veces, me pidió que lo siguiera hacia la puerta y colocó el oído para escuchar si había alguien en el corredor. Intenté aquietar mi corazón que se exaltó aún más. Una granada entró en ese momento por la ventana y una ráfaga de disparos le siguió. Salimos por la puerta mientras la granada estallaba. Sebastián intentó protegerme con su cuerpo para que los fragmentos desprendidos no me lesionaran, pero no fue suficiente, uno me alcanzó. Él estaba tan ocupado con nuestra fuga que no lo atormenté con el ramalazo de dolor que se extendía por todo mi cuerpo. La herida tenía vida propia, latía. Respiré hondo y avancé. Aún aturdida con la audición medio difusa, me enfoqué en escapar.

En el pasillo nos emboscaron unos soldados. Sebastián luchó contra los que aparecieron a nuestro paso. De la nada apareció otro hombre e intentó retenerme a la fuerza. Me sujetó con fuerza por la solapa de mi suéter y me tiró hacia sí. Sebastián se giró en mi dirección sin poder deshacerse de los tres individuos que tenía encima. Traté de tranquilizarlo con una mirada de suficiencia. Agradecí por la rudeza con que me habían tratado mis entrenadores y le asesté un fuerte puñetazo en la mandíbula a mi atacante. Se desestabilizó y aproveché para patearlo en el estómago con violencia. El esfuerzo hizo que se agudizara el dolor de mi costado y que se mezclara con la fatiga que amenazó con echarme al suelo. Me llené de fuerza para correr a ayudar a Sebastián, pero cuando me aproximé a él ya se había librado de sus adversarios. Nos lanzamos escaleras a abajo. Llegamos a la planta inferior y fue cuando se percató que yo estaba herida en un costado.

Me colocó la mano sobre la herida. Tomó unas toallas blancas que encontramos en el camino y las apretó contra la lesión. Me suplicó:

—No dejes de presionarla.

Avanzamos, buscamos la salida trasera del personal de servicio. Al llegar, se asomó con cautela y se percató que estábamos sitiados. Me desesperé y me besó la frente para infundirme confianza. Pensó un minuto y recurvamos hacia el estacionamiento que al inicio nos había parecido la vía de escape menos idónea. Nuestro auto estaba fuera de nuestro alcance. Justo en la puerta permanecían enfiladas varias motos, me subió a una y se colocó detrás de mí:

—Tienes que mantener la cabeza gacha —me ordenó.

—¿Qué vas a hacer? ¿Saldrás como loco delante de todos esos guardias? Nos van a matar —no hablé alto pero el terror podía escucharse en mi voz con claridad.

—Resiste y sujétate con fuerza. William no puede matarnos, no estamos cometiendo ningún delito que merezca la muerte. No tendrá una explicación que dar sobre esto.

—Tal vez descubrieron que tuvimos que ver en lo de Apolo y Dafne —dije.

—Eso… —recordó Sebastián y se lamentó—. Aunque así fuera nos querrían vivos para la investigación —afirmó.

—Él es muy poderoso.

—Tu padre también.

—Nuestros actos podrían perjudicar a papá, podrían degradarlo y así no podrá ayudarnos. Peor aún si lo detienen porque creen que colaboró con nosotros. No me perdonaré si lo lastiman.

—William no se arriesgará sin un juicio y sus guardias no llegarán tan lejos. Huir a toda prisa es nuestra única oportunidad, solo dispararán a herir. Tienen órdenes de capturarnos vivos.

—¿Cómo puedes estar seguro? —grité histérica—. ¿Y la granada, los disparos? ¡Él tiene que haber dado la orden!

—Eso lo hizo para sacarnos de la habitación y para asustarnos. Quiere que sepamos con quien nos metemos.

—¡No lo creo! Tú desertaste del ejército, pueden considerarte un traidor y yo tengo una lista enorme de…

—¡Cree en mí! —su grito me hizo sacar el valor de alguna parte, esconder la cabeza lo más posible y confiar.

Comprobó que la moto tenía suficiente carga para andar por unas horas, me cubrió con su cuerpo y la encendió. Salimos a toda prisa en una lluvia de disparos. Sentí un impacto de bala quemarme en una pierna, otro en un brazo, mientras otras balas pasaban sibilantes cerca de mi piel sin siquiera rozarme. Mi escudo era el cuerpo de Sebastián sin chaleco antibalas. Sacó su arma e intentó cubrirnos mientras manejaba con una mano. Recordaba todo mi entrenamiento con Max, pero era muy distinto un simulacro a la realidad. Respiré. Mi pánico le dio paso al deseo de sobrevivir y de luchar. Elevé mis manos hacia el volante y le dije a Sebastián:

—Yo conduzco.

Él se giró levemente para tener mejor visibilidad de los atacantes, pero sin dejar de cubrir mi cuerpo con el suyo, hasta que lo convencí que la mejor forma de protegerme era que trabajáramos sincronizados. Aguanté con los dientes apretados el dolor de mis heridas mientras aceleré el paso. Salimos del perímetro del hotel hacia la calle. Escuché a los autos seguirnos. Pensé por un minuto que, si las balas no nos ocasionaban la muerte, en cualquier momento saldríamos disparados sobre el asfalto de la carretera. Sebastián mencionó algo en un par de ocasiones, pero no alcancé a comprenderle, me limité a intentar alejar la moto de los autos que pretendían acorralarnos. Veinte minutos después me sentí mareada, las fuerzas comenzaron a fallarme y por momentos la vista se me nublaba. Sebastián se percató de ello y se apoderó del manubrio. Tuve un flashazo de oscuridad y de silencio. Me sostuvo a tiempo y comenzó a bajar la velocidad para poder controlar la moto con una sola mano. Intenté resistirme, respiré profundo con todas mis fuerzas para recuperar el control sobre mí. Recuperé la visión y le pedí que me soltara.

—¡Baja la cabeza! —gritó.

Reparé en el brazo que utilizaba para conducir como vibraba por el exceso de velocidad, lo que lo obligó a bajarla de nuevo. Se me volvió a nublar la visión, hice otro esfuerzo por recuperar el sentido y volví a respirar lento. Pude escuchar como los autos que nos seguían estaban cada vez más cerca de nosotros. Uno a cada lado intentaba rebasarnos y ya no supe más, perdí el conocimiento.

Cuando recuperé la conciencia aún estábamos en la motocicleta y muy lejos de las luces de la ciudad. Continuábamos en marcha por un terreno

agreste con árboles que nos salían al paso y que Sebastián esquivaba antes de terminar estampados en ellos. Nadie nos seguía. Nos detuvimos a las orillas de un río.

—¿Cómo pudimos escapar? —pregunté entre mi desconcierto y mi debilidad.

—No hables ahora, vamos a revisar tus heridas.

Sebastián me ayudó a bajarme de la motocicleta y noté su agotamiento. Hacía un intento por mantenerse de pie. Me acerqué a la luz de la motocicleta, me quité la blusa y la dejé sobre el manubrio de la moto. Pude percatarme que mi herida del costado, no era tan profunda, pero sí extensa y no dejaba de sangrar. Tenía diminutos pedazos de madera incrustados alrededor. Algo debía haber salido disparado por el impacto de la granada y me había lesionado. Reparé en mi brazo empapado en sangre que tenía un impacto de bala en la parte superior, casi no lo podía mover, la bala había atravesado el tejido y había salido por el frente. La sangre oscura en medio de la noche no parecía roja. Mi pierna era la que había salido mejor, tenía solo una rozadura. El dolor de mis heridas superiores era insoportable. Lo que me hacía no estar tan consciente del tormento, era la cantidad de sangre que había perdido y la fatiga. Reparé en Sebastián y su camisa ensangrentada, tenía múltiples rasguños de bala en los brazos, hombros y piernas. Su herida más profunda estaba en uno de sus hombros en la parte posterior, en el brazo que había utilizado para sostenerme. Acerqué con mucho trabajo mis labios a los suyos y luego presa del pánico comencé a llorar. Me habría derrumbado sin fuerzas sobre el suelo, pero él me sostuvo con firmeza junto a su pecho.

Me dejé conducir por él hacia el río, me lavó la cara e intentó limpiarme sin éxito el exceso de sangre. Tomó su camisa agujereada, la cortó en pedazos e hizo unas vendas improvisadas para nuestras heridas más grandes. Me dejó sentada a la orilla del río, con mis heridas vendadas y me vistió el torso con mi suéter. Se enjuagó sus lesiones, se vendó y se cubrió con su abrigo. Tal vez su coraje era la anestesia para su dolor físico porque en ningún momento dio muestras de sufrir.

—¿Qué pasó con los que nos perseguían? —titubeé con mucho frío.

—Logramos dejarlos atrás.

—Pero ¿cómo? Casi nos acorralaron.

—Te aseguré que no estaban dispuestos a matarnos. De lo contrario no hubiésemos corrido con tanta suerte. Me salí de la carretera y fue más fácil escabullirnos hasta este paraje que colinda con tierras inhóspitas. No

pudieron seguirnos el paso. Ya no pienses en eso, recuperemos un poco las fuerzas y sigamos.

—¿Ya no estás apurado? —Aún temblaba.

—Por supuesto. Solo que estoy pensando hacia dónde dirigirnos y qué hacer. Todavía tengo el dinero. Necesitamos medicinas, vendas, ropa limpia sin agujeros para que podamos avanzar sin que nuestra apariencia nos delate.

—Necesitamos ir a un hospital. —Comencé a temer que había perdido más sangre de la que creía.

—Podríamos ir ahora mismo, pero si lo hacemos tendremos que renunciar a huir. ¿Crees que puedes resistir?

—Lo haré. —Trataba de llenarme de fortaleza para no decaer—. Me urge parar la hemorragia de mi costado y de mi brazo. La venda de tu camisa no sé cuánto tiempo aguante.

Sebastián ahogó las ganas de gritar en una patada sobre el suelo. Su rostro pasó de la esperanza a la resignación en segundos y espetó enojado:

—Tengo que aceptar la realidad. No podremos llegar al Atlántico hasta que te recuperes.

—También necesitas atención médica. Esa moto será reportada como robada y comenzará a darnos problemas.

Se dejó caer a mi lado y se cubrió la cabeza con los brazos. No tuve fuerzas para aportar alguna idea que nos devolviera al plan original. Me quedé embotada un rato más. Pasaron unos minutos, tomó mi blusa y la apretó contra mi herida que sangraba más.

—Vamos, salgamos. Falta mucho para que amanezca y el olor de la sangre puede atraer a algún animal —me susurró.

—¿Cuál es tu plan ahora?

—No lo sé —dijo atormentado.

Con trabajo volví a subirme a la motocicleta y me abracé a su cuerpo. Él puso el motor en marcha y con sigilo nos reinsertamos a la civilización. La madrugada comenzaba a aparecer mientras nos escabullíamos lejos de la ciudad por carreteras olvidadas.

La moto zigzagueaba entre algunas curvas de la carretera con un ritmo constante, Sebastián había retomado su prisa por llegar a su destino. Me sentía débil y con mucho dolor, casi abatida detrás de él. Me sujetaba a su espalda con el brazo sano mientras el otro permanecía adormecido sobre mi regazo. Llegó el amanecer y continuamos. Un frenazo inesperado me hizo salir de mi letanía, Sebastián aparcó la moto y se bajó de ella. Me

ayudó a descender y sentí terrible que tuviera que llevarme a rastras cuando él también sufría por sus propias heridas.

Dos hombres armados nos cerraron el paso, hablaron por su guía y pidieron refuerzos. No sabían si socorrernos o temernos, pero cuando se percataron que no era una emboscada y que no podríamos hacerles daño nos permitieron hablar. Miré hacia delante y me percaté dónde estábamos, era una de las tantas garitas que daba acceso a la UNA. Trastabillé e intenté retroceder, pero Sebastián me retuvo por el brazo.

—Pedimos el derecho de tránsito —informó Sebastián a los guardias y recitó uno de los tantos artículos del Tratado de Tolerancia.

—Identifíquense. ¿Quiénes son? ¿Por qué huyen? —mencionó uno de ellos.

—Soy sobrina de la representante de América Libre, Leila Salvat y la información que me pide no se la puedo dar, es confidencial —pude decir con mi último aliento.

Nos subieron a un vehículo y nos sacaron de ahí a toda prisa. Le apreté la mano a Sebastián y le pedí que no se apartara de mí ni siquiera un minuto. Temía que cuando supieran su nombre no tuvieran clemencia con él.

Había heredado este mundo divido en dos y no sabía qué hacer con el legado. Seguía analizando las dos opciones, sin atreverme a elegir, sin aceptar lo que mi sentido común me gritaba, que la opción que no me ofrecieron era la que más necesitaba.

32



Cuando abrí los ojos me encontraba en una camilla de hospital y me conducían a toda prisa. Sebastián caminaba a mi lado mientras discutía con el médico que le decía que no podía acompañarme e intentaba convencerlo para que se atendiera sus lesiones. En algún momento perdí el conocimiento…

Abrí los ojos a la par e intenté incorporarme. El dolor me pegó como una ráfaga, primero en el hombro y luego en el costado. Volví a recostarme. Reposaba en una cama de hospital, en una habitación blanca. Sebastián aguardaba sentado en un sillón cerca de mí, vestía una muda de ropa limpia y sus heridas estaban vendadas. Se cubría el rostro con sus manos y permanecía inclinado sobre su regazo, abatido por el cansancio. Admiré por un instante la curva perfecta de su silueta que se extendía desde el cuello hacia su espalda. Suspiré con temor por lo que vendría y él se sobresaltó. Mientras Sebastián se incorporaba, me preguntaba si la idea de acudir a la UNA había sido acertada. Desconocía si estábamos a salvo. No me le abalancé con mis interrogantes, esperé a escuchar lo que tendría que decirme. Abandonó la silla y se sentó en el borde de la cama. Mientras intentaba acomodarme una almohada detrás de la cabeza, susurró:

—¿Cómo te sientes? —Asentí por toda respuesta—. ¿Tienes dolor? ¿Llamo al médico? —intentó ponerse de pie y lo detuve antes de hacerlo.

—¿Tú cómo estás? —pregunté.

—Lo mío fueron solo rozaduras, sanarán con rapidez. No te negaré que estoy preocupado por ti y por nuestra seguridad en este lugar, pero no teníamos otra solución.

—¿Dónde estamos?

—No lejos de la frontera, es una especie de hospital militar. En la puerta permanecen unos guardias, pero me han tratado con gentileza. En las diecisiete horas que llevamos aquí, he salido en dos ocasiones de esta habitación, he vuelto a entrar y nadie me ha seguido o detenido.

—¿Diecisiete?

—O más.

—¿Y solo has dormido en esa silla?

—Me ofrecieron otra habitación, pero no me arriesgué a separarme de ti. —Me besó la frente—. Dijeron que corroborarían tu historia —carraspeó—, ésa de que eres sobrina de una de las cinco líderes más importantes de la UNA. Imagino que si el parentesco es real gozarás de alguna indulgencia.

—Lo comprobarán, salvo que Leila me desconozca en represalia a mi desobediencia a sus órdenes. Preferiría no hablar de ese asunto…

—Concuerdo contigo —dijo Sebastián, quien se percató de mi insinuación. No sabíamos hasta qué punto lo que mencionábamos en aquel recinto quedaría entre los dos.

—¿Qué tienes en el brazo? —inquirí al ver que en la muñeca contraria a la guía tenía una especie de brazalete.

Reparé en mi brazo y comprobé lo que era. Yo tenía uno similar. Era una pulsera que se adhería a la piel como si fuera un parche, se mimetizaba al punto de parecer un tatuaje. Tenía nuestros nombres escritos. Intenté quitármelo, pero no pude.

—Lo tienen los demás pacientes también, es para identificarnos —mencionó, pero me dio desconfianza. Demasiado sofisticado para dicho fin. Él también pensaba lo mismo, lo noté en su mirada.

—¿No te han seguido o no ha sido necesario? —Continué intentando despegar el brazalete de mi piel sin éxito—. Duerme un rato, al menos tírate en ese sofá. Estaré despierta. Te llamaré de ser preciso —le sugerí.

Aceptó porque con honestidad ya no podía más. Se durmió con tanta profundidad que ni siquiera se espabiló cuando arribó el médico a la habitación. El recién llegado, al contemplar a Sebastián rendido habló conmigo en voz baja. Me hizo una revisión de rutina mientras intercambiábamos escasas palabras. Me recomendó continuar descansando,

me susurró que sería mejor dejar reposar a Sebastián y se fue. Aunque mi intención era cumplirle lo que le aseguré a Sebastián, me acomodé cada vez más y el sueño amenazó con apoderarse de mis párpados. Quería resistir unas cinco horas mínimo para darle chance a reponerse. Aguanté unas dos o tres horas, algunos pensamientos persistían en mantenerme ocupada. Uno que otro pestañazo me atrapaba y de nuevo me enfrascaba en la ardua labor consciente de mi mente. Podría culpar al cansancio, incluso con las tantas horas que, según Sebastián, yo había dormido. Igual podía responsabilizar a los medicamentos que me suministraban por vía intravenosa de lenta incorporación. Me dejé vencer y olvidé contar las horas que ambos bajamos la guardia.

Un ruido de pasos y murmullo del otro lado de la puerta nos hizo recobrarnos y despabilarnos. Intenté disimular que no dormitaba mientras Sebastián sin fijarse en ello, se ponía de pie de un brinco. La persona que ingresó por la puerta era la que menos nos imaginamos en ese instante. Apolo entró con su mirada sonriente y se abalanzó hacia Sebastián, al que sorprendió con un efusivo abrazo. Era un cuadro perfecto, el que observé embelesada. La coraza de Sebastián se terminó de resquebrajar con el caluroso saludo de mi hermano. Esperé con ansias mi turno, deleitada con las sonrisas de aquellos dos hombres que amaba. Apolo se me acercó y me besó en la mejilla, con temor de dañarme si me estrechaba entre sus brazos:

—Venus quería estar aquí, pero yo estaba más cerca —dijo—. Ella está del otro lado del Atlántico.

Miré de reojo a Sebastián, quien no se inquietó al escuchar el nombre de mi madre. Intuí que ya lo sabía, que ella estaba viva. Deseaba averiguar si lo supo antes o después de llevarme al cementerio y consolarme por su deceso ficticio. Apolo besó mi mejilla y descargó todos sus deseos de abrazarme con efusión en aquel beso. Me susurró:

—Aún no lo puedo creer. Se me erizaron los vellos del cuerpo cuando recibí la llamada y me dijeron que estaban aquí —Apolo continuó—. Me asusté bastante cuando me informaron que estaban heridos y que Paz requirió una transfusión de sangre. Al llegar y entrevistarme con el médico me tranquilizó, me aseguró que ya pasó el peligro. Necesitan medicamentos y reposo, pero ambos se restablecerán. ¿Qué los trajo aquí en ese estado? ¿Por qué solicitan permiso de tránsito? ¿De qué escapaban? ¿Quién les disparó?

—Son muchas preguntas, Apolo —revelé.

—Estamos aquí por cuestiones personales, ya no pudimos seguir separados —intervino Sebastián—. Queremos buscar un lugar donde podamos estar tranquilos. Pedimos atravesar por la UNA por el estado de Paz, era imposible tomar el camino largo mientras se desangraba.

—Por supuesto que tienen mi hospitalidad, insisto en recibirlos en mi casa todo el tiempo que así lo necesiten. Todavía no entiendo, ¿por qué los intentaron acribillar a balazos y menos comprendo el impacto de granada en el costado de mi hermana? —Sus ojos brillaron más al llamarme por el vínculo que nos unía—. A pesar de las reglas extrañas que circulan en la nación vecina, no se persiguen a las personas que cometen infidelidad.

—No tuvimos tiempo de preguntarles sus razones —intentó bromear Sebastián.

—¿Crees que tengan más información acerca de ustedes y su relación con…? —comenzó a decir Apolo para referirse a mi relación con la UNA y la ayuda brindada por Sebastián, pero no pudo terminar.

—No lo dudo —lo interrumpió Sebastián ávido de silencio, con la resolución de evitar que otros escucharan nuestra conversación.

Apolo se quedó callado unos minutos como si se sincronizara con los pensamientos de Sebastián. Me recordó mi otrora guía. Dejó de lado lo referente al motivo de nuestra huida y se concentró en el lazo que nos conectaba. No pude evitar lanzarle todas las dudas que me embargaban cuando me volvió a llamar hermana:

—¿Desde cuándo lo sabías? —No hizo falta ser más obvia, Apolo comprendió a lo que se refería.

—Siempre —mencionó y noté su renuencia a profundizar en el tema. No era por el mismo motivo de Sebastián, por no considerar conveniente hablar de ello en aquel lugar. En Apolo se notaba que aquel secreto le había producido una herida con la que aún lidiaba.

—Hay tantas preguntas que me vienen a la cabeza que no encontraría el orden preciso de darles prioridad —dije—. ¿Por qué nunca supe de ti? ¿Quién es tu padre? ¿Por qué creciste lejos?

—Tienes razón, son demasiadas. Te responderé con mucho gusto, pero no ahora. Tengo que preparar nuestra partida, Venus está impaciente porque te lleve a su lado —insistió Apolo.

—Es que me acuerdo de la primera vez que te vi y aún no puedo creer que tengamos un parentesco tan cercano. Recuerdo con exactitud mi sensación al estar por primera vez ante tu presencia, captaste de inmediato mi atención y no sabía por qué —reflexioné en voz alta.

—Ese día tenía muchas ganas de decírtelo, pero ya estabas lo suficiente asustada como para inquietarte más. No sé cómo pude guardármelo —reconoció Apolo.

—Cuando acudiste a mí con tu plan de rescate, de manera inconsciente lo sospechaba —le indiqué a mi hermano—. Creo que ese lazo invisible a los ojos, pero latente en mi pecho no me permitió dejarte solo.

—Nunca dudé que me apoyarías, para mí siempre has estado cercana a mi corazón. —Me besó en la frente y se puso de pie—. Hablaré con el médico para acelerar nuestro viaje.

—Solo en una cosa te fallé —le dije—. No pudimos traer a tu hija, ni siquiera sabíamos que huiríamos y menos que terminaríamos aquí.

—Tranquila —dijo Apolo.

Sebastián se sobresaltó al escuchar que la niña que había prometido llevar hacia la UNA era hija de mi hermano, pero por respeto no manifestó su asombro.

—¿Crees que nos dejen partir tan fácil? ¿Nos permitirán adentrarnos más en el territorio sin más preguntas e investigaciones? —inquirí.

—Hasta hoy solo tú te has atrevido a ignorar los deseos de Leila. Ella quiere que regreses. No lo hace por ti, ni por mí, es por Venus, pero lo importante es que tenemos su resguardo —me respondió Apolo.

—Pues no hagamos esperar a nuestra madre —dije sin mencionar que Apolo también había ignorado la orden de Leila, cuando pasó por alto la resolución de la mandataria de abandonar a Dafne a su suerte.

Apolo dejó de sonreír cuando reparó en el brazalete que tenía Sebastián en la muñeca. Se acercó hacia mí y me descubrió el brazo que permanecía oculto bajo la sábana. Salió de la habitación lleno de furia mientras Sebastián y yo nos miramos sin decir una palabra. Aguardamos con el corazón latiendo descontrolado hasta que regresó. La sonrisa de sus ojos estaba ausente.

—Todo se arreglará cuando lleguemos a América Libre —fue todo lo que mencionó.

Unas horas después me rehusé a subir a la camilla que trajeron para trasladarme al avión. Apolo tuvo que conformarse con permitir que me apoyara sobre su hombro, mientras Sebastián se reía acostumbrado a mi terquedad. Tomé el asiento que me indicó mi hermano y Sebastián se colocó a mi lado. Nos quedamos en silencio unos minutos. Sebastián cerró los ojos e imaginé que dormitaría la mayor parte del trayecto, era justo lo que él necesitaba para reponer las fuerzas. Creí que aquel vuelo sería

propicio para continuar mi charla con Apolo y que él me respondería todas aquellas interrogantes antes de tener que escuchar otra versión. Quería oír de sus labios cómo le habían relatado lo sucedido desde su nacimiento, para poder juzgar lo ocurrido desde mis propias vivencias. También pretendía saber cuál era la posición de los autónomos sobre la inmersión en el territorio de nosotros. Reparé en el sillón que permanecía frente a mí, donde Apolo me comentó que él se sentaría y aguardé a que regresara. No me percaté cuando me quedé dormida, me despabilé unas horas después y vi a Sebastián en reposo. Ambos teníamos una manta sobre nuestros cuerpos. Frente a nosotros vi a las dos personas que habían llegado con mi hermano. Le pregunté al que me miraba a los ojos dónde estaba Apolo y me contestó que se encontraba en la cabina con el piloto. Decidí volver a intentar dormirme. El viaje en avión tardó las horas suficientes para cruzar el mar Atlántico y viajar hacia donde nos aguardaba nuestra madre.

El piloto anunció que estábamos próximos a aterrizar. Me invadió aquella sensación usual en situación similar, unas ganas inmensas de arribar y sobre todo de encontrarme con Venus. Sebastián a mi lado me tomó la mano y juntos sentimos las ruedas hacer contacto con el suelo. Llené mis pulmones de oxígeno y mi mente de optimismo. Una nueva vida nos tenía que aguardar, estábamos más cerca de nuestro destino. Todo podría ser diferente. Se acabaría el temor y el sentimiento devastador de no poder estar juntos. Varios pensamientos me giraron en la cabeza hasta que el avión se detuvo por completo. Cuando el piloto dio la orden de que podíamos abandonar nuestros asientos, no me embargó la prisa. Sebastián y yo esperamos a que Apolo se nos uniera y bajamos juntos.

Lo primero que divisé fue a mi madre acompañada de varios hombres vestidos de civil, pero que tenían el aspecto de soldados. El rostro de mi madre reflejaba la felicidad empañada por una tintura de zozobra. Imaginé que era su preocupación por mi estado de salud. Se tranquilizaría al verme de cerca y cerciorarse del pronóstico favorable del médico. Me dirigí hacia sus brazos extendidos y me refugié en ellos. Sebastián también se le acercó y ella le acarició el rostro con afecto. Apolo no pudo llegar hasta nuestra madre porque uno de los hombres que la acompañaba, el que parecía de mayor jerarquía, se le acercó y comenzaron a discutir. Me volví hacia ellos que se alejaban cada vez más para que no escuchásemos sus palabras e intenté descifrar el contenido de la disputa. La incertidumbre en el rostro de mi madre, había borrado en mí todas las huellas de alegría por nuestro reencuentro y por el futuro prometedor que yo había soñado para

Sebastián y para mí. Me acerqué más a Sebastián, le pasé el brazo sano por detrás de la espalda y me aferré a su cuerpo que permanecía alerta. Los hombres que aguardaron al lado de mi madre, lo invitaron a acompañarlos. Venus trató de intervenir:

—Es un procedimiento de rutina, Sebastián. Por favor, síguelos. Si tus intenciones son sinceras no tienes nada que temer, te dejarán libre en unos días. Solo necesitan garantizar que no serás una amenaza para nuestra soberanía. Espero que alguien de tu posición pueda entender que es parte del procedimiento que se acostumbra en un caso como éste, pero como ya te dije si tus fines son pacíficos no tienes que inquietarte. No te están apresando, solo te piden que los acompañes para proceder según el reglamento indica.

Mis ojos y los de Sebastián hicieron contacto y con una mirada me imploró que viera por mí. No pude soportarlo y me le abracé más en busca de la serenidad que el contacto con su cuerpo me brindaba. Reparé en el ímpetu con que Apolo discutía con el oficial. El hombre le colocó una mano sobre su brazo en un gesto de reconciliación y mi hermano se liberó con enojo. Apolo se dirigió hacia nosotros decidido a no permitir que se llevaran a Sebastián. Mi madre intentó que mi hermano se sosegara. Fue la primera vez que los vi interactuar como madre e hijo y fue en una situación angustiante.

—Hijo —le dijo mi madre a Apolo—, entiende que todo estará bien. Tampoco permitiría que lastimen a Sebastián, también le tengo afecto, lo vi crecer. Tranquilo, Leila está de nuestro lado.

—Insisto en escoltarlo. Me quedaré con él mientras se realiza el protocolo.

—Es que lo veo innecesario. Leila no aprobará tu comportamiento —le susurró mi madre a mi hermano para que el oficial y los guardias no la escucharan. Sebastián y yo estábamos tan cerca de ellos que los oímos con claridad—. Vas a complicar la situación con tu actitud.

—Madre, dile a mi tía que no permitiré que le hagan daño a Sebastián. Bajo ningún concepto. ¿Para esto me pidieron que los trajera? Me iré con él y no lo dejaré solo ni un segundo. —Fue su última palabra y a mí me pareció una buena idea. Yo misma le habría acompañado si mi madre y Sebastián me hubiesen dado otra opción.

Los guardias se me acercaron y uno de ellos me demandó:

—¿Doctora, su guía?

—¿Quiere mi guía? ¿De qué se trata esto?

Apolo se opuso con un tono enérgico a que me despojaran de mi guía. Sebastián sin separarse de mi lado me aconsejó:

—Dales tu guía, Paz. No tienes nada que ocultar.

—Así es, hija. Ellos solo cumplen órdenes. Son medidas precautorias que no nos afectarán —insistió mi madre.

Sebastián despegó mis brazos aferrados a su cuerpo con aquella expresión grave, que perseguía el objeto de tranquilizarme. Intentó alejarse y al ver el desasosiego en mis ojos, volvió unos minutos para abrazarme.

—No dejaré que te hagan daño —le susurré aún sin soltarlo.

—No quiero que te expongas —me pidió al oído—. Refúgiate con tu familia de América Libre. Pase lo que pase nunca vuelvas a nuestra nación. A lo mejor las cosas no terminaron como queríamos, pero al menos estarás a salvo con tu familia y eso me reconforta. Nunca te arrepientas del paso que dimos, era nuestra única salida. Te amo, jamás lo dudes.

Los guardias se impacientaron al no poder escuchar lo que nos decíamos el uno al otro e intentaron separarnos. Mi hermano se los impidió y les exigió que nos dieran nuestro espacio. Sebastián me dejó con un beso en la frente y una última mirada cargada de emotividad. Los observé partir y terminé por subirme al auto donde Venus había llegado. Quedé tan desconcertada por el recibimiento que no me concentré en las palabras de mi madre sobre mi salud. Divagué en la confianza que mamá tenía en las leyes de la UNA. Pensé que si Leila estaba de nuestro lado sería una buena señal de la resolución de esta historia, pero aquello no me constaba, fueron sus guardias los que se llevaron a Sebastián. Era consciente de que habíamos entrado por un territorio que no estaba bajo la jurisdicción de mi tía. Los otros cuatro líderes podían no estar de acuerdo con ella, en el caso que Leila nos apoyase, y objetar que Sebastián era una amenaza. El cargo del mayor Casals en la Sociedad Autocontrolada no le permitía darse el lujo de desertar y menos de pedir asilo en la nación que había sido su enemiga durante tanto tiempo, a pesar del Tratado de Tolerancia. Eso último fue lo único que pude escuchar de la discusión entre el oficial y mi hermano. Era un elemento convincente en el que reparamos, Sebastián y yo, cuando decidimos solicitar permiso de tránsito, pero no nos quedó más remedio que arriesgarnos.

—¿Qué tanto atormenta a esa cabecita? —inquirió mi madre.

—No esperé este tipo de bienvenida. Tampoco quería que nos acogieran como héroes o algo así. Conozco nuestra posición —respondí.

Había algo más, temía por mi padre. No sabía hasta qué punto William había atado todos los cabos. ¿Y si en busca de evidencias de nuestra infidelidad se tropezaba con alguna prueba de mi traición a la Sociedad Autocontrolada? ¿Y si descubría lo de mi madre, que estaba viva? ¿Qué haría William con la información que tenía? ¿Hasta dónde esto le afectaría al nuevo Secretario de Defensa de la nación? Me tragué el sentimiento de angustia que sentía por el general. Venus era la persona menos indicada para consolarme, ella nunca tuvo piedad por Edgar Verena, él fue su blanco desde el principio, sin remordimientos.

—No te atormentes más, todos estamos de tu lado y si Sebastián no tiene intenciones ocultas no lo vamos a abandonar —insistió Venus.

—Sebastián no ha desertado porque haya erradicado sus ideas, nos cansamos de estar de un lado o del otro. La vida no es eterna para renunciar a las cosas que de verdad importan —dije y quise que se percatara del doble sentido de mis palabras, porque Venus había renunciado a lo más importante por sus ideales, a su propia familia.

—SHHH —me calló mi madre— No se te ocurra volver a repetir eso. Es egoísta y no contribuirá a que esta situación se solucione.

Detuve mi mirada en el hombre que nos acompañaba, el que iba al volante. Recordé que ese hombre había acudido a intervenir en la discusión de mi hermano y el oficial que se había llevado a Sebastián. Mi madre se dio cuenta que yo había reparado en él y añadió:

—No lo comento por Paúl, es nuestro amigo y puedes confiar en él. Ha sido compañero de tu hermano desde que eran niños. Lo digo porque ya me imagino que le soltarás esa frase a Leila.

Paúl se volvió a mí para sonreírme y al percatarse de mi seriedad disolvió su sonrisa. Le dirigí las palabras usuales que le decimos a un recién conocido, cuando éste es presentado por un familiar con el que tiene una estrecha relación.

—Si quieres ayudar a que Sebastián salga rápido, que es lo que esperamos todos, contribuye a hacer feliz a tu tía —resaltó mi madre—. No la contradigas. Créeme que este asunto con Sebastián es lo que menos la estresa ahora. Ya sabes que la situación no ha estado muy apacible.

—Sé que a las ciudades de la Sociedad Autocontrolada les ha dado por colapsar por sí solas —rematé con ironía y mi madre rápido me atajó.

—Veo por dónde vienes y no te voy a seguir la corriente, no mientras estés en ese estado. ¿Acaso no te has visto en un espejo? Estás débil, ojerosa, lastimada.

—Lo mismo que Sebastián, a quien recibieron como a un delincuente —exploté.

—Hija mía, que no somos como los de la Sociedad Autocontrolada. Se le tratará con más respeto que con el que ellos trataron a Dafne o a otros de nuestros compañeros. Y no te digo más. ¡No sé qué esperabas! No tenemos el poder absoluto de la UNA y Leila ha sido bastante condescendiente, pero no va a arriesgar la seguridad de nuestro pueblo ni por ti, ni por mí, ni siquiera por ella misma —soltó sin reparos.

—¿Y entonces tus palabras llenas de amenidad hacia Sebastián, de qué venían? ¿Solo querías convencerlo de que se entregara sin oponer resistencia? Y ya la UNA puede vanagloriarse de que ha capturado a un pez gordo, cuando Sebastián entró por su propio pie, perseguido como un ladrón por su propio ejército, el que hasta hacía unos días lo obedecía con los ojos cerrados.

—¿Y eso no te parece sospechoso? —Mi madre intentó hacerme dudar.

—No. Si llegamos a este punto donde Sebastián y yo nos hemos quedados sin otra salida, es porque decidí renunciar a su amor por unos ideales que tú me inculcaste. Estoy muy arrepentida de todo lo que he hecho.

—No vuelvas a decirlo. Hemos salvado vidas, incluso de habitantes de la Sociedad Autocontrolada. ¿Te olvidas que el tirano estaba dispuesto a aniquilar una región entera? —me recordó.

—Eso vociferó en un arranque de ira, pero nunca emitió el mandato. Ustedes se le adelantaron y tomaron la ciudad por la fuerza.

—Gracias a ti hemos logrado mucho —insistió.

—No fue gracias a mí. Yo solo obedecía órdenes, las tuyas que es lo peor. Ahora a cambio soy tratada por ustedes como una criminal. ¿O qué significa este brazalete?

Vulnerable me desbordé en lágrimas con la cara hacia la ventanilla. Mi madre intentó calmarme, incluso también el recién conocido que por los lazos que lo unían a la familia se tomó la atribución de intervenir. No quise comportarme como una chiquilla e ignorarlos, pero renuncié a discutir, ya no podía más. Un escalofrío me recorría la espalda y la debilidad me hacía mella. Era una mezcla del dolor de las heridas, los efectos secundarios de los antibióticos y todo el volcán de emociones que se emulsionaban dentro de mí.

Tuvieron que ayudarme a salir del auto cuando llegamos a nuestro destino. Reconocí la residencia y me sorprendió que me dejaran pasar sin siquiera revisarme. «¿Acaso yo no soy sospechosa también?», pensé. Respiré hondo e intenté modificar mi actitud. Tenía que hacerlo si quería que Leila me escuchara y confiara en mí. En algo tenía razón mi madre, si no me sometía a Leila le iría peor a Sebastián. Era impetuosa y unidireccional, solo fluía lo que emanaba de ella, así que puse de mi parte. No me asombró que la dueña de la morada no nos recibiera en persona y lo preferí, en ese momento no estaba lista para lidiar con su presencia. Paúl me ayudó a llegar hasta la que sería mi habitación, donde mi madre había dispuesto lo necesario y donde me esperaba una enfermera para hacerme las curaciones y apoyarme en mi recuperación.

Me desembaracé de todos y caminé como pude hasta la ventana. Observé los lindes de la propiedad, mi nueva cárcel y lloré al constatar que mi situación no había cambiado. Continuaba prisionera, lejos del hombre que amaba y con el conflicto entre las dos potencias mundiales entorpeciendo la comunicación en lo más íntimo de mi familia. Había heredado este mundo divido en dos y no sabía qué hacer con el legado. Seguía analizando las dos opciones, sin atreverme a elegir, sin aceptar lo que mi sentido común me gritaba, que la opción que no me ofrecieron era la que más necesitaba.





Tierras inhóspitas

Dedicado a mi compañero de aventuras

PREFACIO

Antes de serle fiel a los principios de una falsa sociedad, que promete un mar de triunfos arrebatados por la hipocresía, tenemos que ser leales a nosotros mismos.

Año en que para el 2000 se pensaba, que la humanidad estaría en graves problemas para subsistir.

1



Año XXVI después de la firma del Tratado de Tolerancia.
El planeta Tierra continuaba dividido en dos.
América Libre, Unión de Naciones Autónomas.

Era él. Estaba con una ropa informal de las que usan los autónomos y se veía tan relajado como uno de ellos. Llevaba unos *jeans*, prenda propia de la UNA porque en nuestra parte del mundo ya no existía. No se le veía el rostro, lo tenía cubierto por el gorro del suéter, pero reconocería su silueta entre mil. Estaba en un hermoso lugar que era el escenario perfecto de algún sitio de Tierras Inhóspitas. Sebastián no me miraba a mí, ni a las majestuosas libélulas que revoloteaban a su alrededor, previniéndole del riesgo que corría. El peligro se percibía en el ambiente a pesar de la calma que Sebastián reflejaba. Me incorporé de un salto que me borró el sueño de inmediato. Me levanté de la cama con la misma sensación de la pesadilla y con la necesidad de rescatarlo. Aún estaba oscuro, así que traté de dormirme.

El amanecer irrumpió de forma abrupta. Apenas pude dormir la noche anterior entre la inquietud y el dolor de mi cuerpo maltrecho. Cuando mis párpados se pusieron pesados, la mañana comenzó a clarear. Aún no tenía noticias ni de Sebastián ni de mi hermano. Por eso cuando mi madre acudió temprano para acompañarme a desayunar, obvié mi desvelo y me puse de pie de un brinco. Venus preparó una mesa en la terraza de mi habitación, donde el sol nos acariciaba la piel. Me le acerqué sin una gota

de la hostilidad de ayer. Intentamos tener una plática amena sobre mi mejoría y ni siquiera le toqué el tema de Sebastián. Le pregunté por Leila y me contestó que tardaría unos días en regresar. No sabía si aquello era bueno o malo, ya que ella, era quien podría ayudarme o, todo lo contrario. Mi madre me reveló que Apolo se comunicó cuando amanecía y que lo volvería a hacer de un momento a otro. Suspiré y ya no pude concentrarme en sus palabras, mientras aguardaba esa llamada. El tintinear de la guía de mi madre no tardó y al fin pude escuchar con impaciencia la voz de mi hermano:

—Hola, Paz. Puedes estar tranquila todo va por buen camino. Sebastián está colaborando para cumplir con el protocolo. Pronto estaremos contigo —me dijo Apolo.

—¿Y cómo está él? —inquirí.

—Pregúntale tú, está a mi lado y te escucha —me contestó.

—Estoy bien —dijo Sebastián antes que le preguntara y el sonido de su voz hizo que mi corazón volara dentro de mi pecho—. Un médico revisó mis heridas. No quiero que te angusties.

—¿Cómo te tratan? —le pregunté.

—Si lo que te preocupa, es que me encuentre detenido no te atormentes —me contestó Sebastián—. Hacen su trabajo y no esperaba menos. Esto acabará pronto. No vamos a llamar seguido. Te pido que tengas paciencia. Incluso le he dicho a tu hermano que no es necesario que permanezca a mi lado, que vaya a ver sus asuntos.

—Prefiero que Apolo esté contigo —supliqué.

Pasó una semana en la que no tuvimos más comunicación por ninguna vía. Al finalizar ésta, mi madre me pidió que acudiera al comedor principal para el almuerzo y allí estaba mi tía. La saludé y me senté al lado de mi madre. Leila rejuveneció en el tiempo que estuve sin verla. Sus ojos se clavaron en mí como dos centellas e intentaron provocarme una reacción, que me dejara en evidencias delante de mi madre. Leila Salvat tenía un toque de reproche en su semblante. Comprendí que le complacería oírme implorarle por la libertad de Sebastián.

—Bienvenida a casa, pequeña —murmuró—. Al fin llegaste a nuestro hogar. Ya está completa la familia.

—Me alegra que te dé gusto —añadió mi madre.

—Te agradezco que nos hayas permitido entrar a Sebastián y a mí —comenté.

—No podía desconocerte, ni traicionarte —dijo y acompañó aquellas palabras con un gesto de suficiencia.

Leila me recordó mi «traición», al menos así veía ella mi negativa a cumplir sus órdenes en el atentado contra Ademar King. Lo que había contribuido, a mi pesar, a la desgracia de Dafne. La miré sin probar un bocado, esperaba la oportunidad propicia para preguntarle por la situación de Sebastián. Mi madre había mencionado que Leila estaba de nuestro lado, yo necesitaba que me lo confirmara. Mamá se me adelantó y fue la que sacó a relucir el tema, cuando su hermana preguntó:

—¿Y dónde está Apolo, que no enriquece este cuadro familiar?

—Leila, ese joven aún está detenido. Tu sobrino lo acompaña. ¿Cuándo dejarán salir a Sebastián Casals? ¿Acaso ya no han investigado todo lo requerido? —Mi madre la miró a los ojos y Leila hizo lo mismo.

—Entonces, Apolo una vez más ignora lo que he dejado dispuesto —replicó Leila.

—Lo conoces bien —dijo mi madre.

—Ahora estoy cansada del viaje, prefiero dejar ese asunto para mañana. Déjame llegar a la oficina y atender los pormenores del caso —sentenció para que no la siguiéramos molestando.

—Lo siento, pero ya hemos aguardado una semana, quiero a mi hijo de vuelta en casa —mi madre arremetió contra su hermana y yo me quedé de espectadora, de aquel extraño diálogo entre ellas.

—Nada lo detiene. Yo también deseo que regrese de una vez y que abandone ese comportamiento, que, por cierto, apareció desde que tú regresaste. Jamás Apolo se volvió contra mí —Leila le reclamó a Venus.

—Es que ya es un hombre y piensa por sí mismo —dijo mi madre.

—¿Y qué es lo que quieres que haga? ¿Me echo encima a los otros miembros del Consejo? Es que el mayor Casals no es una tarea fácil —admitió Leila.

—Leila, yo te aseguro, yo te doy fe de él —intervine—. Ni siquiera queremos permanecer aquí, si es lo que tanto les preocupa. Nada más deseamos el permiso de paso, para huir a tierras de nadie —dije poco convencida de revelarle a Leila nuestro destino final.

—¿Quieren huir a Tierras Inhóspitas? Pues si insistes en ese plan absurdo creeré en esa historia de amor. Si ese hombre desertó lo van a buscar hasta debajo de las piedras —aseguró Leila.

—¿No entiendo por qué nos diste el permiso de pasar a la UNA y por qué insististe en traernos, si tu intención iba lejos de ayudarnos? —manifesté.

—Con tu madre y tu hermano devorándome viva por ese asunto, no me quedó otra salida que dejarlos entrar. Si el mayor Casals quiere ser confiable para nosotros tendrá que revelar todo lo que sabe, todo lo que nos pueda interesar —dispuso la dignataria.

—¡No nos interesa ser confiables, ni para ellos, ni para ustedes! ¡Estamos hartos de servir a los intereses de una u otra parte, solo queremos alejarnos de todos y poder vivir juntos! —terminé por gritar mientras mi madre me abría los ojos para darme a entender que me callara.

Leila se puso de pie *ipso facto*, las mejillas se le encendieron por la ira que se posesionó de ella. Su expresión, con aquellos ojos brillantes en contraste con su piel oscura, helaba la sangre de cualquiera. Leila iba a abrir la boca para descargar su furia sobre mí, cuando se quedó mirando a la entrada del comedor. Apolo había llegado como un milagro. Leila guardó silencio al verlo y al reparar en la escena donde todos estábamos unidos en su contra, se volvió a sentar. Agregó:

—Lo que me faltaba, un club de traidores en mi propia casa. ¿Y tú qué haces aquí? ¿No era suficiente con estas dos arpías que me quieren despellejar viva? —le gritó Leila a mi hermano.

—¿Tía, qué dices? Estamos suplicándote que tengas un poco de clemencia con tu sobrina, con la que casi no has podido convivir. No me gustaría que Paz se lleve una mala impresión de ti. Déjame explicarte las cosas —Apolo abogó por nosotras.

—¡Cállate, muchacho! —Leila alzó la voz—. ¡Nada más me faltaba negociar contigo! ¿Y tú, hermana? Te desconozco. Siempre hemos estado en total sincronía y ahora la pasión por tus hijos te hace volverte en mi contra. En el fondo, sé que estás de acuerdo conmigo. El amor por ellos te ciega.

—Estoy con la UNA, incluso más allá de ti y de mí, pero tampoco quiero que mis hijos sean infelices, bastante han pagado ya. —La voz de mi madre era serena—. ¿Acaso no he entregado mi vida a esta causa?

—Venus, acompáñame a mi oficina —dijo Leila—. Estudiaremos la situación para ver cómo ayudar a todas las partes involucradas. Necesito revisar el interrogatorio del mayor Casals y ver las evidencias. Te advierto, si no hay solución, no la hay. No voy a poner en riesgo a la nación por un arrebato de tus hijos.

—Yo voy con ustedes —mencionó Apolo.

—Tú… te quedas —arremetió Leila—. El derecho a decidir lo perdiste cuando pasaste por encima de mis órdenes y te pusiste en peligro por una causa que ya estaba perdida.

—Fue mi elección ponerme en riesgo y lo volvería a hacer sin arrepentimiento. Dafne se merecía más y la UNA no hizo nada por salvarla, a ella que había dado todo. —Apolo incrementó el volumen de su voz—. Ahora su hija continúa allá, huérfana de madre, creciendo bajo otra ideología. ¿De qué sirvió todo el esfuerzo de Dafne, si su propia criatura ha quedado prisionera en el régimen contra el que tanto luchó? Su última voluntad fue que la niña sea traída a la UNA. Ninguno de nosotros hemos hecho nada al respecto, para que Dafne pueda descansar en paz.

—Dafne sabía lo que hacía y lo hizo con aplomo. Cumplió con su parte y ya no había nada que hacer. —Leila refirió los hechos con una sombra de dolor en los ojos.

—Hay algo que no te había revelado. Sebastián fue quien nos ayudó en el rescate de Dafne. —Apolo le dijo a Leila y abrió las cartas del juego.

—En el rescate fallido —rugió Leila.

—Lo dio todo, más que muchos de la UNA que se quedaron cruzados de brazos mientras él, mi hermana y yo, arriesgamos la vida por salvarla. Si no les dije nada, fue porque sabía que si la información se filtraba pondría en riesgo la seguridad de ellos. —La mirada de Apolo y sus palabras se clavaron en nuestra tía con firmeza.

Leila intentó lanzarse de nuevo a la carga, pero se quedó sin palabras, así que mi madre intervino:

—¿Ya ves, Leila? Eso es un acto de buena fe que no puedes pasar por alto.

—No puedo traicionar a Sebastián —continuó hablando mi hermano—. Si no fuera por él, yo no estaría hoy aquí. Después que me capturaron y pusieron fin a la vida de Dafne delante mis ojos, a Sebastián le encargaron hacerse cargo de mí. Lo que significaba interrogarme, torturarme y si fuera preciso matarme, para sacarme toda la información posible. Él condujo en su propio vehículo hasta una de las salidas de su nación y me dejó en libertad, luego de darse un tiro a sí mismo para justificar mi fuga. Sé que entiendes la magnitud de lo que hizo para un oficial de su cargo.

Leila no dijo nada. Salió caminando con mi madre a cuestas, pero antes de irse, le hizo señas a Apolo para que las acompañara. Yo no me quedé

atrás y también los seguí. Leila solo hizo un gesto de pesar e ignoró mi presencia en el trayecto hacia los autos. Mi madre se fue con su hermana y yo con Apolo, en su vehículo.

2



Mi hermano condujo detrás del auto de Leila. El cabello largo de Apolo le adornaba la cara y sus ojos expresivos, azules y muy grandes, me reconfortaban.

—¿Leila no sabe que Iris es tu hija? —le pregunté a mi hermano. Él negó con la cabeza—. ¿Por qué no le has dicho?

—Ni a ella ni a nuestra madre. No quiero causarles un motivo más de preocupación. En el momento que Dafne se embarazó, era una especie de chica prodigio para Leila, nuestra tía la entrenó en persona. Se suponía que no teníamos que conocernos, pero yo estaba metido en todo. Al principio, Dafne iba y venía, así ocurrió. Éramos demasiado jóvenes, adolescentes. Toda la culpa no fue de ella, ni siquiera supe qué hacer cuando me lo dijo. Ella era solo un año mayor que yo pero en madurez me superaba con creces. Tuvimos un poco de miedo de la reacción de Leila, pudo significar el fracaso de la misión de Dafne. No sé qué le habría disgustado más a Leila, lo que habíamos hecho o que la misión de su chica prodigio fracasara antes de comenzar. El caso es que Dafne conoció a John, el hijo de una familia de gran prestigio militar en la Sociedad Autocontrolada y quien comenzaba una prometedora carrera en la marina. Dafne tomó sus propias decisiones y por algún tiempo me convenció, creí que era correcto.

No le dije nada, comenzaba a cansarme de esas historias. Solo me tranquilizaba haber cortado de raíz ese mal en mi vida. No tenía idea de a dónde nos dirigíamos, ni sabía si mi presencia ayudaría o al contrario, pero no podía quedarme cruzada de brazos. Quise preguntarle a Apolo, sobre

las condiciones en las que dejó a Sebastián y el motivo por el que lo abandonó, tomando en cuenta su renuencia anterior. Me guardé mis preguntas junto al baúl donde se apiñaban tantas otras. Las que sacaría a la luz en dependencia de las prioridades, ahora rescatar a Sebastián era lo primordial.

Arribamos a un sitio, lleno de edificaciones de disímiles composiciones y alturas, dispuestas por doquier. Un sin fin de árboles rodeaban las construcciones y las calles. El agua natural era otro elemento que capturó mi atención, una especie de riachuelo se extendía en numerosas curvas y desviaciones. Anduvimos unos minutos más en auto, hasta que frenamos ante un imponente edificio de un piso de alto y en forma de círculo, que abarcaba una buena franja del territorio.

Entramos por la parte del edificio más próxima a nosotros. Una veintena de personas aparecieron por doquier para recibir a la representante. Por la forma en que Leila los saludaba y ellos permanecían en nuestra presencia o se regresaban a sus labores, pude percatarme de las jerarquías que ostentaban los unos o los otros. En determinado segmento del trayecto en forma de laberinto, que no podría recordar, sin mis acompañantes, hicimos un alto delante de una puerta de oficina. Apolo la accionó con su guía y nos dio el paso. Mi sorpresa fue percatarme que lo que parecía una oficina más, era un elevador. Consciente de que no había ni segundo, ni tercer piso, el siguiente paso sería hacia el subterráneo. Me agarré con fuerzas al notar que subíamos. Al pasar del segundo nivel, estuve segura que no íbamos a la azotea. Nadie más que Leila reparó en mi asombro, que tras su sonrisa burlona hizo un gesto de aburrimiento. Al poner un pie fuera del ascensor, me di cuenta que estábamos en un piso, algo similar al último en que habíamos estado. El lugar estaba lleno de corredores y de oficinas, o al menos eso parecía. Nos introducimos a una de tantas, donde aguardaban dos hombres muy jóvenes en escritorios alternos. Una puerta más y apareció un amplio salón de juntas, otra puerta y nos encontramos en una oficina que daba la impresión de pertenecer a Leila.

Leila se sentó frente a un potente ordenador. Uno de los dos jóvenes le dictó a Leila una contraseña que le dio acceso a una nube donde estaba almacenado el expediente de Casals. Pude observar la información que iba apareciendo sobre Sebastián en la pantalla holográfica. Había respondido a cada una de las preguntas que le realizaron sobre el objeto de introducirse a la nación, todo concordaba con mi versión de los hechos. Habían

desmantelado su guía militar y no habían encontrado más que datos personales.

Leila seleccionó un ícono que nos permitía presenciar el interrogatorio en tiempo real. La imagen se apoderó de toda la pantalla. Mi amado Sebastián, estaba sentado frente a una mesa de metal en un cuarto gris. Había cinco hombres asediándolo a preguntas. Sebastián aparentaba estar confiado, pero yo lo conocía. Le vi hacer ese gesto con los labios, que me había enamorado, antes de responder una vez más a lo que ya le habían preguntado en varias ocasiones. Sebastián se negó a brindar información relacionada con su trabajo en la Sociedad Autocontrolada:

—No pido refugio político. Solo me adscribo a uno de los preceptos del Tratado de Tolerancia que hace referencia al permiso de tránsito —puso de pretexto. El volumen de su voz era moderado pero preciso.

Era la primera vez que Leila veía a Sebastián. Hizo una ampliación de su rostro y lo observó unos segundos.

—¿Seguro que yo no había visto antes a este hombre? —le preguntó Leila a mi madre.

—Tal vez en alguno de los reportes —le respondió la aludida.

—Puede ser, su rostro me resulta familiar. —Leila aún dudaba.

Leila continuó mirando la transmisión con Apolo de un lado. Quise acercarme más y mi madre me retuvo por el brazo. Uno de los hombres que hostigaba a Sebastián con sus interrogaciones, se sentó frente a él, le miró a los ojos y le dijo:

—Usted llegó herido a las fronteras de la UNA. ¿Quién le ocasionó las lesiones?

—No estoy obligado a responder —dijo Sebastián intentando mantenerse sereno.

—Usted vino acompañado de Paz Verena, ¿qué explicación dará al respecto? —le increpó el hombre.

—Es algo personal y tampoco estoy obligado a hablar de asuntos privados. Solo pido el permiso de paso —se apegó Sebastián a su discurso, aparentemente sin perder la calma.

—¿Cuáles son los motivos por los que solicita el derecho de paso? —insistió el interrogador.

—Lo obvio. Trasladarnos a otro territorio.

—¿Por qué no lo hizo a través de los canales de transporte de su nación? El permiso de tránsito, se justifica para las ciudades autocontroladas que no tienen fronteras marítimas o terrestres entre sí,

debido a la regulación que prohíbe a sus naves volar en nuestro territorio. —Sebastián no contestó y el hombre continuó—: ¿Por qué Paz Verena llegó herida de gravedad a la UNA? ¿Quién la atacó?

—Me está interrogando a mí o a ella. Pregúnteselo, no creo que tenga problemas en responderle —dijo Sebastián.

—Me temo que, si no explica el origen de las lesiones de ambos, ni su relación con Paz Verena, el permiso de paso será negado. Consideramos sospechoso su arribo. Debido a su cargo en la Sociedad Autocontrolada, le trasladaremos a una prisión militar mientras se delibere qué haremos con usted, encerrarlo hasta que aclare lo sucedido o deportarlo para que se regrese por donde mismo vino —le soltó el hombre sin más reparos.

—Haga lo que tenga que hacer. No he cometido ningún delito contra la Unión de Naciones Autónomas —dijo Sebastián con unas ojeras profundas que evidenciaban su cansancio.

—¿Te doy mi versión de los hechos? —le dijo el hombre sin una gota de respeto—. Fuiste desleal con Ademar King II, le robaste la esposa a su primo y te echaron el ejército encima. Te acorralaron como a un perro y no tuviste más escapatoria que refugiarte con tus adversarios. Ellos nos pedirán tu cabeza y nosotros seremos los primeros que te entregaremos en bandeja de plata. Si no eres útil no nos interesas. ¿Por qué vamos a cobijarte, si no eres más que un lastre insidioso al que no queremos tener rondando en nuestras tierras? ¿Quieres nuestra protección? ¿Quieres el permiso de paso? Solo hay un camino: información, y no nos interesa la absurda historia romántica que te orilló a desertar de tu cargo como una rata de alcantarilla. Eres patético y no tienes ninguna dignidad. La traición nunca es bien vista, ni siquiera por tus enemigos, cuando juegas a su favor.

No pude aguantar más, cuando me di cuenta ya mis lágrimas habían dejado una marca de agua en mi ropa. Respiré hondo para contener la cólera.

—¡Es suficiente! —le grité a Leila—. ¿Cómo es posible que lo traten así? Él se sacrificó por gente de la UNA, hizo más que algunos de ustedes que se quedaron de brazos cruzados. Acudimos a la UNA porque era eso o morirme. ¿Preferían eso? ¿También estaban dispuestos a sacrificarme a mí, como hicieron con Dafne y como casi sucede con Apolo? Mi hermano está vivo gracias a Sebastián.

Mi madre le pidió a Leila que detuviera la transmisión:

—Apágalo ya, por favor. —Luego se refirió a mí—. Hija, tranquila. No te alteres así. Verás que pronto lo convencerán de hablar y será liberado.

Son procedimientos un poco bruscos, pero entiende que estamos hablando de la seguridad de cinco países y hay suficientes motivos para desconfiar de él.

—No apagaré nada —dijo Leila—. Si a tu hija no le gusta puede retirarse, yo no la invité a venir conmigo.

Una explosión de ira detonó en mí. Lo desahogué con algunos improperios en contra de Leila, del funcionario hostigador e incluso de la UNA:

—Eres tan represora como los King. ¿Cómo te atreves a mandar a uno de tus lacayos a atosigar a mi pareja, después de todo lo que he sacrificado por ti? Si no fuera por la influencia que tú y mi madre han ejercido en mí, Sebastián y yo no tendríamos necesidad de huir —dije y Leila me miró con un gesto desafiante. Trató de restarle importancia a mi arrebato.

—Mídete, Paz —dijo mamá—. No aprendiste nada de los autocontrolados.

—Es fácil decirlo cuando no es tu corazón el que se está rompiendo en pedazos —le reclamé a mi madre.

—Mi corazón se ha despedazado tantas veces que reacciono distinto al dolor. Ven, deja que te abrace. Cálmate, corazón. —Mamá intentó suavizar el ambiente.

Me quedé cruzada de brazos en un extremo de la sala, sin aceptar la compasión de Venus. Estaba enojada con ella también.

—Estaré esperando tus disculpas, Paz —dijo Leila—. No toleraré otro arranque de inmadurez en mi presencia. Hazlo con quien quieras, pero no conmigo, no te equivoques. No seré yo quien te dé unas nalgadas para que termines de crecer. ¡Te comportas o te hago sacar de mi presencia! Solo esto me faltaba.

Miré a mi hermano que seguía serio y callado mientras negaba con la cabeza, manifestando su desacuerdo con el proceder de Leila y los demás funcionarios. Mi madre terminó por pedirme que la acompañara para sacarme de la oficina, intenté rehusarme, hasta que mi hermano despegó los labios para decir:

—Sal de aquí, Paz, por favor. Este asunto lo resolveremos Leila y yo a solas.

Confiada en la tenacidad de mi hermano, me fui. Mi madre y yo volvimos al elevador y bajamos unos dos pisos. Sentía que iba a explotar, si no

liberaban a Sebastián, Leila y sus secuaces conocerían de lo que yo era capaz, verían mi lado oscuro, me tendrían como enemiga. Yo no iba a descansar hasta que sacara a Sebastián del encierro. La ira me hizo reclamarle a mi madre:

—¿Es acaso invisible gran parte del edificio? —pregunté ya sin poder evitarlo.

—Esa impresión da, pero es una ilusión. Mejor no preguntes, mientras menos sepas mejor —contestó mamá.

—¿Acaso tú tampoco confías en mí? ¿O temes que Sebastián acceda a mis pensamientos y robe algo de la valiosa información? —dije sin poder aguantarme.

—Hija, si creyera eso, no te habríamos permitido venir. Nunca está de más tomar precauciones. ¿No te parece? —contestó.

—Me parece que, en este caso, la precaución es desconfianza y no la quieres llamar por su nombre —Mi voz era firme.

—Y a mí me parece que como estás enojada, estás buscando un motivo para pelear ahora conmigo.

Y no se equivocaba. Recorrimos un amplio pasillo y llegamos a otra oficina que tenía el aroma de mi madre. Era similar a la de Leila, pero en menor escala. Descubrí a Paúl contiguo a la sala principal de la misma, así que lo saludé. Mi madre terminó por explicarme que él era su mano derecha. Nos retiramos las dos hacia su despacho y allí me pidió que aguardara sobre un amplio sofá, mientras ella trabajaba y Apolo nos daba noticias. Como yo no podía estar tranquila, volví a ponerme de pie y recorrí todo el perímetro de la oficina, escudriñé cada rincón y cada objeto para familiarizarme con el sitio.

—¿No hay un croquis electrónico o algo así de este lugar? —inquirí sofocada.

—A los que trabajamos aquí no nos hace falta —dijo mi madre.

—Ya veo los métodos de seguridad que utilizan, el desconcierto. —Seguía moviéndome por el lugar.

—Ya quédate quieta. Necesito concentrarme, tengo trabajo atrasado. Hace una semana que me he ausentado.

—No sé para qué me alejaste —le insistí—. Puedo ayudar a convencer a Leila para que nos deje marcharnos a Sebastián y a mí.

—Te he traído para acá porque contigo presente Leila jamás votará a favor de Sebastián, nada más por no darte gusto. ¿No acabas de darte cuenta que no se le puede llevar la contraria? Apolo sabe manejar el

asunto. Te seré sincera. No me hace mucha gracia que Sebastián esté dentro de la UNA, siempre lo voy a considerar una amenaza, pero tu hermano y tú, lo defienden con tanta vehemencia que no me dejan más remedio que darle una oportunidad. Eso sí, tomaremos medidas de precaución.

—No queremos residir aquí —le recordé.

—¿Y acaso crees que te voy a dejar partir en ese estado a Tierras Inhóspitas? —Salió a relucir la madre que yo conocía.

—Podemos viajar cuando estemos recuperados —intenté alejar sus temores.

—Ni siquiera así, no te tuve para que vivas huyendo en condiciones poco humanas. Aquí puedes ser muy útil y puedes reconstruir tu vida. Si tiene que ser al lado de Sebastián, ya veremos —dijo y su incongruencia se volvió la protagonista. «No me quiere en Tierras Inhóspitas, pero me lanzó a la guarida de sus enemigos a defender sus intereses. Madre, de veras que… ni siquiera te lo voy a reclamar», pensé.

—Será al lado de Sebastián, no hay otra opción —sostuve y la miré con intransigencia.

Paúl interrumpió nuestra conversación y llegó con un mensaje de mi hermano. A mi madre no le quedó más remedio que dejar de insistir. Las dos escuchamos las palabras del joven:

—Paz, Apolo necesita que lo encuentres en la salida.

—¿Y solo se refería a su hermana? —averiguó mi madre.

—Eso le oí decir —contestó Paúl.

Me encaminé hacia la puerta a toda prisa. Mi madre se comunicó con Apolo a través de su guía, para verificar si requería su presencia o no. No reparé más en ella, ni en su conversación, me acerqué a Paúl y le dije:

—¿Me podrías indicar cómo llegar a… abajo? —mencioné.

—Claro que te puedo llevar —Paúl repitió y sonrió.

—Sé que el edificio tiene un nivel —me justifiqué—, o al menos que el resto de la edificación sea invisible. Ya no sé qué creer, pero aún no soy del todo confiable para tener los detalles del funcionamiento del ascensor. Necesito que me lleves hasta él, que acciones tu guía y pongas en marcha la magia necesaria para salir de aquí.

Mi madre me miró de la forma que solía hacerlo, cuando quería marcarme límites, desaprobaba mi comportamiento frente a Paúl. Sin embargo, él se limitó a reír. Caminamos juntos rumbo a la salida.

Aproveché para disculparme con él, por si había sentido mi trato insolente en alguna ocasión, desde que nos habíamos conocido:

—Sí que eres hija de tu madre —mencionó—, te le pareces tanto en la forma de actuar que no me sorprende. Acepto tus disculpas, tan solo te has portado un poco caprichosa, pero comprendo que atraviesas por una situación delicada.

—Agradezco tu sinceridad y me da gusto conocer a los amigos de Apolo. Conocemos tan poco el uno del otro, que envidio todas las cosas que con seguridad han compartido ambos.

Paúl me dejó justo donde se encontraba Apolo, en la entrada principal. Tras despedirnos de Paúl, subimos al auto y partimos. Mi hermano me palmeó el hombro y terminó por revelarme:

—Vamos por Sebastián.

—¿Cómo le hiciste para convencerla? —balbuceé aún sin salir de mi asombro.

—Leila sigue revisando los archivos y debatiendo con sus allegados los pormenores del caso. Me harté de su corta visión y de tener que consultarle todos los pormenores.

—¿Estás pensando sacarlo por la fuerza? No hemos acudido a ti para traerte problemas —le dije—. Si ya no hay solución déjame por mi cuenta. Yo sacaré a Sebastián.

—¿Recuerdas cuando irrumpí de improviso en tu vida y la de Sebastián? Ambos me tendieron la mano, aunque aquello significara buscarse problemas incluso más graves de los que esto podría generarme.

—Si estás decidido, vamos a hacerlo. Ardo en deseos de patearles el trasero a esos mal vivientes. Necesitamos armas. No nos darán a Sebastián si no los presionamos. —Busqué en la guantera del auto y no encontré nada—. ¿Piensas ir desarmado? ¡Sería una estupidez! Si nos atrapan, ya no podremos hacer nada. Planeemos el rescate, no vamos a presentarnos ahí sin más.

—¡Cálmate, Paz! Aún estás hecha polvo. Tengo otros métodos. Soy tan ciudadano como Leila de esta hermosa nación y puedo recibir en mi casa a quien yo decida, es todo.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso es lo que me estoy imaginando? ¿Estás mal de la cabeza? Recuerda que la casa no es tuya, es de Leila. Además, eso es lo de menos. Aquí no se trata de derechos ni justicia.

—Si en la UNA no puedo plantear mis ideas y que fluyan con libertad, entonces desconozco la causa por la que tanto he luchado —aseveró mi

hermano.

—A mi modo de ver, la UNA tiene buenos argumentos, pero su falla es no permitir la libre expresión, porque su «libertad de opinión» es que todos defiendan los ideales de sus líderes. Al final es la misma trampa que la Sociedad Autocontrolada —dije.

—Ahora mismo te demostraré lo contrario, si no lo logro, me pesará mucho tener que darte la razón —dijo con seguridad.

—¿Qué pretexto pondrás para sacar a Sebastián?

Apolo no pudo responderme, los fundamentos que daría los iba entretejiendo a medida que nos acercábamos. Tuvimos que volvernos al notar que un vehículo se estacionaba a un lado del nuestro. Mi hermano negó con la cabeza y le preguntó a Paúl que se nos acercaba:

—¿Pero qué haces aquí?

—Me pareció que necesitabas mi ayuda —respondió Paúl.

—Te equivocas —le dijo a su amigo.

—Entonces no estará de más mi presencia —insistió Paúl.

—Como quieras.

Sin otra cosa que hacer continuamos en silencio mientras cada uno se concentró en buscar una salida para aquel asunto engorroso. Mi corazón se aceleró al poner el primer pie en las instalaciones y al saber que vería a Sebastián en los próximos minutos. Había transcurrido una semana sin verlo. No habíamos luchado tanto para que todo se extinguiera así, como un intento fallido de liberarnos de la carga política que trazó una línea divisoria entre nosotros en un inicio.

Mi hermano y yo habíamos compartido juntos escasos momentos, pero cada uno de estos había sido importante. Nos apoyamos y fuimos el soporte del otro cuando las circunstancias no nos dejaron a otra persona para socorrernos. Al estar frente a los guardias, que al principio no nos negaron la entrada, Apolo tomó el control. Ni siquiera tuve que poner en marcha mi aportación, Apolo entró con paso firme y desplegó las cualidades que más admiraría en lo delante de su personalidad: sabiduría y liderazgo. Paúl y yo nos quedamos flanqueando cada uno de sus lados, resueltos a no permitir que sus demandas fueran negadas. Con el rostro afable, Apolo caminó mientras su amigo y yo le marcábamos el paso hasta el lugar donde Sebastián aguardaba. Ante las preguntas de los guardias de seguridad, mi hermano tan solo respondió:

—No me interrumpan, he venido con un propósito. Esta nación no es para los que están perdiendo el tiempo. ¡Quién no tenga qué hacer, consiga

algo de provecho! —dijo en voz alta, pero sin gritar.

Los guardias no se atrevieron a objetar nada más. Conocían los méritos que condecoraban la trayectoria de mi hermano a pesar de su juventud. Apolo abrió con brusquedad la puerta del cuarto gris, donde Sebastián aún permanecía sentado frente a la mesa de metal, con aquellos cinco sujetos atosigándolo.

—Sebastián, sígueme. —Apolo liberó a Sebastián y le dijo con naturalidad que lo acompañara. Sebastián se olió que algo raro sucedía, pero ni siquiera hizo preguntas. Un oficial de alto rango que estaba a cargo del caso, se apareció e intentó impedir que Sebastián abandonara las instalaciones. Tras lo que Apolo arremetió—: ¿Hay alguna orden de arresto en contra de este hombre? —Su voz continuaba calmada.

—No se trata de la privación de su libertad. Él ha acudido voluntariamente. Al término de la investigación podrá proseguir su camino —presionó otro de los hombres que acosaban a Sebastián, por su vestimenta a leguas se notaba que era un militar.

—Pues con la misma voluntad se retira y si alguno está disconforme que me envíe un oficio, un formulario, una citación o lo que sea que proceda en este caso. El mayor Casals permanecerá a mi lado, yo me hago responsable —dijo Apolo.

—No puedes llevártelo, no está bajo discusión —insistió el oficial con el arma desenfundada.

—Lo que no puedo permitir es que interfieras con sus derechos —se impuso Apolo.

—Solo sé que son órdenes de arriba —dijo el oficial apuntándole a Sebastián a la cabeza.

—Pues que venga quien sea que esté arriba y me lo diga en persona, no tengo conocimiento de su resolución. Mientras no se me notifique por la autoridad correspondiente él se va conmigo —mi hermano mencionó tajante y se colocó entre el arma y el cuerpo de Sebastián.

—Cálmese, oficial —dijo Paúl—. No hay que llegar a esos extremos. Baje el arma y tratemos de dialogar.

El oficial empuñó el arma contra la frente de mi hermano y le ordenó apartarse:

—No me importa quien seas, no pasarás por encima de mi autoridad. Tengo órdenes de no dejar salir a Casals, si no te quitas los encerraré a ambos.

—Para eso tendrás que apretar el gatillo —dijo Apolo.

Yo estaba dispuesta a desarmar a nuestro oponente. Sabía que, con Sebastián a mi lado, nos podríamos ocupar de los que estaban en la sala, pero el oficial ya había emitido una orden para pedir refuerzos, desde que Apolo se le había enfrentado. Los guardias comenzaron a llegar, nos apuntaron con sus armas desde distintas posiciones. Si el hombre disparaba, Leila se lo iba a reprochar toda la vida, aunque lo hiciera cumpliendo las órdenes de ella misma. El susodicho estaba nervioso, le podía ver la gota de sudor que se le escurría por la frente, estaba siendo desafiado por Apolo delante de sus hombres.

—¡Apártate! —le dijo el oficial a mi hermano.

—¡Ya dije que me lo llevo! —agregó Apolo. El arma presionando su piel me ponía más tensa a mí que a él.

Apolo no dijo más. Una llamada entró a la guía del oficial. Poseído por la rabia, el individuo miró en dirección a la cámara de seguridad y trató de rehusarse, pero terminó por acceder. Recordé a Leila al otro lado de la pantalla e imaginé que ella había dado la orden, para que nos dejaran salir. Apolo esperó a que Sebastián caminara delante. Lo siguió de cerca, para vigilar los movimientos de los guardias que, para mi asombro, no hicieron nada por detenernos. Sin esperar un minuto más, me abracé al costado de Sebastián y continuamos hasta subirnos al auto. Apolo se subió en el sitio del conductor y antes que desapareciéramos en la carretera, le gritó a Paúl que ya se dirigía a su vehículo:

—No vuelvas a meterte en problemas por mi causa. Eso no va a cambiar las cosas conmigo.

Yo entendía que Apolo por afecto hacia su amigo no lo quisiese involucrar, pero sus últimas palabras me desconcertaron un poco, parecían un reclamo. No reparé en ello más de lo necesario. Solo podía concentrarme en la presencia de Sebastián a mi lado. Su olor, su mirada y la calidez de su piel se apoderaron de todos mis sentidos. Nos besamos y abrazamos tratando de adueñarnos de aquel minuto. Me despegué de sus labios cuando el calor de su cuerpo me permitió recobrar el sosiego. Con la cabeza recostada en su pecho lo vi todo claro, no debí aceptar que se lo llevaran aquel día en el aeropuerto. No permitiría que nos volvieran a separar y para evitarlo teníamos que tomar medidas. Apolo pisó el acelerador para alejarnos de aquella pesadilla, mientras nos sonreía a través del espejo retrovisor.

3



Mi hermano condujo alrededor de cuarenta minutos hasta una propiedad que le pertenecía y que llevaba solitaria algún tiempo. Era una casa ubicada en un extremo de la capital de América Libre, en sentido opuesto a la residencia de Leila. La tarde había caído cuando nos acercamos, amenazaba tormenta y el color grisáceo del cielo hacía parecer que anochecería más temprano. Cuando el auto traspasó la entrada principal, se activaron las luces que brotaban desde el suelo. Se reavivó el color verde que emergía por doquier. Los arbustos que crecían a su antojo, le daban cierta privacidad a cada rincón de aquella morada enclavada en medio de la nada. Antes de entrar al recibidor, Sebastián pasó su mano por encima del hombro de mi hermano y le reveló:

—Gracias, Apolo. Mi intención no era traerte todas estas dificultades. Tampoco es necesario que retribuyas lo que hice por ti en el pasado. No es mi mérito, Paz no me dejó otra opción.

—No te ofrezco mi hospitalidad por algún tipo de deuda personal, desde que decidiste unir tu vida a la de Paz, te considero parte de mi familia.

—Me siento honrado —admitió Sebastián.

—Pasen adelante —Apolo nos invitó a entrar—. Hace tiempo tengo esta casa, nunca me decidí a habitarla. Varias veces pensé independizarme, pero Leila terminaba por convencerme de lo contrario.

—Veo que no hay guardias en la entrada y que está vacía —me atreví a afirmar.

—Ni guardias, ni empleados, ni robots. Bueno, esto último ya te habrás dado cuenta que no existen en la ciudad —reafirmó Apolo—, así que manos a la obra. Acomodemos todo, pidamos una cena a domicilio y mañana será otro día.

Nos pusimos a acondicionar y a descubrir los muebles que permanecían cubiertos por paños blancos, a elegir las habitaciones en las que dormiríamos, entre otros pormenores, cuando entró una llamada a la guía de Apolo. Era mi madre. Mi hermano se retiró un poco para contestar. Fue imposible que Sebastián y yo continuáramos con el quehacer. Nos alejamos a la habitación que habíamos elegido para dormir. Cerramos la puerta y aprovechamos para decirnos lo que delante de mi hermano no nos habíamos atrevido a mencionar. Nos miramos el uno al otro y solo bastó eso para saber lo que ambos pensábamos:

—¿Estás de acuerdo, en que lo mejor que podríamos hacer, es aprovechar esta noche para continuar con nuestros planes? —manifestó Sebastián.

—Apolo está tan contento de recibirnos en su casa, que no he querido decirle que lo idóneo para ti y para mí, es irnos de una vez. Aprovechar esta confusión y tomar ventaja —respondí.

—No sé cuánto podamos estirar esta situación —me previno Sebastián—. Por otra parte, no sé si es egoísta disuadirte de huir conmigo y arrancarte de este mundo, que, aunque extraño, te ofrece cierta seguridad. Tal vez debamos considerar que yo desaparezca y que tú te quedes con los tuyos.

—¡Son estupideces! —Hasta ese momento me percaté que ambos susurrábamos—. ¿Y todo lo que dejamos atrás y arriesgamos será en vano? ¿Desconoces por lo que hemos llegado tan lejos? ¿Estás insinuando que nos olvidemos? ¿Acaso no lo hemos intentado ya?

Lo miré al centro de los ojos, con la intención de traspasar la cortina que me impedía ver qué había más allá. Su amor aún me gritaba con desesperación. Intentó esquivar mi mirada, que amenazaba con desnudarle el alma. Le acaricié el rostro con el dorso de la mano y sentí su cuerpo palpitar a escasos milímetros. Me acerqué para besarlo y se estremeció cuando lo rozó mi respiración. Busqué refugio en su cuerpo. Sebastián no pudo resistirse a mi emboscada, se dejó robar una vez más la cordura. Me besó con todas las ganas que había albergado en los siete días de separación y suspiró ante la idea de su vida, en lo adelante sin la mía. Cerró sus brazos sobre mi espalda y se convenció una vez más de las razones, por las que

tomó decisiones irracionales a lo largo de los últimos meses. Le sonreí y se borró la sombra de dolor que se había apoderado de su semblante:

—No deseo que volvamos a distanciarnos jamás —me confesó—, pero tampoco quiero arriesgarte o condenarte a errar por Tierras Inhóspitas. Ya estoy dudando de refugiarnos donde habíamos acordado. Es una población remota que se será peligrosa para ti.

—Mientras sea a tu lado nada me importa —afirmé.

—Te recordaré tus palabras cuando vengan tiempos peores.

—Si tienes que hacerlo no te reclamaré. —Me sostuvo las mejillas dentro de sus manos y comenzó a besarme con tanta desesperación, que tuve que hacer un alto para poder respirar. Hasta hoy, no habíamos tenido un día en que pudiéramos ser el uno del otro sin tener que escondernos, o sin temer que algún peligro nos acechara. Desde que nos casamos de forma irracional, como dos adolescentes que corren para satisfacer sus impulsos, nunca habíamos podido recostar la cabeza en la almohada, con la tranquilidad de saber que de un momento a otro no tendríamos que salir corriendo.

—Te deseo ahora —me dijo Sebastián y me sacó de golpe de mis reflexiones.

La humedad de sus labios sobre los míos, me hizo dejar a un lado mis conjeturas y mandar a volar todo. Solo quería que me quitara la ropa para sentir su piel sobre la mía, que no dejara de abrazarme y que su olor invadiera mi cuerpo. Me desabotonó la blusa mientras yo trataba de bajar el cierre de su pantalón, cuando sentimos unos golpes secos en la puerta. La voz de Apolo nos interrumpió del otro lado:

—Lamento si están ocupados, pero tengo algo urgente que decirles. —Sebastián y yo nos miramos, estábamos decidiendo si parábamos o terminábamos lo que habíamos empezado. Sebastián terminó de abrirme la blusa. Ya tenía los broches de mi sostén en sus manos. Le abrí los ojos a Sebastián para recordarle que mi hermano llamaba a la puerta—. Les espero en la sala —dijo mi hermano y sentimos sus pasos alejarse.

Detuve a Sebastián, lo besé con ternura y le dije:

—Vamos a ver qué tiene que decirnos. No nos interrumpiría si no fuera importante.

—¿Estás hablando en serio? —dijo.

—Anda.

Sebastián exhaló con fuerzas para recuperarse. Volvimos a acomodarnos la ropa con la respiración acelerada y fuimos a reunirnos con

él. Apolo nos indicó que nos preparáramos porque mi madre estaba al atravesar la puerta. Ninguna de las razones que él le dio para que no viniera, fueron suficientes. Yo deseé que Leila no la acompañara.

Antes que Apolo terminara de pronunciar la frase, ya mi madre estaba haciéndose presente.

—Lo siento —nos dijo Apolo—. Estaba en camino cuando me llamó para avisar.

—¿Viniste sola? ¿Leila vendrá o dará la orden de volver a apresar a Sebastián? —le pregunté a mi madre.

—Cálmate —me intentó serenar mi madre, pero no tuvo tal efecto en mí—. Mañana puede ser que cambie de opinión, pero al menos hoy nos dejará dormir tranquilos. Leila estalló tal y como era de esperar, pero la convencí de darnos una oportunidad. No olvides que le debes una disculpa a Leila, por tus palabras. Así que ve preparando el discursito. Te exijo que zanjes ese asunto por la paz. Ella podrá ser tan berrinchuda como tú, pero en ningún momento te ofendió, así que muéstrale el mismo respeto con que ella te trata.

—¿Te parece respetuosa su actitud? Me mira como si fuera una hormiga —me defendí.

—Pues si gustas mírala de la misma forma, pero que tus palabras hablen bien de ti. Leila me dijo que se lo pensará, lo de dejar libre a Sebastián.

Eso sí me desconcertó, que Leila reconsiderara las cosas y que no corriera a hacer valer su voluntad. Me di cuenta que en el instante en que Apolo se armó de valor y tomó una decisión, no lo hizo con el fervor de un arranque. Él había convivido toda su vida con Leila y habían librado distintas batallas, de seguro sabía que ésta la iba a ganar si elegía las alternativas adecuadas.

Mi madre había venido con una caravana repleta de los artículos que necesitábamos para asentarnos en la vivienda. En su cara había un gesto reprobatorio hacia Apolo y hacia mí, pero le extendió la mano a Sebastián y lo trató con gentileza, para que se sintiese bienvenido. La enfermera vino también y entre todos metimos las cajas. Había toallas, sábanas, platos, vasos, jabones, ropa y más. Nos quedamos asombrados de la prontitud con que Venus reunió los enseres y la única explicación aparente, era que hubiese saqueado la casa de Leila con o sin su consentimiento. Pude notar que a mamá le agradaba la idea de prescindir de la protección de su hermana y que quería sentir lo que significaba ser madre de sus dos hijos.

Apolo ayudó en todos los menesteres, pero fue evidente su descontento, no estuvo de acuerdo con la reacción exagerada de Venus, al proveerme una estancia similar a la que había tenido toda la vida en mi casa paterna. Apolo hizo la observación sin reparar en el peso de sus palabras:

—Madre, creo que te faltaron unos cuantos robots humanoides —dijo y su tono no era de broma, sonaba como un reclamo.

—¿Hijo, hay algo que te hace sentir incómodo? —indagó mi madre, la que de inmediato dejó lo que estaba haciendo y acudió hasta él.

Sebastián y yo nos quedamos en suspenso unos minutos, con todos los sentidos agudizados en la dirección de los otros dos. Mi madre volvió a preguntar lo mismo, pero con otras palabras:

—¿Te molesta que desee que mis hijos estén cómodos?

—Podíamos salir adelante sin necesidad de que vinieras en afán de madre salvadora, como si no supiéramos valernos por nosotros mismos. Una noche de dormir en sábanas empolvadas o de comer lo que sea, no iba a ocasionarle un daño irreversible a Paz —Apolo seguía reclamando.

—Tu hermana aún se recupera de sus heridas y requiere ciertos cuidados. Ya bastante ha padecido en las últimas semanas. No lo hago solo por ella, lo hago por los dos. —Venus le tomó el rostro con una mano y obligó a su hijo a mirarle a los ojos.

—Disculpa, madre, hablé sin pensar —le dijo Apolo—. Creo que me he puesto algo celoso al ver tu reacción desmedida. Me ha pasado por la mente que cada vez que se trata de Paz corres, a diferencia de cuando la situación me atañe a mí.

—Te lo estás imaginando. Esto no tiene que ver con tu hermana, es entre tú y yo. —Venus terminó por abrazarlo y Apolo como un niño bajó la guardia—. Ya te he explicado las razones por las que tuve que dejarte al cuidado de tu tía. Me habías aclarado que me comprendías y que en mi lugar habrías hecho lo mismo.

Aquellas revelaciones me hicieron sentir un hueco profundo en mi pecho, si Apolo en alguna ocasión se había sentido desplazado por mi causa, no me lo perdonaría y más por el exceso de amor que él me brindaba. Me les acerqué con la mirada suplicante y mi hermano apenado reparó en mí, así que intentó disculparse:

—Perdona, Paz. Me he comportado como un chiquillo.

—Perdóname tú a mí —le susurré.

—No tengo qué, de ti solo he recibido amistad, cariño y comprensión —me dijo.

—Lo mismo puedo decir, cada día a tu lado es una lección de la entereza de un hombre. Incluso cuando las emociones de tu humanidad te vuelven susceptible, no dejas de sorprenderme —le dije a mi hermano.

—No me hagan caso, creo que es el estrés. Saldré un rato al jardín a despejarme —terminó por reconocer Apolo.

Lo abracé con fuerzas sin dejarlo escaparse y sentí que unas lagrimillas se escaparon de mis ojos. Tomé su mano y continué hablando:

—Te has ganado una buena parte de mi corazón, hermano. Reconozco que tienes razón en lo que le dices a nuestra madre sobre su trato hacia mí. Ojalá mi padre se hubiese dado cuenta de ello durante mi niñez y le hubiese hablado a mamá, con la misma firmeza que tú lo has hecho hoy. Tal vez yo no hubiese permitido que nadie interfiriera en mis decisiones, aunque tuviera razones convincentes. A partir de hoy no podré culpar a otros de mis errores, tú me has hecho ver que todo depende de mí.

Me volví a mi madre, a punto de demandarle tantas de las respuestas existenciales, que por un motivo u otro había postergado revelarme. Ella lo notó en mi inquietud y me susurró:

—Anda, que Sebastián te espera. Imagino que tienen mucho de qué hablar después de una semana separados. No quiero acaparar tu atención y por favor no te pongas a hacer locuras —dijo para desviar mi atención—. Tú como médico sabes que necesitas tener abstinencia hasta que te recuperes de tus heridas.

—¿Madre? ¿Eres capaz de haber venido para poner una barrera entre Sebastián y yo? Ya lo dijiste soy médico y adulta, tengo la situación controlada —me defendí.

—Tus heridas son de gravedad. No sé qué fuerza te posee, que andas desde temprano y ni siquiera el agotamiento te detiene. Si me equivoco desmiénteme. Él no deja de mirarte, explícale, lo entenderá.

—Madre, si estuviera en la Sociedad Autocontrolada en menos de una semana ya estaría curada.

—Aquí esos métodos se usan nada más en emergencias.

Suspiré. No era coincidencia, pero la espera nos iba a matar lentamente a Sebastián y a mí. Si le decía a Sebastián, era capaz de irse a dormir a otro sitio para no tener que contemplarme como la manzana prohibida, como lo había hecho desde que se había enamorado de mí.

—Tú eres la reina de la sabiduría y la sensatez, madre —le dije a mamá—. No desvíes mi atención. Aún quiero saber sobre el origen de mi hermano. Creo que merezco una explicación.

—Anda con Sebastián. Yo tengo que hablar con Apolo.

Con esas palabras supe que Venus no estaba preparada, así que no quise presionarla. La vi acercarse a Apolo y decirle con dulzura:

—Hijo, no quiero ver esa sombra de preocupación de nuevo en tu semblante. El tiempo que hemos estado separados ha sido demasiado pero el sacrificio ha valido la pena. Las lágrimas que me tragué a lo largo de todos estos años, no fueron en vano. Cuando veo el hombre en que te has convertido me quedo sin aliento. Leila no lo pudo hacer mejor y a veces también eso se te olvida. Es normal que te enojes algunas veces con ella o conmigo. No olvides el amor con el que te ha ayudado a crecer, ni que ha sido tu madre y que tú eres su único hijo.

—Nunca lo olvido, madre. Mi tía y yo somos dos tercos renuentes a ceder, pero ella sabe cuanto la quiero —dijo Apolo.

—Sí que lo sabe —dijo nuestra madre.

Terminamos preparando una cena improvisada y todos nos sentamos a la mesa, como la familia que siempre habíamos sido. Sebastián se tragó la comida lo más rápido que pudo, se me acercó y con la cara más dulce que tenía me dijo:

—Hoy ha sido un día muy largo. —Me acarició la mano y añadió—: ¿Y si nos vamos a dormir temprano?

Mi hermano siguió comiendo ajeno a la situación, porque vivía inmerso en la filosofía de «vivir y dejar vivir». Mi madre, en cambio, me lanzó una sonrisa burlona. La experiencia de los años que me llevaba, no era en vano.

—No podemos dejar este desastre en la mesa para los demás. Hay que ayudar a limpiar y a acomodar todo —le dije a Sebastián.

—¿Lavar los platos? Puedo hacerlo, es más, quiero hacerlo —dijo Sebastián con toda la intención de demostrarme que estaba listo para afrontar cualquier reto.

—Mamá y Apolo, pueden retirarse a descansar. Sebastián y yo nos haremos cargo.

—Claro que no, hija. Ya es hora de que te acuestes a descansar. Llama a la enfermera para que te haga las curaciones y métete de una vez en la cama a dormir.

—Yo me hago cargo de la cocina —dijo Sebastián.

Mi madre me miró al comprender mis intenciones y terminó de convencer a mi hermano de tomarnos la palabra. Cuando se fueron, Sebastián se puso de pie y comenzó a recoger los platos uno a uno, los llevó a la cocina, vació su contenido y comenzó a lavarlos. Lo hizo con

tanta prisa que me quedé embelesada viendo la sincronía de su cuerpo con la espuma, el agua y los vasos de cristal. Quise ayudarle a secar, pero no me dejó. Me quedé en una esquina observándolo.

—Me avisas cuando termines —le dije.

—Ya falta poco —me contestó.

—Pon mucho cuidado, mi madre se pone histérica si nota que los platos no fueron bien lavados —bromeé.

—Es una tarea sencilla, he hecho cosas más complicadas, es algo muy simple para mí.

—Te has vuelto un poco engreído —le dije con una sonrisa.

—Puedes juzgarlo por ti misma, acabo de terminar.

Me acerqué para comprobar sus resultados. Cuando me sintió a su lado, me abrazó tan fuerte que la herida volvió a dolerme, pero ni siquiera me detuve a pensarlo. Me levantó por el aire, cerré los ojos mientras mi cuerpo resbalaba por el suyo, hasta que me hizo aterrizar sentada sobre la meseta de la cocina. Tragué saliva para contenerme y regresar al plan original. Yo quería distraerlo, ponerlo a trabajar para que se cansara, para que cayera rendido cuando pisara la habitación. No pude seguir pensando, los besos de Sebastián llegaron en cascada y se apoderaron de cada rincón de mi cuerpo. Él tenía ganas de divertirse. Sus besos me hicieron cosquillas. Mis carcajadas le provocaron reír y cuando lo vi, me perdí en su sonrisa. Mi seriedad era lo que menos yo necesitaba en ese momento. Al verme, él reaccionó como movido por un sensor que se activaba al percibir la energía sexual. Dejó de jugar y se lanzó a mi boca. Me aferré a la premura de sus labios y al abrir los ojos me tropecé con la urgencia en su mirada. Eso me descolocó. Lo vi en sus ojos, estábamos a punto de traspasar la puerta del no retorno.

Me cargó sin dejar de besarme y me condujo a la habitación, mientras nos íbamos perdiendo el uno en el otro y una vocecilla en mi cabeza me decía que no me pasaría nada, que me entregara a él, que si lo hacíamos con delicadeza mis lesiones no sufrirían daños mayores. Sebastián se deslizó en la cama junto a mí, por la fricción y el peso de su cuerpo, sentí un dolor tirante de mi costado y no pude disimularlo. Hice un gesto que lo puso sobre alerta.

—¿Qué te sucede? —me dijo sin detenerse, mientras me sacaba la blusa casi de un tirón.

—Nada —susurré e intenté desvestirlo también.

Mis vendas blancas quedaron al descubierto y antes de que me sacara el pantalón, me dijo:

—¿Tenemos que esperar? Lo digo por tus heridas. ¿Hay un tiempo límite para esto? —No contesté, al comprobar que Sebastián ni siquiera se detuvo. Terminó de quitarme el pantalón y de tirarlo en un rincón del cuarto. Me atrajo hacia sí por las caderas con más fuerza y pude sentir su cuerpo estremecerse. No imagino cómo esperaba una respuesta de mi boca, si volvió a apoderarse de mis labios. Ya él tampoco tenía ropa. Se dio la vuelta lentamente, mientras mis piernas seguían alrededor de su cintura y yo quedé encima—: ¿Así, está mejor? Para que no te lastimes —dijo tratando de aplastar la duda que le había asaltado apenas unos segundos.

—No dejes de besarme —le susurré.

—Escúchame. ¿Hay alguna contraindicación médica para esto porque creo que sí?

—¿Y hasta ahora se te ocurrió preguntar? Tengo que esperar, pero no sé si quiero aguardar un minuto más.

—¿Cómo si quieres?

—¿Acaso tú puedes aguantar?

Se sentó en la cama, conmigo aún encima.

—Quiero ver tus heridas —dijo y ya estaba descubriendo mis vendas—. No se ven mal, están cicatrizando bien, pero…

—Siempre hay un, pero.

—Ya van dos veces en el día de hoy y no me hablas claro. ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio? Quiero cuidarte y que sanes. ¿Por quién me tomas? —Acarició mis senos, dio un largo suspiro y añadió a la par que me ofrecía algo para cubrirme—. ¡Vístete!

—Si no soportas quedarte en esta cama, puedes dormir en otra pieza de la casa. Si te quedas conmigo seguiré besándote.

—Solo si me quieres volver loco. Yo puedo esperar, corazón, pero tampoco te me lances encima que no soy de hielo. Te lo advierto, nada me sacará de esta habitación ni me privará de dormir abrazado a ti toda la noche. Así que más te vale quedarte quieta o no respondo —dijo exhalando para calmar todos los deseos contenidos.

—Hay muchas cosas que aún podemos hacer para entretenernos mientras tanto —le sugerí.

—Eso sí que no. No abuses de mi autocontrol. No me voy a conformar con unos jueguitos y voy a querer más. Otro día tal vez pueda, pero hoy no.

4



Despegué los ojos cuando recién amanecía y lo primero que divisé fue el rostro de Sebastián muy cercano al mío, con las líneas suaves y relajadas como no lo había percibido en meses. Uno de sus brazos me afianzaba a su cuerpo, para que no le abandonase durante la madrugada. Me perturbó la sensación de pertenencia que se apoderó de mí, quise dejarla pasar y encontré resistencia. La confianza con que él descansaba, se reflejaba en su expresión incluso dormido y era la misma que yo tenía en mi conciencia. Tal vez era lo que sentían las parejas que tenían el privilegio de despertar juntos cada mañana.

La noche anterior se extinguió, despertamos como recién casados y me preguntaba cuánto se prolongaría esta percepción trastornada de la realidad. Cada segundo a su lado los latidos en mi pecho eran más intensos. Tan solo reparar en él, verlo, oler su aroma, sentir el roce de su piel, acariciar sus cabellos, escuchar su respiración, todo me sobrecogía. El contorno de su cuerpo era abrazado por el espectáculo del amanecer. Aquella imagen se quedaría en mi mente para siempre. Detrás de él, el amplio ventanal de cristal dejaba vislumbrar al mundo que despertaba al unísono que nosotros. El rocío empañaba un poco la transparencia, que le permitía a la naturaleza introducirse en la habitación. Era la felicidad desbordante que amenazaba con aniquilarme en una oleada de emoción.

Los párpados de Sebastián se entreabrieron a la par con sutileza y su sonrisa floreció al ver que lo observaba. Le besé la frente y él me abrazó sin dejar que ni una pequeña brisa se colara entre los dos. La paz que brillaba

en sus pupilas no la había visto desde hacía tiempo. Era la misma de cuando descubrí su esencia y me enamoré de su alma, en aquel despeñadero que fue testigo de nuestra historia. La claridad nos iba invadiendo y la placidez que respirábamos en ese instante, nos devolvía lo más temprano de nuestra adultez. Sentía vibrar el triunfo de nuestra independencia y la sensación de inmensidad se posesionaba de la cara de nuestro amor. Él también, como yo, seguía pensativo, pero sin dejar de reparar en mí.

—¿En qué piensas? —le pregunté en voz baja.

—Al fin estamos juntos. Podría hacer esto todos los días, amanecer a tu lado —contestó.

Me le acosté encima y le cubrí el rostro de besos. Él me afianzó a su cintura y me dio un abrazo largo. Quiso ser cariñoso, pero vi cómo se le encendieron las mejillas, y le cambió el ritmo de la respiración. Sus brazos continuaron cercándome, pero ya con otra intensión. Acarició mi garganta y continuó bajando hasta llegar a mi ombligo. Yo ya no quería detenerlo, no podía y menos si sus ojos se metían a través de los míos, y me desnudaban por dentro.

—Te amo —murmuró y siguió recorriendo mi cuerpo.

Le besé los ojos, los únicos que podían descolocarme así y sentí mi cuerpo dispuesto para ser suyo una vez más. Sus manos avivaban el fuego que me quemaba por dentro, sin importar por dónde eligieran transitarme. Las yemas de sus dedos acariciaron mi piel por debajo de la ropa, me estremecí, siguió descendiendo y de pronto se detuvo. Lo miré y le exigí que siguiera bajando. Fue cuando descubrí el motivo, había vuelto a tropezar con una de las vendas, justo como anoche. Sentí su sangre desacelerar, como un caballo salvaje que irrumpe de golpe su galopar más desenfrenado. Me abrazó un poco más para ponerle riendas a su deseo. Me besó en la frente.

—No te detengas —le imploré.

Por toda respuesta, se levantó y se puso un pantalón que encontró en el suelo mientras yo me moría de ganas. Se dirigió a las puertas de la habitación que daban a la parte trasera de la casa y las abrió de par en par. Me sacó de la cama y al ver la delicada tela de seda que dibujaba mi cuerpo, me tiró una sábana sobre los hombros. Me arrastró junto a él hacia afuera, le señalé mis pies descalzos y no le importó. Salimos y enterramos los pies en el césped que se desbordaba a su antojo, porque no había sido podado hacía rato. Me quitó la sábana mientras yo me erizaba del frío y la extendió

sobre el pasto. Creo que Sebastián eso deseaba, congelarme, para que dejara de mirarlo como animal en celo, que le saltaría encima para poseerlo. Me dejé convencer y seguí su plan. Nos sentamos a terminar de disfrutar el amanecer, con aquel aroma a vida que emanaba de los árboles que nos rodeaban. Los rayos del sol irrumpieron y dejé de sentir frío. El oxígeno se colaba en nuestros pulmones purificando nuestra existencia, mientras la conmoción de la libertad alimentaba nuestro espíritu.

—Este es mi regalo para ti, mi amor —me susurró al oído.

—Lo dices por algo específico, ¿qué estás tramando? —dudé.

—Aún nadie se ha despertado en la casa, es el momento propicio.

—¿Me pides que me escape sin darle explicaciones a mi familia? —pregunté.

—Luego les envías un texto y les explicas la necesidad de nuestra partida. No podría volverme a dormir, si no veo esa hermosa cabecita recostada en una almohada a mi lado. Esto es una ilusión que ha alimentado todavía más lo que he soñado para nosotros, pero no es real.

—Mi madre desea que nos quedemos, nos ofrecen su hospitalidad —le insistí porque comenzaba a sentirme a gusto en la UNA.

—No comparto las ideas de esta sociedad y no he venido para formar una vida en esta nación, mi idea era estar a tu lado. No deseo integrarme a ellos, ni cambiar mi forma de ver el mundo. No cambies los planes solo por creer que aquí estaremos mejor. La libertad aún nos espera.

Me recosté hacia atrás con los ojos clavados en el cielo y deliberé sobre la petición de Sebastián. Él se tumbó a mi lado mientras el sol calentaba más. El calor era un baño delicioso para la piel, no lo podíamos ignorar. Lo distraje con un beso para que olvidara por un rato aquella discusión. A escasos pasos de allí se escuchaba el chasquido del agua. No lo pensamos dos veces, nos levantamos a la vez y exploramos. Encontramos una empinada caída y más abajo un riachuelo que fluía. Regresé al descubrir la intención de Sebastián de descender sobre la inclinación del terreno y entre los árboles que crecían en el barranco de unos siete metros de altura. Me extendió la mano y medio titubeante se la tomé. «Ahora sí estoy convencida, quiere convertirme en un témpano de hielo hasta que mis heridas sanen por completo», pensé. Mis pies volaron por entre las piedras, los matorrales y el musgo, hasta lo más profundo del río, donde nos sumergimos convencidos de que la casa de Apolo era un tesoro enclavado en medio de la naturaleza. Las aves cantaban y algunos animales desconocidos para nosotros emitían los sonidos propios de su especie. La

frescura del agua se coló por cada poro de mi piel junto con los besos de Sebastián, quien juraba que cada ampolla que saldría en mis pobres pies valía la pena. Yo me quejé un poco, por uno de mis tobillos que se había raspado al bajar y que me ardía por el contacto con el agua, también lo hice por el dolor que me producían mis lesiones. Sebastián me siguió besando con una sonrisa burlona por el exceso de mis quejas. Planeé desquitarme de su arrogancia y esperé a tener su rostro lo suficiente cerca para sumirlo bajo el agua, pero él me llevó consigo. Apenas alcancé a tomar un poco de aire antes de sumergirme y al unísono emergimos salpicando a nuestro derredor.

Me convenció sin palabras de seguirlo a cualquier parte del mundo. Mi lugar era con él, no importaba que fuera en Tierras Inhóspitas, en una cueva, debajo de un árbol, cualquier lugar junto a Sebastián sería el paraíso. Al reposar mi mirada sobre sus ojos, la confianza se apoderaba de mí. Su integridad me convencía de que para Sebastián no habría imposibles y que podríamos levantar un castillo, sobre las ruinas de cualquier ciudad perdida. Me abracé con fuerzas a su pecho ante la idea de proseguir nuestro camino. Él sintió mi determinación y me preguntó cuándo partiríamos. Iba a decirle ahora. No pude responderle, una sombra a lo lejos nos distrajo. Alguien estaba en lo alto del barranco, de seguro nos miraba. Era imposible distinguir sus rasgos por el brillo del sol que nos enceguecía.

Escalamos sin la ayuda de la pendiente a nuestro favor. Subir costó más que bajar pero era menos intimidante. Arriba, la figura que nos esperaba tomó forma cuando nuestra visión terminó de acostumbrarse a la luz. Sostuvimos algunos segundos aquella mirada lacerante, que nos reclamaba el importe hasta del aire que estábamos respirando. Era Leila Salvat acompañada de uno de sus escoltas, mi madre llegó casi al unísono e intentó mediar.

Me sujeté a la mano de Sebastián, luego de colocarme a su lado, para dejar en claro que lo protegería. Leila se le quedó mirando a Sebastián algunos segundos, de seguro quiso saciar la curiosidad que le generaba nuestra relación. Era un instante en el que recibir al recién llegado con un saludo no era la mejor opción. Aguardamos por una palabra de Leila, para confirmar el comentario de mi madre de la noche anterior, que su hermana había cedido ante la presión de la familia y que dejaría libre Sebastián. Las miradas de Sebastián y Leila se cruzaron como la de dos animales crispados defendiendo su territorio. Mi madre invitó a todos a pasar a la sala para

aligerar el ambiente. Dos guardias más entraron en escena. Leila con los brazos cruzados sobre el cuerpo, se dirigió al interior de la casa. Los guardias le siguieron y mi madre nos animó para que les acompañáramos.

Sebastián y yo nos encaminamos a la habitación, nos secamos y cambiamos de ropa. Mientras me cepillaba el cabello reparé en las plantas magulladas de mis pies. Sebastián se acercó y con devoción las acarició. En la expresión de él, leí su advertencia de peligro y su convicción: huir.

—Ya estaríamos lejos —me dijo.

—De habernos ido anoche —comenté—. Tranquilo. No vino a detenerte o ya lo habría hecho. Nos vamos en la madrugada, no necesitamos el maldito permiso de paso, buscaremos la forma de cruzar.

Revisé el estado de su herida y medí el daño de las mías. Le pedí a Sebastián que aguardara por mí, busqué un botiquín en algún lugar para cambiar mis vendas, pero la enfermera llegó con todo lo necesario y en contra de mi voluntad la dejé ayudarme. Cuando estuvimos listos nos dirigimos al amplio salón, donde ya todos estaban reunidos.

Noté que los guardias se habían retirado y aguardaban a algunos metros. Todos hicieron silencio cuando nos adentramos al salón. Mi madre carraspeó la garganta justo cuando llegamos, para indicar al resto nuestra presencia. Leila permanecía sentada en un amplio sillón. Apolo estaba recostado a una de las columnas del cubo de luz, del centro de la habitación, con mi madre a su lado. Se notaba, por la tensión de los músculos de los presentes, las posturas, las miradas, los movimientos y más, que formaron dos bandos sobre lo que sea que discutían. Mi madre y Apolo de una parte, de la otra Leila.

—Al fin tengo la oportunidad de conocer en persona a quien ha dividido a mi familia, o más bien, a quien la ha vuelto en mi contra —se corrigió Leila.

Sebastián, hacia quien estaba dirigido el comentario anterior, se mantuvo firme y no le siguió el juego. Ni siquiera le contestó, él sabía que le convenía escuchar más que hablar. Tampoco dije nada, no quería hablar por él, respeté su silencio. Mi madre se nos acercó y nos pidió que nos sentáramos justo frente a su hermana. Lo hicimos y aún Sebastián continuaba mirando a Leila a los ojos, con cierta rigidez en la mandíbula. Le toqué la mano a Sebastián y aquello lo distrajo. Él se volvió hacia mi rostro y noté como su expresión rígida logró suavizarse. Leila continúo:

—Anoche por más que intenté dormir, fue inútil. Me levanté temprano como siempre y al acudir al comedor encontré la mesa vacía. Ni mi amado

sobrino ni mi hermana se encontraban para acompañarme; así que vine a constatar el motivo por el cual toda mi familia se había esfumado.

Desde nuestros asientos pudimos ver que otros guardias merodeaban la propiedad, lo que era hasta cierto punto esperado. Mi madre intervino ante la tirantez del silencio que se acrecentaba:

—Eres bienvenida, hermana.

—Leila, siento mucho mis palabras de ayer. No manifesté mis ideas de la forma apropiada —dije con la intención de calmarla, para que dejara el camino despejado y se fuera lo más pronto posible. No quería a sus guardias rondando la propiedad cuando Sebastián y yo huyéramos.

—Disculpas aceptadas, Paz, así está mejor —manifestó Leila—. ¿Mayor Casals, qué tan cierto es todo lo que he escuchado sobre ti? —dijo volviéndose a Sebastián—. Mis sobrinos te admiran. Es una situación un tanto difícil debido a tu rango y a tu cercanía con el opresor de la Sociedad Autocontrolada. Me dicen que has desertado, eso no te deja en muy buena posición frente a tu ejército. Lo que me sorprende son los motivos de tu renuncia y los actos cometidos en perjuicio de tu gobierno, sin una base sólida que los fundamente. No es que no crea en el amor, pero las mujeres y los hombres de guerra estamos por encima de él.

Sebastián continuó en silencio con una expresión receptiva, mientras Leila lo escaneaba con la mirada y él le hacía lo mismo a ella. Yo le tomé la mano a Sebastián, intenté sentir la temperatura que desprendía para anticipar su reacción. Sebastián sabía disimular, pero desde que salió de la Sociedad Autocontrolada y respiró la autonomía, se permitía ser más trasparente; aquello era lo que me temía: que estallara en contra de Leila, que dijera algo que comprometiera su posición en la UNA. Nuestro plan era escabullirnos y para eso necesitábamos ser discretos. Apolo continuó congelado, en la misma postura, observando el panorama completo. Mi madre sonreía intentando contagiar con la armonía que siempre había resguardado en su corazón a los presentes. Por eso ella se aventuró a decir para mi sorpresa:

—Todo lo que has escuchado de él es verdad. En todos los años que tengo de conocer a Sebastián, puedo asegurarte que es alguien valioso y que nos honraría si perteneciera a nuestras fuerzas.

—Agradezco la hospitalidad que me han brindado, entiendo la desconfianza que pueden sentir hacia mi persona, pero solo busco el permiso de paso. Quedarnos sería incómodo para todos, si Paz quiere

acompañarme reanudaremos nuestro viaje cuando ella esté lista —dijo con honestidad Sebastián, lo cual concordaba con su interrogatorio.

—¿A dónde se dirigirán? —inquirió Leila.

—Hacia donde podamos establecernos —respondió Sebastián.

—Es una idea romántica y desatinada. Imagino que fue una decisión poco premeditada. Viven en tu sociedad o en la nuestra, no hay de otra. Las tierras despobladas son inhóspitas y salvajes —dijo mi madre quien se opuso a dejarme partir sin un rumbo cierto—. Si lo que les motiva a huir es que sienten que no tienen cabida ni allá ni aquí, puedo entenderlo. Sin embargo, en vistas de la situación, lo más sabio es que se queden un tiempo con nosotros. Acá pueden ser muy útiles, ambos son jóvenes y pueden rehacer su vida. Sebastián, creo que sería inteligente tomarte el tiempo de conocer nuestra causa y darte cuenta que defendemos algo justo. Desde tu mundo, te han enseñado a creer que nuestros ideales son absurdos, pero sé que en tu corazón amas la equidad. Eso es por lo que luchamos. Necesitarás mucho tiempo para enamorarte de nuestra tierra, pero si lo haces, verás que el cielo es el límite para tus sueños.

—Ahora si no entiendo nada, mayor Casals —comentó Leila y con el tono déspota que le acompañaba en ocasiones, continuó profiriendo—: Te enamoras de Paz que ha quebrantado las raíces de la seguridad de tu estado, colaboras en la huida de quien atentó contra el tirano, salvas a Apolo que se introdujo en tu nación para infringir sus leyes, contravienes a tu propio cargo y traicionas a los tuyos. Con estos actos, te llevaste por delante la responsabilidad de salvaguardar a tu mandatario. ¿Si no le eres fiel a tu líder, ni sientes respeto por esta tierra que estás pisando… hacia quién es tu devoción? ¿O es que acaso no tienes patria?

—Mi patria es el planeta sin divisiones —respondió Sebastián con voz serena y se puso de pie—. Con permiso, me preparé para partir.

Aquella respuesta no me la esperaba y aunque usó un tono de voz calmado, noté que se arrepintió de inmediato por decirlo. Habíamos quedado en algo y se dejó descolocar por la presión de Leila.

—No tienen que irse, no hasta que aclaren sus ideas y tomen una decisión con sensatez —arguyó mi madre desesperada al imaginar que me marcharía hacia un rumbo desconocido y agreste.

—Se pueden quedar, si es lo que deciden —concluyó Leila—. Casals, creo que soy capaz de dejar que te quedes, solo por la reacción que provocarás en tu mandatario. Me encantaría ver la cara que pondrá Ademar King cuando despierte de su hibernación y descubra que el hombre que

había destinado para protegerlo, no solo no lo hizo, sino que también le ha traicionado —dijo y cuando pensé que una risa cínica iba a brotar de sus labios se puso más seria aún—. Te soy honesta Casals, no me agrada que te quedes, no me gustan las personas que abandonan sus raíces y traicionan a su propia gente. Por otra parte, sé que nuestra causa es magnánima y enamora a quien tiene la oportunidad de conocer que es auténtica. Puedo entender que al hacer un recuento de la historia y valorar los estatutos de tu nación, comprendas cuán incongruentes son, cuán despiadados son, cuánto vulneran y desprecian la condición del ser humano. Por lo mismo, entiendo que te sientas decepcionado y que busques una alternativa a la que puedas servir. Solo espero que la ingratitud no te acompañe a cada empresa a la que te quieras adherir.

—No dejé mi nación porque haya decidido cambiarme de bando, estoy aquí por las circunstancias. Allí no podía vivir con mis decisiones. —El tono de Sebastián seguía siendo moderado.

—Entonces tú no renunciaste a tu patria, ella te abandonó a ti y eso te deja doblemente huérfano —arremetió Leila contra Sebastián.

Aquel golpe destrozó lo que quedaba de la coraza de mi amado de acero, la redujo a polvo. Lo pude notar por la expresión de su cuerpo adolorido y la mirada perdida. No quise exponerlo más, recogí los pedazos de su orgullo esparcidos por la sala y lo acompañé a la habitación. Leila, convencida de haber cumplido el propósito de su visita, se retiró con su séquito. Pude ver la piedad hacia Sebastián asomarse en la mirada de mi madre. Apolo continuó entumecido, muy pensativo, con miles de ideas dándole vueltas en la cabeza, pero al ver que Sebastián y yo empezamos a caminar, reaccionó y nos siguió detrás. Sebastián no se detuvo en nuestro cuarto, lo atravesó en línea recta, salió por la puerta de cristal que habíamos dejado abierta y continuó sin detenerse hasta donde terminaba la parte llana y se precipitaba el barranco. Allí se sentó justo en el borde. Apolo y yo lo seguimos. Para tranquilizarlo le aseguré:

—Estoy lista para partir cuando lo digas.

—Creo que tu madre tiene razón. No tomemos una decisión tan importante para nuestras vidas a la ligera, quedémonos un tiempo. Hasta ahora me doy cuenta que he perdido todo por lo que luchaba, todo menos a ti —apuntó Sebastián.

—Nunca quise pisotear tus ideales ni los de mi padre, ni irrespetar los de mi madre o Apolo. Solo he aprendido esto al transitar sobre la frontera de los principios de las dos potencias que imperan, que las ideas

preconcebidas de cómo debe ser el mundo tienden a caducar —dije para intentar calmarlo.

Apolo se sentó junto a Sebastián y comenzaron a filosofar de la vida. Abracé por la espalda al hombre que amaba y acaricié la mejilla de mi hermano, antes de dejarlos conversando. Me dispuse a encontrar a mi madre a quien me imaginaba en la cocina, quería ayudarle a preparar algo de comer, en vista de la hora que era. Mi sorpresa fue grande al ver la cocina desierta. La busqué por todos lados hasta que la encontré sentada en un sofá, con el rostro entre sus manos, llena de consternación.

—¿Qué te pasa madre? —indagué.

—Espero no equivocarme, algo en mi corazón aún tiene reservas hacia Sebastián. En todos los años que convivimos, pude percibir que es un gran hombre, pero también un soldado, un soldado que por seguir órdenes estaría dispuesto a lo que fuera —dijo.

—¡Madre! Sebastián ha abierto su mente. No es la UNA o la Sociedad Autocontrolada lo que nos rige, queremos algo más.

—Tú quieres algo más, hija. Él solo te quiere a ti, está dominado por el deseo e irá al fin del mundo si es necesario para tenerte, pero no veas en él tus ideales. ¿El planeta sin divisiones es su patria? Esa eres tú, no él.

—Madre, yo dejé todo por Sebastián y lo haría de nuevo.

Le dejé claro para que no me presionara. Quise convencerla del cambio de Sebastián, pero no pude hacerlo, sabía que solo el tiempo le daría a mi madre la claridad para entender a Sebastián en su plenitud. Le dejé un beso en la frente y le pedí que no se agobiara más. Me dirigí a preparar la comida y ella me retuvo por el brazo, observó que la herida de bala había comenzado a sangrar, negó con la cabeza y la vi pasar de la preocupación al enojo.

—Te desgastaste al bajar al río y de seguro quién sabe qué otro «esfuerzo» haces cuando se encierran en la habitación —aseveró—. ¿Así quieres que me quede tranquila? No te cuidas. Iremos al hospital.

—No es necesario, me revisaré con ayuda de la enfermera —dije. Ni loca iba a dejar que me llevara al hospital. Con qué cara iba a enfrentar al médico cuando mi madre me echara el regaño que ya estaba ensayando. Yo había estudiado Medicina y había olvidado cumplir con todas las recomendaciones, que no me cansaba de recitarles a mis pacientes. Añadí—: No supongas tantas cosas. Sebastián es el primero que no me arriesgaría. Los dos somos adultos y responsables. ¿Por quién nos tomas? —reiteré tratando de poner ante mi madre una imagen de suficiencia.

—Iremos a ver a un médico.

—Soy médico —insistí muy digna, aunque la cara ya estaba a punto de caérseme de vergüenza.

—A veces se te olvida.

5



Desde que mi hermano y Apolo se sentaron al borde del barranco a conversar, Sebastián había tomado una decisión. Lo supe dos días después, cuando tuvieron que ingresarme porque mi herida retrocedió en su proceso de cicatrización.

—Voy a retomar mis estudios. Esta mañana tu hermano me acompañó en mi búsqueda y he encontrado un sitio —me dijo.

—¿Eso significa que no seguiremos huyendo? —pregunté.

—Nos quedaremos —se acercó y me besó en la mejilla—. El médico dijo que en una semana puedes estar de alta y continuar la recuperación en la casa, pero tu madre exigió que te dejen ingresada un tiempo más. Me cree culpable de seducirte para cosas impropias en tu estado.

—¿Cómo bañarnos en el río? —pregunté. Él sonrió—. No le hagas caso, ya el médico dijo que no fue el detonante de la infección.

—Créeme, con Venus cerca recordé lo fastidioso que es tener una madre. Me dejó en vergüenza delante del doctor, dijo que desde que llegamos a la UNA nos la pasábamos encerrados en la habitación sin importar las implicaciones —dijo a carcajadas.

—Pesado —le dije—. Nunca me hablas de tu madre. ¿Cómo era? ¿La extrañas?

—Como suelen ser todas las madres, creo. Un poco parecida a la tuya. ¿Qué quieres hacer, quedarte ingresada o regresar en una semana? —Me cambió el tema como en otras ocasiones.

—Irme muy lejos contigo —le dije con seriedad.

—Ese ya no es nuestro plan, por ahora. Sería cuestión de tiempo para que King nos encontrara. Nos pasaríamos la vida huyendo. Sería una vida miserable. Tu madre y tu hermano hablaron conmigo. Tu tía nos ofreció quedarnos.

—De seguro ellos se lo pidieron.

—No hay guardias vigilándome ni me he sentido acosado. Dejemos que las cosas fluyan, en un par de meses revaloramos la situación.

Desde que salí del hospital, con un largo instructivo sobre los cuidados que necesitaba, en aquel corto período en la UNA, Sebastián se había dedicado a trabajar en sus inventos. Se enfocó en los estudios como una prioridad. Así, él dejaba de pensar en mí mientras las heridas cicatrizaban. Yo seguía con los tratamientos alternativos de la UNA, con los que yo no estaba de acuerdo debido a mi formación. A pesar del largo listado de efectos secundarios de nuestros medicamentos que me había recitado el médico. La sed de aprender que siempre había tenido Sebastián, se había desbocado en los últimos meses. Yo se lo achacaba al tiempo libre del que ahora gozaba. Solo era cuestión de tiempo, según nos había asegurado mi madre, para que termináramos de establecernos.

Mientras Sebastián se había matriculado en un curso avanzado de Desarrollo de *Software* y estudiaba desde la mañana hasta la tarde, yo había dejado una solicitud laboral en una sociedad de médicos que cumplía con mis expectativas. La agrupación tenía una clínica de tamaño considerable en las afueras de la ciudad, con todo el equipo necesario para ser autosuficiente. Lo que me convenció de unirme al grupo, fue que contaba con una red de apoyo en diversas ciudades y que tenía dispositivos móviles, mediante los cuales se podía viajar por aire o tierra a diversas regiones, para llevarles los más recientes adelantos médicos. Me dediqué a esperar, a que mi herida cerrara por completo y a que llegara la respuesta sobre el empleo.

Después de cinco semanas, se comunicaron conmigo. Me realizarían una entrevista y con el corazón latiéndome en el estómago acudí temprano. Los nervios me abandonaron tras la primera charla informal con el director de la clínica. Me sorprendió el ambiente, si no me quedaba me iba a pesar, era perfecto para mí.

—¿Cuándo quieres comenzar? —dijo de pronto el director—. ¿Te agradaría comenzar mañana?

—¿Eso es un sí? —dije.

—Por supuesto, muchacha. Seremos los únicos en contar con un médico formado en la Sociedad Autocontrolada.

—Pensé que eso sería una desventaja.

—Vamos a fusionar nuestros métodos, desde ahora te digo, Paz, que nos esperan muchas cosas buenas. ¿Te espero mañana?

—Es que…

—¿Te lo estás pensando? —me cortó.

—No. Quiero trabajar con ustedes, solo que salir de la Sociedad Autocontrolada no fue fácil y aún me recupero de las lesiones.

—Súbete a la camilla. Anda —me dijo con confianza. Revisó con detenimiento cada herida y puso especial énfasis en la que se había infectado—. Puedes comenzar hoy mismo si quisieras, ya estás lista para hacer tu vida normal.

—¿Por completo? —dije.

—Así es. ¿Tú qué opinas? ¿No estás de acuerdo con mi diagnóstico?

—No es eso. Es que mi médico siempre me da de largas. Pero ahora entiendo el motivo. —Imaginé a mi madre presionándolo. Con su parentesco con Leila Salvat, de seguro al doctor no le había quedado otra alternativa más que complacerla—. Tengo que irme, doctor. Recordé que tengo que hacer algo urgente. Mañana estaré aquí sin falta. Gracias.

Corrí por los pasillos de la clínica, sin dejar de admirar los colores, las personas y los espacios que ahora formarían parte de mi vida. Subí al auto y conduje como hacía rato no solía hacerlo. Apreté el acelerador, subí el volumen de la música y me aseguré que era dueña de mi destino. Sebastián se había liberado del ejército de la Sociedad Autocontrolada y al fin se dedicaba a lo que en verdad le gustaba. Yo ya no tenía que seguir luchando por lo que amaba, tenía a mi familia, podía dedicarme a salvar vidas y tenía a un Sebastián pleno a mi lado. Podría decirse que enloquecí de felicidad, pero aquí en la UNA eso no le importaba a nadie. Al contrario, la gente reía contigo si te veía desfallecer de alegría.

Me detuve en el estacionamiento de la escuela de Sebastián y le hablé a su guía para que saliera a encontrarme afuera, le dije que tenía una sorpresa para él. A Sebastián no había que pedirle las cosas dos veces, aceptó antes que yo irrumpiera en su salón y todos se enteraran que el largo período de abstinencia para nosotros había terminado. Lo encontré mientras caminaba hacia mí por uno de los pasillos, me lancé a sus brazos y me alzó mientras se apoderaba de mis labios sin reparar en los presentes, o más bien, libres

de besarnos donde se nos antojara porque la gente de la UNA seguía en sus propios asuntos y si nos miraban era para sonreír, felices por la dicha de sus congéneres.

—¿Cuál es la sorpresa? —me exigió.

—Ya estoy completamente recuperada.

—¿Tuviste que venir en persona para decírmelo?

—Moría de ganas de ver tu rostro al escuchar que hoy cuando regreses a casa… —No pude terminar la frase porque él me interrumpió.

—¿Estás loca si piensas que voy a volver a la clase y que podré concentrarme en otra cosa que no seas tú? Me muero por encerrarme contigo en la habitación, ahora sí de verdad. —Me apretó contra su pecho y me susurró muy cerca de mi oído—. Vamos. Ahora es buen momento, todos están fuera y tendremos la casa para nosotros.

Cuando me dejé caer en la cama, ya no estaba segura de estar lista para esto. El momento había llegado, habíamos dejado de huir y me parecía una locura lo que debió ser normal. Poder frenar, dejar de correr, encontrar un sitio donde no era necesario esconder lo que sentíamos, después de tanto tiempo esforzándonos para disimular nuestras miradas y los suspiros que se quedaban atorados en nuestra garganta cuando vivíamos inmersos en el universo de los King. Nada nos impedía quitarnos la ropa, abrazarnos sin temor que a la siguiente mañana estallara en mil pedazos todo lo que habíamos construido… El mundo se detuvo.

—Estás temblando —me dijo tras deslizarse a mi lado.

—Hay demasiada luz. Por más que cerré las cortinas, el sol se las arregla para colarse por cualquier rendija. Y no sé por qué no dejo de temblar. Es terrible cuando llega el instante que tanto querías y te das cuenta que la expectativa te ha hecho susceptible, y que, aunque lo deseas todos tus miedos se las arreglan para hacerte dudar.

—Eres perfecta para mí, en todo lo que dices, en lo que piensas y en lo que haces. Si algún día te digo lo contrario, puedes estar segura que estaré mintiendo y la prueba de ello es que seguiré a tu lado.

—¿Aunque pongas esa cara de tonto que pones cuando te enojas?

—Incluso así.

Se subió encima de mi cuerpo sin dejar de mirarme a los ojos. Tal vez ya se había dado cuenta del poder que ejercía su mirada en mí. La influencia de su ser, el sonido de su voz, su respiración rozándome y aquel

rostro plácido muy cercano al mío, que no dejaba espacio en mi mente para nada más. Podía ver la piel de su pecho palpitar como resultado de los latidos precipitados de su corazón. Si escucharlo decir «te amo» aceleraba el mío, oírlo decirlo atravesando mis ojos y clavando su mirada en lo más profundo de mi alma, me deshacía por dentro. Temía que si lo dejaba introducirse en mí, cruzaría mis piernas sobre su espalda, para atraparlo y no dejarlo salir nunca más. No hizo falta ningún juego preliminar, ya estaba lista para morir en sus brazos todas las veces que él me lo pidiera. La urgencia que me devoraba era la misma que no me había permitido renunciar, incluso cuando parecía que la tormenta nos iba a envolver en su negrura, hasta que nos perdiéramos el uno del otro. Unas gotitas de sudor le recorrieron la frente, el peso de su torso me hundía sobre la cama y sus hermosos labios se prendían a los míos y me obligaban a dejar de respirar, hasta que la necesidad me recordaba que tenía que meter aire dentro de mis pulmones si quería seguir viviendo. No podía hacerle un alto a mis pensamientos, ni a todas las imágenes y sensaciones que captaban mis sentidos. Morí de placer, estaba tan relajada que creí que tendría que dormir una eternidad para recuperar mi energía. Sebastián volvió a apretarse contra mi piel y resucité con una fuerza más allá de la habitual. Ahora sabía para qué estábamos vivos.

6



No sé cuándo perdí la noción de contar los días o los meses. Ahora solo podía medirlos por la apariencia de Sebastián. Tenía el cabello largo, dos o tres centímetros debajo de la nuca; la barba de continuo estaba emergente, se rasuraba en contadas ocasiones. Sebastián encajaba a la perfección con nuestra nueva ubicación en el mundo, pero solo su apariencia, él se mantuvo distante de los comentarios y la situación política. Yo hacía lo mismo, aunque me era difícil, por la constante persuasión de Leila y la sutil motivación de mi madre. Para liberarme de aquellas dos imitaba a Sebastián cuando podía.

De día me absorbía el trabajo en la clínica. En la tarde llegaba a mi casa y luego de compartir con los míos, me encerraba con Sebastián en nuestra habitación o salíamos para ver anochecer desde la cima del barranco. Los días de descanso nos perdíamos descubriendo las regiones de América Libre que todavía eran desconocidas para nosotros. Cuando no andábamos explorando, me sumergía en la clínica, donde atendíamos emergencias, atacábamos las epidemias antes que se desbordaran, viajábamos por todos los rincones de la nación atendiendo las enfermedades desconocidas y difíciles de diagnosticar. De continúo también atendíamos a heridos de guerra, por ellos sabía la realidad de la situación entre las dos potencias.

La noticia de la caída de otra ciudad-estado de la Sociedad Autocontrolada no se hizo esperar, todos en América Libre lo festejaban. Con cada victoria de la UNA yo solo podía pensar en mi padre, en lo que de seguro aquello le afectaba. Aquella mañana que supe de la derrota

sufrida por el general, pensé mucho en él. Desde que asumió su nueva responsabilidad como el Secretario de Defensa de toda la Sociedad Autocontrolada, ninguna ciudad-estado había sido usurpada. Me lo imaginé despotricándole a sus subalternos por los cabos sueltos que los hicieron vulnerables, pero muy en el fondo sintiéndose responsable. Los heridos llegaron a la clínica de manera desbordante y me sacaron de mis reflexiones. No tenían nada que ver con la ciudad colapsada de la Sociedad Autocontrolada. Los soldados que llegaban eran de un enfrentamiento en este continente. El ejército de Leila intentaba conquistar sin éxito la vecina ciudad-estado de América Unida, la que tantos años había dirigido mi padre. Tuve ganas de salir corriendo a reunirme con Sebastián, pero no pude abandonar a mis nuevos compañeros de trabajo, a los que ya consideraba mis amigos, con la faena. Trabajamos hasta altas horas de la noche para estabilizar a los pacientes. Cuando el médico jefe de mi equipo me comunicó que podía retirarme, no me ofrecí como otras veces a quedarme de guardia. Corrí hacia mi auto para reunirme con Sebastián, solo él podía entender mi angustia.

Lo encontré como siempre, en el pequeño taller que había construido en una sección de la casa de Apolo. Trabajaba en uno de sus inventos. Se sobresaltó al verme.

—Disculpa si te asusté —le dije.

—No es eso, solo que pensé que llegarías más tarde —dijo y por sus palabras intuí que sabía algo.

—¿Ya lo sabes, verdad?

—La Sociedad Autocontrolada pierde otra ciudad-estado, la primera desde que tu padre es Secretario de Defensa. Difícil no saberlo con los mensajes que llegan a mi guía y con toda la gente hablando de ello —contestó.

Reparé en su nueva guía, modelo de la UNA a la que Sebastián ya se había encargado de hacerle modificaciones.

—¿Y cómo te sientes? —pregunté.

—Es normal pensar en todos aquellos que conocemos. Me pregunto si alguno resultó herido o peor aún, si alguien perdió la vida. No lo negaré, eso me atormenta bastante. No es la política o el territorio lo que me afecta sino los amigos, la gente —dijo.

—Me pasa lo mismo, no puedo dejar de pensar en mi padre, mi tía, Diana, Owen y para que te voy a mentir incluso Sara, William. Por suerte para ellos la hecatombe fue lejos de la capital —expresé.

—Lo sé, mi amor.

Le eché otro vistazo a lo que él estaba haciendo, era una especie de radio o de receptor.

—¿Eso es…? —pregunté y él asintió antes de dejarme terminar de hablar. Palidecí.

—Sí, estoy captando una frecuencia ahora mismo, ¿quieres oírla?

—Nos vas a meter en un lío. Por eso el brinco que diste cuando recién entré. ¿Y si no hubiese sido yo? ¿En qué estabas pensando? Si te descubren van a creer que estamos atentando contra la seguridad de América Libre —intenté persuadirlo al temer que recibía información de una fuente militar.

—No es lo que imaginas. Me sirve para recibir una emisora de radio de América Unida, quería oír noticias de la capital de la Sociedad Autocontrolada —dijo.

—¿Por qué no escuchas mejor las noticias locales?

—Sabes que no es lo mismo. Están contaminadas con…

—¿De qué te has enterado? —insistí para evitar que hablara de más y que alguien lo escuchara.

—Parece que tu padre está bien y que sigue en su puesto —continuó hablando al ver mi cara inexpresiva. Yo ya sabía que mi padre estaba bien y aunque temía que eso pudiese cambiar de un momento a otro, Apolo utilizaba sus fuentes para obtener noticias sobre la situación del general Verena—. A parte de la ciudad-estado caída, la otra noticia más sonada es que Darcio Hébert sufrió un accidente, está muerto. Están trasmitiendo sus funerales en vivo. Incluso Ademar King II, pronunció un discurso en su memoria.

—¿Estás seguro? ¿Qué tipo de accidente? —indagué.

—Con un arma, dentro de su propiedad, es lo que se especula en las noticias —dijo.

—¿Dudas que haya muerto de esa manera?

—Hacía rato que Ademar King II tenía sospechas de malos manejos de los recursos del estado. Se sospechaba que incluso estaba relacionado con la UNA. Estuve al tanto de la investigación hasta que decidimos huir.

—¿Un simpatizante? —dudé.

—No lo creo. A él solo le movía el dinero y el poder. Era un hombre muy ambicioso —admitió.

—Temo por la seguridad de mi padre. Si Ademar King II sospecha de nosotros sería capaz de desquitarse con él, incluso podría suponer que mi

padre estuvo involucrado conmigo y con mi madre.

—Tranquila —intentó abrazarme y me escapé de sus brazos.

Di dos pasos hacia atrás y dije:

—Cuando me miras así, me da una impresión rara, como si me estuvieras ocultando algo. Si sabes algo de mi padre no dudes en decirme —mencioné y él permaneció en silencio. Terminó de atraparme entre sus brazos y me susurró que me calmara. Le pedí—: ¿Podrías infiltrarte de alguna manera en las transmisiones de Ademar King II para saber si refiere algo que nos pueda revelar si sospecha de mi padre? Estoy segura que podrías, tú eras su jefe de seguridad, conoces los códigos y aunque estoy segura que ya han de haber cambiado, si te lo propones tal vez puedas lograrlo.

—Vamos a la casa para que descanses un poco, estás exhausta —me evadió.

—No —me rehusé porque empezó a incomodarme su intención de hacerme cambiar de opinión.

—De acuerdo, lo intentaré, pero no sé si tenga éxito. Estamos muy lejos. Pero se me ocurren otros medios para obtener esa información. Supón que lo logro y que funcione. Si llegamos a saber que tu padre corre peligro, ¿qué vamos a hacer? Estamos del otro lado del mar y aunque así no fuera, sabes cuánto nos costó salir de allí. Estaríamos cruzados de brazos y con conocimiento de todo, eso sería peor.

—Al menos podríamos alertarlo —dije.

—No subestimes a tu padre, él no me necesita a mí para eso. Tiene aliados fuertes. Yo confío en que estará bien. Vamos a concentrarnos en nosotros. Hoy hemos decidido que no es nuestra guerra, hemos elegido para vivir esta parte del mundo y hay que seguir adelante —me reveló.

—Te agradezco tanto que hayas aceptado establecernos aquí al menos por un tiempo.

—Incluso lo he pensado para siempre. Soy feliz a tu lado, Paz. He reorganizado mis sueños, me estoy dando la oportunidad de estudiar y profundizar en mis talentos naturales, algo que siempre quise. Tal vez no tenga a Owen, a tu padre y a mis camaradas, pero en Apolo y en Paúl he encontrado dos grandes amigos. Incluso he conocido a personas que me resultan agradables y sinceras. Estoy comenzando a hacer otros amigos.

—Me reconforta oírlo. He soportado el peso de hacer miserable tu vida todo este tiempo —me sinceré.

Lo abracé y sobre su hombro exhalé mi tribulación. Sentía que lo tenía encerrado, aprisionado en nuestra porción del mundo con todo su potencial congelado, pero al verlo trabajando en sus inventos lograba calmarme. Me invitó a sentarme cerca de él y metió una de sus manos en el bolsillo. Terminé por sonreír cuando Sebastián me colocó en uno de mis dedos un anillo de metal grisáceo, el cual tenía a relieve las tres letras de mi nombre.

—Nunca tuve la oportunidad de regalarte un anillo, me sorprendiste el día de nuestra boda ante las leyes religiosas —dijo—. Con este anillo quiero retomar el lazo que nos une, soy tu esposo y tú eres mi esposa. Quiero que consultemos con un abogado la posibilidad de anular tu matrimonio con William, o divorciarte de él si lo otro no es posible. Te estoy pidiendo que nos quedemos a vivir como marido y mujer. Aquí veo que eres feliz en compañía de tu familia. Allá siempre vas a estar en riesgo por el servicio encubierto que realizaste —dijo.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Sí —dijo y besó mis mejillas.

Se llevó las manos al cuello y se desabrochó la cadena que descansaba sobre su pecho. Allí pendía el dije que me obsequió mi madre por mi cumpleaños número veinticinco, cuando intenté casarme con William y todo terminó en desastre. Sebastián me entregó el dije, el que yo misma le había arrojado aquel día que lo abandoné en el acantilado. Esta vez sí me lo dejó abrir. En su interior permanecía el símbolo que parecía una paloma, resplandeciente como lo recordaba, lo besé y acto seguido reparé en otro objeto: el chip de nuestro certificado de matrimonio. Lo había guardado todo este tiempo como algo sagrado, muy cercano a su corazón.

—¿Cómo no me dijiste nada? —articulé medio pasmada.

—Una vez me dejaste y quisiste desaparecer el certificado. Quería cerciorarme de que tu decisión de regresar conmigo no fuese solo un impulso —dijo.

—Jamás te dejé de amar —admití. Observé una de las caras internas del dije con detenimiento—. ¿También ves una paloma? —pregunté con sorpresa al recordar las palabras del religioso, y la confirmación de mi madre después, sobre que el símbolo de aquel dije era interpretado por la persona que lo observaba como lo que quería ver.

—No —dijo Sebastián y reforzó la negación con un movimiento de cabeza—. En ocasiones le llamo paloma porque así te escuché decirle alguna vez.

—¿Y qué ves tú entonces? —insistí intrigada.

—Solo trazos, pero lo amé porque para ti era importante. —Señaló hacia el medallón que descansaba sobre mi pecho, el que Sebastián me regaló cuando intentamos rescatar a Dafne. Finalmente entendí qué era aquella figura de bordes irregulares, que no se parecía a nada conocido.

Entendí el origen de lo que nos unía y de muchas decisiones que había tomado. Nos abrazamos con más fuerza aún. Era consciente de mis elecciones desatinadas en el pasado. No me arrepentía porque mis actos contribuyeron al descubrimiento de dos grandes sucesos para mi vida: conocer a mi hermano y reencontrarme con mi madre. El precio que pagué fue elevado: el general Verena seguía doliéndome más allá de la conciencia. Dejé de pensar en el pasado y en mi padre, intenté concentrarme en mi presente para no seguir sufriendo, por lo que ahora no podía solucionar. Para ver una sonrisa en el rostro de Sebastián le dije:

—Tendré que comprar un anillo para ti también, no creo que pueda conseguir uno tan bonito. Me esmeraré.

—Podría ayudarte con eso, puedo hacer un anillo tan increíble como éste si estás dispuesta a pagar el precio —mencionó mientras me invitaba a reparar en los detalles de la sortija.

Cuando deslicé la yema del dedo sobre el grabado de mi nombre en la joya, la palabra se desvaneció para dar paso al nombre de Sebastián, y en el tercer intento cambió a la frase «te amo», con el último roce quedó liso por completo.

—¿Cómo puedes hacer esas cosas? —indagué sorprendida.

—Tú me inspiras —dijo.

—¿Qué más hace? No creo que sea su única función.

—Si te lo digo no lo vas a creer. Promete que será nuestro secreto. No quiero que más de uno se vuelva paranoico o crea que estamos aquí de espías. Ya sabes, como dice ese refrán antiguo, el león cree que todos son de su condición.

—Ya dímelo —dije sospechando que alguna función rara debía esconder.

—Absorbe información.

—¿Qué?

—Si pones la mano y el anillo hace contacto con cualquier dispositivo portátil, guía, o sistema computarizado hace una copia de todo lo que tenga en la memoria, funciona de manera inalámbrica, desbloquea cualquier clave de seguridad e invade incluso dispositivos que estén

desconectados de la red. El único requisito es que esté muy cerca y su rapidez de extracción es de menos de un minuto. Podría estar más lejos e igual absorbe, pero la velocidad depende de la cercanía. Tienes que ponerle tu nombre para que entre en esa función —resolvió orgulloso de su invento.

—¿Y eso para qué? Es increíble pero no lo necesitamos. Así comenzó todo, a alguien en algún momento de la historia se le ocurrió diseñar un arma —mencioné desconcertada.

—Tranquila. Recordé el tiempo en que te dedicabas a robarnos información. Imaginé que te fascinaba este tipo de tecnología.

—Te equivocas. —Me quité el anillo del dedo y lo guardé en el bolsillo de mi pantalón.

—Toda mi vida he sido militar de carrera. En la guerra nací y crecí. Viendo como están las cosas una parte de mí siempre está en alerta. El Tratado de Tolerancia es un escrito sin vigencia. Hoy fuiste testigo de ello en el hospital. ¿Acaso Leila no quiere arrebatarnos América Unida? El general Verena tomará medidas para no perder otra ciudad-estado. Ya debe haber mandado refuerzos a América Unida y si Leila no se detiene, la ofensiva podría llegar hasta nosotros.

Como una pareja ya establecida discutimos y lanzamos nuestros comentarios en oposición a los argumentos del otro. Aquellas controversias no me agradaban, las emociones negativas que se agolpaban en mi pecho me alejaban de él y sufría al pensar que él sintiese lo mismo. Los dos lo percibimos e intentamos suavizar nuestro tono y el contenido de nuestras frases. Yo le conté de la locura desatada en el hospital ante la llegada en masa de los lesionados. Él me mostró otro de sus inventos, me contó como funcionaba algo que recién estaba diseñando y que era un proyecto de clases.

Terminé por dejarlo para ir a darme un baño y de camino a la habitación me tropecé con mi madre en el corredor. Estaba festejando como era de esperarse y me comunicó que Leila llegaría de un momento a otro.

7



La llegada de Leila significaba la invasión de nuestra privacidad por una veintena de guardias y el séquito de la mandataria.

—¿Por qué tienen que cenar aquí? —le reclamé a mi madre—. No es que no le agradezca que nos haya brindado refugio a Sebastián y a mí, lo sabes, pero es que Sebastián no termina de sentirse cómodo a su lado. Leila se lanza contra él. Creo que Sebastián es demasiado tolerante en su presencia, y que disfrutemos de su hospitalidad no significa que Sebastián tenga que humillarse.

—Hija, disculpa si no consulté con ustedes sobre esta cena. Sucede que era un momento propicio para que toda la familia se reuniera. Sabes que en la casa de Leila no es conveniente —dijo mi madre.

—Sí, ya sé que Sebastián tiene lugares vedados en la UNA. Lo sabemos y entendemos las razones —asentí.

—Creo que ya no está funcionando que vivamos todos juntos, ¿verdad?

—No es eso, mamá. Disculpa, es que ver a todos brincando de alegría mientras sé que mi padre está del otro lado de la línea no me deja indiferente —le recordé.

—¿Extrañas a tu padre? —me interrogó.

—Y quisiera que también lo hicieras tú o al menos que te preocuparas por su seguridad. Es absurdo lo que digo. ¿Por qué te inquietarías por él si es tu enemigo? —respondí—. Siempre escucho en cada una de tus frases un dejo de reproche hacia Sebastián, estás empecinada en demostrar que

mi relación no tiene futuro, como la tuya con mi papá. Por más que Sebastián ponga de su parte para que tú aceptes nuestra relación, no lo conseguirá. Nunca creerás en él.

—Tal vez piensas que no te apoyo en esta relación, pero es mi temor a verte fracasar. Mi error radica en creer que él se parece demasiado a tu padre y que, en algún punto del futuro, sufrirás de forma similar a lo que me tocó vivir —admitió su desconfianza.

—¿Qué dices? No es lo mismo. Sebastián sabe todo de mí y me ha aceptado; en cambio tú nunca le confiaste a mi padre tus intenciones, lo traicionaste desde siempre.

—Amé a tu padre cuando terminé de conocerlo más, pero él no se permitió conocerme. Me sorprendí un día enamorada de Edgar y no luché contra ese sentimiento, lo admití a conciencia y trabajé mucho para que alcanzáramos la felicidad. Hubo momentos en que pensé abandonar mi misión, y en que fantaseaba que éramos una familia normal, pero tu hermano me dolía del otro lado de la frontera y decidí seguir. Reconozco mis errores y no me culpo por ello, somos humanos. No lo culpo a él por sus desaciertos. Aunque perdoné cada herida que me hizo, probablemente sin tener noción de que me lastimaba, la reiteración de las pequeñas lesiones terminó por quebrantar mi confianza en la pureza de nuestro amor. No se trató de perdón. Admito que siempre me excedí en los límites del romanticismo y que tu padre es demasiado pragmático, pero cada gota de melancolía depositada en mi alma terminó por desgastarme.

—¿Y temes que me suceda lo mismo con Sebastián? —pregunté.

—La verdad es que yo perdí las esperanzas de compartir con tu padre la conexión que yo anhelaba, me costó muchas lágrimas aceptarlo. Edgar era capaz de salvarme de las garras de mi peor enemigo; no obstante, él mismo terminaba por lacerarme más con sus evasiones. Yo me rehusaba a reconocerlo porque deseaba encontrar en él al compañero de toda mi vida. El día terminó por llegar y con resignación, tuve que aceptar que él no me entregaría la pasión que yo pedía, que nunca sanaría mis heridas, ni hablaría mi lenguaje, ni tendría la sensibilidad para escuchar mis palabras. Yo sabía lo que podía esperar de él: un techo, un hogar, un amor a su manera distante. Comprendí muy tarde en lo que no me fallaría y se lo agradezco, pero yo necesitaba más. Él nunca terminaría de conocer mi esencia. No le importaba, no lo necesitaba, le llenaba que yo cumpliera con las expectativas que tenía para mí como su esposa. Mientras más callada estuviera, mientras más ausente me encontrara, era formidable para él; solo

así podía continuar concentrándose en sus asuntos, en sus intereses. Temí acoplarme a esa imagen que se construyó de mí. Sentí que una fracción de mí misma era anulada, la parte que con vehemencia yo quería que él conociera y amara, pero era algo que él no valoraba, al menos en mi persona, creo. Por eso seguí adelante con mi vida, con mis planes, con mis sueños por más difíciles que fueran de alcanzar.

—Pero eras su enemiga —insistí—. No entraste a su casa con buenas intenciones —lo defendí.

—Edgar no lo sabía y yo no sopesé el riesgo que suponía estar tan cerca de él cada minuto. Me enamoré y hubiese renunciado a mi misión si él… —dijo y se tragó el resto de las palabras.

—Madre —murmuré y la rodeé con mis brazos.

Apolo nos había escuchado desde otra habitación, se nos acercó y también la abrazó. Conmovidos continuamos escuchándola con lagrimillas en los ojos:

—Cuando supe que sería madre… Sabía que algún día tendría que irme y abandonar a Edgar, aunque para mí eso significara dejar parte de mi corazón con él. Tendría que resignificar mi condición como mujer y obedecer a mi naturaleza, ser aquello para lo que había sido destinada en el momento de nacer y que mi vida tuviese un valor importante para la humanidad. Me dejé llevar por un breve lapso sin pensar en nada, como aletargada. Cuando comencé a poner a funcionar mi pensamiento, nada parecía tener la firmeza requerida. Solo sabía que si era niño no iba a crecer a nuestro lado, jamás permitiría que le inculcaran las ideas de la guerra, del ejército, del poder. Si era niña todo podía ser diferente, Edgar sería más condescendiente con ella y no intervendría en su educación. No me pregunten los detalles de cómo engañé al padre de ambos. Con la ayuda de Leila logré sacar a Apolo, preferí renunciar a él y que fuera un hombre libre. Sabía que mi hermana le enseñaría los valores con los que nosotras crecimos y que si llegado el momento, él elegía lo contrario, lo íbamos a respetar.

Mientras nos abrazábamos los tres, saboreé la certeza de conocer el origen de mi hermano. Apolo y mi madre habían dejado de evadir el tema. Ya sabía quién era el padre de Apolo. Sentí una mezcla rara de emociones, no sabía si alegrarme al saber el lazo tan especial que me unía a mi hermano, consternarme ante las revelaciones de mi madre o entristecerme por la pérdida de mi padre. El general hubiese tenido una vida distinta de saber que tenía un hijo varón. Si mi padre conociera a Apolo se quedaría

sin palabras. Apolo era mejor que las fantasías de mi padre sobre un hijo y aunque sus corazones latían por causas opuestas, mi padre se sentiría muy orgulloso de él.

Leila entró y se nos acercó a los tres. Con afecto pasó una mano por el cabello de mi hermano, eso significaba mucho después de todos los momentos tirantes entre ellos. Apolo la abrazó con fuerza y con aquel gesto le agradeció ser una gran madre para él. Incluso sin el privilegio de ser llamada «madre» porque Leila siempre le dijo que era su tía, para que la presencia de Venus en su vida no se extinguiera. Mi madre se secó los ojos y yo terminé por soltarlos. Dije antes de salir de la habitación:

—Mamá, entiendo tu situación, pero éste es mi turno de vivir. Mi historia con Sebastián no es parecida a la tuya con mi padre. Te lo pido, por favor, permíteme equivocarme… o no.

—Tienes razón, Paz —hizo hincapié Leila—. No obstante, yo comparto el criterio de mi hermana. Ojalá erremos con el mayor Casals. ¿Qué pasará cuando la flama de la pasión se atenúe? ¿Qué gritará el corazón de Casals?

Antes de la cena, Sebastián me alcanzó en la ducha y mientras le comunicaba sobre las visitas que recibiríamos y él disimulaba su gesto de enfado, yo seguía pensando en cada una de las palabras de mi madre. Sebastián intentó negarse a acudir al festejo, pero desistió ante mi insistencia; sabía que eso empeoraría la imagen que Leila se había hecho de él. Lo animé recordándole que compartiría con Apolo y con Paúl. No fue suficiente, así que continué persuadiéndolo:

—Conocerás a un montón de aburridos aduladores de Leila —bromeé.

—¿Y no se sentirán invadidos por mi presencia? Digo, ¿acaso no temerán que oiga más de la cuenta? —dijo.

—No creo que suelten la lengua, tan solo inflarán un poco más el ego de Leila y saciarán la curiosidad de conocer al jefe de seguridad de Ademar King.

—Ex —me recordó.

Su sonrisa brilló para mí una vez más. Le ayudé a combinarse la ropa. Él prefería los tonos oscuros y yo lo terminaba convenciendo para que experimentara con el color. Yo hacía rato que no disfrutaba de lucir un vestido, y como la ocasión lo ameritaba, hurgué entre los vestidos que conformaban mi nuevo guardarropa. Aquí no tenía un closet que me dijera

qué ponerme y disfrutaba mucho de armar mis propias combinaciones, aunque en algunos momentos no tuviera éxito. Cuando quedamos listos los dos y nos miramos al espejo, algo se sobrecogió para mis adentros. Era nuestra primera cena formal como pareja y así la sociedad nos conocería. Corrí al pantalón que había tirado en el cesto de la ropa sucia y saqué el anillo que horas atrás me había obsequiado Sebastián. Besé el dije que descansaba sobre su pecho, con la prueba de nuestro matrimonio. Él se me acercó y me colgó el collar que tiempo atrás me había regalado. Cuando sus dedos rozaron la piel de mi cuello me estremecí, vibró en mi interior el deseo vivo que sentía por él de forma constante: cuando me tocaba, cuando lo miraba, cuando lo escuchaba. Las últimas palabras de Leila me asaltaron de improviso. Me resistí a que nuestra pasión se extinguiera y sufriendo una pérdida que no existía, cerré los ojos, suspiré e intenté dejarlo pasar. Cuando abrí los ojos, Sebastián estaba frente a mí y me inspeccionaba con la mirada con la intención de leer mis pensamientos.

—¿Estás lista? —preguntó.

Asentí y salimos.

En el comedor había varias personas, algunos ya estaban bebiendo con efusión. Sebastián y yo tomamos algunos bocadillos, nos sentamos cerca de Apolo, quien a diferencia del resto estaba serio. Mi hermano estrechó a Sebastián en un abrazo como era su costumbre. A mí me dio un beso en la mejilla. Sebastián y Paúl se adentraron en una plática sobre tecnología, así que yo me retiré hacia una de las puertas abiertas a recibir un poco de aire. Apolo no tardó y se reunió conmigo:

—¿Le dijiste a Sebastián que nuestro padre es el mismo? —me preguntó.

—No —respondí—. Él aprecia demasiado a nuestro padre. No quiero sumar un reproche más de Sebastián hacia las decisiones de mamá.

—Los secretos no pueden guardarse para siempre.

—Imagino que lo dices por experiencia propia, ¿por qué tardaron tanto en decirme? —demandé.

—Cuando algo lleva oculto tanto tiempo no es fácil soltarlo así sin más. El secreto fue de nuestra madre y solo a ella le tocaba revelarlo.

—¿Cuándo supiste de mí?

—Siempre. Moría por conocerte en persona. No te imaginas como me aguanté la primera vez que te vi.

—Cuándo acudiste a mí a buscar ayuda para liberar a Dafne, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Y si me hubiera negado a ayudarte?

—Algo me decía que me ayudarías —dijo—. Aquella vez que estuviste un tiempo aquí, cuando nuestra madre me pidió que te diera un recorrido por la región, estuve a punto de decírtelo en varias ocasiones.

—¿No sientes deseos de conocer al general Verena? —hice la pregunta.

—Es algo muy fuerte dentro de mí, aunque Leila me insistió desde que era niño que no valía la pena —titubeó al revelarlo.

—Te aseguro que se equivoca —aseveré con desaprobación a los comentarios de Leila.

—Durante la adolescencia sentí un poco de rencor hacia todos, hacia ti por poder disfrutar de nuestros padres, hacia mamá por alejarme de sus vidas, hacia nuestro padre por ser el adversario. Cuando maduré, cuando amé por primera vez, lo entendí todo y tan solo quedó cierta tristeza por las cosas que dejamos de vivir como familia.

—Me duele lo mismo —reconocí.

—Siento que no nos podamos sentar los cuatro a la mesa, tomarnos una foto familiar o estar juntos en los momentos importantes. Siempre he necesitado recibir los consejos de mi padre; y ¿por qué no?, también he necesitado discutir con él de vez en cuando. Y no diré más. No me quejo de la vida que me tocó, no sería la persona que soy sin todas las huellas que el tiempo ha dejado en mi cuerpo y en mi alma.

—Nuestro padre es un gran hombre y te garantizo que te sentirías muy orgulloso de él. —Quise cerciorarme de cambiar la imagen errónea que Leila le había trasmitido de papá—. No tienes que sentir celos de mí, yo los sentí de ti toda la vida. Si vieras el magnífico vínculo que existe entre Sebastián y el general… Todo gracias a ti. Papá siempre quiso un hijo varón. Algún día tendrás que conocerlo, no lo demores demasiado, él es tu padre y los dos se lo merecen. No quiero juzgar a nuestra madre, pero no creo que papá la perdone jamás.

—Mamá sufrirá si él no la perdona, creo que, aunque no lo acepte, sigue enamorada de nuestro padre. No ha aceptado las atenciones de ninguno de los que se le han acercado.

—¿Tiene pretendientes, mamá? No me ha comentado nada —dije.

—Porque no tiene importancia para ella.

—¿Y hay alguno presente? Muéstramelo, por favor.

Apolo me mostró a dos de los señores que estaban en la reunión, mientras nos reíamos encontrándolos poco dignos de nuestro gran tesoro: nuestra madre. Como niños chiquitos, nos reímos un largo rato, liberando

las tensiones que tanto necesitábamos. Sebastián y Paúl, al vernos tan felices se nos acercaron riendo:

—¿Y a qué se debe tanta risa? —preguntó Paúl.

—Estábamos reparando en los pretendientes de nuestra madre —dije con naturalidad.

—¡Ah! —dijo Paúl borrando la sonrisa de su rostro y quedando serio de inmediato.

—Me faltó un admirador, hermana —mencionó Apolo con algo de enfado—. Éste no llega a la calidad de pretendiente porque mamá ya le ha dicho en contadas ocasiones que lo ve como a otro hijo.

—¿No? —dije mientras no podía dejar de mirar a Paúl.

—¿Imaginas la desgracia que significa, que uno de tus mejores amigos se enamore de tu madre y que encima tengas que oír su perorata de amor? Desde que mamá llegó ha sido un suplicio soportar a Paúl. Ya le dije que me evada cuando quiera hablar del tema, que me da urticaria. Por suerte mamá no le hace el menor caso —Apolo mencionó e intercambió varias miradas con el aludido.

—Nunca te lo he negado —admitió Paúl.

Apolo y Paúl comenzaron a lanzarse indirectas. Sebastián no podía dejar de reírse. Yo les miraba asombrada. Ahora entendía el porqué de todos los reclamos sin sentido, de Apolo hacia Paúl, en diversas ocasiones.

Vimos que todos se ponían de pie para hacer un brindis por la reciente victoria. Nos acercamos para no desentonar. Apolo ya había dejado en claro, que él tampoco estaba de acuerdo con obtener la paz a través de la guerra. Le golpeé con suavidad el hombro a Sebastián, quien se estaba quedando detrás, para que también se pusiera de pie. Lo observé e hizo aquel gesto con los labios que tiempo atrás me terminó de enamorar. Percibí su tolerancia estirarse al máximo. Yo seguía sin entender la maravillosa idea de mi madre de la cena y el brindis en nuestro hogar. Busqué a Venus entre los presentes y me di cuenta que estaba ajena a la situación incómoda de Sebastián. Hasta que los ojos de mi madre se tropezaron con los míos, fue que comprendió lo que pasaba por mi cabeza, entonces suspiró con vehemente pesar y se disculpó por el mal rato para Sebastián. Los presentes extendieron las copas y el vino espumoso comenzó a servirse a cada comensal. Cuando las copas estuvieron en alto, todos comenzaron a corear el nombre de Leila para que dijera unas palabras. Le susurré a Sebastián que no tenía que quedarse si estaba incómodo. Mientras nos escabullíamos hacia la habitación, Leila reparó en

nosotros. Ella hizo aquel gesto victorioso ante la brillante idea que se le acababa de ocurrir y, sin reparar en su insensatez, mencionó:

—Creo que ese privilegio se lo dejaremos esta noche a alguien que ha renacido al descubrir la entereza de nuestra lucha, Sebastián Casals.

Solo ella podía ser secundada incluso en el desatino. Los presentes aplaudieron a Sebastián, quien por un instante se quedó sin palabras. Mi amado tenía dos opciones: seguirle el juego o rehusarse. Yo no sabía hasta qué punto los restos de la coraza de Sebastián se fortalecieron después del último golpe. Le murmuré que no tenía que hacerlo. Apolo de inmediato se puso a la defensiva. Sebastián no necesitó de nosotros, despegó sus labios para decir:

—Hacerlo es un honor para mí, que estoy descubriendo las virtudes de esta nación y que no termino de asombrarme, de admirar sus progresos. No creo ser la persona idónea, aquí se celebra una victoria y yo he dejado las armas. Si los presentes lo piden, entonces lo haré con mucha dignidad. Quiero brindar esta noche por muchas cosas. Brindo por esta hermosa nación que me abrió las puertas, por la familia que me ha recibido, por cada batalla que se le gana al horror, por cada muestra de amor sobre la tierra, por cada persona que no se rinde, por los tesoros que tenemos los seres humanos y que nos permiten vivir en armonía: la autonomía, la sensibilidad, el respeto, la tolerancia, la empatía y la sabiduría. ¡Salud!

Todos chocaron sus copas. Sebastián vació la suya de un solo sorbo y la dejó sobre la mesa, con la misma ligereza con que la había levantado. Yo lo veía atónita y esperaba que estallara de un segundo a otro. Apolo y yo estábamos más consternados que el propio Sebastián. Incluso mi madre se había turbado con aquella ocurrencia de su hermana. Le pedí a Sebastián que nos retiráramos antes que acabara la velada, pero no lo convencí y nos quedamos despiertos hasta que se fue el último invitado. Quise pedirle perdón porque sentía que, si no lo hacía, los ataques de Leila iban a sembrar una semilla de rencor entre nosotros. Él me amaba, no lo dudaba. Él se había abierto a vivir en América Libre, con el corazón tan bueno que tenía y que Leila no se daba la oportunidad de conocer. Y ella, de continuo lo atacaba, lo fustigaba. Sebastián aguantaba para poder continuar disfrutando de un sitio en nuestro planeta donde pudiéramos seguir vivos, amándonos, sin ser perseguidos, al menos con armas de fuego.

8



Era la una de la madrugada cuando nos dirigimos a nuestra habitación. Me sentía cansada por el día extenuante. Primero los heridos de guerra abarrotando la clínica y luego la comitiva de Leila fustigando mis ideas con sus acotaciones. Sebastián había aguantado aquella prueba de fuego con el temple que le caracterizaba. Yo sabía que él había hecho despliegue de la característica innata y aprendida de la Sociedad Autocontrolada por excelencia. Siempre escuché que las habilidades de mis coterráneos para autocontrolarse eran resultado del aprendizaje arduo, al que nos sometíamos durante los años de desarrollo. Algo me decía que era más que eso, que también era biológico, que era la suma de todo. Al menos en Sebastián, tenía que ser algo innato por la forma en que subyacía en su personalidad, pero luego recordaba a tantos otros de mis compatriotas que también poseían esa cualidad y me decantaba porque era biopsicosocial. Solo en mí había fallado ese rasgo de carácter, que no terminaba de emerger con solidez en mi conducta, o a lo mejor lo poseía y aún no había podido apreciarlo.

Reparé en mi guía y vi que ya casi rozaban las dos de la madrugada y era imposible dormirme, así que me puse de pie. Divagué un poco por la habitación hasta que mis pasos me llevaron con ingenuidad hacia el estudio de Sebastián, fuera de la casa, al que él denominaba taller y que no era más que una bodega en desuso, que Sebastián había adaptado para sus menesteres. Sus computadoras, sus herramientas y sus inventos estaban por doquier abarrotando el lugar. Pasé la vista con rapidez sobre lo que no

era mi objetivo. No hallé lo que buscaba, ni en su mesa de trabajo, ni en los estantes, ni en los muebles. Volví a salir y reparé en la puerta sin seguridad de ningún tipo. Solo una cerradura *vintage* que podría abrirse de dentro o de fuera sin la menor protección. Eso solo podía decir que Sebastián no guardaba secretos para los demás habitantes de la morada. «¿Dónde está lo que busco?», pensé. El radiotransmisor con que le había descubierto hoy, tras lo que Sebastián se había sobresaltado. No me quedó sitio sin escrutar, así que regresé a la habitación.

No sé cómo sucedió, pero a la mañana siguiente me desperté temprano, Sebastián aún dormía con placidez mientras yo me seguía preguntando dónde estaba su radio. Si lo había ocultado en el taller estaba bien escondido, tanto que me fue imposible hallarlo y esa situación no dejaba de importunarme. «¿Por qué Sebastián necesita esconder su nueva creación?», pensé. Decidí que no le preguntaría, de eso estaba segura. Me respondería que lo hacía para evitar la paranoia de Leila y su gente, que no era nada malo, que solo servía para escuchar las noticias de la Sociedad Autocontrolada. Claro que era un radiotransmisor con todas las adecuaciones que él acostumbraba añadirle a sus inventos, aunque se empeñara en hacerme creer que era un radio inofensivo, adecuado para captar las frecuencias de las emisoras de la Sociedad Autocontrolada, en este caso solo podría ser de América Unida por la cercanía a nosotros. En ésas estaba, con mi cara seria y abstracta, cuando la mirada inocua de Sebastián me sorprendió.

—¿En qué piensas? —me dijo con suavidad mientras se despabilaba.

Se acercó a mí de buen humor e intentó ser cariñoso conmigo. Me tomó en sus brazos por la cintura y acomodó sus labios en el arco de mi cuello. Intenté seguirle el paso, pero todavía repasaba mi lista mental de posibles escondrijos para el artefacto, e incursionaba en las posibles justificaciones que él me daría si le preguntaba por qué escondía el radio. El roce de sus labios sobre mi piel a la altura del estómago me hizo recordar sus intenciones e intenté concentrarme. Pretendió llamar mi atención con una sonrisa.

—¿Qué te pasa? —dijo desenfadado.

—Es que no puedo comprender por qué continúas tan autocontrolado ante Leila, aunque continúe humillándote. Aquí no tienes que reprimirte tanto —mencioné.

—¡Ah! Es eso. —Se apartó un poco de mí y recostó su cabeza en la almohada—. Tú lo ves como represión, yo lo veo como supervivencia.

—Es que a lo mejor te está poniendo a prueba para conocer hasta dónde eres un ser autocontrolado y hasta dónde cohíbes tu naturaleza humana —dije.

—No es malo autocontrolarse, Apolo es bastante autocontrolado y creció aquí —dijo con tranquilidad, pero yo sabía que en el fondo le molestaba que le interrogara al respecto.

—No me refiero al autocontrol en sí por su significado, me refiero al matiz que se le ha dado en nuestra sociedad. Sabes que para King y los demás líderes, ser autocontrolado fue siempre someterse a la tiranía en primera instancia. Ellos no buscaban un ser humano que autorregulara sus emociones para beneficio de sí mismo y de la sociedad, como nos han hecho creer. Buscaban un ser humano sumiso, que no cuestionara a la autoridad.

—Basta, Paz. Te exasperas —dijo mostrando que sabía por qué enojarse.

—Es que yo te quiero a ti como siempre has sido. No te pido que te sometas a ella. Si no estás cómodo en la UNA, vámonos. No bajé la cabeza ante los King y no lo haré ante nadie.

—Cálmate. No es para tanto.

—Parece que no estuviera hablando contigo. ¿Qué te pasa? Una vez, cuando aún vivíamos en América Unida, me dijiste que te acoplabas a las demandas del sistema solo para encajar. Ya no tienes que hacerlo, para eso nos fuimos y dejamos todo. Si no estamos a gusto aquí nos podemos ir. ¿Sabes lo que murmuran en la UNA de los que crecimos en la Sociedad Autocontrolada? Dicen que parecemos robots.

Él emitió una carcajada altisonante.

—¿Y qué importa lo que comenten? —dijo—. Tú no tienes que preocuparte. No creo que lo digan por ti. Siempre repites que nunca terminaste de adaptarte a nuestras reglas.

—Vale.

—No quiero irme a ninguna parte. Yo decidí quedarme en América Libre. Hay muchas cosas que me gustan de esta nación.

—Entonces no seas un autocontrolado, sé tú mismo. Quiero que te comportes como todos. Ahora pertenecemos a esta parte del mundo —mencioné y me arrepentí de inmediato.

—¿Tienes problemas para aceptarme como soy? Siempre te quejas de lo mismo. Esto es lo que hay, Paz. Así me conociste desde que éramos unos niños. Nunca te dije que era diferente, así te enamoraste de mí, ¿o

pensaste que yo era distinto? Si lo hiciste te lo imaginaste o era lo que querías ver. —Exhaló con fuerzas para sacar de su alma la gota de dolor que quería dominarle.

Me dio un beso en la frente y me dejó sola con mis reflexiones. Se metió al baño a darse su ducha matutina. Me quedé en una silla, haciéndole una autopsia a mis recuerdos, los que ya creía desterrados de mi memoria, de cuando éramos niños. No recordaba con exactitud la fecha de la primera vez que lo había visto, o la edad que teníamos en nuestro primer encuentro, pero sí recordaba la sensación que experimenté cuando mi padre trajo a la casa a un chico algo mayor que yo. No entendía por qué y para qué. Los grandes ojos, aún de niño, de Sebastián reflejaban mucho, decían con claridad que él no quería estar en nuestra casa, que extrañaba, que temía, que se sentía desprotegido. La esclerótica de sus ojos estaba enrojecida y sus pestañas estaban empapadas por las lágrimas. Sentí la necesidad de ser solidaria con él y lo intenté a mi corta edad. Mi buena voluntad solo duró un par de semanas, las suficientes para que Sebastián se sintiera más cómodo en compañía de mi familia, para que mi padre se deslumbrara con él, para que los celos se posesionaran de mí y para que yo comenzara a verlo como una amenaza y terminara alejándome de él, a pesar de la cercanía en la que crecimos.

Como una flecha que atraviesa con ferocidad el viento, un pensamiento me surgió de improviso. Me levanté con una oreja enfilada hacia la cerradura de la puerta del cuarto de baño y escudriñé con la mirada la habitación. Había muchos sitios donde aquel artefacto podría estar oculto, la mayoría eran de mi uso cotidiano. Reparé en su mesa de noche, la que él no usaba y estaba más vacía que otra cosa. Siempre le decía que ahí podría poner sus objetos personales. Sebastián más allá de los artículos que guardaba en el taller no le daba importancia a las posesiones. Sus escasas pertenencias cabían en dos cajones del armario. Abrí con mesura la gaveta superior de la mesita sin hacer ruido, estaba desocupada, lo mismo con la segunda, para cuando llegué a la tercera, sentí sus pasos en dirección a la puerta del baño, así que me subí a la cama y me desplacé hacia mi lugar.

—¿Todavía en la cama? —dijo—. Date una ducha y deja de pensar en cosas que solo nos alejan. Sabes que te amo, nunca lo olvides. —No era la primera vez que me lo decía.

—Eso voy a hacer. Por favor, adelántate al comedor y ayúdame preparando el desayuno que voy retrasada.

Terminó de alistarse mientras me preparé para ir al baño. Lo miré acudir al comedor mientras yo ya estaba frente a la ducha. No perdí un minuto, escuché que se había alejado, me volví sobre mis pasos y me aproximé hacia la mesa. Coloqué mis dedos sobre la agarradera y tiré de ella. Al final del hueco, hacia la esquina más próxima a la cama, estaba el radiotransmisor dentro de un pequeño maletín de piel. Escuché unos pasos aproximarse y corrí a meterme debajo del agua, mientras me sofocaba la duda de si había logrado dejar todo como lo había encontrado. Cuando terminé de ducharme y volví a la habitación, el radiotransmisor ya no estaba en su lugar. No encontré a Sebastián en el comedor, pero mi desayuno estaba sobre la meseta de la cocina. Me embutí la comida lo más rápido que pude y me acerqué con sigilo al taller de Sebastián para despedirme. No lo encontré a él. Me volví sobre mis pasos hacia el auto un poco fastidiada y lo hallé, con su mochila negra sobre un hombro, listo para partir.

Por impulso, reparé en el anillo que Sebastián me había regalado y que permanecía en mi dedo. Lo miré a los ojos mientras él, distraído por la prisa cotidiana, me intentaba apurar. Coloqué la palma de mi mano en su espalda y me estiré hacia su rostro, con el semblante relajado y los labios expectantes. Cuando nuestras bocas hicieron contacto, me abracé a su cuerpo y él desprendiendo todos sus temores, cerró los párpados. Me sostuvo con fuerzas mientras su calor corporal se fusionaba con el mío. Fue un abrazo prolongado e impetuoso, de reconciliación, de confianza ciega, la que yo vulneré sin clemencia cuando activé mi anillo y robé la información de su guía, mientras lo observaba besarme con entrega absoluta.

9



Nos dirigimos a nuestras responsabilidades diarias. Conduje unas calles hasta que me detuve en el primer sitio en que me fue posible estacionarme. Sincronicé mi anillo con mi guía y comencé a investigar la copia que hice de la guía de Sebastián. Tenía exceso de información y aplicaciones que no eran relevantes para mi búsqueda. No había registros de comunicaciones dudosas. Solo encontré un escrito que logró captar mi atención:

> *La Unión de Naciones Autónomas tiene por misión el retorno del hombre a su forma natural. Están enfocados en enriquecer la vida espiritual del ser humano y respetar el equilibrio de la naturaleza. En estas naciones tienen conocimientos muy avanzados sobre la ciencia, pero se apegan a reglas bioéticas para discernir su uso, con respecto a cuándo, cómo y dónde utilizarla. No dudan del uso de la ciencia y la tecnología en la medicina, armamento y economía, pero sin un abuso indiscriminado. Usan la medicina alternativa, la rescatan y en todos los casos en que no es necesario el uso de medicamentos, se utilizan técnicas ancestrales. En la UNA creen que el ser humano debe adquirir los conocimientos y las habilidades para sobrevivir a partir de la naturaleza. Desde los primeros años escolares les comienzan a dar herramientas para ello. Hacia la adolescencia los jóvenes reciben un estricto*

entrenamiento en supervivencia en ambientes lejos de la civilización. Estos tienen que aprobar los tres niveles del entrenamiento antes de acceder a empleos o a estudios de educación superior. En la UNA, justifican la necesidad de dicho entrenamiento, con el argumento de que el hombre en su ímpetu por el desarrollo, se ha vuelto un inútil para sobrevivir sin medios mecánicos y tecnológicos…

No continué leyendo, pero el escrito se extendía por varias páginas. Sebastián se había dedicado a tomar apuntes, de todo lo que le parecía relevante y diferente de las naciones autónomas, con relación a los estatutos y las costumbres de la Sociedad Autocontrolada. Pasé la vista por encima del texto, sin profundizar, y no vi nada que delatara una intensión maliciosa en las anotaciones, pero de igual forma me dejaban con un sabor desagradable. «¿Para qué lo hace?», pensé. Si lo encaraba de seguro me iba a dar suficientes explicaciones que encajaran, para restarles valor a mis sospechas. Olvidé el asunto y me fui a la clínica para atender a los heridos.

A pesar de la ofensiva de ambos lados de la frontera, todavía no estábamos en guerra. No entendía cómo los políticos de ambas partes, movían sus piezas para evitar que los líderes de las naciones autónomas o de las ciudades-estados autocontroladas fueran responsabilizados de los ataques. La Sociedad Autocontrolada no podía acusar a la UNA de atentar contra su líder ni contra sus ciudades, no había pruebas contundentes. La estrategia de la UNA era corroer las ciudades-estados desde adentro, aprovechando el descontento popular, formando líderes en sus entrañas para que pareciera que los levantamientos emergían del interior, de los propios autocontrolados, aunque las sospechas sobre la procedencia de armas y municiones recaían sobre la nación autónoma más cercana. Ni siquiera a los médicos nos revelaron qué estaban haciendo los heridos provenientes de la frontera de América Unida. Ningún lesionado había venido vistiendo sus uniformes usuales e imaginé que estarían en alguna misión de encubierto. El número elevado de soldados me hacía conjeturar más de la cuenta.

Al contrario de mis planes iniciales, me retiré más temprano de lo común, me disculpé con mis colegas. En la casa encontré a mi madre y a mi hermano conversando en el estudio, hicieron silencio en cuanto me vieron llegar y no reanudaron la plática, así que intuí que no querían ser escuchados. Por un segundo, pensé dejarles e irme, pero no pude:

—¿Ustedes aquí tan temprano? —dije sorprendida por la hora.

—Justo acabamos de entrar —respondió Apolo.

—¿Estamos en guerra? —Decidí abordarles de una vez.

—Ya sabes como están las cosas —dijo mi madre.

—Lo sé, pero como la ciudad sigue su ritmo y no han dado ninguna alarma de emergencia… Sé que hay cosas que prefieren no compartir conmigo y con Sebastián, de todos modos, nos damos cuenta. ¿Cuál era la misión de los soldados que llegaron heridos desde la frontera? —pregunté.

—Eso no lo sé —dijo mi madre tratando de esquivarme.

—¿Estaban en la frontera de América Unida de encubierto o aparentando no ser parte del ejército de la UNA? ¿No reunieron suficientes descontentos en América Unida y necesitaron crear un grupo de rebeldes ficticios para tomar la ciudad-estado? —desahogué las dudas antes que me atragantaran.

—¿Qué estás diciendo? —dijo mi madre. Trató de restarle importancia a mis palabras—. Qué no te oiga nadie decir semejante disparate.

—¡Basta, mamá! —intercedió Apolo—. Hay estupideces que son demasiado obvias.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió mi madre a mi hermano y empezaron a discutir.

Me fui con la decepción reflejada en el rostro. Les dejé a solas, como los había encontrado y salí al patio a refrescarme con la brisa vespertina. Observé la puerta entrecerrada del taller de Sebastián, miré la hora, las seis de la tarde. Él me había asegurado que vendría hasta las ocho, así que aproveché para husmear un rato entre sus cosas, para ver si daba con algo que me esclareciera mis sospechas. Al acercarme a la puerta, vi una pálida luz en el interior e intenté mover la puerta. La voz de Sebastián me hizo quedarme en mi sitio sin dar un paso más. Escuché el sonido de una voz metálica y luego le escuché hablar, así un par de veces. No escuché el contenido de los mensajes e intenté acercarme más.

—¿Hay alguien ahí? —profirió Sebastián.

Terminé de abrir la puerta y no disimulé que le estaba espiando.

—Soy yo, ¿con quién hablabas? —dije y reparé de inmediato en el radiotransmisor.

—¿Qué dices? No hablaba con nadie. Estoy solo —respondió.

—¿Con quién conversabas por tu radiotransmisor y por qué lo sigues ocultando? —lo interrogué.

—Estaba oyendo noticias de América Unida. Si quieres puedo encender el radio para que también las escuches. Tal vez me oíste hablando

solo. No entiendo a qué se debe tu desconfianza.

—Si solo estabas oyendo las noticias, ¿por qué las apagaste al escucharme llegar? —insistí.

—¿Ahora eres detective? No sabía que eras tú y quería evitar que alguien de tu familia sacara conclusiones erróneas si me escuchaba. Además, ya te dije que no es un radiotransmisor. Puedes revisarlo si tanto dudas. Hazlo ahora mismo para que acabemos con esto de una vez —me dijo con el ceño fruncido.

—¿Y los escritos que tienes en tu guía? —grité y fue demasiado tarde para arrepentirme de aquella acusación.

—¿A qué te refieres? —indagó con perplejidad.

—A los textos sobre las costumbres y el comportamiento de las personas en la UNA.

—¿Usaste el anillo que te di en mi contra? —dijo. Comenzó a reír con sarcasmo y terminó haciéndolo con nerviosismo.

—Sí. Lo acepto y me disculpo por ello, ¿pero cómo explicas tu conducta?

—¿Cómo explico mi conducta? ¿Cómo explicas la tuya? ¿Espiándome? —Su risa nerviosa finalizó y dio paso a la ira—. Tengo derecho a anotar lo que quiera, no daño a nadie con lo que escribo. Para mí era una forma de estudiar y de aprender sobre las personas con las que estamos conviviendo. Era una forma de desahogar mi frustración ante ciertas cosas que no puedo entender y ante tantas otras que no puedo cambiar. Para mí hubiese sido más sencillo estar juntos del otro lado de la frontera, si me hubieses aceptado antes de casarte con William y antes complicarte la vida metiéndote en asuntos, que al final, no resolvieron nada.

—¿Insinúas que mi operación encubierta en la capital no tuvo una utilidad?

—Al menos para nosotros no —dijo sin piedad.

—Hay una pregunta que esta vez no evitaré hacerte. Me la respondiste una vez, pero no quedé convencida de tu respuesta. Cada vez que emerge en mi mente, la reprimo y la sumerjo hasta las profundidades de mi memoria, por temor a no creerte. ¿Cómo pudimos librarnos de los soldados que nos perseguían en Limes, aquella vez que resultamos heridos?

—Ya te lo dije, logramos escabullirnos y dejarlos atrás.

—Deseo creerlo, pero no puedo.

—No tengo nada más que decirte, Paz. Ya me estoy hartando de esta situación. Cree lo que quieras. No me culpes cuando todo se eche a perder. Me esfuerzo para estar bien contigo, pero hay límites.

Abrí la boca para arremeter contra él cuando Apolo apareció delante de la puerta. Sebastián y yo nos quedamos mudos. Apolo se introdujo en el taller y llegó con el rostro lleno de pesar por la discusión con mi madre. Nos miró e hizo un gesto de interrogación, como si hubiese detectado el ambiente de hostilidad.

—¿Pasa algo? —dijo y ante nuestro silencio prosiguió hablando—: ¿Estaban discutiendo o solo me dio esa impresión? No se queden callados. Si llegué en mal momento les pido disculpas. Me marcho y después hablamos.

Por las palabras deduje que Apolo no escuchó el contenido del altercado entre Sebastián y yo. Suspiré. Tal vez en mi obsesión con ese aparato confundí las cosas y supuse que Sebastián estaba intercambiando palabras con otra persona. Si yo permitía que Apolo se hiciera una idea errónea acerca de Sebastián, luego nada iba a borrar su desconfianza. Respiré hondo y le contesté a mi hermano:

—Espera. Intentábamos ponernos de acuerdo en algo, pero no tiene importancia. ¿Nos estabas buscando? ¿Podemos ayudarte en algo?

—Quería disculparme contigo por la actitud de Venus y la mía hace unos minutos. Tienes razón, en todo y cada una de tus palabras. Quiero que sepas que no estoy de acuerdo. Sabes que mi opinión no es significativa para quienes dirigen la UNA, ni siquiera para quien lidera en América Libre —admitió.

—No tienes que disculparte —le dije.

—¿A qué se refieren? —dijo Sebastián—. Digo, si es que se puede saber.

—Nada importante —corté de pronto a Apolo antes que soltara la sopa. Y con eso no ponía de manifiesto que dudaba de Sebastián, solo tomé mis providencias. Sebastián no insistió, pero hizo ese gesto con los labios que me había enamorado hacía tiempo atrás. Con eso quedó de manifiesto que no estaba feliz con mi reacción.

No seguí profundizando en el conflicto, ni con mi madre, ni con mi hermano, ni con Sebastián. Quería estar tranquila. Salí por la puerta del taller y me dirigí a la casa. Supliqué porque Apolo no reparara en la radio de Sebastián y no se llenara de las mismas incertidumbres que yo.

10



Siempre que cierro mis ojos y caigo en el estado de duermevela, mi mente en reposo puede terminar de entender lo que durante el día no fue posible. Igual sucede que a veces en el momento en que intento quedarme dormida se me ocurren ideas geniales. Creo que se debe a que dejo caer mis defensas, logro relajarme y mi cerebro puede funcionar sin tantas trabas. Por lo general, duermo con facilidad y logro alcanzar el sueño bastante rápido a no ser que algo me preocupe. Esa noche, antes de acostarme sentí que sería una noche de insomnios transitorios. Así me ocurría cuando tenía motivos para que mi sueño fuera perturbado. Aunque había descansado poco durante la semana y, al pegar la cabeza en la almohada, me había dormido de inmediato, la reacción de la noche de la cena de Sebastián, no me dejaba conciliar el sueño. Tal vez fue la razón por la que me desperté de manera abrupta, atrapada en la zozobra.

La transparencia que Sebastián logró en los últimos siete meses comenzó a enturbiarse con los secretos posteriores que fui descubriendo. Una sensación extraña me recorrió el cuerpo y recordé que ese mismo temor ya lo había sentido. Mi desconfianza se burló de mí por haber creído que toda mi vida con Sebastián, iba sentirme como cuando terminó el periodo de abstinencia y corrí a sus brazos mientras podía ver la expresión viva del amor, más allá de sentirlo. Me concentré en la evidencia de su sentimiento por mí, su pecho palpitando, me lo repetía. Yo había visto como la piel de su pecho subía y bajaba ante la emoción de poseerme. Mi madre siempre decía, que Sebastián aguantaría vivir en la UNA mientras

continuara deseándome de la forma que la hacía. Quise desterrar el recuerdo de las palabras de mi madre o de mi tía de mi cabeza. Yo estaba segura, Sebastián me amaba, me había cansado de verlo en sus ojos. Mi corazón no aguantaría volver a perderlo, menos ahora que no podía imaginar un mañana sin él. La manía de Leila de presionarlo era lo que me tenía inquieta, me preguntaba hasta dónde aguantaría Sebastián. Para colmo, yo también lo estaba hostigando, incluso más que Leila, porque yo era su refugio y me había convertido en un reproche constante. Me sintió dar vueltas en la cama, se despabiló, se quejó, murmuró que tenía mucho sueño. Le susurré que siguiera durmiendo:

—¿Qué haces despierta a estas horas? —me preguntó con la voz apagada.

—No lo sé. Mañana va a ser terrible despertarme —dije y me reservé los motivos de mi insomnio, pero él los sabía.

—No tienes que ir a trabajar. Es domingo.

—Claro que sí, no sabes como está todo en la clínica —dije sin retomar el tema de la discusión anterior.

—Te creo. No hemos pasado por tanto para estar la mayor parte del tiempo separados. ¿Cuánto trabajas a diario, catorce o dieciséis horas?

Levantó la almohada y la recostó a la cabecera de la cama. Se incorporó de la cintura hacia arriba y me abrigó en el hueco de su pecho.

—No quiero robarte el sueño —le dije.

—¿Seguro? —soltó una débil carcajada—. Ya me has robado todo.

—¿Sabes que se me antoja hacer? Quedarme despierta para ver el amanecer, como la primera noche que pasamos en esta habitación.

Me besó en la frente, aliviado por mi comentario. Después del altercado en el taller habíamos hablado con monosílabos. Él intentó levantarse y no lo dejé moverse.

—¿Qué haces? —inquirí.

—Correr la cortina —admitió con naturalidad. Sensible.

—Hay un lugar que aún no te he mostrado. Me impactó cuando lo conocí. La primera vez que estuve aquí, fui con Apolo y vi unos arcoíris increíblemente nítidos, que se superponían el uno con el otro. Un amanecer en ese lugar debe ser un espectáculo sin igual. ¿Crees que es una locura que nos subamos al auto y nos escapemos hasta allí?

—No solo es una locura, es lo mejor que se te ha ocurrido desde que llegamos —dijo.

Sebastián se puso de pie y luego de vestirse se dirigió a la cocina, tomó un mantel, una cesta, una botella de vino, frutas y pan. Cuando lo vi aparecer en la habitación y dirigirse al espejo, para acomodarse el cabello, a la par que yo terminaba de vestirme, pude contemplarlo como a una pintura. Llevaba la cesta en la mano, las botas altas mal amarradas hasta media pierna, aquel pantalón gris claro que se amontonaba sin orden por encima del calzado, la camiseta *beige* de mangas largas, la misma con la que había dormido y la expresión que amaba en su rostro, con aquellos ojos bien enmarcados por pestañas y cejas. No demoré un minuto más, le aseguré que estaba lista y corrimos al auto. Fue entonces cuando recordé que no sabía cómo llegar, volvimos a salir del auto y nos apresuramos a la habitación de Apolo mientras susurrábamos si sería correcto despertarlo. La risa nos ganaba por instantes como dos niños traviesos. Ambos concluimos que no se molestaría ya que era algo muy «justificable». Tuvimos que tirar a mi hermano de la cama para que reaccionara, primero se alarmó y cuando le dijimos lo que necesitábamos comenzó a rugir:

—¡Están locos! ¿Pero que horas son? —Cuando se percató de la hora, las dos de la madrugada vociferó más aún—. Déjenme dormir. ¿Acaso están borrachos?

—Hermano, ya luego te resarciremos el daño. ¿No te parece fantástico ver el amanecer en ese sitio? Debe ser algo alucinante. Acompáñanos —le supliqué.

—El GPS del auto podrá llevarlos, se llama el Valle de la Luna —mencionó—. Pero por favor déjenme dormir, si para las nueve de la mañana siguen por ahí tal vez les alcance.

Programamos el auto y nos dirigimos hacia el Valle de la Luna para ver el sol nacer, mientras nos reíamos de esa paradoja. Ninguno mencionó algo que recordara nuestra pelea, aunque yo lo tenía oculto en un lugar doloroso de la memoria. Quise que aquella noche me lo borrara y que me devolviera la confianza en nuestra relación.

El auto iba en marcha y nosotros rememorábamos nuestra primera caminata juntos, cuando aún no sabíamos que viviríamos una historia semejante. El trayecto fue más corto de lo que recordaba, no me había topado con ningún punto de referencia, aunque eso podía justificarse con que venía distraída con Sebastián. Cuando nos fuimos acercando al valle me di cuenta que no reconocía el lugar ni remotamente, no había señal de la vegetación que esperaba encontrar ni de la geografía que había conocido. Incluso cuando el GPS señaló que habíamos llegado no quise creerlo, le

pedí a Sebastián que condujera hacia delante esperando encontrar el sitio que había recorrido con mi hermano.

—Creo que Apolo nos ha jugado una broma, por aquí no hay rastro del panorama que deseabas ver —refirió Sebastián—. Eso nos sacamos por despertarlo.

Sebastián utilizó su guía para investigar más acerca del lugar. Descubrió que había más de cuatro valles de la luna en la región de la UNA que estábamos viviendo, todos ellos eran reservas naturales. Uno, era un desierto que en determinada parte del año florecía y era un espectáculo similar a lo que yo le había relatado a Sebastián. Me mostró las imágenes e incluso así tuve mis dudas, igual observamos las fotos de los diferentes valles y me convencí que, aunque no eran aquel hermoso lugar que había visitado con Apolo, en cualquiera de ellos valía la pena ver un amanecer.

Decidimos quedarnos, no tardaría en amanecer y la broma de Apolo nos había conducido a un sitio que parecía mágico. En determinada parte de la carretera abandonamos el auto. Era más oscuro que la imagen mental que me había hecho de ese paseo. Sebastián accionó la opción linterna de su guía mientras los rayos del sol emergieran del cielo. Continuamos a pie hasta que decidimos donde acampar, extendimos el mantel y dejamos que los murmullos de los escasos insectos nos arrullaran. Sebastián accionó un tipo de luz que imitaba una aurora boreal, la pasó sobre el área accidentada y aquel lugar pareció emergido de la fantasía. En medio de las rocas que asemejaban a la superficie de la luna, elegimos el mejor ángulo para ver salir el sol, nos envolvimos él uno en el otro y así acurrucados aguardamos el instante anhelado. La oscuridad era abrumante y era justo lo que yo deseaba, ver al sol iluminar la vida desde cero. Sin embargo, tenía que reconocer que, aunque era un paseo romántico, cuando nos sorprendían los sonidos de los animalillos noctámbulos, ya no parecía tan buena idea. Sebastián comenzó a asustarme con que podría aparecer algún animal venenoso, así que le pedí que pusiera más fuerte la luz.

—Tal vez debimos esperar el amanecer en el auto —comenté con un poco de dudas.

—Tranquila, solo estaba jugando. Podría aparecer o no, pero nada nos pasará. No olvides que venciste la fase dos del entrenamiento, por más que me empeñé en que no la aprobaras —me susurró al oído.

—Gracias por salirte de debajo de las sábanas y acompañarme. A veces la rutina puede terminar con una relación —mencioné y parecía que estaba pensando en voz alta.

—Ya le estás temiendo a la rutina y ni siquiera llevamos viviendo juntos un año. ¿Cuándo te vas a convencer que eres la mujer más afortunada de todo el planeta? Jamás voy a dejar de amarte.

—Te creo.

Me abrazó con fuerzas y comenzó a besarme como un loco por todas partes. La confianza le dio un portazo a mi duda dejándola aislada, fuera de mi ser. Respiré profundo. Sus palabras me hicieron disipar mis titubeos y rendirme una vez más ante la presencia de Sebastián. Me levanté y salí corriendo a ciegas mientras intentaba seguir los senderos medianamente transitables; él, detrás de mí, corrió para intentar capturarme:

—Terminaré por atraparte —me gritó mientras corría iluminado por la luz de su guía.

Yo tan solo aceleraba lo que podía debido a lo difícil del terreno y no desperdiciaba ni una gota de aire abriendo la boca para contestarle lo que se merecía por engreído. Era muy competitiva cuando me disponía a ganar. Cuando colocó la luz de su guía sobre su rostro e hizo algunas muecas espeluznantes desde su percepción, no pude más, la risa terminó por ganarme y así fue como me quedé sin aliento. Sebastián terminó por aprisionarme con fuerza. Me alzó por el aire y me depositó como un costal sobre el mantel. Descorchó la botella y al descubrir que había olvidado las copas en el auto me invitó a sorber de ésta. Se sentó junto a mí y me abrazó por la espalda. Nos quedamos en total quietud mientras el sol hizo su aparición en lo alto. Sebastián ya había apagado la lucecilla, cuando escuché de sus labios:

—Ha valido la pena perder estas horas de sueño.

—Tienes que reconocer que es bueno que me escuches más seguido —añadí.

—No me manipules. Sabes que no hago otra cosa que oír tu vocecita demandante todo el día.

—¿Eso opinas de mí? —me volteé para verle a los ojos.

—Eso me encanta de ti —dijo y volvió mi rostro en dirección al sol.

Si el territorio me había parecido fascinante con la luna aún en el cielo, quedé sin palabras mientras los tenues rayos se iban posesionando de todo. Comenzó a clarear a medida que el sol se autonombraba rey de la naturaleza y le otorgaba el don de los colores. Los tonos arenas, grisáceos, ocres, dorados, rojizos y plateados se superponían y refulgían con las nubes de fondo. Sebastián sonreía atónito y me sostenía muy junto a su cuerpo. Las nubes parecían bailar con los picos rocosos. Un pájaro

solitario agitó sus alas con ímpetu sobre la inmensidad y me provocó un sobresalto. El azul comenzó a vibrar y a volverse más turquesa, a la vez que mirar directo al sol ya no era posible, porque la luz era tan fuerte que enceguecía. Suspiré. Cambié la vista del astro al fondo de la escena, a las montañas rojizas con betas verdes por la escasa vegetación. Todo el protagonismo era para las formaciones que asemejaban los cráteres lunares. Sebastián y yo terminamos con aquel peculiar desayuno de vino, pan y frutas, y nos tumbamos un rato a disfrutar de la mañana de domingo. Cuando habíamos descansado lo suficiente, miré el reloj y ya daban las nueve:

—Me gustaría seguir el recorrido, ¿qué más habrá por aquí? —le susurré a Sebastián que estaba a punto de rendirse.

—Despabílate, dormilón —le susurré—. El día apenas comienza y ya te estás durmiendo.

—¿A quién se deberá que ahora me esté cayendo del sueño? —No le quedó más que abrir los ojos. Comenzó a jugar conmigo sin aguantar los párpados pesados por el desvelo. Mientras me hacía cosquillas, entre risa y risa no podía quitarle los ojos de encima. Y mientras más jugaba y ponía aquella cara de felicidad, yo me quedaba tan extasiada mirándolo, que parecía que estaba volviendo a darme cuenta de lo enamorada que me tenía este hombre.

—Te imaginas todas las travesuras que hubiésemos hecho en la casa del general si este amor nos hubiese sorprendido en la adolescencia —le solté y de repente me arrepentí. Recordé que él me había asegurado que desde entonces no podía quitarse lo que sentía por mí de la cabeza.

—Pues yo de alguna forma las viví, pero eran una ilusión que solo sucedía en mi mente —reconoció.

—Ya no te lamentes por lo que no pudo ser. Bien sabes cuánto te amo.

Me colocó un mechón rebelde de cabello detrás de la oreja y se me quedó mirando con una sonrisa en los ojos.

—Y soy muy afortunado por eso —me dijo—. Vamos, que ya me robaste el sueño una vez más. ¿Qué quieres hacer ahora? Aún tenemos tiempo.

Él accionó su guía y me mostró lo que había, ambos estuvimos de acuerdo en no perder un minuto más. Ya teníamos experiencia como exploradores así que recogimos todo lo que habíamos traído y nos encaminamos hacia el auto, con la magia de aquel pedazo de tierra haciéndonos eco a nuestras espaldas.

—Fíjate que esto me está gustando y aunque no comulgue con las ideas de tu tía puedo decirte que este lugar se está convirtiendo en mi hogar —reflexionó Sebastián—. Si Leila dejara de solo escuchar su voz y recolectara más opiniones de la gente valiosa y joven que tiene a su lado, el proyecto de la UNA no habría quien lo parase.

—Gente valiosa y joven como Apolo —agregué.

—Tú hermano tiene ideas increíbles, me las compartió y me quedé sin aliento. Si él que ha crecido bajo los patrones de educación de esta nación, piensa de manera tan madura y brillante, imagino que otros han de tener pensamientos similares.

—Me reconforta escuchar que tienes esperanzas sobre esta parte del mundo —admití.

—Hace tantos años que no tenía tiempo real para mí, que siento que he terminado de conectarme conmigo mismo. Ahora veo con más claridad mi vida, la guerra comienza a repugnarme. La vida es tan efímera, es un soplo. Al final cuando llegue a la vejez, si tengo el privilegio, quiero poder contar con muchos recuerdos como éste y que no ganen aquellos que contribuyeron a la destrucción.

Veinte pasos más entre los escaloncillos, los estrechos senderos y aún ni siquiera veíamos el auto. Sebastián seguía filosofando y yo estaba convencida de que nunca habíamos estado más de acuerdo. Estos siete meses no solo acrecentaron nuestro amor, sino que también sincronizaron nuestros pensamientos. Ya no solo éramos dos amantes que compartían el cariño, el deseo y esa fuerza magnética que terminaba por unirnos más cada vez que intentábamos alejarnos; nos habíamos acomodado a tal punto que bastaba una mirada para comprender las necesidades del otro. Me esforzaría para dejar las dudas atrás y para trabajar en fortalecer nuestra relación.

Una curva pronunciada, otras escalerillas y apareció el auto no lejos de nosotros. Yo bajaba sonriendo detrás de él, tenía las manos puestas sobre sus hombros y me iba saltando los rústicos peldaños de dos en dos, cuando sentí un tirón brusco de Sebastián que no me dejó seguir avanzando. Me costó un par de minutos darme cuenta lo que sucedía. A unos metros del auto estaba una especie de avioneta apenas perceptible, su color la camuflaba con la carretera. No era muy grande. Permanecía cerrada sin dar señales que me hicieran conjeturar si era una nave amistosa o no. Cuando la portezuela de ésta se abrió, el piloto asomó la cabeza y se dirigió hacia nosotros.

—No te muevas de aquí —me dijo Sebastián sin dejar de mirar al frente.

Llena de temor lo abracé por la espalda sin entender nada y me rehusé a separarme de él. «¿Cómo le hizo William para violar la seguridad de la UNA?», fue lo primero que me pasó por la cabeza.

11



Sebastián intentó separarme de su cuerpo mientras más me aferraba a él. Se volvió hacia mí, me clavó sus pupilas en mis ojos y sentí su mirada suplicante deslizarse hasta mi corazón. Me besó como si pretendiera aspirar mi esencia y me imploró:

—Caminaré hasta él e intentaré entretenerlo, cuando veas que está distraído corre al auto y huye. Avísale a tu hermano y pídele que te esconda en el lugar más protegido que tenga.

—No me iré sin ti —susurré.

—En cuanto logre librarme de él, iré a buscarte y huiremos a donde no nos vuelva a encontrar. Lo juro.

—No te dejaré —divagué.

—Es la mejor salida. No sabemos cuántos le acompañan y de seguro están armados.

Sebastián, me fue soltando la mano poco a poco, hasta que las puntas de mis dedos lo perdieron. Me quedé detrás de la roca mientras Sebastián con paso firme caminó hacia William. En la desesperación que viví en esos minutos no me percaté de algo, de ello me di cuenta al rememorar la escena en mi mente tiempo después: William estaba relajado, como si no tuviera nada que temer. Nadie salió a reunirse con él, pero quedaba la posibilidad de que estuvieran escondidos. William no tenía desenfundada el arma, ni parecía que tuviera intenciones de lesionar a Sebastián. Ambos se hicieron de palabras, las que yo no podía escuchar donde me encontraba, pero que al parecer subieron de tono cada vez más. Entre lo

poco que alcancé a oír estaba mi nombre. William comenzó a gritarlo y yo espantada vi pasar por delante de mis ojos el momento propicio para seguir lo pactado con Sebastián, correr al auto y desaparecer. Cuando me decidí a hacerlo, justo antes de abrir la puerta del vehículo, vi a William encañonar con el arma a Sebastián. Me quedé petrificada mientras Sebastián me gritaba que corriera y William que me acercara a su lado, si quería preservar la vida de Casals. Hice todo lo que William me ordenó, caminé hasta él y cuando estuve cerca, éste desplazó su arma hasta presionarla contra mi cabeza.

—¡Déjala irse! —le gritó Sebastián.

—No cumpliste tu parte del trato —vociferó William.

—Ya no estoy convencido de querer hacerlo —continuó el diálogo entre los dos.

—Entonces pagarás el precio que corresponde —William se puso muy agresivo.

—Pagaré el precio que sacie tus deseos de venganza, pero a ella déjala irse. —Sebastián estaba exasperado.

—¿Mi venganza personal? ¿Acaso no te corre sangre por las venas? —El enojo de William se convirtió en un reproche—. ¿Cómo puedes ser tan débil? ¿Sabes? Venía a sacarte de aquí para facilitarte el retorno, pero si es lo que prefieres arréglatelas como puedas. Tienes unas horas para cumplir con tu parte del acuerdo si la quieres volver a ver con vida.

—No lo lograré, es una idea desatinada. Deja a Paz conmigo, podría servirme de ayuda —dijo Sebastián.

William solo emitió una carcajada y me empujó hacia adentro de la avioneta. En ese instante me di cuenta de lo que no pude ver en un inicio, Sebastián había temido por mi seguridad cuando había visto a William, pero no se había asombrado por su presencia tanto como yo. Era como si supiera que tarde o temprano William se cruzaría en nuestro camino.

—Si te la llevas olvida mi parte del trato —continuó gritando Sebastián.

—Entonces no me quedará otra opción que hacerlo en persona. —William se sentía invencible.

—No tengo medios para lograrlo, no tengo armamento ni vehículo para salir vivo de aquí.

—Lo harás —terminó de decir William riéndose con más fuerzas—. Comunícate con mi equipo cuando estés listo para partir.

—¿De qué acuerdo están hablando? —reclamé muy confusa. Intenté liberarme absorta en mi desesperación por todos los cabos sueltos y volví a

gritar—. ¿Qué rayos está pasando? ¿Sebastián?

—Paz, haz todo lo que William te diga, mantente con vida —me suplicó Sebastián y antes que la avioneta despegara, le gritó a William—: ¡Si le haces daño no te alcanzará la vida para arrepentirte!

William me arrebató mi guía y se la lanzó a Sebastián por la puerta aún abierta de la avioneta, dejándome incomunicada. Desde mi asiento vi que en la nave no había nadie más. William, mientras piloteaba, me tiró unas esposas y me ordenó ponérmelas. Yo estaba tan confundida sacando mis propias conclusiones, que, aunque lo escuché no reaccioné. William me dijo enfurecido:

—Hazle como quieras, pero ten mucho cuidado de atentar contra mí.

—¿Serías capaz de matarme? —le grité—. No tienes que esposarme, no te voy a hacer daño, no soy una criminal. Pero si tengo la más mínima oportunidad de huir, no lo voy a pensar dos veces.

—De eso último sí estoy seguro, ya me lo demostraste una vez —aseveró.

—Sé que merezco que me odies, lo siento mucho —le dije.

—No quiero oír nada de lo que tengas que decirme. Esa oportunidad la perdiste cuando te fuiste con él.

Cuando William logró burlar la seguridad de la UNA para escapar del territorio, me di cuenta que si la UNA tenía sus medios para vulnerar la seguridad de la Sociedad Autocontrolada, esta última tenía los suyos para lograr sus propósitos. La avioneta era indetectable para los sistemas de control y seguridad del espacio aéreo.

El viaje fue largo y enrevesado. En mi corazón el sobresalto latió durante todo el trayecto. Las ideas oscuras me nublaron la razón y empecé a sacar conclusiones sobre lo acontecido. Me quedé consumida por las dudas acerca del comportamiento de Sebastián. Me invadió el temor por mi familia en la UNA y la ira por sentirme presa, por no poder escapar, ni advertirle a los míos lo que estaba ocurriendo. William continuó sin dirigirme la palabra, cada vez que podía me lanzaba una mirada penetrante advirtiéndome que no me dejaría libre. Pensé que en algún punto aterrizaríamos en una embarcación para continuar la travesía por mar o que iríamos hasta América Unida para cambiar a un avión más potente. Pero no fue así como atravesamos el Atlántico sino en la misma avioneta. A pesar de la angustia, terminé dormitando más de lo que hubiese querido

porque llevaba muchas horas despierta, y de alguna forma, que aún no me explico, todavía confiaba en la humanidad de William.

Nos recibieron varios soldados en la pista. William caminó a paso firme delante de mí, sin preocuparse porque yo me fugara, mientras sus soldados nos seguían. Con cada paso que avanzamos me di cuenta que había regresado a la unidad militar a la que William me había traído algún tiempo atrás en Limes, mi última morada en el territorio de la Sociedad Autocontrolada. Me instalé en la misma casa austera, donde aún mis pertenencias me aguardaban en la habitación. No me sorprendió que, tras mi entrada a la morada, William cerrara la puerta y me dejara allí como una prisionera. Me quedé recostada en un sofá con miles de pensamientos arremolinándose unos con otros.

Desperté tras ser sacudida por William. Ni siquiera le escuché entrar.

—Date una ducha y empaca tus cosas, en una hora regresamos —me ordenó.

—¿A dónde? —dije sobresaltada.

No me respondió y con hosquedad se retiró. Comprendí que me presionaría a través de la humillación y la desconfianza. Esa forma de atacar de la que tantas veces fui testigo. No me dejé doblegar, hice mías sus tácticas. En silencio me levanté y me encaminé al baño, seguí sus instrucciones. Me guie por mi intuición, la cual apuntaba a seguirle el juego. En menos de cuarenta minutos estuve lista con mi equipaje a mi lado. Él disimuló su asombro al reparar en mí y se repuso con prontitud. Me ordenó que le siguiera. Iniciamos un recorrido familiar que inició en una avioneta hasta el corazón de Limes. La nave distaba mucho de la última que William había piloteado para vulnerar la seguridad de América Libre. Luego tomamos un avión militar en el aeropuerto e inició aquel vuelo tampoco demasiado largo, pero sí con un rumbo incierto. Algún que otro sobresalto me atrapó a punto de quedarme dormida, pero fue imposible conciliar el sueño porque estaba inquieta al desconocer los planes que William tenía para mí. Odiaba esa pesadilla extraña, de la que te despiertas de un brinco con la sensación de que estás cayendo. William no me quitaba la vista de encima y cada que aquello me sucedía soltaba una risita cínica que me hacía despabilarme en serio.

—No entiendo que tengas tanto sueño. ¿Acaso no te preocupa lo que tengo preparado para ti? —me soltó William.

—Es que anoche no dormí nada —dije.

—No seas sórdida. No me des detalles.

—No es lo que estás pensando. Tuve problemas para dormir.

—¿Cómo estará entonces tu conciencia?

Ni siquiera le contesté, en mis circunstancias consideré que era mi mejor opción.

12



Mi asombro fue mayor al aterrizar, tomar un vehículo y dirigirnos por aquella carretera que había transitado otras veces, que culminaba en el portón principal de la residencia de la familia de William. Me bajé del auto con el semblante derrotado, pero con la esperanza viva en mi interior. Caminamos uno al lado del otro, mientras él me ayudaba con el equipaje, en un gesto cordial e insolente a la vez. Dentro de nuestro antiguo domicilio, abandonado tiempo atrás, nos esperaban algunos miembros de la familia de mi aún esposo. Nos recibieron con besos y saludos de bienvenida. Correspondí a cada gesto, atrapada en la confusión de no entender lo que estaba ocurriendo, hasta que vi en el fondo un rostro amado dirigirse hacia mí. Corrí hasta él y me le abracé con fuerzas. Mi padre me sostuvo cuando mis rodillas flaquearon y con discreción me alejó del resto. No dijimos nada, pero en la mirada de ambos sabíamos que por encima de todo podíamos confiar el uno en el otro. Tenerlo allí me devolvió el consuelo. En sus ojos estaba reflejada toda la realidad, él no fingió que nada había ocurrido. Él conocía mi dolor, mi amor por Sebastián y nuestra travesía. A diferencia de la familia de William que con su comportamiento daba a entender que desconocían lo ocurrido en los últimos meses, mi padre compartía conmigo la verdad en silencio.

Me encontré con una Karena recuperada a la vista, su delgadez extrema y su languidez desaparecieron. La extraña enfermedad de Karena estaba cediendo, aunque en sus ojos aún permanecía un vestigio de malestar que

no le permitía lucir plena como antaño. Sus preguntas por nuestro viaje y nuestra estancia lejos no se hicieron esperar:

—¿Cómo fue vivir en Limes todo este tiempo? —Sus palabras fueron dirigidas hacia mí.

Titubeé. No sabía si mentir expresamente o dejarme llevar por la corriente al contestar con un abstracto «bien». William disfrutó unos segundos al verme estirar el silencio, pero terminó resistiéndose a sus deseos de castigarme. Decidió responder por mí y fue lo más sensato que hizo desde que me había sacado del territorio de la UNA. De seguro temió que toda la pantalla que él o su familia crearon terminara cuando yo pronunciara la primera sílaba. William acertó al decir:

—Tía querida, Paz está agotada, dejémosla descansar. Además, hace tanto que no ve a su padre, de seguro tienen mucho que compartir.

Mi padre me acompañó a la habitación y fue lo más dulce que viví en las últimas horas. Me cuidó como lo hacía cuando era una niñita y dependía de las cosas que me enseñaba. Cuando estuvimos solos tuve ganas de preguntarle: «¿Qué está pasando?», pero no lo hice por temor a comprometerlo. En la suavidad de una caricia que reposó sobre mi cabeza, comprendí que él también seguía el juego y que me suplicaba que hiciera lo mismo. Aquello me dolió, siempre lo vi tan fuerte, que saberlo sumiso a las órdenes de aquella familia que se había autoproclamado realeza de nuestra sociedad, me decepcionaba. El afecto hacia mi padre, no me permitió continuar juzgándole. Para calmar su propio sufrimiento, seguí el juego y afirmé:

—Es una sorpresa que hayas venido para recibirnos. ¿Todo bien en tu actual puesto, sin novedades?

—Todo igual, no te preocupes por eso ahora —dijo.

—¡Ahhh! —suspiré—. Lo siento, papá. Espero que Diana y mi tía estén bien.

—Muy bien, Diana y Owen se casaron hace poco.

—¿Se casaron? —dije. Sabía que perdérmelo venía a la par con mis decisiones.

—Algo discreto debido a las circunstancias. Ya no te preocupes por nada. —Pasó sus manos por las muñecas de mis brazos y preguntó por mi guía, yo me limité a negar con la cabeza—. Entiendo. Tienes que cuidarte mucho, hija. No podremos tener mucha comunicación, estaré muy ocupado.

En las pocas frases que intercambiamos entendí que no podríamos frecuentarnos como antes y que mi libertad estaría muy limitada, incluso a su presencia. Se fue. Me quedé sola en mi antigua habitación, la que había sido testigo de tantos episodios.

Al llegar la noche, me recosté sobre la cama con la misma ropa que había viajado. Temí que William apareciera y pretendiera satisfacer sus instintos más bajos, que me humillara o que me forzara como había hecho en otras ocasiones. No me di cuenta hasta el día siguiente, que él no durmió conmigo. Suspiré de tranquilidad. Las noches siguientes tampoco pernoctó en mi cama y agradecí por ello. Durante el día, William pasaba a importunarme con sus reclamos, solo para dejarme en claro que yo estaba en sus manos, pero fue todo. Pasaron unas semanas y tampoco volví a ver a mi padre. Tal vez era mejor así, ya lo había perjudicado bastante. Admito que de continuo me sorprendía comprobar que papá continuaba en su cargo. No entendía nada, ni el proceder de William, ni el de su familia.

En el transcurrir de la semana siguiente pude percatarme de dos cosas: la primera, que, aunque la familia nos había recibido como si el capítulo de mi huida con Sebastián no hubiese sucedido, a nadie se le hacía extraño que yo tuviese que andar escoltada de uno o dos guardias cuando William no me acompañaba, la segunda era que todo simulaba estar idéntico, pero había diferencias que la familia King manejaba como sutiles y eran descomunales. A nadie se le hacía raro que William durmiera quién sabe dónde, que Ademar King II se ocupara de todos los asuntos de estado con su madre presionándole como de costumbre, y que en tantos meses la ausencia del dirigente siguiera siendo un misterio. «¿Qué tan profundas fueron las heridas que Dafne le causó para que aún no regrese?», pensé. Su período de hibernación rebasaba el tiempo de lo habitual.

Otra situación que me asombró fue cuando desperté sacudida con brusquedad. Había amanecido y la tenue luz matinal se colaba a través de las cortinas. Descubrí a William, el responsable de mi despertar violento. Sin darme explicaciones me dijo que saldríamos en breve.

—¿A dónde vamos? —dije con temor.

—Báñate y ponte lo más decente que puedas —dijo ignorando mi pregunta.

Me levanté. William seleccionó en el closet una ropa formal de día y me la entregó. Me introduje en el cuarto de baño. Cerré la puerta con el

seguro mecánico que era usual en las puertas de los sanitarios. No todos tenían mi costumbre de no quitarse la guía ni para bañarme. Ya había usado el seguro en otras ocasiones a mi regreso, mientras necesitaba bañarme y William se negaba a abandonar la habitación. Él no había puesto reparos. Abrí la entrada de agua a la tina para relajarme con un baño caliente, para demorar la salida lo más posible y para intentar calmarme. Vi el agua elevarse aprisa, le añadí tres esferas efervescentes de espuma y el olor que emanaban invadió el aire.

William golpeó la puerta sin cesar antes que me introdujera.

—¿Qué quieres? —dije.

—Abre la puerta.

Como aún estaba vestida lo hice para evitar problemas. William sintió el vapor que se desprendía de la tina y se quedó en la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó aún enojado.

—¿Acaso no es obvio?

—No tenemos tiempo para eso. Date una ducha o lo que sea más rápido. No tardaremos afuera, puedes dejar la temperatura de la tina programada y tomar tu baño al regreso.

Así lo hice. Me di una ducha y me vestí tan rápido como pude. En la puerta de la residencia nos esperaban dos autos. William se subió en el primero y me interceptó cuando me iba a sentar a su lado.

—Irás en el de atrás —dijo cortante.

—¿Hacia dónde? —le pregunté, no sin reparar que en el segundo auto iban dos guardias además del tercero que conducía.

Ni siquiera me contestó, pero al arribar comprobé que estábamos en el Instituto de Planificación Familiar. No me dijo el motivo de nuestra visita, pero mi necesidad de saber se postergó, cuando en la oficina de la directora nos recibió Rita Roger. La madre de Sara nos dio la bienvenida y nos hizo pasar. Intenté buscar en la sala algún indicio que revelara el paradero de la doctora Earta Hébert, pero parecía haber sido desterrada de aquel lugar. No quedó nada que hiciera alusión a su presencia. Las palabras de William me sacaron de la exploración visual del sitio, al escucharle manifestar con naturalidad:

—Le agradezco darnos esta cita de un día para otro. Aquí estamos para lo mismo que tantos otros, queremos tener un hijo. Hace algún tiempo comenzamos un tratamiento, pero tuvimos que dejarlo a un lado debido a la situación de la nación.

No dije nada, pero me convencí que el novio del final de mi adolescencia se había esfumado muy lejos y tal vez no volvería. Tampoco escuché a la doctora Roger mencionar las frases trilladas de que ya era hora, etcétera. Ella se limitó a mencionar:

—Si es el deseo de ambos me ocuparé de ello.

—No esperaba menos. Mi deseo es que usted se ocupe del procedimiento en persona —comentó William.

—No se hable más, comencemos cuanto antes —dijo la nueva directora.

—Yo tengo ocupaciones para esta mañana que no puedo postergar —añadió William—. Le dejo a Paz para que se pongan de acuerdo y adelanten todo lo posible. Estoy en la mejor disposición para hacerme todos los estudios y procedimientos necesarios.

Rita y yo nos miramos. De seguro mi expresión de sorpresa no le pasó desapercibida. «El mes comenzó bastante inquietante», me dije para mis adentros. Yo aún me atormentaba por la seguridad de mi familia y la mía propia, y ahora tenía que ingeniármelas para librarme de esto. Aunque intentaba confiar en Sebastián, me preocupaba por los míos al desconocer la misión que le encargaron. Para colmos, William me asignó a los escoltas, uno se quedó en el auto y los otros dos me esperaban afuera de la oficina de la directora.

Una secretaria con cara de humano, pero que por sus movimientos mecánicos dejaba en claro su condición robótica, llamó a la puerta con urgencia y la doctora la hizo pasar. La recién llegada le comentó a Rita Roger que requerían su presencia en uno de los pabellones, justo donde Earta Hébert me había cerrado la puerta ante mi insistencia por saber qué había dentro, un tiempo atrás. Rita se disculpó:

—Serán unos minutos. Es una urgencia, de lo contrario nadie nos interrumpiría.

Salió y me sentí libre cuando por fin estuve sola. Los guardias se quedaron afuera y yo estaba allí, en aquella oficina que era una tentación. Delante de mí estaba la pantalla del ordenador de la doctora, parecía estar apagado, pero podría ser una vía para comunicarme. Golpeé las yemas de mis dedos unas con otras. No elegía qué hacer. De un lado la computadora y de otro las cámaras. Me puse de pie y paseé con disimulo delante de la ventana. La oficina estaba repleta de tecnología. Respiré con fuerzas. Volví a acariciar mis manos y rocé el anillo de Sebastián. Aún lo tenía. Como también tenía el collar con el dije que le permitía a Sebastián rastrearme.

Alcé la vista en dirección a las cámaras. En el pasado había aprendido a detectarlas con rapidez, habilidad que no me acompañaba para desactivarlas. Mientras buscaba el sitio, la puerta se abrió de golpe y la doctora entró. Hice un gesto de pesar antes de tenerla enfrente. Me dirigí a mi asiento y simulé sostenerme de la mesa mientras me acomodaba en la silla. Mi mano quedó lo suficiente cerca del ordenador para que el anillo extrajera la información resguardada en la memoria. No sé por qué lo hice. Fue un acto casi reflejo de la espía que me había acostumbrado a ser, de la que no me libré del todo. Earta Hébert había acrecentado la curiosidad en mí, cuando en el pasado había restringido mi acceso a ciertas áreas del instituto.

La doctora Rita comenzó a explicarme el procedimiento de la fertilización e intenté concentrarme en sus palabras. Comprobé que no era igual al modo utilizado por la anterior directora. Rita Roger introdujo sus modificaciones al proceso de la concepción asistida y al de la elección de las características genéticas, pero al final el resultado era el mismo. Sin tapujos, ni importarme que hubiese o no cámaras, le dije:

—Hace tiempo comencé un tratamiento similar con la doctora Earta. Me sorprendió verla a usted en su oficina.

—Soy ahora la nueva directora —mencionó.

—Es difícil de creer. No porque usted no reúna los méritos para ello. Pensé que el título de Earta Hébert era vitalicio. —Entonces me asaltó la duda y le pregunté—: ¿Ella se encuentra bien?

—Se vio forzada a retirarse a descansar. ¿Supiste que su esposo tuvo un accidente y que falleció?

—Ahora que lo dice recuerdo que lo escuché en las noticias —dije intentando rememorar el evento y los comentarios de Sebastián al respecto, continué diciendo—: Los tres pilares de la Sociedad Autocontrolada ya no están al frente. El general Duarte se retiró, Darcio Hébert falleció y nuestro líder aún hiberna en quién sabe qué lugar.

—Así es, aislado para su protección. Ha de ser que quedó en un estado crítico para que haya tanta reserva sobre su padecimiento. La familia no dice nada, mi hija no me comenta ni una palabra. Sabemos lo que salió en las noticias, que está en hibernación y que cuando regrese vendrá renovado, con más bríos.

—Estamos iguales. Mi esposo también es hermético al respecto conmigo. Cuando Ademar King regrese sacudirá a la Sociedad

Autocontrolada. Creo que si él supiera cómo marcha todo, no se libraría de otro infarto —dije.

—Ese hombre es más resistente de lo que imaginas. Cuando vuelva rodarán muchas cabezas.

Me sorprendió que la madre de Sara hablara sin ser cuidadosa con sus palabras. Tuve deseos de seguir indagando y también de decirle que no me realizaría el procedimiento que tan minuciosamente me había explicado. Yo tenía claro que deseaba tener hijos, todos los que pudiese procrear, pero no con William. Solo estaba dando tiempo para ver cómo podía volver a escaparme y regresar a la UNA. Abrí la boca convencida de expresar mis ideas, pero pensé en Rita y en la simpatía que me hacía sentir, así que por no comprometerla le seguí la corriente. Desde tiempo atrás, ella me inspiraba confianza, no solo porque me había ayudado sino porque la creía sincera.

—Veo que hay información en tu expediente, pero nada es concluyente y ha pasado tiempo. Comenzaremos desde cero. Te enviaré un listado a tu guía con los estudios que necesitaremos hacerte y podrás programar las citas —dijo con sinceridad.

—¿Mi guía? Tuve un pequeño problema con la guía y no la tengo en estos momentos. Es más, creo que tendré que reemplazarla.

—Al final del pasillo hay una tienda, puedes adquirir una de uso provisional o comunicarte conmigo en otra ocasión y te envío el nombre de los estudios.

—Deme un segundo.

Me acerqué a la puerta y pasé delante de los guardias sin darles explicaciones. Con amabilidad intentaron detenerme.

—¿Doctora, a dónde se dirige? —dijo uno de ellos.

—Iré a la tienda. Necesito comprar… —mencioné.

—Puede decirnos lo que necesita e iremos por ello —dijo el otro.

Pensé por un segundo, que esa guía temporal no me vendría nada mal. Decidí que si la adquiría no se le diría a William.

—Díganos qué necesita —insistió el guardia.

—Es algo que me solicita la doctora. Son cosas de mujeres y no les daré más detalles —me dispuse a dar un paso al frente.

—Lo siento —me dijo el guardia desafiante—. Si no puede decirnos entonces tendrá que esperar. Desea que me comunique con su esposo para ver si dispone otra cosa.

—No, gracias.

El calor por la frustración me puso a hervir la frente y las mejillas. Respiré profundo para calmarme. Tenía que ser más autocontrolada que nunca, si quería aprovechar todas las circunstancias que me alejaban de las cuatro paredes a las que me había confinado William. Cada oportunidad en el exterior era una puerta de salida para escabullirme. Me introduje al consultorio sin dirigirles ni una mirada más a mis vigilantes.

—¿Y entonces? —dijo la madre de Sara.

—¿Qué cabeza la mía? Me dirigí hacia la tienda para comprar la guía temporal y luego me di cuenta que sin mi guía no podría pagar. Ni siquiera traigo un chip extra con algo de dinero.

—Puedo ayudarte con eso —sugirió la doctora—. Puedes devolver el dinero cuando finalices el pago de los servicios del instituto.

Si la doctora salía por la puerta los guardias no la iban a detener. Su respuesta era lo más natural del mundo. Rita Roger de alguna forma siempre me salvaba el pellejo cuando yo más lo necesitaba. Involucrarla me dejaba un mal sabor de boca. Ya bastante la comprometería, si alguien descubría la información guardada en mi anillo. Yo sabía lo despiadados que eran los King con quienes los traicionaban. Antes que me decidiera a soltar una palabra, Rita me dejó con la duda sibilante y me dijo:

—Vuelvo enseguida.

A través de la puerta abierta, vi a los guardias preguntarse el uno al otro qué hacer. De seguro le dirían a William más tarde. Me recriminé por mi descuido. Si Rita hubiese acudido a la tienda sin mi intento frustrado previo, ahora yo no estaría bajo sospecha. Ya no pude cambiar el curso de mis actos, yo quería esa guía.

La doctora me entregó un listado extenso de estudios de laboratorio para comenzar. Con una sonrisa me entregó la guía. Era perfecta para mí, sin registros previos. Una guía en blanco con solo un listado de los estudios que no deseaba realizarme.

—No serás la única, William tiene cita mañana y a él también le espera una lista de exámenes. Para no atrasarnos, en vistas de las prisas de tu esposo, te haré un breve reconocimiento ahora si estás de acuerdo. Es todo lo que puse en la agenda para hoy. Quiero ver cómo están tus ovarios y tu útero. ¿Te parece?

—Claro —respondí.

Rita me invitó a acudir a un área lejos de las oficinas. En uno de los consultorios me pidió prepararme y subirme a una camilla. Mientras ella hacía barridos con el transductor del ultrasonido sobre mi vientre,

continuó con las preguntas usuales. Algo en la pantalla captó su atención y al ver la inquietud en su rostro, giré la cabeza en busca del motivo. Rita intentó mencionar algo, pero de seguro recordó mi formación como médico y se tragó sus palabras. Yo sin salir de mi asombro, continué mirando aquel diminuto saco amniótico que figuraba como una pequeña manchita dentro de mi útero. Aquel saquito borró de golpe todos mis intentos previos de acceder a la información del instituto, de apoderarme de la guía o de desactivar las cámaras de seguridad. Me dio un golpe brusco en la conciencia. «Justo ahora», pensé. Me arrepentí de frustrarme en el pasado por cosas a las que de pronto les veía la solución de manera muy clara. Esto era un motivo real para preocuparse y aunque otras cosas parecieron significativas en su momento, perdieron relevancia en un suspiro. La alta resolución del equipo se reenfocó y sin pensarlo dos veces me levanté con la intención de marcharme. Rita me retuvo por el brazo con varias interrogantes en su semblante. Solo alcancé a murmurar:

—Es complicado. Prefiero ser discreta al respecto incluso con mi esposo. Se lo ruego.

—Primero los guardias, luego la guía y ahora esto. Ya no estoy tan segura de que debas conservar la guía —dijo Rita Roger con una voz apenas audible.

—¿La quiere de vuelta?

Ella no contestó nada, pero en otra ocasión me había guardado un secreto. Rita respiró profundo y se retiró a su oficina. Era un momento confuso. Intenté aclarar mis ideas. Antes de irme de aquel lugar me quedé sentada unos minutos tratando de asimilar la noticia. Fue la decisión más rápida y sin titubeos que recuerdo haber tomado, decidí disfrutarlo por encima de lo que fuera. La risa se apoderó de mí, reí tanto que también lloré. La alegría se dibujó en mis labios mientras mis manos recorrían mi vientre y yo intentaba comunicarme con la vida que crecía en mi interior.

13



Sabía que los guardias no tardarían en comunicarle a William que la doctora Rita Roger había acudido a la tienda, justo después de mi negativa a decirles a los guardias lo que yo quería comprar. Cuando atravesara por la puerta de la residencia de los King, cabía la posibilidad de que William ya estuviera enterado. Tomando en cuenta el patrón de los días anteriores, y su revelación en el instituto acerca de su mañana ocupada, supuse que tendría un par de horas, antes que él apareciera a torturarme con su presencia. La guía que me dio Rita con su inocente contenido aún estaba en mi poder. Los guardias no me quitaban los ojos de encima dentro del auto, así que me quedé casi inmóvil en el asiento, para no añadir un motivo más para que desconfiaran de mí y pasaran el reporte.

Cuando atravesé el umbral de la puerta de mi habitación William me esperaba sentado en uno de los amplios sofás. Me sorprendió y casi di un brinco. Esperaba su reacción, pero no tan inmediata. Elevó la cabeza para lanzarme una mirada que me heló la sangre.

—Tan temprano aquí. —Intenté ganar tiempo, pero él no dijo nada, así que continué—. Solo entré para dejar el bolso y refrescarme. ¿Cómo ves que justo cuando estaba en el consultorio de Rita Roger llamó Sara? Su madre le dijo que yo estaba ahí. Sara no pudo aguantarse la emoción al saber a lo que fui al instituto y me pidió que con urgencia acudiera verla a mi regreso.

—¿Ah, sí? Anda a refrescarte, yo puedo guardar tu bolso y tu abrigo —dijo casi arrebatándomelos.

Me introduje aprisa en el cuarto de baño. Mientras él estaba ocupado cerré con cuidado la puerta. Puse el seguro manual. Sabía lo que William buscaba en mi abrigo y mi bolso, y que no tardaría demasiado en darse cuenta que había buscado en el lugar errado. La guía reposaba dentro de uno de los bolsillos de mi pantalón. El baño era inmenso, lleno de muebles con toallas, jabones, amenidades y yo sin encontrar el lugar idóneo para ocultarla. Pensé introducir la guía dentro de una toalla o en el interior de un frasco de crema. Las guías eran herméticas y ninguna sustancia le afectaría. William se acercó a la puerta y me llamó con insistencia. Temí que ningún lugar dentro de la habitación iba a ser seguro.

—Abre la puerta ahora, Paz —rugió William del otro lado.

—Enseguida.

Palidecí. Sentí un sudor pegajoso y frío deslizarse por mi espalda cuando sentí el golpe seco de William contra la puerta. Recorrí con la vista el área y deseché el lavabo, el excusado y los muebles. La tina me tentó con el agua rebosante, tibia, quieta y turbia por el jabón de la mañana. La espuma se había deshecho en más de la mitad de la bañera, pero el agua no se traslucía. Hice lo que tenía qué hacer, con disimulo de las cámaras me acerqué al regulador de la temperatura y solté la guía en la superficie.

William volvió a golpear la puerta y le grité:

—Ya salgo.

Observé con el rabillo del ojo hasta que el vaivén del líquido se aquietara por completo, tan sosegado como no estaba mi corazón dentro de mi pecho. Contuve el suspiro y abrí la puerta.

William me cateó todo el cuerpo, me revisó los bolsillos del pantalón y los pliegues de la ropa. Deshizo mi peinado y pasó los dedos a través de mi cabello. Me ordenó abrir la boca y esculcó dentro.

—Desvístete.

—Márchate primero. —Me atreví a decir.

—No estoy jugando.

—Lo sé. Me estás demorando. ¿Pretendes que deje a Sara plantada?

Él mismo comenzó a quitarme la ropa hasta que se convenció que no ocultaba nada bajo mis vestiduras. Cambió el tono de su voz por uno más moderado y me preguntó:

—No quiero hacerte daño, Paz. Terminas por hacerme perder la paciencia —dijo sin quitar la vista de mi cuerpo desnudo—. Te ofrezco otra oportunidad y me destrozas el corazón. Soy amable contigo y me pisoteas una vez más. Te llevé al instituto para que hagamos las paces, te

estoy dando la oportunidad de ser la madre de mi hijo, de volver a ser una familia, de enmendar todo.

Si le decía la verdad, que no podía, que Sebastián se me había colado hasta la célula más recóndita de mi humanidad, no me iba a entender. Yo misma no podía renunciar a lo que sentía por Sebastián. Era como una planta venenosa, tal cual refirió Leila en alguna ocasión. Mis sentimientos por Sebastián, esos que Leila se negaba a catalogar como amor, eran una enredadera que me había enlazado por uno de los pies y me había trepado por las piernas hasta cundir con su follaje todo mi cuerpo. Una planta trepadora que amenazaba con asfixiarme cada segundo que no lo tenía cerca, incluso aunque la desconfianza hacia él también me amenazaba. Sebastián era un traidor y yo no podía sacármelo de adentro. Sentí empatía con William. Estábamos en una situación similar, pero una situación que me dejaba vulnerable y a expensas de sus caprichos.

—¿Qué le pediste a la doctora Roger que comprara para ti? Dime —dijo tomando una de las batas de baño y cubriéndome con ella, para poder quitar los ojos de mi desnudez.

—¿De qué estás hablando?

—No sé cómo te las arreglaste para embaucar a la doctora y convencerla para que te comprara lo que sea que estás ocultando. Dime lo que es. Si lo haces, perdonaré de inmediato tu falta.

—No hay nada —insistí.

—No entiendes la seriedad de tu permanencia aquí. Solo yo puedo salvarte. Estoy dispuesto a apoyarte, Paz.

—Hazlo y te lo agradeceré siempre. Seguiría apreciándote como a un amigo, pero no esperes lo que no puedo ofrecerte.

Se acercó un poco más. Casi podía sentir la humedad de su piel transpirar por efecto del vapor de la tina. Di un paso hacia atrás y me deshice de sus brazos que buscaban rodearme.

—¿Es tu última palabra?

Asentí.

—Me destruyes por dentro.

—Lo siento, William. Te lo he dicho en varias ocasiones. Lo nuestro no tiene solución.

—Te exijo me entregues lo que sea que le pediste a la doctora que te comprara.

—Ya te dije que no sé de lo que estás hablando.

—¡Dímelo ahora! ¡Basta ya de tus juegos!

Se acercó a cada uno de los muebles del baño, vació los cajones y revisó dentro de los compartimentos. Inspeccionó dentro de las toallas perfectamente dobladas. Los frascos los agitó uno a uno, leyó el contenido de los mismos, algunos los abrió y de otros solo buscó detrás. Al no encontrar nada inusual, y más aún, al desconocer lo que buscaba, se desesperó. Volvió hasta mí y me torció la muñeca con la intención de hacerme hablar. Me dolía. Él sabía que me estaba lastimando y apretó aún más. Si me resistía, si le asestaba un golpe para defenderme, las cosas se pondrían peores para mí. Si él decidía lanzarme a los King ya nada tendría remedio. Le dije para quitármelo de encima:

—Está bien te diré.

Me soltó. Intenté recuperar la movilidad de la mano.

—Habla —insistió.

—Si tanto quieres saber te lo diré para que puedas dormir tranquilo. ¡Le pedí que me comprara un veneno para dejar de tener que soportarte! Y no es necesario que sigas buscando, para estos momentos debe estar haciendo efecto, así que pronto nos podremos librar el uno del otro.

Su risa mordaz me estremeció por dentro. Negó con la cabeza y se alejó de mí. Se encaminó a la salida de la habitación, no sin antes decirme:

—¡Lo descubriré tarde o temprano, como he hecho siempre con todos tus embustes! Mientras tanto permanecerás encerrada sin contacto con nadie en esta hermosa prisión, querida esposa.

Contuve mis lágrimas. No sabía cuánto tiempo más iba a poder aguantarlo. Si yo accedía a sus intenciones, tal vez podría recuperar su confianza y de alguna forma me sería más fácil a escapar. Pero todo tenía un precio, uno que no estaba dispuesta a pagar. Me acerqué a la tina, dejé la bata muy cerca y me deslicé dentro. La calidez del agua logró desarmarme. Unas lágrimas silentes ya no se resistieron a la barrera de mis párpados. Busqué con cuidado la guía y la apreté dentro de mi puño con todas mis fuerzas. Otras lágrimas le siguieron, pero ahora eran de triunfo. William no me había arrebatado la guía y con ella, yo tenía la oportunidad de comunicarme con mis aliados y de abrir las puertas que me cerraban el paso hacia América Libre.

14



El crecimiento indiscriminado de la industria alimenticia, y de tantas otras, para sustentar a la sobrepoblación que imperó en el mundo antes de la guerra, el consumo desmedido de la raza humana, los desechos creciendo y acumulándose… Conocimientos adquiridos en las clases de historia que vinieron a mi mente de golpe cuando reparé en el contenido del anillo. Lo había sincronizado con la guía, en el lugar más privado de la habitación, un pequeño cubículo del cuarto de baño donde estaba el excusado. Ya me había cerciorado que hasta ahí no llegaban las cámaras. Mis sentidos se agudizaron desde que el instinto maternal se apoderó de mí.

En la escuela me enseñaron que después de la guerra, los sobrevivientes nos habíamos reeducado, había sido un proceso largo en exceso. Cada sociedad humana experimentó el cambio por sus propios motivos, algunos por precaución, otros por necesidad y la mayoría para sobrevivir. Como era costumbre en la humanidad, la técnica incluso para vivir en congruencia con el medio ambiente, era una razón más para buscar querella al no ponernos de acuerdo en el método idóneo. Entre muchos otros aspectos, la Sociedad Autocontrolada eligió que el sistema de reproducción de los seres humanos fuera asistido, para no dejar nada al azar. Gracias a mi «investigación» previa y actual del Instituto de Planificación Familiar, y lo que me explicó Rita sobre el proceso para tener el hijo deseado por William, entendí el trasfondo de algunos cimientos de nuestra nación.

El reglamento para restringir la descendencia de los matrimonios dependía del número de habitantes. Desde que recuerdo el límite era un hijo. Esto cumplía una doble función: evitar la sobrepoblación, lo que todos sabíamos, y controlar a las masas. Desde que tuve razón, sospeché que el gobierno intentaba controlarnos y manipularnos de alguna forma. Y siempre sentí desconfianza de la imagen que proyectaba el Instituto de Planificación Familiar. Era algo que no podía tragarme, como las asfixiantes estrategias que utilizaban para más que vendernos sus ideas, endosárnoslas.

La información del ordenador de Rita no dejaba dudas. La forma en que clasificaban las características genéticas que tendrían los ciudadanos según los estratos sociales, me lo dejaba muy claro. Lo peor de todo era que se hacía sin el conocimiento de los clientes del instituto, casi todos los matrimonios que confiaban en los métodos de la reproducción guiada.

Los detalles eran extensos y no podría analizarlos todos en una hora, si me quedaba más tiempo en el excusado tendría a William enfrente cuando abriera la puerta. Había listados de nombres de familias, de procedimientos, la agenda electrónica de Rita Roger con citas con determinados personajes de la capital que no podía pasar por alto. Datos y más datos que me ofrecían las piezas del rompecabezas que había permanecido incompleto durante mi formación como médico y también después. Algo me iba quedando claro, el reducido número de hijos no permitía experimentar toda la gama que la genética podía desplegar. A las parejas se les permitió escoger las características deseadas en los hijos, como se había experimentado años atrás. «Si va a tener un solo hijo podrá escoger qué rasgos de la familia desea que perduren en sus descendientes». Algo así como, «solo tendrás uno, pero será el mejor que puedes tener», y así sucesivamente con los nietos y la generación siguiente.

Con este reglamento no solo se evitaba el crecimiento indiscriminado de la población, sino que el gobierno construía la sociedad que quería: humanos con genes seleccionados, con menos predisposición a enfermedades, con mayores habilidades físicas e intelectuales, con mayor facilidad para autorrealizarse en lo profesional y lo personal, porque el gobierno trazaba los lineamientos para conseguir este fin. Esto era lo que vendían y parecía maravilloso, pero no era el producto final. Todo era una mentira. La familia era complacida con rasgos como altura, color de los ojos, tipo de cabello, coeficiente intelectual y aquello era la distracción perfecta. Otros caracteres como el temperamento eran manipulados sin

contemplaciones según las disposiciones del instituto, que no eran otras que las de la familia King. El resultado eran hombres y mujeres que vivían supeditados a un gobierno controlador al que veían como el Dios de su evolución.

La tecnología, con énfasis en la robótica y en la inteligencia artificial, venía a suplir lo necesario para que la Sociedad Autocontrolada no tuviera desventajas con respecto a la mano de obra frente a la UNA. Teníamos robots humanoides con distintos roles como soldados o asistentes para todo tipo de servicios, así como tecnología avanzada que impactaba en diferentes esferas como medicina, ingeniería, economía, industria, etcétera. De esto se ocupaba el Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial con sus múltiples sucursales en las distintas ciudades-estados y las muchas empresas que se dedicaban a la robótica. Y ahí venía la mayor interrogante. «¿Por qué la agenda de Rita Roger tiene tantas juntas con el Presidente del Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial?», me dije. No pude seguir buscando en ese momento, ya tenía que ser visible para las cámaras. Interrumpí la sincronización del anillo con la guía y borré todo rastro de la información de ella. No guardé los datos en la guía porque no podría tenerla conmigo como el anillo. La guardé dentro de unos de los tantos frascos de crema. La consistencia del producto era perfecta para dejarlo en el fondo y alejar toda suspicacia de lo que ocultaba.

«Tal vez sea mejor decir la verdad. Perderé la guía y la posibilidad que representa, pero podría ganarme la confianza de William», de nuevo ese pensamiento me torturaba. Lo que menos deseaba era volver al punto de partida, a un matrimonio falso lleno de traiciones. Me acurruqué en la cama, como una niña y le di vueltas a la idea hasta que me quedé dormida.

En la mañana siguiente el despertar fue terrible. De esos que no puedes levantarte de la cama. Por más que quería no podía despegar los ojos y es que me había pasado la madrugada entera zigzagueando del sueño al insomnio. Hacía rato que había salido el sol y volvía a cerrar los ojos para dormirme. Pero no importó quedarme en la cama todo el día. William me había condenado una vez más al encierro. Tres días pasé así. Cuando podía me encerraba a indagar información de la guía, solo un intento diario, no mucho tiempo para no levantar sospechas. Al tercer día, frustrada por no encontrar ningún dato acerca del motivo de las reuniones entre Rita Roger y el Presidente del Centro de Desarrollo Inteligencia Artificial, dejé de

insistir. Ya se tornaba demasiado peligroso y la guía la quería en primera instancia para escapar.

Una mañana, volví a despertarme y ya no tenía idea de la hora que era. Comía los alimentos que me hacían llegar por la salud de mi hijo y mía. Hacía un esfuerzo porque no se me notara el asco ni los malestares del embarazo que se apoderaron de mí. Pensaba en si tomar o no la oportunidad que William me ofrecía. Si aceptaba era para desaparecerme en cuanto pudiera. Mi vientre se notaría en unos meses. La maternidad en la UNA se experimentaba diferente, en la Sociedad Autocontrolada decíamos que ellos tenían hijos a la antigua. Las familias tenían cuantos hijos querían y podían. Era hermoso ver desfilar a una pareja seguidos de su prole. El hijo de Sebastián y mío, engendrado a la antigua comenzaba a formarse en mi vientre. Apenas tendría unas cuatro o cinco semanas. Recordé que hacía dos o tres meses me había tocado la dosis del anticonceptivo que usaba y lo había dejado pasar. No con el propósito de embarazarme, solo lo pospuse y luego lo olvidé. Sí lo analizaba a fondo, sí me había sentido diferente el último mes, pero fueron señales tan nimias que pasaron desapercibidas. La vida que emergía en mí me envolvía en un halo de amor, algo que hubiese deseado compartir con la familia si hubiese estado en otra situación, y sobre todo con Sebastián. Mi embarazo no borró la desconfianza hacia el padre de mi hijo. Ahora tenía elementos para sacarla del pequeño escondite de mi memoria y dejarla enseñorearse de todo mi ser. Desconfiaba de lo que desconocía. «¿A qué se refirió William cuando mencionó que tenía un trato con Sebastián?», me pregunté. Las palabras de Leila y mi madre me rebotaban en la cabeza. El recelo de las dos me martillaba en la conciencia y aunque me resistía a darles crédito, el temor hacia las acciones de Sebastián se convertía en un veneno de incertidumbre que me carcomía el corazón. El amor emergiendo en mi vientre, resultado de una unión que quería defender como legítima, me arrojaba esperanzas:

—De algo estoy segura —murmuré en voz tan baja que apenas me escuché yo misma—, tú no vas a crecer en medio de este desconcierto. No tendrás una vida dividida como la mía, con la mentira y los secretos deambulando en las habitaciones. Te sacaré de aquí y de allá si es necesario también, para que seas feliz. Si tengo que romper con todo para que vivamos con tranquilidad y que en cada segundo veas la verdad reflejada en mi mirada, nos iremos tan lejos como podamos.

William me sorprendió al abrir la puerta y di un sobresalto. Me incorporé de la cama donde había permanecido reflexionando. Lo escuché preguntar:

—¿Sabes de dónde vengo?

—No —contesté.

—Del Instituto de Planificación Familiar.

—¡Ah! ¿Y? —Carraspeé—. Di lo que tengas que decir, no estoy de ánimos para conversar, ni para continuar esta falsa. —Disimulé. Temí que Rita le hubiese revelado acerca de la guía.

—Fui a terminar los estudios que aún me quedaban, de mi parte es todo. Ahora lo que queda es tuyo. —Su respuesta me hizo alejar mis temores iniciales. Si Rita le hubiese dicho de la guía provisional ni siquiera estaría hablando de los estudios, menos se los habría hecho.

—No quiero tener un hijo contigo, ni aparentar que somos una familia. —Me decidí a enfrentarlo, contrario a la vocecita que me susurraba en la conciencia que lo hiciera confiar en mí para luego dejarlo.

—Es por Casals. ¿Aún confías en él? —Hizo un gesto de suficiencia.

—¿En quién tengo que confiar? ¿En ti? No te basta con todo lo que ha ocurrido. Reconozco que no he actuado bien y ojalá algún día puedas perdonarme, pero ya es suficiente. Soy la culpable de que esta relación no haya prosperado, tú viste las señales y decidiste ignorarlas, pero no te culpo. No tengo derecho a reclamarte nada. Solo te pido una cosa. Déjame ir, inventa lo que sea, di lo que quieras, pero déjame marcharme. Tú no me necesitas, no me quieres ya.

William ignoró mis palabras y continuó con el tema que le había llevado a verme:

—No te asienta bien el encierro. Te noto rara. ¿Hasta cuándo vas a resistirte?

—No me siento bien, es todo —dije y palidecí más ante sus sospechas.

—Pareciera que en cualquier momento vas a devolver todo el contenido de tu estómago. ¿Estás enferma?

—¡No! Es el tratamiento hormonal, es todo. Tienes tanta prisa que la doctora ha utilizado el tratamiento acelerado y los efectos secundarios son desastrosos. —Otra mentira para mi colección.

—No quieres tener un hijo conmigo y sin embargo no te has resistido al tratamiento. Eso me da una esperanza.

—¿Acaso me has dejado otra opción?

—¿Dónde está la guía? —soltó de improviso.

Palidecí aún más. Las gotas de sudor se apelmazaron junto con mis cabellos sobre mis sienes. Tuve que correr al baño antes de vomitar sobre el suelo de la habitación. William me siguió detrás. Ni siquiera me dejó recuperarme de la presión que hacían las arcadas sobre mi estómago. Fue implacable y continuó reprochándome mientras yo seguía vomitando:

—¿Creíste que no lo descubriría? Entrégamela ahora y no me hagas buscar una amenaza para obligarte a hacerlo. Tiene que estar aquí, no has salido de la habitación desde que llegaste de la clínica.

William me presionó con una sonrisa de satisfacción. Él no me dijo cómo lo había descubierto ni yo le preguntaría, pero algo me decía que su visita al instituto no perseguía como único fin el de realizarse los estudios. Me distrajo al principio y me agarró desprevenida. Si lo negaba, sería peor. Él ya sabía. La guía no tenía información sobre los datos almacenados en el anillo. Lo que perdía con la guía era la posibilidad de comunicarme con los míos, de poder programarla para sincronizarla con puertas y otros dispositivos que me facilitaran la huida. La busqué y le escuché emitir una carcajada al ver dónde la tenía oculta. La examinó, se percató que su contenido se limitaba al listado entregado por la doctora, y eso fue todo.

—A partir de mañana, saldrás para continuar el tratamiento. Y prepárate, la doctora me dijo que lo acelerará aún más. Puede hacerse y yo tengo prisa. —Me tiró una toalla y me dijo—: Límpiate, por favor. Dile a la doctora que te recete un medicamento para los efectos adversos, de seguro algo te puede servir.

¿Cómo se siente la tristeza? Recordé los escritos sobre el amor que una vez mi madre me transmitió a mi antigua guía y quise escribir sobre el desconsuelo, ahora que me embargaba y que podía describirlo lo más auténticamente posible. No tenía ningún dispositivo para teclear así que solo dejé fluir mi pensamiento y lo almacenaría en mi memoria. Es más, si lo olvidaba a futuro era mejor. Sería un síntoma de mi recuperación.

La tristeza hace que de pronto el cerebro se torne pesado, tanto que lo sientes dentro de la cabeza. El peso del cerebro abruma. Ya no se sostiene con la gracia habitual y esa pesadumbre la vas arrastrando durante todo el día. Te hace mantener la cabeza gacha. Los ojos parecen dos pelotas de ping pong de lo hinchados que quedan y ya no son livianos, ni ágiles. Cuesta moverlos. Levantar los párpados se vuelve tan difícil como alzar dos compuertas antiguas que han permanecido estáticas durante mucho tiempo. Y para rematar, en un lugar del estómago que le mal llamaré «boca» se instaura un dolor ácido del cual quieres librarte y del que no

quieres hacerte responsable. Me faltó algo, las piernas y los pies, se convierten en dos lanchas tan cargadas que amenazan con hundirse y quedarse sembradas en la arena, anegadas a andar.

Todo eso sentí cuando William me arrebató la esperanza de huir, al llevarse mi guía.

15



Los mismos guardias de la otra vez me esperaban en el auto. ¿El destino? El Instituto de Planificación Familiar. Me iba a encontrar con Rita y no sabía cómo le iba a mirar a la cara. Ella me había traicionado y yo, bueno, yo había hecho lo mismo. Los síntomas del embarazo me llegaron de golpe y se negaban a abandonarme. Toda la oleada de hormonas estaba haciendo mella en mí. En poco tiempo William descubriría que estaba embarazada de Sebastián.

La secretaria de la doctora Roger me recibió y me acomodó en su oficina. Contrario a lo que pensaba no tuve dificultad para mirar a Rita a los ojos. Ésta me comunicó de viva voz lo siguiente:

—Paz, ¿qué voy a hacer contigo?

Me sorprendió que no tocara el tema de la guía. Juraba que había sido ella. No pude evitar preguntarle:

—¿Usted le comentó a William sobre la guía que adquirió para mí? —dije sin rodeos.

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Ni siquiera de manera accidental?

—Para nada. Además, él ni siquiera me preguntó por la guía. ¿Por qué tendría yo que tocarle el tema? —Se quedó pensando y luego añadió—: Él ya completó sus estudios y tiene mucha prisa. Le recomendé el tratamiento más prolongado porque es más eficiente, pero insistió en el acelerado.

—Lo sé. Ya me lo comunicó.

—¿Qué vas a hacer? Dime cómo puedo ayudarte.

—Usted no me puede ayudar. Ya ha hecho demasiado. No sé ni siquiera por qué.

—Es difícil dejarte a tu suerte conociendo a los King —dijo la doctora y me sorprendió su solidaridad. Y más aún, la forma de expresarse acerca de la familia más poderosa de nuestra sociedad.

—Por lo mismo es mejor que se mantenga alejada de mí.

Salí corriendo de allí, me introduje en el auto y les pedí que condujeran. Los guardias me escoltaron hasta la misma habitación y me dejaron encerrada. No más hice traspasar la puerta tuve que correr para vaciar el contenido del estómago, antes que quedara esparcido sobre el suelo. Intentaba respirar hondo para evitar que me viniera otra arcada. Un sudor frío me recorrió desde el cuero cabelludo hasta la punta de los pies. El esfuerzo de mi cuerpo era brutal y temía que afectara mi inminente embarazo. La imagen de Sebastián inundó mi mente. Quería estar con él, necesitaba que me cubriera con su cuerpo, que me calentara y que me susurrara que todo iba a estar bien para los tres. Recordé cada una de las veces que nos protegimos el uno al otro y sobre todo, cada vez que me había demostrado que me amaba. Empujé la desconfianza fuera de mi mente, muy lejos de mí.

Desde que William apareció en El Valle de la Luna toda la hermosa historia que Sebastián y yo compartimos en América Libre comenzó a enturbiarse. Yo no quería dudar. Cerré los ojos, respiré profundo e intenté imaginar a Sebastián a mi lado, susurrándome sus frases autocontroladas, las que yo había odiado porque me lograban desesperar, las que ahora extrañaba. Dos lágrimas se escaparon de mis ojos. No las vi venir. Ni siquiera había notado en mi pecho el dolor que va acompañado del llanto. Solo sucedió. Tres lágrimas, cuatro y ya no pude contener la avalancha que se arremolinó sobre mis mejillas. Suspiré casi ahogada como lo hacen los niños cuando se privan de oxígeno de tanto llorar. Otra sacudida de mi estómago y ya no tenía más nada que expulsar, pero el asco y los espasmos no me abandonaban. William apareció de la nada y me metió un mechón de cabello detrás de la oreja, antes que quedara empapado por el vómito. Me contuvo y me asistió como si fuera mi pareja, como si fuera el padre de mi criatura:

—No es necesario —le dije.

—¿Por qué rechazas mi ayuda si es evidente que la estás pasando fatal? —dijo tranquilo.

—No es eso. Es que…

—¿Preferirías que fuera Casals quien estuviera aquí contigo? No puedo entenderlo. Él estuvo siempre en la casa de tu padre y tú ni siquiera le hacías caso. Tras la desaparición de tu madre todo cambió. La explosión que la sacó de nuestras vidas no solo se la llevó a ella. También te arrebató de mis brazos. Íbamos a casarnos y ya nada fue lo mismo. Me cuesta aceptarlo porque te veía feliz a mi lado. Por eso pienso que algo o alguien te ha confundido y no estás pensando racionalmente. Dame la oportunidad de recuperarte tal y como eras antes de la fecha de tu último cumpleaños.

Retuve la palabra que utilizó para referirse a la supuesta muerte de mi madre: «desaparición». Me regresó una arcada, seca y espasmódica, en la que no salió nada. William me ayudó a incorporarme y me ayudó a asearme. Cuando logré controlarme, me cepillé los dientes con él aún a mi lado.

—Si quieres hacer algo por mí déjame ver a mi padre. Necesito verle. Al menos déjale visitarme —supliqué cuando vi su renuencia en su semblante.

—¿Te sientes con fuerzas para salir? Si es así vístete. Te acompañaré a la casa del general. Estás soportando este tratamiento funesto por mí. Has acudido a cada cita sin negarte y sé recompensar eso. Necesitaremos mucho tiempo para que recuerdes el amor que me tenías. Creo que tenemos mucho que perdonarnos el uno al otro. Solo así podremos volver a ser felices. Yo también tengo errores que enmendar. Es cierto que te quiero de vuelta, es verdad que te amo, pero aún no puedo sacarme de adentro tu traición. Pondré de mi parte. No podemos traer una vida al mundo con todo este rencor entre nosotros.

El abrazo de mi padre me reconfortó sobre manera. No pudimos hablar de lo que nos interesaba porque William no nos dejó solos ni un minuto, pero oír su voz y poder recostarme a su lado fue suficiente para calmar el volcán que estaba a punto de erosionar dentro de mí. Las palabras de William me habían llegado hondo. Me ofrecía una salida absurda, pero a la que podía amarrarme si quería alejar la pesadilla de mi vida. La pesadilla en cuanto a mi seguridad física porque en mi mente no tendría sosiego. Mientras Sebastián continuara sembrando en mi alma el vacío, no habría hueco en

mi corazón de mujer que se pudiera llenar. Punto. Ésa era la realidad. Mi corazón de madre vibraba ante la inminencia de la llegada de mi pequeño, pero la huella de su padre había apagado una parte importante de mi ser.

Ni siquiera le expliqué a William lo que yo sentía, él no lo iba a entender. Su amor y todo lo que decía que me iba a ofrecer estaba condicionado. William estaba dispuesto a devolverme la vida a su lado que yo había pisoteado, siempre que cumpliera su voluntad. Si yo hacía esto entonces podría sentirme segura ante los King. ¿Hasta cuándo? ¿Cuál sería la durabilidad de esa promesa? Seguiría supeditada a la voluntad de William por el resto de su vida, en la cuerda floja y sin amor. ¿Y mi hijo?

16



William se creyó en serio lo del tratamiento. Ni por un momento en el transcurso de los días subsecuentes manifestó alguna sospecha sobre lo que en realidad ocurría. Él atribuía que mis síntomas se debían a las hormonas que me administraban. Y eso nos sacó de las continuas peleas. Noté que bajó un poco la guardia y ya no estaba a la defensiva. Él podría haber bajado la guardia, pero yo no. Más temprano que tarde mi panza diría aquí estoy y William no lo iba a tolerar. Me constaba porque él había investigado hasta descubrir la guía, había profanado el cielo de América Libre con la finalidad de arrebatarme de aquellas tierras y de los brazos de Sebastián. Un gesto que podría atribuírsele al amor, pero a uno al que yo ya había renunciado porque Sebastián gritaba dentro mí.

—¿Cuándo vuelves a tener cita? —me sorprendió William con una pregunta.

—Pronto —contesté sin fuerzas.

—¿Qué día?

—Mañana. —Tuve que mentir para que dejara de insistir.

—Perfecto. Esta noche habrá una cena familiar y será uno de los temas de conversación. Pasaré por ti a las seis.

Yo sabía que una separación era perjudicial para su carrera y sus relaciones sociales, entendía que deseaba como su primo aparentar la familia perfecta, pero en su posición y en su cercanía con el mandatario más poderoso que en la actualidad existía, las leyes y los

convencionalismos estaban de sobra. Ellos, los King, los Allen y la familia entorno a Ademar padre, siempre conseguían hacer valer su voluntad irrespetando las reglas que ellos mismos erigieron. Me acomodé sobre la cama, sentada con los brazos cruzados sobre las piernas con miles de pensamientos emergiendo para entrelazarse con otros y atormentarme.

Para cuando me di cuenta, William regresó y comenzó a presionarme para que le acompañase. No me negué porque no tenía un plan, estaba desarmada ante el presente que estaba viviendo.

Fuimos los últimos en incorporarnos a la mesa del comedor de Karena. Ademar King II a diferencia de otras ocasiones, ocupaba el lugar de su padre. Su madre se sentaba en el sitio de siempre. Sara al lado de su esposo, y contigua a ella estaba Rita Roger, quien al parecer había estrechado los lazos con su familia política. Del otro extremo mis suegros para completar. Después de saludar nos sentamos. No quise hacer hincapié a mi alrededor, aunque lo disimulaban muy bien en el semblante de cada uno se notaba el paso de los meses. William tenía razón, los comentarios con respecto a nosotros no se hicieron esperar. Tal cual como él lo había supuesto y como me había prevenido. Lo compadecí un poco, aunque no era necesario, porque él podría si quisiese liberarse de esa tiranía familiar. Su energía era diferente delante de aquellas personas que le exigían estándares elevados y lo ponían en continua competencia con su primo mayor.

—Me comentó William que reanudaron los planes de concebir un bebé y que van muy adelantados —reafirmó Karena.

Ella a veces se tomaba demasiadas atribuciones con mi persona, creía que podía ejercer la misma influencia en mí que en William. Mi suegra en cambio, siempre callada, se dedicada a escuchar más que a opinar, prudente en todo el sentido de la palabra.

—Así es —mencionó William al ver que yo no dije nada al respecto—. Muy pronto. Mañana vuelve a tener cita. Nuestra nueva directora del Instituto de Planificación Familiar —dijo con una sonrisa para Rita—, insistió en darle seguimiento en persona a nuestro caso, lo cual agradecemos. Sabemos que está muy ocupada y ha hecho un espacio para nosotros.

—¿Paz, no te veo tan emocionada como a mi sobrino? —sondeó Karena.

—Claro que lo está, tía. —Sonrió William palmeándome el hombro.

—¿Y qué tan adelantado va todo, Rita? —habló Karena—. Ahora sí dinos porque a estos dos jóvenes les está dando trabajo dar este gran paso,

ya se decidieron, pero aún no los veo muy convencidos.

—Ya están listos todos los estudios, ahora solo es darle seguimiento, en cualquier momento puede ser. Mañana ajustaremos los tiempos, cuando nos veamos Paz y yo en la cita que tenemos —dijo Rita.

Levanté la cabeza que había mantenido baja mientras les escuchaba y me sumergía en mis propias introspecciones. Reparé en Rita, quien negó con la cabeza ante mi mirada y me dio a entender que ya dialogaríamos del asunto. Vi de soslayo a Karena hacer un gesto de desgano, mientras Sara sonreía y Ademar King II suspiraba con aburrimiento. No abrí la boca en toda la noche y la conversación giró de un tema a otro hasta que se extinguió al final de la cena.

William me acompañó hasta la puerta de la habitación. Confiaba en que nuestra relación se limitaría a mantener las apariencias como hasta ahora. Creí que William daría media vuelta y me dejaría en mi nueva prisión luego de darme un beso en la frente o después de recitarme palabras bellas sobre nuestra reconciliación, la que él consideraba un hecho. No había mencionado ninguna palabra acerca de si lo iba a aceptar o no, solo me limitaba a escucharlo hablar por horas, acerca de todo lo que íbamos a lograr cuando volviéramos a estar juntos. Me sorprendía, porque nunca había sido tan comunicativo como lo era en las últimas fechas. Antes era como si se hubiese tragado las palabras y las que lograban salir de su garganta se las sacaba con cuenta gotas. Ahora en cambio, sus palabras salían disparadas una tras otras y parecía que no se acabarían nunca. Me dio seguridad su ausencia durante cada noche desde mi regreso, pero al verlo apoyado en el marco de la entrada del recinto volví a titubear. Dio varios pasos dentro del cuarto, se sirvió una copa de vino y se sentó en la cama. Me quedé en silencio, de pie.

—Cámbiate de ropa, ya es hora de dormir —dijo con aquella expresión que yo conocía.

—Aún no tengo sueño —articulé.

—Puedes acostarte y dormirte si lo deseas. Me sentaré en esta silla, terminaré mi vino y me iré como lo he hecho todas estas noches.

—Prefiero esperar a que te marches para dormir.

—¿Piensas que te voy a hacer algo en contra de tu voluntad? —manifestó ofendido.

—No sería la primera vez —mencioné mirándolo a los ojos.

—No olvides que eres mi esposa.

—Ya no. Dejamos de ser pareja cuando decidí abandonarte —dije sin alzar la voz. Si no lo hacía, si no le marcaba los límites todo regresaría al punto de partida.

—Pero lo estamos intentando, estás siguiendo el tratamiento —insistió.

—No me has dejado otra salida. No te confundas. Si de verdad me amas demuéstralo, aunque termine nuestra relación. Preocúpate por mí como lo hace un amigo. Déjame elegir y acepta mis decisiones. Entiende que ya todo terminó y permíteme seguir teniendo una buena imagen de ti. Déjame cargar con la culpa de que lo nuestro no haya funcionado y sigue siendo el chico con quien compartí buena parte de mi vida.

William se acercó hacia mí y me sostuvo con fuerzas por el brazo para convencerse de su poder sobre mí. No le importó nada de lo que dije. Mi estrategia ya no iba a funcionar porque William se había cansado de hablar y quería pasar al siguiente nivel, pero yo no estaba dispuesta a tolerarlo. Forcejeamos e intentó besarme. Me clavó una mirada que me hizo temer, me torció el brazo hasta que no pude más de dolor y le grité:

—¡Delante de tu familia puedes aparentar lo que desees pero que te quede claro, no somos pareja y no voy a actuar como si nada hubiese ocurrido en los meses que he estado fuera!

—Todo puede volver a ser como antes. ¡Sebastián te traicionará tarde o temprano!

—¡No continuaré fingiendo amarte, ni ser tu esposa! ¡Suéltame! —grité cuando mi tolerancia estalló en mil pedazos. Sabía que él podía destruirme, pero la piel me escocía al roce con la suya. Respiré e intenté relajarme porque hecha un manojo de emociones coléricas no le iba a poder controlar.

Me tiró sobre la cama sin soltarme el brazo. Me resguardé con todas mis fuerzas hasta que ya no pude resistirme, el dolor del brazo era insoportable pero no me di por vencida. Yo podía hacer más por defenderme, podría golpearle hasta quedarme sin aliento, pero esperé, me ventilé, resistí sin dejar que la agresividad se posesionara de mí, ni siquiera para protegerme. Si nos violentábamos el uno al otro, las consecuencias serían peores para mi embarazo y para el despojo de nuestra relación. Temí que su actual posición como heredero y hermano de la máxima autoridad, quien lo había investido de más poder aún, lo encegueciera de venganza y cambiara mi prisión de cristal por otra más real. Respiré hondo para sobrellevar la agonía y ahogué la tortura en un suspiro. Pude ver en sus

ojos que no se conformaría con dominar mi cuerpo, él quería someter mi voluntad. Se detuvo, dejó de presionarme el brazo contra la espalda al entender que había errado el camino para conseguir su propósito. Me abrazó mientras intenté reponerme y aprovechó mi descuido para poner sus labios contra los míos. Viré la cara hacia el otro lado y me apretó por las mejillas hasta que tuve que mirarlo a los ojos. Me besó con desesperación hasta que se separó con brusquedad. Se limpió la boca con el dorso de la mano y con rudeza golpeó los muebles que tenía cerca en repetidas ocasiones:

—¡Te desprecio tanto que ni siquiera deseo tenerte! —gritó exasperado y aquello fue una revelación para sí mismo—. ¡Te odio tanto que no puedo dejarte ir! Mañana asistirás a la cita que tienes en el instituto y concebirás un hijo mío. No quiero tener que volver a hablar de este asunto. No me contradigas, no me retes, si no será peor para ti y para los tuyos.

Esa madrugada apenas pude conciliar el sueño. Su rencor quedó de manifiesto para los dos. Fui consciente de mi responsabilidad en los sentimientos que William estaba experimentando. Su resentimiento era un león que yo había alimentado desde recién nacido. Culpabilizarlo y proclamar mi inocencia, hubiese sido injusto con la integridad del hombre que yo me había encargado de destruir. Primero lo enamoré con ferviente deseo, lo hice feliz por un tiempo mientras aún me sentía complacida con las caricias que me prodigaba, después me cansé de su juego o me di cuenta que yo misma era una pieza más de la telaraña que tejieron a nuestro alrededor, y decidí convertirlo en mi víctima para salvarme, aunque eso me transformara en la victimaria. Yo todavía le quería como persona, con un amor culposo y con arrepentimientos porque había incentivado la maldad de los King en él. Aquella maldad de la que ya me habían advertido. «¿Cómo puede ser inocente alguien que vive al lado del tirano, viendo sus atrocidades sin oponerse?», me dije. Justo esas eran las palabras con las que mi madre y Leila juzgaban a Sebastián. Dejé de señalar a William. Me dormí recordando al muchacho de nuestros primeros encuentros, el que no volvería. Lo había percibido en su mirada, el poder se había colado hasta lo más interno de su corazón.

Está de más añadir que al siguiente día me desperté mucho antes del amanecer. Esperé a que el sol se levantara y me fui escoltada, cual prisionera, al Instituto de Planificación Familiar. La doctora ya me esperaba, sabía que llegaría de un momento a otro. Comencé a agradecerle su apoyo cuando decidió invitarme a desayunar, en una de las tantas

cafeterías del centro médico y de investigación. Los guardias nos siguieron de cerca, pero Rita les prohibió la entrada a la cafetería, les pidió que permanecieran en la puerta, de donde podían verme y cumplir con su labor. Entendí que Rita y yo hablaríamos del tema. Mientras nos dirigíamos a la mesa, me preguntaba hasta qué punto podía confiar en ella. Rita siempre me había simpatizado, podría aseverar que era una buena mujer, y de ser así, ¿hasta qué punto podría salir perjudicada con mi historia, la cual tarde o temprano se iba a descubrir? Ella comenzó a hablar y noté en sus palabras que quería ayudarme.

—Aquí estamos de nuevo, Paz, en la cita que decías tener —mencionó ella para romper el hielo.

—Sé lo que está haciendo, doctora, y le agradezco, pero no estoy segura de querer perjudicarla con mi historia personal —mencioné convencida, ya no me importaba seguir con la falsa.

—¿No es de William el bebé que esperas? —hizo la pregunta.

Negué con la cabeza.

—No eres ni la primera ni la última que se embaraza de otro hombre o incluso de su propio marido. De todos modos, estás metida en un lío y más por tu parentela política —me advirtió otra vez.

—Ya eso no me importa. Son muchas cosas, añadir una más no me hará verme peor ante los ojos de su familia. Ahora lo único que me importa es la seguridad del bebé que espero. Lo amo y deseo que crezca feliz.

—¿Amas al padre de tu hijo? ¿Es por eso que has traicionado a William?

—Lo amo, pero todo es muy confuso. Ahora no sé si es él quien me ha traicionado a mí, él y William juntos, confabulados. Ya no estoy segura de nada. Le había dicho que es complicado —dije.

—¿Qué van a hacer contigo, pequeña? Ellos son más peligrosos de lo que imaginas. ¿No tienes como escapar?

—Lo intentaré…

—Yo puedo decir que hice la inseminación. William ya dejó en claro las características que desea para el hijo de ambos. Si te preguntan dirás que tomaste los fármacos correspondientes desde que llegaste y si les quedan dudas veré qué explicar. Nos vemos en una semana y dejamos todo listo. Si luego descubren que los tiempos no dan o si descubren que el padre es otro, tendré que decir que cuando te hice los estudios descubrí que ya estabas embarazada y que tú me aseguraste que era de William. Diré que

me suplicaste que fuera discreta y hasta ahí será la ayuda que pueda darte, no me comprometo a más, no quiero perjudicar a mi hija.

—No puedo rechazar su ayuda porque de verdad la necesito. Ganaré tiempo para salvar a mi hijo. ¿Cómo le puedo agradecer? ¿Hay algo que pueda hacer por usted? —dije conmovida por la nobleza de Rita.

—Cuida mucho a la criatura que tienes el vientre, es muy valiosa. Ahora me marcho, ya otro día continuaremos hablando. Tú cita queda pendiente.

17



En el plazo pactado, la familia fue notificada que la inseminación había sido realizada. Ahora teníamos que esperar a que «surtiera efecto». En unas semanas me haría exámenes para verificar que el embarazo era un hecho y esperaría por una respuesta que ya conocía de antemano. William no estuvo más contento por ello, continuó igual con el hostigamiento en sus palabras, pero al menos no acudió más a mi habitación. Edith y Sara comenzaron a visitarme más a menudo, por no decir a diario. No sé si se percataron que William dormía en otro lugar, pero no mencionaron ni una palabra sobre el tema. Mi suegra comenzó a hacerse cargo de mi alimentación y a vigilar las actividades que realizaba. Mentiría si negase que me agradaba la compañía de Sara y todos sus consejos sobre la maternidad, todo lo que compartía conmigo era muy fresco y basado en su propia experiencia. Karena también estuvo muy animada por la noticia, pero no tan ilusionada como las otras mujeres o como yo hubiese esperado tras su insistencia inicial. Sospeché de su falta de entusiasmo debido a la presión que ejerció en nosotros y todas sus intromisiones. Creí entender el proceder de Karena cuando durante un almuerzo familiar lo manifestó:

—Prefiero esperanzarme con la noticia cuando sea seguro que estás embarazada o, mejor dicho, cuando no haya riesgos para el curso del embarazo.

—Mi madre siempre tan precavida —añadió su hijo—. Recuerdo que cuando Sara quedó embarazada reaccionó idéntico. Sigo creyendo que es

una decisión muy importante y como están las cosas… Mejor me callo, no es mi asunto.

—Tienes razón, hijo. Si no tienes nada que decir mejor guarda silencio, ¿qué comentarios son esos? ¿Y esa negatividad? Si William eligió dar ese paso hay que respetarlo. —Le llamó la atención Karena.

Sara y mis suegros se le quedaron mirando a disgusto a Ademar King II pero ninguno añadió nada más. William intentó decir algo, pero prefirió seguir el consejo de su tía, de no hablar cuando no tenía algo valioso que aportar. Sin embargo, Ademar King II se sintió irritado por las miradas de los presentes y continuó vociferando. Karena abrió la boca para frenarlo y ponerle un alto, a lo que él respondió:

—Todos quieren aparentar que no ha pasado nada y que seguimos siendo la misma familia de siempre, pero la realidad es que esta mujer —dijo señalándome— es una traidora y no estoy de acuerdo que siga sentada a nuestra mesa, que engendre un hijo con la sangre de mi familia y que todos lo toleren por las razones que de sobra sabemos. —Lo vi transformarse de un minuto a otro tras la presión familiar—. Ya conseguimos lo que estábamos esperando y no seguiré fingiendo. Lo siento, primo, pero no te apoyaré esta vez. No la quiero cerca de mi esposa ni de mi hijo. Paz, nos traicionaste a todos, te abrimos las puertas de nuestro hogar, fingiste ser nuestra amiga. Prohíbo de inmediato tu presencia en esta casa.

William se puso de pie y por primera vez lo escuché hablarle con un tono elevado a su primo:

—¡Discutimos ese asunto y quedamos en algo! Respeta las decisiones que quedan por mi cuenta. Ahora todo será diferente.

—Es un asunto que se va de tus manos —dijo Ademar.

Karena sin levantarse de su silla alzó un poco la voz y dijo:

—¡Basta!

Yo continué sentada. Escuché lo suficiente para entender que, si no me habían arrastrado a un calabozo, era porque estaban preparando algo en mi contra o de los míos. Ademar King II no pudo aguantarse y develó lo que a mi regreso no había sido evidente. No negaré que sentí temor, sobre todo por mi criatura. Al pensar en ella tuve esperanzas. Cuales quiera que fueran los planes de la familia King entre ellos estaba el mantenerme con vida, de lo contrario, ¿para qué William se habría empeñado en concebir un hijo conmigo? Me aferré a esa conclusión. Sufrí al creer que en cualquier momento entrarían unos guardias y me apresarían. Cuando más fuerte fue

mi aprensión sobrevino lo que temía, irrumpieron en el comedor una veintena de soldados. Aquello me recordó el día de la desaparición de mi madre, cuando los guardias se apoderaron de nuestra residencia. Temí sobre todo por mi padre, mi tía, mi prima, mi hijo. ¿Qué pasaría con ellos? ¿Hasta dónde mis actos los arrastrarían?

Un rostro familiar apareció tras los últimos soldados, con la barba más larga aún, las huellas del sol sobre su rostro y el cansancio haciendo mella en su expresión. Sebastián se apoderó del salón con su presencia. Tras él, dos oficiales de rango traían esposada a la hermana de mi madre. Entendí todo. Intenté acercarme a Leila para socorrerla, pero ella me lanzó una mirada de reproche, con la que dejó en claro que me responsabilizaba por todo lo ocurrido y por haber introducido al enemigo en el territorio de la UNA. Lo peor era que tenía razón, me dejé caer en una silla mientras Ademar King II con el rostro eufórico se llevaba a la prisionera. Tras él salieron todos los guardias. Sebastián quedó de pie frente a William y a Karena, los miró a los ojos y les exigió:

—Liberen a Paz de inmediato, cumplí mi parte del trato. —Aquello me hizo sentir un sobresalto en el estómago.

—Paz no está aquí en condición de prisionera. ¿Acaso la vez en una celda o encadenada? —William arremetió contra Sebastián.

—Vine por ella. Paz, nos vamos —sostuvo Sebastián.

El mayor Casals se acercó y me tomó de la mano; sentí su calor corporal, el amor y la protección que siempre me había prodigado, pero lo que había hecho con Leila me hizo soltarlo. La turbación por mi madre y mi hermano me hicieron dirigirle una mirada llena de consternación y reclamarle:

—¿Qué has hecho, Sebastián? ¿Qué pasó con…?

—No digas nada, guarda silencio. —Él me interrumpió abriendo mucho los ojos para exigirme callar todo lo que podía hundirme más—. Es hora de irnos.

—Después de lo que has hecho, ¿cómo? —Me sentí devastada mientras Sebastián y yo nos olvidamos de los presentes.

Al terminar la frase, me alejé aún más de Sebastián y William aprovechó para asirme por el otro brazo. Me acercó a él y me sostuvo por la cintura. William le gritó a Sebastián:

—¡Paz se queda conmigo!

—Me aseguraste que harías un esfuerzo por entender lo nuestro. Sé que no tengo disculpas ante ti, pero me diste tu palabra. —Sebastián le

reprochó a William.

—Fue un momento de desesperación. Sentí tanta rabia hacía ella que quise que experimentara lo mismo que había hecho conmigo. —William reveló sus planes para castigarnos a Sebastián y a mí.

—Vine por ella, se va conmigo —insistió Sebastián.

William se lanzó hacia Sebastián y lo empujó por los hombros. Sebastián mantuvo el equilibrio e insistió en llevarme con él. Antes que se pelearan delante de todos, Karena se dirigió a los demás presentes y les pidió que abandonaran el salón. Cuando nos quedamos los cuatro nada más, Karena se dirigió a Sebastián y a William, luego de un preludio de silencio, les dio una bofetada a cada uno en el rostro y les dijo con firmeza:

—Basta ya de esta discusión. Les exijo que reaccionen y se concentren. ¿Qué está pasando con ustedes? Ni se autocontrolan, ni son dignos de los grados que representan. ¿No pueden hablar civilizadamente en privado y llegar a un acuerdo? Me llevaré la manzana de la discordia para que todo vuelva a la normalidad. Cuando estén más tranquilos hablaremos, ahora hay asuntos más importantes que nos conciernen y no permitiré que se mancille el buen nombre de esta casa. Al menos no en mi presencia.

—No la trasladarán a ninguna parte, no permitiré que le hagan daño —intervino exaltado Sebastián—. Exijo de inmediato que la dejen marchar conmigo.

—¿Exigir? Esa palabra es mayúscula si tomamos en cuenta que Paz es la esposa de William. Aquí no caben las exigencias —le debatió Karena a Sebastián.

—No dejaré que la lastimen y no importa qué tenga que hacer —repitió Sebastián mientras William acatando los deseos de su tía aguardó en silencio para demostrar todo el aplomo que su tía le demandaba.

—Ella estará bien mientras no atente contra ninguno de nosotros. No pondría en riesgo la criatura de William —dijo Karena.

Sebastián quedó sosegado ante lo que escuchó, se quedó imposibilitado de hablar. William aprovechó para dejar clara la situación y recalcarle a Sebastián que yo no había sido tan difícil de convencer. Tampoco dije nada, me dejé guiar por Karena y dos robots humanoides que la esperaban fuera del comedor. Me quedé con ganas de aclarar las cosas, empezando por revelar que el hijo que esperaba no era de William. Justo antes de abrir la boca, recordé las palabras de Sebastián sobre guardar silencio, como él me lo había pedido. La mesura me previno y esperé. También ardía de ganas de preguntarle a Sebastián por mi madre y mi hermano, pero por la

misma razón que la anterior, no dije nada. Solo podía tener presente las acusaciones implícitas en la mirada de Leila Salvat mientras era arrastrada hacia su perdición. No podía quitar de mi mente el temblor que sacudiría las entrañas de la Unión de Naciones Autónomas.

18



La familiaridad con que todos trataron a Sebastián me preocupaba más que el encierro en que me confinaron. Me preguntaba hasta qué punto me había traicionado, ahora que gozaba de la indulgencia de la familia King. Todo parecía un plan muy bien orquestado para secuestrar a Leila. Nuestro escape parecía uno de los procedimientos que el mayor Casals había utilizado para llegar a su objetivo. No podía con eso. No me lo podía tragar ni aunque hubiese visto mil veces a Leila ser empujada a la guarida de los King. Me quedé en aquella habitación hacia el fondo de la residencia familiar, donde me dejó Karena. No tuve contacto con otra persona durante una semana completa. Los robots humanoides fueron toda mi compañía, incluso intentaban iniciar una conversación conmigo para que no me volviera loca en el aislamiento. Me procuraron una buena alimentación, trajeron diversas cosas para que ocupara mi tiempo y me distrajera, se cercioraron de cubrir las necesidades básicas. Al cabo de este tiempo apareció Rita, me alegré al verla y ella negó con la cabeza en señal de desaprobación de lo que estaban haciendo conmigo.

—Hablaré con Karena para que te saque de este encierro. Necesitas respirar aire fresco. Me mandaron para que revise tu estado de salud y lo concerniente al embarazo. ¿Cómo te has sentido? —agregó la visitante.

—Estoy bien, pero me quedaría más tranquila si me revisas —insistí.

—Les pediré que te lleven a la clínica para hacer un estudio a fondo. Ahora solo revisaré tus signos y te haré algunas preguntas de rutina. —Volví a sentirme en deuda con Rita.

Al otro día muy temprano, Karena me invitó a desayunar en su jardín. Me acerqué de manera recelosa porque sabía que una cita con ella nunca sería ordinaria. Me recibió con una sonrisa y una actitud afable. Lo primero que mencionó fue:

—Bueno, Paz, ¿qué vas a hacer? Sincérate conmigo y a lo mejor podamos llegar a un acuerdo.

—No creo que esté en posición de decidir, ¿o sí? —referí.

—Sebastián y William, William y Sebastián. Si que has sido afortunada, conseguir que te ame un solo hombre ya es difícil. ¿A quién amas? Creo que mi pregunta está de más, de lo contrario no hubieras huido con Sebastián. —Seguía con un tono meloso que empalagaba y tratando a Sebastián con aquella familiaridad que me repugnaba.

—No quiero tener que ver nada con ninguno de los dos —dije.

—¿Decepcionada de Sebastián después de todo lo que arriesgaste? Sí que te ama pero hay lazos muy poderosos de los que no es fácil despegarse. El problema es que estás esperando un hijo de William y eso complica más las cosas. Tu historia me recuerda un poco la mía, por eso he decidido darte otra oportunidad.

Las ideas se abarrotaron en mi cerebro: «¿Y si le digo la verdad sobre el hijo que estoy esperando? Eso sería muy estúpido, yo no puedo confiar en ella. Con deseos de dejarme ir, no habría confabulado con William cuando me trajo de vuelta», pensé.

—No veo como mi historia y la suya tengan algo similar —terminé diciendo.

—Vengo de la estirpe de las antiguas fundadoras del MAM, mi familia es como una especie de leyenda en la UNA. Nunca me metí en asuntos políticos, pero fui prisionera de guerra solo por ser la hija de quien era. Me capturaron muy joven en la guerra que precedió a la firma del Tratado de Tolerancia, en aquel instante aún estaba tu abuela como una de las líderes de la UNA y el padre de King, mi esposo, como líder de esta sociedad. —Hizo una pausa para que me recobrara del asombro que me causó su historia y del conocimiento sobre la mía—. En ese entonces el señor era ya un viejo al que Ademar manipulaba como un títere. Sí, como un títere, es la realidad. Mi suegro ya estaba acabado y no quería dejar la silla. Nunca conocí a tu madre, ni a tu tía, ni siquiera a tu abuela en persona. Eran tiempos de muchos disturbios y mi familia vivía en otro continente, muy lejos de los tuyos. ¿No dices nada?

Tenía muchas preguntas que hacerle, pero me quedé callada. Ella nunca me dio confianza y esta revelación no cambiaría la percepción que tenía de su persona. Los detalles más sórdidos venían a continuación, yo no estaba preparada para todo lo que Karena expuso:

—A Ademar, quien también era joven, le atraje desde la primera vez que se topó conmigo. Durante la captura de mi familia él estuvo presente y eso me hizo despreciarlo. En ese momento jamás me hubiese imaginado que algún día sería su esposa. Aunque sentíamos un odio recíproco, a él le gusté. Admiró mi carácter y la valentía que demostré durante mi encierro. Me prometió que si me casaba con él me convertiría en su reina cuando su padre muriera y que compartiría conmigo el poder. Fue difícil para mí, comenzó a procurarme a diario y a tener atenciones. Comencé a sentirme cautivada por él, aunque detestaba todo lo que Ademar representaba. Un duro golpe para mí, mi atracción hacia él se hacía más fuerte, incluso si por nuestras diferencias de opiniones teníamos alguna discusión. Terminé por decirle que jamás aceptaría su propuesta. Me sentía seducida por Ademar, pero por los ideales que yo aún defendía me negaba a aceptarlo. No se rindió, me puso la nación que no le pertenecía a mis pies. Continué rehusándome en contra de mi propio deseo por honor. El lazo tan fuerte que me unía a mis antepasados no me permitía ceder.

—¿Y qué la terminó por convencer? —dije conociendo el final de la historia.

—Hizo lo mismo que William está haciendo contigo. Ordenó que me sedaran y que me extrajeran los óvulos para que procreáramos un hijo sin mi consentimiento. Creyó que cuando tuviéramos un hijo yo terminaría por aceptarlo, ya que un hijo era una razón de peso que nos uniría. Utilizaron muchos engaños conmigo en el procedimiento para la concepción.

—Entonces la dejó con lazos familiares tanto de un lado como del otro de la frontera y terminó por aceptar —intenté analizar.

—Terminé de aceptarlo cuando me supe embarazada de un par de meses y cuando nuestro hijo nació, me di permiso para amar a su padre. En la UNA no me quedaba nada. Los sobrevivientes de mi familia jamás hubiesen aceptado a nuestro hijo y yo no podía renegar de mi bebé luego de sostenerlo nueve meses en mi vientre. William y esa idea absurda de insistir en tener un hijo contigo me recuerda lo que yo misma viví, por eso creo que tal vez ustedes puedan reconciliarse. Si yo, que venía de fuera

pude adaptarme y enamorarme de esta nación, tú que has crecido aquí puedes hacer grandes cosas por tus congéneres.

«Enamorarse o más bien adueñarse, tal y como le prometió su esposo», pensé. La miré y le dije:

—¿Qué pensará su esposo cuando regrese? Una cosa es aceptarla a usted porque como dice se enamoró desde la primera vez que la vio, pero ¿por qué aceptaría a la esposa de su sobrino? ¿Y por qué le interesa a usted convencerme?

—Tengo mis motivos. Te seré franca, si no fuera por William y por Sebastián ya me hubiese deshecho de ti. Sí, por Sebastián también —recalcó al ver mi cara de incredulidad al escucharla referirse a él de nuevo—. Mi hijo ya te hubiese eliminado sin importar lo que opinasen su primo o Casals. Ademar se siente con derecho a hacerlo. Hay otro asunto incómodo que es la posición de tu padre, a quien le hemos permitido tener cierto poder y representación ante nuestros seguidores más acérrimos. Lo aprecian, lo siguen y el general Verena ha demostrado ser muy competente. No nos ha decepcionado, pero tarde o temprano sucumbirá y nos desafiará, eres su hija, al fin y al cabo. También me siento en deuda con él por un viejo asunto. Así que tengo razones para quererte con vida por ahora. No me hagas cambiar de opinión, como te has podido dar cuenta, no me cuesta hacerlo. Elige bien porque el general Verena también sufrirá las consecuencias.

Se levantó para retirarse. Dio la orden a los robots para que me llevaran de regreso a mi confinamiento. Me puse de pie y le dije en voz alta:

—¿Por qué tantas consideraciones con «Sebastián»? —hice hincapié en la forma tan íntima que ella se había referido a él.

Karena detuvo su caminar, se volvió y un aire gélido se apoderó de mí cuando ella me envolvió con su mirada.

—Porque es eficiente y ha cumplido con su trabajo. Además, nos ha demostrado su lealtad —dijo desde su posición.

«Claro. Igual mi padre y acabas de amenazar su carrera y su vida solo por tenerme como hija», pensé. Me acerqué a ella y le dije:

—Espere. No he sido justa con usted. Le agradezco las confidencias que me ha hecho hoy, me han abierto el panorama —dije y con gesto amable puse mi mano sobre la suya, mientras mi anillo reposó sobre la guía de Karena.

—¿Reconsiderarás la propuesta de William? —preguntó.

—No le prometo nada. Él y yo tenemos que hablar y resolver nuestros problemas, pero lo pensaré. Depende mucho de si este embarazo sigue su curso.

—No querrás que tu hijo te reclame en el futuro no haberle dado un buen hogar y una verdadera familia. Mañana tienes cita para revisar lo relativo a tu embarazo. Tu suegra te acompañará.

—Y unos cuantos soldados —añadí—. ¿Cuándo usted fue confiable por completo? ¿Cuándo pudo andar con libertad? —inquirí sin sonar desafiante.

—Eso hay que ganárselo.

—Entiendo, me retiro entonces —dije con amabilidad. Sabía que no podía darme el lujo de expresar con el tono de mi voz el asco que me causaban sus revelaciones.

—¿No te gustaría regresar a tu hogar con William? Si estás decidida a reconsiderar tu proyecto de vida con mi sobrino, es mejor que lo hagas cerca de él para que tengan el tiempo de hablar como personas adultas e intentar remediar sus diferencias.

—Prefiero pasar un tiempo a solas. Ni siquiera pediré quedarme en casa de mi padre porque no creo que me lo permitan, así que acepto regresar a la habitación donde he permanecido estos días hasta que aclare mis ideas.

Karena no dijo nada más. Fui escoltada por los dos robots humanoides que fungían como mis carceleros. Cuando ella me ofreció regresar a mi estancia con William, me sentí tentada porque de allí sería más fácil escaparme, pero yo ni siquiera sabía por dónde empezar. En el pasado siempre tuve un plan: primero simpaticé con la causa de mi madre, luego quise huir con Sebastián para poder estar a su lado, ahora estaba en medio de la nada. Y eso era frustrante. Yo tenía el motivo que me ayudaría a movilizarme para encontrar el camino hacia la libertad, lo que sucedía era que me había quedado sin aliados o más bien, los que me quedaban, no podían hacer nada por mí.

En algo tenía razón Karena, como ella llevaba el hijo de un enemigo de la UNA en mi vientre y de un enemigo que mi familia no estaría dispuesta a perdonar. Recordé como creció Apolo, con sentimientos encontrados hacia mi padre y me entristecí. No quería eso para mi hijo. Si me quedaba con William mi hijo crecería como lo hice yo y tampoco quería eso para mi pequeño. Por eso me quedé cruzada de brazos y acepté la cárcel cómoda que me ofrecía Karena, porque quedaba justo en medio de mis dos

opciones. Yo sabía que no me tenía que conformar. La tercera opción aún no la veía, pero debía estar en algún sitio de cabeza, aguardando a que se me encendiera y el foco y se hiciera presente. «Para todo hay una solución. Tengo que encontrarla. Mi futuro depende de mí», repetí una y otra vez como un mantra.

19



Entré a la antesala de la habitación que se había convertido en mi cárcel cuando noté que dejé de escuchar el sonido de los robots humanoides al trasladarse. Sebastián apareció en la entrada conduciendo uno a uno a los robots en el modo apagado y dejándolos en una esquina. Cerró la puerta tras de sí y me aseguró que había desconectado las cámaras de seguridad. Me abrazó con mucha fuerza, casi hasta dolerme los huesos y aunque intenté resistirme no me soltó, así que me dejé abrazar por él y sin darme cuenta mis lágrimas me bañaron el rostro.

—Te suplico que me escuches —murmuró sin dejar de soltarme.

—¿Fue tu plan desde el inicio, desde que huimos juntos ya tenías esa especie de orden de utilizarme para llegar a Leila? ¿Ahora qué haces aquí? ¿Ya tienes lo que querías o ahora siguen otros miembros de mi familia? ¿Qué puesto te ofrecieron ahora? Espero que seas consciente del daño que igual puedes causarle a mi padre, si es que aún te importa. ¿Para eso era el radiotransmisor? —disparé lo que tenía atorado desde que lo vi llegar con la hermana de mi madre.

—Cuando huimos no tenía intenciones de refugiarme en la UNA, ni seguía órdenes, solo quería estar contigo.

—¿Mi madre, mi hermano? —indagué.

—Allá se quedaron, jamás los lastimaría. Lo que ocurrió con Leila fue inevitable. No perdamos tiempo con explicaciones, es una buena

oportunidad para huir. Cuando estés a salvo te explicaré lo sucedido y podrás entender. —Él hablaba muy aprisa.

—¿Qué quieres de mí ahora? ¿Atormentarme? Tal vez sea mejor regresar con William. Aunque viva una mentira toda mi vida, al menos podré darle un hogar al hijo que espero.

—¿Entonces es cierto que estás embarazada de él? —Su rostro se desencajó y afectado suplicó—: No tienes que regresar con William, todavía tengo muchas cosas que ofrecerte, no importa que esperes un hijo de otro. —Sus lágrimas le daban un matiz de inocencia a su cara, mientras yo me hacía más fuerte para no caer en su juego por segunda vez—. No estoy dispuesto a abandonarte. Me amas, no puedes negarlo. William sembró la duda en ti y no permitiré que nos separe.

—¡Tú capturaste a Leila y eso no lo podrás cambiar ni siquiera llevándola de regreso! —dije.

—Escúchame. Trataré de explicarme lo más rápido que pueda. Una vez más dejas de confiar en mí. Te explicaré por qué parece que teníamos un trato. Tú y yo no teníamos salida cuando estábamos huyendo en la moto, iban a capturarnos. Revisé tus heridas y vi que sobrevivirías solo si tenías ayuda médica inmediata. Estábamos perdidos e hice lo que fuera preciso en ese momento para salvarte. William quiso aprovecharse de la fuerza con la que sabía que yo te protegería. Me dijo que había descubierto todo, lo nuestro, tu servicio secreto, que tu madre estaba viva, que tenías un hermano. Conocía los nombres, los detalles. Por eso te había llevado a Limes, para alejarte de los suyos. Al principio, él no supo cómo reaccionar porque te amaba y estaba indeciso si debía revelarlo a su primo o no. Es fácil entenderlo, su honor quedaría por los suelos cuando todos supieran que introdujo una espía en la residencia King. Él debió temer incluso que lo involucraran contigo y no pudiera librarse. Me aseguró que nos dejaría marchar, me prometió que no te delataría ante los King pero que a cambio yo capturaría a quien había dado la orden de dispararle a su tío.

—No tenías derecho a hacer lo que hiciste. No puedo regresar a tu lado sin lastimar a mi madre y a mi hermano —mencioné. Ni Venus ni Apolo lo perdonarían.

—Me duele haber perdido la confianza de tu hermano, pero no me quedó otro remedio. Habías perdido mucha sangre, te habías desvanecido y William nos había atrapado dentro de un cerco de más de treinta hombres armados. Me amenazó con todas esas pruebas que tenía en tu contra… —dijo.

—No sigas insistiendo. ¿Y los privilegios que te han conferido los King? ¿Todo por capturar a Leila? ¿Con eso borran que hayas huido con la esposa del sobrino amado y con la espía que vulneró la seguridad de la familia? Ellos confían en ti. Solo yo creí que estabas dispuesto a renunciar a todo para enterrarte en la UNA. Perdón, yo… y mi pobre hermano, que ahora estará tan destrozado como yo. Se fio de ti, te abrió las puertas de su hogar y te defendió por encima de la mujer a la que debía su lealtad. ¿Y tú cómo le pagaste? Le arrancaste a su madre de los brazos —dije intentando ahogar las ganas de gritar—. ¿Y por qué era tan importante para ti cumplir la promesa que le hiciste a William?

—Por salvarte la vida prometí lo que fuera, pero no iba a cumplirlo. Mi idea cuando llegamos a la UNA era reponer fuerzas y seguir nuestro viaje, lo sabes. Luego comencé a temer que William dijera lo que sabía de ti, estaba seguro que corrías peligro en la Sociedad Autocontrolada y éramos tan felices en la UNA, que sopesé la posibilidad de quedarnos a vivir para siempre. Terminé aceptándolo sin reparar en mis ideas políticas. Si William no hubiese ido por ti, allá estaríamos todavía. Por eso te suplico que no dudes de mi amor, si capturamos a Leila fue porque no me quedó otra opción y lo hice para salvarte por segunda vez. Cuando William te capturó no me quedó otro remedio, te tenía en su poder y si él hablaba Ademar King II te daría la pena de muerte. ¿Acaso no lo entiendes? William nos utilizó para cumplir con la misión que le asignó su primo, capturar a quien había dado la orden de atentar contra su padre. Ésa era su misión, por la que se fue a Limes. Si William descubría que de la UNA había salido la orden del atentado a Ademar King, los líderes actuales de la Sociedad Autocontrolada podían justificar ante sus ciudadanos romper el Tratado de Tolerancia. Así fue como dio con tu conversación con Venus, ese día que Apolo fue capturado por Ademar King II, cuando ella te reveló que él era tu hermano. No sé cómo dio con los registros de esa llamada, imagino indagando todas las comunicaciones sospechosas que hubo ese día entre la UNA y la capital. En cuanto lo supo regresó por ti y te llevó a Limes.

—No quiero seguir escuchándote. ¡Basta! —admití.

—Desde ahí no faltó mucho para que descubriera nuestra relación. No puedo darte ahora más explicaciones, pero necesito que confíes en mí. He regresado a buscarte, volveremos a irnos. William me prometió muchas cosas que no estaba dispuesto a cumplir, ni se divorció de ti, ni respetó su promesa de no revelar a su familia tus verdaderas intenciones —dijo.

—¿A dónde iríamos ahora? ¿Me pides que huya contigo y deje a Leila en poder de los King? ¿Me pides que traicione a los míos?

—¡Yo he traicionado a los míos por ti desde siempre! —reclamó.

—Es diferente, no podrías entender las implicaciones de los lazos de la sangre —dije.

—¿Crees que porque soy huérfano no tengo fidelidad hacia nadie? ¿Quieres herirme? Desquítate luego, ahora es una buena oportunidad para que vengas conmigo. Aquí ya no es seguro para nadie, en un par de días la familia volverá a los refugios y te llevarán por ese hijo que estás esperando. Ya no existe el Tratado de Tolerancia, estamos en guerra.

—Una guerra que tú provocaste capturando Leila —le reclamé.

—La guerra la comenzó Leila y otros líderes de la UNA incitando a algunas de nuestras ciudades-estados para que se sublevaran, apoyándolos con armamento y estrategias militares —sostuvo con firmeza—. La guerra la comenzaron los líderes de la UNA cuando ordenaron el atentado contra Ademar King. ¿Y sabes quién dio la orden? Quien tuvo la idea fue Leila Salvat. Será esa persona que idolatran los tuyos, pero ella resquebrajó el tratado. Si pudiera regresaría a esa mujer a la UNA. Te lo juro. Sé que es importante para tu familia, pero es imposible. Lo que sucedió con Apolo no ocurrirá dos veces.

—No tomaré una decisión hasta hablar con mi padre —resolví.

—Estás dejando que William se salga con la suya.

—Si estoy aquí encerrada es porque no he cedido a su obsesión, así que no lo creo.

—¿Obsesión? ¿Qué casualidad? Así me siento yo. He hecho una estupidez detrás de otra desde que William te arrancó de mi lado. No le permitas separarnos. Te am…

—No te atrevas ni siquiera a pronunciarlo —lo interrumpí.

—No quise hacerlo. No encontré otra forma de salvarte. —Ante mi renuncia reveló—. Jamás me vas a entender…

Con paso firme se dirigió a los robots humanoides y los reinició, les dio una nueva misión, aparte de no dejarme salir de la residencia de los King, les ordenó protegerme de cualquier amenaza. Después se marchó, no sin antes mirarme una vez más.

Las palabras de Sebastián seguían dándome vueltas en la cabeza. Él había arriesgado nuestra presente felicidad por salvar mi vida, solo que había confiado en un hombre herido, no solo en su orgullo como marido sino en el corazón de sus ideales. William haría lo que fuera por demostrar

a su familia que era tan competente como Ademar King II. Ahora por vanidad o rabia, no me dejaba ir, ni me lanzaba a los esbirros para ajusticiarme. Podría ser que la loca historia de Karena y su tío le había dado ideas de cómo preservar lo insalvable. La familia se había confabulado en mi contra y había decidido actuar como si nada hubiese pasado, por eso la hipocresía o el teatro que representaron tras mi regreso. ¿Me preguntaba qué me mantenía con vida, ahora que William les había contado mis más oscuros secretos? Dos cosas pude concluir: mi padre era la primera, Karena mencionó que le debía favores. A Ademar King II no le importaba darme una sentencia de una vez, pero su madre veía más allá de lo obvio. Si los King tomaban una resolución en mi contra, mi padre podía oponerse a ellos y con él estarían todos sus seguidores. A los King no les convenía una división en el poder de la Sociedad Autocontrolada ahora que estaban en guerra con la UNA. Lo segundo que me mantenía con vida era mi hijo, el que creían de William. Eso supuse.

20



A la mañana siguiente, mi suegra no me acompañó a mi revisión médica, me mandaron escoltada por un oficial y sus soldados. Íbamos en una caravana de dos vehículos. Las medidas extremas no me sorprendieron, pero sí me hicieron experimentar un cierto pánico. Intenté respirar y mantener la calma. A través de los cristales del auto pude notar que el ambiente exterior estaba diferente. Circulaban más vehículos militares de lo habitual, incluso caravanas. Al llegar al Instituto de Planificación Familiar me percaté que estaba protegido por más de cincuenta soldados. Recordé las palabras de Sebastián sobre la tan temida guerra. La madre de Sara me esperaba en una oficina, me atendió con urgencia y me permitió confirmar mis sospechas.

—Estamos en alerta incluso en nuestra ciudad-estado. No sabemos qué va a pasar, pero Karena King desea saber si el embarazo sigue su curso, para tomar medidas de protección contigo. La población que no puede luchar está siendo evacuada a refugios —mencionó.

—¿Y usted que hace aquí todavía? —inquirí.

—No puedo abandonar el instituto hasta que concluyan los procedimientos que se estipulan en estos casos.

—Sara debe estar desesperada —dije recordando la vez anterior en que Sara se refugió y tuvo que dejar atrás a su madre.

—No me quedó de otra después de lo que pasó con Earta. Acepté este puesto para apoyar a mi hija, a quien querían imponerle la función de administrar el instituto. Ella, por su formación profesional, desconoce el

manejo de un centro médico y de investigación, casi me suplicó que aceptara.

—Nunca imaginé que la doctora Earta se retirara a su edad, aún es joven —dije.

Rita no hizo ninguna referencia acerca de mi comentario sobre Earta. Se puso de pie y me pidió que la siguiera hacia la sala de los ultrasonidos. Caminé a su lado por aquellos pasillos blancos que ahora solo eran transitados por nosotras dos y por el par de guardias que me vigilaban, a los que Rita les había indicado seguirnos a cinco metros de distancia.

—Earta no se jubiló ni tuvo problemas de salud como se rumora —me dijo Rita en un tono de voz apenas audible mientras trataba de perderles el paso a los escoltas—. Hacía tiempo atrás que sospechaban de los malos manejos de Darcio Hébert, desvió fondos de la nación valiéndose de su posición política. Hébert hizo muchos negocios corruptos, incluso con miembros de la UNA, solo por obtener beneficios económicos. Así fue como Earta fue relegada de su cargo y Ademar King II comenzó a presionar a mi hija para que ella se hiciera cargo de la administración. Acepté ser la nueva directora, aunque sabía que las decisiones principales estarían tomadas por la familia King.

—¿Y el accidente de Darcio Hébert? —susurré.

—¿No te lo imaginas? Pena de muerte hace bastantes meses. —En esta parte bajó aún más la voz—. La sociedad no podía perder la imagen que tenía de uno de sus líderes más influyentes —me reveló.

—¿Y Earta por qué aceptó esa mentira?

—¿Y qué podría hacer ella? —dijo.

No tenía que suponer más, podía ver a Ademar King II ordenando sin clemencia que acabaran con la vida de Hébert. La pantalla del accidente era una treta para que los seguidores de Darcio continuaran confiando en la Sociedad Autocontrolada. Me le quedé mirando a Rita y una ráfaga de luz pasó delante de mis ojos, sin medir mis palabras le lancé una interrogante con mis suposiciones al respecto:

—¿Me recuerda de qué murió su esposo, sino es demasiada indiscreción de mi parte?

—Prefiero no hablar del tema —evadió con dolor.

—Disculpe no quise incomodarla. ¿Al menos guardó alguna copia de su Antítesis? —dije reduciendo el volumen de mi voz a un murmullo—. Siempre tuve la inquietud de leer ese libro.

—No lo tengo, pero eso ahora no es relevante —desvió la conversación—. Karena quiere saber si estás embarazada, solo si lo estás continuará protegiéndote.

Rita negó por segunda vez haber conservado aquel escrito, no quise insistirle. Tenía mucho que pensar y la última oración emitida por ella encerraba mi gran dilema. Rita ya había manifestado que deseaba ayudarme y aunque temía involucrarla porque me simpatizaba de verdad, la seguridad de mi hijo y la mía eran una urgencia.

—Necesito hablar con mi padre —revelé.

Rita observó mis muñecas libres de guías e hizo un gesto para indicarme que guardara la calma. Los guardias se quedaron con las puertas cerradas en las narices cuando entramos a la sala de ultrasonidos. Sin los usuales protocolos del cambio de ropa, me indicó que me acostara en la camilla y que me levantara la blusa. Solo estábamos ella y yo, pero ambas guardamos silencio. Prosiguió la revisión básica y esbozó una sonrisa mientras en la pantalla me mostraba el pequeño feto, rebosante de vida, dando unos saltos impresionantes de un lado a otro de la pared del saco amniótico. El caos externo por la guerra y el interno por mis vicisitudes se detuvieron, mis ojos produjeron unas cuantas lágrimas que se abrieron paso por la superficie de mis mejillas. Verle me dio fuerzas. Hubiese querido compartirlo con Sebastián y con mis familiares, pero solo estaba yo contemplándole jugar dentro de mi útero. Se veía tan seguro, tan confiado, tan protegido, con tanto júbilo. Aparentaba unas siete semanas. Ni siquiera me percaté, cuando Rita me entregó una toalla de papel para que me limpiara el abdomen del gel utilizado para deslizar el transductor. Me quedé sin preguntas para Rita, mi deseo de indagar los secretos de la cúspide la Sociedad Autocontrolada fue postergado. La imagen de mi hijo estaba fija en la pantalla, hasta que Rita la hizo desaparecer.

La madre de Sara me tomó por el brazo y me indicó que la acompañara a desayunar, en aquel giro imprevisto de nuestro encuentro. Los guardias que me esperaban fuera del consultorio quedaron algo desconcertados al verme salir con la directora. Ellos tenían órdenes de llevarme de regreso. Rita les convenció para que me dejaran tranquila un rato más, con esa habilidad que tenía ella para convertir en simples las situaciones difíciles. Les reveló nuestras intenciones de encaminarnos a la cafetería, ya que se interponía la hora del desayuno y requería de unos minutos más para platicar conmigo sobre el resultado del examen practicado. Nos quedamos solas en la inmensa cafetería mientras los guardias quedaron en la puerta de

la misma. Era una cafetería abierta, demarcada por paredes de cristal que no llegaban hasta el techo. Los guardias tenían acceso visual a nosotras desde cualquier ángulo que eligiéramos para situarnos. Meses atrás en el mismo horario la cafetería hubiese estado repleta, la situación de amenaza había ahuyentado a muchos doctores y sus pacientes. Solo un robot humanoide continuaba brindando servicio. Rita ordenó un té y yo un vaso de agua. No dije nada porque sabía que si me había llevado a la cafetería era porque tenía algo que decir.

—De veras no me quedé con ninguna copia de la Antítesis —dijo cuando el mesero se retiró a buscar nuestras órdenes—. Sin embargo, no es necesario el escrito de manera física, recuerdo la esencia de la refutación a sus primeras teorías. La prueba es la que llevas en tu vientre, ese pequeño fruto de la unión de un hombre y una mujer, sin la intervención de la ingeniería genética. No será el primero ni el último, pero eran casos aislados, al menos en esta parte del mundo que nos ha tocado vivir. La selección de las características genéticas fue solo el principio. Éramos una nación más fuerte que se recuperaba de todos los males que nos aquejaban. La transgénesis fue nuestra arma no secreta. Los de la UNA la conocían, por cuestiones bioéticas y legales se negaron a explotarla y prefirieron trabajar en sus políticas sociales. Nosotros en cambio, con ella combatimos el peligro de la extinción de muchas especies, la deforestación, la hambruna. La selección de características genéticas fue la solución al inicio para la especie humana. Cuando mi esposo constató los efectos secundarios ya teníamos una población adulta. Reintentaron nuevos experimentos para seguir adelante y no tuvieron los resultados esperados, fue cuando mi esposo escribió ese libro. Un grupo de científicos jóvenes se negaron a aceptarlo porque ellos mismos nacieron por los procedimientos que querían rebatirse, hicieron campaña en su contra, mi esposo no pudo soportarlo y les hizo frente defendiendo sus nuevos planteamientos. Nuestros productos ya no eran lo que nos ofrecía la naturaleza, incluso el humano. Nos estábamos alejando tanto que seríamos responsables de nuestro declive —terminó de aceptar, pero aquello no satisfizo todas las interrogantes que se agolpaban en mi pensamiento.

—Ademar King no apoyó a su esposo, ¿verdad? Nada le haría reconocer un error a tal magnitud —le dije, con esa manía mía de insistir en una verdad que ya suponía. No era necesario que Rita me lo confirmara con todas sus letras, pero lo quería oír.

Rita asintió y supe sin necesidad de palabras que Ademar era responsable de la muerte de Marcus Roger. Aquél que había sido su amigo y ya estaba destinado a ser su consuegro. Marcus Roger había terminado por convertirse en el enemigo del avance que Ademar King exigía para su nación.

—Tienes que salvar a tu hijo, es muy importante un nacimiento de la unión de un hombre y una mujer, sin la manipulación genética de por medio —instó Rita—. La familia King quiere saber si protege tu vida o te condena a la pena de muerte, todo depende de si estás o no esperando un hijo de William.

—Necesito hablar con mi padre —pedí.

Rita miró a la puerta de la cafetería y reparó en los guardias que esperaban por mí, mientras yo intentaba entender la razón por la que me había apoyado en más de una ocasión.

—Dame el recado para tu padre, yo se lo haré llegar —decidió.

—Dile que el hijo que espero es del hombre que amo, solo eso —afirmé.

—¿Y qué hago con la familia King? —inquirió Rita.

—No lo sé —reconocí mientras me debatía sin una respuesta.

—Seguiremos con lo pactado, tu hijo tiene que nacer.

—Arriesgará su vida.

—Es mi decisión —resolvió—. Solo te pido que, si ustedes ganan esta guerra, protejas a mi hija y a mi nieto.

—Entiendo —dije y noté su vergüenza al tener que demandar algo a cambio de ayudarme a salvar la vida de mi hijo y la mía—. Usted tiene derecho a pedirlo, solo que no sé si yo pueda conseguirlo, no sé si aún pueda protegerme a mí misma, pero lo intentaré.

Antes de despedirme, ella recibió la llamada de la familia King, hizo un gesto con los labios para indicarme que guardara silencio y me fui. Me despedí con una mirada y me retiré antes de escucharla pronunciar lo que habíamos acordado. En el auto aguardaba el oficial encargado de mi vigilancia, continuaba en el asiento del copiloto. Me subí al auto con un soldado a cada lado y el chofer puso en marcha el automóvil. Detrás de nosotros como en el viaje hacia el instituto, nos siguió otro vehículo más grande con varios soldados. En el trayecto de regreso, observé a través de los cristales del auto a las personas evacuando hacia los refugios, iban al mismo ritmo, en un orden simétrico. Todos estaban ocupados, no había

pánico en sus rostros, como si toda la vida se hubiesen preparado para esto.

Al llegar a la entrada principal de donde residían los King encontramos dos autos blindados que nos cerraron el paso. Un oficial de alto rango al que conocía de vista, el general Nelson, detuvo el auto donde yo venía y me sacó sin que nadie se moviera. El primer oficial, el que me había conducido al instituto, se sorprendió al escuchar el contundente mensaje del general Nelson:

—Tengo órdenes de trasladarla —dijo tajante y breve.

El general me arrastró, sosteniéndome del brazo, hacia el segundo auto que bloqueaba el paso y él se introdujo en el primero. No tuve tiempo de resistirme, no quise forcejear, ni provocar un combate cuerpo a cuerpo con un grupo de varios hombres armados. Nos pusimos en marcha. Iba escoltada por cuatro soldados. Seguimos el auto del general de escasas palabras. Me abracé a mi vientre llena de miedo. Algo habría cambiado mi posición. Recordé la llamada de Karena a Rita y quise aferrarme a la solución más alentadora, que me conducían a un refugio para poner a salvo al hijo que creían de William.

21



Avanzamos lo suficiente para llegar a la casa de mi padre y mientras más nos acercamos, menos podía entender. El general Nelson me dejó en la puerta principal y me aseguró que dentro me esperaban. Hizo un saludo escueto y desapareció con sus soldados. La casa estaba protegida por numerosos guardias. Al poner un pie dentro sentí una fuerte nostalgia de la residencia de mi infancia en América Unida. ¡Cómo había cambiado todo! Eché de menos mi vida al lado de mis padres, algo que se había roto en mil pedazos y que sería imposible rescatar.

Salieron a recibirme mi tía Patricia y mi prima. No detuve mis lágrimas, ni ahogué en mi pecho mis gemidos. Lloraba y reía a la vez al saberme a salvo, luego de temer lo peor para mí y para el bebé que albergaba en mi vientre. Pasaron tantos días sin una noticia reconfortante que aquello me devolvió la esperanza. Diana y yo nos abrazamos, sonreímos como dos niñas, dejando a un lado el peligro que nos acechaba. Mi tía se nos acercó y siguió el turno de abrazarla. Ella a diferencia de mi prima no estaba contenta. Le costó mantener la calma y controlar los nervios, pero me ciñó con todas sus fuerzas.

—Aquí estamos las tres como antes —murmuró mi tía—. Todo estará bien —se repitió para serenarse.

—¿Qué hacen ustedes aquí? Esto sí que no me lo esperaba —indiqué.

—Tu padre nos trajo a todos, incluido al esposo de tu prima. Mencionó que aquí estaríamos a salvo de los efectos de la guerra. Esta es la ciudad más protegida —dijo mi tía.

Quise decirles de inmediato sobre mi madre y hasta pensé revelar que tenía un hermano, pero tal vez mi secreto las perjudicaría a futuro, así que guardé silencio y mejor indagué sobre otros asuntos:

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Llegamos después que tú regresaste de Limes —continuó mi prima—, tío Edgar está desesperado por tu situación. Aunque mi madre y mi tío me quieren dejar al margen, ya me di cuenta que estás metida en problemas. Estuvimos viviendo pocos días aquí y ante la alerta general nos llevó al Departamento de Defensa. Estamos viviendo con tu papá en una especie de apartamento. Hoy recibimos la llamada de mi tío diciendo que vendrías a la residencia y nos envió en un auto para esperarte. Mandó a reforzar la vigilancia de la propiedad de forma descomunal. No entiendo. ¿Por qué no fuiste directo al apartamento donde nos estamos quedando todos? Espero que tú sí me expliques qué ocurre.

—Vamos con calma. Hasta que hable con mi padre, no diré nada, no quiero perjudicarte con mis decisiones. Tampoco sé de qué se valió mi padre para traerme a este lugar —reflexioné en voz alta.

Ni la felicidad de reencontrarme con mis seres queridos borró la sombra de inquietud por mi familia de la UNA, por mi hijo, incluso por mi padre y por las dos mujeres que tenía delante. Mi padre era un hombre inteligente y con seguridad tenía un plan por las providencias tomadas. No pude seguir adentrándome en mis pensamientos. Como era costumbre en mi tía Patricia, lo primero de lo que quiso ocuparse fue de mi bienestar. Me condujo a una habitación y me pidió que me diera un baño relajante antes de acompañarlas a almorzar. Diana trajo pantalones, blusas y más para mí, y me hizo un pequeño equipaje con ropa y efectos personales.

—No sabemos en qué momento tendrás que cambiar de ubicación. Mi tío pidió que estés prevenida —aclaró Diana.

—Casi todos en la ciudad están marchando a la guerra o a los refugios —recordé.

—Mi tío nos ha dicho que solo serán medidas cautelares, dice que esta ciudad no sufrirá las consecuencias del conflicto.

—¿Y por qué no las mandó a un refugio? ¿No es más arriesgado estar en uno de los principales objetivos del ataque enemigo? —dije desconcertada.

—Tu papá dice que no hay lugar más seguro y que tenemos que permanecer juntos —dijo mi prima.

—¿Y tu esposo? —le pregunté a Diana.

—Con tu padre —me respondió.

—Me lo imaginé porque… —dije y unos gritos que venían de afuera no me dejaron terminar la frase.

Hicimos silencio para escuchar el alboroto que provenía del exterior de la casa. Salimos corriendo las tres disparadas hacia la puerta de entrada que permanecía cerrada. Uno de los soldados nos negó la posibilidad de salir, nos comunicó que era el mayor William Allen y que mi padre había dejado órdenes claras al respecto. Corrí a la sala de seguridad para observar a través de las cámaras la frustración de William al enfrentarse a los soldados. Le escuché vociferarles, exigirles desde su posición de esposo, desde su superioridad de grado militar. El sargento que estaba al mando sentenció con voz firme:

—El general Verena dejó órdenes estrictas, nadie excepto él mismo puede entrar a la propiedad.

—Le ordeno que haga llamar a mi esposa que se encuentra aquí dentro. He venido por ella —fue su último intento por hacerse escuchar.

—Disculpe, mayor, tendrá que comunicarse con el general. Él dejó un mensaje para quien viniera por su hija —le comunicó el sargento.

—Dígamelo de una vez —ordenó William.

—Que la situación de su hija solo la discutirá con la señora Karena King —soltó el hombre.

—Eso es absurdo, es mi esposa y su actitud, sargento, será sancionada —William continuó presionando.

—Solo cumplo con mi deber y usted como militar de carrera no debería intentar convencerme de contradecir la orden de nuestro líder común, el militar de más alto rango en nuestra nación —le dijo el sargento en un tono moderado de voz.

—Se le olvida con quien está hablando.

William accionó su guía e intentó comunicarse sin éxito con mi padre. Terminó yéndose, no sin antes proferir otras amenazas hacia el sargento.

Cuando vi desaparecer su auto a través de las cámaras, me retiré a mi habitación. Sabía que William no se quedaría conforme, ya lo había demostrado una vez cuando me fue a buscar a la nación enemiga de la Sociedad Autocontrolada. Mi padre se comunicó con mi tía tras la llamada que le hizo el sargento, donde lo puso al tanto de la visita de William. Siguiendo su recomendación, entre mi tía, mi prima y yo terminamos de preparar el escueto equipaje que me asignaron. Pasadas las diez de la noche, mi tía nos pidió que nos fuéramos a dormir en vistas de que no

llegaba papá. Di vueltas entre las sábanas, enredada en el insomnio hasta que me fui quedando dormida hacia la madrugada. Sentí que solo había cerrado los ojos cuando fui sacudida. Me incorporé sobresaltada al ver a mi prima sentada en el borde de la cama. La escuché:

—Discúlpame, llegó mi tío y nos ha despertado a todas. Vístete con rapidez porque nos iremos ahora.

—¿Qué hora es? —dije sin poderme despejar de la somnolencia.

—Son las cuatro de la madrugada. Pronto amanecerá.

Terminé de reaccionar, corrí a vestirme y salí a toda prisa a reunirme con mi padre. Nos abrazamos largos minutos y sin dejar de sostenerme me dijo que no me abandonaría.

—No me ayudes, papá. ¿Y si terminas perdiendo el apoyo de los King? —le susurré.

—No tienes que temer —dijo y agregó como una suave caricia—, ¿acaso temiste cuando te fuiste por encima de todos mis consejos?

—Nunca he dejado de sentir miedo —acepté.

—Pero de todos modos lo hiciste. Es lo mismo ahora. Estaremos bien —dijo el general.

Observé su rostro sonreír apenas con los ojos. Mi tía ni siquiera reaccionó al escuchar a mi padre, eso me aseguró que ya sabía de Limes, de Sebastián y de mi madre. Mi prima, por el contrario, no hizo preguntas, pero se llevó ambas manos a la boca con asombro, por lo que entendí que con las palabras pronunciadas por papá quedaron resueltas algunas de sus dudas. Mi padre añadió:

—Es hora de partir.

—¿Iremos a un refugio? —pregunté.

—No vamos a ningún refugio —contestó extrañado por mis conclusiones—. ¿Qué harían ustedes tres escondidas en un refugio? Tu tía y tu prima se irán de regreso conmigo al Departamento de Defensa. Tu prima no quiere estar separada de su esposo. A mí y a Owen nos hace bien la compañía de las dos.

—¿No es demasiado peligroso? Ahora que estamos en guerra —advertí sin éxito.

—Ya lo habíamos hablado y estamos de acuerdo —añadió mi tía—. No veía la hora en que tu padre encontrara la forma de sacarte de la residencia de los King.

—Saber que tu hijo no es de William me lo hizo más fácil —agregó mi papá—. Imagino que tendrás tus motivos para no haberle dicho a Sebastián

que es el padre. El chico se pondrá loco de contento. Incluso creyendo que esperabas el hijo de otro estaba viendo la forma de llevarte con él.

—Él ya no es el chico que necesitó de tu protección, papá. Ahora goza de favores de los King y me ha traicionado. ¿A dónde piensas trasladarme? —indagué al ver que sus planes para con mi prima y mi tía me excluían—. ¿Pretendes que regrese con Sebastián y que juntos tengamos este hijo?

—¿Quieres regresar con tu madre? Solo tienes que pedirlo. —Una sombra de tristeza se apoderó del semblante de mi padre, mientras mi tía daba un respingo de dolor y Diana abría los ojos más de la cuenta.

—Quiero —admití.

—Estoy dispuesto a conducirte a su lado. Aún tengo confianza en que mi ejército siga mis órdenes —reveló.

—¿Más allá de los King? Podría ser. No tengo fe en el código de ética de los militares, pero sí en el tuyo, papá. Ojalá tu mensaje haya llegado a ellos. —Le acaricié la mejilla.

—Entonces es tu decisión, regresarás con Venus. —Si hubiese sido más expresivo con ciertas emociones, como lo hacía cuando daba rienda suelta a su enojo, habría visto una lagrimilla asomarse a sus ojos—. Sabía que elegirías regresar con ella. Me preocupan los peligros que puedas enfrentar en el trayecto, aunque mis hombres te acompañen, no solo por la guerra, Ademar King II y William cada día me sorprenden más. ¿Y si los del otro lado de la frontera te ven como a una enemiga por lo de Salvat e incluso tu madre no puede defenderte?

—¿Y qué me propones, quedarme? —suspiré—. Sé que tienes razón, padre. Para mi gente en la UNA mi pequeño siempre será el hijo de un traidor, si lo llevo conmigo crecerá perseguido por la vergüenza. Aquí tampoco podemos quedarnos, en esta sociedad no hay cabida para su madre —reflexioné unos segundos y pensé en voz alta—: Sebastián con su traición nos ha dejado a mi hijo y a mí sin un lugar para vivir, nos ha expulsado a las tierras inhóspitas.

—No permito que lo culpes a él que no ha hecho otra cosa que protegerte. Me explicó sus motivos para hacer lo que hizo —dijo mi padre.

—Por supuesto que lo entiendes, ¿acaso tuviste que ver en la orden que le dieron a William de capturar a Leila Salvat? —le recriminé al hombre que debía ser mi enemigo, pero cuyos lazos de amor y de sangre no se lo permitían.

Mi padre se apartó de mí y caminó hacia la ventana, miró hacia fuera, cruzado de brazos. Le insistí, volví a indagar mientras él seguía sin

mirarme. Mi tía y mi prima, seguían angustiadas tratando de calmarnos, temiendo que alguno de los dos dijéramos algo que terminara por lesionar aún más nuestra relación. Antes de darme por vencida lo escuché hablarme:

—Hablaré contigo cuando te autocontroles. Así no podemos entendernos —murmuró mi padre con sobrada tranquilidad de la piel hacia fuera.

—Me calmo entonces pero no me evadas —supliqué.

—Ni siquiera tendrías que preguntarme eso. Soy quien soy y tú eres quien eres. Esa pregunta está más allá de nosotros, quieres pedirme cuentas cuando yo me guardo mi furia y no te pido cuentas ni a ti ni a tu madre. Todo lo que he hecho ha sido… cuidarte, cuando me lo has permitido —exhaló—. No discutiré contigo de estrategias militares, ni de razones, ni de justicia. Nunca podremos ponernos de acuerdo.

—Lo dices porque nunca estaremos en el mismo bando.

—Hija mía, tú no estás de ningún lado, ni estuviste, ni estarás y estoy orgulloso por eso. Tu madre seguro también lo está, aunque a ella se le haga más difícil no convencerte de sus ideas.

Me senté en la silla más cercana mientras mi padre reparaba en la hora. Se acercó a mí, me puso la mano en el hombro y repitió que era tarde:

—Si vas con Venus ya es hora de partir.

—Allí solo me quedan sueños irrecuperables y seres queridos a los que ya he perjudicado demasiado, no sabría cómo enfrentarlos ahora, pero tendré que hacerlo. Lamentaré que mi hijo tenga que crecer con el estigma de un padre traidor, pero al menos sobreviviremos. Aquí mi vida y la de mi hijo están a merced de la decisión de la familia King. Cuando sepan que William no es el padre de mi hijo podrían condenarme.

—Si eso es lo que te preocupa te puedes quedar conmigo —dijo esperanzado—. Me hará bien saber que estás a salvo. Necesito estar concentrado para poder dirigir esta guerra.

—¿Y los King?

—Me entenderé con Karena. Ademar King II hará lo que diga su madre —resolvió.

Lo vi en sus ojos, esa especie de satisfacción debido a que por primera vez yo elegía quedarme a su lado, aunque no fuera por las razones que él hubiese preferido. Ni siquiera temió tener a una agente de la UNA rondando el Departamento de Defensa, aunque mi permanencia sería controlada y tampoco me estaría permitido acceder a todos los sitios.

22



Arribamos al amanecer. Mi padre había hecho llamar al general Nelson y varios soldados. Ellos nos acompañaron en nuestro recorrido. Cuando accedimos al Departamento de Defensa y observé la dimensión de las fuerzas de la Sociedad Autocontrolada, a la luz gradual del sol, temí por el sueño de la UNA y de mi hermano. El lugar era enorme, yo no alcanzaba a ver el final. Era una amplia extensión de terreno asfaltado seguido por césped verde brillante. Había múltiples edificaciones acorazadas, más allá de donde me alcanzaba la vista. Divisé medios de transporte por aire y por tierra de diferentes capacidades, alineados en el exterior y otros resguardados. Todo lo que había encima o debajo de la tierra estaba organizado en un orden preciso y con una pulcritud desmesurada. No me gustó el ambiente. El olor a terror podía percibirse en la atmósfera. Todos portaban armamento de gran envergadura. Cuando bajamos de los vehículos, mi padre entró seguido por el general Nelson y su séquito de guardias, como un león preponderante ante su manada. Todos volvían la vista hacia su figura y lo saludaban a su paso, con la mayor solemnidad. Nos adentramos en una de las construcciones y anduvimos unos cuantos metros hasta toparnos con unos elevadores. Tomamos uno que nos dejó justo en un apartamento, nuestra morada por los siguientes días.

Owen nos estaba esperando, saludó a todos y salió con mi prima. Mi padre me dio indicaciones de lo que me estaba permitido, lo que no y otras cuestiones más cotidianas. Los robots humanoides que nos acompañaron

desde la residencia del general se dispusieron a realizar sus funciones. Mi padre se dio la vuelta para marcharse y como quien recuerda algo importante, regresó para decir:

—Más temprano que tarde te tropezarás con Sebastián en este lugar. O lo más seguro, vendrá a buscarte.

—No me preocupa Sebastián, temo la reacción de William y de Ademar King II —dije.

Mi padre accionó en su guía la opción de teléfono y lo escuché comunicarse con Karena. Por las palabras proferidas por ella intuí que ya sabía que el general Verena me había sacado de la residencia King, lo que me resultó aún más sorprendente fue el hecho de que los King no habían tomado medidas al respecto. Entonces recordé la conversación que sostuvimos Karena y yo en el jardín, los favores que ella le debía a mi padre. ¿Qué tan grandes eran para que Karena le devolviera el gesto a mi padre en nuestra situación actual? Me concentré en las palabras de los dos a través de la guía:

—Mi hija está conmigo, seremos inseparables y me responsabilizo de su resguardo —sentenció mi padre su propia condena.

—¿Cómo otras veces? ¿Cómo lo hiciste con tu esposa, si es que le puedo llamar así? No lo sé, Verena, tengo muchas cosas ahora de qué preocuparme, ¿solo eso querías decirme? Que William se ocupe de su esposa. Yo me lavo las manos —profirió y entendí que me dejaba a la suerte de la decisión de Ademar King II y su primo.

—Paz espera un hijo del mayor Casals —reveló mi padre.

Se hizo unos segundos de silencio que parecieron eternos mientras mi primer pensamiento fue para Rita y su lealtad comprometida. El segundo fue para recriminarle a mi padre en mis adentros, por develar lo que yo había guardado con tanto celo. Mi padre tuvo que repetir su última frase y Karena tartamudeó al mencionar:

—¿Estás seguro?

—¿De no estarlo para qué te molestaría con este asunto? Solo te pido inmunidad para ella. —Mi padre al decirlo hizo un esfuerzo para supeditarse a la señora.

—¿Me lo pides? Eso espero —mencionó con arrogancia—. Responderás con tu cargo y con tu vida.

Mi padre se fue y me dejó allí pensando en la conversación del jardín. Me preguntaba si los cinco líderes de la UNA también tenían sus diferencias cuando el conflicto beligerante les exigía unirse más. También

me inquietaba saber quién estaría ocupando el lugar de Leila Salvat. Karena no podía deshacerse de mi padre en estos momentos, menos durante la guerra. Ella lo sabía, me lo había entredicho cuando ni siquiera pensó que mi padre me rescataría de sus garras sin usar la violencia, tan solo dando una orden a su ejército que a la vez era el mismo de Ademar King. Los dirigentes de la Sociedad Autocontrolada tenían conflictos internos que podrían ser una oportunidad para la lucha de la UNA. Los King no confiaban del todo en el general Verena. Ademar King II y su madre aún se disputaban el poder. Ademar King padre seguía sin aparecer y eso solo confirmaba más a sus seguidores que su estado de salud era deplorable, en el Departamento de Defensa murmuraban que estaba en coma. Owen le había dicho a Diana los rumores y mi prima a mí.

Con el transcurso de los días comprendí que mi protector había erigido dentro de su fortaleza otra prisión para mí. Aislada, en medio del ojo del huracán, reconfortada por Diana y mi tía, pero sin comunicación. No me estaba vedado salir, caminar debajo del sol y husmear algunas cosas sin relevancia. Pero los hombres del general no me perdían el paso, tenían órdenes precisas para mantenerme resguardada hasta de mí misma en el área a la que mi padre me había destinado. Tras dos semanas en aquel lugar comencé a perder la noción del tiempo. Ni siquiera Sebastián había aparecido para reclamarme la paternidad de su hijo. Tantas personas sabían ya del asunto que no dudé que la noticia hubiese llegado a su conocimiento. Cualquiera podía haberle dicho: Owen, su mejor amigo, William en un enfrentamiento por despecho, quien de seguro había sido informado por su tía. Ademar King II, estaría hirviendo de las ganas de desaparecerme. Ya me había gritado su odio con absoluta claridad, su madre lo debía estar reteniendo como a un animal furibundo, asegurándole que les convenía tener a mi padre de su lado.

En medio de mi consternación, causada por los sucesos derivados de mi regreso a la Sociedad Autocontrolada, se me colaron las tribulaciones del otro lado de la frontera. Me preguntaba si Apolo podría perdonarme por haber llevado al enemigo a su casa, disfrazado de su amigo y de su salvador. «Tal vez si rescato a Leila, mi hermano pueda perdonarme», pensé en un momento de desesperación, pero no podría contar con el mayor Casals como otras veces para tener éxito. Me frenaban dos razones, que mi padre estaba amenazado por su juramento de mantenerme

controlada y que no solo se trataba de mí. Respiré hondo y acaricié mi vientre, con la responsabilidad más grande que había adquirido. Decidí quedarme quieta y esperar que alguien ganara la guerra para que volviera la tranquilidad.

Mi vientre comenzó a asomarse con sutileza hacia las doce semanas de gestación, los síntomas no habían desaparecido, pero fueron más soportables. No había tenido noticias ni de William ni de Ademar King II. Nadie en la casa podía disimular su alegría, con la guerra el ejército autocontrolado se apoderó del territorio completo de todas las islas del Caribe. La líder de la UNA que dirigía esa fracción de tierra y mar, había muerto en combate. La supremacía de la Sociedad Autocontrolada se había hecho sentir. Apolo lo había mencionado alguna vez, que el Caribe era la región más difícil de defender durante una guerra. El ejército de mi padre estaba muy cerca de la nación de la UNA donde residían mi madre y mi hermano. Fue demasiada información para mí de golpe. Primero el hermético silencio y después, Owen y Diana habían dado rienda suelta a la indiscreción. Me levanté de la mesa disimulando mi desesperación al no poder escuchar más. Sospechaba que América Libre sería el próximo objetivo del general. Le pregunté a Owen:

—¿Dónde puedo encontrar a mi padre?

—En sus oficinas, pero no es conveniente que te dirijas a allá —respondió.

Yo ya había salido cuando Owen dijo las últimas palabras. Los escuché a trasfondo seguirme los talones. Apresuré el paso para que no me detuvieran. Tomé el ascensor y al abandonarlo me dirigí al edificio principal. Ninguno de los guardias que encontré en cada piso, pasillo o sala me detuvo. Se lo atribuí a que ya se habían acostumbrado a mi presencia o a que estaban tan concentrados en sus responsabilidades, con respecto a la guerra, que se olvidaron de contenerme. Llegué a la antesala de la oficina de mi padre, ni siquiera había personal de secretariado ni robots humanoides, su oficina estaba desierta. Antes de darme por vencida escuché voces en una sala contigua. La puerta estaba semiabierta y los escuché hablando, celebrando su victoria y planeando su próximo golpe militar. Varios mencionaron a América Libre, tanto por su cercanía a la conquista reciente como por las ventajas estratégicas que representaba apoderarse de toda América. Entre las voces pude escuchar a Ademar

King II, lo que era bastante lógico. Felicitaron a mi padre por el despliegue estratégico de la próxima ofensiva, ya tenían los planos de cada ataque proyectado a las siguientes naciones de la UNA. Owen y Diana llegaron pronto. Me hicieron señas para salir de la habitación. Les seguí fuera de la oficina del general. Allí nos quedamos de pie:

—¿Has enloquecido? Vamos antes que nos escuchen, meterás a tu padre en problemas —arremetió Owen contra mí.

—Es verdad, prima. No debes estar aquí. No importa lo que tengas que hablar con él, no es el momento —dijo mi prima.

—Tienen razón, discúlpenme, vamos. No sé qué estaba pensando —admití.

Me convencieron para retirarme, pero Ademar King II y los otros participantes de la reunión nos encontraran afuera. Ademar King II se sorprendió al verme. Nuestras miradas se cruzaron y pude ver el desprecio asomarse a sus ojos. La secretaria de mi padre, una mujer y no un robot como hubiese imaginado, también salió de la sala. Intentó acercarse a nosotros para ver qué se nos ofrecía. Los demás se retiraron y Ademar King II se retrasó unos minutos para dirigirme unas palabras:

—Aquí estás, que infeliz coincidencia. ¿Nos espiabas acaso?

—Se equivoca acabamos de llegar —me rescató Owen.

—No sabía que transitabas por aquí —dijo Ademar King II refiriéndose a mí.

—No suele ocurrir, tuvimos una emergencia —Owen volvió a intervenir.

—Pasen adelante —mencionó Ademar King II con ironía señalando a la secretaria que aguardaba para atendernos—. El general Verena de seguro tendrá tiempo en su tan ocupada agenda para una emergencia familiar.

Pasamos forzados por la situación con la secretaria, quien nos acompañó hasta mi padre. Cuando estuvimos dentro, papá comenzó a vociferar por nuestra presencia, o más bien la mía, justo en aquel instante; todavía más al escuchar de parte de Carter que nos habíamos encontrado con Ademar hijo y los oficiales. Ni siquiera nos dejó abrir la boca para decirle qué necesitábamos. Mencionó que nos encontraría más tarde en el apartamento. Observé que el ordenador que permanecía sobre el escritorio del general estaba encendido y que cuando reparé en esto, mi padre hizo desaparecer la pantalla táctil. No pude acercármele a la computadora porque mi padre no me quitaba la vista de encima, pero antes de irme pasé

mi mano sobre su guía y ajusté el mecanismo de mi anillo para que copiara la información.

Mi padre no tenía ni idea de lo que le deparaba hacia el sur del territorio de América Libre. Me destrozaba por dentro traicionar a mi padre, pero lo hacía para ayudarlo. Él no sabía que en América Libre le aguardaba un hijo más, el hijo varón que tanto había deseado y al que protegería de saber su existencia. En silencio pensé en eso, mientras Owen minaba nuestro camino de regreso con sus lamentaciones y Diana con una sonrisa le aseguraba que no pasaría nada. Con tantos años de conocerlo y aún Owen no se acostumbraba al carácter del general.

—No es que quiera tocar el tema, pero se me hizo raro que el mayor Casals no estuviera presente en la reunión —mencioné.

—Hay muchas cosas que no sabes de Casals —mencionó Owen—. Para ser «quien eres» —tosió al sentirse presionado por la mirada de mi prima— te ha faltado conocerlo más.

—Si quieres decirme algo sobre Sebastián hazlo de una vez —proferí.

—Olvida lo que mencioné. Si quieres saber sobre él puedes averiguarlo por ti misma, no te será difícil. —Owen me sembró la duda.

—¿Sabes dónde se encuentra? —averigüé.

—Aquí no lo vas a encontrar, está en su casa —él respondió.

—¿Me podrían prestar un vehículo para ir a verle? Tengo algo urgente que hablar con él —revelé.

—Mañana podríamos llevarte, tu padre quedó en vernos en un rato más, así que es mejor que le esperemos —resolvió el esposo de mi prima—. El general se veía bastante molesto por la intromisión en las oficinas. Solo espero que no me toque a mí parte del sermón que de seguro está preparando ahora mismo.

—Mi padre no llegará hasta la noche, solo dijo eso para librarse de nosotros —añadí.

—Pero no olvidará la falta —insistió Owen.

—Te digo algo, Owen, no me desagradas. Aunque te creas con suficientes derechos de ponerme en mi lugar por contravenir las reglas de mi padre, porque no me consideras lo suficiente valiosa para tu amigo o porque ahora eres otro espécimen masculino de esta familia, déjame decirte lo siguiente: tengo mis propias ideas acerca de lo que quiero para mi vida. ¿Aún no te ha quedado claro? ¿Todavía necesitas más pruebas para convencerte que no te corresponde juzgarme y que tu amigo me quiere como soy? Así que, por favor, decídete. Si quieres ayudarnos te lo

agradeceré toda la vida y si no estás dispuesto a hacerlo admítelo y no te insistiré más. Necesito ver a Sebastián ahora —admití.

—Hablémosle para que venga a tu encuentro —sugirió Diana.

—No. Este lugar no es seguro. Si no me llevan buscaré la forma de ir —resolví al instante.

—Te llevaré, pero le avisaré a tu padre para evitar problemas. Igual le diré a Sebastián que vamos en un rato más —decidió Owen y me pareció justo para todos.

23



Al arribar a la propiedad de Sebastián los recuerdos me golpearon en la memoria: el reencuentro en el interior de aquellas paredes, nuestro amor desbordado luego de ser contenido y secreto durante tanto tiempo. Todo lo que habíamos luchado él uno por el otro se resumía a nuestros propios límites. Más de un mes había pasado desde la última vez que nos vimos en la residencia King. Nos esperó en la entrada, de pie. Su cabello estaba más largo que la última vez, la barba le había vuelto a crecer. Era pleno día hábil y estábamos en guerra, sin embargo, él no llevaba su uniforme. Diana y Owen no se bajaron conmigo, solo me dejaron allí. Crucé el umbral de la puerta y mi corazón se comenzó a acelerar, mis labios temblorosos se quedaron sellados y tuve que respirar para que su mirada no me distrajera de mi objetivo. Observé a su alrededor el desorden, recorrí el salón a medias y me dirigí a la cocina para revisar la despensa semivacía. Me introduje en su habitación para ver la cama deshecha, ropa de civil tirada por los rincones. Los uniformes intactos en el closet con olor a ropa guardada. Él me siguió detrás mientras trataba de despejar su tiradero.

—¿Qué estilo de vida llevas, Sebastián? ¿Por qué no te he visto por el Departamento de Defensa? —pregunté.

—No finjas que has venido preocupada por mí —dijo con agresividad.

—De acuerdo, estás enojado, así que no te daré explicaciones. Solo vine por lo mío.

Comencé a revisar las gavetas de sus burós, closets, escritorio, muebles, etcétera, sin hallar lo que estaba buscando. Me le acerqué y le hurgué en los bolsillos del pantalón mientras él permanecía serio sin detenerme. Crucé mis ojos con su mirada impávida una vez más e hice un gesto de fastidio. Me alejé y volví a dirigirme al recibidor, me miró a los ojos por largos minutos y mientras más lo extendía más difícil se me hacía retomar la conversación. No me esperé encontrarlo así, sumido en ese abandono voluntario. Recordé cada una de las palabras que me dijo la última vez que lo vi, cuando me aseguró los motivos para la captura de Leila. Luego le escuché susurrarme, antes de que me diera un ataque si perdía la paciencia:

—Sé a lo que has venido. —Rompió el vacío de silencio que comenzó a extenderse entre los dos y eso me hizo más fácil hablarle.

—No imagino cómo. —Suspiré mientras los reclamos se agolpaban en mi garganta.

—Lo que buscas no está aquí.

—No te creo, conozco tu fascinación por guardar nuestros objetos personales. La quiero ahora, antes que tengas el tiempo de alterarla o colocarle algún dispositivo rastreador, estoy harta de eso. —Clavé mi mirada en cada una de sus muñecas, en una tenía su guía militar al estilo de la Sociedad Autocontrolada y en la otra su guía de la UNA modificada.

—¿Quién es el padre del hijo que esperas? —me interrogó.

Su pregunta me desorientó. Venía por mi objetivo y para reclamarle por la guerra que arrasaba con el territorio de la UNA, por las posibles consecuencias para el amigo que él había traicionado, si es que así lo consideraba. Como no tuve valor de responder a su pregunta, preferí evadirlo y me apegué a mi plan original. Le dije con firmeza:

—El ejército de mi padre pretende exterminar personas en América Libre. ¿Acaso pensaste, al decidir convertirte en héroe de tu nación, que enfrentarías a mi padre con su propio hijo?

—¿De qué hablas? —balbuceó mostrando más interés hacia la conversación.

—Acabo de mencionarlo —dije cortante.

—Es escalofriante hasta donde ha llegado tu madre. ¿Apolo es hijo del general? ¿Cómo pudo ocultarlo? —Me miró con dureza tratando de exprimirme toda la información—. ¿Y ahora cómo lo justifica?

—No entraré en detalles contigo, ya no eres confiable ni para mí ni para mi hermano.

—Aún mis palabras no te convencen de que no tuve otra opción, no quise traicionar a nadie, no hubo ningún plan. William te descubrió y me amenazó con hacerte daño sino le ayudaba en su misión de capturar a Leila. Traté de evadirlo en el Valle de la Luna, pero como nunca escuchas a nadie corriste hacia el lado contrario y no me dejaste más opción que salvarte a costa de Leila.

—¿Ahora es mi culpa? —reclamé.

—No quise decir eso, pero me desesperas.

—De todos modos, William te traicionó y Ademar King II solo espera el momento de acabar conmigo —enfaticé abriendo más los ojos.

—Eso ya lo sabemos, también te lo dije y con nada recupero tu confianza. Ya estoy harto, Paz. Vienes a mi casa y crees que tienes el derecho de gritarme. Todavía no entiendo qué haces aquí. Tu padre te dio la oportunidad de marcharte. Yo mismo le sugerí que te dejara salir —recalcó.

—Y lo hizo. Ofreció ayudarme a irme con mi madre. No sé cómo pudiste sugerirle enviarme directo a la guerra con tu hijo en mi vientre. —Me descontrolé.

Él se sentó de golpe mientras terminó de decir:

—Era la única forma de mantenerte a salvo. Le aseguré a tu padre que estarías mejor en la guerra, resguardada por tu madre que aquí donde no podrías evitar convertirte en héroe.

—¿De qué estás hablando? —dije.

—Asegúrame que no te ha pasado por la mente la idea de rescatar a Leila Salvat y de devolverla a la UNA, aunque no comulgues con sus ideas, únicamente porque lo consideras justo y porque piensas que solo ella podrá detener a los King. Ademar King II está pidiendo tu cabeza, a él no le importa tener que pasar por encima de tu padre, Karena es la única que lo ha podido contener —habló con sobrada seguridad.

Ahora él se ponía de pie y yo me sentaba de golpe. Sebastián cada minuto estaba más enojado y aquello me revolvió aún más la sangre. Él siguió hablando, profiriendo ideas semejantes a la última, mientras yo reflexionaba en que él tenía razón. Él continuó:

—Te he dado todo lo que he podido, lo que me ha pertenecido y tú en cambio utilizas cualquier fallo de mi parte para creerte con el derecho de negarme que esperas un hijo mío, un hijo natural producto de nuestro amor —hizo un alto y yo no dije nada—. ¿Me dejarás hablando solo? Ya

no te aguanto, Paz. Ahora mismo prefiero estar lejos de ti, si quieres te llevo o hablo para que Owen venga a buscarte.

—Me voy por mi cuenta. —Me puse de pie y me dirigí hacia la puerta.

—No seas irresponsable, al menos mientras lleves a mi hijo en tu vientre —profirió con melancolía. Me sujetó por el brazo y clavó sus ojos sobre los míos.

—Te odio —dije soltándome con fuerzas.

—¡Yo te odio! —enfatizó y lo dijo tan alto, que no alcancé a comprender si se desahogaba o recién se hacía consciente de ese sentimiento hacia mí.

Tragué en seco y no pude evitar llorar. Sabía reconocer cuando alguien decía la verdad. Varias de las palabras de Sebastián me calaron hondo. Me cubrí el rostro con las palmas de las manos y lloré hasta que decidí tragarme el resto de mis lágrimas. Sebastián hizo lo mismo muy cerca de mí, terminó de arrancarse las lágrimas de un manotazo como si al extinguirlas pudiera borrar el dolor que lo consumía. Intenté recuperar el ritmo de mi respiración.

—Te llevaré con tu padre —dijo al fin con calma.

—No lo hagas, no soportaría el trayecto en auto a tu lado. —No pude evitar ser sincera.

—¿Tanto me detestas o son demasiados recuerdos los que te traigo a la mente?

—¿Cómo supiste que eres el padre de mi hijo? —dije tratando de bajar el volumen de mi voz.

—El general Verena me recomendó hacerte la pregunta.

—¿Así que lo intuiste? —pregunté.

—En cuanto me lo dijo estuve casi seguro, pero necesitaba que me lo confirmaras.

—Bueno ya lo sabes —dije—, si no me dejas salir por esa puerta comunícate con Owen o con mi padre para que envíen por mí. Y tienes razón, he pensado rescatar a Leila, alertar a mi hermano y otras cosas más. Me he detenido por mi hijo.

—Tu padre necesita saber de Apolo, tal vez pueda hacer algo —recomendó.

—¿Quieres que mi padre frene la guerra y resuelva el lío que armaste?

—Basta de culparme, no seguiré discutiendo. Si quieres marcharte ahí tienes mi auto, tal vez tengas suerte y no te encuentres con los King por el camino.

—Haré que te lo envíen de vuelta —acepté.

Hizo un gesto de despedida con los ojos y se dio media vuelta, percibí su frustración mientras caminaba hacia la cocina. Me dejó sola en la sala y no pude evitar seguirle detrás. Lo observé servirse y beber un vaso de agua. Cuando colocó de nuevo el vaso sobre la mesa, yo ya estaba muy cerca de él. Lo abracé por la espalda mientras se quedó unos minutos con los brazos inmóviles a ambos lados del cuerpo, hasta que decidió tomar cada una de mis manos y apretarlas entre las suyas. Se volteó y después de besar mis manos con ternura, se dejó caer de rodillas abrazándome hasta que su rostro quedó a la altura de mi vientre. Sus lágrimas atravesaron la tela de mi ropa y humedecieron mi piel. Besó justo donde crecía la vida dentro de mí.

Acaricié los mechones de cabello que le caían sobre la frente. Se levantó sin soltarme y cubrió de besos todo el trayecto hasta llegar a la altura de mis labios. Lo abracé con más fuerza y dejé que me levantara por el aire hasta llevarme a su habitación. A través de su trémula piel sentí vibrar cada una de sus células, era la euforia de saberme suya conjugada con la agonía de no tener la seguridad de cuánto duraría. Una vez más estábamos en la situación que tanto quería alejar. Habíamos corrido en busca de un lugar para nosotros, donde no tuviéramos que huir, donde pudiéramos recostar la cabeza en la almohada con la certeza de que podríamos despertar a la mañana siguiente al lado del otro. Pero aún cargábamos el peso de nuestras decisiones y nuestros actos. Intenté no llorar, pero mis lágrimas caían dejando un desastre a su paso por mis mejillas. No podía negar que deseaba a Sebastián, pero no era un deseo pleno porque nuestro presente me desgarraba por dentro. Nuestro pequeño hijo y su futuro me dolían. Esa agonía era como una planta enredadera que me retoñaba por dentro, y que crecía más aprisa mientras más cerca tuviera a Sebastián, porque él me recordaba todo lo perdido, toda la felicidad que habíamos sentido y el hermoso hogar que ya no teníamos para que naciera nuestro hijo y para verlo crecer. Dejé a Sebastián poseer cada rincón de mi cuerpo y me apoderé de cada pedazo del suyo. Sus ojos eran los de siempre, igual que su olor, y así todo lo demás, la temperatura y la textura de su piel, el sabor de sus labios, su forma de hacerme temblar. Éramos los mismos, hombre y mujer, pero arrasados por las circunstancias y algo más confundidos. Me sentía exaltada de tanta emoción, me permití disfrutarlo porque si seguía pensando lo echaría a

perder. Y la felicidad se componía de pequeños momentos, como el dulce desenlace que tuvimos cuando nos dormimos abrazados.

24



Desperté hacia la madrugada, no podía creer que hubiésemos dormido tanto. No había mejor sitio para descansar que el uno al lado del otro. Nos habíamos ido a la cama como a las siete y nos habíamos rendido al sueño alrededor de las diez. Sentí un dolor a la altura del estómago y recordé que no habíamos cenado. Miré hacia fuera, el sol se asomaba indicándome la hora de partir. Me vestí sin hacer ruido y de igual modo, le saqué a Sebastián su pulsera guía de la UNA. Fue mi plan desesperado antes de irme el día anterior. Aunque lo había calculado, no imaginé que me iba a doler tanto traicionarlo, pero mi familia estaba en peligro. Yo no podía dejar de ser quien era y quedarme cruzada de brazos. Creía la historia de William chantajeándolo para que secuestrara a Leila Salvat y de Sebastián salvándome por encima de aquella mujer, que no había hecho otra cosa más que abrirle las puertas de su tierra para pisotearlo. Pero también sabía que mi madre y mi hermano me necesitaban.

Le tomé la palabra del día anterior a Sebastián y me dirigí a su auto. Conduje hacia el Departamento de Defensa con una sensación antigua que se había quedado dormida y ahora comenzaba a despertarse. Mil embrollos se esclarecieron en mi cabeza luego del encuentro con Sebastián. Me di cuenta que difería con Leila y a la vez confiaba en su determinación para no dejar que la familia King se apoderara del mundo. El general Verena con su ejército de un lado, Venus y Leila con sus ideales del otro. Mi objetivo era solo uno. La ciudad seguía a medio evacuar, el sesenta por ciento de los

establecimientos privados o públicos permanecían cerrados. Aún estaban abiertos hospitales, oficinas de gobierno, bancos, centros comerciales de artículos de uso diario, entre otros. Me estacioné frente a una farmacia.

Sabía que no tenía mucho tiempo así que me apuré lo más posible. Accioné el anillo que poco tiempo atrás me había regalado Sebastián y lo sincronicé con la guía de él. Revisé los archivos dentro del anillo, hasta dar con lo que estaba buscando. Cuando lo tuve me comuniqué con Apolo, él respondió del otro lado y yo le aseguré:

—Soy tu hermana, no menciones nombres.

—¿Hermana? Es tan bueno oír tu voz. ¿Cómo estás? Mamá ha estado muy preocupada —admitió con su voz de siempre, la que extrañaba tanto oír.

—Estoy bien. No tengo mucho tiempo, escucha. Estoy viviendo con nuestro padre. Escuché algo que necesitas saber, les atacarán pronto, será una ofensiva muy fuerte, planean despojarlos de su tierra y aniquilar a todos los que se resistan. Te enviaré una información muy importante, úsala con prudencia. No confíes en nadie. No sabemos si tienen espías del otro lado. Nuestra tía sigue con vida. No sé cuánto más pueda comunicarme, ni que tan segura es esta guía, la sustraje.

—Tampoco sé si es segura. Él la usó hace unas semanas para comunicarse conmigo. Me pidió perdón, me explicó las razones de lo que hizo y me aseguró que no daría información sobre nosotros.

—¿Le creíste? —le pregunté. Me asombraba que Sebastián hubiese iniciado comunicación con mi hermano, para pedir perdón por la captura de Leila y para ratificar que no daría información.

—¿Le crees tú? —Me devolvió la pregunta y no pude contestarla.

—Dile a mamá que lo siento. Cuídense mucho. Quiero que sepas que cuentas conmigo. Intentaré liberarla y si lo logro buscaré la forma de comunicarme contigo para que la saquen del territorio.

—No lo hagas —me suplicó—. Mi tía no quiere que perdamos tiempo en ella. Solo quiere que sigamos adelante con su sueño. Ponernos sobre alerta es lo mejor que has hecho, pero no lo vuelvas a hacer. Mamá no quiere que te expongas, si ella estuviera aquí conmigo te lo ratificaría. Mantente con vida para que cuando termine todo esto podamos reencontrarnos. Te quiero.

—Yo igual —ahogué en un suspiro.

Envié los registros con los planes del ataque. Respiré hondo y encendí el auto. Me tragué las ganas de llorar porque ya había llorado demasiado el

día anterior. Traicionar a mi padre me causaba un dolor profundo. Tuve ganas de decirle a Apolo que esperaba un hijo, sabía que tanto mi madre, como él, se preocuparían por mí e intenté evitarlo por lo pronto. Borré la llamada del registro de la guía de Sebastián, así como los documentos enviados y busqué un lugar para ocultarla. Pensé dársela a Owen dentro de una bolsa y entregarle el auto, para que se los hiciera llegar a Sebastián, pero se me hizo más fácil meterla en la guantera. Al hacerlo me quedé sorprendida. Allí encontré lo que tanto busqué. Mi guía de la UNA. También había armas. Tomé la primera y vi que tenía un mensaje, miré la fecha del mismo y era del día anterior, la hora que marcaba el envío era justo antes de mi arribo a la casa de Sebastián. Leí el texto antes de borrarlo:

—Si encuentras este mensaje es que mis intentos por detenerte fueron insuficientes. Te conozco y sé que nadie puede convencerte de lo contrario cuando has tomado una decisión, por eso dejé el auto listo para ti, no tienes que devolverlo, tampoco las armas.

Dejé su guía en el auto junto a las armas y aceleré para llegar lo más pronto al Departamento de Defensa. Al llegar me detuvieron en la puerta y mi padre bajó a buscarme en persona. Me indicó estacionar el auto en su área asignada y me señaló que nos reencontraríamos en el apartamento. Al entrar por la puerta miré la hora, ocho de la mañana. Intenté evadirlo, el camino más corto era el más alejado de su dirección. Él tenía pendiente un discurso para mí, así que me detuvo. Le pregunté si Sebastián se había comunicado con él en los últimos minutos:

—¿Tendría que decirme algo? —preguntó mi padre muy serio.

—Pasé la noche en su casa, perdona por no informarlo —le dije.

—Él aviso anoche, me dijo que ya estabas dormida, que arreglaron sus diferencias.

—Estuvimos hablando de nuestro hijo.

—Me parece bien, ¿y? —indagó.

—¿Y? —repetí intentando adivinar lo que él quería escuchar.

—¿Arreglarán su situación legal? Si viniste pensando que yo te reclamaría por pasar la noche fuera te equivocas. Puedes regresar de inmediato con él y hagan lo que tengan que hacer para casarse de una vez.

—Lo siento, padre. Sebastián y yo tenemos que ponernos de acuerdo en varios puntos que aún no concordamos.

El general hizo un gesto de hastío al escucharme y volvió a dirigirse a mí para interrogarme:

—¿Por qué irrumpiste en mi oficina ayer al mediodía? ¿Cuál era la urgencia?

—No había urgencia, estaba harta de permanecer incomunicada y sin hacer nada todo el día —obvié el motivo—. Sebastián resolvió ese problema, me prestó su auto por unos días. Espero que no te moleste si lo dejo en tu área de aparcamiento, hay suficiente espacio.

—No es sensato que andes sola por las calles —dijo mi padre.

—¿Por qué no? Dices que es la ciudad más protegida y que esta guerra la has ganado de antemano, ¿qué tendría que temer? —Me hice la desmemoriada mientras se me ocurría algo inteligente que decir.

—Tú lo sabes bien. —Me miró e hizo un gestó que sonó a reclamo—. Si regresas con Sebastián o no, es tu decisión, pero mientras vivas en mi casa seguirás mis reglas por el bien de todos nosotros.

Lo miré, respiré con fuerzas y me dirigí a la habitación, tras las miradas displicentes de Diana y mi tía.

Una semana después, nadie vino a reclamarme o detenerme. Nadie salvo la sorpresa no tan agradable que mi padre me impuso. Diana también lo sabía, que de un momento a otro llegaría el escolta que mi padre me había asignado para convertirse en mi sombra. Me iba a seguir como lo había hecho Sebastián en el pasado y ella estaba más ansiosa que yo. No era lo mismo que los hombres de mi padre me vigilaran, a que uno tuviera la orden específica de no perderme ni pie ni pisada.

—Te lo buscaste —me dijo Diana sonriente.

—Di lo que quieres si te saca del aburrimiento. Yo no puedo concentrarme ni siquiera en fastidiarme mientras los soldados de mi padre siguen arrasando otros pueblos.

—El ejército de los King, querrás decir. Mi tío Edgar no quería este enfrentamiento.

—Eso dice.

—La primera vez que el general le asignó tu seguridad a uno de sus oficiales las cosas no salieron como él lo esperaba —me recordó.

—¿Crees que lo ocurrido con Sebastián puede repetirse? Un desliz fue suficiente en mi vida. No tengo tiempo para eso.

—Solo estoy jugando, quiero que te relajes un poco. Últimamente siempre estás tensa. Aún no te divorcias de William y ya estás tratando de

librarte de Sebastián, o eso parece. ¿Qué te tiene tan atormentada? Confía en mí.

—Eso lo haría si quisiera que salieras tan lastimada como yo. No puedo.

Le acaricié el rostro con cariño. La quería como a una hermana y claro que confiaba en ella. Le podría dar en custodia todos mis secretos, pero estos venían acompañados de una carga muy pesada. No sería justo situarla junto a mí en la cuerda floja.

—Me proteges, siempre lo has hecho. No sé que tengo que demostrarte para que te des cuenta que no soy tan diferente de ti. Sé lo que defiendes… —dijo. Le hice una seña para que hiciera silencio de inmediato. Nunca se sabía quién podría estar escuchando y no me perdonaría involucrar a una sola persona más en mis asuntos, a ella menos. No quiso ser silenciada y añadió—: Sé lo que intentas hacer. Somos casi hermanas, no te voy a abandonar, quiero ayudarte.

Me lancé a abrazarle y le susurré muy bajo:

—¿Estás loca? ¿Olvidas las cámaras de seguridad, los sirvientes? Créeme cuando te digo que no tienes ni idea de cómo están las cosas.

—No sé exactamente, pero tengo algunas pistas. Owen en ocasiones ha hecho ciertos comentarios para referirse a ti que no me dejan indiferente —murmuró también.

—Prima, sé que cuento contigo, sé que eres fuerte pero no podría involucrarte, mi tía no lo aguantaría. Lo hago por ella, ¿entiendes? ¿Quieres aumentar el drama en esta familia? Atrévete a angustiar aún más a tu madre —le dije para que no siguiera insistiendo y surtió efecto porque no dijo más.

El robot humanoide de servicio nos informó que el nuevo escolta estaba fuera del apartamento y mi prima corrió a decírselo a su madre. Mi tía, especialista en ser hospitalaria con los hombres del general decidió que le pidieran entrar. Ella quería conocerlo, ofrecerle algo de beber y comentarle que podía tener la confianza de comunicarnos lo que necesitase.

—Lo veo innecesario —insistí.

—Pobre de él. Estará tantas horas en firme fuera del apartamento —dijo mi tía.

Ni siquiera me preocupé por las tribulaciones de tía Patricia acerca de la penosa actividad y el sufrimiento del nuevo escolta. No me consideraba responsable de su suerte, eran ideas de mi padre. Yo tenía cosas más

importantes en qué pensar. Dejé a mi tía ocuparse de la que creía su responsabilidad y me fui a mi habitación.

25



Me las ingenié para quedarme con mi guía de la UNA bien escondida. La mantenía en modo apagada para que no fuera detectada. Le envíe a Sebastián su guía y su auto con su amigo Owen y esperé en vano algún reclamo de su parte. Sebastián no tomó represalias, pero tampoco volvió a insistirme para que regresara a su lado. Sacrificarlo a él me dolía, pero estaba en un punto que me estaba volviendo insensible. Ahora solo quería luchar para proteger a mis seres queridos: mi hijo, mi madre, mi hermano, mi padre, mi tía, mi prima e incluso Sebastián y Owen. Si dejarle el corazón roto a Sebastián servía para que se encerrara en su casa y no acudiera al sitio del ataque, mi propósito había cumplido el objetivo. La guerra nos cambia por dentro y todo lo que quieres es que los tuyos y tú sobrevivan.

Aún quedaba algo por resolver, algo que tal vez no estaba en mis manos. Como en otras ocasiones, cuando se avecinaba una ofensiva mi padre tomaba sus providencias. Lo vi tomar una pequeña maleta que siempre tenía lista con sus efectos personales y le seguí detrás, lo observé con disimulo.

—¿Padre, cuánto tiempo estarás fuera esta vez?

—Lo necesario. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Temes que en mi ausencia William o su primo aprovechen para importunarte? —preguntó.

—Sí —contesté sin siquiera haber tomado en cuenta ese detalle—. Es eso, prefiero tenerte cerca en estos momentos.

—No podré quedarme con ustedes en este apartamento. Me requieren en el puesto de mando.

—¿Pero tu maleta?

—Trabajaré a tiempo completo y necesito pernoctar allí por un tiempo. No podré estar viniendo a visitarles, pero si surgiera algún problema y tuvieran visitantes indeseados dile a tu tía que me avise de inmediato y vendré con ustedes. Habrá una escuadra rondando por los alrededores con indicaciones de no dejar entrar a nadie al departamento. Dejaré el escolta en la entrada principal con órdenes muy estrictas y espero, Paz, que le ayudes a cumplir.

—Por supuesto, papá. No faltaba más.

—Criatura, cuando me hablas así me asustas —dijo mi padre—. Cuando eras niña me reía a carcajadas cuando te comportabas tan condescendiente. Sabía que ya habías hecho una travesura e intentabas que no te descubriera.

—¿Qué dices, padre? ¿Qué podría hacer encerrada entre estas cuatro paredes?

—¿Ya conociste a tu nuevo guardia de seguridad? —preguntó.

—No.

—Te lo puedo presentar ahora.

—Por favor, padre, no insistas te lo ruego. Ya de eso tuve bastante. Si te tranquiliza te comunico que no tengo intenciones de salir hasta que regreses.

—Hija, nada de lo que digas me hará cambiar de opinión, el guardia se queda y me mantendrá informado de cualquier movimiento.

—Cuídate, papá. No te retraso más.

Me permití darle un fuerte abrazo y verle partir a otro de los pisos de arriba. Hasta que se cerró la puerta a sus espaldas, pude suspirar. Me alivió saber que mi padre no partiría junto a las tropas que invadirían a América Libre. Me reconfortó saber que no se iba a enfrentar en persona con su hijo, ni con las consecuencias de mi deslealtad.

Le había dicho la verdad, aunque él no quiso creerme. No intenté salir. Mi papá pasó la mayor parte del tiempo en su oficina y de ahí al puesto de mando a dirigir la ofensiva. ¿Cómo lo supe? Mi tía a veces hablaba con Diana o con Owen y yo solo tenía que atar los cabos sueltos. El general Verena era reconocido por sus estrategias bien planeadas, por tomar en cuenta todos los detalles y por ganar la mayoría de las batallas. Su fama venía de cuando fue el líder de América Unida. Como representante de esa

ciudad-estado logró captar a nivel político y militar muchos adeptos, debido a sus resultados tangibles durante su estadía en el poder.

La guerra siguió su curso. Sebastián no intentó acercarse a mí, no me sorprendía, yo había llegado demasiado bajo para lograr mis propósitos. Muy en el fondo, creí que me entendería y lo que me motivaba a seguir en mi encierro era su lejanía. Yo no podía permitir que el general masacrara a América Libre y se convirtiera en el verdugo de su propio hijo, si Sebastián no compartía esta resolución conmigo prefería dejarlo ir y con su silencio me demostraba que le interesaba más su orgullo o sus ideales, cualesquiera que fueren, que lo que para mí era importante y más porque involucraba a mis familiares más directos. «Si el padre de mi hijo no lo va a educar con las ideas que para mí son correctas no lo quiero a nuestro lado», pensé. De inmediato, mi reflexión me recordó a mi madre y me asusté de mí misma, temí estar volviéndome como ella y cometer sus mismos errores, lo que no me había cansado de señalar. «¿Quién soy yo para imponerle mis convicciones a nadie y menos a mi hijo y a Sebastián?», me recriminé. Tal vez me estaba volviendo demasiado soberbia y lo peor era que había tardado demasiado en reconocerlo. Recordé las palabras de Sebastián: «Te odio» y me dolieron tanto que preferí perderme en la predecible rutina que estaba viviendo, antes de volver a deliberar sobre quien tenía la razón, Sebastián o yo.

Así como mi tía al conversar con su hija y su yerno, me daba nociones del paradero de mi padre, aproveché las indiscreciones de Owen para enterarme de ciertas cosas que de lo contrario no sabría. Otra de las naciones de la UNA había caído, su líder se esfumó en combate, el rumor al respecto era que seguía vivo y escondido en alguna parte. El general Verena, Ademar King II y su camarilla volvieron a celebrar. Fue entonces cuando vino la primera sorpresa, América Libre devolvió la embestida, no solo contuvieron la invasión, sino que ocuparon un diez por ciento del territorio de América Unida. Mi padre llevaba desaparecido casi un mes del apartamento, solo sabíamos que estaba bien por mensajes que enviaba con algunos de sus oficiales.

Al finalizar esos treinta días, aunque me había propuesto no pensar en Sebastián y menos, en quien de los dos tenía la razón, no lo había logrado. El no tener noticias de ningún tipo acerca de Sebastián, aunado a la desesperación en la que me tenía sumida el encierro, me hizo tomar una decisión, acudiría a buscarlo. Necesitaba verlo aunque fuera para que

volviera decirme mirándome a los ojos que me odiaba, porque no aguantaba un minuto más sin él.

Lo único que pude rescatar por los comentarios de su amigo fue que Sebastián se mantenía al margen de la guerra. Mi mente se estaba convirtiendo en un infierno de razones que se debatían las unas con las otras. Ahora mi enemiga era yo misma y no sé si siempre había sido así y solo hasta ahora me daba cuenta. Necesitaba correr y que el sol me devolviera el calor a la piel. Ya no soportaba ni un minuto más tener que asomarme a la terraza para tomar el sol y no volverme loca en aquel encierro mientras mi padre, mi protector, se había convertido en la nueva versión de mi carcelero. Obsesión, vacío y un dolor inaguantable que amenazaba con reducirme. Un mes de largo y Sebastián con su ausencia me hizo temer que esta vez sí se había conformado con nuestra vida por separado. Lo acepté y cuando lo hice mis manos dejaron de temblar, me sentía culpable porque lo había engañado con tal de salirme con la mía, aunque eso significaba defender lo que yo creía justo. Ya era hora de madurar, de enfrentar la vida y mis decisiones, sin jugar con las personas y menos con las que más me importaban.

Tras la batalla ganada por América Libre, sentí que ya podía estar en paz con Sebastián. De alguna forma le habíamos devuelto algo valioso a América Libre, después de haberle arrebatado a su líder.

Al llegar a la puerta mi tía intentó detenerme:

—¿Piensas ir a alguna parte, Paz?

—¿Acaso no es evidente? —dije.

—Tu padre dejó dicho que no puedes salir. Ni siquiera para merodear por el Departamento de Defensa. Si requieras tomar sol y estirar las piernas puedes salir a la terraza.

—Es muy fácil decirlo. Ustedes no han estado enclaustradas como yo.

—Ojalá pudieras razonar y entender que solo queremos protegerte a ti y a tu criatura.

—Le dije a mi padre que no me movería del apartamento y le he cumplido pero un mes después no estoy tan segura de poder continuar esperando. No sé hasta cuándo volverá mi padre y yo tengo que seguir con mi vida. Tengo asuntos urgentes que resolver con Sebastián, el tiempo no se detiene y si espero a que mi padre regrese o a que termine la guerra será demasiado tarde.

—Le pediré a Owen que le diga a Sebastián que venga a vernos y así hablarás con él.

—No sabes lo que ha pasado entre nosotros, necesito buscarlo. Él es muy testarudo, no vendrá.

—No creo que sea más obstinado que tú y por lo que veo estás recapacitando. Él vendrá, es un buen joven y esperan un hijo —afirmó.

—Tengo prisa, no puedo esperar a que venga Owen hoy o mañana.

—De acuerdo, yo le hablaré a Sebastián a su guía. Lo comunicaré contigo y así podrás pedírselo directamente.

Respiré profundo. No me agradaba la idea, era ponerlo sobre aviso. Me hubiese gustado sorprenderlo en su casa para que no se pusiera a la defensiva y estuviera más abierto para dialogar. Mi tía, confiada, como lo era siempre se puso en contacto con Sebastián. Casi me desarmo cuando escuché su voz, se alarmó bastante ante la llamada de mi tía y aquello me produjo un sobresalto a la altura del estómago.

—Hola, Sebastián —dijo mi tía.

—¿Señora, le sucedió algo a Paz o al general Verena?

—Tranquilo, muchacho. Todo está bien, no quise asustarte. Al contrario, hablé para darte una buena noticia, o eso creo. —Mi tía hizo un alto, intentó cubrir el micrófono y me susurró—. ¡Qué sobresalto le he dado al pobre! ¿Crees que se asustaría tanto si no te quisiera? ¡Qué tierno! ¿Qué hacemos, se lo dices tú o yo?

—Señora, ¿la puedo ayudar en algo? —dijo Sebastián con un tono de voz diferente. Era evidente que la había escuchado y yo me morí de la vergüenza.

—Paz quiere pedirte que vengas… —quiso agregar mi tía.

—Sebastián, espero no ser inoportuna. —Le hice una seña a mi tía para indicarle que yo podía continuar antes que en su afán de ayudarme me dejara el ambiente peor. Claro está que mi querida tía no tenía ni idea de lo sucedido entre Sebastián y yo, ni los motivos para nuestra lejanía. Nuestra pelea de amantes iba más allá de lo usual—. Le pedí a mi tía que te hablara. ¿Puedes pasar por el apartamento? Necesito hablar contigo y como están las cosas ahora me es imposible visitarte.

—Paz… Creo que todo lo que teníamos que hablar lo dijimos la última vez que nos vimos. Si en algún momento estás metida en un lío y me necesitas ahí estaré, para ti y para mi hijo. Me he mantenido en comunicación con Owen y con tu padre, sé que estás mejor que nunca. Si es todo prefiero mantenerme distante. Nos vemos hasta el nacimiento de nuestro hijo.

—¿Qué mierda es esto, Sebastián? ¿Quién te crees para hablarme así?

—¿Quién te crees tú? —me dijo con un tono de voz tan sereno que me hizo hervir la sangre.

Nos colgó. Mi tía se quedó muda unos instantes y luego abrió la boca para buscar explicaciones, para justificar la reacción de Sebastián. ¡Ella que debía estar de mi lado, su familia era yo!

—Paz, me sorprende tanto Sebastián. Bajo ninguna circunstancia imaginé que daría ese tipo de repuestas. Él es un muchacho tan educado y tan noble. ¿Qué le hiciste? Estoy segura que lo tienes que haber lastimado mucho para que reaccionara así.

No la seguí escuchando porque tenía razón y terminaría por convencerme. Hice el esfuerzo por escabullirme, pero la puerta permanecía cerrada y yo no poseía una guía para abrirla.

—¿Pero, niña, qué haces?

—Voy a hablar con ese engreído. Me tendrá que escuchar. Quiero que me lo repita mirándome a los ojos para ver si se atreve.

—Hija, no te humilles. Si un mes no le bastó para enfriarse no creo que cambie de opinión porque te aparezcas en su casa. El guardia no te dejará salir, tiene órdenes expresas de tu padre. Tú lo sabes. Solo pierdes el tiempo.

Mi tía me dio la espalda y se fue a otra habitación. Golpeé en repetidas veces la puerta y de pronto escuché el sonido propio del cerrojo. La puerta cedió y abrió de improviso. Imaginé que solo tuve suerte y alguien iba llegando. Pensé aprovechar y salirme cuando vi que el nuevo escolta con su uniforme reluciente me miraba.

«Claro, lo había olvidado. Debió escucharme golpear», me dije para mis adentros de forma automática. Aún no había reparado del todo en el escolta, pero sus movimientos mecánicos me hicieron dar dos pasos hacia atrás. Era un modelo idéntico al del robot humanoide que en el pasado había sido mi entrenador personal. Verlo me impactó, era como tenerlo de nuevo delante. Si esto era una broma era de muy mal gusto, si había sido al azar no lo permitiría porque no iba a funcionar. Iba a exigir que lo cambiaran por otro de inmediato.

—Yo no creo en las casualidades —dije—. ¿Quién te asignó a esta misión?

—El general Verena. Gusto en volver a verla, doctora. Ya estuve a su servicio con anterioridad.

—¿Max? —dije y mi corazón se aceleró a la vez que mi respiración.

—Estoy a sus órdenes.

Sentí el impulso de lanzarme a su cuello y abrazarlo, como se hace con un viejo amigo al que asegurabas que no volverías a ver. Nunca había contemplado que alguien le diera un abrazo a una máquina por muy parecido que fuera a un humano. Me contuve porque Max reaccionó con su autocontrol programado, con un habla formal al que no estábamos acostumbrados y eso me enfrió un poco. Aunque Max actuó con cordialidad como lo hacían sus semejantes, como si yo no hubiese sido capaz de ponerle fin a su funcionamiento para aprobar la fase dos, su tono distante no me pasó desapercibido. Si cuando supuse que me asignaron un modelo idéntico a Max sentencié que no podría mirarle a los ojos, al comprobar que era Max las cosas empeoraron. Era un robot con rasgos de humanos, que realizaba gestos que me confundían, que parecía tener sentimientos, que me hizo creer que era mi compañero durante el entrenamiento. Pero no era mi amigo, no era un humano.

De todos modos, verle parado frente a mí con su expresión de siempre, hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Me pregunté hasta dónde Max guardaba en su memoria los sucesos del campo de entrenamiento. Si había sido mi padre quien lo había elegido para vigilarme no entendía los motivos de traer de vuelta a Max. Me desarmé ante mis sospechas confirmadas. Tal vez William lo infiltró para que estuviera en el lugar preciso, donde mi padre fue a buscar un robot humanoide para mí. Mil dudas me abrumaron de golpe. Esto no podía ser casualidad. Max debió tener un amplio proceso de reestructuración y reconstrucción. «¿Por qué llegó a mí ahora?», pensé. Su presencia solo sirvió de antesala para que muchas otras interrogantes se alojaran en mi pensamiento como una ráfaga de disparos.

Lo más sensato era hablar con mi padre, explicarle las razones por las que no lo quería y devolverlo. Pero no lo hice. Mis sentimientos injustificados hacia Max me hicieron dejarle en firme al lado de la puerta. No podía negar que en medio de toda la confusión me había emocionado al verlo andando otra vez sobre sus dos piernas.

—¿Puede ayudarle en algo? —Max volvió a dirigirse a mí sin la familiaridad del pasado, pero en exceso amable y eso me sacó de mi estupor.

—No, Max. Bienvenido.

Volví a meterme al apartamento. Seguía el consejo de mi tía y no presioné para salir al encuentro de un Sebastián que no quería verme. No hizo falta insistirle a Max, le conocía a la perfección y sabía que no me dejaría traspasar la puerta. Él cumpliría las órdenes de mi padre, así me tuviera que sujetar con su fuerza extraordinaria hasta que fuera necesario recargar su energía y antes de descargarse, ya habría avisado para que alguno de su clase lo sustituyese. Max había sido mi entrenador y conocía mis estrategias de defensa antes que yo siquiera eligiera el modo de librarme de un ataque. No insistí en comunicarme con Sebastián. Fallé en mi intento de pedirle perdón de frente al hombre que amaba, su arrogancia me había vuelto a poner a la defensiva. Traté de negar que estaba preocupada, si Sebastián renunciaba a mí yo no sabría cómo afrontarlo, nunca me había preparado para ello. Hasta ahora me daba cuenta que me había excedido en la confianza de los límites de nuestro amor.

Con quien sí fui a conversar fue con mi tía. No podría reclamarle no haberme alertado sobre Max porque ella no le conocía, pero al menos podría haberme adelantado que el enviado de mi padre no era de carne y huesos.

Encontré a mi tía de espaldas hablando por su guía en susurros y le dije:

—¿Hasta cuándo ibas a decirme que el nuevo escolta no necesitaba de tus atenciones porque no era un ser humano?

Mi tía se volteó hecha un caos, con el rostro descompuesto y los ojos envueltos en una sombra de preocupación. Cortó la comunicación de su guía y se despidió del interlocutor diciendo: «Hermano, entiendo. Así se hará».

—¿Paz, qué me decías? —dijo mi tía aún confundida.

—¿Qué te dijo mi padre? —le dije porque ya me generaba más urgencia la conversación que ellos habían sostenido que reclamarle por la omisión del robot humanoide.

—Parece que tenemos que abandonar el apartamento. Tu padre mandará por nosotros. Mete unas cuantas cosas en una maleta y nos vemos en la puerta.

26



Mi tía le habló a su hija y le pidió que viniera con urgencia. Diana estaba un piso abajo y no tardó más de cinco minutos en aparecer. Cada una comenzó a preparar lo que llevaríamos con nosotras. Mi tía se lamentaba diciendo:

—¡No puede ser, no puede ser! Debe ser una equivocación. —Luego cambiaba de opinión y decía—: Se lo dije a tu padre que teníamos que estar preparados para lo peor. En América Unida nunca nos hubiéramos visto haciendo un equipaje con tanta prisa. ¡Apúrense! —nos gritó.

—¿Qué te dijo mi padre, tía? Por favor, dinos.

Ella no me contestó. Solo me instó para que me apurase. Mi tía tenía razón, en América Unida siempre teníamos lista una mochila para cada uno con algo de ropa, comida en conserva, armas y herramientas de supervivencia. Aquí en cambio, vivíamos bajo el mismo precepto de los habitantes de la capital y la fe ciega en su sistema de defensa. La inquietud me subía por las piernas que ya estaban listas para escapar. Lo primero que pensé al oír su urgencia era que los King venían a pedir mi cabeza, pero cuando llamó a Diana y la vi hacer su propio equipaje ya no supe qué pensar.

No hubo tiempo de correr. Aún el caos en la ciudad por la gran derrota en América Libre no terminaba de asimilarse, cuando vino el gran golpe. Nuestra capital, la ciudad con mayor sistema de protección del mundo, fue mancillada en lo más profundo de su orgullo. Un ruido ensordecedor se escuchó en algún punto de la ciudad, parecía una detonación. Luego el

silencio. Después el ambiente se llenó de sonidos de sirenas y avionetas. Un pensamiento veloz me pasó por la mente, las imágenes de Sebastián y mi padre, la angustia de no saber si estaban a salvo, y de nuevo mi instinto me reclamó buscar resguardo para mí misma.

Dejamos los equipajes a medio terminar y corrimos hacia la puerta que ya estaba abierta. Max nos esperaba con su arma desenfundada y nos condujo hacia las escaleras. Mientras corríamos, saltándonos los escalones, se escucharon cuatro explosiones más en diferentes direcciones, fueron seguidas, una tras otra. Mi tía dio un grito de pavor, pero sé que más que su pánico, era el dolor que sintió por las vidas que se habrían perdido. Tía Patricia intentó detenerse a llorar y empezó a clamar por los niños, las mujeres…

Max la levantó y la obligó a seguir bajando.

—Tía, la ciudad está casi desierta. Recuerda que casi todos huyeron a los refugios hace más de un mes, desde que inició el conflicto —le grité para que reaccionara.

Se recrudecieron las sirenas y su ruido era tan espantoso como si tuviéramos a nuestras espaldas, un dragón de ocho cabezas produciéndolo. Las luces del edificio iban y venían de forma intermitente, lo que incrementaba la sensación de horror que estábamos sufriendo. Diana intentó comunicarse por su guía con su esposo y notó que su guía no tenía señal. Revisó la de mi tía y comprobó lo mismo.

—Las guías están muertas, no podemos comunicarnos —me dijo en voz alta.

—¿Cómo es posible que nos esté ocurriendo esto? —se lamentó mi tía, quien no reaccionaba ni aceptaba que lo que estábamos viviendo ya era un hecho lamentable, pero sin retorno.

Seguimos descendiendo, sin aminorar la velocidad, hasta que llegamos a la planta baja. Los oficiales que había mandado mi padre, encabezados por el general Nelson, nos interceptaron y nos animaron para que apresuráramos el paso.

—Más rápido, no se detengan —nos dijo el general.

—¿Dónde está mi padre? —le pregunté al general sin dejar de correr.

—En el puesto de mando. Me envió por ustedes.

—¿Qué está sucediendo? ¿Qué fueron esas explosiones? —Mi tía le preguntó al general.

—Después su hermano se comunicará con usted y le explicará. Ahora apresure el paso, por favor —dijo el general. A leguas se notaba que no

tenía autorización para revelarnos más.

Mi tía, Diana y yo nos dejamos conducir por los oficiales y por Max a los refugios subterráneos del Departamento de Defensa. El general Nelson nos indicó el lugar asignado para nosotras y sin más explicaciones, se despidió para volver a sus funciones.

Mi tía seguía nerviosa, le pedí a Max que me siguiera. Diana condujo a su madre a una silla e intentó calmarla. Busqué por toda el área donde estarían los medicamentos, pero el lugar era como un laberinto.

—¿Dónde están las medicinas? —le pregunté a uno de los soldados.

Él me explicó por dónde dirigirme para llegar a la sección de enfermería. El sitio estaba abarrotado de botiquines de primeros auxilios. Me acerqué a uno con la intención de abrirlo y otro de los guardias me detuvo.

—¿Qué está haciendo? —me dijo con el tono que al parecer utilizaban los autocontrolados en tiempos de guerra, moderado, pero con un dejo de altanería.

—Necesito unos medicamentos para mi tía —contesté.

—Pues remítase al médico oficial correspondiente. Aquí hay un orden que debe respetarse —manifestó.

—Disculpé, no lo sabía —dije—. Acabamos de llegar y mi tía se ha alterado al escuchar las explosiones. Solo quería buscarle…

—Ya lo sabe, así que no se tome atribuciones —me cortó sin dejarme explicar.

Di dos pasos hacia atrás sin intenciones de buscar problemas. Se lo debía a mi padre y no hice más grande lo que podía resolverse con ir a hablar con la persona encargada. Max me sostuvo por el brazo y me hizo regresar ante el soldado. Vi a Max tomar en sus manos uno de los botiquines, abrirlo y sostenerlo ante mis ojos.

—¿Qué le pasa a esta máquina? ¿Acaso está averiada? ¿No escuchaste lo que acabo de decir? —dijo el soldado en voz alta.

—Solo sigo órdenes del general Verena, soldado. Su hija necesita un medicamento para la hermana del general. No creo que el encargado se disguste por ello, usted mismo puede informarle, nosotros tenemos prisa.

El soldado se quedó con la boca a abierta, quiso decir algo, pero terminó por callar. Busqué entre los diversos frascos y cajas hasta que encontré lo que necesitaba para mi tía y nos alejamos de allí. Avanzamos por el laberinto hasta el punto en que en línea recta llegaríamos a tía

Patricia y Diana, le pedí a Max que siguiera por su cuenta, que le llevara los calmantes a mi tía y me dejara ir a preguntar qué había sucedido.

—No puedo dejarla sola. Lo siento.

—Por favor, Max. Mi tía necesita esas pastillas y yo quiero tener noticias del exterior. Solo me acercaré a una de las salidas para oír qué está pasando allá afuera. Necesito saber en qué área fueron las explosiones. Quiero saber si mi padre y el mayor Casals están bien.

—Vamos con su tía. Veamos que tome las píldoras, que se calme y luego la acompaño a buscar información.

No me quedó otra opción. Mi tía hizo resistencia para tomar la medicación hasta que cedió. Cuando se hubo dormido, Max me dijo que era el momento para ir a indagar hacia una de las salidas.

—Pensé que no cumplirías tu palabra y que solo querías convencerme para regresar a nuestro sitio —le dije a Max.

—Creo que a veces se le olvida que no soy humano —sostuvo.

Hasta él ya lo había notado. Puse más empeño en separarme emocionalmente de Max porque eso, como en el pasado, no me traería nada nuevo.

—¿Van a alguna parte? —preguntó Diana.

—Voy a buscar noticias. Mi padre no podrá dejar sus asuntos para mantenernos al tanto y no sabemos hasta cuando volveremos a tener línea. ¿Creen que una de las explosiones haya impactado en las comunicaciones?

—No lo creo —dijo Max señalando a unos guardias—. Los militares no tienen problemas para comunicarse, solo los civiles.

—¿Y tú sistema de comunicación Max?

—Igual está fallando —contestó.

—¿Por qué, no lo entiendo? —admití.

Diana y yo nos miramos a la par y nos concentramos en observar a los distintos soldados que se movían de un lado a otro. Era lógico, habían suspendido la comunicación para que el enemigo no pudiera utilizarla. Como medida de precaución no estaba mal, pero eso evidenciaba que no conocían bien a su contrincante. El «enemigo» o yo, sea lo que fuere. Había utilizado la guía de Sebastián de la UNA para comunicarme con Apolo y pasarle toda la información. Por suerte los canales de comunicación de la UNA no se cruzaban con los de la Sociedad Autocontrolada pero no sería imposible descubrir quién había mandado los planos. Incluso Sebastián podría salir perjudicado. Tenía que decirle a

Sebastián que se deshiciera de la guía de inmediato. Así que retomé la desesperación por contactarlo.

—Vayan e investiguen qué sucede —nos dijo Diana—. Por favor, intenta averiguar si Owen está bien.

—Por supuesto, querida —le dije a mi prima y nos abrazamos.

Diana se quedó al cuidado de su madre y Max y yo nos volvimos a introducir en uno de los pasillos del laberinto. Max era muy rápido para trazar un mapa del lugar dentro de su *software* así que me condujo con rapidez. Antes de proseguir me dijo:

—No se separe de mí. Tengo más de un arma. Si es necesario le dejaré usar una.

—Gracias, Max —le sonreí.

—No tiene que agradecerme.

—Sé que no eres humano y que tal vez no entenderás, pero necesito pedirte perdón. Yo no quise…

—Lo sé, doctora. Usted hizo lo necesario para aprobar el entrenamiento. Usted tuvo éxito y yo cumplí mi objetivo, prepararla bien. Si la hace sentirse mejor, me esforzaré para que se escuche real. La perdono —dijo esbozando una sonrisa.

—Si es así deja de tratarme de doctora y todas esas cosas, porque cada vez que lo haces siento que me reclamas por haber apretado el gatillo justo tras la premisa de que solo eras un robot al que tenía que vencer para completar mi entrenamiento. Has sido más que eso Max y sé que nadie lo entenderá, pero no pueden ponerte junto a mí con esos gestos que logran confundirme y luego pedirme que te vea como un objeto.

—Preferirías que no existiéramos —dijo y comprobé que hasta en nuestro modo de interpretar nos imitaban.

—No lo niego. Pero ya estás aquí. Fuimos compañeros de lucha, y aunque al final hice un desastre muchas veces nos salvamos el uno al otro.

—De acuerdo, Paz —dijo extendiéndome la mano.

Los soldados de la salida nos indicaron donde estaban los oficiales a cargo del refugio. Me presenté con ellos y me di cuenta que uno era el Coronel Marten. De inmediato nos reconoció porque en otras ocasiones había acudido a buscar a mi padre al apartamento. El oficial fue muy amable conmigo y con Max. Supimos por sus palabras que explotaron cinco bombas en lugares estratégicos: el Instituto de Planificación Familiar, la

Academia de Ciencias, la Academia Militar, la residencia King que ya había sido evacuada y el Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial. El coronel también nos aseguró que tanto Owen como mi padre estaban bien, que lo sabía porque hacía unos minutos mi padre se había comunicado con él para saber de su familia. Me aseguró que Carter estaba con él, que había preguntado por su esposa.

—El Departamento de Defensa está intacto y no ha sido atacado —terminó por comunicarnos el coronel Marten—. Tranquila, este lugar es el más seguro de la capital. Hemos invertido años de trabajo en perfeccionar su seguridad.

No lo dudaba, pero de seguro algo similar habrían intentado con la fortaleza King y no obstante, sus habitantes fueron los primeros en evacuar hacia los refugios.

—¿Podría preguntarle algo más? —le dije.

—Diga, doctora.

—Por casualidad, sabe si el mayor Casals no salió herido —pregunté.

—No he sabido de él.

—¿Podría comunicarse con él? Por favor.

—En eso no puedo ayudarle. La comunicación está prohibida salvo órdenes precisas.

—Le entiendo. Le agradezco por la información.

Regresé con mi familia. Las animé un poco con las noticias de Owen y de papá, antes de comunicarle sobre las detonaciones. Recalqué en varias ocasiones que la mayoría de los habitantes se habían refugiado con tiempo suficiente para que mi tía no se alterara más al pensar en las víctimas. Respiré hondo, acaricié mi vientre y le susurré unas palabras de amor a mi hijo. El sitio donde estamos protegidas nos salvaría de las explosiones, pero era a la vez una ratonera para mí, si me descubrían no tendría escapatoria. Nos quedamos allí a la expectativa de otras noticias.

En el refugio permanecimos durante unas semanas. Hacia la última, volvimos a tener señales en las guías. Diana se comunicó de inmediato con Owen, quien al igual que mi padre, no podía visitarnos, por obvias razones. No la interrumpí y la dejé desahogarse. Luego de todas las palabras que se suelen decir los enamorados en las circunstancias que estábamos viviendo, le pedí a Diana que averiguara por Sebastián:

—Él está bien. Se ha mantenido en contacto conmigo. Ha preguntado por tu prima todos los días, incluso más de una vez. Intenté convencerlo para que viniera con nosotros al Departamento de Defensa, pero él ha estado ocupado en otros asuntos —le dijo Owen a Diana.

—Por favor, Owen —intervine—. ¿Podrías decirle a Sebastián que es urgente que conversemos?

—Paz, lo siento, es lo último que haré. Siempre que le hablas es para meterlo en problemas —dijo Owen sin tapujos.

Diana intentó ponerle un alto a su esposo por la forma en que me habló y aunque el tono de su discurso fue moderado, el contenido de sus palabras no.

—No te preocupes, prima —dije—. Lo último que deseo es causar un problema entre ustedes. Owen necesito hablar con Sebastián, es para ayudarlo.

—Él sabe ayudarse solo —fue todo lo que Owen me contestó.

«Al menos ha preguntado por mí», me conforté. Ni siquiera puse en disyuntiva si lo hacía porque aún me amaba o porque le interesaba el nexo que teníamos en común. Por lo que fuere me sentí bien, me animaba saber que se preocupaba por la seguridad de nuestro bebé sin importar sus sentimientos hacia mí.

La soberbia de Owen disfrazada en su tono autocontrolado me hacía suponer que Sebastián ya sabía de mi intervención, que incluso Owen sabía o de lo contrario a qué se debía su reclamo. Sé que se escuchaba muy fuerte y con menos que eso, el mismo Owen me llevaría de cabeza al calabozo de los King. «¡Explosiones en la capital! Un lugar tan concurrido, y por suerte, gracias a la alerta de guerra, un sitio casi deshabitado. Dios sabe que no es lo que yo quería y me niego a creer que Apolo tenga algo que ver con esa decisión. Solo si los autónomos lo hicieron con la intención de rescatar a Leila, pero de ser así se les olvidó atacar el Departamento de Defensa. O no han podido y es tan infranqueable como me aseguró el oficial», pensé. Ya estaba harta de la guerra, de la intolerancia de los hombres y que una acción, de mi parte, trajera consecuencias de las que no me quería hacer responsable, porque no lo era. «Yo no soy culpable de la embestida en la capital, solo quise frenar el ataque a América Libre para salvar vidas humanas entre ellas la de mi hermano y mi madre».

Por Owen, igual supe que el ejército de mi padre arrasó con otra de las naciones de la UNA. Incluso, los soldados que ya me iban conociendo y sabían que yo era Paz Verena, me felicitaron por el padre que tenía. Saqué

mi cuenta con respecto a los líderes de la Unión de Naciones Autónomas: una prisionera, dos muertos, uno desaparecido o refugiado, uno esperando un ataque. Dos naciones de la UNA ocupadas militarmente y tres aún resistiendo en medio de la cruenta guerra. La Sociedad Autocontrolada también se había llevado lo suyo. Había perdido los cinco pilares de su desarrollo y parte del territorio de América Unida. Ambas sociedades perdieron muchas vidas humanas y ganaron mucha destrucción en sus ciudades.

Vi a mi tía llorar con cada derrota, caída y devastación de uno u otro lado de la frontera. Me le abracé, ya estaba cansada de contenerme, se podía ser fuerte también llorando. Mi tía acompañó mis lágrimas con las suyas y Diana no tardó en unirse a nuestro círculo de dolor. Quién se atreviera a llorar solo por sus muertos y no también por las víctimas del otro lado de la cerca, no podría ponerle fin a la guerra ni en un millón de años.

27



Regresamos al punto de inicio y los rumores al respecto no se hicieron esperar. Confirmé las habladurías, por la boca del propio general, de lo que se estaba gestando entre las dos potencias mundiales sobre lo que ocurriría con el Tratado de Tolerancia. No me quedó dudas, mi padre lo confirmó a su regreso, de lo contrario no hubiésemos regresado al apartamento.

El general nos comenzó a visitar en las mañanas, cada vez que le era posible y ese día no fue la excepción. A la semana de verme sentada a su mesa dejó de preguntarme cómo iban las cosas con Sebastián.

—Sebastián no quiere saber nada de mí, padre. Por favor, acéptalo —le dije cuando noté que ya no me interrogaba al respecto.

—En ese caso no puedo culparlo. Creo que se cansó de intentarlo. Tú perdiste a un gran hombre, ojalá al menos seas capaz de darte cuenta.

—Si así tiene que ser, lo afrontaré.

—Te has quedado cada vez más sola —continuó.

—También se lo debo a Sebastián, yo era feliz en… —no terminé de decirlo, decidí que era lo mejor.

—Te recuerdo que elegiste quedarte.

—Así es y sabes los motivos. Allá mi hijo no tendría un lugar. —Mi padre hizo un gesto de pesar y me corregí de inmediato. No quería que pensase que prefería a mi madre sobre él, jamás podría comparar esos dos cariños. Me puse de pie y lo abracé por la espalda—. No me mal interpretes, sabes a lo que me refiero. Te quiero y te estoy muy agradecida.

No podría tener un padre mejor, creo que estaré siempre en deuda contigo.

—Eso nunca, eres mi hija —dijo.

—Ojalá pudiera tener un padre como tú para mi hijo.

—Lo tienes. Si continúas enamorada busca la forma de recuperarlo. Sabes que no lo digo porque Sebastián es como un hijo para mí, ni porque me siento orgulloso del hombre en que se ha convertido. Él también te ama. Solo tienen que encontrar la conexión que en algún momento perdieron. Quiero sentir en ustedes la misma certeza que me trasmitieron cuando me hablaron a mi guía para decirme que habían huido. En ese momento creí que era una locura, la mayor tontería que se les pudo haber ocurrido, pero me lo dijeron tan seguros que terminaron por convencerme y confié que, si estaban juntos, iban a estar bien.

—Padre, las circunstancias… Tienes razón, no diré más para justificarme. De todas formas, he intentado hablar con él pero creo que ya es tarde.

Me constaba. Yo había intentado contactarlo en más de una ocasión. Diana le había hablado a su guía casi a diario para suplicarle que acudiera a hablar conmigo, que era un asunto urgente, pero él solo refería que estaba ocupado. «He querido contactarlo, pero a lo mejor él piensa que mis intenciones son otras y por eso me evade», pensé. Había tratado de escabullirme en varias ocasiones, pero Max no me lo permitía. Mi padre confiaba más en él para esta tarea que en soldado de carne y huesos.

—¿Cómo te has sentido en tu embarazo? Ya no te has quejado de tus síntomas —dijo mi padre y me sacó de mis pensamientos.

Justo sin darme tiempo a responder, una veintena de soldados y algunos oficiales irrumpieron en nuestro comedor, pidieron permiso a mi padre para detenerme. Mi padre se quedó sin palabras. Ademar King II apareció detrás de sus hombres y los azuzó para capturarme. Ademar King II y mi padre, se miraron con violencia.

—Se lo advertí, general, que la siguiente sería la última vez. Paz irrumpió por segunda vez el sistema de defensa, ni usted ni el mayor Casals pudieron evitarlo. Lamento informarle que usted será suspendido de su cargo mientras persisten las investigaciones. Yo me quedaré al frente y si se comprueba la traición, otra persona ocupará su lugar de forma definitiva.

—¿De qué se le acusa? —preguntó el general tratando de mantener la calma.

—¿Sabe por qué mañana volveremos a negociar la firma de un pacto que convierte nuestra invasión un fracaso total? —dijo en voz alta Ademar King II.

—No es el lugar apropiado para discutir asuntos de estado, entiendo su frustración y estoy dispuesto a escucharle en otro momento.

—Discuto los asuntos de estado donde lo entienda. Le estoy haciendo una pregunta y usted tiene que responder —insistió y ante el silencio de mi padre arremetió—. ¿Sabe por qué fracasamos en la invasión a América Libre? Quiero que lo diga, eso explicará mi presencia.

—El ejército de América Libre nos aguardaba en los puntos donde se suponía que le emboscaríamos nosotros, se sospecha que un espía pasó información —admitió mi padre haciendo un esfuerzo por aparentar calma.

—Ahí es donde entra su hija —vociferó Ademar King II.

—Eso tiene que probarlo. Hasta que no traiga la evidencia no le permitiré sacar a mi hija de este lugar —sostuvo mi padre.

—¡Aprésenla! —gritó Ademar King II lleno de rabia.

—Si no hay pruebas en su contra, no dejaré que se la lleven —rugió el general y sacó el arma que siempre llevaba consigo.

Ninguno de los militares se movió. Yo me mantuve con la vista clavada en la mesa, para no empeorar las cosas y me conformé con observarlos con el rabillo del ojo de manera discreta. Ademar King II repitió la orden y nadie pareció inmutarse. Los soldados ansiosos sin saber qué hacer se cuadraron en su lugar mientras la sangre de Ademar hijo hervía. Los oficiales que les acompañaban se miraron los unos a los otros como poniéndose de acuerdo.

—Usted díganos qué hacer, general —mencionó el oficial de más alto grado militar entre ellos.

Ademar King II quedó perplejo al escuchar al oficial y al comprobar que en ese instante no iba a ser obedecido. Incluso yo, que había evitado hacer contacto visual con él, levanté con cuidado la vista. Ademar King II estaba pálido y como una rebanada de pan blanco que se pone al fuego, pude ver sus mejillas como se fueron encendiendo. Ademar estaba hecho una furia, le gritó a mi padre:

—Este ultraje no se quedará así, Verena. Si hasta ahora la traidora permanece con vida, es porque no he querido faltarle a mi madre que muy a su pesar me suplicó que dejase vivir a su hija por la deuda tan grande que tiene con usted.

—Y por sus propios motivos —le recordó mi padre.

—Pero ahora, a sabiendas de su última ofensa, mi madre me comunicó que se lava las manos y que se le dé el castigo que la ley indica en estos casos —gritó Ademar King II.

—Su madre está dispuesta a pagar un precio demasiado alto. Se le olvida que mi hija está embarazada —advirtió mi padre.

—La ley indica que se esperará hasta que nazca la criatura y después se procederá con la sentencia de la madre —recitó Ademar King II.

—Le esperaré en mi oficina, tráigame las pruebas y abandonaré este recinto. No tengo intenciones de hacer esperar a la ley —dijo el general.

—Las investigaciones comenzarán mañana —le amenazó Ademar King II.

—Mañana tenemos compromisos más importantes que perder el tiempo con suposiciones. Es el momento de permanecer unidos, pero usted tiene el control de esta nación, así que tome la decisión más pertinente —le recordó mi padre.

—No le conviene desafiarme, Verena —dijo Ademar.

—Si lo estuviera haciendo no le recordaría quien está al mando —dijo el general.

Mi padre encaró con demasiada seguridad a Ademar King II. Cuando el mandatario y los soldados se fueron mi padre cerró la puerta tras de sí. Se comunicó con Owen y le pidió que acudiera con urgencia. Le pidió en voz baja revisar, con discreción, las cámaras del apartamento y borrar cualquier conversación o conducta que pudiera ser utilizada en nuestra contra. Mandó a que todo el servicio y personal de defensa se retirara, me agarró por el brazo y me condujo a mi habitación.

—Dime, ¿qué hiciste esta vez?

—¡Nada! —grité.

—Si estás metida en algún asunto dímelo para poderte ayudar y salvarnos a todos. Piensa en tu hijo, en tu prima, en tu tía…

—Lo siento, papá. Discúlpame.

No lo imaginé capaz. Sobrevino tan rápido que solo alcancé a cerrar los ojos ante el estruendo. Por primera vez, mi padre me golpeó en la mejilla y luego me pidió perdón. Su rostro desencajado asemejaba al vacío. Parecía que un grupo de dragones iban a escupir fuego por la boca del general. El silencio se quebró cuando sucedió todo lo contrario, la voz de mi padre como un susurro gélido y roto escupió:

—Solo hasta hoy sé que tan capaz soy de romper el juramento que le hice a mi nación de servirle. Si en el intento de salvarte se me acaba la vida, solo hay una persona que puede salvarte, suplícale a Karena.

—¡Jamás! —grité.

—Por un hijo hacemos aquello hasta de lo que no nos creemos capaces.

Enmudecí y me tragué mis palabras.

28



Cuando mi padre me ordenó acompañarle no le quise creer, pero para los que me vieron entrar con él a la sala de reunión, fue peor aún, no salían de su incredulidad. Max nos había seguido y mi padre le ordenó que me defendiera con su vida. Ahí estaba William, fue el más asombrado, no cesó de mirar en mi dirección todo el tiempo. Karena King se burló en una carcajada y aguardó la reacción de su hijo. Ademar King II repasó la vista sobre los presentes: William Allen, Karena King, el hombre que había quedado en el puesto por el fallecido Darcio Hébert, Edmond Allen, los cinco militares de más alto rango entre los que destacaban los generales Verena, Nelson, Baeza, Walker y Argento, así como los representantes diplomáticos de cada ciudad-estado, debido a que los líderes de cada una, no podían abandonarlas por la situación bélica. Ademar King II fue devorado y adoctrinado por la mirada de su madre, la que se acercó a mi padre y a mí. Antes que Ademar hijo mencionara una palabra, la madre hizo un gesto para nosotros cuatro y nos indicó pasar a la habitación contigua. Mi padre le hizo una seña a Max para que aguardara afuera y para que no dejara de estar alerta.

Karena, Ademar King II, mi padre y yo desfilábamos bajo el marco de la puerta cuando apareció Sebastián Casals con su cabello corto, su barba recién rasurada y su uniforme negro. Mi corazón dio un vuelco y toda la tristeza acumulada en mi interior tras su ausencia se levantó como un cúmulo de hojas azotadas por el viento. William, al ver a Sebastián aparecer e intentar introducirse en la habitación con nosotros, también quiso

seguirnos, pero Casals le puso un alto, colocándole la mano sobre el pecho. Todos se quedaron sorprendidos cuando Ademar King II por primera vez, al menos en público, desautorizó a su primo y reforzó la autoridad del mayor Casals. Mientras la puerta se cerraba, unos pocos tenían un brillo en la mirada que denotaba que sabían o sospechaban lo que estaba sucediendo, muchos permanecieron atónitos y otros más, no le dieron importancia al hecho. William quedó con la puerta cerrada en las narices ante la mirada de los presentes.

En la salita había una puerta y Karena nos indicó que entráramos a la siguiente oficina. No me sorprendió el énfasis de Karena por mantener aislada la conversación del resto. Recordé nuestro diálogo del jardín y cada una de las palabras mencionadas con respecto al general Verena. Ademar King II muy enojado, con la mano en su arma, se dirigió a nosotros:

—¿Esto es una broma, Verena? —Ademar volvió a referirse a mi padre sin utilizar la palabra general.

—Retira la mano de tu arma, estás muy nervioso —le ordenó Casals a Ademar hijo.

—¿Qué hace esta traidora aquí? —indagó Ademar King II ignorando a Sebastián.

—No la dejaré sola hasta que se terminen las investigaciones —reafirmó mi padre. Estaba seguro, como yo, que Ademar King II no perdería la oportunidad de apresarme y más ahora que tenía el beneplácito de la madre.

—¿Y por eso la trae a donde puede robar información de primera mano? Esto es algo así como un banquete servido en bandeja de plata para ella —dijo Ademar King II.

—Si fuera cierto y no lo es, aquello de lo que se le acusa, no sería información valiosa de sustraer. ¿Acaso no estarán los líderes de la UNA en la misma reunión?, creo que ellos mismos pueden obtener la información de primera mano y no necesitarán de intermediarios —arremetió mi padre con calma y sabiduría.

—Ya tienes tu respuesta —le dijo Sebastián a Ademar King II—. Me parece sensato lo que refiere el general, prosigamos con la reunión, no la retrasemos más.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿No estabas harto de todo esto, de la guerra, de nuestra manía de grandeza? —le replicó Ademar King II a Sebastián—. ¿No estás cansado de nuestra manía de querer apoderarnos del mundo, de nuestros medios incivilizados para conseguir implantar nuestro sistema

tiránico a toda la humanidad? ¿Demasiado tiempo viviendo en la UNA? ¿O algo te está llamando en otra dirección?

Karena le abrió muy grandes los ojos a su hijo para que hiciera silencio. Incluso trató de girar el tema a otra dirección para alejarlo del curso que llevaba:

—¿La UNA? ¿La UNA? Basta ya de llamarle de esa forma. Para nosotros es y siempre será el MAM, una pandilla de revoltosos.

Ademar perdió los estribos, desafió a su madre en público y continuó explayándose, sin despegar la mano de su arma:

—No intentes callarme, madre. La UNA, el MAM… ¡Qué importa cómo se llamen esos hijos de puta! Eso no es relevante ahora. No darles nombre no ha funcionado. Lo que importa es que nos han quitado territorio y que han vulnerado un sistema de defensa que nunca había fallado. Y ahora, nuestro Jefe de Defensa, el hombre que al que hemos investido de autoridad para proteger a nuestra nación nos sale con que su hija es una maldita espía.

—¡Mide tus palabras para referirte al general Verena y a su hija! —le dijo Sebastián con un tono de voz moderado.

—¡Ja, ja, ja! Y lo que es más gracioso aún es que el Jefe de Seguridad de mi padre y ahora mío se deja envolver por esta «mujer» y le hace gustoso un hijo. ¡Qué tierno! ¿Verdad, madre?

—No es el momento de tocar estos temas, Ademar —dijo Sebastián—. La reunión con los representantes de la UNA está por comenzar. Serénate.

—¡Ah, ya sé! Estas maneras sí son apropiadas para ti, es lo que sugieres: firmar tratados, establecer acuerdos —dijo Ademar King II con el tono más arrogante que tenía en su repertorio—. ¿Verdad, Sebastián? Solo que ellos no fueron tan pacíficos ni indefensos como lo suponías, volaron nuestros estandartes de hegemonía. ¿Con qué intención? ¿Recordarnos que no somos tan poderosos? Solo que sí somos muy poderosos y esta guerra estaba ganada de antemano. Todos lo sabíamos, pero aquí es donde entra esta insidiosa, que no merece otra cosa que la pena de muerte. —La mirada de Ademar King II me devoró las entrañas.

—Sin pruebas que demuestren el supuesto delito permaneceré al lado de mi hija. —Mi padre también colocó la mano sobre su arma.

—No es buen momento para tener disturbios internos y un buen líder tendría que saberlo —lo retó Sebastián—. Siento decirlo, pero una persona como tú debería estar muy lejos del poder. Estás cometiendo los mismos errores que tu padre. ¿Qué pruebas les vas a ofrecer a los líderes de cada

ciudad-estado para sustentar tu decisión de retirar al general Verena de su puesto? ¿Acaso los que respiren un poco diferente a ti no se sentirán vulnerables ante tu mandato? Tal vez pidan elecciones, a no ser que el respaldo militar que ha ayudado a tu familia a permanecer en el poder les continúe dando soporte.

—¡Basta, Sebastián! ¡Te ordeno callarte de inmediato, a ti también Ademar! ¿No ven que la situación se sale de control y se desvía hacia temas absurdos? Los dos han perdido el autocontrol y son dominados por la ira. —Karena estaba desesperada, roja, con la presión arterial por los cielos—. Así no podremos sostener una reunión con la UNA, el MAM, ya no sé lo que digo, ¿qué están haciendo? ¿Esto se trata de destruirnos a nosotros mismos?

—Entiendo que estás cuidando a tu vástago, Casals —continuó agrediéndolo Ademar King II—. Solo que plantaste tu semilla en terreno del enemigo.

—Intentemos negociar —mencionó Sebastián lo más sereno que pudo. Las palabras de Karena lo devolvieron a una realidad que yo no terminaba de entender—. ¿Qué te hace feliz? Me la llevo lejos donde ni siquiera su recuerdo te perturbe. —Miró al centro de los ojos a King.

—Eso no, tú no te volverás a ir. —Karena sonó desesperada y yo no entendí nada—. Menos ahora que pedirán tu cabeza después de haber capturado a Salvat.

—La traidora no se escapará tan fácil esta vez. Tendrá que enfrentar el peso de la ley —dijo Ademar King II refiriéndose a mí y manteniéndose firme en su decisión.

—Entréguensela a los de la UNA —resolvió Karena—, pidieron a Leila Salvat en sus disposiciones y eso sabemos que no es negociable, entreguémosles a Paz como premio de consolación. Es un pez muy gordo si se comprueba que ella pasó la información a la UNA que nos hizo detener esta guerra. Así nos libraríamos de ella de una vez.

—Estoy de acuerdo —respiró hondo Sebastián.

—No la entregaremos, tiene que responder por sus actos —masculló Ademar King II.

—Las investigaciones seguirán, si se comprueba la culpabilidad de Paz, el general Verena tendrá que renunciar públicamente a su cargo, admitir lo sucedido, firmar su arrepentimiento e incentivar a sus seguidores a confiar en nosotros y en la persona que quede en su lugar. Sé que usted no es un traidor, Verena, pero escoger entre un hijo y la patria es una prueba que no

todos podemos superar. Lo siento por tu hijo, Casals —dijo Karena con una sombra de tristeza en el rostro, pero con un poco de sosiego de saber resuelto el conflicto—. Tu hijo tendrá las puertas de esta nación abiertas siempre que ingrese tras los cinco primeros meses de nacido. Paz será desterrada de por vida.

Ademar King II salió aventando sillas y azotando las puertas. Reconoció que su madre había actuado con más diplomacia que él.

29



Nos volvimos a encontrar en la sala donde sería la reunión con la UNA. Me quedé hacia el fondo, me senté en una silla retirada de todos. Sebastián estaba a tres metros de mí, de pie, recostado a una columna y me observaba por instantes. Max aguardó, por órdenes de mi padre, casi a mi lado. Hasta ese minuto supe que los representantes de la UNA nos acompañarían a través de una videoconferencia. Ellos también tenían un concurrido grupo, conformado en su mayoría por mujeres: las cinco naciones tenían a sus líderes, los fallecidos y prisioneros tenían ya un reemplazo, el desaparecido estaba ahí ocupando su lugar. Eran cinco como lo dispusieron desde un inicio. Cuando se presentaron cada uno de ellos, me tuve que poner de pie y antes de darme cuenta ya tenía a Sebastián a mi lado, rozando mis dedos. Ahí estaba Apolo entre los líderes de la UNA, con su melena por primera vez peinada, representando a América Libre. Tanto mi padre como Ademar King II se le quedaron mirando a quien echó por tierra sus planes de invasión. Apolo no pudo escuchar, como yo, los comentarios dolosos en voz baja de los presentes en mi lado del territorio sobre su hazaña, su juventud y los medios utilizados para lograrlo. Temí que mi madre también apareciera en pantalla. Revisé de un lado a otro y no alcancé a ver a Venus en la proyección. Supuse que los líderes consideraron imprudente que ella tuviera un cargo público, porque su cualidad de agente entorpecería las negociaciones con la Sociedad Autocontrolada, por el rencor que podría suscitarse por la agresión

encubierta. Para mí fue un alivio, la presencia de mamá hubiera terminado de echar por tierra la carrera de mi padre.

Las negociaciones comenzaron. Los escuché hablar de un bando y de otro, defender sus peticiones para reanudar el acuerdo entre las dos potencias. Con la firma de esta renovación del Tratado de Tolerancia, éste recobraba su vigencia original, pero se renegociarían muchos de sus acuerdos. La UNA consciente de ser la más afectada y que de continuar con la guerra les llevaría casi a la aniquilación, aceptaron casi todas las condiciones de la Sociedad Autocontrolada. El territorio de la UNA se redujo, no firmar el acuerdo era terminar sometiéndose a su enemigo y admitir el latrocinio de tierras, recursos naturales, etcétera, que al final era el objetivo primordial de las guerras. La Sociedad Autocontrolada accedió a firmar porque ya había tenido un alto grado de devastación y desconocían las armas secretas que podrían ocultar los de la UNA. Algo similar a los explosivos, al robo de información y al haber frustrado su ofensiva.

—Les devolveremos las naciones conquistadas durante esta guerra a excepción del Caribe y ustedes nos devuelven nuestras ciudades-estados, las que colapsaron antes de la guerra, igual nos devuelven el territorio de América Unida ocupado por sus tropas —habló el vocal de la Sociedad Autocontrolada mientras Ademar King II permanecía en silencio concentrado en cada palabra que se mencionaba.

—Lo aceptamos —mencionó el negociador de la UNA.

Consintieron tan rápido que deduje que ya suponían los requerimientos. Algo tendrían que perder.

—Sin embargo —mencionó el negociador de la UNA—, no accedemos a la no repatriación de nuestra dirigente Leila Salvat.

—Eso es algo que ya está decidido por nuestra Asamblea y no habrá negociación —habló el agente mediador de la Sociedad Autocontrolada.

—Nuestra Asamblea acordó que nos mantendríamos firmes en la posición de pedir la liberación y repatriación de nuestra líder Leila Salvat —presionó la UNA.

Continuaron negociando las dos partes hasta que Ademar King II muy a su pesar hizo un gesto a su negociador y este último añadió:

—Nuestra Asamblea acordó que no liberaríamos a quien atentó contra nuestra soberanía antes de la guerra y quien está acusada de violar las disposiciones del Tratado de Tolerancia. En cambio, accederemos a fijar

los términos de la deportación de Paz Verena, considerando que también es de interés para ustedes.

—Pediremos unos minutos para reconsiderar la propuesta —insistió el negociador de la UNA, quien se ajustaba a los acuerdos establecidos por sus líderes.

Los de la Sociedad Autocontrolada estuvieron de acuerdo, era el procedimiento a seguir. Sebastián apretó mi mano con fuerzas, ante algunas miradillas de los presentes que se volteaban a ver a William con indiscreción. Se dio media hora en la que se desconectó la videoconferencia. Lejos de tomar los minutos para ir al baño o tomar alguna bebida, los integrantes de la Sociedad Autocontrolada se replegaron en una ardua discusión de los acuerdos y otros pormenores. Estaban tan enfrascados, el general Verena y Ademar King II en sus disertaciones, que por un momento olvidé que tenían desacuerdos.

Sebastián aprovechó para llevarme al pasillo de afuera a respirar un aire diferente, mientras del otro lado se discutía mi futuro. Antes de salir le dijo a Max que permaneciera en la sala y no perdiera de vista al general Verena, que lo protegiera por encima de quien fuera. William no despegó los ojos de nosotros mientras nos desplazamos, hasta que nos perdimos de su vista.

Sebastián y yo aguardamos un rato en silencio, pensativos, reflexionamos sobre lo que iba a acontecer, profundizamos en nuestra renuncia. Él, como la mayoría de las veces, rompió el largo silencio.

—Es un buen momento para escapar. Te puedo llevar tan lejos como desees —me dijo Sebastián mirándome a los ojos y entendí que no quería separarse de mí.

—¿A qué viene eso? Te busqué por todas las vías que me fue posible y siempre contestaste que no —dije, pero de la boca para afuera. Mi corazón había acelerado su ritmo desde que le vi entrar, con su uniforme impecable, con ese corte de pelo y con el mismo semblante del que me había enamorado cuando mi padre decidió que Sebastián se convirtiera en mi pesadilla.

—Estaba dejando correr el tiempo. Quería sanar de todas las heridas que nos causamos el uno al otro. Estaba enojado, quería demostrarte que yo también podía vivir sin ti y quedarme tan tranquilo como si no me importara.

—¿Y quién te dijo que yo puedo vivir sin ti? —dije.

—¿Acaso me equivoco? Nunca te importó darme la espalda para correr en una dirección opuesta, cuando te casaste con William, cuando apareció tu hermano con sus planes de rescate, cuando pasaste por encima de mí y utilizaste mi guía para… —Cada una de las frases la dijo más baja que la anterior.

—No discutiré contigo lo que siento por ti. Me basta con lo que siento. Si crees que no es suficiente porque no lo he demostrado como tú quisieras entonces tienes toda la razón. Lo lamento Sebastián, si no te trasmití de manera correcta mis sentimientos.

—Ese es el problema. Tal vez sí lo hiciste, pero yo esperaba más. Siempre te he puesto en primer lugar en mi vida y tú tienes toda una colección de prioridades delante de mí…

—No sigas. ¿Ya para qué? Quisiera haberlo hecho mejor pero no creo que estemos a tiempo de una segunda oportunidad. Karena tiene razón, necesitas de la protección del ejército de tu nación —mencioné—. ¿Viste cómo los de la UNA defienden a Leila? No les importa perder parte de su territorio o aceptar condiciones absurdas, ya se lo esperaban. Tú la capturaste, no lo olvidarán. Sabes que yo no puedo huir con tu hijo en mi vientre, recuerda todo a lo que nos expusimos la otra vez.

—¿Ahora eres sensata? A veces a ti se te olvida y te expones, pero tienes razón, me aguantaré por nuestro hijo —resolvió.

—No soy irresponsable, intento tomar mis medidas. ¿A qué estás jugando? ¿Ahora quieres huir? Si tú estuviste de acuerdo en mandarme del otro lado.

—Solo veía la forma de salvarte —dijo.

—Lo sé, corazón, no me hagas caso. Solo me estoy preparando para partir y dejarte atrás. —Tragué en seco para aguantarme las ganas de llorar.

—Es que, si te vas, si al final tenemos que vivir cada uno del otro lado de la frontera y mi hijo crece odiándome, nada habrá valido la pena —admitió.

—Tendrás que aceptarlo. Ya me cansé de reducir el espacio entre los dos, siempre algo nos aleja. Ahora lo importante es sobrevivir. Tienes que deshacerte de la guía de la UNA.

—Tomé mis precauciones. ¿Y la tuya?

Hice un gesto para que se diera cuenta que la tenía en el bolsillo de mi pantalón.

—¿Estás demente? —dijo en voz alta y al instante se arrepintió de haberlo gritado.

—No pude hacer otra cosa. Era eso o dejar que la encontraran en el apartamento de mi padre. No quiero perjudicarlo más, ni a él, ni a mi tía o a Diana.

—Ven —dijo—. Déjate abrazar.

Aquello me caló por dentro. Era lo que más deseaba, sentir el calor de su cuerpo, su olor, la dureza de sus músculos. Sebastián deslizó las manos por mi cuerpo y con disimulo esculcó en mi bolsillo hasta apoderarse de la guía.

—Así está mejor —dijo aún abrazándome.

—También tengo el anillo. Guárdalo, pero con una condición. No revisarás su contenido y tampoco lo borrarás. Solo consérvalo hasta mi partida, si todo sale bien me lo puedes entregar cuando me vaya.

—Estás loca. Dame ese anillo y despídete de él. Creo que mejor te entregaré uno normal.

—No creo que tengamos tiempo para eso. Ya nuestro destino está pactado. Estoy segura que aceptarán trasladarme a la UNA. Tal vez es mejor así. No le diré a nadie el nombre del padre de mi hijo. Quizás así pueda protegerlo del estigma.

Me separé de él con brusquedad, antes que aceptara su propuesta de escapar, pero él no me dejó escapar tan fácil de sus brazos. Me sostuvo con más fuerza, terminé recostando la cabeza en su pecho y me perdí en la tibieza de su piel. «Él siente que no lo amo suficiente y yo estoy loca por él», pensé.

Le había entregado a Sebastián Casals la guía y esto no representaba un problema porque no tenía nada que pudiera condenarme, pero el anillo era otra historia. Dudé, no lo voy a negar, pero en este momento no tenía opciones. Me avergonzaba siquiera decirle a mi padre de la existencia del anillo y de lo que había hecho con él. Tal vez hubiese sido más razonable vaciarle la información y entregárselo a mi padre. Él podría haberlo destruido, pero no era lo mismo que dudara de mí a que supiera que lo había traicionado con lujos y detalles. Además, me aferraba a recuperar el anillo y Sebastián era la única oportunidad que tenía. Confiaba en él. De pronto la expresión de Karena al no disimular su aprecio por Sebastián se coló en mi mente y sin pensarlo dos veces le exigí:

—¿Qué te traes con la señora King? Su reacción ante tu presencia ya no pasa inadvertida para mí, al principio busqué explicaciones, pero es evidente que…

—Es mi madre —me interrumpió.

—¿Ella? —hice una pausa para acomodar mi pensamiento y controlar mis emociones—. Algo me lo decía. Tú eres el gran favor que le debe a mi padre. —Sentí un sobresalto y me abracé a mi vientre.

Observé a Sebastián en silencio intentando encontrar la similitud entre ellos, recordé la historia que Karena me hizo sobre su captura en su juventud. Sebastián había crecido bajo el abrigo de mi padre, del otro lado del continente de su madre biológica y ella le agradecía a mi padre haberlo cobijado. Mi padre lo sabía y me lo ocultó, Sebastián me lo omitió después de tantas cosas que yo le confié.

—Perdóname —susurró—, cuando consideré revelártelo ya detestabas demasiado a la familia King. Pensé que nos alejaría aún más.

—No es el odio lo que me mueve. ¿Él… es tu padre? —Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo—. ¿Por eso capturaste a Leila? ¿Era tu venganza personal?

—No, a las tres preguntas. No sé quien es mi padre, solo sé que no es el mismo padre que el de mi hermano. Karena jamás me lo ha querido decir, evade el tema.

—¿Y por qué se ha empeñado en ocultarte? ¿Eres una especie de pecado? —Mi asombro crecía a la par que los recuerdos de la infancia de Sebastián a nuestro lado.

Karena se apareció tras nosotros como una sombra deletérea que me hizo contraer los músculos. No pudo evitar la curiosidad de saber qué tanto conversábamos «su hijo» y yo. «Su hijo. ¿Qué broma de mal gusto me estaban haciendo? La madre de Sebastián no podía ser esa mujer que lo había ocultado toda la vida. ¿Y acaso Ademar King sabía? ¿Y por qué rayos mi padre tenía que hacerle un favor precisamente a ella? ¿De dónde la conocía? ¿A qué se debía su lealtad con esa señora? Ahora entendía por qué Karena aún me mantenía con vida. No era cualquier cosa lo que mi padre hizo por ella. Papá había hecho una labor titánica al enterrar ese secreto porque ni siquiera mi madre sabía y las mujeres son especialistas en escarbar hasta lo más profundo. Si Ademar King no era el padre de Sebastián, solo cabía pensar que la señora había tenido un amante y eso aún era más tétrico. ¿Por qué mi padre se empeñaría en ocultar el desliz de la señora King?», pensé.

Miré a Karena a los ojos y coloqué la mano sobre mi vientre para que no olvidara que dentro estaba creciendo su nieto. Esa mujer sí que me había sorprendido. Me había contado su historia espeluznante con lujos y detalles, pero había olvidado lo más importante, que Sebastián era su hijo.

Sebastián me sujetó con fuerzas la mano y rompió el contacto visual impreciso que se había establecido entre su «madre» y yo. «¿Estaba bien referirme a ella como su madre?», pensé. Para huir de Karena, Sebastián y yo nos introdujimos en la sala a tiempo para el reinicio de la videoconferencia.

30



Los negociadores iniciaron con el arte de la palabra y el regateo de las condiciones impuestas de un lado y malogradas del otro. Entre los líderes de la UNA no pude encontrar a mi hermano, su figura había destacado por su juventud en comparación a los demás de su grupo. «¿Qué significa su ausencia en la siguiente parte de la reunión?», me dije para mis adentros. Las palabras de los negociadores me distrajeron de mis pensamientos:

—Nuestro requerimiento se mantiene, solicitamos a Leila Salvat —comunicaron los de la UNA.

—La libertad de la señora no es negociable —replicó la parte oponente—. ¿Los arreglos para la deportación de Paz Verena?

—El Consejo decidió no aceptar a Paz Verena, por su intervención, aunque indirecta en la captura de Leila Salvat, entre otros aspectos que consideramos relevantes para declararla persona non grata para nuestra nación —emitió la UNA en voz de su negociador.

—Aceptamos su fallo en este sentido —admitió la contraparte.

Ademar King II se volteó para clavarme la mirada con una maliciosa sonrisa. Por eso no estaba presente mi hermano. Había estado en desacuerdo con los otros cuatro líderes, me declararon persona non grata y mi corazón sufrió un fuerte revés. Renegué de ellos con todas las fuerzas de mi fuero interno y no quise entender las razones después de todo lo que había arriesgado. Mi motivo para ayudarles iba más allá de un intento político, siempre había actuado por mi familia, por el pueblo de la UNA,

por las ideas hermosas que me susurraba mi hermano. El rechazo de los líderes de la UNA y su negación a brindarme refugio fue un duro golpe que traté de aguantar para no desplomarme delante de quienes pedían mi cabeza. Mi padre cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro al escuchar las declaraciones del agente de la UNA. Sebastián se colocó justo a mi lado y me abrazó por la cintura sin esconder nuestra intimidad ante los presentes. Aquello terminó con la paciencia de William que parecía que estallaría en cualquier segundo.

—Reiteramos que nos queda un punto en el que no estamos dispuestos a ceder, exigimos la repatriación de Leila Salvat —continuó la UNA.

—Ese punto no es negociable, quebrantó una de las disposiciones del Tratado de Tolerancia mientras estaba vigente. Sus actos fueron antes de la guerra y las medidas que tomamos son conforme a lo indicado en las cláusulas del tratado —dijo el negociador de nuestra sala.

—En ese caso solicitamos su extradición y recibirá la medida conforme a derecho en su nación de origen —dijo la UNA.

La insistencia del negociador de la UNA en el rescate de Leila terminó por quebrantar la tolerancia de Ademar King II y salió a relucir el aspecto más significativo de su personalidad. Ademar King II dijo:

—Ya les reiteramos en varias ocasiones que la prisionera no es negociable, solo tiene dos opciones: la muerte o el encierro de por vida. Se le acusa de planear el atentado al líder de nuestra nación Ademar King, el cual fue herido de gravedad y falleció después debido a las mismas lesiones sufridas —reveló. Los rostros del otro lado de la pantalla se sobresaltaron, los de nuestra sala se recrudecieron y aumentaron su ferocidad, pero ninguno demostró asombro, lo que significaba que la muerte del dirigente era un secreto para el pueblo, no para la camarilla de la familia King. Ademar continuó hablando—: La prisionera quebró el Tratado de Tolerancia en otras ocasiones más, incitando a los habitantes de algunas de nuestras ciudades a revelarse en contra de sus líderes, mediante acciones que causaron muerte de seres humanos y destrucción en nuestras propiedades. Cabe recalcar que los hechos que se le imputan son anteriores a la guerra. Les recuerdo que las maniobras de la prisionera dieron origen al conflicto entre nuestras naciones. Así que, ¿aceptan de una vez nuestros requerimientos para la firma de la renovación del tratado o podemos pensar que no solo ella es culpable de los crímenes de los que se le acusa? Si alguno de los demás líderes de la UNA está implicado en algunos de estos actos, nuestras medidas se extenderán hacia ellos. Si no se respetan

los artículos precedentes del Tratado de Tolerancia que hoy se renueva, nos opondremos a llegar a un acuerdo con ustedes.

Ante el silencio del negociador de la UNA, que no tenía instrucciones al respecto, la líder de más edad de la UNA habló:

—Aceptamos la no repatriación de Leila Salvat y reiteramos la no intervención de los demás líderes de la UNA en los crímenes de los que se le acusa. Firmaremos.

Ninguno de los presentes, de la Sociedad Autocontrolada, se asombraron al escuchar sobre la muerte de Ademar King. Yo no lo podía asimilar, pero era muy fácil de creer. Ademar King sí había muerto tras el atentado de Dafne solo que lo mantenían como secreto, de seguro debido a la situación delicada por la que pasaba la nación durante su muerte: las ciudades-estado perdidas. Era más fácil que Ademar hijo pudiera subir al poder, si creían que era guiado por la sabiduría de su padre. Si los presentes sabían, lo que era un hecho por la falta de reacción al respecto, ¿por qué no exigieron que alguien con más experiencia ocupase el lugar de Ademar King? Tal vez apreciaron rasgos de Ademar King en su hijo que le garantizarían que para ellos todo seguiría igual, los mismos privilegios y riquezas. Ademar King II, había roto las reglas de la negociación, se había entrometido. Sin embargo, los delegados de las ciudades-estados lo felicitaron. Su arrogancia, su impulsividad y las palabras precisas cerraron el trato y ahora todos estaban orgullosos de él. Incluso les escuché comentar de su nuevo nombramiento público como el líder legítimo de la Sociedad Autocontrolada. Les escuché decir a algunos que ya estaba listo.

Mi padre se acercó para salir conmigo. Sebastián le susurró muy bajo:

—Ahora no es conveniente para usted, general. Ademar King II se está haciendo más fuerte, aquí no están los líderes de cada ciudad-estado sino sus delegados ávidos de poder, cualquier descuido de su parte es una buena opción para que ellos escalen hacia un puesto de más provecho. Quédese al margen, yo me haré cargo de Paz y de mi hijo. A usted lo necesitamos donde está.

Mi padre todavía confuso se quedó observando a Sebastián caminando detrás de mí, rumbo a la puerta. Los generales Walker y Nelson, ya estaban al lado de papá, dejando en claro que lo apoyaban. Ademar King II estaba concentrado en recibir elogios mientras nos escabullíamos hacia la salida. William se percató de nosotros porque no había dejado de observarnos durante el debate, se acercó sigiloso a su primo y le susurró algo en el oído. Ademar no vaciló, nutrido por la fuerza de la adulación recibida tras la

demostración de liderazgo ante sus seguidores, nos gritó desde el otro extremo:

—¡Alto!

Sebastián y yo nos detuvimos. Karena susurró algo también al oído de su hijo, por la expresión de los ojos de ella, supuse que intentó persuadirlo para que no tocara el tema delante de los presentes.

—Mayor Casals, usted puede retirarse, agradecemos su presencia en esta reunión. Paz Verena, queda usted detenida —dijo Ademar e indicó a unos guardias que me apresaran.

—¿De qué se le acusa? —alzó la voz el general Walker.

—De robar información y pasarla al enemigo.

—¿Dónde están las pruebas? —insistió el general Nelson. Mi padre se quedó con los labios sellados, con los generales Walker y Nelson en sus flancos.

—Aquí no las voy a tener —dijo King forzando una carcajada—. Están resguardadas.

—No te creo nada. Con las pruebas suficientes Paz estuviera ya encerrada y no estaría con nosotros en un protocolo tan importante. Todos escucharon que Paz Verena es persona non grata para la UNA, no la quieren en su territorio, entonces ¿cómo podría estar a favor del enemigo? Es absurdo —resolvió Sebastián.

Varios de los presentes hicieron comentarios donde expresaban que era lógico el planteamiento. El coronel Nelson aprovechó para decir:

—Con el debido respeto, una acusación semejante debe estar respaldada con evidencias y más si se hace pública. Si son sospechas infundadas y salen de estas cuatro paredes puede debilitar la confianza de nuestro ejército.

—Nos encargaremos de la investigación correspondiente para cumplir con los procedimientos, pero estoy seguro que la hija del general Verena es inocente de lo que se le acusa, de lo contrario nuestros enemigos no se hubiesen mostrado tan apáticos con ella —reafirmó el general Walker.

—Desde el inicio se le ha acusado, sin pruebas, de conspirar con la UNA. Les aseguro, queridos compañeros, hermanos de lucha, que no la apoyaría de ser una traidora. Paz Verena fue mi cómplice todo el tiempo, juntos diseñamos la captura de Leila Salvat. —Sebastián se convirtió de nuevo en el escolta de acero, lo vi en sus ojos desde que había entrado a la reunión. Mintió con tanta seguridad, que los presentes comenzaron a

exigir las pruebas y a elogiar a mi padre por la influencia que ejercía en la siguiente generación.

—Lo que dice Casals no es cierto —intervino William Allen—. Cuando sitié a Paz y a Casals mientras huían, tras cometer el agravio de infidelidad hacia mi persona, Sebastián y yo tuvimos un altercado. La misión de capturar a Leila Salvat era mía en un inicio. Tras varios intentos, comprendí que para sustraerla solo podría hacerlo mediante alguien que permaneciera dentro de su territorio e inspirara confianza. Eran unos traidores que huían, Paz estaba herida y le exigí a Casals que si quería salvar a su amante y brindarle la atención médica de urgencia que necesitaba, tenía que hacer un último trabajo para nosotros: capturar a Leila Salvat. Solo los dejé ir para atraparlos más tarde.

—Con tus palabras no pruebas nada —mencionó Sebastián—. William pido una disculpa pública si cometimos un acto en perjuicio contra ti. Nos enamoramos y tratamos de alejarnos para poder estar juntos. Todo lo demás solo está en tu cabeza Allen, sé que no nos podrás perdonar, pero tampoco quieras destrozar mi carrera y condenar a la mujer que dejó de amarte.

—Basta ya de ventilar asuntos personales —arremetió Karena—. Desgastan a su líder con asuntos que tendrán que resolver en otro sitio. No es lugar para eso. Las investigaciones seguirán su curso y quien tenga delitos comprobados se ajustará a nuestras normas. Los asuntos familiares, se resuelven en privado.

—No he terminado de hablar —arremetió William.

—¡Has terminado! —ordenó el general Allen con el rostro enrojecido por la vergüenza que le acababa de provocar su hijo—. Todos estamos cansados, no nos desgasten más.

Karena invitó a los presentes a retirarse, a todos a excepción de William, Ademar King II y Sebastián, quien no me soltó la mano. Mi padre también aguardó a distancia y el señor Allen se negó a abandonar la sala. El general Allen se dirigió a William:

—¿Te has vuelto loco, hijo? Tu primo acierta en su liderazgo y ofreces este espectáculo inapropiado, totalmente fuera de lugar.

—¿Y tú, Ademar, no aprendes? Tu impulsividad será tu ruina si no te sabes moderar —replicó su madre—. Hoy ganaste una batalla, pero lo arruinaste al final. ¿No podías dejar el asunto de Paz para después?

—Soy testigo de que esta mujer es una traidora, di con una llamada de Paz a su madre —argumentó William—. Venus Verena está viva, no sé con

exactitud qué signifique, pero de que están metidos hasta el cuello con la UNA estoy seguro. Paz tiene un hermano, alguien del lado de la UNA, su madre le pedía que lo salvara. Él fue nuestro prisionero cuando el atentado a mi tío. Vino a rescatar a esa mujer que le disparó. No tengo todas las pruebas, pero todo encaja. Ese hombre escapó y Paz tiene que haberle ayudado. No dudo que Sebastián haya colaborado con ellos, recuerden que a él fue al que se le escapó —soltó William aquellas palabras con mucha ira. Todos hicimos silencio. William estaba lleno de rencor, humillado, planeando como vengarse y humillarnos también, siguiendo la pista, atando los cabos sueltos. Iba en la dirección correcta pero su ataque de celos y su rabia manifiesta hicieron desconfiar a los presentes. Yo supliqué para mis adentros que ninguno reconociera al dirigente de América Libre como el mismo individuo que había participado en el rescate fallido de Dafne Rossi. William insistió en hacerse oír—: ¿Es que acaso no entienden? Los dejé ir luego de revelarle a Sebastián que el único lugar que quedaba sobre la tierra para ellos era la UNA, que Paz era una traidora y que él se convertiría en su cómplice. Allí quería situarlo, para luego pedirle que atentara contra el líder que resultara responsable del ataque a mi tío. Y todo salió mejor de lo planeado, convivieron con el enemigo, se sentaron a su mesa.

—¡Basta! —dijo tajante Karena— ¡No nos aportas nada nuevo con respecto a Paz Verena que no nos hayas informado ya y no permitiré que calumnies a Sebastián en mi presencia!

—Yo concuerdo con William —dijo Ademar King II—. Paz es una traidora y Sebastián…

—¡Silencio! —gritó Karena a punto de perder los estribos.

Reparé en mi padre, confundido ante las palabras de William. El general escuchó las acusaciones en contra de su familia y percibió que el peso recaería sobre sus hombros, sobre su cargo, sobre la lealtad que les había tenido a los King y de la que estos últimos renegaban tras los lazos confusos e indirectos de mi padre con la UNA. Mi padre escuchó todo aquello en segundo plano. Intenté acercarme con discreción a su oído y susurrarle que él también corría peligro, pero no salió del estupor que le produjo escuchar sobre el hijo de mi madre. Me devolvió con susurros su agobio tras ese acontecimiento. Le murmuré, solo audible para él, que Karena también lo examinaba desconfiada y que no importaba si él terminaba de hundirme si con eso se salvaba. Ademar y William, intercambiaron señas de estar de acuerdo, de no quitar el dedo del renglón.

Antes que alguien lanzara otra acusación u orden de aprensión en mi contra, Sebastián hizo un comunicado:

—Esta es mi mujer y se va conmigo. El que intente algo contra ella lo enfrentaré. Se lo digo a los dos, hermano y William. De veras lo siento, William, pero así están las cosas. Mi hijo es sagrado para mí, quien infrinja su calma se las verá conmigo.

El rostro de Karena se contrajo ante las revelaciones de Sebastián. Ademar King II muy contrariado y sin poder encontrar una explicación le apuntó:

—Hermano, ella es culpable. Tú tendrías que ser el primero en oponerte a Paz Verena. Ha atentado contra tu familia. Solo te utiliza para salirse con la suya como siempre lo ha hecho.

—Quien la perturbe me tendrá de enemigo —les dijo Sebastián con fuerza.

31



Salimos con mi padre a nuestro lado. Fuera del recinto nos aguardaba el general Nelson. También estaba la guardia personal de mi padre.

—Les agradezco que me hayan esperado, pero pueden retirarse, me quedaré a solas con mi familia —les ordenó a Nelson y los soldados.

Sus hombres se resistieron a abandonarle. Mi padre los presionó para que lo obedecieran. Les encomendó entonces, que se dividieran y que llevaran un mensaje a los generales de las distintas divisiones. El general Nelson se rehusó a marcharse en contra de la orden de mi padre.

—Nelson, vaya a sus obligaciones —dijo mi padre.

—Eso hago, general. Walker también está con usted, solo tiene que ordenar.

—¿Seguro? Porque eso estoy intentando y nada más ni te cuadras ni sigues mis órdenes —dijo mi padre—. Puedes retirarte, no te necesito aquí.

—Le puedo seguir a distancia —sugirió Nelson—. Discúlpeme, no quise contrariarlo delante de los hombres, pero considero que debieron permanecer con nosotros.

—Nelson, me está colmando la paciencia. Retírese de inmediato, no me haga repetirlo dos veces. Nos veremos en el estacionamiento de ser necesario. Esté atento a nuevas disposiciones.

El general Nelson terminó por ceder, pero antes de irse señaló a su guía y dijo:

—Ante cualquier inconveniente pida ayuda, no estaré muy lejos y veré que unos soldados me acompañen.

El general lo vio partir hasta que desapareció en uno de los elevadores. Mi padre aún no había emitido una palabra, con respecto a Sebastián y a mí, hasta que nos preguntó si nos dirigiríamos al apartamento. Sebastián le respondió con una negativa:

—No es seguro, me llevaré a Paz. Max, retírate lo suficiente para que verifiques que el perímetro sea seguro. El general y yo tenemos que conversar y no deseamos a nadie husmeando —le comunicó Sebastián a Max con tono amistoso. La primera vez que Sebastián le encomendó proteger a mi padre durante la videoconferencia, de ser necesario, me llamó la atención, pero no demasiado, ahora no podía pasarlo por alto—. Ademar King II no descansará hasta que pueda apresar a Paz —le dijo Sebastián a mi padre—. Es cuestión de horas para que arme un caso en contra de ella y de usted. Solo requiere las pruebas para demostrarles a los demás generales que su hija nos ha traicionado. Usted y yo sabemos que no será imposible. Tienen la llamada que Paz le hizo a Venus. Mi madre me la transmitió esta mañana antes de venir, quiso convencerme de dar mi testimonio para implicarlo, general. ¿Por qué no la han usado? ¿Por qué esa grabación no prueba que Paz transmitió la información? No la sacaron a relucir porque están armando el caso en grande. Todo se resume a usted. Quieren verlo caer junto con su hija, temen que los enfrente y que el ejército lo siga.

—Cuando Ademar King II me desafió con anterioridad los oficiales estuvieron de mi lado, pero después de hoy, no sé si cambien las cosas —mencionó mi padre en voz baja, mirando hacia los lados mientras caminábamos por los amplios pasillos.

—No lo sé, pero tengamos fe en su ejército —respondió Sebastián—. Los delegados de las ciudades-estados están haciendo méritos con Ademar King II para lograr un ascenso, los Jefes de Defensa solo quieren que todo siga como hasta ahora, están cómodos en sus territorios. Convoque a sus generales, tome medidas.

—La llamada a Venus, si la escuchasen me haría perder fuerza. ¿Qué decía? —preguntó el general.

—Es algo confusa, no da nombres, pero habla de que capturaron a dos personas, se percibe la preocupación de Paz por ese hecho. Paz menciona que aborrece el régimen de Ademar King con todas sus letras y su voz se distingue con mucha claridad. Cuando William trajo a Paz de vuelta no la hicieron prisionera de inmediato, mantuvieron las apariencias, aunque ya él les había contado su historia. ¿Por qué lo hicieron? Estaban esperando para

ver cómo destituirlo. Usted tiene muchos seguidores, en América Unida lo siguen, empezando por su amigo el líder de la ciudad —le recordó Sebastián—. Los King aman tanto el poder que creyeron que, si le llevaban la contraria, usted daría un golpe de estado. Usted representa la mayor amenaza para los King, más allá de su esposa y de su hija. Ademar King II es celoso de la admiración de sus gobernados, como lo fue su padre en sus días.

—Ordena a una veintena de soldados de confianza que marchen contigo y que monten guardia día y noche en tu casa. Ten cerca armamento de calidad. Es una orden —dijo el general Verena pensativo y supe que se estaba preparando para otra guerra. Luego se volvió hacia mí y me dijo con severidad—: ¿Me dices cómo trasmitiste la información de nuestro ataque a América Libre por las buenas? Basta ya de jueguitos, Paz. Necesito tomar medidas para protegernos.

—Trasmití la información a través de una guía de la UNA propiedad de Sebastián, sin que él lo supiera —intenté dar la información necesaria ante la presión que ejercía la mirada del general sobre mí.

Mi padre miró a Sebastián buscando su valoración al respecto.

—Un par de días o menos para que den con ello. No lo han encontrado porque utilizaba una red alternativa. Puedo destruir la guía para que no tengan dentro de las pruebas el objeto utilizado para la comunicación, pero lo lamentaré —dijo haciendo un gesto reprobatorio—. Ahora con toda esta confusión esa guía nos podría ser de utilidad.

—Me dijiste que te habías ocupado de la guía —le reclamé.

—Ya te contaré.

Mi padre hizo caso omiso a las últimas palabras de Sebastián. Llegamos a una bifurcación, de un lado mi padre partía para sus oficinas y del otro nosotros abandonábamos el Departamento de Defensa. Antes de despedirnos mi padre me detuvo por el hombro, titubeó unos minutos y me preguntó lo que ya no podía aguantarse más:

—¿Qué hay de cierto en lo que dijo William? ¿Tienes un hermano que estuvo aquí y que tu madre te pidió salvar? ¿Nuestro prisionero? Un hermano de la UNA. —Mi padre trastabillaba y repetía las frases como iban fluyendo en su pensamiento—. ¿De dónde salió este hijo de tu madre? ¿Qué edad tiene?

—Tranquilo, padre —murmuré.

—¿Cómo me pides tranquilizarme si solo soy una burla? El Jefe de Defensa vulnerado en su propio hogar por su esposa y su hija —dijo el

general.

—No hables así —admití.

—Solo fui un trabajo para tu madre —se lamentó mi padre—, hasta tiene un hijo en esa otra vida, su vida real. De nosotros lo único verdadero has sido tú y también te pusiste en mi contra. Ahora estamos a punto de quedarnos sin nada. La UNA no te abre sus puertas y aquí estoy a punto de perderte. Todo lo que has hecho es por las ideas que tu madre te metió en la cabeza. ¿Cómo pudo esa mujer ser tan egoísta?

—Mi madre me confesó que se enamoró de ti. Es más, estoy segura que te ama —traté de componer las cosas, aunque estaba segura que perdía el tiempo—. Es verdad que tengo un hermano y es un hombre increíble. William dijo la verdad, lo ayudé a escapar y Sebastián también. Es el joven líder de América Libre, al que odiaste y admiraste por ganarte la batalla. Es tu hijo.

—¡Estás equivocada! —Mi padre quedó atónito.

—Leila Salvat quien resultó ser la hermana de crianza de mi madre, ayudó a Venus a sacarlo de la ciudad de recién nacido. Ella lo cuidó y ha sido como una madre para él. Si lo conocieras estarías muy orgulloso de Apolo, es un gran ser humano.

—¿Entonces no estaba muerto? —murmuró mi padre hablando consigo mismo.

—¿De qué hablas? —dije sin entender a lo que se refería porque desconocía los detalles de cómo le hizo mi madre para sacar a Apolo de América Unida.

—Venus ha rebasado todos los límites. Cuando tu hermano nació, me hicieron creer que estaba muerto. Lo habrán hecho para llevárselo. Ese joven ha de haber crecido aborreciéndome —dijo mi padre con los ojos rojos y temblando.

Ya no le seguí insistiendo a papá sobre los acontecimientos, deduje que su dolor ante un hecho tan impactante y significativo debía ser respetado. Sebastián, también conmovido, dejó de apurarnos para abandonar el lugar.

—Padre, no hubiese querido decirte esto así, pero William sembró tu duda y creo que lo mejor era terminar con tu agonía —mencioné y lo vi sacudirse la cara con las manos, como asegurándose que no estaba en un mal sueño—. Estoy segura que de un momento a otro tomarás una decisión importante y no quiero que lo hagas con mentiras entre tú y yo. Soy responsable de todo lo que se me acusa. Sí fui yo la que pasó la información, no respeté el acuerdo contigo, te traicioné. No pude dejar

que arrasaras con América Libre, temí por mi hermano, por mi madre, por las personas de allá. Apolo no iba a quedarse cruzado de brazos.

—Siempre he sabido qué esperar de ti —admitió con lágrimas en los ojos—. No hay tiempo para sentimentalismos, debilidades, ni arrepentimientos. Doy gracias porque ese muchacho siga vivo y que la guerra con la UNA haya terminado. Ahora tenemos que ocuparnos. Cuando la tormenta que tenemos encima pase, me ocuparé de saldar cuentas con la responsable de haber convertido en un infierno nuestras vidas.

Mi padre se recompuso del duro golpe que recibió y continuó con paso enérgico hacia delante. Sebastián le encargó a Max escoltar a mi padre. Ni Max puso reparos ni mi padre tampoco. Les vi marcharse. Siempre pensé que cuando se agotaran las oportunidades que el general Verena me había dado, él me abandonaría porque todo era resultado de mis elecciones. No podría culparlo, las ocasiones en que me había ayudado eran tantas, que si quisiera hacer recuento de ellas, de seguro pasaría alguna por alto. Ahora me sentía responsable por sus tribulaciones. Para que no se quejara, la vida lo premiaba con un segundo desvelo: un hijo del que se había perdido todo y que emergía en su historia como un adulto, con sus propios ideales, con su camino trazado. Apolo, aunque era más sensato que yo no distaba mucho de mí. No había quien le hiciera cambiar de opinión cuando creía que transitaba en el camino de la justicia. Se había empeñado en salvar a Dafne, aunque todos creían la causa como perdida, había rescatado a Sebastián, aunque luego fue la herramienta de la perdición de Leila y con ello causó dolor a toda América Libre, así era mi hermano. Mi padre recibió lo que tanto había querido, un hijo varón, pero se quedó corto en sus expectativas, Apolo no le daría menos dolores de cabeza que yo.

Observé a mi padre hasta que dobló en el siguiente pasillo y nosotros nos apresuramos al auto de Sebastián.

32



Sebastián Casals iba conduciendo a toda velocidad, sin siquiera mirarme, abstraído en sus pensamientos. Hizo ese gesto con los labios que me había enamorado y se lamentó por un olvido. Realizó una llamada a través de su guía estilo Sociedad Autocontrolada, se comunicó con uno de sus hombres, le pidió reunir a veinte soldados y que fueran directo a su casa, incluso le dio los nombres de los que quería. Le sonreí para intentar calmarlo, recorrí la línea de su brazo con un dedo y él me devolvió la sonrisa. Me tomó la mano, me la apretó con cariño y se volvió a concentrar en el volante. Acercándonos a la casa, se detuvo fuera y observó todo con ojos alertas en busca de algún indicio de peligro.

—Todo se ve como lo dejé, pero no me gusta —mencionó.

—¿Qué hacemos? —inquirí.

—Estoy seguro que Ademar King II no se va a detener. Esto no es como otras veces y con William presionándolo, menos. Podríamos esperar a que lleguen los soldados antes de entrar, aunque igual sería muy tarde. Entremos por mi guía de la UNA y por algunas cosas que necesitaremos.

—¿Tu guía de la UNA está en tu casa? No pueden encontrarla ahí.

Introdujo el auto en el garaje y accionó su guía para abrir la puerta de su hogar. Al ingresar al interior del salón me sobresalté mientras Sebastián apretó la mandíbula como lamentando no haberle hecho caso a su instinto. Karena, un oficial y doce soldados nos estaban observando. Lo primero que pensé fue que no había visto ningún vehículo en la entrada, ella había

sido cuidadosa con los detalles porque quería causar ese efecto en nosotros.

—Veo que no te has cansado de creer que la generación que dejó tu esposo: Ademar King II, William y yo aún estamos verdes para tomar las decisiones pertinentes. No te has cansado de gobernar a Ademar hijo, quien convencido de sus errores por la muerte de su padre y la pérdida de las ciudades terminó por escucharte. Sin embargo, el retoño de tu difunto esposo, tan impulsivo y vulnerable como su padre, pero mucho más inmaduro, comenzó a dar señales de que ya no te necesita para gobernar. ¿Entonces, no entiendo qué haces aquí, si el líder de la nación ya se pronunció con respecto a nosotros?

Karena les hizo señas a todos sus escoltas, para que esperaran fuera y hasta que salieron contestó:

—Eres mi hijo y no puedo verte sufrir, ya lo has hecho demasiado. Hablemos a solas.

—Paz se queda, di lo que tengas que decir —la desafió Sebastián.

—Tu hermano tomará posesión en unas semanas —dijo Karena.

—¿Lo acaba de decidir? No me sorprende —admitió Sebastián.

—No ha sido un arrebato, ya estaba planeado, solo faltaba terminar con el asunto del tratado. Todos los que tenían que saber, ya estaban avisados. No se te comunicó porque has estado muy alejado de nosotros. Me extraña que el general Verena no les compartiera la noticia —arremetió Karena mirándome, dando a entender que mi padre y yo estábamos confabulados—. Vine a pedirte que estés a su lado, que lo apoyes y no hagas más grande la distancia que se está acrecentando entre los dos. Él necesita tu apoyo. Tu hermano no descansará hasta castigarla por los crímenes cometidos, ya lo decidió. Ponle fin a esta guerra sin sentido entre los dos, renuncia a ella y garantizaré la vida de tu hijo. Somos tu familia, no puedes ponerte en nuestra contra.

La escuché hablar de mí como si yo no estuviera presente, aunque la sangre me hervía, guardé silencio e intenté no interferir entre madre e hijo. Me di cuenta que había muchos reclamos entre ellos, incluso de tiempo atrás, antes que yo apareciera en sus vidas. Sebastián le dijo:

—Ademar King quería asegurar que su sueño de poder continuara después de su muerte. Quiso un hijo parecido a él y con los atributos que valoraba más de ti, para que dirigiera su sueño cuando terminara su vida. Tuvieron a mi hermano, le puso su nombre. Esa historia que tanto cuidaste para que no llegara a mis oídos, pero que nunca me cansé de escuchar.

Temías que me lastimara, pero nunca me hizo daño. Nunca me interesó el poder, solo quería pertenecer a la familia que por derecho sanguíneo me correspondía, crecer a tu lado, con mi hermano y hasta con ese hombre que podía haberse hecho cargo de darme una figura paterna —tosió—. Mi lugar era formándome como soldado muy lejos de ustedes, de eso me convenciste y era demasiado pequeño para entender que podía demandar una explicación por aquella lejanía. Me entregaste a un hombre y él completó mi paternidad difusa, me enamoré de su hija y a través de ella conocí el amor. ¿Ahora me quieres convencer que no son mi familia?

—Eran medidas necesarias para… —Desesperada, Karena frenó antes de revelar más de lo que deseaba—. Tu hermano y tú son todo para mí, nunca he hecho divisiones en mi corazón, pero la vida me hizo tomar decisiones que creí razonables. Todo ha sido por tu bien, aunque al final no te haya gustado el resultado. Es lo mejor que pude o supe hacer con lo que tenía.

—¿Por qué no le pides a él que renuncie? Que olvide que es el líder y recuerde que es el hermano, que sacrifique un poco de su orgullo y que nos deje vivir tranquilos.

—Es como pedirle que deje de respirar —dijo Karena—. Le pedí, le imploré, pero él mencionó que su instinto le dice que ella causará su ruina y que tiene que quitarla del medio, que tanto tú como Verena han demostrado que son incompetentes a la hora de ponerle frenos. En el fondo Paz siempre me ha simpatizado, tiene las agallas que yo tuve en mi juventud, pero reconozco que es un peligro para nosotros. Te suplico que abras los ojos para que lo puedas ver. —Karena se arrodilló con lágrimas en los ojos mientras yo me retiraba un par de pasos y decidía guardar silencio—. Renuncia a ella, es solo una mujer, habrá miles dispuestas a hacerte sentir un amor más inmenso. Te lo puedo asegurar, un gran amor puede olvidarse. Afuera están los soldados, ellos se la pueden llevar ahora y ponemos fin a esta disputa entre hermanos. Ademar está dispuesto a recibirte y darte el cargo que mereces.

—Madre, es hora de que te marches —murmuró Sebastián.

—No dejaré que mis hijos se despedacen —dijo Karena.

—Eso ya no está en tus manos —ratificó Sebastián.

—Haré lo que tenga que hacer —dijo Karena y caminando hacia la puerta, les gritó a sus hombres para que me capturaran.

Aún dentro de la casa, nos percatamos de que afuera los vehículos que trajeron a Karena y a sus hombres ya estaban presentes. Los soldados

pasaban de cincuenta. Todos ajustaron sus armas y esperaron una orden. Sebastián desenfundó también y me dio algo para defenderme. Transcurrieron segundos de silencio hasta que Karena se convenció que Sebastián no se intimidaba por el número de soldados. Karena se dejó caer y se abrazó a las rodillas de Sebastián mientras seguía implorando. Sebastián la hizo ponerse de pie, la abrazó con fuerzas durante varios segundos. Terminó acompañándola hacia la puerta, donde ella dio la orden:

—¡Captúrenla viva y al mayor Casals no le hagan ni un rasguño! —dijo condenando a varios de sus hombres a morir para lograr el objetivo.

Los soldados tardaron en reaccionar, miraban a Sebastián indecisos. El oficial que venía con Karena reforzó la orden y los soldados se cuadraron en distintas posiciones. Sebastián exigió:

—¡Lárguense todos!

El oficial de Karena volvió a ordenar y los soldados se quedaron congelados observando al hombre armado al que no podían lesionar y que defendería a la mujer sobre quien caían las amenazas de Karena King. La señora King se negó a ser desobedecida, a no tener el control sobre las decisiones políticas y personales de su hijo.

Los hombres de Sebastián llegaron a tiempo y al percatarse de la situación, se bajaron como linces de los vehículos. Sebastián les hizo una seña para que se posicionaran. Fue entonces cuando Karena se percató que todo podía salírsele de las manos, podían ganar, pero ya no estaba tan segura de que su hijo saliera con vida de la contienda. Karena dio la orden de retirada. Nosotros sin perder tiempo buscamos la guía y unas cajas que Sebastián ya tenía listas.

—¿Qué es todo esto?

—No quise que esta vez también nos tomara desprevenidos.

Salimos a la par que los soldados, hacia una dirección diferente. Sebastián hizo una llamada a mi padre y en cuanto pudimos cambiamos de auto. Antes de poner el segundo vehículo en movimiento, lo detuve por el brazo. Todo había pasado tan rápido y él iba tan acelerado que mi mente me pedía unos minutos en cámara lenta.

—Aguarda, pensemos con calma —le susurré.

—No debemos detenernos ni un minuto —me respondió.

—Yo lo necesito. Ojalá nos envolviera una burbuja y nos aislara de todos. Si pudiéramos desaparecer el tiempo justo para entender todo lo que está ocurriendo con nosotros. ¿Cómo nos engañamos tanto el uno al otro? Tal vez sin quererlo o deseando evitar lastimarnos. Tienes tantos

secretos que no entiendo nada. ¿Quién es tu padre? Seguro lo tienes bien guardado, no quiero más sorpresas.

—Eso sí que no lo sé.

—Por supuesto —dije desconfiada.

—El general nos espera —dijo—. Ahora no podemos paralizarnos y pensar en lo que nos omitimos para no herirnos. Encontraremos el instante para hacerlo cuando resolvamos ponernos a salvo.

—Pero… —dije. Me miró impaciente y cerré la boca.

Le pedí mi anillo y mi antigua guía estilo UNA y los sincronicé para reproducir la información almacenada en el primero. Pasé de largo por otra información sustraída hasta que localicé lo que tiempo atrás había copiado de la guía de Karena y que no había tenido la oportunidad de revisar. Empecé a ver algunos archivos.

—¿Qué haces? —inquirió Sebastián.

—Hice una copia de la guía de Karena.

—¿Y aún cargas la información que sustrajiste de tu padre? —Solo me dejó negar y continuó hablando—. Si Karena te hubiese llevado y encuentran ese anillo en tu poder sería una prueba irrefutable en tu contra. ¿Qué estabas pensando? Entrégame el anillo, es mejor que no lo encuentren contigo.

—Le borré la información de papá —dije.

—No es suficiente, siempre quedan rastros. Déjamelo yo me encargaré.

—De acuerdo, pero antes quiero ver si hay información sobre tu padre.

—¡Karena me lo ha ocultado con mucho ímpetu toda la vida y lo va a tener en su guía, sin ningún candado para que tú llegues y lo descubras! —manifestó desconfiado.

Sebastián se introdujo en una carretera antigua de poca circulación y sin decirme nuestro destino continuó concentrado, aunque me veía de vez en cuando con el rabillo del ojo. Yo seguí revisando archivos y pasé de entre varios sin importancia, a otros relacionados con el Instituto de Planificación Familiar que me hacían desviarme de mi objetivo.

—Esto está muy interesante. No te dejaré borrarlo, no hasta que tengamos el tiempo para revisarlo a fondo. Habla sobre los experimentos con los robots humanoides. Prométeme que si te devuelvo el anillo no borrarás nada.

—¿Quieres que me quede con algo que podría incriminarnos?

—Ella es tu madre, Sebastián, a ti no te hará daño. Y este anillo se ve tan inocente que no despertará sus dudas —dije.

—¿A dónde quieres llegar? Ya no tenemos nada. Tu padre está punto de estar en la misma situación que nosotros. Nos quedaremos en la línea y no podremos acceder a ningún lado de la frontera.

—Escucha esto, por Dios —lo interrumpí y leí un párrafo—. «Los planes de sucesión podrían fallar porque la lucha entre los tres descendientes de Ademar King es desmedida y absurda. Cada uno tiene su papel. Sin embargo, los tres aspiran a ganar por encima del otro. Ellos aún no se han dado cuenta que terminarán agrediéndose tarde o temprano. Ademar lo propició con el afecto que les quitaba y les daba, pero también influye la sed de poder de cada uno de ellos».

—¿Tres descendientes? ¿A quiénes se refiere? —se preguntó a sí mismo.

—Solo que él sí sea tu padre y por alguna razón hayan decidido ocultártelo.

—No lo es, estoy seguro —afirmó.

—Tienes otro apellido. Quizás era una forma de mantenerte en secreto por si las cosas le salían mal a King, una forma de garantizar la sucesión de su tiranía.

—Sigue leyendo, no puede ser. ¿Quién será el tercero?

—Escucha: «Todavía tengo un poco de fe en William, que él permanezca fiel a los intereses de Ademar hijo, pero Sebastián ha permanecido demasiado tiempo alejado de nosotros. Ya no sé si aún nos considera su familia. Puede ser que la idea de mandarlo lejos para protegerlo fue nuestro primer error», —terminé de leer y reflexioné en voz alta—. Les menciona a los tres, por alguna razón te considera uno de los tres descendientes. ¿Será que eres su hijo? William es el tercero, su sobrino adorado, lo trataba como a otro hijo.

—¿Qué más dice? —inquirió Sebastián.

—No dice nada más, es solo un pequeño escrito. Es algo que comenzó a escribir justo la noche antes que sustraje la información, es la última entrada.

—Busca en otros archivos como actas de nacimiento, de matrimonio. Investiga las fechas. —Nervioso me dio las opciones.

—¿Aún quieres que me deshaga de la información? —murmuré con ironía y al contemplar su semblante desencajado dejé los juegos de palabras.

—Fue muy duro para mí tener que abandonarlos —reveló angustiado al recordar su niñez—, eran mi familia. Yo sabía que él no era mi padre, la

historia que siempre me contaron, pero mientras vivimos juntos se comportó como un padre para mí. Yo era el mayor. Siempre me pedía que fuera un ejemplo para mi hermano y yo no podía complacerlo, era una fuerza interna o la misma niñez que me hacía no poder contenerme ante las travesuras. Mi hermano era más obediente pero cuando yo me enfrascaba en una aventura me seguía sin dudar. Algo que ya olvidé, terminó por hacer que Ademar King perdiera la fe en mí. Se convenció que no haría de mí el hombre que él deseaba. También yo estaba creciendo y no podría continuar encerrado en aquellos muros, me ocultaban de la sociedad. Mi madre me explicó que corría peligro y que tenía que apegarme al plan. Me mandaron a la Academia Militar con tu padre, había huérfanos de guerra y yo me convertí en uno. Tu padre me acogió al principio como una obligación, estaba muy pendiente de mí por ser el encargo especial de Ademar King. Sabía toda la verdad, me entregaron con instrucciones precisas. Fue duro adaptarme a ser otra persona. A ver a mi madre pocas veces al año. Temí perder mis recuerdos y la esencia de la persona que soy. Me esforcé más. Estudié todas mis alternativas y fingí con empeño, pensando que si me ajustaba a lo que Ademar quería de mí podría regresar con ellos. Ademar padre con rapidez dejó de visitarme. Mi hermano después de la adolescencia también se alejó. Mi madre fue la que se mantuvo siempre en contacto conmigo.

—Ha de haber sido muy duro para ti. Yo no te lo hacía más fácil. No siempre fui amable contigo. —Recordé y me inundó el dolor por lo injusta que había sido con él durante nuestra niñez y nuestra adolescencia.

—Cuando te conocí, todo dentro de mí se iluminó, no quería dejar de verte, pero vivías en tu mundo y era difícil encontrar cosas en común contigo, era como si nunca me vieras. Maduré, tuve amigos que se convirtieron en familia, me enfoqué en mi carrera, retomé mi vida y traté de no pensar en ti.

—¿Y qué sucedió cuando regresaste a la capital y comenzaste a convivir con tu familia? —dije.

—Desde que cumplí quince años mi madre comenzó a decirme que faltaba poco para mi regreso, a los dieciocho me dijo que había llegado el día, pero yo ya no quería dejar la vida a la que me había acostumbrado. Cuando por fin regresé y me ascendieron a mayor, Ademar King demostró estar orgulloso de mí, algo que había sido mi meta en la niñez. Solo entonces me di cuenta que ya no necesitaba su admiración.

—Tal vez todo habría sido diferente si me lo hubieses contado desde el principio —reflexioné en voz alta.

—¿Diferente cómo? ¿Te habrías casado conmigo y no con William? ¿Hubieses renunciado a esa fuerza interna que te alejaba de mí a toda costa o nunca te hubieses enamorado de mí? ¿Me verías como tu enemigo, me habrías hecho a mí lo mismo que le hiciste a William? —Me miró con demasiada intensidad y no tuve valor ni para pensar qué habría sido distinto, continuó—: Me gusta nuestra historia, que te enamoraste de un huérfano de guerra, sin títulos ni herencias.

—Ya no importa quienes seamos, estamos huyendo como dos criminales por esta carretera abandonada sin rumbo cierto. Esperando no encontrarnos con alguien que conozca todas las acusaciones en nuestra contra.

La guía de Sebastián indicó que mi padre se quería comunicar con él y lo vi ignorarlo por completo.

—¿Qué haces? —le reclamé—. Nos está esperando.

—Tu padre ya se ha involucrado demasiado, está a punto de quedar en la misma posición que nosotros. Creo que es mejor alejarnos del general. Solo así conseguiremos salvarlo de nuestras mismas circunstancias.

—Estoy de acuerdo —murmuré con aquella valentía que te hace seguir hacia adelante, aunque no conozcas lo que tendrás que enfrentar.

33



Corrimos para salvarnos, pero esta vez fue más difícil porque no huíamos solos y éramos más conscientes de los peligros. De cierta forma nos perseguían ambos gobiernos. En la UNA no podíamos pedir refugio, Sebastián sería encarcelado por la captura de Leila y a mí no me querían porque yo lo había llevado al territorio. Mi padre continuó insistiendo hasta que Sebastián le envió un mensaje y le dejó claro que estábamos por nuestra cuenta. A través de un texto era más fácil que mi padre no lo convenciera.

Sebastián no me lo aseguraba, pero yo noté que no tenía idea del camino a seguir, ni plan de salvación, ni nada. Dormíamos donde podíamos, no permanecíamos más de una noche en el mismo lugar. Sebastián había tomado algunas precauciones desde la última vez que huimos y padecimos privaciones. Trajo armas, víveres y todo lo que creyó que íbamos a necesitar. Había hecho una cuenta bancaria electrónica anónima valiéndose de sus conocimientos y los contactos conocidos, gracias a su puesto, pero no logró pasar todo su capital y era algo que también le preocupaba.

—Tendremos que pasar nuestro dinero a esta cuenta antes que sea demasiado tarde, más adelante lo necesitaremos —dijo.

—Creo es demasiado arriesgado. Tratemos de administrar lo que tenemos —pedí.

—Es ahora o nunca. También nos servirá para ver qué tan interesados están en nosotros, o si están más ocupados con la toma de posesión de

Ademar.

Se le ocurrió realizar la transacción final vía electrónica, desde el sitio al que recién arribamos. Me aseguró que la haría a través de su guía de la Sociedad Autocontrolada y que esta última era muy difícil de localizar. Tras varios intentos y asegurarse que no era un error, encontró sus cuentas congeladas. Quiso intentar con las mías y le puse un alto.

—Creo que es hora de irnos. Esto no me gusta nada —afirmé.

Lo miré con seriedad, recordé que se comportaba como la vez anterior, sembraba pistas para ver si nos estaban siguiendo. Cuando intentamos salir del lugar en donde nos encontrábamos, vimos dos vehículos militares rondando la zona. Nos miramos sin sorpresa. Huimos, volvimos a la carretera a través de una vía alterna: otra vieja carretera y Sebastián condujo a toda prisa. Me recosté en el asiento del pasajero e intenté descansar.

—Es tiempo de huir a tierras inhóspitas —dijo.

—Para eso son las cajas llenas de armas, herramientas, enseres y víveres que trajiste. Lo planeaste. Irnos a esa zona de nadie. Lo haría sin dudarlo, pero no embarazada. ¿Qué pasará cuando tenga que nacer nuestro hijo? ¿Qué sucederá si requiero apoyo y solo estamos tú y yo?

No supo qué decir. Siguió una semana de más autopistas, pequeñas localidades fronterizas, hoteles de bajo presupuestos, mala alimentación y poco descanso. Sebastián consciente de mi agotamiento me insistía para que durmiera y me alimentase, pero la inquietud no me dejaba dormir ni tener apetito. Del último lugar salimos casi a punto de ser sorprendidos. Un mensaje anónimo en la guía de Sebastián nos puso sobre aviso: «Veo mucho movimiento y creo que están tras la pista de ustedes. Necesito hablarte, contesta, por favor, es una fuente segura. Tu hermano» —decía. Después de que ambos lo leímos, Sebastián me aseguró:

—Es Owen.

—Recibe su llamada —insistí.

—No quiero comprometerlo.

—Necesitamos su ayuda.

Sebastián constató cuando su guía estilo de la Sociedad Autocontrolada comenzó a parpadear como resultado de la llamada entrante y entonces hizo lo que menos me esperé. Sacó del bolsillo su guía estilo Unión de Naciones Autónomas, tomó en cada mano una guía y las golpeó la una contra la otra con todas sus fuerzas. Escuché un estruendo metálico y vidrioso cuando las guías hicieron contacto. Un pensamiento fugaz pasó

por mi mente: «Quedaremos incomunicados. Sebastián quiere desconectarnos del mundo». Y yo sabía que lo hacía para proteger a los nuestros, para no involucrarlos en el abismo de desesperación que nos estaba tragando a nosotros. Los restos de las guías comenzaron a hacer un sonido estridente y parecieron cobrar vida, se unieron como dos seres arácnidos que se enfrentaban el uno con el otro, amenazando devorarse. Los miré inusitada, buscando en el semblante de Sebastián una explicación. Las arañas se fundieron en una tarántula de metal que caminó de modo espeluznante hacia Sebastián, subió por su mano y se trasladó a lo largo de su brazo hasta detenerse a tres centímetros antes de llegar a su hombro. Allí afianzó el cuerpo, alargó las patas, las que crecieron hasta toparse unas con otras alrededor del antebrazo de Sebastián. El metal tomó la tonalidad del cristal hasta que desapareció. Estiré la mano para tocar la araña, convencida de que se había vuelto transparente y mi sorpresa fue que mis dedos solo consiguieron rozar la piel de Sebastián.

—¿A dónde se fue la araña? —casi grité.

—Está ahí —dijo Sebastián presionando con su mano la mía contra su piel.

—¿Qué es?

—Es la guía que vamos a necesitar. En lo que estuve ocupado todo este tiempo.

—¿Y Max?

—También, te lo debía.

La araña volvió a tintinear ante la llamada entrante y ni siquiera sentí la vibración, sobre la palma de mi mano, que una guía normal producía. Sebastián asintió para asegurarme que era su amigo y yo aún desconcertada respiré hondo al sabernos conectados con nuestros aliados. Del otro lado escuché a Owen decir:

—William ha movilizado a varios hombres y se dirigen a una misión de la que ni sus superiores tienen conocimiento. Él está enfrascado en encontrarlos, su primo está tan involucrado en su toma de posesión que le ha dado carta blanca en ese asunto. Ya se hicieron los arreglos que sabes, les están esperando.

—No lo sé —titubeó.

—Es tiempo de volver a casa. Necesitamos saber que estarán bien —le aseguró Owen.

Sebastián cortó la llamada. Nos subimos al auto y una vez más comenzó la carrera. Lo último que Owen había mencionado yo lo había

entendido muy bien y pronto me vino a la mente nuestra tierra, el hermoso acantilado que había sido cómplice de nuestra amistad, nuestro amor y también nuestro dolor. Mientras el auto estaba en movimiento, le revelé lo que pensaba sobre las sugerencias de Owen:

—Suena muy bien la idea. Ansío regresar. Ojalá no nos hubiésemos ido nunca.

—No iremos —resolvió—. Terminaremos involucrando a demasiadas personas y en el caso extremo que necesitemos ayuda estaremos demasiado lejos de tu padre.

—Su amigo nos protegerá —dije refiriéndome al líder de América Unida.

—No lo dudo, pero no será tan fácil.

—Apolo es el líder de América Libre, estaremos tan cerca de ellos que tal vez busquen la forma de ayudarnos —divagué.

—Apolo no estuvo en la segunda parte de la reunión con los líderes de la UNA. Sabes lo que significa, ha de haber tenido diferencias con los otros por no recibirte de vuelta. No tendrá pleno control en su nación con respecto a nosotros, sobre todo a mí. Ni siquiera sé si quiere volver a verme. Si me asegurara que puede protegerte yo sería el primero en dejarte ir. Leila es su madre, más que la que lo trajo al mundo. ¿Es que no lo puedes entender? —dijo.

—Mi familia perdona —terminé hiriéndolo sin habérmelo propuesto.

Él se quedó en silencio como consecuencia. Le tomé su mano y se dejó acariciar, pero no cambiaría de opinión. No abandonaríamos el continente. Estábamos solos, en medio del peligro, sin saber si saldríamos con vida. A diferencia de otras veces después de un tiempo de huir tuve que decirle a Sebastián que parara. Eran muchas las horas que llevábamos sin comer ni beber. Sebastián tomó un desvío en la carretera que condujo a un paradero de descanso. Tomé asiento en el suelo para recuperar el aliento mientras reposé una mano sobre el vientre para intentar decirle a mi hijo que todo estaría bien. Ni siquiera tuve fuerzas para ir por agua y comida. El desgano venía de la desesperanza que se me había colado dentro del ser. Mi vientre estaba muy duro por momentos y por otros se relajaba. Sabía lo que significaba eran algunas contracciones, en los últimos días me ocurría con más frecuencia y yo solo estaba acercándome a mis veinte semanas de embarazo.

Sebastián desesperado se llevó las manos a la cabeza intentando buscar una salida. Entre mi desesperación lo vi arrodillarse con humildad. Él, que

se había dejado llevar por mí en los rituales religiosos para casarnos por el único rigor que nos unía, aunque su fe era difusa y casi extinta, rogó ante un Dios que no conocía:

—Señor, sé que no he hecho nada para merecer ser escuchado, pero te pido por mi mujer y por mi hijo. No permitas que paguemos con sufrimiento nuestros errores. Guíame para poder salvarlos. —Sus ojos ya no pudieron contener la avalancha de lágrimas gruesas que escaparon sin un gemido.

Resignados regresamos al auto y a la carretera. No le insistí en brindarme respuestas, confié en él. Tomé mi guía estilo UNA para revisar lo extraído de la guía de Karena para distraerme e indagar sobre el padre de Sebastián. Quería regalarle eso, la verdad sobre su origen, pero parecía que yo estaba más interesada que él. Sincronicé mi guía con el anillo. Una duda me asaltó y la exterioricé:

—¿Cuál era tu nombre antes que te llevaran con mi padre?

—Sebastián… King —me contestó.

—Eso es… Él era tu padre —dije y me quedé sin palabras.

—Dame el anillo y dame la guía —dijo sin reparar en mis palabras—. Haremos el último intento de reintegrarnos a esta sociedad, no quiero vivir huyendo contigo en ese estado, has bajado de peso y mira tus ojeras. ¿En dónde traerás al mundo a nuestro hijo? ¿Cómo crecerá? Si es un hecho que la UNA ya no es tu hogar y menos el mío, solo nos queda reclamar nuestro lugar en esta tierra.

—¿Cómo le harás? —temí.

—Muy pronto Ademar King II tomará posesión de su cargo, recuerda que Karena lo dijo. Nos le apareceremos una noche antes, estará vulnerable y tendremos una oportunidad de hacerlo cambiar de idea. Tú me aseguraste que Apolo me perdonaría por amor a ti, la situación es similar. Le daré la última oportunidad a mi hermano de recuperar mi respeto.

—¡No! —grité con el miedo invadiéndome, aunque las situaciones fueran parecidas, Ademar distaba mucho de Apolo en tantas cosas que sería una lista enorme si comenzaba a enumerarlas—. Estamos huyendo de ellos y la idea brillante que se te ocurre es entregarme.

—Ahora mismo eres un problema para mi hermano, pero no te has acercado a darle certeza de tu arrepentimiento. Jamás le has pedido perdón ni le has prometido obediencia.

—¿Te escuchas? —dije horrorizada—. ¿Pedirle perdón?

—Tienes que sacrificar tu orgullo por nuestro hijo como yo lo hice por ti cuando me replegué en la UNA. Me abrí a la posibilidad de descubrir que no eran tal y como me imaginaba. Cuando lo hagas romperás su coraza, no se lo esperará. Entenderá que está tomando posesión y no le conviene un conflicto. Necesita tener a tu padre y a sus fieles de su lado —insistió.

—¿Quieres que me humille ante ese cachorro de tirano herido? —inquirí aún más lastimada, pero al recordar la eventualidad de que Sebastián pudiera ser hijo del mismísimo Ademar King no seguí diciendo nada.

Sebastián incluso se puso en contacto con mi padre en contra de mi aprobación y le contó sus planes. Mi padre le dijo que se equivocaba, incluso le aseguró que en la remota posibilidad de que Ademar King II aceptara sería momentáneo, mientras fuera conveniente para él. Sus palabras exactas fueron:

—Estás dejando de ser objetivo. Hijo, no porque lleven tu sangre, no porque sean familia será suficiente. Paz rompió demasiadas cosas, no le darán la libertad ni, aunque te comprometas a mantenerla encerrada bajo tus cuatro paredes.

—Hay algo que mi madre aún no sabe, Paz es mi esposa. Nos casamos mucho antes de su boda con William, fue una boda religiosa pero no podrán negar el lazo que también los une a Paz —dijo Sebastián.

—La razón más poderosa es el hijo que tendrán y ni eso los ha detenido. Dime dónde están, iré por mi hija y la mantendré a salvo. Ve tú solo y habla con ellos. Si aceptan y cumplen su palabra, entonces la mandas a buscar, pero no la arriesgues llevándola sin garantías —le indicó mi padre.

Ante mi rechazo a su idea para salvarnos me enfrentó con el silencio. Me arrebató la guía y el anillo, asegurándome que no me convenía entrar ante su familia con esa evidencia en mi contra. Aquello me confirmó que no creía al cien por ciento en su plan recién fraguado. Sebastián estaba demasiado obstinado por su deseo de encontrar una solución acorde a sus sentimientos y confió en que sería escuchado. Quizás en el fondo también sospechaba que era hijo de Ademar King y estaba reclamando su derecho de serlo.

34



Nadie nos detuvo cuando llegamos. La sola presencia de Sebastián abrió todas las puertas del Departamento de Defensa y fuimos directo hacia uno de los pabellones que se había convertido, mientras tanto, en la residencia King. Era mayor espacio que el apartamento que ocupaba mi padre. No nos detuvimos hasta llegar al comedor, justo ante los comensales. La mesa donde Ademar King II, su esposa, su hijo y Karena cenaban, quedaba en el centro de la habitación. No vimos rastros de William, sus padres o Rita Roger. Tuve un momento de arrepentimiento hacia esta última por su colaboración conmigo y lo que esto le hubiese significado. Sara abandonó el comedor con su hijo y eso me bastó para saber que me reprochaba haber involucrado a su madre. Ademar King II, se puso de pie al vernos e intentó emitir una orden, pero Sebastián le imploró que lo escuchase:

—Hemos venido por nuestros propios medios y queremos dialogar con ustedes como familia. Nunca hicimos las cosas bien, empezamos mal desde el principio. Acudimos ante ti, hermano, en la víspera de tu nombramiento como máximo líder de esta nación a pedirte que perdones todos nuestros errores. Sé que tienes sobrados motivos para no querernos aquí pero no olvides que soy tu hermano y también he luchado a tu lado por tu causa. Paz está dispuesta a seguir tus reglas si nos permites quedarnos, donde dispongas, solo queremos poder tener a nuestro hijo y verlo crecer en un lugar seguro.

—Hablas mucho pero no la escucho a ella —dijo Ademar King II desafiante—. No creo que se arrepienta, lo veo en sus ojos. Tampoco confío en tu lealtad a la familia.

—Una familia que por algún motivo me escondió toda la vida. —Sebastián mantuvo un tono de voz tranquilo—. He luchado siempre contra mis inseguridades y mi abandono, tratando de justificar la razón de no haber crecido con ustedes. Hoy estoy dejando todo atrás, estoy dispuesto a aceptar que mi madre tenía los motivos suficientes para mantenerme alejado desde que era una criatura.

—Ademar, cada palabra mencionada por Sebastián es cierta. Muchas veces fui inmadura y egoísta, pero por Sebastián, por mi padre y por mi hijo estoy dispuesta a adaptarme a las reglas que ustedes impongan —intenté cooperar con Sebastián—. Señora, pido perdón y generosidad, si no soy digna lo pido en nombre de su nieto, permita que no sufra por mis decisiones —me dirigí a Karena recordando el consejo de mi padre.

—¿Cómo puedes confiar en ella después de todo? —Ademar King II comenzó a perder la paciencia con tan solo escuchar mi voz y decidí mejor hacer silencio. Su enojo lo dirigió a Sebastián—. ¿No te hará lo mismo que le hizo a William? ¿Cómo puedes confiar en su amor? Ahora no le queda nada, los de la UNA le negaron su respaldo. Se está aferrando a ti porque se sabe perdida y te utiliza para mantenerse a flote.

Sebastián sacó el dispositivo con el acta de matrimonio que guardamos gracias a él durante tanto tiempo y se la proyectó para que pudiesen leerla.

—Fue mucho antes de su unión legal con William. Solo a mí me corresponde juzgar sus verdaderos sentimientos. A ustedes les pido que no me arrebaten a mi esposa embarazada. Si no pueden darle una oportunidad a ella, dénmela a mí y a mi hijo, necesitamos a Paz.

Karena a diferencia de otras veces, que hablaba por encima de Ademar King II permanecía callada, lo dejaba ser.

—¡No la tendré rondando! Ni siquiera les creo a los de la UNA el no aceptarla de vuelta. Seguro es un plan para dejarla posicionada. Nadie había llegado a infiltrarse tanto como ella y al quedar a tu lado, seguiría husmeando muy cerca de nosotros. Lo siento. Desde que llegaste emití una orden y no me retractaré —dijo Ademar King II señalando su guía.

Los guardias comenzaron a llegar y miré suplicante a un Sebastián desesperado, de seguro por recordar las palabras de mi padre. William Allen llegó dirigiendo a los soldados para unírsele a Ademar contra Sebastián. Eso terminó por desbordar el resentimiento de toda la vida de

Sebastián, su dolor y su decepción. Con el corazón destrozado arremetió contra su hermano lleno de furia y le gritó sin soltarme la mano:

—Reniego de ti, de esta sociedad, del poder que ha devorado tu alma. ¿Dónde quedó mi hermano? Nos teníamos un amor sincero, pero creo que eso solo quedó en mis recuerdos. Hace bastante tiempo lo olvidaste y veo que no seré yo quien pueda revivirlo.

Karena, que ya no podía tragarse más el silencio, mandó a Ademar King II a apresarme de una vez y le recordó mantenerme con vida hasta el nacimiento de mi hijo. Yo solo tenía ojos para la expresión de dolor de Sebastián. Quien quebrado hasta la médula por primera vez no reaccionó y dejó que me llevasen a la fuerza. William me sostenía de un brazo y del otro un guardia. Ademar encabezó la comitiva que marchó a mi alrededor hacia los calabozos. Temí por la reacción del nuevo tirano, había visto muy de cerca la ferocidad de su carácter. Bajamos por un elevador y ya nos esperaba un auto fuera del edificio. La noche era de una oscuridad desbordante, tal como mi temor. Sebastián, quien comenzó a despertarse de su conmoción, apareció a tiempo para detenerlos con su arma desenfundada. Karena, sin aliento, llegó tras él.

Ademar King II y William, fueron azuzados por Karena para atrapar a Sebastián también:

—Con profundo dolor admito que Sebastián y Paz nos pueden costar un precio muy alto, no los dejen marchar. —Karena ordenó que nos apresaran a ambos pero que nos mantuviesen con vida.

Sebastián terminó aceptando que no teníamos escapatoria, me dijo que teníamos que rendirnos y tiró su arma al suelo. Los soldados me introdujeron al auto y temblando me dejé llevar, no sin antes ver dos objetos que también habían sido lanzados con el arma de Sebastián y que tal vez para los demás pasaron desapercibidos: mi guía estilo UNA y mi anillo. No entendí la razón por la que Sebastián los lanzó con tanta furia al suelo, ni el motivo por el que se dejaba desarmar cuando en otras ocasiones, aunque estuviéramos al borde de la desesperación no se había rendido. Si lo hacía para que no lo encontraran con los dos objetos en su poder ante la requisición lo entendía, pero tarde o temprano alguien los vería en el césped y terminarían por descubrir que me pertenecían. Cuando vi el anillo y la guía cobrar vida a la par que se fusionaban y se volvían transparentes, entendí todo. Mi guía de seguro también se convertiría en una araña.

—Apresen también al mayor Casals —insistió Karena—, no descansará hasta ponerla en libertad.

Los soldados que me mantenían prisionera en el automóvil se quedaron indecisos, observaron hacia la dirección de Sebastián. Esperaron que la orden fuera reafirmada por Ademar King II para proceder. Ante la presión de los presentes, King intentó alzar la voz para emitir la orden, pero en el último instante terminó rindiéndose incapaz de mover un dedo en contra de su hermano. Karena repitió sus palabras, pero ningún soldado se movió tras el silencio del líder. Me trasladaron en auto hacia otro de los edificios y en el trayecto sentí una presencia sobre mi antebrazo que me hizo voltear con indiscreción a verlo. Recordé la tarántula de Sebastián y me recorrió un escalofrío, pero yo no había sentido las diminutas patas de la araña trepando por mi piel. Fue diferente, era como si un insecto de mediano tamaño se hubiese posado sobre mí. Como mis manos estaban esposadas me detuve antes de la reacción habitual en esos casos, de espantar el insecto con un manotazo. El extraño cuerpo invisible se ajustó a mi antebrazo y de inmediato dejé de sentirlo. Ya no me cupo duda, lo que fuera, era obra de Sebastián, quien se había quedado de pie mirando a los vehículos abandonar el área.

El vehículo que me conducía se detuvo en un estacionamiento lejos del área donde me hospedaba con mi padre. Me arrastraron fuera del auto con violencia y me vendaron los ojos. Bajamos por un elevador y recordé los refugios subterráneos donde nos ocultamos por el bombardeo. Deduje que las celdas estaban también bajo tierra y todo me indicaba que se encontraban en este edificio. Me quitaron la venda de los ojos. Tenía a Ademar King II frente a mí y a William al costado. Cuando me descubrí en la mirada de Ademar, vi que mis ojos reflejaban terror y era su expresión la que me lo provocaba. Así lucía él la noche que dio muerte a Dafne. Me repetí mil veces que mi hijo era mi salvación, que al menos respetaría mi vida hasta que mi bebé naciera, pero ya no sentía tan tangible esa garantía.

Ademar King II y William, se habían puesto de acuerdo porque actuaban en total sincronía. William trajo a otra prisionera del lugar y la puso ante mi presencia. Leila permanecía con la integridad intacta, pero con su cuerpo lacerado por la tortura. Renegué cien veces más de la UNA por abandonarla a su suerte, como antes hizo con Dafne y como también hizo conmigo. Ademar con un arma en la mano comenzó a gritar, nos amenazaba o se burlaba de nosotras, trataba de extorsionarnos para obtener más información, pero yo ya no podía seguirle el hilo a sus frases.

No entendía siquiera lo que él estaba vociferando, yo solo podía reparar en mis manos temblorosas, en el mensaje en la mirada de Leila que me empujaba a sacar valor de donde fuera. Vi a Ademar King II apretar su arma contra la sien de Leila y en un pequeño espejismo lo imaginé veinte años después, aún más poderoso y tirano que su padre. Me pregunté cómo podía funcionar su mente en este tipo de situaciones, qué lo motivaba a ser tan despiadado. Por un instante, el odio de Leila hacia lo que había representado durante tantos años Ademar King se me coló en el corazón, me llené de coraje y le arrebaté el arma a Ademar King II justo antes de que apretara el gatillo, sin que se lo hubiese visto venir.

Yo con mi frugalidad y aún esposada había logrado transgredirlo porque la rabia era su debilidad. Quizás Ademar se confió, olvidó mis años de entrenamiento físico y el cruel adiestramiento al que me habían sometido para acceder al equipo médico de su padre. Desde que visualicé desarmarlo, yo estaba segura que no llegaría más lejos que eso porque en menos de tres segundos tenía a un hombre amagándome en aquel espacio reducido, con la misma arma que yo le había sustraído al mandatario, mientras otros dos me sujetaban.

—¿Es esto justo, Ademar? ¿Qué dices, tú y yo solos, cada uno con un arma? Así sí sería justo —le grité.

—Solo eres una pobre mujer embarazada, no podrías conmigo —dijo convencido.

—¿Entonces por qué necesitaste a tantos hombres para detenerme? Si solo hubiésemos estado tú y yo ahora estarías rogándome por tu vida.

Ademar King II recuperó su arma y me apuntó a la cabeza.

—Eres una pesadilla. ¡Mantén la boca cerrada!

Sebastián apareció justo para ver como su hermano una vez más acababa con la vida de otro ser humano, solo pude ver la fugaz sonrisa en la mirada de Leila antes de expirar. Ademar King II pasó con rapidez el cañón de mi frente a la suya y apretó el gatillo. Ambas sabíamos que mi pequeño acto de rebeldía le había demostrado al tirano delante de sus hombres, que no era tan fuerte como se creía.

Tras Sebastián comenzaron a llegar más y más soldados que terminaron abarrotando el lugar. Reconocí entre algunos a los soldados de Sebastián y en otros rostros vi a los soldados de mi padre que eran comandados por el general Nelson. Max estaba entre ellos, al igual que Owen que no se separó del lado de Sebastián. Entraron e hicieron pasar un mal rato a William y Ademar King II. El espacio era reducido y las personas armadas eran

demasiadas. Un disparo, acarrearía otro y así sucesivamente hasta que dentro de aquellas paredes todo terminara en caos. No encontré a mi padre en la multitud. Sebastián no lo pensó dos veces y ante la indecisión de su hermano me tomó por el brazo en dirección a la salida. Todo fue tan rápido que ni siquiera supe qué pasó con William y Ademar King II. En la superficie ya nos esperaba una emboscada de guardias enviados por King. Nos cayó encima una lluvia de disparos. Fui sacada de allí por Sebastián, quien con ayuda de los demás, lograron protegerme.

35



Permanecí muchas horas en silencio, después de abandonar el Departamento de Defensa, sujetando la mano de Sebastián. Nos alejamos en varios vehículos del centro de la ciudad-estado. Nosotros íbamos en el mismo auto que llegamos al Departamento de Defensa. Me tranquilizaba saber que las cajas con armas, comidas, herramientas y demás equipo de supervivencia seguían ahí.

—Debimos haber atacado —dijo Sebastián y comprendí que hablaba consigo mismo—. Era el momento de quitar a esa escoria del poder.

—¿Y quién tendría que ocuparlo según tú? —le dije y seguía tan enfrascado mirando al frente que tuve que tocarle el rostro para que me atendiera.

—No lo sé, Paz, pero él no.

En determinada parte del trayecto nos detuvimos y los hombres se reunieron a dialogar. Casals estaba al frente con otros jóvenes oficiales, les vi discutir y ponerse de acuerdo con rapidez. No entendí nada de sus códigos de honor, ¿qué les había hecho abandonar todo por seguir al mayor Casals? Los vi arrancarse el emblema de sus uniformes, empezando por Casals, con ese acto simbólico hacían un pacto y abandonaban al ejército que los había formado. Algunos se abrazaron, a otros se les veía la emoción en sus rostros. Era algo que deseaban hacer desde hacía mucho

tiempo, Sebastián les había terminado de dar la voz y el valor para animarse a dejar de luchar por los ideales que no compartían.

Sebastián repartió una de sus cajas por cada vehículo. Nos volvimos a poner en marcha, algunos se alejaron de nosotros en otras direcciones. Max vino con nosotros en el asiento de atrás. Solo otro auto continuó siguiéndonos.

—¿A dónde van? —inquirí.

—No es seguro que marchemos todos a la par —indicó—. Tranquila, recuéstate e intenta reposar. No estamos solos, ahora será más fácil. Los hombres que viste hoy no son los únicos que están de nuestra parte. Lo importante ahora es salir de la ciudad-estado. Max —dijo Sebastián—, ponte en reposo. Necesitas ahorrar tu energía, lo más posible.

Vi a Max cerrar los ojos luego de ponerse el cinturón.

—Tú deberías hacer lo mismo, intenta dormir —sugirió Sebastián.

—Nos perseguirán. Nos emboscarán en cada punto de las fronteras entre las ciudades —dije.

—Encontraremos el camino —dijo y no seguí insistiendo en ese tema porque parecía que él tenía una frase para cada oración pesimista que salía de mis labios.

—Vamos a una farmacia, no me siento bien y necesito tomar algo que me ayude a retener el embarazo —emití aquellas palabras que tanto temía pronunciar.

—¿Qué estás diciendo? —Sebastián hizo un gesto de pesar que amenazó con derrumbar de golpe su positivismo. Lo vi intentar mantener la calma con ahínco y retuve mis lágrimas al borde de mis párpados.

—Tus medicamentos te estarán esperando en el sitio al que nos dirigimos —dijo—. La araña de su brazo recobró color, bajó sigilosa por su brazo hasta la palma de mi mano y desplegó la imagen de un teclado holográfico, donde Sebastián me pidió digitar el nombre exacto de cada una de las medicinas.

De inmediato recordé el cuerpo invisible sobre mi brazo y le pedí respuestas. Insistió en dejar ese asunto para después, me pidió recostarme en el asiento y que intentara relajarme. Proseguimos, él aferrado al volante una vez más, con la mirada hacia el frente y las ideas fluyendo, con una certeza que invitaba al más inseguro de los seres humanos a confiar. Traté de olvidar mis inquietudes y concentrarme en su imagen, para que el brillo que emanaba de su aura me cegara a todo lo que me producía dolor. Mi amor por él hacía que mi cerebro secretara sustancias que funcionaban

como una anestesia para mi cuerpo y mi alma. Enumeré en voz alta todo lo bueno que nos estaba ocurriendo para alejar de mi mente cualquier referencia al mal:

—Uno, escapamos con vida del Departamento de Defensa; dos, estamos juntos; tres, la carretera se ha vuelto nuestra aliada porque de nuevo nos acompañaba en la búsqueda de un lugar para nosotros…

Sebastián sonrió y añadió algunas cosas afortunadas que nos había ocurrido en el día de hoy y que yo estaba pasando por alto. Respiré hondo y me nutrí de valor. Recordé que la actitud con que enfrentamos nuestros episodios más difíciles solo dependía de nosotros mismos.

—Hay otro asunto que añadir a tu lista. Hoy rescataremos a la hija de tu hermano —dijo Sebastián y lo mencionó con tanta convicción que creí que estaba abusando de la confianza en sí mismo—. Antes de abandonar la ciudad quiero cumplir esa promesa. Cada vez que huimos tuve el deseo de hacerlo, de encontrar la forma de devolverla a su padre. Dafne me ayudó a salvarte y yo le prometí a cambio que lo haría —dijo.

—Sería una noble forma de reivindicarte con mi hermano. Ningún ser humano suple a otro, pero recuperar a su hija será un gran alivio para él —pensé en voz alta.

—No lo hago para que me perdone, aunque claro que quiero su perdón.

—¿Lo haremos ahora? —dije un poco alarmada.

—Tranquila, tengo un gran aliado en esta empresa. Nosotros seguiremos adelante —me confirmó.

—No quiero que expongamos a la niña a ningún peligro.

—Mi aliado la protegerá con su vida —me aseguró.

Me reconfortó durante un rato más hasta que me convenció de dormir. Sentía un cansancio impresionante, me dolían todas mis extremidades y dormí tan profundo un par de horas que ni siquiera soñé. Cuando desperté, Sebastián me dio una bolsa con algo de comida y agua. Me insistió para que me alimentara. Al poco rato llegamos a un puerto de embarque, un *ferry* ya nos aguardaba. Continuamos el viaje por mar. Después del recorrido marítimo, seguimos por carretera. Cuando amaneció le pregunté a Sebastián:

—¿Sabes dónde está mi padre?

—Él también iba a abandonar la ciudad, igual Owen con su esposa y tu tía. Nos reuniremos en el mismo lugar —respondió y supe lo que significaba, la tierra ya no estaría dividida en dos grandes potencias.

—¿Crees que Ademar King II posponga su toma de poder? —pregunté.

—No lo sé. Ya tendremos noticias.

Lo miré por enésima vez, en ningún rasgo se asemejaba a Ademar King, incluso ni siquiera era muy parecido a Karena. Quise creer que aquello significaba que se parecía a su padre, el que era desconocido para nosotros. Si Sebastián hubiese sido hijo de Ademar King qué sentido tenía esconderlo del mundo, me pregunté. Siguieron días de camino por vía terrestre, abandonamos la autopista y condujimos por otra donde el pavimento y la tierra se fundían. La carretera llevaba mucho tiempo intransitada. La mayor parte del trayecto la hice acostada en el asiento trasero, luego de pedirle a Max que cambiáramos de lugar.

36



Arribamos después de muchos kilómetros a una unidad militar en ruinas. Sebastián me explicó que era una unidad muy antigua, de antes de las guerras que originaron el Tratado de Tolerancia. Era un lugar inmenso, enclavado en medio de la naturaleza, escondido de forma estratégica y olvidado por los hombres. Allí aguardaban pelotones de soldados, todos en posición esperando un ataque. En el interior de una sala improvisada, cuyas puertas habían violentado, nos esperaba mi padre. Corrí a sus brazos, suplicándole que se mantuviera fuera de todo esto y él con seriedad manifestó:

—No me pidas eso, si llegas a mi puerta embarazada y sin el apoyo del ejército que te convenció para traicionarnos.

—Padre, déjame responsabilizarme por mis errores —admití.

—Ya lo estás haciendo, pero no te dejaré sola —murmuró.

Me retiré a descansar del viaje en un área donde acomodaron y desempolvaron algunos muebles. Mi padre había traído los medicamentos que yo necesitaba para fortalecer mi embarazo. Las cajas de Sebastián estaban por todas partes y me dispuse a abrirlas en busca de agua fresca para tomar la pastilla. Abrí la primera, luego la segunda y después una tercera. Me di por vencida. Mi sorpresa fue no encontrar lo que estaba buscando. Había armas, herramientas, recordaba muy bien que Sebastián lo había mencionado, pero no había víveres, ni mantas, ni medicinas de primeros auxilios, ni enseres que nos hicieran la vida más fácil en aquellos parajes.

—Sebastián, mi amor. ¿Estas cajas que nos has hecho traer desde tan lejos eran las que nos iban a permitir vivir en Tierras Inhóspitas?

—Así es —contestó orgulloso al comprobar que llegaron intactas.

—No traes ni una botella de agua, ni siquiera unas galletas, ni cobijas para abrigarnos. ¿Qué es esto? —dije sacando las piezas que iba encontrando—. ¿Nos has hecho padecer para traer tus juguetes? ¿Cómo íbamos a sobrevivir con esto?

—Lo que tengo aquí es lo que nos permitirá ganar la guerra —manifestó con orgullo.

—¿Entonces, ya habías planeado todo esto? ¿Fue tu plan desde el principio? Sabías que tu hermano no me perdonaría y estabas seguro que mi padre, como otras veces, no me dejaría a mi suerte. ¿Acaso eres tú el que debe estar en el poder de la Sociedad Autocontrolada? Para eso me arriesgaste. ¿Pero cómo…?

—No —me interrumpió—. No es por ahí. No te atormentes con esos pensamientos. Solo me estoy adaptando al plan B. ¿Ya buscaste en la última caja? Ahí está lo que buscas. Agua, comida y demás —dijo—. Recuerda, cuando huimos solo tú y yo sacábamos de la caja la comida. La arrastró y la abrió para que yo la viera.

—¿Una? Traes seis cajas con tus juguetes y una con lo que más necesitamos. —Me puse de pie para buscar la bebida.

—El agua, la comida, la ropa podríamos conseguirla colándonos en las ciudades vecinas de vez en cuando, para eso era el dinero.

—Tranquilos —añadió mi padre que nos escuchaba a unos cuantos pasos—, no vine con las manos vacías. Y les puedo asegurar que los que están llegando tampoco lo hacen.

Mi padre nos señaló hacia fuera para que viéramos unos tráileres enormes arribar a la unidad, que se había convertido en nuestra nueva ubicación en el mapa.

Los soldados acondicionaron lo mejor posible algunos cuartos de aquel lugar. Me preguntaba al observar el empeño que ponían, ¿cuánto tiempo permaneceríamos ahí? Yo estaba complacida, al menos, por dejar el vaivén del auto y tener un lugar sólido donde tenderme con mis extremidades extendidas. Mi padre daba vueltas en el salón debido a que Owen, mi prima y mi tía aún no llegaban. Intenté cerrar los ojos y olvidar por unos minutos todo lo que estaba ocurriendo. Acaricié mi vientre y pensé en mi hijo. Sus

lazos familiares me vinieron a la mente. «¿Y si mi hijo desciende del tirano?», pensé. No permití que ese pensamiento intrusivo lacerara la quietud que estaba experimentando y que necesitaba. Me tranquilicé al pensar que eso no significaría nada, no sería diferente a Sebastián. Si Sebastián descendía del mismo árbol genealógico que el tirano, ya había demostrado que existen influencias más poderosas que los genes en la formación de la conciencia humana, porque él era un hombre excepcional.

Cuando volví a abrir los ojos, mi padre aguardaba impaciente por confesarme algo:

—¿Descansaste? —preguntó con una expresión rara en los ojos y yo asentí—. Necesito tu ayuda en un asunto, pero te vi demasiado fatigada, consideré bueno que reposaras antes.

Me puse de pie de un brinco. Mi primer pensamiento fue que tal vez había algún herido, acompañé a mi padre mientras rogaba porque hubiese medicamentos de primeros auxilios a la mano, en la séptima caja de Sebastián o en el equipaje de otra persona. Llamé a Max para que me acompañara. Él había sido mi compañero perfecto durante el entrenamiento y en más de una ocasión fuimos equipo para salvar a nuestro «paciente». Mi padre intentó impedírmelo, me dijo:

—No es necesario.

—Él y yo trabajamos juntos —insistí.

—¿Es qué…? Bueno, creo que tienes que verlo por ti misma.

Cuando la vi agazapada en una silla, abrazada a la manta que la cubría, descubrí quien era el aliado de Sebastián para el rescate de la hija de Apolo: mi padre. La chica estaba mucho mayor que la última vez que la vi. Ahora entendía a lo que se refería mi padre con que Max no era indispensable.

—Hola, pequeña —me le acerqué—. Soy tu tía Paz.

Ella se negó a mirarme, lloraba con mucho desconsuelo. Sebastián y yo habíamos querido rescatarla y ella se sentía amenazada por nosotros. Cuando vio a Max, su rostro cambió. Se puso de pie y se le acercó con cuidado. Le sostuvo la mano y le pidió que se agachara para murmurarle algo al oído. «Claro, confía más en una máquina que en nosotros», pensé. Recordé que desde niños nos enseñaban a fiarnos en los robots humanoides, eran nuestros jardineros, niñeras, conductores, asistentes en las escuelas y tantos otros roles. Iris se sentía más segura en su presencia que en la de todos nosotros, desconocidos para ella. Max se arrodilló, le colocó las palmas de sus manos en las mejillas y le dijo:

—Estás a salvo, nadie te hará daño —lo dijo con tanta dulzura que olvidé que en el pasado había sido mi entrenador.

Me le acerqué a Iris y al ver que no ponía resistencia, lo hice un poco más y le susurré:

—Perdónanos por irrumpir en tu vida. Tu madre pidió que te lleváramos con tu verdadero padre, mi hermano.

—Yo solo tengo un padre y ese es John. Quiero regresar con él —dijo.

—Danos tiempo para explicarte, espera a conocer a mi hermano. Apolo es un ser humano increíble. Si cuando lo conozcas no te adaptas, si nos demuestras que John te quiere a su lado y es lo mejor para tu bienestar, seré la primera en apoyarte para que te envíen de regreso.

—¿Harías eso, de veras? —reveló con inocencia entre sollozos. Se volteó apenas para mirarme y volvió a dirigirse a mí—. Te reconozco, te vi algunas veces en las reuniones en las que mi madre asistía.

—¿Qué edad tienes?

—Catorce años —asumió.

—Me dice mi padre que no has comido nada, te traeré algo.

—No tengo hambre.

—Ya somos dos, hagamos un esfuerzo —le sugerí—. Tú hazlo para que te mantengas sana y fuerte, yo lo haré por mi hijo —dije refiriéndome a mi embarazo.

—¿Tu hijo será mi primo?

—Así es —le respondí.

—Me asusta este lugar —dijo.

—No te quedarás aquí para siempre, es momentáneo. Te mandaremos con Apolo a un sitio que te encantará y si no eres feliz, él mismo verá como devolverte a John. No queremos hacerte desdichada.

A lo mejor hacía mal en hablar por mi hermano pero la chica tenía razón. Para ella John era su padre y le habíamos causado una gran angustia al separarla de él. Me miró con los ojos de mi hermano, inmensos y repletos de palabras. Depositó su confianza en mí, le sonreí y aunque la tristeza no se borró de su semblante estaba más tranquila. Mi padre llegó al poco rato, había aguardado a la expectativa. Iris y yo lo observamos. Le dije a mi sobrina:

—¿Ya conociste a tu abuelo? —Hice un gesto de cabeza para señalarlo y ella asintió.

—El general me lo explicó durante el viaje —articuló con la voz entrecortada—. Ahora me aparece familia por todas partes.

—No queremos separarte de John, nada más te estamos dando la oportunidad de conocer la historia de tu vida que ha permanecido oculta para ti.

—Hermosa, Iris —le susurró mi padre con mucha ternura—. Cuando tu tío Sebastián me dijo de tu existencia y del sufrimiento de mi hijo por no haber estado nunca a tu lado, no lo pensé dos veces. Estábamos abandonando la ciudad y teníamos todo el apoyo militar para traerte. Eres testigo que no lastimamos a tu padre de crianza, ni dejamos de reconocer lo que ha hecho por ti. Desconozco si sabía la verdad sobre tu origen. Ya me ha tocado ver algunas historias similares a la tuya y tarde o temprano, cuando las sospechas llegaran a tu vida, iba a ser insoportable. Tienes el derecho de conocer la verdad y es eso lo que te estamos otorgando.

—General, a usted no puedo reclamarle nada, me impone mucho respeto. Aún no puedo creer que es mi abuelo, parece que estoy en un sueño de esos que suceden cosas raras y solo hasta que despertamos nos damos cuenta de lo absurdas que son —dijo la adolescente.

Mi padre le acarició la mejilla, Iris con la espontaneidad de sus años se levantó y le lanzó los brazos al cuello con efusión. Las lagrimillas de mi padre se escurrieron a través de su rostro, en silencio y con la dignidad que lo caracterizaba. Yo sabía todo lo que él no había manifestado. En el cálido abrazo de ella, mi padre recibió consuelo por los años que desconoció que su hijo existía, crecía, tenía sueños y los hacía realidad.

Mientras el general conversaba con Iris me llevé a Max al fondo de la habitación:

—¿Ahora eres niñero también, Max? —le dije en voz baja. Las sonoras carcajadas de Max no se hicieron esperar. Le pedí que fuera discreto e hizo silencio. Continué—: ¿Qué te dijo Iris?

—Me pidió ayuda, quiere volver a su casa. De alguna forma piensa que yo puedo ayudarla.

—Gánate su confianza y cuídala. Me temo que tarde o temprano intentará escaparse. Podría ser muy peligroso para ella. Es casi una niña.

—La protegeré —me aseguró.

Sebastián apareció con alimentos para nosotros. La chica arrastró dos sillas desvencijadas, una para ella y otra para Max. Las acomodó fuera en el pequeño portal, invitó a Max a sentarse en una, ella se acomodó en la otra, se cubrió las piernas con una manta y se dispuso a comer. Hice lo mismo,

pero en el interior de la estancia mientras Sebastián y mi padre se sentaron ante una pequeña mesa a dialogar. Escuché cuando mi padre le sugería que huyéramos a América Unida, ya había hecho los arreglos con el Jefe de Defensa de esa ciudad-estado, quien era su aliado incondicional. Nos apoyaría. Sebastián no le respondió a mi padre, esperarían al resto para tomar una decisión. Antes de lo que imaginé Sebastián le preguntó al general:

—¿Sabe usted quién es mi padre? ¿Cabe alguna posibilidad de que yo sea hijo de Ademar King?

—¿Y eso a qué viene ahora? —dijo mi padre ante la sorpresa por la preocupación de Sebastián.

—Paz dio con una información y me ha revuelto las ideas. Es irracional pensar que King fue mi padre, lo digo porque nunca me quiso a su lado.

—No es tu padre, al menos que a mí también me lo hayan ocultado. No pienses en eso, solo te descontrolará y ahora necesitamos estar bien concentrados.

—¿Qué más sabe al respecto? —lo presionó.

—Deja ese asunto para otra ocasión, muchacho. Has vivido toda tu vida sin saber y tal vez es mejor seguir así. Hay cosas más urgentes de las que ocuparse. ¿Hiciste lo que te pedí? Hay que ver que traigan provisiones, armamento. Enfócate en esto último, cada quien vino armado, pero no es suficiente. Piensa en cómo traer más armas, sino seremos un blanco fácil. Refuerza las comunicaciones con las personas del listado que te entregué y utiliza tus conocimientos para que nuestras redes no sean descubiertas por el ejército de King. Más temprano que tarde sabrán que estamos aquí.

37



Antes que los dos se retiraran del cuarto para hablar sobre los asuntos militares y me quedara sola, volví a la carga y le pedí explicaciones a Sebastián sobre mi guía y mi anillo. Sebastián constató que Iris seguía afuera, en el portal, y que nadie más estaba en la habitación con nosotros. Develó ante mi padre lo que había mantenido en secreto hasta el momento y de cuya existencia solo yo conocía en parte. Hizo una seña para llamar a su araña, esta bajó por su brazo y con cada pisada iba cambiando de la tonalidad incolora a la metalizada. La tarántula quedó de pie sobre una mesa e hizo un sonido que resultaba molesto, aunque había sido en un volumen reducido. Aquel chirrido despertó el cuerpo que se ajustaba en mi antebrazo porque volví a sentirlo y luego lo vi pasar del tono cristal hasta el plateado. Admiré la hermosa libélula que permanecía como brazalete y agradecí porque fuera diferente a la guía de Sebastián. Se parecía a las libélulas de mi sueño. El insecto comenzó a estirarse, extendió sus alas transparentes y voló hasta posarse en el dorso de mi mano. Ahí comenzó a sacudirse y emitió unas profundas arcadas que concluyeron en la expulsión a través de su boca de mi anillo. Lo tomé con prisas. Sebastián tomó la libélula en sus manos y algo le hizo que de inmediato salió desplegado el instructivo de uso en una imagen holográfica.

—Es tu nueva guía estilo Tierras inhóspitas. Lee las instrucciones lo más rápido que puedas. No tendrás mucho tiempo —me dijo Sebastián

sonriendo—. Por cierto, mis juguetes me ayudan a hacer estas cosas. También me permitieron restaurar a Max.

—¿Estás jugando, muchacho? —le dijo mi padre—. ¿Es segura esta tecnología? ¿Hiciste las pruebas pertinentes?

—Estoy en eso, general —le dijo Sebastián—. Comencé con la mía cuando aún estaba viviendo en la UNA. No pensé tanto en las implicaciones que tendría y el uso que le daríamos. Quise cubrir mi necesidad de tener una guía indetectable. La de Paz la hice después de mi regreso, en el período que pasé retirado en mi residencia.

Mi padre se concentró en leer el instructivo de mi guía. Yo me replegué a su lado e hice lo mismo. El general terminó de leer primero que yo e hizo ese gesto de cuando quiere emitir su opinión sin verse comprometido. Expuso el comentario que suele dar en esos casos:

—No está mal, pero hay que ajustar algunas cosas si quieres que se convierta en nuestra guía. ¿Cómo dijiste? Estilo Tierras Inhóspitas.

—Bromeaba con respecto a eso, pero hace unos minutos que no deja de darme vueltas en la cabeza —aceptó Sebastián.

—Necesitamos estar comunicados y nuestras guías ya no son un modo idóneo.

Sebastián y mi padre salieron a hablar del asunto y yo me quedé practicando las funciones de la nueva guía. Me recosté y puse los pies en alto para descansar mientras jugaba con la libélula posada en uno de mis dedos. No requerí de mucho estudio para aprender las funciones básicas, porque estas se asemejaban en parte a mi guía en su forma anterior. Dejé lo más sofisticado para otro momento y me concentré en las acciones que más me interesaban, como por ejemplo aprender a sincronizarla con mi anillo. Lo logré y me dio satisfacción que Sebastián no hubiere obviado esa función.

Una vez dentro de los archivos de la guía de Karena, no pude evitar seguir la recomendación de Sebastián. Busqué documentación como actas de nacimiento, matrimonio, etcétera. Investigué el nombre de soltera de Karena. No bastaba con incitar a Sebastián a que indagara sobre su pasado por lo que encontré en la guía de su madre, tenía que descubrir su origen. Lo que hallé fue extraño. Cuando Karena se casó y adoptó el nombre King, se cambió el nombre no solo como parte de la tradición, sino para cortar los lazos con su pasado. Su apellido de soltera era otro enigma, no aparecía. Yo estaba segura que la clave era indagar en el pasado de Karena, tomando en cuenta que Sebastián era mayor que Ademar. Descubrí que el

acta de matrimonio con Ademar padre precedía seis meses al acta de nacimiento de Ademar hijo. El acta de nacimiento de Sebastián, con apellido King, aparece con la misma fecha de matrimonio de Karena y Ademar padre. Eso, tomando en cuenta que sea verdadera la historia que Karena me contó en el jardín, concuerda con lo que ya conozco. Algo tan nefasto que solo podía ser entretejido por la mente de Ademar King. Apoderarse del amor de una mujer, aunque tuviese que invadir su cuerpo a través de la ciencia para embarazarla. Karena ya le había revelado que se estaba enamorando de él, pero tenía lazos demasiado fuertes al otro lado de la frontera. De Sebastián no encontré otro documento. «Sebastián es casi dos años mayor que su hermano, él mismo me lo aseguró, lo recordaba de su niñez. Eso solo puede significar una cosa», pensé. Me levanté de golpe mientras sacaba las cuentas y llegaba en pocos pasos hasta Sebastián. Era algo tan obvio que no supe como no lo intuí antes. Lo encontré poniéndose de acuerdo con unos soldados para reforzar la seguridad de nuestro punto de ubicación. Agarré a Sebastián por la solapa y lo arrastré lejos de todos. Le solté sin aspavientos:

—Tu padre es de la UNA. Ella tiene que haberte traído consigo de allá. Solo así puedes ser el hijo mayor de Karena, de lo contrario tu padre sería Ademar King y eres el hijo concebido en el cautiverio.

Sebastián se quedó mudo unos minutos, como interconectando los puntos que lo llevaban a reconocer la veracidad de mi descubrimiento. Si Sebastián no era el hijo engendrado en la prisión y las actas insinuaban que no lo era, solo mi explicación podía arrojar un poco de luz sobre ese asunto.

—Tu padre tiene que saberlo y me lo ocultó todo este tiempo. Si aceptó cuidar el encargo de los King era porque de seguro lo sabía —dijo apabullado por la información que ahora se le hacía evidente.

Sebastián se dirigió hacia donde estaba mi padre y ya no le dio más opción. Le dijo exaltado:

—Mi padre es de la UNA, lo descubrimos. Ya no tiene que guardar el secreto. Diga lo que sepa, ¿para quién es su lealtad?

Mi padre vencido le argumentó:

—Mi lealtad siempre ha sido para mi familia y tú lo eres. Has sufrido demasiado, te va a doler, pero es la vida que te tocó y aguantarás conocer la verdad sobre tu nacimiento. Siempre pensé que te avergonzarías al conocer tu procedencia y esa idea me exigió guardar silencio, solo hasta hoy me doy cuenta que lo creía debido a mis propios prejuicios. Cuando Karena

aceptó casarse con King solo le puso una condición. Karena no fue capturada sola, ella traía consigo un pequeño niño de un año, único hijo de su primer esposo, quien falleció en el enfrentamiento —hizo una pausa por respeto a Sebastián—. Su bebé había permanecido con ella en el encierro debido a los privilegios de los que le hacía gozar Ademar King. Karena pidió para su hijo toda la protección y la inmunidad que tendría para ella misma. King intentó amar a ese hijo, pero luego arrepentido al conocer su temperamento decidió tomar precauciones. En el tiempo que convivió contigo, Sebastián, hasta que cumpliste los 6 años, se dio cuenta que no le sería fácil dominarte sin un estricto entrenamiento. Temió que cuando crecieras y conocieras la verdad de tu origen te revelaras contra él. Él dio muerte a tu padre, no por su mano, pero sí lo hicieron sus soldados siguiendo sus órdenes. Karena se enamoró del asesino de su esposo. —Mi padre hizo silencio, creyó que era demasiada información.

—Continúe, dígame todo lo que sepa de una vez —exigió Sebastián.

—Ademar King convenció a Karena que era mejor que crecieras en el anonimato por tu seguridad. Insistió, creía que si los familiares del esposo fallecido sabían que tú habías sobrevivido, harían lo imposible por arrebatarte de sus brazos. King te dejó bajo mi custodia y te metió en la Academia Militar nada más pudo hacerlo. No me preguntes el nombre de tu padre porque nunca me lo dijeron. Los King tomaron sus medidas para que no tuviéramos acceso a esa información, pero si quieres investigarlo solo tienes que buscar el nombre de soltera de tu madre e indagar en los archivos de la UNA esos datos.

Sebastián no necesitó escuchar más. Se separó de nosotros y caminó por entre los matorrales hasta que se perdió de nuestra vista reclamando aquel instante a solas para desbocar toda su tristeza y toda su ira. Intenté correr tras él pero mi padre me detuvo:

—Déjalo desahogarse, vendrá cuando lo haya asimilado, es un hombre sensato.

A partir de entonces, Sebastián estuvo resentido, cabizbajo y demasiado pensativo. No me permitió volver a hablar del tema en su presencia, ni quiso indagar más sobre su familia. Ya era demasiado para él lidiar con lo que había descubierto.

En los siguientes días continuaron arribando soldados, oficiales y consigo traían armamento, recursos, vehículos, todo lo que íbamos necesitando para edificar en aquellas ruinas nuestra nueva fortaleza. Los que llegaban traían un código que nos permitía confiar en ellos. En uno de

los arribos llegó mi prima, con su madre y con Owen, lo que fue una gran alegría para nosotros. Por ellos supimos que Ademar a pesar de ver a su ejército desertar y a un número considerable de sus hombres abandonar la ciudad no detuvo su triste toma de poder. Aunque no nos habíamos pronunciado todavía en su contra, él debía estar tomando las medidas para aniquilarnos y por el fluido grupo que arribaba, era posible que el secreto de nuestra ubicación ya había llegado a sus oídos. Mi padre había dejado a algunos hombres en calidad de agentes encubiertos, de los que también íbamos obteniendo información.

Los de la UNA se pronunciaron ante nosotros más rápido de lo que nos lo imaginamos. Mandaron un grupo de emisarios en son de paz para conocer nuestros propósitos con respecto a ellos. Sabíamos que lo hacían con discreción y a escondidas de Ademar King II, para no debilitar las relaciones con ellos, pero querían quedar bien con nosotros. Uno de los recién llegados de la UNA, mencionó la idea que sobrevolaba entre las altas esferas políticas de su parte del mundo, que un grupo de oficiales se estaban separando del ejército de King, con la intención de derrocarlo, de dar un golpe de estado. Mi padre descubrió que los de la UNA, bajo la fachada de cualquiera de los Tratados de Tolerancia vigente en su tiempo, no perdían el deseo de aniquilar a la Sociedad Autocontrolada y lo que buscaban era aliarse a las fuerzas de mi padre para poder vencer a la tiranía King.

Por eso el general Verena pidió unos minutos en la reunión con los negociadores enviados de la UNA y llamó a su gente a discutir aparte el asunto. Los enviados de la UNA aguardaron mientras nos reunimos en uno de los salones que ya había sido reconstruido. Todos nos alzábamos de hombros con la visita inesperada. Los oficiales de mi padre estaban dispuestos a negociar, querían luchar, querían derrocar al tirano al que antes habían seguido. Mi padre les pidió calma. Un oficial dijo:

—Es buena oportunidad para aliarnos con la UNA y enfrentar a los King antes que vuelvan a levantarse. Ahora están todavía tratando de entender qué pasó, tienen bajas en armamento y tecnología; aún no reconstruyen los estandartes de su poderío derribados por las bombas de la UNA —mencionó el general Baeza.

—Esos estandartes también nos enorgullecieron durante mucho tiempo. Tampoco hemos terminado de erigirnos y de tener bases sólidas —murmuró el general Walker—. Si abandonamos la ciudad fue porque aspirábamos a ser libres de la tiranía King, queríamos un mundo más justo,

pero basado en nuestros ideales, no basándonos en los principios de la UNA. Somos menos numerosos y contamos con menos recursos que los líderes de la pentarquía —dijo en tono despectivo—. Al volvernos sus aliados seremos una especie de lacayos. Nuestra desventaja vuelve a la UNA más poderosa. Nuestra división con la Sociedad Autocontrolada hace más fuerte a la UNA.

—Ambos tienen razón —intervino el general Verena—. No nos conviene aliarnos, pero tampoco negarnos. No sabemos qué tan hostil será la posición que tomen los King contra nosotros. Tenemos que pronunciarnos ante King y sus seguidores, dejarles en claro nuestro mensaje y si deciden atacarnos entonces nos defenderemos.

—Tal vez terminemos firmando una alianza con la UNA porque sea vital para defendernos, no descartemos ninguna opción —insistió el general Nelson—. En este momento dar cada paso después de una planeación estratégica es lo que nos permitirá tener éxito.

Otros más opinaron y en consenso decidieron que no era el momento de definir la alianza. Eligieron no dejarse presionar por la urgencia nerviosa de la UNA. Me conmovía ver a mi padre y a los generales debatir. Quise aportar algo, pero no estaba segura. Ellos con sus estrategias trazadas desde una visión militar y yo con una corazonada, que no sabía si sería bien acogida. No me dejé intimidar por la experiencia de los generales y me atreví a sugerir algo, después de todo, solo Sebastián y yo les llevábamos ventaja en conocer la UNA en sus adentros.

—Pidan que el representante de una nación de la UNA acuda para negociar en persona. Mantengamos con firmeza que no trataremos con intermediarios —dije y todos se voltearon a verme. Ni siquiera opinaron, de alguna manera sabían que lo sugerí con segundas intenciones. Me sentí motivada por el crédito que me dieron los generales. La verdad era que yo sabía que solo uno de los representantes de la UNA tendría el valor de acudir en persona.

Mi padre me leyó la mente antes que terminara de decir la última palabra, se pronunció a favor y los demás aceptaron.

Mientras los generales se ponían de acuerdo Sebastián me llevó al fondo y me dijo:

—No sé si esté listo para recibir a tu hermano.

—Tendrás que enfrentarlo o huirás de él toda la vida. Así tendremos la oportunidad de enterarlo de lo que está aconteciendo con nosotros.

Lo abracé y él recostó la cabeza sobre mi hombro. Compartió conmigo durante pocos minutos el peso que lo abrumaba.

El mensaje que emitieron los generales en voz de Walker, les quedó muy claro a los negociadores de la UNA, quienes les extendieron la mano a los oficiales antes de marcharse. La autoridad entre ellos hizo la última pregunta:

—¿Quién es el líder de su movimiento?

—El general Edgar Verena —contestó el general Nelson, mientras le palmeaba el hombro a mi padre con orgullo. Papá aceptó el reto a sabiendas del peso que traía consigo.

38



En los próximos días continuamos edificando nuestro hogar. Los aliados siguieron llegando y trayendo los recursos que íbamos necesitando, también traían noticias. Ya pasábamos de trescientas personas. No éramos un número difícil para el ejército de Ademar King II, quien con rapidez colocaba cada pieza de ajedrez que perdía. William Allen era su mano derecha, como lo había vislumbrado el fallecido esposo de Karena. Ademar King II había tentado a notables generales dándoles los puestos de mayor fuerza. Había prometido grandes ganancias y privilegios a los líderes de sus ciudades-estados para mantenerlos fieles a su causa. Ya había reemplazado a mi padre y continuaba haciendo movimientos para fortalecer a su ejército.

Una de las tardes de más trabajo, mientras los soldados continuaban sin descanso transformando nuestro punto de residencia, vimos arribar el mayor número de hombres y mujeres. Ahora no solo eran los soldados, sus parejas, sus hijos, ingenieros, médicos, científicos, incluso artistas iban apareciendo. Me hicieron llamar hacia las siete de la noche a una de las oficinas improvisadas. Varios soldados permanecían armados, pero en posición de descanso. El general Walker me recibió y me explicó que había llegado un grupo proveniente del Instituto de Planificación Familiar. Comenzó a leer una lista que tenía en una de sus manos. Mencionó que el grupo estaba conformado por ingenieros genetistas, ingenieros biomédicos, anestesiólogos, ginecólogos, especialistas en medicina

reproductiva… Walker terminó por hacer la lista a un lado y englobar a todas las demás profesiones en un largo etcétera.

—Ya veo. ¿Para qué me necesitas? —le dije al general, quien con cara de pocos amigos, seguía observando con desconfianza al montón de hombres de ciencia, cuyos rostros alargados reflejaban el agobio y el arrepentimiento por haber abandonado sus espacios antisépticos, para aliarse a una causa ubicada en un entorno tan hosco.

—Aquí está la directora del Instituto de Planificación Familiar, pidió verte —reveló.

—¿Qué? —admití incrédula y pasé los ojos por encima de cada recién llegado en busca de Rita Roger.

Al final del grupo, una mujer de espaldas se volteó hacia mí. La miré y entendí más de lo que me alcanzase a explicar. Le extendí la mano:

—Bienvenida, doctora Hébert —dije lo más convincente que pude.

—Gracias, Paz —dijo estrechándome la mano—. Por un momento temí que no nos recibieran por mi cercanía con la familia King, pero han pasado tantas cosas —dejó de explicarse al entender que ni el general Walter ni yo les pediríamos razones de su arribo.

—Si mi padre y los generales desertaron, ¿por qué no iba a hacerlo usted? A lo mejor hasta tiene más razones que nosotros mismos —admití a la par que Earta hacía un ademán de suficiencia, convencida de su estatus de víctima de la familia King.

—Estas personas están conmigo, trabajaron bajo mi dirección en el instituto y no pudieron aceptar el cambio y todas las injusticias.

—Entiendo —dije a secas.

—Venimos a unirnos a la causa de tu padre, no somos soldados, pero somos muy buenos en lo que sabemos hacer —dijo y enfatizó al reparar en mi vientre abultado de unas veinticinco semanas, que era imposible de disimular—: Nos acompañan ginecólogos y trajimos suministros médicos.

—Lo que cada uno de ustedes nos aportará será apreciado por nosotros, pero tendrán que adaptarse a nuestras condiciones de vida —le recordé.

Me volví al general Walker, el que hizo un gesto de complacencia para luego comunicarles a sus hombres, que les dieran lugares donde establecerse a la doctora Hébert y a los demás. El general Walker y yo salimos de allí. Él caminó a mi lado en silencio. No aguantar la curiosidad y le pregunté:

—¿Está de acuerdo con que Earta Hébert se quede?

—No titubees, tomaste una buena decisión —dijo.

—Earta trajo a toda esa gente, ellos creen que su exdirectora los está rescatando y ellos son en realidad el boleto de entrada de la doctora —dije y Walker sonrió.

—Hay que poner a esa gente a trabajar en lo que mejor sabe hacer. Tenemos que reproducirnos —dijo y no terminé de captar si bromeaba o lo afirmaba como una necesidad.

—Si ya rompimos con los King, también hay que hacerlo con sus estatutos y su forma de planificar la natalidad —le reté.

—El problema es cambiar esa idea del hombre nuevo y perfecto tan instaurada dentro de cada uno de nosotros mismos —dijo dudando—, y más porque hemos visto los resultados. Tú como médico has de conocer la historia de la Medicina y todos los males que hemos erradicado gracias a la manipulación del genoma humano. En eso no podemos negar que la doctora Hébert y su equipo son excelentes.

—Esa idea la erradiqué por completo y no me arrepiento —le dije insinuándole que mi hijo había sido procreado de forma natural.

—Me agradas mucho, casi tanto como tu padre —mencionó con una amplia sonrisa.

En determinado punto del camino nos dirigimos hacia lugares opuestos. Caminé en dirección de las bodegas improvisadas para verificar nuestros insumos médicos y el material que trajeron los del instituto. Quería cuantificarlo para poder utilizarlo de una manera organizada. Una vez dentro me percaté que requeriría apoyo y que era más de lo que imaginé en un inicio. Comencé a revisar los estantes, pero tuve que frenar, un pensamiento intrusivo no me dejaba concentrarme. La gente había seguido a mi padre por diversos motivos, el denominador común era el rechazo hacia los King y eso no sería suficiente. Incluso los oficiales más cercanos a mi padre podrían tener sus propias expectativas de nuestro movimiento improvisado. No sabía cómo le iba a hacer, pero creí que sería importante que los nuestros volvieran a confiar en las posibilidades de éxito de los niños concebidos de manera natural y Earta Hébert con su equipo médico serían pieza clave en mi proyecto. Si lograba convencerlos, a ellos que habían sido líderes de la reproducción durante tanto tiempo, lograría tener credibilidad para otros.

Una voz conocida me nombró, me sobresalté y me giré de espaldas. Casi no la reconocí por la cantidad de ropas que la cubrían. Era Rita Roger. En tres segundos ya estaba junto a mí.

—¿Llegó con los que vinieron del instituto? —le pregunté.

—Sí. Me di cuenta que algo raro estaba pasando con parte del personal. Me puse a investigar y vi que planeaban sustraer algunos vehículos del instituto, girar órdenes y simular un viaje para un congreso fuera de la capital. Me pregunté a quién se le ocurría planear un congreso en estos tiempos. No encontré ningún evento en el área señalada. A pesar de eso, firmé las órdenes y giré los permisos correspondientes. Uno de los doctores es mi amigo desde tiempo atrás, mucho antes de Earta, lo confronté y me lo contó todo. Hice que me ayudara. Viajé con él, escondida en su auto y ahí permanecí incluso dentro del tren cuando nos introducimos en el túnel. Él se negó a aceptar a compartir el automóvil con otras personas. Como es un médico excéntrico y muy entrado en años, nadie le pidió explicaciones por algún comportamiento raro de su parte —hizo una pausa y me fijé aún más en la palidez de su semblante.

—Está exhausta. Venga conmigo, buscaré un lugar para usted.

—No quiero que nadie sepa que estoy aquí —se apresuró a decir.

Le ofrecí sentarse en una silla y ella lo agradeció. Busqué entre las cajas de suministros médicos un par de botellas con suero de rehidratación oral y se las brindé. Rita casi bebió hasta la mitad del frasco sin parar, y siguió tomando a sorbos el resto. Esperamos hasta que las sales le hicieron sentirse algo mejor y le dije:

—Necesita descansar y alimentarse. Vamos, la llevaré a un lugar más cómodo.

—Ya ni sé qué hago en este sitio. Me dejé guiar por la desesperación. Tuve esperanzas de que con la guerra nuestro suplicio acabara, y de nuevo el Tratado de Tolerancia volvió a dejar todo justo como al principio —respiró hondo y continuó—. Me cansé de esperar. Vine hasta acá porque quiero involucrarme, quiero hacer algo para que termine nuestro sufrimiento.

Siempre sospeché que Ademar King tuvo que ver con el deceso de Marcus Roger. La repentina llegada de Rita, me reafirmaba que ella no perdonaba el agravio causado por los King. También sabía del gran amor de Rita por su hija, ella misma me había ayudado en varias ocasiones y solo una cosa me había pedido a cambio: intentar proteger a Sara y a Ademar King III si ganábamos la guerra. El que Rita estuviera aquí, traicionando de cierta forma a Sara, me desconcertaba. Nunca la creí capaz de dar este paso, no por fidelidad a los King, pero sí por lealtad a Sara. Yo había

notado desde que la conocí, que la mirada de Rita intentaba disimular el escozor que le producían los King cuando estaban en su presencia.

—¿Eso quiere hacer? Está en el lugar correcto —dije con las palabras girando en mi mente sin lograr asentarse. Su hija era la esposa del tirano contra el que Rita quería luchar. Más escabroso aún era pensar, que el hombre contra el que ella quería pronunciarse, era el padre de su nieto. Rápido, como una idea sibilante, se me coló el recuerdo de los lazos que unían a Sebastián con los King. Negué con la cabeza y antes de pensar algo más escuché a Rita responder:

—Mi hija no puede más y yo no sé qué hacer para ayudarla.

La miré de frente, me sumergí en la profundidad de sus ojos, para intentar entender. «¿Escuché bien o me lo había imaginado?», pensé. Sacudí la cabeza y admití:

—No le entiendo.

—Mi esposo no falleció de la forma que aparece en su acta de defunción —hizo una pausa interminable.

—Eso lo sé —dije para intentar animarla a proseguir.

—He vivido como muchos de los que fingen no ver, pero yo no lo acepto, ni lo aceptaré jamás. Creo que los Roger estamos recibiendo nuestro merecido después de tanto perjuicio que ocasionamos a la humanidad, después de quedarnos callados ante tanta impunidad, cuando el mal no nos golpeaba a nosotros. La historia de mi esposo y de Darcio Hébert se repitió en varias ocasiones. Solo hasta que nos tocó sufrirlo de cerca pudimos sentir empatía por otras víctimas y eso es lo que más me avergüenza. Nuestro egocentrismo no nos dejaba ver más allá de nosotros mismos.

En ese momento me sentí invadida por sus palabras. ¿Acaso los Verena no habríamos cometido el mismo error? Me vino a la mente la imagen de mi padre y me negué a creerlo, busqué cada diferencia entre el proceder de los Roger o los Hébert con los de mi familia.

—Ya ni sé que hago —repitió—. Nadie puede ayudarnos. Me iré ahora mismo.

—Aguarde —insistí—. Estar allá después de este paso será muy peligroso para usted.

—No vine para quedarme. Solo vine a establecer alianzas. Cuentan conmigo para derrocar a los King de la silla del poder, a cambio pido una cosa, que eximan a mi hija y a mi nieto de cualquier culpa o castigo que pueda recaer sobre ellos. Sara no vive ajena al sufrimiento de los demás

como podría parecer, ni se ha insensibilizado ante quienes nos arrebataron a su padre —dijo.

—Pero el responsable de la muerte de su esposo ya está muerto. Ademar King II es un ser funesto, pero ama a su hija, de eso no hay dudas. —Odié tener que defender a Ademar hijo después de haberlo visto descargar su arma contra Dafne y contra Leila.

—La familia King siempre ha funcionado en equipo. Todos ellos estuvieron de acuerdo en asesinar a mi esposo. Convirtieron a Marcus en una especie de leyenda que inspira a las personas que los King se han empeñado en dominar. Lo hicieron para ocultar la fechoría. Marcus en determinado momento de su vida comprendió, más en el sentido científico que moral, que su creación del hombre nuevo, iba a incidir de forma negativa a futuro en la especie humana. Había características de nuestra especie que se debilitaban, que atentaban contra la esperanza de vida y el funcionamiento del cuerpo humano. Es más, concebir, lo que para nosotros debió ser un proceso natural se transformó en un procedimiento costoso y complicado. Las personas temen reproducirse sin las pautas que exige el Instituto de Planificación Familiar. Marcus decidió hacer algo. Le tomó mucho tiempo dar el primer paso. Yo hubiese querido que lo hiciera por las implicaciones éticas, pero no, tengo que reconocerlo. Mi esposo refutó sus teorías y quiso revertir la situación porque no aceptaba los errores en su diseño del hombre nuevo. Decide retroceder hasta el punto confiable de sus investigaciones y volver a intentarlo. Eso significaba que las últimas generaciones, las afectadas, tuvieran que vivir con el estigma del defecto y lo que eso representaba para su salud. Ademar King se negó, apresó a mi esposo para contenerlo e intentar hacerlo cambiar de opinión.

—Le hablaré a mi padre de inmediato, él tiene que escucharla —dije.

—¿Crees que no lo sabe? ¿Cuántos Marcus Roger no se atravesaron en los planes de la familia King, mucho antes del propio Ademar? Ahora tu padre es uno de ellos. Solo hasta que nos toca vivirlo dejamos de ser indiferentes —admitió.

—¿Y si mi padre se equivocó, pero ya despertó? De todos modos, no hablaré por él —dije—. No sé hasta qué punto está implicado en las atrocidades de los King. Quiero creer que nunca dejó que los King corrompieran su ética personal, de lo contrario no estaríamos hoy aquí, resistiendo a sus embates.

Rita se puso de pie y me pidió permiso para acceder a los medicamentos. Caminó entre las cajas que permanecían apiladas y buscó

unos calmantes. Se tomó uno con la segunda botella del suero de rehidratación oral. Volvió a sentarse y me dijo:

—Sara y yo quedamos destrozadas cuando Marcus fue apresado. Hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance, hablamos con Karena, con Ademar King II. Ellos siempre intentaban tranquilizarnos y asegurarnos que todo se solucionaría. Para ese entonces Sara y Ademar hijo estaban comprometidos, con la fecha de boda en puertas. Sara se negó a casarse si su padre no recobraba la libertad. Ademar King II con el ímpetu que lo caracterizaba dijo que ese asunto quedaría resuelto de inmediato. Mi esposo fue liberado y le otorgaron unas largas vacaciones de todas sus responsabilidades laborales para que se recuperara. Llegó la ceremonia, Sara fue conducida del brazo de su padre como una ofrenda de paz a la familia King. Cuando todo se calmó y mi esposo regresó a sus funciones cotidianas, había terminado de escribir su Antítesis. Cuando expuso sus fundamentos e intentó convencer a sus colegas y a sus alumnos, todos le dieron la espalda. La confrontación entre mi esposo y King fue tan fuerte, que este último volvió a apresarlo; esta vez con una sentencia de muerte a puertas cerradas o lo que es lo mismo, mandó a asesinarlo. Mi hija recurrió a su esposo, le suplicó, le imploró, pero Ademar King II se mantuvo firme y respaldó la sentencia emitida de su padre. El dolor nos carcomió desde adentro, desde lo más profundo de nuestro ser. Nos amenazaron con que si decíamos algo ambas íbamos a correr peligro. Yo me replegué en mi dolor y me escondí del mundo en las ruinas de mi hogar. Sara tuvo que aprender a vivir con los asesinos de su padre.

—Ya es tarde. Duerma esta noche, coma algo y mañana decidirá qué hacer —intervine ante sus revelaciones al ver el dolor que la consumía al recordar.

—Mi nieto está enfermo —dijo derrumbándose—. Por causa de la insistencia de Ademar King de seguir adelante con las primeras teorías de mi esposo. La forma de interactuar con los genes hizo que estos se debilitaran y el niño tendrá que vivir toda su vida con fuertes daños en su sistema inmunológico. No es el único, sé que esta falla afecta a un porcentaje bajo de la población. No podemos tener el dato exacto porque los casos no son documentados de forma apropiada, al contrario, los ocultan para que la gente siga confiando en los procedimientos del Instituto de Planificación Familiar. He estado investigando, pero los datos están muy bien disfrazados. Tal vez Earta sepa al respecto. Ademar King II se niega a verlo, aunque tenga la prueba fehaciente dentro de su propio

hogar. Ahora que el niño no satisface todas sus expectativas se ha empeñado en tener otro hijo y Sara está renuente a aceptar tal imposición por segunda vez.

—¿Qué puede hacerse? —dije terminando de asimilar a la Sara que se me revelaba a través de las palabras de Rita.

—La familia King no deja avanzar las investigaciones que pueden ayudarnos a corregir el procedimiento para el resto de los niños por nacer, con mi nieto ya no se puede hacer nada más que procurarle una buena calidad de vida. Será un niño propenso a las enfermedades.

—Rita, no sé si soy la aliada que usted necesita. Le seré franca. Usted es una científica que busca el desarrollo. Yo soy médico y lo que deseo es buscar una opción de vida saludable para los niños afectados. No busque en mí una aliada para continuar con las investigaciones que King no le permitió desarrollar a su esposo. Yo quiero detener las atrocidades del Instituto de Planificación Familiar, pero de una forma definitiva. Yo viví en la UNA y vi a muchas personas nacer sin que sus genes fueran manipulados.

—Entiendo —dijo acariciando mi vientre—. No será fácil convencer a las personas que dejen al azar lo que ya aprendieron a controlar, y más cuando se trata de su descendencia. Yo ya me cansé de luchar por los ideales de mi esposo, me acerco a la vejez y no quiero dejar a mi hijo y a mi nieto en manos de Ademar. Solo me interesa rescatarlos y para eso necesito tu ayuda. Cuenta conmigo. Ahora lo que necesito es regresar cuanto antes, si descubren que llevo fuera mucho tiempo podría perjudicar a Sara.

—Si desea regresar la ayudaré a acercarse a la frontera mañana al amanecer. Permanezca aquí, es uno de los pocos lugares con privacidad. Traeré lo necesario para que pueda descansar y comer. Hablaré con mi padre para restringir el acceso de otras personas a esta bodega.

—No le digas al general —pidió.

—Mi padre no le negará la ayuda, usted nos apoyó bastante. Recuerde que somos aliadas —dije.

—Llamaste la atención de Sara desde el principio —recordó—. Desde que te conoció me dijo que eras diferente a la familia King, que podíamos confiar en ti. Comencé a ayudarte porque ella me lo sugirió, entre mi hija y yo no hay secretos. Estamos dispuestas a colaborar con ustedes para liberarnos de los King. Deseamos hacer lo mismo que tú hiciste cuando viviste con William Allen, deseamos brindar ese servicio.

—No puedo permitirlo es muy peligroso —dije imaginando el impacto de lo que Rita me estaba proponiendo. Yo había odiado cada segundo el papel autoimpuesto por mi madre, pero por otro lado reconocía, que la UNA había ganado varias batallas gracias a mi ayuda.

—Estamos cansadas de aguardar, es nuestra oportunidad, es nuestra elección. Solo te pido que protejas nuestra identidad, en especial de Casals.

—Pero Sebastián es leal —traté de convencerla.

—No me fío de nada que provenga de los King.

—Su nieto es un King de línea directa —dije para hacerle ver que podía confiar en las personas más allá de su genética o de su apellido.

—Tienes razón. Todo lo que estoy haciendo es para que no crezca como uno.

—Mañana temprano partirá de regreso a la capital. La escoltarán para que llegue a territorio de la Sociedad Autocontrolada. Por seguridad, mi padre será el único que sepa de nuestro pacto, no le diré a Sebastián si eso le da tranquilidad, se lo debemos por todo lo que nos ha apoyado. Dele un abrazo a Sara de mi parte, dígale que aprecio mucho su valor y usted haga su mejor papel como directora del instituto.

—Lo haré, más ahora que el instituto se está reconstruyendo y muchos secretos saldrán a la luz.

Rita se marchó en el mismo auto en que había arribado, escoltada por uno de nuestros vehículos, con soldados dispuestos a conducirla por una de las carreteras abandonadas por las que, con cierto sigilo, se podía acceder a territorio de la Sociedad Autocontrolada. Un día después, mi padre y yo nos mirábamos preocupados. Intentamos decir algo, primero uno y luego el otro, abríamos la boca para articular una sílaba y volvíamos a sumirnos en el silencio. Mi padre conocía bastantes de los detalles compartidos por Rita sobre la situación de Roger, pero algunos puntos de la historia eran ignorados por él, como por ejemplo el motivo real por el que Marcus Roger refutó sus propias teorías. La información que les había llegado a los altos mandos, era que Marcus Roger había sido acusado de traición y había sido sentenciado a muerte por la misma razón, haciendo uso de las leyes vigentes. Igual mencionó que para la población aquello se guardó como secreto de estado, debido a las implicaciones de las teorías de Roger en muchos de los logros de la Sociedad Autocontrolada. Abandoné la silla donde me encontraba y abracé a mi padre. Lo besé en la frente y él decidió despegar los labios:

—¿Quién sabe qué estará tramando King para justificar la deserción de tantos de nosotros?

—Sobre todo la tuya, papá. De seguro muy pronto nos enteraremos. Los aliados que abandonan las filas King y se unen a las nuestras nos traerán la noticia.

—No sé en qué momento llegamos a esto.

—Ni yo. Pero sí sé que cuando diste el primer paso hubo mucha gente decidida a seguirte, no puedes defraudarlos. Ellos tienen puestas sus esperanzas en ti. Ya estaban hartos de la tiranía King, pero nadie se atrevía a decirlo. Tú les diste las fuerzas.

—Yo solo quería la paz, a mi Paz.

—Padre, ¿qué cosas dices? No me quieras responsabilizar de esta revolución que se ha levantado alrededor de ti —dije.

—Hija, nada puede ser más sagrado que la familia.

—Lo sé, tú me lo enseñaste. Por un hijo estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario.

—Así estamos, cada vez la madeja se enreda más y se hace más difícil desenredarla. Agradezcamos por nuestros aliados, ahora tenemos que pensar qué vamos a hacer con ellos —dijo mi padre.

—Algunos de nuestros aliados vienen a nosotros porque piensan que vamos a fundar una tercera nación, otros se están preparando para derribar a los King de la cima en la que han permanecido por varias generaciones. ¿Usted que pensó, general Verena, cuando decidió guiar a los fieles de su ejército hasta estas tierras? —le pregunté.

—Yo solo pensaba en salvarte y me volví arrogante, enceguecido por mi propio poder. No cumplí con mi papel, no fui objetivo —admitió conmovido.

—¿Te lamentas por haber roto el juramento de lealtad hacia los King?

—Yo no les debo nada a los King, no les juré a ellos. Le juré lealtad a mi patria, a su gente, a mi ejército.

39



Los oficiales de más alto rango, mi padre y sus generales, se reunieron a puertas cerradas para intentar ponerle nombre a lo que estaba ocurriendo. A Sebastián, a Owen, a Diana, a mí y a tres jóvenes militares más, nos permitieron quedarnos. Los generales redactaron las bases del acuerdo de colaboración con América Unida. El general Nelson continuó diciendo:

—Ustedes nos acompañan porque, aunque nosotros todavía no somos viejos no queremos volver esto una dictadura con disfraz de democracia. Decidimos venir a Tierras Inhóspitas porque no las reclamaría nadie. El general Verena recordó la red de unidades abandonadas por las guerras y el paso de los años. No solo nos conformaremos con este sitio, iremos rescatando otros. Le daremos vida a esta parte del mundo que muchos consideraron inapropiada para la humanidad. Hay que limpiar las zonas tóxicas, reconstruir las edificaciones en ruinas o erigir nuevas construcciones en lugar de las que no puedan salvarse. Hay que enseñar a los que no tienen formación militar a sobrevivir en la naturaleza.

—Tenemos un amplio territorio a lo largo del globo terráqueo esperando porque lo reclamemos como nuestro hogar. Tenemos zonas costeras y eso es una gran ventaja para traer los suministros que necesitamos sin pasarlo por las tierras autocontroladas o autónomas. Tenemos un gran aliado. Él brindará apoyo para levantar nuestro movimiento —manifestó el general Verena—. Cuando sea oportuno se unirá a nosotros y seremos más poderosos. En las ciudades quedan muchas

personas cansadas de que la familia King y sus herederos utilicen nuestra nación como el traspatio de su casa. Tal vez la Sociedad Autocontrolada esté muy desarrollada en lo económico y no haya una pobreza tangible, pero la pobreza espiritual y la falta de libertad ya es insostenible.

Yo sabía quién era nuestro aliado, era el Jefe de Defensa de América Unida, cuando nos uniésemos tendríamos tierra a los dos lados del Atlántico. Mi padre me había comentado la noche anterior que el líder de América Unida nos había ofrecido asilo, aunque eso le costara la separación de la Sociedad Autocontrolada. También dijo que se rechazó el refugio debido a que comprometeríamos a nuestro aliado, y aniquilado por Ademar King II no sería de utilidad. La alianza y el apoyo de América Unida venía de su líder y la simpatía hacia nuestra causa provenía de su pueblo.

—¿Cuál será nuestro papel? —inquirió Owen motivado.

—Eso es algo que organizaremos. Tenemos que trazar nuestras estrategias, asignar responsabilidades, conseguir gente capacitada para los diferentes cargos y decidir hacia qué lugar es más factible crecer —indicó mi padre refiriéndose al territorio.

—¿Y Ademar King II no interferirá con nuestra expansión y desarrollo en Tierras Inhóspitas? —recordó preocupada Diana.

—Él intentará detenernos, eso lo sabemos. Pronto tendremos que cambiar de posición. Tarde o temprano tendremos que luchar, pero ahora que el temor no le permite mandar a su ejército a buscarnos, aprovechemos para hacernos más fuertes —le contestó el coronel Marten.

—Coronel, discúlpeme por contradecirle. Creo que el miedo es lo último que retiene a Ademar King II —mencioné.

—Entonces —dijo mi padre—, seremos más cuidadosos porque si eso no lo detiene, puede ser que Ademar King II esté aprendiendo a manejar su impulsividad y se esté volviendo precavido.

—Si por él fuera, ya se habría lanzado tras nosotros y nos hubiese despellejado vivos con sus propias manos —admitió el general Walker.

—Así es, Walker. Nuestro enemigo se ha vuelto más sigiloso, lo vemos en su proceder —reflexionó mi padre—. Ademar King II hubiese corrido con su ejército a sacarnos de nuestro refugio. Ha madurado, se ha vuelto más estratégico. Está esperando, pero desborda en deseos de aniquilarnos. Ha de estar tomando precauciones porque no sabe cuántos más huyan con nosotros en los próximos meses, ni quienes de nuestros aliados

permanecen en la capital. No está seguro de quiénes son en realidad sus seguidores, por eso actúa con cautela.

—Ademar siempre ha sido impulsivo como todos sabemos, pero tiene una cualidad que le ha permitido permanecer en el poder, se rodea de personas con criterio, de especialistas en las diferentes áreas. Quizás ha empezado a escucharlos antes de tomar las decisiones. Su madre continúa a su lado intentando servirle de guía —acertó Sebastián.

Sebastián continuó refiriéndose a ellos como si no fueran familia, como su propia madre le había enseñado a hacer. Con el afán de protegerlo Karena lo había arrojado fuera de sus vidas y él no solo ya no se sentía parte, sino que se había vuelto su enemigo. Me reconfortaba haber escuchado a los generales. No me sentía tan responsable de haber hecho colapsar la carrera de mi padre, cuando tantas personas habían corrido impulsados por él. Sebastián lo había dicho una vez, que a la persona que tenía que temer Ademar King II era a Edgar Verena. El general Verena tenía un halo de confianza alrededor de él que inspiraba a sus allegados, no provenía de una familia poderosa y su ejército se podía ver reflejado en él, su carrera había estado cubierta de obstáculos y era un ejemplo vivo de lo que otros podrían lograr siguiendo sus pasos. Cuando le preguntaba a mi padre cómo le había hecho para llegar a ocupar cada uno de los puestos que desempeñó, siempre me contestaba lo mismo: «con trabajo». La gente a su alrededor confiaba en él. Apolo había heredado las mejores cualidades de mi padre sin conocerlo, lo noté en la corta temporada que vivimos juntos y aunque eso me agradaba, lamentaba darle otro crédito a la genética en el desarrollo de su personalidad.

Al salir de la habitación, me abracé con fuerzas a Sebastián. Miré a Sebastián a los ojos y ya tenía sus brazos alrededor de mi cuerpo. Le veía sonreír después de un par de días de traer el rostro tenso. El sabor de sus labios siempre me sorprendía porque jamás me aburría de ellos.

—Creo que tendremos que ponernos a trabajar para tener un poco de privacidad —mencioné recordando que no teníamos un lugar solo para nosotros.

—No somos los únicos con el mismo problema —dijo señalando a una pareja a lo lejos.

—Me siento libre por primera vez y es increíble que podamos construir desde cero el lugar donde vamos a vivir.

—No te negaré que me preocupa el nacimiento de nuestro hijo en estas condiciones —manifestó algo que también me daba vueltas en la cabeza.

—Aún falta tiempo para eso ya buscaremos la forma de solucionarlo —dije—. Al menos tenemos a los mejores especialistas de la nación de nuestro lado.

Me besó en los labios mientras lo miraba a los ojos y recordaba el largo camino recorrido para llegar hasta este punto: mi lucha contra el amor que le sentía, mi rebeldía inconsciente y las ganas de cambiar el mundo, los reencuentros tras nuestros fracasos al creernos más fuertes que el sentimiento que nos excedía. Nos escabullimos de la vista de todos, nos alejamos y nos escondimos en el lateral de una construcción.

—Está muy silvestre aquí afuera —dije temiendo que saliera algún animal de entre los árboles a unos pasos de nosotros.

—Estás conmigo y es de día. Nuestro primer paseo bajo las estrellas fue aún peor y la terminamos pasando bien —recordó.

Me invadió la risa, me daba gusto que hubiese recuperado su sentido del humor y que por unos minutos pudiese relajarse después de días de tanta tensión. El sol nos iluminaba y podía perderme en la calidez de sus ojos. Estábamos en medio de ese beso dulce, que te va envolviendo hasta olvidar todo a la redonda, cuando escuchamos demasiado ruido en la entrada principal. Nos sobresaltamos y corrimos para ver qué ocurría. Vimos que los soldados detenían a una caravana militar en la entrada.

—Tenemos que buscar a Iris —susurré en voz baja temiendo que el ejército de King hubiese lanzado una ofensiva.

—Tranquila. —Sebastián me detuvo por la cintura—. Si fuera el enemigo los equipos de guardia que tenemos a lo largo del camino habrían avisado con tiempo para que tomáramos precauciones.

—¿Y si los emboscaron?

Sebastián actuó con precaución pero caminó seguro, gracias a su instinto y a su experiencia se dio cuenta que sucedía algo distinto a lo que yo temía. Me pidió acudir con el resto de mi familia mientras él con el arma desenfundada marchó hacia la puerta a reunirse con el guardia que avanzaba en busca de una autoridad. Sebastián dialogó con el soldado y este último continuó caminando hacia la dirección donde se encontraban los generales. Bordeé la estructura de cemento con la intención de colarme en el interior del inmueble cuando vi a un hombre conocido bajar del asiento del conductor del camión. Sebastián se quedó en la caseta con los brazos a lo largo del cuerpo. Al borde del camino de la entrada, la efigie de Apolo me hizo abandonar la idea de alejarme; pensé que era producto de mi cansancio hasta que él me hizo señas. Solo hasta estar más cerca pude

divisar sus ojos llenos de expresividad que, aunque estaban secos parecían estar llorando. Caminé lo más rápido que pude, le pasé por el lado a Sebastián y corrí hacia los brazos de mi hermano. Nos abrazamos durante algunos minutos mientras yo no podía contener mis lágrimas. Él se sorprendió mucho al notar mi estado de gravidez. Quiso hacer preguntas y yo intenté resumirle en una oración lo que estaba ocurriendo.

—Ahora es tu turno de ser tío —afirmé.

—Me emociona saberlo —dijo. Un soplo fugaz de alegría pasó por sus ojos y terminó abandonándolos—. Tienes que venir conmigo —me suplicó que dejara la unidad y le siguiera a través del terreno semidescampado hasta el último camión de la fila.

Quise preguntarle mil cosas a la vez, pero su mirada llena de dolor me dejó muda. Ni siquiera la noticia del nacimiento de un nuevo ser lo devolvió a su estado de ánimo habitual. Sabía que él tenía muchos motivos para su tristeza y vernos allí incrementaba su pena. Por su semblante adiviné que ya sabía del triste final de Leila Salvat. Cuando vi a mi madre sentada en el último de los camiones, me quedé sin palabras:

—¿Tú que haces aquí? Es muy arriesgado para ti —le dije.

—Cuando supe que Edgar había desertado tuve que venir a verlo —me contestó.

—Madre, eso es muy imprudente, incluso en tierras de nadie. Ademar King II cree que el mundo completo es suyo —dije.

—La verdad es que necesitaba asegurarme que estabas bien. Cuando los otros representantes de la UNA rechazaron darte refugio en nuestra nación, después de todo lo que hiciste por nosotros, me sentí muy decepcionada de ellos. Ahora que te veo me decepciono más. Estás embarazada, hija —dijo y no llegué a captar si lloraba o reía, solo constaté que se desahogaba de la oleada de emociones que sentía—. Jamás me perdonaré que no pude hacer nada mientras la UNA te cerraba las puertas, más con un hijo en tu vientre.

—Perdónate, madre, te lo suplico. No estaba en tus manos. Pasen a descansar, han de estar muy fatigados del largo viaje —les ofrecí.

—No sé si tu padre querrá verme, en todo caso estoy preparada para su reacción. Que conste que vine solo por ti. —Me dejó en claro y yo no me guardé lo que sabía, que ya mi padre conocía del hijo que Venus le había ocultado.

—El general ya sabe que Apolo es su hijo —dije con seriedad y los dos fijaron su mirada en mí.

Por el gesto que hizo mi madre supe que venía preparada. Apolo también. Mi hermano respiró hondo y se situó en medio de las dos, con un brazo por la espalda de cada una.

—Cuando escuché que pidieron que un representante viniera a negociar no lo pensé dos veces —mencionó Apolo.

—Ese fue nuestro llamado, sabíamos que solo tú tendrías el valor de venir —le revelé.

Pasamos a un lado de Sebastián, quien dio la orden para que dejaran entrar a los camiones. Por supuesto que me di cuenta de la mirada de reproche de mi madre hacia Sebastián y que Apolo intentó esquivarlo en varias ocasiones. Sebastián era consciente del dolor que les causó y del error que cometió, movido por la desesperación, así que soportó las consecuencias de sus actos. Caminó detrás de nosotros. Mi padre ya había sido avisado por el soldado y había salido a nuestro encuentro. Cuando estuvimos muy cerca, mi madre se detuvo. Mi padre y mi hermano, se miraron unos segundos, sin saber qué decir. Recordé que el general temía ser odiado por el hijo que lo había visto durante toda su vida como el enemigo. Vi a mi padre nervioso, más de lo que lo había visto nunca. Tan obnubilado por tener a su hijo cerca, que hasta se olvidó de la presencia de mi madre.

Toqué a mi padre para darle un empujoncito y animarlo. Estaba frío, congelado. Tal vez por eso actuó así, ni sabía qué hacer. Mi padre le extendió la mano a Apolo para saludarlo. Y tuve que sonreír al ver a papá tan tímido como un niño. De seguro temía algún reproche de Apolo. Mi hermano, con la naturalidad que lo caracterizaba, se le abrazó a papá, escondiendo su rostro en el hombro de nuestro padre. Sucedió una de las cosas que casi nunca había visto en mi vida. El general Verena, con toda su gallardía, lloró sin poder contener la emoción que lo devoraba por entero. Vi de reojo a mi madre voltear para secarse las lágrimas.

—Hijo mío. Me siento como un tonto delante de ti. ¿Cómo no me di cuenta que te arrancaron de mi lado? Lloro por todo lo que no pudimos vivir juntos. Temo por lo que pensarás de mí. Habrás crecido odiándome.

—Padre, de ser así hoy no estaría aquí —le dijo Apolo—. Se siente muy bien abrazarte, luego de tantos años deseando hacerlo.

—Quiero que sepas que soy tu padre por encima de todo y que puedes contar conmigo siempre. Apolo, eres mucho mejor que cualquier versión de un hijo varón que haya pasado por mi mente. Tu hermana y tú lo son todo para mí. Y también Sebastián, a quien quiero como a otro hijo.

Espero que te quedes bastante tiempo para que nos pongamos al día. Quiero conocerte, muchacho. Necesito recuperar tantos años perdidos.

—Parece un sueño que estemos aquí. Nunca pensé que un día dejarías la Sociedad Autocontrolada. De todos modos, lo hicieras o no, yo tenía entre mis planes conocerte. Tarde o temprano sabía que este día llegaría y me reconforta saber, que ha sido bueno para los dos.

No terminábamos de recuperarnos del momento, cuando Diana apareció frente a nosotros con Iris. Aún no le habíamos comunicado a mi hermano que ella estaba Tierras Inhóspitas, pero al verla la reconoció. Iris contempló a Apolo durante algunos minutos. Mi hermano no había venido disfrazado del líder de América Libre que participó en la reunión, en la que se reanudó el Tratado de Tolerancia, vino como el Apolo que yo conocía, cabello despeinado, ropa cómoda, la primera que había visto al despertar. Le susurré a Iris que era él, su padre. Apolo se dirigió a ella, lleno de amor, ansiando un encuentro similar al que acababa de vivir con papá, pero Iris confundida corrió lejos. Sebastián y Diana se ofrecieron para buscarla mientras nosotros cuatro nos quedamos a solas.

—Por primera vez los cuatro juntos. Doy gracias a Dios por regalarnos este momento —dije para romper el silencio.

—Perdóname, hijo, si te he lastimado de alguna forma —mencionó mi padre.

—No hay nada que perdonar —dijo Apolo para tranquilizar a nuestros padres—. Sé que las cosas han estado difíciles para los cuatro y no juzgaré las decisiones de uno o de otro. Iré a buscar a mi hija. Necesito calmarla, explicarle…

—Anda —le susurró mi padre—. Te entiendo.

—Ustedes aprovechen para conversar a solas, somos personas civilizadas y tienen mucho de qué hablar —dijo refiriéndose a Venus y al general.

—Aguarda un minuto —dijo mi padre—. Es importante que sepas que no di la orden de capturar a Leila Salvat, fue Ademar King II. Lo consideré un error que atentaría contra la paz y traería una guerra. Igual Sebastián actuó acorralado por William Allen y Ademar hijo. Sebastián está muy atormentado por eso, te aprecia mucho. Él fue quien me pidió que al abandonar la ciudad trajera a tu hija. Ojalá lo puedas perdonar.

—Arreglaré mis cuentas con Sebastián cuando llegue el tiempo para eso —asumió Apolo—. Sé quien es Sebastián. Los motivos que tuvo para causarme este dolor, no solo eran de él, también eran míos. Mi tía también

cometió los desaciertos que le costaron la vida —carraspeó—. La guerra le pareció la mejor opción para cumplir con sus objetivos. Ella planeó el asesinato de Ademar King, pero ya no vale la pena hablar de todo lo que hemos perdido por la lucha de poder entre nosotros los seres humanos.

—Leila no estaba a favor de la violencia, influyeron las circunstancias. El caso omiso de la bioética por parte de la Sociedad Autocontrolada rebasa los límites. Ella sólo quiso frenarlo. Nosotros encontramos otras formas y ustedes siguieron insistiendo en destruir —intervino mi madre.

—No estoy de acuerdo, también hemos progresado en el cuidado del medio ambiente —mi padre se defendió.

—De manera hipócrita. Incluso tú te has revelado en contra de los principios de tu sociedad —le asestó mi madre un golpe bajo al general.

—¿Y ustedes qué forma encontraron para mantener en equilibrio el número de la población? ¿La guerra? ¿Más muertes? ¿El objetivo de los líderes de la UNA era continuar reduciendo la población mundial y la guerra eran un medio para ello? ¿Sin tantos seres humanos consumiendo se podía restaurar la proporción entre personas y recursos? —le rebatió el general Verena.

—Por favor, no quiero que mi primera imagen de ustedes dos sea agrediéndose —medió Apolo—. Mamá, yo solo quería admitir que los líderes de la UNA también son responsables de la guerra y sus consecuencias.

—Así es —admitió Venus—. Leila y los otros líderes son responsables de propiciar la guerra porque no aceptaron que otros vivan bajo principios diferentes a los que consideran correctos. Mi hermana quiso implantar en el mundo su visión, aunque fuese a través de la fuerza. Es imperdonable. Después de sacrificar mi vida por la UNA, no pude estar de acuerdo con sus métodos, pero no pude convencerla de su error.

—¡Qué bueno que lo reconozcas tú, que llegaste hablando de bioética! —dijo mi padre refiriéndose a mi madre—. Siempre estaré en deuda con Leila Salvat. Aunque no comulgo con sus ideas hizo su mejor trabajo contigo, hijo. Cuando te vi en la reunión del Tratado de Tolerancia te admiré por tu juventud, por tu arrojo.

—No me va tan bien. El despliegue de mi gobierno no cumple su cometido, el Consejo revoca casi todas mis resoluciones —admitió mi hermano—. Me di cuenta que a pesar de fungir como líder de mi nación, no tengo verdadera autonomía para dirigir. Claro que para Leila en su tiempo fue distinto. Me dejaron en su lugar porque el pueblo me quiere,

pero no me permiten tomar decisiones. No pude dar refugio a mi hermana en mi propia casa y eso terminó de colmar mi paciencia.

—Apolo quiere romper con los otros cuatro líderes —argumentó mi madre mientras tomábamos asiento en uno de los portales—. La nación lo apoya, pero él no quiere llevarlos a la guerra. Para evitar conflictos, aceptó la imposición de los otros representantes de tener un gobierno títere, renunció a luchar por lo que él y sus colaboradores más cercanos consideran idóneo.

—No soy militar —ratificó mi hermano—. No creo que la guerra sea la solución. Quisiera quedarme con ustedes, pero en mi nación hay mucha gente que aprecio y que me necesita.

—Si te quedas al frente de tu nación, desde allí podríamos lograr grandes cosas juntos —manifestó mi padre.

—Quiero darte las gracias por salvar a mi madre —le dijo mi hermano a papá—, por el atentado «del MAM» que planeaste cuando la descubriste.

—Yo también quiero darte las gracias por tu entereza al dejarme marchar —le dijo mi madre—. Me sorprendiste, entonces y ahora. Jamás imaginé verte en la posición que hoy te encuentras.

—Anda, hijo —le repitió mi padre a Apolo—. Busca a tu hija. Arregla las cosas con ella. Casi es una niña, no será tan fácil.

Mi hermano y yo les dejamos a solas, no sabíamos si algún día nuestros padres podrían perdonarse, pero tenían muchas cosas de las que hablar. Mi madre intentó reunir fuerzas para seguir hablándole a mi padre, quien aceptó escucharla. Mientras Venus y Edgar Verena se quedaban mudos observándose el uno al otro, Apolo y yo nos fuimos a buscar a Iris.

—Estás loco si vienes para quedarte, tu hija no debe crecer en este lugar —le dije a mi hermano mientras avanzábamos—. Lo evitaría con el mío si pudiera.

—De seguro mamá no regresará con Iris y conmigo, ahora que sabe que estás embarazada. No me vendría mal que me ayudara a cuidarla, al menos al inicio. ¡Una niña de catorce años! No tengo idea de por dónde empezar.

—Te espera tremendo reto, cuando vea que solo le doblas la edad creerá que no tienes autoridad suficiente para ser su padre. Es una chica con mucho carácter y con todo el drama de la adolescencia. Se parece demasiado a su madre. Si es necesario le insisto a mamá para que te acompañe, la necesitarás —sugerí con una risilla.

—No. La verdad es que aún no he tomado una decisión. ¿Me quedo o regreso? Aconséjame tú, hermana —imploró.

—¿Yo? Para mí no hay nadie más sensato que tú, sobre todo en nuestra familia —dije.

—Lo digo porque me sorprenden las últimas decisiones tomadas por nuestros padres. Los líderes de la UNA le dieron la espalda a Venus cuando no te aceptaron de vuelta. Venus eligió a su familia y vino a apoyarte, lo mismo ocurrió con el general. ¿Acaso yo no tendría que hacer lo mismo?

—Son situaciones muy diferentes —intenté que Apolo lo viera y no se sintiera ni egoísta ni culpable—. Siempre me he reprochado por mis elecciones de vida y al final descubrí que no estaba tan equivocada. Di giros de un lado a otro sin saber por qué lo hacía. Venus de un lado, el general del otro. Las dos naciones con sus disposiciones de cómo vivir tan contradictorias. Cuando mi análisis de la situación me dejaba sin una salida fiable, le hacía caso a mi instinto.

—Si nuestros padres que han luchado toda su vida por las dos naciones logran reconciliar sus diferencias políticas, no sé qué pasará. Me regresaré a América Libre —resolvió Apolo—. Mi pueblo me necesita y ustedes serán mi familia toda la vida.

Me quedé pensando mientras caminábamos, «¿Qué pasaría si forjábamos como familia una alianza a cada lado de la frontera? ¿Nacería una tercera nación? ¿O conscientes de que las divisiones no son suficientes para resolver el conflicto, intentaríamos unir las dos naciones rompiendo las reglas de ambos lugares?». Llegamos hasta el lugar donde Iris permanecía sollozando agazapada en Max. Diana y Sebastián se hicieron a un lado para darnos espacio. Apolo se acercó a su hija y le acarició la mejilla, ella reparó en su brazo y volteó a verlo al rostro. Le tomó la mano a su padre y reparó en un anillo antiguo de titanio con dibujos de soles que reposaba sobre el dedo meñique de él:

—Es igual al de mi madre —dijo Iris.

—Era de tu madre. Estuve a su lado en el último momento, me lo llevé como un recuerdo de su presencia pero no me ha servido para mitigar el dolor. —Se lo desajustó y se lo entregó a la niña—. Ahora te pertenece, Dafne habría querido que tú lo tuvieras.

Ella intentó colocárselo en sus diminutos dedos y en todos les quedó grande. Apolo se quitó una cadena que descansaba en su cuello y se la colocó a la niña con el anillo girando en su interior.

—¿Por qué me abandonó? ¿Por qué nunca supe de tu existencia? —le susurró Iris.

—No lo sé, mi amor, pero no nos corresponde juzgarla. Su última voluntad fue que estuviéramos juntos. ¿Te gustaría partir conmigo mañana al alba? Quiero mostrarte cada rincón de la tierra a la que pertenecemos y que veas por lo que tu madre luchaba —le dijo Apolo con un tono de voz que nunca le había escuchado, el que de hoy en adelante utilizaría para dirigirse a Iris.

—Lo siento, pero no quiero ir. Mi madre me abandonó, no tiene derecho a escoger ahora lo que considera mejor para mí.

—Por supuesto que no quieres, no tienes idea de lo que te espera. Lo entiendo, preciosa, pero date la oportunidad. Siempre podrás expresarte con sinceridad conmigo. Lo podemos hablar.

—Es muy raro que seas mi padre. Eres muy joven y muy…

—¿Muy…?

—No te veo como papá, no te ves muy responsable, ni muy orientado.

—¿Ah, es eso? Me juzgas por mi apariencia. Pero eso es un error, primero tienes que conocerme —le dijo Apolo.

—Recuerda que tu padre es el representante de una nación, Iris —le dije—. ¿No crees que tenga suficiente madurez para también ser tu padre?

—No quiero ofenderte, Apolo, pero ya tengo un padre y se llama John —dijo Iris.

—Cariño, nadie ha dicho lo contrario —le dijo Apolo—, y nadie te obligará a sentir ni a vivir como no quieres. Solo date la oportunidad de conocerme, permítete conocer a tus abuelas. Podrás convivir con mi madre, con la madre de Dafne. Si no funciona serás libre para regresar con John.

Apolo intentó cautivar a Iris con sus palabras. Confié en que lo lograría, recordaba mi primer encuentro con mi hermano y la fuerza magnética que ejerció sobre mí. La conversación entre ellos se extendió lo suficiente hasta que nuestros padres llegaron junto a nosotros. Mi madre se le acercó a Iris y la fascinó con sus historias de nuestro pasado glorioso y de nuestros antepasados. Cuando la niña se quedó tranquila y convencida de partir con su padre hacia América Libre, mi madre se me acercó y me abrazó. La escuché decirme:

—¿Cuánto más ibas a tardar en comunicarme que volveré a ser abuela? Tenía que venir para verlo en persona.

—No quería preocuparte. Estaba esperando el momento propicio —dije.

—Tu padre está de acuerdo en que me quede hasta después del parto. No estaré tranquila si no te ayudo. Edgar y yo, podremos tener nuestras diferencias, pero algo en lo que estamos de acuerdo es que ustedes son lo más importante en nuestras vidas, aunque no recorramos el mismo camino para procurarles el bien —mencionó.

—Pero mi hermano te necesita ahora que…

—Solo será hasta que nazca la criatura, luego regresaré con él. Ni siquiera pensaré en lo que sucederá si necesitas una cesárea en estas circunstancias —reveló en voz alta uno de mis temores.

—Estás igual que Sebastián. Hay tiempo todavía para resolverlo y buscar una solución. Además, no tienes ni idea de la calidad de los médicos que nos acompañan —dije.

—Te creo todo lo que digas. Desde que llegué no he parado de sorprenderme.

—Tu hermano no la tendrá fácil con su hija y a ti ya te tocará. Serás juzgada, como lo somos todas las madres. ¡Cómo si el embarazo viniera con un instructivo!

—Madre, no empieces. ¿Ahora serás la víctima? —dije y tuve que carcajearme en su cara.

Apolo se nos acercó al escucharnos hablar y nos dijo:

—¡Qué nadie se queje delante mío porque empezaré a hacerlo yo también! Escucho a Iris y parece que estuviera hablando con su madre. Dafne y yo nunca terminamos de entendernos. Nuestras formas de concebir el mundo iban por caminos opuestos. ¡Adolescencia, tendré que acostumbrarme a eso!

—Jajajaja. Es lo que te tocó, así que asume. Tú puedes hacerlo —le dije.

—¡Se atrevió a decirme que no me ve lo suficientemente responsable! ¡Soy el guía de una nación, puedo serlo de una niña de catorce años! —mencionó sorprendido.

—Hijo, ella está acostumbrada a otra imagen para la figura paterna —le dijo mi madre—. Dale tiempo a que te conozca y te querrá tanto como nosotras te queremos. Iré ahora mismo a hablar con ella. Yo eduqué a una adolescente en circunstancias parecidas y creo que lo hice bien. Hablaré con mi nieta. ¡Qué de la noche a la mañana Edgar y yo somos abuelos y por partida doble! ¿Quién lo diría?

—Respira profundo, hermanito. Tú la querías contigo. ¿Qué esperabas? —le dije mientras veía a mi madre marcharse.

—La verdad es que ni siquiera me formé expectativas. Ser padre es más complicado de lo que me imaginaba —contestó.

—No te desesperes, no olvides que tú también fuiste adolescente —le dije.

—No lo olvido, le di muchos dolores de cabeza a mi tía —dijo y de repente el recuerdo se coló en su alma, lo pude percibir en sus ojos, que se aguaron de improviso.

La risa se borró de mi rostro. Mientras sus lágrimas se escapaban, no lo dejé decir una palabra más y lo abracé con todas mis fuerzas.

—Perdóname. A veces me siento tan responsable como Sebastián de causar esta desgracia. Cuando me refugié en la UNA, nunca pensé… No quise… —intenté decir.

—No digas nada. Ninguna palabra será suficiente. Mejor abrázame. Al menos no regresaré solo a casa.

40



La partida de Apolo con sus hombres fue dolorosa. Aún sentía la humedad de los lagrimones de Iris sobre mi mejilla y el susurro de su voz al decir adiós. Hubo que despegar sus dedos aferrados al brazo de Max, lo único conocido que dejaba atrás. Le suplicó que no la abandonara y costó que entendiera que no había cabida para Max en la UNA. Saber que marchaba a una ciudad sin robots fue mucha información de golpe para ella. Tendría que acostumbrarse a vivir casi en otro mundo. Demasiados cambios para sus cortos años. Apolo llevó el comunicado de nuestro movimiento para los otros cuatro líderes de la UNA, un mensaje de paz.

Mi madre se negó a abandonarme en medio de mi nueva ubicación y embarazada, por más eminentes que fueran los médicos que radicaban en nuestra unidad, me reclamaba que adolecíamos de las instalaciones necesarias. Ni mi padre ni yo nos opusimos a que se quedara. El resto de los generales sentían cierta desconfianza hacia Venus, pero aceptaron que permaneciera a mi lado por consideración a mi papá.

La conversación entre Apolo y Sebastián quedó postergada. Mi hermano no quiso quedarse a solas con él, ni tener proximidad con el padre de mi hijo. Sebastián tuvo que tolerarlo, yo sabía que el rechazo de Apolo le dolía, pero era lo que había. Sebastián prefirió darnos nuestro espacio y permanecer lejos de nosotros la mayor parte del tiempo. Solo así él podía lidiar con sus propios sentimientos. Mi madre incluso fue más dura con él. Cada que hacían contacto visual su mirada era un reproche. Yo

no sé qué le dolía más a mi amado, si la mirada lacerante de mi madre o la mirada huidiza de Apolo. Al menos, no hubo ofensas ni palabras hirientes para Sebastián y eso hablaba del respeto con que sabían comportarse Apolo y Venus.

Con los siguientes días llegaron más personas: soldados que continuaron desertando del ejército de King, especialistas de diversas áreas, personas que habían trabajado o colaborado con el general y confiaban en que algo bueno saldría de esto. Pasábamos de mil. Los generales estaban alarmados. Se debatían en una encrucijada. Se animaban con cada nuevo arribo, las personas llegaban, incrementaban nuestro ejército con los brazos que necesitábamos para instituirnos. Los suministros que traían nos ayudaban a levantarnos, pero nuestra posición había dejado de ser secreta. El general Verena convocó una noche a una reunión de urgencia. Owen, Diana, el mayor Botelho, el coronel Marten y yo fuimos los convocados a acompañar a los generales. Sebastián, Owen y el general Walker fueron los últimos en incorporarse y me di cuenta que ya se habían puesto de acuerdo. Sebastián venía con su araña en el estado visible, con las patas cruzadas a través de su antebrazo y aquello me resultó peculiar, tomando en cuenta que la mayoría del tiempo la mantenía invisible.

—Nuestra seguridad está muy vulnerable —argumentó Sebastián—. La avanzada que marchó al rescate de las dos siguientes unidades militares donde pudiésemos establecernos, ha dado informes de la idoneidad de los sitios: distantes, más amplios, con mayor potencial.

—Casals tiene una idea que merece ser escuchada. Hay que confiar en su habilidad para la defensa —apuntó el general Walker.

—Mi idea es que enviemos otros grupos, los generales tendrán que ir, así como los oficiales que llegaron primero —mencionó Sebastián y entendí lo que significaba—. Tenemos que proteger el liderazgo de nuestra misión, ya está demasiado expuesto. Me ofrezco para dirigir la seguridad de nuestras unidades militares a través de un sistema confiable de operación. —Sebastián extendió un mapa holográfico que había diseñado en su guía y señaló la ubicación de las tres unidades militares—. Asentamiento «Cero punto cinco» para salvaguardar al Liderazgo, nuestra tecnología de avanzada y a nuestros científicos; este lugar será secreto para todos, solo quienes estén en él y nosotros podremos saber de su existencia. Asentamiento Dos para entrenamiento militar de nuestro ejército, nuestros soldados y los civiles que se convertirán en soldados.

Asentamiento Uno donde nos encontramos actualmente; aquí recibiremos a los que van llegando y los filtraremos a los asentamientos que correspondan según su misión, luego de cerciorarnos de su fidelidad a nuestra causa. Cuando tomemos posesión de los nuevos lugares mandaremos tres grupos de avanzada para los asentamientos Tres, Cuatro y Cinco, allí colocaremos al resto de los civiles junto con militares para su protección.

—Para eso necesitaremos más gente —manifestó el general Baeza.

—El general Verena dejó muchos seguidores que continúan admirándolo y le siguen con el corazón. Tenemos que actuar antes que lo olviden. Abriré una brecha de la capital al Asentamiento Uno y reclutaremos más gente —sugirió Sebastián.

—Eso será muy peligroso para ti y tus hombres —manifestó el general Nelson.

—Pero nos garantizará la victoria. El pueblo de América Unida estará de nuestro lado. Teniendo América Unida y la capital, será cuestión de meses o un año para recuperar la nación —admitió Sebastián sus deseos y recordé el escrito de Karena. Los deseos de poder de los herederos de Ademar King. Ya ni me sorprendió que revelara la identidad de nuestro aliado, lo que no causó ninguna reacción entre los presentes y pensé que podría deberse a que todos gozaban de la mayor confianza del general Verena. Sebastián, con la araña expuesta, ocultando al resto una de sus mejores cualidades, que era indetectable, también me hizo afinar más mis sentidos para entender lo que se estaba cocinando en el ambiente.

—¿Cuál sería nuestra unidad Cero? —indagó el coronel Marten.

—Es el Departamento de Defensa, cuando lo tomemos, recuperaremos la ciudad —explicó Walker.

—Es algo demasiado ambicioso. No dirimo, pero no sé si estamos preparados para un despliegue militar de esa magnitud, necesitamos armamento pesado —titubeó Botelho.

—Así tendrá que ser —reafirmó Walker—. Somos un grupo pequeño por eso nos centraremos en tomar el poder, el ejército de King todavía es el ejército de Verena. Cuando estemos en el lugar indicado el ejército responderá a Verena, le seguirá, solo necesitamos demostrar que tenemos el temple para guiar a la nación hacia una nueva forma de vida. El tiempo es vital en nuestra empresa, para que el ejército de Verena no olvide a quien debe su lealtad. Buscaremos la forma de adquirir el armamento pesado. Tenemos los recursos económicos para hacerlo. Tomamos nuestras

providencias antes de abandonar la capital para ello. El mayor Casals se encargará de la seguridad de los puntos y de reclutar a más soldados. Necesitamos dividir a los diversos especialistas entre los asentamientos para que haya un equilibrio entre las profesiones y que las necesidades se cubran para que funcionemos. Paz Verena, irás con los generales y trabajarás con un grupo de médicos en instaurar una clínica para nuestros enfermos y heridos.

—Eso será necesario en todos los puntos —mencioné al ver que la nueva misión me alejaría de Sebastián.

—Ya hemos pensado en todo —advirtió Walker—, cada punto estará cubierto en cuanto a ese requisito. Tu asignación es la que acabo de comunicarte.

—Cuente conmigo, general Verena, para lo que disponga —dijo el general Nelson y los demás secundaron su iniciativa.

—Dejamos la tiranía King, así que no vamos a comenzar erigiendo otra. Votaremos.

Uno a uno, comenzaron a emitir su opinión. Todos los oficiales estuvieron de acuerdo, solo Diana y yo decidimos abstenernos a votar, en vistas de que no éramos mayoría y que ya habíamos perdido de antemano. «Este mundo de hombres, pero tal vez tengan razón. En varias ocasiones le había escuchado a mi tía, que era una pacifista de las grandes, proferir comentarios similares a los de Walker y Sebastián. Después del paso que habíamos dado tendríamos que movernos, pero no estaba de acuerdo si eso implicaba que Sebastián y sus hombres se jugaran la vida para mantenernos a salvo», pensé.

—Lo haremos —sentenció el general Verena y los militares se emocionaron a excepción de Diana y de mí que nos miramos conscientes de las implicaciones—. Ahora nos debemos al bien de la misión. Owen, tomarás la anterior misión de Sebastián, te encargarás de la lista de aliados y de los suministros que tienen que seguir llegando. También permanecerá el mayor Botelho, él se encargará de estar al frente de esta unidad, así como de los soldados y los civiles que continúan arribando. El coronel Marten dirigirá el Asentamiento Dos y llevará con él al tercer grupo, confío en su habilidad para entrenar a nuestros reclutas. Comiencen a trabajar, nos iremos en menos de una semana.

Terminamos hacia la madrugada, algunos se fueron de camino a dormir y otros a sus responsabilidades. Quedamos Sebastián y yo. En el marco de la puerta detuve a Sebastián por la camisa dentro de la sala de reuniones

antes que la abandonara. Me miró y fue suficiente para perder el valor de pelear con él. Respiré y temblando le revelé:

—Este es tu nuevo plan. ¿Separarnos? —balbuceé.

—Este lugar ya no es seguro para nadie, no sé hasta cuando Ademar King II demore su ofensiva. La gente seguirá llegando y…

—Vinimos por nuestro hijo. —Reprimí las ganas de gritar.

—Por él lo estoy haciendo, tengo la esperanza de dejarle un mundo mejor. Tengo mucha fe en que Apolo logrará impactar en la UNA y nosotros haremos nuestra parte también, nunca habíamos tenido tantas posibilidades —mencionó con calma y se me acercó un poco más.

—Veo que te estás preparando para luchar y desearía que tú fueras diferente. Dejamos tanto en el camino… Cuando decidimos huir, la primera vez, era como si hubiésemos abierto los ojos, como si hubiésemos terminado de madurar y de adscribirnos a lo que en verdad es importante para la vida de un ser humano —le recordé nuestro objetivo como pareja.

—Pero las circunstancias nos volvieron a meter dentro del ojo del huracán. Nuestra vida en la UNA era prestada. Sí, éramos felices, pero tolerábamos muchas cosas con las que no estábamos de acuerdo para poder estar juntos.

—No soporto que los planes de ofensiva provengan de ti, con mi padre habíamos acordado que solo atacaríamos si era necesario defendernos. —El escrito de Karena sugiriendo que los tres descendientes de Ademar King añoraban el poder me desestabilizaba.

—¿Cuál es el punto? —Comenzó a desesperarse.

—Ademar King II no es su padre, ya no tienes contra quien reclamar venganza y Karena es tu madre por encima de todo. Si no vienen tras nosotros, déjalos tranquilos. —Esperé en vano una respuesta, o se acababa de dar cuenta de sus nuevos motivos personales o era consciente y quería seguir adelante—. ¿Sabes por qué tantas personas siguen a Apolo y al general Verena? Porque su motivo primordial es defender, no es odiar y no es desear destruir a otro ser humano…

Empujó la puerta tras de nosotros y ajustó el cerrojo tras hacerme callar. Nos quedamos encerrados en aquella sala de juntas improvisada. Fue suficiente para que quedáramos en tinieblas, pero aún podía ver la luz de sus ojos y la silueta de su cuerpo dibujada por una sombra. Colocó una mano tras mi nuca y me acercó a escasos milímetros de su rostro. No me besó, esperó para saber cuánto me resistiría. Volteé la cabeza en otra dirección para hacerme más fuerte, pero era imposible dejar de respirar su

aroma. Fueron unos segundos eternos hasta que convencido de que me mantendría firme cambió su estrategia. Me recostó a la pared y me cercó con sus brazos. Era imposible no sentirlo cerca y más porque mi vientre quedaba en medio de los dos. Todo mi cuerpo tembló ante la calidez de su piel. Nos miramos durante unos segundos hasta que me besó por el rostro y el cuello, pero sin llegar a mis labios. Odiaba sus juegos de poder, quería obligarme a besarlo, a entregarme, a sincronizarme con sus planes y a «obedecerlo». Algo que él llamaba «confiar en él» pero yo no estaba de acuerdo con la terminología. Me resistí un poco más hasta que invadió el espacio hipotético entre nuestros labios y se lanzó a ellos con desesperación. Con un beso, terminó de convencerme de seguirlo hasta el último lugar del mundo. Aunque en nuestra situación real significaba todo lo contrario. Me llevó hasta la única mesa de la habitación y me colocó encima, sin despegarse de mí. Me gustaba verlo cuando estaba tan cerca y cuando se entregaba a un beso como si de eso dependiera su vida. Lo abracé con ímpetu hasta que sentí el tacto frío de un arma que permanecía en su costado derecho. Aquello me paralizó, me llegaron como *flashes* algunos recuerdos indeseables de nuestra vida juntos. Sebastián desplazó el arma hasta el otro extremo de la mesa e hizo lo mismo con otras dos que tenía en la parte baja de la espalda. Buscó mi mirada para escanear mi estado de ánimo. Le acaricié la mejilla y sufrí un poco. Aún no había podido recuperar la plenitud de nuestro amor, solo lo experimenté una vez cuando vivimos en la UNA y teníamos como prioridad querernos. Solo allí nos habíamos podido amar con libertad, sin tener que huir. Ahora que comenzábamos a asentarnos nuestra situación daba un giro brusco. Lo veía venir: el olor a miedo, la agonía del peligro inminente.

—No lo sé, Sebastián —dudé—. No viviré cuando estés lejos y no sepa a qué te estés enfrentando —confesé.

Él no me dejó seguir hablando, me volvió a besar con más empeño para alejar mis pensamientos. Traté de retomar el sentimiento, concentrarme en sus labios y en el olor de su cuerpo. Intenté no pensar hasta que un estruendo trepidante nos hizo brincar sobresaltados. La luz como consecuencia del fuego se coló por la ventana. Sebastián me condujo por el brazo y corrimos hacia la puerta, apuntando acechó hacia el exterior y me indicó para que tomara una de sus armas para defenderme. Él me fue guiando para salir de la sala, habló a través de la guía con sus hombres y se organizaron. Escuché a través de la guía sobre la muerte de uno de los generales y me cubrí la boca para no gritar. La ofensiva King llegó antes de

lo que habíamos calculado. Vimos el almacén de insumos básicos arder en llamas y lamenté la pérdida de reservas de comida, agua, y demás suministros. Supe que los temores de Sebastián se hicieron realidad y me lamenté por no escucharlo antes.

—Hay que buscar a tu padre —sugirió.

41



Corrimos entre los disparos que pasaban en todas las direcciones. Una llamada del coronel Marten, entró a la guía de Sebastián:

—Casals, trae con urgencia a Paz Verena. Uno de los generales está herido y no se ve nada bien. Necesitamos un médico ya —dijo apenas sin aliento. Yo me quedé paralizada unos segundos hasta que volví a escuchar la voz de Sebastián y reaccioné.

—¿Quién?

—Es el general Nelson.

—Ya estamos yendo para allá. Dinos qué pasó.

—No lo sé. Acabo de llegar corriendo a su habitación. La esposa del general Nelson me avisó desesperada.

—Necesitaré medicamentos y todo lo requerido para asistirlo. ¿Acudes por mi maletín donde mi padre?

—No te dejaré sola, le pediré a Max que nos lo alcance.

Llegamos y encontramos a la esposa de Nelson, con el rostro cubierto en lágrimas. Nos costó separarla del general para que pudiera revisarlo. A pesar de ser médico, había algo a lo que no terminaba de acostumbrarme, a la desesperanza. Negué con la cabeza sin ánimo para decirlo con todas sus letras y mis lágrimas también se desbordaron. Como *flashes* me vinieron los recuerdos del general Nelson, cuando me rescató de la familia King, primero al llevarme en su auto a la casa de mi padre y segundo, cuando junto con Sebastián me arrebató de las manos de William y su primo. Y me quedaba corta, el general Nelson nos condujo a mi tía, mi prima y a mí a

los refugios durante las explosiones, entre tantas muestras de aprecio que había tenido con mi padre. Me le acerqué a su esposa y la abracé con fuerzas, mi familia nunca dejaría de estar en deuda con ella.

Una llamada de Max, llegó a la guía de Sebastián. Había problemas con mi padre y pedía refuerzos con urgencia. Sebastián intentó dejarme allí con la señora y con el coronel Marten, comenzó a dar indicaciones para que nos protegieran.

—No pierdas tiempo, Sebastián. No me quedaré cruzada de brazos mientras está en peligro mi familia —le dije y no insistió.

Sebastián movilizó a su gente y acordó con ellos encontrarse donde se hospedaba mi familia. Encontramos a tres sujetos de la cuadrilla de los últimos soldados que habían arribado, amagando al general Verena con un arma, dentro de la edificación que se había vuelto la morada de mi familia. Diez de nuestros soldados llegaron a la par que nosotros. Acechamos a través de las ventanas. Sebastián dio órdenes a través de señas y colocó a los hombres en posiciones estratégicas. Dentro de la sala estaba el resto de mis familiares, Diana y mi tía estaban agazapadas en una esquina, mi madre permanecía al lado, Owen estaba inconsciente en el suelo.

Sebastián le ordenó al soldado que tenía en la mira al hombre que amagaba a mi padre, que eliminara al agresor. El soldado disparó y a la vez entraron los hombres de nuestro ejército a desarmar al resto de los enemigos. Los perpetradores no se dejaron atrapar con vida, tenían órdenes concretas.

Me abracé a mi padre cuando lo liberamos. Él se recompuso rápido y me pidió que fuera a ayudar a Owen. Mi padre ayudó a mi tía a ponerse de pie. Diana y mi madre ya estaban a mi lado mientras revisaba a Owen que tenía una contusión en la cabeza, no había recibido disparos.

—Sebastián, quiero un informe urgente de los daños —ordenó mi padre recuperándose del mal rato—. Refuercen la seguridad, puede haber otros agresores.

—Hasta ahora tenemos una baja, su amigo el general Nelson, lo siento —le dijo Sebastián.

—No me digas eso, muchacho. No puede ser. —Mi padre se llevó las manos a la cabeza con vehemente pesar.

Sebastián reunió a sus hombres para encargarse de la misión encomendada. Max quiso ir con él y Sebastián le exigió quedarse a nuestro lado. Mi tía no

descuidó un minuto, se cercioró que las ventanas y puertas estuvieran cerradas. Mientras todos acomodaban el lugar, Diana y yo permanecimos arrodilladas cerca de Owen.

—¿Sabes con qué le pegaron? —le pregunté a mi prima.

—Creo que con un arma, no lo sé. Hubo disparos en la habitación, Owen y uno de los traidores forcejearon durante un rato y él terminó por caer.

—Trae un paño con agua tibia para limpiarle la sangre de la herida y poder revisarle la frente. No puedo seguir de rodillas —dije al comprobar que mi vientre parecía que iba a estallar—. Max, papá, por favor, necesito que lo levanten y lo acuesten en una cama. Será más fácil para mí.

Cuando Max y mi padre, movieron el cuerpo inmóvil de Owen, lo oculto salió a relucir. Justo debajo de su espalda había un charco de sangre que había permanecido fuera de nuestra vista, debido a que su cuerpo escondió la mayoría. Diana gritó y mi tía tampoco pudo disimular su conmoción. Bajo su cuerpo también yacía un arma blanca.

—¡Mejor llévenlo a la mesa del comedor! ¡Pronto! —sugirió mi tía—. Apúrense, por favor. Recuerden que no contamos con bancos de sangre.

—Tranquila, tía. Alguien podría donarle si fuera necesario. —Lo revisé ante la mirada impaciente de mi prima—. No es grave, pero es urgente curarlo y coserlo antes que siga perdiendo sangre —le dije a Diana y a mi tía para que se calmaran—. Necesito ir a la bodega donde están los medicamentos.

—No es sensato que salgas hasta que estemos seguros que ya no hay otros atacantes. Dile a Max lo que requieres y él lo traerá —dijo mi padre.

—Imposible, necesito ir en persona para ver el inventario y elegir de ahí lo que puede servirme. Max puede acompañarme.

—Yo iré con ustedes —sostuvo mi madre y de inmediato mi padre también se ofreció.

—No a los dos. Madre ayuda a mi tía a acondicionar el lugar que está tan nerviosa que se le derramará el agua caliente. Padre, tú no saldrás de aquí hasta que Sebastián diga que es seguro. Se lo debes a toda la gente que te ha seguido hasta aquí. Max y yo hemos hecho esto en otras ocasiones. Prima, mantenle la herida presionada a Owen para contener el sangrado.

Tomé un arma y salimos. Mientras caminábamos, Max, que no podía dejar de lado su función de entrenador, sugirió:

—Hubiera sido más sensato que avisaras a Casals para que mandara refuerzos.

—No podemos perder tiempo —dije, pero seguí su sugerencia, me comuniqué con Sebastián y le pedí apoyo.

—¿Contento? —le dije a Max y él sonrió.

Nos introdujimos dentro de la amplia bodega medio en penumbras. Busqué el inventario electrónico y transferí a mi guía los nombres de lo que iba a necesitar. Max se ocupó mientras de revisar el lugar. A los cinco minutos, escuchamos un ruido que nos hizo ponernos en alerta. Max y yo nos escondimos detrás de una columna de medicamentos apilados. Vimos entrar una cuadrilla de hombres, uno de ellos estaba herido y al parecer buscaba lo mismo que nosotros. Mientras los otros vigilaban, el herido se buscó unos medicamentos y comenzó a curarse la herida.

—Apúrate —le susurró otro—. ¿Podrás aguantar? Tenemos que volver a infiltrarnos sin generar sospechas.

—Lo mejor es matarlo —dijo un tercero—. Lo notarán y terminarán descubriéndonos a todos.

—¡Salgan todos! —dijo el herido—. Vinimos con una meta clara. Volaré los medicamentos conmigo dentro. Dejaré de ser un estorbo para la misión. Ustedes distribúyanse entre los seguidores de Verena y en cuanto puedan vuelen las armas.

Los otros tres se dispusieron a la salida mientras el rezagado distribuyó los explosivos por el lugar. Le hice señas a Max para decirle que siguiera a los que habían salido, para que los detuviera antes de que se dispersaran y les perdiéramos el rastro. Yo me iba a ocupar del otro.

—Con una condición —me susurró Max—. Cuando termines con el traidor, corre a buscar a Casals con el refuerzo. No me sigas sola. Otra cosa, dispárale. Evita la lucha cuerpo a cuerpo.

Volteé los ojos en blanco ante sus recomendaciones para indicarle que «por supuesto», eso había pensado hacer. Yo sabía que no me convenía luchar en mi estado, así que dirigí el cañón con calma al atacante y le disparé en cada una de las piernas. Me le acerqué aún apuntándole:

—No te muevas si quieres vivir —le dije con mi tono más intimidante, a la par que lo desarmaba.

Entre la herida que ya tenía y la que le había causado estaba segura que no podría moverse. Me comuniqué con Sebastián por la guía y lo puse al tanto de lo ocurrido para que se apurara y nos apoyara tanto a Max como a mí. Dejé al hombre en suelo, luego de quitar los explosivos y corrí en busca de Max. Lo encontré. Él aún seguía a cierta distancia a los tres infiltrados, que avisados por el disparo se habían regresado a la bodega de

medicamentos. Sorprendí por la espalda a Max y se volteó a verme con cara de pocos amigos:

—¿Qué haces aquí?

—No cometeré el mismo error dos veces. No es necesario que te conviertas en héroe. Los hombres de Sebastián llegarán pronto y se encargarán.

—¿Por qué? A nosotros los robots siempre nos tocan los trabajos más peligrosos, nos mandan a la guerra en la primera línea.

—Shhh —lo mandé a hacer silencio—. No los perdamos de vista hasta que llegue Sebastián con los refuerzos. Si entran en la bodega encontrarán al otro hombre herido y les avisará que lo hemos descubierto.

—¿Lo dejaste con vida? —dijo.

Sebastián llegó con sus hombres, justo en ese momento y aproveché el momento para ignorar la pregunta de Max. Los soldados se movilizaron para rodear a los atacantes y les exigieron rendirse, pero tal como los otros prefirieron quitarse la vida. El único sobreviviente fue al que yo había herido en las piernas. Los hombres de Sebastián ya se estaban encargando del cuarto atacante, lo arrastraron fuera:

—Es el único que queda —dijo uno de los soldados.

—Paz, necesito que cures sus heridas. Lo necesito con fuerzas para que nos diga todo lo que sabe —me pidió Sebastián.

—Las heridas de las piernas no le causarán la muerte, la otra no lo sé, no tuve tiempo de revisarlo. Busca a otro médico para que lo asista. Necesito regresar con Owen cuanto antes, tiene una herida en la espalda y lo dejé sangrando. Cuando me desocupe regreso.

Sebastián quedó preocupado, pero sin titubear pidió un médico para el traidor. No pude quedarme hasta el final, le pedí a Max que me siguiera de vuelta a la bodega por los medicamentos para atender a Owen Carter.

Fuimos lo más aprisa que me permitía mi cuerpo hasta donde estaba mi familia. Mi padre nos interceptó en el camino:

—¿Por qué demoraron tanto? ¿Ya me estaba preocupando?

—Es una larga historia. Vamos con Owen y luego te explico.

Al llegar vimos que ya había abierto los ojos y luchaba contra el dolor. Tanto mi madre, mi tía como Diana, ya estaban procurándole cuidados a Owen. Mi prima estaba desesperada…

—Tranquila —le susurré—. Va a estar bien.

—Prima, no sabes cuánto agradezco que hayas elegido la especialidad de Emergencias —me dijo al observar mi destreza para asistir a su esposo, inyectarle un sedante, limpiarlo, desinfectarlo, suturarlo y ocuparme de su recuperación.

—¿Segura? No recuerdo que te haya entusiasmado tanto en el pasado —le recordé.

42



Mientras yo le hacía las curaciones a Owen Carter, se hizo el recuento de los daños y se sacaron conclusiones. El ataque indicaba que Ademar King II, aprovechando que varios grupos de soldados llegaban cada día a nuestra ubicación, había mandado a un equipo encubierto de pocos soldados con órdenes precisas. Sebastián había tomado providencias para nuestra seguridad, por lo que los emisarios de King no pudieron dañar su objetivo principal, las armas. Solo pudieron vulnerar la bodega que contenía artículos básicos de uso diario y alimentos. Los medicamentos fueron salvados gracias a que Max y yo llegamos al lugar justo cuando se proponían volar la bodega. Con tantas bocas que alimentar era un duro golpe para nosotros, pero al menos no tuvimos que lamentar la pérdida de más vidas.

Cuando el general Verena fue puesto al tanto, se transmutó en un dragón de fuego, como hacía tiempo no lo había visto.

—¿Aparte de mi amigo, hubo otras bajas? —preguntó mi padre con seriedad.

—Solo él —le respondió Sebastián con solemnidad.

—¿Las armas? —inquirió mi padre.

—Están bien.

—¿Los medicamentos? —dijo mi madre angustiada que no podía disimular su preocupación por mi gravidez.

—Bien. Perdimos casi todos nuestros alimentos y otros artículos básicos. La lista detallada se la haré llegar en la mañana a primera hora,

general —comunicó Sebastián.

Mi padre brindó consuelo a la viuda e hijo del general fallecido y les garantizó su apoyo indefinido. Nos pasamos el resto de la madrugada rescatando lo que se podía y preparando los camiones para el viaje. Los planes se habían modificado. A la siguiente mañana todos los destinados a permanecer en el asentamiento Uno partirían hacia el Dos con el mayor Botelho a la cabeza, el cual iba a tomar la remembranza del Uno. Las avanzadas que fueron primero a acondicionar los lugares, ya tenían como misión preparar el Asentamiento Tres y hacia allí partirían los reclutas al mando del coronel Marten para su adiestramiento militar. Con ellos se iría Max, no negaba que lo extrañaría, pero sería de utilidad con otros como él que habían sido traídos con los aliados para entrenar a los soldados. Los generales partirían al asentamiento Cero punto cinco para garantizar la subsistencia del liderazgo. Ya sabíamos en cual grupo marcharíamos. Mi madre, mi tía, Diana y yo iríamos con el grupo del Cero punto cinco y el resto de los generales.

—Al menos, Owen tendrá que irse conmigo. En su estado tendrá que guardar reposo —dijo mi prima a la par que abría los ojos más allá de lo normal al ver a su esposo que se aparecía ajustándose el uniforme.

—Ya me siento mejor —dijo el aludido.

Negué con la cabeza.

—Necesitas reposo y varios medicamentos —le aseguré a Owen Carter.

—Puedes mandarme a mi guía la receta y la seguiré al pie de la letra, pero nada me hará permanecer en cama más de lo necesario.

—Te la estás jugando, Owen —le dije señalándolo con el dedo.

Nos reunimos a observar partir al mayor Botelho con su caravana. De ahí nos preparamos para otra despedida, la más dolorosa, donde le decíamos adiós al general Nelson. El dolor de su familia, tan palpable, me recordaba lo vulnerable que éramos todos. Después de esto, cada quien partiría a su destino.

Ya me estaba preparando para separarme de Sebastián y estaba intranquila, más aún viendo de cerca el hueco tan inmenso que deja el ser amado cuando ya no está. Todo a lo que se enfrentaría Sebastián a partir de

mañana, me inquietaba aún más. Traté de buscar a mi madre entre los presentes, pero no la vi. Mi tía y mi prima estaban a mi lado. Tampoco ubiqué a Sebastián, casi no lo había visto desde el ataque de los soldados. Todos sabíamos lo que podría resultar de un plan, así como podía funcionar, podría fallar. El general fallecido no había estado de acuerdo con la división, pero acató órdenes. Igual el coronel Marten tenía sus dudas. Mi padre pensativo se preguntaba si la decisión que tomaba era la acertada. El general Walker le palmeó el hombro para asegurarle que estábamos en el camino correcto y mi padre le aseguró:

—Sebastián estaba en lo cierto, tenemos que irnos, este asentamiento ya es punto muerto, tendremos que abandonarlo. Hay que apresurar la apertura de los asentamientos Tres, Cuatro y Cinco. Los generales tenemos que estar lejos de los otros, van a querer eliminarnos y el resto puede salir perjudicado. Estoy listo para partir.

—No les acompañaré —dijo mi madre que se nos acercaba.

Todos la miramos y detrás de ella observamos a Sebastián que llegaba con Paúl, el amigo de mi hermano. Mi madre estaba nerviosa y con la mirada perdida. Paúl tomó asiento para recuperar el aliento. Observé a tres hombres más de los que habían venido la última vez con Apolo. Como ninguno dijo nada, Sebastián dio la noticia. Antes pidió a todos a excepción de Walker y la familia que se retiraran:

—Apolo está desaparecido —dijo y frente a nuestras miradas demandantes se encogió de hombros.

—¿E Iris dónde está? —inquirí llevándome la mano a mi vientre.

—Paúl me aseguró que está bien. Apolo antes de lo ocurrido, tuvo la oportunidad de dejarla al cuidado de su abuela materna cuando enfrentó el proceso.

—¿De qué proceso estás hablando? —inquirió mi padre con la ferocidad que lo caracterizaba cuando la situación lo desbordaba.

—Apolo acudió como líder de la UNA a negociar con usted, general Verena, en representación de los otros líderes. Durante su ausencia aprovecharon para cambiar ciertas cosas en América Libre —comenzó a hablar Paúl haciendo pausas en ocasiones para recobrar el aliento—. Como la respuesta de ustedes fue vacilante hacia los planes de los líderes, sospecharon de una alianza entre Apolo y su movimiento. Pero ese no fue el verdadero motivo. Los desacuerdos venían desde el inicio de la toma de poder, Apolo intentó modificar estatutos antiguos. El resto de los líderes habían pactado que no les convenía tenerlo en el gobierno de una de sus

naciones más poderosas. Apolo tiene ideas jóvenes e innovadoras que no van con los lineamientos trazados por los líderes de la UNA.

—¿Entonces lo detuvieron? —indagó mi padre.

—Es lo que sospechamos —dijo Paúl refiriéndose a los hombres que acudieron con él y a sí mismo—. Apolo no se encuentra en el territorio de América Libre, tampoco su arresto fue público, de lo contrario el pueblo se revelaría por la intromisión de los otros cuatro líderes, la cual interpretarían como una agresión a nuestra soberanía.

Lo entendimos. Las naciones de la UNA se diferenciaban mucho a nuestras ciudades-estados en la política. Como lo decía su nombre Unión de Naciones Autónomas, eran naciones libres e independientes que convergían en sus ideales.

—¿Y ahora quién está en el poder? —mi padre continuó averiguando.

—Un gobierno títere —contestó Paúl—. El pueblo no tiene idea de lo que está ocurriendo. Quiero ver la estratagema que arman los otros líderes para salirse con la suya. América Libre tiene una simpatía especial por Apolo.

—Hija, me iré con Paúl para intentar resolver la situación —decidió mi madre—. Es necesario aclarar el mal entendido. Exigiré que me digan dónde lo tienen.

—Trabajaremos unidos. Descubre en qué territorio de la UNA se encuentra y yo dirigiré su rescate —decidió mi padre.

—Perdone, general —admitió Walker—. Sé que está consternado, pero usted no puede abandonar la misión. Todos han venido por usted, porque confían en usted. Si se marcha puede poner en riesgo nuestros planes.

—Tú no tienes hijos, Walker, no puedes opinar en estos asuntos —arremetió mi padre—. Ya estuve ausente para ese muchacho toda su vida, no le fallaré ahora.

—Tiene usted razón —insistió Walker—. Elegí las armas y me privé del privilegio de tener descendencia, pero sé lo que es tener lazos muy fuertes con otras personas, sé lo que es la lealtad. Usted es un hermano para mí. Yo me ofrezco para ir a salvar a su hijo como si fuera el mío. Iré en su lugar, pero usted es lo que mantiene encendida la flama de nuestra revolución.

—Yo iré con mi madre —resolví.

—Tú no, hija. Irás a Cero punto cinco con tu tía y tu prima. En tu estado no es recomendable —resolvió mi padre.

—Creo que estamos exagerando —dijo mi madre admitiendo que confiaba en los líderes de la UNA—. El general Walker tiene razón, Edgar, ahora tienes que dirigir un ejército. Ya incitaste a tus hombres a tomar las armas y ahora no puedes abandonarlos. Iré a buscar a mi hijo y estaremos bien, iré por el derecho que me concede la autoridad que represento, por mi lucha constante, por respeto a la memoria de mi hermana y de mi madre. Estoy convencida que son estrategias políticas pero que no han considerado dañar la integridad de Apolo. Tendrán que retractarse, solo basta convencer a Apolo para que llegue a un acuerdo con el resto de los líderes.

—No lo sé, Venus, no sé si sea tan fácil. América Libre no permitirá que destituyan a su líder y Apolo a veces es algo duro de convencer —reafirmó Paúl.

—Pero yo siempre termino convenciéndolo y mi relación con los cuatro dirigentes está en buenos términos —confió mi madre.

—No estoy de acuerdo en que Venus acuda a negociar el rescate de Apolo. No creo que tengan intenciones de dejarlo ir, ni regresarlo a su posición. Si actuaron es porque ya decidieron el futuro de Apolo y de América Libre —intervino Sebastián.

—Es porque no puedes entender nuestro proceder, nuestros patrones de comportamiento en este tipo de circunstancias son diferentes. Ustedes son militares, nosotros somos civiles —argumentó mi madre.

—General Walker, creo que usted debe acompañar al general Verena. Nuestros seguidores estarán más seguros si los ven juntos, como de costumbre. Ayuda que usted apoye las decisiones del general Verena. Iré a rescatar a Apolo, pero necesitaré la ayuda de Venus para que realice su labor más loable y nos brinde la información que necesitamos para actuar —dijo Sebastián.

—Si te atrapan será tu fin. Tú capturaste a Leila —le recordé a Sebastián.

—Y nadie pudo impedirlo. Tomaré mis precauciones —dijo y luego se volvió a mí—. Paz, tu destino es el Cero punto cinco por el bebé y porque tu presencia entorpecería la misión de tu madre, solo podrías entrar a la UNA de encubierto.

—Y no pensaba entrar de otra forma —insistí.

—Sabes que no estoy de acuerdo, pero también sé que cuando algo se te mete en la cabeza es difícil hacerte cambiar de opinión —me reveló Sebastián sin oponerse a mis decisiones.

—Agradezco las palabras de cada uno, me aportan claridad —reflexionó mi padre—. No quisiera que mi hija embarazada tenga que estar en el frente, pero ella y su madre tienen cualidades que serán de utilidad. Mi nieto será un guerrero más desde el vientre de su madre. Nuestros planes siempre terminan cambiando, somos habitantes de Tierras Inhóspitas y aquí todo es mutable. Casals, encabeza un movimiento para rescatar al líder de América Libre y para devolverlo al poder. Estará agradecido con creces con este servicio y eso nos permitirá sellar una alianza que nos lleve a la victoria contra los King. Botelho ya está en camino cumpliendo su parte, Marten entrenará a nuestros hombres y los convertirá en el ejército que necesitamos. Carter, seguirás con tu misión de traer suministros y coordinar la lista de aliados. Walker, quedarás a cargo de la seguridad de nuestros asentamientos y de reclutar a nuevos soldados, no importa de donde vengan. Yo no necesito respaldo para guiar a mi ejército —se puso de pie y comenzó animar a todos a hacer lo mismo—. Nuestro movimiento tiene el objetivo de conquistar la libertad de los hombres, hemos vivido demasiado tiempo con imposiciones de uno u otro lado de la frontera. Ustedes me eligieron como líder así que ahora escuchen mi resolución. No les diré qué hacer, los escucharé como lo hicimos hoy, pero cuando nos comprometamos, les exigiré que cumplan con su parte. ¡Cada uno a sus puestos, hoy inicia nuestra ofensiva!





La búsqueda del arcoíris

Dedicado a mi sol, mi amado hijo.

PREFACIO

Antes de serle fiel a los principios de una falsa sociedad, que promete un mar de triunfos arrebatados por la hipocresía, tenemos que ser leales a nosotros mismos.

Año en que para el 2000 se pensaba, que la humanidad estaría en graves problemas para subsistir.

1



Año XXVI después de la firma del Tratado de Tolerancia.
Tierras inhóspitas.

En este mundo nuestro, donde la división política erigía una sola frontera, no podía aseverar de qué lado estaba. Quizá fue algo latente para mí hasta que nos refugiamos en las Tierras Inhóspitas y terminé por aceptarlo, como lo que siempre había querido en lo más consciente de mis intenciones. Me abracé con fuerzas a mi padre y a mi tía y luego los vi partir. Mi madre no reaccionó ante la caravana que se enfiló lejos de nosotros, ella y papá no eran más que aliados de guerra. Me dije que no repararía en la relación de ellos más de lo necesario, al menos eran personas maduras que no anteponían sus conflictos de pareja a su paternidad. Mi padre salió hacia la unidad cero punto cinco, el coronel Marten había partido con los reclutas a levantar la unidad tres y el mayor Botelho a su vez se había marchado hacia la dos, con la otra parte de los aliados.

Mi madre estaba preparándose para nuestro viaje. Sebastián estaba enojado conmigo porque decidí contribuir al rescate de Apolo, pero no quise darle importancia. Reconocía la razón en su descontento. Contemplé mi vientre empinado como una pequeña colina. Antes de partir, uno de los

ginecólogos del equipo de Earta Hébert me había revisado y asegurado el buen curso de mi embarazo hasta la fecha. Fue el requisito de Sebastián para dejarme acompañarlo. Mis padres no pusieron tanta resistencia como él. Tal vez porque se habían cansado de intentar hacerme entrar en razón. Veinte semanas de embarazo no era poco tiempo y quizás trasladarme a la unidad cero punto cinco habría sido una buena decisión. Lo sería si la paciencia fuera uno de mis dones. Me iba a afectar más quedarme a esperar por noticias, sin saber de mi madre, de mi hermano y de Sebastián. Sabía que las noticias no serían suficientes para calmarme, y que aquello a la larga, también hubiese interrumpido la paz que necesitaba durante la gestación. Estaba segura, o al menos eso creía, que la cualidad autocontrolada no era un sello distintivo de mi personalidad.

Sebastián no estaría enojado para siempre, al menos si los resultados de nuestra misión resultaban ser un éxito y eso no sólo significaba rescatar al líder de América Libre, también requería que cada uno de nosotros saliera bien librado de cualquier percance. Como él evitaba hablar conmigo, producto de la incomodidad que sentía, ahora parecía más cercano a mi madre. Eso contribuyó a que las asperezas entre ellos comenzaran a limarse y que lo sucedido con Leila Salvat se fuera quedando en el pasado. Mi madre lo estaba comenzando a perdonar. Lo podía notar en el tono de voz que utilizaba mamá al dirigirse a él. Era una buena señal ahora que estarían trabajando juntos, con una meta en común. Aunque Sebastián estaba al mando, las recomendaciones de mi madre se seguían al pie de la letra. Venus conocía el terreno al que nos íbamos a introducir, tenía los contactos y nosotros viajaríamos de incógnito con ellos.

Mi madre, Paúl, dos hombres de la UNA que habían arribado con él, Sebastián y cinco de sus soldados conformaban nuestro destacamento. Extrañamente, o tal vez no, aquel grupo reducido se subió en el camión de la UNA con un solo objetivo y colaboramos como hermanos. Sebastián eligió entre sus hombres a los más cercanos. Todos eran jóvenes. Mi madre les ordenó a los soldados quitarse los uniformes antes de subirse al camión, todos se vistieron como civiles y simularon, lo mejor que pudieron, pertenecer a la UNA. Antes de partir, Paúl y Sebastián intercambiaron esa mirada fraterna que indicaba que estaban decididos a rescatar a Apolo y que nada se los iba a impedir.

El camión se detuvo justo antes de avanzar y vimos asomarse a la doctora Hébert con otro individuo que reconocí de inmediato. Era el

doctor amigo de Rita Roger, el que la había ayudado a venir oculta hasta Tierras Inhóspitas.

—Espérennos, por favor —musitó con el aliento que le quedaba Earta Hébert—. Nos decidimos un poco tarde pero ya estamos aquí.

—¿Qué hacen? —pronunció Sebastián y comprendí que temió lo mismo que yo, que algo le hubiese sucedido al destacamento de mi padre.

—Venimos a apoyarles. Me quedé con la inquietud de Paz a sus veinte semanas de embarazo y le pedí al general que me dejara acompañarla.

Recordé que Sebastián ante mi renuencia a marcharme con mi padre, le había solicitado a Earta Hébert el apoyo de un ginecólogo para revisar mi estado de salud y el de nuestro hijo. Earta había permanecido presente mientras el médico me realizaba la exploración. De seguro había percibido la frustración de Sebastián y su descontento con mi resolución. Aunque Sebastián y yo, habíamos omitido la información delante de los doctores, acerca de la finalidad de la misión que nos deparaba, habíamos dado los datos suficientes para que Earta sospechara, que Sebastián no quería llevarme, por si se diera la situación de necesitar un médico.

—Y el general estuvo de acuerdo. Me imagino, de lo contrario no estarían ustedes aquí —afirmó Sebastián.

—Así es. Estuvo más que de acuerdo, nos lo agradeció. El doctor Johnson fue el único que se brindó a acompañarme cuando pedí el apoyo de un ginecólogo. Imaginarán que no cualquiera se lanza a una misión desconocida.

—No cualquiera lo hace, pero usted lo hizo y me intrigan bastante los motivos —dijo mi madre.

Venus negó con la cabeza y con aquello dejó en claro su opinión al respecto. Sebastián hizo un gesto de reproche, pero no contra Earta y su acompañante, sino hacia mí. Odié el peso de su discurso, aunque sus palabras no salieron más allá de sus pensamientos. Él me responsabilizó por la presencia de los médicos, la que no consideraba adecuada para la misión. Ya éramos tres personas no deseadas en aquel viaje. A diferencia de mi madre, Sebastián les extendió la mano para ayudarlos a subir y les dio la bienvenida. De cierta forma, le tranquilizaba poder contar con ellos.

—Vamos de una vez. Ya estamos listos para partir —dijo Sebastián.

—¡Alto! —le rebatió mi madre y me preocupó que la camaradería que los había acompañado, a Sebastián y a ella, al inicio del día se esfumara ante la presencia de los recién llegados—. Si van a acompañarnos tienen que cambiarse de ropas, van a una misión de encubierto y con esa pinta que

tienen no llegaremos ni cerca. Por favor, dense prisa, ya estamos retrasados.

—¿Y hacia dónde vamos si se puede saber? —preguntó Earta con una sombra de preocupación en el rostro, quien no tenía idea de en lo que se había metido.

—Mientras menos sepan mejor, por el bien de los dos —dijo mamá.

Los médicos se fueron a cambiar y los demás nos quedamos viendo los unos a los otros. Mi madre no demoró en dejar de manifiesto su desacuerdo con la presencia de ambos:

—No sé qué pensaba tu padre cuando se le ocurrió dejar que esos dos nos acompañen —me compartió.

—Tomar precauciones para preservar la salud de su hija y de su nieto —dijo Sebastián y ni mi madre ni yo nos atrevimos a contradecirle, porque tenía razón.

—No expondría a mi hija a ningún peligro. Te repito, lo ocurrido con Apolo es un mal entendido que se aclarará en cuanto yo hable con la persona apropiada —dijo mi madre—. Incluso no era necesario que ni Paz ni tú me acompañaran.

—Lo siento, Venus, pero no estoy seguro que sea un mal entendido lo de Apolo —intervino Paúl—. Estoy de acuerdo a totalidad con el plan de Sebastián.

Paúl le sostuvo la mirada a mi madre con una paciencia abrumadora. Ella no encontró otra cosa que decir. Los doctores regresaron y nadie más tocó el tema. Volvimos a ponernos en marcha y escuchamos un grito:

—¡Espérenme, ya los alcanzo! —Alguien más volvió a detenernos.

—¿Y ahora qué? —dijo mi madre fastidiada—. ¿A quién más necesitamos para este viaje?

Max dejó ver su rostro mientras apresurado intentaba subirse al camión con su sonrisa artificial. Me quedé sorprendida porque lo hacía en marcha.

—Esto sí que no lo admito —vociferó mi madre.

—Disculpe, usted. No quise incomodarla. Solo fui requerido —mencionó Max y comencé reír por la parsimonia de mi robot preferido.

—Adivino por quién, el general Verena —se adelantó mi madre—. ¿Pero qué piensa tu padre, Paz? ¿Médicos y ahora un robot de niñera? Paz, ordénale que se retire. Un robot humanoide está totalmente fuera de lugar en esta misión.

—Lo siento —se disculpó Max—. No fue el general Verena quien me envío con ustedes.

—¿Y quién fue entonces? —preguntó mi madre hecha una furia—. ¿A quién se le ocurrió tan estratégica idea?

—Fue a Sebastián —dije mientras veía al futuro padre de mi hijo hacer una mueca por todos los insultos proferidos por mi madre hacia su persona.

—Max se queda y se le respetará como a los demás. Le hice venir porque lo necesito para esta misión y no se hable más del asunto —dijo Sebastián.

Mi madre se tragó sus palabras y solo abrió la boca para decir:

—Por favor, Sebastián, acompáñalo e indícale la ropa apropiada para que se cambie e intentemos que pase desapercibido.

—Max no necesita ayuda para eso —le aclaró Sebastián—. Max, por favor, vístete de civil al estilo que usan los de la UNA. Te esperamos.

Partimos y en la larga travesía fuimos recobrando el espíritu que nos había inspirado al inicio del viaje.

Mi madre se relajó un rato durante el trayecto y se recostó en el asiento para echar un sueñito. Envidié su tranquilidad incluso en esos momentos. Mientras avanzamos quise hacer lo mismo, me acomodé y lo intenté, pero no pude dormirme. Me complació verla dormitar y observar a Paúl en otro extremo embobado mirándola. «¿Qué pensaría mi padre del joven admirador de mi madre?», reflexioné. Volteé el rostro hacia Sebastián, quien intentó esquivar mi mirada e hice lo mismo a modo de defensa. Mi madre, desde su lugar dio un brinco y se despertó sobresaltada, vi su expresión de desconcierto al recordar que estaba en el camión y me susurró que había tenido una pesadilla. Mamá quiso disimular ante los presentes, pero todos se dieron cuenta y para no repetirlo evitó dormirse en lo que quedaba de trayecto. Le atribuí su pesadilla a lo que estábamos viviendo.

Notamos que estábamos abandonando Tierras Inhóspitas cuando la vegetación comenzó cambiar durante nuestro recorrido. Surcamos una carretera paralela a la siguiente nación de la UNA hasta encontrar el atajo secreto para adentrarnos a Nature, aquella nación autónoma cuya historia me había relatado Paúl en el camino. Nature era una de los lugares más contrastantes de los que existían en nuestro mundo. Se conformaba de vestigios de países árabes y africanos. El estilo de las ciudades que se erigieron en Nature, tras las guerras, obedecían a los instintos

conservacionistas de los ciudadanos autónomos: un centro con tecnología e infraestructura muy desarrollado, rodeado por amplios territorios destinados a la conservación de los recursos naturales.

Aprovechamos la madrugada del día siguiente para adentrarnos en Nature, la nación de la UNA donde tenían retenido a mi hermano. Gracias a las advertencias de Paúl, mi madre tomó sus providencias y nos propusimos entrar de manera discreta sin hacer alarde de la presencia de la hermana de Leila Salvat en el territorio, a pesar de las reservas de mamá. Primero se introdujeron al territorio Paúl y sus acompañantes mientras mi madre, los soldados, los médicos, Sebastián y yo, les aguardamos escondidos a las afueras. Ellos tardaron veinticuatro horas preparando el terreno para ayudarnos a ingresar. La sugerencia de Paúl, era conseguir guías estilo UNA y modificarlas para que pasáramos por uno de los accesos principales.

Sebastián recibió las guías alteradas, pero buscó un plan alternativo. Recordó que, junto con William, en aquella alianza fatídica que le había costado la vida a Leila, habían vulnerado la seguridad de los accesos laterales, paralelos a Tierras Inhóspitas, de más difícil acceso por lo agreste del terreno y decidió que tomáramos ese camino. Dejó apostados a algunos de sus hombres en el trayecto para facilitarnos la huida en caso de que las cosas no salieran como mi madre esperaba, mientras nosotros nos colamos como delincuentes a la UNA y nos fusionamos con sus habitantes, simulando aparentar serlo. Mi madre hizo su arribo por una de las garitas tradicionales sin demasiado aspaviento.

Hicimos parada en una población cercana a la frontera. Permanecimos divididos. Max, Sebastián y yo nos alojamos juntos. Pero, aunque Sebastián y yo tuvimos una habitación solo para nosotros no logramos acercarnos más. Él colocó una barrera entre los dos, un escudo de «concentración» hacia la misión del rescate de Apolo. No supe o no quise saber cómo hacerle sentir que su angustia también me pegaba a mí. Me dominó el orgullo y él siguió como si nada, así que me tocó ceder. Me le acerqué por la espalda mientras él permanecía sentado frente a la mesa revisando su araña. Puse en sus manos mi guía y me justifiqué con que necesitaba su ayuda. Algo así sería una petición neutra que me permitiría acortar la brecha que se estaba haciendo gigante entre nosotros. Pero no se tragó el cuento. Quiso reprocharme de nuevo por mi negligencia. Se giró hacia mí y entre los dos quedó mi vientre como una señal inequívoca de nuestros lazos comunes. Se tragó sus palabras a tiempo, antes de herirme.

Intenté abrazarlo y al comprobar que no oponía resistencia terminé rodeándolo con mis brazos.

—Lo siento —murmuré.

Me sostuvo con fuerzas, en silencio, a punto de dejarse convencer y así pude percatarme que su seriedad y su concentración en la misión eran una treta más, un artilugio de su disgusto y una de las mañas aprendidas durante su entrenamiento en las fuerzas autocontroladas. Él estaba más intranquilo que nunca, más dubitativo y con menos confianza de lo habitual. Su beso me sorprendió con la premura de la primera vez. Suspiré y noté sus ojeras, el toque taciturno de su semblante, en el que mi ego no me había permitido reparar. Antes de que pudiéramos hablar y llegar a un acuerdo, unos toques secos en la puerta del apartamento nos hicieron sobresaltarnos. Sebastián reaccionó como lo que era, un soldado. Desenfundó una de sus armas y le dio instrucciones a Max para que tomara la posición de defensa. Hice un gesto de molestia más que de pesar por lo que sea que nos estaba interrumpiendo en este preciso momento. Con fastidio le quité una segunda arma a Sebastián, que ocultaba en la espalda, y nos acercamos a la puerta. Él me insistió para que huyera por la salida trasera y me opuse rotundamente. Fue una fracción de segundo, que había servido para que él retrocediera todo el camino recorrido hacia mi perdón. Ahora teníamos algo más urgente, un visitante inesperado.

2



Sebastián no me insistió, no perdió un segundo más en lidiar con mi testarudez. Se acercó a la mirilla y largó un amplio suspiro al ver de quiénes se trataban. El amigo de Paúl llegó con los doctores. Sebastián les abrió la puerta y cuando la hubo cerrado el recién llegado mencionó:

—Paúl cambió de planes y decidió que lo mejor es que se queden con ustedes. Yo diferí con él. Debimos dejarlos fuera de la UNA, con los soldados, aquí serán un estorbo —añadió luego de disculparse con los doctores por su sinceridad y de inmediato se marchó.

Sebastián les indicó quedarse en el cuarto de atrás con una sombra de enojo hacia mí y hacia las consecuencias de mis decisiones. Vi a Max merodear por la sala, después de abandonar el cuarto para los doctores, el que al inicio se le había asignado. Me incorporé y desistí en mi intento de buscar un punto de encuentro entre Sebastián y yo. Caminé hacia la cocina y enterré mis manos en una hogaza de pan que crujió tiernamente ante mi presión. Sentí unos pasos y descubrí a Earta espiándome de cerca. Odié la poca intimidad de la que gozaba desde que nos habíamos introducido en Tierras Inhóspitas. Aunque quisiera correr a esconderme en algún sitio alejado del resto no podría, ahora ni siquiera me quedaba el consuelo de huir a la UNA o a las Tierras Inhóspitas, porque ya lo había hecho y los

problemas no se resolvieron, sino que se magnificaron. Ahora no estaba William ni las reglas de una sociedad entre Sebastián y yo, estábamos nosotros mismos con aquella parte de los dos que no habíamos terminado de aceptar, la volubilidad de nuestros temperamentos, nuestras pequeñas diferencias, que parecían enormes cuando no lograban reconciliarse.

Earta tenía esa expresión de cuando se tiene una frase en la punta de la lengua. La expresión del estupor que sintieron ella y Johnson cuando supieron que nos íbamos a introducir en la UNA, violando sus espacios, ya había desaparecido de su rostro, al igual que la impresión de ambos ante el desarrollo y la infraestructura de Nature. De lo que no se había recuperado era de la sorpresa que yo llevaba en mi vientre. Cuando Earta se dio cuenta que yo estaba embarazada y que Sebastián era el padre comenzó a hacer muchas preguntas por lo que sospeché de inmediato que sobre eso trataban las palabras que tenía atoradas en la garganta. Intenté esquivarla en vano.

—¿Entonces insistes en que concebiste a la antigua? ¿Sin ningún método de reproducción asistida? —me dijo.

—Así es —contesté.

—¿Y estás totalmente segura que el padre es Sebastián Casals? ¿No cabe la posibilidad de que sea William? ¿En un descuido tal vez?

Aquello me dio un respingo en lo más profundo de mis neuronas. Earta Hébert no preguntaba para alargar la conversación. Me lo pregunté a mí misma y me aseguré que William no podría ser el padre por el tiempo de gestación que tenía cuando me supe embarazada y porque sencillamente no habíamos tenido relaciones en mucho tiempo. Pero la historia de Karena y su embarazo de Ademar King II lograron desconcertarme.

—Estoy más que segura —admití.

—¿Sabías que una de las modificaciones genéticas que introdujeron en el hombre nuevo de la Sociedad Autocontrolada fue que no pudiese reproducirse con los hijos naturales de la UNA?

—¿Qué dice? —dije. Aquello se me hizo un disparate porque yo era hija de un vínculo como el que ella refería. Intenté decírselo y me rebatió.

—Eres producto de un embarazo asistido, por una parte y por otra, las modificaciones que menciono son para personas de menos de treinta años a la fecha. O sea, tus padres pudieron reproducirse entre sí sin problemas, pero para sus descendientes todo funcionaría de manera diferente.

Aquello me aclaró mi siguiente duda acerca del nacimiento de Apolo, Ademar King II, entre otros.

—¿A quién se le ocurriría tal disparate, con qué fin? Me enferma solo de pensarlo —solté.

—Se hizo a petición de Ademar King. Marcus Roger fue precursor. Se hizo con la finalidad de preservar las mejoras introducidas en el hombre nuevo. ¿De qué serviría mejorar nuestra especie si luego nos continuábamos reproduciendo con los habitantes de la UNA? —reveló lo que tanto me había desvivido por descubrir tras las puertas infranqueables del Instituto de Planificación Familiar y me quedé sin palabras por unos segundos.

Pensé en Rita Roger y no entendí por qué omitió este detalle tan importante.

—Las nuevas parejas de autocontrolados y los recién llegados de la UNA serán estériles —admitió.

Recordé que en el último mes habían llegado habitantes de la UNA que simpatizaban con nuestra causa, principalmente parejas de enamorados donde uno era de la UNA y otro de la Sociedad Autocontrolada, y que, junto a nosotros, en las Tierras Inhóspitas habían encontrado un lugar para vivir.

—Tal vez no tengan problemas para tener familia —dije.

—¿Crees que tu suerte y la de Sebastián se repita? —preguntó.

—Estoy segura —dije pensando en Iris, pero para evitar poner a Earta sobre mi sobrina omití darle parte de su nacimiento.

Posé una mano sobre mi vientre, con temor ante las revelaciones de la doctora. Iris era la hija biológica de Apolo, un autocontrolado, y de Dafne, proveniente de la UNA en su máxima expresión. Lo único que encontré en común entre nuestros hijos era que Apolo y yo no éramos autocontrolados puros porque éramos hijos de Venus. Pero no quise darle más información sobre nosotros a Earta Hébert, sabía demasiado, ya sea por su suspicacia o por su anterior cercanía a Karena.

—No lo creo. Hemos documentado todos los nacimientos comprometidos y no hemos registrado errores —insistió la doctora.

—¿Lo probaron en la vida real o sólo en experimentos de laboratorio?

La mirada de Earta me aseveró que lo habían probado todo y que tenían suficientes pruebas del éxito de la modificación genética. Ante su aseveración deseé provenir como Sebastián, Dafne e incluso mi madre de la unión natural entre un hombre y una mujer. No obstante, para no sentirme derrotada coseché todas las esperanzas posibles de que mis descendientes pudieran librarse de la plaga introducida por el propio ser

humano. Reivindiqué aún más las ideas de Leila cuando mencionaba que Ademar King y los suyos, se habían salido de control y eran un grave problema para la humanidad.

—¿Es consciente de que nos ha dividido como especie o de que puede condenar a la humanidad a una esterilidad masiva?

—La idea no provino de mí. Yo seguía el curso de la historia.

—¿Qué espera de nosotros, doctora? —le susurré a Earta Hébert—. Si ganamos la guerra, ¿qué pedirá a cambio por su lealtad?

Earta Hébert se quedó en silencio y se dispuso a marcharse, pero antes de irse le comunicó a Max:

—Prepáranos algo de comer al doctor Johnson y a mí. Cuando termines avísanos, por favor.

—Max no está para esas funciones. Me temo que si tiene hambre tendrá que prepararlo usted misma —le soltó Sebastián con aspereza.

—Disculpa, no sabía que era exclusivo para ti y para Paz. No dije nada. No tengo problemas, puedo preparar mis alimentos —dijo aparentando dulzura y familiaridad en su trato hacia Sebastián.

—¿Ha visto que Max prepare alimentos o nos asista a Paz o a mí? Le exijo respeto si desea permanecer bajo nuestro techo. No sé si ha percatado la seriedad de lo que nos atañe aquí —dijo Sebastián.

—En verdad, no. Recuerda que nos somos del todo confiable —contestó Earta.

—Si no sigue nuestras recomendaciones podría poner en riesgo su vida y la del equipo. Así que le pido que colabore —insistió Sebastián.

—Lo haré —dijo sarcástica mientras se desplazaba con la intención de dirigirse a su cuarto.

Sebastián la detuvo y le pidió que tomara asiento en una de las sillas de la mesa de la cocina. A la doctora no le quedó más remedio que aceptar. Sebastián le volvió a hacer mi última pregunta. Me di cuenta por su seriedad que había escuchado toda mi conversación con Earta Hébert.

—¿Qué espera de nosotros, doctora?

—Aún no lo sé —le contestó Earta y no supe si mentía para salirse por la tangente o era una verdad inspirada por la incertidumbre que trae aparejada una situación como la suya y como la nuestra—. Pero en cambio sé de algo que será de mucho interés para ti. ¿Nada te ha sido familiar en estas tierras?

Sebastián se levantó de hombros y Earta continuó:

—Aquí naciste, en esta nación.

La expresión de Sebastián dio un vuelco. Por su mirada descubrí que ni siquiera lo presintió. Sebastián se exasperó y presionó a Earta para que escupiera de una vez toda la verdad que nos iba suministrando a cuenta gotas, la verdad acerca del instituto y sobre el origen de Sebastián. La sujetó tan fuerte por un brazo que pensé que le iba a hacer daño:

—¿Cómo se llama mi padre? —la presionó.

—Eso no lo sé. Karena sólo me dijo que era un buen hombre y que al principio sintió mucha culpa por enamorarse de King tras la muerte de tu padre —contestó asustada.

—Qué conveniente que usted solo sepa la verdad a medias —dijo Sebastián.

—Supe que Karena provenía de Nature en el tiempo que ella fue prisionera de guerra. Mi esposo era muy cercano a King desde su juventud. Cuando se casó con King nos hicimos amigas, pero tampoco creas que no me guardaba secretos. Nunca me reveló el nombre de tu padre —accedió a relatar Earta.

—¿Cuál era el nombre de mi madre cuando llegó a la Sociedad Autocontrolada?

—Solo sé que la abuela de Karena fue dirigente o algo así de esta nación para la época que Karena fue capturada.

Me entrometí entre Sebastián y la doctora antes que terminara por lastimarle el brazo. Era una de las pocas veces que había visto a Sebastián perder la compostura. Él intentó sacarle más información a la doctora, pero ésta con la pastosidad que acostumbraban los autocontrolados más persistentes, se escabulló hacia la habitación que Sebastián le había asignado junto a su colega y cerró la puerta tras de sí con seguro.

Fue una noche de insomnio para los dos, de insomnio y de rencor. Ni siquiera profundizamos en la preocupación que compartíamos acerca de la revelación de Earta Hébert sobre la concepción de nuestro futuro bebé. Sebastián me hizo una apresurada pregunta buscando mi comentario al respecto como médico. Le confesé lo primero que me había venido a la mente, que yo era mitad autocontrolada y mitad autónoma, y que al ser Sebastián por completo de la UNA, eso significaba que nuestro hijo era autónomo en un setenta y cinco por ciento. Pero en realidad, yo desconocía de qué tipo de manipulación genética estábamos hablando y mis conjeturas carecían de validez científica.

Al siguiente día, Sebastián acudió directo a llamar a la habitación de Earta. La puerta se abrió y solo apareció Johnson. Ante las preguntas de Sebastián, por el paradero de aquélla tuve que admitirle que muy temprano yo le había hablado a Paúl para que la alojara en otro sitio. Él comenzó a recriminarme por ello:

—¿Por qué lo hiciste sin consultarme?

—Nuestra misión es rescatar al líder de América Libre. La presencia de Earta sólo nos está desequilibrando y no es el momento para interrogarla, cuando lleguemos a Tierras Inhóspitas podremos conversar con ella. De seguro habrá muchos datos tanto de tu familia como del Instituto de Planificación Familiar que estará dispuesta a revelarnos.

—No sé si esperar sea lo más conveniente.

—Mírate, Sebastián. Estás hecho un manojo de nervios.

—Esa mujer no me inspira confianza. ¿Para qué llegó a Tierras Inhóspitas? ¿Para qué nos siguió hasta Nature?

—Ella está acostumbrada al poder, sabe que con los King no podrá recuperarlo. Ahora nosotros somos su oportunidad de recobrar el estatus perdido. Es lógico que tiene muchísima información que nos oculta, tanto por su cercanía a los King, como por el puesto que tuvo en el instituto. No soltará toda la sopa así sin más. La información que posee es su arma secreta para tenernos en sus manos.

Nada de lo que le dije logró calmarlo. Cuando parecía que lograba entrar en razón y serenarse una nueva idea sobre su familia o sobre la concepción de nuestro hijo volvía a atormentarlo. Pedí refuerzos para hacerlo entrar en razón porque en ese momento encontrar a su familia se volvió una prioridad para él, así como el rencor hacia su madre. Como Venus no podía venir porque ella se estaba hospedando en una de las residencias oficiales de estado, siguiendo el protocolo que procedía en casos similares, Paúl llegó al rescate.

—Trae a esa mujer de vuelta —Sebastián le exigió a Paúl—. Tiene que decirnos de una vez todo lo que oculta. ¿Qué pretendía con revelarme sobre mi origen? ¿Vengarse de mi madre, buscar la forma de manipularnos o desestabilizar nuestro plan de rescate?

—Ella no sabe cuál es nuestro objetivo en Nature —le tranquilizó Paúl.

—Ya no estoy seguro. Ella sabe más de la cuenta —insistió.

—No lo creo, hemos sido cuidadosos —sostuve.

—La doctora está asustada ante tu reacción. Me dijo que su intención no es crear un problema, mencionó que quiso ayudar ahora que somos

aliados —dijo Paúl.

—¿Y tú le crees? —le gritó Sebastián.

—Déjala que juegue mientras pueda, ya ajustaremos cuentas con ella, pero no pierdas la mesura en este momento, tu hermano te necesita —le pidió Paúl.

Sebastián bajó la guardia y se quedó en silencio unos segundos. Trató de aclarar las ideas que se arremolinaban en su pensamiento. Me miró buscando convertirme en cómplice de sus planes para menguar la avalancha de emociones que se habían apoderado de su cerebro.

—Llegué hasta aquí para rescatar a mi hermano, pero antes tengo algo que hacer —dijo Sebastián.

—No —sostuvo Paúl—. No te alejes del plan original. Podemos regresar en otro momento y hacer lo que pretendes.

—Necesito llenar ese vacío y estoy tan cerca —reveló Sebastián—. Tengo que encontrar a mi padre, aunque solo encuentre una lápida y un pedazo de tierra donde llorar. Quiero saber quién era. Necesito saber de dónde vengo, conocer mi nombre y mi procedencia. Sé que eso nos llevará tiempo, pero si en dos días no lo consigo lo dejaré para otro momento.

—De acuerdo —aceptó Paúl con cierta dificultad—, pero no te involucres de manera directa. Es mejor que yo lo vea. Levantaré menos sospechas que tú. Hablaré con la doctora y reuniré la mayor cantidad de datos posibles. Te mantendré al tanto. Cuando resolvamos esto regresaremos a lo que nos trajo a aquí. Venus está a punto de decepcionarse y también temo su reacción. Ella acudió de forma pacífica a dialogar con la representante de Nature. Venus cree que lo de Apolo es un mal entendido y que podrá resolverlo. Le pedí que si la respuesta que le dan no es la que espera que no insista, que se despida y que abandone el territorio dejando la puerta abierta para una reunión con el Consejo de los Representantes, sería lo usual en este caso.

3



En dos días regresó Paúl con noticias. Las noticias sobre la familia materna de Sebastián fueron desoladoras. La abuela materna había renunciado a su cargo y murió de tristeza tiempo después de saber que su nieta se había aliado con uno de los King, la familia responsable de la muerte de los padres de Karen, como se llamaba antes de tomar las decisiones que le cambiaron la vida, y de otros de sus familiares y fieles. La familia paterna, estaba casi extinta. Solo quedaban dos miembros. Paúl hizo los arreglos con suma discreción y Sebastián acudió para conocer a su abuela y a su primo. La vida le hizo llegar justo en el momento en que su abuela convalecía.

Sebastián encontró a la anciana, enferma de vejez, postrada en una cama de la que no podía levantarse. Ante la prisa con que lo abordó Paúl para que llegara hasta su abuela, por lo delicado de su salud, Sebastián corrió desesperado a los pies de la señora sin siquiera reparar en el camino que transitó hasta su encuentro. La anciana mujer esbozó una sonrisa con dificultad, levantó el brazo para acariciarle el rostro al nieto que le habían arrebatado al año de edad. En su rostro, la mujer tenía una expresión de satisfacción tras haberlo recuperado, aunque la vida no le permitiera disfrutarlo por mucho tiempo más.

—Ya puedo morir en paz —dijo con esa voz apacible que le dotaron sus más de noventa años—. Estaba segura que te volvería a ver y que tú encontrarías el camino de regreso.

—No sé si yo encontré el camino o el camino me encontró a mí. Aún me siento tan perdido, incluso más que antes, por saber la verdad acerca de mi origen —murmuró Sebastián.

—Te pareces tanto a tu padre, que al verte pareciera que le estoy contemplando. Sebastián.

—¿Sebastián? —repitió Casals conmovido, sin entender nada, porque aún no se había presentado con su nombre actual.

—Así se llamaba tu padre. ¿Aún no lo sabías? Él quería darte su nombre y tu madre se negó y terminaste llamándote Abel como tu abuelo materno. Karen dijo que, si ya ibas a tener nuestro apellido Oriol como el primero, era justo que llevaras el nombre de uno de los miembros de su familia.

—¿Abel Oriol? —dijo Sebastián sin poder asimilarlo.

Sebastián Casals compartió una mirada conmigo que lo observaba desde una esquina. Sebastián me pidió acercarme y yo caminé hasta ellos. En pocas palabras Sebastián le hizo saber emocionado a su abuela que sería padre. La mujer volvió a sonreírle a la vida por los regalos que le llegaron de improviso. Posó su delicada mano sobre el espesor de mi vientre y bendijo a mi hijo con las palabras más dulces que jamás había escuchado. La señora estaba tan complacida, en un verdadero pico de felicidad que temí que su corazón no aguantaría otra emoción. Pedí al joven que la cuidaba los detalles de su salud y éste me explicó lo delicado de su situación. Concluí que una fuerza de voluntad muy grande la mantenía con vida, que solo esperaba un milagro para descansar y ese milagro estaba ocurriendo en este momento. Yo me conmoví mucho. Sentí un dolor profundo por ella, por Sebastián y por las cosas que le habían tocado vivir. Yo no llegué a conocer a mis abuelos, ni los de sangre, ni a Era, la mujer que adoptó a mi madre cuando era una niña. «No más guerra. La guerra no es la solución», me dije con firmeza.

La mujer llamó al muchacho que llegó de inmediato a sus pies. El mismo joven que me había dado el parte médico. El chico casi del alto de Sebastián y con cierto parecido, la cubrió de besos, le procuró con paciencia cuidados y cariño. Le suministró medicamentos y calmó sus dolencias con la habilidad de quien lleva bastante tiempo al cuidado de una persona de la tercera edad.

—Camil, acércate, por favor. Este es Abel, tu primo. Regresó —le dijo con una gota de entusiasmo al joven que se esforzó por aparentar alegría—. Ya puedo morir en paz, Abel está vivo, siempre lo supe y tú, mi amor, ya no te quedarás solo. ¿Abel, me prometes cuidar a tu primo? Es un joven con un gran corazón.

Sebastián no pudo negarle nada entre la conmoción y la confusión que sentía. Lloró ante el último aliento exhalado por su abuela, que cerró los ojos y se sumió en un sueño eterno. Las lágrimas de Sebastián fueron por su abuela, por su padre y por los demás familiares que perecieron víctimas de la guerra, a los que no pudo conocer. Lloró por él mismo y lo que pudo haber sido si hubiese crecido en un entorno totalmente diferente al que creció. En medio de su dolor reparó en el joven de dieciséis años, arrebatado de dolor en una esquina. Camil Oriol le devolvió la mirada y se borró las lágrimas de un manotazo para ponerse en función de lo que seguía.

—¿Qué vas a hacer? —le dijo Sebastián tras detenerlo por el brazo.

—Tengo que preparar su funeral. Llamaré al doctor para que firme su defunción y a nuestros amigos. Mi abuela era muy querida por los vecinos y conocidos —contestó el muchacho.

—Lamento informarte que no podré quedarme. Estoy en una situación complicada y…

—No tienes que darme explicaciones y tampoco es necesario que te quedes —le dijo.

—No te prometo nada, pero trataré de ayudarte a salir adelante —le dijo Sebastián.

—¿Crees que necesito tu ayuda? —Las lágrimas de Camil volvieron a asomarse.

Sebastián intentó abrazarlo, pero el chico lo esquivó.

—¡Qué te vaya bien! —le dijo el muchacho y con aquellas palabras intentó sacarse a Sebastián de en medio.

—¿Sabes dónde está enterrado mi padre? —insistió Sebastián antes de irse.

—No. ¿Ya se lo preguntaste a tu madre? Los dos fueron capturados juntos y vivos —dijo Camil.

—¿Qué insinúas? ¿Crees que mi padre esté aún con vida? —Sebastián tembló ante una posibilidad que parecía remota.

—Después de tanto tiempo lo dudo. No creo que tu padre haya corrido con tu misma suerte, dadas las circunstancias y el matrimonio de

tu madre —concluyó Camil.

Nos fuimos de allí de regreso al apartamento. El estado de ansiedad de Sebastián había remitido y ahora lo embargaba una profunda tristeza. Paúl intentó consolarlo, con la misma pasión que yo había empleado para aminorar su dolor. Intentamos salvarlo, sacarlo del hoyo de angustia en que se estaba hundiendo, pero aún no era el momento. Paúl estaba desesperado por retomar nuestros planes, pero en una absoluta camaradería me reveló que le daríamos un par de días o más, si era necesario, para que asimilara lo sucedido.

Dos días después, la misión de rescate de Apolo seguía suspendida en el tiempo y el dolor de Sebastián continuaba sin superarse. Paúl permaneció a nuestro lado. En su rostro pude leer que tenía noticias de la situación de mi hermano pero que, por respeto a la pena de Sebastián, no se atrevía a revelarlas. Le hice un gesto a Paúl para apartarnos, para que desembuchara la información antes de que se atragantara, pero Sebastián lo notó y le exigió saber.

—Venus no pudo resolver nada. Le dieron las mismas razones que al resto de América Libre, Apolo está resguardado mientras transcurren las investigaciones. Se le acusa de hacer negociaciones con el ejército de Verena a espaldas de la UNA, a pesar de que los otros cuatro representantes de la UNA estuvieron de acuerdo con que él acudiera a negociar un acuerdo con el general —dijo Paúl.

—¡Qué sensación extraña! Es como si mi madre ya hubiese hablado conmigo en persona y me hubiese trasmitido la misma información —dije.

—Eso tiene su explicación científica. Me ha sucedido, parece que ya lo viviste, pero no es así. Es algo del cerebro que sucede por… —insistió Paúl.

—No es eso. Sé a lo que te refieres. No siento como si tú me lo hubieras comunicado ya sino como si mi madre en persona lo hubiese hecho —intenté explicarme.

—Debe ser que estás sugestionada —dijo Paúl ya sin saber qué explicación darme.

—¿Dónde está mi madre? —pregunté.

—Siguiendo su parte del plan —respondió Paúl.

—Entonces nosotros seguiremos la nuestra —resolvió Sebastián.

—Sebastián, aún no estás listo. Podemos esperar —dijo Paúl.

—Sebastián, puedes marcharte con mi padre o a donde tú quieras y hacer ese viaje de sanación interior que tanto necesitas. Corazón, nosotros podemos rescatar a Apolo. No es necesario que nos acompañes. Permítete sufrir por lo que es necesario llorar y permítete aceptar que lo ocurrido no pudo ser diferente porque es parte del pasado. Delégame a mí, a Paúl o a uno de tus hombres el liderazgo de la misión —le supliqué.

—No huiré —se reveló—. Sé que no me necesitan para rescatar a Apolo, pero es mi misión y no renunciaré a ella.

—Sebastián, eres humano, necesitas reconstruir tu historia para que asimiles tu nueva realidad con los trozos de vida que hasta hoy conoces —dije.

—Haré por Apolo lo que no pude hacer por mi padre —sentenció Sebastián—. Solo necesito un día para terminar con este asunto.

Paúl estuvo de acuerdo y nos dejó solos. Yo confiaba en Sebastián, sabía que podría superar cualquier situación si se lo proponía, pero a la vez, los principios autocontrolados aprendidos desde pequeña intentaban disuadirme, me imponían una idea: un líder totalmente dominado por emociones tan intensas no era apropiado para llevarnos al éxito. Se cocinaban demasiados pensamientos en la mente de mi amado. Por un lado, Sebastián aún no me perdonaba por estar allí; tratar de protegerme podría distraerlo en el momento menos oportuno. Por otro, él tenía encima, la pérdida de su recién conocida abuela, el dolor y la incertidumbre en torno a la muerte de su padre y el odio que se cocinaba en su interior ante la imagen que se estaba formando de su madre, quien no solo había traicionado a su tierra y a su esposo, sino también a su propia familia. Aunque no era nueva la desilusión en torno a su madre, porque Karena una vez había ordenado a Ademar King II a viva voz que arremetiera contra su hermano, los sucesos recién conocidos le afectaron mucho a Sebastián. Él era un torbellino de sentimientos que fluían a través de sus zonas cerebrales. Su rostro, lleno de expresión, era una pantalla que dejaba vislumbrar lo que erosionaba en su interior. Lo abracé mientras yo reflexionaba en las paradojas de la vida: Sebastián había venido a rescatar a Apolo y a la vez se estaba rescatando a sí mismo. Nos quedamos dormidos.

Hacia las seis de la mañana, Sebastián despertó de golpe.

—¿En qué piensas? —le dije sobresaltada.

—No sé si pueda cumplir la petición de esa mujer, recién la conocí y me ha recibido como si nunca me hubiesen arrebatado de su lado

—admitió.

—¿Lo dices por el chico? Tu abuela dijo que no tiene a nadie.

—¿Y yo qué le puedo ofrecer? Al menos aquí tiene sus tierras y sus amigos.

—Eres su única familia. En lo que decidas te apoyaré.

Sebastián se puso lo primero que encontró y salió por la puerta trasera. Yo le seguí detrás. Nos envolvió la espesa neblina de aquella mañana. Pusimos en marcha el auto que estábamos utilizando en esos días y nos dirigimos a la casa del primo de Sebastián. Entramos sin que nos invitaran a pasar, luego de golpear en varias ocasiones la puerta sin recibir respuesta. La puerta no tenía cerrojo. Sebastián se orientó muy bien dentro de la casa y salió por la puerta trasera. Atravesó el patio y continuó caminando hasta que divisó a su primo a lo lejos.

La familia paterna de Sebastián a diferencia de la de Karena no tenía nada que ver con la política. Su actividad era muy similar a la mayoría de los habitantes de la UNA, que elegían una ocupación para contribuir al desarrollo de la nación y al sustento familiar. La familia paterna de Sebastián se había dedicado por generaciones a la cría y a la preservación del caballo árabe. Los ejemplares que guardaban en sus establos provenían de una línea muy antigua. Sus bisabuelos paternos habían emigrado tras las guerras desde su territorio original, uno de los países que hoy conforman Limes, debido a que no quisieron vivir bajo las fuerzas autocontroladas. Una vez instalados en el corazón de Nature comenzaron la cría de caballos, una práctica que había sido suya por generaciones. Criaron la especie local que había gozado por siempre de buen prestigio. Por cuestiones de adaptación al clima y a las costumbres por parte de la familia, fueron trasladándose hasta la frontera de Nature, a la ciudad donde se asentaron hasta la actualidad, justo en el área que cerraba el paso al mar Mediterráneo, pero tierra adentro, en aquella zona donde las temperaturas no eran muy elevadas la gran parte del año. Los Oriol trajeron a sus caballos consigo y allí sus descendientes emparentaron con sus habitantes, echaron raíces y se enamoraron de la nueva nación.

La propiedad de la familia parecía un castillo antiguo y deteriorado. Tras la muerte de los dos hijos, el padre de Sebastián y posteriormente el tío, los abuelos de Sebastián se habían quedado al frente con todo el trabajo. Por lo que pudimos averiguar, la madre de Camil lo abandonó de

pequeño tras la muerte de su esposo, al no poder lidiar con el dolor y con las responsabilidades. Luego supimos que también había perecido en la lucha contra la Sociedad Autocontrolada. Así que el joven fue criado por sus abuelos y desde niño se había esforzado por mantener con vida aquel mausoleo y los exiguos caballos que aún les quedaban, tres yeguas, un semental y los potrillos que comercializaban.

Sebastián se quedó observando los establos, divisó a Camil que se dirigía hasta la estancia de los caballos, pateando todo lo que se encontraba a su paso. El joven estaba que echaba chispas por la petición de la abuela, pronunciada con las reminiscencias de aliento de la señora antes de fallecer. Él ya había sido tajante y había dejado claro que no marcharía con nosotros, que se quedaría a intentar levantar de las cenizas aquel recinto de paz. Sebastián se introdujo en el establo y no pudo disimular la sensación de familiaridad que respiró. Se acercó a uno de los animales y no se detuvo, abrió la puertecilla y deslizó la mano a lo largo de la crin de la yegua. Reconoció cada palmo del sitio con la mirada y sintió esa certeza de que ya había estado allí. Camil le lanzó una mirada con la que deseaba desterrarlo de aquel lugar. Sebastián intentó mediar:

—Partiremos pronto. ¿Has pensado en las palabras de nuestra abuela?

—¿Nuestra? Apareces de la nada y quieres reclamarla como tuya. No le dije que no cumpliría su última voluntad porque no quería contrariarla, pero no tienes que preocuparte porque me convierta en un estorbo para ti. ¿No dices nada? —emitió unas carcajadas deprimentes—. Estoy seguro que fue lo primero que pensaste cuando te lo pidió.

—Disculpa, no te lo negaré. Me siento como un idiota delante de ti, pero no evadiré mi responsabilidad contigo —insistió Sebastián.

—¿Cuál responsabilidad si ni siquiera me conoces? No hay deuda de afecto entre nosotros y no confío en ti. Creciste en la Sociedad Autocontrolada como nuestro enemigo. Ahora llegas como un enemigo reformado, queriendo reconciliarte con tu pasado. ¿Por qué no la buscaste antes? Ella nunca fue feliz después que te arrancaron de su lado, nunca te olvidó. Sus dos únicos hijos también le fueron arrebatados por los autocontrolados y ahora vienes convertido en uno. No entiendo cómo pudo aceptarte, Sebastián Casals, para mí sigues siendo el fantasma con el que tuve que crecer, Abel Oriol no existe. —Se subió al semental con una gracia impecable y salió triunfante por la puerta del establo, abierta de par en par.

—¿Lo escuchaste? ¿Quién a esa edad puede hablar con tanto odio en sus palabras? ¿Está permitido que alguien tan joven pueda irrespetar a sus mayores así? —me manifestó Sebastián sorprendido.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Llevarlo con nosotros a la guerra? —dije.

—Aquí no le queda nada, ni nadie y la guerra llegará a él tarde o temprano. Prefiero que esté cerca de mí donde pueda encaminarlo en los pocos años que le quedan para convertirse en adulto.

—No renunciará a sus caballos —admití.

—Buscaremos la forma para que no tenga que hacerlo.

—Intentaré convencerlo, porque no creo que pueda escucharte, repele tus palabras.

—¿Y tú cómo lo lograrás?

—Obsérvame intentarlo, tampoco tengo experiencia con adolescentes —dije alzándome de hombros mientras pensaba en las palabras pronunciadas por Sebastián: «irrespetar a sus mayores». ¿Es que la responsabilidad de golpe que le caía a Sebastián le hacía sentir una edad muy distante a la de Camil? Estaba como Apolo. Ni Sebastián ni Apolo, tenían experiencia en lidiar con adolescentes, pero la vida les ponía esta tarea casi a la vez.

Caminamos hasta la casa. Allí permanecía el caballo del joven amarrado a un poste. Lo encontramos en una especie de oficina revisando unos documentos a través de su guía convencional estilo UNA. Toqué mi libélula cuando él me estaba mirando y ésta pasó de la transparencia a obtener su matiz metálico. La libélula se irguió y voló en dirección al chico, lo sobrevoló sin dejarse atrapar. Sebastián negó con la cabeza y nos dejó solos. Le sonreí al muchacho impresionado ante el insecto artificial.

—Te presento a mi guía, es algo diferente a la tuya —le dije con tono amistoso.

—¿Estás hablando en serio? —dijo.

—Puedes tocarla y revisarla. Tu primo la hizo para mí. Es su pasión, así como para ti son los caballos.

—Me cuesta creer que algo así provenga de él —dijo.

—Recuerda que no lo conoces —admití.

—¿A qué se dedica Sebastián? ¿Es un desarrollador de *Software*?

—Entre otras, es un estuche de monerías tu primo, como tú. ¿Quién iba a decirnos que buscando respuestas acerca del origen de Sebastián y de su padre, nos íbamos a encontrar contigo? Todo un experto en caballos —le sonreí—. Siempre me gustaron esos animales y aunque solo he

montado en dos ocasiones, siento que hay un vínculo especial entre los caballos y yo.

—¿Su madre no le contó de nosotros? —indagó.

—¿Su madre? Hasta hace un par de meses supe que esa señora era su madre. Sebastián es una especie de secreto o de pecado para ella. Mi familia crio a Sebastián desde que era un niño. Él ni siquiera conocía su propio nombre o hubiera corrido hasta ustedes. Él también ha tenido una vida difícil, de mucha soledad.

—¡Qué pena! Mis abuelos intentaron buscarlo cuando era un niño, pero su madre se negó a dar razones de su paradero. Les hizo entender que Sebastián no quería saber de ellos. Mis abuelos estaban convencidos que estaba vivo, pero nunca pudieron dar con él. Mi padre se enroló en el ejército de la UNA para poder investigar al respecto y murió en uno de tantos ataques al poco tiempo de yo nacer.

—Lo siento. Para ustedes dos ha sido difícil crecer, pero al menos ahora tienen la posibilidad de estar juntos. Se ve que tu familia nunca renunció a encontrar a Sebastián, incluso tu padre —dije.

—De todos modos, no renunciaré a mi vida en este lugar ni me iré con ustedes, ni siquiera sé quiénes son —admitió con sinceridad.

—Tienes razón, Camil. Ha sido una estupidez pedírtelo y me complace tu sensatez. Estoy segura que no nos necesitas para seguir adelante pero tu abuela por alguna razón quería acercarlos.

—Mi abuela ya no pensaba con claridad a sus años, sus ideas eran muy difusas, a veces me confundía con mi padre o con mi tío y en otras hasta con mi abuelo —admitió.

El joven intentó atrapar la libélula sin éxito. Le di al insecto la orden de bajar y posarse en su brazo.

—Es más increíble aún de cerca —musitó Camil sorprendido y amé su expresión. Me recordó la resiliencia de Sebastián durante su adolescencia—. ¡Así que a Sebastián le gusta la tecnología, qué sorpresa!

Asentí con aquella conversación dándome vueltas en la cabeza. Karena no había ocultado a su hijo para protegerlo, nadie del otro lado de la frontera quería dañarlo, Karena lo había ocultado para garantizar que su hijo no diera con las trizas de su pasado y con el amplio rastro de traiciones y de dolor que Karena había dejado tras de sí, antes de sucumbir de pasión en los brazos del enemigo. Karena lo había ocultado para no perderlo y para que Sebastián no creciera odiándola. Dejé al muchacho y fui en busca de Sebastián para asegurarle que era el momento de proseguir.

Quería decirle que no había logrado convencer a Camil, que se despidiera del muchacho y que más adelante intentara entablar una relación más sólida con él.

Encontré a Sebastián montado en el caballo de su primo, con bastante soltura, midiendo las habilidades del semental y las suyas propias, dando vueltas en círculos en aquel terreno tan solo poblado por un par de cedros. Me pregunté quién sería mi esposo de hoy en adelante, Sebastián Casals o Abel Oriol.

4



Faltaban veinte minutos para la hora más oscura de la madrugada. Hacía un par de días Paúl me había devuelto mi anillo espía, mi madre lo había utilizado para sustraer información en la visita a sus «amigos» autónomos. Nos apoderamos de contraseñas para entrar a las diferentes instancias del recinto, de los códigos y las indicaciones de los lugares donde estaban colocadas las cámaras de vigilancias, así como las secuencias de los recorridos de los vigilantes. Estábamos listos para la operación de rescate denominada: Invisible.

Sebastián y yo, llegamos a este punto en que el amor duele y se vuelve orgulloso. Lo había visto languidecer cuando casi pierdo la vida y ahora que la vida continuaba la desperdiciaba. Sus responsabilidades con ese nuevo puesto aumentaron y aunque lo ponía de pretexto, la distancia era la misma que meses atrás. Pensé en la intensidad que habíamos perdido. Me costaba mucho entender la versión de sí mismo en que Sebastián se había convertido. Ahí fue donde me di cuenta que esto era el matrimonio, él parecía no percibir problemas en nuestra relación, pero no me soportaba por las decisiones que estaba tomando como por ejemplo participar en el rescate de Apolo. Yo me resistía e intentaba arreglar lo que no se había roto porque no podía quedarme cruzada de brazos ni tampoco dejar que nuestra relación se debilitara. Quizás él tenía razón y mi lugar era a salvo

cuidando de mi embarazo y no sufriendo de una fe en mi invulnerabilidad, como los hacían los adolescentes. Tal vez era mi lucha interna. Intenté buscar las explicaciones en mi comportamiento, en mis errores, en mis equivocaciones y en mis angustias. Solo así podría controlar la situación y ahora necesitaba estar muy concentrada y que Sebastián lo estuviera también.

A quince minutos de adentrarnos en el sitio donde permanecía encerrado nuestro objetivo, sincronicé mi libélula con la araña de Sebastián para mantenernos comunicados en tiempo real sin necesidad de intercambiar palabras. Sebastián revisó por última vez su armamento y se fue caminando con Paúl y dos de sus hombres. Quise llamarlo, retenerlo un minuto para darle un abrazo y besarlo, pero mis labios se quedaron sellados. Gracias a lo negro de sus trajes y a la oscuridad de la noche desaparecieron de inmediato ante mis ojos. Me quedé en el asiento del copiloto con el colega de Paúl de la UNA y con Max, en un auto también negro, a unas cuadras de allí. Mi madre ya había iniciado su viaje de regreso hacía un par de días, al igual que los doctores y se encontraban con los otros dos soldados de Sebastián a la orilla de Nature, pero en territorio de Tierras Inhóspitas. La angustia en mi pecho por la reacción de Sebastián me hizo recordar su último intento de alejarme de allí. Él había planeado mi retorno con los doctores para distanciarme de la misión, para que de esa forma yo aguardara el regreso de todos ellos junto a mi madre. Me negué por enésima vez y Sebastián no insistió más, pero bastó una mirada para entender lo que él sentía.

El enojo le servía a Sebastián más que la tristeza porque se volvía más cínico y recordaba sus habilidades autocontroladas. Me desembaracé de mis pensamientos y me concentré en la misión. El destacamento de rescate se estaba acercando al edificio. Comencé mi parte. Programé la araña a través de mi guía como me había enseñado Sebastián. Percibí cómo su araña, en el modo invisible, se desprendió una pata, que dejó adherida al antebrazo de Sebastián. La pata era el nexo entre Sebastián y su guía, y entre él y los que estábamos en el auto. La tarántula se deslizó sobre el brazo y la pierna de Sebastián hasta llegar al suelo. No pude evitar que se me erizaran los vellos de la nuca solo de imaginármela. La araña de Sebastián lucía bastante trepidante y no terminaba de acostumbrarme a ella, por lo que agradecía que la mayor parte del tiempo operara en su modo invisible. Sebastián y los demás se quedaron apostados. Mientras la araña se dejó conducir a través de mi guía. La dirigí para que desbloqueara

la seguridad y le diera acceso a mi equipo. Sebastián y sus hombres le siguieron detrás. Yo no tenía total visibilidad del evento, pero podía seguir a través de un mapa holográfico en mi guía los puntos verdes que indicaban que nuestros hombres seguían avanzando y en buen estado físico.

—Pensé que Sebastián te tenía contemplado en la misión —le dije a Max luego de cerciorarme de haber cerrado la comunicación con Sebastián—. Recuerdo que mencionó que eras parte indispensable del plan.

—Somos tres de este lado, uno vigila, otro sincroniza las guías y el otro permanece al volante. A mí me tocó la vigilancia —enfatizó Max.

—¡Ah sí! —dije sin mencionar lo que me estaba rondando en la cabeza, que Sebastián había traído a Max para protegerme.

—Ya están en la puerta principal —dijo Max que no dejaba de observar el mapa desplegado.

—Anda a vigilar, Max. Yo me ocupo de mi parte.

El ingreso al sitio, ése había sido uno de los puntos en los que nos había costado ponernos de acuerdo. Paúl y yo habíamos sugerido entrar por el fondo de la propiedad, pero Sebastián, que a estas alturas se había vuelto más teatral había insistido en que Apolo saldría por la entrada frontal. A medida que la araña se acercaba a cada zona protegida o puerta asegurada, yo buscaba y le enviaba el código que requería o le indicaba la cámara que debía ir desconectando.

Por momentos, los puntos verdes sobre el tablero se movían con rapidez en el mismo sitio y aquello me daba la pauta para saber que alguno de los hombres del equipo luchaba cuerpo a cuerpo con los guardias del lugar. Volví a pensar que Max, como experto en combate, le era más necesario a Sebastián y a sus hombres. Dejé el pensamiento a un lado. La araña avanzó con mucha prisa y me concentré en que fuera desbloqueando la seguridad a su paso. Cuando me percaté, pude notar que el equipo de rescate se había quedado retrasado, eso solo podía indicar que estaban siendo contenidos por los adversarios. Amplié el audio y no logré percibir sonidos de disparos ni otros.

—Max —le dije—. Tendrás que entrar.

—No hasta que Casals me lo ordene —dijo.

Pensé hacer que la araña recurvara hasta el equipo, pero vi los puntos verdes ponerse nuevamente en marcha. Dos de ellos estaban supeditados uno encima del otro y eso sólo podía indicar algo, alguien estaba herido.

—Hay un herido, Max, entra.

—Están avanzando y no han pedido refuerzos —señaló Max en el mapa y me recordó a mi antiguo entrenador.

Max regresó al punto de vigilancia. Según el mapa ya estábamos muy cerca. El equipo y la araña siguieron avanzando a toda prisa, y por el tablero supe que ya estaban ante la celda de mi hermano. Tardaron lo suficiente para liberarlo y emprender el camino de regreso. Casi en la entrada le ordené a la araña subirse al antebrazo de Sebastián, el piloto puso en marcha el vehículo y los recogimos en las afueras del lugar.

Paúl llegó sobrecargado en Sebastián y yo ya estaba en el asiento trasero con una venda en las manos para detener el sangrado de manera provisional. No tuve tiempo de intercambiar más que una mirada con mi hermano y partimos. La bala penetró justo debajo del hueso de la clavícula hacia el hombro, pegada al borde de la placa del chaleco antibalas. Tal vez ese choque frenó la bala en su avance dentro del cuerpo de Paúl y evitó que lo traspasara, porque busqué con el tacto un orificio o sangre en su espalda y no encontré nada. Eso agravaba su situación, requería que le retiraran la bala y no podría esperar a que llegáramos a una de nuestras unidades.

No tardarían mucho tiempo en percatarse de la fuga de Apolo y dar la voz de alarma, así que disponíamos de poco tiempo para escapar. Ya daban las cinco y media de la madrugada. Nuestro plan original incluía, dividirnos, unos seguir en el auto y los demás tomar otros medios de transporte y salir de la ciudad de la misma forma que habíamos entrado, pero con Paúl herido nuestro plan daba un vuelco.

—Necesita un hospital —dije.

—Cualquier herido será relacionado con lo ocurrido, podemos salir por donde entramos, pero no pasaremos los controles internos de Nature si no se le cambia de ropa, está lleno de sangre —dijo Sebastián.

—Entonces regresemos al apartamento, si me consiguen los implementos necesarios creo que puedo estabilizarlo para que pueda viajar con nosotros —dije.

—Tenemos que huir ahora —dijo Sebastián—. Si no salimos de inmediato tendremos que abandonar el territorio por la fuerza y eso no era parte del plan. Les pondremos sobre aviso acerca de la dirección que vamos a tomar.

—Váyanse todos —dijo mi hermano—. Yo me quedaré con Paúl. Tengo unos amigos que podrán darnos refugio hasta que podamos viajar. Será más seguro para gente de la UNA que para el resto.

—Eso no es negociable, Apolo. Todo lo que hemos hecho ha sido por ti, así que te irás con la mayoría del equipo. Y esto no será seguro para ninguno de nosotros cuando comiencen las investigaciones. Yo me quedaré con Paúl y nos reuniremos con ustedes cuando Paúl pueda viajar. Nos la arreglaremos para ocultarnos y sobrevivir. Uno de mis hombres permanecerá conmigo. Todos los demás salgan y diríjanse al camión con los demás tripulantes. No nos esperen, conduzcan a toda prisa hacia la unidad uno. Allí recarguen baterías y diríjanse a la unidad cero punto cinco. Les deseo éxito, hermanos. Paz… —murmuró Sebastián y percibí el dolor con que pronunciaba las últimas palabras—, te quedarás con nosotros. Paúl necesita un médico y tú has sido entrenada para salvar la vida de un presidente. Max, tú eres el que nos acompañará. Vamos.

Apolo me abrazó con fuerzas y Sebastián insistió para que nos despidiéramos a prisa.

—No —intentó oponerse Paúl al sacrificio que estábamos haciendo por él, pero los hombres de Sebastián lo arrastraron hasta el automóvil y nos pusimos en marcha.

Llegamos, pero no al apartamento. Sebastián detuvo el auto ante la antigua propiedad de sus abuelos.

—¿Qué haces? —le dije preocupada.

—Aguarda —dijo y se bajó del auto.

Sebastián le dio indicaciones a Max para que tomara el lugar del conductor. Se acercó a la puerta de entrada de la propiedad y abrió la amplia reja de hierro que introducía al terreno, la cerró tras el paso del auto y se subió en el asiento del copiloto. Llegó ante la puerta de la vivienda y llamó para entrar, pero nadie le respondió. Empujó la puerta y como la otra se abrió de par en par. Lo vi hacer un gesto de disgusto. Le indicó a Max conducir hasta uno de los pasillos laterales en cuyo espacio permanecía estacionado un auto y una bicicleta. Entramos junto con Paúl por la puerta lateral del improvisado estacionamiento, la cual tampoco estaba asegurada. Sebastián emitió un sonido de disgusto y luego añadió:

—¿Y así cree este chico que está listo para emanciparse? —dijo con enojo y desenfundó el arma.

Sebastián le indicó a Max que buscara una habitación para acostar a Paúl. Él siguió inspeccionando la propiedad para cerciorarse si estaba libre de otras personas, como ya se había percatado en las pasadas visitas. Llegó justo ante la habitación de Camil, la cual también permanecía abierta y al

verlo durmiendo a pierna suelta, le apuntó con el cañón en la cabeza. Presionó el arma contra la frente de Camil y éste se despertó sobresaltado.

—¿Estás seguro que estás listo para vivir solo, no me parece? —le increpó Sebastián.

—¿Estás loco? ¿Qué haces aquí y con un arma? —le gritó.

—¿A parte de ti hay alguien más en la propiedad? —preguntó Sebastián.

—¡No! —gritó Camil.

—Tenemos un pequeño problema y necesitamos quedarnos aquí —le dijo Sebastián sin una sombra de cordialidad—. ¿Tienes algún inconveniente?

—No sé en qué estarán metidos, pero no quiero involucrarme —dijo el muchacho.

Sebastián ignoró la frase anterior y continuó hablando:

—Paz, dile a Max que vaya por los medicamentos y utensilios que necesitas, pero primero revisa lo que ya hay en la casa y que te pueda servir. Mientras menos sospechas levantemos será mejor. Son las seis y diez. Hazlo de inmediato, antes que las farmacias se conviertan en foco de vigilancia. Por un momento pensé mandar a Camil, pero mejor no, no quiero levantar la mínima sospecha sobre nuestra estancia en esta propiedad. Préstale tu anillo a Max y dile que pase primero por alguna clínica y se las arregle para hacer la copia de la guía de un médico. Así las compras quedarán registradas a su nombre.

—A tus órdenes —le dije con ironía por la forma en que nos estaba hablando a todos, pero en el fondo coincidía con él, en cada una de las decisiones que estaba tomando.

Le di el anillo y las indicaciones a Max. No dudaba que estaba preparado para ello, lo que me preocupaba era que los autónomos descubrieran que era un robot humanoide.

—Max se prudente y ágil. Muévete con soltura, por favor. Recuerda pestañear, imitar la respiración y suéltate. Sonríe. Los autónomos son más… —dije sin poder rescatar la palabra que tenía en la punta de la boca.

—Tuve suficiente tiempo para estudiarlos. Estoy preparado para esto —dijo Max.

—Pídele a Camil que te preste algo de ropa. Él es casi de tu altura, algo te debe quedar.

Camil se nos acercó, aún con la ropa de dormir, hasta la habitación donde yo estaba atendiendo a Paúl y me despedía de Max. Camil abrió la

boca para decir algo, pero no dijo nada. Reparó en nuestras ropas, las armas y nuestro compañero herido. Se sentó en una silla, se cubrió la cabeza con ambas manos, y comenzó a lamentarse, temiendo que la avalancha de acontecimientos que se llevó uno a uno los miembros de su familia, amenazaba con volver a arrasarlos. Cinco minutos después se puso de pie, buscó la ropa sobre la que me escuchó hablar con Max y comenzó a reunir en una bolsa todos los medicamentos y los recursos médicos que había en la casa, los que le sirvieron para cuidar a su abuela hasta hacía unos días. Luego me los entregó y se fue a la cocina a hervir abundante agua, la que una vez lista también nos la alcanzó con gesto de suficiencia mientras Max se iba.

Acomodé a Paúl. Le corté la ropa del área cercana a la herida con unas tijeras previamente desinfectadas. Le retiré la venda y le revisé la herida. Traté de no emitir ningún juicio delante de Paúl para no ponerlo nervioso, pero pude cerciorarme que la decisión de quedarnos fue la acertada. Comencé a limpiar el exceso de sangre y coloqué otra compresa temporal para detener el sangrado.

—Estarás bien, Paúl, sólo necesito que seas fuerte. Te inyectaré un analgésico para reducir el dolor.

Camil llegó con las manos oliendo a limpio y comenzó a asistirme.

—¿Y si tu primo nos delata? ¿Lo pensaste antes de venir a aquí? —le pregunté a Sebastián ante la perplejidad de Camil que permanecía delante de nosotros.

—No lo hará —dijo Sebastián—. Quería demasiado a nuestra abuela para hacer eso.

Camil se limitó a escucharnos en vistas de que no le habíamos pedido su opinión. Sebastián se dirigió al muchacho y le dijo:

—No somos tus enemigos y no venimos de la Sociedad Autocontrolada si es lo que temes. ¿Nos brindarás refugio o es necesario que utilicemos la fuerza?

—¡Cálmate! —le dijo Camil—. Ésta también es tu casa, solo espero que te vayas pronto y que no me perjudiques con tus asuntos.

—También lo espero —le dijo Sebastián.

Sebastián se quitó la chaqueta y se quedó con una camiseta de mangas largas. Las remangó hasta el codo se lavó a conciencia las manos y me dijo:

—¿Cómo te ayudo?

—Lo necesito a él —dije señalando hacia Camil—, tiene más experiencia que tú con los enfermos. Tú puedes esperar a que traigan los

suministros médicos que pedí y puedes cerciorarte que la propiedad sea segura. Tráeme mi botiquín, por favor, tengo un medicamento que le ayudará a recuperarse más rápido. ¡Ah! Empieza por cerrar algunas puertas.

Camil esbozó una sonrisilla y se dispuso a ayudarme. Aflojé la ropa de Paúl y procedimos a colocarle la inyección. Le retiré los zapatos para que estuviera cómodo. Le tomé nuevamente la temperatura y lo cubrí con una sábana limpia para que permaneciera lo más estable posible.

—Gracias, Paz, por quedarte con todo lo que implica —emitió Paúl—. Ojalá que entre las cosas que pediste hayas pedido anestesia porque no soy muy resistente ante el dolor.

—Tranquilo. Soy experta retirando balas y todo será muy rápido —le dije antes que se embelesara producto del sedante.

Cuando llegaron los suministros y nos preparamos para la extracción de la bala vi a Camil suspirar. Nunca había llegado tan lejos en los cuidados que le había proporcionado a su abuela, que por lo hábil que se mostraba asistiéndome, de seguro había tomado buena parte de su adolescencia.

—¿Puedes? —le pregunté al chico—. ¿O crees que es mejor que Sebastián me asista?

—Puedo —respondió el muchacho.

—Vamos a inyectarle una anestesia local, es todo lo que podemos hacer por él para el dolor en este momento, además del sedante que ya le suministramos. Vamos a poner especial énfasis en evitar una posterior infección manteniendo todo el material lo más estéril posible. Al terminar le indicaré antibióticos.

Camil no perdió la calma y siguió cuidadosamente mis indicaciones. Sebastián tampoco se apartó de nuestro lado y Max se encargó de la vigilancia. No era la primera vez que yo extraía una bala. De hecho, en mi especialidad médica, asistir a heridos de guerra era en lo que más énfasis ponía. Durante los atentados de la UNA a la Sociedad Autocontrolada había tenido muchas oportunidades de ponerlo en práctica. Por eso, cuando me tembló la mano con la que procedería a la operación no lo entendí. Como un espejismo, algo nubló mi mente un par de segundos y sentí una conexión extraña de pronto. Percibí la angustia de mi madre mientras Apolo le relataba que Paúl, Sebastián y yo nos habíamos quedado atrás. Sacudí la cabeza y traté de enfocarme. Sebastián se percató que algo sucedía y en fracción de segundos estuvo a mi lado interrogándome.

—Todo está bien —le dije para sacármelo de encima pero no pude engañarlo.

Respiré profundo y comprobé que mi pulso volvió a estabilizarse y proseguí. Extraje la bala, inspeccioné con los medios que tenía el hueso para cerciorarme de que no se hubiese comprometido y limpié minuciosamente toda la zona. Lo dejé listo para comenzar a recuperarse.

Cuando salí de la habitación y me retiré los guantes, le agradecí a Camil por su apoyo. Me senté fuera en la terraza trasera para tomar un poco de aire, sin poder quitarme de la cabeza la preocupación por lo que me había sucedido. Sebastián llegó pronto con una taza de té para mí.

—Camil nos ofreció este delicioso té de flores. Él mismo lo preparó. Tómalo y retírate a una de las habitaciones. Necesitas descansar. Toma un baño e intenta dormir —me dijo.

—Tengo que estar de guardia al menos las primeras cuarenta y ocho horas —le aseguré.

—También tienes que cuidarte, por nuestro hijo y por ti. Danos las indicaciones y estaremos de guardia. De ser necesario te despertaremos.

—¿Qué habría pasado si yo no los hubiera acompañado? ¿Incluso tú podías haber resultado herido? —le solté.

—Tal vez desde un inicio debimos considerar traer un médico con nosotros. Sobre todo, en esta expedición tan lejos de nuestras unidades. Lamento no haberlo pensado antes, así como lamento no haberte convencido para que no vinieras. Aún no estamos fuera de peligro —resolvió para evitar tener que darme la razón.

Sebastián se instaló junto a Paúl en una silla y se conectó a los medios locales para ver si había alguna noticia sobre el escape de Apolo. Mientras, yo me acomodé en una de las habitaciones que tenía vista hacia la parte trasera de la casa y pude relajarme viendo a los caballos pacer con placidez y con la elegancia que les caracterizaba. No percibí cuando me quedé dormida pero sí cuando desperté de un brinco sobresaltada, con el pulso acelerado. Soñé con el reencuentro de mi madre y Apolo, y el temor que ella experimentó al saber que yo me había quedado atrás, lo sentí como propio. Me fui a darle una vuelta a Paúl para olvidar la pesadilla.

Tres días después ya estábamos listos para marcharnos. Paúl se podía poner de pie, caminar sin una tremenda mueca de dolor y eso nos ayudaría a escabullirnos sin armar aspavientos. La seguridad tras el escape de Apolo sí había sido recrudecida, pero con mucha discreción hacia el evento que la había desencadenado.

Sebastián eligió unas horas antes de marcharnos para agradecerle a Camil por su hospitalidad. Pero las palabras que emitió fueron las últimas que esperé escuchar, después de la madurez que había mostrado Camil en esos días y del apoyo que nos había brindado:

—Si para cumplir la voluntad de nuestra abuela tengo que llevarte a la fuerza estoy dispuesto a hacerlo. Cuando tengas la mayoría de edad podrás hacer lo que desees, regresarte o marcharte a donde te dé la gana, pero ahora te irás conmigo.

—No puedes obligarme —se defendió Camil—, Sebastián Casals. No eres mi tutor legal ni tienes ningún derecho sobre mí.

—En eso tienes razón, pero tengo la habilidad y los medios para sacar por la fuerza a una persona de la Unión de Naciones Autónomas, no será la primera vez. Aquí ponen mucho énfasis en vigilar las fronteras con la Sociedad Autocontrolada, pero obvian las fronteras con Tierras Inhóspitas, como si todos los seres humanos repeliéramos de ellas o temiéramos introducirnos en su terreno.

Entendí que de esa forma tanto William como él habían vulnerado la seguridad de la UNA cuando secuestraron a Leila Salvat.

—No puedo irme sin encargarle a alguien la propiedad y los caballos —mencionó Camil enojado.

—Los caballos puedes dejarlos en otra reserva, las hay más prósperas que ésta y la propiedad puedes cerrarla hasta que regreses. No te irás para siempre solo hasta que alcances la mayoría de edad —le reveló Sebastián.

—Si hubieses crecido como yo entre caballos entenderías que no puedo apartarme de esos caballos ni ellos de mí —dijo el chico con lágrimas en los ojos.

—Lo siento mucho, Camil. Si fueran otras nuestras circunstancias nos quedaríamos contigo o traería a tus caballos conmigo, pero no tengo esa opción. Despídete de tus caballos, pero no les digas hasta siempre.

—Mi abuela y yo estábamos mejor sin ti —reprochó.

—No lo dudo, pero esto es lo que tienes ahora.

5



Pasar los controles de la UNA no era difícil, al menos antes del escape de Apolo. Solo se cercioraban de escanear la placa del auto. Si todo estaba en regla y los pasajeros no se les hacían sospechosos, los dejaban pasar. En esta ocasión, uno de los guardias se dedicaba a observar los rostros de cada uno de nosotros. Además, nos hicieron preguntas.

—¿A dónde se dirigen? —nos interrogaron.

—Vamos por un intercambio con otra reserva —soltó Camil—. ¿Le muestro los papeles?

El guardia reparó en nosotros, en la camioneta y en las tres naves que venían enganchadas, en la que a simple vista se podía ver dos caballos por cada una.

—No es necesario, sigan adelante. Tengan cuidado.

Cuando nos alejamos, Camil miró a Sebastián, para que este último reconociera que había tenido razón.

—No creas que te saldrás con la tuya y que viajaremos con los caballos. Los dejaremos en la reserva más cercana —añadió Sebastián.

—Estamos cerca de la frontera con Tierras Inhóspitas —dije luego de comunicarme con mi libélula que se había adelantado y sobrevolaba delante de nosotros.

—Si nos desviamos a una reserva, de regreso volveremos a toparnos con otro punto de control —dijo Paúl—. El chico tiene razón. Esta es nuestra oportunidad.

—Vale, pero si nos vemos en la necesidad, soltamos a los caballos y proseguimos. Fin de la discusión. No sacrificaré a nadie por un caballo. ¿Entendido? —soltó Sebastián.

—Nuestro abuelo sentiría vergüenza de ti —le dijo Camil a Sebastián y este último decidió ignorar el comentario.

Tomamos la carretera paralela a Tierras Inhóspitas y avanzamos hasta que encontráramos el lugar sin la vigilancia adecuada para cruzar. Camil iba con un manojo de emociones desfilando a través de su expresión, las que estallaron cuando se cercioró a dónde nos dirigíamos.

—¿Qué hacemos en las tierras salvajes? —preguntó Camil cuando ya no pudo más.

—¿Has oído acerca del general Verena y su ejército? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—El general Verena, mi padre, abandonó su cargo como Secretario de Defensa en la Sociedad Autocontrolada y se refugió en las tierras de nadie. Muchos hombres y mujeres, incluso algunos de la UNA decidieron seguirlo. Nosotros vivimos con él, somos parte de las personas que le siguen.

—No puede ser. ¿Y ésta es tu idea de protección para mí? —Camil le reclamó a Sebastián—. ¿Por esto me hiciste abandonar todo?

—Eso mismo le dije a tu primo, que nosotros no teníamos una posición muy sólida aún —añadí—. Pero al menos estarás en familia. Sé que será difícil al principio, que Sebastián no es más que un extraño para ti, pero al menos hasta que cumplas tu mayoría de edad somos tu única opción.

—Te equivocas, Paz. Hace tres años la condición de mi abuela comenzó a empeorar y no solo tuve que valerme por mí mismo, sino que me hice cargo de ella, de los caballos, de la casa. Vi cómo hacerle para sobrevivir.

No le insistí, en parte tenía razón y Sebastián lo sabía, pero se había aferrado a cumplir la última voluntad de su abuela. Camil siguió lamentándose de todas las leyendas populares acerca de las condiciones de Tierras Inhóspitas y no le saqué de su error. Lo dejé que comprobara las virtudes de nuestra nueva ubicación en el mundo. Nos aproximamos a la unidad uno. Mucho antes de llegar nos recibió el destacamento que tenía la misión de ir encaminando a los nuevos aliados que se iban sumando a nuestras fuerzas. Por ellos supimos que el número de quienes se unían seguía creciendo. También nos dijeron que el equipo de rescate de Apolo ya había pasado por allí. Eso nos tranquilizó porque no habíamos tenido noticias sobre ellos.

La unidad uno permanecía vacía, pero aún era habitable. Otro destacamento permanecía vigilándola sin registrar más actividad que la del equipo de rescate que había pasado a reabastecerse. Descansamos un par de horas y seguimos rumbo al asentamiento cero punto cinco, el que aún yo no tenía el gusto de conocer.

Cuando arribamos me quedé con la boca abierta. Ahora entendía por qué decidieron que esta unidad sería la destinada al mando de nuestro ejército. Tenía mucho potencial. Atravesamos la entrada principal y aún tuvimos que recorrer un buen tramo para llegar a las oficinas centrales donde se encontraba mi padre. El general Verena estaba rodeado por sus oficiales, mi madre y mi hermano; discutían alrededor de unos planos holográficos que emergían de la guía de Apolo. Llegamos justo cuando ya habían dejado de confiar en que llegaríamos por nosotros mismos, y ya estaban planeando cómo sacarnos de Nature. Mi padre detuvo el habla y esbozó una sonrisa mientras nos observaba a los cinco recién llegados acercarnos a ellos. Nos recibieron y al fin pude darle un largo abrazo a mi hermano y éste ponernos al tanto de lo ocurrido con él.

El testimonio de Apolo sirvió de prueba contundente de las conjeturas de Paúl sobre el encarcelamiento del primero. Las reformas que él quería imponer y el apoyo de América Libre no fueron aprobados por el resto del Consejo de los Representantes, así que decidieron sacarlo de en medio, lo que constituía una violación de los principios y autonomía de América Libre. Nos aseguró, ante la incredulidad de mi madre, que nunca lo sometieron a ningún tipo de interrogatorio ni fue testigo de ninguna investigación, como ellos aseguraban, acerca de la colaboración con el

ejército de Tierras Inhóspitas. Apolo nos garantizó que los representantes no se sentían amenazados por el ejército de Verena, para ellos este hecho solo traía ventajas, desde su percepción. El ejército de los King se volvía más débil y ya estaban pensando cómo aprovechar la situación.

—No puedo creer todo lo que me dices, hijo. Acabamos de frenar una guerra con el Tratado de Tolerancia —dijo mi madre.

—Los representantes de la UNA se aferran cada vez más a ideas estáticas y a modos arcaicos para intentar implantarlas —dijo mi hermano.

Las piernas me flaquearon y tuve que recostarme de inmediato. Sebastián le pidió a Johnson que me revisara e hizo partícipe a mi familia de que últimamente había estado muy sobresaltada con extrañas pesadillas y cansada. Acentuó:

—Paz ha hecho demasiado esfuerzo en este viaje. Necesita descansar en serio. Espero que ustedes me ayuden a convencerla que al menos durante una semana no la necesitamos.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo mi madre—, pero no es el cansancio del viaje lo que la tiene así. Apolo nos tiene noticias poco agradables y en esto me siento terriblemente culpable porque de cierta forma yo lo propicié.

Mi padre que hasta ese momento había estado con nosotros se retiró con una sombra de pesar en el rostro. Sebastián se quedó muy atento y yo me senté de golpe, negada a escuchar.

—Son los efectos secundarios de la guía mental. Me pasó lo mismo. Comencé a tener sueños o recuerdos de los que no entendía el origen —reveló Apolo.

—¿De qué hablas, si yo quedé limpia de ella hace bastante tiempo? —expliqué.

—Lo mismo pensé. A nuestra madre le ha estado ocurriendo lo mismo que a ti. La guía mental evoluciona y se fusiona con el organismo que la utilizó. Durante ese proceso tiene unos efectos secundarios muy desagradables, pero será solo en el momento de quedar fusionada con tu cuerpo. La UNA tiene un medicamento naturista que contrarresta esos efectos tóxicos que son: sentirse como envenenado, dolores articulares, debilidad, entre otros desconocidos. Necesitas la medicina y podrás seguir usando la guía sin complicaciones. Al menos hasta que aprendamos a cómo librarnos de ella para siempre.

Mi madre también nos dejó y recordé que ella también había estado sufriendo de pesadillas, como yo.

—En América Libre, justo antes de ser detenido me explicaron lo que sucedía, cuando comencé a sufrir los síntomas y me suministraron el medicamento. Luego me apresaron y ya no pude advertirles a ustedes ni traerles la medicación. Necesitamos conseguir el fármaco para ti y para nuestra madre. Los efectos tóxicos podrían repetirse a futuro, en nuevos procesos de la evolución de la guía, supuestamente este medicamento te libera de ellos de por vida —me dijo Apolo.

Sebastián comenzó a atormentarse y preguntó lo que a ambos estaba a punto de asfixiarnos.

—¿Para nuestro hijo hay alguna consecuencia?

—Yo creo que no. Fue lo primero que pregunté. Me aseguraron que no pero ya no sé qué pensar. Jamás creyeron que la guía evolucionara dentro de nuestro organismo —dijo Apolo.

—No sé si creerles —dijo Sebastián.

Mi hermano no pudo seguir en nuestra presencia y también se retiró. Aunque Apolo se esforzara y tratara de ser civilizado aún no olvidaba que Sebastián estaba implicado en lo sucedido a Leila Salvat. La última vez que Apolo estuvo en Tierras Inhóspitas la relación con Sebastián fue casi nula. Comprendí el malestar de Apolo ante las escasas palabras que había compartido con Sebastián y el que nos abandonara con rapidez. Sebastián lo notó e intentó disimular su frustración. Tal vez pensó que rescatándolo y salvando luego a Paúl, sería suficiente para calmar el pesar que embargaba a Apolo en su presencia.

Sebastián llamó a Camil para indicarle donde se quedaría él y sus caballos. El chico lo siguió con aquella expresión de descontento en el rostro. Mientras todos los presentes nos abandonaban en direcciones diferentes tomé a mi madre por el brazo. Ella me devolvió una pregunta sin mover los labios y me paralicé unos segundos, sin poderlo creer:

—*¿Qué quieres?* —Esas dos palabras se me colaron en la mente, como cuando teníamos instalada la guía mental.

—¿Esto es en serio? —solté en voz alta.

Mi madre me miró fijamente y ya no me llegó ni una palabra más por esa vía, así que despegó los labios para pronunciar.

—He intentado hacerlo funcionar, pero solo logro *flashes* y es bastante agotador. Sin embargo, en algún momento mientras operabas a Paúl pude ver y oír lo que percibías.

—¿No me digas? Creo que me ha ocurrido, con Apolo o contigo. ¿Funcionará como la otra vez? —pregunté.

—Hay muchas preguntas entorno a eso que ni Apolo nos podrá responder. Estoy pensando viajar a América Libre a buscar respuestas. No podemos continuar así.

—No creo que seas bien recibida allá. Con el escape de Apolo ni tú ni él deben regresar.

—Te equivocas, hija. Nadie me negará mis derechos en América Libre.

—No discutiremos ahora por eso. No quieres verlo y no te insistiré. No te retuve para hablar de la guía mental, ni de tu situación en América Libre. Es otro asunto. Earta Hébert conocía el origen de Sebastián, me refiero a que proviene de la UNA, de una concepción natural. Eso quiere decir que Karena King sabía que su hijo no iba a poder ser padre si no intervenía la ciencia, al menos con una mujer autocontrolada. Sin embargo, en alguna ocasión la escuché motivando a Sebastián para contraer matrimonio.

—No entiendo absolutamente nada de lo que estás hablando. Mejor vamos a la habitación, me explicas todo desde el principio y así te recuestas de una buena vez.

6



Tierras Inhóspitas.

Nuestra nueva unidad era mucho más grande que la anterior y el destacamento de mi padre se había empeñado en desempolvarlo y transferirle la pulcritud y la organización de su estilo de vida en la Sociedad Autocontrolada. No pude recorrer el espacio en ese momento para conocerlo, como hubiese deseado, pero por mi madre supe que contábamos con bodegas, cuartel, clínica, laboratorio, salas comunes, cocina, comedor y mucho espacio libre para entrenamiento. Mientras me encaminaba al lugar que me había indicado mi madre, me detuve a observar a las personas trabajando afanosamente y lo contrasté con la realidad en la que había crecido tan distinta, donde las máquinas se encargaban del trabajo en general. Ahora las gotas de sudor recorrían los cuerpos de hombres y mujeres, no como parte de un entrenamiento de su régimen de vida y sí como parte de la rudeza del trabajo necesario para sobrevivir en las condiciones inhóspitas.

Mi madre lo notó y me dijo con una sonrisa:

—Se empeñan en construir su sociedad en Tierras Inhóspitas y muchos hasta han sugerido que traigan a algunos robots humanoides. Les ha

venido muy bien la presencia de los autónomos. A nosotros siempre nos han enseñado a sobrevivir en la naturaleza. Muchos de nuestros medicamentos ya se están elaborando en el laboratorio.

—No demerito a los autónomos, pero tendrías que ver al entrenamiento al que me sometieron cuando quise entrar al equipo médico de Ademar King, no olvides que la mayoría de los seguidores de mi padre provienen del ejército y lo que le sobran son habilidades por adaptarse a cualquier terreno por inhóspito que sea, por eso no temieron en cuanto se les dio la oportunidad de venir —le compartí.

Mi madre compartía un cubículo con mi tía, la que me abrazó con ternura al tenerme cerca. Tía Patricia intentó darnos espacio y retirarse, pero le pedí que se quedara. Pude notar por las palabras que cruzó con mi madre, que, aunque pernoctaran en la misma estancia aún mi tía no podía perdonar ni aceptar la conducta de mamá. Al final logré que ambas me escucharan y dejaron por un instante sus diferencias personales a un lado.

—Earta Hébert conocía el secreto del origen de Sebastián. No me refiero a la identidad de su familia y a los datos que nos llevaron a encontrar a la abuela y al primo de Sebastián. Earta no quiso separarse de mí en mi estado, en nuestro viaje no dejó de observarme y estoy segura que ha estado documentando en su guía el curso de mi embarazo. Más de una vez me ha estado abrumando con preguntas acerca de la concepción de mi hijo y de mi estado en general. ¿Entienden lo que quiero decir? —referí.

—Explícate un poco mejor —pidió mi tía.

—Resulta que, para proteger las modificaciones genéticas introducidas para crear al hombre nuevo, indujeron a que los autocontrolados solo se reprodujeran entre sí, pero como la imposición del gobierno no fue suficiente para poder controlar a la población, ni todas las reglas alrededor de la familia, decidieron realizarlo a nivel genético. Crear cierta incompatibilidad reproductiva entre los autocontrolados y los autónomos.

—¿Estás segura que tuvieron éxito? —preguntó mi madre.

—No estoy segura de nada, casi todo lo que pienso son conjeturas entre los trozos de verdad que ha decidido Earta comunicarme y todo lo que aún me oculta. Si no me supiera embarazada de Sebastián ni siquiera nos hubiese hecho partícipes de estos hechos. Por otro lado, a Earta le preocupa, en su obsesión por la reproducción, que los autocontrolados y los autónomos no puedan tener descendencia entre sí y ahora su nuevo pueblo está conformado por ambos. Earta ya se está trazando un objetivo para sentirse útil en esta parte del mundo —dije.

—No solo lo hace para sentirse útil, tendría en sus manos una herramienta poderosa necesaria en nuestro ejército. Tu padre debe saber esto de inmediato, pero tiene que saberlo con todos los detalles. Ahora mismo acudiré a Earta Hébert y le exigiré que nos exponga todo si quiere continuar recibiendo refugio entre nosotros —sostuvo tía Patricia.

—Detente, Patricia —le pidió mi madre—. Si todo lo que Paz está suponiendo es cierto, estaríamos en las manos de la doctora. No nos conviene en este momento declararla nuestra enemiga sino nuestra aliada. Pensemos con calma cómo sacarle todo lo que sabe, tenemos que acercarnos con sutileza a ella. La doctora quiere recuperar su lugar al lado de los poderosos, con los King ya sabe que no hay vuelta a atrás y por eso está apostando por Verena.

—¿Y la pequeña Iris? Apolo es autocontrolado y la madre de Iris es de la UNA, ¿verdad? ¿Están completamente seguras? —nos preguntó mi tía.

—Eso creo, Patricia. Conozco a la madre de Dafne y no creo que haya en su pasado secretos tan turbios como los de nuestra familia. Dafne es una autónoma y Apolo nació autocontrolado —dijo mi madre.

—Madre, ¿cómo le hiciste para sacar a Apolo de América Unida? ¿Cómo le hiciste para ocultarlo de mi padre? ¿Ambos somos productos de la reproducción asistida? Necesito saber detalles porque lo más insignificante a lo mejor arroja alguna evidencia sobre la concepción de mi hijo y la de Iris —imploré.

—Iris debería estar aquí con nosotros. No entiendo para qué se la llevaron si al final iban a regresar —me interrumpió tía Patricia.

Intenté volver a la carga y mi madre le contestó a mi tía lo que me hizo mantener la boca cerrada:

—Está con su abuela, debe estar bien cuidada.

—¿Te consta? Al final su hija tomó decisiones bastante desfavorables para sí misma y para su criatura —rebatió mi tía.

—¿Acaso los padres somos responsables de todas las decisiones de nuestros hijos? —se defendió mi madre.

—Ya no discutan, por favor. ¿Cómo nos concebiste, mamá? ¿De forma asistida o natural? Si nos concebiste de forma natural eso explicaría todo. Apolo y yo estaríamos libres de la modificación referida por Earta Hébert. La doctora Rita Roger me dijo que hay mujeres que se han embarazado sin proponérselo de sus propios esposos, y que en dependencia del médico que toque seguir el caso de reproducción de la familia, se han hecho de la vista gorda para no reportarlo. Dafne es uno de esos casos, le hizo creer a

su esposo que se había embarazado de forma natural de él. Imagino que como nadie sabía que ella provenía de la UNA no se alarmaron al respecto.

—El médico que consienta a ello estaría incurriendo en el mismo delito de los padres —dijo tía Patricia.

—Y también es verdad que, aunque el conocimiento del caso represente una vergüenza para la familia, la justicia ha perdonado a algunos de ellos. Son casos muy aislados. He sabido de alguno que otro, pero no es el caso tuyo ni de tu hermano —aceptó mamá.

—Si vas a comenzar a relatar cómo le hiciste para engañarnos a todos prefiero dejarlas a solas —dijo tía Patricia—. Es demasiado doloroso para mí que le hayas negado a mi hermano a su propio hijo.

—Servirá de algo para que me perdones, recordarte que gracias a mis traiciones y a mis errores Paz se encuentra hoy entre nosotros —le dijo mi madre a mi tía—. Si Apolo hubiese crecido junto a nosotros no hubiésemos tenido un segundo hijo, según lo que dicta la ley y no creo que tu hermano se hubiese atrevido a transgredirla para ese entonces.

Mi tía no dijo nada y tampoco se movió de su lugar.

—Vamos, mamá, habla —pedí.

—No creo que éste sea el momento propicio para hablar del tema. No estoy segura que desees conocer los detalles —se escudó mi madre.

—Si lo que Earta refiere es cierto necesito estar segura si mi hijo y la hija de Apolo son una excepción —insistí.

—Cuando tu padre comenzó a presionarme para tener un hijo intenté resistirme, ni siquiera tomé las pastillas para incrementar la ovulación. A pesar de ello, me recogieron la muestra y hubo algunos pocos de buena calidad. Procedieron a fecundar los óvulos y algunos de ellos lo lograron. De esta forma me embaracé de Apolo —relató mi madre ante el semblante atónito de mi tía.

—¿Mi padre eligió un varón? —pregunté.

—¿Qué importa quién haya tomado la decisión? —lo defendió mi tía.

—A los siete meses, planeé con amigos simpatizantes la aceleración del parto y la inducción para que mi hijo naciera antes y se lo llevaran a la UNA —mi madre hizo una breve pausa—. Hice creer a mi esposo que el niño no lo logró y vivimos un largo duelo por unos años.

—Todos excepto tú que sabías que la criatura estaba viva —arremetió mi tía y comencé a creer que tal vez mi madre y yo estaríamos mejor a solas—. Recuerdo cuánto te negaste a volver a intentar embarazarte

poniendo de pretexto tu dolor. Ahora comprendo que no deseabas tener otro hijo con mi hermano.

—Mi dolor era inmenso sin mi hijo, teniendo que renunciar a él, como madre puedes imaginarlo —pidió comprensión mi madre.

—Como madre jamás hubiese llegado tan lejos como lo hiciste —dijo tía Patricia.

—Si continúas juzgándome ante cada oración no podré terminar de hablar y créeme que lo que menos deseo es recordar esta parte de mi vida —dijo mamá—. Al cabo del tiempo, mi edad iba en aumento y tu padre me presionaba constantemente. Él quiso de nuevo un varón, pero dije que no podría soportarlo tras la pérdida del primero y elegimos una niña. Me negué a tener un varón porque a una mujer sería más fácil protegerla para que no fuera perjudicada ideológicamente.

—Entonces Edgar me engañó. Mi hermano me aseguró que tras el descongelamiento de embriones solo sobrevivió Paz y que decidieron intentarlo con el resultado de ese lote —argumentó mi tía.

—Parte de lo que te dijo Edgar es cierto y parte de lo que digo también —dijo mamá.

—Procedemos del mismo lote de embriones, de la misma muestra de óvulos y de la misma muestra de esperma… Y yo tuve que esperar congelada unos años —dije y de repente me tragué mis palabras. Era tan distinto mirar a la ciencia a los ojos desde adentro.

—Cuando supe que había más de un óvulo fecundado, sufrí —dijo mi madre aún sumida en una nube de pasado.

—Siempre pensé que Apolo era mayor y yo pude serlo. Todo se debió a eso, a una elección —revelé en un suspiro.

Me puse de pie y les dejé allí. Ya no quise indagar en mi pasado ni siquiera para entender lo sucedido con mi hijo y mi sobrina, tan impresionada me sentía ante las revelaciones de mi madre. Me puse de pie y caminé hasta mi hermano, lo encontré con mi padre y otros oficiales planeando aquella guerra que no terminaba de comenzar.

—Te miro y descubro en las líneas de tu rostro similitudes con el mío, pero jamás hubiera imaginado que somos gemelos dicigóticos. Tal vez por la costumbre de ver a los gemelos monocigóticos que son casi idénticos —le dije a Apolo.

Todos hicimos silencio. El ambiente se volvió tenso y mi padre les hizo señas a todos para que nos dejaran a los tres a solas.

—¿Gemelos dicigóticos? Mi hermana la doctora con sus términos y sus conclusiones. Pues me alegra que no tengas el mismo rostro que yo. Imagínate, te verías muy varonil y no sé si podrías sobrellevarlo —Apolo soltó una bromita para relajarnos después de tanta tensión.

—Eres un tonto y no eres tan macho, tienes los rasgos suaves como los de un adolescente —le dije un poco más tranquila como resultado del efecto que sus palabras provocaron en mí.

—¿Quién te dijo que somos gemelos? —me dijo Apolo.

—Nadie pero estuvimos muy cerca de serlo —dije con un poco de letargo.

—Somos algo así como gemelos, o, mejor dicho, pudimos haber sido gemelos. Nos separaron mucho antes de nacer —repitió mi hermano con seguridad y por sus palabras supe que conocía los detalles de nuestra historia.

—Ustedes no son gemelos y si lo hubieran sido eso nunca lo sabremos —aseveró el general con la mirada perdida.

7



Apolo y yo no éramos gemelos, pero pudimos serlo, me quedé con ese pensamiento y no ahondé más en las circunstancias que influyeron en mi nacimiento. Me acordé de Camil y de la rudeza en un inicio de Sebastián con su primo, así que decidí cerciorarme de que estuviera cómodo en el asentamiento. Lo que me encontré me dejó con la boca abierta. Sebastián y Camil estaban construyendo codo a codo lo que sería el nuevo hogar de los caballos. Así como se les veía, parecía que habían estado juntos toda la vida. Trabajaban con los labios sellados, para que no salieran a relucir sus diferencias, y fatigados por la ardua labor. Me les acerqué y los contemplé en silencio. Las gotas de sudor le resbalaban a Sebastián por la frente y por la espalda.

No solo ellos erigían el establo para los caballos, otros también se habían sumado. Así que ya contábamos con nuestra primera reserva. Me sorprendió que incluso Sebastián se había propuesto levantar un sitio confortable para que los corceles estuvieran protegidos de la intemperie. Eran los primeros animales que llegaban a nuestra unidad, y sobre todo los hombres, parecían niños entusiasmados. No interferí. Me di la vuelta y decidí tener un rato a solas para mí. Con mi madre y mi tía no deseé regresar porque el ambiente por allí seguía tenso. Mi hermano y mi padre seguían enfrascados en la guerra, ese asunto que deseaba alejar de mi

mente, así me senté sobre el pasto recién cortado y me dediqué a contemplar a los caballos pacer a sus anchas.

Me concentré en la pequeña colina que sobresalía de mi cuerpo, le susurré mi amor y le canté una canción muy dulce, como la alegría que me hacía sentir. Seis meses de embarazo me sorprendían. ¿Cómo sería y cómo le iba a llamar? Ya tenía que ir pensándolo. Abel me vino a la mente, el nombre real de Sebastián y luego recordé que ni siquiera sabía el sexo de mi bebé, cosa que ya podría saber si tuviéramos el equipo requerido, así que lo dejé pasar, pero fue la primera posibilidad que consideré. Ese pequeño Abel Oriol que durante un breve tiempo conoció una familia tradicional, con una madre y un padre que de seguro lo llenaron de mimos para luego desaparecer, cada uno por sus propios motivos. Respiré hondo. Había un abismo tan grande entre los padres de Sebastián y entre los míos. Tantos secretos que repercutieron en la vida de Sebastián, Apolo e incluso la mía, que me abracé a mi vientre. No quería eso para mi hijo. Unos brazos tibios y sudorosos me abrazaron por la espalda. Me giré segura de quién me había sorprendido y me lancé a sus labios, aún salados. Nos abrazamos con fuerzas y me susurró sin soltarme:

—¿Qué haces aquí tan sola? Ya no tienes miedo que una serpiente escurridiza te pille desprevenida.

—He perdido el miedo a muchos bichos raros de esos que pululan por aquí. Es lo que implica cambiar de ubicación geográfica en el mundo. Nunca te había visto sudar tanto, ni siquiera entrenando. Me gusta verte hacerlo cuando es por un buen motivo.

Me aferró más a su cuerpo y me robó otro beso, lleno de mordisquitos por los labios que me dejó sin aliento. «¿Y ahora?», me dije. Hacía unos días no cesaba de reclamarme, sobre todo con la mirada y ahora quería comerme viva. Sebastián añadió:

—Sabes que tendré que irme, pero volveré para cuando vaya a nacer nuestro hijo. Quiero pedirte que cuides a Camil y que cuides de tu embarazo. Este lugar me gusta, es seguro para ti.

—Ya entiendo tu manifestación repentina de cariño —dije y me separé de su cuerpo. ¿Por qué no podemos quedarnos aquí y disfrutar de la tranquilidad?

—Porque tarde o temprano Ademar King II…

—Tu hermano —lo interrumpí.

—Él, no nos dejará y vendrá a arrasar con todo lo que hemos construido —terminó de decir.

—¿Y tú tienes que ser el héroe? ¿Por qué no puede ir otro en tu lugar?

—El que sea dejará familia, amigos. Tu padre y yo dimos el primer paso y convencimos a toda esta gente para venir a esta parte del mundo. Me corresponde.

—Todos somos responsables de nuestros actos. No vinieron solo por fidelidad a ti o a mi padre, vinieron porque ustedes le dieron el coraje de liberarse de lo que hacía tiempo no podían. Hemos recorrido un camino tan largo para que ahora sacrifiquemos nuestra vida por una guerra. ¿Me escuchas? La guerra nunca trae nada bueno. No importa de qué lado estemos. La guerra siempre hay que evitarla.

—Recuerda lo que pasó en nuestro anterior asentamiento. Recuerda que el general Nelson ya no está. Tanto si salimos a luchar como si nos quedamos aquí cruzados de brazos, Ademar King II nos enfrentará.

Me besó la frente mientras yo temblaba. Las lágrimas se desbordaron de mis ojos y bañaron mis mejillas con violencia.

—Si nada de lo que diga puede hacerte cambiar de opinión no seguiré insistiendo. Yo me haré cargo de Camil y de nuestro hijo, pierde cuidado. Parece que nunca vamos a ponernos de acuerdo.

—No lo tomes así.

—Es que me emocioné cuando te vi construyendo el establo. Pensé que al fin entendías a Camil y que la relación entre ustedes iba a prosperar. Ahora entiendo que solo lo hacías para que tu primo no abandonara el asentamiento tras tu partida, tomando en cuenta que lo trajiste a la fuerza. Solo querías darle un motivo para quedarse en tu ausencia.

—Quiero que esté feliz aquí. Cumplí con la voluntad de nuestra abuela. Viste como vivía. Ni siquiera cerraba las puertas. Aquí estará mejor que seguir viviendo solo en Nature.

—¿Estás seguro?

Lo dejé allí, con la mirada inquisidora de Camil intentando descifrar por qué discutíamos a lo lejos. Salí caminando, convencida de que hoy la vibra que pululaba en el asentamiento estaba cargada de un nebuloso veneno que nos hacía enfrentarnos los unos a los otros. En mi camino me encontré con la doctora Earta, por su expresión supe que no sería fácil quitármela de encima porque venía directo hacia mí.

—Al fin te encuentro, Paz. Me alegra saber que regresaron con bien. Creo que ya es tiempo de una revisión, ¿no te parece? El doctor

Johnson…

—Ahora no, doctora, disculpe. Estoy agotada. Lo único que me apetece es tomar un baño y relajarme. Tal vez mañana.

—Tu madre fue a verme hace un rato, me dijo que no te habías sentido bien.

—¿Mi madre? ¿La fue a ver hoy?

—Sí —contestó.

Recordé la frase de mi madre cuando había dicho que abordaría a Earta Hébert lentamente para sacarle sus oscuros secretos. «Válgame esta madre mía. No pierde ni un minuto», pensé.

—De acuerdo, doctora, pero no hoy. Tendrá que ser mañana.

Me fui directo a donde estaba mi madre a demandarle respuestas, quería saber cuál era su plan porque ya se estaba olvidando de los motivos que le habían hecho quedarse junto a nosotros. Se quedó para acompañarme hasta mi alumbramiento debido a las condiciones en las que estábamos viviendo. Algo contradictorio para una autónoma. Me había martirizado con la medicina naturista y su proceso lento de recuperación, cuando me hirieron tras mi escape de Limes, y ante un parto natural, que era nuestra regla por naturaleza se quedaba pasmada. Creo que vivir tanto tiempo en la Sociedad Autocontrolada tenía sus riesgos y aunque mi madre no lo reconociera, ya no era una autónoma auténtica.

Cuando la encontré y abrí la boca para soltarle sobre mi encuentro con Earta me pidió silencio antes de comenzar a hablar.

—¿Recuerdas que te comenté que tenía intenciones de regresar a América Libre para averiguar sobre la guía mental e intentar conseguir el medicamento para contrarrestar sus efectos? —dijo—. Acabo de hacer algo que no sé si tenga consecuencias, pero no me arrepiento. Gracias a eso supe de algo que hará que tu hermano pierda la cabeza. No sé ni cómo decírselo, ni si es conveniente que lo sepa. ¡Qué bueno que te vi a ti antes que a él! Hija, necesito que me ayudes a elegir si tu hermano debe enterarse o no sobre esto.

—Mamá, por favor, dime de una vez que la que quedará loca seré yo. ¿Qué está pasando?

—No podía con la duda y me comuniqué con uno de los antiguos asistentes de Leila. Un joven, que tal vez viste en su oficina la vez que fuimos para resolver lo de Sebastián. Su nombre es Jonathan.

—Lo recuerdo vagamente, pero suelta ya lo que tienes que decir que estoy impaciente.

—El muchacho, tenía una relación con tu tía. Era algo así como su pareja, aunque tenían una relación abierta y sin compromisos, tampoco era un secreto para nadie. Sabes que tu tía estaba comprometida con la UNA y de ahí en fuera…

—Madre, ¿me contarás acerca de la vida sentimental de Leila a estas alturas? ¿Con qué fin? No te andes por las ramas.

—Contacté a Jonathan porque confío en él y sé que aprecia a tu hermano. Si Jonathan tiene información sobre la guía mental no me la negaría. Incluso me ayudaría a conseguir el medicamento para ambas. Él está muy bien conectado en América Libre y en la UNA en general gracias a Leila. El caso es que le hablé y me dijo que la abuela de Iris, Greta, se comunicó con él hace un par de días. Dijo que Greta estaba desesperada por contactar conmigo o con Apolo. Iris está desaparecida. Escapó. Temo por la chica y temo que si le digo a tu hermano hará una tontería. Él no puede regresar a América Libre hasta que aclaremos las cosas.

—Lo raro es que el tal Jonathan no se haya contactado contigo a través de tu guía para darte esa información. Un amigo lo haría.

—Tal vez sintió temor. El caso es que me lo dijo. Creo que lo mejor es regresarme a América Libre e intentar resolver este problema. ¿Acaso tienes idea de a dónde habrá ido a parar Iris?

Negué con la cabeza.

—Habrá ido a la capital en busca de John, no se me ocurre otra idea. Mamá, tú no puedes ir. Será peligroso para ti también. Reunamos a la familia y demos la noticia. Entre todos busquemos una solución.

—¿A la familia?

—Sí. El padre de Iris, sus abuelos, sus tíos y su prima. Los convocaré a todos y les diremos lo que está pasando. En familia buscaremos la solución, y todos cuidaremos de Apolo y de Iris.

Mis padres, tía Patricia, Diana con Owen, Sebastián, mi hermano y yo nos sentamos alrededor de una mesa. Mamá me pidió que yo comenzara a hablar y ella se puso de pie, caminó hasta mi hermano y se paró justo detrás de él, con las manos sobre sus hombros.

—Mamá se comunicó con un tal Jonathan de América Libre para buscar información sobre el medicamento que contrarresta los efectos de

la guía mental —dije y varios de los presentes entre ellos, con más énfasis mi padre y Sebastián, comenzaron a alarmarse por la seguridad de nuestro punto de ubicación—. Sebastián tendrás mucho trabajo al respecto por el tema de la protección y demás. Piensa que, si mamá lo hizo, cualquiera de los autocontrolados o los autónomos pueden haber tenido una idea semejante. Todos tienen familia del otro lado de la frontera y deseos de comunicarse. Pero no por eso los hemos reunido aquí. Tuvimos noticias de Iris. Greta, la madre Dafne, creyó importante que Iris continuara su formación según los estándares de la UNA y eso conllevó a que tuviera que acudir a un campamento de supervivencia. Para los que no lo saben, en la UNA los jóvenes tienen que superar estos entrenamientos que se dan cada ciclo escolar para poder acceder a empleos y a estudios de educación superior.

—¿Qué le sucedió a mi hija? —dijo Apolo con el corazón en un puño.

—Iris escapó. No se fue sola. Abandonaron la base de entrenamiento ella y otro chico, cuyos familiares no han podido contactar porque al parecer es uno de los refugiados del Caribe.

—¿De los que huyeron a América Libre cuando la Sociedad Autocontrolada tomó el Caribe? —preguntó mi padre.

—Eso parece —dijo mamá.

—Una de dos, o está enamorada de ese chico o lo más lógico, quiere regresar con su padre de crianza, John —añadió Owen.

—¡Pero es casi una niña! —dijo Diana.

—Es una adolescente —dijo mi tía—. ¿Acaso no recuerdan tú y Paz lo enamoradizas que eran a los catorce años? —Diana le lanzó una mirada a mi tía que casi la derrite viva y mi tía añadió—: ¡Ay, disculpa, Diana, no me di cuenta que estaba delante tu esposo! ¡Igual el tuyo, Paz, que digo tu… pareja!

—Soy su esposo también, Patricia —dijo Sebastián—. Paz y yo también estamos casados, aunque no por la vía legal.

—Me consta que sí —dijo Owen—. Diana y yo fuimos asistentes a la boda religiosa. Ahora no me pregunten de cuál religión porque sigue siendo una interrogante para mí. Creo que ni Paz lo sabía.

—¡No seas payaso! —le dijo Sebastián a su amigo.

—Mejor me callo la boca, creo que ya me metí en problemas —dijo mi tía.

—Tranquila, Patricia, que no soy celoso —le comentó Owen— y de Sebastián no lo creo.

—¿Dónde puede estar esa niña? Con catorce años, ¿cómo te planteas cruzar el Atlántico y la frontera entre dos naciones enemigas? —dijo mi padre.

—Con dos años más su madre quedó embarazada de mí —dijo mi hermano—. Si mi hija se le parece un poco a Dafne, es capaz de convencer a ese muchacho para que la siga al fin del mundo. Iris me aseguró que nunca se iba a adaptar a la UNA. Creo que regresó a buscar a John. Tal vez encontró la forma de contactarlo y él la está ayudando a cruzar. Tendré que ir a recuperarla, antes que crucen la frontera y se metan en un lío.

—Cuenta conmigo —le dijo Sebastián.

—Y conmigo también —le dijo Owen.

—A mí no tienes ni que pedírmelo sabes que soy tu hermano —dijo Paúl que recién entraba y había escuchado las últimas frases.

—Disculpen, invité a Paúl, porque para Apolo y para mí, él es familia —dijo mi madre.

—Para Paz y para mí también —dijo Sebastián extendiéndole la mano a Paúl, ante la mirada inquisitiva de mi padre, que por primera vez notó la forma en que Paúl miraba a su exesposa.

—Creo que lo más adecuado es que yo vaya a América Libre. Sé que es arriesgado, pero esto no podrá hacerse sin riesgos para nadie. Creo que en América Libre aún tienen cierta consideración conmigo y con todo lo que he aportado —dijo mi madre.

—Mamá, no te pondré en riesgo —dijo Apolo.

—Venus tiene razón —dijo mi padre—. Apolo, hijo, te entiendo, pero no irás, así tengamos que amarrarte. Eres un ser maduro y muy razonable. Tú no puedes ir. Necesitamos que ante las situaciones extremas seas asertivo y tomes la mejor decisión. Si vas te apresarán de inmediato y no podrás hacer nada ni por Iris, ni por ti, ni por tu pueblo. Venus irá, pero no sola. Mandaré un destacamento a la par a América Unida. Tengo mis contactos, lo sabes. Si la cosa se complica y hay que sacar a tu madre a la fuerza, tomaremos medidas.

—Yo iré en el destacamento que va a América Unida —dije.

—Yo también —indicó Sebastián.

Owen también se ofreció y mi padre le negó el permiso, le dijo que lo necesitaba en otro de los asentamientos cumpliendo sus funciones. Apolo mencionó:

—Acepto solo si me dejan ir con el destacamento de América Unida, me apegaré a los planes, pero no puedo quedarme aquí, me volvería loco

pensando en el peligro que correrá mi madre y sin tener noticias de Iris.

Mi padre asintió al igual que otros de los presentes, luego no pudo disimular su cara de asombro ante la osadía de Paúl, que mencionó:

—Venus no irá sola. Yo iré con ella.

—Paúl… —intentó mi madre decir algo y él no la dejó terminar.

—Yo te acompañaré, trabajaremos en equipo —dijo Paúl con devoción.

Mi padre lo volvió a mirar extrañado, hizo un sonido para aclararse la voz, pero sus palabras se quedaron atoradas cuando percibió lo que estaba sucediendo. Ya era evidente para algunos. Cuando mi madre, Paúl, mi hermano y demás se retiraron mi tía le dijo a mi padre:

—Espero que tú tampoco seas celoso, hermano. Sino ve pidiéndole unas clases a Owen o a Sebastián.

—Ocúpate de tus asuntos, Patricia. Walker regresará de un momento a otro y te deleitará con sus atenciones. Para nadie pasa desapercibido que no deja de mirarte.

Mi tía no dijo más y quedé pasmada al escuchar a papá, porque hasta ahora no me había dado cuenta de las intenciones del general Walker con mi tía.

8



Ante las noticias de la desaparición de Iris y la frustración de mi hermano, quien no podía regresar a América Libre, mi madre había decidido volver. Paúl fue su acompañante ante la mirada perpleja de mi padre que se recompuso y siguió adelante con el plan de rescate. Mi hermano, Sebastián, Max, Camil, yo y otros soldados volamos a la par que mi madre y nos introdujimos en América Unida, tras las negociaciones establecidas por mi padre. Así estaríamos cerca y sería más fácil estar al tanto de las noticias.

El líder de América Unida, mandó una nave aérea desde su ciudad-estado directo a nuestra unidad. Mientras nos preparábamos para subir al transporte le dije a Sebastián:

—¿Trajiste a Camil porque pensaste que sin ti y sin mí, correrías con la misma suerte de Apolo y terminarías tras la pista de un adolescente fugado?

—En parte. También porque me dijo que nunca había salido de Nature. Quiero ampliar sus horizontes. Ya puede decir que conoce Tierras Inhóspitas y ahora podrá decir lo mismo de la Sociedad Autocontrolada —me contestó—. Tras mi regreso tendré que marcharme, no creo que lo ponga en riesgo al llevarlo a esta misión, así que consideré que no estaría mal que Camil y yo pasáramos la mayor parte del tiempo juntos. No son

precisamente unas vacaciones, pero quiero enseñarle todo lo que pueda. Quiero prepararlo para la vida.

—Muy bien, creo que ya estás entendiendo tu papel. Serás un buen padre para nuestro hijo.

—¿Lo habías dudado? —me dijo con asombro.

—No. Solo que en ciertos momentos fuiste un poco duro con Camil. Él está sufriendo mucho por la pérdida de su abuela y tú no has sido muy sensible ante su dolor.

—Tienes razón, creo que tendré que ser más accesible y más cercano a él.

—Sé que puedes lograrlo —le susurré—. ¿Sabes lo primero que pensé cuando supe que un destacamento vendría a América Unida? Que ahí podríamos solicitar apoyo para hacerme un ultrasonido.

—¿Me creerías si te digo que pensé lo mismo? Disculpa si no te dije nada, es que no quería que estuvieras impaciente por saber los resultados —me dijo.

—¿Por eso esta vez no te opusiste a que yo viniera?

—Entre otras cosas.

—Johnson ha seguido todos los signos del bebé, hemos escuchado su corazón y hemos hecho diversos análisis, pero un ultrasonido en forma no me lo hago desde que estaba en la capital y me atendía Rita Roger —le dije.

—Pues habrá que buscar la forma de pedírselo al amigo de tu padre. También podríamos saber el sexo del bebé e ir ya decidiéndonos por un nombre.

Nos besamos. Tomamos asiento uno al lado del otro e iniciamos el viaje. Lo vi sonreírle en alguna ocasión a Camil y ser más comunicativo con su primo durante el trayecto.

Viajamos a una ciudad del territorio de América Unida pero colindante con América Libre y aterrizamos en un aeropuerto privado. Dentro de la ciudad-estado podíamos movernos con tranquilidad resguardados por la guardia privada y de total lealtad del Jefe de Defensa. Cuando nos instalamos, Apolo me retuvo por el brazo y me llevó lejos del resto, en el balcón de la residencia donde nos hospedaron.

—Quiero que tratemos algo. La guía mental estoy seguro que funciona. Lo he estado intentando en varias ocasiones y he estado muy cerca de pedirte el acceso. Solo que no quería importunarte. ¿Lo hacemos?

—Dale. He podido comunicarme con mamá, pero no ha sido muy fluido. Solo instantes —dije.

—Pero creo que el medicamento que yo utilicé me ha ayudado, más de la cuenta. Si pudiéramos conseguirlo también para ti y para mamá sería… —dejé de escuchar a Apolo y hasta ese momento me di cuenta que lo anterior me lo había transmitido con los labios sellados.

—Perdí la comunicación al final cuando dijiste que para mí y para mamá sería…

Apolo casi brincó de felicidad.

—¿Y ahora por qué te pone tan contento que las guías vuelvan a funcionar? Recuerda que también tienen efectos tóxicos en el organismo.

—Que se neutralizan con un fármaco que mamá podría conseguir ahora en la UNA. La guía mental nos sería muy útil ahora que mamá y Paúl están en América Libre —dijo.

—¿Por eso tus saltos de alegría? Recuerda que mamá lleva la nueva guía que Sebastián le entregó, estilo Tierras Inhóspitas. Una libélula que puede volar, hacerse transparente y lo mejor de todo es que no se mete dentro de nuestros sistemas —le dije.

—Pero es más difícil detectar la guía mental. La guía Sebastián, aunque use canales alternos, siguen siendo los convencionales. Sabes que el logro de nuestro desarrollo es que busca la interrelación con nuestra naturaleza humana.

—No obstante, no lograron hacerla sin que fuera tóxica —argumenté.

—Un efecto secundario indeseado que en algún momento perfeccionarán —se escudó Apolo.

—Como sea daremos todo para encontrar a Iris —le dije—. Hay otro asunto que deseo hablar contigo. Es sobre Sebastián.

—No lo hablemos ahora, es algo demasiado profundo, con demasiadas aristas, necesito tiempo —dijo mi hermano—. Me he esforzado.

—Lo sé, lo noto. Pero vamos a estar juntos bastante tiempo y los quiero demasiado a los dos. Es difícil convivir con ustedes cuando él se esfuerza por recomponer su relación y tú le hablas solo lo indispensable. Primero te rescató a ti, luego a Paúl, ahora quiere salvar a tu hija. Ya no sabe qué hacer para ganarse tu perdón.

—Nunca podré perdonarlo con todas sus letras. No es rencor. Con mis actos, con mi aceptación hacia su persona, cuando le palmeé el hombro, cuando rompa todos mis límites y le dé un abrazo, será un manifiesto de mi reconciliación total. Pero no me exijas que le otorgue el

perdón de frente, mirándolo a los ojos, por algo que no sé hasta dónde mi corazón pueda soportarlo, porque entonces me romperé como un niño y lloraré hasta que me quede seco. ¿No lo entiendes? Puedo comprender los motivos de lo que hizo Sebastián. En su lugar yo hubiera hecho lo mismo por la mujer que amé y que todavía no me puedo sacarme de adentro. Esto va más allá de exonerarlo. Yo no sé si pueda perdonarme a mí… —reveló y ya no pudo retener sus lágrimas. Yo me solté a llorar junto con él—. Recordar que Leila me repitió más de una vez que no confiaba en Sebastián y toda esa desconfianza que tú has de recordar muy bien es lo me mata. Ella me lo advirtió y yo la desafié, pasé por encima de ella y labré su destino. Por eso no puedo mirarlo a los ojos y decirle que lo perdono, porque no es a él, es a mí mismo a quién aún no he podido perdonar.

Cuando reparamos detrás de nosotros, vimos a Sebastián de pie, con la expresión congelada, escuchando nuestras confesiones.

—No quise entrometerme, vine a buscarlos y… —no pudo decir más, las lágrimas de Sebastián brotaron también y nos volvimos un trío de llorones—. Me siento un ser nefasto por lo que hice. No reclamaré un perdón que no me corresponde. Fue mi elección buscar la solución más fácil para rescatar a Paz, que era entregar lo que me pedían a cambio, aunque eso les causara un dolor tan grande. No negaré que Leila me había exasperado una y otra vez con sus continuos ataques, y ya me tenía harto, pero la verdad es que lo hice porque fue la primera salida que encontré para mi sufrimiento. Cuando capturé a Leila me reclamó por la traición hacia su familia, y sobre todo hacia la mujer que yo juraba amar. Le rectifiqué, le confirmé que sí amaba a Paz y que lo que hacía era para salvarla. Lo que me dijo, me hace sentirme más culpable aún, porque descubrí que, aunque no perdía la oportunidad de molestarme, era una gran mujer. Leila me recalcó que, si tenía que sacrificarse por cualquiera de los hijos de su hermana, no tenía que llevarla a la fuerza, ella se ofrecía como voluntaria. Y así fue.

Mi hermano y Sebastián, se quedaron llorando a más de un metro de distancia entre los dos y ya no supe a quién abrazar. Sebastián se retiró, dejándonos a Apolo y a mí, tal como nos había encontrado.

—Sebastián, espera —le gritó mi hermano—. Creo que ya dijimos todo con respecto a este tema. Los seres humanos a veces cometemos errores muy graves. Yo no te juzgaré, no estoy libre de pecado. Tampoco lo olvidaré y haré como que no sucedió. No puedo, pero eso no significa que no te quiera y que no eres importante para mí. No te propongo comenzar

de cero, prefiero que continuemos y que dejemos a un lado cualquier barrera que nos haya distanciado.

Se abrazaron y pude soltar el suspiro que se había quedado atorado en mi garganta.

Ese mismo día, mi madre se contactó conmigo a través de la libélula, Sebastián y Apolo estaban atentos. Mamá nos contó:

—No se esperaban mi arribo. Nadie ha venido a cuestionarme nada ni con respecto a Apolo, ni con relación a mi ausencia. Todo sigue igual, ya le dije a Paúl que puede irse a su casa y aprovechar para poner en orden sus cosas, pero no quiere dejarme sola. Ya visité a Greta y hasta ahora me doy cuenta que ella no estaba facultada para cuidar a Iris. Está cada vez más fanática con las ideas de la UNA. Quiere hacer de Iris lo que hizo de Dafne.

—¿Mamá, hasta ahora te das cuenta de su fanatismo? Hasta ayer compartías sus ideas. ¿Olvidas que, así como lo hizo Greta tú te sacrificaste y me sacrificaste por tu causa y las ideas de Leila? —le dije.

—No discutiremos ahora eso, hija. —Me rebatió porque no le gusta dar su brazo a torcer.

—Madre —intervino Apolo—. No han ido por ti porque no sospechaban de tu llegada, pero en cuanto lo noten irán a visitarte. Escúchame, pídele a Paúl que acuda con Jonathan para que consiga los fármacos para ti y para mi hermana. Tienes que aprovechar la oportunidad. Paz y yo estuvimos haciendo pruebas. El fármaco además de ayudar con lo tóxico interfiere de alguna forma en la guía, porque he podido irla recuperando cada vez más. Si lo consigues manda de inmediato el de Paz con Paúl o con alguien de confianza. Paz necesita con urgencia quitar la toxicidad de su cuerpo. Con respecto a Iris, intenta hablar con las últimas personas que tuvieron contacto con ella, amigos, maestros. Averigua algo valioso.

—Eso he estado haciendo. Ya revisé las pertenencias que dejó Iris en casa de Greta. Sus compañeros de entrenamiento siguen en la base y no podré hablar con ellos a no ser que me desplace hasta allá. Lo haré de ser necesario. Pude contactar con sus docentes, pero ninguno tiene idea de lo sucedido ni ninguna pista. La conocen desde hace muy poco y refieren que no tienen mucha información relevante.

—La guía mental, pon énfasis en el medicamento —le dijo Apolo.

—¿Algo más? —preguntó mamá.

—Venus —le requirió Sebastián—, cuida el anillo de mi esposa.

—¡Sebastián! —rebatió mamá—. Creí que me dirías otra cosa. El anillo me quedó perfecto. Creo que podrías ir pensando en uno para mí, eso si quieres que te deje llamarme suegra.

Cortamos la comunicación.

—¿Y ahora qué hacemos? —inquirió Apolo.

—Paz y yo tenemos una reunión ahora a unos veinte minutos de aquí. Nos entrevistaremos con Eric Flannes —le respondió Sebastián—. Eric pidió conocerte, Apolo. ¿Estás de acuerdo? Prefirió que nuestro encuentro fuera más privado, para evitar sospechas de algunos de su círculo que puedan ser incondicionales a Ademar King II.

—Por supuesto, sabes que no me gustan los protocolos, pero me esforzaré —dijo mi hermano.

Llegamos muy pronto y nos encontramos con Eric Flannes. Lo conocía bien porque era uno de los amigos de mi padre más cercanos, el general Flannes siempre había sido muy amable conmigo. Detalle que había olvidado y que recordaba ahora que lo tenía delante. Eric nos recibió con mucha familiaridad en su residencia ubicada en las afueras.

—Querida, Paz —fueron las palabras que utilizó para abordarme—, estoy encantado de verte de nuevo. Con todos los giros que ha dado la vida pensé que no lo haría.

—Hola, general Flannes —le dije con respeto.

—Puedes llamarme, Eric, estamos en confianza. Te conozco desde que eras una adolescente —sugirió y esbozó una blanca sonrisa que logró ruborizarme. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, agradable a la vista, popular entre las mujeres, aunque era casado, pero de cuya fidelidad conyugal yo dudaba, porque su galantería no era solo conmigo. «¿Y ahora? Me está coqueteado o me lo estoy imaginando», pensé. Sacudí la cabeza y con ello mis ideas. Él continuó—: Te sienta muy bien el embarazo, te ves radiante, aunque siempre has sido muy hermosa.

«Ya ni Sebastián es tan galante. Me alegra saber que Sebastián recalcó hace poco que no es celoso, es un alivio. Bueno, hay que sacar adelante este encuentro y reforzar los lazos con nuestro aliado», pensé.

—General, Flannes —le dijo Sebastián y el Jefe de Defensa no le ofreció como a mí que le llamara Eric, solo hice nota mental de ese dato—,

gracias por su recibimiento y su hospitalidad. Le presento a Apolo Salvat, es nuestro aliado de América Libre.

—Es una satisfacción enorme conocerte, Apolo —le dijo Flannes.

—General, el gusto es mío —comentó mi hermano.

—Puedes llamarme, Eric. Soy amigo de tu padre desde hace tantos años que ya lo he olvidado —le dijo el general. Me sorprendió que mi padre le confiara un lazo tan íntimo como la paternidad de Apolo, pero Flannes ya lo había mencionado, él y mi padre eran amigos—. Tu padre está en *shock* con la noticia, pero muy orgulloso de ti, me ha dicho que eres un gran hombre. Me comentó Edgard que tu hija está desaparecida en América Libre. ¿Cómo podemos ayudar?

—Lo que está haciendo es suficiente por ahora. Estamos intentando dar con su paradero sin importunar a las autoridades de América Libre —agregó mi hermano.

—Si la situación se sale de control cuenta conmigo. Tu padre más que un amigo ha sido siempre mi mentor. Lo que soy, es en parte a sus enseñanzas, a su apoyo. Edgar ha ejercido una gran influencia en mi vida y le estoy muy agradecido.

—Mi hermano y yo le agradecemos sus atenciones. Ahora lo que nos ha traído es la situación de mi sobrina —le dije.

—Además del asunto de la niña, ¿qué más puedo hacer por ustedes? ¿Paz, estás cómoda en la residencia? Imagino que necesitas cuidados especiales por tu embarazo. ¿Hay algo que necesites? Cuando supe que estabas embarazada me preocupé por ti, no debe ser fácil vivir en Tierras Inhóspitas. Me dijo Edgar que tienen médicos y que han acondicionado muy bien los asentamientos, pero un embarazo es algo delicado. Yo incluso le había ofrecido a tu padre que me permitiera hospedarte hasta que naciera tu hijo y hasta que estuvieras en condiciones de viajar. Edgar me dijo que por el momento no era necesario, pero que de serlo me avisaría. Mi ofrecimiento sigue en pie. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—Paz está muy bien y el embarazo también. Tiene excelentes cuidados. Le agradecemos su interés, pero no necesitamos nada —intervino Sebastián y me quitó la palabra, justo cuando yo iba a pedirle a Eric la oportunidad para realizarme un ultrasonido y otros estudios que en Tierras Inhóspitas eran imposibles por el momento. Miré a Sebastián a los ojos y mi amado me sostuvo la mirada con insistencia.

—En ese caso, doy por concluida la reunión. Tengo asuntos que atender con urgencia, pero saben que estoy en la mejor disposición de apoyarles. Si no he hecho más es porque Edgar me ha frenado por temor a que los King descubran nuestro pacto. Así que estoy aguardando a que sea el momento prudente.

Nos despedimos y en el auto de regreso, no pude aguantar más y le reclamé a Sebastián:

—¿Por qué no pediste, aunque sea el ultrasonido? Habíamos acordado que es una buena ocasión.

—También es una buena circunstancia para que «Eric» te hospede en una residencia lejos del qué dirán y vigile de cerca tu embarazo, «querida hija» de su mejor amigo. ¿Es válido que te le insinúes a la hija de tu amigo? Debe haber un código de honor que censure esas cosas. Más si la hija de tu amigo está embarazada y tiene pareja.

—¡Ay, no, Sebastián! De veras que no te haré caso. Eric es así, ya lo sabes. Lo conocemos hace bastante tiempo, ya hasta se me había olvidado lo insistente que era. No le des importancia. Nunca ha pasado de ahí y no creo que lo haga ahora que tengo pareja y que estoy embarazada, como tú acabas de mencionar.

Las carcajadas de mi hermano se escucharon en el auto con estruendo.

—Disculpen —dijo mi hermano—. No me interesa opinar, pero si ya hablaron delante de mí, me están inmiscuyendo en sus asuntos. Este amigo de nuestro padre tiene muy alborotadas las hormonas, está siempre muy arriba y es un seductor. Paz le gusta, Sebastián, acéptalo y no te rompas la cabeza. Eric es un conquistador, es inevitable, pero la última palabra la tiene Paz, así que tranquilo, cuñado, mi hermana solo tiene ojos para ti. No te calientes las neuronas con eso. Es un aliado importante y habrá que soportarlo. Además, se nota que a Paz no le molesta en lo absoluto, así que déjalo pasar.

—Sobre todo eso, a Paz no le molesta en lo absoluto. Sus mejillas se ruborizaron ante sus halagos, pero no de vergüenza, tenía una sonrisa de oreja a oreja —arremetió Sebastián.

—Es normal. Eric no tendrá veinte años, pero se ve muy bien el tipo, es simpático y tiene una gracia natural —le siguió dando cuerdas mi hermano.

Sebastián respiró profundo y no dijo nada más. Apolo no podía parar de reírse y no se equivocaba, Eric no me interesaba, pero no pude evitar

sonreír ante sus comentarios y eso le molestó a Sebastián. Abracé a Sebastián, lo besé en los labios y me alcé de hombros para decirle:

—Lo que me gusta de ti es que no eres celoso, que eres muy comprensivo y que eres muy seguro de ti mismo. No dejes que fuerzas extrañas te envuelvan. Seguimos siendo tú y yo.

—Basta ya de dramas, tórtolos, necesito silencio —dijo mi hermano. Aún no arribábamos cuando Apolo emitió esa frase e hizo un gesto muy raro que no me pasó desapercibido. Intenté interrogarlo y puso un dedo sobre sus labios para indicarme que me callara. Se quedó muy concentrado por unos diez minutos y al final de estos nos dijo—: Hablaremos cuando lleguemos a la residencia.

Sebastián y yo nos miramos ya sin interés en el general Flannes, estábamos deseosos de saber qué había abstraído a mi hermano.

9



Cuando entramos y nos pusimos cómodos mi hermano nos llamó a Sebastián y a mí.

—Sebastián o Paz, no sé cuál de los dos, pero tendrán que comunicarse ahora mismo con Eric Flannes. Mi madre acaba de contactarme por la guía mental y las noticias que tengo para ustedes son algo confusas. Jonathan le dijo a mi madre que era urgente que todos los que hayan usado la guía se pongan el fármaco que contrarresta los efectos secundarios de las sustancias y las nanopartículas que conforman la guía. Investigaciones recientes confirmaron que los químicos usados para darle velocidad a la guía mental para biodegradarse y eliminar su toxicidad simultáneamente, solo disfrazaron lo que en verdad estaba sucediendo. La guía mental mutó dentro de nuestro organismo.

—¡Todo muy natural y ahora me salen con esto! ¿Qué rayos estaban pensando en la UNA al manipular la naturaleza humana? Creyeron que estaban a años luz de diferencia con la Sociedad Autocontrolada y al final es el mismo cuento. De ambos lados de la frontera estamos jugando a ser Dios —emitió Sebastián.

—Fueron efectos indeseados. Jamás hemos querido vulnerar a la especie humana. Las personas que decidieron usar la guía lo hacían bajo su

propia responsabilidad y eran personas involucradas con la defensa de nuestras naciones —se defendió Apolo.

—Apolo, todo es perfecto en la UNA, pero hoy estás fuera de la frontera. ¿Cómo explicas eso? —dijo Sebastián enojado por las consecuencias del tóxico en mi sangre.

—Tú también estás fuera de la Sociedad Autocontrolada, Sebastián, y estoy de tu lado, del de ambos —le recordó mi hermano.

—Cálmense los dos. Concentrémonos en una solución. Ya la guía está dentro de nosotros —dije.

—¿Y por qué quieres que nos contactemos con Flannes, estás pensando que mandemos un destacamento por el medicamento? —le preguntó Sebastián.

—No. Les estoy comunicando que el medicamento ya viene en camino, lo trae Jonathan y mi madre quiere que le facilite la entrada a América Unida sin problemas. Para eso es que necesitamos contactar a Flannes. Decidan quién de los tres es más apropiado para iniciar la conversación.

—Yo lo haré —dijo Sebastián—. Y no por celos, aclaro. Soy el responsable de la misión y a mí me corresponde.

—No le des detalles acerca de la guía mental. No hasta que lo hablemos con papá y sopesemos la importancia de hacerlo. Dile que es un aliado que trae noticias de mi hija o lo que consideres pertinente —pidió Apolo.

—Sí que le eres fiel a la UNA a pesar de todo, Apolo —dijo Sebastián.

—Yo sigo siendo el representante de América Libre, Sebastián, hasta que el pueblo disponga lo contrario —le recordó mi hermano.

Dos días después, Jonathan estaba con nosotros. Reparé en el «acompañante» de Leila por llamarle de alguna manera y lo recordé. Había estado en un escritorio contiguo a la oficina de Leila en mi breve visita a las oficinas de mi tía. Jonathan y mi hermano se abrazaron como viejos amigos. Lo que me maravillaba, era que, en las fiestas, que habían sido bastantes, en los paseos y demás nunca había visto a Jonathan, más que aquella vez en un escenario formal de trabajo. Mi madre me había dado a entender que Jonathan y Leila, solo tenían una relación en el plano sexual y terminaba de quedarme claro al detallarlo de pies a cabeza. En fin, no iba a valorar ahora cuán cercana era la relación de Jonathan con Leila. Él era más joven que mi hermano, aproximadamente de mi edad y de una belleza que

destacaba, de esas que no pasaban desapercibidas. No entendía qué hacía con mi tía, o sí lo entendía, pero me generaba muchas dudas. Leila fue una mujer hermosa, que lucía más joven de su verdadera edad, y con sus continuos tratamientos al estilo UNA, siempre me sorprendía al verse aún más joven cada vez. Jonathan era una especie de escultura de hombre joven, con muchos atributos a la vista.

Apolo nos lo presentó al resto y nos comunicó que Jonathan no iba a regresar a América Libre, sino que se regresaría con nosotros a Tierras Inhóspitas.

—Bienvenido, Jonathan. Muchas gracias por traer en persona el medicamento —dije.

—Venus me invitó. Ya estaba harto del asedio que tenían conmigo. Debido a mi colaboración con Apolo, cuando asumió el puesto de Leila, no han dejado de vigilarme. Creen que les oculto información y ya no podía seguir ahí. Venus me pidió que trajera el ámpula con urgencia para ti y me dijo que nos volveríamos a encontrar en Tierras Inhóspitas cuando lograran encontrar a Iris —informó.

—También hubieras sido útil para ayudar a Venus a encontrar a Iris. Podemos devolverte a América Libre sin generarte problemas si es tu decisión —dijo Sebastián.

—Solo regresaré cuando Apolo decida reclamar lo que por derecho le pertenece y echemos por tierra tanta impunidad —argumentó.

—Vamos a lo más urgente —pidió mi hermano—. Paz, estás lista para la inyección.

—Dámela, yo misma me la puedo aplicar —le dije.

—Si quieres Jonathan puede ayudarte con eso, también es médico —sugirió mi hermano.

—¿Estás hablando en serio? ¿Médico? —pregunté—. Ni siquiera me lo imaginé como trabajabas con Leila como su asistente o no sé qué.

—Era su mano derecha, pero en un proyecto especial que teníamos y después de eso continué trabajando con Apolo —explicó.

—No cualquier médico. Estaba estudiando la especialidad en Neurología cuando Leila le ofreció trabajar con ella y abandonó la escuela —se adelantó Apolo.

—No lo puedo creer —dije.

—No renuncié propiamente, postergué mis estudios formales y comencé a trabajar en algo que en ese momento me resultó más atractivo —aclaró.

—Definitivamente —se me escapó sin intenciones de resaltar la relación entre Leila y Jonathan.

—Creo que ya fue suficiente charla sobre la vida privada de Jonathan —dijo Sebastián—. ¿Qué efectos tendrá esa inyección sobre la salud de Paz y la de mi hijo?

—Se supone que ninguna. Imagino lo que pensarán de mí, así que aclararé las cosas desde el inicio. No soy una especie de arribista, ni era el juguete sexual de Leila. La conocí cuando fue a inspeccionar las investigaciones acerca de la guía mental, en un proyecto en el que entré por mis propios méritos. Me enamoré de ella y a lo mejor cometí la estupidez de tirar por la borda mi carrera, pero creo que nadie tiene derecho a juzgarme.

—Lo siento, Jonathan. Es una vergüenza el recibimiento que te estamos dando —le dije—. Eres bienvenido y por supuesto que no tenemos intención de criticar tu conducta, ni podemos, ni queremos. Si lo sentiste así, perdónanos. La verdad, conocer acerca de tu relación con Leila fue impactante para mí, no por la diferencia de edad, ni por el tipo de relación, es que Leila fue todo un personaje y todo lo que hizo, no deja de sorprenderme el alcance que tuvo.

—Disculpas aceptadas —comentó el aludido.

—¿Yo también tendré que disculparme? —preguntó Sebastián—. Porque no recuerdo haber dicho nada sobre tu relación con Leila, solo pregunté acerca de los efectos de la inyección. Eso es lo que más me preocupa, en un inicio las cosas no han estado muy claras con la guía mental y todo lo que han prometido al respecto ha cambiado después. Me preocupa que en dos o tres meses vuelvan a cambiar de opinión.

—En cuanto a tu desconfianza en el fármaco no puedo hacer nada al respecto —admitió Jonathan.

—No es solo desconfianza, hay bases reales para dudar. A Paz nadie le advirtió de los efectos secundarios de la guía, es más, estoy seguro que ni ustedes lo sabían —dijo Sebastián.

—Paz, es tu decisión usarlo o no. Lo que sabemos es que como estás ahora hay efectos de toxicidad en el organismo y que este fármaco los inhibe —expuso el recién llegado.

—¿Hay estudios en mujeres embarazadas? —pregunté.

—No. No es lo idóneo pero lo mejor para tu hijo desde mi opinión profesional es que te inyectes de una vez —agregó Jonathan, pero sin contestarme.

—Diles lo que sabes al respecto —pidió Apolo— y con aquello supe que mi hermano ya sabía. Como había mencionado Sebastián, Apolo guardaba celosamente los secretos de estado de América Libre y a la vez de la UNA.

—Como desees, Apolo. Los efectos son tan desconocidos como temes, Sebastián. Las investigaciones arrojan que el fármaco es la única opción viable, pero nada es concluyente. ¿Qué tan tóxico puede ser para tu hijo? No lo sé. Según los datos que pude analizar, si Paz se inyecta de una vez se reduce el riesgo. La primera inyección, que le suministraron a Paz para eliminar la toxicidad, cumplió su función, pero no era indefinido. La inyección que intentó acelerar la función biodegradable de las nanopartículas no cumplió su cometido. Solo las inhibió por una especie de tiempo. Cuando salen de su letargo comienzan a dar señales como *flashes*, hasta que se instauran por completo. Las nanopartículas se nutren del cuerpo de Paz, cuando las inhibieron continuaron haciéndolo, estaban como dormidas, pero reinventándose, para poder vencer el mecanismo que las bloqueaba. Eso genera más consumo de energía y más toxicidad, el nuevo fármaco elimina los tóxicos del cuerpo y acelera el despertar de las nanopartículas. ¿Qué puede pasar con tu hijo? Aún no lo sabemos, pero tememos que algunas lleguen a su torrente sanguíneo y continúen su función en el nuevo cuerpo.

—¿Se reproducen las nanopartículas? Porque de ser así habrían infectado a la especie humana, es como una maldita enfermedad —dijo Sebastián.

—Hasta ahora creemos que no. Paz es la primera persona embarazada con la guía. Las demás aún no se han embarazado, ni han tenido hijos —habló.

—Me pondré la inyección, parece que por ahora no tengo otra opción —dije.

—¿Te ayudo? —preguntó Jonathan.

—Permítannos un momento —dijo Sebastián.

Sebastián me pidió que nos retiráramos para hablar a solas así que le seguí. Cuando nadie podía escucharnos me dijo:

—Jonathan, no me da nada de confianza. O es un maldito espía o está en el mismo plan de Earta. Quiere estudiar a nuestro hijo. No lo llevaré con nosotros de regreso a Tierras Inhóspitas —negó Sebastián.

—Apolo y mi madre confían en él —dije.

—No es suficiente garantía para mí. «No soy el juguete sexual de Leila, ni un arribista» —repitió recordando las palabras de Jonathan—. Es preferible que haya sido el juguete sexual de tu tía, pero está muy involucrado en la política y en los experimentos macabros de la UNA. No le creo nada. Si Jonathan estaba enamorado de tu tía como dice y pienso que sí, además de ser un arribista, no lo quiero cerca de ti, ni de mi hijo, ni de mí.

—¿Por qué?

—Porque de seguro sabe que yo fui el causante de su muerte y estará esperando la oportunidad para cobrármelo, tú y mi hijo, son lo que más quiero, no los expondré —dijo.

—Cálmate. Respira. Analicemos todo con calma.

—No hay mucho que analizar porque todo son sospechas sin un fundamento real, Jonathan nos conoce más a nosotros que tú y yo a él.

—Entonces no te adelantes. Mi hermano se puso esa inyección, mi madre, por lo que nos dijo Jonathan se puso esa inyección, así que yo me la pondré —concluí.

—¿Quién te asegura que es la misma? —dijo.

—Sebastián, por favor. Últimamente no has estado nada bien. Primero Eric Flannes y ahora tu desconfianza ante Jonathan. ¿Qué te pasa? Estás muy nervioso, no te reconozco.

—Tal vez este tipo de ideas pasaban por mi cabeza, pero no te las compartía, trataba de ajustarme y ser lo más autocontrolado posible. Me dijiste que me liberara y ahora extrañas mi lado autocontrolado.

—Disculpa, tienes razón. Estaremos atentos, pero ahora me inyectaré. Él no va a ponerme una inyección que me cause la muerte delante de mi hermano, de ti y los demás, sería su fin.

—Sabe demasiado de la guía mental, puede crear algo similar con un objetivo distinto e implantártelo dentro. Quiere hacerse pasar por el joven amante inexperto, pero no, él fue una pieza clave en el circo de Leila.

—Ni una palabra más. Tú una vez entraste en América Libre y secuestraste a Leila Salvat, ahora crees que otros pueden tener tus mismas ideas.

Lo dejé y me encaminé hasta donde aguardaban Jonathan y mi hermano. El primero ya había echado hacia atrás las mangas de sus camisas y había dejado al descubierto sus musculosos brazos. Lo vi lavándose con mucho énfasis las manos para luego sacar el ámpula de la cajita, con una

expresión de solidaridad, aquella que Sebastián no quería aceptar. Jonathan presionó un botón en el cuerpo del ámpula que sacaba al exterior una aguja. Jugó conmigo. Hizo una expresión de miedo al mostrarme el tamaño impresionante de la aguja. A mi hermano le hizo gracia la broma de Jonathan y emitió unas sonoras carcajadas que lograron relajarme. Sebastián llegó a tiempo, se recostó al marco de la puerta y nos observó con aquella expresión contenida. Parecía que en cualquier momento le arrebataría a Jonathan la jeringa de un manotazo. Jonathan me dijo:

—Acércate, no te dolerá.

Como no me moví de mi sitio, presa de dos aguas, de un lado Jonathan y mi hermano, aparentemente relajados, y del otro Sebastián disimulando su cara de terror, como si me fuera a perder para siempre. Jonathan se me acercó y me pasó un algodón impregnado con solución desinfectante sobre mi piel descubierta. Cerré los ojos ante el pinchazo, era una aguja más gruesa de lo normal y el líquido era abundante. Pensé que sería de inmediato, como la primera vez, pero no sentí nada diferente en mi cuerpo.

—Descansa —me dijo Jonathan—. Mañana podrás usar tu guía y será como si nunca la hubieras puesto en reposo.

—La mía tardó más en recomponerse —observó Apolo.

—Será porque no tenías con quién usarla o porque no sabías que podías —respondió Jonathan.

—Lo fui descubriendo poco a poco —resolvió mi hermano.

—Iré a ver cómo está Camil, hoy se la ha pasado en compañía de Max y el chico no es muy afecto a los no humanos. ¿Me acompañas Sebastián? —dije.

Sebastián se separó del marco de la puerta, en el que parecía que se había adherido con un pegamento súper resistente. Me pasó un brazo por la espalda mientras caminamos, sin decir nada. Nos encontramos a Camil al lado de Max, el chico no paraba de impresionarse con todo lo que para nosotros había sido cotidiano. Cada descubrimiento era una conmoción para él. Las puertas que se abrían solas, los closets electrónicos, los autos, Max y los otros robots lo tenían fascinado.

10



Algo me despertó de pronto, era un mal sueño de esos violentos y terribles, de los que te hacen emitir un suspiro cuando te despiertas de golpe y descubres que no era real. «*¡Paz! ¡Apolo! ¡Despierten de una vez!*», un grito se posesionó de mi mente y fue entonces cuando me di cuenta que no era una pesadilla.

—¡No! —grité dejando a Sebastián sobresaltado.

Me levanté dando tumbos por la habitación a oscuras y salí corriendo hasta la habitación de mi hermano. Ya estaba conectada con mi madre. Mientras sacudía a mi hermano y le pedía que nos diera acceso a ambas, comenzaron los destrozos en la antigua mansión que había pertenecido primero a Era y después a Leila. Un montón de guardias vestidos de civiles, pero armados, empezaron a decomisar todo. Cada objeto electrónico era analizado y lo demás era marcado con un código de barras que lo colocaba en un inventario.

—*Esto es un atropello a mi integridad. ¡Cómo se atreven a irrumpir durante la madrugada para hacerme esto! ¡No quieren hacer un escándalo, ni que se den cuenta de lo que están haciendo conmigo que he dado todo por esta nación!* —gritaba mi madre a unos guardias.

Mi madre había dejado todo por la causa de la UNA, los bienes heredados de Era y los que había obtenido por sí misma, los había donado

a su hermana antes de partir a América Unida. Para cuando esta situación la sorprendió se dio cuenta que nunca le había dado importancia a lo material, que Leila nunca se los había devuelto de manera legal y que Leila no había actualizado su testamento cuando regresó mi madre a América Libre.

La avalancha de pensamientos de mi madre y mi hermano me llegaban como ráfagas descontroladas. Apolo me susurró para ponerme en contexto, que el testamento de Leila nombraba como único heredero a Apolo, pero que ni él ni mi madre habían puesto en regla los bienes familiares. El documento que trajeron despojaba a mi madre de su herencia, de sus propios bienes, los que legalmente no le pertenecían, de la posibilidad de reclamar las posesiones de Apolo, propias o como resultado del legado de Leila. Le dieron veinticuatro horas para abandonar la propiedad, así como todo lo que había dentro. A mi madre incluso la despojaron de sus escasas joyas y antes que ella discutiera con los agresores por lo injusto de las medidas que estaban tomando, reparé en el anillo que tenía en el dedo anular de la mano izquierda, el anillo espía. Yo no estaba allí, pero podía oír y ver a través de la guía. En fracción de segundos, cuando los guardias le dieron la espalda para seguir esculcando le dije a través de la guía mental:

—Mamá, quítate el anillo y lánzalo al aire, ordénale a tu libélula que lo oculte dentro de su cuerpo. Se volverá tan invisible como ella.

—¿Estás segura?

Le pregunté a Sebastián que estaba ya al lado mío, ciego y sordo, porque no tenía una guía mental como Apolo y como yo. Él asintió.

—Hazlo, dice Sebastián que sí —le transmití a mi madre.

Mi madre actuó sincronizada con mis palabras, sin siquiera dudarlo. Tomó el anillo y lo lanzó al aire hasta que desapareció, entonces supe que su libélula lo había atrapado al vuelo y se lo había tragado.

El que parecía estar al frente de los visitantes indeseados, le dijo a mamá:

—Todos los bienes de Apolo Salvat quedan confiscados mientras prosigue la investigación en su contra, de ser declarado culpable serán donados a las arcas de la nación.

—¿Pero a dónde pretenden que yo vaya? Viví aquí desde niña. Esta casa es herencia de mi madre —soltó Venus.

—Si en las investigaciones encontramos algo que arroje evidencias sobre su traición, al igual que la de su hijo, se abrirá un proceso en su

contra, así que le aconsejo que se vaya buscando un abogado —le dijeron con agresividad.

—¿Puedo al menos sacar mis pertenencias? —preguntó mamá.

—Puede sacar todo lo que conste en un documento legal a su nombre, pueden ser facturas o documentos notariales —le contestaron.

—¿Esto en serio? —dijo mi madre.

—Un guardia le acompañará para que reúna su ropa y sus efectos personales —le dijeron.

—Claro, no sea que me robe algo que ya me pertenece —dijo mi mamá.

—*Mamá* —le transmitió Apolo—, *cierra la boca. No les digas nada. ¿Dónde está Paúl?*

Mi madre se volvió hacia su derecha y lo enfocó, allí estaba él, contemplando la escena en silencio.

—*Haz un pequeño equipaje, lo que se te ocurra que sería normal en este caso y di en voz alta que te hospedarás en la casa de Paúl, hasta que puedas aclarar lo sucedido. No repliques más. En cuanto se alejen de allí vengan hacia la frontera. Veremos la forma de sacarlos de América Libre* —le transmitió Apolo.

—*¿Pero Iris?* —transmitió mi madre.

—*Buscaremos otra forma de encontrarla, pero no puedes arriesgarte más. Están tras de ti* —le transmitió.

Sin perder el hilo de lo que estaba ocurriendo con mi madre, Apolo nos dijo.

—Habrá que contactar con Flannes. Mamá tiene que salir de la UNA.

—Yo lo hago —dijo Sebastián—. Creo que será necesario mandar un destacamento para buscar a Iris, el plan A fracasó demasiado pronto.

—Tendremos que hacerlo, pero esta vez yo iré. También puedo trabajar de encubierto —dijo Apolo.

—Ni de broma —dijo Sebastián—. Yo estoy a cargo de esta misión. Cuento con mis hombres para eso y el general Flannes nos brindó su apoyo. Tu hija es una niña muy malcriada, será muy arriesgado, pero por su bien más vale que la encontremos, antes que los autocontrolados o los autónomos decidan usarla en nuestra contra. Ojalá no le diga a nadie que es tu hija y menos que es la nieta del general Verena.

—Iris es una chiquilla mimada que tendré que esforzarme por educar. Cuando la encuentre le daré los azotes que estoy reservando para ella

—soltó Apolo lleno de frustración, ante el temor que le adicionaba a su pena el comentario de Sebastián.

—Claro —le dije a mi hermano—. Como a ti te educaron a base de golpes.

—Sabes que no —mencionó Apolo.

—Entonces esfuérzate un poco más y busca estrategias de crianza más inteligentes —le manifesté.

Jonathan llegó ante los ruidos que no habíamos tenido el cuidado de disimular. Dijo:

—¿Qué sucede? ¿Puedo ayudar en algo?

—No —soltó con violencia Sebastián.

—Mi madre fue prácticamente echada de América Libre. Llegará de un momento a otro —dije.

—Por eso me fui, temí que me sucediera lo mismo. Esperemos que llegue con bien.

Sebastián salió y nos dejó solos. Imaginé que se iba a comunicar con el Jefe de Defensa de América Unida, tal vez lo hizo, pero antes se ocupó de otro asunto, en menos de cinco minutos, Max nos estaba acompañando.

—Hola, Max —le dije—. El ruido era por…

—Ya me dijo Sebastián —contestó Max clavándole la mirada a Jonathan y supe para qué había venido. De seguro Sebastián lo había mandado a cuidarme la espalda de las intenciones ocultas que según él tenía Jonathan.

Flannes no se conformó con solucionarlo a distancia. Nos citó un día después en la misma residencia de la otra vez. Cuando arribamos, Flannes nos esperaba con una sorpresa con la que dejó muy claro dos cosas, la fortaleza de su alianza con el general Verena y que de veras quería impresionarme.

—Tengo una sorpresa para ti, Paz —me dijo Eric ante una mueca de Sebastián. Imaginé cualquier cosa menos lo que entró caminando por la puerta de la terraza, acompañada de Paúl.

—¡Mamá! —grité y corrí hasta ella y me le abracé con afecto. Luego me le abracé a Paúl—. Eric ahora sí que te luciste. Papá tendrá que llamarte la atención. Te arriesgas demasiado. Recuerda que el trato entre el ejército

de papá y el tuyo es secreto y cuidarlo requiere de más precaución de tu parte.

—Eso es asunto mío. No te preocupes. Ni mi ejército, ni nuestra alianza con tu padre están en riesgo. América Unida está con tu padre y conmigo. Los que no son de total confianza están bien vigilados.

—Gracias —le dije.

Mi madre que todo lo agarraba en el aire, vio la tensión en el ambiente entre Sebastián y el general, también captó el caso omiso que hacía el general Flannes de la frustración de mi pareja. Venus con la lengua sin pelos que le acompañaba, añadió:

—Estamos muy agradecidos, Eric, te luciste de veras, como dijo mi hija. Y cuéntame, ¿cómo le va a tu esposa?

—¿No me habías hecho ya esa pregunta? Juraría que cuando nos encontramos me lo habías preguntado —dijo Eric cortando el tema.

—¿Será? Con tanta emoción ya ni recuerdo lo que digo.

—Está muy bien. En la casa —dijo Flannes y ya no pudo salvarse de la ráfaga de interrogantes por el estilo que le hizo mamá.

Mientras todos conversaban, tomaban unos refrigerios y demás, Sebastián se las arregló para llevarme a la terraza y a solas me dijo:

—Sueles causar ese efecto en los hombres. Yo también hacía lo imposible para impresionarte. Vale. No me voy a molestar. Ya entendí que es solo un juego para él, confío en ti. Lo dejaré intentar conquistarte. Así no daré más nada por sentado y no olvidaré enamorarte a diario también. Tal vez es una llamada de atención, a tiempo, para darme cuenta que no te quiero perder.

—¿Qué dices? —le pregunté.

—He estado muy enojado últimamente y he sido un fastidio para ti —dijo.

—Ni todo el mal humor del mundo va a hacer que te deje de querer. Solo quiero que te cuides, que no te creas invencible porque si te pasa algo yo no sabría por dónde comenzar para reconstruir mi vida.

Eric se dio cuenta desde la sala, que Sebastián y yo, estábamos distraídos él uno en el otro y volvió de nuevo a intentar captar mi atención.

—Paz, Sebastián —nos llamó—. Creo que es momento para decidir si querrán mi ayuda para encontrar a la niña. Sin Venus en el territorio no tendrán más opción que aceptar.

—No sé si tu ayuda sea suficiente —añadió mi madre—. Iris cruzó el Atlántico y al parecer continúa en territorio de la UNA.

—¿Cómo supiste, mamá? —la abordó Apolo.

—También tengo mis contactos. ¿Recuerdas al amigo de Leila que frecuentaba a menudo nuestra casa? —ella le contestó.

—El pretendiente de Venus. ¿Te acuerdas, Apolo? El viejo que no soportabas y que no sabías como echar de tu casa cada vez que iba a importunar a tu madre —agregó Paúl.

—¿Viejo? ¿Me estás diciendo vieja a mí? Porque ese señor es más o menos de mi edad —dijo sorprendida mi madre.

—Perdóname, Venus. Sabes que no quise decir eso, es que no lo soporto —se disculpó Paúl.

—Paúl y yo recurrimos a él para intentar solucionar lo de las propiedades de Apolo y me dijo que no podía hacer nada. Entonces le dije que si en verdad me estimaba me ayudara a encontrar a mi nieta. Hizo sus averiguaciones y me dijo que hay una investigación en torno a la desaparición de Iris. Ellos igual tienen interés en encontrarla —comentó mamá.

—Lo sabía —dijo Sebastián—. Y solo falta que Ademar King II se entere que la nieta de Verena anda por ahí sin protección, para que también quiera tener ese as bajo la manga.

—Iris huyó con un chico de aproximadamente su edad, un compañero que conoció en el entrenamiento. Una amiga aseguró que Iris le dijo que huiría para buscar a su padre —añadió mamá—. Se fue acompañada de un muchacho de nombre Alejo, un inmigrante del Caribe. Así que tenemos que pensar en otra forma de rescatarla porque ya no está en este continente.

Ante las cosas como se presentaron, Flannes comentó:

—¿Algo más que pueda hacer por ustedes? —dijo Eric Flannes.

—Hay un lugar que me gustaría visitar antes de marcharnos —le dije.

—Adelante —nos dijo con amabilidad—. Pueden decirle a nuestra guardia que los lleve. Es un gusto haberles tenido aquí. Mi oferta sigue en pie Paz, cualquier cosa que necesites solo tienes que pedirlo.

—Yo quisiera unos minutos a solas con usted, general, para tratar de unos asuntos que me encomendó el general Verena —le dijo Sebastián.

—Por supuesto —le contestó Eric Flannes.

Sebastián y el general Flannes se encerraron para sostener la pequeña reunión, mientras el resto continuamos agradeciendo el reencuentro.

Apolo, Sebastián, Camil y yo, fuimos escoltados por la guardia que nos asignó Flannes al último sitio que quería ver antes de irme. Cuando nos situamos en lo alto del acantilado mi respiración se detuvo por un par de segundos. Ese lugar era dónde había descubierto que estaba enamorada de Sebastián, de un modo que terminaría con asfixiarme si no me llenaba de valor y hacía algo por demostrarle que lo que él sentía por mí era recíproco.

—Camil, no era justo que te fueras sin ver este hermoso sitio. Tu primo quiso traerte a América Unida para que conocieras otra forma de vida. Esto es lo que me gustaría que recuerdes de tu viaje. No las calles asépticas, llenas de autos que se conducen solos, ni la vida atestada de tecnología que te hace olvidar la naturaleza de donde provenimos —le dije.

—Es impresionante —sostuvo el chico con una sonrisa.

—Aquí tu primito enamoró a mi hermana —le mencionó Apolo a Camil—. Recuerdo los registros de Dafne mientras los vigilaba y me decía: «Paz se está enamorando de su propio enemigo. Hay que hacer algo para separarlos». Es una lástima que Dafne no pudo ver cómo terminaron ustedes dos —nos dijo a nosotros.

—Se podría decir que aquí comenzó todo, pero no. En este acantilado me di cuenta que me estaba enamorando del «pupilo del general» y que tenía que hacer algo para que no desistiera de mí. Todo comenzó desde mucho tiempo atrás, pero yo no me había dado cuenta —acepté—. ¿Sebastián a que no adivinas lo que tengo en el bolsillo?

—No tengo idea —soltó relajado.

Metí la mano en el bolsillo y se lo mostré. Él negó derrotado y añadió con una sonrisa:

—¿Lo encontró Eric Flannes en su residencia y te lo dio como prueba de su «amor» o mejor dicho como prueba de las ganas que tiene de meterte a su cama? No puedo creer hasta dónde llega ese hombre.

—No. Estás de veras paranoico. Cuida tu vocabulario delante de Camil. A esta hermosa avecilla la he perdido y la he encontrado mil veces. Mi tía siempre procura entregármela y cuando tengo que salir huyendo la dejo atrás y ella se ha encargado de resguardarla para mí. Resulta que mi tía la traía cuando arribó a la capital. De ahí me la puso en el equipaje con el que entré en el Departamento de Defensa y cuando lo dejé porque ni siquiera tuve tiempo de empacar antes de salir corriendo, tía Patricia recordó llevarme mis maletas a Tierras Inhóspitas y dentro estaba esto —le dije mientras Apolo y Camil se preguntaban qué era.

—Hizo tremendo viaje —dijo Sebastián. Le silbó y la esfera se convirtió en ave, se sacudió y remontó el vuelo.

—Cuando supe que veníamos a aquí, pensé que si las cosas salían bien podíamos venir y recordar esos tiempos —dije.

—Todo un estuche de monerías el cuñado. Si yo hubiera tenido que recurrir a esas estrategias creo que nunca me habría enredado con una mujer —soltó Apolo palmeándole el hombro con afecto a Sebastián.

—Si mal no recuerdo creo que fue Dafne la que te conquistó a ti —le dije con una sonrisa a mi hermano y más atrás escuché la carcajada de Sebastián.

—Yo también tengo una sorpresa para ti, mi amor —me reveló Sebastián—. Le pedí algo a Flannes. Solo que quería que fuera una sorpresa, pero ya no me puedo aguantar.

—¡Sebastián! —dijo Camil—. Se supone que la llevarías con los ojos vendados y cuando estuviéramos ahí le dirías.

—Tu hermano está confabulado conmigo para que no lo creas un santo y Camil también. ¿Recuerdas cuando dijimos que estar en América Unida nos daba la oportunidad de acceder a un ultrasonido? —me dijo Sebastián y mi corazón comenzó a acelerarse.

—Hace bastante tiempo que no he podido hacerme uno y estoy desesperada por saber cómo marcha todo —dije—. Quiero ver cómo se están desarrollando sus órganos, qué tamaño tiene, son tantas cosas. Johnson ha sido magnífico y gracias a los equipos que los del instituto llevaron he podido escuchar su corazón, pero esto es…

—Lo mejor no es que podrás verlo hoy —se adelantó Camil—. Nos llevaremos el equipo de ultrasonido a Tierras Inhóspitas, así que lo podrás ver más seguido.

—Le pedimos uno y Flannes insistió que podemos llevar uno con nosotros pero que enviará varios por barco para que tengamos en cada asentamiento. Además de eso, nos pidió hacer una lista de todas nuestras necesidades más urgentes en medicina, comunicaciones, armamento. Lo enviará por mar —me indicó Sebastián.

—Son estupendas noticias. Vamos de una vez, no puedo esperar por el ultrasonido —dije.

—Iremos ahora porque mañana temprano regresaremos a casa —concluyó Apolo.

11



El primer ultrasonido al que pudo asistir Sebastián fue en América Unida y yo ya tenía siete meses. Esa tierra llena de significado para nosotros. La cara de Sebastián dejó entrever tantas emociones que me distraía de la pantalla del ultrasonido. Mi hijo, ya era un bebé y estaba casi listo para salir. Su rostro podía observarse, sonrió de repente y Sebastián y yo nos quedamos con la emoción oscilando dentro de nuestros cuerpos. Al fin podía observar al responsable de aquellas caricias como alas de mariposas, batiendo sin cesar, que me rozaban desde adentro. El pequeño movía los brazos y las piernas en un ritmo acompasado con la música de mi corazón.

Todo estaba bien y pudimos respirar con alivio al saber que nuestro hijo crecía a un ritmo apropiado y que sus órganos se estaban desarrollando acorde a su etapa de gestación. Era un varón y ya podíamos comenzar a pensar en su nombre. Ni siquiera le dije a Sebastián la primera opción que había pasado por mi mente porque a él no se le ocurrió. Y de pronto, lo que en un inicio pensé que sería una buena idea tal vez no me lo parecía. A lo mejor Sebastián no deseaba escuchar a diario el primer nombre con que se habían referido a su persona. Quizás Abel Oriol le traía a la mente recuerdos demasiados dolorosos que prefería olvidar.

Antes de salir, Sebastián me abrazó con un brillo distinto en los ojos. Creo que hasta ese momento se dio cuenta qué tan real era lo que viviríamos cuando nuestro hijo naciera.

Arribamos a Tierras Inhóspitas los mismos que habíamos abandonado el territorio y un individuo más. Nuestra incursión en América Unida no había sido en vano, teníamos noticias importantes de Iris, yo había recibido la inyección, me había realizado un ultrasonido y habíamos optimizado la alianza con el general Eric Flannes.

Mi hermano le ofreció a Jonathan que se alojara con Paúl y con él, a Sebastián no le había quedado más remedio que aceptarlo, aunque previno a mi padre de sus sospechas y le encomendó a Max vigilarlo a discreción. A la mañana siguiente, antes que Jonathan saliera de su habitación, yo lo estaba esperando.

—Hola, tardaste bastante en despertarte —le dije.

—¿Me estabas esperando? Una disculpa enorme. Lo siento. El cambio me ha dado insomnio —me reveló.

—¿*Jet lag*?

—No. Ojalá solo fuera eso. Me atormenta un poco si la decisión que tomé fue la correcta. Por un lado, la desconfianza de tu novio y por otra la persecución de ese robot. ¿Cómo es que se llama?

—Max —le dije luego de girar en su dirección.

—Al principio pensé que era una especie de guardián para ti y luego me percaté que me anda siguiendo.

—Son cosas de Sebastián. Son medidas de seguridad, lo siento. Hemos tenido problemas con algunos recién llegados y por eso se toman precauciones, pero si tus intenciones son verdaderas no tienes que preocuparte. Vamos. Quiero presentarte al equipo de médicos, te sorprenderá. Hay gente muy talentosa con nosotros. Aquí todos tienen que trabajar y el puesto que tenías con Apolo y con Leila, me temo que ya está ocupado. Además, no creo que hubieses disfrutado de trabajar con mi padre, cuando se enoja, nadie lo quiere tener cerca.

—Vamos —me dijo—. ¿Tú estás a cargo de la clínica? Algo así me dijo Apolo.

—Pero yo no necesito asistente —le dije con una carcajada—. Quiero que unamos fuerzas. ¿Qué te parece si nosotros te enseñamos a ti lo que sabemos de medicina y tú a nosotros? En mi paso por la UNA aprendí

mucho sobre herbolaria, sobre medicina naturista. Creo que vale la pena —hice una pausa—. Algunos de los médicos que te presentaré son un poco engreídos, así que no te asustes si a la primera se dan aires de suficiencia, agradecerán a futuro todo lo que puedas compartirnos. Mira nuestro entorno y verás que, a un médico de tu formación, le será más fácil sobrevivir que a uno que provenga de la Sociedad Autocontrolada.

Cuando arribamos y reuní al grupo de doctores, me di cuenta que Earta con sus ínfulas de grandeza, se había apropiado de mi nuevo nombramiento. Era de esperarse en ella que estaba acostumbrada a mandar.

—Paz —me dijo—. Pensé que no te reportarías por este lugar con todas tus ocupaciones familiares. No te sientas obligada a dirigir esta clínica, sabes que puedes contar conmigo. ¿Recuerdas nuestro tiempo en el Instituto de Planificación Familiar, cuando comencé a prepararte para ser mi sucesora? Aquellos tiempos en que te insistía y tú no estabas interesada.

—Earta, esos tiempos quedaron atrás —le dije—. Ahora tengo mucho interés en levantar esta clínica. Es más, vine a presentarles a mi mano derecha. Cuando yo me ausente por asuntos familiares, él estará a cargo, el doctor Jonathan Rodríguez. Viene de la UNA, exactamente de América Libre y nos aportará una cátedra sobre medicina naturista, tres veces por semana, de asistencia obligatoria, salvo para los que estén de guardia, que tendrán que ponerse al corriente a la brevedad posible.

—¿Y eso para qué? —dijo uno de los acérrimos seguidores de Earta.

—Porque no podemos aspirar solo a depender de los suministros que nos envían los aliados o los que van llegando. Cuando no tengan el medicamento que necesitan, le dirán al paciente, lo siento, no surtieron el almacén. No, ¿verdad? Para eso está el doctor aquí —añadí.

Mientras algunos doctores se regresaban a sus funciones y otros se reunían en pequeños grupos a murmurar, Jonathan se me acercó y me dijo:

—Ahora si no entiendo nada. ¿No que no se requerían asistentes?

—Al nivel que tenías no, que yo es la primera vez que me paro en este lugar y tengo que hacer algo para recuperar el control. No serás mi asistente, que ni me gustan ni los necesito.

—No creo que requieras de todos los servicios que yo le prestaba a Leila —dijo con una sonrisa.

—Por supuesto que no, pero mira que eres cínico. Serás el segundo a cargo de la clínica para efectos legales, si es que aquí los hay, pero prefiero

trabajar en equipo.

—No tengo problemas con el trabajo en equipo. De hecho, siempre se lo propuse a Leila, pero era demasiado mandona y no pude convencerla —me dijo y terminó la frase con una carcajada.

—Ni se te ocurra hacer esos chistes delante de Sebastián.

—¿Es celoso?

—Más bien no te soporta —le recordé.

—¿Y por qué te empeñas en ayudarme?

—Eres amigo de mi hermano y me caes bien.

—Gracias —me dijo con sinceridad.

Earta Hébert no tardó en acercarse a nosotros.

—Me parece tan bueno que hayan traído el equipo para ultrasonidos. Podríamos empezar a utilizarlo contigo. ¿Qué te parece? —me dijo.

—Será en otra ocasión porque me realicé uno hace poco —le contesté.

—¿Y cómo va todo?

—Excelente.

—Me alegro. Tu hijo es muy importante —recalcó.

Cuando Earta se fue, Jonathan me dijo:

—Es necesario revertir la modificación genética para evitar la esterilidad en un porcentaje de la raza humana, una vez que se unifique el mundo.

—¿Quién te lo dijo? —le asalté.

—Tu madre y tu hermano.

—Sí que te tienen confianza —le dije. Lo sabía, que la solución para los nuevos nacimientos estaba en investigar los genes de mi hijo con Sebastián, para ver qué le permitió vencer esa modificación y preservarlos, porque son niños que al seguir reproduciéndose pueden ser el enlace entre los dos humanos, el original y el que la Sociedad Autocontrolada diseñó en el laboratorio. Resultaba que Iris provenía de una situación similar a la de mi bebé. De ahí la urgencia de encontrarla. No solo era importante para nuestra familia, también para la supervivencia de la raza humana, al menos como la habíamos conocido siempre. Me reservé mis comentarios al respecto, aunque mi madre y Apolo se fiaran de él, yo prefería ser cuidadosa al conocer a una persona.

—Si Sebastián y tú, al igual que Apolo y Dafne pudieron reproducirse, en teoría otros también podrían. Hay que esperar para ver si otras parejas mixtas pueden tener hijos —dijo.

—Pienso que Earta delira y que lo que intentaron hacer no funcionó. Que hay más casos, pero que no están documentados porque la Sociedad Autocontrolada es una mentira —afirmé mi suposición.

—Creo lo mismo. Habrá que verlo, es simple. Pongamos a una pareja mixta a reproducirse a ver qué sucede. Si no pueden concebir, entonces no sabemos por qué ustedes sí lo lograron. Será el enigma. Si logran concebir, Earta está chiflada o los autocontrolados viven una hipocresía.

—No uses ese término de parejas mixtas, es desagradable, todos somos iguales —le dije.

—Lo sé y lo comulgo, solo que no supe como referirme a ese hecho en particular. Tal vez la doctora Hébert no está tan chiflada. La Sociedad Autocontrolada tiene lo suyo. ¿Qué me dices del Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial? Tiene a los robots humanoides con rasgos humanos y avanzada inteligencia que detectan el nivel de emociones humanas. Los producen en distintos tipos, pero lo fundamental es que los seres humanos ya no realizan trabajos pesados ni serviles, para eso están los robots. Sobre todo, los que diseñan para soldados me dejan pensando, en una guerra la UNA tendría más bajas que los autocontrolados, es un punto a su favor. Cada tipo de robot tiene su función y el centro está en constante producción. ¿Hasta dónde quieren llegar? ¿Ningún autocontrolado piensa en las implicaciones éticas? Eso es raro, aunque para ti es tan normal porque así creciste —recitó parte de la información que conocía de memoria sobre la Sociedad Autocontrolada—. Leila aborrecía ese tipo de cosas. Puedo imaginar su expresión si me viera perseguido por ese robot.

—Max es genial.

—Para ti porque no eres su objetivo. ¿Y si que se le crucen los cables? No me disgustan los robots, pero respeto a las máquinas.

—Max es diferente.

—Es una máquina, punto y a los autocontrolados se les olvida que se puede prescindir de ellos para vivir. Los habitantes de la Sociedad Autocontrolada tienen poca información sobre la UNA y su forma de funcionar, sus adelantos, etc. Los líderes de la Sociedad Autocontrolada ocultan información para tener poder.

—Y ustedes, los autónomos, juzgan a los autocontrolados y se creen mejores personas. Creo que ese es el problema, no buscamos un punto

donde converger. Se ve que pasaste demasiado tiempo con Leila y piensas muy parecido a ella. Tierras Inhóspitas es para los que no se aferran a ningún lado de la frontera —le dije.

—Me callo la boca. Me diste el castigo de la abuela. Acabas de quitarte metafóricamente el zapato y pegarme con él. No quiero ser el de la mente cerrada. Yo te enseño todo lo que quieras y tú sigue compartiéndome tus ideas, me gustan —agregó con una carcajada.

12



Cuando Apolo fue capturado, Iris quedó bajo la custodia de su abuela Greta debido a que Venus estaba conmigo en Tierras Inhóspitas y ese fue el inicio de los problemas que la llevaron a decidir escapar. Apolo se sentía impaciente por no poder mover cielo y tierra para encontrarla. No podía entrar a las otras naciones de la UNA para dar con ella y lo que más lo atormentaba era saber que los autónomos estaban detrás de Iris para usarla en su contra. Por eso, cuando el destacamento que estaba ubicado, previo al primer asentamiento en el que nos establecimos, el uno, se comunicaron con mi padre para decirle que tenían a su nieta, Apolo no pudo aguantar la impaciencia y decidió ir a buscarla en persona.

Mi padre le convenció para aguardarla en nuestro sitio. Los soldados la traerían y sería más rápido. El día que Iris arribó, mucho más flaca que la última vez que la habíamos visto, con la ropa sucia y las huellas de sus andanzas, Apolo experimentó los sentimientos encontrados más fuertes de su vida. Por una parte, quería llorar por el alivio de saberla a salvo y por otro parecía que iba a explotar de tanto coraje.

—Antes de regañarla, recuerda que pudo irse con John y eligió venir contigo —le dije a mi hermano, pero no sé si me escuchó, porque salió como una bala disparado hasta ella.

Iris se quedó parada, con cara de miedo, al lado de otro chiquillo mucho más alto, pero en las mismas condiciones que ella. Apolo corrió hasta su hija, la envolvió con sus brazos mientras Iris aún temerosa se dejó abrazar. Era la primera vez que estaban tan cercanos el uno del otro, ni siquiera cuando se habían conocido, Apolo se había atrevido a romper la distancia, que la decisión de Dafne había sembrado entre los dos. Los vi y no pude evitar sonreír, acaricié mi vientre, agradecí por tener a mi hijo y porque mi hermano había recuperado a su hija. Cuando Apolo la soltó, Iris lo miró a los ojos y murmuró:

—Lo siento.

—¿Por qué hiciste algo así? Casi me muero de angustia —le reveló mi hermano, abrumado por la tempestuosa paternidad que le había llegado de golpe.

—Ya no aguantaba más ese lugar y bajo ninguna circunstancia iba a regresar con mi abuela Greta, está mal de la cabeza. Si tú ya no ibas a estar en América Libre para qué iba a quedarme ahí. Tú me llevaste a ese lugar, me sacaste de la casa de John y luego me abandonaste, es que no lo entiendo —estalló Iris con sus quejas.

—No hui de América Libre y no te abandoné —le intentó explicar Apolo—. Iris, es una situación delicada. No sé por dónde comenzar a explicarte.

—Lo sé. Sé que tuviste problemas y que te refugiaste en este lugar con tu familia. Escuché que quieren quitarte del medio, pero América Libre no lo permitirá, todos están contigo.

—¿Y cómo sabes tanto? —le dijo Apolo que desconocía la opinión pública de su pueblo sobre su desaparición.

—Es difícil no saberlo, eres famoso en América Libre y todos están al tanto de lo que te ocurre. Empezando por éste —dijo señalando al muchacho que tenía al lado—. Es uno de tus fans, tuyo y de Paz. Cuando supo que yo era tu hija, no se despegó de mí.

—Mucho gusto, soy Alejo —se presentó el chico—. No es que sea un fanático o algo así. A Iris le falta una tuerca. Simplemente los admiro por sus acciones. Es todo. América Libre no es lo mismo sin ustedes. Así que decidí hacer lo que muchos están haciendo, venir a Tierras Inhóspitas a sumarme a la causa. Aclaro que primero Iris tuvo la idea. O sea, yo la tuve primero pero no la compartí con ella. Cada uno la tuvo por separado y cuando nos dimos cuenta decidimos ayudarnos.

—No te sigas explicando, Alejo, por favor. Ya hablaremos. ¿Ahora me podrías dejar a solas con mi hija? —le pidió Apolo con el semblante endurecido.

Me llevé al chico de allí. Mientras caminábamos le dije.

—Debes estar cansado y muerto de hambre. Te buscaré comida, un lugar para bañarte y descansar. ¿Y tus padres?

Se alzó de hombros.

—Me refiero a si saben que estás aquí.

—No tengo idea. Llegué a América Libre con los refugiados del Caribe. Mis padres no quisieron salir. Querían el régimen de la Sociedad Autocontrolada. Yo no pude soportarlo y me dejaron elegir. Ahora estoy por mi cuenta.

—¿Seguro que te dejaron elegir?

—Seguro.

—Te lo digo porque ha sido doloroso para nosotros no saber de Iris. No querría eso para tus padres.

—No tengo más que decir —añadió.

—Buscaré un cuarto para ti, te quedarás con otro chico como tú de la UNA, se llama Camil y es el sobrino de mi pareja. Por favor, compórtate. Si de veras quieres quedarte en Tierras Inhóspitas hay que respetar las reglas de mi padre, el general Verena.

—No tengo problemas con eso. Es más, me encantaría conocerlo.

—¿Estás hablando en serio porque papá no es muy popular con los chicos de tu edad?

Alejo tenía en el rostro algo que me resultaba familiar, era como si lo hubiera visto antes, y por más que trataba de evocar no lograba ubicarlo en mi pasado, así que concluí que lo más seguro es que recordara a otra persona. Sus ojos, captaron mi atención a la primera, sobre todo por su color, el cual no podría aseverar con exactitud. Lo dejé junto a Camil, quien se alzó de hombros al escuchar que compartirían habitación.

—No tengo problemas —dijo Camil.

—Alejo te ayudará con los caballos —le expliqué.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Alejo—. ¿Vine de tan lejos para eso? No sé si sea bueno con los animales. Me gustan, pero no destaco en habilidades para atenderlos.

—Eso se nota, si ni siquiera puedes cuidar a ti —le soltó Camil—. Te daré algo de ropa, creo que somos más o menos de la misma talla. Te aclaro, no soporto el desorden.

—¿Y por qué asumes que yo sí? —le dijo Alejo y Camil le lanzó una mirada indicándole que su aspecto no era el más pulcro ni ordenado—. Iris y yo viajamos desde América Libre por nuestra cuenta. Ya quisiera ver cómo quedarías tú si pasaras lo mismo.

—Basta chicos, traten de llevarse bien. No hay muchos jóvenes de su edad por aquí —les recordé antes que aquel pequeño cuarto se convirtiera en un campo de batalla entre adolescentes—. Aquí todos tienen que ocuparse en algo, si no te entiendes con los caballos, más adelante te buscaremos otra función.

—¿Quién es Iris? —indagó Camil.

—Es un fastidio, pero resultó ser una buena compañera de viaje —resumió Alejo.

—Me voy. Camil, ayúdalo a instalarse —dije.

Los dejé mientras se intentaban poner de acuerdo, algo que parecía imposible. Volví hasta el lugar donde había dejado a Apolo con Iris y ya no los encontré. Estaban en el sitio donde él se hospedaba, en la peor faceta de padre de mi hermano. Apolo le dio varias instrucciones para que se instalara con él y comenzó a recitar un repertorio de reglas, más de las que eran posible ser asumidas por una chica de catorce años, que recién conocía a su progenitor, el que encima no le terminaba de agradar. Apolo continuó:

—Habrá horario de entrada y de salida de esta habitación. Para lo que sea que decidas hacer me pedirás permiso. No te quiero todo el día andando con ese tal Alejo.

—Estuvimos juntos más de quince días deambulando de un lado a otro y no pudiste impedirlo, ¿por qué te preocupa ahora? —Iris le alzó la voz a su padre.

—No sé cómo era tu vida con Dafne y con John…

—Precisamente, no lo sabes —Iris le interrumpió.

—Pero aquí las cosas serán como yo digo. Nunca fui tu padre porque Dafne no me lo permitió. Ahora ella no está y yo me ocuparé de ti.

—No fuiste mi padre porque no quisiste. John jamás hubiese permitido que me separaran de su lado si hubiese estado en tu lugar.

—Son suposiciones. Eso no nunca lo vamos a saber. John nunca estuvo en una situación idéntica a la mía.

—Él no se quedó cruzado de brazos después que el general Verena me arrebató de su lado.

—Solicitó la prueba de ADN y esta demostró que soy tu padre biológico.

—No sé qué hago aquí —dijo llorando a grito tendido—. Vine solo porque Alejo me convenció para venir detrás de ustedes. Me habló tanto de ti que terminó por convencerme de que tal vez valías la pena. Todos los chicos en el entrenamiento elogiándote, admirándote, que pensé… Ese hombre del que hablan es mi padre, tengo que darle una oportunidad, porque llegué tan resentida que ni siquiera le he podido conocer. Pero me equivoqué, tú y yo no tenemos nada en común, nunca te querré porque es algo que no puede obligarse, no lo siento.

—Iris, no te permito hablarme así. Me debes respeto —le exigió Apolo.

—¡Te odio! John me pidió que espere a cumplir la mayoría de edad, que entonces podré regresar con él y que me estará esperando. Un padre es quien se preocupa por ti. Tú ni siquiera hiciste el intento. John se comunicó cada semana conmigo mientras estuve en la casa de mi abuela Greta. Tú no eres mi padre, Apolo. Estaré contando los días para liberarme de ti.

13



Los generales que nos acompañaban en el asentamiento, Apolo, Sebastián y algunos oficiales se reunieron y me pidieron estar presente. Diana no quiso asistir porque seguía en negación por la ausencia de Owen, tras la misión que le encargó mi padre a su hombre de confianza. Mi madre no fue requerida como en otras ocasiones y ella aceptó, porque sabía que los generales aún sentían cierta desconfianza hacia su persona.

—Paz tiene un aliado muy importante en la capital, por su seguridad mantendré su identidad confidencial. Es de muy difícil acceso, pero está muy bien conectado. Nos urge hacer contacto con él. Escucho sugerencias —dijo papá.

—Creo que mi madre podría dar opciones, es muy buena en ese tema —opinó mi hermano.

Como los presentes estuvieron dando ideas y nunca hubo unanimidad del medio idóneo para ello, aceptaron traer a mi madre. Venus miró a cada uno de los oficiales y dijo:

—Me invitan cuando ya se les acabaron las ases bajo la manga, no les reprocho, tengo una idea, pero no puedo compartirla con todos. Lo hablaré solamente con Apolo, Edgar, Sebastián y Paz. Edgar porque no me queda más remedio, es el «dirigente» —dijo con un tono de burla—, los

otros tres porque son quienes lo llevarán a cabo y en este tipo de asuntos, mientras menos sepan, mejor. Ustedes son expertos, así que no requiero dar más explicaciones.

Los generales a regañadientes estuvieron de acuerdo en confiar en el juicio exclusivo de mi padre. Cuando el resto de los presentes se hubo retirado, mi padre le dijo a mamá antes de que ésta comenzara:

—No sé qué estarás pensando, pero recuerda que Sebastián tiene que partir a su misión. Ya lo ha extendido demasiado y el general Walker está con todo encima, lo suyo y lo de Sebastián. Si lo haces para que Paz no se separe de Sebastián de una vez te digo que no. Sebastián tiene que partir, así como Owen partió, aunque Diana me lo reproche. Todos tenemos una misión, estamos en guerra.

—Te diré mi idea, no seré responsable de tus decisiones. —Mi madre expuso su plan—: El informante necesita la nueva versión mejorada de la guía mental.

—¿Y de dónde la sacamos? —dijo mi padre.

—Eso no es problema —se adelantó Apolo—. Necesitaremos los insumos, pero podemos pedírselos a Jonathan, nuestro aliado de América Libre. La haremos en casa. Él es especialista.

—Una vez que esté lista la mandaremos con unos soldados, para que se la entregue a un aliado intermediario hasta que llegue al destinatario —dijo mi padre.

—En este caso no debería haber intermediarios, es una fuente delicada. No necesitamos levantar tanta polvareda en torno a la entrega cuando contamos con un mensajero mucho más sutil —dijo mi madre—. La araña de Sebastián puede llevarla, solo necesitaremos acercarla lo más posible.

—Sí se puede. Está diseñada para eso y más. Incluso si lo que llevará no es muy grande puede esconderlo dentro de su cuerpo y hacerse invisible —afirmó Sebastián.

—No se hable más. Me gustó trabajar con ustedes en equipo. Gracias a cada uno por su aportación. Vamos a hacerlo —dijo mi padre y mi madre lo miró de reojo.

Apolo se despidió de nosotros y antes de irse me transmitió a mi madre y a mí, a través de la guía mental que iría a pedir el apoyo de Jonathan con respecto a la guía que necesitábamos.

Me lo topé de nuevo antes de lo que imaginaba cuando Sebastián y yo éramos los únicos que quedábamos en la sala de juntas.

—Jonathan dice que no puede ayudarnos. Él podría crear una guía mental si tuviera los insumos, pero está renuente —mencionó mi hermano.

Sebastián se puso de pie con cara de pocos amigos y se dirigió en busca de Jonathan. Apolo se sobresaltó y le indiqué que yo me haría cargo. Por el camino le pedí a Sebastián que me dejara intentarlo a mí, porque con lo enojado que estaba, solo conseguiría poner a Jonathan a la defensiva. Sebastián aceptó, así que cuando tuvimos a Jonathan delante le dije:

—Esto es simple, Jonathan, estás con nosotros o no lo estás —le dije mirándolo a los ojos.

—¿Me estás pidiendo una prueba de amor? Creo que ya estamos grandecitos para eso —Jonathan comenzó con su juego en un momento inapropiado, obvió que ya le había sugerido no hacer ese tipo de bromas delante de Sebastián.

—No te pases de listo, Jonathan —le dijo Sebastián—. ¿Lo harás o no? Si no te entregas por completo no me sirves.

—¿Tú también me estás pidiendo una prueba de amor? —Jonathan no se detuvo.

—Esto no es un refugio. Tienes algo valioso para nosotros —lo encaró Sebastián.

—La guía mental tiene efectos adversos no deseables. ¿Se les ha olvidado? No lo quiero para una sola persona más, menos para el resto de los seres humanos. No sé hasta dónde llegue la guía si sigue mutando. ¿No lo entienden? Hemos creado una maldita enfermedad, es como un maldito virus que se ha quedado a vivir dentro de nosotros. Sí. Yo también la tengo. Al principio era una maravilla, pero resultó que no lo es.

—¿Me estás saliendo con principios éticos? ¿Tú? —le reclamó Sebastián.

—Sé que no te quitas de la mente que soy un miserable juguete sexual o un arribista, pero estás equivocado conmigo, muy equivocado. De ti puedo esperarlo, Sebastián, eres un militar autocontrolado. Sí, yo también puedo juzgarte. Pero no lo esperaba de ti, Paz, realmente me decepcionas.

—Tú no entiendes que el sacrificio de unos puede salvar al mundo. Esa enfermedad, como le llamas, ya está diseminada. Uno más, uno menos, no hará la diferencia —le exigió Sebastián.

—¿No escuchaste nada de lo que dije? —le dijo frustrado Jonathan.

—¿Sabes qué, Jonathan? No te necesito. Crearé un ejército de arañas, es tan efectivo o incluso más que tu guía mental y tiene una ventaja, no infectaré el cuerpo de nadie. No te me acerques con aires de suficiencia como si fueras a salvar al mundo, si no tienes el coraje de luchar al lado de nosotros —le dejó claro Sebastián.

Sebastián se fue y aunque tuve ganas de quedarme con Jonathan no lo hice, le seguí para tratar de apagar el fuego que lo consumía. «El autocontrolado más autocontrolado, porque sin tener la modificación genética lo hacía por elección propia, se está pareciendo cada vez más a Ademar King II y se estaba dejando envolver por fuerzas oscuras», pensé. Pude percatarme de algo que Sebastián no habría entendido ni, aunque quisiera, que Jonathan, aunque se la pasara bromeando estaba aterrado. Abrí mi guía e intenté pedir acceso a la de Jonathan que se abrió para mí, a través de la guía mental le dije…

—*Se le pasará, no le hagas caso. No es necesario que cree un ejército de arañas, con unas cuantas será suficiente, lo que sucede es que desconfía de ti* —le transmití.

—*Lo sé y estoy harto de esto* —me transmitió—. *Tu novio piensa que soy un maldito espía*.

—*Yo no lo creo, Jonathan, pienso que eres un hombre extraordinario* —le transmití a la par que seguía detrás de Sebastián, escuchando sus ideas encimadas unas con otras sobre la creación de pequeños robots arácnidos.

—*Yo no valgo nada* —me transmitió Jonathan a través de la guía mental, cada vez con menos fuerzas—. *No es solo Sebastián. Todos piensan que soy un fracasado, que dejé una brillante carrera por volverme el amante lleno de privilegios de la mujer más poderosa de la nación. Mientras ella estaba viva no me importaba. Mientras pudiera tenerla me daba igual lo que pensaban. Nuestra relación no era recíproca, pero teníamos exclusividad, Leila solo compartía sus afectos conmigo y eso me bastaba*.

—*Yo sé la verdad. Jonathan, no tienes que seguir ocultándote conmigo. Sé que no participaste en el proyecto de la guía mental como un estudiante invitado por su buen desempeño, sé que la idea fue tuya y que tus maestros te ayudaron a desarrollarla. También sé que no dejaste tu carrera porque te hayas enamorado de Leila, enredarte con ella fue el efecto secundario de tus aspiraciones* —le transmití a Jonathan y dejé de escuchar a Sebastián.

—*¿Y tú como lo sabes?* —me preguntó Jonathan.

—*Yo me enteré hace muy poco. Hay hermanas que no suelen tener secretos, por muy sórdidos que fueran, Venus y tu difunta amada. Leila te*

guardó para ella como secreto de estado y tú seguiste trabajando en tus maravillosas ideas bajo el disfraz perfecto de su asistente, donde podía tenerte controlado y así tener ventajas sobre los otros cuatro representantes de la UNA. Perdóname si soy yo quien te revela este último detalle, no sé si era de tu conocimiento.

—*¿No estás hablando en serio?* —Noté su confusión y su estado en verdad afectado—. *Si ella se atrevió a manipularme, me arrepentiré de todas las lágrimas que lloré tras su muerte.*

—*Si te sirve de consuelo te diré esto que también me dijo mi madre. Mi tía pudo ser una mujer obsesionada con el poder y con implantar su idea de bienestar para el mundo, pero estaba loca por ti. Efectivamente desde que te conoció fuiste el único que compartía su cama y si nunca te dio en su vida el lugar que merecías fue para protegerte. Todos los que están demasiado cerca de una mujer como ella terminan dañados o como blanco de la ambición de sus enemigos.*

Hacía un par de minutos que me había quedado parada y le había perdido la pista a Sebastián, quien ni siquiera se había dado cuenta por lo concentrado que estaba en sus planes. Me lancé a correr en una dirección distinta a mi destino, corrí hacia donde había dejado a Jonathan y lo encontré tal como me lo había imaginado, por las sensaciones que me llegaban a través de la guía, estaba hecho un ovillo en el suelo, sentado, enrollado en su propio cuerpo con la mirada perdida en un pasado difícil de recuperar. Lo abracé.

—No quiero que me veas así —me suplicó Jonathan.

—Perdóname, soy una entrometida por partida doble —dije.

—*Me siento como un estúpido, no por amarla, pero sí por pretender que ella sintiera lo mismo por mí. Creí que nuestro secreto de estado me ponía en una situación privilegiada. Sentí que yo también tenía algo que ofrecer y que Leila y yo estábamos a la par. No me importaba lo que pensase el resto porque creía que tenía una misión importante en la UNA, y que podía disfrutar de Leila. Si me dices que solo me utilizó como un arma escondida para tener controlados a los otros representantes de la UNA, se me derrumba el mundo* —me transmitió a través de la guía porque nuestras revelaciones no debían mencionarse en voz alta.

—*¿Cariño, acaso no me escuchaste bien? Leila estaba loca por ti, se lo confesó a su hermana* —le transmití—. *Tú eras su hombre, te admiraba y te deseaba por lo muy valioso que eres. Todo lo demás vino añadido y ella lo supo aprovechar.*

—Creo que solo lo dices para que no me sienta un idiota.

—Leila te quería. Se lo dijo a mi madre en varias ocasiones. Si no me crees tendrás que preguntarle a mamá.

—Me moriría de la vergüenza —me expresó a través de la guía.

—Deja eso para otro que a ti te resbale. No le digas a nadie que tú creaste la guía mental, ni cada una de las vacunas que han intentado corregir sus efectos adversos. Ese tipo de cosas se mantienen ocultas, hay mucha gente codiciosa que podrían desear utilizarlo para hacer el mal y no te dejarían tranquilo.

—Por eso me oculté aquí en Tierras Inhóspitas. Además, no estoy orgulloso, diseñé una maldita plaga y si me refugié en estas tierras de nadie, es porque también quiero olvidarlo, antes que la culpa termine por aplastarme.

—La solución no es huir, es necesario que busques remedio. Si te sirve de algo, Apolo, Dafne y yo salvamos muchas vidas gracias a tu guía.

—También contribuimos a acelerar una guerra. He aprendido que mientras más juegas con lo que no se debe tocar en la ciencia, más hundido terminas; así que prefiero dejar de intentarlo. Quiero poner distancia entre ese funesto experimento y mi presente.

—Eso no será posible porque hay gente involucrada, hay personas afectadas esperando una solución. No estás solo. Cuenta conmigo, montaremos un laboratorio y trabajaremos clandestinamente de ser necesario. Ya no te atormentes más ni con Leila ni con la guía mental.

Mientras seguíamos abrazados comunicándonos con los labios sellados a través del invento de Jonathan, el que él no cesaba de maldecir, pero que nos había ayudado en más de una ocasión, Sebastián dijo una palabra en voz alta y Jonathan y yo dimos un brinco que nos borró el estado melancólico. «¿Desde cuándo está parado detrás de nosotros? Odio que sea tan silencioso. No lo sentí llegar», pensé y Jonathan tuvo acceso a mi preocupación.

—¿Qué significa esto, Paz? ¿Me dejas hablando solo y corres a los brazos de Jonathan? ¿Qué tengo que pensar? —articuló Sebastián.

—Jonathan es mi amigo y te exijo respeto para su persona. A partir de hoy no quiero que te dirijas a él ni como arribista, ni como juguete sexual, ni como lo que ni siquiera se te ha ocurrido aún —le dije mirándole a los ojos y Sebastián enojado se fue lejos de allí.

14



Mi madre también se exasperó cuando supo de la renuencia de Jonathan a hacer otra guía. A mi padre no le dimos los detalles de la elaboración, solo le expusimos que estábamos teniendo problemas para obtenerla y que habíamos desarrollado un plan B. Apolo, mis padres, Sebastián y yo nos reunimos a tratar de evaluar el plan B.

—¿Un ejército de arañas? Explícate mejor, muchacho —le dijo papá a Sebastián cuando éste le expuso la idea.

—Pequeños robots arácnidos que trasmitirán desde diversos puntos de la ciudad y no solo eso. Podrán operar sistemas de seguridad, robar contraseñas, planos, introducirse en reuniones privadas —dijo Sebastián.

—Eso significa que tendrás que dejar a Walker a cargo de tu misión por más tiempo. No creo que él tenga problemas con eso. Ahora eres más necesario aquí, también necesitamos más guías estilo Tierras Inhóspitas para nuestro ejército y eso requiere de tiempo. ¿Estos pequeños robots servirán a su vez como guías?

—Lo que usted ordene, general —dijo Sebastián quien se veía contento por encerrarse en un taller a hacer lo que más le gustaba, pero de cierta forma, estaba desilusionado por no estar en el centro de la acción, donde ahora Walker estaba teniendo mucho éxito—. Puedo hacer cualquiera de las dos. Prefiero que solo sean robots porque si los descubren, King no

tendrá conocimiento de nuestras guías y su forma de operar. A parte puedo confeccionar guías como la mía y la de Paz para nuestro ejército. Mis pequeños robots invadirán muy pronto la capital.

—Suena bien, pero estás obviando que son susceptibles de ser detectados por el sistema de seguridad de nuestros enemigos —dijo mi padre.

—El que conocemos a la perfección —rebatió Sebastián.

—Y el que ya estarán ocupados en actualizar. Tendrás que darte prisa e innovar, para que no te lleves una sorpresa —dijo papá.

—Necesitamos al menos una guía Tierras Inhóspitas para el aliado de Paz. Para comunicarnos con más libertad. Hay que sopesar el riesgo en una balanza, que la encuentren contra lo que obtendremos a cambio.

—Todo está maravilloso, pero la guía mental tiene una sutileza que están pasando por alto. La comunicación directa e inmediata, limpia —enfatizó mi madre—. ¿Qué harán tus aliados cuando verbalmente necesiten trasmitir un mensaje?, decirlo a tu araña y le escuchamos del otro lado, pero eso supone un riesgo, podrá ser captado por alguna cámara, grabadora de sonido, alguien no invitado… No estaría mal tener tus arañas y unas cuantas guías mentales.

—Estoy haciendo lo que me corresponde, la guía mental está fuera de mi alcance. Si los deja tranquilo puedo diseñar un robot especial para el aliado que no tenga todas las propiedades de una guía pero que funcione de cierta manera similar, sin comprometer lo más relevante —dijo Sebastián y se fue a sepultar en su trabajo.

Le seguí detrás y caminaba tan rápido como si no quisiese mi presencia. Por el camino fue reuniendo a algunos de sus hombres más cercanos y pidiéndole esto o aquello. Les dijo que se verían de nuevo en el taller, donde ya Sebastián había confeccionado algunas arañas y libélulas, la de mi madre, mi padre, Apolo, Paúl, Owen, entre otros. Le habló a Max a través de su guía y le dio instrucciones precisas sobre las cajas que requería en el taller. Le grité:

—Sebastián, ¿qué te sucede conmigo?

—Nada, Paz. Estoy ocupado pensando, es todo —dijo y de nuevo volvió a ignorarme. Se comunicó con mi padre a través de su tarántula y le dijo—: General, necesito una larga lista de materiales. ¿Cree que haya algún problema si le pedimos apoyo a nuestro aliado para estos asuntos?

—Adelante, muchacho —le contestó mi padre.

—Papá, igual en la clínica necesitamos ciertos recursos —le dije al general a través de la guía de Sebastián.

—Ahora no, Paz —dijo Sebastián.

—Lo de la clínica también es urgente —insistí.

—Está bien para los dos —dijo papá y se desconectó.

—¿Qué te traes entre manos? —me asaltó Sebastián.

—¿Me vas a hablar así? ¿Es en serio? —le exigí.

—Tu nuevo amigo no me gusta nada, te está tendiendo una trampa y tú estás cayendo —me dijo.

—Estás demente. No confías en nadie que no comparta tu forma de pensar. ¡Vete a enterrar entre tus máquinas! Yo también tengo cosas que hacer.

Me sujetó con fuerzas por el brazo, quiso retenerme y me solté:

—¿Qué te pasa? Ni se te ocurra volver a detenerme así.

—Solo quería arreglar las cosas. No necesito una pelea entre nosotros en este momento. Estoy preocupado por ti y no sé cómo hacerte entender mi punto de vista sobre Jonathan —dijo. Intentó serenarse, incluso quiso abrazarme.

—Suéltame. No habrá una próxima vez, no toleraré tu actitud.

Me fui directo a buscar a Jonathan y en el camino me tropecé con Apolo e Iris. Discutían delante de los presentes sin importarles que algunos se hubiesen detenido para escucharlos. Los que provenían de la Sociedad Autocontrolada estaban algo desconcertados, no es que se reprimieran a tal punto que no supieran qué era el enojo, pero se cuidaban mucho de hacer espectáculos en público. Apolo, autocontrolado de nacimiento, pero criado en el esplendor de la Unión de Naciones Autónomas, trataba de no alzarle la voz a su hija, pero se le anotaba en el rostro que la situación lo desbordaba y no le quedaba una gota de paciencia. La rabia que se palpaba entre ambos me dolía, por lo que se estaban perdiendo y por la distancia entre ellos que se había acrecentado desde que estaban juntos.

—No es una mala influencia y me desespera que quieras limitarme en cuanto a mis amistades. ¿Con quién quieres que me relacione? Alejo y yo somos amigos —le dijo Iris.

—Pretendes que me quede cruzado de brazos mientras te reúnes con el chico con que te escapaste y se fueron de andanza por el mundo —sostuvo Apolo en plan de padre regañón.

—Ya te dije que Alejo no me convenció para salirme de la UNA.

—No lo sé, Iris, pero él está muy lejos de sus padres. ¿Eso te parece bien?

—Yo no conozco a sus padres, pero conozco a los míos y sé que a veces hay motivos para correr lo más lejos posible de ellos —soltó Iris y le clavó una mirada que daba miedo.

—¿Escuchas lo que dices? Mañana mismo comenzarás a valorar lo mucho o lo poco que te hemos dado tus padres. Pudimos haberlo hecho mejor pero las circunstancias… —Apolo se tragó el resto de sus palabras.

—Siempre encontrarás un motivo para justificarte. Ni siquiera te reclamo porque hubiese querido que estuvieras a mi lado, mi vida al lado de John fue perfecta y eso es lo que quiero recuperar. Él jamás me hubiese gritado delante de un montón de desconocidos —le reclamó.

—No te he levantado la voz, Iris…

—Pero para mí es lo mismo, me avergüenzas.

Iris se dio la vuelta para dejarlo plantado.

—¿Adónde vas, jovencita? No he terminado.

Iris lo miró como si con una mirada pudiera atravesarle el corazón y se alejó. La gente se fue dispersando con lentitud. Yo me quedé mirando a uno y a otro sin saber a quién socorrer. Definitivamente, Iris necesitaba un tiempo a solas de todos los «familiares» que le habíamos brotado de la nada, como ya le había escuchado decir. Así que me le acerqué a mi hermano. Hizo ese gesto que conocía bien, yo sabía lo que seguía, las lágrimas le pesaban detrás de los párpados. Lo abracé y él dejó que el mar que contenía dentro se derramara sin ninguna contención, como todo un autónomo. «¿Están seguros de que los genes de este hombre fueron manipulados en un laboratorio? No puede ser más transparente. Es tan bella su alma, algo confundida por esta paternidad que llegaba con una buena dosis de adolescencia incluida, pero bella sin dudas», pensé.

—¿Qué les pasa a ustedes dos? —le dije a mi hermano.

—Es más engorroso ser padre de una adolescente que dirigir una nación. Iris es una bomba de tiempo, me descoloca, no sé, saca lo más primitivo de mí. Todavía no sé cómo lo hace —dijo emitiendo unas carcajadas llenas de falsa resignación y dolor—. A veces pienso que es su objetivo.

—¿Será que algo así traman los adolescentes? Recuerdo los dolores de cabeza que les di a nuestros padres.

—De ti no lo creo.

—Mamá era especialista en darme la vuelta, dorarme la píldora, manejarme.

—Me estás sugiriendo que me vuelva tan manipulador como nuestra madre o nuestra tía.

—No creo que sea manipular, debe ser el don de la paternidad. Tú fuiste adolescente y ya experimentaste la implosión de emociones, de inseguridades y de demandas internas. Inspírate en eso.

Me abrazó más fuerte y luego se separó de mí ya con los ojos secos.

—Creo que tú en cambio, tendrás el tiempo de aprender a ser madre paso a paso —dijo besando la cima de mi panza.

—Tú me aconsejarás cuando a mí me toque ponerme histérica.

—Dime sin pena, ¿qué estoy haciendo mal?

—Para empezar, estás más gruñón que de costumbre. Piensa, no te sientas herido por todo lo que te dice, te querrá con el tiempo, es imposible no hacerlo. No dejará de querer a John, eso es innecesario.

—Ni lo deseo, él se ganó un lugar en su corazón.

—Déjala escoger a sus amistades, aquí no tiene muchas opciones y estaremos cerca para brindarle una mano cuando lo necesite. Alejo está tan perdido como ella, se reconfortan. No parece mal chico.

—No, pero creo que están enamorados, solo que aún no se han dado cuenta. Ese muchacho tiene buena pinta físicamente y ella le ríe todas las estupideces que él dice, como si fuera la broma más ocurrente del mundo.

—No me ha dado la impresión de que están enamorados y si así fuera qué tiene de malo.

—Están muy jóvenes, estamos en guerra. No sé nada de la familia de él, ni si es cierta la historia que el chico cuenta.

—Amplíale las posibilidades a Iris. Alejo trabaja con Camil, el primo de Sebastián también es encantador. Son dos chicos guapos y listos. Si Iris tiene que elegir entre los dos, demorará en tomar una decisión y tú ganas un poco de tiempo. No podrás evitar que se enamore y viva lo que tú ya viviste. Ponlos a trabajar juntos, se harán buenos amigos los tres, lo necesitan e Iris estará más feliz.

—Yo estaba pensando ponerla a trabajar en otra área, con adultos responsables, dónde aprendiera algo útil.

—Nuestra situación en Tierras Inhóspitas ya es bastante difícil para alguien joven, no se lo hagas aburrido también.

15



Mi hermano me dejó y fue a buscar a Iris. Se disculparía con ella y le explicaría que podía ser amiga de Alejo. Le iba a pedir a su hija que fuera sensata, que confiara en él como padre y que respetara las reglas de convivencia que juntos trazarían desde ese día. Yo continúe mi camino hacia la clínica para buscar a Jonathan. Lo encontré dando una clase al resto de los doctores, que se asombraban u horrorizaban a la vez, de los lugares dónde Jonathan extraía las sustancias medicinales. Tomé asiento en la última fila y presté mucha atención. Al finalizar me le acerqué, lo felicité y añadí:

—Comencemos a preparar nuestro laboratorio. Los insumos llegarán muy pronto. Primero dame una lista de lo que necesitaremos para nuestras investigaciones en torno a la guía mental.

—¿Necesitaremos?

—Por supuesto, yo me embarcaré dentro de esto contigo.

—Pero tu especialidad es muy distinta.

—¿Tienes un problema con eso? Necesitarás ayuda.

—¿Serás mi asistente? ¿Se invertirán los papeles? —utilizó su sarcasmo.

—De la puerta del laboratorio para dentro, si lo quieres.

—Eres dura.

—No tengo problemas con que te quedes en frente de la clínica. Pero eso, querido, tendrás que ganártelo. El séquito de médicos ya tiene una líder, ella los trajo y está muy apegada al poder. Me tolera, solo porque soy la hija de mi padre. Piensa que me aburriré de un momento a otro.

—¿La doctora Earta?

—Sí. Habrá que tenerle consideraciones si queremos que el resto de los doctores nos tome en cuenta. Además, nos concentraremos en el desarrollo de una guía mental y mientras tanto, la dejaremos de encargada. Estaremos trabajando en nuestro proyecto confidencial.

—Pensé que nos concentraríamos en buscar una solución para los efectos secundarios.

—También, pero necesitamos solo una guía más. Tengo un aliado en la capital y necesitamos comunicarnos.

—Si de alguna forma contribuyo a que los autocontrolados venzan a los de la UNA no me lo perdonaré, no es mi finalidad.

—Ni la mía, ni la de Apolo, ni la de mi padre. Ademar King II ya nos atacó una vez, si no hacemos algo regresará y esta vez podrá ser la definitiva. Mi madre entrará en cualquier momento por esa puerta y te pedirá lo mismo. Si Apolo no lo ha hecho es porque es más respetuoso con las elecciones personales y no quiere influirte, pero mamá piensa que la guía mental es la opción.

—¿Y el ejército de arañas? —dijo y después emitió dos sonoras carcajadas.

Para que constatara los hechos y no creyera que Sebastián deliraba lo dejé ver mi libélula en todo su esplendor, la tocó, la vio volverse transparente, la analizó a fondo y le gustó:

—Ese novio tuyo es talentoso. Ustedes tienen algo especial. Los veo juntos y me gusta mirarlos, hasta cuando parece que no se ponen de acuerdo hay chispas a su alrededor. Se miran el uno al otro y parece que no existe nadie más a su alrededor.

—Es mi esposo.

—¿Sí? Creí que tu esposo era el sobrino de Ademar King y que Sebastián era tu amante. Lo siento, tal vez te molesté con mis palabras.

—No, él es mi esposo y mi amante también. Ya tendremos tiempo para ponerte al tanto pero ahora…

—No me expliques nada. Yo quisiera algo así. Ojalá algún día me encuentre una mujer como tú. Es una lástima que ya elegiste a tu compañero de vida.

—La encontrarás. Vamos, quiero mostrarte donde estará nuestro laboratorio. Será dentro de la clínica.

—¿Estás hablando en serio? ¿Con la doctora Earta y su séquito de la muerte rondando por los pasillos?

—Pondremos un letrero de «Reservado» o «Prohibido pasar».

—Eso solo acrecentará la curiosidad de los otros médicos.

—Cerraremos muy bien la puerta y buscaremos opciones.

Lo guie hasta el salón que había permanecido vacío por el momento. Jonathan lo miró y como buen autónomo, acostumbrado al trabajo duro y a ser ingenioso en las situaciones más burdas, le vio potencial. Jonathan concluyó que cuatro paredes y un techo era más que suficiente, que todo lo demás podíamos acondicionarlo. Un paso sigiloso se escuchó detrás de la puerta. Le pedí que hiciera silencio y desenfundé mi arma. Antes de dar un paso, me envolvió en sus brazos para detenerme.

—*Tranquila* —me transmitió a través de la guía mental—. *Es el robot que Sebastián puso a vigilarme. No sea que se me ocurra volar el campamento* —añadió en tono gracioso. Lo censuré por ese tipo de bromas que ya le había pedido que se abstuviera de hacer.

—Max, sabemos que estás ahí. Pasa adelante y cierra la puerta, por favor —dije en voz alta—. Ni siquiera te tomas el trabajo de cuidar que Jonathan no se dé cuenta que le andas siguiendo.

—No es un secreto que estamos tomando precauciones —contestó Max.

—Tienes que decidir, Max, estás conmigo o con Sebastián. Te advierto que los dos tenemos el mismo objetivo, pero por caminos diferentes —le dije al robot.

—¿Qué haces, Paz? Es una máquina —dijo Jonathan y se volvió a Max para decir—: Con el debido respeto para ti.

—No puedes seguir entre uno y otro. Decide —le exigí a Max—. Porque yo necesito un aliado, pero si le vas a estar informando a Sebastián a mis espaldas no te quiero conmigo entonces.

—No le puedes pedir que haga algo que solo nos corresponde a los seres humanos —insistió Jonathan.

—Max puede ser nuestro aliado para impedir que nadie, sin nuestra autorización se entrometa en lo que haremos en esta habitación. Confío en él con los ojos cerrados.

—Me cuesta hacerlo, entiende que venimos de mundos muy diferentes. Un robot no tiene conciencia, no puede tomar decisiones, no puede

guardar fidelidad. Solo está programado —dijo Jonathan.

—Con esos comentarios nunca terminarás de caerle bien a Max —dije.

—¿Caerle bien? Estás bromeando, ¿verdad? Es que de lo contrario…

—Max y yo hemos compartido momentos muy difíciles, terminé por tomarle afecto y creo que él me lo tiene también. Al principio yo era una escéptica como tú.

Max esbozó una sonrisa, como si sintiera agrado por mis palabras, gracias a la sincronía perfecta con que había sido diseñado.

—Eso que acaba de hacer —dijo Jonathan refiriéndose a su sonrisa— me causa escalofríos. Cómo sabe cuándo reír, cuándo poner cara seria o mostrarse consternado.

—No me perderé en explicarte detalles que desconozco. Tal vez si le preguntas a Sebastián te pueda ayudar —dije y moví mi brazo aún armado.

—Por favor, Paz. Acaba de guardar el arma, me pones nervioso.

—¿También tienes problemas con las armas?

—Nunca me han gustado.

—¿Hablas en serio? Digo porque estabas tan cerca de Leila.

—Ella nunca me mostró ninguna. Nuestra misión era pacífica.

—Por favor, dímelo a mí. Eso será un problema. ¿Qué harás si el ejército de Ademar King II entra arrasando con nuestro asentamiento?

—Estoy en contra del uso de armamento —me dijo Jonathan.

—Yo también, pero a lo mejor no te queda opción si quieres salvar tu pellejo y el de los que amas. ¿Cómo pasaste el entrenamiento de la UNA?

—Me las arreglé para saltarme esa parte. Fui un alumno avanzado en todos mis cursos y los directivos a cargo de mi desarrollo estaban más interesado en lo que podía lograr, así que se hicieron los de la vista gorda o más bien me ayudaron para llegar más pronto al lugar que a ellos les interesaba.

—Tengo la solución, Max podrá ayudarte. Él es en realidad entrenador, es el mejor.

—¿Estás jugando? —Jonathan palideció.

—Max, el doctor necesita que lo enseñes a defenderse por si es necesario. Yo hablaré con Sebastián acerca de los planes que tengo para ti. Sebastián estará de acuerdo y si no le parece, me veré obligada a hablar con su superior.

16



Los insumos llegaron. Jonathan, con mi ayuda, terminó más pronto la guía mental que Sebastián su ejército de arácnidos. No me di cuenta en qué momento mi pequeña colina se desbordó en crecimiento. En el último mes que utilizamos para construir la guía me costaba un poco más moverme y tener agilidad, había recién cumplido los ocho meses. Al final dejé de ir a la clínica si no lo consideraba necesario. Jonathan lo tenía todo bajo control, él veía que funcionara y delegaba en Earta Hébert todo aquello que la tenía contenta y que la alejaba de mi hijo.

Me sentía hasta cierto punto desleal a Jonathan, después que habíamos trabajado tan duro en el último mes. Él me había revelado el secreto de su creación. Había cedido y se había dejado entrenar por Max. Yo por mi parte, le había ocultado las revelaciones de Earta Hébert sobre mi hijo, las mismas que sopesaban sobre Iris. Aunque Jonathan sabía, algunas de sus palabras así me lo constataban, de seguro por mi hermano o mi madre. Yo confiaba en Jonathan y necesitaba su opinión, desde una visión médica diferente, para tratar de aislar lo sucedido y encontrar lo que Earta buscaba de mi embarazo mucho antes que ella. También por eso, era urgente para mí contactar con Rita Roger. Me preguntaba hasta qué punto Rita descubrió lo que se gestaba dentro de mí, recordé sus palabras cuando había dicho que mi hijo era muy valioso para el mundo. Una verdad que no

entendí hasta que Earta me aclaró lo relativo a la incompatibilidad reproductiva de autocontrolados y autónomos, algo en verdad escalofriante.

Sebastián y yo habíamos llegado a un acuerdo, cuando le había aseverado que Jonathan iba a darnos una guía para mi aliado. Saber que Max estaría todo el tiempo al lado de Jonathan fue el incentivo que necesitó para terminar de aceptar. Max se encargaba de la seguridad de nuestro laboratorio. En aquel mes de trabajo, Sebastián logró unas diez arañas robots y había terminado unas veinte guías que había distribuido entre algunos oficiales. Tenía varias personas trabajando con él, bajo una severa cláusula de confidencialidad.

Cuando Sebastián, Jonathan, mi madre, Apolo y un grupo de soldados partieron para hacer llegar la guía y las diez arañas hasta mi aliada me quedé con un sobresalto desagradable. Diana decidió dejarnos también y su madre tuvo que aceptarlo. Mi prima decidió enrolarse en el destacamento que estaba a cargo de Owen Carter y éste estuvo de acuerdo. Mi tía y mi padre se quedaron conmigo y el resto. Los tres nos quedamos a cargo de Iris, Camil y Alejo, al que habíamos terminado de cobijar en nuestra familia, aunque Apolo aún no terminaba de convencerse de que fuera una buena influencia para su hija.

Aunque la panza a estas alturas pesaba y me dolían las piernas, eso no evitaba que yo fuera a donde consideraba que era útil. Tras la ausencia de Jonathan decidí acudir a la clínica y aprovechar para estar presente supervisando el desarrollo de dos áreas nuevas que estábamos creando. Le pedí a Iris que ese día no fuera a los establos con los chicos y que se quedara conmigo. Sería un día solo para las dos. Era algo que ya me había dado la tarea de poner en práctica en más desde una ocasión y parecía funcionar. Ella se interesaba por el funcionamiento de la clínica, me ayudaba un poco y nos conocíamos más. Lograba sacarle una sonrisa y conversar de cosas que le inquietaban. Iris me preguntaba acerca del amor. No me había dicho en concreto lo que estaba sintiendo, pero imaginé que faltaría poco para que se abriera conmigo. El día prometía e Iris se enfocó tanto en hacerme preguntas de ese tipo que pensé: «Debe haber un motivo muy especial para que me pregunte con tanta insistencia. Creo que Iris está enamorada».

—¿Cómo te das cuenta si le gustas a un chico? —me preguntó.

—Por sus ojos que no cesan de buscarte y por su mirada que viaja a través de la tuya con la intención de desnudarte el alma. Por el tono de voz

que usa contigo, notarás que es diferente del que utiliza para dirigirse a los demás. Porque no dejará de buscarte, aunque solo sea para hablar durante horas de cosas que no vienen al caso. Por el empeño que ponen en hacerte reír, en ocasiones con chistes malísimos que a ti te parecen graciosos. Porque no podrá disimularlo por más que se lo proponga.

—¿Y tú como sabes que estás atrapada y loca por él? —me preguntó.

—Te quedas sin aliento cuando lo ves y tienes que reaccionar para volver a tomar aire, de lo contrario te asfixiarías. Cuando lo encuentras en algún sitio sientes un montón de hormigas desfilándote de los pies a la cabeza. Tu corazón es un caballo desbocado al que quieres ponerle freno y no lo logras ni, aunque le sujetes la brida con todas tus fuerzas. Te olvidas del hambre, de la sed y su presencia, a la vez que te acelera y te pone a temblar, es lo único que puede saciar la inquietud que te abrasa y te hiela al mismo tiempo.

—¿Y qué sientes la primera vez que te besa? —dijo con curiosidad.

—¿Me dirás que nunca te han besado? ¿Ningún chico en el instituto? —pregunté abriendo los ojos más de la cuenta.

—Jamás.

—Iris, que no tienes que negarlo, no tiene nada de malo. ¿Me quieres decir que estuviste perdida con Alejo tanto tiempo y ni siquiera se atrevió a besarte?

—Primero me hubiese lanzado yo a robarle un beso, deseos no me faltaron, pero él no está interesado en mí. En el campamento mientras yo intentaba acercarme a él, Alejo ponía una barrera entre los dos. Solo está interesado en mi amistad y con todo lo que me has aclarado, acerca de un chico cuando está enamorado, no me quedan dudas. Alejo es maravilloso, pero no es para mí.

—No todos los chicos reaccionan igual. Hay los que no saben expresar lo que sienten y reaccionan opuesto a lo que tienen en su interior. ¿Has escuchado de la pequeña línea divisoria entre los polos del amor y del odio? A mí me sucedió con Sebastián, no lo soportaba, sentía unos celos enormes del cariño que mi padre le brindaba, repelía su presencia y me exacerbaba su voz cuando se dirigía a mí repitiendo mi nombre, pero por dentro el fuego del deseo por su cuerpo me estaba devorando, me moría por probar sus labios y ni siquiera era consiente de mi necesidad.

—¿Cómo te diste cuenta de lo contrario?

—Empecé a notarlo en mis sueños —me sinceré.

—Y ahora se siguen amando y odiando también, porque cada uno tiene un genio terrible.

—Disculpa si lo has notado, creo que somos pésimos tíos.

—Alejo no siente eso por mí, él me quiere mucho, pero como una gran amiga, no deja de cuidarme a pesar de su inmadurez y es todo, no hay pasión.

—Lo lamento —le dije.

Pero ella no podía disimular que estaba poseída por el amor, se le veía el sentimiento a través de los ojos. Lo que me confundía, porque Iris estaba feliz a pesar de todo. Su sonrisa se le escapaba más seguido y de pronto se quedaba en las nubes muy pensativa. Me sentí aliviada de la forma tan madura en que estaba enfrentado su primer amor, aunque no fuera correspondida. La revelación de Iris acerca de lo que observaba en la relación de Sebastián y mía, me cayó como una cubeta de agua fría. Ella, a sus catorce años, se había percatado que Sebastián y yo éramos un terremoto de egos peleando uno con el otro por tener la razón. Incluso para defender lo mismo: a nuestro hijo, a nuestros ideales, a los seres queridos. Traté de visualizar nuestro amor, cuando se desbordaba y era prohibido, recordé cómo me quemaba la necesidad de tener su piel junto a la mía. Si ya lo había olvidado, o lo daba por sentado era porque estaba deambulando por un camino sinuoso y ni siquiera me había dado cuenta. Tantas altas y bajas. No podía echarles la culpa a las hormonas por el embarazo, o tal vez sí, no lo sé, pero tendríamos que hacer algo, si en verdad no queríamos seguir alimentando el polo del odio en nuestra relación.

Iris y yo íbamos caminando por los pasillos de la clínica cuando sentí un dolor agudo en el vientre, tuve que sujetarme de ella y pedirle que me ayudara a llegar hasta una silla. Cerré los ojos, volví a abrirlos y me dije: «Solo es una contracción que avisa que mi cuerpo se está preparando. Tal vez se adelante unas dos semanas». Justo en ese momento para mi suerte, buena o mala, apareció Earta Hébert junto a Johnson al otro extremo del pasillo. Se dirigían hacia mí. Como un *flash* recordé que ni mi madre, ni Sebastián, ni Apolo estaban en el asentamiento. Iris me preguntó:

—¿Qué es? ¿Ya va a nacer el bebé?

—No, corazón, esto es un aviso previo pero normal —la tranquilicé.

—Mira a los doctores, ¿les hablamos? Para que te revisen.

—No —la detuve.

—Pero… el dolor que te dio. Es necesario que te revisen.

—Por favor, no les comentes nada. Solo sonríe. Después te explico por qué.

Respiré hondo y me puse de pie. Cuando Earta y Johnson pasaron por mi lado aguanté lo más que pude y le sostuve la mirada a Iris para que no les dijera más de la cuenta.

—Paz, sí que estás enorme. Ya necesitamos otro estudio, pero siempre te resistes. Las primerizas a veces se atrasan, pero otras se adelantan, no te confíes. Parece que los temores de tu familia ya no sucederán, afortunadamente con esos maravillosos aliados que tenemos, quienes sean, podremos practicarte una cesárea. No será como en casa, pero al menos podremos controlar todo —comentó Earta mientras yo seguía aguantando.

—Earta si me permites dar mi opinión, diferiré de ti. Sugiero que un parto natural es la mejor opción en este caso. Por muy preparada que esté nuestra clínica no es suficiente. Podríamos tener alguna complicación y no tendríamos la infraestructura a la que estamos acostumbrados. —Entre una palabra y otra de Johnson tomé aire—. Si el parto natural se complica, tendríamos la cesárea como plan B. Es mi opinión como clínica, tú sabrás más que yo de genes y de reproducción, pero yo estoy especializado en gestación y alumbramientos.

—Así lo haré Dr. Johnson, gracias por su recomendación —dije intentando apurarlos.

—No lo considero apropiado. ¿Dime cuándo fue la última vez que atendiste un parto natural, Johnson? Eso ya no existe —emitió Earta.

—Los de la UNA lo hacen la mayor parte del tiempo —le contestó el médico.

Siguieron tras mi confirmación de ir a ver a Johnson en uno o dos días. Cuando salieron de nuestra vista solté un gemido que se había quedado atorado en mi garganta. Quise caminar y en ese momento la fuente de agua se rompió y cayó a través de mis piernas.

—¡Carajo! —dije.

—¡Dios mío! Paz, ¡está sucediendo!

—Cálmate, cariño tenemos tiempo. Corre a mi oficina y busca lo que sea que encuentres para limpiar este desastre.

—Pero eso ahora qué importa, lo urgente es que recibas la atención necesaria. Correré para buscar al doctor Johnson.

—No. Tengo que evitar que Earta sepa que está por nacer tu primo. No está mi madre, ni mi hermano, ni Sebastián.

—Pero están abuelo y tía Patricia.

—Mi padre irá a decirle a los doctores con tal de que yo tenga atención médica inmediata. Mi tía no podrá disimular que algo está ocurriendo. Tú tendrás que ayudarme.

—¿Yo? No me asustes.

—Cariño, cálmate que la que va a parir soy yo. No te olvides que estudié Medicina y que todo lo que sea urgente es mi especialidad. Respira, necesito que actúes como si nada estuviera pasando. Necesito que limpies el suelo y que no quede huella para que a nadie se le haga sospechoso, Earta se las arregla para enterarse de todo.

Iris salió caminando para buscar lo necesario y yo accioné mi libélula y me comuniqué con Max para que viniera de emergencia. También me dirigí a Camil y en pocas palabras lo puse al corriente. Me puse de pie y continué con paso lento hacia nuestro laboratorio, el mío y el de Jonathan. Le ordené a Max que cerrara la puerta y prohibiera el paso de las personas no autorizadas. En breve, Iris ya estaba conmigo de nuevo, me aseguró que se había ocupado de todo.

—Gracias, mi vida —le dije.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —me preguntó y no pudo disimular sus nervios.

—Sí, estamos en la clínica. Si siento que se me sale de control, te pediré que avises a los doctores, a mi padre y a quien te haga sentir tranquila.

—Es que no sé si esté preparada para esto. ¿Qué tengo que hacer? —dijo temblando.

—Ya mandé a pedir ayuda.

Me recosté en una cama que Jonathan utilizaba para descansar cuando lo sorprendía el trabajo a altas horas de la noche. La puerta se abrió y entraron Camil y Alejo. Iris intentó negarle la entrada hasta que comprendió que yo había enviado por Camil. El primo de Sebastián, con la tranquilidad que le caracterizaba cuando la situación era más tensa, se puso a acondicionar el lugar, se lavó las manos, cambió las sábanas y puso a los otros dos a trabajar.

—Espero que no tengas inconvenientes, pero traje a Alejo, un par de manos más nos serán útiles y él no dirá nada —me dijo Camil.

—¿Y tú eres médico o algo así? —le preguntó Iris a Camil.

—Claro que no, tengo dieciséis años, pero he traído caballos al mundo.

—¿Y eso te capacita para asistir el nacimiento de mi primo? —le dijo Iris a Camil.

—Nuestro primo —le recordó Camil— y Paz es la que me pidió que viniera. He cuidado enfermos humanos en otras circunstancias y he asistido a Paz en una operación de extracción de bala. Si ella confía en mí para esto, yo confío en mí mismo. Respira, Iris, las mujeres dan a luz todo el tiempo.

—Podría haber una complicación y tú no estás capacitado —Iris le reprochó al primo de Sebastián.

—Paz lo dijo, si se sale de control llamamos al doctor Johnson. Tu tía piensa que la doctora Hébert pretende hacer experimentos con el niño, ¿eso quieres? —confrontó Camil a mi sobrina.

—¡No! —negó Iris.

—Entonces ayúdame, Iris, que si seguimos hablando el bebé nacerá solo. Alejo, prepara un sitio para poner al niño una vez que nazca —sostuvo Camil.

Aunque me moría del dolor por las contracciones que cada vez eran más seguidas, no podía dejar de reírme por la ironía de la vida. Mi hijo quiso nacer en ese momento, con esos tres chicos medios locos como parteros. Lo primero sería que se pusieran de acuerdo entre ellos, de lo contrario no empezaríamos nunca. Me alegraba saber que Camil tenía el liderazgo suficiente para organizarlos.

Una contracción más profunda me hizo perderlos por un momento, no podía pensar en otra cosa que en el ramalazo. Quise concentrarme en darle las indicaciones a Camil, pero por momentos no podía continuar en mi papel de médico. Traté de concentrarme en respirar, en no hacer tanto ruido para no atraer curiosos, y de nuevo un dolor generalizado me sacudía. La piel de mi vientre se quedó dura con una superficie lisa que amenazaba con romperse si seguía tirando desde adentro.

Iris me ayudó a desvestirme de la cintura hacia abajo, mientras Alejo colocó una sábana encima de mis piernas, con una valentía que me sorprendió como si no fuera el primer niño que ayudaba a nacer. El primo de Sebastián, no se conformó con las escasas nociones que tenía debido a su preparación de vida y se acercó a mí para pedirme recomendaciones. Alejo respiró hondo y dijo:

—No la agobies. Hay otra forma. Necesito un ordenador.

—Tu guía puede servir —le dijo Iris.

—No. Quiero algo más potente —admitió Alejo.

—Usa la guía de Paz, está más actualizada —refirió Iris.

—No. Prefiero un ordenador.

Alejo buscó en el laboratorio, encontró el portátil que Jonathan y yo utilizábamos para nuestras investigaciones.

—¿Paz, me das la contraseña? —me pidió Alejo.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Camil.

—Acceder a la red para buscar información acerca de traer niños al mundo —contestó Alejo con naturalidad.

—¿Estás hablando en serio? —le dije—. Eso puedes hacerlo desde una guía común.

—Me infiltraré en la Facultad de Ginecología y Obstetricia de la Sociedad Autocontrolada y si no encuentro lo que necesito lo haré en la de la nación de la UNA más cercana. ¿Me das la contraseña, por favor? —insistió Alejo.

—Hazlo, Paz —me pidió Camil—. ¿Qué pasa si te desmayas o si pasamos por alto algún signo que requiera que prosigamos con el plan B y llamemos a Johnson a pesar de que Earta descubra que el bebé está naciendo?

—Válgame, ya está. No es necesario, ya la tengo: ab3l0rioljunior5389 —dijo Alejo y en fracción de segundo le escuché decir—: Ya estamos dentro y no se preocupen que no dejaré rastros, nadie reconocerá nuestra ubicación.

—¿Y cómo diablos le hiciste para saber la contraseña? —protesté.

—No es algo complicado —dijo el chico con naturalidad.

Aquello me sacó de mi situación brevemente: «¿Acaso no está muy joven Alejo para que pueda acceder tan rápido y eludir la seguridad del sitio?», pensé. Otra contracción aún más fuerte me sacó de la escena donde un trío de muchachos, encabezados por un criador de caballos y un *hacker* adolescente, buscaban en Internet las indicaciones para traer a mi hijo al mundo. Respiré y me tragué un grito que amenazaba con escaparse. Jadeé y me repetí para mis adentros: «Yo puedo, estoy preparada para esto, mi cuerpo está diseñado para esto».

—Claro que sí puedes, Paz. Vamos. Tu cuerpo está diseñado para esto —repitió Iris las palabras que yo había pensado y me sorprendió la coincidencia. Creí que posiblemente yo las había pronunciado en voz alta y no me había dado cuenta.

—Les diré algo, que les sonará extraño, pero seguirán mis instrucciones al pie de la letra. Tenemos que conservar la mayor cantidad de células madres y congelarlas. Aquí encontrarán todo lo necesario.

Les expliqué cómo hacerlo y Alejo asumió el reto:

—Yo me ocupo. Así Camil puede seguir atendiéndote e Iris se ocupa de la criatura.

—¡Dios mío —les dije—, ya va a venir!

Todos nos miramos y yo esperé el momento indicado para pujar con todas mis fuerzas. Escuché a Iris decir: «*Se asomó la cabeza*» pero sin despegar los labios, entre tanta confusión, ya no di crédito a lo que percibían mis sentidos. Lo cierto es que la cabeza ya estaba fuera, porque Iris tuvo que pedirles a los muchachos que bajaran el tono de voz, que ya estaban eufóricos ante lo que estaban viviendo. Mi corazón latió más aprisa y el dolor ahora era algo que quemaba, mi cuerpo se sacudió con la fuerza de un espasmo ante otra contracción que amenazaba con expulsar al producto de mi vientre. Los chicos hicieron un dulce silencio, que me permitió concentrarme un poco más en mi hijo y en mí, hasta que lo sentí abandonar el canal de parto. Quedé sin fuerzas, arrasada por un cansancio atroz, sin aliento para decirles qué hacer con mi pequeño. Temí que con la emoción del momento no trabajaran con rapidez en cobijarlo, revisar sus signos, atender su respiración y ocuparse de su cordón umbilical. Pero ellos ya se habían olvidado de preguntarme qué iban a hacer a continuación. La naturaleza, el instinto o el ordenador que les conectaba con información especializada, permitió a los jóvenes hacer todo lo que era necesario, y que mi desgaste físico no me permitía pronunciar.

—Iris, ten el honor de cortar el cordón umbilical —dijo Camil.

—No te pases, Camil. Tampoco llegaré tan lejos. Si no hubiera nadie más lo haría, pero tú puedes tener el honor —respondió mi sobrina—. Después de hoy me queda claro que no seré médico.

—¿Me permiten tener ese privilegio? —escuché a Alejo pedirlo.

—Si Paz no se opone —dijo Camil.

Di mi autorización y vi por momentos, en medio de mi agotamiento a Alejo cortar el lazo que unió a mi cuerpo durante los meses de gestación a mi pequeño. Iris se me acercó y depositó un beso en mi frente, traía en sus brazos a mi hijo mientras Camil batallaba con la expulsión de la placenta y Alejo se ocupaba de limpiar el desastre.

—Te presento a Abel. Ya nos explicó Camil que es el verdadero nombre de Sebastián y nos parece tan lindo que hayan escogido ese nombre —recordé la contraseña y deduje que por eso creyeron que era el nombre elegido. Abrí los brazos, aún casi entumecida, para recibirlo en mi pecho—. Es APGAR 9/9.

—¿Qué dices? —murmuré.

—Lo dijo Alejo, él y Camil fueron los médicos hoy —mencionó Iris.

—Gracias, chicos. Lo que hicieron hoy…

—Es lo mejor que hemos hecho en la vida —completo mi frase Alejo y todos sonreímos.

Había dado a luz, asistida por los tres adolescentes. Durante el parto, Alejo me sorprendió por su valentía, dispuesto a hacer lo necesario, sin reparar ni ponerle peros a nada. El primo de Sebastián cumplió cada una de las expectativas que tenía sobre él. Iris se dejó robar el corazón por su primito y no quiso separarse de su lado, la ternura que Abel le había despertado había dejado atrás su temor. Y yo me quedé contemplando a mi pequeño hijo, obligando a mis párpados a permanecer abiertos a pesar de la debilidad.

17



Mi padre y mi tía llegaron con Iris, llenos de intriga por la forma que utilizó mi sobrina para traerlos hacia nuestro laboratorio. Max les permitió entrar y cuando se percataron de lo que había en el interior se quedaron con la boca abierta. Yo estaba recostada a una almohada, con las ojeras más pronunciadas que había tenido en mi vida, con el cuerpo molido a palos, pero con una energía que me permitiría resucitar incluso si la muerte intentara amenazarme. Mi sonrisa, debajo de mis párpados cansados, era producto del elíxir de la maternidad que me mantenía despierta y exaltada.

—No puedo creerlo, ¿por qué aquí? ¿Por qué no estás en una habitación de la clínica mejor atendida? —dijo mi padre e intenté en pocas palabras explicarle todo lo acontecido—. ¿Me quieres convencer de creerte que estos tres muchachos te ayudaron a dar a luz a mi nieto?

—Sí —dije—. Y tendrás que seguir mis recomendaciones al respecto antes que Earta le arrebate a mi hijo una infancia normal.

—No sé si en esta parte del mundo la normalidad exista —dijo papá.

—Yo entiendo a lo que se refiere —dijo mi tía— y estoy de acuerdo con Paz.

—¿Pero no creen que lo que busca Earta es lo que necesita la humanidad? —insistió el general Verena.

—Es mi hijo, papá. Si su vida ayudará de alguna forma al mundo será a mi forma y no según los criterios de un grupo de científicos que han dejado en claro, que valoran más la ciencia que la vida humana —me exalté.

—Así será, hija. Pero no me obligues a no hacer lo que considero correcto. Alejo, llama al doctor Johnson, dile que es estrictamente confidencial. Tráelo aquí de inmediato —Alejo no se movió de su sitio y mi padre se sintió desafiado—. ¿No me escuchaste, muchacho?

—Solo si Paz está de acuerdo —le contestó Alejo con la mirada sostenida.

—¿En qué momento perdí el control de Tierras Inhóspitas? ¿No consideras que tengo la autoridad y la sabiduría para saber lo que es mejor para mi hija? —le dijo mi padre al chico, intentando mantener la paciencia, y luego sin reparar más en Alejo dijo—: Hija, te sacaré de aquí, te llevaré a una de las habitaciones acondicionadas en la clínica. Traeré todos los soldados que te hagan sentir la confianza en que ni Earta ni nadie le tocará un pelo a mi nieto sin tu consentimiento. No lo entiendo. Preferiste confiar en estos muchachos que en mí y en tu tía. ¿No te he demostrado que mi fidelidad es para mi familia, no he dejado todo por ustedes?

—Alejo, por favor, ayuda a mi padre con lo que te pidió —dije—. Papá, si no te avisé es porque estaba segura que por prudencia ibas a traer a todos los doctores de la clínica. Quiero a Earta y a sus secuaces lejos de mi hijo, pero puedes traer a Johnson, bajo estricta vigilancia. Creo que no es tan macabro como Earta y no necesito un ejército, dos soldados serán suficientes.

Mi tía ya había tomado al pequeño Abel en sus brazos y lo mecía susurrándole una canción de cuna que había permanecido tras los años en nuestra familia, lo acunó en sus brazos con amor, para alejarlo de la pequeña disputa familiar donde se discutía su destino.

Vino una camilla por mí mientras mi tía desfilaba a mi lado con mi hijo en brazos, renuente a dárselo al pediatra que mi padre hizo venir. Antes de abandonar el laboratorio le ordené a Max vigilar la seguridad del mismo. El doctor Johnson apareció y comenzó a valorarme, hacer curaciones y demás.

—No entiendo que haya sucedido tan rápido si minutos antes nos tropezamos en el pasillo. ¿Ya tenías contracciones? —preguntó el doctor.

—No sabría decirle a ciencia cierta doctor, es mi primera vez. Solo sé que todo fue muy acelerado —dije.

—Y por alguna razón me perdí a lo mejor el único parto que vería en mi vida —se lamentó.

—No lo creo, doctor —le reconforté.

Mi padre dispuso a varios soldados en la clínica para que yo pudiera cerrar los ojos y descansar un rato, pero no lo hice hasta que el pediatra revisó a mi hijo en mi presencia y nos aseguró que estaba bien. Mi tía se quedó en la habitación y me suplicó que durmiera, asegurándome que nadie se aproximaría a mi hijo hasta que yo despertara.

Tres días después estaba en mi habitación, con Iris y mi tía pegadas a Abel y a mí todo el día. Y yo me sentía la más segura de todas las madres, con el pequeño envuelto en unas cobijas y siendo amamantado con toda la gama de sensaciones que eso me aportaba.

Cuando Sebastián arribó a nuestra unidad, fue prevenido por los guardias del asentamiento acerca del nacimiento de su hijo. Las felicitaciones y las enhorabuenas lo acompañaron en todo el recorrido desde el portón principal hasta nuestro nuevo hogar. Sebastián, dejó caer su mochila en la sala con una sonrisa que nunca podré borrar, sus ojos se humedecieron y su voz cambió el timbre cuando se dirigió a mí.

—No lo puedo creer —dijo.

Se siguió aproximando con la intención de abrazarnos y mi tía lo detuvo:

—Alto, cariño, sé que estás emocionado, pero vienes de fuera, lleno del polvo del camino. Mejor toma un baño antes de darles un beso a tu mujer y a tu hijo. ¡Muchas felicidades, Sebastián!

—No me obligues a bañarme ahora, Patricia. No ves que no puedo moverme y dejar de ver a mi hijo —le suplicó.

—Anda, mientras más rápido lo hagas más pronto los podrás disfrutar —le insistió mi tía.

Sebastián me dijo antes de hacerle caso a tía Patricia:

—¿Mi amor, no pudiste aguardar por mí?

—Abel estaba desesperado por salir, no esperó por ninguno de nosotros —se adelantó mi tía.

—¿Abel? —preguntó Sebastián.

—Lo siento, amor —le dije—. Nació hace tres días y no habíamos terminado de decidirnos por un nombre. ¿Cómo le iba a llamar hasta que llegaras?

—Pero nunca manejamos esa opción —manifestó Sebastián.

—Tal vez yo sí, mucho antes de saber que sería varón, pero nunca me atreví a decírtelo —me sinceré.

Antes que cruzáramos una palabra más la habitación se llenó de gente, apareció mi madre, mi hermano, Paúl, Jonathan y mi tía los amenazó a todos para que fueran a darse un baño antes que los sacara a escobazos. Sebastián compartió una sonrisa y corrió el primero para regresar cuanto antes.

18



Sara, mi aliada, me transmitía a través de la guía mental, versión mejorada. Ella se encontraba en su habitación. Sara no podía detener la avalancha de pensamientos que le venían por el asombro que le ocasionaba utilizar la guía. Su mente se abrió para mí y tuve acceso a un flujo de pensamientos envueltos en emociones. Le pedí que se enfocara y le transmití lo que era más urgente, al menos para mí:

—*Sara necesito más información sobre el Instituto, tendrás que ser el enlace entre tu madre y yo* —le transmití.

—*Mi madre podrá ponerte en contexto más que yo. ¿Qué necesitas, trataré de ayudarte?* —dijo.

—*Sobre la reproducción entre adultos menores de treinta años de la UNA y la Sociedad Autocontrolada.*

—*Son incompatibles* —aceptó.

—*¿Estás segura?*

—*Es lo que consta en los archivos.*

—*¿Desde cuándo lo sabes?*

—*Siempre tuve esa información, primero de mis padres, aunque un poco limitada, luego cuando comencé a ser preparada por Karena ella me iba suministrando lo que consideraba importante. Ella y Earta seleccionaban lo que creían relevante para mí y después, cuando mi madre se quedó al frente*

del instituto me llegaron todos los datos de golpe. Sin Earta, tuve acceso libre a todos los archivos y mi madre dejó de protegerme del exceso de conocimiento.

—Abrumador…

—Tanto que a veces dejo de ver a mi padre como víctima. ¿Al final quiénes son responsables del sufrimiento de mi hijo? No solo los King. Mi esposo no está obsesionado con la genética como su padre. Él solo quiere conservar el poder y la «grandeza» de su apellido. Hay tantos seguidores de mi suegro demandando mantener todo idéntico que Ademar hijo deja todo como está.

Yo estaba en un salón que habían acondicionado para vigilar lo que reportaban las cámaras de las arañas que habíamos introducido en la capital, en mis brazos descansaba plácidamente el pequeño Abel, muy cercano a su fuente de alimento. Frente a mí había pantallas que transmitían las imágenes que captaban las diez arañas desplegadas en la capital. Tres en el Departamento de Defensa, una con Sara, una con Ademar King II, una con William, una con Rita Roger, una con Karena King, una en el Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial y una en el Instituto de Planificación Familiar.

Mientras Sara me hablaba de su esposo, yo lo observaba a él en una de las pantallas, mientras Ademar King II trabajaba en su oficina en la residencia. Ademar King II, continuaba con esa expresión de energía constante, con aquellos ojos inquietos que parecían brillar, un hombre nuevo en toda la extensión del sentido autocontrolado.

—Él no puede luchar contra lo que es —le transmití a Sara a través de la guía mental—. *Podría, pero no le interesa.*

—Fue diseñado para ser el sucesor, el líder de la nación. Los ciudadanos entregaron al Instituto de Planificación Familiar la opción de decidir los genes de sus descendientes. Mi suegro quiso invalidar en su pueblo las características genéticas menos aptas mediante la selección. Sin embargo, con mi hijo algo falló. ¡Qué paradoja! —me transmitió Sara mientras Ademar King seguía en su oficina, ajeno a nuestra labor silenciosa.

—Lo sé, tu madre me ha mantenido al tanto. Lo lamento.

—Y mi esposo, renuente a reconocer las fallas del sistema, quiere repetirlo, quiere que me vuelva a embarazar.

Me distraje con los movimientos de Sebastián que estaba a mi lado, abrió la boca para decir algo y no lo interrumpí, porque Sara ni escuchaba, ni veía lo que ocurría donde me ubicaba. Yo controlaba la información que

le llegaba a Sara, solo tenía acceso a ciertos pensamientos míos, por la seguridad de la misión.

—No entiendo por qué el general dispuso así las arañas —me dijo Sebastián—. ¿Sara, Rita, mi madre, para qué, cuál es la finalidad? No me digas que uno de ellos es tu aliado misterioso. Solo podría ser Rita, los demás son incondicionales a Ademar. Pero si es así, no lo entiendo, es la madre de Sara.

—Estoy en medio de una comunicación, podemos hablar más tarde —le pedí a Sebastián.

Apolo abrió la puerta y se sentó a mi lado a tomar notas sobre lo que acontecía en la capital. Sebastián le dio a entender que yo me estaba comunicando con mi aliado, así que ninguno dijo otra palabra. Sebastián me besó en los labios, tomó a nuestro hijo en brazos y se acurrucó a mi lado más concentrado en Abel que en las pantallas.

—*No podré sacarle mucha información a mi madre, hay cosas que no me atrevería a preguntarle ni en el lugar más privado de la capital* —me transmitió Sara y sabía a lo que se refería—. *Sería bueno conseguir una de estas guías mentales para ella*.

—*No es conveniente. Esta tecnología es muy reciente, no tiene todas las pruebas de control. Alguien tendrá que hacerse cargo de tu hijo si fallara*.

—*Me asustas* —dijo.

—*Ya no hay tiempo para arrepentirse. ¿Se te explicó cada detalle de su funcionamiento y riesgos?*

—*Sí y estuve de acuerdo*.

—*Todo ha marchado bien. Tengamos confianza* —suspiré y le seguí transmitiendo—. *Siempre interpreté mal cada una de tus expresiones, Sara. Cuando te mostraste turbada ante el nombramiento de mi padre, cuando Karena mencionó que tu esposo no era apto para el cargo…*

—*Yo me di cuenta que Ademar estaba perdiendo el control sobre la nación y era lo que yo quería para librarme de él. Me desmoroné al pensar que tu padre reestablecería el orden y yo quedaría nuevamente atrapada*.

—*Creí que sufrías porque Karena menospreciaba la capacidad de liderazgo de Ademar. ¿Y cuándo estuvimos en el refugio?* —pregunté.

—*Me preocupaba por mi hijo, por mi madre y por mí*.

—*¿Y todas tus muestras de amor hacia él? ¿Y todas tus atenciones con Karena?* —indagué.

—*¿Acaso no hiciste lo mismo tú para encajar?* —sostuvo.

—Pero tú parecías amarlo de verdad, no como yo a William. Tus ojos al mirarlo, no sé, eso no se puede fingir. ¿Estás segura de lo que vas a hacer? —le transmití al percatarme en la pantalla que sus lágrimas no dejaban de escurrir.

—Sí.

—¿Qué pasa entonces?

—Me avergüenza decírtelo, pero lo haré. Es que a pesar de todo lo amo. Cuando cerramos la puerta de nuestra habitación y deja de lado su insolencia es otra persona. Cuando estamos solos y me mira a los ojos, toda la maldad que hay en él se me olvida. Y temo que no pueda sentir lo mismo por otro hombre. Me siento tan frívola por no dejar de experimentar lo que siento. Si me besa pierdo la fuerza para pensar en lo correcto. Todo me vuelve loca, su mirada, su sonrisa, el contacto con su piel. Todavía me gusta como hombre. Al inicio, cuando nos enamoramos, él era distinto. Tengo nostalgia de ese Ademar. Y ahora que ha madurado un poco, le sienta tan bien. Es tan bello —dijo y se quebró en llanto.

—Lo es —reconocí ese hecho—. *Lo diseñaron para que nadie pudiera decirle que no.*

—Pero sus decisiones me enojan, sus palabras, sus ideas, cada vez que abre la boca para pronunciarse en contra de la razón me exaspera. Es un canalla y jamás le podré perdonar lo que le hizo a mi padre y sé que me adora, pero…

—Te ama, pero de un modo muy retorcido. En un amor verdadero él no habría permitido lo ocurrido con tu padre. Sara, no tienes que ayudarme. Te lo pedimos porque en un inicio tú te acercaste a nosotros y quisiste colaborar. Tu madre fue el enlace que tú elegiste.

—Y aún quiero trabajar con ustedes. Cada minuto que paso al lado de Ademar no soy feliz. No puedo continuar con esta zozobra.

—No soy partidaria de la venganza. No lo hagas si es eso lo que te mueve —le pedí.

—No es eso. Si no hago algo para detenerlo me convertiré en su cómplice. Además, ya no soporto esta vida. No lo entiendes, solo me queda un camino y es luchar contra él. Ademar jamás me dejará irme y menos llevarme a nuestro hijo conmigo. Si quiero recobrar mi libertad y mi tranquilidad tendré que defenderme de la amenaza que representa para mí y para mi familia.

Intenté confortarla con algunas palabras, pero lo mejor que hice fue desconectarme para dejarle comenzar el largo duelo de despedida del amor, como lo había conocido hasta la fecha. Cuando reparé en Apolo, ya había

hecho una ampliación del rostro de Sara. Se metió en mi mente y me transmitió a través de la guía mental:

—*¿Esta mujer tan hermosa es tu aliada?*

—No —le dije en voz alta y Sebastián se volvió hacia nosotros.

—*No tienes que aceptarlo si deseas protegerla* —me transmitió Apolo a través de la guía para dejar a Sebastián fuera— *pero sé que es ella. Me quedo muy sorprendido. ¿Qué tiene que haber sucedido? Una cosa es casarte con la intención de espiar a un hombre… Decidir de un día a otro traicionar a tu esposo va más allá*. —Apolo volvió a ampliar la imagen y elevó el sonido de esa trasmisión. Los sollozos de Sara se apoderaron de la habitación y Apolo no filtró sus pensamientos, así que los percibí con claridad—. *Es tan dulce, no merece que la hagan sufrir. Qué lindos sus ojos, que tiernos sus labios. Quisiera abrazarla ahora mismo y explicarle que no lo necesita, pero no sé si esté preparada para creerme*.

—¡Basta! —le grité a mi hermano y apagué la imagen de Sara para darle privacidad.

Apolo hizo un gesto de fastidio e intentó encenderlo, así que le puse un alto. Sebastián se enojó con nosotros y dijo:

—Creo que es descortés que se comuniquen entre ustedes dos por la guía mental en mi presencia.

—Opino lo mismo. Paz es la que tiene secretos —dijo Apolo.

—¿Sara es tu aliada? —me bombardeó Sebastián. Recuperé a Abel en mis brazos porque ya comenzaba a llorar por leche—. ¿Es eso? Porque sería lo único que explique ciertas decisiones del general Verena que todavía no me cuadran.

—Eso creo —dijo Apolo—. Pero Paz lo niega.

—¿Y la identidad de mi aliado qué importa? Digo, están demasiado curiosos al respecto y saben que no lo diré. Tengo que protegerlo —mencioné y seguí amamantando a mi hijo.

—Es que, si es ella, podríamos decir que ya tenemos el cincuenta por ciento de la guerra ganada —dijo Sebastián—. Hay dos personas a las que Ademar les confiaría su vida, una es su madre y la otra es su esposa.

No dije más, abracé a mi hijo, le acaricié la frente mientras lo veía dormitar confiado en que lo defendería de cualquier peligro. Tal vez Sebastián y yo no podíamos comunicarnos a través de una guía mental, pero entendió la idea que me cruzó por la mente, porque se acurrucó más a mi lado y quedó medio sensible. Una madre debía proteger a su hijo incluso con su vida y la madre de Sebastián era Karena.

19



Besé con devoción a Sebastián. Me demolía por dentro la cara de angelito que ponía cuando le dolía el alma por situaciones familiares complicadas. Le expliqué que saldría y me entendió. No quiso acompañarme así que tuve que despedirme. Me puse de pie con mi hijo en brazos para abandonar la sala y la bruma que se respiraba dentro, con todas esas imágenes que saturaban el ambiente. Ademar King II, intentando levantar su nación y Karena detrás apuntalándolo como a un edificio en ruinas al que se sostiene con varas de madera. Un William más fuerte, con una nueva colección de amantes que no terminaban de saciar la sed que castigaba su humanidad, una Sara afilando el puñal que le clavaría por la espalda al hombre más poderoso de la nación, una Rita escurridiza pero llena de valor para luchar contra sus enemigos, un Departamento de Defensa que se había recuperado con rapidez, un Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial (CDIA) lleno de puertas infranqueables aún para nuestro arácnido.

—¿Dónde vas? —me susurró mi hermano—. Te necesitamos aquí, son muchas personas a las que hay que seguir. Necesito toda la información que extrajiste de la guía de Rita Roger, por las citas misteriosas que me mencionaste, las que aparecían en su agenda, con el director del CDIA.

Ese sitio está más hermético que el Departamento de Defensa y algo turbio deben estar tramando.

—Mi hijo y yo necesitamos aire —contesté.

—Pero esto es urgente —me demandó Apolo y yo lo sabía, pero no podía más.

—Déjala tranquila, yo te ayudaré. Mi hijo solo tiene un mes de nacido, requieren serenidad —le pidió Sebastián—. Si necesitamos más gente tengo hombres de confianza.

—Lo siento, hermana. Es que tengo un mal presentimiento —se disculpó Apolo.

Me quité el anillo espía y se los dejé en una mesa.

—Búscalo tú mismo, pero con mucho cuidado, Rita es mi aliada.

—Lo sabía —dijo Sebastián.

—Solo ella —dije a sabiendas que Rita estaría de acuerdo conmigo en sacrificarse por su hija de ser ineludible. Rita y Marcus Roger habían arrojado a su hija a las garras de los King, ni ellos mismos pudieron rescatarla cuando comprendieron que las fauces del lobo tampoco eran seguras para ellos, aunque durante algún tiempo disfrutaron de los privilegios de ser aliados.

—¿Entonces, Sara no es de los nuestros? Me hubiese gustado tanto —dijo reflexivo Apolo, luego carraspeó—. Hubiese sido una aliada inmejorable.

—Les compartí mi secreto y se queda entre nosotros tres —les exigí.

Antes de abandonar la habitación vi a mi hermano encender la pantalla de Sara y sumergirse en ella metafóricamente. Me crucé en la puerta con Paúl y mamá que venían hablando, o más bien Paúl coqueteándole a mi madre y ella haciendo caso omiso de ese detalle.

—Es nuestro turno de supervisar las pantallas para que ustedes descansen —dijo mi madre.

—¡Carajo! —dije y de inmediato pensé: «No creo que Sebastián y Apolo les guarden mucho tiempo la identidad de Rita a mi madre y a Paúl, menos aún porque Apolo está obsesionado con que es urgente averiguar lo que ocultan los del CDIA. Ahora con el anillo, no se resistirá y abrirá la boca».

—¿Qué pasa? —dijo mi madre—. No corrompas los oídos de mi nietecito tan pronto.

—Nada, mamá, no te preocupes —mencioné.

La puerta volvió a abrirse y Apolo intentó detenerme:

—Paz espera un poco. ¿Recuerdas que hasta hace un instante tanto Rita, como William y Ademar King II salieron en auto cada uno de manera individual? —dijo para poner en contexto a los recién llegados.

—Ajá —dije sin mucho interés.

—¿Adivina a dónde fueron? —insistió Apolo.

—Si no me lo dices… —le solté desesperada por salir de allí.

—Al CDIA, los tres acaban de arribar y se encerraron con el director del centro en un área restringida —nos soltó casi eufórico.

—Tienes razón, traman algo —le dije convencida, pero sin intención de volver a pesar de la noticia relevante—. Mamá y Paúl acaban de venir para su turno, me conformo con que me compartan después la información.

—Lo lamento, pero tendrás que quedarte —reafirmó mi hermano—. Es tu aliada y necesitamos que te conectes en la guía, mínimo para que me dé acceso y luego te vas a tu merecido descanso.

—¿Rita Roger es tu aliada? —preguntó Paúl.

—Bravo por ser tan hermético, Apolo. Lo siento, Paúl, no es personal pero mi aliada me pidió extrema precaución con su identidad y dentro de poco lo sabrá todo el maldito asentamiento —dije.

—Tenemos que entrar a esa reunión —insistió Apolo.

—¿Y las arañas? Digo, tanto Rita, como William y Ademar tienen una detrás y hay otra en el CDIA. Así que…

—No pueden entrar. La puerta que da acceso al área restringida tiene sensores a lo largo de todo el marco —nos dijo Apolo.

—Las arañas son indetectables, las probamos, lo son para el tacto humano y para… —repetí lo que todos sabíamos.

—No para esa tecnología —me cortó Apolo—. No se atreven a avanzar y no queremos forzar la situación y que las descubran.

—Lo siento, Apolo. No puedo ayudarte, no puedo conectarte con Rita. Fueron sus condiciones —dije.

—¿Ayudarme? ¿Acaso esta misión es solo mía? —objetó.

—Hijo, tu hermana no puede romper la confidencialidad —le dijo mi madre—. Si lo hacemos perdemos a la aliada y no solo no accederemos a esta información, estaremos ciegos para mucho más.

—Pero tú puedes quedarte, Paz, y conectarte con ella —dijo Apolo.

—No. Ahora es esto, luego será otra cosa. Siempre habrá algo importante en la capital, no puedo estar las veinticuatro horas pegada a la pantalla ni metida en la mente de mi aliada, no es sano para ella ni para mí. Apolo, necesito descansar. Tengo un mes de haber dado a luz y ese cuarto

no es el lugar más confortable ni para mi hijo ni para mí. Tú deberías darle tiempo también a tu hija. Desde que están las pantallas la tienes muy abandonada y cuando estás con ella no paras de reclamarle.

—Basta ustedes dos. Lo discutiremos luego, ahora no podemos hacer nada —dijo mi madre y luego se volvió a mí, me envolvió con su mirada y me transmitió a través de la guía mental solo a mí—: *Evidentemente Rita no es tu informante, de lo contrario tú serías la primera en correr a esa sala. Entiendo que protejas a tu aliado, pero me intriga tu fidelidad*.

—Solo quiero protegerlo, no quiero que se filtre la información. Si Ademar King II se entera no solo lo mataría, buscaría un castigo peor —le transmití a mamá.

—Lo proteges y en cambio expones a Rita, no me voy a entrometer. Tú sabes lo que haces —me transmitió mamá y entró a la sala, junto con Apolo.

—Paúl, espera —le dije en voz alta a este último—. Deja el juego con mi madre, a ella no le molesta, pero mi padre ya está al tanto y no está muy feliz.

—Ellos ya no tienen nada —se defendió Paúl.

—¿Estás seguro?

—¿Sabes algo? —me preguntó ávido de saber.

—Lo mismo que tú, cuando están en la misma habitación hay una electricidad rara entre los dos. ¿No me digas que no te habías percatado? No quiero que sufras si al final deciden darse una oportunidad.

—No creo que eso ocurra. Tu padre es demasiado orgulloso —dijo.

—No lo conoces bien, entonces.

Cuando llegué al aposento de mi familia, mi tía me pidió tomar a Abel en sus brazos. Iris, Alejo y Camil estaban sentados a la mesa engullendo lo que había en el menú e Iris se apresuró para que fuera su turno también de sostener al bebé.

—Date un baño, corazón. Relájate un rato y luego ven a comer —me dijo mi tía—. Yo me ocupo mientras de este angelito. No sé cómo le haces, que solo tienes un mes de haber traído al mundo a esta criatura y estás como si nada. Trabajas demasiado y con él todo el día, no es fácil.

—Me acostumbré a tenerlo en mi vientre, me costará despegarme. Pero eso será hasta que comience a caminar, aún necesita mis brazos —dije—. Tía, tú nos regresas al mundo, aquí en esta situación límite que nos ha

tocado vivir, desterrados por nuestra propia elección y te encargas de recordarnos lo que es un hogar.

—Tú podrías hacer lo mismo por Abel —escuché a Iris hablar—. Apenas tiene un mes y te veo tal y como era mi madre, siempre ocupada en sus propios asuntos. Aunque no te lo despegues del pecho un minuto tu mente está en otros asuntos que ahora deberían ser secundarios.

—¿Eso piensas, corazón? Lamento que te recuerde tu infancia. Tal vez tengas razón —dije.

—¿Con quién hablas, Paz? —dijo mi tía confundida.

—Con Iris —dije—. Me acaba de decir que la forma en que cuido a mi hijo le recuerda a cómo creció con su madre.

—No —dijo mi tía—. Iris no ha abierto la boca.

Miré a Iris y ella se quedó seria sin decir nada al respecto.

—No dijo nada —reafirmó Alejo—. ¿Será que te lo imaginaste?

—¿Yo...? ¿Iris al menos lo pensaste? —le pregunté preocupada a mi sobrina.

—¿Ni que pudieras leer la mente? —dijo Camil—. Intenta leer la mía —bromeó.

—¡Ay no! —me dije—. Estoy muy agotada. Ya renuncié a la clínica por ahora, Jonathan me está ayudando muchísimo, pero a la nueva misión no puedo renunciar, soy el nexo...

—Tendrá que serlo otro por momentos, para que descanses —dijo mi tía—. Ya hasta te imaginas cosas. El desgaste pasa factura. Es así, mi vida. El bebé no te deja dormir ni de día ni de noche y te la pasas todo el tiempo encerrada en una habitación, haciendo no sé qué.

El dolor de cabeza era insoportable. Volví a salir dejando a mi tía con la boca abierta y con el niño en los brazos. Me fui hasta la sala de vigilancia.

—¿No pudieron acceder? —les pregunté.

—Sin tu ayuda, ¿cómo? —me reclamó Apolo.

—¿Qué haces aquí, Paz? Te hacía durmiendo —reprobó Sebastián mi presencia.

—Necesito hablar con Apolo a solas —dije.

Saqué a mi hermano de ahí y nos fuimos a un sitio descampado. Ni él, ni Sebastián habían tomado un descanso, pero no se veían la mitad de ojerosos que yo.

—¿Y ahora qué haces? No te conviene el sereno recuerda que estás amamantando —me sermoneó Apolo.

—No tardaremos —dije—. Sobre eso vengo a hablarte.

—Rita no es mi aliada. Por eso no pudimos meternos en el área restringida.

—Claro. No podías porque entonces solo queda una opción —dijo.

—Eso si quieres enfrascarte en creer que uno de los vigilados es mi aliado.

—Se lo sugerí a papá mientras hacíamos los planes y estuvo de acuerdo. No puedes estar las veinticuatro horas conectada con ella. No puedo creer que sea…

—Le diré que tomarás mi lugar. Al menos hasta que mi hijo tenga tres meses. Necesito atenderlo y estoy comenzando a sentirme la peor madre del mundo.

—Ese sentimiento de culpa no te llevará a ningún lado. Luego dirás que hasta que tenga seis. Es normal en tu estado, tómate tu tiempo. No iremos a ninguna parte —intentó bromear, pero el dolor de cabeza no me dejaba entender ningún chiste—. No puedo creer que sea Sara, pero tiene lógica. Es tan dulce que era imposible que tuviera el corazón envenenado por la Sociedad Autocontrolada.

—No puedo decirle a Sebastián, él tiene otras responsabilidades y está demasiado involucrado con la familia King. Necesito a alguien neutral, para mí es importante protegerla.

—Créeme que para todos es importante hacerlo, una aliada como esa es invaluable.

—De todos modos, Apolo. No le digas a Sebastián, ni a mamá, ni a Paúl. Papá lo sabe —dije.

—Ellos lo sospechan.

—Lo sé, pero…

—Será una gran aliada, tendremos que buscar la forma de protegerla y de sacarla de allí cuando finalice su misión —me compartió.

—Sus planes y los nuestros son muy diferentes. Prométeme algo —le dije mirándole a los ojos—. No te enamores…

—¿Qué insinúas?

—En el mes que la hemos vigilado lo he percibido, estás como loco con ella y no lo disimulas. Sé profesional, por favor. Si te conectas con Sara concéntrate en la misión, si te distraes puede ser perjudicial para ella.

—No la expondré, si es lo que te preocupa —me aseveró.

—Lo que me aterra es conocerte y saber lo qué harías si ella estuviera en peligro. Es la mujer de Ademar King II, no te dejará acercarte —dije y Apolo negó con la cabeza—. Hablé con ella mientras caminaba para aquí,

lo entendió, puedes conectarte ahora, ya sabe que eres mi hermano. Intenta persuadirla para que hable con su madre y te diga lo que trataron en el CDIA. Rita también es nuestra aliada, pero no tiene la guía mental, ellas temen decir en voz alta ciertas cosas por temor a las cámaras de seguridad, pero debe haber alguna forma en que nos hagan llegar la información.

Lo vi temblar ante la posibilidad de entablar una conversación con ella y respiré profundo.

20



Un mes pasó de largo y me sentía tan fresca como una lechuga, a pesar de las malas noches propias de la maternidad. El tomar distancia de las caras de William, Ademar, Karena, de la tensión del CDIA, de las especulaciones sobre los planes del Departamento de Defensa, me llenó los pulmones de aire nuevo. El general había partido a otro de los asentamientos y llevó con él a una parte de nuestro ejército. La información que habíamos obtenido les había ayudado a armar un plan para apoderarse del Departamento de Defensa. Apolo y yo diferíamos con el resto acerca de la violencia que trae consigo la guerra, pero la mayoría estaba en desacuerdo con nosotros. Aquello hizo que mi hermano reafirmara que nos apoyaría hasta el final, pero que una vez que el general Verena y su movimiento lograran su objetivo, él iba regresar a América Libre. También advirtió, que, si antes la situación en la UNA mejoraba y él tenía la opción de regresar, nos iba a dejar. Papá tuvo que aceptar. Sebastián y mi padre eran uno solo, como siempre habían sido, actuaban sincronizados y congeniaban en todo. Jonathan y Paúl aseguraron que seguirían a Apolo a donde sea que fuera. Mi madre no se pronunció al respecto porque su corazón estaba con nosotros, sus hijos, que estábamos de acuerdo, pero divididos por mis propios intereses, mamá sabía que yo no dejaría a Sebastián.

Las ironías de la vida. Mi relación con Sebastián había cambiado, ya nunca sería la misma. Extrañaba al Sebastián de América Unida, el que por más que yo me alejaba siempre me esperaba al final del camino. Lo miré dormir plácidamente a mi lado, aún no daban las seis de la mañana. Intenté incorporarme, en breve tendría que levantarme para amamantar a Abel, cambiarle el pañal y seguir durmiendo. Abel era un angelito, por las madrugadas, siempre que le diera de comer hacia las doce, las tres y las seis, ni siquiera lloraba. Yo había adquirido práctica y lograba dejarlo con la pancita llena, limpio y cómodo con rapidez, y podía volver a acostarme a descansar. Me puse de pie y fui a buscar un vaso de agua, siempre lo tomaba antes de dar el pecho, cuando sentí unos toques secos en la puerta de donde nos quedábamos. Mi tía, mi madre y yo nos encontramos sobresaltadas en la sala, Sebastián se incorporó de inmediato a nuestro lado mientras trataba de arrancarse el sueño de la cara.

—¿Qué hago durmiendo a esta hora? ¿Me quedé dormido? —se preguntó él, pero ninguna tuvimos tiempo para decirle nada.

Escuchamos la voz de la persona que llamaba con urgencia a la puerta, era Apolo y estaba desesperado. Mi madre le abrió y Apolo nos preguntó:

—¿Iris está aquí?

—No —le dijo mamá—. ¿Por qué nos preguntas?

—Me levanté a las cinco y media como cada día, me acerqué para despertarla con tal de que no llegue tarde a los establos y no la hallé. La busqué en el baño y no estaba. Pensé que tal vez se había adelantado y lo iba a dejar pasar, pensé que podría verla a la hora del almuerzo o hasta la tarde, no lo sé. Pero se me ocurrió buscarla en los establos y ¿qué creen? Tampoco apareció Camil. ¿Y ya no entiendo nada? Creí que estaba enamorada de ese tal Alejo y ahora se pierde con tu primo —le dice a Sebastián.

—Tranquilo, deben estar por ahí —le dijo Sebastián—. Vamos a buscarlos, pero cálmate. Hablaré seriamente con Camil. Esto no volverá a suceder.

Me llevé la mano al corazón, ya daban las seis y cuarto, entre una cosa y otra. Abel estaba por comenzar a llorar sin su toma temprana. Los latidos del corazón los sentía en el estómago y me sentía ansiosa. Me apresuré al cuarto y me quedé con el cuerpo tembloroso y frío cuando me percaté de la cuna vacía. Iris se lo había llevado, no había otra explicación. Se me coló en el recuerdo el reclamo de mi sobrina, ese que solo yo pude escuchar y no sé cómo, pero ella me había reprochado por las similitudes que

encontró en su infancia y la de Abel. Lo dejé todo para estar con mi hijo, ¿por qué Iris me hacía esto? La había recibido sin cuestionarle nada y solo le había brindado amor. Sentí que iba a desmayarme, pero no me lo podía permitir, las fuerzas me subieron desde los pies hasta la garganta y salí como una loca a gritar su nombre y buscarla por todo el asentamiento, aunque en el fondo de mi alma había una zozobra que me decía, que, si se había atrevido a sacar a mi hijo de la cuna, con tanto sigilo, era porque no pensaba volver.

Sebastián apareció tras de mí y le dije con lágrimas en los ojos:

—El niño no está. Creo que Iris se lo llevó.

Se quedó muy pálido, me envolvió en sus brazos y no supe si me consolaba o se refugiaba en mí.

—No podía vigilarlo veinticuatro horas. ¿Por qué le encargué a Max que vigilara el laboratorio? Debí pedirle que se quedara con nosotros a vigilar durante la noche a mi hijo. Nunca debí retirar los guardias que mi padre nos puso al principio.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Abel? —me susurró.

—A las tres de la mañana y todo parecía normal —recordé.

—Entonces nos llevan una ventaja de tres horas y quince minutos. Los encontraremos. Tranquila, yo me ocuparé —me dijo Sebastián.

—Ni lo pienses, yo voy contigo —le dije.

Apolo revisó hasta lo más recóndito del asentamiento, sosteniendo en una mano las escasas pertenencias que Iris había dejado abandonadas. Hizo un desorden a su paso y terminó yendo a buscar a Alejo, lo agarró por la camisa desvencijada ya de sus forcejeos y de un tirón lo hizo barrer el suelo. Mi tía espantada intentó controlar a Apolo, mientras Alejo arrodillado parecía pedir clemencia ante la mirada iracunda de mi hermano:

—¿Dónde está mi hija? Habla de una vez —interpeló Apolo al chico.

—No lo sé, pero creo… creo —dijo el joven haciendo un alto para recuperar el aliento— que se fue a buscar a su otro padre.

Apolo estaba iracundo y pusimos todo nuestro empeño en calmarlo porque su furia no nos servía. Yo misma si me lo permitía me podría desmoronar de tanto temblar, pero me quedé firme. Alejo era el único que nos podría aportar alguna información y si se llenaba de pánico no iba a abrir la boca. Dejamos a Apolo con mi madre y mi tía, intentando reflexionar sobre las razones de Iris para abandonarlo por el padre

adoptivo del que él la había rescatado algún tiempo atrás. Sebastián y yo nos enfocamos en Alejo, porque ya Sebastián había interrogado al personal de guardia y nadie había visto nada sospechoso.

Alejo se puso de pie, apretando la mandíbula de su rostro imberbe. Sebastián y yo lo acompañamos y le curamos los arañazos que se había hecho en los brazos, al ser arrastrado sobre el terreno agreste.

—Disculpa a mi hermano —le susurré al desgarbado joven y me clavó esa mirada cuyo azul se indefinía si lo observabas demasiado tiempo—. Jamás lo había visto tan violento, cuando se calme él mismo te pedirá perdón.

—No hace falta. Su conducta me deja muy claro que valió la pena todos mis sacrificios para llegar aquí —arremetió con ironía—. Entiendo por qué Iris nunca lo ha querido. ¡Y yo que traté de convencerla de lo contrario!

—No lo juzgues por esta impresión —insistí.

—¿Acaso yo también no me siento traicionado por Iris? No ando agarrando a golpes a quien crea culpable. Era mi amiga y se largó sin decirme nada —dijo.

—¿Nunca te diste cuenta de sus intenciones de ir en busca de su otro padre? —le preguntó Sebastián tratando de sonar calmado.

—No, pero debí haberlo sospechado por lo que no decía, por lo que quedaba en el aire entre sus frases —contestó el chico.

Su camisa quedó inservible, así que le ofrecí otra de color gris que indefinía aún más sus ojos. Pensé en mi pequeño hijo y el dolor que me causaba saberlo lejos. Imaginé qué sucedería si no lo volvía a ver, si crecía lejos y se involucraba líos similares a los que ahora tenía Alejo a su corta edad. Me aguanté las ganas desgarradoras de llorar.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté al chico y por más que me esforzara, mi voz no tenía el sonido habitual.

—Cumpliré quince el mes entrante —dijo.

—Entonces habrá que celebrarlo cuando llegue el momento. No te sientas solo, Alejo, ni decepcionado. Esto es verdadero, es lo que estabas buscando. Iris tiene muchos conflictos internos que tarde o temprano tendrá que resolver, tendrá que aprender a perdonar y solo a través del dolor que causa la aceptación aprenderá a madurar. Ojalá la podamos encontrar antes que sea demasiado tarde. Si recuerdas algo que haya dicho entre frases, que consideres útil háznoslo saber. Es urgente dar con ella. La Sociedad Autocontrolada es muy peligrosa.

—Hay algo que tal vez les pueda ayudar. Le prometí que no lo leería y no lo haré, pero tú eres su tía, ella te admira, de ti nunca se quejó como de sus otros familiares. Iris dejó un diario —me reveló.

—¿Un diario? Está inmenso —dije cuando Alejo lo sacó de su escondite y lo depositó en mis manos.

—Muy pesado, cargó con él en toda nuestra travesía y se arriesgó en ocasiones para conservarlo. No entiendo por qué me lo confío una noche antes de escaparse —dijo.

—Tal vez no quería entrar a la Sociedad Autocontrolada con nada que nos delatara o la relacionara con nosotros —pensé en voz alta.

Me fui con aquel libro inmenso. Tenía que hacer mucha fuerza para respirar y a la vez contener el aire para que entrara poco a poco, porque me dolía la cavidad torácica solo de estar viva. Se lo llevé a Apolo y lo dejé caer en frente de su rostro. Aún malhumorado, mi hermano expresó:

—¿Quién usa papel y lápiz en estos días?

—Tu hija —le dije sosteniéndole la mirada y dándole a entender que no la conocía lo suficiente.

Apolo abrió la primera página y vio una dedicatoria de John, el esposo de Dafne: «A mi querida hija, lo encontré en una tienda de antigüedades y creí que sería ideal para ti, para que escribas algo o dibujes a la antigua y mitigues un poco el dolor de nuestra separación». Apolo respiró hondo luego de leer, se puso de pie y lastimado en lo más profundo de su ser, mencionó:

—No lo leeré, tal vez haya cosas muy íntimas que sea mejor no saber. Léelo tú, al cabo eres mujer como ella y la entenderás. Si encuentras algo que indique su ruta de huida házmelo saber, aún podemos alcanzarlos antes de que lleguen. Además, lees más rápido que yo, lo terminarás en uno o dos días.

—No importa que tan rápido lea, no sé si pueda siquiera abrirlo —dije.

Mi hermano me abrazó con fuerzas y suspiró.

—No me explico por qué Iris se atrevió a causarles ese dolor a ti y a Sebastián. Es malcriada y muchas cosas más, pero es sensata. Ella sabe que Abel necesita cuidados, no la entiendo. Estoy tan decepcionado, pero más de mí mismo que de ella. Me lo advertiste varias veces y me siento el peor de los padres —dijo.

—No es que seas un pésimo padre, hermano, pero dejaste de ser tú. Te admiraba hasta la médula y desde que llegó Iris te transformaste en un energúmeno y nervioso prospecto de padre. Perdóname, no soy yo la que hablo, es mi dolor. Necesito sacar toda la rabia que se está estancando a medio camino en mi garganta, por el miedo a perder a mi niño para siempre.

—Suéltala, el enojo también nos hace fuertes y fortaleza es lo que más necesitamos en este momento. Me iré con Sebastián a peinar los alrededores. Lee el diario, por favor y si encuentras algo, comunícate conmigo por la guía.

Me le quedé mirando al libro y no me atreví a abrirlo. Iba a ser inútil sumergirme en sus páginas porque yo no me podía concentrar. Me fui con Sebastián y mi hermano a buscar a nuestros hijos, porque no me quedaba quieta. Mantuvimos en secreto, incluso con nuestros aliados, el escape de Iris y Camil y la desaparición de mi hijo. Sabíamos que había personas interesadas en ellos y si sospechaban que estaban ahí afuera solos y sin ninguna defensa, se convertirían en blanco fácil. El hermetismo, nos ayudaría a evitar que la noticia se extendiera y llegara a oídos de Earta Hébert, los King y los representantes autónomos de otras naciones.

Regresamos en la noche sin ninguna evidencia, solo tomamos provisiones para volver a salir.

—Es mejor que te quedes, Paz —me imploró mi madre—. Tendrás que extraer la leche, corazón, y hacerlo con frecuencia para que no se te seque el pecho y haya para cuando regrese el bebé.

—Madre, lo dices tan convencida —dije.

—Iris y Camil no pueden llegar más lejos que ustedes. Sebastián aseguró que no falta ningún vehículo. Tienen que aparecer. A no ser que hayan recibido ayuda del padre de crianza de ella, o algo así —dijo mamá.

—Quédate, Paz —me rogó Sebastián—. Venus tiene razón.

—No puedo quedarme cruzada de brazos mientras Abel está en medio de la noche en medio de las tierras salvajes. ¿Qué va a comer?

—No te quedarás sin hacer nada, lee ese maldito diario. Estoy seguro que debe tener alguna pista. Mientras tanto Apolo, Paúl, yo y unos hombres de toda mi confianza trataremos de encontrarlos. Mañana temprano, si no hemos llegado, acude con Jonathan, dile que mantenga a

Earta Hébert y a sus secuaces bien ocupados, por ningún motivo deben saber que Abel está ahí afuera escoltado por dos adolescentes.

Al día siguiente regresaron sin noticias. Le entregué a mi hermano el inmenso libro de hojas amarillentas y se me quedó mirando hasta que me dijo:

—¿Encontraste algo?

—¿Un plan completamente detallado?, no. Te diré lo que descubrí, pero con una condición.

—La que sea —dijo Apolo.

—Tienes que leer el libro.

—No lo haré y menos ahora. No perderé un segundo por estar leyendo, prefiero buscarlos —dijo.

—Solo así conocerás a tu hija y recuperarás todos los años perdidos —le dije.

—No creo que Iris desee que ande husmeando en sus cosas.

—¿Si no lo quisiera crees que lo hubiese dejado custodiado por un adolescente? Los muchachos tienen formas diferentes a las nuestras para expresarse, te está pidiendo a gritos muchas cosas que solo podrás entender si lees este libro. Pongámonos en camino con un grupo de soldados, el viaje es largo y tendrás tiempo para terminarlo. Tienes que leer entre líneas para intentar sacar más información, pero algo me dice que la embosquemos hacia el norte. Ella cree que su padre adoptivo la está esperando. Iris y Camil planean llegar a la entrada principal de la capital para de ahí hablarle a John y que él vaya a su encuentro.

Sebastián se nos acercó y nos dijo:

—¿Le avisaste a Jonathan sobre lo de Earta?

—No pude. Pero ahora le mandaré un mensaje a su guía para que se reúna con nosotros. Hay algo más urgente que descubrí en el diario. Iris tiene una guía mental.

—¿De qué estás hablando? —dijo Apolo.

—Ella no lo sabe, pero estoy segura, por eso en algunas ocasiones creí que me hablaba o que podía leerle el pensamiento. No sabe que la tiene y no sabe utilizarla, pero sabe que le pasa algo raro.

21



Extractos del diario de Iris

«Estoy en medio de la selva padeciendo un entrenamiento que no solicité. Llena de moretones, arañazos y piquetes de insectos. Rodeada de adolescentes eufóricos por poner en práctica todas las artes de combate aprendidas y por explotar al máximo su potencial de supervivencia en un terreno verdaderamente peligroso. Aislada de la tecnología, como les encanta a los incivilizados de la UNA. No le contaré a mi padre porque lo preocuparía en extremo y aún soy menor de edad, así que no puede hacer nada para llevarme con él. Menos desde que la prueba de ADN confirmó que Apolo Salvat es mi progenitor biológico y las leyes, el Tratado de Tolerancia y la extensa familia que me brotó de la nada, minaron mi decisión. ¡Cómo extraño a mi padre, mi casa, nuestra vida juntos! Las leyes creen justo apartarme de la única persona que se preocupa en realidad por mí, son regulaciones absurdas. Mi padre me pide que espere a cumplir dieciocho años, pero aún faltan cuatro largos años que no estoy dispuesta a esperar. Me escaparé con él en cuanto tenga la oportunidad y mi padre se pondrá tan feliz, que no le importará la ley y se quedará conmigo. ¿Qué hizo Apolo por mí? Sacarme de la protección de

mi hogar y abandonarme en la UNA para luego ponerse en guerra contra esta nación. ¿Mi madre, qué hizo por mí? Luchar por el bienestar de su pueblo, aunque eso significara dejarme huérfana y desprotegida. Pero no la culparé a ella porque está muerta y a los muertos hay que dejarlos descansar en paz. No la culparé porque conozco a mi abuela Greta y ahora entiendo muchas cosas. Si no fuera por la abuela loca con la que me dejó Apolo abandonada, no estaría ahora mismo siendo devorada por los mosquitos a sabiendas de las enfermedades que pueden contagiar. Mi abuela Greta incluso a su edad, se asemeja a mis compañeros de misión: inmadura, rebelde, soñadora, ilusa, dispuesta a sacrificar también a su nieta por salvaguardar su vaga idea de independencia y libertad.

Mi único consuelo es un chico llamado Alejo que vino del Caribe con los sobrevivientes del ataque de la Sociedad Autocontrolada. Sus padres se quisieron quedar con el nuevo régimen y él como todo un autónomo vino a América Libre con la intención de emanciparse. Por su juventud, no pudo hacerlo y vive junto a otros como él, refugiados, con la esperanza de la pronta reasignación a una morada con padres sustitutos o someterse a la espera de la mayoría de edad para vivir libremente como adulto. Una estupidez, pero no lo culpo, nunca ha vivido en la Sociedad Autocontrolada y no puede comparar».

«Los autónomos creen que el ser humano debe adquirir desde la escuela todos los conocimientos para sobrevivir a partir de la naturaleza, parte del entrenamiento es el de supervivencia y todos los jóvenes lo tienen que pasar durante la adolescencia. Justifican que el hombre en su ímpetu por el desarrollo, se ha vuelto un inútil de su propia conservación sin medios mecánicos y tecnológicos. Por eso recibo este entrenamiento aquí. Es para todos los adolescentes de la UNA de mi edad y avanza por grados de complejidad. Lo sufro más que el resto porque durante mi niñez no tuve la fase previa. Los chicos autónomos no padecen tanto como yo, salvo Alejo que por más que intente disimularlo no lo logra. No es bueno para este tipo de actividades o es terrible estudiante porque no recuerda muchas cosas. Él lo niega, pero está tan poco preparado como yo, a diferencia de los demás chicos de la UNA que desde los primeros años están acostumbrados a conocer la naturaleza y a trabajar. No sé qué pasa con Alejo. Tampoco le digo a la cara su evidente desventaja con los otros autónomos porque no quiero hacerlo sentir mal. Él se esfuerza, es mi

compañero de entrenamiento y no sé cómo, pero nos las ingeniamos para salir adelante. Ha sido mi apoyo y si las cosas salen mal, siempre tiene algo que decir para animarme o para matarme de la risa».

«Cuando me pongo seria y me quedo mirando a Alejo, logro notar que tiene el cabello castaño claro más dorado del mundo, los ojos de un azul que termina en gris y una mirada que parece decirme mil palabras. No quiero separarme de su lado, él me busca todo el tiempo y cuando no nos toca juntos en el equipo, abandona el suyo y se integra en el mío, a riesgo de que lo descubran los maestros y se lleve un castigo. Por suerte no lo han pillado».

«Hice lo más estúpido del mundo, intenté besar a Alejo y él viró la cara hacia el otro lado con una frialdad que logró calarme los huesos. Quise correr de la vergüenza y me retuvo, me abrazó con fuerzas y me susurró al oído:

—Te quiero, pero no así. Perdóname si di a entender otra cosa. No quiero que te alejes por esto, porque eres mi amiga y ya no podría vivir si no te tengo en mi vida.

Me dejé abrazar y no me atreví a decirle nada. Sus palabras no me borraron la expresión de vergüenza y de arrepentimiento. Juré para mis adentros que me alejaría, pero él continuó buscándome a todas horas, en el desayuno, en el almuerzo, en la cena, en el entrenamiento».

«Ya no es lo mismo, no puedo seguir siendo su amiga. Cuando le dirijo la palabra solo lo hago con monosílabos para contestarle a lo que me pregunta. Y cuando creí que todo estaría peor, se atrevió a encararme y exigirme una amistad que yo había confundido. ¿Acaso no entiende que me muero de la pena cada vez que toca el tema?

—Ya no soporto en lo que se ha convertido nuestra amistad —me dijo.

—¿Qué amistad? —le dije—. Ya está estropeada. Es mejor que me des mi espacio y que no me avergüences más. Ya no quiero ser tu amiga.

—Eso no es verdad. Iris no es que no te vea atractiva. Eres linda, tienes la sonrisa más bonita de todas, pero te veo como a una hermana.

—Se acabó —le dije y no era que me doliera tanto, ya lo estaba superando, pero fue desagradable. Nunca me había besado con nadie, ni había tenido novio y la primera vez que creía tener algo especial con alguien resultó un verdadero fiasco.

Intentó abrazarme y le puse un alto.

—De acuerdo, te diré la verdad. No eres tú, no estaré nunca con ninguna chica en el campamento, ni fuera de aquí, ni en ningún lado.

—Si es que no te gustan las chicas lo puedo entender. Si me lo hubieras dicho antes no habría hecho un papelazo —le reclamé.

—No es eso. Hice un voto de castidad y no estaré con nadie jamás, ni chica ni chico. ¿Vale? Era un voto secreto, no debía decirlo y me has hecho revelarlo.

—¿Y eso por qué?

—No puedo decir más, pero créeme y no te alejes».

«Maldito, Alejo, él y sus estúpidos votos de castidad. Acabo de verlo besándose descaradamente con una de mis amigas. Claro que él no me vio y ahora me doy cuenta que solo lo dijo porque en verdad quiere ser mi amigo. Lo detesto».

«Al inicio lo primero que sentí por Alejo fue atracción, pero hasta ahora me doy cuenta que él siempre me frenó. Tendré que aceptar que el interés que siente por mí es solo de amistad. Ya no me siento tan herida, ni atraída hacia él, no luego de verlo besándose con otra chica más del campamento. No le diré que sé que sus votos son una pantalla porque lo hizo para no lastimarme más. Así que recogeré los trozos de mi orgullo pisoteado y entenderé que más vale ser su amiga a que me ande besando una noche con él detrás de unos árboles y que al otro día si te conozco ni me acuerdo. Al menos a mí sí me quiere, me lo ha demostrado porque, aunque lo he echado mil veces regresa. La amistad para él es más valiosa y duradera que andar ligando con las chicas en la oscuridad. Seremos amigos de nuevo y reservaré mi amor para otro que quiera más que besarse conmigo una noche sí y otra noche no. Alejo sin proponérselo me enseñó de los chicos más de la cuenta. Me enamoraré, pero no por ahora, me esperaré un par de años. En este momento estoy asqueada del amor».

«Una de las cosas por las que se acercó mi amigo a mí fue por saber que yo era hija de Apolo Salvat. Lo recuerdo. Al principio no lo noté, luego comencé a sospechar. Fue lo primero que me preguntó, el motivo inicial para romper el hielo. Ahora creo que exclusivamente por eso se aproximó. Él lo había dicho:

—América Libre no es lo mismo sin tu padre. No solo lo digo yo. La gente no entiende qué está pasando. Abandoné a mis padres para venir a esta tierra y no es lo que esperaba.

—Somos dos forasteros descontentos. A mí me dijeron que esto era una maravilla y no es lo que encontré. Mis piernas llenas de piquetes no me dejarán mentir —le había comentado.

—Pero no deja de ser útil. Di la verdad, ¿tú como autocontrolada si te hubieras quedado un día en medio de la nada como sobrevivirías?

—Pediría rescate a través de mi guía.

—Si ese día no hubieses llevado tu guía o se hubiese roto, ¿cómo sobrevivirías?

—Pues ahora sabría —respondí y odié darle la razón.

—No estamos tan mal aquí. Incluso si ahora mismo quisiéramos irnos y buscar a tu padre en Tierras Inhóspitas, podríamos hacerlo y estoy seguro que llegaríamos.

—Pero si me voy de este sitio no iría con Apolo, me iría con John.

—¿Por qué no quieres a Apolo?

—No es que no lo quiera, es que no lo conozco, es que me arrebató de lo que era mi vida y de lo que yo amaba. Extraño a John, es mi padre, lo amo.

—Y siempre lo querrás, pero puedes preguntarle a quien sea, cualquiera aquí se sentiría honrado si de pronto descubriera que Apolo Salvat es su padre. Es uno de los hombres más extraordinarios que existen.

—Tú no lo conoces en persona —dije.

—Pero he escuchado lo suficiente acerca de sus hazañas, de todo lo que ha logrado él y su hermana. No lo quieres porque casi no has convivido con él, de lo contrario fuera otra historia.

—¿Tú crees que si conviviera con él lo amaría? —pregunté.

—Definitivamente.

—Estás más loco que una cabra, lo que me faltaba, tener de amigo a un fan de Apolo. ¿Será por eso que no puedes verme de otra forma?

—Eres sagrada para mí, eres la hija de Apolo —reveló.

—Es escalofriante que una de las pocas cosas auténticas que tengo en la UNA sea tu amistad y que tú te hayas acercado a mí por ser la hija de Apolo.

—Tal vez me acerqué por eso, pero me quedé a tu lado porque eres un verdadero fastidio, de esos sin los que no se puede vivir —dijo y me hizo tantas cosquillas que no podía parar de reírme».

«No puedo creer que lo hicimos. Dejamos el campamento atrás. Vimos la oportunidad y no los pensamos dos veces. Nuestro destino, las Tierras Inhóspitas. El fan medio loco que tengo por amigo quiere unirse al movimiento de Apolo Salvat y me convenció de seguirlo. Si tanta gente ha desertado de América Libre y se ha unido al ejército del general Verena solo por seguir a Apolo, entre ellos Alejo, debe ser por algo. Tendré que conocer más a Apolo, es el hombre del que mi madre se enamoró y ha de ser grandioso porque mi madre lo era».

«En Tierras Inhóspitas las cosas no son como prometió Alejo. Nada de lo que haga será suficiente y Apolo termina siendo exactamente igual a mi madre. La diferencia es que ella al menos lo disimulaba y yo no me sentía tan sola, creía que mi familia con John era normal. Apolo es diferente, es esa especie de hombre que aspira como máximo ideal de realización personal a convertirse en mártir. No lo afirmo, pero me da esa impresión. Está tan preocupado por salvar al mundo, que a veces parece que yo soy un estorbo para él, un obstáculo que le impide alcanzar su meta. Por eso siempre su cara de enojo, me recuerda que él también está harto de mí y que sería más feliz si nunca me hubiesen traído. Me siento tan sola y fuera de lugar en este sitio… Con mi tía no puedo hablar de estas cosas porque termina justificándolo, aunque sé que en silencio está de acuerdo conmigo, en que algo no funciona entre Apolo y yo. Y mi único amigo en este lugar recóndito es una especie de fanático de mi padre, al que soltarle todo lo que me está quemando por dentro es inútil, se queda con una expresión confundida como si yo fuera la persona más estúpida del mundo. Reproduzco las palabras de Alejo:

—¡Tu padre es Apolo, es lo máximo! Apolo es un hombre extraordinario, si más pensaran como él este mundo no estaría tan

dividido. Cuando sea adulto seré como Apolo, o lo más parecido que pueda a él.

Es insufrible estar al lado de Alejo, sobre todo, en el momento en que más odio a mi padre. Alejo está más preocupado por acercarse a Apolo y a Paz, que, en ser mi amigo, los admira de una forma exacerbada y su necesidad me desespera».

«Solo hay una persona en todo este campamento, que ellos llaman asentamiento, que se siente tan solo y perdido como yo. Si no fuera por él ya me habría largado en busca de mi verdadero padre. Camil es lo único que me ata al asentamiento cero punto cinco. Recuerdo el día que lo vi por primera vez, en mi vida había visto nunca a un chico de los caballos, con esa manía de despertar antes del amanecer. Espero que mis notas, sobre cómo sucedió, me ayuden a nunca olvidarlo».

—¿Qué mañana inicias con nosotros en los caballos? ¿Está loca Paz? Ese autónomo es un dictador —me había dicho Alejo.

—¿Ese autónomo? ¿Y tú de dónde eres? ¿De Marte? —le dije.

—Soy de Tierras Inhóspitas.

—Él también y ya deberían ir pensando en cambiarle el nombre a este sitio, porque es tan horrendo que solo por el nombre ya me da pesadillas. Un hogar debe tener un nombre más cálido, algo que te haga desear volver cuando estés lejos.

—Esas cosas que dices, definitivamente eres hija de Apolo, no lo puedes ocultar, ¿cómo a nadie se le ha ocurrido cambiarle el nombre a Tierras Inhóspitas? Tendré que correr a decírselo a tu padre, se te ha ocurrido una idea genial —dijo Alejo.

—No lo hagas, no te atrevas. Ya te he dicho mil veces que no lo soporto y no quiero que se lo recuerdes, ni mi aversión por estas tierras. Las cosas no están muy bien entre nosotros y eres mi amigo, o eso creo, pero siempre pareces que estás más de la parte de mi padre que de la mía.

Haré un paréntesis, no puedo evitar recordar la confusión que se veía reflejada en la cara de Alejo, tanto que decidí que me tragaría las palabras de frustración hacia Apolo, porque Alejo jamás me iba a entender.

Por los consejos de Alejo, al otro día me desperté casi a las cinco de la mañana para acudir a mi nuevo trabajo, miré el cielo raso y dije:

—No puedo, no podré levantarme, cinco minutos más.

Cerré los ojos un segundo y cuando los abrí de nuevo el sol ya se estaba levantando, casi me caigo de la cama porque aún seguía medio dormida. Corrí a cepillarme los dientes, me eché un poco de agua en la cara, me puse lo primero que encontré y salí corriendo a los establos. Cuando entré por la puerta principal, encontré a Alejo sacando una carretilla llena de estiércol.

—¡Qué asco! ¿Qué rayos estás haciendo con eso? —dije casi vomitándome.

—Con esto los autónomos hacen maravillas. Estos caballos son muy valiosos entre otras cosas, producen esta masa pegajosa de singular aroma —bromeó Alejo.

—Espero que ése siga siendo tu trabajo, porque cambiaré de opinión con respecto a la belleza de los caballos si me lo asignan a mí —dije.

Fue entonces que oí su voz, fuerte y severa desde donde no lo podía ver:

—Iris, estás llegando tarde. La segunda vez que se te peguen las sábanas estás despedida.

Recordé que Alejo me había dicho que al primo de Sebastián le gustaba explotar a los que trabajaban con él y no me dio la gana de permitirle que me hablara así. En mi vida había trabajado, menos de sirvienta o empleada de alguien, ni siquiera había conocido a alguien que tuviera que servir o bajar la cabeza ante los extintos patrones. «¿Qué se piensa este tipo?», pensé, una cosa es que ayudemos juntos a levantar esta parte del mundo y otra muy diferente es que me confunda con un robot:

—¿Y cuánto es lo que me pagas? —le solté sin siquiera verlo y fue cuando sentí unos pasos pesados dirigirse hacia mí.

—Uy. Mejor me largo a lo mío. No creo que me necesites —dijo Alejo y me dejó sola esperando que aquel insolente se apareciera.

Todo el coraje que sentía se me enfrió de golpe, cuando Camil abandonó el pasillo y se asomó, con el torso descubierto, aquellos *jeans* roídos de tanto usarse y esa mirada llena de enojo que se fue suavizando al contacto con la mía. Cuando vi al chico mi corazón se paralizó, sentí un líquido que me recorría el cuerpo y me dejaba helada.

—Lo siento —dije convencida de pronto que no quería perder mi trabajo y no importaba a la hora que tuviera que levantarme.

—Yo también lo siento —dijo y empezó a reír tanto que yo terminé por hacer lo mismo.

—Creo que tuvimos un mal inicio, mi nombre es Camil —dijo extendiéndome la mano—. Si no estás acostumbrada a madrugar puedes venir un poco más tarde, Alejo y yo podemos arreglarnos.

—Insisto en venir a la misma hora que todos, lo de hoy no se repetirá —dije.

—Me da gusto oírlo. Enseguida te explico en qué consistirán tus funciones. Imagino que tú tampoco has trabajado con caballos.

—En mi vida había estado tan cerca de uno. Son bellísimos. ¿No tienes frío? Digo parece que te vas a congelar —dije cambiando el tema, sin querer enfatizar que Camil permanecía con la piel erizada y no pasaban de las seis de la mañana.

—Un poco. Alejo también es nuevo como tú y no se maneja bien con la pala y la carretilla, me tiró el estiércol encima. Iré a buscar una camisa y un suéter. ¿Me acompañas y hablamos del trabajo? Digo si quieres puedes ir conmigo y en el camino te explico cuáles serán tus funciones, para no perder tiempo —indicó.

—¿Estás seguro?

—¿Te gustaría?

Mientras caminábamos por su camisa su piel seguía erizándose. Él volvió a sonreír y a pedirme disculpas por haberme gritado y yo, me moría literalmente cada vez que me enseñaba los dientes, su sonrisa era tan magnética que ponía todo mi cuerpo a temblar. Los nervios me estaban comiendo viva ese día. Me subían y me bajaban por todas partes. Ese chico era un sol en medio de toda la oscuridad que amenazaba tragarme si permanecía un día más en Tierras Inhóspitas. Es más, el día que lo conocí comencé a dudar si realmente deseaba irme, él amenazaba mis planes, era como un abismo que te llama y te pide que te arrojes de cabeza en él.

«Los días que transcurrieron iban tan rápido que temía que se me escaparan de las manos. Hasta el momento yo sólo fantaseaba cada vez que lo veía y pensaba en él pero los reclamos de mi padre me llenaron de certeza. Apolo estaba harto de verme todo el día pegada a Alejo y a Camil. No sé qué esperaba si era los únicos chicos como yo y los tres la pasábamos realmente bien. Siento que Apolo ya estaba despistado, aunque no era mi intención. Solo le escuchaba decir: "No está bien que te quedes hasta tan tarde conversando con ellos, ¿no es suficiente durante el día mientras trabajan con los caballos?, ¿qué tanto hablan?, ocupen mejor su

tiempo libre, hay muchas cosas que todavía les falta por aprender, esto no será eterno, buscaré la forma de que se abra una escuela para ustedes para que dejen de perder el tiempo…”.

Si Apolo estaba tan enojado era porque tal vez había notado que yo estaba enamorada, aunque lo disimulara y me hiciera la desentendida. Yo estaba loca por él, aunque no me atreviera a decírselo ni en un millón de años y menos después de la decepción con Alejo. Mi sentimiento hacia Camil interfería con mis planes de huir. Por otro lado, él era tan desdichado teniendo que soportar a su primo, aunque yo no entendía por qué, Sebastián era genial. Si veía como lo trataba. Tal vez para otros, Apolo también era genial y solo yo tenía motivos para estar descontenta.

No sé qué pasó entre Camil y yo, pero desde el día que nos conocimos no pudimos despegarnos, aunque yo le había prevenido que teníamos que disimular delante de mi padre porque él no nos iba a dejar estar juntos. Sí, juntos. El día que ya no podía soportar más sin lanzarme a sus labios, me robó un beso y desde ese día no nos separamos. Era como si habláramos un lenguaje que solo nosotros podíamos entender. Si tuviera que describir a Camil en pocas palabras diría lo siguiente: Primero que tiene los ojos más bellos del mundo. Segundo que su alma es hermosa. Tercero que nadie me hace reír como él. Cuarto que podría pasar las veinticuatro horas del día a su lado sin aburrirme. Quinto que ojalá que algún día nos perdiéramos solos y dejáramos atrás las Tierras Inhóspitas.

¿Y Alejo? ¿Qué pensaba de lo mío con Camil? Alejo, resultó ser en verdad mi amigo y me apoyó desde el primer día que me vio babear por Camil y estuvo feliz por mí».

«Estoy planeando irme con John. No soporto a Apolo ni a las Tierras Inhóspitas. Entiendo que el motivo por el que luchan mi abuelo y Apolo es valioso para ellos pero ni me interesa la guerra, ni pasar toda mi vida como un soldado cuando podría estar en mi antigua vida, la que realmente me pertenece. Camil es un autónomo en toda la extensión de la palabra. Este chico sí tiene toda la capacitación en supervivencia y lucha, hasta su grado de estudios, está enamorado de sus caballos, pero se quedó tan sorprendido cuando visitó América Unida, que no se conforma y quiere conocer el resto del mundo. Con él me atrevería a huir, si con Alejo lo logré y estaba tan perdido como yo en las estrategias de supervivencia, con Camil, que tiene tantos ases bajo la manga, no lo pensaría dos veces. Es el

compañero perfecto para una aventura. Él está harto de depender de Sebastián y tiene mucho dolor trocado en odio en su corazón. Somos, algo así como almas gemelas. Camil vivió toda su vida escuchando sobre la desaparición del primo perdido, el primogénito. Tras la muerte de su padre en la guerra, su madre lo abandonó cuando aún era bebé y su abuela fue una madre para él, y aunque la señora era aún joven y le daba una buena crianza él no se sentía completo. Los dos nos merecemos ser felices. Hoy le contaré mis planes y le pediré que me acompañe».

«Camil siempre prepara un té de flores que es especial y que me agrada mucho. Me cuenta su historia con los caballos y yo solo tengo ojos para su rostro. Mientras me servía una taza de té me dije que era el momento de soltarle todo. Yo no estaba dispuesta a quedarme en Tierras Inhóspitas, sentía que no vivía mi vida, pero si Camil se negaba, no sabía si tendría el valor de dejarlo atrás. Creo que nunca podría dejar de quererlo. Si deseaba irme tendría que convencerlo de acompañarme. Ya le había hablado en mil ocasiones de las bondades de la Sociedad Autocontrolada y lo desarrollada que estaba la tecnología. A él le había fascinado un mundo distinto al que conocía y deseaba saber más. Tal vez solo por eso accedería a acompañarme, y por librarse de su primo. Lo que nunca me imaginé fue que él descubriera mis planes y me insistiera para irse conmigo. Y me quedé en suspenso.

—¿Dejarás a tus caballos? —le dije.

—No me lo recuerdes, es un sacrificio demasiado grande, jamás pensé que tendría un motivo para abandonarlos. Sé que estarán bien cuidados, Alejo los ama y no solo él. Aquí son los bebés consentidos de muchos. Siento que te estás apagando aquí en Tierras Inhóspitas, no eres feliz y yo quiero verte sonreír más a menudo.

—¿Estás seguro? Tu semental tal vez se morirá de tristeza.

—Estará decaído al principio, pero sé que Alejo logrará levantarlo de nuevo. Se entienden bien y Alejo está loco con él, pero si un día me despiertan con la noticia que abandonaste el asentamiento y te regresaste con tu padre John, me muero.

—Yo me moriría primero antes de dejarte atrás. No podría dar un paso sin ti.

Nos abrazamos con mucha fuerza. Fue lo mejor que pudo pasarme, ya no sabría vivir sin sus ojos, sin sus manos, ni sin sus caballos, aunque esto

último sería doloroso para los dos.

Mi amor era correspondido y muy loco, muy arrebatado pero tímido y huidizo a la vez, porque no habíamos llegado más allá de primera base, él quería llegar más lejos pero no se atrevía a pedírmelo o no sabía cómo, porque yo era su primera novia. Yo quería llegar más lejos pero no se lo daba a entender porque tenía miedo y no sabía con quién hablar de esas cosas. Estaba pensando si debía contarle a mi tía Paz, lo que me estaba sucediendo con Camil, obviando la parte de la huida».

«Hoy sucedió algo que me está haciendo reconsiderar mis planes de huir. Ha nacido mi sobrino y es tan lindo que no quisiera estar lejos mientras crece. Quiero cargarlo y mimarlo todo el tiempo. Lo vi nacer, Alejo, Camil y yo lo trajimos al mundo y es un recuerdo que no podremos borrar nunca. Ya quiero que crezca Abel para decirle del lazo tan especial que nos une, que nosotros fuimos las primeras personas en este mundo en conocerlo. Mientras nacía todo fue nervios y confusión, sentía los gritos de mi tía perforarme el oído y todo lo que decía, acerca del dolor que estaba sintiendo, de la alegría y desesperación porque naciera, porque saliera todo bien, logró descolocarme, pero valió la pena ahora estaba Abel entre nosotros.

Algo me preocupa de veras. Cuando hablé con Camil sobre el parto de Paz, él me comentó lo sorprendido que estaba por la actitud de mi tía, de cómo se mantuvo en silencio mientras su hijo nacía, haciendo un esfuerzo enorme para tragarse su dolor y concentrarse en dar a luz, con tal de proteger a Abel de la amenaza que había sobre el niño. Me preocupa porque yo sí la escuché todo el tiempo quejarse. ¿Qué está pasando conmigo?».

«Volvió a ocurrirme algo similar al día del parto de mi tía, ella pudo oír mi pensamiento y eso logró confundirme mucho. Mi abuela Greta me había pedido que le contara lo último que yo había hablado con mi madre y le dije que no nos habíamos podido despedir, que desde que se la llevaron no volví a verla ni a comunicarme con ella. Mi abuela Greta sintió mucho pesar y me pidió que recordara. Entonces me vino un recuerdo a la mente. Le dije que antes de que mamá falleciera apareció en uno de mis sueños para despedirse de mí, me había asegurado que yo era especial y que tenía

algo en la cabeza que me permitía comunicarme con ella, aunque se encontraba en prisión. Me había dicho muchas cosas hermosas, entre ellas que un día iba llegar un hombre a mi vida, que tomaría mi mano y que me alejaría de todo el sufrimiento, que no durara en acompañarlo. Ahora creo que no lo soñé y que me pasó algo parecido a lo que me ha ocurrido con mi tía, por esa cosa especial que dice mi madre que tengo. Si mi madre se refería a Apolo, se equivocó por completo».

«Apolo quería controlarme y lo peor era que creía que podía. Terminando de oír su sermón de padre abnegado, sin siquiera saber cómo hacerlo, me fui justo a donde menos él quería, a decirle a Camil que me iba y que esperaba que me acompañara. Apolo creía que ser padre era como dirigir una nación y sus lecciones yo las guardaba en una bolsa llena de agujeros, luego de poner cara de estúpida y de asentir hasta que el cuello me doliera. Convencí a Camil y nos vamos en la madrugada. Creo que Camil será más feliz en la Sociedad Autocontrolada, aún más cuando descubra que todo lo que le han inculcado sobre la Sociedad Autocontrolada es falso. Nunca podrá sacarse del corazón a sus caballos, ni siquiera yo, pero una felicidad completa no sé si esté al alcance de nosotros».

22



Así saqué mis conclusiones. Una idea desproporcionada pero congruente con la realidad de Dafne. Ella sabía al peligro que se exponía y que, si tenía que huir de pronto o era detenida, dejaría a su hija en la Sociedad Autocontrolada, con personas que en realidad no eran su familia. Imagino que por ello le implantó una guía a su hija sin explicarle demasiado de ello, para que estuvieran comunicadas si algo ocurría. Pero al parecer, Iris nunca llegó a usarla, ni siquiera durante el cautiverio de Dafne, salvo por el sueño que relata con su madre, lo más seguro para protegerla y protegerse.

Lo que Iris no sabía era que su padre adoptivo ya no estaba vivo, y que todo lo que amaba y lo que odiaba le quedaba en una persona: Apolo. Nosotros ya estábamos en camino y gracias a nuestros aliados, supimos de ese hecho. Partimos esa misma mañana, a pesar de que Apolo, Paúl, Sebastián y sus hombres e incluso yo, no habíamos dormido nada. Íbamos en el transporte y seguía intentando comunicarme con Iris a través de su guía mental, porque los chicos mantenían apagadas las guías convencionales. Hacía exactamente veinticuatro horas que me habían arrebatado a mi hijo y solo cinco desde que me había extraído la leche por última vez. Sebastián me indicó que la leche se escurría por mi pecho y había manchado mi ropa.

—Maldita escasez —dije—. No tengo las almohadillas para protegerme y las gasas que estoy utilizando son demasiado permeables.

—¿Por qué no tomas algo para cortarla? Será lo mejor ahora que decidiste venir con nosotros en este viaje —me susurró Sebastián al oído, él estaba sentado a mi lado y me pasaba un brazo tras la espalda.

—No, quiero tener leche para cuando Abel esté de regreso con nosotros —le dije en voz baja.

—¿Cómo le harás para sacarte la leche en esta camioneta llena de hombres?

—Me las arreglaré.

—Haz algo con eso entonces, no quiero que te enfermes —me volvió a susurrar.

—Pueden detener el vehículo, por favor. Necesito privacidad —dije.

—Estamos muy cerca del asentamiento uno, a unos veinte minutos. ¿Prefieres esperar un poco o me detengo? —dijo el conductor que de seguro ya había escuchado por qué deseaba parar.

—Me espero.

En el asentamiento tuve más comodidad para asearme y cambiarme de blusa. Los hombres habían tomado unos minutos para descansar y comer antes de proseguir. Estaban agotados luego de andar fuera toda la madrugada. Muchos pidieron dormir, aunque fuera una hora y Sebastián decidió darles cinco horas de descanso para recuperar las fuerzas.

—Sé que no podemos luchar contra nuestra naturaleza humana, pero podríamos turnarnos para dormitar en la camioneta —insistí.

—Lo haremos después. Ahora necesitan descansar un poco o no podremos hacer nada —me dijo.

—Iré a la bodega de medicamentos por energéticos para que resistan el trayecto.

—Nos vendrá bien.

Cuando regresé solo encontré despiertos a Sebastián y a Apolo. Les entregué la medicina, pero les pedí que no la ingirieran de inmediato, que durmieran un poco y la tomaran cuando partiéramos, también les di para los demás.

—Yo no tomaré nada, estoy amamantando —dije y Sebastián me invitó a tumbarme junto a él en un sillón.

—Me conforta que Camil esté con Iris y con el bebé, pero a la vez estoy preocupado por él. ¿Qué pasará cuando llegue a la Sociedad Autocontrolada si lo descubren? —manifestó Sebastián.

—Calla —le supliqué.

—Descansa un poco —me pidió.

—Quisiera… pero… —intenté decir y me selló los labios con un beso para no escuchar lo que a él también le desgarraba el corazón.

—Salimos con tanta prisa que no le pedí a Jonathan un antídoto para los efectos adversos de la guía para Iris. Ella tal vez ni siquiera recibió la primera dosis de desintoxicación —dije.

—¿Le avisaste a Jonathan para que vea por todos los medios sumergir a Earta en trabajo, para que no descubra que el bebé está perdido ahí afuera? —me preguntó Sebastián.

—¡No puede ser! Dije que lo haría y lo olvidé —recordé—. Hasta pensé hablar directamente con él sobre la guía mental de Iris. Lo borré por completo. Le enviaré un mensaje a su guía, también le pediré que tenga listo el antídoto por si damos con ellos… —dije y la voz se me apagó. Respiré hondo para no llorar.

—Los encontraremos —nos dijo mi hermano desde su rincón, él tampoco podía cerrar los ojos.

Sebastián me acarició las sienes y me las besó. Estábamos trasnochados, pero con tanta angustia que no podíamos dormir. Vi a Sebastián y a Apolo intentar combatir el insomnio. Yo me concentré en conectarme con Iris a través de la guía mental. Lo llevaba tratando desde que descubrí que la chica tenía una.

—¡Iris! —grité cuando después de tiempo intentándolo pude colarme en la mente de mi sobrina.

Apolo me escuchó y me pidió con un gesto de la mano detenerme. Detuve la comunicación de golpe con mi sobrina y escuché lo que tenía que decirme mi hermano:

—Tú no lo hagas, estás muy exasperada y lo vas a estropear. Si no usas las palabras correctas la vas ahuyentar aún más. Tienes que ser sutil para que ella entienda que estamos de su lado y que solo queremos protegerla, pero sin alarmarla del peligro que corren y que se atemoricen.

—¡Yo puedo hacerlo! —le grité a mi hermano, enojada por hacerme cortar la conexión, desesperada por reestablecerla.

Sebastián que nos oyó, pero sin la guía en su cabeza, se puso del lado de su cuñado.

—Apolo tiene razón —dijo Sebastián con su tono autocontrolado y me desesperó aún más. Él sabía lo que estaba en juego: nuestros hijos.

Inicié la comunicación con Iris, estaba dispuesta a soltar todos los reproches que me había guardado dentro, desde que Iris había desaparecido con mi hijo. Por primera vez, sentí tanta rabia que si la hubiese tenido delante le hubiera dado una bofetada. No sé de qué estaban hechos los hombres, pero estaba segura, que una mujer me entendería, que una madre encontraría justificables mis deseos. Me introduje en la mente de Iris por segunda vez, de alguna forma había encontrado la vía y Apolo se quedó mordiendo sus palabras con su calma fastuosa. Lo vi intentar sin éxito conectar con la guía de Iris y no le diría cómo, sé que era su hija, pero también estaba mi hijo en juego y no podía más sin saber una palabra acerca de él.

—*¿Dónde está el niño?* —le solté a Iris a través de la guía.

—¿Paz? ¿Eres tú, tía? —dijo ella, pero no a través de la mente sino en voz alta, porque no conocía el manejo de la guía, pero la escuché a la perfección.

—¿Con quién estás hablando? ¿Por qué me dices Paz? —escuché la voz de Camil.

Pude enfocar al primo de Sebastián a la perfección, estaba muy cerca de la cara de Iris. Traté de inspeccionar el área donde ellos se encontraban, para ver a mi hijo, pero Iris y Camil estaban demasiado cerca el uno del otro y lo único que podía ver, era la ampliación del rostro de Camil, con aquellos ojos tan parecidos a los de Sebastián. Camil se acercó aún más, tanto, que sólo vi sus negras pestañas enmarcando sus párpados. Luego Iris cerró los ojos y ya no vi nada.

Los pensamientos de Iris explotaron uno tras otros descontrolados. *«¿Por qué rayos oiría a mi tía? ¿Estoy casi segura que era mi tía? No, no puede ser. Me lo debo de haber imaginado. ¡Ay! ¡Este chico me tiene loca! ¡Me encantan sus labios! Lo quiero. Lo quiero. Y no es porque agradezca infinitamente que me haya acompañado en esta locura. No es solo porque me protege ahora que estamos metidos hasta el cuello en esto. Es porque cualquier sentimiento que sentí hacia otro chico antes de conocer a Camil, no solo quedó atrás, sino que no se le compara».*

Quise salirme para no escuchar más los pensamientos de Iris y no entrometerme en su privacidad de la manera en que lo estaba haciendo, sin su consentimiento, pero no podía. Nos había costado mucho hacer contacto. Camil, Iris y mi hijo, dependían del éxito de este momento. Me abstraje un instante de los pensamientos de Iris para escuchar mis propios pensamientos, pero sin perder la conexión ni darle a ella acceso a los míos. Apolo intentó entrar en mi guía y lo bloqueé de pronto. Insistió y le dije que ya me estaba hartando. Apolo se enojó y me soltó:

—¿Qué le dijiste? Dame acceso junto contigo, por el bien de todos, Paz —insistió Apolo en voz alta—, sobre todo de nuestros hijos. Una palabra inadecuada la hará alejarse más de nosotros y exponerse al peligro.

Sentí deseos de darle acceso para darle una lección a ambos. A Apolo que ya me estaba exasperando, creyéndose el líder de todos nosotros y a Iris por arrebatarme a mi pequeño. Pero no lo hice. A pesar del profundo dolor que Iris me estaba causando no pude traicionarla. ¿Qué pensaría una chica de su edad si de pronto su padre se cuela en sus pensamientos mientras ella se está besando con el novio que la secundó para huir de casa? ¿Y qué beso?

—Dame acceso, Paz. Por favor —insistió Apolo.

Me hirvió la sangre por la pastosidad de Apolo. «¿Qué tenía que ocurrir para que mi hermano perdiera el control sobre sí mismo? ¡Ah, ya sé! Ver a su hija a punto de llegar a segunda base», pensé.

—Basta ya de esto, Paz —dijo Sebastián, el autocontrolado por imposición propia con su serenidad aprendida. Pero Sebastián sí sabía perder el control, ya me lo había demostrado, con eso dejaba claro que había lazos sanguíneos indiscutibles con Ademar King II y sus palabras me lo seguían confirmando.

Volteé los ojos en blanco y me concentré en los pensamientos de Iris, que ahora miraba embobecida el rostro fresco y joven de Camil. Él sonreía y se veía hermoso, me recordaba a Sebastián en su adolescencia cuando su alma no se había ennegrecido por los rencores que aún no se habían sumado a su corazón.

—*Iris* —le dije a través de la guía.

Ella dio un brinco al volver a escuchar mi voz. Camil notó la turbación en el rostro de ella porque se incorporó y volvió a acercársele.

—Paz —insistió Apolo a mi lado y terminé por darle acceso, al menos ya no se estaban besando.

—¿Qué extraño? —le dijo Iris a Camil—. No me pasa nada, no me hagas caso.

—*Iris, soy tu tía* —le transmití a mi sobrina—. *No te estás volviendo loca ni lo estás soñando, me estoy comunicando contigo a través de una guía que funciona diferente a tu pulsera. Es un medio de comunicación, tranquila*.

—¡Ay! ¿Qué es esto? Camil, que es verdad, no me lo imaginé. ¡Qué Paz está comunicándose, estoy oyendo su voz, aunque no sé cómo funciona! —le susurró Iris a Camil.

—¿Qué estás diciendo, yo no escucho nada? —le rebatió Camil con cara de incredulidad.

—*Iris, soy tu padre. Lo que dice tu tía es cierto. Camil no puede escucharnos porque él no tiene la guía. Pero nosotros lo escuchamos y lo vemos a él a través de ti. Piensa lo que quieras decirnos y así nos comunicaremos*.

—*¿Apolo, acaso es cierto todo esto? ¿Ya me estoy asustando? —dijo Iris a través de su pensamiento*.

—*Es una guía, hija. Tu tía y yo también tenemos una. Tu madre tuvo una y nos comunicábamos los tres todo el tiempo. No sabíamos que tú tenías una también. Dafne debió hacerlo para comunicarse contigo si en algún momento las separaban* —le transmitió Apolo mientras los tres estábamos conectados y Sebastián y Camil quedaban viéndonos a los que poseíamos las guías—. *Perdóname, hija, por no ser el padre que quieres. No pretendo imponerte mi presencia. Solo deseo que sepas que puedes contar conmigo cuando lo necesites. Sebastián, tu tía y yo tememos por ustedes en la capital. No duden en pedir nuestra ayuda…*

—Basta, Apolo. Sé que quieres convencerme de regresar. Soy yo la que tengo que pedirte perdón. Estamos metidos en un lío. John está muerto. Dicen que fue un accidente, pero no sé si creerles. Nos hemos colado en su casa porque mi antigua guía aún funcionaba, pero no sé hasta cuando pasemos desapercibidos. Camil está de indocumentado, hemos logrado esquivar los controles no sé ni cómo. Acudí a uno de los primos de mi padre, que además era su abogado, para recuperar mi lugar en la sociedad como hija de John y me desconoció delante de los otros. Luego a solas me susurró que me regresara por donde había venido. Los bienes de John serán heredados por su familia y ya no figuro dentro de ellos. Perdóname, Apolo. Ni te preocupes por pedirme que regrese. Camil y yo estamos decididos a hacerlo. Nos estamos preparando para emprender el viaje en unos días. Solo estoy despidiéndome de mi vida. Camil desea volver

también y arreglar las cosas con su primo —nos dijo Iris en voz alta para que el joven también nos escuchara. Imaginé que, el duro golpe, les hizo comprender el significado de la familia en el único ser directo que les quedaba a cada uno.

—*Les ayudaremos a regresar. No hagan nada sin contar con nosotros, tenemos aliados que se lo harán más fácil. Por nada del mundo le digas a nadie sobre la guía mental. Ahora, hija, dinos cómo está el bebé que tu tía se muere por saber. Déjanos ver al niño* —transmitió Apolo y mi corazón se aceleró.

—*¿Qué niño?* —transmitió Iris.

—*Mi hijo* —dije.

—*¿De qué hablan? ¿Por qué yo tendría que saberlo?* —dijo Iris.

—*¿Acaso no te lo llevaste?* —murmuré.

—*¿Yo? ¿Por qué lo haría? No me asusten. ¿Dónde está mi primo?* —dijo llena de temor.

23



—Comunícate de urgencia con Jonathan. Pregúntale por Earta —me gritó Sebastián desesperado.

Habíamos sacado conclusiones apresuradas, que Iris se lo había llevado a la capital por sus comentarios en contra de mantener al bebé en Tierras Inhóspitas y por su enojo al manifestar que lo privábamos del desarrollo y confort de la Sociedad Autocontrolada. Lo creímos porque habían desaparecido la misma madrugada. Todo fue una coincidencia o alguien se aprovechó de la situación, alguien que tenía intenciones ocultas. Las sospechas hacia Earta fueron inevitables. Jonathan corrió a buscarla y descubrió que Earta había desaparecido también. Era forzoso asociarla con la desaparición del niño. Jonathan nos aseguró que no la encontró ni a ella ni a cinco de sus seguidores. No faltaba ningún vehículo y esa gente no tenía lo que se necesitaba para viajar a pie hasta la capital. Menos con un bebé tan pequeño, el que era tan valioso para ellos y al que no expondrían.

Mi pecho ardiendo, tras mi hijo arrebatado, mi dolor y el de Sebastián, a la vez que nos unía nos llenaba de odio contra nuestros enemigos. Mi cólera estalló y la de Sebastián también. El autocontrolado más autocontrolado ya no fingió serlo. Me olvidé de todos mis designios de paz y ya no quería transitar un recorrido pacífico para establecer el equilibrio

en el planeta. Él y yo éramos un volcán a punto de erosionar. Ahora queríamos arremeter y devastar a la Sociedad Autocontrolada.

—Iré a buscarlo —dijo Sebastián y la verdad no me sorprendió oírlo.

—No creo que sea una idea acertada —mencionó Apolo. Nuestros gritos fueron despertando al resto del equipo. Paúl se colocó del lado de mi hermano y empezaron a interceder por lo que creían sensato.

—Estoy de acuerdo con Sebastián —dije sin pensar.

—Recapaciten. Sebastián, no creas que tendrás garantías porque son tu familia. No estarás a salvo —dijo Apolo.

—Tengo que intentarlo —admitió Sebastián con la mirada perdida, como hacía cuando en su cabeza estaba fraguando el plan que seguiría.

—No es una decisión que debes tomar tú solo. Los generales tienen que saber. Entre todos tenemos que buscar una solución para salvar al pequeño —le dijo Apolo y luego se volvió a mí—: Nuestro padre, Paz, tiene que saber de inmediato. Debemos reunirnos y tomar una decisión conjunta. Hay muchas incógnitas sobre este asunto. ¿Desde cuándo desapareció la doctora Earta? ¿Para qué se llevó al niño? Estábamos tan seguros que Iris se lo había llevado que nos olvidamos de nuestros enemigos.

—Para mí está todo muy claro. Earta siempre estuvo interesada en nuestro hijo. Le es valioso por muchas razones. La primera es su sed desmedida por la ciencia y la segunda es tener en las manos a Karena King y con su nieto, cree tenerla. Ella solo quiere recuperar su posición. Aunque hemos sido cuidadosos, tiene información valiosa para los King, para empezar nuestra ubicación. Tenemos que ir cuanto antes, Sebastián. Podemos llevar un destacamento y no solo rescatar a nuestro hijo, sino también traer a Camil y a Iris —dije.

—Tú te quedas con los tuyos —me dijo Sebastián demasiado seguro de lo que ya había tejido en su cabeza—. Es un asunto particular, iré solo.

—Aún no me das crédito. ¿Acaso no te demostré en el rescate de Apolo de lo que soy capaz? —le discutí a Sebastián.

—No dudo de tu valía, mi amor, pero no quiero perderte. Me arriesgaré porque, aunque no estoy seguro, confío en que mi familia al menos no me quite la vida —admitió sin titubear Sebastián.

—¿Cómo lo pensaste la otra vez? —le recordé que una vez siguiendo su instinto nos hizo pedirle clemencia a los King y terminamos en las fauces del lobo.

—Tengo que confiar, cualquier otra estrategia tardaría mucho más y no puedo arriesgar a nuestro hijo. Sé que no será fácil regresar por mis propios medios. Ellos no me la pondrán fácil, pero, al menos, me dejarán vivir e intercederé por nuestro hijo para mantenerlo lejos de las ideas de Earta. —Nos descubrió Sebastián parte de su plan.

—Arriesgarás la seguridad de la misión, tú estás al tanto de todo. Ademar King II no te dejará tranquilo hasta que te saque toda la información —le advirtió Apolo—. Ten calma, espera a que los generales estén al corriente. Si te fías tanto de tu familia, considera que no le tocarán un pelo a tu hijo.

—Me sería valiosa una guía mental para mantenerme en contacto con ustedes, pero ya no hay tiempo para eso y aunque lo hubiera, no dudo que lo descubran. No sé hasta qué punto pueda mantener a mi araña oculta conmigo, pero tendré que tirar de ella, es lo mejor que tengo. Si tardo en comunicarme, no se desesperen —dijo y se encaminó a prepararse para partir.

Apolo intentó retenerlo, sus palabras siguieron rondando un sin fin de explicaciones que parecían convincentes, pero Sebastián no las oía, incluso yo dejé de oírlas. Solo podía ver sus labios en movimiento. Mi corazón estaba poseído por la cólera. Alguien había mancillado lo más sagrado que yo tenía. Lo vi en sus ojos, Sebastián estaba a punto de detonar al igual que yo. Tal vez, los autocontrolados tenían razón en encerrarlo nada más pusiera un pie en la capital. Sebastián tenía una mirada que engañaba a los que no lo conocían demasiado bien, parecía sereno y respiraba sin dificultad, pero en el fondo quería arrasar con la Sociedad Autocontrolada. Fui a ayudarle a prepararse para el viaje. Apolo nos siguió detrás mientras sus palabras seguían siendo ignoradas por nosotros.

Cuando Sebastián estuvo preparado para partir, con el equipo listo y un vehículo preparado para llegar con prontitud, me le acerqué y le susurré, no demasiado bajo, quería que Apolo lo oyera:

—Me encargaré de que tengas tu guía mental, te estará esperando en la capital, pero no estará en tu cuerpo. Eso sería demasiado arriesgado.

Mi aliada lo ayudaría, me cercioraría de ello. No le develé a Sebastián la identidad de Sara, para que no la descubriesen si las cosas no salían como lo teníamos planeado. Miré a Sebastián con detenimiento para llenarme de él por el tiempo que estaríamos separados. Acaricié sus brazos, me cercioré que sus armas y su araña estuvieran en el sitio correcto. Le recorrí la mejilla con los dedos y él se prendió a mi cuerpo de súbito. Me rodeó con sus

brazos, como hacía rato no lo hacía y me aferré a su torso. Recosté la cabeza sobre su pecho e intenté dominar la emoción que se elevó desde el estómago y se atoró en mi garganta. Apenas se me humedecieron los ojos y Sebastián me susurró al oído cuánto me amaba y todo lo que haría para cuidar de nuestro pequeño, así que respiré profundo y me llené de valor para enfrentar todo lo que se avecinaba.

24



Sebastián se marchó y el vacío que me tragaba fue aún mayor. Regresé al almacén de medicamentos y seguí su consejo, tomé algo para dejar de lactar. Necesitaba enfocarme. La leche fluyendo de mis senos me alargaba la emoción por la falta de mi criatura en los brazos. Ya no había marcha atrás y lo más importante en este momento era recuperarlo.

Apolo me sorprendió por la espalda cuando me tomaba la píldora.

—Sigo creyendo que es un error que Sebastián haya partido tan aprisa, sin un plan —dijo.

—Él siempre tiene uno —le aseguré.

—Somos un ejército. Tenemos que pensar como una unidad, no es posible que cada quien tome decisiones sin consultar al resto. Eso nos divide. Mi hija también está allá y no la quiero menos por quedarme de este lado de la frontera.

—Tu hija aún tiene una oportunidad de escapar, no está en las manos de una científica demente, es adolescente y puede defenderse, además la acompaña Camil. Mi hijo está totalmente expuesto, es un bebé. Tú no podrías ir por Iris, correrías más peligro que Sebastián si decidieras irte ahora mismo a la capital. Sebastián tiene la esperanza de que lo dejen vivir, es su familia. Tiene diez robots arácnidos a su disposición y su guía

indetectable. Tal vez no pueda salir nunca de la capital, pero él confía en hacer lo necesario para alejar a Earta de nuestro hijo.

—Le avisé a nuestro padre, viajará hasta aquí con el destacamento que lo acompañó en cuanto pueda. De ahí seguiremos a nuestro asentamiento. Sebastián dejó varios ingenieros trabajando en la construcción del ejército de arañas y de las guías. Habrá que apurarlos.

—Viajemos de una vez, necesitamos la información de las pantallas para poder ayudar a Sebastián. Papá podrá encontrarnos allá. Dejamos sola a mamá a cargo de diez cámaras que se mueven por toda la ciudad detrás de sus objetivos.

—Mamá ya debe tener ayuda. Sebastián lo dispuso antes de irse.

—Tenemos que avisarle de inmediato a nuestra madre lo que está ocurriendo, si ve en una de las trasmisiones a Sebastián o Abel se quedará en *shock* —dije.

Alertamos a mi madre y nos lanzamos a la carretera. Llegué directo al salón de vigilancia, mi madre nos esperaba ahí, Jonathan también. Jonathan intentó disculparse por haber perdido de vista a Earta y no acepté que cargara con una responsabilidad que no era suya. Ya tenía la inyección para Iris, que cumpliría con la función de mejorar su guía mental y con la de restarle intoxicación.

—Apolo, necesitamos unos soldados que vigilen de manera constante el laboratorio de Jonathan. No sabemos si Earta dejó a alguien para trasmitirles información. Sebastián no sabe en qué fallamos ya que en una misma noche nos robaron al niño, se escaparon los chicos y fugaron Earta y sus colegas. Hubo demasiado movimiento en esa fracción de tiempo y no pudimos detener nada. Estamos en total vulnerabilidad. Jonathan, delega funciones en la clínica a los médicos que creas más confiables, por si en algún momento tienes que ausentarte, para que todo continúe.

—¿Estás pensando que viajaremos de un momento a otro? —me preguntó Jonathan.

—Podría ser, esperamos las órdenes del general Verena y lo que suceda con Sebastián —dije.

—Me alegra escucharlo —me dijo mi hermano—. Creí que desde hoy estabas a cargo del asentamiento.

Ni siquiera reparé en su sarcasmo. No siempre íbamos a estar de acuerdo.

—Max —le dije a mi antiguo entrenador a través de mi libélula—. Te necesito aquí con urgencia.

—¿Qué le asignarás a Max? —dijo mi hermano.

—Ya lo verás —le dije.

Mientras llegaba me sincronicé por la guía mental con Sara, Apolo se lo olió porque no le quitaba la vista a la pantalla donde Sara se proyectaba. Me pidió acceso junto conmigo y acepté:

—*Sara* —se me adelantó Apolo. Ella estaba en medio de un almuerzo con la familia de su esposo—. *No te despegues de Ademar King II ni un segundo. Te diré algo fuerte, por favor, pon tu mejor cara para que no trasluzcas ninguna emoción. Sebastián llegará de un momento a otro*.

Me sorprendió la familiaridad con que se trataron. «¿Cuánto tiempo llevan hablando estos dos? Menos de un par de meses», me dije, pero no les di acceso a ese pensamiento.

—*Sebastián no sabe que eres nuestra aliada* —le dije—. *Es mejor así para él y para ti, pero sí sabe de tu madre*.

—*Mi madre* —transmitió Sara y suspiró.

Ademar King II reparó en Sara ante el sonido que hizo y ella trató de recomponerse. Apolo que no podía disimular delante de nosotros la pasión frugal que se estaba posesionando de su corazón se acercó más a la pantalla, como si de esa forma pudiera ayudarla a ser más fuerte.

—*Tranquila, Sebastián no dirá una palabra* —intenté calmar a Sara para que los presentes en el comedor no notaran su turbación.

—*Tal vez no tenga que decirlo* —transmitió nerviosa—. *Si él viene le sacarán la información que incluso no tiene. Los he escuchado, están muy decepcionados de Sebastián, han dicho cosas de él que no se dicen de un familiar tan cercano*.

—*Sara, Earta Hébert se llevó a nuestro hijo, por eso Sebastián volvió a la capital. No le quedó otro remedio. Esto va más allá de la misión, pero te necesito* —le transmití.

—*No puedo creer que Earta se haya atrevido. Ayudaré a Sebastián a encontrar a tu bebé, Paz* —me aseguró.

—*Sara* —dijo Apolo—. *Él ya está llegando*.

Sebastián nos transmitió la señal indicada a través de su guía. Apolo mandó una de las arañas del comedor a cubrir la entrada de Sebastián. Mi corazón dio un sobresalto. Sebastián siempre me sorprendía. No sé cómo le hizo para llegar en su auto justo hasta los bajos de la residencia King, dejando atrás las garitas de seguridad de la capital y los controles del área

protegida. Estaba de pie junto a su vehículo, con una de sus botas altas amarradas hasta la mitad, con su antiguo uniforme negro, el que usaba para defender la seguridad del tirano. Comenzó a desarmarse con tranquilidad y se me erizó la piel. Primero se sacó el fusil de largo alcance que traía a su espalda, continuó con el arma de su cintura, la de la espalda, la del pecho y un cuchillo en uno de sus tobillos. Sebastián agudizó la mirada ante los guardias que lo recibieron desorientados y emitían el comunicado a la espera de órdenes, sin siquiera atreverse a apuntarle. Los hombres y mujeres de mi sala, parte fundamental del equipo de Sebastián, los que le acompañaron en distintas misiones y le habían seguido a Tierras Inhóspitas, también hicieron un alto y dejaron sus pantallas sin supervisión. Quise decirles que no descuidaran sus blancos, pero yo misma no podía quitar los ojos de la imagen que tenía delante. Apolo se me acercó más y me aferré a su brazo.

Los guardias que recibieron a Sebastián siguieron sin definir un procedimiento. Ellos sabían que Sebastián encabezaba junto con el general Verena al movimiento que había desertado de la Sociedad Autocontrolada, pero también conocían de los anteriores privilegios de los que gozaba el mayor Casals. Vimos a uno de ellos hablar por su guía y comunicarse con la autoridad correspondiente. De inmediato le apuntaron a Sebastián a la cabeza, él no hizo nada por defenderse, ya había entregado cada una de sus armas. Lo esposaron con los brazos atrás de la espalda y le hicieron caminar. Mi corazón latía con tanta prisa que temía que su estruendo abrumara la habitación.

—Todos a sus puestos. No pierdan ni un detalle —pidió mi hermano a nuestro equipo y cada uno reaccionó con rapidez.

Las pantallas estaban encendidas proyectando a sus objetivos, se estaba grabando toda la información obtenida y teníamos oyentes designados para cada una, que iban indicando si algo relevante acontecía y le subíamos el volumen a la más destacada. Desde el minuto que Sebastián apareció en escena se delegó el sonido de las demás pantallas a los audífonos de la persona a cargo. Uno de los oyentes señaló el comedor para indicar que allí lo llevaban. De seguro escuchó algo que arrojó la evidencia.

Cuando Sebastián atravesó la puerta del comedor mi respiración se detuvo unos segundos, tuve que tomar conciencia para no ahogarme. Me impactó el rostro de Karena, perplejo ante el inesperado visitante. Karena ya lo sabía porque hacía rato que había dejado los cubiertos descansando sobre su plato. La mujer no se movió, continuó mirando al frente lo que

sucedía. Ademar King II y su madre, ni siquiera intercambiaron miradas. Tal vez tenían un nuevo sistema para comunicarse o hacía ya tiempo que habían planeado lo que harían con Sebastián si un día lo volvían a tener con ellos. La expresión de Karena me dolió en mi propia maternidad. Un hijo es lo más sagrado, yo lo sabía, nadie me podría decir lo contrario. El mío había sido arrancado de mi lado y me estaba muriendo, y si continuaba viva era para rescatarlo y trazarle un mejor futuro. Unas lágrimas se deslizaron por mis mejillas al recordar a Abel y al observar el amor que Sebastián le profesaba al ofrecerse de carnada con tal de recuperarlo. Karena estaba pálida, por primera vez se tragó sus palabras, las más desgarradoras supuse, las que no se atrevía a decir. Ademar King II le dejó el protagonismo a su madre, en estos asuntos le permitía pronunciarse primero. Sara no nos transmitía ningún pensamiento. La tensión del ambiente fue *in crescendo* hasta casi explotar. Karena se puso de pie, caminó en dirección a Sebastián y él le suplicó al tenerla cerca:

—Madre, ¿dónde está mi hijo? ¿Qué ha hecho Earta con él? —Las lágrimas del amor de mi vida caían sin cesar, pero su voz se mantenía fuerte.

Karena le pasó por el lado a Sebastián sin detenerse siquiera a mirarlo, siguió de largo, atravesó la puerta y abandonó el comedor.

Ademar King II tampoco le dirigió la palabra a Sebastián. Les ordenó a los guardias que lo trajeron:

—Ya saben lo que procede.

Karena avanzó y no se detuvo hasta llegar a su habitación, la atravesó cuan larga era y fue directo hasta una ventana, la que abrió con urgencia, en busca del aire frío que soplaba en el exterior. Tomó una larga bocanada de aire, respiró agitada y medio desorientada dio unos pasos hacia atrás en busca de una silla, donde se cayó de golpe mientras se entregó a un agudo sollozo que le salió de lo más recóndito de su alma. Me quedé aún más impresionada que ella misma. «¿Qué significa esto? Ni Ademar, ni su madre le dijeron una sola palabra a Sebastián. A esa mujer le duele, pero prefiere tragarse su orgullo que mirar a su hijo a los ojos», pensé.

Apolo me tocó el brazo y levanté la vista hacia una imagen frente a mí. Uno de los arácnidos transmitió a Sebastián mientras era conducido por los guardias. Llegaron ante una puerta de metal que veía por primera vez. Ésta se abrió y me di cuenta que era un ascensor, con espacio para unas

cinco personas. Pasaron dos guardias, luego Sebastián y después el tercer soldado. La araña se detuvo antes de colarse en el elevador. Apolo tecleó algo para ordenarle seguir al prisionero de cerca. La araña intentó moverse, pero no continuó para subir con ellos, emitió una señal de peligro. Su avance fue frenado por la seguridad del lugar. El robot araña estaba diseñado para prever cuando cabía la posibilidad de ser detectado y no seguir avanzando. Si descubrían una araña todas las demás podrían caer también.

—Sebastián puede seguir trasmitiendo desde su guía tarántula. Solo indícale que necesitamos que lo haga. Creo que no se ha podido percatar que el robot araña se detuvo.

—No creo que pueda percatarse sin levantar sospechas. Ahora mismo le envío la instrucción.

Antes de entrar al ascensor, el oficial que estaba a cargo le inyectó a Sebastián un sedante que le hizo caer como peso muerto. Imaginé que no querían arriesgarse en un espacio cerrado con Sebastián ni, aunque estuviera desarmado, lo conocían a la perfección.

—¡No puede ser! —dijo Apolo.

—¿Llegaste a comunicarte con Sebastián?

—No. En momentos como estos sería útil la guía mental. Su tarántula estaba lejos de su oído. No vi cómo comunicarme sin que fuera evidente para los otros, los hombres están muy cerca de él.

—Eso no es problema. Ordénale a su tarántula el siguiente paso, sincronízala con la tuya.

—No me responde. Es como si no hubiera comunicación en esa área —dijo luego de intentarlo en varias ocasiones. Me recuerda a los refugios donde estuve una vez. Era un campo sin comunicación. Al menos Sebastián tiene su guía en el estado invisible, cuando despierte nos trasmitirá de seguro.

—Mandaré a las arañas a buscar en los otros pisos, para cuando salgan del elevador seguirles la pista.

Las arañas de Sara, Karena y Ademar dejaron a sus objetivos y se fueron a las siguientes plantas, pero no encontraron a dónde conducía el ascensor. Ni en pisos inferiores ni superiores. A Apolo y a mí se nos acababan los recursos.

—Envía una al cuarto de seguridad, que busque en las proyecciones del sistema de vigilancia de los King —me dijo mi hermano.

—Eso haré. Les indicaré al resto de los arácnidos que busquen algún indicio en los demás sitios. Algo tiene que aparecer. No es un elevador fantasma.

25



No sé si fue un descuido o estaba distraída, pero como no estaba en la sala de las pantallas, obvié colocar la barrera que siempre ponía para cuidar nuestra ubicación cuando hablaba con Sara. Le preguntábamos sobre Sebastián, le habíamos perdido la pista y era urgente encontrarlo. Sara negó tener idea de adónde lo llevaron. Tampoco supo darnos explicación sobre el ascensor. Solo aportó que era reciente, que lo habían instalado después de la revuelta, término que utilizaban los autocontrolados para referirse al día que el general Verena desertó con parte del ejército. Apolo le estaba diciendo algo a Sara, como acto reflejo miré en dirección de mi hermano mientras lo escuchaba. Sara lo interrumpió para decir lo siguiente:

—*¿Apolo? Es tan distinto hablar contigo y poder ver tu rostro. Me hice tantas representaciones mentales de cómo serías*.

—*Aquí me tienes* —dijo mi hermano con una sencillez que desarmaba y que iba más allá del coqueteo usual. Ni siquiera se molestó conmigo por mi descuido al no proteger la imagen de nuestro sitio, ya no hice nada por bloquearle a Sara la imagen del rostro de Apolo.

—*Así que tú eres el hermano de Paz y el hijo del general Verena. Ha sido muy grato conocerte* —le dijo Sara.

—*Yo digo lo mismo, hija de Marcus Roger, pero no me gusta los formalismos. Soy Apolo, el tipo que ha estado molestándote hace casi dos meses a través de esta cosa que tenemos en la cabeza* —le soltó mi hermano.

Ella emitió unas carcajadas. Yo no recordaba haberla escuchado reír con anterioridad, desde que habíamos restablecido nuestra comunicación a través de la guía. Ya no hice nada por desconectar la imagen del rostro de mi hermano. Sara ya lo había visto y él parecía muy complacido, no le preocupaba para nada proteger su identidad. Él se veía contento y no quise arruinarle el momento en que parecía que flotaba por las risas que nos llegaban del otro lado, hasta que Ademar King II apareció en la escena. Sara enfocó por completo a su esposo y carraspeó para darnos a entender que era el fin de la conversación. Sara se desconectó y Apolo se dispuso a correr hasta las pantallas. Lo retuve por el hombro y le dije:

—¿A qué juegas?

—¿Qué te preocupa? —me dijo.

—Ella no es la indicada o tal vez sí, me agrada Sara, pero es la esposa de Ademar King II. ¿A dónde vas con tanta prisa? —dije y puse más esfuerzo para detenerlo—. Terminarás viendo algo que te desagrade y saldrás lastimado.

—Eso significará que estoy vivo. Ella no me debe nada, apenas la conozco, pero me gusta. No tengo derecho siquiera a sentir celos y no los experimento. Pensé que nunca sentiría algo parecido a lo que tuve por Dafne. Ella ha despertado algo en mí que llevaba mucho tiempo dormido. Me ha hecho renacer.

Entramos y nos instalamos frente a la pantalla que proyectaba al joven matrimonio King en su dormitorio. Vimos a Sara sondear a Ademar hasta atreverse a preguntarle:

—¿Dónde tienen al hijo de tu hermano? —le dijo Sara a su esposo.

—No creo que sea de tu incumbencia —le respondió King.

—Sebastián es tu hermano, el niño es tu sobrino, es el primo de nuestro hijo. Podrían ser los compañeros perfectos de juego, así como lo han sido William y tú.

—No me salgas con esas idioteces, por favor. Ya una vez mi madre lo intentó con Sebastián y nos salió demasiado caro.

—Es solo un bebé.

—Sebastián lo era cuando llegó a nuestras tierras y mira todos los problemas que ha causado. No te inmiscuyas en nuestros asuntos. Mejor acércate y calienta mi cama, estoy deseándote.

Pude ver que Sara quedó pálida ante la invitación de su marido. Se acercó hacia él con timidez, como autómata. Ademar cambió su expresión, su ira y su maldad se le esfumaron del rostro y apareció una sonrisa decente. Le susurró unas cuantas palabras dulces y ardientes a su mujer, lo desconocí por completo. Me di cuenta que, aunque parecía enfocado todo el día, sí que sabía relajarse. Se abrió la camisa, bebió de su copa de licor y luego derramó el vino sobre sus pectorales. Sara se puso más pálida aún y comenzó a tartamudear.

—¿Qué carajo te pasa si nunca eres tan fría? ¿No deseas a tu hombre hoy? —le dijo Ademar con una sonrisa sin una gota de reclamo, más bien parecía un juego preliminar.

—¿Qué estupideces dices? —dijo Sara y se lanzó a sus brazos. Me tragué el suspiro, estaba al gritarle a Sara a través de la guía que reaccionara.

Más de uno en la sala se distrajo de su pantalla para enfocarse en la de Sara. Ella bebió el vino que se escurría por la piel de King. Apolo estaba serio, cada vez más asombrado ante la mujer que tenía delante. Apagué la pantalla de una vez ante los reclamos tanto de hombres como de mujeres en la sala.

—¿Qué les pasa? Cada quien a lo suyo —les pedí.

—¿Por qué nos quitas la diversión? ¡Qué amargada! —bromeó uno, el más joven del equipo.

—Es una distracción innecesaria, regresa a lo tuyo —le dije.

Yo sabía por qué lo hice, para no exponer a Sara delante de los demás y menos ante mi hermano. La dejé tener un poco de privacidad. Apolo se enfureció e intentó encender la pantalla y me negué. Lo agarré de la solapa y salimos afuera, donde nadie pudiera escucharnos:

—Nuestros colegas no saben que ella es la aliada. La cara de espanto que puso Sara, al pensar que la verías acostándose con su esposo es suficiente para que alguien sospeche. ¿No crees? Ya habíamos hablado de esto. Una cosa es la guía mental que la puedes apagar cuando quieres y otra muy diferente es la araña que le asignamos. Es una invasión total a su privacidad, déjala descansar unos minutos —le dije a Apolo.

—Pero estaban hablando de tu hijo, tal vez Sara pueda sacarle información —me dijo.

—De ser así ella nos lo informaría.

—Odio en lo que te has convertido. Ahora quieres tener el control de la misión. No recuerdo haber estado bajo tu mando —me dijo.

—Y yo recuerdo perfectamente que hace unos minutos afirmaste que no sentías celos y que podías controlarte. ¡Cálmate! Ella no te conviene y no porque no sea fantástica. Involucrarte con tu compañera de misión no es lo más sensato. La expones a este tipo de emociones que no le convienen.

Sara, mi nueva amiga, ahora que estábamos siendo sinceras la una con la otra, me había revelado que, aunque despreciaba a Ademar King II, aún le atraía como hombre y demasiado. No sé qué se traía ella con mi hermano, si también le simpatizaba. No me correspondía juzgar los sentimientos de dos adultos. Sara merecía las atenciones brindadas por alguien como Apolo, pero yo temía por ambos, sobre todo por él.

26



Dejé a mi hermano a solas con sus cavilaciones y me fui tras la pantalla que me interesaba, la araña que tenía la misión de encontrar en dónde habían encerrado a Sebastián. Las arañas, según sus asignaciones, habían peinado la residencia King y el Instituto de Planificación Familiar y no habían encontrado el más leve rastro de mi hijo, de Earta Hébert o de alguno de los doctores que huyeron con ella. Deseé que la araña que buscaba a Sebastián tuviera mejor suerte y diera con él de una vez.

Recordé la última vez que me tuvieron prisionera dentro del Departamento de Defensa. Quise creer que había una gran posibilidad de que Sebastián estuviera ahí. Me dispuse a seguir con la vista la trayectoria de la araña más próxima, la designada al departamento y me cansé de esperar. Todos en la sala observábamos las trasmisiones. Casi a la vez, varios de los objetivos se pusieron en movimiento. Karena ya estaba en su auto, lo mismo que Ademar King II, el arácnido destinado para él lo persiguió desde la puerta de la habitación de Sara. Apolo al ver a Ademar partir, se dirigió a la pantalla donde recibíamos a Sara y la encendió, tras lanzarme una mirada donde me reprochaba, según él por la información que perdimos, más que por sus sentimientos hacia la esposa de King.

El director del CDIA, en otra proyección, volvió a introducirse en aquel recinto, al cual nuestro robot arácnido no se atrevió a pasar, porque se percibió vulnerable a las medidas de protección del lugar.

—¿Qué tendrá ese sitio que la araña asignada al CDIA no accede? Es lo mismo que en el ascensor de la residencia King —dijo Apolo.

—Un sistema de seguridad infranqueable por ahora para nosotros. Indica al arácnido que investigue y reporte la causa —pedí.

La orden fue dada. La araña de King y la de Karena treparon a sus respectivos vehículos y se fueron con ellos a su destino, el que pronto nos sería revelado.

—¿Irán a reunirse con Sebastián? —pregunté—. ¿O se dirigen al sitio donde tienen a mi hijo? Hemos peinado el instituto y la residencia King. ¿Dónde más pueden estar?

—A Sebastián no lo han sacado de la residencia King, las arañas lo hubiesen detectado.

—¿Y por qué no hemos dado con él? Necesitamos unas libélulas, unas tres o cinco —dije—. Las libélulas tienen más alcance de desplazamiento y pueden ser más rápidas.

—Recuerda lo que dijo Sara, renovaron la seguridad de la mansión después que nuestro padre salió de la capital con parte del ejército. Tal vez hicieron lo mismo con otros sitios de la ciudad.

Sara permanecía tendida en su cama, con la cabeza sobre la almohada y la mirada clavada en el cielo raso. Apolo se comunicó con ella mediante la guía y me dio acceso:

—Sara tu esposo y tu suegra salieron al unísono en diferentes autos, ¿sabes a dónde se dirigen?

—¿Apolo? —dijo incorporándose de pronto, cómo quien es sorprendido por alguien que no esperaba—. *No. Ademar me dijo que saldría, pero no quiso darme explicaciones. En cuanto a Karena desconozco el motivo de su ausencia.*

—Es buen momento para que indagues acerca del paradero de Sebastián, tiene que estar en la residencia, no hemos visto ningún movimiento raro que evidencie lo contrario —le dijo Apolo.

—Lo haré ahora, antes que regresen. Paz, no creo que Ademar sepa nada con respecto a tu hijo —dijo Sara—. *Estuvimos hablando y até varios cabos. Si Earta lo sustrajo me cuesta creer que sea por algún tipo de pacto con mi*

esposo, él la considera una traidora mucho antes de que desertara con ustedes, no la perdona desde el desfalco y las malversaciones de Hébert. Ademar piensa que ella sabía de todas las mañas de su esposo y que miente solo para protegerse.

—*De acuerdo, estaremos pendientes* —le dije.

—*Sara, tú busca a Sebastián. Averigua a dónde conduce la puerta por donde entró la última vez que lo vimos. Parecía un ascensor, pero ya no estoy seguro porque no conduce a ninguna parte. Paz se quedará en trasmisión contigo. Si me necesitas solo háblame. Estaré siguiéndole el rastro a los King* —le dijo mi hermano a Sara y nos dejó a solas.

—*Comencemos a buscar a Sebastián* —le requerí.

—*Espera. Antes quiero decirte algo. Sé que yo pedí aliarme con ustedes y que me dejaron muy claro los pros y los contras. Entiendo la importancia de las transmisiones constantes y te digo la verdad, llega un momento que se me olvida que vivo en un reality show, no solo por ustedes sino también por la seguridad de la residencia, pero hay espacios donde requiero total libertad: mi habitación, los momentos que comparto con mi hijo y cuando necesite estar realmente sola.*

—*Sara, sé por qué lo dices. Tu privacidad está a salvo con nosotros. Yo misma apagué la transmisión cuando vi que era necesario.*

—*Me tranquilizas.*

—*Ni Apolo, ni nadie vio nada que no le incumbía ver* —le dije.

—*Vamos, estoy lista.*

Sara abandonó su cama y tras cambiarse de ropa se dirigió hacia la puerta de la que hablamos. La observó, estaba herméticamente cerrada. Intentó entrar y comprobó que su guía convencional no tenía acceso a la misma. De eso concluimos que solo personal autorizado podría tener acceso. Inspeccionó pisos abajo y arriba, para ver lo que había justo en la misma área y comprobó que en línea vertical con la puerta del ascensor, lo que había era una pared sólida que descartaba la teoría inicial del elevador. Intercambiamos opiniones y le aseguré a Sara que cuando la vi abierta era lo más parecido a un ascensor.

—*Es que es imposible. Hacia arriba y hacia abajo si trazo una línea recta desde la puerta solo hay pared, lisa y sin evidencias de alteraciones.*

—*¿Pero a qué pertenecen las áreas correspondientes?* —le pregunté.

—*Si desciendo un piso está la biblioteca, así que lo que hay bajo el sitio del supuesto ascensor es un trozo de la misma. Arriba hay una habitación para invitados y hacia arriba un gimnasio.*

—*Lo recuerdo. Ahí entrenaba con Max* —dije.

—*Luego está la azotea*.

—*¿Has visto algo diferente en el gimnasio?*

—*No, desde que estuvo en remodelación dejé de acudir, mi entrenador me asignó otra área de la residencia, acondicionada solo para mí*.

—*Lo más seguro es que ya no sea un gimnasio y utilizaron el área para disfrazar algo. Ahí han de tener a Sebastián. ¿Puedes averiguar? Pero ve con cuidado*.

Sara subió los pisos necesarios y se sorprendió cuando la puerta del gimnasio se abrió con completa efectividad ante la presencia de su guía. No obstante, no se movió de la misma.

—*¡Qué fiasco!* —le transmití—. *Sigue siendo el gimnasio*.

—*¿No ves algo diferente?* —me dijo—. Se siente extraño.

—*¿Será por la remodelación? Todo está ubicado en diferente lugar* —dije, pero mi visibilidad no era tan amplia como la de ella. Me limitaba a la imagen que transmitía la araña y si cerraba los ojos, para no confundirme con tanta información visual, veía lo que me transmitía Sara.

—*Siento algo raro, como si estuviera en otro sitio y no es por la ubicación de los muebles. El sitio se siente más pequeño. Justo allí, puedes ver ese armario nuevo* —me dijo enfocando hacia un rincón.

—*Sé por dónde vienes. Es nuevo y lo suficientemente grande para enmascarar algo*.

—*Iré a abrirlo. Está ubicado justo encima del elevador*.

—*Aguarda* —le pedí—. *Si llegas y lo abres lo van a captar las cámaras de seguridad y les podría parecer sospechoso*.

—*Nadie va a desconfiar de mí* —dijo con falsa modestia—. *Disculpa, lo haré de otro modo, pero me tomará más tiempo. Le pediré a mi entrenador regresar al gimnasio*.

—*Inténtalo, pero te tardarás demasiado. También podrías desconectar unos minutos las cámaras de seguridad y revisar sin que ninguna te grabe*.

—*¿Me estás sugiriendo que lo haga? Eso será difícil… Puedo hacerlo. Tendría que arriesgarme tarde o temprano*.

—*Tuve que hacerlo en alguna ocasión y no es tarea fácil. No aquí. Por fortuna ya hemos desarrollado tecnología que nos facilitará muchas cosas. Dame unos minutos. Te aviso cuando puedas acceder y no solo para abrir el closet, también revisarás la habitación de abajo*.

No le di muchas explicaciones a Sara. Envié a su araña a manipular las cámaras que grababan los espacios que Sara requería investigar. Cuando regresé con ella aún seguía esperándome. Me tragué mis palabras. La imagen de una persona quedó congelada en la trasmisión. William estaba parado frente a Sara. Los oí conversar:

—¿Así que viniste a conocer las remodelaciones? —dijo él.

—Más o menos. Me gustaba entrenar aquí antes que me asignaran un sitio solo para mí —mencionó Sara.

—¿No prefieres la exclusividad?

—Este sitio es más grande. Me gusta. Creo que hablaré con mi entrenador para regresar.

—¿Y tú has venido a ejercitarte? Te lo pregunto porque no te veo vestido para la ocasión —le dijo ella.

—No. Pasaba por aquí y me llamó la atención verte. ¿Nos vamos?

—Creo que me quedaré. Revisaré de cerca las máquinas para entrenar. Soy muy metódica y quiero estar segura antes de mi decisión.

William siguió de largo y Sara lo observó hasta que dobló en el siguiente pasillo. Ella me dijo:

—*Casi me sorprende. ¿Realmente crees que sea una casualidad?*

—*Pudiera ser. Tal vez se dirige a donde tienen a Sebastián.*

—*¿Quieres que lo siga?* —preguntó.

—*No. Eso está cubierto. Ya nos ocupamos de las cámaras. Revisa el armario lo más ágil que puedas y luego baja a inspeccionar la habitación de huéspedes.*

—*Temo que William regrese y me vea justo abriendo el armario.*

—*Si eso ocurriera te avisaría antes que él pisara la puerta. Anda* —la insté.

La vi caminar hacia el closet mientras pensaba en William y las coincidencias. Me giré hacia Paúl que era quien vigilaba las transmisiones de William y le dije previo a desconectarme de Sara:

—No quiero más sorpresas, Paúl. Pon el plano del edificio a tu alcance. ¡*Hey*! Todos, por favor, estén al tanto cuando un objetivo se acerca a otro y avisen con suficiente tiempo.

Volví a mi transmisión con Sara para quedarme tan boquiabierta como ella al comprobar que tras las puertas del closet solo había pared.

—*Es una fachada* —dijo Sara—. *Este armario falso ocupa la misma superficie que el elevador. Creo que sigue por dentro de los muros y no tiene puerta de acceso en este nivel*.

—*Podría ser que lo que buscamos está en la habitación de abajo*.

Sara bajó para cerciorarse lo que ya nos temíamos. La habitación también había sido reducida y no tenía una puerta falsa como el gimnasio, pero se veía perfectamente la prominencia en la pared de dos muros perpendiculares correspondientes al elevador.

—*Aquí está el ascensor, también sin acceso desde este piso* —dijo Sara.

—*Creo que solo tiene una puerta de entrada y una de salida. Habrá que revisar los pisos inferiores o el sótano*.

—*No hay nada en los pisos inferiores. Nada como esto que ya estuvimos viendo. Además, me aseguras que no has podido rastrear el transmisor de la guía de Sebastián desde que entró por esa puerta. No es un ascensor común. Ya no hay más nada arriba… La azotea* —recordó Sara y sin que yo se lo sugiriera ya estaba corriendo hacia uno de los ascensores convencionales de uso común en la propiedad.

En el techo de la residencia King, justo encima de la zona cubierta por el elevador estaba una puerta. Me aseguré que la araña de Sara manipulara las cámaras de seguridad para que mi amiga no fuera captada. Ella intentó acceder mediante su guía y ocurrió lo mismo que con las otras, no respondió ante su guía convencional.

—*Vete de ahí* —le transmití—. *El elevador es una vía de escape que solo pueden usar los King. Sebastián no está en la residencia. Se lo llevaron por aire. No entiendo nada. ¿Por qué aún no se ha comunicado con nosotros?*

27



Apolo y yo salimos un par de minutos de la sala de vigilancia a respirar otros aires. Nos pusimos a comentar nuestra búsqueda infructífera de Sebastián y terminamos hablando de otra cosa:

—He escuchado a algunos hombres comentar entre ellos que mi padre nunca debió haber abandonado la capital, que debió haber dado un golpe de estado —le dije—. ¿Tú opinas lo mismo? ¿Crees que perdimos terreno al alejarnos todo este tiempo?

—Solo si los intereses de nuestro padre hubiesen sido esos. Papá no quería diferir con los King. Nuestras diferencias con la familia en el poder lo orillaron a alejarse, no creo que ambicione el puesto de King —me dijo él.

—Ni yo. Más bien pienso que la vida lo está arrastrando a tomar decisiones que nunca imaginó. Si Ademar King II nos hubiese dejado en paz hubiésemos continuado por nuestra cuenta. Podríamos fundar una nueva ciudad en las Tierras Inhóspitas y olvidarnos del resto. No cometeríamos ningún delito ni contravendríamos ninguna regla si reclamáramos las tierras que no son de nadie y que no pertenecen a ninguna otra nación. Al final siempre estuvieron ahí y ningún líder las quiso. La población mundial no es suficiente todavía para repoblar todo el planeta. Es una opción más saludable que la de pelearnos con la UNA o la

Sociedad Autocontrolada. Sería nuestro sitio, para todos los que discrepamos de las dos alternativas que rigen en el mundo.

—Eso intentábamos hacer. Solo que para los que tienen el poder hoy no les resulta tan interesante. Es más competencia. ¡Tierras Inhóspitas! —analizó Apolo el nombre—. He leído el diario de Iris. Mientras más lo leo, creo que no es correcto que un padre se inmiscuya en los asuntos de su hija adolescente.

—Lo dejó para que tú lo leyeras, es lo que creo. Si no es así es una buena forma para que la puedas conocer. Ser padres no viene con un manual lleno de procedimientos para la toma de buenas decisiones —dije.

—Sabes una cosa. Estuve hablando con mamá. Dice que no entiende por qué Iris tiene una guía mental. Se le hace extraño porque había un requisito en las consideraciones éticas con respecto a la mayoría de edad.

—¿A qué viene tu comentario? —le dije.

—Es raro, ¿no te parece?

—Era Dafne.

—Eso es cierto. En fin, creo que Iris tiene razón sobre cambiar el nombre de Tierras Inhóspitas por otro que suene más hogareño, un lugar a donde se desee regresar —dijo.

—¿Ya estás pensando en quedarte aquí para siempre? ¿Qué hay de América Libre?

No pudo contestarme, Paúl vino a decirnos que las arañas trasmitieron la llegada, casi a la par, de los vehículos de Ademar King II y su madre al Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial. Los King entraron sin siquiera mirarse, uno seguido del otro, con paso firme, directo al sitio donde nuestras arañas se quedaron con la puerta metafóricamente cerrada ante sus patas delanteras.

—¿Qué rayos se traerán esos dos con el director del CDIA? —dijo Paúl.

—Espero que no tenga nada que ver con Sebastián —añadí.

—Si Sara y tú creen que se lo llevaron por aire lo más lógico es que lo hayan llevado al Departamento de Defensa. Hay algo que no entiendo. ¿Por qué una vez que salió del elevador y del área de comunicación restringida no se comunicó con nosotros? —mencionó Apolo.

—Recuerda que se lo llevaron dormido —le dijo Paúl.

—No importa. Podríamos habernos comunicado con su tarántula o al menos rastrearla —sostuvo mi hermano.

—¿Y su tarántula sí pudo entrar al elevador? Raro, ¿no? Las arañas que tenemos asignadas a nuestros objetivos no han podido acceder a ese tipo de áreas —dije.

—Son diferentes. La tarántula es una guía. Las arañas son robots que tienen similitudes de desempeño como la invisibilidad, la sensibilidad, etcétera —dijo Paúl—. No accedió, estaba sujeta al antebrazo de Sebastián cuando la introdujeron.

—Pudo soltarse y no lo hizo —dije.

—También espero que no tenga nada que ver la visita de los King al CDIA con Sebastián —dijo Paúl mientras Apolo muy serio seguía observando la puerta por la que entraron los King y el director del Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial.

—Creo que tendremos que consultarle a papá antes que nuestra asignación se nos vaya de las manos —dije—. Parecía simple, pero sin Sebastián aquí, nuestro conocimiento militar es limitado y necesitamos a alguien más familiarizado con los procedimientos autocontrolados. Lo siento, hermano.

—No te disculpes estoy de acuerdo contigo —dijo Apolo—. No creo que no estemos capacitados para esto, el equipo que tenemos fue escogido por Sebastián, mamá nos ayudó a darle forma a la labor encubierta de las arañas, pero nos hemos quedado sin salidas. Consultemos otra opinión.

Le expusimos los hechos al general y fue muy claro.

—Necesitamos un *hacker* de los que vinieron de la capital. Otra opción muy buena sería un anillo espía para tu aliado, aunque no sé si esté dispuesto a correr el riesgo. Funcionó muy bien en una ocasión. Le podríamos hacer llegar el anillo con uno de los robots arácnidos, así podríamos acceder a otro tipo de información como las guías de los King y del director del CDIA.

—No sé cómo no se le ocurrió antes a mi madre o a mí —dije quitándome la alianza que me entregó Sebastián como símbolo de nuestro amor.

En este tipo de conversaciones, eché de menos la típica frase de mi padre «Todo estará bien, hija», tal vez él veía hacia el horizonte y percibía mucha oscuridad. Le entregué el anillo a mi hermano para que lo hiciera llegar a dónde fuere necesario.

—Puedes borrar toda la información, la tengo respaldada. Por favor, que lo haga un especialista para que no queden rastros.

Busqué en mi cuello los dos collares, el mío con la imagen distorsionada, tal cual la apreciaba Sebastián y el relicario regalo de mi madre, del que Sebastián se había adueñado, el que me dejó antes de abandonar las Tierras Inhóspitas. Los acaricié.

—También necesitaremos al *hacker*, una vez que gracias al anillo recopilemos las contraseñas e información necesaria, me será necesario para vulnerar la nueva seguridad del Departamento de Defensa —dijo el general Verena.

—¿Piensas tomarlo, papá? —le pregunté.

—Hija, concéntrate en tu misión —me contestó. Con eso supe que ni los privilegios por ser su hija me iban a permitir conocer los planes que mi padre y el resto de los generales tenían para la Sociedad Autocontrolada.

—Aquí en la sala hay varios de los que trabajaban con Sebastián cuando estaba a cargo de la seguridad de los King —dijo Apolo.

—Búscame al más hábil y pon a otra persona en su lugar. Dile que lo espero en mis oficinas.

Para cuando Ademar King II y Karena abandonaron el CDIA, nosotros seguíamos sin tener idea de por qué habían acudido a aquel sitio, pero ya teníamos un plan para descubrirlo. Mi hermano me palmeó el hombro y me sonrió.

—Papá me dio noticias del rescate de Iris —dijo Apolo—. Ya está con nuestros aliados y en marcha hacia Tierras Inhóspitas.

—Es bueno saberlo. ¿Y Camil? Me siento responsable de ese muchacho desde que Sebastián está en apuros.

—Viene con ellos. Pondré fin a la relación entre ellos en cuanto arriben.

—¿Estás hablando en serio? —le dije a Apolo—. No te entiendo. Eres el ser humano más maduro y razonable que conozco y como padre… —me tragué las palabras para no lastimarlo.

—¿Soy un fiasco? ¿Es eso?

—No soy nadie para juzgarte —le dije besándole la frente—. Tienes que bajarle un poco al drama. Inténtalo. Iris terminará haciendo lo que le dé la gana, ya lo has visto. Tiene los genes de la madre, creció los primeros años de su vida con Dafne y se le parece bastante.

—Más de lo que quisiera.

—Respira cada vez que la sangre comience a hervirte, no soy quien, para darte un consejo, no pude evitar que Earta se llevara a mi pequeño.

—Todo estará bien —me dijo y me abrazó. Le agradecí por aquellas palabras, con las que papá me tranquilizaba y ahora lo hacía él.

28



Como mujer que soy, los hombres terminan por parecerme tiernos, aunque en verdad no lo sean, como un tigre o un león que ves ronroneando —si es que lo hacen—, con ese pelaje que se presume tan suave y tan propicio para acariciar tirados una tarde cualquiera, descansando con una mirada inocente que puede volverse feroz al menor descuido. Y es que pueden ser tiernos si se lo proponen, pero también letales. Reflexionaba esto al recordar a Sebastián, desvanecido mientras lo introducían al elevador y desde ese instante todo lo que concernía a él era un vacío para mí. Si no lo hubieran drogado, la ternura de sus ojos cerrados, la placidez de su rostro, y sus brazos caídos a lo largo de su cuerpo hubiesen reflejado toda la ira de un padre al que le arrebatado el mayor de sus tesoros.

Estaba acurrucada en un sillón en la antesala de la oficina de mi padre. Era como en mi niñez, cuando veía desfilar a los oficiales que se reunían con él en su despacho para asuntos de estado, mientras yo permanecía ajena, en mi universo. Algunas palabras entre ellos quedaban al viento y las podía oír, diferente a la misma escena en mi infancia, en la que no sabía nada de lo que trataban, ahora era parte de su ejército, aunque con las limitaciones propias de los rangos. Tal vez mi padre desconocía, que no perseguía su mismo objetivo, al romper con los preceptos que él me había

inculcado. Rectifiqué, que la Sociedad Autocontrolada me había inculcado, porque mi padre nunca me había presionado, ni me había lavado el cerebro con los principios morales que pululaban en nuestra antigua parte del mundo. En esas estaba cuando noté por más de una vez que los generales mencionaban «La búsqueda del arcoíris», así le había denominado Sebastián a la anterior misión de rescatar a Iris y a mi hijo, cuando creíamos que estaban juntos.

Apolo me metió de pronto en una conversación, una transmisión de guías mentales. Al principio pensé que era con Sara y luego me percaté que no.

—*Por favor, continúa en línea con Iris porque no puedo seguir. Estaré conectado, pero necesito que estés a cargo. Sé el enlace entre ella y los hombres del general que están dispersos por la zona. Saldré hasta la frontera con el destacamento que conformó papá. Me cansé de buscarte, con tanto alboroto olvidé que era más fácil localizarte con la guía*.

—*¿De qué estás hablando?* —le transmití a mi hermano.

—*La misión de rescate de Iris fracasó, los emboscaron. Camil está herido, pero pudo escapar, a Iris la están trasportando, pero no sabemos a qué sitio. Dos de los aliados de nuestro padre perecieron en el asalto. Creo que había un espía o algún dispositivo de rastreo porque los emboscaron justo antes de cruzar la frontera con Tierras Inhóspitas. Dile a Jonathan que me dé el antídoto, voy a buscarla, no tengo tiempo que perder*.

Corrí hasta la clínica a buscar a Jonathan. Tomé precauciones para bloquear la información que Iris recibía de mi parte, salvo mis palabras. Me concentré en todo lo que ella pudiera aportar que fuera relevante. Iris estaba aterrada, con una capucha negra al parecer alrededor de la cabeza porque no veíamos nada.

—*Tranquila, princesa. Le susurré. Tu padre no dejará que te pase nada, ahora mismo está buscando la forma de rescatarte* —le hice llegar.

—*Me sofoca la capucha que me han puesto*.

—*No temas, es para que no veas el lugar a donde te llevan, pero daremos contigo, descuida. Ahora mismo nos estamos ocupando. Dame todos los detalles que recuerdes*.

—*Son robots humanoides, no llevan el típico uniforme de la guardia de los King*.

—*Eso, querida. Dame más información* —le pedí.

—*Eran más de veinte. Me costó trabajo reconocerlos, casi los confundo con humanos porque traían otra vestimenta y tienen un tono de voz más*

fluido. Usan una guía, parecida a la convencional, pero con las características de las que usan los militares. Vestían de color gris.

Mientras me acercaba a la clínica, vi a mi padre de lejos que salió con sus hombres. Seguí hasta Jonathan con el dolor en el pecho de verlos partir sin siquiera digerir la noticia. En tres palabras le pedí el antídoto a Jonathan y corrí hasta el destacamento con la caja para Iris. Se la entregué a mi hermano, tomé la precaución de bloquear a Iris para que no me escuchara, pero sin desconectarme y le dije a Apolo:

—No le harán daño. La necesitan viva, lo sabes.

—¿Estás segura? Porque yo no. No me queda claro si Earta sabe que Iris es como tu hijo, que tiene las mismas características que ella busca en Abel.

—Escucha esto si quieres tranquilizarte. El modelo de Max puede programarse según diversas funciones, una de ellas es la de entrenar, como tantas otras. Hay cinco series de robots humanoides con su rostro, estatura y demás especificaciones.

—Sabes demasiado del tema y no entiendo qué tiene que ver. ¿Cómo lo supiste?

—Me gusta escuchar a las personas y preguntarles acerca de sus intereses. Conversaba mucho con Max. Déjame terminar de hablar.

—Ese es el detalle, Max es una máquina —enfatizó Apolo.

—Lo sé. Le he hecho preguntas acerca de sus características porque son estupendos conversadores y me gustaba hablarle. Él me explicó que lo que nos ayuda a diferenciarlos son los uniformes que visten, así como el código que les asignan, algo que puede modificarse si lo adquiere un nuevo dueño. Max pertenecía a la familia King.

—Y debe estar reportado por haberse dado a la fuga.

—Yo destruí a Max en mi entrenamiento para acceder al equipo médico de Ademar padre, no sé si lo recuerdas o si te lo comenté en aquel tiempo. Sebastián lo recompuso para mí porque sabía de mi apego hacia Max y al reasignarlo le modificó el código para que los King no lo reclamaran. Ya lo habían desechado como chatarra. Le asignó un código del Departamento de Defensa, ya que en ese momento mi padre también requirió de sus servicios.

—De seguro ya lo reportaron como perdido —me dijo.

—No lo creo porque su misión está siendo un éxito. ¿Recuerdas lo que le encargué a Max? Le pedí que se infiltrara en el Departamento de Defensa y trabajara como uno de los robots del sitio. Ya está allí.

—¿Cómo se te ocurre haberlo hecho sin consultar con nadie más? Si lo descubren pueden acceder a su memoria y obtener incontables datos sobre nosotros.

—Hasta ahora no lo han descubierto.

—¿Cómo se ha comunicado contigo?

—Él no lo ha hecho. Yo le pedí que no nos contactara por seguridad, pero le asigné una araña en el momento en que tú y Paúl se descuidaron. Mamá lo sabe.

—¿Están confabuladas?

—Estamos aguardando el momento en que Sebastián aparezca, para que tenga un aliado poderoso y encubierto que le ayude a dar con nuestros hijos.

—El problema es que Sebastián no aparece. Es un plan arriesgado, Max sabe demasiado de nosotros y carece de emociones, podría develar todo si manipulan su sistema.

—Max ha cumplido con éxito la misión encomendada y en cuanto llegues a la capital, porque sé que te vas a infiltrar, él te cuidará la espalda.

—No lo necesito.

—Solo te estoy avisando, no quiero que te exaltes cuando veas a unos de los humanoides acercarse a ti. Te trasmitiré la imagen de su código para que no te confundas y contactaré con él a través de su arácnido para darle indicaciones.

—Me encantaría ver la cara del general cuando le informes que continúas moviendo hilos a sus espaldas.

—No es para que te enojes. Max será de mucha ayuda para ti. Puede pasar más desapercibido que cualquiera de los aliados del general.

—Anda, explícaselo a papá —me dijo mientras se subía en el vehículo que lo sacaría de Tierras Inhóspitas—. Si quieres deja abierta tu guía mental para mí, para que no me lo pierda.

29



«La búsqueda del arcoíris es el nombre en clave que le dio mi padre a la misión de rescatar a sus dos nietos y al sobrino de Sebastián de la Sociedad Autocontrolada. Primero, partió Sebastián, lo que no fue parte del plan de mi padre y lo perdimos. Ahora partió mi hermano y temo que corra la misma suerte. La búsqueda de Iris, encontrarla no sólo para protegerla sino también para que reciba el medicamento que neutraliza los efectos negativos de la guía mental en su estado primario. La búsqueda de mi cielo, mi todo, mi Abel. La búsqueda de Camil, el chico que fue encontrado por el primo perdido y arrebatado de su primer hogar». Pensaba mientras trataba de encontrar las palabras para pararme frente al general Verena y decirle que yo había mandado a Max al Departamento de Defensa, poniendo en riesgo mucha información valiosa para nosotros. Cuando papá supiera que había funcionado tendría que ablandarse. Estuve caminando de un lado a otro y no sé cómo llegué hasta el establo. Allí me encontré con Alejo que me miró con el azul indefinido de su mirada.

—¿Paz? —dijo sorprendido.

—Hola, Alejo.

—Siento tanto lo de tu hijo, de veras. Quisiera ayudar más. Iris y Camil se fueron y tengo que sacar adelante a estos caballos. No se me da

muy bien, pero lo intento, para que cuando Camil regrese se contente al verlos. ¿Han sabido algo de ellos?

—Están en problemas —le dije y no sentí la necesidad de protegerlo de las noticias.

—No sé por qué regresaron, la Sociedad Autocontrolada apesta.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté perpleja.

—Es lo que dicen —titubeó.

—Para repetir lo que has oído de otros hay que constatar los hechos, creo. Es una opinión muy fuerte decir que un sistema apesta sin siquiera conocerlo.

—Ustedes luchan contra él.

—No me voy a poner a reflexionar sobre eso ahora, tengo asuntos más urgentes en qué pensar.

—Si dije algo que no debía, lo siento —dijo y puso una cara tan tierna que me ablandó por completo.

—Tenía que celebrar una fiesta para ti y con tantas cosas que han ocurrido lo olvidé, discúlpame.

—Pues ya cumplí quince y créeme ni yo tuve ganas de celebrar. Los soldados que se ocupan conmigo de los caballos me celebraron a su forma y fue suficiente.

—Te haré la fiesta cuando salgamos de todo esto. Ahora tengo que enfrentar a mi padre, tengo algo que decirle que no le gustará. Me siento como si tuviera tu edad y tuviera que confesar una travesura.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—Tal vez. Acompáñame —le dije y Alejo me siguió detrás con presteza.

Cuando llegué a la antesala de la oficina del general le pedí a Alejo que esperara justo en la silla que yo había ocupado antes. Le dejé ahí y me planté delante de mi padre.

—¿Qué quieres, Paz? ¿Algún dato nuevo? ¿Cómo está mi nieta? —preguntó papá.

—Mamá está conectada con ella ahora. Está encerrada en una pequeña habitación en un lugar que desconocemos. Nunca lo había visto. Le quitaron la capucha hasta estar dentro del cuarto.

—¿Necesitas decirme algo?

—Tengo dos cosas que decirte.

—Rápido, dime. Ojalá me traigas buenas noticias porque con mis nietos, mi hijo y Sebastián del otro lado estoy al ordenarle al ejército de Tierras Inhóspitas que desfile sobre la capital y no creo que en este momento sea buena idea.

—La primera es que encontré el *hacker* que estabas buscando.

—¿No me habías asignado a uno, de los que trabajaban con Sebastián? Ya lo tengo trabajando.

—Sí será útil, pero el que te traigo ahora es diferente y puede colaborar con el otro. Es de la calle, no es militar y siento que tiene cierta frescura y perspicacia.

—Si lo dices, tendré que entrevistarlo. ¿Qué más ibas a decirme?

—Tenemos un nuevo aliado en el Departamento de Defensa.

—¿Y cómo? Conozco a todos, ¿por qué llegó a través de ti? ¿Te lo informó tu aliada?

—No. Yo le asigné introducirse en el departamento, es Max —dije lo más rápido que pude antes de arrepentirme y obvié el tiempo que llevaba allí y la complicidad de mi madre.

—Venus lo sabe, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —dije sin responder a su pregunta.

—Son las cosas que se le ocurrirían a tu madre.

—Fue mi idea y ahora que llegue Apolo, Max podrá ayudarlo. Lo hice con la intención de que fuera un apoyo para Sebastián y funcionó, logró escabullirse dentro del departamento. Lo he estado siguiendo a través de un robot arácnido.

—Las cosas no se hacen así, Paz. No desde que crucé la línea por ti. No me vuelvas a ocultar nada —dijo con dureza.

—Tú si puedes hacerlo. Yo no sé nada de tu misión, aunque sospecho que los generales y tú se están preparando para tomar la capital.

—Eres muy perceptiva, hija.

—¿Es eso? Me lo has ocultado porque sabes que no estaría de acuerdo y más si el medio para lograrlo es la pérdida de vidas humanas inocentes, como los habitantes de la capital.

—Hija, cruzada la línea no hay vuelta a atrás. ¿Me presentas al *hacker*?

—Creo que será mejor en otro momento.

Salí de ahí, tomé a Alejo del brazo y lo saqué de ese ambiente antes de que lo involucrara en cosas demasiado funestas para su corta edad. Si Alejo se convertía en el *hacker* que mi padre buscaba, le ayudaría, aunque

indirectamente, a arrasar con vidas humanas. No quería que tuviera la culpa como compañera el resto de sus días.

30



Cuando Sara supo que Apolo estaba en la Sociedad Autocontrolada y más aún en la capital, hizo lo más estúpido que se le pudo haber ocurrido y Apolo no la detuvo. Se encontraron en el apartamento donde él se estaba quedando. Cuando vi el rostro de mi hermano, apagué la pantalla y transferí la imagen a mi guía, en una imagen pequeña, para tener la información contenida y lo más hermética posible.

—Paz no estuvo de acuerdo en que viniera a encontrarme contigo —le dijo ella.

—Mi hermana a veces también toma decisiones por su cuenta, así que no es la más indicada —le dijo Apolo.

—Lo siento, Paz —dijo Sara en voz alta porque sabía que yo la estaba observando.

—Somos víctimas de nuestra propia tecnología. Por eso no me gusta y por eso en la UNA no la usamos, salvo en caso de necesidad extrema —le dijo Apolo a Sara.

—Creo que es nuestro caso ahora.

—Audífonos, Paz —dijo Apolo para que solo yo en la sala de vigilancia escuchara lo que él tenía que decirle a Sara—. Paz, debería comunicarme con Sara a través de la guía mental y dejarte fuera, como tú y mamá hicieron conmigo con lo de Max, pero me rehúso a comportarme de forma

tan inmadura. Entiendo tus razones y ya no profundizaré en ello —me dijo a mí y le comuniqué a mi hermano por la guía mental que solo yo tenía acceso a su transmisión y que si quería podía dejarles a solas. Me pidió que me quedara, que iba a revelarle su plan a Sara y que me necesitaba—. ¿Sara, hay unos robots humanoides de uniforme gris, una categoría nueva o diferente? Ni mi padre ni Paz saben algo al respecto. No los identifican.

—Lo desconozco, pero Ademar King algo se trae con el director del CDIA. Siempre están hablando a través de su guía. Sospecho que se envían información por los gestos y afirmaciones que hacen. Algo traman —le dijo Sara.

—Toma —le dijo Apolo ofreciéndole el anillo espía—. El mensajero iba a ser el mismo que te trajo la guía mental pero las cosas se dieron diferentes y te lo traje en persona.

—¿Qué es esto? ¿Te quieres casar conmigo? —dijo Sara con una socarrona sonrisa.

—No soy muy afecto al matrimonio y a esos contratos pasados de moda, pero por ti me lo pensaría —bromeó él y ambos rieron. Ella sabía que algo debía encerrar el anillo y esperó a que Apolo se lo explicara—. Ten cuidado al usarlo porque según lo roces emerge una palabra en la superficie. Algo innecesario para la función que realiza, pero son cosas de mi cuñado que es un romántico perdido.

—Ya veo —dijo Sara al observar las palabras a las que se refería Apolo.

—Cuando emerge la palabra «Paz», el anillo roba la información de cualquier dispositivo electrónico, mientras más cerca esté más rápida es su velocidad, por eso necesitamos que estés muy cerca de tus objetivos. El primero es tu esposo.

—Por supuesto.

—Tu suegra es la siguiente. No te presiones a dar un paso en falso, con alguien que no tengas mucha confianza y tu acercamiento se vea sospechoso, como por ejemplo el Secretario de Defensa. Con tu esposo será un paso muy grande de avance. Sabemos que Earta Hébert está en la capital y se nos hace muy raro que no haya tenido contacto con tu suegra. Hemos vigilado a Karena King y no hemos encontrado nada que evidencie que se esté viendo con Earta. Si tú accedes a su guía puede ser que des con el dato. No tiene sentido que Earta regrese a la capital y no le ofrezca a los King su nuevo trofeo.

—Concuerdo contigo. Si es todo me voy. No tengo mucho tiempo. Nos veremos de nuevo para pasarte los datos de las guías. Lo de Karena y

mi esposo estoy segura que podré conseguirlo hoy mismo.

—Me encantaría verte, pero será muy arriesgado. Paz le dará la orden al vigilante que tienes asignado para que se sincronice con el anillo. Espero que no temas a las arañas.

—En este momento no es mi mayor miedo. Cuídate mucho, Apolo —le dijo ella mirándolo a los ojos.

Él titubeó unos segundos y se lanzó a abrazarla con tanta fuerza que creí que no se despegarían, un abrazo de dos amigos que se quieren y temen el uno por el otro en un momento de riesgo. Eso parecía. Cuando al fin se separaron. Él le dijo y estuve dispuesta a cortar la conexión para darles privacidad, pero me quedé enganchada con la emoción aflorando en la garganta:

—Me gustas, Sara y si este sentimiento es incómodo o te irrespeta, dímelo y me mido y pongo una barrera…

—Cállate —le dijo ella—. No vine por la misión. No aguantaba tu angustia al verte sufriendo por la captura de tu hija. Vine a darte apoyo, quería abrazarte y decirte que estoy contigo. Nunca había conocido a nadie como tú. Quería verte en persona, para estar segura que todas las emociones que me haces sentir no son una mentira que me he forjado en la cabeza.

—No quiero que te aferres a mí porque no te gusta lo que ves en tu presente —le dijo mirándola al centro de los ojos, mientras le metía un mechón de cabello detrás de la oreja y se quedaba admirando el rostro de ella—. Te librarás de él y cuando lo hagas tendrás un universo enorme de oportunidades frente a ti. No quiero que pienses que soy lo único que tienes. No soy muy bueno con las relaciones y aunque me encantas, me aterra pensar en los «para siempre». No me malinterpretes, me muero por intentarlo contigo, pero mi cabeza es un caos, con lo de mi hija, mi sobrino, con el temor de que tu marido sospeche en lo que andas y se me acabe la vida si te pone un dedo encima. No quiero perderte.

Morí ante la extraña y apasionada declaración de amor de Apolo a Sara. Tan él, con aquellos ojazos azules que hechizaban a cualquier mujer. Sara cayó rendida, pude percibirlo. Ella le dijo:

—Creo que mereces a alguien que no haya convivido tanto tiempo con el tirano, que no le haya permitido acostarse en su cama sin pensar en todas las desgracias que causaba a su paso. Necesitaré mucho tiempo para limpiarme de él y para ser digna de un buen hombre como tú —ella titubeó, no se creyó merecedora de Apolo y él negó con la cabeza.

Sin pensarlo dos veces, Apolo le robó un beso sin darle tiempo a Sara de seguir martirizándose por el matrimonio impuesto, que la había atrapado como una víctima más, y Sara se dejó besar. Parecía que se iban a comer él uno al otro, desesperados, con una pasión desbordante. Cerré a tiempo la pantalla para darles la privacidad que se merecían, porque ya me había entrometido más de la cuenta. Y suspiré, ya a solas, por ese amor que emergía entre ambos. Sara era casi perfecta para mi hermano, solo tenía un defecto, no era libre, era la esposa del tirano, el hombre más poderoso en la faz de la tierra, hasta este momento.

31



Mi padre estaba sentado frente a mí, mientras revisábamos la información que Sara sustrajo de la guía de Karena y Ademar King II. Fue tan fácil como ella lo previó. Con su esposo sobraron los momentos y con Karena costó un poco más, pero fue rápido.

—Ustedes las mujeres son un peligro si se lo proponen —dijo mi padre en sentido figurado y era la primera vez que le veía bromear sobre la labor encubierto de la que una vez fue víctima. Creí que eso era un paso de avance para perdonar a mi madre. Sin embargo, me pidió revisar la información sustraída de la capital antes que nadie, lo que significaba que aún no confiaba completamente en mamá y temía que la información llegara a los líderes de la UNA. No podía culpársele por tomar precauciones después de todo por lo que había pasado.

—Al menos ya conocemos el paradero de Earta. Creo que el anillo debió llegar mucho antes a la capital —dije.

Sucedía que Earta y Karena habían retomado su amistad, justo como presumía Sara. También era cierto que Ademar King II desconocía del tema. En la guía de Karena, descubrimos la correspondencia entre Earta y Karena King. Como era de suponerse, Earta le había dado los detalles de nuestra ubicación y demás información de seguridad y defensa, requerida por la señora King. Descubrimos que se comunicaban desde antes que

Earta abandonase nuestra unidad y que Karena había mandado a un destacamento de robots humanoides a «rescatar» a Earta y a algunos de sus allegados.

La noche de su fuga, Earta descubrió que Iris y Camil huían. Le pidió a uno de los soldados que la escoltaban, que siguiera a los muchachos. Por lo que Earta le contó a Karena, aunque nosotros nos esforzamos por ocultárselo, la doctora sospechó casi desde el inicio que Iris tenía una condición similar a la de Abel. Lo fue adivinando poco a poco, cuando investigó más acerca del origen de Dafne, de Apolo y de su hija. Al llegar a la Sociedad Autocontrolada y con el apoyo de Karena, Earta buscó todas las explicaciones a los cabos sueltos que le quedaban sobre mi sobrina: la concepción de Apolo y el origen de Dafne.

Lo que había convencido a Karena para aceptar los términos de su reconciliación con Earta aún me daba vueltas en la cabeza. En sus escritos, dos cosas me llamaron la atención, pero no pude decidirme por una de ellas. La primera, Earta le dijo que traía consigo al hijo de Sebastián. La segunda, Earta le aseguró que el niño era la prueba de que se podía revertir de manera natural la restricción de la concepción entre humanos autocontrolados y autónomos. Y si eso era posible, todos los demás cambios se revertirían por sí solos, algo que destruiría el sueño de Ademar King padre. Earta le había prometido a Karena, que si descubría en qué habían fallado, el proyecto del hombre nuevo, ideado por King, podía seguir adelante.

—Earta la tiene, igual que a tu hijo. Ya sabemos el sitio en que se encuentra. Ahora tenemos que decidir. ¿Mandamos aliados a rescatarlos junto con Apolo, rescatamos primero a Sebastián para que se encargue como fue nuestro plan original o entramos a la ciudad y me encargo personalmente? —dijo mi padre.

—¿Me estás preguntando a mí? Tú estás a cargo. ¿Por qué lo dejas en mis manos? —le pregunté cuando otras veces tanto él como Apolo me habían reclamado por tomar decisiones sin contemplar qué opinaban al respecto.

—No lo dejo en tus manos, quiero deliberar contigo. Eres la madre de Abel. Apolo está allá y será parte del rescate de su hija de una forma u otra. ¿Tú qué quieres hacer?

Un par de lágrimas bajaron por mi rostro ante la ausencia a la que no terminaba de acostumbrarme. Lo más sagrado de mi vida había sido arrancado por Earta Hébert, con un propósito que no podía aceptar y

menos, porque Karena King, quien se había confabulado con ella, era la abuela de Abel.

—No lo sé, papá —dije avergonzada de mi propio vacío, que me desarmaba ante la colección de posibilidades que me había extendido mi padre.

—Hay que decidir ya. Viste la información que sacamos de la guía de King. Los humanoides que secuestraron a Iris son la nueva creación del director del CDIA. Así como para Ademar padre su obsesión era manipular la genética para modificar el ADN de los seres humanos y crear al hombre nuevo, para King hijo la novedad es otra. Lo más oscuro, ya lo descubrimos gracias a Sara. Las pretensiones de alianzas entre ingenieros genetistas del Instituto de Planificación Familiar y el CDIA. El muchacho está mal de la cabeza, quiere perpetuarse. Su padre quiso mantener su apellido en el poder por generaciones a través de su descendencia. King II no acepta su final. Está buscando la forma de regenerarse una y otra vez con la clonación de órganos, la hibernación y nuevos métodos vinculados con la robótica. Está pensando en ser eterno y no lo quiere para él solo. Es su nueva idea del hombre nuevo. Hay que tomar cartas en el asunto y detenerlo. Temo que se ensañe con Sebastián y terminen experimentando con él.

—Por favor, papá, aleja esas ideas de tu mente. ¿Cómo se te ocurren esas cosas? —dije.

—He estado muy cerca del tirano, más de lo que debí. Si lo quiere para sí mismo, ¿por qué no lo querría para su hermano, al que nunca ha podido convencer de seguirlo? Ni Karena, ni King mencionan nada de él. ¿No te parece extraño?

—Es como si estuviera muerto —pensé en voz alta—. No, no puedo creerlo. ¿Tu ejército está preparado? —pregunté y mi padre asintió—. Entra en la ciudad, rescata a mi hijo y libéranos a todos de la tiranía King y sus funestos planes para la humanidad —temblé e intenté abandonar el salón.

—Saca tu fuerza, hija. No huyas de esto.

Los generales que se encontraban en nuestra unidad fueron entrando uno a uno. Al parecer estaban esperando que se tomara la decisión de atacar, tal vez lo deseaban desde que se unieron a mi padre. Muchos estaban hartos de los King y después de leer las barbaridades que Ademar King II

intercambió con el director del CDIA, no me cabía en la cabeza por qué no lo habían hecho antes, por qué no habían sacado al tirano de su trono, con sus ideas absurdas acerca de la humanidad y de cómo se debía vivir.

—Ya sabemos acerca del plan del ejército con los nuevos robots humanoides que está creando King. El ejército está desarrollado en el CDIA y lo producen por masas en varias de las fábricas que tienen en diferentes ciudades-estados. El ejército se utilizará para reprimir aún más a la población de la Sociedad Autocontrolada, para defenderse de algún ataque sorpresivo por parte de los líderes de la UNA, pero su misión fundamental es atacarnos y borrarnos del mapa —dijo el general Walker que había llegado al parecer esta misma tarde, porque no le había visto hasta este momento. Walker entraba en completa sincronía con los planes de papá, lo que significaba que mi padre sabía lo que iba a hacer antes de consultármelo. Por una extraña razón, que aludo a lo sentimental, papá me había tomado en cuenta, antes de pronunciar la última palabra. Walker dijo—: Recuerden que cuando había enfrentamiento entre los ejércitos de la Sociedad Autocontrolada y de la UNA, siempre había más heridos en la Unión de Naciones Autónomas, debido a que la Sociedad Autocontrolada protegía a sus tropas mandando en primera instancia a los robots humanoides. Ahora será lo mismo, tenemos robots, pero en menor proporción que King.

Observaron un mapa y vieron la nueva distribución del mundo, las áreas pertenecientes a la UNA, las pertenecientes a la Sociedad Autocontrolada y al final, señalaron las Tierras Inhóspitas, donde situaron todos los puntos que nos pertenecían. «Ya nos pertenecen las tierras de nadie, bueno, casi a totalidad», concluí para mis adentros. Cuando creí que todo estaba señalado, mi padre añadió América Unida a nuestras filas, con lo que los presentes en la sala comprendimos que no solo eran nuestros aliados, eran parte de nuestro ejército. «El mundo ahora está dividido en tres», pensé.

32



Las primeras contraseñas vinieron de la guía de Ademar King II, pero no las que necesitaba mi padre. Papá, en conjunto con el general Walker, con quien se entendía a la perfección, planearon *hackear* la computadora central que controlaba a los robots humanoides destinados al Departamento de Defensa, los que conformaban el ejército de King. Sara no había podido tener contacto con el nuevo Secretario de Defensa sin que recayeran sospechas sobre su comportamiento. Se pensó que el anillo llegara a las manos de Max, para que se encargara de sustraer la información. Y no todos estuvieron de acuerdo. Dejaron esa idea a la deriva por considerarla infructífera y se fueron tras la más común, la primera sugerencia de vulnerar la computadora central.

—He intentado entrar, pero no lo logro, no solo han cambiado las medidas de seguridad, están utilizando tecnología diferente —dijo el *hacker* del equipo de Sebastián.

Tras probar con otros dos de los informáticos estrellas que nos acompañaban, dijo mi padre:

—¿No hay alguien en nuestro equipo que pueda acceder?

—Los que conocen del tema no han podido —dijo Walker.

—Necesitamos un *hacker*, pero no de los nuestros. Requerimos un pirata informático de esos que andan por su cuenta y que no están aliados

al gobierno, ni al de King ni al nuestro —dije.

—Entre la gente que nos ha seguido debe haber alguien, con tanto fanático de la tecnología que hay —dijo el general Walker.

—Creo que conozco a uno —dije—. ¿Te acuerdas, papá, que te lo había propuesto?

—Lo recuerdo. ¿De quién se trata? —me preguntó mi padre.

—Alejo —respondí.

—¿El chico que vino con Iris desde la UNA? —me preguntó mi padre—. Está muy joven pero no me asombraría. Tráelo de una vez.

—Sigo creyendo que el anillo para Max sería la mejor idea —dije y varios de los generales comenzaron a reclamar, así que me salí y fui en busca de Alejo.

Lo encontré con los caballos. No sé por qué lo ofrecí a los generales, la otra vez me lo llevé antes de introducirlo a la oficina de mi padre sin darle explicaciones. En aquella ocasión estuve decidida a no involucrarlo en lo despiadada que suele ser una guerra y en los crímenes que ocurren en nombre de la libertad. Al final de cuentas, todos somos seres humanos y cada uno defiende lo que cree defendible. Evitar las atrocidades de los King y las que estaban por venir me daba fuerza. Mi hijo e Iris en cautiverio, me daban fortaleza. Sebastián, el no saber de su paradero, ni si vivía o ya solo era un recuerdo, me daba el coraje que me exigía el general Verena, para mí misma y para involucrar a Alejo. Sobre todo, porque confiaba en que el muchacho podía hacerlo.

—Alejo, te debía una fiesta por tus quince años. Hoy tendrás algo más grande. Necesitamos que desbloquees un sistema de seguridad informático —le dije.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando? —me dijo Alejo perplejo.

—Eres un *hacker*. Ya no estarás con los caballos. Has subido de puesto y trabajarás en tu área.

—No soy un *hacker*, lo que hice el día que nació tu hijo fue por necesidad.

—Lo hiciste demasiado rápido, no fue azar. Tienes experiencia.

—Crecí obsesionado por encontrar datos de mi verdadero origen y me fui especializando en las redes, pero no soy un *hacker* —insistió.

—¿De qué estás hablando? Nunca mencionaste que desconocías información acerca de tu origen.

—Mis padres, los que me criaron, no eran mis padres biológicos. Me enfoqué en encontrar a los que me dieron la vida.

—¿Estás diciendo la verdad? ¿Por eso huiste del Caribe?

Lo vi quedar pálido por un momento, tan blanco que creí que se desmayaría ahí mismo. No sucedió, se recobró y añadió:

—Son cosas sin importancia.

—No lo creo. ¿Encontraste a tus padres biológicos?

—Se puede decir que sí —dijo tartamudeando.

—¿Y qué sucedió?

—Dejemos mis asuntos personales para otro momento. No creo ser lo que estás buscando. Solo soy un aficionado.

—Lo que hiciste en el momento de mi parto fue muy bueno. A lo mejor conoces herramientas que nuestros *hackers* no dominan. Inténtalo. Si no lo logras serás otro más en la lista —dije alzándome de hombros.

El «chico» como comenzaron a apodarle los generales en son de mofa, la que también tuve que soportar yo al mencionar mi sugerencia de pedirle apoyo a Alejo, entró por la puerta con una confianza que desbarató la seguridad de los *hackers* más experimentados. Alejo preguntó dónde iba a sentarse y comenzó a estudiar la información que le dieron los otros. Pasada una hora de recomendaciones, pidió un descanso:

—Estoy quemándome con tantos datos. No soy tan metódico, prefiero guiarme por mi intuición.

—Déjenlo respirar —les sugerí al resto y ya comenzaba a contagiarme de la seguridad de Alejo.

Me sentía importante delante de los generales, como quien ha descubierto un tesoro, cada vez que Alejo brincaba uno de los escudos que protegían el sitio al que queríamos entrar. Los otros *hackers* habían logrado llegar justo hasta donde él estaba, pero algo al final les hacía volver al inicio.

—Quiero una bebida proteínica —dijo Alejo sin ton ni son—. Siento que se me comienza a freír el cerebro.

Bebió, pidió algo más de comer y siguió trabajando.

—¿Estás bien, Alejo? —le dije al rato ante la mirada de los generales que estaban desesperándose.

—Me estoy exasperando, creo que no podré lograrlo, lo lamento. Tienen una barrera que no logro decodificar —me respondió.

—¿Cómo no? Tú pudiste dar con tus padres, tú mismo me lo dijiste. Tú desbloqueaste el sitio de una universidad de la Sociedad Autocontrolada.

—Sí, pero eso no es nada en comparación con lo que me estás pidiendo —dijo Alejo. Los *hackers* de la lista, los que no lo habían logrado, se rieron de Alejo y más de mí por haberlo sugerido. La pérdida de tiempo con Alejo les hizo recobrar su confianza y comenzaron a inflarse como globos de colores.

—Sí, lo sé, pero lo hiciste en fracciones de segundos… Y no acostumbrabas a navegar en las redes de la Sociedad Autocontrolada. Alejo vino del Caribe, antes que fuera tomado por King, él creció como un autónomo —dije para que entendieran mi punto. Mi padre y los generales sabían mejor que nadie, que nuestras redes estaban protegidas de incursiones de los autónomos casi infranqueables.

—Lo hice porque estaba bajo presión, porque de eso dependían dos vidas —dijo Alejo perdiendo la calma.

—Vamos, chico, admítelo —dijo Walker—. Nos hiciste perder al tiempo, pero al menos lo intentaste. Déjale el lugar a uno de los profesionales.

—No creo que el chico esté tan perdido —dijo mi padre—. La técnica que utiliza la he visto en varias ocasiones y no creo que sea de los autónomos. Reconócelo, Alejo, te entrenó alguien de nuestra sociedad o un pirata informático autónomo especializado en vulnerar nuestras redes. Si necesitas presión, te la daré ahora. Cuando ayudaste en el parto de Paz salvaste dos vidas, si logras entrar a la computadora del Departamento de Defensa, salvarás la vida de todos los que estamos en Tierras Inhóspitas, incluidos el hijo de Paz, Iris, Sebastián, Apolo.

—Entiendo lo que me dice, general Verena, pero no doy más. Ya agoté mis recursos —se defendió Alejo.

—Si tú no puedes, ¿dime quién te enseño? A esa persona necesitamos —dijo mi padre—. ¿Es autónomo o autocontrolado?

—Mencioné que nadie —dijo Alejo contrariado, pero sin despegar los dedos del teclado holográfico que continuaba moviendo a su antojo.

—Ya indicó que aprendió por la necesidad de encontrar a sus padres biológicos —le protegí al ver la expresión amedrentada de Alejo, que distaba mucho del muchacho seguro que había entrado por la puerta.

—Todo este cuentito del chico no me convence —dijo el general Walker—. Yo digo que lo investiguemos. Llega de pronto acompañado de

la nieta del general. Es de la Sociedad Autocontrolada, eso es lo más funesto de todo. El Caribe está bajo las órdenes de King.

—Él siempre dijo que huyó del Caribe cuando los autocontrolados lo tomaron y que llegó con los refugiados a América Libre —abogué por Alejo.

—No lo sé. Su acento no termina de convencerme —insistió el general Walker—. Nadie lo conoce, sus amigos son recientes, no hay nadie que dé fe de su lugar de origen, de sus padres, de su familia. Acompañó a Iris todo el trayecto con un objetivo, instalarse aquí y parecer lo más inofensivo posible. ¿Quién sospecharía de un chico? ¿Digo, solo a mí se me hace sospechosa la actitud de este muchacho?

—Cálmense. ¿Qué está pasando? Solo tiene quince años —dije la última sílaba y el escudo de la computadora del Departamento de Defensa cayó.

Mi padre señaló a uno de los *hackers* profesionales para que introdujeran en el sistema el programa que les iba a permitir sabotear la defensa de King. Alejo quitó las manos del teclado y se levantó de la silla con una expresión que no le conocía en el rostro. Parecía que iba a llorar. Mi instinto fue protegerlo, pero él se tragó sus lágrimas, decidido a escabullirse de la sala. Yo asumí que era por temor, por todas las acusaciones que el general Walker lanzó sobre él. Lo retuve y reté a los presentes:

—Exijo que lo feliciten por haberlo logrado o al menos que se disculpen con él. No creo que un espía al servicio de King se atreva a hacer lo que Alejo hizo.

Mi padre se acercó al muchacho y le dijo:

—Puedes ir a descansar, Alejo. Te agradezco tu colaboración. Discúlpanos por ponernos un poco intensos. Tú pediste algo de presión —intentó bromear mi padre al final y le lancé una mirada que detuvo en seco cualquier otra bromita que se le ocurriera manifestar.

Cuando salí acompañando a Alejo y lo tomé del brazo me di cuenta que el chico estaba temblando.

—Si no te gustó el ambiente y quieres regresar a tu antiguo trabajo con los caballos no lo pienses dos veces. No fueron amables contigo. Una disculpa.

—Quiero regresar a casa con mis padres —dijo Alejo y sus palabras sonaron tan profundas que me sentí miserable. Lo vi indefenso, rodeado de adultos que no eran su familia y me dolió.

—¿Cómo puedo ayudarte? ¿Tus padres se quedaron en el Caribe? ¿Estás seguro que quieres regresar con ellos? —pregunté—. Te lo digo por qué al inicio tú huiste hacia la UNA y no dudo que tus padres te quieran de vuelta, pero el sistema suele ser represor con los que desertan.

Alejo se soltó a llorar como lo hacen los hombres, con la expresión grave y tratando de borrarse las lágrimas de un manotazo. Aunque se esforzara se veía tan niño al entregarse a su propia añoranza. Terminé prometiéndole que lo ayudaría a regresar a casa.

—No tengo quince, Paz, acabo de cumplir trece. No quise parecer un crío. Sentía que no me iban a tomar en cuenta y ya ves que, aunque me aumenté dos años no funcionó.

—¿Acabas de cumplir trece, o sea que hasta hace unos días tenías doce años? Alejo, lo que le hiciste a tus padres estuvo mal. No es por la edad, pero con doce años irte… No importa que sean doce o quince, estás muy lejos de casa y tus padres han de estar desesperados. Mira cómo estoy yo sin mi bebé —mi tono era de enojo. Lo miré de arriba a abajo para descubrir en él al chico de trece años—. Sí que eres alto para tu edad, nos engañaste.

—Fui un estúpido, cuando supe sobre mi verdadero origen dejé todo. Me empecé a juntar con piratas informáticos mayores que yo, que me enseñaron algunas jugadas, hasta que logré introducirme y sacar los datos confidenciales sobre los donantes de mi embrión congelado. —Ante mi cara de asombro, Alejo aún con lágrimas torrenciales cayendo por sus mejillas, añadió—: Soy tan autocontrolado como lo eres tú. Fui un embrión que pudo haberse quedado congelado como tú.

Palidecí ante sus revelaciones y comencé a sentir la misma desconfianza que intentó sembrarme Walker. «¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe que yo fui la segunda opción de mis padres? ¿Este pequeño pirata informático hasta dónde sabe acerca de nosotros y por qué?», pensé.

—Lo he intentado y fallé. Quiero regresar a casa. Por más que lo quise no pude entrar en el círculo de fraternidad que se cierra entre Apolo y tú. No vengo del Caribe y sí de América Unida. Te diré toda la verdad porque no quiero que piensen que soy un traidor. Yo provengo de un embrión congelado, del mismo lote en que estuvieron Apolo y tú.

—¿Eres otro gemelo? ¿Otro de menos edad? ¡No inventes! —Su comentario me pegó en el rostro como agua helada y dura.

—No creo que seamos gemelos como dices, pero soy el hermano de ustedes. Descubrí a los ocho años por un descuido de mis padres, que vine

de una donación de embriones. Tuve que aprender mucho e investigar otro tanto para dar con la fecha del lote, así como con la identidad de mis progenitores —dijo y yo no salía de mi asombro. Cada vez que nombraba a un miembro de mi familia me hacía consciente del parentesco de Alejo con mi madre, mi padre, mi hermano—. Deseaba conocer a mis hermanos, más que a mis padres biológicos, a estos no sé si pueda perdonarlos por no haberme elegido. Pensé que Apolo y tú no tenían la culpa de lo ocurrido y que tal vez si sabían de mi existencia querrían conocerme.

Lo abracé y con la manga de mi suéter comencé a secarle los lagrimones.

—Cariño, no estás solo. Ya no llores que me vas romper el corazón más de lo que ya lo tengo —le dije.

—Lo de querer volver con mis padres es cierto. Extraño a mi madre y a mi padre, los que me criaron, los únicos padres que conozco. Ellos han sido geniales conmigo y yo no me he portado muy bien. Quiero volver a casa.

—Y yo te ayudaré si es lo que en verdad quieres. Me tranquiliza saber que eres de América Unida, ahí estarás a salvo. No le puedes decir a nadie quienes son tus padres biológicos. Ahora con el precio que tiene encima nuestro padre, el general Verena, sus enemigos se desquitarían contigo.

—No le diré a nadie y tú tampoco, por favor. Sellemos un trato —me pidió.

—Corazón, mamá y papá se volverán locos contigo. Ellos han de tener una explicación sobre tu origen y ahora mismo vamos a exigírselas para que te quedes tranquilo. Mi padre siempre quiso un hijo varón y ahora tiene dos. Y mamá, ¿qué te digo? Ella quería muchos hijos, te va a adorar tanto como a nosotros.

—No estoy preparado para esto —dijo.

—¿Cómo no vas a estarlo, Alejo? Definitivamente eres mi hermano. No sabes cuantas cosas he hecho en la vida para las que no me creía lista y al final siempre daba un paso hacia delante. Tú cruzaste la frontera de dos naciones enemigas, luego atravesaste el Atlántico para llegar a Tierras Inhóspitas, claro que estás listo. Lo has estado toda tu vida.

Pedí una reunión a solas con mis padres en nuestro nuevo hogar, también estaba mi tía Patricia. Les pedí sentarse a cada uno y les solté la noticia sin darle muchas vueltas. Mi madre se llevó la mano a la boca con aquella expresión de sorpresa que ya le conocía. Mi padre se quedó serio, preocupado. Mi tía se puso nerviosa.

—No nos portamos muy bien contigo, muchacho y ahora nos sales con esto —dijo mi padre—. Te vuelvo a pedir disculpas.

—Estoy dispuesto a hacerme una prueba de ADN de ser necesario, no quiero causar ningún conflicto. Igual me tranquilizaría y aunque estoy seguro y puedo darles pruebas de los datos que fui descubriendo, la prueba me ayudaría a ponerle punto final a mi búsqueda —dijo Alejo.

—Si te serena puedes hacerla, cariño. No tengo dudas. Unos años después de que naciera Paz, me llamaron del Instituto de Planificación Familiar y me dieron opciones para el embrión: que siguiera congelado, desecharlo o donarlo. Sabía que no me lo podía quedar, que no me lo implantarían mientras viviera en la Sociedad Autocontrolada y quise que vivieras, quise que nacieras, aunque no fuera conmigo ni con mis convicciones. ¡Dios mío! —dijo mi madre que solía volverse religiosa en determinados momentos—. ¿Me dejas abrazarte? ¿No te incomoda? Eres tan lindo que te comería a besos. Siempre te veía y algo en ti me resultaba familiar, pero me huías y no me acercaba para no importunarte. Te pido perdón, Alejo, no sé si lo que hice fue correcto, solo seguí mi corazón.

—Yo les pido perdón a ustedes, señora y general Verena. Les guardé cierto rencor por no haberme elegido.

Después terminé de llenar los huecos en la historia. Era la misión del Instituto de Planificación Familiar. Las parejas elegían su mejor embrión para futuro hijo. Y las otras, las que no reunían las características adecuadas para contribuir a la concepción del hombre nuevo, recurrían la adopción de un embrión congelado y los padres adoptivos podían escoger las características de su bebé soñado. Un embrión congelado dado en adopción por una familia como la mía, que ya había visto nacer a su hijo. El Comité de Familia tenía consejeros genetistas que ayudaban a la familia a elegir a su único hijo, de igual forma guardaban los expedientes de las adopciones para impedir futuros matrimonios entre hermanos. Los mismos expedientes que Alejo vulneró para dar con nosotros.

33



Siguiendo la parte del plan que me asignó mi padre, observé a través de las pantallas. Sara entró en el Departamento de Defensa con el pretexto de encontrarse con su marido. Antes de dirigirse al piso y a las oficinas centrales, se encontró con un robot humanoide, que se hallaba concentrado en la labor asignada. Sara sabía que era Max porque yo la guie directamente hasta el sitio. La vi susurrarle unas coordenadas y desaparecer en los elevadores hacia los pisos superiores.

Ademar King II se disgustó con su esposa al verla en aquel sitio y más porque traía a su pequeño hijo consigo.

—¿Qué haces aquí, Sara? —le dijo él—. Ya te había pedido que no vinieras a este lugar.

—Necesitaba hablar contigo y en nuestra casa ni siquiera te veo. ¿No sé qué tiene de malo el Departamento de Defensa? Se te olvida que vivimos aquí varios meses, lo siento como una extensión de nuestra casa —le dijo.

—Podías hablarme a través de la guía —sugirió él.

—No. Ya estoy harta de eso.

—¿Y por qué trajiste a nuestro hijo? ¿Acaso no sabes que puede ser peligroso?

—Escuchó que yo venía a verte y exigió acompañarme, creo que él también te extraña. Es un niño.

El pequeño Ademar King III se abalanzó sobre su padre sin darle tiempo a un reproche más.

—¿Y qué es eso tan importante que tienes que decirme? —le preguntó King.

—He estado pensando mucho en Sebastián y en su aparición así de pronto —afirmó Sara.

—¿Vuelves con lo mismo?

—Sebastián dice que Earta Hébert sustrajo a su hijo del campamento donde se encontraban y lo trajo a la capital. ¿Para qué?, me pregunto. Hay dos opciones, para algún experimento como sugirió Sebastián o Earta lo está utilizando para congraciarse nuevamente con tu madre.

—Podría ser —dijo King—. ¿Y por qué no ha venido ante nosotros? ¿Por qué no se ha comunicado?

—Contigo —sugirió Sara—. ¿Estás seguro que tu madre no se ha encontrado con su antigua amiga?

—Vigilamos cada movimiento de mi madre para su protección y no me ha llegado ningún informe sobre un encuentro con Earta Hébert.

—Siempre existe alguna vía alterna de comunicación. Ellas eran muy amigas y no creo que no puedan arreglar sus diferencias, si la doctora le trae al hijo de Sebastián.

—Si mi madre me obvió su reconciliación con Earta Hébert, si se arregló con ella a mis espaldas… —dijo alzando la voz, imagino que para sentir su poderío. Al final se quedó sin mencionar qué haría de descubrirse el supuesto.

—Hasta tú la crees capaz —le dijo Sara pinchándole con sutilidad para sacar lo «mejor» de su esposo.

—Por supuesto que sí, mi madre nunca me ha pedido permiso para tomar una decisión, a ella se le olvida que soy el líder de la nación.

Sara salió de allí con su pequeño de la mano. Rehusó el apoyo de la nana humanoide y lo alzó en sus brazos, aunque ya no era un bebé. Besó en la frente a su hijo para al final depositarlo con amor a su lado, en el vehículo que los llevó de regreso a la residencia. Se comunicó conmigo a través de la guía:

—Mi parte está hecha —hizo una pausa y decidió compartirme a través de la guía mental lo que estaba pensando—: *Si todo lo que dice Earta es cierto, si las modificaciones pueden revertirse, como lo prueba la existencia de tu hijo, mi pequeño Ademar King III podría mejorar*.

—Sara —le transmití y su nombre resonó como un suspiro dentro de mi cabeza. Comprendí a qué se quería sujetar—. *¿Piensas que Earta podría curar a tu hijo? ¿Crees que si eso fuera posible tu madre no lo hubiese hecho ya? Tu mamá es precursora de las modificaciones genéticas mucho antes de Earta Hébert*.

—Earta llegó más lejos.

—Tus afirmaciones podrían colocarnos en lugares opuestos de la contienda. ¿Te das cuenta? Si te aferras a eso, es como aceptar que Earta pueda utilizar a mi hijo para sanar al tuyo —le hice llegar—. *No quiero que tu hijo sufra, deseo que esté bien, pero no puedo exponer al mío. Nada que salga de las ideas de Earta puede ser bueno*.

—No quise ni siquiera pensarlo. Perdóname, pero estoy desesperada.

—No es el momento de ponernos una en contra de la otra y menos con la información que nos ayudaste a recabar. Sabes todo lo que está en juego —dije—. *Habla con tu madre antes de tomar cualquier decisión. Asegúrate de no elegir el camino equivocado. Si Earta triunfa promoverá los cambios que han afectado a tu pequeño*.

—Discúlpame, Paz. Ya estoy por llegar a la residencia. Todo está bien. Seguimos adelante con lo pactado.

Antes que Sara pusiera un pie en la residencia ya Ademar King II estaba ahí, justo para la hora de la cena, algo que no hacía desde casi un mes. Sara sonrió al verlo en la casa y se alistó lo más pronto que pudo para llegar al comedor.

No podían faltar Rita Roger, la madre de Sara, ni William y sus padres para completar la escena familiar. Pensé que Ademar se iba a limitar por la presencia de su suegra y sus tíos, pero siguió adelante con lo que tenía planeado desde que lo visitó su esposa en el Departamento de Defensa. Antes que sirvieran el primer plato, una persona más se unió a la mesa, la doctora Earta Hébert. Ya le había avisado a Sara a través de la guía mental, cuando la vimos arribar a la residencia para que no se llevara un susto. La que no pudo disimular su asombro, fue Karena King, la que tras el arribo

de Earta se quedó expectante, a la espera de las palabras de su hijo. Como nadie se atrevió a pronunciar palabra, Karena se vio tentada a preguntar:

—¿Qué significa esto?

—Si no lo puedes explicar, madre, ¿cómo pretendes que lo expliquemos nosotros? —le dijo Ademar King II.

—No me gustan los juegos, Ademar —le dijo la madre.

—A mí tampoco. ¿Me explican las dos ahora mismo de qué se trata el jueguito a mis espaldas? —dijo Ademar King con el tono de voz que más le caracterizaba, el enérgico y sarcástico a la vez.

—No es el momento ni el lugar —se escudó Karena.

—A mí me parece todo lo contrario —dijo Ademar King II.

—Sabes que Earta no es una traidora, ni siquiera el difunto Hébert, me refiero a estar de nuestro lado y compartir nuestras ideas —se explicó la madre.

—Si enriquecerse de una manera desmedida, por robar a nuestras espaldas, tras pasar por encima de la confianza ciega que depositamos en él, no convierte a Hébert en traidor, ¿qué lo haría? —expuso Ademar.

—No hablaré sobre Hébert, ya no está. Earta no tiene que pagar por las malas decisiones de esposo, como tampoco lo hizo la doctora Rita por los errores de Marcus Roger —dijo Karena.

—No sé a qué viene la comparación a esta altura —le dijo su hijo—. No es agradable ni para mi esposa ni para mi suegra escuchar esas palabras.

—Y no es mi intención causarles ningún malestar. Sucede que considero que Earta, mi amiga, no es una traidora y merece un trato diferente al que le hemos dado. Podríamos hablar de este asunto en privado si no tienes inconvenientes. Hay muchos datos que puedo ofrecerte que comprueban la fidelidad de Earta, así como sus intenciones de colaborar con nosotros a pesar del desdén que recibió de nuestra familia, en uno de los momentos más vergonzosos de su vida.

—Madre, si tuviera el deseo de hablar contigo a solas, no hubiera invitado a tu amiga a nuestra mesa. Tome asiento, doctora, por favor —le dijo Ademar a Earta que había permanecido de pie a la expectativa del giro que tomara la conversación. Luego se volvió a dirigir a Karena—: Mamá, si yo requiriese pedirte la información que celosamente has guardado en tu guía, tras la correspondencia que intercambiaste con la doctora, te la pediría, pero no es necesario, ya la tengo a resguardo. Tanta vigilancia desperdiciada para cuidarte y resulta que donde no indagamos, donde te

dejé a tu entera libertad, ¿me haces esto? Me ocultaste datos relevantes para mi ejército. Como verás ya tomé mis providencias.

—Entonces no sé a qué viene todo esto. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué te suplique por querer cuidar de tus espaldas a mi manera?

—¿Las mías o las de mi hermano? Porque yo no te creo capaz de hacerle daño a ese niño y no sé si la doctora Earta esté enterada de eso.

—Earta sería incapaz de hacer nada que atente contra la integridad del hijo de Sebastián. Ella solo necesitaba estudiar su ADN y registrar su desarrollo. Si el niño se queda con nosotros podremos estudiar su crecimiento.

—Se convertiría en una rata de laboratorio tratada con decencia, ¿eso quieres decir, madre? Earta te trajo a ese niño como una ofrenda de paz. Quería recuperar su puesto en el Instituto de Planificación Familiar y casi lo logra. Te trajo a tu nieto y tu hijo vino corriendo a tus pies. Una doble jugada. No sé si planeada o por azar. Solo que su propuesta no es interesante para mí. Estoy harto del hombre nuevo y de esas teorías que no me permitirán existir más allá de una vida. Usted sabe que Earta ya no es indispensable y que mis propósitos son otros.

—Con las investigaciones de Earta podríamos corregir el mal que aqueja a tu hijo. ¿No lo entiendes, Ademar? —le dijo suplicante Karena.

—Usted sabe en lo que estoy trabajando con el director del CDIA, mis objetivos han cambiado y mi hijo también podrá beneficiase de nuestros avances en este campo de la ciencia —dijo Ademar y Sara no pudo evitar ponerse a temblar, mientras yo la exhortaba para que se quedara quieta y nos siguiera trasmitiendo en vivo, a la par de las arañas, la situación.

—Sucede que no estoy muy segura de tus planes, hijo. No sé si quiero vivir más del tiempo que tengo asignado.

—Tu turno en el poder ya pasó, madre, eso me toca decidirlo a mí —agregó Ademar y volviéndose a Earta le dijo—: ¿Por qué no ha probado bocado, doctora? Coma y disfrute la cena, mientras voy pensando si me conviene que se quede en la capital y si realmente tiene algo útil que aportarme.

34



La «ecuanimidad» de la cena se vio perturbada por unos mensajes que entraron a la guía de Ademar King II. Los presentes le vieron levantarse, limpiarse la boca con la servilleta, depositarla con gracia sobre la mesa y hacerles una seña a los caballeros Allen para que lo siguieran.

—¿Qué sucede? ¿Por qué se retiran así? —preguntó en voz alta Sara.

—Disturbios menores pero que necesitamos controlar a tiempo —dijo Ademar King II.

—Puedo encargarme —sugirió William y su padre lo respaldó—. No es necesario que pierdas tiempo con esos revoltosos. Tenemos lo necesario para ponerles un alto.

—¿De qué hablan? ¿Tenemos que algo que temer? —insistió Sara.

—Sucede que el general Verena con su retirada y alta traición, ha provocado que otros le sigan los pasos y ahora tiene competencia. Otros autocontrolados o autónomos, o la detestable fusión entre estos, están ocupando las tierras de nadie. Resulta que esas tierras ahora tienen nuevos inquilinos. El general Verena probó que son aptas para vivir y varios se están autoproclamando propietarios —comentó Ademar.

—Lo que nos faltaba —dijo Karena.

Mandé un aviso urgente a mi padre con la información, para que verificara la veracidad de la misma, y me quedé pegada a la pantalla para no perder ni un detalle. Ademar King II le tomó la palabra a William y le hizo una seña para que se encargase del suceso.

—Prefiero quedarme y terminar el asunto principal de esta cena. Madre, espero que sea la última vez que me ocultes algo que tenga que ver con la nación. Doctora Hébert, cualquier negociación que quiera hacer a futuro con algún miembro de esta familia, tendrá que ser de mi conocimiento. Esto incluye a mi querida suegra. ¿Quedó claro? —dijo y todos estuvieron de acuerdo—. Con lo que respecta a usted, doctora, mañana a primera hora acuda al Departamento de Defensa, le agradecemos la información brindada a mi madre sobre la unidad que comanda el general Verena, pero hay otras preguntas que tenemos para usted. ¿Tiene algún inconveniente?

—Para nada, colaboraré —dijo Earta.

—Después acudirá a una reunión con la doctora Roger y conmigo. Quiero que me explique lo que ha podido investigar sobre el hijo de Sebastián y cómo ese niño venció la barrera de reproducción. Solo le recuerdo que la doctora Roger estará a cargo, si apruebo que prosiga en sus estudios.

Karena King se puso de pie y justificó su proceder con estas palabras:

—Hijo, en ese caso creo que sería prudente traer al hijo de Sebastián y resguardarlo junto a nosotros, en lo que decides qué hacer. No sé hasta qué punto está seguro de un rescate por parte de los hombres de Verena.

—¿En esa propiedad que montaste para Earta y sus colegas vigilada por unos cuantos robots humanoides de última generación? ¿Quién sabe? —mencionó lacónico Ademar.

—No quise, pero… —intentó contestarle Karena, pero no supo cómo terminar la frase.

—Madre, ya tomé mis medidas para asegurarlo. En el momento apropiado te diré dónde se encuentra. Igual tengo a la chica. La que aseguran que es nieta de Verena y que comparte con el hijo de Sebastián la cualidad de vencer la barrera de reproducción. Hicieron un buen trabajo al rescatarla con el destacamento de humanoides, pero por favor, para la próxima quiero estar enterado.

Mientras la cena se daba por concluida, Sara me dijo a través de la guía mental.

—*Tendré que desconectarme un rato. Estoy exhausta por tener la guía tanto tiempo activada*.

—*Tranquila. No les perderemos la pista a ninguno —le dije, pero no podía concentrarme en el diálogo. Mi mente estaba enfocada en las palabras de Ademar sobre la ubicación de mi hijo*.

—*Mi madre estará en esa reunión con Earta y mi esposo. No puede ser mejor. Por alguna razón Ademar confía en mamá. Ella presionará con sutileza para mantener a Earta y sus secuaces a raya. Recuperaremos a los niños* —me dijo para animarme.

—*Lo haremos, estoy segura*.

Terminó la cena y todos en la sala de vigilancia nos miramos los unos a los otros. Paúl se me acercó y me dedicó un largo y tendido abrazo.

—Ve a descansar un rato —me dijo—. Yo termino tu turno. Solo quedan un par de horas y tu madre vendrá a relevarme.

—No creo que pueda descansar. Solo cuando en la Sociedad Autocontrolada duermen y ni así —comenté.

—Pues ya casi se van a dormir. Aprovecha y cierra los ojos tú también.

—No hasta que hable con mi padre y le ponga al tanto del paradero de mi hijo y de Iris.

—Es importante que recuperes tu energía para la reunión de mañana de Earta y Ademar. Earta lo tratará de convencer de apostar por su proyecto.

—Tengo que informarle a Apolo, lo haré mientras camino a encontrarme con mi padre. Quiero a Jonathan a primera hora conmigo, lo necesito para presenciar la reunión.

Por el semblante de mi padre, supe que se nos había escapado lo que estaba ocurriendo en Tierras Inhóspitas. No éramos los únicos ocupantes. La tranquilidad entre las dos potencias y dentro de cada una se había perturbado y ya nada sería igual. A la par de los afines con la UNA y la Sociedad Autocontrolada, así como con el movimiento del general Verena, comenzaron otros subgrupos a independizarse. Mi padre mandó varios destacamentos a investigar y descubrió, pequeñas organizaciones de personas por su cuenta. Estos subgrupos se estaban reuniendo en lugares a

los que denominaban Zonas Libres. El general Walker y mi padre no daban crédito a lo que estaba sucediendo.

—Están organizándose bastante bien. El comercio libre está proliferando entre ellos, se están asignando nombres, son como unos diez asentamientos. Han sido muy discretos y tienen muy pocos habitantes. No me explico cómo no nos dimos cuenta de esto —dijo papá.

—Padre, no tenemos todos los recursos de los que dispone el ejército de King.

—Eso no importa. Debí tomar medidas.

—Es inevitable que esto suceda —dijo Walker—. Me preocupa que, en estos grupos de población, el comercio es de contrabando. Comercializan productos de la UNA y de la Sociedad Autocontrolada. Son personas de las dos potencias que eligieron liberarse de los reglamentos de sus respectivas naciones. Es lo que trae como consecuencia romper el Tratado de Tolerancia. Ahora todos quieren instaurar su propia ley y eso puede ser un problema porque puede romperse el acuerdo sobre lo que es correcto y lo que no es.

—Nada es eterno —dijo mi padre—. Ni el Tratado de Tolerancia, el que no sé si ha cumplido su cometido.

—¿Es que no ves lo que viene? Desorden, caos, delincuencia gestándose detrás de los muros de la UNA y de la Sociedad Autocontrolada. Nosotros estamos detrás de esos muros —defendió Walker su postura.

—No tenemos ningún derecho sobre las Tierras Inhóspitas. Otros se dieron cuenta que son habitables, que se han regenerado y solo el miedo nos había mantenido alejados de ellas. Las Tierras Inhóspitas representan la libertad que todos quieren —dijo papá.

—Caos —reafirmó Walker—. Estamos mejor organizados, tenemos armamento. Podemos neutralizarlos si no quieren alinearse a nosotros.

—¿Quieres que terminemos siendo como Ademar King y arrasemos con esa gente que a lo mejor está buscando un mejor lugar para vivir? —le inquirió papá.

—¿Por qué no se unieron a nosotros como tantos otros? —preguntó Walker.

—Porque a lo mejor tampoco nos ven como una opción idónea —le dije.

Me di cuenta que papá y yo pensábamos muy parecido pero la influencia de Walker le hizo dudar, por eso afirmó:

—Tal vez no tengamos que hacer nada. Paz dijo que Ademar King II mandó a William a encargarse de esa gente.

—¿Y te parece que el ejército de King debe meter las narices en nuestro territorio? Debemos adelantarnos, que cuando lleguen vean que los hemos neutralizado. Le demostraremos a King que somos poderosos también y que sabemos lo que hacemos —insistió Walker.

—Militarmente tienes razón —dijo mi padre.

—No lo hagas, papá —dije—. Ya de por sí es terrible saber que King está planeando matarlos y quedarnos de brazos cruzados. No te ensucies las manos de esa manera solo para demostrarle a King tu fuerza.

—Sal de aquí, Paz —me dijo mi padre—. Necesito concentrarme y contigo no puedo. No tomaré una decisión con la mano en el corazón, lo siento. Tengo que pensar en mis asentamientos y en las personas que confiaron en mí. Esos grupos no han pedido mi protección y ni siquiera sé si también nos ven como a otro enemigo.

—Esas personas ya están muertas, por King o por nosotros, no tienen otra suerte —dijo Walker.

—No lo permitiré —dije.

—¿Y qué harás? ¿Dejarás de ocuparte del rescate de tu hijo y de tu sobrina? ¿Lucharás por personas que ni siquiera conoces? No veo quién te siga en esta empresa, no está Max, ni Sebastián, ni tu hermano. Solo tienes a tu madre, a Paúl y a Jonathan. Estoy seguro que no estarán dispuestos a apoyarte —dijo mi padre.

Me salí de la habitación y hasta ese momento reparé en que tenía una llamada ignorada en mi guía. Era de Paúl. Me comuniqué con él.

—¿Qué sucede? —dije preocupada.

—¿Te comunicaste con Apolo?

—La verdad es que no.

—Pero si me dijiste…

—Lo sé, pero necesitaba hablar urgente con mi padre sobre los subgrupos que encontraron y lo dejé para después. Con Apolo me voy a extender para poder explicarle lo sucedido. ¿Para qué me necesitas?

—Hubo cambio de planes en la residencia King.

—¿La reunión con Earta ya no será mañana?

—No me refiero a eso. Antes de irse a la cama, madre e hijo tuvieron una larga charla, bastante intensa, por cierto. Salieron a relucir muchos

rencores entre cada uno. Al final Karena convenció a su hijo de no involucrar a Abel en los experimentos de Earta, y por supuesto que Karena se le adelantó a Rita, Ademar está casi convencido de patrocinar la investigación de Earta.

En tres segundos, un soplo me recorrió desde los pies hasta mi corazón, parecía de alivio, era de un gran alivio, pero al final me dejó bastante consternada. «¿Por qué esto no termina de alegrarme?», pensé y lo vi todo claro.

—Karena no pudo hacer nada en contra de su nieto, a pesar de las promesas de Earta de corregir el error de la barrera de reproducción, lo que aseguraría un logro tanto para Earta como para Karena —continuó Paúl.

—Tienen a Iris. Karena la cambió por mi hijo. No se lo diré a Apolo, no a través de la guía —dije y creo que fue la decisión más repentina que tomé en mi vida.

—Pensé que le dirías de inmediato.

—¿Lo sabe mi madre?

—Aún no. Estaba yo a cargo —me aseguró.

—Hay que advertirle a mamá para que todos estemos de acuerdo —le dije.

—Será imposible ocultárselo a Apolo por mucho tiempo.

—Si Apolo se entera esta noche es capaz de cometer una locura. No podemos revelárselo si no tenemos un plan para rescatarla.

—Creo que de eso se estaba encargando él.

Cuando menos se lo imaginó Paúl, yo ya estaba ante la puerta de la sala de vigilancia. La abrí y me fui al fondo a unos sofás que se usaban para descanso del personal.

—Me recostaré aquí hasta la reunión de mañana —dije tomando una cobija y una almohada—. No será la primera vez. Avísame cuando llegue mi madre, aunque me veas con los ojos cerrados estaré despierta. Quiero ponerla al tanto en persona, y por favor, si antes apareciera mi hijo o Iris en pantalla, avísame. Imagino que en los nuevos términos eso pronto ocurrirá.

—¿Y qué pasó con los grupos que descubrió King? ¿Te dijo algo tu padre?

La voz se me atoró en la garganta y no pude decirle la atrocidad que estaba a punto de hacer papá. Me dolía decir con todas sus letras de lo que el general Verena podía ser capaz. Incluso sabiendo que con mi silencio me volvía cómplice de él y de Walker. Negué con la cabeza y me fui a enterrar

debajo de una manta gruesa. Si le decía a Paúl, con ese corazón autónomo tan noble que él tenía, me iba a convencer a mí y a mi madre de salir a advertir a esas personas. Si lo hacíamos, podría poner en riesgo la labor de las arañas en la Sociedad Autocontrolada. No pude con eso. Eran más de un grupo y yo ni siquiera tenía las coordenadas de su ubicación. Nos tardaríamos en encontrarlos y mi padre tenía razón, nadie más que Paúl, mi madre y Jonathan me seguirían, si es que lo hacían. No estaríamos a tiempo para la reunión de Earta y Ademar a primera hora. Ni siquiera yo misma creía que algún plan surtiera efecto para salvarlos, como no fuera tener al general Verena de nuestro lado. Cerré los ojos y dos lagrimones se me escurrieron a lo largo de mi rostro.

35



No sé en qué momento me quedé dormida, pero cuando desperté ya estaba bien entrada la madrugada y mi madre no había venido aún. Vi a Paúl dormitando en el cómodo butacón frente a su pantalla. El turno de la noche era el más cómodo, porque podías dormirte a conciencia, una alarma te despertaba si detectaba algún sonido o movimiento en la proyección. Los otros miembros del equipo estaban en las mismas que Paúl. Me asomé a la puerta para cerciorarme de que los guardias de seguridad no se hubieran quedado dormidos también, pero los vi cumpliendo a cabalidad con su función. Volví a entrar, Paúl me sintió y se incorporó. Mencionó sobresaltado:

—¿Qué sucede?

—¿Dónde está mi madre?

—Le dije que descansara, que yo la iba a cubrir. Consideré de mayor importancia que presenciara la reunión de mañana. Descansa tú también, te aviso si hay algo a que atender —me dijo y por su voz supe que se moría del sueño, así que lo dejé y proseguí.

—Gracias. Duérmete —dije y me volví a dirigir a la puerta.

—¿A dónde vas?

—A caminar.

—¿A esta hora? ¿Necesitas que te acompañe?

—No. Quiero estar a solas.

Salí con la manta sobre mis hombros y caminé por el centro de la explanada, bajo la luna llena más grande que había visto en mi vida. «Necesito a Sebastián para encontrar a Sebastián. Él desentrañaría el sistema de seguridad», pensé. Me reí de esa paradoja y seguí caminando mientras pensaba en todos mis problemas y dejaba un espacio para esa gente que ahora estaría encontrando su final, los que Walker había marcado dentro de su plan estratégico, para darle un mensaje a King. No me di cuenta, pero mis pasos me llevaron a los establos. Vi una pequeña luz encendida en el interior y decidí entrar. Me encontré con Alejo acurrucado en un rincón, sentado sobre un montón de mantas, con unos audífonos inalámbricos y un ordenador portátil.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—El semental de Camil no se ha sentido bien. Me quedé para estar pendiente de cualquier cambio —me contestó mientras se quitaba los audífonos.

—¿Lo revisaron?

—Sí. Un veterinario. Dice que estará bien con unos medicamentos. Cosas de caballos. Yo creo que extraña a Camil.

—No lo dudo.

—¿Y qué haces con esa computadora?

—El general Verena me la dio. Ahora quiere complacerme en todo para que no me vaya. Le expliqué que deseo volver con mis padres.

—Te han de echar mucho de menos.

—Ya me comuniqué con ellos. Mi madre lloró de alivio al saber que estoy bien. El general Verena habló con mi padre, le dijo que me cuidaría y que me ayudaría a regresar cuando sea seguro para mí.

Alejo me compartió uno de los audífonos y me lo puse sin entender mucho. Escuché una música electrónica, era agradable.

—Estoy componiendo algo para tranquilizar al semental. ¿Qué te parece?

—Jajaja. Es muy buena. ¿Tú haces música electrónica? —pregunté sorprendida por el talento del chico que tenía delante, no solo era un *hacker* adolescente que había dejado detrás a los profesionales, ahora también resultaba que creaba música.

—Estoy aprendiendo. Bueno llevo en esto desde los cincos años. Voy a una academia. Mis maestros dicen que soy bueno.

Nos tumbamos sobre las mantas, compartiendo los audífonos y bajamos la colección completa de la música de Alejo para escucharla. Me tapé bien para no congelarme y me quedé embelesada por la música, mientras de vez en cuando compartía alguna sonrisa con mi joven hermano. «Mi hermano», pensé. Y resonaba perfecto en mi mente. Ahora entendía por qué mi padre lo colmaba de atenciones para que no nos abandonase. Era un gran chico. Había cruzado el Atlántico para encontrarnos.

—¿Has sabido de Sebastián? —preguntó.

—No. La única pista que tenemos acaba justo en una puerta de un ascensor que está protegido por un sistema de seguridad infranqueable.

—Nada lo es. Todo se puede vulnerar, solo hay que encontrar el camino.

—¿Esa es tu premisa?

—Es lo que me enseñó el *hacker* que me introdujo en esto. No entiendo por qué no han dado con la clave. Ya estamos dentro de la computadora más grande del Departamento de Defensa.

—Eso dice papá. También dice que la computadora del Departamento de Defensa debe tener conexión de alguna manera con los sistemas informáticos de CDIA. ¿Por qué los *hackers* profesionales no han dado con el camino, o al menos con la clave? No lo sé.

—Están viciados. Siguen protocolos exactos. Es lo mismo que les pasó la otra vez.

—¿Y tú cómo le haces? —indagué.

—No tengo idea. Solo sigo mi intuición. Mañana nos ocuparemos de eso —dijo bostezando—. Confía.

Me desperté hacia las seis de la mañana. Arropé a Alejo, pasé a revisar al caballo y abandoné los establos. No sabía a qué hora sería la reunión de King con Earta, pero bajo ningún concepto me lo perdería. En mi camino a la sala de las pantallas, vi un par de camiones arribar a nuestra unidad e imaginé que tenía que ver con los grupos a los que Walker quería neutralizar.

Paúl ya estaba despierto, con un café en una mano y cara de trasnochado.

—Vete a descansar —le sugerí.

—No. Será un día largo —dijo.

—¿Quieres que te dé algo para mantenerte activo?

—Si lo necesito te aviso. No me gusta abusar de los fármacos.

Mi madre llegó al poco rato y le dije lo que Paúl había escuchado acerca de mi hijo e Iris. Le expliqué mis razones para reservarme la noticia y ella lo entendió de inmediato. Cuando terminé de hablar le dije que iba a comunicarme de inmediato con Sara. Pedí acceso a la guía de mi fuente y me lo concedió.

—*¿A dónde vas?* —le dije porque me pareció que Sara tenía intenciones de salir. Eran como las siete de la mañana.

—*Supe desde anoche lo de Iris. Decidí ir a decirle en persona a Apolo, no me gustaría comunicárselo a través de la guía* —me dijo.

—*¿Ibas a reunirte con él sin siquiera decirme?* —transmití e intenté que mi tono fuera el adecuado para que no sintiera mi comentario como un reclamo.

—*¿No tengo derecho a decidir?* —replicó.

—*Por supuesto. Es que trabajamos en equipo y la comunicación será la clave de nuestro éxito*.

—*Consideré que era el mejor modo para que él supiera la noticia. Hablamos mucho a través de la guía últimamente y he podido conocerlo un poco mejor. Temí que al enterarse hiciera una locura para intentar rescatarla. Quiero evitar que lo capturen*.

—*En eso estamos de acuerdo. Ve*.

No dije nada más. Sabía que mi hermano y Sara tenían suficientes motivos para comunicarse de manera privada a través de sus guías, pero temía que utilizaran esa vía para tomar decisiones inherentes a la misión. Sara llegó y por la reacción de mi hermano se notó que ya la estaba esperando. Él le pidió que le revelara aquello tan importante que tenía que decirle:

—Mi esposo tiene a Iris. Después de la cena, mi suegra habló con su hijo y le pidió dejar fuera a Abel. Hoy a las diez, Ademar y Earta tienen una reunión muy importante. Es casi seguro que Ademar le dará luz verde para que prosiga con su proyecto, así que tenemos que apurarnos para rescatar a tu hija. Cuenta conmigo. Prosigamos con el plan de rescatar a los niños y huir con mi madre. Estoy lista. Habla con tu padre y dispón todo.

—Ya escuchaste, Paz —dijo mi hermano.

Mi madre que capta todo en el aire, me lanzó una mirada interrogante al no explicarse la familiaridad de Sara y Apolo. Estaban sentados muy cerca y se hablaban con ese tono de voz meloso que suelen usar los

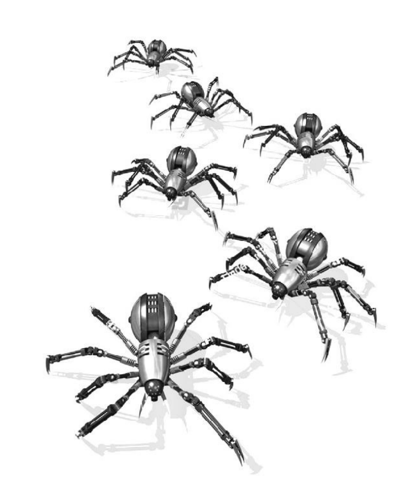
enamorados. Sin pensarlo, Sara se lanzó al cuello de mi hermano y lo abrazó mientras le susurraba palabras de aliento y de apoyo.

—*Apolo*. —Mi madre me pidió acceso y entró en nuestra trasmisión—. El general ya tiene cubierto el rescate de Iris, ahora nos concierne que regreses cuanto antes.

—*Lo siento. Solo saldré de aquí con Iris* —le dijo él.

—*No puedo darte más datos. Es una orden. Tu regreso está programado para hoy* —confirmó mamá.

36



Ya habíamos cortado la comunicación y habíamos dejado a Apolo y a Sara despidiéndose. Me volví a mi madre y le pregunté:

—¿Por qué sacarán a Apolo? Él puede ser valioso en el rescate.

—Sabes que tu padre entrará en la ciudad con su ejército —me explicó.

—Estuvimos hablando al respecto.

—Es simple. No quiero a tu hermano ahí para entonces. Ahora menos, veo que está involucrándose con esa mujer. Ademar King II no se la pondrá fácil. Apolo es muy importante para América Libre. Ahora está aquí ayudando a tu padre, intentando rescatar a Iris, pero necesita salir ileso.

—Voy a buscar a Jonathan. Quiero que esté presente cuando comience la reunión.

—Ya le avisé —dijo Paúl—. Llegará de un momento a otro.

—Tienes los minutos justos para darte un baño y desayunar algo. También te alcanzará para ir a ver a Camil.

—¿De qué estás hablando? —pregunté temiéndome que me había perdido de mucho.

—Unos camiones lo trajeron hoy temprano. Ya fue rescatado.

—Vi los camiones —dije y recordé que había supuesto mal al creer que tenían que ver con los grupos externos.

—Tenían órdenes de traer a tu hermano también y Apolo se negó a obedecerlas. Tu padre me dijo que iban a entrar y le pedí que sacara a Apolo. Edgar no debió dejarlo partir sin un plan viable para rescatar a Iris. Somos un ejército grande, no hay necesidad de sacrificar a un solo hombre, cuando podemos tener un plan estratégico mejor. Ni Apolo ni Sebastián debieron irse del modo que lo hicieron.

—Estaban desesperados.

—Precisamente por eso.

—A veces me sorprendes. Pareces más autocontrolada que los que nacieron de ese lado de la frontera.

—He aprendido —dijo.

Me fui a buscar a Camil y lo encontré en la enfermería con el torso vendado. Ya lo había revisado un médico, así que reparé en su expediente. Iba a estar bien. Alejo estaba a su lado y lo estaba mareando con todos los pormenores acerca de los caballos.

—En cuanto se descuiden me iré caminando directo a los establos —dijo Camil.

—Esta noche estarás como nuevo —le dije.

—Supe que Apolo fue en busca de Iris. Me lo dijo Alejo. No quería dejarla. Me obligaron a venir. ¿Han sabido algo de ellos?

—Están bien por ahora. Confía en que podremos rescatarlos. Ahora te dejo en compañía de Alejo, tengo que irme.

—Yo también tengo cosas que hacer. Voy a desentrañar el enigma del sistema de seguridad que me pediste, Paz. Estuve pensando y tengo algunas ideas —dijo Alejo y lo apresuré a hacerlo.

Mi padre dio la autorización para que Alejo lo intentara, pero igual me comunicó que no daría marcha atrás. Me senté al lado de mi joven hermano, le vi transformarse y dejar a un lado sus escasos años y comportarse como un adulto. Papá le palmeó el hombro y pidió que le avisara si Alejo lo lograba. Después de un rato de ver trabajar a Alejo sin éxito, vi que faltaba poco para la reunión de Earta y King.

—Esfuérzate, Alejo —le supliqué—. Tengo todas mis esperanzas en ti. Necesitamos a Sebastián.

Le dejé un beso en la cabeza a mi hermano y corrí a tirarme un poco de agua encima. Me preparé una taza de café y antes de tomármela, mi tía me la cambió por una bebida proteínica. Me obligó a tomármela a la par que

me pedía que la pusiera al tanto de los detalles. Me compartió que Owen y Diana vendrían pronto, debido a los nuevos planes de mi padre. Salí corriendo, con el cabello aún húmedo y casi me congelo en el trayecto a la sala de vigilancia.

Me senté delante de mi pantalla y vi a Earta arribar ante Ademar King II.

—¿Dónde está Rita? —pregunté.

Nadie me contestó, ni siquiera mi madre. Tanto ella como Paúl estaban bastante preocupados mirando varias pantallas a la vez. Vi a Earta tomar asiento delante de Ademar King II, a la par que el aludido disculpaba a su suegra por no poder estar presente.

—La doctora Roger se sintió indispuesta. Me dijo que podrá reunirse con usted más adelante.

—No tengo ningún inconveniente —dijo Earta.

Como nadie en la sala de vigilancia reparó en mi pregunta, volví a emitirla.

—¿Qué está pasando? ¿Cómo que indispuesta? Me comunicaré ahora con Sara, no entiendo qué sucede.

Jonathan que ya estaba ahí, y al parecer era el único que vigilaba la pantalla de la oficina de King, me giró la cara con gentileza hacia otra de las pantallas. Vi a Rita Roger en el interior de un auto, manejando, con dos robots humanoides y el pequeño Ademar King III. Si lo que nos atañía, la reunión del mandatario con Earta, tenía poca audiencia de mi lado de la frontera, la salida de Rita tampoco levantaba el interés de la mayoría. Me coloqué dentro del tumulto para ver en qué estaban tan interesados los miembros de mi equipo, descubrí que seguían la araña que vigilaba el CDIA. Justo en ese momento, Sara se entrevistaba con el director del centro. La acompañaba un robot humanoide muy parecido a Max. Cabía la posibilidad de que fuera Max.

—¿Alguien me puede explicar qué está pasando, por favor?

—No sabemos —dijo mi madre.

—¿Me comunico con Apolo o con Sara? —sugerí.

—Ahora no —me susurró mi madre a la vez que me apartaba del resto para decirme—. Creo que Apolo y Sara están trabajando por su cuenta. ¿Recuerdas algo que hayan mencionado que te haga sospechar que tenían un plan alterno al nuestro?

—Apolo y Sara querían huir juntos, con los hijos de ambos, pero no iban a actuar por su cuenta. Creo… —dije ya sin tener una idea.

Mi madre me dijo que había tomado posesión de la sala y había asignado funciones ante las novedades. Puso a Jonathan a cargo de la reunión entre King y Earta, porque era el que podría arrojarnos más luz sobre las decisiones que tomaran aquellos dos. A otro de los hombres le ordenó no perder de vista a la araña que se había logrado colar a tiempo dentro del auto de Rita. Paúl quedó a cargo de Sara, pero varios en la sala se interesaron en su visita poco usual.

Escuchamos a Sara decir:

—Espero no ser una molestia para usted y que me disculpe por no seguir el protocolo. La verdad es que ya no sé qué hacer con él. Le he pedido al encargado que lo revise en varias ocasiones y me asegura que no tiene ningún defecto de fabricación ni ninguna falla.

—Usted es bienvenida siempre, señora —dijo el director del CDIA—. No era necesario que viniera en persona. Pudo mandar al encargado o pedirle que hiciera una llamada y le hubiésemos dado una respuesta inmediata. También podía pedir un reemplazo a la tienda donde fue adquirido el robot, si no estaba satisfecha con el producto.

—Ese es el problema. Ni siquiera sé quién es nuestro proveedor. No quise molestar a mi esposo con este asunto tan intrascendente. A veces siento que cuando diseñan a los robots que nos atenderán, no piensan en las necesidades de nosotras las mujeres.

—La escucho.

—Ni siquiera la nana robot de mi hijo cumple con mis expectativas. Sería tan feliz si tomara en cuenta mis ideas para desarrollar una nueva línea con sutilezas que solo a las mujeres nos atañen.

—Si usted lo considera necesario, lo tomaré en cuenta. Por lo pronto, le haré entrega de uno de los robots de toda mi confianza, en lo que creamos un producto a su medida. En cuanto al que trajo puede dejarlo, me gustaría revisar a profundidad las fallas que usted ha encontrado. Le adelanto que hemos desarrollado una nueva línea que podría ser de su interés, el que la acompañará procede de ese lote.

—Muchísimas gracias.

—Con gusto.

Mi madre y yo nos miramos al unísono, cuando vimos que el robot que acompañó a Sara se quedó rondando en la oficina del director del CDIA, y

Sara partió presurosa con la nueva adquisición. Mamá y yo, nos separamos del resto y volvimos a nuestras suposiciones.

—Creo que lo hizo para dejar a Max dentro del CDIA, no sé cuál es el plan que ella sigue —dijo mi madre.

—Se ha arriesgado demasiado. Creo que a estas alturas en la sala ya saben que ella es nuestra aliada. Intentamos protegerla, pero las visitas a Apolo…

—Nuestro equipo es pequeño, son de confianza no creo que ninguno sea un traidor. Y si lo hubiera lo descubriríamos de inmediato. No se arriesgarían —dijo mamá.

—Mi padre confía en cada uno.

—Sara piensa huir y creo que lo hará hoy mismo. Después de la estupidez que hizo en el CDIA no podrá volver a la residencia King. Si al director se le ocurre comentar la visita con el esposo, Ademar King II sospecharía de inmediato de ella.

—Le preguntaré ahora mismo qué intenta hacer —dije.

—Primero revisa la araña de Max.

Lo hice y me di cuenta que Max estaba en su sitio. Mi madre me sugirió que me conectara con mi hermano y sondeara la situación. No tuve tiempo de hacerlo, Sara me pidió acceso a mi guía mental y acepté, sin evitar lanzarle una mirada de sorpresa a mamá:

—Lo tengo, Paz. Tengo el respaldo de la guía y la computadora del director del CDIA.

—Dáselo a Apolo. Él lo sincronizará con su guía estilo Tierras Inhóspitas y nos hará llegar la información. ¿Están pensando huir hoy mismo?

—No hasta que tengamos a Iris —dijo.

—No regreses a la residencia King, sería peligroso para ti.

—Apolo y yo tenemos un plan no te preocupes —dijo y se desconectó.

La vimos encontrarse con Apolo en su departamento y proseguir a la antigua clínica donde yo había trabajado como médico. Ahora si no entendía nada. A la par que Apolo me transmitía, sin darme explicaciones, la información del anillo a mi libélula, vi a Sara hablar por su guía convencional con Ademar King, mientras ella acudía a una habitación. Su hijo estaba siendo atendido por personal médico.

Ademar King abandonó su reunión con Earta y fue rumbo al hospital. Mi madre y yo nos miramos sin entender nada, o más bien, tratando de armar las piezas del rompecabezas. No pude quedarme para averiguar más,

corrí hasta donde estaba el general Verena con la información que Apolo me había pasado.

Mi padre se sentó de golpe ante mis palabras atropelladas. Ya estaba tomando medidas para aguantar el golpe que suponía, toda la información sobre nosotros que Earta Hébert había soltado en el interrogatorio, previo a su entrevista con King. El plan alterno de mi hermano le hizo transmutarse en el dragón de fuego.

—¿Cómo que Apolo está por su cuenta? ¿Cómo que hicieron esa estupidez y ya tienen la información? —repitió mi padre—. Tendremos que apresurarnos. Ademar sospechará de Sara. No sé qué se traen esos dos entre manos.

—Revisemos la información —pedí.

—Comunícate de inmediato con tu hermano mayor y exígele que nos ponga al tanto de las razones que le llevaron a ese disparatado plan. Ordénale que te diga cuál será su próximo paso. Yo haré que revisen la información. Tal vez con esto podamos acceder a la clave que necesitamos.

Mi padre y yo nos separamos del resto. Para mí la palabra «ordenar» y más a mi hermano, era inaceptable, pero lo que hizo Apolo y el peligro que corría también lo era. Apolo me recibió en la guía mental y le dije:

—Papá quiere respuestas.

—Vamos a rescatar a Sebastián, a Iris y a Abel —ese es nuestro objetivo.

—¿De qué estás hablando?

—Ya tienes la información del director del CDIA, busca lo que consideres necesario para dar con la clave de la seguridad.

—Tenemos un ejército, carajo. ¿Por qué crees que vamos a arriesgar a dos personas en un plan tan absurdo? Sara se puso en evidencia. Ademar no se tragará el cuento de la señora interesada en mejorar a sus robots de servicio. ¿Y qué tiene su hijo? ¿Por qué está ingresado?

—Ademar está ahora en el hospital atormentado por la salud de su hijo. No creo que el director le moleste con el asunto de su esposa, cuando sepa que el pequeño está delicado de salud.

—Lo hará. Ese tipo no es un tonto.

—Ademar no tendrá cabeza para otra cosa que no sea el estado de su hijo.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Mírame a mí donde estoy por salvar a Iris.

—Espero les funcione. Ademar no es igual a ti, ni a Sebastián.

—Papá exige saber cuál es tu siguiente paso o el de Sara —dije de una vez porque mi padre me presionaba con la mirada para sacar esa información.

—¿Me crees tan estúpido para querer salvar al mundo solo? No he hecho nada que ponga en peligro la misión, pero no vine hasta aquí para quedarme de brazos cruzados. Quise la clave para que Max pudiera investigar qué hay detrás de la puerta infranqueable. Sebastián no aparece y esa puerta sigue siendo el único sitio al que no hemos podido acceder. Hay algo que esconden y necesitamos saberlo antes que nuestros hombres entren en la ciudad.

—¿De qué estás hablando? Max está en el Departamento…

—No. Max es el robot que Sara dejó en el CDIA. Dejamos un reemplazo en su sitio en el departamento.

—Para engañarme a mí. ¡Esto es el colmo!

—Para ganar tiempo. Queríamos entrar por esa puerta con ayuda de Max, pero no podremos hacerlo. En la información que te transmití se especifica que la contraseña de acceso es el ADN de la persona que traspasa el umbral, tienen un escáner que lo analiza. No es tan simple como arrancarle un cabello al gato y pasarlo por el escáner, no. Eso ya lo pensé. Hace un escáner global. Necesitamos clonar una contraseña y a la vez repeler el ADN del asignado a la misión. Si es una máquina lo tenemos cubierto porque no tiene, si es una persona hay que enmascararlo.

—¿Y cómo pretendes que lo hagamos?

—Reúne un equipo, tienes personal capacitado y la información detallada de cómo los del CDIA lo realizaron.

—Pero pides más que eso.

—Y lo necesito ya. Sara y yo no tenemos mucho tiempo.

—Papá se pondrá furioso, más aún cuando sepa que ahora seguiremos tu plan y no el de él.

—Ese será su problema. Él me tendrá que dar la razón.

37



Mi padre estuvo al tanto de mi conversación con Apolo y negó con la cabeza. Alejo se acercó a nosotros, vino a decirnos que había caído el primer candado y que ya estaba dentro de varias computadoras del CDIA, pero que aún no podía introducirse a la del director, ni a alguna que arrojara información sobre la clave que buscábamos.

—Eso podrás hacerlo en breve. Tenemos todas las claves del director. Alejo, sigue ahí, no lo pierdas. Necesitaremos movernos dentro de esa red —le dijo mi padre—. La contraseña de la puerta ya la tenemos, la conseguimos por otra vía. Trabajarás con nuestro equipo, muchacho.

—Como usted diga, general —dijo Alejo.

—Espero que no desobedezcas mis órdenes, hijo —le dijo con severidad papá—. El plan de Apolo es bueno, pero no lo necesitamos —me dijo después el general—. Gracias a la información que nos transmitió, ya tenemos todas las contraseñas y Alejo ya está dentro de la red, nada nos podrá parar. Desactivaremos la función del lector de ADN y Max podrá introducirse para investigar qué hay detrás de esa puerta.

—Pero, papá… —intenté decir.

—Apolo hizo bien su parte y punto. No olvides que yo estoy al mando. Él no está sopesando todas nuestras necesidades porque las

desconoce. Mi ejército ya inició el avance. Lo que no nos sobra es tiempo, ya vamos a entrar.

Dijo la última palabra y yo ya tenía un pie fuera de la instancia. Me comuniqué con Apolo de inmediato, mi hermano se sorprendió por lo recurrente de mi insistencia, pensando que ya habíamos concluido el tema.

—*Papá tiene sus propios planes y el clonar una contraseña no es uno de ellos* —le transmití.

—*No me sorprende. Por eso tuvimos que actuar sin darles más información. Quiero saber si estás conmigo* —me dijo.

—*¿Qué quieres decir?*

—*Sara y yo vamos a rescatar a Sebastián.*

—*¿De qué estás hablando?*

—*¿Papá no te lo dijo? En la información que sustrajimos de Ademar King se habla de un sujeto en resguardo, que no puede ser otro que Sebastián. Por eso no lo encontramos en el Departamento de Defensa. Menciona que es un miembro cercano de su familia, que requiere ser intervenido con la nueva técnica. Estuve analizando y creo que es Sebastián, no tenemos mucho tiempo. En la computadora del director del CDIA menciona muy claramente que en dos días comienzan a trasplantarle órganos mejorados, no clonados. Si lo logran ya no será el mismo. Son órganos artificiales.*

—*No lo puedo creer. Por eso la prisa de papá, por eso su insistencia en que no tiene tiempo para confeccionar el clon de la contraseña.*

—*Sigo creyendo que mi plan es la mejor forma de entrar. Debemos tomar a Sebastián ahora, antes que sospechen que deseamos rescatarlo y lo cambien de sitio. Max está esperando nuestras órdenes. No hay tiempo que perder. ¿Estás conmigo?*

—*No puedo traicionar a papá.*

—*Entonces será muy tarde para Sebastián.*

—*Papá quiere lo mejor para todos. Él tomó en cuenta mi postura a la hora de elegir si avanzábamos o no.*

—*Papá no te dio toda la información sobre Sebastián, así que ninguna decisión que tomaras iba a ser justa.*

—*Hay algo más, papá y Walker masacraron a un grupo de personas. Los que formaron otro campamento por su cuenta.*

—*Sara me habló de esas personas.*

—*Lo hizo para darle una lección a King y no acabo de entender cómo es posible que papá lo haya hecho. No puedo asimilar sus razones.*

—El general Verena es la cabeza de su ejército, ahora está actuando como un militar. Tú y yo no hemos llegado hasta aquí para ganar una guerra. Nos arrastraron otras circunstancias. ¿Estás conmigo? Dímelo porque tampoco tengo tiempo. Sara y yo vamos a rescatar a Sebastián y si tú no nos ayudas a conseguir la contraseña, lo veremos por otra vía.

—¿Por qué estás tan seguro que puedo hacerlo?

—Tú no, Jonathan sí.

—Pero Jonathan tiene otra especialidad.

—Jonathan diseñó la guía mental y lideraba a puertas cerradas todas las armas relacionadas con la persona humana. Era el secreto mejor guardado de Leila. Por eso se refugió con nosotros, porque quería liberarse de la opresión que los otros líderes de la UNA estaban ejerciendo sobre él. Si se negaba a servir, iba a ser un prisionero de la UNA toda su vida.

—No lo sé. Las divisiones en nuestro ejército podrían ser contraproducentes.

—Te estoy hablando de Sebastián —me soltó y tuve que repetírmelo varias veces—. *¿Vas a sacrificarlo?*

—Sabes que no lo haría jamás. Por otra parte, Jonathan…

—No entiendo.

—¿Quieres que sea Jonathan nuestro último recurso para salvar al causante del final de Leila?

—Nunca dudaste de Jonathan. ¿Por qué lo haces ahora? —me recriminó.

—Es que me sueltas todo sobre su importante carrera ahora. ¿Por qué no me lo dijiste antes y solo te limitaste a contarme lo de la guía? ¿Por qué él no me lo dijo? Se supone que no tenemos secretos.

—Haz lo que quieras, Paz. Ya fui honesto contigo. Sabes que hay cosas que no se pueden decir.

Salí de la comunicación y regresé al cuarto de las pantallas, solo para buscar a Paúl y a Jonathan. Les señalé con el dedo y les di a entender que los esperaba afuera. Mi intención era ponerlos al tanto de mi conversación con Apolo. Obvié todo lo concerniente a mi padre y a su avanzada. Le exigí respuestas a Jonathan y él me sostuvo la mirada con firmeza sin negar nada. Paúl nos interrumpió y manifestó que estaba con mi hermano con una simple frase:

—Confío en Apolo.

—Yo estoy aquí por Apolo —ratificó Jonathan—. Haré lo que él me diga. Tengo un par de hombres trabajando en el pedido de tu hermano. Utilizaremos el ADN de Ademar King II —dijo Jonathan y entendí que Apolo ya le había consultado. No importaba del lado de quién yo estaba, el plan de mi hermano ya estaba tomando forma.

—¿De qué estás hablando? —dije para enterarme de los pormenores que me estaban obviando.

—Sara tomó la muestra y Apolo la envió con su guía —aclaró Jonathan.

—¡Ah! —dije estupefacta al constatar todo lo que me estaba perdiendo—. Imagino que mandarán el clon de la contraseña del mismo modo.

—¿Es todo, Paz? —dijo Paúl—. Estoy en medio de algo. Ademar King II está en una acalorada discusión con Sara y es sobre tu hijo. ¿Me permites seguir al tanto? —dijo y corrí ante las pantallas para no perder de vista a los esposos King.

—El envío para Apolo tiene que salir hoy. Voy a ocuparme en persona —me informó Jonathan y se despidió de mí con una palmada en el hombro.

Sara estaba en la habitación de su pequeño hijo, aún en el hospital. Cuando los tuve a la vista, la discusión había terminado porque King se despedía con un beso del pequeño y se marchaba.

—Nos perdimos el final —me dijo Paúl.

—¿De qué hablaban? —indagué.

—Hoy llega Abel a la residencia. Ademar King II se opone a Karena, que desea recibirlo y cuidarlo como su nieto. Él considera que el niño traerá problemas cuando sea adulto. Prefiere dejárselo a Earta y que sea útil para lo que la doctora estime.

—¡Maldito! —vociferé—. Es su sobrino. No lo entiendo. Él no tuvo valor de mover un dedo contra Sebastián cuando abandonamos el Departamento de Defensa. Pensé, entonces, que le quedaba algo de humanidad y que quería a su hermano a pesar de las enormes diferencias que tienen.

—En el pasado, tal vez. Recuerda que no sabemos nada de Sebastián —dijo Paúl—. ¿Albergas la esperanza de que King, por respeto al lazo que lo une a Sebastián, no se ensañe con él? —me preguntó. Preferí no responder, porque mis dudas al respecto eran grandes—. Dice que no solo es el hijo de Sebastián, que es el nieto de Verena. Quiere usarlo para

vulnerar a sus enemigos. Piensa que, si Verena por defender a su hija desertó, el nieto es una pieza clave para lograr de él lo que desee.

—¡Maldito, mil veces maldito! —vociferé—. Es un niño.

—Revisaré la grabación para ver el fin de la discusión y qué nos perdimos. Luego te informo. Comunícate con Sara, reúne toda la información de los planes de King, para que le avisemos a tu padre. También dile que no sea tan efusiva al tomar partido por nosotros, King puede sospechar.

—Sara hizo lo mismo que está haciendo Karena, no creo que resulte más extraña por eso. Tomó interés por un bebé, que además es de su familia —opiné.

Paúl se alzó de hombros y luego me dio la razón. Sara me dio acceso a su guía y le transmití:

—¿Cómo está tu hijo? ¿Por qué sigue en el hospital? Pensé que lo habías ingresado como parte de tu plan con Apolo para confundir a King.

—No. Lo ingresé para sacarlo de la propiedad y facilitar nuestra huida. Su salud ha estado delicada y no era difícil encontrar un motivo para que lo dejaran aquí.

—Lo siento mucho, Sara. ¿Qué tiene ahora el pequeño?

—Sus defensas. Le están suministrando medicamentos que lo refuerzan. Dicen los médicos que no me asuste, que podrá vivir una vida larga pero que no podrá dejar el tratamiento. Su vida siempre estará supeditada a hospitales, medicinas. Me reconforta el doctor al decirme que la ciencia sigue avanzando y que tal vez encuentren la cura. Pero no hay fecha, solo promesas.

—Se ha encontrado cura para muchísimas enfermedades.

—Le recriminé a Ademar por tu hijo y me dijo que peleaba por el bando contrario, que Earta está buscando una cura para mi hijo y para los otros afectados.

—No te dejes manipular por King. La solución que puede encontrar Earta, es la misma que otros científicos han buscado para otras enfermedades. Siempre a través de la genética y para las siguientes generaciones, con la finalidad de erradicar a futuro, no de sanar a los que ya sufren. La cura la están buscando nuestros científicos. Los que Earta abandonó en Tierras Inhóspitas y uno excelente que vino de la UNA. Tu madre lo sabe. Tú lo sabes. Rita nos ha dejado acceder a toda la información necesaria para lograrlo a través de su arácnido. Ella tiene los datos de los experimentos que Earta dejó a resguardo en el instituto antes que King la sacara. Earta solo

quiere corregir el déficit para evitar que autocontrolados y autónomos se reproduzcan, y así establecer una supremacía sin fundamentos.

—Sé dónde están tu hijo y tu sobrina —me soltó sin divagar más al respecto de si creía en mí o en King.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté. Sara levantó la mano con disimulo y entendí que se refería al anillo, que lo seguía utilizando—. *Los sacaré antes de que todo reviente. Se los entregaré a Sebastián y a Apolo, antes de que tomen la ciudad. Solo tengo una condición, mi madre, mi hijo y yo saldremos con ellos. No me quedaré para ver cómo se derrumba todo.*

—Será arriesgado, más que todo lo que has hecho.

—Apolo y yo tenemos un plan. Mi hijo ya está afuera de la residencia. Tu hijo llega hoy con Karena. Iris también llegará hoy al Instituto de Planificación Familiar. Ademar le ordenó a mi madre que le abra las puertas a Earta y que le dé vía libre.

—Sin ti y sin tu hijo, Ademar se volverá loco. Será muy difícil que escapen todos juntos.

—La idea es de Apolo. Yo confío en él.

De nuevo. Alguien me restregaba en la cara que mi hermano era el líder. Yo estaba entre seguirlo a él o a mi padre. Todos por el mismo fin, pero con diferentes métodos. Mi intuición me dijo que no perdiera de vista a Apolo, si Sara iba a sacar a los niños, Apolo y Max iban por Sebastián. ¿Por qué mi hermano quería actuar solo si el ejército de mi padre iba en camino? ¿Por qué no apoyarse en los aliados que teníamos en la ciudad? La respuesta me vino. Mi hijo y la amenaza de King de usarlo como arma contra mi padre, mi sobrina que también corría peligro. A eso se refería Sara cuando decía que iba a sacar a los niños antes que todo explotara. Se me coló la idea de ir con ellos a la capital.

Fui hasta Paúl y le dije:

—Tenemos que reunir un grupo para ayudar a Apolo y a Sara. Ellos solos no podrán.

—No. Apolo te necesita de enlace. Desde aquí puedes ir mandando los apoyos.

—Pero no entiendes que se van a enfrentar con el ejército de King, que, si los descubren, con Sara involucrada en esto, la reacción del tirano será desmedida.

—Si hay que ir lo haré yo con un grupo de nuestra gente. Tú y Jonathan se quedarán aquí, donde son más útiles.

—Jonathan tiene una misión, mi madre puede ocuparse de ser el enlace.

—Tu padre tiene un plan, tu hermano otro, no sumes un tercero.

38



Me dejé caer en el sillón frente a la pantalla de Karena. Mi corazón estaba a punto de colapsar de tanto palpitar ante la promesa de ver a mi hijo. Karena estaba impaciente, se había asomado en la terraza de su habitación y aguardaba. Una notificación llegó a su guía y atravesó la amplia sala por el centro, hasta que abandonó el lugar. Tomó un ascensor y bajó a la primera planta, rumbo a la entrada principal. Su marcha fue estoica, la misma estoicidad que la acompañó durante el reencuentro con su hijo mayor. La seguía la mujer robot de siempre, su acompañante y una nueva, que tenía aspecto de nana.

Un vehículo escoltado hizo su arribo. Mi corazón se aceleró más. Antes que abrieran la puerta, Paúl me señaló que Iris estaba llegando, con similar equipo de seguridad, al Instituto de Planificación Familiar, solo que sin ningún cortejo de bienvenida. La chica iba con los ojos tapados y fue conducida por los guardias al interior del recinto por una puerta trasera.

Me comuniqué con ella a través de la guía. Le hice llegar:

—*Estamos contigo. Ya te tenemos ubicada. Tu padre te rescatará pronto*.

—*¿Estás segura?* —dijo—. *Ya se ha tardado y tengo miedo. ¿Dónde estoy? ¿Para qué me han traído?*

—*Ahora me tendré que desconectar, pero no pierdas la fe. Mantente atenta. Te quiero*.

Me levanté de mi sitio y me quedé de pie frente a la pantalla que reproducía un auto negro, que abría sus puertas para dar paso a Earta. «Lógico. La gran amiga ahora quiere dárselas de héroe ante Karena. No entiendo cómo Karena lo acepta. La tipa quiso utilizar a su nieto para sus experimentos y ahora se las da de salvadora», me dije. Earta lo traía en sus brazos y mi pequeño, ajeno al peligro que corría con la traidora, descansaba plácidamente. Los ojos se me llenaron de lágrimas, Paúl se me acercó y me pasó un brazo sobre los hombros. No pude evitarlo, un gemido se me escapó y los labios comenzaron a temblarme.

—Está bien —trató de animarme Paúl.

Eso me reconfortaba después de todas las pesadillas que se habían apoderado de mis noches desde su ausencia. Tenía que agradecerle a Karena por mantenerlo a salvo, después de todo, ella no lo había arrancado de mi lado. Tampoco estaba pensando en devolverlo o al menos eso me imaginaba. No vi a Karena ni siquiera sonreír, se acercó un poco y le estudió el rostro a Abel.

—Se parece a su padre, demasiado —dijo como si hasta tenerlo en frente lo reconociera realmente como hijo de Sebastián—. ¿Cómo se llama?

—Abel —dijo Earta.

«¡No puede ser!», me dije. En ese momento, en que Earta lo nombró Karena debía reaccionar, recordar ese nombre, el que ella le había dado a Sebastián tras su nacimiento, el de su abuelo; pero Karena no hizo nada, ni siquiera un suspiro, ni siquiera un movimiento que evidenciara un cambio en el patrón de su respiración. Únicamente percibí la palidez de su rostro acentuarse, señal de que aquella situación no le era indiferente. Esperé que aquel nombre y la cálida presencia del bebé le recordaran a su hijo. Sebastián tenía que estar vivo.

Karena le ordenó a la nana robot que tomara al niño y lo llevara a su nueva habitación. Luego despidió a Earta lo más pronto que pudo, sin invitarle a pasar a la casa u ofrecerle alguna bebida. Karena se fue directo a su habitación, se encerró adentro y lloró. Eso fue todo. Envié su arácnido a la habitación de Abel, quien quedó supeditado a una nana robot, sin más presencia humana. No quería perderlo de vista ni un minuto. Yo misma cambié la misión de uno de los arácnidos del Departamento de Defensa y lo mandé para que cubriera a Karena. Le mandé una notificación a mi padre.

Mi madre llegó pronto. De seguro Paúl la había avisado. Me abrazó mientras yo seguía sentada delante de la pantalla que proyectaba a mi hijo a los cuidados de su nana.

—¿Cómo te sientes? —indagó mamá.

—Ahí voy —contesté.

—Pronto estará con nosotros. Tranquila.

Paúl se me acercó para decirme que la guía de Apolo, versión Tierras Inhóspitas, iría de regreso, que Jonathan ya le había notificado que estaba lista. Él mismo se iba a encargar de acercarla en un vehículo a la frontera. Mamá ni se inmutó al escucharlo y supuse que ya sabía, de seguro por Paúl, que no perdía la oportunidad de agradarla.

—Paúl, no creo prudente que vayas solo, tanto por los soldados de King como por los de mi padre —dije.

—Recogí la guía de Apolo en la frontera y la traje a nuestra base. Puedo hacerlo —me aseguró Paúl.

—Creo que alguien debe acompañarte. Jonathan imposible. Necesitamos que salga ileso —sugirió mi madre.

—Me ocuparé de buscar un compañero. Paz, comunícate con Apolo y dile que su encargo va en camino —terminó por decir Paúl.

Me enlacé con Apolo y lo puse al corriente de todo, él me dijo:

—¿Eso significa que estás conmigo?

—Nunca he dejado de estarlo —le dije.

—¿Y papá?

—¿Recuerdas cuando me dijiste qué querías ver su cara, cuando le dijera que había introducido a Max al Departamento de Defensa?

—Sí, por supuesto.

—Y ahora tú cambias los planes. No olvides que estamos en el mismo equipo, papá, tú y yo. Puede que estés pasando por alto sus órdenes, pero si estás en peligro no dudes en pedirle ayuda. Tu araña está de regreso, así que haz lo que te dicte tu corazón.

Apolo se comunicó conmigo a la mañana siguiente. Tenía la araña consigo y dos contraseñas de acceso, la tercera ya la tenía Sara en su poder. Me advirtió que no perdería tiempo y que pronto sacaría a Sebastián de su cautiverio.

—*¿Sabes cuánto tiempo tengo antes de que lleguen las tropas del general y esto se vuelva un caos?* —me preguntó.

—*Papá dijo que pronto pero no especificó horas, días, semanas.*

—*No importa. Te necesito. Serás nuestros ojos.*

—*De acuerdo* —dije—. *También puedes comunicarte con mamá y con Jonathan en caso de que no me consigas contactar.*

—*¿Por qué sucedería eso?*

—*Es un decir. No le quitaré los ojos a las pantallas, pero sabes que es imposible que esté ahí las veinticuatro horas.*

Terminé de decir y reparé en Paúl, quien estaba justo frente a mí. Me desconecté de Apolo. Paúl no pudo evitar decir:

—Esto es una locura. ¿Hizo preguntas? De seguro se le hizo raro tu comentario. Espero que salgamos bien librados.

—No te obligué a venir. Si querías quedarte delante de la pantalla con mi madre podías hacerlo.

—Me obligaste a traerte conmigo para acercar la araña de Apolo a la frontera y luego me convenciste para seguir hasta la capital. Eres muy persistente. No te entiendo, ni a ti ni a Venus. Están mal de la cabeza las dos —dijo un poco exasperado.

—¿Y por qué metes a mi madre en el paquete conmigo?

—Porque a ti se te ocurrió esta loca idea de venir conmigo para apoyar a Apolo y Venus no lo dudó por un minuto.

—El plan de Apolo es bueno, pero tiene muy pocos hombres. Sabes que él no podrá pedirles ayuda a los aliados de mi padre. No si va en contra de las órdenes del general.

—Creo que estas divisiones no son buenas para nuestro ejército.

—Estoy convencida pero no iba a dejar solos a mi hermano y a Sara. Nuestro ejército llegará rápido. Y recuerda que fuiste el primero en ponerte del lado de Apolo. Mi madre seguirá con mi parte del plan, ella desviará las arañas cuando estemos actuando, así los informantes de mi padre no verán nada en las pantallas y no le dirán que su primogénito pasó por alto sus órdenes.

—Lo que también me pone nervioso. Tu madre estará ciega también, no podrá saber qué nos está sucediendo y si llegara a darse el caso que corremos peligro, nadie podrá salvarnos.

—¿El plan es tuyo y de Apolo y ahora a mí me reclamas, Paúl?

—Solo expongo los hechos.

—Por eso voy contigo. Mi madre y yo nos comunicaremos a través de la guía mental, seré el enlace. No confío en que Apolo quiera hacerlo. Estamos cubiertos, Iris, Sara, Apolo y yo tenemos la guía mental. Eso tendrá que servirnos, junto a los arácnidos y nuestras guías estilo Tierras Inhóspitas.

Me detuve a ver en mi guía la réplica de las pantallas que estaban bajo el control de mi madre. Paúl hizo lo mismo con su guía. Nos dividimos los robots arácnidos a seguir.

—Tu hermanito, Alejo, hizo buen trabajo desviando la red hacia nuestras guías. Así Venus no tendrá que padecer transfiriéndonos determinada pantalla cuando sea necesario. Solo espero que no vaya de bocón con el general —me comentó.

—No lo creo. El chico es estupendo.

—¿Estás listo? —le dije—. Ya casi vamos a entrar a la capital.

—Tu aliada ya está en camino. Acabo de verla. ¿Estás segura que el camino es apropiado?

Asentí y me puse a revisar las armas que llevaba conmigo. Un ruido nos distrajo y nos pusimos alerta. Nos miramos. Ni siquiera nos habíamos acercado lo suficiente a la frontera por la que queríamos entrar y ya estábamos teniendo problemas. Le pedí a Paúl que se quedara en el sitio, para yo rodear el paraje y sorprendí a los intrusos por la espalda. Los encañoné y se pusieron de pie con las manos en alto. Les vi las caras y los reconocí de inmediato, aunque trataron de enterrarse dentro de sus vestimentas.

—¡Maldición, Alejo! ¿Qué haces aquí? —le grité.

—Me di cuenta lo que pretendías hacer, cuando me pediste habilitar tu guía para trasmitir lo de los arácnidos —respondió.

—¿Y eso te da derecho a seguirnos? ¿Y tú Camil, tus lesiones?

—Estoy recuperado por completo —dijo Camil.

Paúl se nos reunió y comenzó a lamentarse:

—Lo que nos faltaba. Ahora tendremos que hacer de niñeros. Tendrán que regresarse por donde vinieron.

—No pueden seguir con nosotros, chicos. No los queremos arriesgar —les dije.

—Te podemos ser de utilidad, Paz. Yo puedo ayudarte con las redes y Camil es fuerte, pasó el entrenamiento de la UNA. Yo lo tomé a medias —dijo Alejo.

—Camil, ¿cómo le hicieron tú e Iris para colarse en la capital sin ser descubiertos? —indagué.

—Alejo nos dio la pauta para desactivar una parte de la barrera que bordea la Sociedad Autocontrolada.

—¡Y mil veces nos aseguraste que no sabías nada del escape de Iris! —le reclamé a mi hermano menor.

—No lo suficiente. Solo le di a Iris lo que me pidió. Ya me había visto hacerlo otras veces, al recorrer las partes irregulares de los límites entre naciones, en nuestro viaje inicial —dijo Alejo.

—De acuerdo. Tendrán que venir con nosotros. Escúchenme bien, vendrán porque ya no tenemos tiempo de regresarlos a la base. La ayuda de ambos será valiosa de todos modos. Una vez que pasemos, un carro nos estará esperando.

39



La doctora Rita, enviada por Sara nos aguardaba en su auto. Por un momento pensé, cuando me comuniqué con Sara que no podría ayudarnos. A Sara se le ocurrió que su madre podría recogernos en la frontera. Era un plan arriesgado, pero más lo era el que tenían en mente Sara y Apolo. Nosotros veníamos de refuerzo y a Sara le pareció un alivio. Acordamos que Apolo no lo sabría hasta que estuviéramos con él, para que no nos insistiera en retractarnos.

Apolo estaba en camino al CDIA. Lo observé a través de mi guía libélula. Iba solo. Habíamos sostenido hacía un par de segundos la última conversación y él aún no sospechaba que estábamos muy cerca.

—Entraré con él. Lo veré al interior —les dije a mi equipo y mostré la contraseña que había traído conmigo.

—Paz, no. Déjame a mí —dijo Paúl.

—Yo podría ser más útil. Estuve navegando dentro de la red del CDIA y conozco todas las claves de acceso —insistió Alejo y no lo dudé. El chico tenía razón. El CDIA era un mundo que le podría resultar familiar pero no podía arriesgarlo.

—Entraré. Alejo y Camil, se les nota la adolescencia en el rostro. Paúl, aún no dominas el acento. Tengo experiencia como agente en la capital. Alejo, sincroniza tu guía con mi libélula, transmite toda la información

necesaria para que pueda llegar cuanto antes con Apolo, sin ser descubierta —dije y desde ese momento ya no me cuestionaron mis decisiones—. ¿Alejo, puedes hacer que las puertas convencionales se abran ante mi paso como si tuviera una guía estilo Sociedad Autocontrolada?

—Puedo darte mi guía —sugirió Rita que había permanecido callada—. He visitado últimamente el CDIA, para colaborar con los nuevos experimentos que realizan y tengo acceso a los primeros niveles.

—Prefiero que no, doctora. Usted la necesitará. ¿Puedes hacerlo, Alejo? —le pregunté a mi hermano.

—Creo que sí —dijo él.

—Con eso me basta —dije.

—¿Y si no puede? —me preguntó Paúl.

—Podrá. Tiene acceso a la computadora central del CDIA, puede hacerlo. ¿Alejo? —me volví a mi hermano—. ¿Escuchaste al general mencionar cuando desactivará la seguridad del CDIA? Eso también nos podría servir.

—¿O nos podría complicar todo? —dijo Paúl—. Tomarían medidas de seguridad extremas si notan una falla o un intruso en su sistema.

—El general Verena lo hará cuando estén por entrar, pero no sé cuándo sucederá —contestó el chico.

El auto se detuvo en el garaje de la casa de la doctora. Les indiqué a los chicos que fueran a cambiarse de ropa, por la que Rita había ofrecido. Eran uniformes del Instituto de Planificación Familiar.

—Espero que Camil y Alejo no causen sospechas, se ven muy jóvenes —le dije a Paúl.

—Son altos para su edad. No creo que eso sea un problema —dijo él.

—¿Estás de acuerdo conmigo? ¿Hice bien en no revelarles todo el plan a Camil y a Alejo?

—Pues sí, si los apresan tendrán menos que decir.

—No nos atraparán y en todo caso, ya viene el ejército. La capital no seguirá en manos de King mucho tiempo más.

—¿Qué más te dijo Sara? —me preguntó.

—Apolo va por Sebastián. Sara sacará a mi hijo de la residencia valiéndose del otro clon de la contraseña, utilizará el elevador por donde transportaron a Sebastián. Lo sacará por el techo. Hay una nave ahí todas las noches. Rita sacará a Iris. Se encontrarán todos fuera del área protegida, pero antes de partir, la doctora y Sara pasarán por Ademar King III.

—Vale. Vamos a cambiarnos de ropa de una vez.

—Camil y tú acompañarán a Rita. Ella le dará acceso a Iris y ustedes la sacarán. Rita aguardará a Sara, juntas huirán con los niños. Todo saldrá bien. Me comunicaré con Iris por la guía mental en cuanto tenga la oportunidad. Usa tu guía convencional para que tengas acceso a la función de las arañas. Así podrás estar al tanto de nuestro avance. Yo haré lo mismo.

Los muchachos llegaron ante nosotros, vestían los uniformes del Instituto de Planificación Familiar. Paúl y yo ya no perdimos tiempo, también nos cambiamos. La doctora Roger ya estaba lista. Nos subimos al vehículo y partimos. A una cuadra del CDIA, el auto se detuvo y me dispuse a bajar.

—¿Alejo? —le dije al muchacho esperando no arrepentirme—. Tú vienes conmigo. ¿Recuerdas el mapa del sitio? En cuanto pongamos un pie adentro, Venus nos guiará hasta los vestidores. Necesitaremos cambiar de uniformes.

Alejo se quedó mudo, entre sorprendido y emocionado. «Divina adolescencia. Ni siquiera piensa en el peligro», pensé al ver como su rostro se iluminaba. Se despidió con un apretón de mano de Camil y sin decir nada, ni hacer preguntas, me acompañó. Caminamos hasta la entrada del CDIA y siguiendo el protocolo usual, revelado por Rita Roger, nos introducimos. Ella ya había movido los hilos propicios para que no resultara sospechosa nuestra visita.

Nadie nos detuvo. Respiré hondo cuando atravesamos la puerta principal. La ropa que llevábamos nos permitió llegar hasta la primera planta sin causar sospechas. En el vestidor había uniformes de diferentes tonalidades de gris.

—El menos oscuro —le sugerí a Alejo tal cual me había aconsejado Sara que había hecho Apolo. Mientras menos intenso fuera el tono significaba mayor jerarquía.

Lo que Alejo les hizo a nuestras guías antes de entrar funcionó, las puertas se abrieron a nuestro paso como si el mismo director del CDIA estuviera avanzando a mi lado. Frenamos ante la puerta donde las arañas no habían podido entrar.

—Es ahora que sabremos si la contraseña funciona o no —le susurré.

—Me alegra saberlo. ¿Bastará con una? —dijo apenas sin mover los labios.

—Apolo dijo que sí. Se abre para mí y yo te doy acceso. Así metieron a Sebastián cuando lo llevaron prisionero. Vamos de una vez. Hay vigilancia

constante. Si los guardias nos ven titubear sabrán que somos intrusos.

Contuve la respiración y mantuve a raya los latidos de mi corazón, antes que se desbordarán en un ritmo descontrolado. Di un paso al frente y no puede evitar sentir un tirón en mi pierna derecha. ¿A quién engañaba? A mi cuerpo no. La contraseña no había sido probada en campo. Un paso más y ahora si no había marcha a atrás. Si la puerta no cedía por sí sola, nos estamparíamos de frente contra ella, y nuestro exceso de «seguridad» iba causar que unos cuantos guardias salieran a intentar capturarnos. Otro paso. La puerta se abrió y pasamos al otro lado. Alejo no se despegó de mi lado, seguimos avanzando sin demostrar siquiera entre nosotros nuestra sensación de júbilo.

El sitio estaba oscuro. Lo primero que había era un cubículo amplio con ropa quirúrgica. Le indiqué a Alejo que se forrara de pies a cabeza y que no olvidara el tapabocas. Esto era perfecto para nosotros, porque nos permitía introducirnos en la sala con solo los ojos al descubierto. Inicié la comunicación en la guía mental para contactar a Apolo:

—*¿Dónde estás?*

—*¿Paz? Estoy acercándome al sitio donde tienen a Sebastián —me transmitió mi hermano*.

Me dio acceso a su campo visual y vi que caminaba hacia una cámara donde un paciente permanecía atado a un montón de tubos. El corazón se me encogió, de lejos pudimos ver que parecía un hombre, por la complexión y la estatura. No distinguí ninguna otra seña porque tenía una máscara de oxígeno sobre el rostro y varios equipos médicos a su alrededor.

—*¿Cómo le vas a hacer para sacarlo?* —añadí—. *¿Y si necesita estar conectado a la máquina para vivir?*

—*No lo sé. No imaginé que lo tuvieran así. Pensé llegar antes. Tengo que idear algo, en este momento lo peor que puedo hacer es quedarme sin opciones*.

—*No estás solo* —le dije. Fue el único que se volvió a sus espaldas. Se recompuso y volvió a disimular.

—*¿Qué quieres decir?*

—*Estoy cerca de ti, a treinta pasos hacia la puerta. Vengo con otro de los nuestros*.

—*¿Estás loca?* —me transmitió en una frase que le salió del alma.

—*No te iba a dejar sin apoyo. Ponme en contexto*.

—No te acerques demasiado a las personas, para que no descubran que no perteneces al sitio. Actúa como si supieras a dónde vas. Aquí hay médicos, ingenieros y un poco de todo. Como te habrás dado cuenta, el espacio protegido es circular. En el centro se encuentra el paciente, aislado por gruesos muros de vidrio. A su alrededor hay diferentes cubículos.

—¿Otros pacientes?

—No. En los cubículos se realizan los experimentos.

—¿Dónde está Max?

—Le asigné otra misión.

—No entiendo nada. Él estaría aquí contigo. ¿Cómo pretendes sacar a Sebastián tú solo?

—Su modelo lo están destinando a otros servicios. Aquí en el CDIA solo usan los nuevos modelos. Me iba a ver sospechoso si lo tenía cerca. Él tiene una misión mucho más importante.

Alejo y yo, llegamos a su lado. Compartí una mirada con Apolo y él pudo reparar en mi acompañante. Creo que no lo reconoció a la primera, de lo contrario hubiese hecho algún comentario. Miramos al unísono al paciente y nos quedamos conmocionados. Era Ademar King.

—¿No estaba muerto? —me preguntó Apolo en voz baja, con los ojos muy abiertos.

—Lo estaba. Al menos es lo que dijo su familia. No hubo funeral… —recordé en voz alta.

—Ningún dato o archivo hacía referencia a Ademar King —manifestó Alejo.

—Lo que me faltaba —expresó Apolo en voz casi extinta—. ¿Qué hace Alejo aquí?

—Él se ofreció a ayudarnos. Mantengamos la calma. Tenemos que salir —dije—. Hemos corrido con suerte, ni siquiera hemos levantado sospechas. Es hora de irnos.

—Vayan ustedes adelante. Aún tengo trabajo —advirtió Apolo.

—¿De qué estás hablando, Apolo? Vinimos por Sebastián y no se encuentra aquí.

—Paz, ¿no te das cuenta lo que significa? Estos canallas quieren despertar al tirano.

40



Sara me contactó por la guía, ni siquiera preguntó por nosotros, ni por qué parte de nuestro plan fracasado andábamos. Ella estaba lista para escaparse. Vi a Apolo frente a mí, decidido a hacer algo para ponerle fin a la vida de Ademar King y mi urgencia por frenar la maldad que se estaba apoderando de él, se pospuso. Todos mis sentidos se enfocaron en lo que Sara me transmitía a través de la guía:

—*Ya estoy ante la puerta de la habitación de tu hijo. Karena no está en la residencia. El momento es perfecto para rescatar a Abel. Si todo sale bien, Abel y yo estaremos fuera de la propiedad hoy*.

Vi la puerta abierta y a mi hijo en la cuna, una mano sobre mi brazo me regresó a lo que tenía delante. Alejo entornó los ojos y me instó para convencer a Apolo de abandonar el CDIA de inmediato.

Dejé a Sara y me comuniqué con Apolo, le dije con fuerza:

—Es hora de irnos. Sara está por sacar a mi hijo. Tenemos que seguir lo acordado.

—Esto se sale de nuestros acuerdos, Ademar King está vivo. ¿Sabes lo que significa? La fuerza de su legado puede reavivarse cuando los habitantes de la Sociedad Autocontrolada lo sepan. Algunos de nuestros aliados pueden volverse en nuestra contra, sobre todo los que difieren de King II, pueden ver el retorno del tirano como una esperanza de retomar

su poderío —me intentó convencer Apolo, pero tras ver a Abel en la cuna a punto de vivir la aventura de su rescate a tan corta edad, nada interfirió con mi decisión de abandonar el lugar.

—Apolo, es hora de irnos. Sara está por sacar a Abel y cualquier acción que tomes ahora puede repercutirle. Pondrás sobre aviso al ejército de King II, movilizarán a toda la armada.

—King es una amenaza, no podemos dejarlo. ¿A qué entramos al CDIA, a nada?

—Nuestro hallazgo es muy importante. Papá no tardará en entrar, él y los generales se harán cargo de King.

Lo vi pensarlo un par de segundos más, mientras mi corazón se agitaba, pero por lo que estaba ocurriendo lejos de ahí. Nos enfilamos uno a uno rumbo a la puerta, con disimulo y tratando de seguir lo más desapercibidos posible. Caminé con paso firme a la salida, lo hice como autómata, solo podía seguir a Alejo que caminaba delante de mí. Ya estaba conectada con Sara.

Ella iba caminando con el niño en brazos, no podía verla porque ahora no era conveniente para mí espiar la transmisión de su arácnido, pero podía observar a través de sus ojos al pequeño Abel intranquilo al ser conducido por aquel amplio pasillo hasta la puerta del ascensor. Al lado de Sara, descubrí un robot humanoide que conocí al instante, no importaba cuántos modelos fueran semejantes.

—*Entra, la contraseña funciona* —insté a Sara. Mi madre también le advirtió que no había peligros.

Sara avanzó y la puerta se abrió a la par. Suspiró aliviada. Se introdujo a tiempo con Max a su lado, justo antes de que Abel comenzara a llorar con toda la fuerza de sus pulmones. Sara intentó calmarlo, yo le transmití la canción de cuna que usaba para adormecerlo. Ella se la susurró, al principio sin éxito, hasta que Abel, aún con los lagrimones resbalándole por las mejillas, se tranquilizó un poco. Sara terminó de secarle el rostro, cantó la canción con más seguridad y el niño reposó la cabecita sobre el hombro de ella.

—¡Al fin! —Sara murmuró.

Comprendí de inmediato cuál era la nueva misión de Max. Sería el que operaría la aeronave que utilizarían para huir. Cuando terminaron de ascender, Sara salió desesperada del elevador, le ordenó a Max que abriera la puerta de la nave, por donde pensaba introducirse con el niño en brazos.

—¿Qué diablos haces aquí? —dijo Sara asustada al percibir a William Allen escondido en el asiento del piloto.

—Lo mismo pregunto —dijo él bajando y alejándola de la aeronave—. ¿Qué haces aquí y con el bastardo de Paz?

Palidecí. Intenté buscar apoyo en Apolo. Cuando noté dónde estábamos, me di cuenta que habíamos arribado al auto que él había dejado aparcado y ya nos estábamos subiendo. Le iba a pedir a Sara que le diera acceso también a mi hermano mayor, pero si lo hacía, Apolo se volvería vulnerable y aquello no iba a ayudar a nuestros planes. No supe cómo reaccionar, me subí al auto y me dejé guiar, sin desconectarme de Sara.

—Miente lo mejor que puedas —le sugerí a ella a través de la guía.

—William —le dijo ella—, salí a tomar aire. Saqué al pequeño Abel porque estaba intranquilo.

—No te esfuerces. No es necesario que inventes. Sabía que terminarías aquí. Llevo rato sospechando de tu comportamiento y te he seguido. No sabía lo que tramabas y aún no termino de hilar los cabos sueltos para entender tus intenciones. No tienes que darme una explicación. Hablarás con tu esposo.

—No me gusta el tono de tu voz —le reclamó ella—. No toleraré tu desconfianza. Estás paranoico.

—¡Dame al bastardo! —le exigió.

—¡No! ¡Y no le vuelvas a decir así! Es el nieto de Karena King.

—No creo que ella sepa que lo tienes en el techo.

—No hay nada malo en ello.

—¡Camina! Puedes sostener al bastardo. No me hagas llevarte por la fuerza.

—Ni se te ocurra que te voy a obedecer —le dijo Sara—. Estás imaginando cosas que no son.

William intentó tomarla por el brazo para conducirla y Max se lo impidió.

—¿Qué le sucede a esta máquina? ¿Sara, cómo te atreves a echármelo encima? —le gritó William.

—Está programado para protegerme, de quien sea. Son órdenes de mi esposo.

William hecho una furia, intentó poner en reposo a Max. El robot lo detuvo con una maniobra, lo desarmó y le dio un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente. Con una rapidez impresionante, que me hizo recordar los tiempos en que era mi entrenador. Max tomó a Sara de la mano y la

elevó directo al asiento del copiloto, corrió del otro lado e intentó poner en marcha el motor, fue inútil, William se había encargado de dejarlo inservible.

—¡No puede ser! ¿Qué haremos, Max? —dijo Sara en voz alta.

—*Bajen y salgan en auto de la propiedad. No tienen otra opción* —le transmití a Sara.

—Vamos, Max, no tenemos otra alternativa. Tenemos que irnos por tierra.

Antes que la conversación se prolongara, diez guardias estaban con ellos. Unos llegaron por el elevador y otros por las escaleras. Los hombres los cercaron y Max se lanzó contra el primero y lo desarmó de una patada. Dos más lo atacaron por cada uno de los costados, Max logró neutralizarlos y así fue eliminando uno a uno, a la par que Sara intentaba contener el llanto desesperado de mi hijo. Mientras Max abatía a más soldados, más aparecían por las escaleras. Los últimos en arribar a la escena eran robots humanoides de la nueva serie de producción. Max se distrajo cuando tres se le acercaron a Sara con intenciones de llevársela por la fuerza. Max intentó luchar, pero terminó sometido y en un intento desesperado hizo lo último que consideró relevante para proteger nuestro movimiento. En fracciones de un minuto, Max intentó destruirse y dañar su sistema para siempre. Su sacrificio, al intentar deshacerse de toda la información resguardada en sus archivos, a través de su propia aniquilación me heló la sangre y me acercó aún más a esa máquina, que ya era para mí uno más de los que conformaban mi equipo.

Sus captores, lograron detenerlo, lo pusieron en reposo y se lo llevaron de allí, como si fuera un objeto. Sara bajó escoltada por la vía común. La llevaron ante su esposo. Al verlo, ella intentó abrir la boca para defenderse y King ni siquiera le dio la opción, le cruzó el rostro con la palma de la mano. Sara quedó espantada y mi hijo comenzó a llorar a gritos, aún en sus brazos.

Mi instinto me hizo volverme a mi guía, quería desplegar las pantallas de los distintos arácnidos que estarían captando las imágenes desde diversos ángulos, el de Ademar, el de William, el de Sara y el de Abel, pero si lo hacía Apolo iba a girar el volante y llevarnos de cabeza a la boca del lobo.

La nana robot que servía a Karena ya había sido llamada y apareció a tiempo. Sara le entregó a Abel para que no saliera lastimado por el brutal asedio de Ademar King II. Otro golpe recayó sobre el lánguido rostro de

Sara, del impacto terminó en el piso, donde King la pateó incontables veces por el abdomen. La visión de lo que me transmitía Sara era borrosa, entre el sudor, la sangre, las lágrimas y los continuos parpadeos todo era una película de terror. Sara admirablemente no se desconectó. Una lágrima me resbaló por la mejilla y no me atreví a desconectarme tampoco. Estuve a punto de apoderarme del volante y yo misma conducir para devolverle al muy canalla cada uno de sus puntapiés y manotazos.

—Por favor, Paz. Dile a mi madre que huya con mi hijo. Si Ademar la atrapa no tendrá clemencia con ella —la voz de Sara en mi cabeza volvió a retumbar.

Me quedé titubeando por un par de minutos, espantada, desorientada, entre el pánico por ver a Sara masacrada a golpes por el salvaje de Ademar King II y el temor a las consecuencias de nuestros actos para mi hijo. Reaccioné, dejando el dolor por mi criatura a un lado, me comuniqué con mi equipo. Lo hice por escrito a través de la guía libélula, le transmití a Paúl:

«*Las cosas se salieron de control. Tienen que alejarse a toda prisa*».

«*¿Qué sucede? ¿Los atraparon?*», me devolvió él por el mismo medio.

«*No. Sebastián no estaba en el CDIA. Logramos salir. Nadie sospechó de nuestra intromisión. Cuando nos veamos te daré detalles. Sara fue descubierta. La tiene Ademar King II, ella aún no nos ha delatado, no ha dicho nada con respecto a nosotros, pero no sé cuánto aguante*», respondí.

«*¿El mal nacido la está torturando? ¿A su propia esposa?*».

«*¿Y qué esperabas? Apolo, aún no lo sabe. No puede saberlo hasta que se me ocurra qué hacer*».

«*Entiendo. Nosotros hemos tenido éxito hasta ahora*».

«*Tienes que sacar a Rita y al hijo de Sara, se lo debemos*».

«*Cuenta con eso*».

Apolo no me había quitado los ojos de encima desde que empecé a comunicarme con su amigo, ya sin poder aguantarse me preguntó:

—¿Con quién hablas? ¿Por qué por escrito?

—Con Paúl. Lo puse al tanto de nuestra situación y pedí informes. Ellos van bien.

—Me comunicaré con Sara.

—No.

—¿Por qué?

—He estado comunicada con ella la mayor parte del tiempo.

—¿Y cómo va todo? —preguntó Apolo.

—Bien. Un poco atrasada pero ahí va.

—Me comunicaré con Iris de nuevo.

—Ahora no.

—¿Por qué, ahora quieres controlarme?

—Carajo, Apolo. Concéntrate en el volante, no vayas a distraerte y llamar la atención. Tenemos que llegar con ellos.

—El auto puede ir en automático.

—Hazle como quieras, Apolo. No quiero controlarte.

—Y a todas éstas, ¿qué hacen ustedes aquí? ¿Cómo se involucraron Paúl, Alejo, tú?

—No te podía dejar solo. Paúl y yo decidimos venir a ayudarte, luego Camil y Alejo aparecieron de la nada. Tuvimos que traerlos, pero no nos fue mal, han sido muy útiles —me adentré en el tema y logré distraerlo. Al menos hasta que nos alejáramos.

—Hazme un resumen breve y rápido —me exigió Apolo.

—El chico prodigio —dije refiriéndome a Alejo—, resultó provenir de la misma recolección de óvulos y espermatozoides que tú y yo. Él esperó junto a mí, también congelado, hasta que le dieron la oportunidad de nacer años después. Su embrión fue adoptado. Venus al saber que no podría quedarse con él decidió darle la oportunidad de tener una vida.

—¡No jodas! Esto es espeluznante y raro. Y no lo digo por ti, Alejo. ¿Hasta dónde tenemos que llegar?

—Quiero que te disculpes con Alejo por desquitarte con él cuando Iris escapó —le exigí—, y no porque es nuestro hermano, más bien porque se lo debes.

—¿Ya había hecho eso? ¿No?

—No de la forma apropiada.

—Alejo, perdóname. No suelo reaccionar así —le dijo Apolo.

—No tienes que hacerlo, no es necesario —dijo Alejo.

—Parece que estoy alucinando. ¿Eres nuestro hermano? —soltó Apolo.

—Papá ya hizo las pruebas correspondientes, no hay dudas —dije.

—Bienvenido, Alejo, a nuestra disfuncional familia. Estoy un poco conmocionado aún, sin entender nada. En mí tienes un hermano. Recibo esta noticia con asombro, no lo niego, pero también la recibo con agrado.

Apolo dejó el auto en automático y se volvió a atrás. Mis dos hermanos se miraron a los ojos, con aquellas miradas que amaba con toda el alma, una indefinida y otra que hablaba sin palabras. Apolo extendió una mano al muchacho y Alejo sonrió, como tal vez había querido hacerlo, desde que decidió huir y dejar el confort de su hogar para enrolarse junto a su hermano mayor, al que admiraba como a un ídolo. Se estrecharon la mano derecha y luego sumaron la izquierda, con ese gesto se juraron fidelidad. Los miré desde mi asiento de copiloto, sin poder siquiera sonreír, con la imagen de Sara perpetrada fustigándome la conciencia, con el temor incierto sobre el futuro de Abel y con el nombre de Sebastián latiéndome en el corazón como una irreparable pérdida. «¿Dónde estás, amor?, ¿dónde estás?», pensé y mis lágrimas resbalaron por mis mejillas. Apolo se volvió a mí y con los dedos me limpió el rostro. Tomó mi mano y depositó en ella un beso profundo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Estoy emocionada de verlos juntos, es todo —le contesté—. Toma el volante, Apolo. En este momento el automático me pone nerviosa. Salgamos a toda prisa.

41



Traté de analizar la situación. Sara había sido descubierta infraganti. Nada que le dijera ahora a Apolo podría salvarla de la furia de los King, solo nos metería en problemas a nosotros también. Nuestra operación quedaría descubierta en breve. Nos quedaba alejarnos a toda prisa, más allá de la frontera. Confiaba que Karena protegería a Abel y que eso duraría hasta que el ejército de mi padre entrara en la capital. El general Verena se coló en mi pensamiento como el único plan viable para salvar a Sara. Tendría que comunicarle a papá todo lo que estaba ocurriendo, aunque eso me alejara de mi hermano mayor para siempre.

Mandé un mensaje muy claro a la guía mental de mi madre, iba acompañado de la instrucción de ser enviado con cada uno de sus letras a la guía del general Verena:

—*Revélale a nuestro padre todo nuestro plan. Dile que el equipo conformado por Paúl está huyendo con Iris, Camil, Rita y su nieto. Apolo, Alejo y yo vamos a su encuentro. Estamos huyendo a toda prisa hacia la frontera. Sara y mi hijo fueron detenidos. También tienen a Max. Es urgente que mandes a un arácnido a seguirle la pista, si acceden al sistema de Max conocerán demasiados detalles que nos harán vulnerables*.

—*Tu padre ya sabe lo sucedido con Sara. Quise desconectar los arácnidos para que aquí en la sala no le advirtieran del escape de Sara, pero fue*

imposible. Varios arácnidos se involucraron a la vez, el de William, Ademar King II…

—Dile a papá que necesito a sus hombres, a sus aliados, para ir a rescatarlos, pero que no haré mi voluntad esta vez. Dile al general Verena que espero sus órdenes.

—¿Así esperas suavizar su ira?

—Es por mi hermano. Si Apolo sabe lo que está ocurriendo con Sara…

—Ni lo digas. Sé de lo que es capaz.

—No tanto como yo. Estuve con él en el rescate fallido de Dafne, no permitirá que le arranquen a la mujer que ama por segunda vez.

—Menos a manos del mismo verdugo.

—Cuida a tu hermano, Paz. Me muero si le sucede algo —me suplicó mi madre—. *Yo me comunico con Edgar, él ni siquiera se dio cuenta que ustedes ya no están. Partió con su ejército.*

—Dile de Abel, recálcale dónde lo tienen. Exígele que lo proteja. Ademar King II no dudará de usarlo para debilitarnos.

—Eso no es necesario. Tu padre no permitirá que nada le ocurra a su nieto. ¿Y Sebastián? ¿Por qué no has dicho nada sobre él?

—No hay rastros de él. Sigue siendo un misterio. Dile algo más a mi padre. Ademar King está vivo, sigue hibernando. Es el paciente que tenían en el CDIA, recibirá el nuevo tratamiento. Lo quieren despertar.

—¿Estás segura?

—Apúrate, madre. No olvides por un segundo que tienen a Max.

Regresé a ser testigo de la tortura de mi amiga, mientras aguardaba por la respuesta del general. No sabía qué más hacer. Rogaba porque mi padre nos diera los hombres que necesitábamos para ir a rescatarla. Desde donde Sara se encontraba, solo podía ver los pies de su esposo acercarse una y otra vez para asestarle fuertes patadas sobre el abdomen, la espalda, las piernas… Ella alzó la vista y pude notarlo, estaba enardecido, justo como aquella vez que vació su arma sobre Dafne. Apolo aún sonreía a mi lado, con la esperanza de encontrar a Sara al final del camino. William volvió a aparecer en escena. Venía iracundo y profiriendo amenazas contra Sara, las que Ademar obvió:

—¿Dónde llevaron al maldito robot que me golpeó? —dijo William.

—No lo sé. Está por ahí apagado —gritó Ademar.

—Hay que acceder a sus registros para obtener toda la información.

—¿Información de qué? —rugió Ademar.

—Tu mujer está coludida con Paz Verena.

—Es lo que no acabo de entender. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Te lo he dicho hace varios días. Sara ha cambiado, solo tú no te dabas cuenta. Y ese robot tiene mucho que ver. Es idéntico al que usaba Paz de entrenador.

—Es el robot que yo le asigné para protegerla desde hace tiempo atrás. El robot hacía su trabajo, no creo que sea el problema, pero si te asalta la duda haz lo que tengas que hacer. Bastantes problemas ya nos dejaste al traer a Paz Verena a vivir bajo nuestro techo. Por culpa de ella acabo de perder a mi esposa y sabes que es algo de lo que me costará mucho recuperarme. Te dejo esto en tus manos. Me voy. Estoy harto de esta situación. Sácale a Sara toda la información que tenga, te la entrego, es toda tuya.

Ademar King II dejó a Sara con William y se marchó. William la tomó de un brazo y la arrastró a lo largo de suelo hasta sacarla de la habitación. Después le hizo una seña a uno de sus hombres para que la llevaran hasta el elevador. Entró con su propia contraseña de ADN y subió hasta el último piso. Una aeronave distinta a la que él había arruinado llegó, con el ruido ensordecedor de las hélices, aterrizó y sin apagar motores se la llevó.

Sara perdió el conocimiento por bastante tiempo y yo me quedé bloqueada. Cuando recobró la conciencia era conducida en brazos por unos pasillos que me resultaron familiares. Podría estar equivocada, pero tenía una corazonada. Estaban en el subterráneo del Departamento de Defensa. Ella permaneció en silencio y se dejó llevar, me fijé en cada uno de los detalles que ella podía captar en su recorrido. Mientras, me transmitió un pensamiento:

—*No sé cuánto más pueda soportar*.

—*Te vamos a rescatar* —le transmití.

—*¿Apolo?*

—*No. Mejor no preguntes más, solo confía, aguanta*.

—*No tardarán en hallar la guía mental en mi cuerpo. Apolo y tú tienen que protegerse*.

Los guardias que la trasportaban abrieron una celda en una profunda oscuridad, solo atenuada por unas luces moradas, y la dejaron caer en el suelo. Sara tardó en orientarse dentro de su encierro e incorporarse como pudo. Se sentó y enderezó la espalda, recostándola a la pared. Entonces me dijo:

—*Paz, mira* —me transmitió Sara mientras levantaba la vista.

Delante de ella, tirado en suelo divisé a un hombre. Estaba molido a palos, no podía verle el rostro. Estaba cubierto de moretones y la sangre seca le cubría el rostro, parte de los brazos y la espalda. Solo vestía un pantalón, ni siquiera tenía zapatos. Sara se arrastró hacia él, sin dejar de quejarse, por el dolor que sentía por el abuso que había sufrido.

—*Creo que es él… —dijo en voz alta y antes de que terminara la frase yo ya estaba llorando*.

Conocía a perfección la curvatura de su espalda y cada uno de los músculos que permanecían abatidos en el suelo.

—*Acércate más* —le supliqué sollozando.

Apolo, en nuestro sitio, ya no pudo obviar más mi estado. Se volvió a mí y me presionó:

—¿Qué está sucediendo, Paz?

—Hemos encontrado a Sebastián —le susurré.

—¿De qué estás hablando? —me exigió.

—Dame un minuto —pedí.

—Pero, Paz…

—Espera —dije ante la impaciencia de mis dos hermanos y lloré sin que nada me pudiera frenar.

Sara se acercó más al cuerpo de mi amado, lo giró con lentitud mientras él emitía un gemido de dolor. Le descubrió el rostro y ella también era un mar de lágrimas. Sara intentó despegarle la sangre seca del rostro, inútilmente.

—Sebastián, soy Sara —le dijo.

—¿Sara? —dijo él con dificultad y mi corazón se aceleró.

—No hables descansa —ella le pidió.

—¿Eras tú la aliada? ¿Qué sabes de Paz y de mi hijo?

—Están bien.

—Me muero de frío.

—Estás helado, Sebastián —dijo abrazándolo e intentando que entrara en calor—. Todo estará bien. Vendrán por nosotros.

—Aquí no podrán rescatarnos, tendremos que escapar.

—Pero si ni puedes moverte.

—Créeme que lo haremos. He estado esperando el momento.

Apolo ya no pudo con la impaciencia. Me exigió que saliera de mi silencio y le revelara todo. Yo repetí como autómata:

—Sebastián está en una celda del Departamento de Defensa.

—¿Cómo lo sabes? ¿Con quién te estás comunicando a través de la guía? ¿Es con mamá? ¿Nuestro padre dio con el paradero de Sebastián? —Apolo me bombardeó a preguntas.

—Apolo, fue otra fuente.

Terminé de decir la última palabra y ya Apolo estaba estacionando justo donde habíamos quedado en vernos con Rita y los demás. Camil y Paúl, ya habían cumplido su parte, habían rescatado a Iris. Apolo me ignoró por unos instantes y dejó de presionarme con sus interrogantes. Cuando vio a su hija corrió hasta ella y la elevó del suelo a la par que se fundían en un abrazo.

—Papá —le dijo Iris—. Gracias por no dejarme sola ni un minuto. Te quiero.

—Pequeña, ¿cómo estás? ¿Te lastimaron? —Apolo indagó.

—Estoy bien —Iris lo tranquilizó—. Perdóname por irme, no volveré a hacerlo.

—¿Dónde está Sara? —dijo él al notar su ausencia en el grupo.

Rita Roger, llevaba de la mano al hijo de Sara, con la cara impávida, se sumó a la duda:

—Sara no llegó a la hora acordada. El tiempo apremiaba y Paúl me aconsejó que sacáramos a Ademar King III y no perdiéramos tiempo. ¿Ustedes tampoco saben qué pasó con mi hija? —dijo nerviosa Rita.

—Le pedí a Paúl que huyeran a toda prisa, que no aguardaran por Sara —dije al fin.

—¿Qué sucede con Sara? ¿Tú que tienes que ver, Paz? De eso se trataban los mensajes que te estabas enviando con Paúl —me recriminó mi hermano mayor.

—Les explicaré todo después, pero ahora necesitamos poner a los chicos y a Rita a salvo cuanto antes. Apolo, cálmate. Sara no vendrá ahora con nosotros, mi hijo tampoco. No pudieron tomar la aeronave, William los descubrió —dije.

—¡Oh, no, no! ¿Qué más sabes? ¿Qué le han hecho? —dijo y se alejó un par de pasos de nosotros.

Ya estaba pidiéndole acceso a Sara a su guía mental y yo junto con él. Sara lo dejó entrar y Apolo palideció al observar dónde se encontraba. Apolo vio a través de los ojos de Sara. Observó parte del torso y una

mejilla de Sebastián, mientras Sara lo abrazaba para calentarlo. Vi a Sebastián y mi corazón se volvió a acelerar. Permanecí en silencio, mientras Sara y Apolo se ponían al corriente de lo acontecido.

—*Sara, mi amor, ¿cómo estás?*

—*¿Apolo?* —transmitió ella y comenzó a sollozar.

—*Ahora mismo regreso, voy a salvarte*.

—*No lo hagas. Salva a mi hijo y a mi madre, si regresas los pondrás en peligro también*.

Sin pensarlo dos veces, mi hermano me dijo en voz alta:

—Paz, tú puedes guiarlos. Yo regreso por Sara y por Sebastián.

—No puedes quedarte, no sin refuerzos —le pedí.

El ambiente comenzó a ponerse tenso. Ademar King III estaba asustado y pidiéndole a su abuela que lo llevara con su madre. Rita no lloraba porque el niño que tenía de la mano dependía de ella, pero las lágrimas las tenía pegadas al borde de sus ojos, retenidas con fuerza. Admiré verla, a pesar de sus años, fuerte como una roca en esos momentos. Iris le suplicaba a su padre que no se fuera. Sara sollozaba al otro lado y le suplicaba a Apolo que salvara a su hijo y a su madre.

—*¡No la voy a abandonar!* —me transmitió Apolo a través de la guía para no poner nervioso al resto del equipo.

—*¿Y piensas que yo quiero abandonar a mi hijo, a Sebastián o a Sara? La mujer que amas te ha confiado lo que más quiere en el mundo. Aquí están su hijo y su madre. Si corres para salvarla y no los sacas a ellos de la capital, le harás un mal mayor*.

Una llamada entró a mi libélula, justo cuando él le decía que iría a salvarla y ella trataba de frenarlo para no perderlo. Reaccioné con prisas desconectándome de Apolo al comprobar que era el general Verena. Mi padre no perdió tiempo pidiendo explicaciones, imaginé que tenía sus propias fuentes para corroborar el alcance de nuestros hechos.

—¡Qué nadie abandone la capital! —ordenó mi padre con el mismo tono enérgico de voz que Apolo había utilizado para dejar claro que iría por Sara.

—¿De qué hablas, padre? Serán minutos para que nos encuentre Ademar King II y nos masacre.

—Les enviaré una dirección. Mis aliados ya les están esperando y es el único lugar seguro para ustedes.

—Padre, encontramos a Sebastián. Está en el Departamento de Defensa. Él y Sara son prisioneros. Los tienen encerrados en las celdas

subterráneas.

—Pónganse en camino, nos veremos pronto.

42



Volvimos a nuestros autos y huimos lejos de la frontera. Las sirenas se apoderaron del aire con su tenebroso sonido. La gente corría a los refugios y esta vez lo hacía de modo desordenado y frenético. Tuvimos que alejarnos del tumulto y elegir las carreteras aledañas que eran las menos transitadas. En un auto iban Apolo, Iris, Rita, Camil y Ademar King III. En otro íbamos Paúl, Alejo y yo. Nos dirigimos a prisa a una de las bases militares que ya había caído, que había sido tomada desde adentro y que estaba bajo el control de uno de los aliados de mi padre. Para variar yo conducía y Paúl no dejaba de apresurarme:

—Aprieta el acelerador, perderás a Apolo.

—Voy lo más rápido que puedo, con tantos vehículos en la calle es una locura. Tú concéntrate en las pantallas. No quiero perderme nada. ¿Qué están captando los arácnidos en la residencia King? —pregunté.

—Parece que a Ademar King II el alma se le escapó del cuerpo. Algo le están comunicando a través de la guía que no le ha gustado nada. Ahora se está acercando a la pantalla de su oficina y la está encendiendo. Justo en las noticias. ¡Oh, esto no tiene precedentes! No te imaginas quién es.

—¡Suéltalo de una vez! —lo presioné.

—Es el general Eric Flannes, el Jefe de Defensa de América Unida. Está dando un comunicado frente a la prensa y sus fuerzas. Se separan de la

Sociedad Autocontrolada y proclaman su independencia.

—¿Qué? No entiendo nada. No sé si mi padre y Eric están coludidos en esto —expresé.

—Pues deben estarlo —dijo Alejo que no se perdía de una—. Eric acaba de proclamar su alianza de manera pública con el general Verena y los presentes acaban de vitorear de júbilo.

Paúl le alzó el volumen, todo lo que pudo, para que yo también lo oyera. No perdí un segundo y se lo transmití a Apolo a través de la guía mental. Lo sorprendí aún conectado con Sara. Ya se las había arreglado para comunicarse también con Sebastián. Así fue como supe que yo estaba errada y que había supuesto mal, en cuanto a su ubicación.

—No están en el Departamento de Defensa —me transmitió mi hermano mayor.

—Imposible. Conozco esos muros. Una vez estuve allí, es el lugar donde Leila… —le comuniqué.

—Sebastián era el Jefe del Equipo de Seguridad de Ademar King. A menos que hayan cambiado las cosas, él asegura que lo tienen en uno de los refugios bajo tierra que tienen lejos de la zona protegida.

—No entiendo. Estarían mejor resguardado en el Departamento de Defensa.

—Sebastián le reveló a Sara que eligieron el lugar de confinamiento porque son sitios completamente aislados y herméticos. Ni la tarántula de Sebastián ni la libélula de Sara, responden. Por eso no pudo ponerse en contacto con nosotros, ni viceversa.

—¿Y la guía mental? —dije, porque me quedé en suspenso.

—No tengo idea. Es algo que tendremos que preguntarle a Jonathan, después. Ahora funciona.

—En cuanto lleguemos a la base y dejemos a todos protegidos iremos por ellos. Tomaremos el armamento necesario y pediremos un destacamento.

Mi hermano estuvo de acuerdo.

Me desconecté de Apolo al notar que mi madre me pedía acceso. Me contactó para decirme que iban a reiniciar a Max al día siguiente. Me comunicó sus nuevas órdenes a seguir:

—Acabo de recibir la instrucción de enviar un robot arácnido para destruir el sistema de Max.

—*¿Por qué me avisas de esto?* —dije sin entender por qué me torturaba con aquella mala noticia.

—*Sé que estás muy apegada a ese modelo, quería que supieras que se intentó rescatar pero que el ejército aún no llega.*

—*Si ya sabes lo que harás no me lo consultes, menos si tengo las manos atadas y tengo que pasar por segunda vez por esta extraña emoción de perderlo.*

—*Entonces dame otra opción* —pidió.

—*¿Estás dispuesta a incumplir la orden de Edgar Verena?*

—*¿Qué hago?* —preguntó y pasó por alto mi interrogación, a mamá las órdenes de mi padre nunca le habían importado.

—*Envíale la orden al arácnido de reiniciar a Max esta misma noche. Al resto de las arañas de la propiedad, prográmalas para cubrir a Max en su escape.*

—*Será inútil.*

—*Tendrá una oportunidad. Sara hubiese escapado si nuestro ejército no hubiese estado tan dividido y hubiese actuado en sincronía por el mismo fin.*

Mi madre hizo lo que le pedí. Max abrió los ojos mientras se encendía todo su sistema. Mi madre, le transmitió mi mensaje a Max. Le dijo que huyera lejos de los King y que esperara por las coordenadas para encontrarme, una vez que se alejara de la residencia King. Venus no pudo desviar todas las arañas, la situación era tensa para los King y se necesitaba la transmisión de la información constante. Solo dos cámaras transmitían a Max. Observé a mi robot favorito, con todas las adecuaciones incluidas por Sebastián que le hacían especial, mirar de forma fija a una de las arañas. Max sabía que yo lo estaba observando, se llevó la mano al sitio donde los humanos tenemos el corazón e hizo un gesto casi humano, de esos que en un inicio solían helarme la sangre. Pensé que me saludaba y una leve sonrisa afloró en mis labios, en medio de la vorágine de acontecimientos, liberarlo era una agradable noticia. Max no se detuvo, introdujo los dedos en su piel ficticia y la sonrisa en mi rostro se desdibujó. Recordé, justo sin tiempo para detenerlo, que allí estaba su unidad de control, con el *software* que regulaba su comportamiento global y la memoria con los archivos de la información que los King querían sustraerle. Max cayó irremediablemente al suelo, con los ojos en blanco. Las arañas huyeron despavoridas, ante una orden proveniente de mi madre y fueron reasignadas a sus objetivos.

—Lo siento, Paz —fue todo lo que dijo Alejo al ver mi expresión.

Paúl solo hizo un gesto de solidaridad y yo aceleré la velocidad, tanto que rebasé a Apolo y fue él quien tuvo que seguirme desde atrás. Unas lágrimas tibias resbalaron por mi árido rostro, tras una pérdida que ahora sí sería irreversible.

—Es solo una máquina, Paz —intentó decir Paúl, no por ofender y sí por ayudarme a comprender, pero estaba tan ofuscada que no pude tolerarlo.

—Un a máquina que decidió sacrificarse por nosotros —le recalqué.

—No te lo rebatiré, sabes que todos extrañaremos a Max —me dijo al fin y con su pulgar intentó secarme una mejilla.

43



Por supuesto que el general Verena se iba a oponer a nuestros planes. De un lado Apolo, Alejo y yo. Del otro él. No sé si mi padre lo hacía por protegernos o porque consideraba que su estrategia para rescatar a Sebastián y a Sara, era más objetiva que la nuestra. El arribo del general Verena a la capital, pero no al área protegida, era algo que aún no habíamos podido ver, porque no había ni guías mentales ni arácnidos espías con ellos, pero se podía sentir en el ambiente. La lealtad del general Archer, quien estaba a cargo de la base militar en la que nos habíamos refugiado, nos había quedado muy clara, no iba a darnos el armamento, ni el destacamento que le habíamos solicitado. Si nos aventurábamos al rescate, tendría que ser por nuestra cuenta.

Después de instalar a la doctora Rita y al pequeño Ademar King III en una habitación, Apolo, Paúl y yo nos reunimos a solas. Los muchachos también estaban descansando.

—Ademar King II está resistiendo, no me esperaba menos. Aunque el general se haya colado en la capital, no le será fácil tomar la zona protegida —dijo Paúl.

—América Unida mandará sus fuerzas para apoyar a Verena —dijo mi hermano.

—Parte de sus fuerzas. No puede dejar a América Unida desprotegida o será un blanco fácil —dije.

Escuché el aleteo de un insecto y luego lo sentí posarse en mi hombro. Un zumbido metálico se escuchó de fondo a nuestra conversación. Reparé en mi hombro y no vi nada, hasta que la hermosa libélula recobró su tonalidad y logré darme cuenta de lo que era.

Jonathan nos pidió acceso a Apolo y a mí, nos comunicamos con él a través de la guía mental.

—*Llegaron las libélulas* —nos hizo saber.

—*¿Las que dejó desarrollando Sebastián antes de su captura?* —pregunté.

—*Sí*.

Los tres, salimos corriendo para ver como una nube de libélulas recobraban su color original y entraban directo a uno de los cuartos de la base.

—*¿Son robots? Son muchos. ¿Sabes para qué pidió mi padre su producción en masa?*

—*¡Hey! Una pregunta a la vez* —dijo Jonathan—. *Son guías libélulas, similares a la tuya, Paz. Tu padre quiere que todo su ejército tenga la nueva guía estilo Tierras Inhóspitas. Las libélulas van a llegar más rápido que las tarántulas*.

Mi madre también pidió acceso y parecía una reunión lo que teníamos a través de las guías mentales. Solo faltaba Paúl por integrarse, pero él nos observaba y le íbamos informando.

—*Son la única base militar leal a Verena en el área protegida* —se aventuró a alertarnos mamá—. *Prepárense. Ademar King II no se rendirá fácilmente y ya les tiene en la mira. Acaba de mandar un ejército de robots humanoides de última generación y su intención es aniquilar a todos los que sean fieles a Verena dentro de la zona protegida. No usará bombas que destruyan la base, quiere recuperarla para desde ahí atacar a nuestras fuerzas. Tienen órdenes de aniquilar a cada persona que sea leal a Verena*.

—*Eso no ocurrirá* —aseveré.

—*Él no sabe que su hijo está ahí con ustedes. Está moviendo cielo y tierra por encontrarlo* —dijo mi madre.

—*No hay tiempo que perder* —mencionó Apolo con la intención de cortar la comunicación.

—*Por eso Edgar aceleró el envío de las libélulas. Necesita la comunicación. La otra red le pertenece a King II. Hijos, hay algo más.*

Ocurre en el momento menos oportuno… —habló mi madre y nos dejó en suspenso.

—*En América Libre hay una campaña para desprestigiar a Apolo* —compartió Jonathan lo que había averiguado a través de sus fuentes—. *No sé cómo lo supieron, aunque en estos tiempos no es difícil. Se ha esparcido la información sobre el origen de Apolo. Le han dicho al pueblo que es un autocontrolado. Eso, unido a su ausencia indeterminada, ha traído como resultado que la población se divida.*

—*Están convocando a elecciones. Apolo, los dirigentes de la UNA notaron que el gobierno títere que dejaron en tu lugar no surtirá efecto* —añadió mamá—. *La gente ya sabe que no estás prisionero. Todos conocen que lideras el movimiento junto con el general Verena. Hay los que no entienden por qué les has abandonado. Si te interesa aún ser representante en América Libre tendrás que regresar. Cuídense, hijos y cuiden a Alejo.*

Mi madre y Jonathan regresaron a sus funciones. Apolo hizo silencio, incluso sus pensamientos se detuvieron. Nuestro murmullo interno también cesó. Nos quedamos expectantes. Paúl que nos leyó la inquietud en el rostro, nos abordó con sus interrogantes. Lo puse al tanto en pocas palabras y él, se acercó a mi hermano para suplicarle:

—No puedes renunciar a América Libre. Ya la has abandonado demasiado tiempo. Hay mucha gente que tiene la esperanza puesta en ti.

—Sabes que voy a regresar cuando termine de ayudar a mi padre. Él me dará el respaldo necesario para recuperar lo que me arrebataron —dijo Apolo en voz alta.

—Tenemos que volver ahora —exigió Paúl—, se lo debes a todos los que aún confían en ti.

—Lo siento. No dejaré a atrás a Sara, tampoco a Sebastián.

—Hay un ejército entero para rescatarlos. América Libre espera por un solo hombre. Desde allá podrás hacer lo mismo que Eric Flannes y apoyar a tu padre.

—Paúl, no será tan fácil sin romper con los otros representantes de la UNA.

No tuvimos tiempo para reparar más en ello, nos preparamos para lo que íbamos a recibir, al ejército más despiadado de todos. Mientras nos alistábamos y nos armábamos, Paúl que aún no se quitaba de la cabeza la pérdida de América Libre, nos dijo:

—Ahora sí nos dieron acceso a las armas. Vamos de una vez, podemos salir desapercibidos y rescatar a Sara y a Sebastián, para marcharnos de una vez a América Libre.

—¿Te olvidas de Alejo, de Camil, de Iris? —dije abriéndole los ojos.

—Los podemos llevar con nosotros —sugirió Paúl.

—Será muy arriesgado para ellos —le dije.

—Aquí también lo será —insistió.

—Aquí están el hijo y la madre de Sara, no los abandonaré —dijo Apolo—. Ni siquiera por rescatarla, sería lo peor que podría hacer por ella. Lucharemos, somos parte de este ejército y no dejaremos a los hombres que confían en nuestro padre. Es hora de unirnos. Si quieres puedes irte, Paúl, pero me complacería mucho que continuaras a nuestro lado. Tú también eres mi hermano.

Los vi abrazarse y resolver sus diferencias. Me fui hasta los chicos e hice lo que pensé que nunca haría. Odiaba las armas, había convivido con ellas porque no me había quedado alternativas, pero ofrecérselas a adolescentes y más de mi familia, era algo que me revolvía el estómago. Le extendí armas a Iris, a Alejo y a Camil. Este último no tuvo ninguna dificultad en ponerse a tono. Había recibido la preparación necesaria para defenderse en su tierra natal.

—Tiene que haber otro modo de vencer a esos robots hijos de la demencia del director del CDIA —dijo Alejo.

Iris me miró con sus enormes ojos. Noté que estaba cansada de tanto luchar e hice un alto para abrazarla.

—No tienes que hacerlo, pequeña. Puedes quedarte en el refugio con Rita y el hijo de Sara. Solo llévate una de éstas por si fuera necesario. Espero que no le sea, de veras, corazón.

—No —me contestó mi sobrina—. Dale un arma a Rita para que la use si eso sucede. Pelearé con mi padre.

—De eso nada, Iris —le exigió Apolo que se nos acercaba—. Vas al refugio con la doctora.

—¿No le pones peros a Alejo ni a Camil? ¿Qué pasa? Somos contemporáneos —le reclamó Iris a su padre.

—Carajo, Iris. No me desobedezcas —le exigió Apolo—. Esto se pondrá muy feo. Te necesito en el refugio. Rita necesitará ayuda para calmar al niño o terminaremos por sedarlo para que no se altere, llore y delate su ubicación. ¿Crees que puedes hacer eso por mí?

—Dices eso para convencerme. No soy una niña.

—Nadie minimiza tu parte. Hija, tienes algo especial. Solo Abel y tú lo tienen. Hazlo por todas las personas que podrán beneficiarse de tu don. ¡Si necesitas que Alejo y Camil estén contigo para que cumplas tu parte, los mando a ellos también al refugio, pero ya han estado en combate y de veras los necesitamos aquí! ¡Es cuestión de supervivencia!

—De acuerdo, Apolo. No tienes que exasperarte —le dijo la chica muy enojada.

—Me gustaba más cuando me llamabas padre.

Todos a sus puestos. Mientras tanto no podía quitarme de la cabeza, lo que Apolo ni siquiera se detenía a pensar. Era admirable mi hermano. Aunque América Libre lo reclamaba como su líder indiscutible, él solo tenía cabeza para la gente que amaba. Una vez más su sacrificio por delante incluso de sus propios intereses. Yo sabía de su devoción por sus coterráneos y por su futuro. Recordé lo que aprendí al vivir un tiempo en la UNA. Siempre las elecciones se realizaban sin partidos políticos, los ciudadanos que así lo querían se postulaban y el pueblo votaba, mediante unas elecciones silenciosas. Todo se contabilizaba de manera electrónica y con un consejo supervisor se daba el resultado y se velaba por el mismo. Cuando murió Leila y Apolo se quedó como suplente durante su período de mandato, el pueblo de América Libre no puso objeción, aprendieron a amar a Apolo en el corto período que fue su líder. A América Libre le gustó lo que él propuso y se regocijó con sus logros. Más tarde, cuando él fue arrebatado del poder, aquel pueblo acostumbrado a la libertad no soportó aquellos vestigios de dictadura. El pueblo que había sido leal a Leila durante varios períodos, reeligiéndola una y otra vez, pedía que fuera Apolo quien ocupara la silla del representante.

Mi hermano menor, dejó lo que estaba haciendo y se cuadró delante del general Archer, mientras éste daba las instrucciones. Eso me sacó de mis recuerdos sobre América Libre. Me quedé viendo lo que hacía Alejo.

—¡Esos malditos hijos del mal viviente director del CDIA! —le dijo, me encantaban sus ocurrentes maldiciones—. Es que la fuerza no nos servirá con ellos. Tenemos que pensar en una estrategia mejor.

—Ahora no, muchacho —le dijo el general Archer para dejar claro que estaba al mando.

—Exijo hablar con el general Verena antes que sea demasiado tarde —demandó Alejo.

—No me hagas perder el tiempo —le pidió el general Archer.

—Tenemos que cambiar nuestro plan de ataque, no son humanos —insistió Alejo y logró captar también la atención de Apolo y de Paúl—. General Archer, en contra de sus órdenes me comunicaré con mi padre.

El general Archer abrió los ojos muy grandes al constatar que Alejo también descendía del general Verena, tanto como Apolo y como yo.

—Muchachito —le dijo el general—. No molestes ahora a tu padre. No toleraré berrinches de ningún adolescente, ni, aunque sea el hijo del general Verena. Si no te tranquilizas te encerraré en una celda hasta que todo acabe. Ya sé que no son humanos. He comandado ejércitos de robots en el pasado, sé cómo funcionan y cuáles son sus puntos débiles.

—No los de este ejército de robots —lo defendí—. Usted sabe que son de nueva generación. Y no permito que le hable así a Alejo, no por ser hijo del general Verena, él se ha ganado el respeto por mérito propio. Gracias a él podemos saber los planes de nuestros enemigos antes que comiencen a ejecutarse. Te escucho Alejo, ¿qué propones?

Apolo y Paúl, que se habían preparado para abogar por Alejo, no dijeron nada al ver que yo salí en su defensa.

—Tenemos un ejército de libélulas que se hacen invisibles y robots atacantes que pueden apagarse manualmente —dijo Alejo.

—Tienes toda la razón. Le comunicaremos tu idea a mi padre de inmediato —dispuse.

—Hay un control en el Departamento de Defensa desde donde se manipula al ejército, tienen la capacidad de reiniciar a los robots a los pocos segundos —refutó el general Archer.

—Pero tardarán un poco en darse cuenta qué es lo que está ocurriendo. No sospecharán de inmediato del ataque de las libélulas, de hecho, no creo que descubran lo que está desconectando en masa a sus robots. Las libélulas pueden repetir la operación un par de veces, o las necesarias para que nuestro ejército deje fuera de combate a los robots —dijo Apolo.

—Es un plan algo infantil… pero podría funcionar. No le comunicaremos ahora al general Verena. Evitemos que la información se filtre. Mi única objeción es que puede ser un poco lento que cada soldado envíe a su libélula por un objetivo.

—Los soldados no tienen que hacerlo, el chico se encargará de ello —dijo Paúl—. Así ninguno de los soldados sabrá acerca de nuestra

operación y evitamos que la información llegue a oídos enemigos. Él mandará las libélulas.

—Discúlpame, Alejo. Te subestimé por tus años —dijo el general.

—No se preocupe, ya estoy acostumbrado —manifestó mi hermano menor.

44



Todos estábamos listos, en los lugares asignados. El ruido del avance del enemigo era tronador, podía erizar los vellos de la nuca de más de uno en nuestro ejército. Estaba al lado de Alejo, mientras sus jóvenes manos volaban delante de un teclado para enviar a las libélulas en masa por sus objetivos. Un estruendo fulminante nos retumbó en los oídos y seguido de éste, otros tres más. Recordé las palabras de mi madre, cuando me había asegurado que Ademar King II había emitido la orden de recuperar la unidad solo con las bajas militares de nuestro ejército, los que le habían traicionado.

—No pares —insté a Alejo.

Corrí hasta el piso superior, desde donde se podía observar el avance de las fuerzas enemigas. Apolo llegó corriendo detrás de mí.

—El mal nacido de Ademar King II está usando explosivos —dijo Apolo—. Pensé que no lo haría. Habrá que cambiar de plan o cuando enviemos las libélulas será demasiado tarde.

Otro misil voló sobre nuestras cabezas, destilando veneno a su paso y se impactó justo en el ejército de robots enemigos. Apolo y yo nos miramos.

—¡Maldito hijo de…! —emitió Apolo al entender lo que ocurría.

—Solo nos engañó para no perder tiempo con nosotros —dije—. Debimos pensarlo cuando calificó de «infantil» la idea de Alejo. Nunca pensó en usar a las libélulas, su plan era bombardear a los robots.

—Ademar recrudecerá el ataque contra nosotros. Sigamos adelante con nuestro plan, no hay tiempo que perder —me dijo Apolo tomándome por el brazo y obligándome a bajar.

Mientras los robots ardían en masa, desparramados por el piso, otros tantos aparecían y detrás de ellos nuestro mayor temor. Enormes tanques de guerra robotizados comenzaron a bombardearnos sin clemencia. La unidad era inmensa, pero el área de los altos mandos, donde nos encontrábamos ahora, quedó rápidamente convertida en escombros. Respiré hondo al saber que Rita, Iris y el pequeño Ademar King III estaban en el lado opuesto al bombardeo. Me cercioré de meter en un hueco a Alejo, con Camil a su lado y le dije que prosiguiera con la programación de las libélulas.

—La red está muerta, nos la cortaron —dijo Alejo.

—Conéctate a otra, corazón y no pierdas tiempo. Apaga los robots y los tanques. Hazlo todas las veces que sea necesario. Eso les dará la oportunidad a nuestros soldados de inutilizarlos. Camil, no permitas que nadie separe a Alejo de ese teclado.

—¿Y ustedes qué harán? —me preguntó Camil al ver que Apolo, Paúl y yo les dejábamos atrás.

—No permitiremos que el general Verena pierda esta unidad militar —le dije sin detenerme.

Los heridos caían a nuestro alrededor, los médicos y las enfermeras corrían de un lado a otro brindando auxilio. Apolo me vio titubear, ante un soldado que pedía atención. Intenté correr a ayudarle y mi hermano me detuvo por el brazo:

—Envía a otro doctor a socorrerlo. Te necesitamos —me dijo. Eso hice. «¿Cuándo dejé de ser médico y me convertí en soldado?», me pregunté. Yo no quería esto, yo nunca pensé que todo terminaría así cuando me enamoré de Sebastián—. Paz, mira —me señaló Apolo el cuerpo del general a cargo de la unidad, entre los heridos. Una enfermera lo estaba examinando.

Me acerqué, lo revisé rápidamente y di las instrucciones necesarias para su cuidado. Pero el hombre parecía de hierro. Se levantó, se sacudió el

aturdimiento del golpe que había recibido y rugió su siguiente orden. Le seguimos hasta el cuarto de mando, parcialmente destruido. Ni Apolo ni yo le reclamamos por las intenciones que nos ocultó, colaboramos para salir del ataque.

Los robots humanoides comenzaron a entrar por los huecos abiertos en las paredes que habían ocasionados los tanques. Comenzó la parte que yo más detestaba, la lucha cuerpo a cuerpo, la aborrecía aún más con un robot. Ningún golpe que le atestaba parecía causarle efectos. Max me vino a la cabeza de pronto. Max y todo lo que me había enseñado. De pronto la mayoría de los robots quedaron paralizados, como en un juego de inmovilidad. Alejo había logrado apagarlos. Aproveché para dispararles a su centro de control, a todos los que tenía cerca. Vi a Paúl, Apolo e incluso al general hacer lo mismo. Segundos después ya habían sido reiniciados. El general hizo una mueca de enfado, minimizando el plan de mi hermano menor. Yo le hice ver el numeroso grupo de robots esparcidos por el suelo.

—Tienes razón, es un número importante de bajas. Espero que lo vuelva a hacer —sostuvo el general.

—Lo hará todas las veces que sea necesario —dije.

—Daré la orden a mis hombres de dispararles cuando estén en reposo.

Otra oleada de robots inmóviles nos permitió avanzar y causar más bajas en el ejército de King II. Paúl y yo nos escondimos detrás de una pared, mientras los soldados ya habían entendido cómo tenían qué proceder.

—Piensan que tienen una falla —dijo Paúl reparando en su guía y refiriéndose a las conclusiones que sacaron los del Departamento de Defensa.

Los respiros que nos daba Alejo, sirvieron también para evitar las bombas de los tanques, pero eran solo segundos y todo volvía a reactivarse de nuevo.

—Ademar King II no está muy convencido. ¿Pero, qué puede esperarse de sus hombres? Aún no han podido descubrir a los arácnidos que han estado espiándolos todo este tiempo —le dije a Paúl.

Observé mi guía libélula y la trasmisión de uno de los arácnidos del Departamento de Defensa. Ademar parecía que iba a explotar de tanto coraje.

—No es una maldita falla —vociferó—. Nos están atacando. Desconecten toda la maldita red.

—Si lo hacemos no podremos controlar al ejército —dijo uno de sus generales.

—Entonces encuentren al pirata cibernético y neutralícenlo. Verena no puede entrar al área protegida, mientras uno de sus aliados quede con vida dentro de esa base militar es como si Verena ya hubiese puesto un pie dentro de nuestro territorio. Si no lo pueden desconectar, ubíquenlo y dispárenle —ordenó Ademar King II—. Manden soldados de carne y hueso a exterminar a cada sobreviviente.

Antes que me acercara al general y lo pusiera al tanto, él ya lo sabía. Recordé la sala de pantallas y que mi padre era informado de cada cambio importante del lado de los King. Los soldados se prepararon para la llegada de los hombres de Ademar King II. Me devastaba la masacre de nuestros aliados y me dolían las vidas que se perderían por nuestras armas. La cruda guerra nunca era el camino. Corrí hasta Alejo para cerciorarme que se desconectara de la red y borrara todo rastro que condujera a los asesinos de King hacia él.

—No —fue su respuesta—. No importa que vengan por mí. Cada segundo que paran los robots es valioso para los nuestros.

—Los robots han caído en su mayoría. Vendrán gente de carne y hueso, tienen órdenes de matarte —le grité angustiada.

—Basta, Alejo —dijo Camil cerrando con violencia la *laptop* que usaba mi hermano menor. Le entregó un arma y le dijo—: Ahora pelearemos de otra forma. ¿Estás preparado? ¿O prefieres irte con Iris al refugio?

—Alejo, ve al refugio —le dije. No quería vulnerar su valía personal, sabía que era valiente, pero era tan joven. Camil igual, pero era un par de años mayor y ya había demostrado que era bueno en el combate.

—¿Me quieres mandar con los niños y las mujeres? —protestó Alejo.

Camil salió en mi defensa:

—Alejo, Paz también es mujer. No es por eso. Tú eres muy valioso, sería una pena que mueras hoy. Te necesitamos para luchas mayores. Tú abrirás muchas puertas que nosotros no podremos abrir, tu misión es otra. Es por eso que preservarte es una prioridad —dijo Camil y me cautivó una vez más su madurez. ¿Cómo se le podía parecer tanto a Sebastián si habían crecido tan lejos?

Abracé a Alejo mientras él trataba de escaparse de mis brazos. Quería demostrar su hombría y valor a toda costa. Le susurré a mi hermano menor:

—No me hagas perderte ahora que te encontré. Sé que puedes luchar, sé que eres valiente pero tal como dijo Camil, tú nos ayudaste y nos ayudarás a ganar esta guerra. Te necesitamos vivo para lo que sigue. Ahora tendrás la noble misión de defender a tu sobrina, a la doctora Rita y al pequeño.

—No. Así pudiste convencer a Iris, pero a mí no. Yo los acompañé al CDIA y lucharé con ustedes ahora —dijo el chico y no lo pude hacer cambiar de opinión.

No dije una palabra más, pero resolví que no me movería de su lado. Me di cuenta que a Ademar King II ya no le importaba rescatar la base militar cuando comenzó a bombardearnos desde lo aéreo. De nuestro lado la respuesta tampoco se hizo esperar. Los heridos se amontonaban en los rincones, entre los escombros, incluso había enfermeras y médicos caídos. Era imposible socorrerlos a todos. Intenté dar primeros auxilios a los que se encontraban más cercanos a mí, le pedí asistencia a Camil, como habíamos hecho en el pasado y me las ingenié para que Alejo me ayudara también.

Apolo me habló por la guía mental.

—Paz, es el general, corre. Está herido.

Llegué y ya no pude hacer nada, solo cerrar sus ojos. Ahora sí estábamos perdidos. Cuando los hombres de Ademar King II entraron, ya no podíamos desconectarlos, eran de carne y hueso. Apolo tomó la radio del general muerto y se comunicó con nuestro padre:

—Padre, ¿cuáles son tus órdenes? Tu aliado está muerto. La base militar está en ruinas, ya no hay mucho que salvar. Las fuerzas de King están a punto de entrar y terminar de rematarnos.

—Apunta los misiles hacia el Departamento de Defensa, yo le haré una advertencia a King. Le advertiré que los volaremos si no ordena a sus tropas retirarse —dijo mi padre con esa severidad que me abrumaba escuchar.

—Padre, habrá daño colateral —dijo Apolo.

—Hijo, esto es una guerra.

—Padre…

—No podemos perder el control de la unidad. Ya estamos dentro del área protegida, resistan. En breve les llegará el refuerzo. Ademar King II se distrajo lo necesario con ustedes y nosotros vulneramos la frontera.

Negué con la cabeza, le supliqué a mi hermano que no lo hiciera y él con los ojos vidriosos transmitió a los hombres las órdenes del general

Verena. Intenté convencerlo que era un error:

—Terminaremos borrando a la capital de la faz de la tierra —previne a Apolo.

—Nuestro padre tiene razón, no podemos retroceder —dijo mi hermano.

—Podemos retirarnos con los sobrevivientes y los heridos. Aquí hay las naves suficientes para sacar a todos.

—No retrocederemos, Paz.

—¿Qué te pasa, Apolo?

—Ademar King II es capaz de llegar hasta las últimas consecuencias por el poder, hay que neutralizarlo.

—¿Y nosotros? ¿Acaso no estamos haciendo lo mismo?

Arrastré a Camil y a Alejo conmigo. Reuní al personal médico sobreviviente e hice lo que mejor sabía hacer, salvar vidas. Mi hermano mayor, continuó en aquella lucha con su conciencia, tratando de conseguir la paz de la peor manera que se podía, a través de la guerra.

45



Cuando los hombres de Verena entraron triunfantes, las ruinas de aquella base militar emergieron de las cenizas. Las tropas de King se habían retirado. En el Departamento de Defensa tomaron medidas para contener al ejército de mi padre. Redujeron los límites del área protegida ante los gritos de impotencia de Ademar King II.

Con preponderancia y poderío, llegaron las primeras unidades de combate de mi padre con él a la cabeza. Fueron tomando los poblados a su paso hasta llegar a la nueva barrera que habían improvisado nuestros enemigos, para no darnos acceso al resto de la zona protegida. Mi padre dio órdenes muy concretas. Puso a los ingenieros a reconstruir a los robots humanoides que teníamos en centenares arrumbados en las esquinas. Pasó revista a todo nuestro armamento, aeronaves, tanques y demás que permanecía a resguardo bajo tierra. Había misiles apuntando al Departamento de Defensa, a la residencia y a otros estandartes de la hegemonía King. Tal como había hecho Leila en el pasado. Me sentía verdaderamente impotente. Mi padre habló directamente con Ademar King II y los Jefes de Defensa del resto de las ciudades-estados de la Sociedad Autocontrolada, a través de una videoconferencia:

—King, no tienes escapatoria, abdica al poder y nadie más saldrá lastimado. Tengo mucho que ofrecerle a los que quieran colaborar

conmigo —dijo en voz alta y precisa, para tratar de ganarse al resto de los generales que aún eran fieles a Ademar King II—. No somos enemigos. Todos los que trabajaron conmigo tendrán una oportunidad a mi lado, siempre que comuniquen a tiempo su deseo de unirse a nosotros.

—Eso nunca sucederá, Verena —dijo King—. Si admití esta reunión fue con otro propósito. No estoy interesado en escuchar tus términos, ni en ver cómo manipulas a mis fieles para pasarlos a tus filas. Accedí a tener este enlace para exigirte la rendición de tu gente. Márchense de inmediato de nuestras tierras, de lo contrario alguien saldrá perjudicado.

Ademar King II, hizo una seña y una nana robot apareció con un bebé en los brazos, mi hijo. Jamás creí que la desesperación llevara a Ademar a una bajeza tal. No veía a Karena en la transmisión, así que no sabía si estaba coludida.

—Eres un ser muy débil y vil —le dijo mi padre—. No nos retiraremos, no te atreverás a ponerle una mano encima a mi nieto. Si lo haces, sabes que estarás firmando tu sentencia de muerte.

—Se acabaron las negociaciones, Verena. Sabes que se ha levantado un nuevo límite del área protegida, si uno de tus traidores osa traspasarlo, despídete del bastardo. Si ustedes nos destruyen, nosotros también los destruiremos. Si esto se trata de sacarnos de en medio a ambos, para dejarle el camino libre a los líderes de la UNA, adelante, hagámonos trizas.

Ademar desconectó la comunicación y yo interrogué a mi padre con la mirada. Él no me prometió nada, solo dijo:

—Estaremos bien. Confía.

—¿Y Sebastián? ¿Cuándo piensas rescatarlo?

—Tendríamos que traspasar la línea prohibida por Ademar King II para llegar hasta él.

—Podemos bordearla, él está fuera del área protegida. ¿Qué nos impide rescatarlo?

—Está fuera, pero sigue siendo la parte de la capital que está en manos de los King.

—Ten paciencia, Paz. Tendremos la victoria.

—No puedo. ¿Desde cuándo nuestro objetivo fue ganar una guerra? Qué yo recuerde, desertaste por salvarme. Ahora la vida de mi hijo, la de Sebastián y la de tantos otros está en juego. Incluso la de los inocentes que permanecen del otro lado de la frontera, como los civiles que están en territorio de la Sociedad Autocontrolada. Aún no puedo olvidar a los

subgrupos que masacraste para mandarle un mensaje contundente a King —dije y al final la voz se me apagó.

Me retiré de su presencia. La severidad de su rostro me advirtió de hacer silencio y preferí no decir una palabra más. Apolo intentó seguirme y le puse un alto. Camil insistió también y acepté su ayuda. Mientras caminábamos lejos de él, el general Walter se me cruzó en el camino y me reclamó:

—Paz, sabes que las palabras que le dijiste a tu padre delante de sus hombres debilitan nuestro movimiento.

—¡Oh, Walter, querido amigo de mi padre, no me sigas para darme una lección moral! Tú, menos que nadie. Bajaste del pedestal donde te tenía cuando le sugeriste a mi padre acabar con esa gente inocente —le solté.

—Si fuera tu padre, te habría dado una fuerte palmada en el rostro. No te basta todo lo que ha hecho por ti, por tu hermano, por tu madre, por tu hijo —dijo Walter y con la misma, me tomó del brazo y me obligó a caminar muy rápido junto a él. Camil nos siguió detrás.

—¿Qué te pasa, Walter? Perdiste la cordura. ¡Suéltame!

—Esto es para que no me sitúes en el pedestal nunca más. Te llevaré ante ellos. Los hombres de los subgrupos fueron rescatados, contrario a mi opinión, prevaleció la sabiduría de tu padre. En agradecimiento se unieron a nosotros y ahora luchan a nuestro lado. ¡Por suerte no escucharon tus palabras acerca del hombre en que han decidido confiar!

Walter me llevó ante esa gente y descubrí que el amigo de mi padre decía la verdad. Me desembaracé de su brazo y me alejé de allí, ante la cara de curiosidad de los nuevos aliados. Él volvió a tomarme con fuerza y le hizo señas a Camil para que nos siguiera. Caminamos hasta la parte trasera de la base, salimos al descampado. Había una nave a punto de partir.

—Otra cosa, pequeña demandante —me dijo cuando ya estábamos lejos del resto—, a Sebastián lo vamos a buscar hoy.

—¿Lo rescataremos? Si es así quiero ir en ese equipo —admití sin querer dar mi brazo a torcer.

—Sebastián no necesitó ser rescatado después de todo. Está escapando con Sara en este momento. Sara le envió a Apolo la ubicación del punto de encuentro. Si Camil y tú quieren ir a buscarlos con los demás, dense prisa —dijo abriendo la puerta que conducía a la aeronave—. Están por despegar. Bordearán, para no pasar sobre el área protegida.

Observé a Apolo de copiloto y no dije más. Adentro también estaba Paúl. Camil subió y antes de yo hacerlo, me lancé al cuello de Walter.

—Perdóname —le susurré.

—Me ganaré ese pedestal de nuevo —me dijo en voz tan baja que solo yo pude oírlo.

—No me hagas caso. Hablé dominada por la ira. Discúlpame con mi padre también. Lo haré personalmente a mi regreso.

Una vez en la aeronave, le dije a mi hermano en voz alta:

—¿Por qué no me dijiste antes?

—Lo intenté, pero no me dejaste abrir la boca, estabas echa una fiera —me dijo él.

—¡Uff! De veras que quieres ponerte pesado —le dije y casi iba a sonreír cuando Apolo me pidió acceso a través de la guía mental.

—No te dije antes porque iba a ser más difícil que colaboraras con mi plan —me transmitió por interno.

—¿De qué estás hablando? —le hice llegar por la misma vía.

—Comunícate con Sara y lo veras.

Lo hice de inmediato a través de la guía mental. Accedí y el panorama desolador que encontré me erizó hasta el último vello de la piel.

—¡Sara, Sara! —le transmití a su guía mental.

Sus ojos estaban cerrados y se abrieron a la par. Continuaba en la celda, estaba al ras del suelo y era socorrida por alguien que también estaba en muy malas condiciones físicas. Sara enfocó el rostro golpeado de Sebastián a la par que me respondía:

—Paz —lo dijo en voz baja y Sebastián pudo escucharlo.

—Shhhh —le dijo Sebastián y ella selló los labios. Él intentó esbozar una tímida sonrisa mirándola a los ojos, yo sabía que su sonrisa era para mí.

—¿Qué está pasando? ¿No iban a escapar? —le transmití.

—¿Escapar? —ante la incertidumbre de Sara ya no seguí insistiendo—. *¿Por qué te torturaron?*

—King quiere respuestas, quiere saber el paradero de nuestro hijo, quiere sacarme algo que le ayude a ganar esta guerra.

Sebastián dejó de sonreír, el esfuerzo le dolía. Estaba tirado en el piso, al lado de Sara. La puerta de la celda se abrió y unos esbirros de King aparecieron para llevárselo, ante los gritos de horror de Sara y mi perplejidad. No era necesario que Apolo me explicara más. Nos

desconectamos de Sara y me quedé a solas con mi hermano conectados a través de nuestras guías mentales:

—*¿Walter lo sabe?* —indagué.

—*No, él jamás iría en contra de las órdenes de papá* —me hizo saber Apolo.

—*¿Y por supuesto papá cree que aún no es el momento? —dije dolida—. Mentiste para que pudiéramos ir a rescatarlos. Apenas somos diez personas, ¿será suficiente?*

—*Tendrá que serlo.*

—*¿Lo sabe Paúl?*

—*¿Qué crees?*

—*Por supuesto que lo sabe. Me podías haber informado acerca de tu plan.*

—*Sería más real mientras más intensa te pusieras.*

—*Eres tremendo. ¿El resto sabe algo?*

—*Cuando lleguemos al «punto de encuentro» comunicaré que el plan de escape no salió como ellos querían, así que recibirán las nuevas órdenes. No te preocupes, nos seguirán.*

Seguimos lo pactado tal y cómo lo había descrito Apolo. No tuve que decir nada. Él y Paúl se encargaron del drama y de la obra improvisada de teatro. Los hombres estuvieron de acuerdo en todo, ya estaban acostumbrados a seguirnos a mi hermano y a mí, así que ni siquiera sospecharon que esto no era fortuito. Mientras nos organizábamos, otra aeronave se visualizó en el espacio aéreo. Antes de que la derribáramos, el piloto de ésta se comunicó con nosotros y supimos que eran de nuestro ejército.

—¿Qué hacen aquí? —les transmitió mi hermano a través de su guía estilo Tierras Inhóspitas.

—Somos el refuerzo —le devolvieron.

—No solicitamos más hombres. ¿Quién los envió?

Pero ya estaban aterrizando. Les apuntamos por precaución, temíamos que fuera una trampa. El primer hombre que pisó tierra nos alejó de esa duda. El general Walker caminó con paso firme hacia nosotros. Detrás de él se nos unió Alejo. Apolo y yo nos miramos el uno al otro sin entender nada. Apolo me transmitió a través de la guía:

—No digas nada. Déjame hablar a mí.

—¿Crees que ya se dio cuenta y viene para detenernos?

—Eso parece, pero de ser así ¿para qué trajo a Alejo?

Walker carraspeó cuando estuvo frente a nosotros y pidió al resto que nos dejaran a solas. En un triángulo perfecto, Walker nos miró desde su imponente altura, mientras las últimas palabras que habíamos intercambiado antes de partir me daban vueltas en la cabeza. Aunque mi hermano me pidió guardar silencio, no pude más soportar la mirada del general y me aventuré a decir:

—Walker, lo siento.

Sin decir nada, solo mirándonos de tanto en tanto a mí y a Apolo, hizo señas a Alejo para que se acercará. Estando los cuatro juntos dijo:

—¿Creen ustedes que soy un tonto? ¿Me quieren dejar como un idiota delante de Verena?

—Walker, fue mi idea. Paz no lo sabía hasta que subió a la aeronave. No vamos a regresar —dijo Apolo desafiándolo con la mirada—. Sara ya no aguantaba ser torturada y no tengo la sangre fría de mi padre para esperar el momento «adecuado» para rescatarla.

Los ojos de Alejo se abrieron de par en par al escuchar a nuestro hermano mayor.

—¿Entonces de eso se trata? —Alejo llamó a Camil y añadió sin siquiera preguntarle—: Estoy con mis hermanos. Él también está con nosotros. De aquí no nos iremos sin Sara ni Sebastián. Camil asintió de inmediato.

—No podían ser diferentes si son hijos de Verena —dijo con seriedad Walker—. Les faltaba en su equipo de rescate un *hacker*, por eso traje al chico revoltoso. También les falta un estratega militar, acostumbrado a dirigir este tipo de acciones y creo que diez hombres más no les vendrán mal. Por eso estamos aquí —Apolo y yo nos quedamos sin palabras—. Paz, te dije que recuperaría mi puesto en ese pedestal.

No pude decir más, me lancé a abrazarlo mientras oía sus carcajadas justo sobre mi oreja.

—¿Estás loco, Walker? ¿No era más fácil decirnos desde el principio? —dije.

—Mientras menos personas supieran saldría mejor el plan —admitió el general.

—Te agradezco haberme conducido a ese avión. Cuando mi padre lo sepa, te va a tocar parte de la reprimenda.

—El general lo sabe, me dio luz verde para acompañarlos —nos dijo y ahora sí me quedé sin palabras—. Hay alguien más que no se quería perder

esta aventura. Te está esperando en la nave. Llegó esta mañana a la base y tiene muchas ganas de darte un abrazo.

—¿Por qué no bajó de una vez?

—Le pedí que esperara. Me gusta el elemento sorpresa.

Caminé hasta la nave con Apolo detrás, varios nombres me pasaron por la cabeza, entre ellos el de Jonathan, el de mi madre y cuando lo vi bajar sentí que el rescate no podía fallar. Todos los que queríamos a Sebastián estábamos de acuerdo. Owen Carter bajó los escalones de la nave y corrí para abrazarlo.

—Eres la persona que más me complace ver —le revelé.

—Paz —me dijo mientras seguíamos fundidos en un largo abrazo—. Les hemos extrañado mucho. Tu prima te manda este abrazo. Ahora que mi misión me trajo al lado del general Verena, ella partió con su madre a la unidad cero punto cinco.

—Me complace saber que está bien.

—Está embarazada. Seremos padres —dijo.

Y sonreí con lágrimas en los ojos. Apolo también lo abrazó y luego nos pusimos bajo las órdenes de Walker. Alejo sacó su portátil y el plan se puso en marcha.

46



El refugio solo tenía una entrada y nosotros no habíamos traído una excavadora para acceder a ellos por el subsuelo. Así que tendríamos que entrar y salir por la puerta más vigilada de todas, la única. Debido a la importancia de los prisioneros, la cantidad de guardias era para tomarla en cuenta, pero no tanto como esperábamos debido a los sucesos de la ciudad. Nuestro mayor oponente era la tecnología. Walker lo sabía. Era una ventaja que nuestro ejército estuviera conformado por los antiguos generales de King, porque estaban familiarizados con el sistema de seguridad de la Sociedad Autocontrolada. El general Walker dejó unos guardias apostados afuera y otros vigilando las naves. Después nos dio instrucciones a los demás:

—La protección y el acceso al subterráneo no debe haber cambiado demasiado. Han tenido poco tiempo para hacerlo desde que desertamos —dijo Walker—. Alejo, accede a la computadora madre en el Departamento de Defensa, busca los planos de este refugio, así como sus códigos de acceso. Métenos dentro de sus cámaras de seguridad. Quiero ver dónde están los guardias apostados.

Alejo, con sus ágiles dedos hizo lo que el general Walker ordenó. Mi hermano menor estaba adentro antes que yo hubiera pestañeado.

—Solo les recuerdo que Ademar King II no les dará respiro a nuestros *hackers*, está detrás de Alejo y si detecta su intromisión mandará un destacamento para neutralizarlo y tendremos que lidiar con más hombres —les recordé.

—Actuaremos con rapidez. Paúl, estás a cargo de los arácnidos del departamento de Defensa. Infórmanos cualquier movimiento de King o de sus guardias que comprometan nuestra misión —le dijo Walker—. Owen, abrirás paso al resto de nosotros. Llévate tres hombres. Cuando Alejo abra la puerta irás al frente, lanza bombas de gas para adormecer a los guardias que se encuentran apostados en la entrada. Apolo, ve con otros tres hombres a sacar a los prisioneros. Paz, tú con Camil, prepara todo para darles asistencia médica a Sebastián y a Sara una vez que lleguen a la aeronave. El resto conmigo.

Hice una mueca. Me quería dejar fuera, lejos del fuego. No terminaba de verme como un soldado más, pero obedecí.

—Estaré por aquí mientras por si alguno de los nuestros resulta herido y necesita atención. Equipo —dije antes que todos fueran a sus puestos—, traten de no causar bajas en los oponentes. Cuando esta guerra acabe todos se unirán a nuestras filas. Recuerden que solo siguen órdenes.

—¿Pides la misma clemencia para los que torturaron a Sara y a Sebastián hasta dejarlos medio muertos? —preguntó Owen con ironía.

—Eso te lo dejo a tu consideración —le dije a Owen luego de hacerle una seña a Camil, para que regresara a donde se habían quedado ocultas las aeronaves y fuera preparando lo necesario para el arribo de los heridos.

—Hagan lo que dice la doctora —me apoyó Walker.

La puerta del refugio se abrió y Owen entró con tres hombres, esparció el gas adormecedor, nuestro equipo traía máscaras. Los hombres de la entrada cayeron uno a uno, sin siquiera tener que luchar. Owen y sus hombres los arrumbaron en una esquina. Caminaron hacia el frente y lucharon cuerpo a cuerpo con el resto de los que iban apareciendo. Apolo marchó detrás de ellos, con sus hombres. Walker se coló con el resto e hizo que nadie se interpusiera en la misión de mi hermano mayor. Ante mi mirada insistente, Walker me dijo:

—Ve con Apolo. Ya no puedes esperar un segundo más.

Salí al encuentro de Sebastián. Los golpes y patadas volaban a mi alrededor. Owen iba limpiando el camino para mí. Tomé mi arma con la

mano derecha al ver que las cosas se estaban poniendo pesadas. Llegamos ante las celdas que tenían en lo más profundo del refugio, ahí encontramos a Sara desfallecida en el piso. Ni siquiera nos reconoció a la primera. La incorporé un poco y le humedecí el rostro, principalmente los labios. Se estiró un poco para beber. Al descubrirme sosteniéndola me dijo:

—¿Paz? ¡Al fin! —terminó de decir antes de volver a desmayarse.

Le aparté los mechones del rostro de la cara. Saqué de los bolsillos de mi pantalón una inyección que le coloqué de inmediato para ayudarla con el dolor de sus heridas. Apolo la cargó en sus brazos y se encaminó hacia la salida:

—¿Nos acompañas, Paz?

—Me quedaré con Owen y Walker, buscaré a Sebastián.

—Vamos. Ellos lo traerán con vida, acompáñame Sara necesita que la revises.

—Hidrátala. No pierdas tiempo. Súbela en la primera aeronave, lleva a tus hombres y llévate a Alejo. Sara sobrevivirá, pero necesita ayuda médica urgente. Camil te ayudará durante el trayecto. Tengo que quedarme, yo asistiré a Sebastián.

—Hermana, no puedo dejarte. Mandaré a Sara con Camil.

—No temas. Sara te necesita. Yo estoy con Owen y Walker, nada me sucederá. Voy por Sebastián. La última vez que lo vimos se lo estaban llevando de la celda y ya ha pasado bastante tiempo. Quiero estar ahí para él lo antes posible.

—Anda, Apolo —le dijo Walker que nos escuchó—. Tu hermana tiene razón. Llévate al chico Verena, ya cumplió su parte y así es uno menos de quien ocuparme.

Apolo me dejó una mirada llena de preocupación y se fue con Sara en sus brazos. Seguí con los otros. Walker le hizo una seña a Owen para que él y sus hombres siguieran hacia los salones que se hallaban a nuestra derecha. Encontramos uno herméticamente cerrado. Owen disparó a la cerradura y pateó la puerta con fuerza para que terminara de abrirse. Cuando los cinco hombres que torturaban a Sebastián, nos vieron entrar por la puerta nos recibieron a disparos. Mientras los dejaban fuera de combate, corrí hasta la mesa donde permanecía tirado el cuerpo de Sebastián. Lo vi tan quieto que me temí lo peor. Ni siquiera reparé en lo que Owen y nuestros soldados les hicieron a sus torturadores. Le tomé el pulso y con lágrimas en los ojos, asentí, para darle a entender a Walker, que aún latía su corazón.

—¡Vayámonos a toda prisa! Necesita ayuda urgente —les avisé.

Owen tomó a su hermano y lo levantó sobre su hombro. Salimos corriendo hacia la salida.

—Necesitamos una camilla. ¿Habrá alguna por este sitio? —pedí.

—Tranquila, Paz. En la aeronave tenemos —intentó calmarme el general Walker.

Al pasar por la salida, en nuestra prisa por desaparecer de aquel sitio, no nos dimos cuenta que uno de los guardias había recobrado el conocimiento. Varios de nuestros soldados le apuntaron con rapidez, pero el guardia enemigo ya había desenfundado su arma y apuntaba directo a la cabeza de Sebastián que descansaba sobre la espalda de Owen.

—Baja tu arma, muchacho —le instó Walker—. Ademar King II no ganará. El general Verena está triunfando. Puedes unirte a nosotros. No tomaremos represalias en tu contra si bajas el arma y nos dejar ir ahora.

—El prisionero no saldrá de aquí con vida —dijo el guardia decidido.

—¿Por qué crees que les hemos dejado vivir? —le dijo Walker mostrándole al resto de sus compañeros adormecidos por el suelo—. Nuestra lucha no es contra ustedes, es contra los King. Somos el mismo pueblo.

—Usted es un traidor, general Walker. Tenemos órdenes de disparar si es preciso para que este prisionero no abandone el recinto.

—No sobrevivirás. Mira cuántos te apuntamos. Si disparas, estarás firmando tu sentencia de muerte.

—Pero estaré cumpliendo con mi deber —dijo el guardia y accionó el arma contra el cuerpo casi inerte del hombre que yo amaba, mi escolta de acero.

Un impulso me hizo arrojarme hacia delante con todas mis fuerzas para proteger la vida de Sebastián. Cerré los ojos y esperé el impacto. Escuché el sonido sordo del proyectil cuando entra en la carne. Una lluvia de disparos derribó a nuestro oponente. Seguí moviéndome, ni siquiera sentí dolor y rápidamente comprendí que había fallado, el disparo no me había impactado a mí. Me volví desesperada ante Sebastián, seguía tan desmayado y tan cubierto de sangre que no podría adivinar por dónde había vulnerado el proyectil su cuerpo. Me volví buscando respuestas y entonces fue que me di cuenta, reparé en el rostro de mis acompañantes y vi que el general Walker estaba tirado delante de mí. Corrí a él sumamente asustada. Mi esperanza radicó en el chaleco antibalas. Levanté el cuerpo y hurgué con cada uno de mis dedos, buscando la entrada de una bala en su

pecho. Fue entonces cuando vi su rostro y la huella de muerte que deja un disparo sobre la frente. Lo abracé cubierta de lágrimas.

—Vamos, Paz —me dijo Owen—. Tenemos que irnos de aquí. El resto de los guardias pueden despertar. Por favor, amigos, tomen el cuerpo del general Walker. No lo dejaremos aquí.

Paúl, me ayudó a levantarme, me pasó el brazo por la cintura y me obligó a seguirle.

—Lo siento mucho, Paz. Fue un fallo lamentable. Tenemos que seguir —me pidió Paúl.

—Es mi culpa, yo quise el mínimo de bajas en nuestros oponentes —manifesté.

—No busques culpables donde no los hay, ni reniegues de ti misma. La guerra no trae nada bueno. Solo estamos viendo sus efectos y tú no eres responsable de ésta —Paúl me consoló.

—Estamos en guerra, Paz y estas cosas suceden. Tenemos que irnos de una vez —dijo Owen con Sebastián aún cargado—, este condenado pesa demasiado y no puedo quedarme aquí sosteniéndolo mientras analizamos la situación.

47



No hubiese querido tener que ver la expresión de dolor en los ojos de mi padre cuando vio arribar el cuerpo inerte de su amigo. El general Verena, con el gesto gélido, preguntó:

—¿Alguna otra baja?

—No, general —dijo Owen.

—¿Cómo está Sebastián? —indagó mi padre.

—Lo sabremos en cuanto lo examine. Iré de inmediato. Igual Sara me necesita —dije limpiándome las lágrimas del rostro que no podía ocultar.

Mi padre me detuvo. Me sujetó por el hombro y me susurró:

—Ya sé que ibas a sacrificarte por Sebastián y que Walker lo hizo por ti. Mi amigo dio su vida con orgullo, defendió a las personas que amaba, con el mismo amor que le hemos dedicado nosotros. Fue un gran hombre. Haremos el funeral que merece, ha muerto como tantos otros defendiendo la libertad. Llóralo, hija, si eso te hace sentir mejor, pero no te sientas culpable. Walker sacrificó su vida por ti sin pensarlo dos veces, lo hizo porque quería que siguieras viva y feliz. Hónralo teniendo una buena vida.

Suspiré y seguí la camilla que llevaba el cuerpo desmayado de Sebastián. Al entrar a la enfermería descubrí a los médicos atendiendo a Sara. Estaba adormecida, producto de la anestesia. Apolo permanecía a su lado.

—Estará bien. La están operando porque tiene unos cuantos huesos rotos —me dio el parte.

—Antes de lo que imaginas la tendrás en tus brazos —le dije depositándole un beso en la mejilla—. La medicina de aquí a lo mejor es más invasiva y con más efectos secundarios, pero es muy rápida. Ya lo verás.

—¿Por qué lloras? ¿Sebastián no lo logró?

—Walker —dije y mi hermano se quedó con la expresión rota en mil pedazos. Me volví a Camil que venía detrás de mí y que había presenciado nuestro arribo y mi conversación con papá—. Explícale, por favor. Cuando termines, ven conmigo. Te necesito para revisar a Sebastián.

—Como digas, ve tranquila —dijo Camil.

Me acerqué a uno de mis mayores temores. Le acaricié el rostro. Estaba inflamado por tantos golpes. Sus brazos estaban desparramados sobre la mesa, al igual que sus piernas. No recordaba haberlo visto así, tan vulnerable, físicamente hablando. Dos de las enfermeras corrieron a asistirme y se los agradecí. Camil llegó poco después de dejar a mi hermano con la mala noticia. Se me acercó y me dijo:

—¿No prefieres a las otras enfermeras para que te asistan? Me intimidan un poco con sus uniformes impecables y con sus movimientos tan perfectos.

—Te quiero a ti, eres mi aprendiz. ¿Quieres ayudarme o no? Podemos trabajar a la par con ellas. Necesitaremos mucha ayuda, incluso de otros médicos también —le dije.

—Somos un equipo y quiero aprender de la mejor.

—Anda. Toma unas tijeras y corta la tela del pantalón de Sebastián para quitárselo. Vamos a asearlo un poco y luego a ponerle una bata quirúrgica. Escanearemos su cuerpo y mientras deliberamos su diagnóstico, lo hidrataremos vía intravenosa.

El médico que estaba a cargo del lugar se me acercó y me dijo:

—Tómese un respiro, doctora. Yo me ocupo.

—No puedo, doctor. Estaré aquí para ayudarlo —aseveré.

—¿Cree que se podrá controlar lo suficiente?

—Me insulta, doctor.

—Discúlpeme, usted ha pasado por tanto que lo único que deseo es que repose un poco.

—Aquí todos necesitamos descansar. Me quedaré con Sebastián hasta que despierte.

Camil y yo lavamos cada una de sus heridas, yo misma le canalicé la vena y revisé los resultados de sus estudios. Tenía múltiples fracturas en las costillas, afortunadamente ninguna había dañado ningún tejido u órganos. Había perdido mucha sangre, tenía un fuerte grado de deshidratación y una debilidad extrema. Cuando el especialista en ortopedia con su equipo, terminó de operar a Sara tomó un breve descanso y se ocupó de Sebastián. Entonces tomé asiento. No quería ver el daño que la tortura había hecho en su interior. Me entretuve siguiendo a través de mi guía libélula a mi hijo, tranquilo y ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Me puse a pensar un plan para rescatarlo. Una idea me pasó sibilante por el pensamiento. Me puse de pie y salí de allí.

—¿A dónde vas? —me dijo Apolo al ver que abandonaba el salón.

—Tengo un asunto pendiente.

Llegué hasta Alejo que conversaba con Iris. Se quedó serio al verme y más cuando le dije:

—Estoy enviando un archivo a tu guía. Necesito que lo envíes a la guía de una persona en la zona protegida pero que no sepa el origen de quién lo mandó.

Alejo reparó en el mensaje que recién había recibido.

—¿Son los resultados de unos estudios médicos? —preguntó y asentí.

—Es el diagnóstico de Sebastián. Necesito que se lo envíes a Karena King. Quiero saber si sigue tan tranquila después de ver lo que le han hecho a su hijo.

—¿Acompaño el mensaje con algo más?

—No. Con eso será suficiente.

—¿Qué te parece si le añadimos: «Él solo quería a su hijo, ahora quiere venganza»? —dijo Alejo.

—No. Por supuesto que no. No bromees en este momento o terminaré por darte un coscorrón. Con eso será suficiente —dije ante la mirada incrédula de Iris.

—¿Qué pasa con Abel? ¿Cuándo lo tendremos con nosotros? —preguntó mi sobrina.

—No lo sé, pequeña —dije besándole la cabeza—. No pienses en eso. Será pronto.

—Ademar King II lo tiene de rehén. Amenazó su vida —soltó Alejo.

—¿Es por mí? ¿No me tienen a mí y solo les queda Abel para hacerles daño a ustedes? Earta me hizo varios estudios. ¿Se los hará ahora a Abel?

—No mi niña. No te angusties buscando respuestas. Hay algo que en cambio necesito saber. Recuerdas el tiempo en que vivía tu madre. ¿Tuviste alguna visita al médico que te llamara particularmente la atención? ¿Recuerdas cuándo te implantaron la guía mental?

—Ya les he dicho que no. No recuerdo nada.

—Tu abuela, Greta, en algún momento hizo referencia que Dafne por seguridad hizo que te implantaran una pero no hay registros. Jonathan no ha encontrado nada al respecto.

—Mi abuela Greta está mal de la cabeza. A mí no me implantaron nada —dijo Iris.

—Iris, intenta recordar. Es una inyección, con una jeringa fuera de lo habitual. Tu primera experiencia con la guía, es muy fuerte, no podría pasarte desapercibida.

—Solo recuerdo un sueño, en el que mi madre se despedía de mí, horas antes de su muerte. Y la otra vez que tú accediste a mi guía mientras me refugiaba con Camil en la antigua casa de mi padre John.

—No te angusties con eso —traté de no alarmarla más.

—La doctora Rita quiere verte. Ya sabe que su hija está aquí.

—Pues anda a cuidar a su nieto para que ella vaya con Sara.

Iris asintió y antes de irme le pregunté a Alejo que, si ya había mandado mi mensaje, a lo que él respondió afirmativamente. Busqué el arácnido que seguía a Karena. Encontré a la señora donde menos me la imaginaba, en el CDIA, justo antes de atravesar por la puerta en que la señal iba a perderse. La curiosidad le hizo abrir el mensaje antes de entrar. Lo desplegó y lo leyó con detenimiento. Se llevó una mano a la boca y tomó una gran bocanada de aire. Se secó una frugal lágrima que se escapó de uno de sus ojos y luego entró hacia el área donde intentaban traer a la vida a Ademar King. Poco después le siguió el director del CDIA. No me despegué de la pantalla hasta que ambos salieron y se dirigieron a la oficina del director.

—Entonces cuento con usted —le dijo Karena.

—Por supuesto, señora. Sabe que aprecio a su hijo, pero en este tiempo se requieren medidas extremas. Ademar King II comenzó con el experimento, pero los sucesos en la capital lo han ocupado por completo —manifestó él.

—Mi hijo no ha tenido tiempo de pensar en este asunto en este momento, pero es urgente. Es la única solución que encuentro ahora para nuestros problemas.

—¿Usted le dirá a Ademar King II? El joven es un poco… —ni siquiera se atrevió a definirlo delante de su madre— y no quiero que me vea como su enemigo.

—Yo abogaré por usted, pero eso es lo que menos debería preocuparle en estos momentos. Ademar King II no piensa con claridad, la situación lo ha rebasado. Ésta es nuestra única esperanza.

Cerré la comunicación y corrí hasta donde estaba mi padre, antes de decirle él me recibió con estas palabras:

—Karena va a revivir a Ademar King.

—Eso mismo iba a decirte. Los acabo de escuchar conversando. ¿Cómo lo sabes?

—Tu madre, ella estaba a cargo de la supervisión de las pantallas en cero punto cinco. Acaba de comunicármelo.

—¿Qué vas a hacer?

—Atacaremos la porción del área protegida que queda en manos de Ademar King II.

—Pero padre…

—Karena sabe que Ademar King fue mucho más simpático para sus seguidores que su hijo. Era un maestro para gobernar. La gente se sentía atraída hacia él. Esto no solo se trata de revivir a King para que busque una solución mágica que nos haga perder la guerra. Ella es la verdadera estratega. Quiere reavivar la confianza en su gente y en los que aún no saben qué partido tomar. Ademar King no fue como su hijo, él supo esconder muy bien sus errores, la gente recuerda su mandato como tiempo de paz y prosperidad. Todos están hartos de la guerra, lo verán como su salvador. Incluso hay ciudades-estado que aún no se han pronunciado, están siendo precavidos y esperando el desenlace. Vieron que América Unida se separó de la Sociedad Autocontrolada, también quieren su libertad, pero no están dispuestas a enfrentarse al ejército de los King, no con Ademar padre a la cabeza.

48



Vi a Rita contenta de poder reunirse con su hija. La veía sonreír después de mucho tiempo. También acudí con ella y con Apolo a ver a Sara cuando salió de la anestesia. Estaba acostada en un cuarto de la enfermería, se veía hermosa a pesar de las huellas de las heridas que aún permanecían en su rostro.

—Trae a mi hijo, mamá. Quiero besarlo —le dijo ella.

—Ahora no, hija. Descansa. Mañana estarás mejor y podrás abandonar la cama. Lo dijo el doctor. No queremos asustar al pequeño si te ve aquí. Sabes que no le gustan los hospitales, ni las inyecciones, ni nada que tenga que ver con la medicina —le recomendó Rita.

—Producto de lo mucho que ha padecido. ¿Dónde estamos? ¿Logramos pasar la frontera?

—Estamos en una base militar dentro de la zona protegida.

—¿Cómo es posible?

—Se aliaron a Verena. Fue una guerra que ni te cuento. Nunca me había asustado tanto en mi vida. Nos protegieron en un refugio. Tu hijo no se dio cuenta. Iris y yo nos la arreglamos para distraerlo.

—¿Iris, la hija de Apolo?

—Sí. Ella me ha ayudado mucho en estos días. Tu pequeño es feliz a su lado.

—¿Y cómo está él, de salud?

—Todo sigue igual, cariño. Aquí tenemos buenos suministros médicos, no tienes que preocuparte. Todo está controlado —le aseguró su madre.

—Gracias, Paz. Por todo lo que has hecho por nosotros —me dijo Sara.

—Yo te agradezco a ti por confiar y arriesgarlo todo —le susurré.

Apolo no perdió tiempo, la besó en la frente, no podía disimular el amor que sentía por esa mujer. No le importaba que fuera la esposa de Ademar King II, a quienes los presentes conocían muy bien.

—Paz, lamento mucho no haber podido sacar a tu hijo de la residencia King —se lamentó Sara y el dolor me golpeó en el estómago.

—Pronto lo rescataremos a él también —aseguró mi hermano y los dejé.

Di unos cuantos pasos en dirección a la única persona que podía compartir con exactitud mi dolor, Sebastián. Permanecía en la camilla con los ojos cerrados. Dolía mucho verlo así, todo magullado por la tortura. Más, habiéndolo tenido siempre como referente de fortaleza. Él había estado ahí para mí, cada vez que lo había necesitado. Me había rescatado de los peligros más crueles que me habían acechado, ahora había sido mi turno de salvarlo de la muerte. «¡Despierta, Sebastián!», dije para mis adentros. Acaricié con un dedo el puente de la nariz con diferentes cortes y seguí hasta sus hermosos labios, hinchados por la golpiza y muy deshidratados. Ni siquiera me atreví a besarlo, pero el corazón me palpitaba con un ritmo diferente. Tan solo mirarlo y su imagen me robaba el corazón, recordaba de golpe todo lo que lo había extrañado. Aún sentía a mis hormonas alborotarse al tenerlo cerca. Me removía todo por dentro. Era perfecto para mí. Me enamoraba, sin importar el estado en que se encontraba. Las mejillas, que alguna vez fueron rozagantes, ahora estaban llenas de moretones y cortes, por donde la piel había reventado, luego del brutal ataque. Aquella imagen me perseguiría por siempre. Y todo mi amor se manifestaba en lágrimas y desesperación.

Abrió los ojos a la par, con lentitud, y mis latidos se detuvieron, para luego dispararse acelerados. Me miró, aún sin decir nada, intentó abrir la boca para hablarme:

—Tranquilo, no digas nada. Descansa, mi amor —le susurré y al fin le besé en la mejilla, con temor de lastimarlo más.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Dónde estamos? ¿Qué sabes de nuestro hijo? —dijo con mucha ira contenida.

Sebastián despertó y recobró su último anhelo. Lo vi en sus ojos. Ni siquiera se podía parar y ya estaba decidido a no fracasar esta vez. Lo abracé con cuidado. Aún se recuperaba de una intervención. Era tan agradable el calor de su cuerpo, lo había añorado todo este tiempo. Los doctores tuvieron que separarme de él para comenzar con los tratamientos que acelerarían su recuperación. Órdenes del general Verena, necesitaban a Sebastián Casals cuanto antes ocupando su puesto. No dije más. Hice lo mejor que sabía, les ayudé a traerlo de regreso, tal como lo había conocido.

—Sabrás todo a su tiempo. Ahora es necesario asistirte para que te levantes de esa cama cuanto antes —le dije.

Le acaricié la mano y me la tomó con fuerzas. Sin dejar de apretarla cálidamente, me reveló:

—Haz lo que tengas que hacer.

Me puse a trabajar de inmediato.

A la mañana siguiente, Sara ya estaba de pie. Con su hijo a un costado, colaborando con mi padre y con ideas muy afines. Apolo no lo podía creer y menos que tuviera la fuerza para sostener a su hijo, después de la intervención quirúrgica que había tenido. Miré la hora y recordé que le tocaba el siguiente medicamento a Sebastián. Acudí para suministrárselo yo misma. Los dejé hablando y me alejé. Apolo me siguió detrás. Le escuché decirme:

—Aún no puedo creerlo. Jonathan estará aquí de un momento a otro. Se quedará tan asombrado como yo al ver la forma en que los autocontrolados utilizan la medicina.

—Jonathan ya lo sabe. Vio a nuestros médicos trabajar en Tierras Inhóspitas. No sé cómo lo pasaste por alto.

—Tal vez porque no había visto un caso similar al de Sebastián o al de Sara.

—Apolo, esta tarde verás a Sebastián en pie. ¿No te basta con haber visto a Ademar King renacer de sus propias cenizas?

—Es muy valioso lo que hacen en algunos casos, en otros innecesarios. Siempre hay implicaciones éticas que no toman en cuenta.

—Te doy la razón.

—Espero que una vez que Ademar King II caiga, muchas cosas cambien en la Sociedad Autocontrolada. ¿Escuchaste lo que hablaban Sara y nuestro padre? Sara está de acuerdo con él. Quieren arrasar con la capital y con todos los que se mantuvieron fieles a los King. Si eso ocurre no seríamos diferentes de ellos.

—Tranquilo. Buscaremos una solución.

—Espero que Sebastián nos pueda ayudar. Viste lo que hizo Alejo. Sebastián podría lograr mucho más. A él podría ocurrírsele algo para evitar las bajas de ambos lados. Se han perdido demasiadas vidas.

Me detuve y lo abracé. Lo besé en la frente y le susurré:

—Lo intentaré, Apolo.

—Eso quería pedirte. Cuando esté de alta Sebastián, habla con él antes de que lo haga nuestro padre. Si Alejo pudo tener el brillante plan de utilizar las libélulas, Sebastián podría desarmar al ejército de los King…

—Shhhhh —lo silencié y miré hacia todos lados. Lo que le dije a continuación lo hice con los labios sellados y a través de la guía mental—: *No pienses en voz alta. Hay gente que ha seguido a nuestro padre por el beneficio de lo que tendrá. Los necesitamos para ganar esta guerra*.

—Sebastián conoce mejor que nadie la seguridad de la capital y sabe diseñar estas maravillosas criaturas como la tarántula, la libélula, entre otras monerías. Él puede lograr paralizar el ejército King sin que tengamos que disparar un arma —me transmitió Apolo por la guía mental.

—Puede ser. Creo que puede. Lo intentaré, pero no le digas tus planes a nadie. Ni siquiera a Paúl.

Nos despedimos y seguí hasta donde descansaba Sebastián. Por supuesto que yo estaba de acuerdo con mi hermano. Mi fin era el mismo que el de él. Sebastián podía cumplir con las demandas de mi hermano, pero no estaba segura si quería hacerlo. Ya había visto en su mirada emerger el odio hacia los King.

Me acerqué a Sebastián y le suministré la medicina. Si esperaba a que Sebastián estuviera de alta iba a ser demasiado tarde. Me senté a su lado. Se veía mucho mejor. Las cinco o seis horas que debía guardar reposo eran requisito, pero en tiempo de guerra no podíamos darnos el lujo, así que trabajé por mi cuenta, sin consultarle al médico a cargo. Sebastián me tomó la mano y me dijo:

—¿Dime del niño? Quiero aprovechar estas horas que permaneceré acostado. Así cuando me ponga de pie estaré de inmediato en el frente.

—No tendrás que esperar tanto.

—¿Estás segura? El doctor dijo…

—Ven conmigo, te ayudaré a sentarte. Necesito hablar contigo, es por Abel, está en peligro.

Lo ayudé a incorporarse. Una vez sentado intentó estabilizarse.

—Estoy mareado —me comunicó.

—Respira profundo. Es solo por no esperar el tiempo reglamentario, pero estarás bien. Solo intenta mantener el equilibrio. Vamos, ponte de pie. Tenemos que irnos.

—¿De qué estás hablando?

—Mi padre quiere arrasar con la capital —le susurré—. No creo que sea lo más idóneo. King II tiene a nuestro hijo, no dudará en usarlo para frenar nuestra avanzada.

—Dime más. Ponme al corriente de todo —dijo poniéndose de pie mientras inhalaba una fuerte bocanada de aire para luchar contra las náuseas.

—Iris, Ademar King III, la doctora Rita, Sara, todos están a salvo con nosotros. Paúl, Alejo, Apolo están también aquí. Max, ya no está. El plan para sacar a Sara no funcionó y él no pudo salir de la residencia, prefirió destrozarse antes que le arrancaran información que pudieran usar en nuestra contra.

—Lo reconstruiré cuando todo termine.

—No se podrá esta vez. Los King hubiesen hecho lo mismo. Se autodestruyó de forma irreversible. Deshizo su centro de control —hice una pausa y proseguí—. Los robots arácnidos han sido un éxito, las guías estilo Tierras Inhóspitas también, cada hombre y mujer de nuestro ejército tiene una. Mamá sigue en la base cero punto cinco, tiene el control de la misión de vigilancia en sincronía con los arácnidos. Jonathan está viniendo para acá. Lo necesitamos. Hay cosas que aún no podemos entender que conciernen a Iris y a las investigaciones de Earta. Además, hay otra cosa que nos podría ayudar a entender, tomando en cuenta su especialidad en tecnología dentro del cuerpo humano. Ademar King está a punto de despertar, es la visión que ha traído tu hermano sobre el hombre nuevo. Ademar King II quiere perpetuarse y no sé hasta qué punto quiere desarrollar sus nuevas ideas para toda la población que gobierna.

Sebastián respiró con fuerzas e imaginé que los efectos físicos que estaba experimentando, se agravaban con las noticias que me había pedido.

—No dejes de respirar profundo. No te detengas ni, aunque se te nuble la vista. Da unos pasos, eso te ayudará a vencer el *impasse*. Walker… —dije y sentí un fuerte nudo en la garganta y un dolor similar a una patada a la altura del estómago—. Walker ya no está con nosotros. Me salvó la vida, se sacrificó por mí.

Sebastián se sentó de golpe ignorando todas mis recomendaciones médicas. Se abrazó a mi cintura, mientras mis lágrimas corrían por mi rostro y terminaban sobre su ropa.

—¿Algo más? Suéltalo todo, de una vez.

—Ya no sé. Camil estuvo herido, no fue de seriedad. Es un muchacho increíble. Es un gran soldado y será un gran médico. Eso, si cuando termine todo esto logra despegarse de los caballos. No sé qué se me ha estado olvidando. Alejo… Alejo proviene del mismo lote de embriones que Apolo y yo.

—¿Es hermano de ustedes?

—Comprobado mediante ADN. Es una historia que te iré contando por ratos.

—Me dejas en *shock*, son tantas cosas. Es como si hubiese estado fuera toda una vida. Hay algo que aún no me has dicho. ¿Me echaste de menos? Parece que estuviste muy ocupada.

—No había minuto en que no pensara en ti.

Me acercó hacia su boca y me besó como si se le fuera a escapar la vida y de ese beso dependiera su supervivencia. Nos abrazamos con fuerzas y cuando estuvo listo volvió a ponerse de pie. Lo ayudé a sostenerse y le recomendé:

—Camina y respira. Te ayudará.

—Lo dices como si hubieras pasado por esto.

—No. Mi recuperación en la UNA fue distinta por completo. Te repito lo que aprendí en mi formación. No sé qué tan terrible se siente, pero debe serlo para que pidan esperar un tiempo específico. Hay algo más que necesitas saber. Alejo tuvo una idea que nos ayudó a frenar a los King, se le ocurrió que las libélulas en modo invisible podrían apagar a los robots humanoides de nueva generación que nos atacaron, así como apagar los tanques y eso nos dio valiosos minutos. No fue suficiente para ganar, pero… Apolo y yo creemos que tú podrías diseñar algo para desarmar el ejército King sin más derramamiento de sangre.

—¿Apolo y tú? No cuenten conmigo para eso —dijo caminando y respirando con más soltura.

—¿Puedes o no?

—El punto es si quiero. Esos malditos se llevaron a mi hijo, ponen su vida como precio, nos torturaron a Sara y a mí. Han causado mucho daño a su alrededor. William, el maldito se encargó personalmente de torturarnos. ¿No lo sabías? Yo también puedo ponerte al tanto de lo que hicieron conmigo en todo este tiempo y créeme, no sé si quiera detallarlo, no sé si deseo que escuches cómo William se ensañó con nosotros. A veces me ponían a mirar, las atrocidades que le hacían a Sara, querían hacerme hablar de ese modo, y me siento terrible. Jamás podré perdonarme quedarme callado mientras ella… No te diré más. No es bueno que te llenes de tanto odio como yo.

—Sebastián, lo siento tanto. Por ti y por Sara, yo…

—No me pidas que sea clemente con una sola persona que haya apoyado a William Allen o a Ademar King II. Para mí King ya no es nada. No me pidas que te ayude. Ademar King acabó con la vida de mi padre, no pude conocerlo. Son demasiadas cosas. El sistema de los King debe caer cuanto antes y no seremos clementes ni con ellos ni con sus aliados.

—Entiende que tiene a nuestro hijo. Tu madre lo protege, al menos ahora. No sé si ella pueda seguir haciéndolo.

—Lo traeré de vuelta, de la única manera que se lo podemos quitar.

Camil entró justo antes que termináramos convirtiendo nuestro reencuentro en un campo de batalla. Se le acercó a su primo y lo vi extenderle la mano. Sebastián lo abrazó y le dijo:

—Estoy muy orgulloso de ti, Paz me ha contado todo.

Aproveché para dejarles a solas, tenía que decirle a mi hermano que Sebastián no estaba de nuestro lado y que todo iba a terminar muy mal.

49



El mayor Casals, con su uniforme negro ya estaba a las órdenes del general Verena. Estaban preparando todo para el ataque a la porción de la capital que aún estaba en poder de Ademar King II. Paúl, Apolo y yo seguíamos de cerca el panorama del lado de nuestros enemigos, no era difícil con los arácnidos trasmitiéndonos la información. Ya mi padre había hecho instalar unas enormes pantallas en un cuarto de acceso restringido, similar al de la unidad cero punto cinco, desde donde tenía información de primera mano de los planes de sus enemigos. Por eso, pudimos constatar que King II y los suyos estaban también preparándose para arrasarnos y no solo a nosotros, también a América Unida. Había varias ciudades-estados que permanecían fieles a él y otras que se habían mantenido neutrales, a la espera de la resolución del conflicto. Mi padre apostaba que la mayoría se quedaría al lado de quien ganara. Papá había proclamado, en un comunicado abierto, que las ciudades-estados, serían verdaderamente independientes y que la Sociedad Autocontrolada funcionaría diferente cuando King II fuera derrocado.

Mi hermano me insistió con la mirada. Apolo quería que persuadiera a Sebastián y yo ya no sabía cómo hacerlo. Nuestra ofensiva se adelantó al ejército King, cuando fuimos a arremeter, los King nos frenaron con el niño. Yo me quedé con un suspiro contenido. Ahora no tenían a Iris y

Earta se ensañó con mi hijo. Karena no hizo, o no quiso hacer nada para impedirlo.

Sebastián parecía un león enjaulado y yo me quedé como autómata frente a las pantallas. La doctora Earta Hébert, aún tenía todas las muestras que había extraído de Iris, así como los resultados de diversos estudios. Lo mismo había hecho con mi hijo cuando lo tuvo en su poder. La había escuchado revelarle esto a Ademar King II. Habían sido pruebas que me no dañaron su integridad personal, por el trato que había tenido con Karena.

La información que tuvo por el momento, fue suficiente para los planes de Ademar King II. Aunque la doctora Hébert estaba ávida de ir más allá, para él era bastante por el momento. Earta como nueva directora del Instituto de Planificación Familiar, permaneció al lado de su mandatario, justo cuando él hizo una declaración, que removió los ánimos de los que aún permanecían neutrales o fieles a mi padre, y que avivó la flama de los seguidores de los King:

—Algunos han estado descontentos y dudan de la permanencia de nuestros logros —dijo Ademar King II—. Tengo una revelación que hacerles. Algo que sellará para siempre el pacto de los ciudadanos autocontrolados con el gobierno. Para los que dudaban del hombre nuevo, escuchen bien. Es verdad que hubo errores que llevaron a que un porcentaje de la población se viera afectada, pero hemos encontrado la solución a los problemas. Ha nacido una niña, que ha podido revertir las modificaciones en su ADN. No sabemos cómo, pero tiene elementos en su sistema que le ayudan a depurar todo lo que interfiera con su supervivencia. Catorce años después ha nacido un niño con idénticas características. Terminaremos de desvelar el misterio y tendremos a un hombre nuevo sin fallas. Para todos los que han dudado, para todos los que por este hecho dejaron de tener fe en nosotros, les digo que nuestras puertas estarán abiertas. Pronto tendremos la cura, es tiempo de regresar.

—¡Maldito! —dijo Apolo en nuestra sala—. Ese último mensaje es para Sara, quiere obligarla a regresar para salvar a su hijo.

Nos encaminamos a buscarla, ella estaba como la mayoría de los ciudadanos autocontrolados, fueran del lado King o del lado Verena viendo el comunicado. Apolo se le acercó a Sara y le dijo:

—Sara —tuvo que mencionar su nombre más de una vez para que ella le atendiera, estaba absorta escuchando a su esposo—. No le hagas caso. Es una trampa. No tendrá clemencia contigo ni con tu madre si regresan. Está

desesperado porque no tiene forma de salir victorioso. Sabe que tienes a su hijo y lo quiere de regreso.

—Ellos tienen una vaga idea de lo que sucede, pero aún no tienen la cura, de lo contrario lo estuvieran gritando a los cuatro vientos. Aún están lejos de saber lo que ocurre. Jonathan y nuestro equipo les llevan la delantera —yo intercedí también—. Jonathan está por llegar. Él traerá respuestas.

—¡Cálmense! —nos contestó Sara—. Estoy desesperada pero no haré una locura. A Ademar se le olvida que lo conozco demasiado bien, no caeré en uno de sus trucos.

Dejamos de discutir y nos centramos en la transmisión en vivo que los King hacían para toda la Sociedad Autocontrolada. La cara de Ademar King II dio un cambio radical al ver entrar a su madre, acompañada por el director del CDIA. La expresión de su rostro nos hizo sospechar que él no había planeado lo que acontecería a continuación. Apolo, Sara y yo, nos concentramos como tantos espectadores de las noticias:

—Mi querido hijo, Ademar King II, no solo ha podido dar respuesta a la falla que vino aparejada con el hombre nuevo, ahora ha dado un paso más allá. Gracias al director del CDIA y a otros colaboradores que recibirán el crédito merecido en el momento propicio, hemos podido conservar con vida a nuestro líder magnánimo. Pónganse de pie para darle la bienvenida. ¡Ademar King!

Sara, Apolo y yo nos quedamos boquiabiertos. No tanto como el resto de la gente. Nosotros ya sabíamos que pronto estaría en pie nuevamente, pero me sorprendió lo rápido de ese hecho. No me constaba que las intervenciones hubiesen funcionado, además ningún hecho en nuestras transmisiones constantes nos evidenció que sería hoy y ahora. Apolo y yo corrimos, a toda prisa al cuarto de las pantallas. Ni siquiera perdí tiempo en encender la aplicación que lo reproducía en mi guía estilo Tierras Inhóspitas. Quería verlo ampliado para que no se me escapara ni un detalle.

Contrario a nuestras expectativas, Ademar King, hizo un escueto acto de presencia, apenas dio unas brevísimas palabras para saludar y se retiró. Ademar King II y Earta, también concluyeron su teatro.

A puertas cerradas Ademar hijo, cuestionó la decisión de su madre, por encima de sus órdenes:

—Pero ¿qué has hecho, madre?

—Esto avivará a nuestros seguidores. Confiarán más en ti —dijo Karena.

—¿En mí? Lo traes porque piensas que el pueblo no me quiere lo suficiente, que no se fía de mí para gobernar y ganar esta guerra. Me subestimas.

—No es tan simple, hijo. Mira hasta dónde hemos llegado. Necesitamos medidas desesperadas.

—Lo trajiste para ayudarme a conservar el poder, para darme una lección porque tú nunca confiaste en mí para esta función.

—Hijo, por supuesto que confío en ti, pero tal vez la responsabilidad que te dejó tu padre fue antes de tu tiempo. Tu padre se fue demasiado pronto.

Ademar hijo hizo una señal y le pidió a la doctora Hébert y al director del CDIA que se marcharan. Cuando este último intentó llevarse a Ademar King, Ademar hijo se lo prohibió.

—Ademar King aún no está listo —dijo el director—. Lo trajimos solo para calmar al pueblo. Necesita regresar a hibernación.

—¡Váyase de una vez! —ordenó Ademar King II.

Todos se fueron, excepto Karena y Ademar King, quien aún no terminaba de comprender lo que estaba sucediendo. Karena y Ademar hijo se adentraron en una fuerte discusión que llevó a King padre a comprender el estado deplorable de las cosas. El tirano, recién levantado de sus propias cenizas, enardeció de coraje al ver a lo que su hijo redujo a su tierra.

—¡Has destruido lo que me esforcé en construir para ti! —gritó.

Antes que alguno mencionara una sola palabra más, Ademar King II sacó su arma y le disparó a la cabeza a su padre. Un solo disparo le arrebató la vida. Karena lanzó despavorida un grito desgarrador. Su hijo intentó explicarle lleno de frustración:

—Yo quise revivir a mi padre porque lo amaba. Cuando supe que su fin era inevitable tuve esta idea para salvarlo y lo dejé más tiempo en hibernación, hasta que mi iniciativa tomara forma. Ante el conflicto bélico, decidí no despertarlo hasta que todo estuviera solucionado. No quería decepcionarlo y que encontrara el caos que hoy impera. Deseaba evitar que me reprochara por no continuar su obra. Tú, madre, me has humillado delante de mi padre.

—¿Qué has hecho, Ademar? Ahora sí que no podremos salvar a tu padre nunca más. Es su fin.

—Me obligaste a hacerlo.

Pero aquellos sucesos ocurrieron a puertas cerradas y tal como previó Karena, la porción de la zona protegida se resistió con King II a la cabeza. La gente se llenó de esperanzas con tan solo ver la aparición de Ademar padre una vez. Se pidieron refuerzos a las ciudades-estados que aún les permanecían fieles. Se prepararon para borrarnos del mapa. Los ánimos subieron con tan solo saber que Ademar King había vuelto. Era una lástima que la Sociedad Autocontrolada no supiera lo que sabíamos nosotros, que Ademar King no había sobrevivido, su propio hijo lo había quitado del medio.

Sara y Sebastián estuvieron de acuerdo en una cosa, la ira les hizo desear la guerra contra la capital, una guerra cruel y despiadada. El general Verena y Casals planearon arrasar con la parte que no podían tomar del área protegida. Temían que, si esa fracción de tierra resistía, los King podrían desatar alguno de sus planes maquiavélicos para ganar la guerra.

Mi hijo fue llevado al Departamento de Defensa, escoltado por Earta y su equipo. Karena no pudo siquiera intentar impedirlo. La mandaron hacia un refugio temporal, en el que se recluyó, luego de los sucesos funestos causados por Ademar King II. Sebastián me abrió los ojos desmesuradamente para hacerme entender su punto, me dijo:

—No hay otra salida. No se puede ganar la guerra del modo que Apolo y tú lo desean.

—Si dan un paso en falso, ellos atentarán contra Abel. Nuestros misiles que apuntan al departamento no podrán ser utilizados a no ser que mi padre y tú estén dispuestos a sacrificar a nuestro hijo, entiéndelo.

Me abrazó y me susurró:

—Ellos no lo tocarán. De lo contrario no hubiesen llevado a Earta Hébert con Abel, para Ademar ahora es más importante que Earta desentrañe la incógnita que Abel e Iris encierran. Descubrirla representa la esperanza para muchos que padecen en la Sociedad Autocontrolada, entre ellos el hijo de Ademar, eso le hará ganar seguidores. De hecho, ya se ha vuelto más fuerte, desde que estamos frenados por su amenaza y él sigue trabajando por ganar más adeptos.

—Yo no confío en Ademar King II, es muy impredecible y volátil, tú mejor que nadie lo sabes.

Mi padre y Sebastián sabían que, si no atacaban ahora, perderían la oportunidad de ganar. Por eso siguieron perfeccionando su plan de ataque muy en contra de lo que deseábamos mi hermano mayor y yo. Me le acerqué a Apolo y le dije:

—Sabes cómo terminará esto. Ya hiciste todo por nosotros, es tu hora de partir. Toma a tu hija, a Sara, su hijo, su madre, llévate a Alejo y si logras convencerlo también a Camil. Regresen a América Libre, tu pueblo te necesita. Lleva igual a Paúl y a nuestra madre, salva a todos los que puedas. Aquí solo tenemos un fin, terminaremos masacrándonos los unos a los otros. Ademar King II no se rendirá, Sebastián tampoco.

—Pienso como tú, nadie podrá ganar. Estamos demasiado cerca los unos de los otros y el armamento es demasiado potente.

—Una vez que se aniquilen, no sé qué pasará con el resto de las ciudades-estados. Tal vez se independicen o alguien quiera luchar por el poder. Ya sabes lo que pasará, no te quedes para ver cómo se destruye a sí misma la nación más poderosa del mundo. Sálvate y salva a los tuyos. Toma providencias en América Libre y protege a tu pueblo de las consecuencias.

—No puedo dejarte y tú no te irás sin tu hijo. Me quedaré para ayudarte a rescatarlo.

—Sebastián y yo lucharemos por él. Tú vete mientras estés a tiempo, no arriesgues a todos los que dependen de ti, piensa en tu hija.

Paúl que nos había escuchado en silencio, continuó mirándonos sin decir nada, lo que me extrañó, porque fue el primero en querer volver cuando tuvo noticias de las elecciones en América Libre.

—¿Y tú te quedarás callado? —le dije a Paúl—. Ayúdame a convencerlo.

—También me niego a dejarte, Paz, incluso no quiero dejar al terco de Sebastián, en el fondo tiene razón. Ademar King II es un veneno para la humanidad, el mundo necesita librarse de él —argumentó Paúl.

—Pero ustedes no tienen que perecer con nosotros, Sebastián se ocupará de King, de William y de todos los que se han ensañado con nosotros, lo he visto en sus ojos. Lo domina la venganza —les dije.

—Por otro lado, ya no sé si seremos aceptados de vuelta —me dijo el amigo de mi hermano.

—¿Qué dices? —le reclamé—. Tú mismo insististe para que Apolo se presentara a las elecciones.

—América Libre puede aceptar el origen de Apolo y a su hija, porque proviene de Dafne, quien se sacrificó por la UNA, pero no consentirán la entrada de Sara, ni de su hijo y menos de la doctora Roger. ¿Es que no puedes verlo? Y si se enteran que Iris tiene algo que los autocontrolados quieren, tal vez la usen para negociar con ellos. Tal vez Apolo ya no pertenece a América Libre. Desde hace tiempo es un habitante de Tierras Inhóspitas, tanto como tú y como yo —sentenció Paúl.

Jonathan hizo su arribo, justo cuando ya habíamos perdido la esperanza. Venía con mi madre, quien no se aguantó las ganas de estar con nosotros. Los recién llegados corrieron a abrazarnos, pero se toparon con un muro de frialdad, notaron que habíamos perdido la fe. Cuando les pusimos al corriente y les insistí ambos para que convencieran a Apolo y que se marcharan, los dos estuvieron de acuerdo con Paúl.

—Hijos, ustedes tienen razón —nos dijo mi madre—. Hay que buscar la manera de ganar esta guerra sin disparar un arma. Leila era muy buena para buscar soluciones. ¿Qué se le habría ocurrido a ella? La idea de ustedes no está mal, Apolo, pero si Sebastián no colabora tendríamos que buscar a otra persona en su lugar. Alejo aún está muy joven, no tiene los conocimientos ni la experiencia de Sebastián. Sugiero raptar a Verena y llevarlo lejos de aquí. Una vez que se aniquilen los dos bandos, él podrá tomar el poder de lo que quede. Tendrá el apoyo de Eric de América Unida.

—¿Madre? —le dije—. Eso sería una humillación para mi padre. Él no lo aceptaría.

—Entonces le pediremos a Alejo que infiltre el video de Ademar King II asesinando a su padre a sangre fría —dijo Venus y me recordó a Leila, era el tipo de ideas que se le ocurrían.

—Eso haremos, volverá a perder fuerza el mal nacido y es algo que Alejo sabe hacer —dijo Apolo y todos estuvimos de acuerdo.

—Paúl, encárgate de inmediato. Necesito hablar algo urgente con mis hijos, luego te pondrán al tanto —le pidió mamá.

—¿Le consulto al general Verena o a Sebastián? —preguntó Paúl.

—No, a ninguno —le sugerí y lo vimos marcharse.

Mamá nos miró a mi hermano mayor y a mí, luego miró a Jonathan y vi que eran cómplices en esto. Jonathan habló:

—La doctora Earta Hébert nunca podrá resolver el misterio, está muy lejos de descubrir qué es lo que está regenerando el ADN en Abel e Iris. Es algo que está adaptado para sobrevivir, algo que muta y se perfecciona, algo que incluso se trasmite de madre a hijo. Algo que ni yo sabía cuando lo inventé, pero lo he descubierto recientemente. Como dijiste, Paz, la guía mental es como una enfermedad, eso parecía, pero ha resultado otra cosa. Ahora se ha encargado de limpiar las trazas de las modificaciones que los autocontrolados han añadido a la especie humana.

—¿Así que lo que Ademar King II pretende usar para corregir las fallas en sus experimentos del hombre nuevo, no solo no lo ayudará, sino que también terminará por borrar al hombre nuevo de la faz de la tierra? —mencioné—. ¿Y no tenías idea de nada cuando diseñaste la guía mental, Jonathan? Parece un plan orquestado por Leila.

—¿Estás dudando de mí, Paz? ¿Alguien más piensa lo mismo? —se defendió Jonathan.

—No quiero dudar, pero ahora mismo la Sociedad Autocontrolada está por aniquilarse a sí misma, dividida y enfrentada. Por otro lado, un arma creada por la UNA cumple una función que no dista mucho de los deseos de los representantes de la Unión de Naciones Autónomas. Detesto las coincidencias y en esto sobrevienen demasiadas —manifesté.

—Iris tiene razón cuando menciona que no le implantaron la guía. Iris es como tu hijo, nació con ella.

—Jonathan, haz silencio ahora, como lo hiciste todos estos meses. Una palabra tuya antes… ¡Carajo! Sabes que una palabra tuya al respecto nos habría ahorrado…

—No podía, Paz. Entiéndeme, no podía.

—¿Lo sabías, mamá? —pregunté muy enojada, pero no me quedé a esperar la respuesta.

Tuve ganas de ir enseguida con Sara y decirle que la cura para su hijo existía, solo bastaba que le implantaran una guía mental, pero no sabía si lo que me revelaron Jonathan y mi madre era un secreto, o ya podíamos compartirlo con el resto. Así que dejé esa responsabilidad en manos de Apolo, quien se había quedado muy serio tras las revelaciones de Jonathan, pero sin tomar partido. Creí más sensato buscar a Alejo y ver hasta dónde

había avanzado en su plan de sacar a la luz la verdad sobre Ademar King, y mis pasos me llevaron en otra dirección. Cuando me planté delante de Sebastián y él siguió inmerso en el plan de ataque, lo tomé del rostro y le dije:

—Otros pueden tirar para distintas direcciones, pero si tú y yo no trabajamos en equipo, no vamos a rescatar a nuestro hijo. Sabes que es lo único que quiero. Si te importa más ganar esta guerra, que centrarte en salvar a Abel corres el riesgo de perdernos a ambos. Sé que puedes hacerlo, te pido que desarmes el ejército King y evitemos más derramamiento de sangre.

Sebastián me miró y me perdí en la profundidad de sus ojos negros. Alargó el silencio un par de segundos y luego me arrastró hacia el calor de su cuerpo. Me abrazó, y entre su piel y la mía había una barrera, su uniforme, sus más de diez armas y su rencor. Quise separarme de golpe y no me lo permitió. Despegó los labios que tantas veces había usado para hacerme perder la razón para decirme:

—Nuestro ejército ya salió, en pocos minutos estarán atacando.

—Pero si no veo movimiento, más que el de defensa.

—Salieron anoche en la madrugada, bordearon la zona protegida y los atacarán por detrás. Las fuerzas que vez aquí son las que pararán la ofensiva de King II sobre nosotros.

—¿Y los misiles? —indagué.

—Todo depende de ellos, si deciden bombardearnos, lo haremos primero.

—¿Y Abel? ¿Cómo queda Abel en todo esto?

—Todo lo que hago es por Abel. Ya no sé cómo rescatarlo. Está custodiado por todo el ejército King. No hay más forma de llegar a él, que lo que estamos haciendo ahora.

—¿Qué pasará cuando nuestros hombres abran fuego? ¿Ademar cumplirá su promesa y se desquitará con nuestro hijo?

—No podría. Es lo único que los protege de nuestros misiles.

—Ademar es la persona más volátil que conocemos, un arranque de enojo lo puede llevar en cualquier dirección. No mide las consecuencias. ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo?

No me contestó nada. Sentí unos enormes deseos de golpearlo, pero si perdía los estribos, él iba a protegerse con su coraza de acero y jamás íbamos a encontrar un punto de encuentro, así que me abrí ante él, no podía exigirle que mirara en mi misma dirección y camináramos a la par si

yo no estaba dispuesta a dar el primer paso. Le tomé el rostro con una mano y lo obligué a prestarme toda la atención:

—¿Sabes? Lo que Earta busca en nuestro hijo no es algo que mágicamente sucedió como producto de la evolución —murmuré—. Tiene que ver con la guía mental diseñada por Jonathan, pedido especial de Leila. Ya sabes que la guía mental muta, se adhiere más al individuo y libera todo su potencial. Pues ahora te informo que se trasmite de madre a hijo, y que limpia el sistema de cualquier modificación genética que lo aleje de su humanidad original. Es brillante. La guía quiere sobrevivir y para eso optimiza la vida del cuerpo donde se hospeda, y nos permite comunicarnos los unos con los otros sin necesitar la palabra hablada. Es la obra de Leila y llevada a la realidad por las prodigiosas manos de Jonathan. No importa si ganamos esta guerra o no, Leila ya derrotó a Ademar King y su visión del nuevo ser humano. A ti y a mí solo nos queda una cosa por hacer, y eso es salvar a Abel. Ahora mismo, Alejo está diseminando en todos los sistemas informáticos la información del video de Ademar King II poniéndole fin a la vida de su padre. Sus seguidores terminarán de ver su verdadera cara y perderá toda su fuerza. Dime cómo quieres que termine todo. ¿Con el exterminio de ellos y nosotros, o con la oportunidad de construir un mundo tranquilo donde podamos tener un sitio para criar a nuestro hijo?

Me apretó aún más fuerte mientras intentaba asimilar toda la información que le revelé de golpe. Así no le bastaba, me levantó del suelo y nos fundimos en un abrazo interminable. Se aferró a mis labios y me besó como hacía tiempo no lo hacía, sentí lo mismo de la primera vez y aquella emoción me invadió completa. Sebastián soltó la coraza de guerrero y volvió a ser el chico que se había enamorado de mí mientras crecíamos en la casa de mis padres, en América Unida.

Sebastián ya estaba convencido, la guerra a través de las armas no era la solución. El video comenzó a reproducirse en cada guía, pantalla, y medio de comunicación de la Sociedad Autocontrolada en general. La reacción no se hizo esperar, el pueblo ya estaba harto de Ademar King II, y su ejército se quedó paralizado. Ya no tenían a América Unida y las otras ciudades-estados también quedaron en pausa, tras ver el vídeo. Sebastián que conocía los sistemas informáticos que se encargaban de la defensa de la capital, se acercó a mi padre, conmigo a su lado y le dijo:

—General, usted conoce cómo funciona el ejército King, yo conozco todo su sistema de defensa, tenemos los planos y la información necesaria para hacer una guerra informática de desarme. Podemos programar a los robots humanoides para confiscar las armas, encerrarlas y custodiarlas en *bunkers* de alta seguridad, así como para custodiarlas hasta nuestro aviso.

Mi padre lo miró extrañado y sin procesar del todo lo que Sebastián estaba diciendo, mi padre habló:

—¿Tú diste la orden de que se pasara el vídeo de King II disparándole a su padre?

—Fui yo, pero la idea fue de mi madre. Apolo está con nosotras —le dije y tomé fuerte la mano de Sebastián—. Ahora estamos aquí para decirte que tomes en cuenta nuestra sugerencia y que ordenes de inmediato que no disparen ni un arma en la ofensiva que enviaste para tomar lo que nos resta del área protegida. No somos invasores, estamos liberando al pueblo del tirano y tenemos que actuar distinto a como él lo haría.

—Venus. ¿Qué más se le ha ocurrido a Venus? —masculló mi padre.

—La idea del desarme es de Apolo y Paz. General, es la única forma de ganar esta guerra. Aún tiene muchos aliados que pueden ayudarle, el Jefe de Defensa de América Unida está con usted. Podemos convencer a los otros siete generales de las otras ciudades-estado de sumarse a nuestra iniciativa, pero para eso hay que tomar la capital —dijo Sebastián—. Puedo hacerlo, necesitamos trabajar en conjunto para lograr la victoria.

Mi padre tomó la radio que se comunicaba con el destacamento de ofensiva y les ordenó:

—No ataquen. Quédense en sus puestos a la defensiva. No permitan que ningún militar escape por su área de la frontera. Intenten no disparar a matar, los queremos vivos. Esperen nuevas órdenes. Pronto estarán desfilando por las calles de la ciudad.

50



Sebastián se puso a trabajar, pero a su manera. Primero tenía algo que hacer. Su tarántula cobró el color metálico y saltó de su brazo al suelo, con el efecto de repulsión que eso lograba causarme. A medida que la araña iba caminando delante de Sebastián, quedó de nuevo invisible. Seguí a Sebastián, mientras la araña rastreaba a su objetivo. Sebastián llegó hasta donde estaba Alejo y lo observó oculto tras de una columna. Mi hermano estaba sentado en el suelo en uno de los rincones, trabajando en su portátil como de costumbre, cuando la araña tomó color delante de sus ojos, dándole un susto que lo hizo pegar un brinco.

—¡Alejo, sígueme! Tenemos trabajo que hacer —le dijo Sebastián y comprendí que el objetivo de la tarántula era mi hermano menor.

—¿Para qué lo necesitas? —pregunté.

—No lo necesito, le voy a enseñar cómo se hace. Si tú has adoctrinado a mi primo y pretendes convertirlo en médico, es mi turno de tener también un aprendiz. He elegido al chico por sus habilidades —me confirmó y luego se volvió a mi hermano menor y le preguntó—: ¿Estás de acuerdo?

—No puedo esperar un minuto más —dijo Alejo sin poder disimular su emoción.

—Paz, pon a tu padre al corriente con el resto de la información, dile por qué algunos autónomos pudimos reproducirnos con sus hijos autocontrolados. ¡Ahhh! No olvides explicarle esa parte, mi preferida, que Leila fue la autora intelectual. Sí, Leila, la hermana de Venus. No quiero estar a tu lado cuando lo sepa, así que mejor ve sola. Cosas de la vida. Al final resultó que Leila y Verena tenían el mismo enemigo en común y juntos ganarán esta guerra —me dijo y me gustó que tomara las novedades con humor.

—No olvides que Leila envió a mi madre para seducirlo. Tal vez fue así como el general Verena terminó convirtiéndose en su aliado —le seguí el juego.

—De lo único que me arrepiento en mi vida es de haber sido responsable de la muerte de esa mujer.

—Tú no eres culpable, tú la capturaste para salvarme. Ademar King II decidió ponerle fin a su vida.

—Espero que de la misma forma no te culpes por la muerte de Walter. Ya sé que él salvó tu vida mientras tú intentabas proteger la mía.

Nos abrazamos y nos dijimos varias veces lo mucho que nos amábamos, ante la cara de aburrimiento de Alejo:

—Dejen eso para otro momento. Estoy impaciente por ver lo que me enseñará Sebastián.

Sebastián y yo nos soltamos. Él me susurró antes de separarnos:

—¡Suerte con tu padre! En cuanto Abel mantente serena. El primer grupo de robots que programe, será para velar por su absoluta seguridad mientras ocurra el desarme. Ellos lo protegerán hasta que te lo entreguen en tus brazos.

Cuando llegué ante mi padre, ya él había negociado una alianza con el resto de los generales que fungían como Jefes de Defensas de las otras ciudades-estados. Le expliqué lo que Sebastián me había pedido. Mi padre quedó en suspenso, no dijo nada por unos minutos y cuando parecía que iba a decir algo volvió a sellar los labios.

—¿Te ha costado digerir la información?

—Parte de ella, estoy acostumbrado a estas cosas. ¿Sabes? Pero que fuera Leila, sí me sorprendió. Vamos con Sebastián, quiero ver lo que tiene.

En la sala de control de los robots arácnidos Sebastián, Alejo y un par de hombres, estaban frente a uno de los ordenadores. Ahora pensaba que mi padre, podía haberle ordenado algo así a Sebastián que hubiese evitado que huyéramos como lo hicimos. Sin embargo, la intención de mi padre no era derrotar a los King en aquel entonces. Por otra parte, nuestros aliados crecieron con cada día que estuvimos en Tierras Inhóspitas.

—¿Sebastián, te meterás en la computadora del Departamento de Defensa y la operarás desde aquí? —preguntó Alejo.

—Lo puedo hacer, pero nos detectarán e intentarán frenarnos. Tengo una mejor idea. La clonaremos, ubicaremos el clon en nuestra posición y le ordenamos a la original autodestruirse. Nos conectaremos a un servidor en otra parte del mundo para confundirlos.

El ejército de King totalmente desarmado, aceptó los términos del alto al fuego sugerido por mi padre. Nótese que no se manejó como su rendición. Esa misma tarde entramos a la ciudad en caravanas, a excepción de mi padre que se protegió junto a un grupo de los nuestros, como la doctora Rita, Sara, su hijo, Apolo, entre otros. El pueblo recibió feliz el acontecimiento y me dio gusto entrar con la frente en alto a la ciudad, tomada de la mano de Sebastián. Los hombres que permanecían fieles a King fueron apresados y puestos en manos de la justicia.

Llegué con Sebastián y el primer destacamento al Departamento de Defensa. Mi padre se nos uniría hasta después, hasta que nos hubiésemos asegurado que su integridad no sería comprometida. Aún no habíamos podido capturar ni a William ni a Ademar. El general Allen, el padre de William, avergonzado por la actitud de su sobrino y al ver que no tenía escapatoria se había rendido. Nuestros robots espías tenían vigilado al tirano y a su principal aliado, William Allen. Íbamos tras la pista de ellos, mientras yo reproducía en mi guía convencional la información que me transmitían los arácnidos. Ademar y su primo huyeron custodiados por unos diez guardias que les permanecían fieles. Estaban armados.

—Ve a reunirte con Abel —me pidió Sebastián.

—Ademar se las está arreglando para escapar —dije.

—Yo me encargo de Ademar y William, los encerraremos y se les enjuiciará. Pasarán el resto de sus días en la cárcel.

Seguí la sugerencia de Sebastián. Corrí hacia el sitio donde unos robots humanoides de nueva generación tenían resguardados a Abel. Abrí la

puerta y entonces lo vi. La nana robot lo sostenía en brazos. Me asaltó la duda, ¿me recordaría? Unas lágrimas bajaron por mi rostro mientras mi corazón se llenaba de todo lo que le habían arrebatado. Me acerqué lentamente. Lo primero que me golpeó fue su aroma, era más intenso que el trémulo recuerdo que tenía. Su rostro, fue en lo siguiente que reparé, con aquellos ojos inmensos e idénticos a los de su padre. Sus gorjeos, hicieron que mis lágrimas cayeran a torrenciales. Estiré una mano para tomar la suya, pequeña entre mis dedos. Fijó su mirada en mí y comenzó a sonreír, luego empezó a sacudirse de la emoción y me lanzó los brazos. Lo tomé con calma y lo abracé, lo abrigué en el calor de mi pecho y suspiró, lleno de júbilo.

Nos quedamos abrazados buen rato. Me senté en un sillón, hasta que se quedó dormido encima de mi pecho. Observé en la guía a Ademar King II y a William, seguían huyendo, Sebastián y sus hombres no los habían podido alcanzar. Estaban a punto de abandonar el Departamento de Defensa. Se dirigían a unas aeronaves, las que de seguro usarían para escapar. Cuando abrieron la portezuela de la primera, William se ubicó en el asiento del piloto y comenzó a encender los motores. Antes de poner un pie dentro, en un giro inesperado Ademar fue apuntado con las armas de sus propios guardias de seguridad. No entendí nada, menos cuando estos descargaron sus armas sobre Ademar King II, el que se derrumbó sobre el suelo víctima de la traición, al igual que su padre. William no tuvo oportunidad de escapar, los propios guardias lo detuvieron. Cuando Sebastián y sus hombres llegaron, los soldados que traicionaron al tirano se rindieron y entregaron al prisionero.

Con mi hijo, aún en brazos, caminé para recibir a Sebastián. Mi amado se alzó de hombros, sin encontrar una explicación coherente para lo sucedido en el ataque a Ademar King II por sus propias fuerzas. Yo lo había entendido todo. Era resultado de la información que había trasmitido Alejo.

Negué con la cabeza al ver a William que era traído inmovilizado por dos hombres y le dije:

—No quería que esto terminara así.

—Debes estar feliz, lograste lo que querías —me escupió al rostro gobernado por la ira.

Pero ni siquiera volví a dirigirle la palabra, todas las humillaciones por las que me había hecho pasar estaban perdonadas, no iba a vivir con el rencor. Él ya estaba pagando por todos sus errores y tal como me había dicho Sebastián, no se iba a salvar de vivir recluido hasta el fin de sus días, donde no pudiera dañar a nadie más. Me acerqué al cadáver de Ademar King II, tenía más de diez impactos de bala sobre el tórax. Cuando Sebastián tomó a Abel en brazos y comenzó a alejarse de allí, me llamó para seguirle. No pude quitarme la idea que me asaltó al recordar la reconstrucción del cuerpo de Ademar padre. Desenfundé mi arma y le di un último disparo al cuerpo inerte de Ademar King II, en medio de la frente.

—¿Paz, vamos? ¿Qué haces? Está muerto —me gritó Sebastián.

—Me cercioro de que no haya una segunda parte —dije y me dispuse a alcanzar a Sebastián y a Abel.

Sentí el aire rozarme la mano. Cuando reaccioné, William tenía mi arma, la misma que utilicé para dispararle a Ademar. Temí primero por mi hijo y después por Sebastián, pero William solo me apuntó a mí. Todo se detuvo. Si apretaba el gatillo me robaría la vida, pero sería una sentencia de muerte también para él, más de diez guardias le apuntaban. Fueron segundos en los que vi toda la felicidad que podía disfrutar de ese día en adelante desfilar delante de mis ojos. Sin tiempo a más, William se apuntó a la cien y disparó. Suspiré mientras su cuerpo caía y me volteé hacia Sebastián. Vi el terror en su rostro y su mano cubriendo el rostro de mi hijo, que ya había comenzado a llorar. Caminamos hasta encontrarnos en la intersección.

—¡Paz! —Sebastián intentó despegar los labios para lanzar un reclamo, pero solo consiguió cerrar el círculo de sus brazos, con mi hijo y conmigo adentro—. No me hagas recluirte hasta que todo esto pase.

—Tendré más cuidado.

—No podría vivir si te pierdo. ¡Vamos! Busquemos a mi madre, la noticia le pegará muy fuerte. Prefiero que se entere por mí.

Cuando estuvimos con Karena, la vi delgada y taciturna, tal como la había visto una vez, tras el primer atentado a Ademar King. Sebastián la miró a los ojos y ella no pudo sostenerle la mirada, tan solo dijo:

—Por favor, ya no me llames madre. No lo merezco. No lo soportaría. No fui buena madre ni para ti ni para tu hermano.

—Vengo a hablarte sobre Ademar.

—Ya sé que tu hermano está muerto. Ese tipo de noticias vuelan —murmuró Karena.

—Lo siento.

—No podía acabar de otra forma.

—Te agradezco haber intentado proteger a mi hijo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Sigue adelante con tu vida.

—A Earta Hébert le darán el destierro, es la pena más leve. ¿Quieres que la pida para ti?

—No lo hagas. No podría recomenzar en ninguna parte.

—Tienes dos nietos, Ademar King III y Abel. Me tienes a mí.

—No te engañes, Abel —le dijo a Sebastián sosteniéndole el rostro—. Conmigo no tendrán tanta clemencia como con Earta, nuestros crímenes son muy distintos. Hay solo una cosa… Si te lo conceden, quiero darle el último adiós a tu hermano. Nadie más lo llorará.

—Considéralo hecho. No sé qué sentencia tengan para ti, pero me cercioraré de que nadie dañe tu integridad física.

Sebastián se despidió y le lanzó una mirada llena de sueños rotos a su madre. Luego me tomó por el brazo y me apuró:

—Vamos, mi amor. Tenemos que prepararnos para recibir a tu padre. Está llegando al Departamento de Defensa y el pueblo no para de vitorearlo. Tu padre es toda una celebridad —dijo para tratar de animarse, no podía ni, aunque se esforzara ocultar su tristeza.

—Prefiero la palabra héroe —dije para seguirle el juego y tratar de animarlo.

—Camina.

No habíamos tomado la ciudad, la ciudad nos había abierto las puertas. Los generales le ofrecieron a mi padre llegar a la residencia de los King y él se negó. Fue directo hacia el Departamento de Defensa y comenzó a hacer lo que mejor sabía. Comenzó por poner en orden en la ciudad, a tomar medidas para restablecer la vida habitual y convocó a los líderes de las ciudades-estados.

51



Mi padre dejó algunas tropas en las unidades de Tierras Inhóspitas y dispuso que se fundaran ciudades en ellas, con nuevos nombres, gracias a la sugerencia de Apolo, tras la incursión en el diario de Iris. Los subgrupos que se separaron de la UNA y también de la Sociedad Autocontrolada, pudieron seguir adelante con su idea original. Los Jefes de Defensa de las ciudades-estados llegaron ante el llamado de mi padre y aceptaron su propuesta, cada una se convertiría en una nación independiente, serían aliadas, pero ninguna le debería obediencia a la otra. Mi padre explicó que la vida no podría continuar como la habíamos conocido y sin dar muchos detalles dijo que dejaríamos atrás las ideas de Ademar King, principalmente la del hombre nuevo, la que estaba destinada a desaparecer.

Rita Roger quedó al frente del Instituto de Planificación Familiar, tras el destierro de Earta Hébert que tuvo que elegir para vivir otras de las ciudades-estados. La misión del instituto fue reemplazada y se les enseñó a los hombres a reproducirse como lo dictaba su naturaleza. El pequeño Ademar King III recibió una guía mental, la que ayudaría a resolver su condición y había planes para hacer llegar una a cada persona que tuviera los mismos problemas de salud que el hijo de Sara.

Estábamos en el instituto, Jonathan, Apolo y yo, tras la administración de la guía al niño. Sara aguardaba con su hijo en una habitación mientras se recuperaba, era la primera vez que se ponía la guía a una persona con su grado de afectación, por eso Jonathan quería supervisar su caso, para constatar su recuperación, y por su corta edad, para guiarlo mientras aprendía a utilizarla.

—Te agradezco, Jonathan. Por colaborar para ayudar a las personas afectadas —le dije mientras aguardábamos en la nueva oficina de él.

—Aquí tengo una misión. Leila me dejó una gran tarea —nos dijo a mi hermano y a mí.

—No solo restaurarás las cosas a su estado natural, habrá que convencer a la gente de las bondades de la reproducción como dicta la naturaleza —le dije.

—¿También te quedarás? —le preguntó Jonathan a Apolo.

—Ya dije que sí, no te dejaré solo en esto. Quiero estar con Sara y creo que aquí es el mejor sitio para recomenzar. Así Sara podrá estar cerca de su madre y… —manifestó Apolo.

—No lo puedo creer. No te puedo imaginar lejos de América Libre —lo cortó Jonathan sin dejarlo terminar de hablar.

—Las elecciones fueron hoy. Sabes cuánto hubiese querido llegar, pero mi familia me necesitaba.

Sentí tristeza por Apolo, lo veía dividido en dos. Allá estaba su tierra, su gente y sus sueños. Aquí estábamos su familia y la mujer que amaba. Paúl apareció corriendo por uno de los pasillos ante la expresión de asombro de nosotros tres. Llegó emocionado, tan agitado que no pudo hablar, tuvo que tomar unas cuantas bocanadas de aire al detenerse.

—Sintonicen las noticias de América Libre —dijo al fin.

—¿Ya saben quién ganó las elecciones? —dijo Apolo.

—¿Por eso estás agitado, es un amigo? —preguntó Jonathan.

—¡Y qué amigo! —dijo Paúl, que se negó a darnos la respuesta.

Sintonicé las noticias sin dar crédito a lo que repetían. El pueblo había puesto el nombre de Apolo Salvat en cada casilla, había arrasado con más del ochenta por ciento de los votos. Los tres nos miramos con las expresiones congeladas en los rostros. Paúl soltó la primera carcajada de triunfo y dijo:

—¿Qué estás esperando, hombre? Vamos de una vez. ¿Acaso no lo escuchaste? Te han dado cuarenta y ocho horas para presentarte. Si no lo haces el Consejo decidirá un gobierno temporal hasta que se calmen los ánimos —dijo Paúl y Apolo aún no supo qué decir.

Una lágrima se asomó a unos de los ojos profundamente azules de mi hermano y la secó de inmediato. Apolo intentó buscar una excusa:

—Mi familia está junta por primera vez en la vida. No puedo dejar a Sara con lo de su hijo, no creo que pueda seguirme y aunque lo hiciera, sería pedirle que se separe de su madre. Además…

Sara ya había llegado y se le abrazó por la espalda, en una escena enternecedora. Le dijo a mi hermano:

—Te seguiré al fin del mundo de ser necesario. Mi madre algún día se volverá a jubilar y si lo desea podrá acompañarnos, será su decisión.

—¿Te acostumbrarás a una vida diferente? —indagó Apolo.

—Ya no soy la misma y tú eres mi oportunidad de descubrir realmente quién soy.

—¿Tu hijo?

—Apolo, mi hijo siempre llevará un fuerte estigma en su nombre, incluso he pensado cambiárselo, pero él es descendiente de los King y no dejará de serlo por llamarse diferente. Esperaré a que tenga la mayoría de edad para que elija si lo cambia o decide limpiar lo que representa. Educarlo no será fácil, me gustaría que te tuviera como referente de la figura paterna.

—Creo que no te he hablado de mis problemas de paternidad —le dijo Apolo mientras la envolvía en sus brazos y se veían realmente enamorados.

—Solo sé que cuando esa niña te mira, todo lo que reflejan sus ojos es un amor profundo y mucha admiración.

—No has visto a Iris cuando le digo que no a algo. Los adolescentes no son fáciles e Iris menos.

—Si Jonathan dice que mi hijo puede viajar me iré contigo de inmediato, si tengo que esperar, te seguiré en cuanto pueda hacerlo —fueron las últimas palabras de Sara.

—Estará bien. Me hubiese gustado darle seguimiento, pero si necesitan viajar cuanto antes, les daré el contacto de un colega que lo asistirá de ser necesario —intervino Jonathan, luego le dijo a Apolo—. Estaré contigo, hermano. Tengo una misión aquí, pero algún día regresaré.

—Te estaré esperando con los brazos abiertos —dijo Apolo.

Cuando mi madre lo supo, decidió de inmediato acompañar a Apolo, así que decidió ir con mi padre para agradecerle su hospitalidad y despedirse. Apolo fue con ella para darle a papá la noticia de su partida. Los acompañé, tal y como me lo pidieron. La cara de mi padre ante el abandono de su hijo y su todavía legalmente esposa se desencajó y no me sorprendió. Con respecto a mi hermano, papá creyó que lo tendría a su lado para siempre. En cuanto a mamá, hacía tiempo que ni mi madre ni mi padre podían disimular lo mucho que se querían.

—¿Entonces se van? Pensé que ese día nunca llegaría. Creí que nos estableceríamos todos aquí. Hay tantas cosas que podemos lograr juntos, si todos trabajamos para un mismo fin.

—Había pensado quedarme, padre. He disfrutado mucho de tu compañía, pero al ver que mi pueblo me reclama, no puedo quedarme indiferente. No lo hago por deber, en verdad quiero estar ahí. Pertenezco a aquella nación y necesito regresar.

—No tienes que explicármelo, hijo. Puedo entenderte. Tendrás todo mi apoyo. Te ayudaré a protegerte de cualquier intromisión de los otros cuatro líderes de la UNA. América Libre merece ser realmente autónoma. Hablaré con Eric, seremos tus nuevos aliados. No irás solo.

Se abrazaron y después del largo abrazo, Apolo le dijo a mi padre:

—Sara se irá conmigo. Juntos cuidaremos de nuestros hijos.

—Les deseo que sean muy felices. Sabes que cuentas conmigo para lo que necesites.

—Mamá también me acompañará —le reveló mi hermano.

El general Edgar Verena miró a nuestra madre a los ojos y le susurró:

—Venus —le dijo mi padre—, sé que no podré convencerte para que te quedes. No te culpo por haberme utilizado en la misión que te asignaron. Solo quiero que sepas que mi amor por ti, siempre fue sincero, desde la primera vez que te vi. Tal vez no fui lo que esperabas. Y ahora que volvimos a encontrarnos, me enfoqué tanto en ganarle a tu enemigo que olvidé decirte cada día lo mucho que te amo.

—Perdóname, Edgar, creo que no te merecía.

—Perdóname a mí. Todo empezó mal desde el inicio y no por ti, ni por la misión que te asignaron donde fui una pieza más. Nunca debí seguir a Ademar King, era muy joven y me dejé convencer por sus ideas. Quédate a mi lado.

—A lo mejor algún día. Ahora nos alejan demasiadas cosas. Me hace falta estar en América Libre, solo esa tierra traerá estabilidad a mi corazón. Quiero estar al lado de Apolo, lo dejé demasiado tiempo. Necesito seguir conociendo a mi hijo, pero si tú o Paz, quieren visitarnos, las puertas de nuestro hogar siempre estarán abiertas para ustedes. Fuiste la misión más fácil que me han encomendado, no porque fuera sencilla de lograr, si no porque no tuve que fingir amarte. Mi corazón es y será tuyo por siempre.

—Entonces mi nueva misión será convencerte para que volvamos a estar juntos.

Apolo y yo nos retiramos y los dejamos abrazados. Como lo habían dicho, tal vez algún día volverían a estar juntos, pero eso solo era decisión de ellos y el tiempo sería su testigo. Acompañé a Apolo a despedirse de nuestra tía. Apolo la abrazó con fuerzas. También a mi querida prima Diana y a Owen. Sebastián permanecía a nuestro lado, cuando mi hermano quiso abrazarlo, le dijo:

—Apolo, antes de despedirnos quiero presumirte mi nuevo puesto. Seré el Jefe de Seguridad del nuevo líder.

—¿De nuestro padre? —dije yo—. Pensé que ya habíamos hablado al respecto y que nos íbamos a tomar un tiempo.

—No, del nuevo representante de América Libre.

—¿Pero si yo ni siquiera he tomado el poder y no he contratado a nadie? —manifestó Apolo.

—Uno de tus aliados lo hizo por ti, el general Verena, y yo acepté gustoso —admitió Sebastián.

—Entonces no perdamos tiempo. Ya consumimos las primeras veinticuatro horas que me dieron de plazo —reveló Apolo y supe que no se iba a dejar vencer.

Tomamos una aeronave de las grandes con destino directo a América Libre. Fue un viaje contra reloj, con sentimientos encontrados por dejar atrás a gran parte de mi familia: papá, Owen, Diana, tía Patricia, Jonathan e incluso la doctora Rita. Camil y Alejo viajaron con nosotros y fueron los más felices por no separarse de Iris. Apolo solo ponía los ojos en blanco cuando notaba las muestras de afecto entre su hija y Camil. Sebastián trataba de aplacarlo, al asegurarle de las serias intenciones de su primo y

Apolo le recordaba con constancia la juventud de los chicos. Entonces a mí me tocaba recordarle que con un año más se había enamorado de Dafne.

Llegar a América Libre en un corto periodo de tiempo y con el temor de la represalia de los otros cuatro representantes de la UNA, que anteriormente se habían opuesto a las nuevas ideas de mi hermano, no sería tan sencillo. Todos estaban felices, pero la mirada de Sebastián y la de mi madre, lograban distraerme. Con el niño en mis brazos, seguí a Sebastián cuando se encaminó al baño, lo embosqué y demandé todo con la mirada:

—De acuerdo —me dijo y tomó en sus brazos a Abel—. No vamos directo a América Libre. Recibiremos nuevamente la hospitalidad de Eric Flannes. Desde ahí nos introduciremos a América Libre. Tu madre y Paúl irán por una vía, Apolo y yo iremos por la otra. No será fácil acceder, pero si lo logramos y Apolo se presenta, los demás representantes tendrán que aguantarse.

—¿Apolo lo sabe? —pregunté.

—Por supuesto, corazón. También tu madre y Paúl. Sara y los demás no tienen idea, se hará a su debido momento, no queremos preocuparlos. Una vez que sea nombrado representante, tu hermano hará pública su detención por parte de los otros cuatro líderes. Después firmará una alianza con el general Verena y con el general Flannes.

—¿Y el pueblo lo aceptará?

—Tenemos fe en que sí. No te habíamos dicho pero la situación está a punto de reventar en América Libre. La gente ya no tolera la intromisión de los otros representantes. Tienen guardias que vienen de las otras naciones conteniendo las manifestaciones.

—Entiendo. Mientras tanto Alejo podrá estar con sus padres, hacía tiempo que deseaba regresar con ellos. Nuestro hijo podrá respirar el aire de la tierra donde tú y yo nos enamoramos. Estarán bien, pero yo iré con ustedes.

—¿De qué estás hablando? Luego me torturas cuando te guardo un secreto, pero no respetas mis decisiones.

—¿Entonces el plan es tuyo?

—Tu padre me pidió que pensara en algo.

—Se nota que es tuyo, siempre buscas la forma de dejarme fuera.

—Solo quiero que estés con Abel, pero ya estaba preparado para esto. Sé lo difícil que es convencerte. Hablaremos con Iris y Sara para que

cuiden a nuestro hijo. Será menos de una semana. Pongamos en práctica el plan B.

—¿Y cuál es ese?

—Lo sabrás en su momento, es uno que te incluye, mi amor.

Aterrizamos y le explicamos al resto que nos introduciríamos poco a poco. Todos entendieron. Eric, con sus continuos elogios, tras la cara de desaprobación de Sebastián, nos recibió. Nos instalamos en nuestra antigua residencia en América Unida, donde Eric vivía con su familia. Mientras nos disponíamos a nuestras habitaciones, Sebastián me susurró:

—Pensándolo bien, me alegro que vengas conmigo, de lo contrario me iba a distraer recordando que Eric no te quitaría los ojos de encima.

—Ya deberías estar acostumbrado. Aprende a ignorarlo, es inofensivo —le dije.

La esposa de Eric nos condujo a una habitación que yo conocía muy bien, aquélla en la que había vivido casi toda mi vida hasta que me casé con William y partí a la capital. Solo tomaríamos un baño, descansaríamos una hora y partiríamos. Eric me comentó:

—Es una pena que no puedas quedarte, Paz. Dispuse tu antigua habitación para ti.

—Es un lindo detalle, Eric, pero ya sabes que tenemos ciertas prioridades —comenté.

—Y tu hermano y tú cuentan con mi apoyo incondicional.

Vi partir a Alejo hacia la casa de sus padres, con un par de guardias como añadidura, era lo que venía en el paquete al ser hijo del general Verena, al menos hasta que con el tiempo comprobáramos que volvíamos a estar en territorio seguro.

Sara e Iris me animaron para que me fuera tranquila. Se hicieron cargo de Abel. Camil quedó con ellas. Primero partimos mi madre, Paúl y yo. Un par de horas después lo harían, Sebastián y Apolo. Mientras volábamos me revelaron el plan B, que era entrar vulnerando el cielo, en una aeronave similar a la que había utilizado William Allen en el pasado para raptarme de América Libre. Un auto con nuestros aliados, nos esperaba y nos llevaron al sitio donde ya la muchedumbre esperaba que se cumpliera el plazo. No podía negar que estaba nerviosa, faltaban dos horas para que Apolo

perdiera la oportunidad de ocupar el lugar que el pueblo quería para él. Sitio que se había ganado al ser un representante justo y con propuestas verdaderamente interesantes. Mientras la impaciencia me carcomía y el reloj se tragaba los minutos a una velocidad acelerada, noté a un hombre joven muy cerca del estrado, dio un paso para subir. Vestía a la manera de los autónomos, con un par de *jeans* y un suéter con gorro que no le dejaba ver la cara. Un par de libélulas revoloteaba a su alrededor, las libélulas se hicieron invisibles en el aire. Recordé que esa era la señal, para que mi madre, Paúl y yo avanzáramos hacia el estrado. El joven era Sebastián, sus últimas palabras me vinieron a la mente: «Entrarás con tu madre y con Paúl. Ustedes llegarán antes y nos darán luz verde para entrar en el momento justo. Es importante que Paúl, tu madre y tú estén al lado de Apolo a la hora de tomar el poder, eso reforzará su estatus y le dará más estabilidad a la toma de posesión».

Cuando los minutos iban a vencerse, una de las personas subió con el reemplazo que tenía para mi hermano y dijo, para calmar al tumulto:

—El plazo está por agotarse. Ustedes son testigos de que se le dio la oportunidad a Apolo Salvat de tomar el lugar que ustedes le ofrecieron, pero él ha renegado de ustedes. Ni siquiera envió una respuesta para rechazar el puesto y disculparse…

Sebastián terminó de colarse en el estrado. Le di luz verde y le hice saber que los hombres de Eric, que habían viajado con nosotros en aeronaves similares, ya estaban en sus puestos y se habían cerciorado que no había francotiradores. Sebastián tomó de la mano a otro joven con ropa similar a la suya de entre los espectadores y lo ayudó a subir a su lado, justo desde el sitio reservado para el pueblo. Una vez encima, Apolo se quitó la capa y se levantó como líder indiscutible de América Libre. La gente comenzó a corear su nombre. Mi madre, Paúl y yo nos colocamos a su lado. Tal como ya había dicho Sebastián.

—Les saludo, estimados habitantes de América Libre. Vendrán tiempos de paz y prosperidad para nuestra tierra. Acepto con mucho honor el encargo que tienen para mí. Si me fui no fue por deslealtad, los otros cuatro representantes de la UNA me sustrajeron a la fuerza y me encarcelaron injustamente. Tuve que huir y refugiarme en Tierras Inhóspitas, pero hoy estoy aquí y con el apoyo de cada uno de ustedes, construiremos otro capítulo de nuestra historia. Hoy seremos

verdaderamente autónomos e independientes de la Unión de Naciones. ¿Qué dicen?

Todos gritaron de júbilo y aceptación.

Después de ese día, conocimos la calma. Un par de semanas después, Apolo declaró su alianza con el general Verena y con el Jefe de Defensa de América Unida. Como ya era de conocimiento popular que la Sociedad Autocontrolada había dejado de existir como la habían conocido y que ahora sus ciudades-estados se habían convertido en naciones independientes, los habitantes de América Libre quisieron ser verdaderamente autónomos también.

Sara, su pequeño hijo e Iris llegaron y trajeron a Abel. Permanecimos con ellos unos cuantos meses, en los que me sentí orgullosa de Apolo por la hermosa nación que ayudó a progresar. Con el tiempo, Jonathan y Rita se les unieron también. Mi padre también hizo grandes cambios en la capital, las Tierras Inhóspitas comenzaron a poblarse en determinadas zonas y recuperaron sus antiguos nombres. Otras tantas porciones de territorios salvajes se convirtieron en reservas naturales.

En determinado momento, Sebastián y yo decidimos darle un nuevo rumbo a nuestra vida. Tomamos la decisión de alejarnos por completo del poder, ya no lo queríamos en nuestras vidas. El lugar elegido para vivir estaba en la tierra donde habíamos conocido nuestro amor, en América Unida, muy cerca de nuestro acantilado. Eric estuvo feliz de abrirnos las puertas de la que también era nuestra nación. Y resultó que Camil terminó por convencernos de retomar el negocio familiar. Nos trajimos los corceles que Camil había dejado a resguardo y fundamos una de las mayores reservas de caballos en estado salvaje. Esos animales que con solo mirarlos me devolvían la paz. Mi hijo aprendió a montar mucho antes que a caminar. Alejo se había reconciliado con sus padres adoptivos y nos visitaba con tanta frecuencia, que no teníamos tiempo de extrañarlo. Iris llegaba todas las vacaciones y muchas veces venía acompañada de mi madre.

Así fue como regresamos a donde inició todo para nosotros. Una de tantas mañanas recibimos una visita que llevábamos mucho tiempo esperando. Llegaron mi tía Patricia, Owen y Diana con su pequeña hija. Estábamos encantados con la noticia. Owen había pedido el cambio para América Unida y había resultado bien.

—Estoy muy contenta —le dije a mi tía—. Al fin estaremos cerca. Nosotros visitamos con frecuencia a Apolo y a mi madre, a veces son ellos los que nos visitan. Solo me falta mi padre para ser completamente feliz.

—Esa es la sorpresa que te teníamos —me dijo—. Tu padre instauró las elecciones, no quiso terminar como otro dictador. Considera que no es justo sentarse en la silla del poder, si el movimiento que derrocó a los King fue encabezado por él. Ha llegado a un acuerdo con los Jefes de Defensa de las nuevas naciones. Fungirá como mentor para ellos.

—Mi padre está dando el ejemplo con su persona —dije orgullosa de su decisión.

—Se retirará a América Unida en cuanto termine el proceso electoral. Eric le ofreció un sitio para él aquí.

—Entonces verá crecer a sus nietos, me reconforta saberlo. Quisiera ver la cara de mi madre cuando sepa que se verán más seguido —suspiré—. Siento mucho que lo tuyo con el general Walter no haya podido llegar más allá.

—Él dio su vida por una noble causa —dijo acariciándome el rostro.

Tía Patricia se fue a tomar en brazos a su nieta, mientras Diana y yo nos poníamos al corriente y Sebastián le mostraba a Owen, los caballos y las estructuras que habíamos levantado. Perdí por un instante el hilo de la conversación, cuando me invadió la sensación de calma que me producía tener a mi familia conmigo. Ya mi tía y mi prima estaban planeando una reunión con todos, vendrían mis padres, mis hermanos y los suyos. También estaban invitados aquellos amigos que en el camino de la vida se vuelven familia. Me sumergí en el aroma de Abel, acurrucado en mi regazo y mi vista se perdió en la silueta del hombre, que un día me hizo detenerme y darle un giro radical a mi vida. Sebastián había recuperado su destreza casi innata hacia los caballos. Le mostró a Owen su nuevo corcel consentido, un semental del que se sentía orgulloso, negro como una tormenta. Lo montó de un salto y galopó con elegancia, lo hacía tan bien, que yo podría verlo por horas sin aburrirme. Diana sonrió y me dijo:

—¿Pero me estás escuchando? Deja de verlo, mujer, que lo vas a derretir. Estás loca por él, no puedes disimularlo. Todavía recuerdo hace un par de años atrás, cuando supe que te veías con él a escondidas de tu padre. ¡Y míralos ahora!

—Déjame mirarlo, es mi derecho —le solté sin quitarle la vista de encima a Sebastián.

Le llamé la atención a Diana con una dulce mirada y ella corrió con mi tía a terminar la lista de invitados que habíamos iniciado. Continué perdida en él, amaba verlo libre, sin máscaras para poder encajar, perdonándose sus propios pecados de guerra, reinventándose y resiliente, como siempre había sido. Sebastián Casals, aquel niño de ojos negros que un día llegó a mi casa con muchos secretos dentro de su equipaje, y que me robó el corazón mucho antes de que yo pudiera darme cuenta.

Cuando miré por primera vez a los ojos al hombre con quien en el futuro engendraría un hijo, yo aún no lo sabía, aún no imaginaba que junto a ese hombre daría vida al amor más puro que podría experimentar; pero Dios y el universo sí conocían ese hermoso desenlace. Ese hombre y yo, ajenos a lo que venía, jugamos a enamorarnos y a desenamorarnos en repetidas ocasiones. Fuimos devorados por la pasión y también corrimos detrás de nuestros sueños en direcciones opuestas, sin saber que había un hilo invisible que nos hizo encontrar el camino de vuelta al lugar a donde pertenecíamos. Un día lejano, el que tuvo que ser, la semilla de la vida se sembró en mi vientre como un milagro lleno de esperanza; aun cuando la esperanza tenía bastante tiempo desaparecida, y allí se quedó germinando lentamente, dando amor y sonrisas desde su más tierna edad. Supe de él en invierno, se fortaleció en la primavera, llegó a mis brazos en verano y en otoño comenzó a mostrar la esencia de la que estaba hecha su alma. Ese pequeño ser que irrumpió en nuestras vidas con su actitud tajante, alegre y poderosa; nos enseñó que no sabíamos nada y que a la vez poseíamos la llave para descubrir todos los secretos; nos demostró que éramos capaces de llegar mucho más allá de nuestros sueños con tal de edificar las bases sólidas para su futuro.

ESTIMADOS LECTORES

Les agradezco permitirme acercarme a ustedes a través de los libros de esta saga. Si leerme les ha resultado agradable y han pasado unas amenas horas de lectura, les invito a dejarme un comentario en Amazon y a compartir la experiencia de leer *Herederos del mundo* con sus amigos, para que, con la ayuda de ustedes, la novela llegue a cada lector que espera por una aventura similar. Si desean conversar conmigo o preguntarme algo sobre este u otro de mis trabajos, no duden en contactarme en mis redes sociales.

correo: mileposdata@gmail.com
Instagram: @milebluett
Twitter: @milebluett
Facebook: Mile Bluett
Página de Facebook: Mile Bluett Autora

¡Muchas gracias por leerme!

AGRADECIMIENTOS

Estoy inmensamente agradecida con cada una de las personas que me han impulsado a lo largo de mi vida a luchar por mis sueños. **HEREDEROS DEL MUNDO** ha sido un trabajo arduo, así que, si has contribuido, por pequeño que lo consideres, en: promoción, lectura, divulgación, corrección, maquetación, reseña en blogs, páginas de *Facebook, goodreads, amazon* u otras plataformas, tienes mi más sincera gratitud.

Agradezco a toda mi familia a la que amo con todo mi corazón por permitirme crecer rodeada de amor.

De manera especial, agradezco a mi madre, a mi esposo y a mi hijo, por estar a mi lado durante los procesos creativos y brindarme toda su comprensión, amor y apoyo. A mi padre y a mis hermanos.

Gracias a mis tíos Marlene y Alberto Fernández quienes me ayudan a resolver dudas y me motivan para seguir adelante. A mi tía por leerme, aconsejarme y llevarme de la mano en el mundo de los libros.

A mi prima Janette, mi primera lectora cero desde que éramos adolescentes. Tu entusiasmo ante mis libros es invaluable.

A mi amiga Mónica Jiménez, la primera lectora de esta historia, por su apoyo y recomendaciones para pulirla.

Muy especialmente a China Yanly porque desde que dio imagen a la primera portada, quedé enamorada, tanto así que aún seguimos trabajando juntas en este bello universo de la literatura. Gracias por cada portada de libro: Atrévete a sentir, Tierras Inhóspitas, La búsqueda del Arcoíris y la de la Saga. Cada cubierta y cada maquetación me parece más bonita que la anterior, tu creatividad explota y lo hace en fracciones de segundos.

Mil gracias a mi queridísima Cecilia Pérez por su apoyo invaluable y al grupo Divinas Lectoras en general, por la hermosa labor de promoción que realizan, por ser un puente entre el lector y el escritor.

Mi enorme agradecimiento a Rosa María Fernández, mi querida suegra, por leer a conciencia mis libros para darme sugerencias que me permiten

mejorar como escritora. Gracias por tu apoyo a mi trabajo.

Muchísimas gracias a Maricela Gutiérrez, Rotze Mardini y Kris O'Coneill por apoyarme en cada uno de mis libros, con consejos de estilo, edición, diseño o promoción.

A mi querida amiga Roxy Gonzalez, quien me ayuda a coordinar mi Grupo de Autor La biblioteca secreta de Mile. Por ser una de las primeras lectoras y administradora de grupos, que se acercó a mí para darme valiosos consejos de promoción desde mi libro publicado número uno.

Agradezco también a María Basilio, por dedicar horas a la lectura minuciosa de la saga y brindarme valiosos consejos de redacción, ortografía y estilo.

A mi querida Calu Amor (Claudia), quien nos ayuda a impulsar a escritores contribuyendo a que nuestros libros lleguen a más personas, por su calidez y amistad.

Muchas gracias al grupo Románticas-Novelas con corazón, administradoras, integrantes, por la bonita labor que realizamos en conjunto, así como a todas las lectoras que participan en el Club de Lectura.

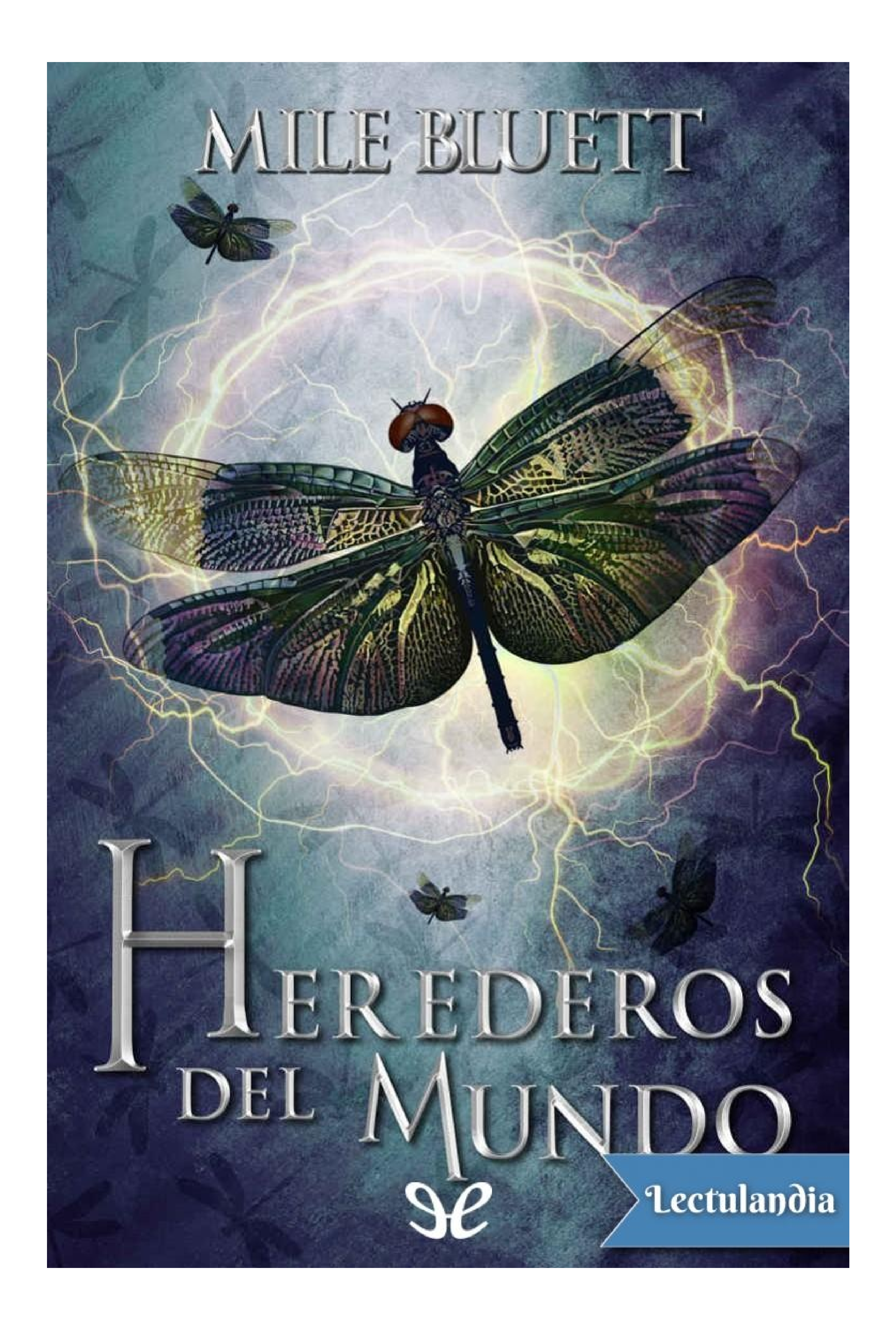
Agradezco a: Claudia González (de La Magia de los libros), Gaby Rodríguez Crucitta, Yenny Masea de Cardoso, Vanessa Velarde (De Entre libros y reseñas), Kenneth Berst (ahora sí puse bien tu nombre), a todas las blogueras por sus preciosas reseñas o entrevistas en especial a Aura Lectora, Flor de María Morales de Book Imperial y Evelyn Cuellar de Books FD, Debbie Mendez por sus lindos artes, La caja de los libros, Unión literaria universal, Genne L Paris, Marissa Maverick, Liliana Ezcurra de Las lecturas de Liliana, María Arribas de Picaronia. Entre muchos otros que no me alcanzarían las páginas para nombrarlos.

A la hermosa red de escritores que ayudan a compartir y que inspiran. A personas hermosas que en su momento han compartido mis libros y a tantas otras que no menciono pero que les doy las Gracias.



MILE BLUETT nació en La Habana vive en México con su hermosa familia. Estudió dos carreras, Derecho y Psicología y un máster en Psicoterapia. Escribe desde la adolescencia y el amor a la literatura ha sido una constante en su vida.

Es autora de la Saga Herederos del mundo, que consta de (I) Atrévete a sentir (*bestseller* durante semanas consecutivas), (II) Tierras Inhóspitas y (III) La Búsqueda del Arcoíris. También es autora de las novelas románticas contemporáneas Buscándome te encontré (2017) y No te dejaré escapar (2018), Fuego en invierno (2018), así como de Amor Sublime (2017) romance de época *best seller* durante 8 semanas.


MILE BLUETT
HEREDEROS
DEL MUNDO
Lectulandia